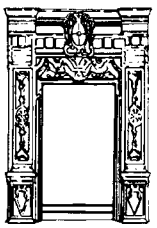
ANA MARÍA NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS

CERÁMICAS GADITANAS "TIPO KUASS"

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE CADIZ

LAS CERÁMICAS GADITANAS "TIPO KUASS"



SERVICIO·DE·PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD·DE·CADIZ

NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, Ana María

LAS CERÁMICAS GADITANAS "TIPO KUASS" . Bases para el análisis de la Bahía de Cádiz en época púnica / Ana María Niveau de Villedary y Mariñas. — Madrid [etc.] : Real Academia de la Historia, 2003. — 336 p. : il. ; 30 cm. — (Publicaciones del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia ; Bibliotheca Archaeologica Hispana ; 21). Bibliografía

D.L. M. 48.616-2003. ISBN: 84-95983-28-1.

1. Cerámica - Cádiz - S. IV-II a.C.
I. Real Academia de la Historia (Madrid). II. Título. III. Serie.

CDU 738.032(460.355)"-04/-02"

Esta obra forma parte del Programa de colaboración de la REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA con las Fundaciones «BANCO BILBAO VIZCAYA ARGENTARIA», «RAMÓN ARECES» y «CAJA MADRID»

Fundación **BBVA**

FUNDACION RAMON ARECES Fundación Ramón Areces

CAJA MADRID FUNDACION

Portada: Fondo de cerámica "tipo Kuass" decorado con cuatro palmetas enfrentadas.

© REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
I.S.B.N.: 84-95983-28-1
Depósito Legal: M. 48.616 - 2003
Fotocomposición e impresión:
TARAVILLA • Mesón de Paños, 6. 28013 Madrid

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 21
STUDIA HISPANO-PHOENICIA 4

LAS CERÁMICAS GADITANAS "TIPO KUASS"

BASES PARA EL ANÁLISIS DE LA BAHÍA DE CÁDIZ EN ÉPOCA PÚNICA

por

ANA MARÍA NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ
MADRID
2003

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

COMISIÓN DE ANTIGÜEDADES

Presidente: Excmo. Sr. D. FERNANDO CHUECA GOITIA

Vocales: Excmos. Sres. D. JOSÉ M.ª BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, D. JOSÉ M. PITA ANDRADE y D. MARTÍN ALMAGRO-GORBEA

PUBLICACIONES
DEL
GABINETE DE ANTIGÜEDADES

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA
STUDIA HISPANO-PHOENICIA

CONSEJO CIENTÍFICO

Presidente:

Prof. Dr. JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, de la Real Academia de la Historia

Secretario y editor:

Prof. Dr. MARTÍN ALMAGRO-GORBEA, Académico Anticuario de la Real Academia de la Historia

Vocales:

Prof.ª Dr.ª MARÍA EUGENIA AUBET SEMLER, Catedrático de Arqueología de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona

Prof. Dr. MANUEL BENDALA GALÁN, Catedrático de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid

Prof. Dr. JOSÉ LUIS CUNCHILLOS ILARRI, Profesor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Prof. Dr. DIEGO RUIZ MATA, Catedrático de Arqueología de la Universidad de Cádiz

UNION ACADÉMIQUE INTERNATIONALE
Corpus des Antiquités Phéniciennes et Puniques
Serie Hispánica n.º 1

Esta publicación ha sido realizada gracias a una subvención de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología, Acción Especial BHA-2001-4690-E, *Catalogación y apertura a la investigación del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia.*

A mi padre

ÍNDICE GENERAL

Páginas

PRÓLOGO, por *Diego Ruiz Mata* 13

INTRODUCCIÓN 15

1. ESTADO DE LA CUESTIÓN 19

1.1. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN 19
1.2. LAS DIFERENTES PRODUCCIONES DE BARNIZ NEGRO Y SU ADSCRIPCIÓN CRONOCULTURAL 23
1.2.1. *Las importaciones áticas* 24
1.2.2. *Los talleres "protocampanienses"* 25
1.2.2.1. Producciones de la Península Itálica 26
1.2.2.1.1. Primeras producciones 26
1.2.2.1.2. Taller de las Pequeñas Estampillas y producciones afines 26
1.2.2.1.3. Producciones de Italia central 27
1.2.2.2. Las producciones occidentales o talleres de Rosas 28
1.2.2.3. Producciones púnicas y "punicizantes" 31
1.2.2.3.1. Las islas del Mediterráneo central: Sicilia y Cerdeña 31
1.2.2.3.2. Las imitaciones de Ibiza 31
1.2.2.3.3. Producciones de Cartago y área nororiental de África 32
1.2.2.3.4. El taller de Kuass y área noroccidental de África 33
1.2.2.3.5. El sur de la Península Ibérica 34
1.2.3. *Difusión de las producciones universales* 34
1.2.3.1. La campaniense A 34
1.2.3.2. Producciones posteriores a la campaniense A 34
1.2.3.2.1. La campaniense B 35
1.2.3.2.2. Las producciones B-oïdes 35
1.2.3.2.3. La campaniense C 36
1.3. EL ALFAR DE ÉPOCA PÚNICA DE KUASS (ARCILA, MARRUECOS) 36

2. TIPOLOGÍA. I. LAS FORMAS 41

2.1. CONSIDERACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS PREVIAS 41
2.2. LAS FORMAS 43
2.2.1. *Forma I. Plato moldurado* 44
2.2.2. *Forma II. Plato de pescado* 46
2.2.3. *Forma III. Platito bajo* 55
2.2.4. *Forma IV. Plato de borde simple* 57

Páginas

2.2.5. *Forma V. Plato de borde cóncavo* ... 58
2.2.6. *Forma VI. Plato* ... 59
2.2.7. *Forma VII. Bolsal* ... 59
2.2.8. *Forma VIII. Copa* ... 64
2.2.9. *Forma IX. Cuenco* ... 71
2.2.10. *Forma X. Bol* ... 78
2.2.11. *Forma XI. Salero* ... 80
2.2.12. *Forma XII. Vaso profundo* ... 81
2.2.13. *Forma XIII. Lécane* ... 82
2.2.14. *Forma XIV. ¿Soporte?* ... 82
2.2.15. *Forma XV. Formas cerradas* ... 84
2.2.16. *Forma XVI. Lucernas abiertas* ... 88
2.2.17. *Forma XVIII. Lucernas cerradas* ... 91
2.3. DETALLES DE FORMAS Y ATRIBUTOS ... 94
2.3.1. *Tipos de fondos* ... 94
2.3.2. *Tipos de asas* ... 112
2.3.3. *Correspondencia de los detalles de forma con las formas completas* ... 114

3. TIPOLOGÍA. II. DECORACIONES Y CARACTERÍSTICAS TÉCNICAS ... 117

3.1. LA DECORACIÓN EN LAS PRODUCCIONES "TIPO KUASS" ... 117
3.1.1. *Los esquemas decorativos* ... 117
3.1.1.1. Tipo I. Palmeta aislada ... 119
3.1.1.2. Tipo II. Cuatro palmetas opuestas ... 121
3.1.1.3. Tipo III. Cuatro palmetas opuestas y unidas ... 124
3.1.1.4. Tipo IV. Roseta ... 126
3.1.1.5. Tipo V. Cuatro palmetas opuestas inscritas en doble círculo ... 128
3.1.1.6. Tipo VI. Conjunto de cuatro grupos de palmetas unidas ... 128
3.1.1.7. Tipo VII. Cuatro palmetas opuestas y roseta central ... 129
3.1.1.8. Tipo VIII. Cinco palmetas radiales ... 130
3.1.1.9. Tipo IX. Tres palmetas radiales ... 130
3.1.2. *El proceso técnico* ... 130
3.1.3. *Relación entre motivos decorativos y formas* ... 132
3.1.4. *Otras decoraciones* ... 132
3.1.4.1. Acanaladuras y molduras ... 133
3.1.4.2. Decoración gallonada ... 133
3.1.4.3. Apliques figurativos ... 134
3.1.5. *Marcas y grafitos* ... 137
3.2. CARACTERÍSTICAS TÉCNICAS DE LA CERÁMICA "TIPO KUASS" ... 137
3.2.1. *El proceso técnico de fabricación de la cerámica* ... 138
3.2.2. *Caracterización de pastas y arcillas* ... 140
3.2.3. *Caracterización de los barnices y tratamientos de las superficies* ... 142

4. LA VAJILLA: CARACTERIZACIÓN, USO Y FUNCIÓN ... 145

4.1. INTRODUCCIÓN ... 145
4.2. LA VAJILLA "TIPO KUASS" ... 146
4.2.1. *Las formas* ... 147
4.2.2. *Las dimensiones* ... 148
4.2.3. *La composición de la vajilla* ... 151
4.3. ORIGEN Y FILIACIÓN ... 151
4.3.1. *La vajilla "tipo Kuass" y la vajilla ática* ... 153
4.3.2. *La vajilla "tipo Kuass" y las vajillas campanienses* ... 158
4.3.2.1. Los talleres protocampanienses contemporáneos ... 158
4.3.2.2. La campaniense A ... 159
4.3.3. *La vajilla "tipo Kuass" y los repertorios locales de cerámica común* ... 160

Páginas

4.4. Uso y función ... 161
4.4.1. *El uso funcional de la vajilla en contextos de habitación* ... 162
4.4.1.1. Servicio de mesa ... 162
4.4.1.2. Servicio suntuario ... 163
4.4.1.3. Servicio de iluminación ... 164
4.4.2. *El uso ritual de la vajilla en contextos funerarios* ... 164
4.5. La producción ... 165
4.5.1. *El concepto de "imitación"* ... 165
4.5.2. *El concepto de "taller" y "clase cerámica"* ... 167
4.5.2.1. La organización sistemática y planificada de la producción ... 168
4.5.2.2. ¿Taller o grupo de talleres? La identificación de los centros de producción ... 168
4.5.3. *El modo de producción* ... 170
4.6. Conclusiones: la cerámica "tipo Kuass" o la vajilla gaditana barnizada ... 171
4.6.1. *La cerámica "tipo Kuass": producción artesanal* ... 171
4.6.2. *La vajilla "tipo Kuass": vajilla de uso cotidiano* ... 172
4.6.2.1. Contextos arqueológicos ... 172
4.6.2.2. Calidad técnica y artística de los vasos ... 173
4.6.2.3. Amortización de las piezas ... 173
4.6.2.4. La sustitución de los vasos de cerámica común por las formas "tipo Kuass" ... 173
4.6.3. *La cerámica "tipo Kuass": vajilla helenística gaditana del s. III* ... 174

5. FASES Y EVOLUCIÓN DE LA PRODUCCIÓN ... 175

5.1. Introducción ... 175
5.2. Periodización ... 176
5.2.1. *El comienzo de la producción (finales del s. IV-comienzos del s. III a.C.)* ... 177
5.2.1.1. Las formas: imitaciones áticas ... 177
5.2.1.2. Las estratigrafías ... 178
5.2.2. *El apogeo de la producción (s. III a.C.)* ... 181
5.2.2.1. Las formas: fijación de un repertorio propio ... 181
5.2.2.2. Las estratigrafías ... 182
5.2.3. *El final de la producción (finales del s. III-primera mitad del s. II a.C.)* ... 183
5.2.3.1. Las formas: simplificación del repertorio propio y adopción de elementos campanienses ... 183
5.2.3.2. Las estratigrafías ... 184
5.2.4. *Pervivencias posteriores (desde mediados del s. II a.C.)* ... 185
5.3. La evolución en la producción del taller ... 187
5.4. La producción gaditana "tipo Kuass": taller protocampaniense ... 195

6. DISTRIBUCIÓN DE LA CERÁMICA "TIPO KUASS" ... 197

6.1. Introducción ... 197
6.2. El centro de la producción: la bahía de Cádiz ... 200
6.2.1. *El Castillo de Doña Blanca y el poblado de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz)* ... 201
6.2.2. *La necrópolis gaditana* ... 206
6.2.3. *Los alfares: Torre Alta y Pery Junquera (San Fernando, Cádiz)* ... 212
6.2.4. *Las factorías de salazones. (El Puerto de Santa María-Rota, Cádiz)* ... 214
6.2.5. *La campiña* ... 217
6.2.6. *La desembocadura del Guadalquivir* ... 221
6.3. La distribución en el "Círculo del Estrecho": el primer círculo de distribución de la vajilla ... 224
6.3.1. *La banda atlántica* ... 224
6.3.2. *La bahía de Algeciras* ... 226
6.3.3. *La costa onubense* ... 229
6.3.4. *Portugal* ... 233
6.3.5. *La costa africana noroccidental* ... 237

Páginas

6.4. La distribución de la vajilla más allá del "Círculo del Estrecho": el segundo círculo ... 242
6.4.1. *La cuestión de los talleres intermedios* ... 243
6.4.2. *La penetración hacia el interior: el valle del Guadalquivir* ... 244
6.4.3. *La costa mediterránea sudpeninsular* ... 248
6.4.3.1. La costa de Málaga ... 249
6.4.3.2. La costa granadina ... 254
6.4.3.3. El litoral almeriense occidental ... 256
6.4.4. *La Depresión de Vera* ... 257
6.5. El hallazgo de elementos puntuales: el comercio gaditano en el Mediterráneo ... 263
6.5.1. *Sureste peninsular* ... 263
6.5.1.1. Contextos ibéricos ... 264
6.5.1.2. *Qart Hadasht* (Cartagena, Murcia) ... 266
6.5.2. *Costa levantina* ... 268
6.5.2.1. La provincia de Alicante: la Contestania ibérica ... 268
6.5.2.2. El territorio edetano: Valencia ... 271
6.5.3. *Las colonias griegas del nordeste peninsular y su* hinterland ... 273
6.5.4. *Ibiza e Islas Baleares* ... 275
6.5.5. El Mediterráneo Central: Cartago, Cerdeña y Sicilia ... 276
6.6. La distribución de la cerámica "tipo Kuass" como índice de producción, uso y comercio ... 277

7. LA CERÁMICA "TIPO KUASS" O LA VAJILLA HELENÍSTICA GADITANA. RECAPITULACIÓN Y CONCLUSIONES ... 279

7.1. Hasta el momento ... 279
7.2. ¿Qué? ... 279
7.3. ¿Quiénes? ... 280
7.4. ¿Dónde? ... 280
7.5. ¿Cuándo? ... 280
7.6. ¿Por qué? ... 280
7.7. ¿Para qué? ... 280
7.8. ¿Y ahora? ... 281

BIBLIOGRAFÍA ... 283

APÉNDICE I: DETALLES DE FORMAS ... 313

APÉNDICE II: LÁMINAS ... 325

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES ... 333

PRÓLOGO

La publicación de un libro ha sido siempre para mí un motivo de satisfacción, pero en este caso es doble: primero, porque tengo la oportunidad de prologarlo, y en segundo lugar por escribir unas líneas sobre una joven investigadora, la Dra. Ana María Niveau de Villedary y Mariñas, y su magnífico trabajo realizado, que ve la luz en la Serie de Publicaciones en una institución tan prestigiosa como la Real Academia de la Historia y cofinanciado con el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, que desde que conoció el manuscrito comprendió la trascendencia científica del mismo. Entre ambas instituciones siempre hubo un firme apoyo de colaboración, muy loable y conveniente, en la publicación del libro que hoy tenemos en nuestras manos.

El libro es el resultado de la Tesis Doctoral de la autora, que tuve el placer de dirigir, con el título Las cerámicas gaditanas barnizadas de "tipo Kuass". Tipología, producción y distribución, *defendida con brillantez en la Universidad de Cádiz, y que obtuvo la máxima calificación de Sobresaliente "cum laude", y posteriormente el Premio Extraordinario de tesis doctorales de esta Universidad. Un trabajo realizado durante poco más de cuatro años, en los que he sido testigo directo de su desarrollo, del enorme esfuerzo y horas empleadas, de los momentos bajos en los que no se ve el fin de la investigación, de la búsqueda de datos materiales y bibliográficos, de horas de discusiones conmigo y con otros investigadores. Pero todo llega a su fin, y hoy podemos escribir el prólogo de una obra útil, necesaria y esencial para un período histórico mal conocido, que a través de sus páginas hallan su sentido.*

El trabajo se enmarca, además, en un proyecto de tesis doctorales, tesinas, monografías o artículos, que giran en la explicación del desarrollo del proceso de la protohistoria de Andalucía Occidental, y que tienen su referente inmediato en las actuaciones arqueológicas de la ciudad fenicia del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz), la propia ciudad de Cádiz y el entorno de la Bahía. Una zona de extraordinaria importancia en la Historia Universal en la antigüedad. Éste fue nuestro propósito al llegar a la ciudad de Cádiz en 1989: trabajar con coherencia y disciplina, abordar temas fundamentales dentro del milenio I a.C., relacionados en su proceso histórico, con rigor metodológico y teórico. Son los objetivos del grupo de investigación, y constituyó la finalidad de la tesis doctoral que vemos convertida en este magnífico libro. Y así continuaremos.

La Dra. Niveau de Villedary fue mi alumna en los primeros años de mi estancia en Cádiz, y desde entonces, siendo estudiante, se integró en el equipo de investigación y dirigió sus trabajos hacia la época inmediata prerromana, siglos IV y III a.C. Culminó la licenciatura de Geografía e Historia con un brillante expediente académico, que le permitió la obtención de la Beca de Formación de Personal Docente de la Junta de Andalucía, y poco después la Beca Posdoctoral del Ministerio de Educación y Ciencias, con estancia de dos años en la Universidad de Viterbo. Y en estos años ha recorrido numerosas universidades españolas y extranjeras, como la Universidad de Southampton y el Centro de Investigación del Istituto Per la Civiltá Fenicia e Punica "Sabatino Moscati" de Roma, entre otras. En su preparación práctica de campo ha intervenido en numerosas excavaciones, que sería prolijo mencionar. Pero a la par, ha asistido a congresos, reuniones científicas, symposia, nacionales e internacionales, en los que siempre tuvo un trabajo que presentar. Unido a las publicaciones en Revistas nacionales e internacionales de prestigio, posee ya un elenco muy importante de trabajos publicados, que la han proyectado en los ambientes científicos de modo muy positivo. En suma, unos años de trabajo bien aprovechados, que le han proporcionado una sólida formación y un reconocimiento científico merecido.

Pero centrémonos en los contenidos del libro. Como se ha dicho, en él se abordan las cerámicas conocidas como "tipo Kuass", de las que se tenían referencias por los trabajos de M. Ponsich, de finales de los años sesenta, en el norte de Marruecos. Y poco más se conocía, pues ofreciendo esta vajilla cerámica una superficie rojiza, algunos investigadores las relacionaron incluso con las "presigillatas" romanas. Las excavaciones realizadas en el Castillo de Doña Blanca, desde 1979, han proporcionado varios miles de fragmentos, e igual en la ciudad de Cádiz, datados desde finales del siglo IV hasta el siglo II a.C. Se planteaba, pues, cuál era el significado de esta cerámica de lujo, su presencia en la Península Ibérica y el Mediterráneo, sus orígenes, las diferencias regionales, su cronología precisa y los tipos que componen esta vajilla, con la finalidad última de explicar su significado histórico en un momento de cambios producidos en el Mediterráneo, consecuencia de las luchas entre Roma y Cartago, en el momento en que el comercio griego desapareció en el Occidente mediterráneo. De ser simplemente un taller en Kuass (Arcila, Marruecos), como M. Ponsich consideró en los primeros hallazgos, en la actualidad ha adquirido una dimensión más amplia y un elemento explicativo de la expansión de Cartago precedente a la II Guerra Púnica y en época posterior. Es la esencia, el meollo en que la autora se sumerge para ofrecer una explicación arqueológica e histórica. Una tarea nada fácil ante la escasez de estudios precedentes.

Pero este trabajo tenía como uno de los objetivos prioritarios el estudio muy minucioso sobre tipología, necesario para la explicación histórica posterior, como se puede advertir en el índice y en las figuras del libro, con descripciones precisas de los atributos formales de cada tipo cerámico y decoraciones. Era absolutamente necesario, pues de lo contrario poco se podía avanzar en sus conclusiones históricas. El estudio de materiales y de las tipologías está mal visto por ciertos arqueólogos, que ven en ellos un mero catálogo al margen de la finalidad explicativa histórica de la arqueología, y a quienes principian así sus trabajos los califican, con aire peyorativo, de "cacharrólogos" o "arqueógrafos". Lo que constituye, a mi parecer, un grave error, pues no hay incompatibilidad alguna. De otra parte, los que prescinden de los materiales, acudiendo sólo a la explicación sin fundamento, pueden caer fácilmente en la ciencia ficción, lo que es ahistórico. Todo ello se consideró en la elaboración del trabajo, y así se advierte en su contenido. El capítulo más importante y extenso, según los objetivos del trabajo de investigación, es el de la tipología —capítulo 4—, que abarca prácticamente casi la totalidad de la vajilla cerámica de Kuass, resultando por ello un trabajo de referencia para los investigadores dedicados a esta época. E igual sucede en el capítulo 5, dedicado a las decoraciones. A continuación, la autora aborda la funcionalidad de los tipos de esta vajilla y la cronología, que hasta ahora se consideraba como un conjunto uniforme situado en un amplio espacio temporal. En este trabajo se precisa la tipología y cronología, relacionada en un contexto cerámico más amplio. Y en el capítulo 9 se analiza la extensión de esta producción, que en los comienzos del trabajo constituyó otro objetivo prioritario, como explicación de las nuevas directrices de relaciones políticas y comerciales desde finales del siglo IV y sobre todo en el III a.C. El trabajo en este sentido es excelente, mostrando un panorama de extensión espacial desconocido hasta ahora. De especial importancia es la tesis de la autora de la existencia del taller gaditano, considerando el conjunto de la Bahía, como el más relevante de los conocidos. En este sentido, el taller de Kuass adquiere menos relevancia como centro nuclear en la distribución de esta vajilla. Y de aquí se deduce, como se vislumbraba en los albores de este trabajo y que la autora demuestra con datos muy convincentes, que la cerámica de tipo Kuass se expande por las áreas de influencia púnica, cuyo núcleo fundamental debe situarse en el área gaditana.

En cuanto al aspecto gráfico, hay que felicitar a la autora por la minuciosidad y precisión de los tipos cerámicos, sus aspectos formales y atributos y mapas de distribución. Es la línea que hemos marcado en los trabajos de investigación del equipo que tengo la satisfacción de dirigir. Se posee la fortuna en una zona de la Península Ibérica de suma relevancia durante la protohistoria y esperamos que próximamente se defiendan varias tesis doctorales que abordan temas relevantes y de incidencia para la historia antigua de Andalucía occidental.

En suma, el libro de la doctora Niveau de Villedary supone una importante aportación para el análisis de esta vajilla cerámica "tipo Kuass", tan mencionada como desconocida, los talleres de producción, cronología y su expansión en el espacio de influencia púnica. Un trabajo bien estructurado, como se advierte en el índice, e ilustrado, cuyas conclusiones arqueológicas e históricas constituyen una novedad notable para la protohistoria del Mediterráneo occidental en los momentos inmediatos prerromanos. Vaya, pues, mi felicitación para la autora de este trabajo, que inicia su andadura científica de modo brillante, y para los editores de este libro, con el deseo de que se repita con otras tesis de similar importancia científica.

DIEGO RUIZ MATA
Catedrático de Prehistoria
Universidad de Cádiz

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo constituye, con ligeras modificaciones, el grueso de nuestra Tesis Doctoral, defendida en septiembre de 2001 en la Universidad de Cádiz. El Tribunal fue presidido por D. Manuel Bendala Galán, Catedrático de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, actuando como vocales Dña. María Belén Deamós, Profesora Titular de Prehistoria de la Universidad de Sevilla, D. Juan Blánquez Pérez, Profesor Titular de Arqueología de la Universidad Autónoma, D. Víctor M. Guerrero Ayuso, Profesor Titular de Prehistoria de la Universidad de las Islas Baleares y D. José Luis López Castro, Profesor Titular de Historia Antigua de la Universidad de Almería. A todos ellos y a Andrés M. Adroher Auroux, Profesor Titular de Arqueología de la Universidad de Granada y suplente del mismo, queremos agradecer sus apreciaciones y sugerencias, que en la medida de lo posible hemos procurado seguir, aunque obviamente la responsabilidad final de lo escrito es sólo nuestra.

Todo trabajo de investigación lleva detrás una historia que no suele translucirse en el resultado final de éste, aunque en ocasiones, se intuya entre líneas.

En nuestro caso, la elección del tema en cuestión, el estudio de la vajilla helenística gaditana conocida como de Kuass, fue el resultado, no tanto de un propósito consciente desde el comienzo de nuestra labor investigadora, sino más bien del desarrollo del propio trabajo. En 1993, recién licenciada, el profesor Diego Ruiz Mata, entonces Profesor Titular, hoy Catedrático de la Universidad de Cádiz y director de las excavaciones del yacimiento protohistórico del Castillo de Doña Blanca nos invitó a integrarnos en su equipo de investigación y nos ofreció el estudio del material procedente del poblado de Las Cumbres, vinculado a Doña Blanca y fechado en el s. III a.C.

No quisiera continuar sin antes agradecer a Diego Ruiz Mata la confianza que en ese momento depositó en mí al confiarme el estudio del material del último periodo de vida del yacimiento, con toda la suerte de cuestiones de índole arqueológica, material, cronológica, comercial e histórica, que este periodo histórico lleva parejas.

El poblado de Las Cumbres supone una ampliación en la zona alta de la Sierra de San Cristóbal de la última fase de la ciudad de Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez 1995: 105) en un momento muy concreto, el s. III a.C. El yacimiento presenta una serie de características que, en principio, facilitan la caracterización de este momento histórico, tradicionalmente poco definido. En primer lugar, por la extensión de la superficie excavada, unos 1.500 metros cuadrados (Ruiz Mata 1995a: 196), en segundo lugar por la presencia de un único nivel de habitación que puede fecharse en la segunda mitad del s. III a.C. y, por último, por la gran cantidad de materiales recuperados, gran parte *in situ* (Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999) y muchos de ellos completos o reconstruibles (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 894).

En un primer momento nuestro trabajo se orientó al estudio, clasificación y sistematización del repertorio material de esta época a través del estudio del amplio conjunto material procedente de Las Cumbres (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000) con el objetivo de individualizar la cultura material de este momento concreto —el s. III a.C.— que hasta el momento se venía fechando en una amplia horquilla entre el s. IV y el II a.C.

Desde un principio se nos hizo obvio que la vajilla de mesa de formas helenísticas y superficies rojas, identificada con las producciones que Ponsich había reconocido a finales de los años sesenta en Kuass (Arcila, Marruecos), se mostraba, por los contextos cronológicos en los que aparecía, como un fósil guía fundamental a la hora de delimitar los niveles del s. III, indefinidos, repetimos, hasta entonces por la ausencia de importaciones claras.

Con este primer objetivo, el de sistematizar una clase cerámica que nos pudiera servir como *ítem* cronológico para este periodo, se gestó la idea de estudiar monográficamente la cerámica "tipo Kuass", en lo que primero se concibió como Tesis de Licenciatura y que, con posterioridad, y ante la envergadura que estaba adquiriendo el estudio, el director del trabajo decidió que se reconvirtiera en Tesis Doctoral, base del presente libro. Fue, por tanto, el propio desarrollo del trabajo el que nos fue indicando los pasos a seguir en cada momento.

En primer lugar parecía evidente, que por su propio origen y filiación —cerámica helenística común a toda una *koiné* mediterránea—, el estudio de esta clase cerámica no debía acometerse desde los mismos presupuestos —formales, técnicos y evolutivos— que el resto del elenco material del momento, de tradición local frente al carácter exógeno de aquélla.

Como consecuencia directa de lo anterior, era imprescindible definir sus orígenes que, desde un primer momento, fuimos conscientes que había que buscar entre la cerámica griega de barniz negro del s. IV a.C. Era necesario dilucidar hasta qué punto la vajilla ática había incidido en las costumbres de la población gaditana. Llegados a este punto entraba en juego otro factor, ya que se trataba de una cerámica que había que estudiar más desde una perspectiva global mediterránea que desde una perspectiva local o regional, aunque teniendo en cuenta los matices y características propias de esta producción.

Un primer paso consistió en sistematizar las formas, decoraciones y características técnicas de la cerámica, a través del cual, la relación con la cerámica ática se nos fue haciendo cada vez más evidente. El estudio pormenorizado de la vajilla ha revelado que tras la aparente diversidad y deficiencia técnica (que hoy creemos consciente al tratarse de una vajilla de uso relativamente común) existe una planificación consciente de la producción, que se constata a través de la regularidad con que el taller reproduce las mismas formas, con un *canon* respecto a dimensiones y tipos, muy ajustado.

Se nos planteaba entonces otro problema: el de demostrar que se trataba de una producción de la bahía de Cádiz, cuando la bibliografía, hasta entonces, la venía catalogando como norteafricana. Gracias a la localización de hornos a esta orilla del Estrecho, en el área de la bahía y al análisis de la distribución de la cerámica, que a tenor de lo documentado para otros talleres de la época, sabemos que es, en cierto modo, autárquica, creemos estar en condiciones de afirmar que se trata de una producción gaditana.

En suma, la hipótesis principal que pretendemos demostrar con este trabajo es que la vajilla hasta ahora considerada de Kuass —que en aras de su identificación seguiremos llamando de "tipo Kuass"— es, en realidad, el resultado de la producción consciente y planificada de un taller "protocampaniense", cuyo centro —productor y consumidor— debemos situar en la bahía de Cádiz, y que cubriría la demanda de este tipo de vajilla —de formas helenísticas y barnizada— en toda la zona de influencia de *Gadir* o "Círculo del Estrecho".

Como consecuencia directa de esta idea de partida, la cerámica "tipo Kuass" se nos muestra, como intentaremos demostrar:

— Como un fósil-guía para los contextos del s. III a.C.
— Como elemento definidor del área cultural de *Gadir* en este momento histórico.
— Como testigo material del comercio gaditano del último momento púnico.

El grueso de nuestro estudio se ha basado en el material de las excavaciones del Castillo de Doña Blanca y del poblado de Las Cumbres. El amplio conjunto recuperado de estos yacimientos —en total hemos estudiado casi cinco mil fragmentos cerámicos—, nos ha permitido elaborar una nueva tipología con un amplio margen de seguridad. Si en el transcurso de nuevos trabajos aparecen nuevas formas, éstas con casi total seguridad se corresponderán a tipos escasamente representados, caprichos de alfarero o imitaciones aisladas. Lo mismo podemos decir respecto a las decoraciones y a las características de pastas y barnices.

No obstante, y a pesar de que tanto la tipología como el estudio estadístico se han realizado en función de los datos que nos ofrecen ambos yacimientos, éste se ha completado, sobre todo en lo referente a la última fase de vida del taller —en torno a mediados del s. II a.C., en un momento posterior al abandono del Castillo de Doña Blanca—, con el estudio de otros conjuntos.

Durante el tiempo de elaboración del trabajo son múltiples los yacimientos y museos que hemos visitado y los conjuntos materiales que hemos podido observar directamente. Aprovechamos también la ocasión para agradecer a un buen número de profesionales y colegas que nos brindaron su ayuda a lo largo de este empeño. Debido a lo prolijo de esta relación nos limitamos a darles las gracias de forma conjunta ahora y remitimos al lector al cuerpo del trabajo, donde ésta se detalla.

Un conjunto material tan amplio como el contemplado nos ha permitido jugar con un margen significativo a la hora de establecer las características generales de la vajilla e intentar esbozar el comportamiento de ésta, sus posibles usos y funciones, etc. Cuestión que nos sirve para, a partir de ella, llegar a conclusiones de tipo cultural, económico, comercial, conductual, etc.

Antes de entrar en el estudio propiamente dicho, no quisiera terminar sin recordar a todos aquellos de los que este trabajo es deudor.

En primer lugar, una mención muy especial para Diego Ruiz Mata, director del mismo, a quien como se citó al comienzo de estas páginas debo, sobre todo, la confianza que siempre depositó en mí. A esta confianza, de la que espero haber sido merecedora, tengo que añadir su constante apoyo, especialmente durante los duros momentos personales vividos a lo largo de la elaboración del trabajo.

En segundo lugar a una serie de personas que de una forma u otra, han colaborado activamente en muchos de los aspectos prácticos del trabajo. Especialmente a Carmen J. Pérez por su constante dedicación y apoyo en el aspecto material y a Mariano Torres por su inestimable ayuda en la elaboración del estudio estadístico y, sobre todo, por haber conseguido que, a pesar de la distancia física, las bibliotecas siempre hayan estado cerca.

A mis compañeros y amigos, Juan Ignacio Vallejo, Nacho Gómez, Encarni Castro, Diana Repeto y a mi hermana Chiqui agradezco su constante apoyo, muchas veces de orden práctico y siempre anímico.

Una mención especial también para dos colegas y amigos, a Juan Blánquez que me animó en los comienzos del trabajo a proseguir, agradezco sus consejos y su continuo apoyo a lo largo de estos años y a Eduardo Ferrer, con quien siempre estaré en deuda por este motivo, que me "obligara" a terminarlo.

Y por último, mi agradecimiento es para Gonzalo, por estar a mi lado.

1
ESTADO DE LA CUESTIÓN

> "Entre el período cronológico situado entre la desaparición de las cerámicas áticas de barniz negro y precampanienses a fines del s. IV y la primera aparición de la campaniense A hacia el 250-225 a. de J.C., existían un serie de producciones perfectamente individualizables, cuyas características técnicas y decorativas no permitían que fueran encasilladas en ninguno de los tipos hasta ahora conocidos (...) Así pues hemos optado por considerarlas produceiones protocampanienses occidentales, por cuanto son las que inmediatamente anteceden a las campanienses del tipo A" (Sanmartí 1978a: 20).

1.1. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

> "La publication du célébre mémoire de N. Lamboglia, *Per una classificazione preliminare della ceramica campana,* constitue pour cette branche de la céramologie un tournant capital et sépare sa préhistoire de son histoire" (Morel 1980b: 85).

La historia de la investigación de los conjuntos cerámicos que comúnmente se engloban bajo la denominación de "barniz negro", es relativamente reciente. El que se trate, en la mayoría de los casos, de piezas de formas simples, parcamente decoradas —pues sólo en ocasiones presentan decoraciones impresas en sus fondos internos y tan sólo se destacan por el característico recubrimiento de sus superficies, que les da nombre—, ha provocado este secular desinterés de la investigación hacia ellas; una investigación en la que primaban conceptos estéticos, heredados del Renacimiento y que sólo recientemente han sido superados (Sanmartí 1978a: 11). Desde esta concepción no nos debe extrañar que frente a los espectaculares vasos áticos de Figuras Rojas, los más modestos de barniz negro pasasen prácticamente desapercibidos y apenas se tuviesen en cuenta; lo mismo podemos decir de los conjuntos campanienses en relación a los siempre más llamativos de *Terra Sigillata.*

Esta realidad comienza a cambiar en el momento en el que la Arqueología clásica adopta ciertos métodos, utilizados hasta entonces por los prehistoriadores (Bádenas y Olmos 1988: 64) que, al carecer de fuentes escritas se han visto obligados a sacar los máximos datos posibles de los elementos con los que cuentan. Se comienza a valorar no sólo cualquier objeto material susceptible de ofrecer información al investigador, sino también los contextos en los que éstos aparecen, concediendo una especial atención al método estratigráfico (Sanmartí 1978a: 11).

En el estudio de estas cerámicas se pueden distinguir varias fases, pero el verdadero hito que marca un punto de inflexión en la historia de la investigación es el trabajo del arqueólogo italiano Nino Lamboglia, presentado en 1950 en el *I Congresso Internazionale di Studi Liguri* y publicado dos años después (1952a). Es a partir de este momento cuando podemos afirmar que se empiezan a conocer, de forma sistemática y científica, las diferentes producciones de barniz negro que inundan el Mediterráneo desde mediados del s. VI a.C. hasta un momento próximo al cambio de era. Este trabajo, pionero donde los haya, sienta las bases de clasificaciones, tipologías y estudios posteriores y constituye el punto de partida y el referente continuo del investigador, aún hoy, cuando se haya ampliamente superado.

A partir de este ensayo el panorama se va clarificando. Se distinguen los diferentes talleres, la evolución cronológica de estas producciones y su distribución espacial. A partir de los tres grandes grupos de campaniense universal definidos por Lamboglia y de sus inmediatos precedentes áticos[1], se va dibujando un panorama mucho más rico y complejo de lo que en principio se podía suponer. Las producciones se suceden y superponen en el tiempo y en el espacio de acuerdo a factores que no tienen nada de aleatorios. Es más, las cerámicas de barniz negro se convierten en auténticos termómetros que miden las fluctuaciones económicas-comerciales e histórico-políticas de todo este periodo.

La primera referencia al barniz negro que encontramos en la bibliografía especializada data de 1879. En un artículo publicado en la *Gazette Archéologique*, ***Gamurrini*** (1879), estudiaba por vez primera este material que denominaba etrusco-campaniense, término desde entonces muy utilizado, sobre todo en la bibliografía italiana (Sanmartí 1978a: 12).

Durante los setenta años que transcurren desde la publicación de este primer trabajo hasta la aparición de la clasificación de Lamboglia la investigación prácticamente se estanca. Nos encontramos ante algunos estudios concretos, pero que al no contar con una obra base que sirviera de referencia común, quedan reducidos a meros catálogos de materiales (Morel 1980b: 86).

En 1909 aparece el estudio de ***R. Pagenstecher*** dedicado a la cerámica de Cales (1909), que por su peculiar decoración en relieve se prestaba a despertar el interés de la investigación en mayor medida que el resto de las producciones barnizadas. El autor, sin embargo, apenas si prestó atención a las formas (Morel 1980b: 86) o a las características técnicas (Sanmartí 1978a: 12), reduciéndose la obra prácticamente a un catálogo de relieves (Morel 1981a: 40).

La producción de Cales fue también objeto de atención cuando dos años más tarde, ***C.L. Woolley*** estudia los materiales, ocupándose en esta ocasión de las marcas de fábrica (Woolley 1911).

Hasta la aparición de un estudio riguroso debieron pasar todavía algunos años. En el intervalo nos encontramos con nuevos trabajos, en ocasiones simples notas, sobre conjuntos concretos. Entre ellos destacamos los de ***E. Dressel*** sobre la necrópolis romana de l'Esquilin (1880), ***P. Mingazzini***, basado en los materiales del santuario de Marica en la desembocadura del río Garigliano (1938), ***A. Cederna*** que estudia los materiales procedentes del depósito votivo de Carsoli (1951) y ***J.D. Beazley*** sobre las cerámicas etruscas de barniz negro (1947: 230 ss.). Todos ellos caracterizados por lo insuficiente de su documentación gráfica (Morel 1981a: 39 s.).

Las publicaciones de las colecciones ***Mouret*** (1927) de las excavaciones del *oppidum* de Ensérune y del Museo de Leyde, a cargo de ***J.H. Holwerda*** (1936), están mejor ilustradas, pero carecen de referencias estratigráficas fiables.

Por último, se pueden citar los trabajos de ***I.S. Ryberg*** (1940) en Roma y de ***P. de Brun*** en Sant Rémy-de-Provence (1930). Este último puede considerarse el primer estudio moderno de esta cerámica ya que por primera vez se reproducen los perfiles de las piezas (Sanmartí 1978a: 12).

De este periodo destaca en particular un trabajo. En los años 1934-35, ***A.K. Lake*** publica la cerámica de barniz negro de Minturne (1934-35). Esta obra, revolucionaria en su momento, ofrece la novedad de presentar un lote de vasos con contexto conocido, se reproducen formas y decoraciones y se describen sus características técnicas. A su autora debemos también la generalización del apelativo de cerámica "campaniense" (*Idem.* 98), luego recogido por Lamboglia, para referirnos a este tipo de materiales (Morel 1981a: 39).

De forma paralela y conforme los hallazgos se van sucediendo, aparecen distintas publicaciones sobre las cerámicas de Grecia, destacando los trabajos de los arqueólogos americanos en Olinto y sobre todo en el Agora de Atenas, cuyos resultados definitivos tardarían aún en publicarse (Robinson 1959; Sparkes y Talcott 1970), pero de los que ya en su momento se presentaron importantes avances (Thompson 1934; Talcott 1935).

En 1950 tienen lugar, ambos de mano de N. Lamboglia, los dos grandes hitos que marcan la investigación de los barnices negros, ya que en ese año Lamboglia publica el material recuperado de las excavaciones del área de la oficina del Gas de *Albintimilium* entre los años 1938 y 1940 y presenta su *Classificazione preliminare* en el *I Congresso di Studi Liguri* en Bordighera.

La publicación de *Albintimilium* (1950) supone, en palabras de Morel: "une façon nouvelle d'exploiter les données d'une fouille, qui allait révolutionner la céramologie de la Méditerranée occidentale" (1981a: 40).

¿Cuáles eran las novedades que presentaba esta obra respecto a las anteriores? En primer lugar se publican la totalidad de las piezas y fragmentos recuperados de los trabajos arqueológicos, hecho que hoy en día puede parecernos una obviedad pero que supone un importante avance cualitativo en el momento. Mediante el estudio

[1] En la terminología lambogliana la cerámica ática recibe el apelativo de "precampaniense", ya que Lamboglia supone, correctamente, que las cerámicas campanienses son producciones que hunden profundamente sus raíces en el helenismo.

riguroso y completo de todos estos materiales, asociados a estratigrafías precisas, Lamboglia esboza el esquema que a continuación desarrollará en la *Classificazione* y sienta las bases de la sistematización de las cerámicas de barniz negro, distinguiendo tres grandes grupos que llama A, B y C, a un número, aún impreciso, de producciones de difusión local.

A estos primeros resultados, Lamboglia añade la información que recoge de diferentes museos a lo largo del Mediterráneo (1952a: 141 s.) y presenta las conclusiones a las que llega en el citado *I Congresso di Studi Liguri*.

A estas alturas no es necesario repetir que la *Classificazione* se convierte, desde el momento de su aparición, en el ensayo fundamental sobre la cerámica de barniz negro. A pesar de lo que de positivo supuso este hecho para el avance de las investigaciones, también ha provocado que pese a lo preliminar de las conclusiones, que por tanto deben ser sometidas a constante revisión, éstas se hayan perpetuado como dogmas en cierto sector de la investigación (Morel 1980b: 86).

Son muchas las aportaciones que debemos a esta obra pionera. La principal es, quizás, que a partir de ella las investigaciones se suceden rápidamente, despiertan del letargo de las últimas décadas y se multiplican los estudios de conjuntos concretos. Ahora ya se cuenta con una obra de síntesis a la que acudir como referencia a la hora de clasificar los distintos materiales. La terminología se unifica y cada forma, englobada dentro de uno de los tres grandes grupos universales, recibe un número que ha pervivido, con ligeras modificaciones, prácticamente hasta nuestros días.

Por otra parte, el principal inconveniente que se puede achacar a esta clasificación es su carácter cerrado. En un principio se fueron añadiendo y subdividiendo las formas de Lamboglia, conforme se iban teniendo datos más precisos. Sin embargo, en ocasiones, estos añadidos se hicieron de forma paralela por varios autores y los números se duplicaron creando la lógica confusión (Almagro-Gorbea 1964-65: n. 4). Además bajo un mismo número se clasifican a veces formas muy diferentes, que hoy sabemos tienen poco en común (Sánchez 1992a: 191 s.).

Las deficiencias que hoy en día se pueden atribuir a la *Classificazione* son perfectamente comprensibles si la valoramos como lo que realmente fue: un ensayo preliminar. Hecho del que su mismo autor fue siempre consciente (Lamboglia 1952a: 139), pues su intención fue presentar los datos con los que se contaba hasta el momento de manera ordenada, para que a éstos, y siguiendo unos criterios uniformes, se fueran añadiendo los nuevos conocimientos, y corrigiendo y matizando las imprecisiones lógicas de un momento inicial de la investigación. Por lo tanto el principal inconveniente del trabajo de Lamboglia, no es tanto éste en sí, sino su indiscriminada utilización posterior, sin apenas crítica: "trop d'archéologues, heureux de pouvoir enfin de référer à une typologie pour des tessons qu'il maniaient quotidiennement, ont pris pour argent comptant des pages que leur auteur considérait comme préliminaires (...). Si bien que trop d'erreurs ou d'inexactitudes, parfaitement explicables au début des années 1950. Se sont indûmet perpétuées et ont fini par prendre valeur de dogmes" (Morel 1980b: 86).

El papel de revulsivo que jugó la *Classificazione preliminare* queda reflejado en la proliferación de trabajos[2] que vieron la luz tras la publicación de las actas del Congreso de Bordighera.

En un primer momento éstos se limitaron a aplicar los resultados de Lamboglia a conjuntos concretos y por primera vez, se observa cómo los materiales de barniz negro procedentes de las excavaciones del momento, comienzan a ser estudiados de forma sistemática, siguiendo ya unos criterios normalizados.

La excesiva simplificación y el carácter preliminar de la *Classificazione* pronto se dejaron notar. Aparecen nuevas formas a las que los investigadores dan números correlativos a los de Lamboglia[3] (Almagro 1953: 395; Morel 1963: 25 ss. y 41 ss., 1965a: 205 ss., 1965b: 82 ss. y 1968: 58 ss.; Cuadrado 1961-62 y 1963: 24 ss.; Almagro-Gorbea 1964-65; Montagna Pasquinucci 1972: 269 ss.; Sanmartí 1978a: 27 y 591 ss.) y éste mismo corrige sus primeras conclusiones en varios artículos (Lamboglia 1952b: 167; 1954; 1960; 1961: 163 s. y 1964a: 244 y 248) donde se conjugan "édition de matériel et saine polémique" (Morel 1981a: 40), centrada esta última principalmente en la cuestión, siempre espinosa, de la terminología (Lamboglia 1960).

Paralelamente se observa cómo existen una serie de producciones, similares en las formas a los tres grupos descritos por Lamboglia, pero que por sus diferentes características técnicas no encajan dentro de estas producciones universales (Sanmartí 1978a: 13). El primero en advertir esta realidad es ***Février***, gracias a las excavaciones de Útica (1956: 151) y posteriormente es ***Morel*** quien da la voz de alarma al observar que la cerámica de barniz negro es abusivamente estudiada en función de sus formas y no de sus características técnicas (1963) e insiste en la necesidad de definir la existencia de estas otras producciones de carácter más localizado.

Es también Morel el que por vez primera individualiza la producción de un taller local anterior a la difusión de la campaniense A, cuando en 1969 publica un artículo sobre el taller romano-lacial de las Pequeñas Estampillas, que llama así por la peculiar decoración que le caracteriza (1969a).

---

[2] Contamos con una descripción detallada de todos estos trabajos en la síntesis de Morel, obra a la que nos remitimos (1981a: 40 s.).

[3] *Vid.* el capítulo que E. Sanmartí dedica a los problemas metodológicos en su monografía sobre las cerámicas campanienses de *Emporion* y *Rhode*, donde desarrolla con detalle las sucesivas formas que se fueron añadiendo a la clasificación inicial de Lamboglia (1978a: 26 s.).

A partir de la publicación de este artículo se abren nuevas perspectivas. Se hace manifiesta la existencia de una serie de talleres de carácter local y menor difusión que cronológicamente ocupan el periodo que transcurre entre la desaparición de las cerámicas áticas y la difusión a gran escala de las primeras campanienses universales, es decir, la práctica totalidad del s. III a.C.

Al trabajo de Morel le siguen estudios monográficos sobre diversas producciones itálicas. En el área etrusca destacan los de ***A. Balland*** sobre el "taller de las asas en forma de oreja" (1969) y los de ***M. Montagna Pasquinucci*** que estudia las producciones locales de Volterra (1972). La cerámica de Gnathia, de origen campano, es estudiada por ***L. Forti*** (1965).

Un paso adelante en la investigación lo constituye la identificación de este tipo de talleres protocampanienses del s. III a.C. fuera de la península itálica. A finales de la década de los sesenta tienen lugar las excavaciones en los hornos de Kuass, que llevan a ***Ponsich*** a identificar producciones de este tipo en Marruecos (1968, 1969a, 1969b, 1969c, 1969-70). Por las mismas fechas ***Solier*** publica una breve nota sobre ciertos vasos que en su interior llevan estampadas las marcas griegas *Nikia* e *Iôn* y que él considera producciones locales del golfo de Rosas (1969). A este taller seguirán los de las "Tres Palmetas Radiales" de Rosas (Sanmartí 1978a y 1978b), el de las páteras de las "Tres Palmetas Radiales impresas sobre la banda de estrías decorativas" (Sanmartí y Solier 1978), el de las "rosetas nominales" (Solier y Sanmartí 1978), "taller *Phi, Alpha, Ro*", "taller de la forma 24/25 B", "taller de las páteras de la forma 55", etc. (Sanmartí 1981), todas ellas producciones documentadas en el Ampurdán (Pérez Ballester 1986: 36) cuya documentación e identificación se debe a una labor de años, llevada a cabo, principalmente, por ***J. Barberá*** y ***E. Sanmartí***, cuya tesis doctoral, leída en 1975, cambió radicalmente el panorama del barniz negro del s. III a.C. (Principal 1998a: 70).

A pesar de las carencias de la *Classificazione*, cada vez más patentes por el propio desarrollo de la investigación, ninguna obra general vino a sustituirla hasta que en 1981 se publica la nueva clasificación de Morel (1981a), que nace con el propósito de subsanar los defectos de la ordenación de Lamboglia. La obra de Morel se presenta como una gran síntesis que reúne todas las producciones, colecciones y vasos hasta entonces conocidos, procedentes de todo el Mediterráneo occidental (*Idem.* 24).

Se adopta una estructura abierta donde cada vaso pertenece a una categoría, un género, una especie y una serie. Cada uno de estos niveles se expresa mediante un número, que al combinarse dan como resultado números de cuatro cifras a los que se añade una letra minúscula para designar el tipo y un número ordinal para señalar cada ejemplar concreto (*Idem.* 36).

Sin dejar de valorar el gran avance que esta obra supuso —y aún supone— en la historia de la investigación, pensamos que su autor por subsanar errores anteriores, cae en otros nuevos. El principal, a nuestro juicio, viene dado por su propia concepción de obra global. Al tratarse de una síntesis general que engloba prácticamente la mayoría de las producciones de la época, a la hora de estudiar un conjunto concreto, los elementos individuales se nos pierden por la magnitud del trabajo.

A comienzos de la década anterior, se publican al fin los resultados de las excavaciones de la misión americana en el Ágora de Atenas (Sparkes y Talcott 1970). Los arqueólogos americanos siguen la tradición anglosajona y optan por utilizar en la descripción de formas y vasos, una terminología de carácter nominal, clara, sencilla, descriptiva y sobre todo directa (Sánchez 1992a: 191 s.). Aunque a veces ya los denominan con la traducción moderna del término, los arqueólogos americanos tratan de averiguar los nombres antiguos (Bádenas y Olmos 1988: 64) de estos instrumentos, al mismo tiempo que se preocupan de indagar en los usos de los mismos.

En trabajos posteriores se ha intentado aunar las diferentes nomenclaturas. En ocasiones junto a la numeración de Lamboglia se ofrecen las denominaciones anglosajonas (Cerdá 1987a y 1987b) o bien las formas se designan mediante el sistema implantado por Morel (Beltrán 1990).

En la actualidad se tiende a continuar con la labor ya iniciada en décadas precedentes. Mediante una sistematización rigurosa de los materiales se busca aislar el mayor número posible de producciones. El mapa de distribución de estos talleres se halla todavía abierto y en continua revisión gracias a la labor de una nueva generación de jóvenes arqueólogos (Pedroni 1986, 1990 y 2001; Cura y Principal 1994: 174; Principal 1998a). A este respecto nos parece interesante traer a colación la celebración de una mesa redonda en Ampurias, que bajo el lema *La ceràmica de vernís negre dels s. II i I a.C.: centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica*, reunió en la antigua colonia griega a la mayoría de los especialistas en cerámica de barniz negro, y en la que se pusieron sobre la mesa los principales problemas con los que la investigación se encuentra en el momento actual: el final de la campaniense A y la presencia de imitaciones de ésta en las diferentes áreas, el momento en que la campaniense A es sustituida por la B, la caracterización de los diferentes grupos de B-oïdes y de cerámicas calenas, la desigual incidencia de la campaniense C, la existencia de imitaciones locales de ésta, la

indefinición, aún bastante notable, del barniz negro púnico, etc. (Aquilué, García Roselló y Guitart 2000); lo que nos ofrece una visión bastante fidedigna de lo que actualmente es el panorama de investigación de esta clase cerámica y completa la reunión de unos años antes, en la que los especialistas intentaron definir los contextos cronológicos en los que hallamos estas cerámicas (Ramón *et al.* 1998).

A éstas hay que añadir el Seminario Internacional que por los mismos años, reunió en Milán a los especialistas de barniz negro y que giró en torno, precisamente, a uno de los problemas más en boga actualmente: el de la Arqueometría. En dicha reunión se centró la atención sobre la necesidad de aplicar estudios tipométricos y análisis físico y químicos a estas producciones, con el fin de aislar el mayor número posible de centros productores y diferenciar las imitaciones de los originales (Frontini y Grassi 1998).

Hoy por hoy, se es consciente de la importancia de las características técnicas a la hora de identificar nuevos talleres (Morel y Picon 1993), ya que formas y decoraciones se repiten con mínimas variaciones[4]. Sólo mediante la clarificación del mapa de fabricación y distribución de estos productos, podremos aventurarnos a lanzar hipótesis de tipo económico, comercial y político, fin último de nuestra labor como historiadores.

1.2. LAS DIFERENTES PRODUCCIONES DE BARNIZ NEGRO Y SU ADSCRIPCIÓN CRONOCULTURAL

> "Los años que han pasado desde la aparición de la *Classificazione preliminare* de N. Lamboglia, no han transcurrido, ni podrían, en balde. Hoy estamos en un momento óptimo en lo referente a estudios sobre cerámicas de barniz negro, que han permitido afinar de un modo muy correcto las cronologías y, lo que es también sumamente importante, han sido capaces de colocar a cada tipo en el lugar que le corresponde, además de detectar la existencia de bastantes otros que habían sido relegados a unos lugares de segunda fila a los que de modo alguno eran acreedores" (Sanmartí 1981: 178).

Las producciones barnizadas de negro abarcan un amplio conjunto de talleres de desigual cronología, difusión y adscripción cultural. Si a ésto unimos la gran similitud formal y funcional de los vasos, es necesario hacer un alto en el camino e intentar dibujar el mapa de la distribución de las diferentes producciones de barniz negro, paso necesario para encuadrar nuestra producción en el lugar que le corresponde y valorarla en su justa medida, en relación al resto de talleres de la época, anteriores y posteriores. Sólo así podremos entender el verdadero significado histórico de la aparición en un determinado momento y lugar de esta vajilla de superficies rojas que imita formas áticas y que gozó de un extraordinario éxito durante el s. III a.C. en toda la zona de influencia de Cádiz.

Si no queremos limitarnos a trazar este mapa y aspiramos a comprender el porqué de la distribución de los diferentes talleres, debemos comenzar por analizar las importaciones áticas que llegan a occidente. En la actualidad se acepta de forma unánime que las cerámicas griegas, exportadas masivamente hacia occidente hasta finales del siglo IV a.C., son el precedente inmediato y fuente directa de inspiración del resto de las producciones de barniz negro, que comienzan reproduciendo, sin apenas variaciones, los perfiles áticos.

Ahora bien, no toda la cerámica griega de esta época procede de Atenas. Hoy sabemos que eran numerosos los centros que la imitaban, tanto en la propia Grecia continental como en toda la zona del sur de Italia, e incluso en Sicilia, Etruria, Cartago y la costa mediterránea francesa (Py 1978), llegando en ocasiones, por la gran calidad alcanzada, a no distinguirse las piezas imitadas de las originales (Morel 1980b: 88 s.). En todo caso, se trata de la cerámica que Lamboglia llamó "precampaniense" al estudiar los materiales de barniz negro de La Bastida (1954).

Con el cese de las importaciones áticas se produce, en todo el Mediterráneo occidental, un fenómeno generalizado y hasta hace pocos años desconocido, ya que se asiste a una proliferación espectacular de producciones y talleres, que apenas si alcanzan una difusión comarcal, suficiente sin embargo, para satisfacer las necesidades de la demanda local[5]. En un principio, estas producciones se incluyeron entre las campanienses universales de Lamboglia, subiendo las cronologías de la exportación de estas últimas de manera tan considerable como incomprensible.

Con el desarrollo de las investigaciones y la identificación de un gran número de estos talleres locales, cada vez más numerosos, el panorama correspondiente al s. III a.C. se va clarificando y se presenta ante nuestros ojos como el de un mundo fragmentado, autosuficiente, que responde a una época de profundos cambios y convulsiones.

A este conjunto de producciones es a las que nos referiremos con el término de "protocampanienses". Aunque el término en principio aludiera al conjunto de las producciones campanas, laciales e incluso etruscas, de las que

[4] En algunos trabajos (Cura y Principal 1994: 178) se apunta sin embargo la posibilidad de que el estudio de los diferentes esquemas decorativos y su aparición sobre determinadas formas, combinado con el de los contextos estratigráficos fiables, sería fundamental a la hora de fijar las dataciones y cronologías de las distintas producciones.

[5] Es en este momento donde debemos situar a las cerámicas objeto de este trabajo.

proceden las llamadas campanienses universales, hoy en día se ha generalizado y extendido al resto de producciones de barniz negro situadas cronológicamente entre las importaciones áticas y la difusión de la campaniense universal, sea cual sea su lugar de origen. En estos momentos podemos hablar de tres tradiciones en la producción de vajilla fina de mesa barnizada (Principal 1998a: 10): una helénica, otra etrusco-latina y, por último, una púnica, aunque siempre dentro de esta *koiné*, de marcada raíz griega, común a todo el Mediterráneo (Bats 1988: 227 s.).

En un momento determinado, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Púnica, la producción de uno de estos talleres locales del s. III, va a conocer un extraordinario desarrollo; como consecuencia de la industrialización de la producción, posiblemente originada por la implantación del modo de producción esclavista (López Castro 1995: 114 s.) que sustituirá al tradicional artesanado de carácter familiar, la cerámica fabricada en el Golfo de Nápoles, sustituirá progresivamente al resto de talleres "protocampanienses", conforme las tropas romanas la difunden por los territorios que se van anexionando los nuevos amos del Mediterráneo.

De nuevo nos hallamos, como ya había sucedido con la vajilla ática, ante la producción de un taller que se exporta de forma masiva y sistemática al resto del Mediterráneo occidental. A partir de este momento la campaniense A, la B y en menor medida la C, se adueñan de los mercados occidentales hasta que en un momento próximo al cambio de era son sustituidas por la *Terra Sigillata.*

Mediante el análisis del mapa de distribución de las cerámicas áticas y del estudio de los diferentes talleres que surgen tras la desaparición de ésta, vamos a intentar distinguir, en la medida de lo posible, los diferentes círculos culturales del momento. Para ello tendremos en cuenta un conjunto variado de factores. No interesa únicamente la presencia o ausencia de cerámica ática, sino también el lugar donde ésta se documenta (necrópolis o hábitat), el porcentaje total y relativo de esta presencia, las formas que se encuentran en cada zona y las que no hallamos, la posible funcionalidad de los vasos y si ésta es igual o distinta al original; en definitiva, cualquier dato que nos aporte información sobre las comunidades a las que estaban destinadas estas cerámicas.

1.2.1. Las importaciones áticas

La cerámica ática se presenta como la primera producción difundida de forma masiva por todo el Mediterráneo, tan sólo igualada posteriormente por la campaniense A y en menor medida por la B (Morel 1978: 156).

Desde los trabajos de Lamboglia (1952a y 1954), la cerámica ática es conocida en la tradición historiográfica occidental como "precampaniense". Bajo este término Lamboglia englobaba a todos los materiales que con formas propias de la cerámica ática de figuras rojas, se documentan en el Mediterráneo occidental durante los siglos V y IV a.C. (Pérez Ballester 1986: 27). Con posterioridad, el término se ha ampliado, refiriéndonos también con él a toda esa otra serie de vasos fabricados fuera de Atenas, pero tan similares en cuanto a formas y características técnicas a los originales que es difícil distinguir unos de otros (Morel 1980b: 88 s.).

La cerámica ática se caracteriza por su arcilla de color rosado, fina, muy depurada, de buena cocción y fractura recta y afilada. El barniz es de color negro intenso y muy espeso. El fondo interior, frecuentemente, se presenta decorado mediante series de ovas, palmetas impresas y fajas a ruedecilla. La base del pie no se suele barnizar e incluso, en ocasiones, se pintan en ella círculos blancos (Barberá 1970: 39; Beltrán 1990: 39).

El repertorio formal es muy amplio. El mejor estudio de conjunto es la publicación de los trabajos llevados a cabo durante gran parte de este siglo en el Ágora de Atenas (Sparkes y Talcott 1970). Los autores presentan en esta memoria la tipología más completa que encontramos hoy en día sobre cerámica ática de barniz negro, aunque no obstante "el hecho de referirse estrictamente a los resultados de las campañas en el Ágora no puede ser extrapolable a la totalidad de la tipología ni a la cronología del Mediterráneo occidental" (Adroher y López Marcos 1995: 17).

En la clasificación de Lamboglia corresponden a vasos áticos ciertas formas que su autor consideró campanienses del tipo A. Podemos afirmar que son áticas las formas L-22, 24a, 40 A, 42 A, 42 Ba, 44 A, 46 y 62, con mucha probabilidad la 21a, 23a y 41 y, quizás, la 21/25 B, 40 B, D y E y 50 (Morel 1980a:19).

No se trata aquí de analizar la estructura y volumen de este comercio, ni las rutas por las que estos productos llegaron a nuestras costas, cuestiones que tendremos ocasión de ver más adelante. Solamente tratamos de mostrar que la cerámica ática llegó de forma masiva hasta la Península Ibérica y la gran difusión que alcanzó en el s. IV a.C., penetrando hacia zonas del interior de forma significativa (Blánquez 1994a; Cabrera y Sánchez 1994; Rouillard 1991).

Las zonas que tradicionalmente se creían carentes de importaciones, poco a poco, van rellenando ese vacío ficticio, originado no por una ausencia real de productos griegos, sino por la falta de investigación. El estudio sistemático del territorio, unido a la información que generan las excavaciones, han provocado que en pocos años el mapa de la distribución de los productos áticos en la Península y concretamente en Andalucía, haya variado cuantitativa y cualitativamente.

A pesar de ser una cerámica ampliamente difundida por el Mediterráneo, la cerámica ática no se importó de igual manera en las distintas regiones. Apenas si se comercializa en Italia y, sobre todo, en la Magna Grecia y, sin embargo, la tenemos muy bien documentada y estudiada en toda la zona del levante de la Península Ibérica (Cerdá 1987a y 1987b; Cuadrado 1963 y 1987; García Cano 1982; Lamboglia 1954; Mezquiriz 1954; Picazo 1977; Rouillard 1991; Sánchez 1992a; Vall de Plá 1971). Igualmente abundante, aunque sólo recientemente ha comenzado a conocerse, se nos presenta en el sur de la Península (Adroher 1992; Adroher y López Marcos 1995; Cabrera 1994 y 1997; Rouillard 1991) y norte de África (Chelbi 1972 y 1982; Morel 1968 y 1992; Villard 1960).

Beltrán —cuya obra es en realidad una síntesis de la cerámica romana (1990)— trata el tema de manera superficial, en tanto en cuanto la cerámica ática o "precampaniense" es considerada el precedente inmediato de la cerámica campaniense. Es lógico entonces que pese a lo reciente del trabajo, no se haga eco de los materiales aparecidos en los últimos trabajos de campo y se base, para la elaboración de su mapa, en los tradicionales estudios sobre el barniz negro ático levantino, recogidos en la mayoría de las obras de compilación. Aún así es de gran utilidad para mostrar el rápido avance de la investigación, ya que tan sólo un año después se publica un trabajo que cambia el panorama totalmente (Rouillard 1991). Mediante una exhaustiva labor de revisión de la bibliografía y de los materiales documentados en la práctica totalidad de los nuevos trabajos de campo, P. Rouillard dibuja un mapa sensiblemente diferente al anterior. El s. IV a.C. se caracteriza por "le caractère massif des importations et l'ampleur géographique de la diffusion" (1991: 125) entre la que el autor destaca "l'Andalousie occidentale et l'extrême ouest voient ce phénomène s'accentuer" (*Idem.* 126). Afirmación que los trabajos más recientes de P. Cabrera confirman (1997). Esta última investigadora delimita tres zonas en relación a las importaciones griegas en Andalucía: la Alta Andalucía, donde la cerámica griega es un bien de prestigio que se amortiza en el momento de la muerte, la Baja Andalucía, menos rica pero también más desconocida, y el área púnica, más relacionada por una serie de características —predominio abrumador de barniz negro sobre figuras rojas, presencia de formas como las lucernas, ausentes en otros contextos, uso cotidiano de la vajilla— con Ibiza y el norte de África que con el resto de la región (Cabrera 1997: 383 s.), y que actuaría como agente redistribuidor hacia los territorios interiores (López Castro 1995a: 71). A pesar de estas diferencias claras entre regiones, "las importaciones andaluzas en conjunto también se separan claramente del resto de la Península, especialmente el Sudeste y Levante, confiriendo a esta región una significativa personalidad" (Cabrera 1997: 384). En suma que, hoy por hoy, ya no se puede hablar de ausencia de cerámica ática en Andalucía occidental.

De esta realidad se desprende que los habitantes de la zona conocían y apreciaban la vajilla ática. Los griegos habían tenido la habilidad de generar, o al menos auspiciar, un cambio estético en todo el Mediterráneo occidental, de manera que se originó una demanda generalizada hacia las formas originarias de Grecia. Con el cese de las importaciones a fines del s. IV a.C., esta especie de "moda helenística", no sólo no se abandona, sino que se incorpora plenamente a los repertorios formales de gran parte de las comunidades que habían estado en contacto con ellas. Este fenómeno tiene lugar de diferentes formas y en distinto grado, de acuerdo con la manera con que cada una había incorporado a sus repertorios la vajilla griega. Nos encontramos con zonas en las que los vasos griegos tenían simplemente un valor de prestigio (Sánchez 1992a), en estos casos el artesano local tiende a imitar, de forma aislada, no como parte de una producción planificada y sistematizada, las formas y decoraciones que ya no le llegan del exterior (Page 1984). Es el caso de las comunidades iberas del Levante, Sudeste peninsular y Alta Andalucía (Olmos 1990). Por el contrario, en las zonas donde la vajilla griega se había adoptado como tal, es decir, que los vasos cumplían una función si no idéntica, sí similar a la que tenían en su lugar de origen, el cese de las importaciones y el mantenimiento de la demanda, provocaron que estas comunidades[6] se vieran en la necesidad de autoabastecerse y surtir a sus propios mercados. A partir de este momento tiene lugar una auténtica eclosión de talleres y producciones locales, todavía no totalmente delimitados y que durante mucho tiempo han confundido al investigador (Sanmartí 1981: 164 s.). Esta proliferación de talleres nos indica hasta qué punto la vajilla ática había gozado de éxito y explica su considerable difusión.

1.2.2. Los talleres "protocampanienses"

Bajo este epígrafe, la investigación actual engloba "a todas aquellas cerámicas de barniz negro que se desarrollaron en el Mediterráneo Occidental a caballo entre las últimas importaciones áticas de barniz negro y la monopolización de los mercados del Oeste por parte de la Campaniense A, este paréntesis cubriría desde el último cuarto del siglo IV hasta el último cuarto del siglo III" (Adroher y López Marcos 1995: 24).

Morel diferencia dos períodos en la producción occidental de barniz negro (1980b: 87). La primera etapa, que llega hasta el final de la Segunda Guerra Púnica, se caracteriza, en contraposición a lo que ocurre después, por la

[6] Quizás los casos más significativos y cercanos que tenemos son las distintas producciones del Golfo de Rosas y, evidentemente, el objeto del presente estudio.

proliferación de talleres locales, apenas difundidos más allá de ámbitos estrictamente comarcales, de calidades considerables, sin una excesiva estandarización, en los que coexisten formas cerradas, semicerradas y abiertas, y de variados y, en ocasiones, complejos esquemas decorativos (*Idem.* 1981b: 83).

Las producciones itálicas y de otras zonas mediterráneas presentan una serie de rasgos comunes. En primer lugar encontramos un gran número de talleres que fabrican una cerámica cuidada, de buena calidad técnica y artística. Además la difusión de estas producciones, excepto contadas excepciones, es prácticamente nula fuera de su zona de fabricación. Se trata de una vajilla de lujo o semilujo, con abundancia de formas cerradas (propias de vasos para verter o contenedores), profundas (sobre todo vasos para beber) y rituales (*Idem.* 1980b: 87 s.), pues no existe el problema del traslado a larga distancia.

En un trabajo más reciente, los autores inciden en que "estos productos *protocampanienses* deben ser considerados bajo la óptica de imitaciones de las cerámicas helénicas" (Adroher y López Marcos 1995: 25) y basan esta afirmación en el hecho de que la mayoría de estas producciones empiecen a fabricarse ya a fines del s. IV a.C., cuando las importaciones áticas comienzan a escasear pero los mercados siguen demandando los mismos productos.

1.2.2.1. *Producciones de la Península Itálica*

Lamboglia, desde sus primeros trabajos (1950), había observado la existencia de una serie de materiales que por sus características técnicas no podían incluirse dentro de ninguno de los tres grandes grupos que había diferenciado y que los consideró, acertadamente, producciones locales o comarcales (Morel 1981a: 45 s.). Años después, Morel (1963) se da cuenta que el fenómeno observado en *Albintimilium* se repite en otros yacimientos y alerta sobre la posibilidad de que parte de los materiales que formalmente se estaban clasificando como campaniense A, puedan pertenecer a esta otra serie de talleres, que habrá que definir teniendo en cuenta sus características técnicas, ya que las formas son prácticamente las mismas. La identificación del primero de estos talleres en el área de Roma (*Idem.* 1969a) abre un nuevo camino, ciertamente fructífero, a la investigación.

1.2.2.1.1. Primeras producciones

Las primeras producciones se pueden situar cronológicamente en la primera mitad del s. III a.C., aproximadamente hasta finales de la Primera Guerra Púnica. Estos talleres comienzan su producción imitando las cerámicas áticas de figuras rojas y barniz negro para, poco a poco, ir adquiriendo una personalidad propia.

Entre los primeros talleres del ***área etrusco-lacial*** destacan los de las ***páteras de tipo Genucilia***[7], en realidad pervivencia de los vasos de figuras rojas (Pérez Ballester 1986: 28) y toda una serie de producciones de barniz negro, numéricamente reducidas, caracterizadas por su barroca decoración pintada aplicada postcocción (***grupo Sokra, grupo Ferrara T-585, grupo del Fantasma, grupo Pocola8***, etc.). También en esta primera época, en el norte de Etruria, empieza a fabricarse la llamada ***cerámica de Malacena***, producción de un taller o grupo de talleres en funcionamiento durante los siglos IV y III a.C. que fabrican vasos de gran calidad, en pastas claras y con barnices negros-azulados. Estos vasos del área de Volterra-Bolsena copian a menudo prototipos metálicos, de perfiles complejos y ornamentos en relieve. Bajando hacia el sur encontramos la ***cerámica de Gnathia***, producción apula en funcionamiento entre los años 360 y 270 a.C. (Morel 1981a: 47). Sabemos que Tarento fue el principal centro de fabricación (Forti 1965: 151), ya que en esta ciudad se ha localizado una oficina productora (Morel 1989: 115 s.) aunque hubo de haber más talleres como Salento (*Idem.*) y la misma Gnathia, lugar donde se reconoció por vez primera (Principal 1998a: 41). Se caracteriza por su arcilla color crema, bastante pálida, barniz muy negro y sobre todo por su decoración sobrepintada en tonos blancos, amarillos y, en ocasiones, rojos, que reproducen motivos dionisíacos y funerarios. Por otra parte, nos encontramos con la tendencia, muy extendida, de denominar vasos de "estilo Gnathia" a la mayor parte de los vasos que presentan decoración sobrepintada, aunque ésto no sea exactamente correcto.

1.2.2.1.2. Taller de las Pequeñas Estampillas y producciones afines

Se trata de la primera producción que se individualiza de entre los tres grandes grupos de campaniense universal. Diferenciada y estudiada por Morel, primero en su trabajo sobre el barniz negro del foro romano (1965a) y posteriormente objeto de un estudio monográfico (1969a), este taller o conjunto de talleres (Pérez Ballester 1986:

[7] Así llamadas por la inscripción pintada que aparece sobre un ejemplar conservado en el Museo de Providence (Morel 1980b: 92).

[8] Esta producción, caracterizada por llevar escrito con pintura, nombres de divinidades, se relaciona con el taller de las Pequeñas Estampillas (Morel 1990a: 163).

28; Morel 1998a: 243) se sitúa en la zona del Lacio, probablemente en las proximidades de Roma, aunque también se han identificado oficinas filiales en Populonia (Romualdi 1991: 78).

Morel, en un principio, fechó esta producción entre los años 300-225 a.C., con un periodo de máximo apogeo entre el 285 y el 265 a.C. (1969a), para en trabajos posteriores corregir estas fechas y remontarlas ligeramente, "l'atelier des petites estampilles ne doit pas avoir dépassé le premier tiers du IIIe s.: nous le deterions, aujourd'hui, de 285 ± 20 environ" (*Idem.* 1980b: 92). Este problema aún no ha quedado zanjado y, en la actualidad, se contempla la posibilidad de elevar aún más la fecha de inicio de estas producciones (Adroher y López Marcos 1995: 26) e incluso se ha planteado que la fabricación se iniciara en sustitución de toda la serie de producciones del área etrusca de Caere (Melucco Vaccaro 1970: 503) que se centran en la segunda mitad del s. IV a.C. (Pérez Ballester 1987: 69). Lo mismo ocurre respecto al final del taller. Posiblemente, tras la época de máximo apogeo, se asista, desde finales del siglo III hasta un momento indeterminado de comienzos del II a.C., a la progresiva desaparición de la producción, de la que ya tan sólo quedarían elementos residuales.

Las formas no son muy variadas, prácticamente se reducen al plato de pescado (L-23, M-1124a 1), a la pátera de borde vuelto (L-36, M-1514c 1) y, sobre todo, a los boles de borde entrante (L-27 ab, M-2784a 1), que se convierten en la producción más característica de estos talleres. Estos boles suelen llevar en su fondo interno decoración estampillada, en relieve e impresas todas en la misma dirección, siguiendo ejes paralelos.

Técnicamente la producción de este taller se caracteriza por su alta calidad. La arcilla es de color amarillento, a veces con tonalidades anaranjadas o tonos rosados y muy depurada. El barniz es negro, con tonalidades azuladas, muy espeso, brillante y adherente y siempre se aplica por inmersión de la pieza, quedando exento el fondo externo.

Su presencia en numerosos yacimientos occidentales (Bats 1976; Blánquez y Martínez 1983; Cuadrado 1978b; Pérez Ballester 1987; Sanmartí 1973) nos obliga a reflexionar sobre el peso del comercio romano con anterioridad a la Primera Guerra Púnica lo que, generalmente, no se suele valorar en toda su dimensión (G. Wagner 1983: 376 ss.).

Dentro de la producción de la zona del Lacio y Etruria meridional, Morel individualiza algunos talleres activos durante la primera mitad del s. III., caso del ***"Grupo 96"*** (1980b: 93 y 1981a: 51), llamado así porque su producción se reduce en la práctica a la de estas pequeñas copas profundas (M-2621), pero que dada su escasa representatividad optamos por incluir dentro de las producciones afines al taller etrusco-lacial de Pequeñas Estampillas, ya que prácticamente siguen la misma dinámica que éste (Principal 1998a: 48).

1.2.2.1.3. Producciones de Italia central

Contamos también con una serie de producciones, muy abundantes en la zona, de carácter localizado y de fuerte tradición local.

La de ***Teano*** es una cerámica producida en el norte de la Campania desde fines del s. IV hasta el primer tercio del s. III a.C. (Morel 1981a: 50). La arcilla es amarillenta, ligeramente rosada y el barniz negro, con ligeros reflejos metálicos. El fondo interno de los vasos tiene muy señalados los círculos de apilamiento. Generalmente son vasos de formas abiertas con decoraciones exuberantes en las que se combinan varias técnicas (impresas, sobrepintadas e incisas) y que constituyen el rasgo más sobresaliente de estas producciones. Su difusión queda prácticamente reducida a la Campania septentrional y, esporádicamente, al Lacio, donde influirá en ciertas formas y decoraciones en el taller de Pequeñas Estampillas (*Idem.* 1980b: 91). Las formas más representadas son las copas M-2561, M-2585 y M-2731, los pequeños boles M-2535 y los escifos M-4363, que se decoran siguiendo el esquema 4+1 (Principal 1998a: 59).

La ***cerámica de Minturnae*** procede de una oficina situada en la costa, entre el Lacio meridional y la Campania, en funcionamiento en torno a la mitad del s. III a.C. Las formas se inspiran en el repertorio etrusco-lacial más que en el campano (Pérez Ballester 1986: 30). La arcilla es amarilla pálida, muy depurada, más rosada en los ejemplares mal cocidos y el barniz muy negro.

Con el término de ***cerámica de Cales*** se designa a un tipo concreto de cerámica fina, decorada con relieves aplicados o rehundidos, fabricada en Cales hacia la segunda mitad del s. III y comienzos de II a.C. (Py 1993a: 144); aunque en la práctica se denomina así a cualquier producción italiana de relieves (Morel 1981a: 46), que quizás también se fabricasen en sucursales etruscas, aunque para Morel participan más de la tradición toscana (1980b: 95). La pasta es de color beige claro o salmón, depurada y bien cocida y el barniz negro o azulado. Las formas más comunes son las de fíala mensonfala y ascos. Estas páteras se decoran mediante una compleja técnica de rehundido, con motivos complejos y figurados. Se trata, por tanto, de una producción muy vinculada tecnológica y formalmente con la tradición etrusca (*Idem.* 1990: 165).

Recientes trabajos han variado sensiblemente el panorama que teníamos sobre estas producciones (Aquilué, García Roselló y Guitart 2000). Estudiada desde momentos tempranos por lo llamativo de sus decoraciones (Pagenstecher 1909; Woolley 1911; Beazley 1947), no ha sido, sin embargo, hasta hace poco cuando ha tenido lugar la sistematización del taller, gracias sobre todo a la labor de L. Pedroni (1986, 1990, 2000 y 2001) y se han

podido diferenciar diversos grupos: ***grupo de cerámicas con decoración en relieve de Cales, grupo de las estampillas hercúleas*** (Pedroni 1992; Principal 1998b), *grupo de las Estampillas Cordiformes*, entre otros, y establecer la secuencia temporal de las diferentes producciones de barniz negro caleno (Principal 1998a: 58 s.), que abarca un amplio marco cronológico (Pedroni 1990: 189 s. y 2000: 346 ss.).

Ahora bien la aportación más novedosa ha sido posiblemente la asimilación de la que hasta ahora se pensaba cerámica cartaginesa de la ***clase Byrsa 661*** (Morel 1982a y 1986), con una producción de origen caleno (Escrivá, Marín y Ribera 1992: 464 ss.). Su exportación no es muy frecuente, aunque se han documentado materiales procedentes de estos talleres en Ampurias (Py 1993a: 144), la costa levantina y en las islas (Pérez Ballester 1986: 30; Principal 1998a: 53).

La relación de las producciones itálicas tempranas de barniz negro no acaba aquí. Son innumerables las oficinas que, poco a poco, conforme la investigación avanza, van siendo individualizadas y estudiadas de forma monográfica y sistemática. Tan sólo hemos citado las más, si no importantes, al menos sí conocidas, con el objetivo de presentar un mapa de distribución lo más representativo posible, aunque, repetimos, no son las únicas[9].

1.2.2.2. *Las producciones occidentales o talleres de Rosas*

Si al hablar de las producciones de la Península Itálica tenemos que hacer referencia obligatoria a Morel, en este caso no podemos dejar de destacar el papel de E. Sanmartí en la identificación de toda una serie de producciones locales de barniz negro localizados en el Golfo de Rosas[10], ya que ha sido este investigador el que tras un detallado estudio de las cerámicas de barniz negro de Ampurias y Rosas (1978a), individualiza por vez primera talleres extraitálicos de cierta entidad, con una difusión destacable[11].

Con el desarrollo de la investigación se han ido definiendo un número cada vez mayor de producciones a las que pronto se ha visto lo incorrecto de denominar talleres, ya que se tratan, más bien, de un grupo de talleres que presentan características similares. En un primer momento se agrupan bajo el apelativo de "talleres occidentales" (Cura y Principal 1994: 173) aunque hoy en día y para diferenciar a estas producciones del s. III de toda una serie de imitaciones de campaniense A y B, posteriores en el tiempo y que responden a otra realidad histórica, se ha impuesto la denominación de "talleres de Rosas" (Principal 1998a: 71), aunque realmente no se trataría de "talleres" individualizados, sino de producciones diferenciadas, de grupos de vasos fabricados en un conjunto reducido de oficinas, próximas entre sí (*Idem.* 73).

El más conocido es, quizás, el ***taller de las Tres Palmetas Radiales.*** Se trata de una producción cerámica de barniz negro situada en Rosas y aislada por Sanmartí (1978a y 1978b) al estudiar los materiales procedentes de las excavaciones de Maluquer, que advirtió que se trataba de una producción local, anterior a la difusión generalizada de la campaniense, ya que los materiales aparecían en ocasiones deformados por una incorrecta cocción y asociados a restos de vasos del taller de las Pequeñas Estampillas y campaniense A muy antigua. Para su descubridor "el taller de Rosas fue la continuación en el siglo III de una producción precampaniense autóctona que debutó en el siglo IV, y que luego, modificado, trabajó desde el primer cuarto del siglo III hasta el tercero del mismo siglo, momento en que desapareció por razones que desconocemos, pero de las que no fue ajena la llegada de las primeras importaciones de la campaniense A iniciadas por aquellas fechas" (*Idem.* 1978a: 167).

La producción se sitúa a lo largo de los tres primeros cuartos del s. III, con un momento álgido hacia el 250 a.C. (*Idem.* 1981: 166), aunque últimamente se ha sugerido rebajar el inicio de la producción a los momentos finales del s. IV (Principal 1998a: 93). J. Principal ha propuesto recientemente en su Tesis Doctoral la división de la producción del taller de Tres Palmetas Radiales en cuatro períodos (*Idem.* 93 s.): uno inicial, centrado en los momentos finales del s. IV, una segunda etapa que se situaría en la primera mitad del s. III, caracterizada por la expansión de la oficina y la diversificación del repertorio formal. El tercer periodo —segunda mitad del s. III— vendría dado por la evolución de las formas, que se simplifican y estandarizan y la aparición y consolidación de los otros talleres. El final de la producción ha de ponerse en relación con la entrada masiva de campaniense A tras el fin de la Segunda Guerra Púnica, aunque perdurarían elementos de carácter residual.

La variedad de formas no es mucha, de fuerte tradición griega se fabrican sobre todo páteras de la forma L-26, aunque también se producen crateras (forma L-40), páteras de la forma L-27, formas 24B/25B, platos de pescado (L-23), platos de la forma L-36, etc. Nos encontramos tres tipos de pastas: anaranjadas, blancas o ama-

---

[9] Para tener una idea más precisa del panorama que presentan las producciones de barniz negro del s. III a.C. en Italia resulta indispensable consultar la obra de J.-P. Morel, en concreto sus síntesis sobre cerámica campaniense (1980b y 1981a).

[10] A pesar de que, en ocasiones, algunas de estas producciones se han querido relacionar con talleres situados en puntos del Languedoc occidental y Rosellón, hoy la investigación tiende a considerar que la mayor parte de ellas hubieron de fabricarse en la zona de Rosas, ya que exceptuando a Ensérune, no existe en la zona ningún otro asentamiento con la entidad suficiente para producir y exportar cerámicas a todo el Mediterráneo occidental (Adroher y López Marcos 1995: 30).

[11] Agradecemos desde estas líneas al Dr. Sanmartí el habernos mostrado dibujos originales e inéditos de materiales procedentes de Cartago, entre los que se encontraban materiales del taller de las Tres Palmetas Radiales de Rosas.

rillas claras y rojas agranatadas y el barniz es espeso y sólido, a veces con reflejos oliváceos. Las páteras se decoran con tres palmetas en relieve, dispuestas radialmente, en ocasiones impresas alrededor de un pequeño círculo central o con grandes rosetas centrales de ocho pétalos.

La expansión de esta producción es mayor que la del resto de los talleres protocampanienses, a excepción del de las Pequeñas Estampillas. La tenemos documentada desde Olbia hasta Murcia (Adroher y López Marcos 1995: 33 s.), fuera de esta zona tan sólo tenemos noticias de su presencia en Cartago[12] y en Ischia[13] (Sanmartí 1981: 167).

El ***taller de las Tres Palmetas Radiales sobre la banda de estrías*** es una producción muy similar a la anterior. También fue identificada por Sanmartí mediante los materiales del estrato 3 de la Ciudadela de Rosas y definida posteriormente por este mismo investigador en compañía de Solier (Sanmartí y Solier 1978). Se trata de páteras de la forma L-26 (variantes de las series M-2762 y M-2812) decoradas con tres palmetas radiales en relieve, de forma cuadrangular e impresas siempre sobre la banda de estrías decorativas. La arcilla suele ser clara, con pastas duras, bien depuradas, barniz negro e intenso y considerable calidad (Principal 1998a: 100). La difusión de estas cerámicas es más reducida, claramente occidental y, prácticamente, se reduce al Languedoc occidental, Rosellón y Cataluña. La cronología también es la misma que la de la producción anterior.

El ***taller de la forma 24/25 B14***, situado en la zona del Languedoc occidental, Rosellón y Cataluña, produce hacia finales del s. IV o comienzos del III copitas de la forma L-24B/25B o M-2544 (Morel 1978: 154), con pastas de color granate, tono que también adopta con frecuencia el barniz. Respecto a la decoración siempre se adornan con una roseta central (*Idem.* 1981a: 51).

Morel denomina ***taller de la forma 27 GL*** a un taller activo hacia mediados del s. III en la región del Golfo de León, que produce cuencos de la forma L-27 o M-2764, con pastas generalmente rojizas, barniz de reflejo marrón y disco de apilamiento también en tonos marrones (1981a: 51). La decoración estampillada se reduce, como ocurre en la mayor parte de estos talleres, a una roseta central (*Idem.* 1980b: 99).

El ***taller Nikia-Iôn*** fue identificado por Solier en la zona del sur de Francia y Cataluña (1969). El centro de esta producción quizás estuviera también situado en Ampurias o, con más probabilidades, en Rosas. En principio, Solier le asignó una cronología de finales del s. III - primer cuarto del II, que Morel cree que hay que remontar, al menos, hasta la segunda mitad del s. III a.C. (1981a: 48, n. 104). Fabrica sobre todo páteras de las formas L-26 (M-2762) y L-27 (M-2784), que presentan en su fondo interno estampillas cruciformes con los caracteres griegos *Nikia* o *Iôn*, rodeados por decoración de palmetas en relieve inscritas en círculo de estrías. Las pastas son de dos tipos: amarillenta para los vasos del sello *Nikia* y rojiza para los vasos con sello *Iôn*. Los barnices son negros y escasamente metálicos. La producción de esta oficina fue una de las más activas de los talleres de Rosas, produjo intensamente y sus productos se difundieron principalmente por vía marítima (Principal 1998a: 111).

Producción de la misma zona y cronología que las anteriores, posiblemente con centro en Rosas y en vigor durante toda la segunda mitad del s. III, el ***taller de las páteras de la forma 55,*** fabrica sobre todo las páteras horizontales de poco tamaño y profundidad de la forma L-55 (M-2233d) que dan nombre al taller, aunque también se han documentado platos de pescado (L-23). La arcilla es amarillenta, dura y granulosa y el barniz muy fino, a menudo perdido que, en ocasiones, no cubre todo el vaso. Con cierta frecuencia aparecen marcas griegas en estas cerámicas, lo que nos habla de su procedencia de áreas coloniales griegas (Pérez Ballester 1986: 32). Su difusión se reduce prácticamente al Ampurdán, aunque también la encontramos en el pecio cartaginés de la isla de Cabrera (Sanmartí 1981: 167).

El ***taller de las rosetas nominales***, producciones del Golfo de Rosas aisladas y estudiadas también por Solier y Sanmartí (1978), es una producción más localizada, pues su dispersión se reduce a Cataluña y Languedoc occidental, con una cronología de segunda mitad del s. III a.C. Fabrica copas de las formas L-26 y L-27. La arcilla es de color claro, marrón pálido, de pasta dura y fractura irregular. El barniz presenta frecuentes manchas marrones alrededor del pie. El nombre del taller se debe a la peculiar decoración que presentan estos vasos, rosetas de tres pétalos entre las que se intercalan las letras griegas *alpha* y *kappa*.

Aunque otros autores la individualizan (Morel 1981a: 48; Pérez Ballester 1986: 32), Sanmartí incluye la producción del ***taller pi, alpha, rho*** en el conjunto de talleres de las rosetas nominales (1981: 169; Principal 1998a: 114 ss.). Se trata de un taller de la zona del Languedoc occidental, Rosellón y Cataluña situado, quizás, en Ampurias o Rosas y localizado hacia mediados y segunda mitad del s. III a.C. La producción más característica son los cuencos de borde reentrante adornados con una roseta central de tres pétalos, entre los que se intercalan las tres letras griegas *pi, alpha* y *rho* que le dan nombre.

Aunque inicialmente se consideró una variante del taller de las Tres Palmetas Radiales, un estudio más detallado de los materiales ha permitido individualizar la producción del ***taller de las Tres Palmetas Radiales con***

---

[12] *Vid.* nota anterior.

[13] No obstante, para Morel, la presencia de este único fragmento en Ischia, no tendría ningún valor como índice de una exportación organizada, sino que se trataría más bien de un "transport d'objet" (1978: 154).

[14] Para algunos autores, la consideración de esta producción como un taller individualizado podría ser cuestionable (Cura y Principal 1994: 173), ya que no se han definido sus características y fácilmente puede asimilarse a una producción del taller principal de Tres Palmetas Radiales (Principal 1998a: 79).

roseta central o "3 + 1" (Cura y Principal 1994) del taller que Sanmartí definió en su día. El esquema decorativo que define la producción y apenas varía, consiste en tres palmetas dispuestas radialmente e impresas sobre el fondo interno, rodeadas por varias bandas de estrías. Las palmetas encierran una roseta de ocho pétalos y pequeño botón central (*Idem.* 174). Las características técnicas, bastante homogéneas en cuanto a pastas y barnices, confirmarían esta hipótesis. Para sus definidores se trata de una producción propia del siglo III a.C., parecida a los vasos de Rosas y del taller de las Tres Palmetas Radiales sobre estrías y cronológicamente paralela a éstas. Su limitada distribución, que prácticamente se reduce a una comarca muy concreta del poniente catalán, unido al hecho de que se imitan formas propias del taller lacial de las Pequeñas Estampillas, lleva a Cura y Principal ha plantear un marco espacio-temporal de difusión limitado y corto, que se situaría en algún momento de la primera mitad del s. III a.C. (*Idem.* 178).

Todas estas producciones se englobarían bajo el término de "talleres de Rosas" con el fin de "globalizar y homogeneizar un mosaico de producciones cuyas características técnicas generales vienen a coincidir entre ellas, siempre dentro de un cierto margen de variación dentro de lo que se considera como un grupo de talleres que producen al mismo tiempo" (Adroher y López Marcos 1995: 30). Los autores observan que a pesar de las aparentes diferencias entre talleres, éstos comparten una serie de rasgos que imprimen un cierto "aire de familia", como pueden ser la variedad de pastas dentro de cada uno de los talleres definidos, la gran influencia griega[15] que se observa tanto en las formas como en las decoraciones y epigrafía, y la coincidencia en el área de distribución.

Para J. Principal las similitudes tipológicas, técnicas y de tradición decorativa son considerables entre todas estas producciones (1998a: 117 ss.). La distribución y difusión son similares y, en ocasiones, complementarias y participan de una serie de características comunes fuertemente helénicas: la aparición de sellos epigráficos en alfabeto y caracteres griegos, el mantenimiento de tipologías arcaizantes relacionadas con la vajilla de tradición ática y el desarrollo de técnicas también arcaizantes típicamente griegas —bandas reservadas, aplicación del barniz mediante pincel—, que le llevan a plantear la posibilidad del origen, o al menos formación, griega de los artesanos.

Algo más al sur, en la zona comprendida entre las actuales provincias de Valencia y Murcia, nos encontramos ante una serie de producciones de barniz negro, de características diferentes a las que acabamos de ver, en cierto modo más relacionadas con las producciones norteafricanas de aire púnico que con los talleres itálicos pero que, tradicionalmente, se han incluido entre los talleres de barniz negro antes descritos. Esto es debido principalmente a dos razones: por una parte estos productos se encuentran comúnmente en toda la zona del Ampurdán y, por otro lado, se debe a la tradicional división por partè de la historiografía de la Península Ibérica en dos zonas como resultado de la aplicación de los tratados entre Cartago y Roma. Según estas interpretaciones las áreas de influencia quedarían así perfectamente delimitadas, sin intrusiones de ningún tipo, ni aun comerciales, que serían consideradas, tal y como sucedió más adelante, como *casus belli*. De ahí que se haya venido viendo a Cartagena como el punto a partir del cual queda "repartido" el levante peninsular: cartagineses al sur y griegos al norte.

Podemos señalar tres talleres de barniz negro que, posiblemente, funcionaron en esta zona levantina. En primer lugar el ***taller de vasos plásticos en forma de pie***, producción de *gutti* con dicha forma que se presentan tanto desnudos como calzados. Sobre el posible origen y filiación de estos vasos se ha especulado mucho. Para Aranegui y Gil Mascarell se englobarían dentro de una tradición helenística (1978: 13), mientras que Morel cree que se trata de producciones relacionadas con el área púnica, donde son muy abundantes, frente a la escasa presencia de estos vasos en la Península Itálica (1986a: 43 ss.). Por el volumen de los hallazgos y la calidad de las piezas, se ha sugerido la posible ubicación de este taller en algún lugar del levante o sureste peninsular (García Cano, García Cano y Ruiz Valderas 1989: 130; Pérez Ballester 2000: 132), opinión que comparte Morel (1978: 153).

Taller de las cílicas de la forma L-42c es la denominación propuesta por Sanmartí (1981: 168) para referirse a una serie de vasos de la forma L-42c documentados en el poblado de Covalta (Vall de Plá 1971) y en el Peñón de Ifac (Aranegui 1978). Se caracterizan por sus pastas claras y por su decoración de cuatro palmetas ovaladas en relieve, realizadas con trazos muy finos que, en ocasiones, se sitúan alrededor de un círculo central. La presencia de estas producciones se ha relacionado con la existencia de contactos estrechos entre esta zona y el área ampuritana, en ambientes más helénicos que púnicos (Adroher y López Marcos 1995: 41).

Y, por último, ***el taller de los cántaros de la forma L-40c***, a semejanza de la propuesta de Sanmartí de considerar las cílicas de la forma 42c la producción de un taller situado en algún punto del litoral levantino, C. y J.M. García Cano y E. Ruiz Valderas, al advertir la relativa presencia y uniformidad de formas de cántaros L-40c en la zona levantina, apuntan la posibilidad de que se trate de la producción de un taller del área valenciana, que se pondría en funcionamiento a fines del s. IV imitando modelos áticos (1989: 125 s.).

[15] Se llega incluso a proponer que la actividad productora de la ciudad de Rosas, centro neurálgico en cuanto a la fabricación de vajillas barnizadas en el s. III a.C., pudiera estar relacionada con la llegada de elementos poblacionales procedentes de la Magna Grecia, territorio que desde finales del siglo anterior está sometido a una fuerte inestabilidad política y presión por parte de Roma. Situación que se acentúa a partir de la caída en el año 272 a.C. de Tarento, importante foco ceramista especializado en la técnica del barniz negro (Cura y Principal 1994: 179).

1.2.2.3. *Producciones púnicas y "punicizantes"*

En último lugar, nos referiremos a una serie de producciones originarias del Mediterráneo occidental, zona considerada tradicionalmente bajo la influencia más o menos directa de Cartago, que Morel ha bautizado como producciones de "aire púnico" o "punicizantes" (1978: 153, 1979: 1580, 1983a: 738 s., 1986: 25). Este área se constituye en una importante *koiné* comercial a lo largo del Mediterráneo sudoccidental, donde Cartago jugaría un papel imprescindible, pues parece que todas estas producciones se vinculan con las zonas relacionadas de alguna manera con la metrópolis norteafricana, en la que se englobarían la parte occidental de Sicilia, Cerdeña, las islas Baleares, el sureste y sur peninsular y el norte de Africa (*Idem.* 1986: 45).

A pesar de las lógicas variaciones regionales, producto de circunstancias históricas y económicas diferentes, podemos citar una serie de rasgos comunes que provocan esta cierta unidad cultural. Existen una serie de características que comparten todas estas producciones: gustos por los mismos tipos (abundan los platos de pescado y las enócoes), diversidad en la calidad de las producciones, existencia de barnices rojos, abundancia de pastas tipo "sándwich" y pastas grises, existencia de determinados esquemas decorativos (impresión de cuatro palmetas unidas por la base), capacidad de imitación junto a capacidad de invención, etc. (Adroher y López Marcos 1995: 37).

El modelo "punicizante" de Morel vendría definido por el peso primordial de producciones de imitación local, con pocas importaciones de otras regiones, ni siquiera próximas, escasez de importaciones de la Magna Grecia frente a una mayor presencia de las de Etruria y Lacio que llegan a través de un comercio no romano (Morel 1979: 1580 s.). Este modelo ha podido comprobarse en Cartago, Sicilia e Ibiza (Pérez Ballester 1994: 195) y tal y como pretendemos demostrar a lo largo de este trabajo, también se cumple para la zona de Cádiz.

De forma sucinta se pretenden diferenciar varias zonas.

1.2.2.3.1. Las islas del Mediterráneo central: Sicilia y Cerdeña

En un primer momento, la Sicilia púnica, parece estar más vinculada a la tradición helénica que a las producciones púnicas (Morel 1980b: 99), hasta que a fines del s. IV a.C., los mercados empiezan a surtirse de manufacturas locales, cuya producción, no obstante, la tenemos documentada desde momentos muy tempranos. Ya a finales del s. VI a.C. se tiene constancia de la fabricación de barniz negro de tipo ático en los núcleos de Palermo y Lilibeo (Di Stefano 1996: 680 s.). Ahora bien, el momento de máximo apogeo de las producciones siciliotas de barniz negro debe situarse en el s. III (Principal 1998a: 63), realidad que se potencia tardíamente (s. I a.C.), cuando Siracusa comienza a producir y a exportar sus propios productos, imitaciones de la campaniense C (Adroher y López Marcos 1995: 37). La difusión de productos siciliotas se restringe prácticamente a la isla y su comercialización es esporádica y limitada a la dinámica de intercambios púnica (Principal 1998a: 63).

El caso de Cerdeña es similar. Es decir "se trataría de un área de dominio púnico pero que no estaría exenta de influjos itálicos, que posiblemente se desarrollaran a partir de las costas orientales de Córcega, de marcado carácter etrusco, según se deduce por las posteriores producciones sardas que imitan las cerámicas campanienses de clase B etrusca" (Adroher y López Marcos 1995: 41). Contemporánea de las últimas importaciones áticas se documenta en los centros púnicos sardos —Cagliari (Tronchetti 1991), Tharros (Del Vais 1997), Olbia (Sanciu 1998)—, desde finales del s. IV, una producción propia de vajilla de barniz negro (Tronchetti 1991: 1273; Salvi 2000: 63), aunque también se reciben importaciones del resto de Italia —Pequeñas Estampillas, producciones del sur de Italia, producciones de Sicilia, etc.— (Tronchetti 1991: 1275 s.).

1.2.2.3.2. Las imitaciones de Ibiza

La isla de Ibiza, inmersa desde antiguo en los más importantes circuitos comerciales mediterráneos, presenta un dinamismo especial en lo que respecta a las producciones locales barnizadas. En 1970, M. del Amo da a conocer, en un artículo ya clásico (1970), una serie de materiales de perfiles campanienses pero características técnicas diferentes y calidades peores a los definidos por Lamboglia. Nos encontramos en el momento en que empiezan a definirse los distintos talleres locales entre los que, acertadamente, supo Del Amo incluir estas producciones ebusitanas, al tiempo que valorar la importancia que tuvieron en su momento. Diferenció dos tipos de producciones. La primera, que llamó ***"cerámica gris ibicenca de imitación campaniense"***, se define por sus pastas grises, de arcillas duras, homogéneas y bien depuradas, aunque no muy fina, con inclusiones de desgrasantes de arena fina. Las imitaciones de Ibiza se caracterizan por carecer del típico barniz negro y, por el contrario, recubrir sus superficies por una fina película de engobe, la mayor parte de las ocasiones perdido, fino y jabonoso al tacto, de color gris, algo más oscuro que la arcilla, aunque puede adquirir ciertas tonalidades verdosas (*Idem.* 205). Se copian formas campanienses, aunque se ejecutan con una cierta libertad. Las más abundantes son las derivadas de la forma L-28, aunque también están presentes las formas L-5, L-23, L-27, L-31 y L-35. La decoración, a

base de palmetas y rosetas, presenta también ciertas peculiaridades que le otorgan una personalidad propia, bien definida, como se observa en el diseño preferente que decora estos vasos, formado por una combinación de cuatro palmetas en cruz, en el centro de las cuales se estampa una roseta.

La segunda de las producciones identificadas por Del Amo se caracteriza por la pintura roja que cubre sus superficies y se conoce como ***"cerámica roja de imitación campaniense de Ibiza"***. Se trata de producciones tardías y en cierto modo decadentes, centradas en el s. II a.C. Las formas que más se imitan son, al igual que en el caso anterior, las L-27 y L-28, seguidas por las formas planas (L-7, L-23 y L-55). La originalidad de esta producción viene dada por el tratamiento de sus superficies: "la superficie está cubierta con una pintura roja, a veces de tono anaranjado, que de ninguna manera puede considerarse como auténtico barniz. Dicha pintura parece haber sido aplicada después de la cocción, y su calidad es tan deficiente que basta un ligero frotamiento con los dedos para que se desprenda parcialmente dejándolos teñido de rojo" (*Idem.* 221).

Con posterioridad a la publicación de este trabajo y mediante la revisión de los fondos de los museos (Fernández y Granados 1980) y el estudio de los materiales aportados por las nuevas excavaciones (Guerrero 1980 y 1984), las apreciaciones iniciales de M. del Amo se han completado y matizado. A los dos grupos definidos en 1970, se han añadido otros dos ("arcillas amarillas" y "arcillas ocre-parduscas"), de calidades inferiores y que se corresponden con una etapa tardía de la producción. Estos estudios han demostrado que en Ibiza se comienzan a copiar vasos áticos en el s. IV[16]. Los talleres locales nunca dejaron de funcionar, simplemente fueron renovando su repertorio tipológico de forma paralela a la introducción de las nuevas modas, y así observamos que desde las primeras producciones de perfiles áticos clásicos, se pasa a imitar sucesivamente formas de la campaniense A y campaniense B.

Otro hecho nos lleva a considerar el caso ebusitano como especial dentro de la dinámica de estos siglos, ya que al contrario de lo que sucede en otros lugares, en los que la producción comienza tras el cese de las importaciones y ante la demanda de la población local, en Ibiza sí podemos hablar de "imitaciones" propiamente dichas, pues los productos locales no sólo conviven con aquellos a los que copian, sino que se observa cómo éstos se destinan a mercados indígenas menos exigentes, situados sobre todo en las otras islas (Mallorca y Menorca) y en la zona levantina de la Península, mientras que en la propia isla de Ibiza estas producciones no son tan frecuentes y conviven con el resto de producciones mediterráneas de la época.

1.2.2.3.3. Producciones de Cartago y área nororiental de Africa

En el debate actual sobre barniz negro, Cartago se perfila como un elemento esencial a la hora de definir facies cerámicas y centros de producción (Morel 1998a: 244 ss.). En principio, conocemos los materiales de barniz negro de Cartago gracias a los trabajos de Morel (1982a y 1986) y los más recientes de Chelbi (1982 y 1992) y Lancel (1992: 23 s.). Mediante el estudio de los materiales procedentes de las excavaciones en la colina de Byrsa, en el antiguo sitio de Cartago (Morel 1982a: 43), Morel identificó dos producciones de barniz negro, originarias de estos talleres norteafricanos. La producción, centralizada en torno a la ciudad de Cartago, cubriría la demanda del espacio situado entre Útica y Sabratha. Los productos de la ***Clase Byrsa 401*** son cerámicas de pasta clara y homogénea, beige-amarillenta o beige-verdosa. Lo más común es que el barniz, muy negro, haya desaparecido en la práctica totalidad del vaso, con la excepción de pequeñas vetas que permanecen en los huecos (*Idem.* 1986a: 29). Los vasos se estampillan con rosetas y con el característico motivo de las cuatro palmetas en cruz unidas por la base, que Morel considera elemento claramente "punicizante" (1992: 221 s.). Las formas más frecuentes entre esta producción son los platos de pescado, pequeñas enócoes esbeltas y diversos tipos de boles y copitas. Este tipo de cerámica no se difunde demasiado fuera de Cartago, con la excepción de algunos fragmentos encontrados en la Península Ibérica[17]. Cronológicamente la producción se sitúa entre mediados del s. III a.C. y la destrucción de Cartago (*Idem.* 1986: 49). Aunque en principio se atribuyó el origen de esta clase cerámica a los talleres cartagineses, los recientes análisis de pastas realizados en materiales de Cartago no confirman esta hipótesis ya que, por el contrario, parece que se trata de producciones de origen siciliota (*Idem.* 1998a: 246).

Al contrario que los anteriores, los vasos de la ***clase Byrsa 661*** se caracterizan por su gran calidad técnica. Las pastas son de grano fino, compacta y delgada, de color ocre o anaranjado, dura y homogénea. El barniz es espeso y sólido, de color negro intenso, en ocasiones con reflejos metálicos y finas marcas dejadas por el torneado. El fondo externo suele tener marcas de apilamiento, que adquieren un color grisáceo. Las formas más características son las píxides, las páteras ápodas de borde exvasado, las tapaderas, las pequeñas enócoes y los boles pro-

[16] Aparecen materiales de estos tipos en los depósitos I y II del solar AE-20 de la ciudad de Ibiza. Estos depósitos están colmatados con materiales de desecho de los talleres cerámicos contiguos, que se fechan entre el 375 y el 300 a.C. (Ramón 1990-91: 273).

[17] "Cette classe n'a pas été à ma connaisance diffusée hors de Carthage, à une exception près, un fond de bol à rosette trouvé en Espagne, à Valence, auquel s'ajoute peut-être un fragment à Seville" (Morel 1986a: 31). Recientes estudios han ampliado la distribución de cerámica de la clase Byrsa 401 a la zona costera catalana (Principal 1998a: 66). Por otra parte nuestro conocimiento directo de la arqueología gaditana nos ha permitido reconocer la presencia de boles de la clase Byrsa 401 en varios de los pozos rituales púnicos de la necrópolis (Niveau de Villedary e.p. b).

fundos, carenados o no, algunos con molduras en el borde y a veces con tres pequeños pies en forma de concha; Morel destaca de este repertorio "l'abondance des vases à boire" (*Idem.* 31). Las decoraciones se tornan más simples y, prácticamente, se reducen a la impresión de palmetas minúsculas y bastante esquemáticas, agrupadas en número de cuatro o cinco y, con frecuencia, rodeadas de un círculo de estrías. La cronología de estas producciones tuvo que ser, por razones tipológicas[18], algo posterior a la anterior, centrada en el s. II a.C. Los materiales de este tipo se encuentran con relativa frecuencia en toda el área definida por Morel como "punicizante", destacando la abundancia de hallazgos de la Península Ibérica (*Idem.* 35).

A pesar de que en un principio[19], para Morel no cabía la menor duda del carácter cartaginés de estas producciones, hoy se acepta sin reservas (Pedroni 1986 y 1990; Escrivá, Marín y Ribera 1992) que los vasos atribuidos tradicionalmente a la clase Byrsa 661 constituyen, en realidad, la producción de época helenística, entre los siglos II y I a.C., de los talleres de Cales (Pedroni 2000: 347).

Junto a estas producciones mayoritarias, Lancel identificó, a partir se sus trabajos en la colina de Byrsa (1982: 23 s.), cuatro grupos más de pseudocampanienses cartaginesas, definidas en función de sus características técnicas (Guerrero 1999: 177).

1.2.2.3.4. El taller de Kuass y área noroccidental de Africa

Se trata de un área poco y mal conocida, que apenas se ha tenido en cuenta a la hora de trazar el diferente mapa de distribución de las cerámicas de barniz negro. Tradicionalmente se consideraba como una zona subsidiaria de Cartago, que situada en la periferia del imperio cartaginés reproduciría, con ciertas diferencias, las distintas facies materiales de la metrópoli, qunque en los trabajos más recientes queda claro que el norte de Africa no puede considerarse un todo homogéneo, que deba entenderse en relación a lo que ocurre en Cartago, sino que la realidad es mucho más compleja (Morel 1992).

Para Adroher y López Marcos esta distinción vendría dada por el factor presencia-ausencia de importaciones de cerámicas áticas en la zona nororiental y noroccidental del continente africano respectivamente. El área nororiental, bajo la influencia más directa de Cartago, recibe de manera indiscutible las producciones griegas que posibilitaron la posterior imitación de formas y técnicas, mientras que, en la zona occidental, la escasez de importaciones provocó que no se impusiera en la tradición indígena el consumo de estos vasos (1995: 39).

Esta falta de importaciones se ha interpretado por la situación periférica de la Mauritania respecto a los principales circuitos comerciales del Mediterráneo en esa época. Ahora bien, creemos que esta afirmación no puede mantenerse si, como hemos señalado anteriormente, se defiende una concepción del Africa norte como una realidad heterogénea. Las diferencias vendrían dadas, pues, por diferencias culturales y la ausencia de cerámica ática sería, más bien, el resultado de un vacío de investigación en esta zona que, poco a poco, va siendo subsanado. Desde estas líneas abogamos por la estrecha relación que esta zona norteafricana hubo de tener con el sur de la Península Ibérica, formando parte de una misma área cultural que se ha venido definiendo como "Círculo del Estrecho" (Tarradell 1960: 60 ss.).

Por lo tanto, en este caso concreto y en lo que respecta a los materiales de barniz negro, esta zona debe ponerse en relación, no con lo que ocurre en Cartago, sino con las facies culturales del sur peninsular y, en particular, con la zona gaditana.

En el estado actual de nuestros conocimientos resulta de especial interés el conjunto excavado en Kuass (Arcila, Marruecos). Sin entrar en detalles, ya que a él dedicaremos el siguiente epígrafe *(vid. infra)*, simplemente diremos que se trata de un conjunto de alfares de distinta cronología, entre los cuales se ha podido documentar una producción de cerámicas locales barnizadas, de indudable "aire punicizante"[20] (Morel 1992: 230).

Aunque para Morel se trata de una producción marginal, poco difundida y periférica, nosotros creemos estar en disposición de afirmar, y es lo que pretendemos a través de este trabajo, que los materiales de Kuass responden a una producción consciente y perfectamente planificada, que surtiría, a partir de diversos talleres locales como el encontrado en Kuass, a toda la zona cultural del "círculo del Estrecho". Tampoco podemos, hoy en día, suscribir la opinión de Morel sobre la poca difusión de estas cerámicas. En sus propias palabras "on n'a signalé sur aucun autre site, même au Maroc, de céramique provenant sûrement de l'office de Kouass (y compris peut-être à Lixus, pourtant distant de Kouass d'une quarantaine de kilomètres seulement), sinon à Dchar Jdid, à proximité immédiate de la fabrique" (*Idem.* 220), sin embargo, creemos que este hecho es consecuencia de no haber sabido

[18] Las formas de píxides, a pesar de su origen ático, comienzan a documentarse en la cerámica campaniense a partir de la difusión de la campaniense B (Lamboglia 1952: 145).

[19] El mismo Morel ha terminado admitiendo el origen caleno, o al menos de toda la zona de la Campania septentrional (grupo Cales-Teano) de estas producciones (Morel 1998a: 246).

[20] Principalmente por el tono rojo del barniz que recubre la superficie de los vasos, que sustituye al tradicional color negro, pero también por las formas documentadas (abundancia de platos de pescado) y ciertos detalles de las decoraciones (esquemas decorativos compuestos por cinco palmetas radiales o cuatro palmetas opuestas y en cruz, con las bases unidas, formando un único motivo) (Morel 1992).

aislar e identificar correctamente los materiales pertenecientes a esta producción, evidentemente por la falta de sistematización y de estudios concretos.

1.2.2.3.5. El sur de la Península Ibérica

Respecto a lo que sucede al sur de la Península Ibérica, ocurre lo mismo que en el norte de Africa, que apenas si tenemos información.

La interpretación tradicional que responsabilizaba a los cartagineses de la ausencia de comercio con los griegos y, por tanto, de la ausencia de cerámica ática en el sur peninsular mediante una aplicación rígida de los tratados entre Cartago y Roma, hoy, ante los nuevos datos, no se puede ya mantener. Los trabajos de estos últimos años han venido a llenar un vacío, secular e incomprensible y el panorama de la distribución de los productos áticos en Andalucía se nos presenta, si no completo, sí al menos más acorde con la realidad (Rouillard 1991; Cabrera 1997).

La situación del s. III no difiere mucho de la descrita para el s. IV. Las obras de síntesis que se ocupan de los talleres protocampanienses, se limitan a señalar el total desconocimiento de la investigación respecto a lo que ocurre en esta zona en época helenística: "lo que ocurrió durante el s. III al sur de Cartagena es por ahora un misterio en tanto no se estudien los conjuntos de barniz negro que sin duda deben existir en museos y colecciones. De ser cierta nuestra suposición de que el tratado del 348 impidió la llegada de los productos del taller de las Pequeñas Estampillas y también de Rhode al sur de Mastia Tarseion, la zona reservada al comercio y a la influencia púnica hubo de alimentarse de unos productos importados o autóctonos que por ahora desconocemos completamente" (Sanmartí 1981: 170); "hasta la actualidad han sido pocos o, más bien, ninguno los estudios que, sobre alguna producción propia de esta zona relacionada con el barniz negro, se haya dado a conocer" (Adroher y López Marcos 1995: 39).

Adroher y López Marcos añaden que, con cierta lógica, pueden adivinarse producciones o imitaciones en los centros más importantes, caso de Cádiz, *Sexi* o Villaricos. Pero, hasta ahora, la falta de datos y estudios no permiten abandonar el terreno de la mera especulación (*Idem.* 39 s.).

1.2.3. Difusión de las producciones universales

Morel define las producciones universales como "des productions à vernis noir qui ont été exportées en quantités variables dans la quasi-totalité des régions qui bordent la Méditerranée occidentale" (1980b: 100). Éstas se corresponden, a grandes rasgos, con los tres grupos definidos por Lamboglia y conocidos como campaniense A, B y C respectivamente (1952a: 140).

Se incluyen dentro de lo que Morel ha considerado como segundo periodo, posterior al fin de la Segunda Guerra Púnica y caracterizado por una producción a mayor escala, que tiende a la estandarización, donde predominan las formas abiertas sobre las semicerradas, más raras, y en las que apenas si se documentan formas cerradas. Cuando aparecen, también se simplifican enormemente las decoraciones y desaparecen totalmente los sellos o marcas de fábrica, que se hallaban con relativa frecuencia en algunas de las producciones del periodo anterior (Morel 1981b: 83).

La influencia y la competencia de estas producciones en serie de barniz negro provocaron en Italia y, en mayor medida en el resto del Mediterráneo, el declive de las distintas producciones locales (*Idem.* 97).

1.2.3.1. *La campaniense A*

El término, en sentido estricto, alude a la cerámica fabricada en el Golfo de Nápoles y la isla de Ischia. En origen, tal y como sucede en otras zonas de la Magna Grecia y del Mediterráneo occidental en el s. III a.C., podemos hablar de la producción de un taller local, de difusión muy limitada, que imita formas de barniz negro ático (Morel 1986b: 335 s.).

Aunque se trata de una cerámica que comienza a fabricarse durante el siglo III, su auge y comercialización a gran escala es un fenómeno del s. II (*Idem.* 1978: 157), asociado a la conquista de la Campania por Roma y a la fundación del puerto y colonia de Puteoli tras la Segunda Guerra Púnica. A partir de ese momento la campaniense A se elabora con un fin concreto: la exportación al resto del Mediterráneo occidental romanizable (Pérez Ballester 1986: 34).

A pesar del indudable peso que tuvo, en la actualidad se tiende a "desmitificar la carga de protagonismo que la campaniense A ha tenido y tiene (...) es preciso terminar de una vez para siempre con la idea de que las producciones universales A, B y C fueron el prototipo y paradigma de todos los demás, y pensar que estas cerámicas en realidad no fueron sino las protagonistas afortunadas de una coyuntura económica favorable que hizo de

ellas los sujetos, entre otros muchos elementos de intercambio, de la expansión económica romana en la Península durante buena parte de los dos siglos anteriores a Cristo" sobre todo si tenemos en cuenta "que muchas de las pretendidas imitaciones estuvieron en uso mucho antes de que el tipo A apareciera en los mercados del Mediterráneo occidental" (Sanmartí 1981: 171).

Morel ha diferenciado varias etapas en la evolución de la producción de los talleres (1980b: 102). En primer lugar nos encontramos con una ***campaniense A primitiva***, de finales del s. IV, centrada en los alrededores del 300. Esta fase se documenta únicamente en Ischia —Monte Vico—, consiste sobre todo en imitaciones de cerámicas de barniz negro áticas o de Capua (*Idem.* 1986b: 335 s.) y su área de influencia es nula. Entre los años 280 y 220 a.C., se puede hablar de una ***campaniense A arcaica***, atestada casi exclusivamente en Ischia, pero que, sin embargo, se exporta a otros lugares del Mediterráneo, aunque siempre esporádicamente[21]. En su repertorio se combinan las formas propias con las formas helenísticas. La forma más común de esta etapa de la producción es la 21/25 B, decorada con tres palmetas radiales. Entre los años 220 y 190 a.C. y sobre todo a partir del 200 cuando comienza a exportarse de forma considerable, se habla de ***campaniense A antigua.*** El repertorio, diferente al de la anterior etapa, incluye platos de pescado (L-23), cuencos de la forma L-33 y *guttus* (M-8151a). Se trata de la vajilla que documentamos, por ejemplo, en el pecio del Grand Congloué 1 (Benoit 1961a; Sanmartí y Principal 1998a: 194 s.). La ***campaniense A media***, centrada en el s. II (190-100 a.C.) es objeto ya de un comercio considerable. Es la más frecuente en los yacimientos de la Península y corresponde al momento de máxima expansión y producción de esta cerámica. Se fabrican y exportan las formas siguientes: L-5, 6, 8B, 27B, 27c (excepcionalmente las 27a y c), 27/55, 28, 31a, 34, 36, 55, 65, 68 y la M-3221. Son formas originales de Ischia las L- 6, 27c, 28, 31a, 33, 34 y 36, mientras que el resto se toman prestadas de otras áreas. En el año 82 a.C., Sila arrasa Ischia, donde durante un tiempo se había refugiado Mario. Este momento se puede considerar como el fin histórico de la campaniense A, que decae en sus exportaciones, al tiempo que se potencia el puerto de Ostia, en detrimento del de Puteoli, como principal vía de entrada al comercio con Roma (Pérez Ballester 1986: 34). No obstante, aún podemos hablar de una ***campaniense A tardía***, correspondiente ya al s. I (100-50 a.C.) que todavía se exporta, aunque de manera desigual, según las regiones. El repertorio, muy empobrecido, se reduce a las formas L-1 (que imita a la campaniense B), L-5/7a y M-2983a.

La arcilla proviene de la isla de Ischia, famosa en la antigüedad por la calidad de las mismas. Se caracteriza por su color rojo-marronáceo, más o menos oscuro en función a la cantidad de cal que intervenga en la composición. Suele ser granulosa, dura y de aspecto algo poroso. El barniz es negro, aunque de calidad muy desigual. Suele ser fácilmente identificable por las irisaciones que a menudo presenta. La superficie no es lisa al tacto, se observan estrías dejadas por el torno y en la superficie externa de los pies, las huellas de los dedos del artesano (*Idem.* 34).

Dado el carácter inicial de la tipología de Lamboglia, este autor incluyó dentro de su grupo A la producción de una serie de talleres, posteriormente definidos e individualizados. En consecuencia hoy se tiende a considerar campaniense de tipo A únicamente a las producciones circunscritas a la isla de Ischia y la zona de Nápoles (Py 1993b: 146).

La campaniense A clásica, es decir, aquélla que se exporta masivamente a los mercados occidentales en el s. II, ha sido catalogada por Morel como una cerámica "retro", por su carácter conservador respecto a formas, decoraciones y características técnicas. Se trata de una cerámica "qui reprend souvent à son compte des solutions qui dans d'autres ateliers avaient prévalu parfois 50 à 100 ans plus tôt" (1978: 157).

1.2.3.2. *Producciones posteriores a la campaniense A*

A pesar de que estas producciones se escapan del marco cronológico y cultural que en principio nos interesa, resulta interesante describir a grandes rasgos sus características para cerrar el ciclo evolutivo de unas cerámicas, las barnizadas, dueñas absolutas de los mercados occidentales durante prácticamente cinco siglos.

1.2.3.2.1. La campaniense B

Son cerámicas de origen etrusco[22], caracterizadas por su arcilla, de muy buena calidad, calcárea, de color beige, depurada, dura y bien cocida, de sonido metálico y un barniz negro muy espeso, uniforme y muy liso.

---

[21] No obstante, hoy en día se empieza a reconocer una exportación temprana de campaniense A, en pleno siglo III (Morel 1998a: 246 s.).

[22] Aunque generalmente se acepta la aparición de esta cerámica en Etruria, su origen es muy controvertido, disputándoselo dos zonas: Etruria y Campania. En el intento de solucionar este problema Morel ha propuesto una solución un tanto "salomónica": la verdadera campaniense B sería la que aparece en Etruria como resultado de toda una tradición metalúrgica y cerámica (talleres de Malacena, de "anses en oreilles", etc.) mientras que, por el con-

El repertorio formal es completamente diferente al de la campaniense A que, como hemos visto, deriva directamente de los perfiles helenísticos. Se trata, pues, de una cerámica que puede considerarse vanguardista frente al carácter "retro" de la campaniense A (*Idem.* 1981b: 95). En este caso los vasos guardan una mayor relación con la tradición toreútica de la zona, predominando los vasos de perfiles rectos y angulosos, con pies altos y moldurados al exterior. Las formas se reducen a prácticamente una docena: L-1, 2, 3, 4, 5, 7, 8 y 10, con predominio de platos, tazas y píxides, mientras que la decoración más frecuente es a base de bandas con finas estrías enmarcadas por acanaladuras concéntricas.

Estas producciones aparecen en Etruria en los inicios del segundo tercio del s. II a.C., comenzando a exportarse en el tercer cuarto del siglo.

1.2.3.2.2. Las producciones B-oïdes

El éxito de la campaniense B en toda Italia, unido al probable desplazamiento de artesanos, hizo que surgieran gran cantidad de talleres que reproducen las mismas formas y, a menudo, las decoraciones, de la campaniense B, pero con diferentes pastas (color ocre más oscuro) y barnices (negro mate, con reflejos amarronados o rojizos). La decoración más típica es un *losange* central.

Cronológicamente no está clara la fecha de inicio de la producción, aunque su exportación puede fecharse sobre el 130-100 a.C.

Morel diferencia, al menos, dos tipos de producciones B-oïdes (1978: 162), confirmados por posteriores análisis de laboratorio (Morel y Picon 1993): una ***campaniense B-oïde etrusca*** o imitaciones regionales periféricas de la Campaniense B, de la que no siempre es fácil diferenciarla, y una ***campaniense B-oïde campana***, imitaciones localizadas en el norte de la Campania, concretamente en Cales, posiblemente debido al desplazamiento de los artesanos desde las regiones del norte.

1.2.3.2.3. La campaniense C

Por último, conocemos por campaniense C a ciertas producciones originarias de Sicilia (Siracusa), fabricadas en arcillas grises, granulosas y no muy duras. El barniz es de color negro profundo, delgado y jabonoso al tacto por lo que se pierde fácilmente. Con frecuencia no cubre la mitad inferior y el pie externo de las piezas. El repertorio de formas, también reducido, se limita al ya descrito por Lamboglia: L-1, 2, 3, 5, 6, 7, 16, 17, 18 y 19 (1952a). Se decoran mediante simples pares de círculos incisos, solos o combinados con bandas de largas estrías.

Se fabrica después de la Segunda Guerra Púnica, entre el 150 y el 50 a.C., y no se exporta a la Península, al menos, hasta el s. I y siempre en muy pequeñas cantidades (Sanmartí 1981: 176).

Como ha señalado Morel, estas importantes diferencias entre las distintas producciones no son ni fortuitas ni circunstanciales, sino que reflejan plenamente "un'evoluzione della ceramica a vernice nera a grande diffusione tra il II secolo e il I secolo (...), tutte queste particolarità culminano un po' più tardi nella ceramica aretina" (1981b: 96).

1.3. EL ALFAR DE ÉPOCA PÚNICA DE KUASS (ARCILA, MARRUECOS)

> "La producción de ánforas tuvo, pues, la prioridad, pero al parecer, los alfareros de Kuass quisieron también reproducir una gran variedad de recipientes, de uso no ya industrial, sino doméstico" (Ponsich 1968: 8)
>
> "Ce four III fut en plein activité au IIIe siècle, et sa plus grande originalité est d'avoir, en terre africaine, fabriqué de la céramique de type campanien A, à vernis rouge" (Ponsich1969b: 275)

No podíamos empezar este epígrafe sino reconociendo la labor de M. Ponsich, al que debemos la identificación de esta producción cerámica, que dio a conocer al mundo científico en varios artículos de difusión[23] (1968, 1969a, 1969b, 1969c y 1969-70), donde avanzaba resultados iniciales, a falta de estudios más pormenorizados que, desgraciadamente, aún no han visto la luz.

A pesar de lo preliminar de la investigación, Ponsich intuyó el papel que hubo de jugar este tipo de cerámica, en un lugar y un momento muy significativos en la historia del Mediterráneo Occidental, diferenciándola del resto de producciones campanienses, cuyo estudio había sufrido un fuerte impulso desde la década anterior[24] y dejando

---

trario, las cerámicas que aparecen en la Campania, que llevaron a Lamboglia a proponer un origen caleno para la campaniense B, son consideradas por Morel como "pseudo-B" o "B-oïdes" (1976: 278 s.).

[23] En realidad, se trata de varias versiones de un mismo trabajo en el que expone, de forma sucinta, las intervenciones llevadas a cabo en el yacimiento, el descubrimiento de los hornos, la secuencia cronológica de éstos..., y presenta los materiales que se recuperaron en cada uno de ellos. Tan sólo en uno de estos trabajos (Ponsich 1969a) se trata de forma monográfica este tipo de cerámica.

[24] Desde la publicación de la sistematización de Lamboglia (1952a) se multiplicaron de forma espectacular los análisis de los conjuntos de barniz negro.

planteados una serie de interrogantes sobre su origen, cronología, filiación, etc. que aún hoy no han sido del todo contestados, ya que pese a que han transcurrido tres décadas desde los descubrimientos de Kuass, apenas si contamos con más datos que los que en su día aportó su excavador, hasta el punto de que cualquier estudio riguroso sobre la cerámica "tipo Kuass" debe partir todavía de las conclusiones a las que llegó Ponsich.

El yacimiento de Kuass se encuentra situado en un sitio privilegiado, cruce de caminos entre las rutas terrestres que unen a lo largo de la costa atlántica Tánger y Lixus desde época fenicia (Ponsich 1968: 3) y puerto estratégico a la hora de exportar los ricos productos de la región (*Idem.* 1969a: 59), fundamentalmente salazones de pescado (Ponsich y Tarradell 1965: 38 ss.) y productos agrícolas.

Situado a 8 Km. al norte de la villa de Arcila, sobre la margen derecha del Oued-Garifa, en lo alto de una pequeña meseta rocosa que domina la desembocadura del río, toma su nombre del acueducto romano que lo surca (*Idem.* 38). La proximidad de lagunas de agua dulce permitieron no sólo una garantía de abastecimiento para la población sino también el establecimiento de una floreciente industria alfarera, gracias a la abundancia y calidad de sus margas (Ponsich 1968: 4).

Las primeras investigaciones en el yacimiento, que datan de 1964, se orientaron hacia el estudio de los vestigios romanos (acueducto, habitaciones y piletas de salazón), restos de una antigua villa dedicada a la pesca y los productos industriales derivados (Ponsich y Tarradell 1965: 38 ss.).

Dos años más tarde, en otoño de 1966, las excavaciones llevadas a cabo en el sitio revelan la existencia de un poblamiento anterior, y no menos rico, a la ocupación romana. Entre los restos arquitectónicos destacan una serie de estructuras industriales articuladas en varias dependencias, que constituyen un auténtico barrio alfarero cuya cronología abarca un amplio periodo que va desde el siglo VI al I a.C.

Esta producción masiva se ha explicado por la necesidad de almacenar los productos generados por las actividades agrícola y pesquera y contribuye a dar validez a la hipótesis original de considerar la aldea de Kuass como un importante centro redistribuidor de la costa atlántica marroquí. El hecho de que en los hornos más antiguos la producción se limite prácticamente a las ánforas, indica el carácter secundario de esta industria, al menos en origen, pues pronto se amplia el repertorio formal cerámico extendiéndose la producción a formas de la vajilla de uso común, que servirían para abastecer a la propia población y, quizás, a otras cercanas.

En el transcurso de los trabajos se localizaron diez hornos, de los cuáles se han excavado por completo tres y parcialmente otros dos. Se trata de talleres que se disponen en círculo en lo alto del cerro, lo que permitía deshacerse con facilidad de los deshechos y fallos de cocción (Ponsich 1968: 5). Cada taller estaba formado por una sala de horno y varias habitaciones articuladas en torno a ésta, utilizadas para almacenar la materia prima, depurar la arcilla, modelar las vasijas, como secaderos y para almacenar los productos acabados. La presencia de piezas de vajilla importadas y otros elementos de uso común —fíbulas y joyas— inclinan a su excavador a pensar que la vida cotidiana de esta gente se debía desenvolver en torno a los propios talleres.

La nomenclatura de los hornos responde a un criterio operativo y no cronológico, ya que se numeraron conforme fueron apareciendo (*Idem.* 3). Las dataciones se establecen en función al factor presencia-ausencia de importaciones áticas de barniz negro y por la tipología de las ánforas (*Idem.* 1969a: 61). El más antiguo es el horno IV, datado entre los siglos VI y V a.C., le siguen los hornos I y II con material del siglo V y el I bis que podemos fechar a finales de ese mismo siglo. El número V, en cuyas inmediaciones se hallaron ánforas púnicas Mañá-C o Dressel 18 y cerámica campaniense B, debió estar en funcionamiento hacia el siglo II (*Idem.* 1969c: 234).

La producción del horno III —el que aquí nos interesa— es considerada por Ponsich en un primer trabajo (1968: 4), perteneciente al siglo III, datación que rectifica poco después y lleva hasta el siglo II[25] (*Idem.* 1969a: 61). Morel, tras analizar las formas, que considera tipológicamente bastante antiguas (1992: 220), piensa que la producción del horno III debe retrotraerse al siglo III a.C. López Pardo, al revisar la documentación, propone una solución intermedia, el horno III de Kuass comenzaría su producción hacia el siglo III a.C. y seguiría en funcionamiento durante parte del II a.C. (1990a: 17). Por nuestra parte, y a la vista de los materiales que se asocian a las imitaciones de barniz rojo (Ponsich 1969a: fig. 10 y 11) y a la propia morfología de los vasos barnizados, secundamos esta última opinión: el horno III estaría en funcionamiento entre fines del s. III y los momentos iniciales del II a.C.

Entre la producción de los alfares de Kuass destacan, por su peso cuantitativo y cualitativo, dos tipos de materiales: las ánforas y la cerámica barnizada.

Ya hemos señalado que la actividad principal de estos hornos se orientó desde su origen hacia la fabricación masiva de ánforas. Se trataba de una actividad secundaria en función de la producción industrial de derivados

[25] Parece que pueda tratarse de un error tipográfico y no de una rectificación de la cronología por parte de Ponsich, que sigue considerando que la producción del horno III abarcaría un periodo comprendido entre los siglos IV-III a.C. según comunicación personal del investigador a J.-P. Morel (1992: n. 17).

agropecuarios (Ponsich 1968: 8; Niveau de Villedary y Ruiz Mata e.p.), que hubo de ser de gran magnitud en virtud del número de ánforas recuperado. Estos envases no dejaron de fabricarse durante todo el periodo de funcionamiento de los hornos, sufriendo únicamente las lógicas evoluciones tipológicas, que nos sirven para seguir la secuencia y datar cada una de las estructuras (Ponsich 1968 y 1969a; López Pardo 1990a:17 s. y 1990b).

De forma paralela, se desarrolla una industria de cerámica para uso doméstico con la finalidad de satisfacer las necesidades locales (Ponsich 1968: 8) y de surtir a los mercados cercanos. Destaca la producción del horno III donde en el nivel superior al que aparecen las cerámicas áticas de barniz negro y asociadas a ánforas púnicas del siglo III a.C.[26] y a cerámicas ibéricas[27], se documenta este tipo de cerámica. La peculiaridad de la vajilla barnizada llamó la atención de su excavador que le destinó gran parte de las páginas dedicadas al yacimiento.

Se trata de un conjunto de recipientes de pequeño tamaño que imitan formas áticas pero que se barnizan en tonos rojos y castaños, al gusto de la tradición fenicio-púnica y que, en ocasiones, presentan decoración estampillada.

Por la relativa frecuencia con que aparecen piezas defectuosas y fallos de horno, Ponsich llega a la conclusión que debe tratarse de una producción de carácter local que nace como consecuencia del cambio estético generado por la masiva difusión de las formas áticas por todo el Mediterráneo occidental.

Los alfareros de Kuass no llegaron a alcanzar la perfección técnica de las producciones áticas y campanienses, sin embargo, la calidad de las margas arcillosas utilizadas en su fabricación, la sutileza del glaseado y la relativa abundancia de piezas defectuosas desechadas indican que dentro del contexto en el que las encontramos, eran consideradas producciones de un cierto lujo.

En la descripción de los tipos Ponsich sigue la tipología elaborada por Lamboglia y considera que las ligeras variaciones formales entre unos y otros son normales, resultado del gusto de la clientela local (1969a: 62 s.). Las formas documentadas se reducen a poco más de media docena.

La ***forma 23 o plato de pescado*** es la que aparece con mayor frecuencia entre los materiales del horno III. Las medidas presentan un valor medio de 21 cm. de boca, 4'4 cm. de altura para los ejemplares mayores y de 21 cm. de diámetro y 4'2 cm. de altura en los de menor tamaño. El borde, colgante, es más o menos anguloso y siempre marcado en su parte superior por una acanaladura. El fondo, cóncavo, queda marcado siempre por una protuberancia central. Los perfiles de los pies son muy variados y responden al gusto ático. Este último hecho hace reflexionar a Ponsich sobre los peligros de la tipificación cuando se carece de formas completas "Cette variété dans l'exécution d'un même type de plat, dans une même fournée montre les dangers d'une interprétation trop hâtive, d'après ce seul indice, sur la forme du vase entier, et de l'établissement de rapports directs avec des vases aux formes déjà connues"(Idem. 63). La pasta es fina, bien cocida y roja. Estos platos nunca se estampillan.

Ponsich incluye dentro de la ***forma 21*** de Lamboglia[28] una serie de ***cuencos*** de perfiles muy diferentes entre sí y que tampoco responden exactamente a los prototipos campanienses. Los bordes de estos últimos se vuelven hacia el interior, mientras que los de Kuass son más rectos. Los pies son asimétricos pero estables. La pasta, roja y bien cocida, se recubre de un barniz marrón, más oscuro que el de la forma anterior, que llega a adoptar tonos cercanos al negro. Se diferencian tres formas dentro del tipo general. El primero de ellos, de tamaño no muy grande (diámetro de la boca: 9'5 cm. y altura: 3'9 cm.), presenta bordes redondeados que se vuelven hacia el interior del vaso, paredes relativamente espesas y pie pequeño y rechoncho que asegura una perfecta estabilidad. El segundo ejemplar es el más cercano al prototipo de Lamboglia (1952a: 171), de mayores dimensiones (12'3 cm. de diámetro y 5 cm. de altura), paredes muy finas, borde recto y pie estrecho y alto. La pasta es roja, bien cocida y recubierta de un barniz marrón oscuro. Esta forma se suele decorar con cinco palmetas impresas. El último tipo es algo mayor (14'8 cm. de diámetro y 5'8 cm. de altura) y presenta un perfil más exvasado, que se quiebra en su tercio superior para formar el borde reentrante. Las paredes también son finas, la pasta roja y bien cocida y el barniz marrón oscuro como el tipo anterior. No se estampilla.

Las ***copas de la forma 28*** están muy representadas, generalmente son algo más exvasadas que el prototipo publicado por Lamboglia y de bordes más finos y carenas más marcadas, mientras que el pie recto se separa de la pared mediante un bisel. La pasta es fina, bien cocida, recubierta de un barniz marrón-rojizo, muy adherente. El fondo interior se marca en su centro por cuatro pequeñas palmetas dispuestas en cruz. La ***forma 29*** es muy parecida a la anterior, aunque Ponsich también aprecia ciertas diferencias respecto a la presentada por Lamboglia: en

---

[26] Se trata de ánforas del tipo Mañá-Pascual A4, características del área del Estrecho (Niveau de Villedary 1999b: 133 s.) y que Ponsich denomina tipo III (1968a: 11, fig. 2).

[27] Ponsich publica ungüentarios (1969a: fig. 11, 1), urnitas globulares (*Idem.* fig. 10, 2 y fig. 11, 2) y urnas pintadas (*Idem.* fig. 11, 3), formas todas ellas muy similares a las recuperadas en los niveles del s. III a.C. en las excavaciones del Castillo de Doña Blanca y poblado de Las Cumbres (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: fig. 5, 10 y 11).

[28] Para otros autores, estas formas no se pueden incluir dentro de la forma 21 de Lamboglia, ya que estas producciones, al igual que otras (talleres ebusitanos), características de la zona geográfica púnica, presentan unas formas bien marcadas, que aunque de imitación ática, son algo más evolucionadas (Cerdá 1987b: 244). Nosotros pensamos que el problema es de orden cronológico, no cultural o geográfico, ya que en el área púnica se producen imitaciones que siguen fielmente los prototipos áticos de L-21 en los primeros momentos de la producción —sobre todo en torno a la primera mitad del s. III— como se constata entre los materiales de los pozos rituales púnicos de la necrópolis de Cádiz (Niveau de Villedary e.p. b) y formas más evolucionadas en la segunda mitad del siglo (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: fig. 4, 2-4).

Kuass las paredes son más finas, la profundidad mayor y los pies más exvasados. La pasta es roja, bien cocida, con barniz marrón-rojizo. El fondo se estampilla con el mismo motivo que la forma anterior o con palmetas o rosetas aisladas, que evidencian la multiplicidad de motivos que aparecen en un mismo tipo (Ponsich 1969a: 67).

Bajo la ***forma 36 y derivadas*** se incluyen los platos de borde horizontal y abombado, más largo que el que presentan los ejemplares campanienses. Para Ponsich las formas de Kuass serían el resultado de una adaptación de la forma campaniense influenciada por los bordes de los platos púnicos de barniz rojo (*Idem.* 67). El fondo es espeso, de aspecto pesado y el pie alto y recto. La pasta es roja, bien cocida y recubierta de un barniz del mismo color. El fondo interior se estampilla con cuatro palmetas en cruz, rodeadas de una doble incisión concéntrica. Las dimensiones medias de esta forma se sitúan en torno a los 14 cm. de diámetro y los 3'3 cm. de altura. Entre los fragmentos recuperados destacan ciertos bordes de medidas y perfil más parecido a los ejemplares de la campaniense A.

Ponsich describe también una serie de ejemplares únicos, que no inscribe dentro de ninguna de las formas campanienses, como un ***pequeño platito*** de 12 cm. de diámetro y 2'5 cm. de altura, que presenta un borde saliente y moldurado y un pie pequeño y bajo, marcado por un bisel que le asegura una perfecta estabilidad (*Idem.* 67; fig. 8, 10), pasta roja y bien cocida, recubrimiento del barniz marrón-rojizo característico y fondo interior decorado mediante la impresión de cuatro palmetas dispuestas en cruz; un ***vaso acampanado*** que define como "petite cruche de type campanienne A" pero no describe (*Idem.* fig. 10) y una ***pequeña copa*** de aspecto macizo, de 8'2 cm. de diámetro y 3'3 cm. de altura; de borde recto, pie pequeño también recto y perfil carenado y pasta roja y bien cocida y barniz marrón-rojizo (*Idem.* 67; fig. 7, 4). Se decora con una única palmeta o bien mediante rosetas.

Estos vasos, en ocasiones, se decoran mediante la impresión de estampillas en su fondo interno. Los motivos se toman prestados de las vajillas ática y campaniense (*Idem.* 69 s.) y son poco variados, pues prácticamente se reducen a los dos ya citados: roseta y palmeta y a las diferentes combinaciones de ésta última. Sí llama la atención la relativa libertad con la que el mismo motivo decora formas diferentes y viceversa, ya que no parecen caracterizar "ni une forme précise de vase, ni une marque individuelle de potier" (*Idem.* 71). Este hecho es frecuente en los talleres locales, que por lo relativamente reducido de su producción, pueden trabajar cada ejemplar de forma individualizada.

La ***roseta*** presenta formas y dimensiones variadas. Varía el número de pétalos, la longitud de éstos, la presencia o ausencia de punto central y estambres, etc. En Kuass aparece decorando sobre todo ejemplares de la forma 29 y en fondos fragmentados.

Las ***palmetas***, en comparación, son morfológicamente mucho más variadas. Aunque no es lo más frecuente las podemos encontrar ***aisladas*** y situadas en la parte central de los fondos internos de los vasos que decoran. Se componen de hojas espesas que se incurvan hacia el exterior o interior y de un pétalo central vertical y ligeramente abultado. El motivo se envuelve en una cartela que se adapta a la forma. Como en el caso anterior los ejemplares que con mayor frecuencia se decoran con este motivo son las que se incluyen en la forma 29, sin descartar otras, ya que los fondos fragmentados con una única palmeta estampillada son también relativamente numerosos.

En el caso de las ***palmetas agrupadas***, el motivo en sí es idéntico al anterior y tan sólo varía el número de veces que el sello se estampa en la pieza. Distinguimos dos esquemas: el formado por ***cuatro palmetas diametralmente opuestas,*** que pueden aparecer diferenciadas o unidas —en este último caso suelen ser de menor tamaño— y el que combina ***cinco palmetas radiales***, dispuestas de manera irregular y siempre decorando los fondos de la forma 21.

Nuestro actual conocimiento se reduce prácticamente a lo expuesto. Con posterioridad a los trabajos de Ponsich en Kuass, apenas si se han reconocido y publicado como tales más que un reducido número de piezas, sobre todo en yacimientos de la provincia de Cádiz, donde son muy numerosas (Ruiz Mata y Pérez 1995: 74 s.; fig. 28 y 32; Fierro 1990: 40; Muñoz 1989: fig. 5, 44 y 45; fig. 7, 65; Perdigones *et al.* 1986: fig. 4; González 1985: fig. 5, 23 y 24; Belén y Pérez 2000: fig. 3, 7-13, etc.) y en algún que otro punto de Andalucía (López Castro *et al.*, 1987-88: fig. 7, o; Carrilero y López Castro 1994, fig. 6, 4; López Malax-Echevarría 1973), submeseta sur y Levante (Blánquez 1982), donde aparecen de manera aislada; ocupando en las obras de síntesis generales breves comentarios, que aluden a su carácter de producción de ámbito local, reducida a una comarca concreta (Morel 1980b: 99; Beltrán 1990: 42).

En la actualidad se está procediendo a la revisión de los materiales y de las excavaciones realizadas por Ponsich en Kuass[29]. Aunque los resultados no han visto aún la luz, ni el trabajo finalizado, sabemos que están ofreciendo datos novedosos respecto a lo que ya conocíamos (Aranegui *et al.* 2000: 19 ss. y 2001), que pueden cambiar el panorama generalmente admitido de manera radical (*Idem.* 2000: 21).

[29] Agradecemos a Mohamed Kbiri Alaoui, el habernos permitido acceder a su trabajo, así como las fructíferas charlas que ambos hemos mantenido sobre el desarrollo de nuestras investigaciones, que esperamos se traduzca en un acercamiento de la investigación de ambas orillas del Estrecho.

Pero si valoramos, en su tiempo y medida, el trabajo de Ponsich, debemos reconocer la tremenda lucidez con la que el investigador francés se acercó al problema de las producciones de Kuass. A él debemos una serie de valoraciones que ya en su momento, en una etapa preliminar de las investigaciones, supo intuir y que el tiempo parece confirmar como válidas.

En primer lugar la identificación de esta vajilla cerámica en los hornos de Kuass, que le llevó a considerarla como una producción local con carácter de lujo, que incluyó entre las producciones campanienses que proliferan en la época (1969b: 277 ss.). Planteó asimismo una serie de problemas clave, todavía sin respuesta, en relación a la terminología, origen y filiación de las imitaciones de Kuass (*Idem.* 1969a: 57 s.). También vio Ponsich que esta producción hundía sus raíces en el helenismo (*Idem.* 71 ss.) y que más podían tratarse de imitaciones de la vajilla ática, a la que habría que sumar la pervivencia de elementos de gusto fenicio-púnico, que de la campaniense, en esa época todavía escasamente desarrollada y apenas comercializada. Intuyó que todas estas influencias debieron llegar a Marruecos a través de la Península Ibérica (*Idem.* 1968: 24 s.). Y, por último, consideró que la vajilla de Kuass era un elemento clave a la hora de definir espacialmente el área de influencia de *Gadir*, núcleo aglutinador del llamado "Círculo del Estrecho"[30], con un peso específico en Occidente similar, posiblemente, al jugado por Cartago en el Mediterráneo Central (*Idem.* 25).

No obstante, y a pesar de estas importantes aportaciones, son todavía muchos los problemas que nos encontramos al enfrentarnos al estudio de estas cerámicas. Carencias que no dejan de tener su explicación si tenemos en cuenta que fue dada a conocer en unos momentos en los que los diferentes talleres campanienses estaban siendo definidos y se estaba aún lejos de conseguir una síntesis que aclarara el panorama de las producciones de la época. Una vez que éste quedó en cierto modo trazado (Morel 1981a), lo somero de lo conocido y publicado en Kuass y el desconocimiento sobre su presencia en otros lugares del norte de Africa y sur de la Península Ibérica, han impedido que esta producción sea valorada en su justa medida, con el peso que realmente tiene y su significado histórico y comercial, considerándosela tan sólo como un pequeño taller de producción periférica y difusión limitada. Nuestra intención, con este trabajo, es la superación de los aspectos en los que las limitaciones de las apreciaciones de Ponsich se hacen más evidentes.

[30] Concepto muy utilizado por la investigación (Niveau de Villedary 1998) desde que Tarradell lo acuñara para referirse al área geopolítica y económica de *Gadir* (1960: 60 ss.).

2

TIPOLOGÍA. I. LAS FORMAS

> "Las cerámicas no son más que un elemento, entre los muchos que componen la cultura material y su estudio jamás debe ser un fin en sí mismo, sino un medio en el progreso científico" (Beltrán 1990: 13).

2.1. CONSIDERACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS PREVIAS

> "Une typologie est un système de référénces fixe, sinon définitif. Elle ne peut donc se réduire à un ensemble de dessins non commentés, que chacun interpréterait à sa façon en édifiant à nouveau une Babel archéologique. Elle doit être explicative plûtot que figurative (ou mieux, explicative, dessins à l'appui); mais elle doit être aussi descriptive plutôt qu'interprétative, et ne rien comporter qui ne soit incontestable. Cette objectivité n'est pas stérile pour autant, car une telle typologie n'empêche pas de développer, à côtè ou plutôt à partir d'elle, des discours historiques, archéologiques, esthétiques" (Morel 1981a: 26).

Antes de introducirnos en el estudio tipológico propiamente dicho, es necesario hacer una serie de precisiones teórico-metodólogicas. Nuestra postura queda reflejada en la siguiente reflexión entresacada de un trabajo, aunque reciente, ya clásico. El autor pone el dedo en la llaga al señalar que existen tres problemas básicos que no hay que perder de vista "el de la identificación, de la exacta delimitación y, en consecuencia, de la definición" (Ramón 1995: 157); pasos indispensables para poder pasar a plantearnos cuestiones económicas e históricas. La frase, referida en concreto a las ánforas, es igualmente válida para la vajilla "tipo Kuass".

A la hora de acometer el estudio de un conjunto amplio de materiales, el investigador puede optar por varias vías.

Un primer nivel, básico, es presentar el material a modo de catálogo, numerando y describiendo cada pieza y acompañándola de la correspondiente ilustración. La utilización de este método da a conocer una serie de datos objetivables, novedosos en el mejor de los casos, pero que al no estar elaborados, no aportan nada a la comunidad científica, son "materia prima" en espera de ser utilizada.

El paso siguiente consiste en estudiar el material conforme a las tipologías al uso. Este método, válido en principio, ya que conlleva una ventaja evidente de tipo práctico al facilitar la transmisión y publicación de los datos arqueológicos (Contreras 1984: 328), encierra un doble peligro. Por una parte corremos el riesgo de intentar incluir a toda costa formas que difieren substancialmente del tipo base, forzando la ordenación de tal manera que el resultado final, lejos de facilitar el acceso a la información, la dificulta. Por otra parte, existe una tendencia muy acusada a utilizar tipologías muy enraizadas en la investigación pero ampliamente superadas con el paso del tiempo, que difícilmente pueden responder a las necesidades actuales y a las que los sucesivos añadidos y matizaciones no hacen más que complicar.

La tercera vía, la tipificación, solamente es posible de acometer si se cuenta con una serie de presupuestos. Es necesario que la segunda opción no sea viable por las características novedosas del material, que tengamos un conjunto extenso, bien datado, uniforme en el tiempo y el espacio y unos objetivos claros y amplios, que no se detengan en el estricto ámbito del estudio en sí y que, sobre todo, constituyan un avance en la investigación, incidiendo en el conocimiento general y facilitando y generando posteriores investigaciones.

No es frecuente que el investigador opte por este tercer camino y con una mayor asiduidad de la que sería deseable nos vemos obligados a utilizar clasificaciones análogas que no responden exactamente a los conjuntos analizados, pero cuyo uso resulta a veces más "cómodo" que partir de cero.

Esta resistencia a ocuparse de la cultura material es una de las consecuencias negativas del giro dado por la investigación en los últimos años ante la fuerte irrupción de renovados aires teóricos. El innegable desfase de nuestro país en lo referente a estas cuestiones ha provocado que el deseo de ponernos a la altura del resto de la comunidad científica haya conllevado que, en cierto modo, se pierda la perspectiva, y el investigador que se ocupa de temas referentes a la cultura material sea inmediatamente tachado de "positivista" o "normativista" por cierto sector, erigido en Inquisición que esgrimiendo la Teoría como arma acusadora, lo condena a la hoguera del desprecio de sus colegas y del olvido académico. Los que así actúan olvidan que el perfecto conocimiento de los datos objetivos, no sólo no es óbice, sino que facilita el camino hacia la explicación, aspiración final y plenamente compartida por la totalidad de los que hacemos, o pretendemos hacer, Historia.

La tendencia general de la investigación a presentar el material de forma ordenada ha traído como consecuencia toda una corriente de reflexión filosófica sobre cuáles son los presupuestos en los que ha de basarse la sistematización y qué criterios deben primar en ésta.

Parece existir cierto consenso para evitar la utilización de clasificaciones antiguas, que generalmente suponen la presentación del material por su apariencia morfológica global, ordenado de forma correlativa y empleadas en la investigación precedidas del nombre de su autor. Se tiende a la elaboración de clasificaciones abiertas (Morel 1981a: 33 s.), en las que se valoren una serie de características no sólo formales, sino también técnicas y funcionales, que definan tipos, subtipos y variantes, entre los que quepan futuras inclusiones sin necesidad de crear formas mixtas o forzar el contenido de éstas. Respecto a las nomenclaturas utilizadas "el entendimiento común en relación a la investigación de este tema y, por tanto, su progreso y evolución futura, dependen, necesariamente, del consenso amplio y objetivo sobre una nomenclatura unificada y sobre el auténtico significado y contenido de ésta" (Ramón 1995: 158) y, en consecuencia, "tendremos que cambiar la terminología actual, tan sugestiva, pero normalmente tan inapropiada y subjetiva, con que se viene denominando a los tipos cerámicos, por otra nomenclatura más aséptica, pero indudablemente más eficaz a la hora de obtener unos resultados positivos" (Llanos y Vegas 1974: 266).

El problema se centra ahora en la elección de los criterios utilizados en las clasificaciones pues "toda ordenación de material supone un riesgo a la hora de establecer su sistematización, ya que el hecho de tener que contar con el factor" elección de rasgos más característicos "llega a convertir en muchas ocasiones el inicio del trabajo en su paso más subjetivo" (Ruiz y Nocete 1981: 355). La aspiración actual es alcanzar la máxima objetividad posible (Contreras 1984: 328). Con este propósito se han ensayado diferentes métodos, analíticos unos (Llanos y Vegas 1974), basados en la cuantificación matemática otros (Contreras 1984) y, en todos los casos, procurando contemplar el máximo de variables significativas, que permitan alcanzar el propósito de toda clasificación. Este objetivo queda resumido en tres puntos: organizar amplias cantidades de datos en unidades manejables, permitir al investigador resumir las características de muchos objetos individuales mediante el listado de sus atributos compartidos y sugerir una serie de relaciones entre los distintos tipos (*Idem.* 329).

Poco se ha avanzado en la sistematización de la vajilla de Kuass a pesar del tiempo transcurrido desde que M. Ponsich presentara los primeros datos sobre el sitio arqueológico de Kuass y diera a conocer su existencia.

Ponsich utilizó, para la publicación de los materiales, la clasificación elaborada por Lamboglia la década anterior. Ciertos vasos, como los platos de pescado, respondían sin problemas a las formas de la *Classificazione preliminare*, otros, sin embargo, no encontraban réplicas fieles y fueron "encajados" por Ponsich entre las formas que, a su parecer, guardaban mayor semejanza, como es el caso de los vasos que incluye dentro de la forma L-21.

Desde entonces, la cerámica "tipo Kuass" se ha venido incluyendo entre las tipologías campanienses (Morel 1981a; Beltrán 1990) y se ha considerado una producción local periférica, que imita las formas campanas y que responde a una cierta *koiné* del "Círculo del Estrecho" (Morel 1992).

Con la aparición del importante conjunto, cualitativo y cuantitativo, de materiales del Castillo de Doña Blanca se agrava el problema de lo inoperativo de las tipologías campanienses a la hora de ordenar este material. La propia clasificación de Lamboglia ha quedado ya obsoleta y está ampliamente superada (Morel 1981a: 18 ss.; Sánchez 1992a:191 s.). La ordenación de Morel (1981a) supone, sin duda, un avance desde el punto de vista tanto teórico como práctico, pero la universalidad de la síntesis, que se ocupa de la práctica totalidad de las cerámicas campanienses (incluyendo los precedentes áticos y las imitaciones locales), dificulta su aplicación a con-

juntos concretos, cuyos elementos quedan diluidos en la amplitud de la obra[31]. En cualquier caso Morel no añade nuevas formas pues solamente considera los ejemplares completos ya publicados por Ponsich.

Si a estas consideraciones sumamos que, en ocasiones, nuestras formas no responden a las campanienses, ya que derivan directamente de prototipos áticos, se hacía urgente el acometer su estudio de manera individualizada y, ante lo significativo de la muestra con la que contamos, se optó por la elaboración de una tipología que hiciera posible la clasificación de todo el material y que quedara abierta, si llegaba el caso, a futuras inclusiones.

Partimos de un presupuesto básico e irrenunciable, la tipología está concebida conforme a un objetivo que consideramos primordial: su utilidad, el dar a conocer este tipo de cerámica de una manera ordenada, que facilite su identificación y clasificación a partir de esta primera sistematización. En función del objetivo propuesto se ha intentado simplificar lo más posible la estructura del trabajo. Para ello los criterios utilizados han sido muy variados y de diferente naturaleza[32].

No hemos creído necesario utilizar la variable tiempo como criterio para la tipificación por la relativa coetaneidad del conjunto analizado (finales del siglo IV a.C. - comienzos del s. II a.C.). Sí se advierten ciertas tendencias evolutivas que serán analizadas en su momento (*vid.* Cap. 5).

Las formas generales, en un primer nivel, se han considerado teniendo en cuenta tanto el perfil general como su posible funcionalidad[33]. La frecuencia con que tenemos representadas las formas también ha pesado en la clasificación, se trata de vasos que aparecen con mucha o relativa frecuencia en nuestro yacimiento; varias formas, no obstante, apenas si están representadas, sin embargo, hemos considerado que gozaban de la entidad suficiente (bien por lo representativo de su presencia en el conjunto, bien por sus implicaciones culturales, etc.) para constituirse como formas.

Todos los elementos que integran una forma responden a una serie de características comunes que la definen como tal[34], pero pueden presentar una serie de atributos secundarios o variaciones de detalles, que hemos considerado como distintivos, a partir de los cuáles hemos diferenciado los siguientes niveles (tipos y variantes).

Las características técnicas apenas si se han tenido en cuenta a la hora de sistematizar los diferentes tipos, pues aunque las calidades, pastas y superficies varían de un ejemplar a otro, no hemos visto que exista una correlación clara entre éstas y las formas, por lo que se ha optado por su estudio aparte.

Antes de terminar nos gustaría volver a recalcar que en la elaboración de esta clasificación ha primado, ante todo, el propósito de su utilidad, objetivo al que han quedado supeditados el resto de criterios utilizados.

2.2. LAS FORMAS

El material se ha ordenado en diecisiete formas generales que, a su vez, se subdividen en tipos y variantes. Hemos procurado, en la medida de lo posible, simplificar la terminología para que el catálogo pueda ser consultado con el menor esfuerzo y las formas identificadas con rapidez.

La descripción de la forma general se ha hecho en función a los atributos más característicos, que comparten todas las piezas y que sirven para definirla. Este primer nivel se designa mediante números romanos. Una letra mayúscula marca el segundo nivel, donde los distintos tipos de la forma se definen en función de rasgos diferenciadores y, por último, mediante números arábigos se determinan las características concretas que constituyen las variantes de cada forma.

En ocasiones, también se ha procedido al estudio y clasificación de detalles concretos (bordes y pies), cuando estos elementos son fundamentales para la adscripción de un fragmento a una forma determinada, "si une typologie met en évidence les détails de forme, il sera plus facile à son utilisateur d'identifier un vase incomplet, et par conséquent d'en tirer parti" (Morel 1981a: 32).

Tras la descripción de formas y tipos hemos intentado esbozar de manera esquemática el origen y paralelos de las formas y sugerir sus posibles usos, sin olvidar lo que de subjetivo y arriesgado conlleva este intento (*Idem.* 28).

---

[31] Un análisis crítico a la síntesis de Morel en Pucci 1983.

[32] Si tenemos en cuenta que cuantos intentos de elaborar tipologías lo más objetivas posibles han terminado o cayendo en los mismos errores —subjetividad— u originando métodos y *corpus* de tal complicación que raramente se llegan a utilizar, preferimos sacrificar la siempre esquiva objetividad a favor de un beneficio que consideramos mayor.

[33] También nos consta lo subjetivo de este criterio, pero aun cuando responda en gran medida a valores actuales, es lógico pensar que formas tan dispares como los platos de pescado o los ungüentarios tuvieron y tendrán, usos también diferentes. Compartimos plenamente la opinión de J. Principal al respecto: "La definición numérica, tipológica, ha de ir indisolublemente unida a una correspondencia funcional, a no ser que los nombres hayan sido otorgados de manera arbitraria. Se puede determinar, de manera bastante aproximada, la utilidad de cada recipiente basándonos en su tipología y dimensiones, si se parte de la premisa que las variaciones de profundidad, anchura u orientación responderán a necesidades o usos diferenciados, tal y como muestra la concepción popular y tradicional. Creemos, pues, que es necesario encontrar una solución de compromiso entre la nomenclatura-definición arqueométrica y la funcional, sin que una enmascare a la otra" (1998a: 9).

[34] Nuestras "Formas" vendrían a constituir lo que Morel denomina "Tipo", entendido como un conjunto de vasos que comparten unas características formales comunes, que parten de un modelo ideal (1981a: 22).

2.2.1. FORMA I. PLATO MOLDURADO *(FIG. 1)*

Piezas abiertas[35], anchas y bajas, sin apenas profundidad, que se incluyen bajo la denominación genérica de platos. El diámetro del borde oscila entre los 19'8 cm. y los 22'5 cm. El único ejemplar completo documentado presenta una altura de 3'6 cm. y 9'7 cm. de diámetro de la base. Si tenemos en cuenta que el pie alcanza 1'6 cm., queda patente la escasa profundidad del plato. La forma se define por presentar en su superficie (interior, exterior, o ambas) una serie de "accidentes": surcos, acanaladuras, engrosamientos y protuberancias, que complican enormemente el perfil de las piezas y que, generalmente, se concentran en las inmediaciones del borde. Éste se ensancha rompiendo de forma clara con el perfil de la pared para, finalmente, apuntarse en su extremo. No podemos asegurar si esta forma se decora o no mediante la impresión de estampillas.

Las variantes se han distinguido en función del perfil que presentan los bordes, reconociéndose principalmente dos tipos:

Tipo I-A. Borde de sección almendrada

El borde se ensancha suavemente formando un perfil de sección almendrada. Reconocemos tres variantes.

— **Variante I-A-1.** ***(Fig. 1, 1-2)***

Perfil prácticamente horizontal. El borde, también de tendencia horizontal, presenta en su superficie superior una protuberancia entre dos acanaladuras y se separa del resto de la pared mediante un surco y un engrosamiento. Hacia la mitad de la pared por su parte externa, una acanaladura profunda y estrecha contribuye al barroquismo de la forma.

— **Variante I-A-2.** ***(Fig. 1, 3)***

Se caracteriza por la presencia de un surco más o menos ancho, localizado en la parte superior del borde en lugar de la protuberancia y acanaladuras de la Variante I-A-1. La cara interna de la pared también se moldura.

— **Variante I-A-3.** ***(Fig. 1, 4)***

El borde superior presenta el mismo perfil que la Variante I-A-1, protuberancia central con acanaladuras a ambos lados. Se diferencia de la citada variante en la tendencia más vertical del borde y de la pared, que le otorga una mayor profundidad relativa al plato.

Tipo I-B. Borde de sección triangular

El borde rompe violentamente con el perfil de la pared, en arista viva y al estrecharse a su término, confiere al perfil una sección triangular o subtriangular

— **Variante I-B-1.** ***(Fig. 1, 5-6)***

Bordes de sección triangular con tendencia horizontal. La parte interna del plato nº 5 está horadada por dos surcos paralelos mientras que en el plato nº 6 es la cara externa la que se encuentra surcada mediante una acanaladura.

— **Variante I-B-2.** ***(Fig. 1, 7-8)***

El borde, también de sección triangular, tiende más a la vertical. Las aristas son menos pronunciadas y la longitud del borde es menor en relación al resto de los ejemplos. La parte superior interna se cruza mediante surcos. El plato señalado con el nº 7 presenta dos incisiones exteriores en lugar de una.

— **Variante I-B-3.** ***(Fig. 1, 9)***

Plato con borde de sección triangular y tendencia vertical, caracterizado por las múltiples molduras que lo adornan (surcos, acanaladuras y protuberancias, internas y externas), que lo individualizan del resto y le otorgan una personalidad propia, hasta tal punto que hemos optado por considerarlo una variante más.

La Forma I no es demasiado frecuente, aunque contamos con los suficientes ejemplares para considerarla no como un tipo aislado producto del azar o del capricho del alfarero, sino como una forma plenamente reconocible y clasificable. Su escasa presencia puede ser explicada por la dificultad de su ejecución. Con esta afirmación no queremos decir que no hubiera capacitación técnica o artística para su correcta ejecución, sino que por su complicación, probablemente no sería rentable su fabricación en masa y se impondrían otros tipos, funcionalmente similares y cuya fabricación fuese más rápida. También parece, con los datos que contamos, que la forma se utilizara para actividades de tipo ritual, dado los contextos en los que aparece con mayor frecuencia (Niveau de Villedary e.p. b).

Tampoco queda lo suficientemente claro el origen de la forma. Los prototipos quizás deban buscarse en lo que B. A. Sparkes y L. Talcott, en su estudio del Ágora de Atenas, llaman "thickened edge plate" y "rilled rim plate" (1970: fig. 9 y 10). El perfil general de estos platos difiere ostensiblemente del de los nuestros, pero de ellos pudieron adoptar el elemento que más los define: la "complicación" de los bordes mediante numerosas molduras.

---

[35] Entendemos por formas abiertas "aquellas que no presentan un estrechamiento del diámetro de borde, y cuyo diámetro máximo coincide normalmente con el de la obertura" (Principal 1998a: 9).

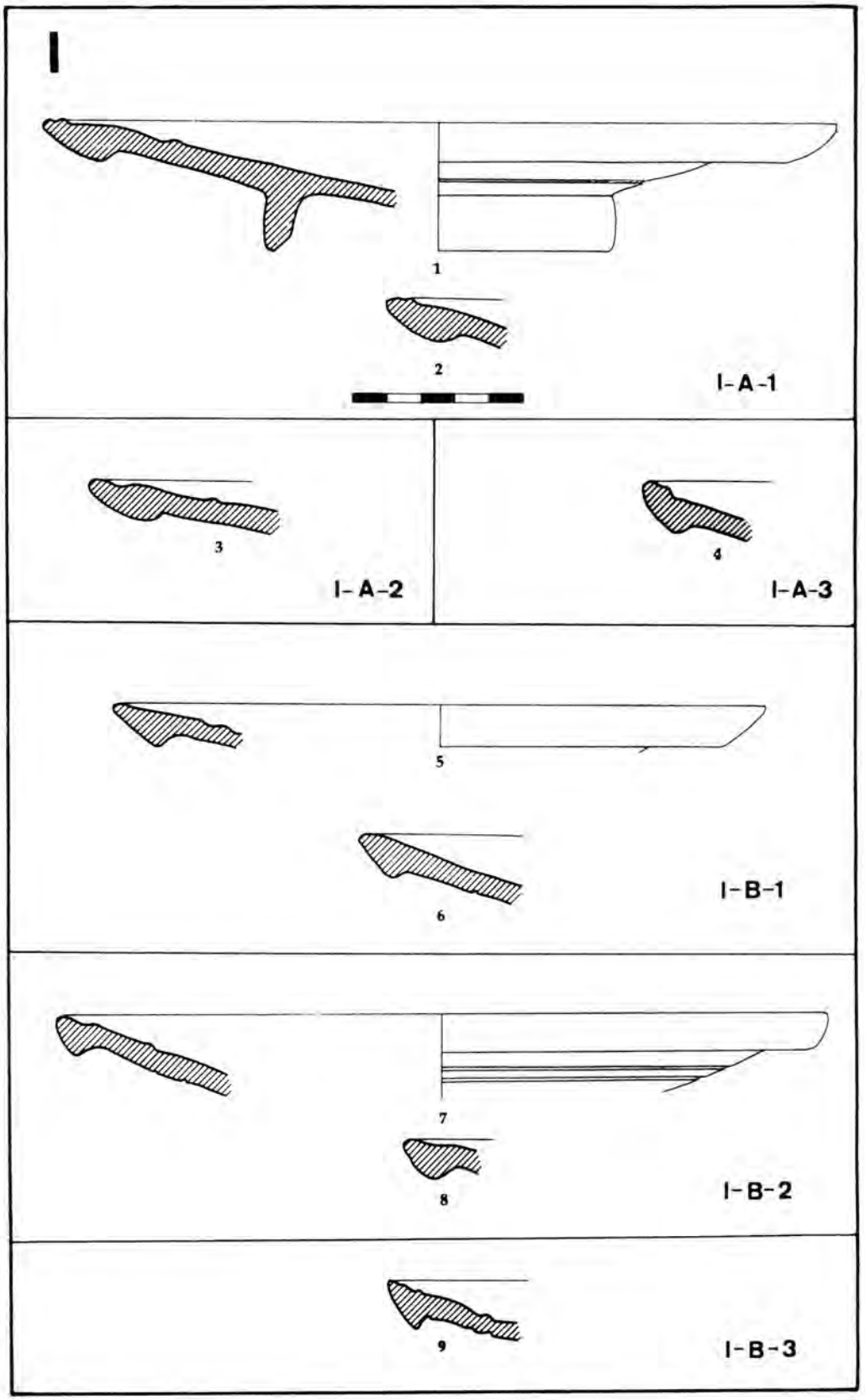


FIGURA 1.—*Forma I. Plato moldurado.*

Estos primeros platos derivarían directamente de los usados hasta entonces, fabricados en madera y de los que se adoptan estas formas molduradas (*Idem.* 144).

Entre el conjunto de imitaciones tempranas ebusitanas, publican Fernández y Granados un plato del hipogeo nº 3 del Puig des Molins, cuyo borde se aproxima bastante al perfil de los nuestros (1980: 13; fig. 2, 3). Los autores lo fechan a principios del s. IV a.C. y lo consideran derivado de los "thickened edge" del Ágora. En contextos más tardíos, segunda mitad del III, volvemos a encontrar esta forma, sin barnizar y de mayores dimensiones, entre la producción del taller alfarero de Ses Figueretes (Ramón 1997: 28; fig. 14, 92).

En principio, la forma general del plato y su característico perfil anguloso y "accidentado" nos lleva a volver la vista hacia las producciones de tipo etrusquizante del sur de Etruria y el Lacio y, en concreto, a la especie 1110 de Morel (1981a: 80), en su serie 1114, de pie bajo, antigua forma 87 (*Idem.* 1965a: 211). Son formas que entroncan con la tradición de los platos de Figuras Rojas y que se conocen como pateras "Genucilia" (Pérez Ballester 1986: 28).

Encontramos mayor semejanza con nuestros ejemplares en un plato, fechado en torno al 300 a.C., procedente de Palermo y, posiblemente, de fabricación local que también publica Morel en su tipología (1981a: 82; lám. 1). En este caso (M-1116a 1) el borde, más colgante que los que tenemos documentados aquí, se flexiona hacia el interior y guarda cierta semejanza con los típicos labios de los platos de pescado, aunque con perfil anguloso. Cita Morel asimismo la existencia de otros dos platos, uno de los cuáles procedente, al igual que el descrito, de Palermo, tiene sus superficies recubiertas de barniz rojo (*Idem.* n. 35). La presencia en el yacimiento de Doña Blanca de un ejemplar de perfil y características técnicas —barniz anaranjado— similar a éstos, nos lleva a pensar que fueran estas producciones siciliotas las que sirvieran directamente de prototipos a nuestros platos. Dentro de este mismo ambiente "punicizante", en la necrópolis de Nora, Bartoloni y Tronchetti publican platos de barniz negro, fechados en el s. IV, cuyos perfiles, angulosos y moldurados (1981: fig. 12, 158.25.4 y 159.25.5), recuerdan en cierta medida a los de nuestra forma.

También en Cartago encontramos, aunque en cerámica común, una producción similar. Lancel publica una serie de ejemplares, muy uniformes, procedentes de Byrsa y fechados entre los siglos IV y II, que él llama *" à bords tourmentés"* (1987: 105 s.; fig. 5). Aunque similares a nuestros perfiles, presentan, sin embargo, una talla mayor.

Relacionado en principio con la producción de aire punicizante de la región de Palermo, hallamos un plato fragmentado procedente de la necrópolis ibérica de Cabecico del Tesoro en Murcia (García Cano, García Cano y Ruiz Valderas 1989: 128; fig. 8, 5). El tono anaranjado brillante —aunque quemado y perdido en parte— con el que lo describen los autores y el mismo perfil de la pieza, morfológicamente más cercano a nuestras formas que al ejemplar que muestra Morel, nos permite aventurar que quizás pueda tratarse de un ejemplar procedente de los talleres de la bahía gaditana, sin rechazar *a priori* su procedencia siciliota[36].

También tenemos documentadas formas parecidas en cerámica de imitación ibérica. E. Cuadrado publica dos ejemplares de platos de El Cigarralejo (Mula, Murcia), que describe como "plato de lujo con superficies muy molduradas y pie de anillo" y que vincula con los platos de pescado precampanos, por el característico reborde moldurado (1972a: 143; T.XXVI, P 4a y P 4b). Esta apreciación de Cuadrado provoca que en la posterior síntesis de V. Page del Pozo, la autora los incluya dentro de los platos de pescado (1984: 116), olvidando que el rasgo principal de éstos, que lo define como tales, es la presencia de un pocillo central, ausente en todos los ejemplares del tipo de plato que hemos llamado Forma I. A los hallados en El Cigarralejo, la autora añade otros dos platos también de yacimientos murcianos (Poblado de los Molinicos —Moratalla— y Poblado de Bolbax —Cieza—), aunque en estos casos provienen de zonas de hábitat y no de necrópolis (*Idem.* fig. 18, 2-4).

2.2.2. Forma II. Plato de pescado *(Figs. 2 a 6)*

La Forma II, conocida en la investigación por "fish plate" (Sparkes y Talcott 1970: 147 s.), forma L-23 (Lamboglia 1952a:172) y especie 1120 de Morel (1981a: 82), se incluye también bajo la denominación genérica de plato. Son recipientes abiertos, bajos y anchos, con paredes de tendencia más o menos horizontal. El borde sigue la inclinación de la pared hasta que se incurva de manera brusca, formando una pestaña colgante. Los fondos presentan una cazoleta interior y los pies son anulares, anchos y macizos. Nunca se decoran con estampillas[37].

---

[36] El hecho de que en la necrópolis de Cabecico del Tesoro tengamos documentados platos de origen gaditano (García Cano, García Cano y Ruiz Valderas 1989: 134), como hemos podido comprobar personalmente, hace creíble esta posibilidad, aunque quizás tengamos que hablar mejor de influencias mutuas en la formación del tipo.

[37] La única excepción la constituye un ejemplar de plato de pescado de fabricación ebusitana y cronología tardía, procedente del fondeadero de Cales Coves en Menorca. Este ejemplar presenta una roseta estampada en el fondo interno del pocillo del plato (Belén y Fernández-Miranda 1979: 123; fig. 8, 6).

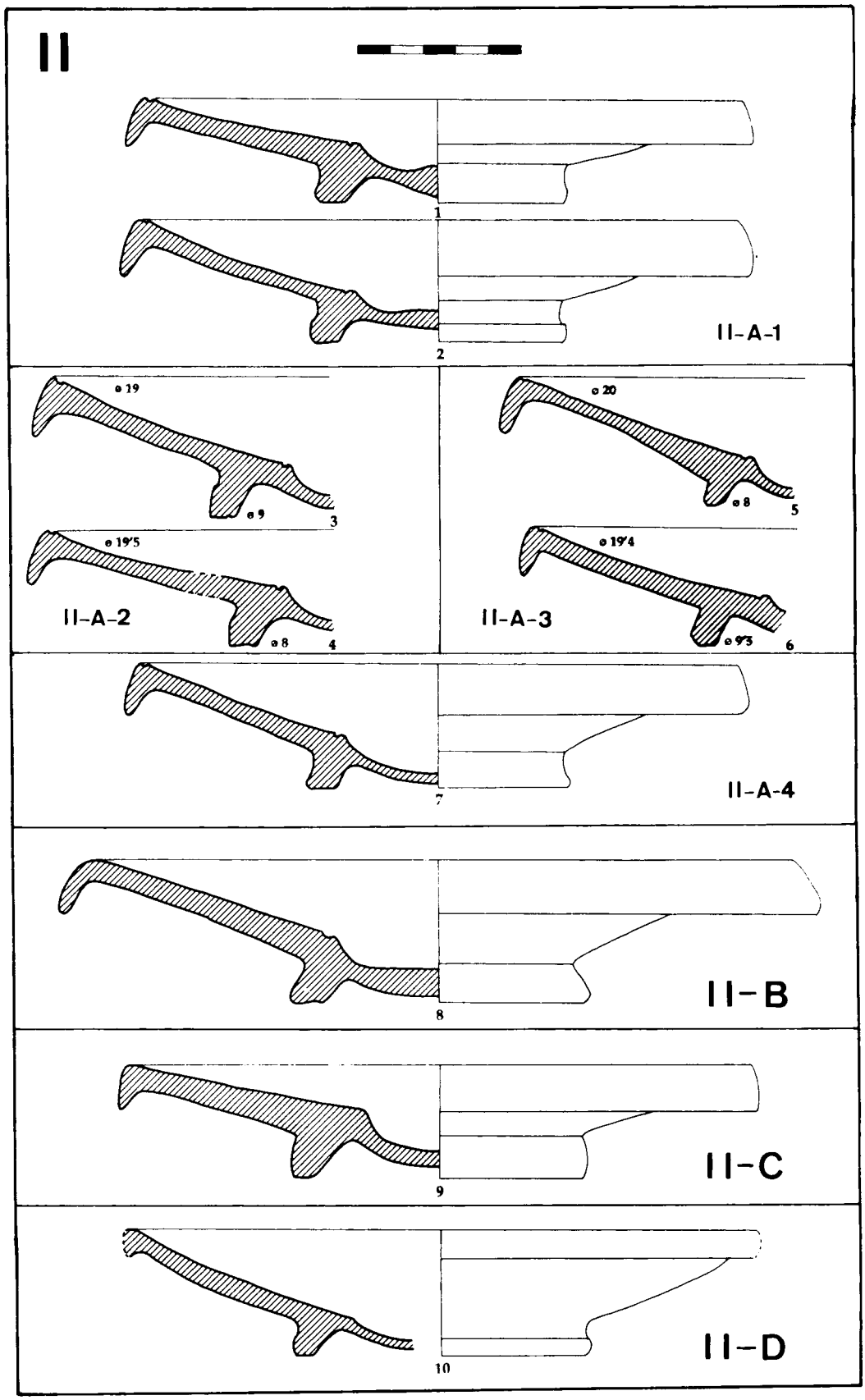


FIGURA 2.—*Forma II. Plato de pescado.*

El diámetro de la boca oscila entre los 22 cm. y los 16 cm., predominando los comprendidos entre 18 y 20, siendo la media de 19'5 cm. Los fondos se mueven entre los 11 cm. del de mayor anchura y los 7 del más pequeño, situándose la media en los 8'5 cm. Los datos referentes a la alturas de los platos los hemos obtenido de los ejemplares que tenemos completos, oscilando entre los 4'5 cm. del plato más profundo y los 3'2 cm. del más plano, con una media de 3'8 cm. de altura. Las longitudes de las pestañas y las profundidades de los pocillos también varían, aunque sin llegar nunca a perder el perfil característico.

La forma se define fundamentalmente por la presencia de la cazoleta o pocillo central y por la característica pestaña que cuelga del borde. Ante cualquiera de estos dos elementos, aun de forma muy fragmentaria, podemos afirmar que nos hallamos ante un plato de pescado o Forma II.

Pese a los rasgos generales que comparten todas las piezas, esta forma presenta una gran diversidad formal por la variación y combinación de los diferentes tipos de bordes con los también muy variados fondos que tenemos contabilizados. Ante este hecho conviene ser precavido y advertir que los tipos completos que presentamos pueden ser en un futuro, con gran probabilidad, aumentados con nuevos hallazgos.

Tipo II-A

El tipo más frecuente se caracteriza por la presencia de una acanaladura sobre el extremo superior del borde y otra que rodea al pocillo central. El borde, de tendencia algo exvasada y pestaña de longitud media (entre 1'6 y 2 cm.), se estudia más adelante de manera individualizada. Las variantes se han organizado en función de los tipos de fondos, que también se describen a continuación con más detalle.

— **Variante II-A-1.** *(Fig. 2, 1-2)*

Plato de tamaño medio (18'5 cm. de diámetro boca, 7'5 cm. diámetro base y altura entre 3'2 y 3'8 cm.). Se caracterizan por contar con pies del Tipo 3, de perfil redondeado, variante "a", en doble curva convexa-cóncava. Los pocillos presentan un perfil macizo, ya que se abultan tanto por el interior como en el fondo externo.

— **Variante II-A-2.** *(Fig. 2, 3-4)*

Los ejemplares de esta variante son algo mayores (19'5 y 19 cm. de diámetro de boca). Los pocillos se estilizan formando finas paredes y sección circular. Los fondos son del Tipo 4, pies más esbeltos que los anteriores, separados de la pared mediante un surco pronunciado y con uña en la zona de reposo. En general, el perfil resulta más ligero que el de los anteriores.

— **Variante II-A-3.** *(Fig. 2, 5-6)*

Prácticamente iguales a los anteriores (diámetros de medidas considerables, 19'4 y 20 cm., pocillos de paredes finas) se diferencian de éstos por el tipo de pie, que como ya hemos dicho ha sido el elemento discriminatorio en la tipificación de la Forma II. En este caso se trata de fondos del Tipo 5, el pie se estrecha y las curvas se vuelven más angulosas, formando un bisel cerca de la base.

— **Variante II-A-4.** *(Fig. 2, 7)*

El plato nº 7 podría considerarse a caballo entre las variantes II-A-1 y II-A-3. De tamaño parecido a los primeros (18'5 cm. diámetro base), se nos presenta, no obstante, con mayor altura y pocillo central de perfil redondeado como los segundos. El pie es también un paso intermedio entre los fondos de las citadas formas. Se englobaría en la variante 3-d, pies de perfil redondeado, en los que la curva superior, convexa, se alarga. Parecido al anterior, pero con los ángulos más suavizados.

Tipo II-B. *(Fig. 2, 8)*

Plato de dimensiones considerables, mayor que la media (diámetro borde: 22 cm., diámetro base: 9 cm., altura: 4'5 cm.). Borde sin acanaladura, pestaña muy exvasada y ancha. Pie ancho y macizo, exvasado y con uña en la zona de reposo y pocillo de paredes gruesas, de perfil cuadrangular y rodeado por una acanaladura.

Tipo II-C. *(Fig. 2, 9)*

Plato de poca profundidad (3'5 cm. de altura), las paredes se acercan a la horizontal. La pestaña es corta, de tendencia vertical. No presenta acanaladuras ni sobre el borde ni alrededor de la cazoleta central, redondeada y de paredes finas. Pie anular, simple y macizo, del Tipo 2.

Tipo II-D. *(Fig. 2, 10)*

Esta última variante se caracteriza por el borde corto, con pestaña apenas señalada y una relativa profundidad, que le confieren un perfil cercano al de los platos de pescado turdetanos. El hecho de contar con pie anular, de clara filiación ática, frente a las bases planas y macizas de los turdetanos, nos permite incluirlo dentro de este tipo.

Al enfrentarnos al estudio de conjuntos arqueológicos, lo más frecuente, excepto si se trata de contextos funerarios o industriales, es que los materiales se nos presenten fragmentados y no sea posible incluirlos con total seguridad dentro de tipos concretos al faltarnos datos fundamentales. En el caso de los platos de pescado, sus elementos morfológicos son tan característicos que basta que contemos con un fragmento para poder definirlos. La fácil identificación de bordes y pies de la Forma II ha hecho posible el poder sistematizar también estos detalles de manera aislada.

Los bordes se han ordenado en primer lugar teniendo en cuenta la variable presencia-ausencia de acanaladura y, a continuación, la tendencia de la pestaña y el perfil de la misma.

Tipos de bordes correspondientes al Tipo II-A. Con acanaladura. *(Fig. 3)*

La acanaladura se sitúa en el extremo superior del borde. Puede estar más o menos señalada. La anchura también varía, siendo posible encontrarnos desde una simple escisión hasta un surco ancho. Son los bordes que corresponden a los platos del Tipo II-A.

Tipo 1. Tendencia vertical

Bordes de tendencia recta, que coinciden prácticamente con la vertical.

— **Variante 1-a. Borde apuntado.** *(Fig. 3, 1-13)*

La pestaña se apunta en el extremo inferior.

— **Variante 1-b. Borde redondeado.** *(Fig. 3, 14-15)*

Pestaña engrosada y borde redondeado.

— **Variante 1-c. Borde corto.** *(Fig. 3, 16)*

Pestaña corta, que apenas si constituye más que una pequeña prolongación del borde.

— **Variante 1-d. Tendencia entrante.** *(Fig. 3, 17)*

Aunque sigue la tendencia general hacia la vertical, la pestaña se muestra ligeramente reentrante.

Tipo 2. Tendencia exvasada

La pestaña se separa de la pared del plato, formando un ángulo con ésta mayor de 90 grados. Distinguimos tres tipos de perfiles.

— **Variante 2-a. Borde apuntado.** *(Fig. 3, 18-54)*

Pestaña que se apunta en su extremo inferior.

— **Variante 2-b. Borde redondeado.** *(Fig. 23, 55-74)*

Pestaña engrosada, con borde redondeado.

— **Variante 2-c. Borde corto.** *(Fig. 23, 75-79)*

Pestaña no muy pronunciada, no tanto por la longitud en sí, como por formar una suave curva con la pared externa del plato.

Tipo 3. Tendencia cóncava.

Bordes en un principio exvasados y que, posteriormente, se incurvan ligeramente hacia dentro, originando perfiles curvos. Se distinguen dos variantes dentro de los bordes cóncavos.

— **Variante 3-a. Borde apuntado.** *(Fig. 3, 80-86)*

Pestaña que se apunta en su extremo inferior.

— **Variante 3-b. Borde redondeado.** *(Fig. 3, 87-94)*

Pestaña engrosada, con borde redondeado.

Tipos de bordes sin acanaladura. *(Fig. 4)*

Los bordes correspondientes a los Tipos II-B, II-C y II-D, presentan las mismas variantes, con la salvedad de carecer de acanaladura en el extremo superior.

Tipo 1. Tendencia vertical

Bordes de tendencia recta que se aproximan a la vertical.

— **Variante 1-a. Borde apuntado.** *(Fig. 4, 1-6)*

Pestaña que se apunta en su extremo final.

— **Variante 1-b. Borde redondeado.** *(Fig. 4, 7-9)*

El extremo final de la pestaña se engrosa y redondea.

— **Variante 1-c. Borde corto.** *(Fig. 4, 10)*

Pestaña que apenas se diferencia del borde. Prácticamente se trata de un engrosamiento de éste, ya que la pestaña apenas si queda esbozada.

Tipo 2. Tendencia exvasada

La pestaña diverge de la pared, en ocasiones de manera ostensible.

— **Variante 2-a. Borde apuntado.** *(Fig. 4, 11-26)*

Pestaña que se apunta en su extremo inferior.

— **Variante 2-b. Borde redondeado.** *(Fig. 4, 27-28)*

Pestaña engrosada, con borde redondeado.

— **Variante 2-c. Borde corto.** *(Fig. 4, 29-30)*

Pestaña corta, que apenas si constituye más que una pequeña prolongación del borde.

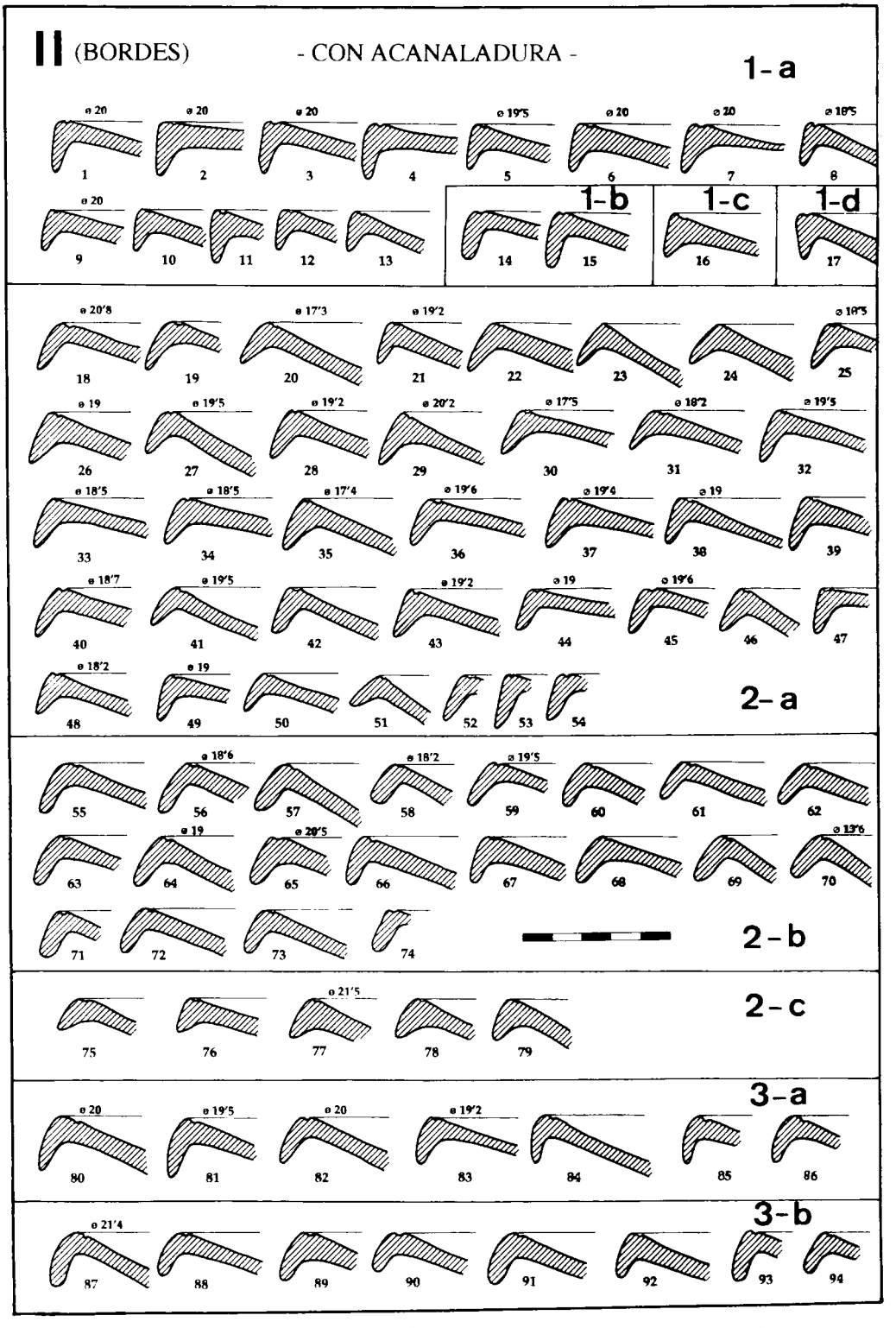


FIGURA 3.—*Tipos de bordes correspondientes al Tipo II-A. Con acanaladura.*

Tipo 3. Tendencia cóncava

Pestañas que forman curvas cóncavas, al seguir primero una tendencia exvasada para converger, a continuación, con la pared del plato.

— **Variante 3-a. Borde apuntado.** *(Fig. 4, 31-34)*

El extremo de la pestaña se apunta.

— **Variante 3-b. Borde redondeado.** *(Fig. 4, 35-42)*

Pestaña gruesa, de extremo redondeado.

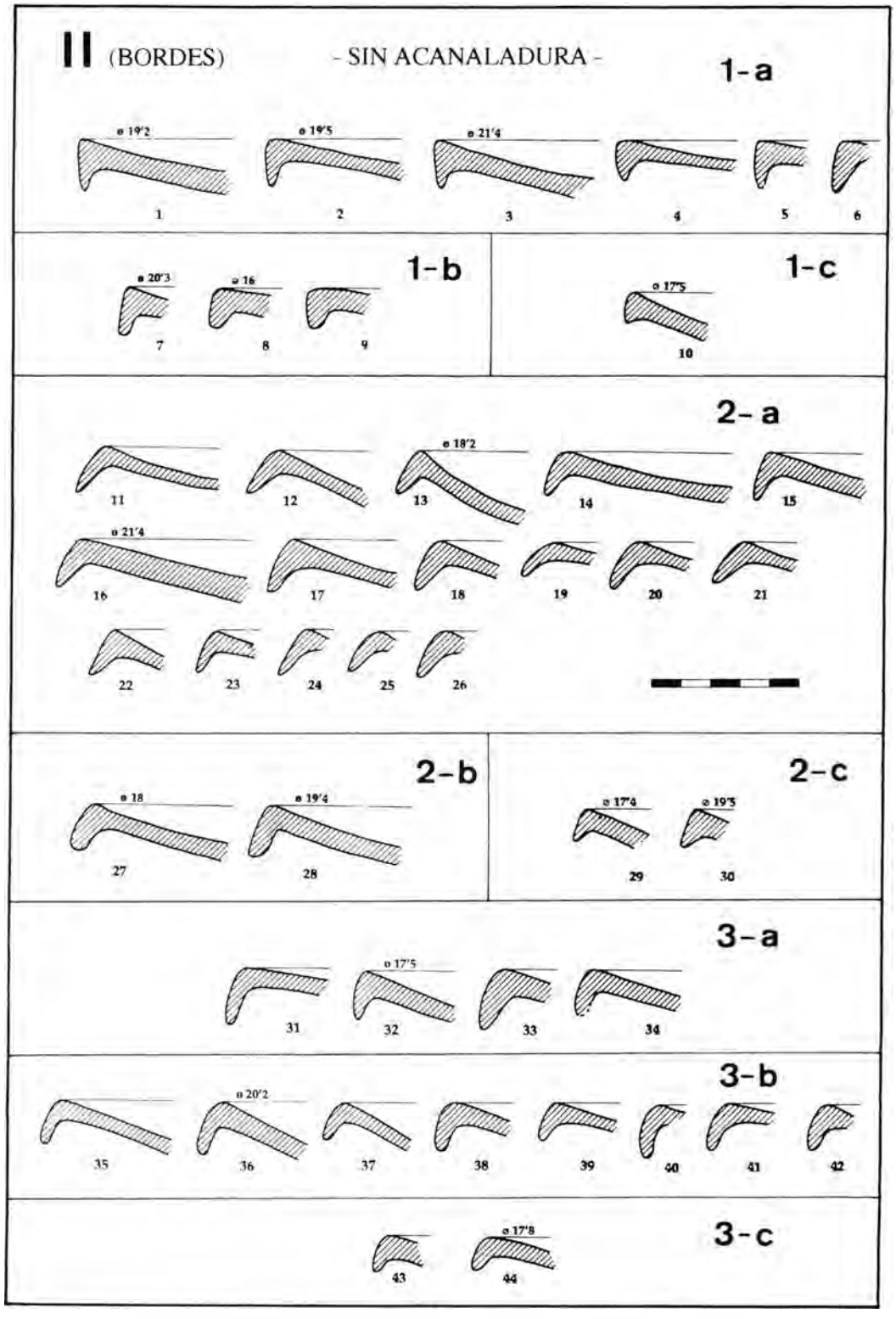


FIGURA 4.—*Tipos de bordes de los Tipos II-B, II-C y II-D. Sin acanaladura.*

— Variante 3-c. Borde corto. ***(Fig. 4, 43-44)***

Borde poco señalado. que apenas se distingue del resto de la pared.

Tipos de pies correspondientes a la Forma II. ***(Figs. 5 y 6)***

Con los fondos ocurre lo mismo que hemos visto con los bordes. No es infrecuente hallar fondos completos de platos de pescado, ya que al tratarse de pies macizos y compactos, se resisten a las fracturas. Este hecho nos permite obtener valiosos datos de su análisis.

Tipo 1. Pie en "garra de león"

Pies anulares, macizos, de perfil exvasado, con el pocillo bien señalado en el fondo externo. Son fondos en la más pura tradición ática. El tamaño de este tipo de bases es algo superior al de la media, unos 9'2 cm. frente a los 8'5 cm. de media general.

— **Variante 1-a. Con acanaladura.** ***(Fig. 5, 1-10)***

La zona de reposo del pie del plato se acanala. Ésta es la base que corresponde al plato Tipo II-B.

— **Variante 1-b. Con incisión.** ***(Fig. 5, 11-12)***

Se sustituye la uña por una estrecha incisión, que se sitúa próxima a la zona interna de la base.

— **Variante 1-c. Base lisa.** ***(Fig. 5, 13-22)***

La zona de reposo del pie se presenta lisa.

Tipo 2. Pie de perfil recto. ***(Fig. 5, 23-47)***

Pies anulares simples, de perfiles rectos. Pueden ser más o menos exvasados, esbeltos o de aspecto sólido. Este tipo de pie se corresponde con el del plato nº 9, Tipo II-C.

Tipo 3. Pie de perfil redondeado

Es el tipo que nos encontramos con más frecuencia. El pie, anular, es más bajo y ancho y mucho menos señalado por el exterior de la base, lo que le da aspecto de mayor solidez. Lo hemos denominado pie de perfil redondeado por la suavidad que muestran las curvas del perfil, nunca muy marcadas. Hemos definido seis variantes dentro del tipo 3.

— **Variante 3-a. Pie en doble curva.** ***(Fig. 6, 1-19)***

El perfil exterior del pie está formado por una doble curva convexa-cóncava. Pies de los Tipos II-A-1 y II-D

— **Variante 3-b. Pie de perfil en "S".** ***(Fig. 6, 20-26)***

La doble curva que conforma el pie se suaviza, de forma que el perfil presenta una suave curva en "S".

— **Variante 3-c. Pie cóncavo.** ***(Fig. 6, 27-30)***

La curva superior, convexa, se reduce en tamaño y se señala más, formando prácticamente una acanaladura que separa el pie del resto del cuerpo del plato.

— **Variante 3-d. Pie convexo.** ***(Fig. 6, 31-36)***

Al contrario que lo que ocurre con el pie anterior, la curva superior se alarga y se suaviza, llegando a constituir casi la totalidad del perfil del pie, que sólo cerca de la base se incurva, como se observa en el plato nº 7, Tipo II-A-4.

— **Variante 3-e. Pie con uña.** ***(Fig. 6, 37-43)***

La Variante 3-e sigue las características de la 3-a en lo que respecta al perfil del pie, diferenciándose de ésta en la presencia de una uña en la zona de reposo.

— **Variante 3-f. Pie moldurado.** ***(Fig. 6, 44-47)***

La zona de reposo se estrecha y el perfil presenta acanaladuras y/o molduras, tanto en el pie como en la pared exterior.

Tipo 4. Pie del tipo II-A-2. ***(Fig. 6, 48)***

Pie recto que se separa del resto del plato mediante una acanaladura bien señalada. Uña en la zona de reposo. Se trata del tipo de pie que define la variante de plato de pescado II-A-2.

Tipo 5. Pie del tipo II-A-3. ***(Fig. 6, 49-50)***

Pie anular, bien señalado, biselado cerca de la base. Es parecido a la Variante 3-d, pero de perfil más anguloso frente a la suavidad que presentan las curvas de aquél. Responde al pie descrito en la Variante II-A-3.

Si sobre la Forma I apenas si teníamos documentación, en lo referente a los platos de pescado ocurre todo lo contrario. Se trata de una forma ampliamente difundida por todo el Mediterráneo en época helenística. De manera que a partir de los ejemplares áticos la tenemos documentada en la mayor parte de talleres campanienses y locales.

Sobre su origen se ha escrito mucho. La forma en barniz negro está atestiguada en el Ágora de Atenas desde fines del siglo V a.C. (Sparkes y Talcott 1970: 147) desde donde se difunde rápidamente a Occidente, convirtiéndose en uno de los más típicos y antiguos vasos campanienses de derivación ática desde los siglos V y IV a.C. (Lamboglia 1952a: 172).

Los diferentes autores no se ponen de acuerdo respecto a la evolución de la forma. B.A. Sparkes y L. Talcott creen que se puede seguir la evolución de la forma en su conjunto. El pie, muy elaborado en las piezas más tempranas, se tiende a hacer más ancho y simple, acanalándose la zona de reposo; el borde se alarga y se acampana, haciendo su aparición las acanaladuras que rodean al borde y la cazoleta[38] (1970: 148). Sin embargo, dudan que ante piezas fragmentadas podamos estar seguros de su adscripción cronológica, por las infinitas combinaciones

[38] Nuestros ejemplares más antiguos parecen responder a estos últimos platos áticos, lo que no es de extrañar si tenemos en cuenta que se trataría de los prototipos inmediatamente anteriores a las imitaciones locales, ampliamente difundidos, en los que se basarían éstas.

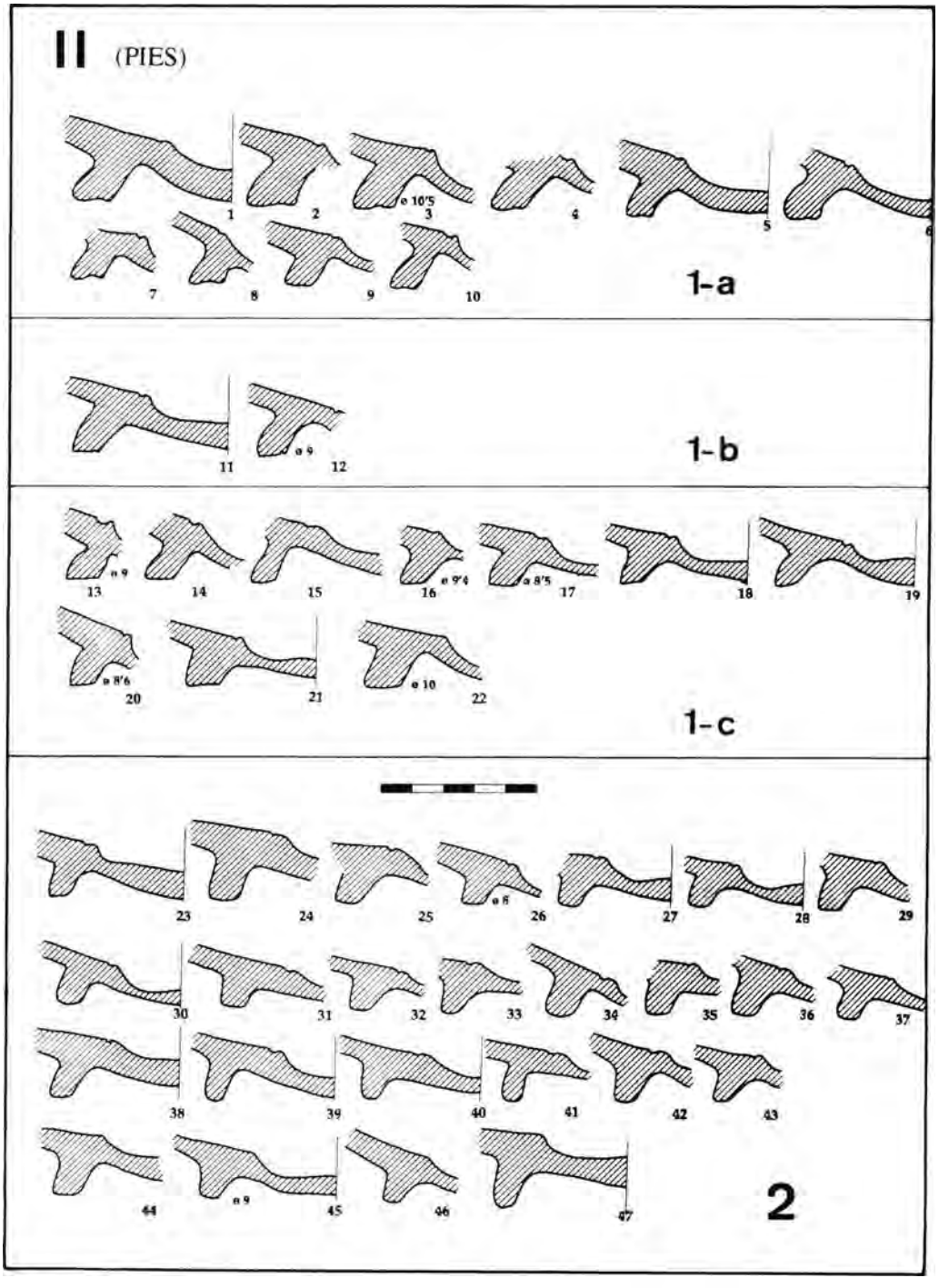


FIGURA 5.—*Tipos de pies correspondientes a la Forma II. (1).*

de tipos de pies y bordes que se dan (*Idem.*). Este último argumento es el que lleva a afirmar a otros autores que, aunque posiblemente los platos de pescado evolucionaron morfológicamente a lo largo de los siglos, no hemos sido capaces aún de determinar la secuencia (Lamboglia 1952a:173; Cerdá 1987a: 52). Sí queda claro que algunas producciones protocampanienses —talleres de Rosas y producciones gaditanas— adoptan la forma "clásica" del plato de pescado ático (Principal 1998a: 74), que se corresponde con la M-1121, mientras que otras, como el taller de Pequeñas Estampillas, fabrican formas de mayor originalidad, más evolucionadas, la M-1124, caracterizada por un labio de mayores dimensiones y bastante abombado (Morel 1981a: 86).

Con el mayor conocimiento de las cerámicas de la época, se ha impuesto otra explicación sobre el origen de esta forma que, con el avance de la investigación, adquiere día a día mayor peso. En la actualidad se tiende a considerar que los platos de pescado son el resultado de la convergencia entre los platos áticos y los de tradición fenicio-púnica (Del Amo 1970: 211; Morel 1995: 274). Estos últimos a través del tiempo alargan sus bordes y se hacen más profundos, dando origen a la cazoleta central que define la forma. Al mismo tiempo el borde se vuel-

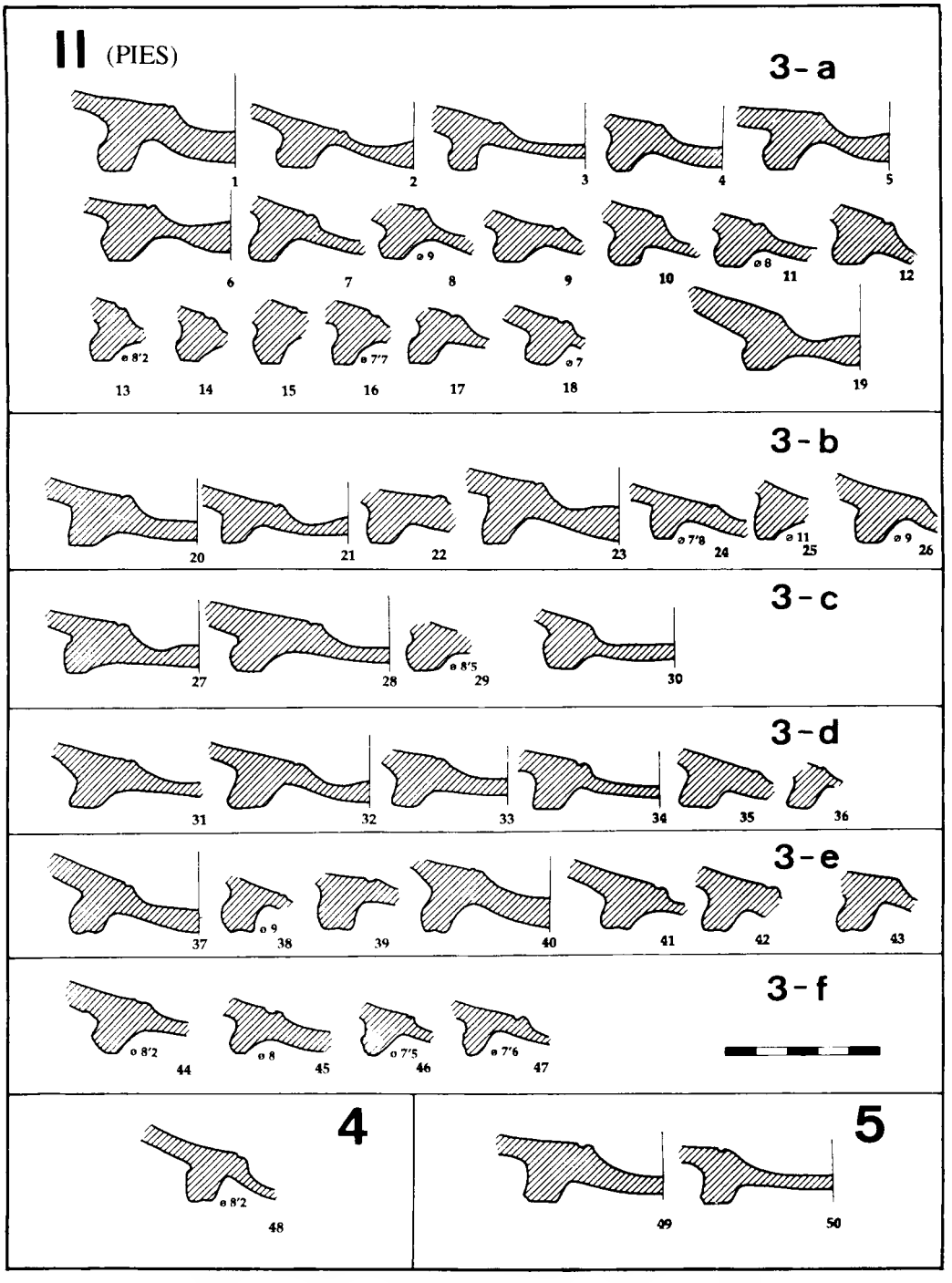


FIGURA 6.—*Tipos de pies correspondientes a la Forma II. (II).*

ve hacia abajo, provocando la caída de este y la génesis de la pestaña. A este prototipo sólo hay que añadirle el pie anular helénico para que la forma se configure plenamente. Mientras que algunos autores aceptan la importancia de la influencia púnica en el desarrollo de la forma, pero creen que no quedan aún claras las distintas fases (Morel 1981a: 82 ss.; Adroher y López Marcos 1989: 384 s.), para otros la secuencia de su evolución es evidente y está suficientemente atestiguada a través de estratigrafías contrastadas (Ponsich 1968: 14 s.; fig. 4; Ruiz Mata 1987a: 304; Ruiz Mata y Pérez 1995: 90; fig. 26).

Probablemente el plato de pescado sea una de las formas que más se prestan a la discusión sobre la funcionalidad de la vajilla cerámica. El mismo origen del nombre invita a la confusión. Junto a las interpretaciones que hacen derivar éste de los primeros ejemplares griegos de figuras rojas que se decoraban con peces y otros motivos marinos (Lamboglia 1952a: 172; Morel 1981a: 82 ss.; Sánchez 1992a: 253; Sparkes y Talcott 1970: 147), coexisten otras explicaciones de tipo funcional. La denominación de plato de pescado vendría de la utilización de esta forma para el consumo de las salazones y otros derivados industriales de la pesca, cuyo uso se generaliza al mismo tiempo que

la forma se configura definitivamente. La cazoleta central tendría la función de contener el "garum" y otras salsas (Morel 1981a: 82 ss.; Sánchez 1992a: 253; Sparkes y Talcott 1970: 147). Las dos teorías son compatibles y no excluyen otras posibles explicaciones o usos diferentes, aunque, con seguridad, el plato, como forma abierta, estaría destinado a contener alimentos sólidos y no para beber, para lo cual existen recipientes más adecuados.

La presencia o ausencia de platos de pescado en los diferentes contextos arqueológicos ha provocado también intensos debates entre los especialistas. A grandes rasgos la mayor acumulación de platos de pescado se vincula a contextos de habitación frente a necrópolis (Chelbi 1992: 31) y a zonas costeras más que del interior (Cabrera 1997: 383; García i Martín 1999: 165). De estos datos objetivos se pueden sacar varias conclusiones. La forma tiene más una utilidad práctica (vinculada seguramente a la comida) que simbólica, ya que su presencia en ambientes funerarios es testimonial. Su presencia en las zonas costeras puede responder a una doble causa, por una parte se trata de sitios de arraigada tradición fenicio-púnica (Adroher y López Marcos 1989: 384 s.), ambientes en los que la presencia masiva de platos es una constante de siglos y, por otra parte, podemos ponerlo en relación con el citado consumo de pescado y sus derivados (García Alfonso 1998: 27).

2.2.3. Forma III. Platito bajo *(Fig. 7)*

Forma abierta, de tamaño reducido y muy baja, en la que el perfil de las paredes coincide prácticamente con la horizontal.

Las dimensiones oscilan entre los 12 cm. del platito de mayor diámetro y los 9'2 cm. del más pequeño, estando la media en los 10'3 cm. de diámetro de la boca. La base es relativamente ancha en relación a las dimensiones globales (7'5 cm. para un diámetro de borde de 10'6 cm. y 5 cm. en el plato nº 2, que mide 9'8 cm.). Las alturas de los dos ejemplares completos son de 2'2 y 2'4 cm., pero hay que tener en cuenta que la altura de los pies, anulares y esbeltos y el grosor de las paredes dejan, en realidad, muy poca profundidad útil a estas vasijas.

Los ejemplares completos están decorados mediante estampillas, lo que induce a pensar que esta forma debía estampillarse en un alto porcentaje.

Dada la presencia, relativamente escasa en relación a las formas mayoritarias y la gran variabilidad que muestran los bordes, hemos optado por distinguir tantos tipos como hemos creído necesario para no crear confusión en la consulta del catálogo, aunque en un futuro puedan unificarse.

Tipo III-A

Paredes gruesas y borde ligeramente engrosado por el interior y exterior. Aspecto macizo.

— **Variante III-A-1.** ***(Fig. 7, 1-10)***

Bordes engrosados que no sobresalen especialmente, ni rompen bruscamente con el perfil de la pared. A esta variante pertenecen los dos platitos completos (nº 1 y 2), de base ancha decorada con estampillas y pie anular y esbelto.

— **Variante III-A-2.** ***(Fig. 7, 11-12)***

Borde algo estrangulado por el exterior.

Tipo III-B

Paredes también gruesas. Bordes engrosados por el interior y marcados al exterior.

— **Variante III-B-1.** ***(Fig. 7, 13-15)***

Bajo el borde exterior una acanaladura bien marcada separa a éste del resto del cuerpo.

— **Variante III-B-2.** ***(Fig. 7, 16)***

El borde queda separado de la pared por una doble acanaladura.

— **Variante III-B-2.** ***(Fig. 7, 17-19)***

Borde engrosado, que al exterior viene marcado por una acanaladura poco profunda y por el interior muestra una ligera protuberancia sobre el mismo borde.

Tipo III-C

Plato de paredes más estilizadas y borde engrosado al interior, bien marcado, que rompe claramente con la tendencia del galbo.

— **Variante III-C-1.** ***(Fig. 7, 20-23)***

Al exterior el borde sigue la tendencia de la pared, de la que no se diferencia.

— **Variante III-C-2.** ***(Fig. 7, 24-25)***

El borde interior se presenta igual que el de la variante anterior y la diferencia reside en la presencia de cierto engrosamiento del borde hacia el exterior.

Tipo III-D. ***(Fig. 7, 26)***

Borde engrosado al interior y exterior que se apunta en su extremo.

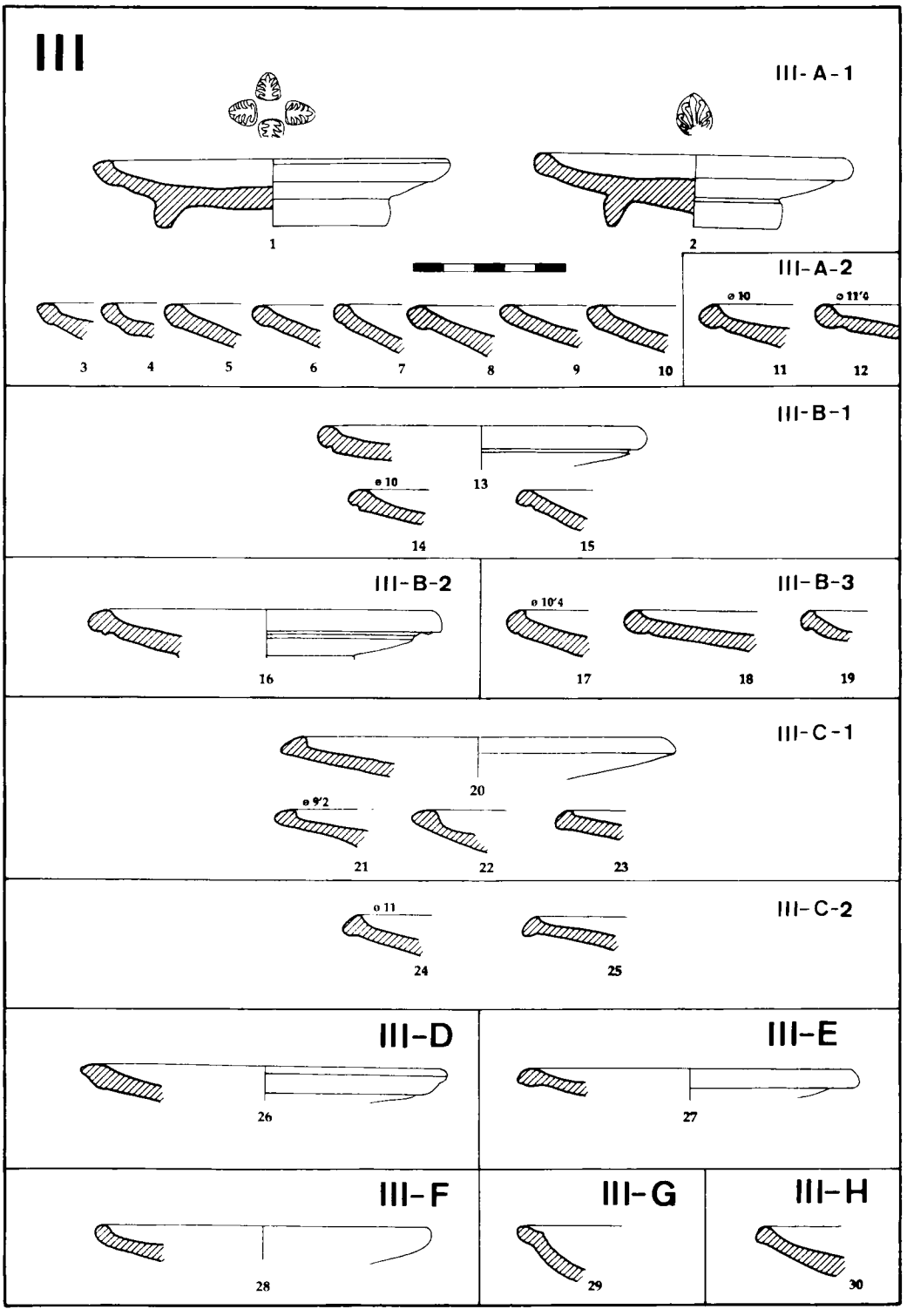


FIGURA 7.—*Forma III. Platito bajo.*

Tipo III-E. *(Fig. 7, 27)*
Borde de tendencia exvasada, engrosado por su parte exterior.

Tipo III-F. *(Fig. 7, 28)*
Borde de tendencia reentrante, engrosado por el interior.

Tipo III-G. *(Fig. 7, 29)*
Borde engrosado por el exterior e interior, atravesado por un ligero surco. Ejemplar de mayor profundidad.

Tipo III-H. *(Fig. 7, 30)*
Borde ligeramente engrosado al exterior e interior, que presenta una acanaladura al exterior.

El prototipo de nuestra Forma III hemos de buscarlo en los "rolled rim plates" del Ágora de Atenas. Esta forma, que se populariza en época helenística, surge en el siglo IV a.C. como una adaptación de los "rilled rim plates", a los que termina sustituyendo en el camino hacia una forma más práctica y funcional (Sparkes y Talcott 1970:147).

La evolución es bien conocida y puede seguirse desde los primeros platos de borde liso y ancho ("broad rim plates"), pasando por los de borde engrosado ("thickened edge plates") y borde estriado ("rilled rim plates") hasta la plena configuración de la forma en el primer cuarto del siglo IV a.C. El borde estriado de los primeros ejemplares evoluciona hacia un borde engrosado y liso, la moldura cóncava bajo el labio se torna a finales de siglo en una acanaladura poco profunda y también se pierde el pequeño surco situado sobre el borde.

Esta forma, también denominada Jehasse 116 (Jehasse y Jehasse 1973: 105), no es frecuente, sin embargo, fuera de Grecia. En la Península Ibérica el conjunto más importante es el recuperado en el pecio de El Sec (Cerdá 1987a: 55 y 1987b: 357 ss.), formado por un lote de 20 piezas fechables hacia el 350 a.C. La escasa presencia de la forma en nuestros yacimientos lleva a pensar que, probablemente, se trate de una de las últimas importaciones de cerámica ática de barniz negro, inmediatamente anterior al cese definitivo de este comercio (Sánchez 1992a: 251).

Tampoco se fabrica de manera normalizada en los talleres locales de Occidente. Morel incluye los ejemplares estudiados por él dentro de los talleres áticos e imitaciones directas (1981a:146 ss.; Chelbi 1992: 33). En este contexto se ha interpretado, como excepcional, la producción temprana de esta forma en cerámica gris por parte de los talleres ebusitanos (Cerdá 1987a: 55 y 1987b: 357 ss.; Fernández y Granados 1980: fig. 1-3). En el avance sobre la cerámica del yacimiento norteafricano de Kuass, Ponsich publica también un ejemplar que, aunque no idéntico, responde a la misma idea (1969a: 67; fig. 8, 10; Morel 1981a: lám. 20, 1511a 1).

Nuestros ejemplares parecen inspirarse en las formas áticas más tardías y evolucionadas, con la peculiaridad que, frente a las dimensiones considerables de los platos áticos (que superan los 20 cm. de diámetro de borde), aquí se imitan en tamaño reducido.

2.2.4. Forma IV. Plato de borde simple *(Fig. 8)*

Formas abiertas, anchas y bajas. El perfil de las paredes tiende a la horizontal. Borde simple que sigue la tendencia de la pared, sin apenas diferenciarse de ésta. No contamos con ningún ejemplar completo aunque, por las características del borde, se diferencian dos tipos.

Tipo IV-A. Con acanaladura. *(Fig. 8, 1)*

Caracterizado por la acanaladura que surca el borde por el interior del plato.

Tipo IV-B. Sin acanaladura. *(Fig. 8, 2)*

Borde simple, sin acanaladura.

Estos platos, que son muy escasos, podrían responder a las formas típicas en engobe rojo generalizadas desde los inicios de la presencia semita en la zona, que ahora se adaptan a los nuevos gustos estéticos. Su aparición en este contexto puede entenderse como tal pervivencia residual.

Su origen quizás haya que remontarlo a los "broad rim plates" de Ágora de Atenas (Sparkes y Talcott 1970: 144 s.; fig. 9, 1002-1010), aunque este plato apenas si se fabricó en barniz negro, por lo que no podemos asegurar que se trate del prototipo de los nuestros, que sí copian, sin embargo, los artesanos de Ibiza (Fernández y Granados 1980: 9 ss.; fig. 1).

Tampoco se trata de una forma característica del resto de producciones proto y campanienses del Mediterráneo. V. Guerrero describe una pieza parecida, a la que llama "pátera de borde horizontal", procedente de Na Guardis, en la isla de Mallorca y la relaciona, aunque de forma remota y sin demasiada convicción, con ciertos ejemplares atípicos de las formas campanienses L-6, concretamente un ejemplar hallado en el Grand Congloué y una L-36, encontrada en el horno III de Kuass[39] (1984: 46 ss.; fig. 10, 4). Ambos platos se asemejarían al ejemplar ebusitano en el borde horizontal, rasgo que también comparten con ciertos platos de fabricación y tipología ibéricas, pero de inspiración campaniense (Cuadrado 1972a: fig. XXIII s., p.1).

[39] Para nosotros este plato de Kuass, se asemeja más a las clásicas pateras de la forma 36 de Lamboglia (1952a: 183) que a estos ejemplares de borde horizontal. Aunque ciertamente, tanto el ejemplar publicado por Ponsich (1969a: fig. 7), como el que hemos incluido en nuestro Tipo V-B *(Fig. 8 4)*, pueden considerarse híbridos de estas dos formas, pues no presentan labios totalmente horizontales, pero tampoco claramente curvados.

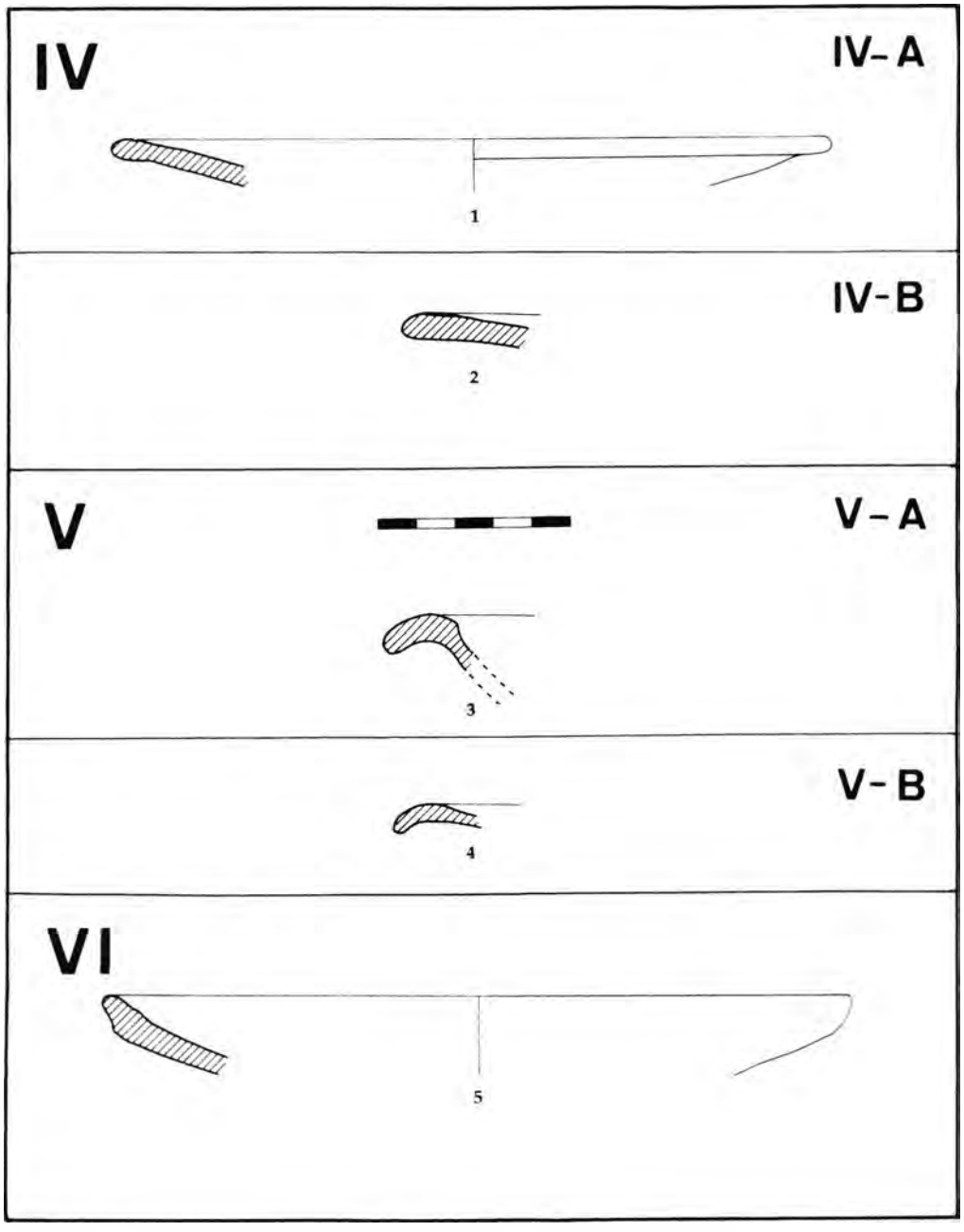


FIGURA 8.—*Forma IV. Plato de borde simple. Forma V. Plato de borde cóncavo. Forma VI. Plato.*

2.2.5. FORMA V. PLATO DE BORDE CÓNCAVO *(FIG. 8)*

La Forma V se caracteriza por su borde ancho, que forma una curva que le da un aspecto abombado. Esta particularidad es la que nos permite identificarla aun a falta de ejemplares completos. Los diámetros de los bordes nos indican que se trata de formas anchas y, por la inclinación de las paredes, suponemos que son algo más profundas que las formas de platos que ya hemos descrito. Distinguimos dentro de ella dos variantes.

Tipo V-A. *(Fig. 8, 3)*

Borde grueso, que no prolonga la pared directamente sino que se separa de ésta mediante un escalón.

Tipo V-B. *(Fig. 8, 4)*

Borde más estilizado y algo menos combado.

Podría tratarse de una adaptación de los "broad rim plates" áticos (Sparkes y Talcott 1970: 144; fig. 9, 1008), cuyo ancho borde iría alargándose con el tiempo y evolucionaría hasta formar la curva característica. La forma

se completaría con un pie de anillo, decorado con palmetas, que generalmente suelen ir inscritas dentro de un círculo inciso (Lamboglia 1952a: 183), en ocasiones doble (Ponsich 1969a: 67; fig. 7, 1-2).

Nos hallamos ante una de las formas más características de las tipologías campanienses. Fue clasificada por N. Lamboglia como forma 36 de la campaniense A y bajo tal denominación es aceptada por la mayoría de los investigadores.

Los primeros ejemplares los tenemos documentados en el siglo III a.C., pero es en el II cuando la forma se generaliza y alcanza una difusión universal, de tal manera que su presencia suele ser un índice cronológico bastante fiable. La forma pervive hasta la siguiente centuria. Lamboglia reconoce que es difícil de diferenciar cronológicamente, aunque apunta que el mayor realce de la carena del pie podría indicar modernidad (1952a: 183).

Ponsich piensa que en Kuass este plato es una evolución o adaptación de la forma 36, pues observa ciertas diferencias con los prototipos que presenta Lamboglia. Según Morel la ausencia de carena de separación entre el borde y la pared respondería a un gusto común de los talleres occidentales (1981a: 100) y Ponsich relaciona el hecho de la mayor longitud de los bordes con la influencia directa de los platos de engobe rojos fenicios (1969a: 67; fig. 7, 1). Este ejemplar completo parece responder más al tipo que hemos llamado V-B (Morel 1981a: lám. 10, 1271a 1), mientras que el borde de mayores dimensiones y con carena más señalada (*Idem.* 67; fig. 7, 3) se acerca al V-A y se aproxima a los perfiles campanienses clásicos.

2.2.6. Forma VI. Plato *(Fig. 8, 5)*

Forma de plato, abierta, ancha, baja y de dimensiones similares al resto de las formas incluidas bajo esta denominación (19'5 cm. de diámetro de la boca). El borde sigue la tendencia general de la pared, aunque se incurva ligeramente hacia dentro. El labio, engrosado al interior y exterior, termina apuntado.

Parece ser la evolución lógica, mediante la simplificación morfológica, de las formas de platos más barrocas que englobamos en la Forma I.

Quizás sea aventurado el considerar como forma propia al único ejemplar de estas características documentado, pues podría ser el resultado del azar o de un capricho o ensayo del artesano y carecer de entidad suficiente para constituir un grupo formal por sí mismo. Pero ante la imposibilidad de incluirla dentro de ningún otro grupo, ya que no comparte los rasgos definitorios de las restantes formas, hemos optado por correr el riesgo y definir una específica, que responda a estas características formales.

2.2.7. Forma VII. Bolsal *(Figs. 9 a 11)*

Vaso de cuerpo profundo, paredes rectas y pie elaborado[40]. El borde simple no se diferencia del resto de la pared, que se inflexiona mediante una carena, más o menos marcada, situada en la mitad inferior de la vasija. Las asas, horizontales, arrancan bajo el borde. Frecuentemente presenta una acanaladura, incisa y bien marcada, en la pared exterior de la vasija, próxima a la zona donde ésta se incurva para dar lugar al pie. Aunque podemos encontrarlas sin decoración, esta forma suele ir estampillada, independientemente del tipo o variante en la que se incluya.

El diámetro de la boca ronda entre los 9 y los 10 cm. de los ejemplares de tamaño estándar y los 13 ó 14 cm. del tipo VII-D, que ocasionalmente puede alcanzar diámetros de hasta 16 cm. Las medidas de los fondos oscilan entre los 4'9 y los 7'6 cm. de los ejemplares más grandes, situándose la media en 6'5 cm. Los ejemplares completos documentados presentan alturas similares, entre 4'9 y 5'3 cm., situándose la media en 5'1 cm. La relación entre la altura de la vasija y el diámetro de la boca es igual o menor a 2 en el caso de los vasos que pertenecen a los tipos VII-A, VII-B y VII-C.

Presentamos cuatro tipos dentro de la Forma VII. Los tres primeros se explican en virtud de la presencia o ausencia de elementos de suspensión. El cuarto tipo responde a criterios de naturaleza diferente, en él incluimos las formas que difieren de la media por su mayor diámetro. Dentro de cada tipo diferenciamos dos variantes, en función de la presencia o no de acanaladura sobre el pie. Esta clasificación por tipos generales sólo es válida si contamos con formas completas, que nos permitan asegurar sin riesgo a equivocarnos su pertenencia a uno u otro.

---

[40] Las múltiples variantes de fondos y el hecho de que éstos sean comunes a otras formas, nos aconsejan tratar este tema más adelante con mayor detenimiento y de forma conjunta.

Tipo VII-A. Con dos asas[41]. ***(Fig. 9, 1)***

Vaso con dos asas de "oreja" horizontales, sobreelevadas y opuestas.

Tipo VII-B. Con un asa

En ocasiones la forma se nos presenta con una sola asa. Hemos distinguido dos variantes.

— **Variante VII-B-1. Sin acanaladura.** ***(Fig. 9, 2)***
Pared lisa, sin accidentes de ningún tipo.

— **Variante VII-B-2. Con acanaladura.** ***(Fig. 9, 3)***
La pared externa se encuentra, próxima al fondo, surcada por una acanaladura estrecha y profunda.

Tipo VII-C. Sin asas

La forma responde a la del bolsal pero carece de uno de sus elementos distintivos: las asas. Para incluir una pieza dentro de este grupo hemos de estar totalmente seguros de la ausencia de elementos de suspensión, por lo que debe estar completa sin excepciones. Si no fuera así, el fragmento, por muy significativo que parezca debe clasificarse atendiendo únicamente a la morfología del borde.

— **Variante VII-C-1. Sin acanaladura.** ***(Fig. 10, 1-2)***
Formas sin acanaladuras sobre el pie.

— **Variante VII-C-2. Con acanaladura.** ***(Fig. 10, 3)***
Incisión en la zona baja de la pared próxima al inicio del fondo de la vasija.

Tipo VII-D. Formas anchas

Las formas que incluimos dentro de este tipo se caracterizan por la mayor dimensión del diámetro de la boca, mientras que las otras medidas son similares a las de tipos anteriores. Como consecuencia ofrecen un aspecto más abierto, sensación que se acrecienta por la ligera tendencia exvasada que suelen presentar los bordes. Se advierten las dos mismas variantes que en tipos anteriores.

— **Variante VII-D-1. Sin acanaladura.** ***(Fig. 10, 4)***
Pared lisa.

— **Variante VII-D-2. Con acanaladura.** ***(Fig. 10, 5)***
Incisión profunda en la parte inferior del galbo.

Tipos de bordes que presenta la Forma VII

En el caso frecuente de no contar con piezas completas, es imposible que podamos adscribir los bordes a los tipos descritos, si exceptuamos el Tipo VII-D, al que sí es posible asignar materiales fragmentados si contamos con el diámetro de la boca. La razón de ser de la tipología carecería de sentido si no pudiéramos ordenar —en aras de la utilidad y servicio de ésta a la investigación— de alguna manera las piezas incompletas. Los bordes se han clasificado atendiendo en un primer nivel a la tendencia general del galbo y, a continuación, a la morfología del propio borde.

Tipo 1. Tendencia vertical

Bordes de tendencia recta que prácticamente coinciden con la vertical. Es el tipo más común en esta forma.

Algunos de estos bordes pueden corresponder también a piezas similares al cuenco 2 de Ponsich (1969a: 65, fig. 4, 2), muy frecuente en Kuass, pero del que no contamos aquí con ningún ejemplar completo, aunque su presencia parece probada por la existencia de, al menos, un fondo que presenta cinco palmetas estampilladas en su fondo interno, decoración propia de esta forma.

— **Variante 1-a. Borde apuntado.** ***(Fig. 11, 1-9)***
El borde se apunta por el interior, mientras al exterior no se diferencia de la pared.

— **Variante 1-b. Borde biselado.** ***(Fig. 11, 10-15)***
También se apunta por el interior pero, en esta ocasión, se marca mediante un bisel.

— **Variante 1-c. Borde engrosado.** ***(Fig. 11, 16-17)***
El borde se engrosa a partir de la carena que marca la inflexión del cuerpo para terminar apuntado.

— **Variante 1-d. Borde redondeado.** ***(Fig. 11, 18-19)***
Borde que termina redondeado, de igual o similar grosor que las paredes.

Tipo 2. Tendencia exvasada

Paredes que se inclinan ligeramente hacia fuera. Este tipo suele corresponder a los bolsales de mayor diámetro, Tipo VII-D.

— **Variante 2-a. Borde apuntado.** ***(Fig. 11, 20-30)***
Borde apuntado por el interior.

— **Variante 2-b. Borde biselado.** ***(Fig. 11, 31)***
Borde apuntado por el interior y marcado por un bisel.

— **Variante 2-c. Borde engrosado.** ***(Fig. 11, 32)***
Borde engrosado por el interior y terminado también en punta.

— **Variante 2-d. Borde redondeado.** ***(Fig. 11, 33-34)***
Bordes redondeados, del mismo grosor que las paredes. Esta variante quizás corresponda también a tipos no sistematizados con seguridad pero cuya existencia es bastante probable[42].

Tipo 3. Tendencia entrante. ***(Fig. 11, 35)***

Las paredes se inclinan levemente hacia el interior.

---

[41] Al contar únicamente con un ejemplar completo provisto de dos asas, no hemos diferenciado ninguna variante en el Tipo VII-A. En el momento que se documenten otros vasos y advirtamos en ellos la presencia de la acanaladura en la pared externa, el tipo inmediatamente quedaría dividido en dos: VII-A-1, sin acanaladura y VII-A-2, con acanaladura, tal y como sucede en los Tipos VII-B, VII-C y VII-D.

[42] La presencia de este tipo de bordes, unida a la documentación de fondos característicos, nos lleva a plantearnos la hipótesis de la existencia de formas que respondan a los escifos griegos. (*Vid.* más adelante estudio detallado de fondos).

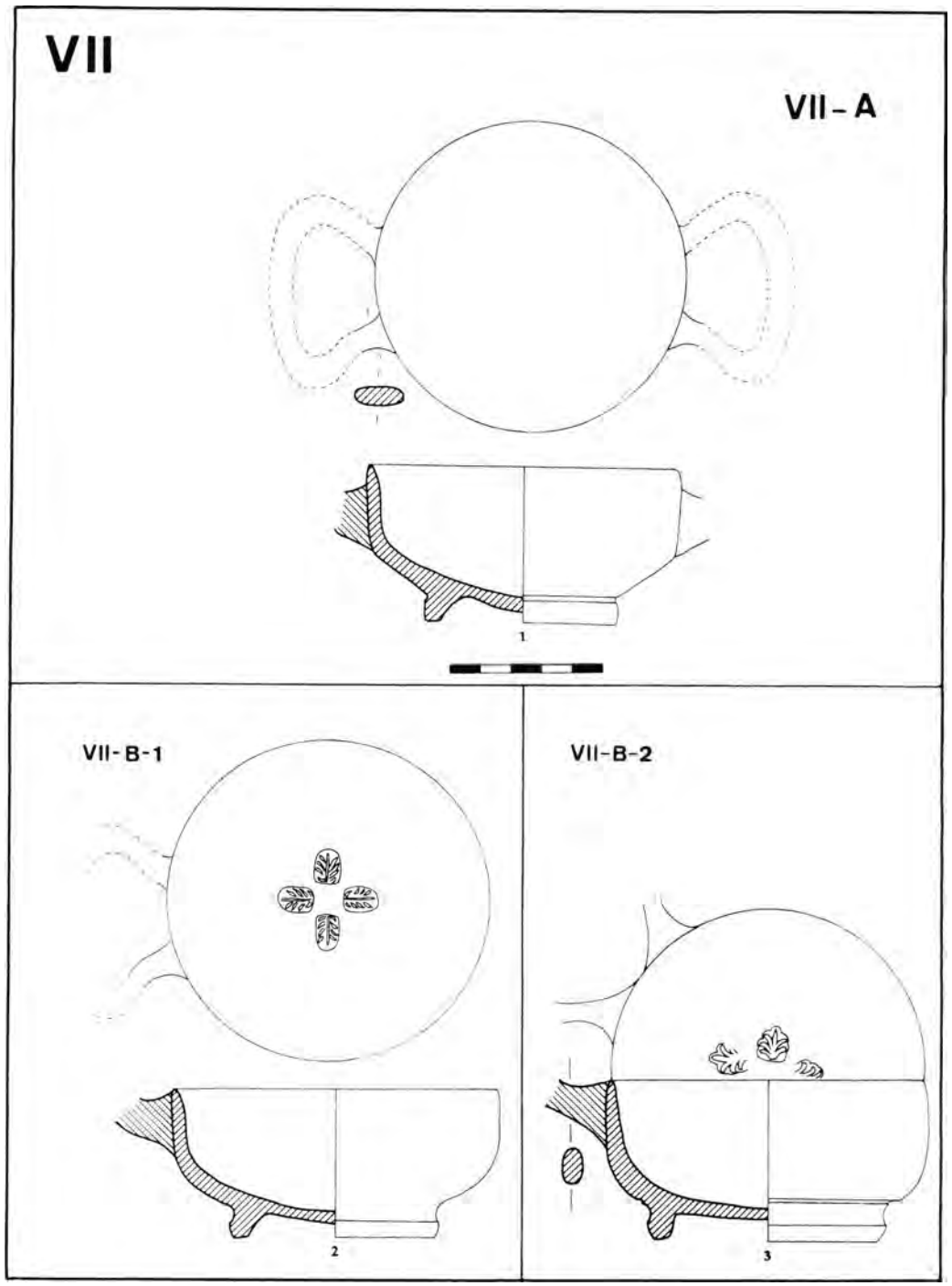


FIGURA 9.—*Forma VII. Bolsal. (I)*

La forma recibe el nombre de bolsal desde que en 1945 Beazley lo ideara uniendo las dos primeras sílabas de las ciudades de Bolonia y Salónica, en las que se habían hallado numerosos ejemplares, para individualizarla del resto de copas entre las que hasta entonces la forma se había clasificado (Sánchez 1992a: 223). Lamboglia incluyó al bolsal dentro de su forma 42, señalándolo con la letra B y considerándola "precampana" (1952a:189). Por su parte, Morel distingue dos variantes en función a los prototipos presentados por Lamboglia, el primero de ellos, que a partir de entonces pasa a denominarse forma 42-B-a, respondería al bolsal original de origen ático, que posteriormente quedaría englobado en la Serie 4162 (1981a: 293).

Respecto a su evolución no existe unanimidad entre los especialistas. Junto a los que piensan que no queda clara (Cerdá 1987b: 333), otros creen que esta vasija, mezcla de copa de pie bajo y escifo, sigue una evolución individualizada (Sánchez 1992a: 223), posible de rastrear a través del tiempo.

De origen ático, se comienza a fabricar en el tercer cuarto del siglo V a.C., sustituyendo a las copas bajas de tipo "Cástulo" (*Idem.* 1992b: 328) y perduran hasta finales del IV. Aunque existen algunos ejemplares en figuras rojas, se trata de una forma producida fundamentalmente en barniz negro (Sparkes y Talcott 1970: 107).

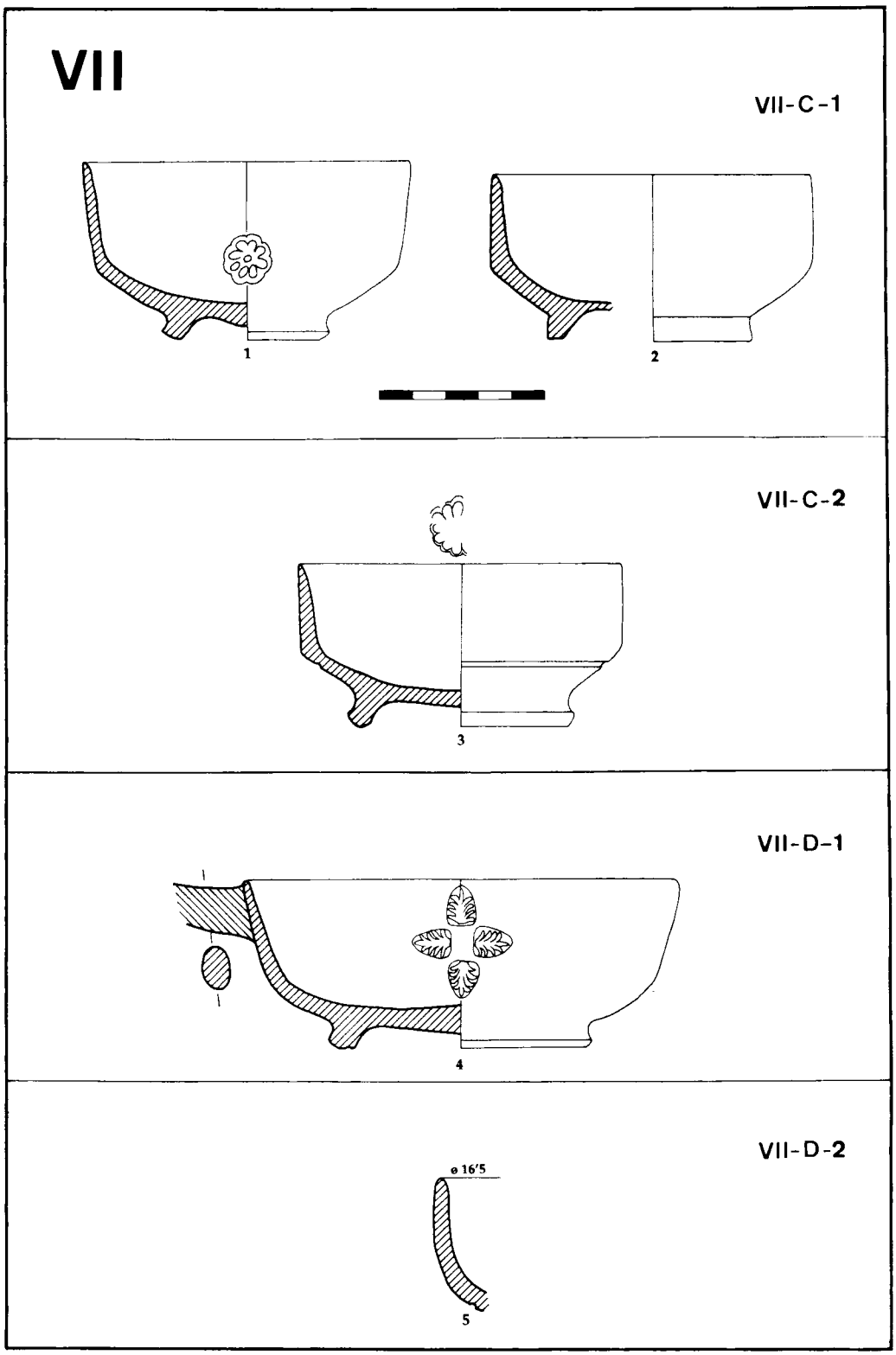


FIGURA 10.—*Forma VII. Bolsal. (II)*

Con el tiempo la pared se exvasa y el borde gira hacia fuera, formándose una doble curva, que le da al perfil un aspecto parecido al del escifo, aunque menos pronunciada. El fondo se abulta formando una especie de cono y la zona de reposo del pie se decora con una acanaladura en reserva. Las paredes se tornan más gruesas y también es posible seguir la evolución de las asas. En principio, en el siglo V, tienen forma de "V" y nunca sobrepasan el nivel del borde; en el siglo IV, los arranques se unen, la parte exterior se aplana y se forman dos ángulos agudos en los extremos del asa; hacia mediados del IV presentan ya una forma triangular y tienden a elevarse por encima del borde (*Idem.*; Sánchez; 1992a: 226). La evolución hacia el s. III se caracterizaría por una progresiva agudización de la zona de inflexión o carena externa (Principal 1998a: 86).

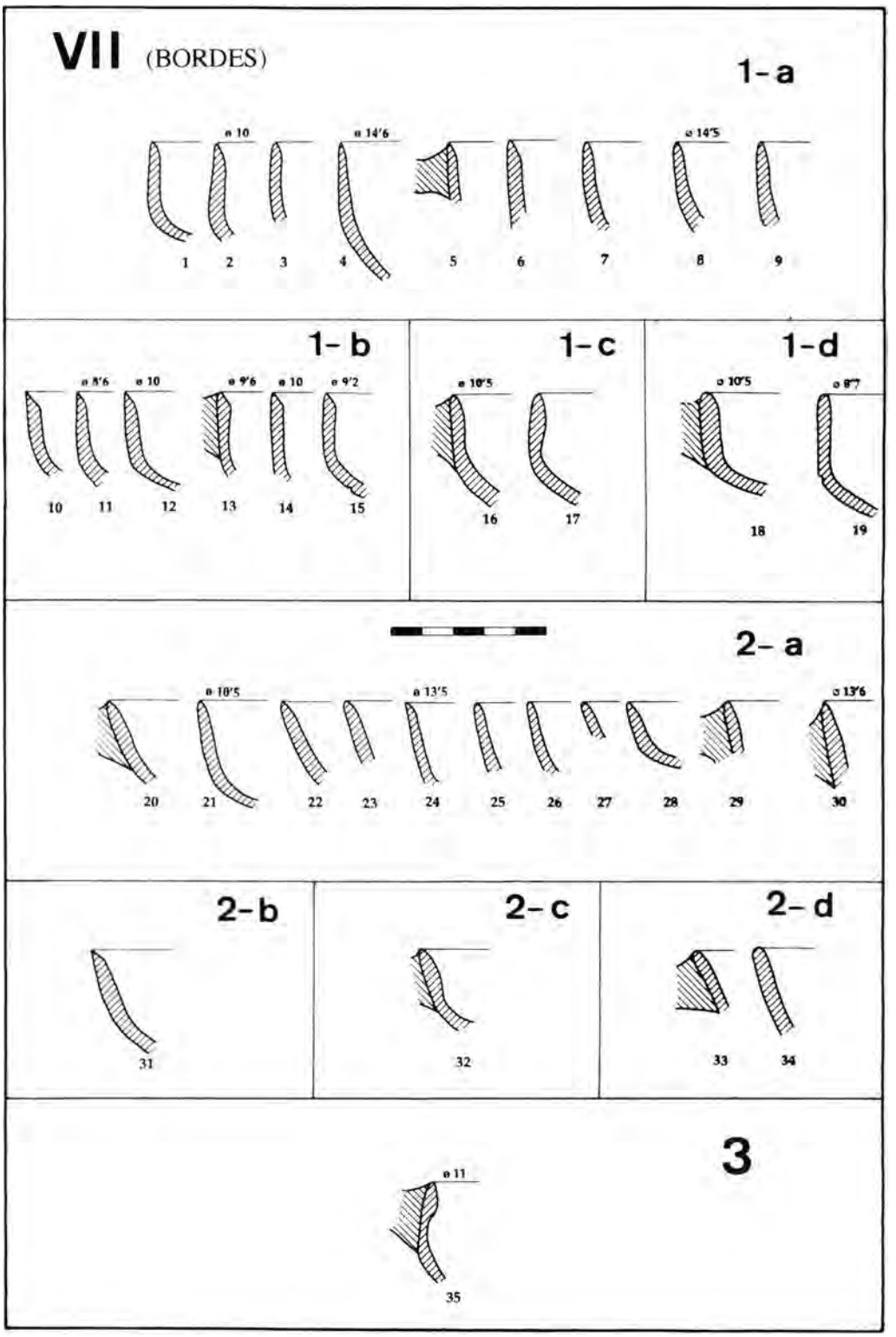


FIGURA 11.—*Tipos de bordes correspondientes a la Forma VII.*

Parece que la forma, que alcanzó una gran difusión durante el siglo V, degenera rápidamente durante el IV al entrar en competición con otras, hasta que termina por ser sustituida por el cántaro (Sparkes y Talcott 1970: 108). Para Cerdá esta afirmación no debe generalizarse, pues los 41 ejemplares de bolsales recuperados de El Sec, que pueden considerarse tardíos[43], presentan aún perfiles elegantes y cuidados (1987b: 334.). C. Sánchez suscribe la opinión

[43] No obstante, en lo que respecta a la cronología de los materiales del Sec, hay que mantener una cierta cautela, pues frente a la interpretación tradicional que lo considera un barco hundido entre el 375 y el 350 a.C., hoy en día la opinión más generalizada es que los materiales proceden de más de un hundimiento, ya que por la situación (en la bocana del puerto) y características (materiales recuperados por no profesionales, sin una metodología) del hallazgo, no podemos asegurar que se trate de un contexto cerrado, ni es recomendable sacar conclusiones precipitadas sobre asociaciones cronológicas de materiales.

de Cerdá ya que observa que las pocas piezas halladas en Andalucía oriental, la zona de su estudio, se fechan mayoritariamente en el segundo cuarto del siglo IV y que lo mismo ocurre con los ejemplares del resto de la Península (1992a: 229).

La forma, de fácil transporte debido a su robustez, se comercializa por todo el Mediterráneo y conoce numerosas imitaciones. El bolsal es adoptado sobre todo en el mundo púnico donde alcanza gran éxito, importándose primero los ejemplares de barniz negro de forma masiva (Morel 1994) para después los talleres locales imitar la forma (*Idem.* 1980b: 38). Lo tenemos documentado en el taller de las Pequeñas Estampillas, Volterra, litoral meridional francés, Aleria, Ampurias, Ullastret, Covalta, etc. (Cerdá 1987b: 335 s.).

En la zona ibérica, frente a la afirmación de otros autores (Morel 1994), también se importaron bolsales áticos en cantidades importantes (Blánquez 1994a: 333 y 1995a: fig. 2, 3 y 6; Sánchez 1992a: 232). Este tipo formal convive con las otras formas griegas consideradas como "vasos para beber" y, en ocasiones, como muestran los *silicernia* de las necrópolis albaceteñas (Blánquez 1994a y 1995a) supera a éstas en número. Por el contrario, no fue una forma que se imitara con profusión en este área (Page 1984: 90).

Entre los materiales hallados en Kuass, Ponsich no publica ningún bolsal completo, pero entre los fondos estampillados que se muestran, algunos parecen corresponderse con la forma (1969a: fig. 9).

En la Bahía de Cádiz estas formas se fabrican en el siglo III en barniz rojo y aunque no se trate de una de las más representadas, tampoco podemos calificar su presencia de testimonial. Los artesanos gaditanos juegan con una mayor libertad formal respecto a los prototipos áticos, las dimensiones varían, los fondos se multiplican y elementos característicos, como las asas o la acanaladura sobre el pie, aparecen y desaparecen sin motivo aparente y sin que afecte a la forma general del vaso.

Sí parece haber unanimidad en considerar al bolsal como una forma específica para beber (Morel 1994: 331; Bats 1988: 57 y 207). Tal condición le vendría dada por su propia configuración —por su profundidad, apta para contener líquidos, la forma recta del borde y la presencia de asas para sostener la vasija y facilitar el vertido— y por los contextos en los que aparece, *silicernia*, junto a otros elementos que delatan la celebración de *simposia* funerarios (Blánquez 1994a y1995a).

2.2.8. Forma VIII. Copa *(Figs. 12 a 15)*

Formas abiertas, de relativa profundidad, cuyo perfil característico presenta doble curva (convexa-cóncava), de carena más o menos marcada y de tendencia exvasada. Pie anular, generalmente alto y esbelto y, en todo caso, más diferenciado y menos robusto que los de otras formas de dimensiones parecidas, como la Forma VII o la Forma IX, que nos podrían llevar a confundirlos. Forma susceptible de ser estampillada, aunque también la hallamos desprovista de decoración.

Las dimensiones varían de manera significativa de unas piezas a otras y, en función de esta variabilidad, se ha realizado la distinción por tipos. Incluyendo todos los ejemplares contabilizados, los diámetros de la boca oscilarían entre los 7'2 cm. del menor y los 17 cm. del de mayor tamaño, situándose la media en 13'6 cm. El término medio del diámetro de la base es de 5'3 cm, el de menor tamaño mide 4 cm. frente a los 6'2 cm. máximos. Las alturas de los vasos también varían situándose entre 3'2 y 6'4 cm. y una media de 4'5. A pesar de lo variado de las dimensiones, la forma general guarda un aspecto similar, pues generalmente a un borde relativamente pequeño corresponde un fondo también reducido y una altura no muy apreciable y viceversa.

Hemos diferenciado cinco tipos englobables en la Forma VIII. Los tres primeros los hemos distinguido atendiendo al mayor o menor diámetro de la boca y los otros dos porque presentan variaciones morfológicas que nos llevan a considerarlas tipos separados.

Tipo VIII-A. Tamaño medio

El tipo más frecuente se presenta con un tamaño medio. Son copas cuyo diámetro máximo oscila entre los 10'5 cm. y los 11'6 cm. y una media de 11'1 cm. La base entre 5 y 6'2 cm. y 5'5 cm. de término medio y la altura, salvo la variante VIII-A-3, de mayor profundidad, entre 4'1 y 4'9 cm., con media de 4'4 cm.

— **Variante VIII-A-1. Borde continuo.** ***(Fig. 12, 1-7)***

El borde de esta primera variante sigue la tendencia de la pared, de la que no se distingue.

— **Variante VIII-A-2. Borde señalado.** ***(Fig. 12, 8-9)***

Borde señalado, que puede estar más o menos marcado (*vid.* tipos de bordes), resultante de un engrosamiento de la pared a su término.

— **Variante VIII-A-3. Profundo.** ***(Fig. 12, 10)***

Variante de mayor profundidad que los dos tipos anteriores. La relación entre el diámetro de la boca y la altura es de 2, frente a 2'5 de las variantes VIII-A-1 y VIII-A-2. Respecto al resto de los elementos (diámetros de la boca y el fondo, forma del borde etc.) responde a las variantes ya descritas.

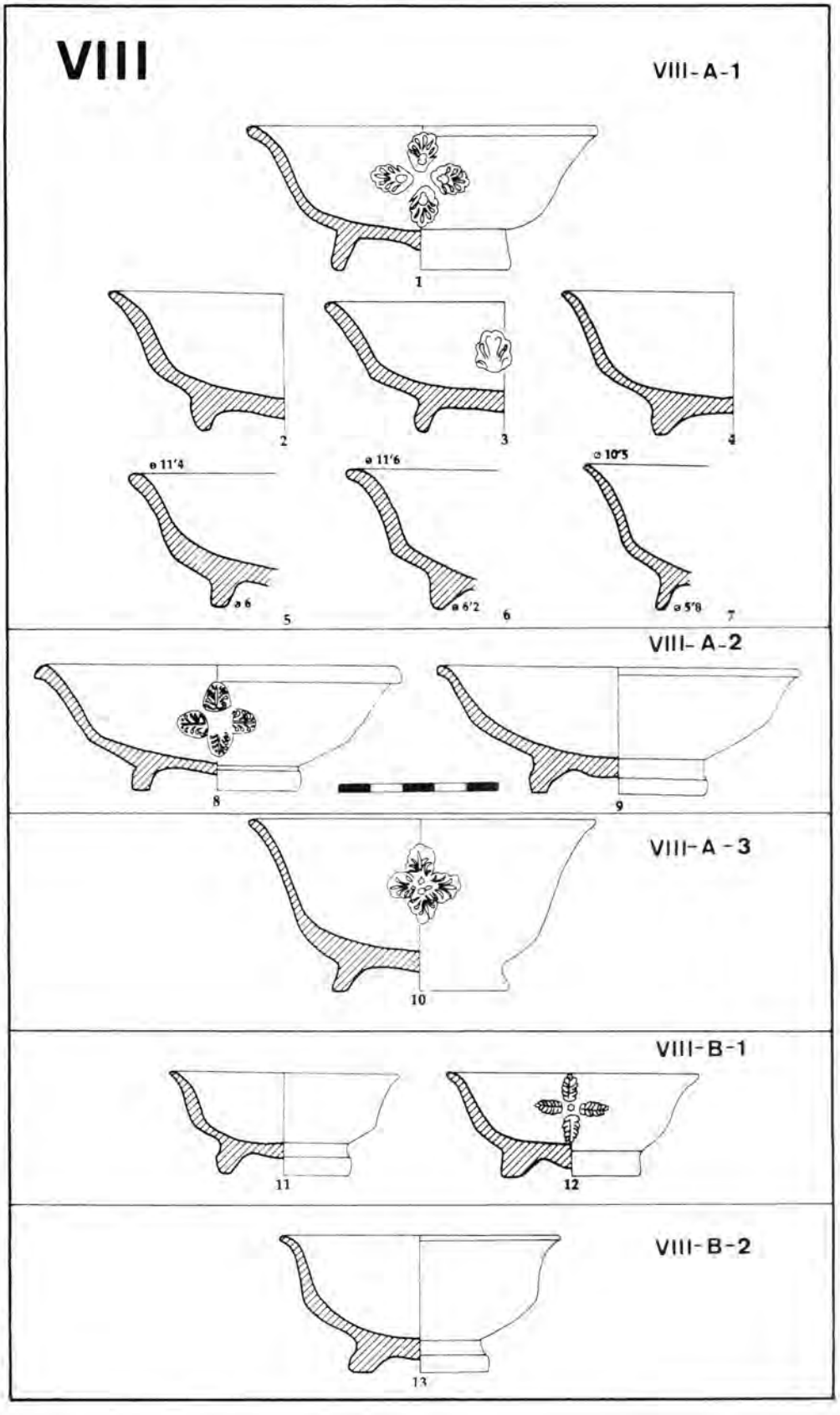


FIGURA 12.—*Forma VIII. Copa. (1)*

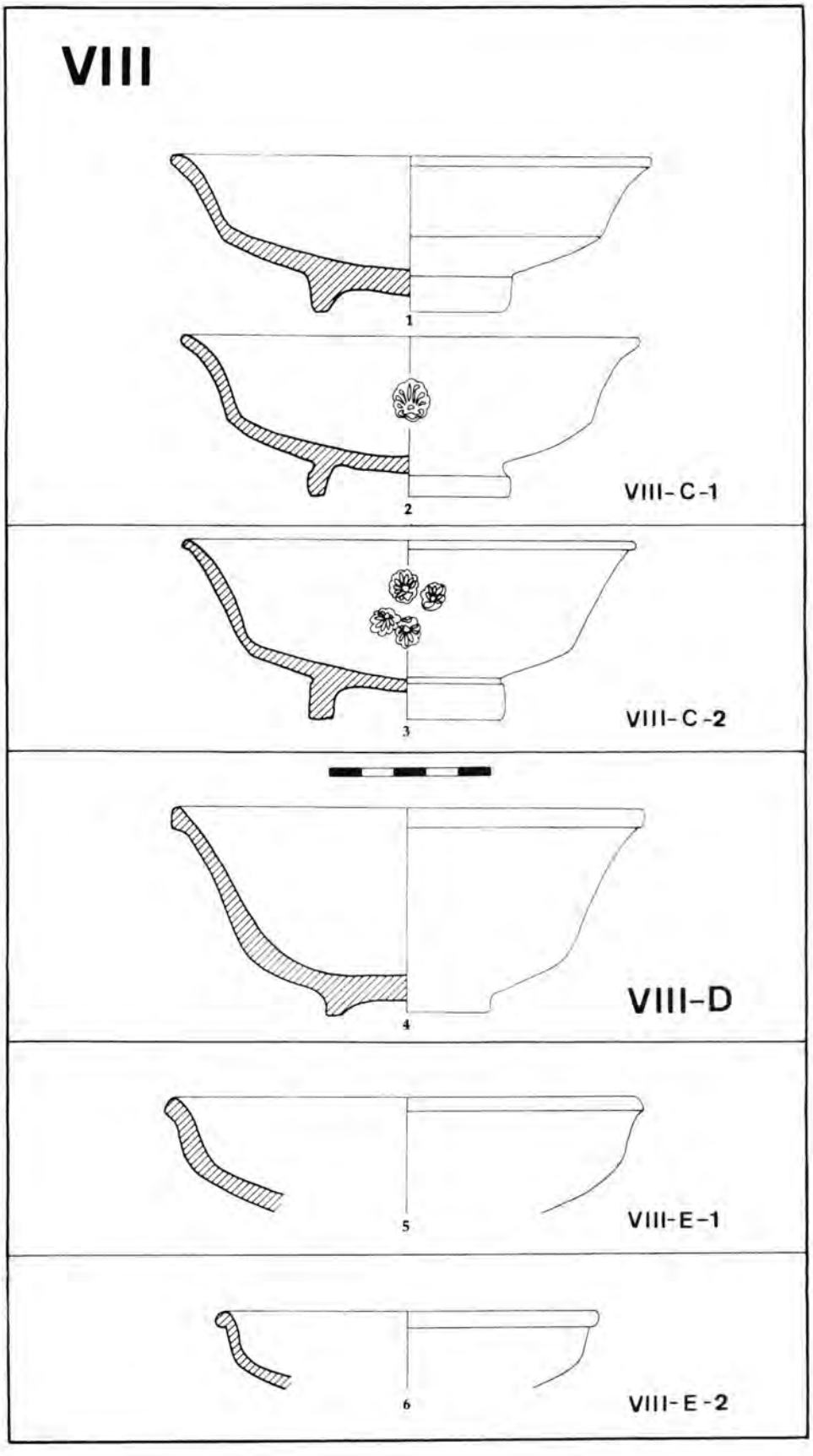


FIGURA 13.—*Forma VIII. Copa. (II)*

Tipo VIII-B. Pequeño tamaño

Tipo que presenta unas características similares al anterior, pero de menor tamaño. Diámetro de la boca entre 7'2 y 8'8 cm. (8 cm. de media) y diámetro de la base entre 4 y 4'3 cm. (4'1 cm. de media). Las variantes se diferencian en función de la mayor o menor profundidad del vaso. El Tipo VIII-B se diferencia del VIII-A en la base. Por sus menores dimensiones, los fondos presentan un aspecto más macizo, con pies menos esbeltos y señalados que recuerdan los típicos de la Forma IX.

— **Variante VIII-B-1. Borde continuo.** ***(Fig. 12, 11-12)***

La relación entre el diámetro del borde y la altura es mayor de 2. Todos los bordes de los vasos analizados correspondientes a este Tipo se pueden clasificar como bordes continuos, ya que ninguno se diferencia de la tendencia general de la pared.

— **Variante VIII-B-2. Profundo.** ***(Fig. 12, 13)***

La relación entre el diámetro de la boca y la altura del vaso es de 2. El resto de medidas y elementos es similar a lo descrito para la variante anterior.

Tipo VIII-C. Ancha y baja

Formas con un diámetro de boca mayor (entre 14 y 15 cm.) y bases en torno a los 6 cm. de media. Presentan un aspecto más ancho y menos profundo (altura media de 5'4 cm. y relación entre el diámetro de la boca y la altura mayor de 2'5) que las correspondientes al Tipo IX-A. En función a la distinción o no del borde presentamos dos variantes.

— **Variante VIII-C-1. Borde continuo.** ***(Fig. 13, 1-2)***

El borde sigue la tendencia general de la pared y no se diferencia de ésta.

— **Variante VIII-C-2. Borde señalado.** ***(Fig. 13, 3)***

El borde se forma por engrosamiento de la pared y se individualiza del resto del galbo.

Tipo VIII-D. Ancha y profunda. ***(Fig. 13, 4)***

Tipo de boca ancha (14'5 cm.) y relativa profundidad (6'4 cm., relación entre el diámetro de la boca y la altura mayor de 2). Lo hemos considerado como tipo aparte y no como variante del Tipo VIII-C, porque el perfil difiere, en cierta medida, de los ejemplares analizados hasta aquí. Las curvas se suavizan y la pared la forma la primera de ellas (convexa), que baja prácticamente hasta la base, incurvándose hacia el tercio inferior de la misma. Frente a la tónica general, el pie apenas se señala y el diámetro es menor en relación a las otras dimensiones. El borde se distingue a la perfección del resto de la pared y viene marcado por un bisel exterior.

Tipo VIII-E. Tendencia vertical

El tipo se caracteriza porque la curva superior se acerca a la vertical, aunque sin perder nunca la tendencia exvasada de la forma y por el borde, siempre diferenciado de la pared. A pesar de no contar con formas completas, su naturaleza nos permite individualizarlo del resto.

— **Variante VIII-E-1. Borde señalado.** ***(Fig. 38, 5)***

Borde señalado, en realidad se trata de un simple engrosamiento de la misma pared.

— **Variante VIII-E-2. Borde diferenciado.** ***(Fig. 38, 6)***

Borde vuelto hacia afuera, de sección circular, que se individualiza del resto del perfil.

Tipos de bordes de la Forma VIII

Como ya hemos hecho en formas anteriores, también en la Forma VIII podemos estudiar los bordes por separado. Aunque al tratar los tipos, diferenciamos en algunas ocasiones las variantes en función de la forma del borde, la gran variabilidad de éstos nos obliga a proceder a su análisis separadamente. Con ello pretendemos facilitar la tarea al investigador, pues se puede dar la posibilidad de encontrarse ante fragmentos que no permitan conocer el diámetro de la vasija y, por consiguiente, no sean posibles de adscribir a un determinado tipo, o bien de bordes que no se correspondan con ninguno de los que presentan las formas completas. Hemos hecho una primera distinción en función a la diferenciación o no del borde respecto al resto de la pared, criterio que ya utilizamos para considerar las variantes de forma.

Tipo 1. Borde continuo

Bordes que siguen la tendencia y el grosor de la pared y no se diferencian de ésta.

— **Variante 1-a. Borde redondeado.** ***(Fig. 14, 1-30)***

El borde, que presenta el mismo grosor que la pared, termina redondeado.

— **Variante 1-b. Borde apuntado.** ***(Fig. 14, 31-45)***

Bordes que terminan apuntándose.

— **Variante 1-c. Borde biselado.** ***(Fig. 14, 46-61)***

Bordes que no se diferencian del resto de la pared en cuanto a grosor, pero que se marcan por el exterior mediante un bisel.

— **Variante 1-d. Borde moldurado.** ***(Fig. 14, 62)***

El borde queda marcado al exterior por dos acanaladuras, que le confieren un aspecto moldurado.

— **Variante 1-e. Tendencia horizontal** ***(Fig. 14, 63-64)***

Redondeado como el de la variante 1-a, pero muy exvasado y tendente a la horizontal.

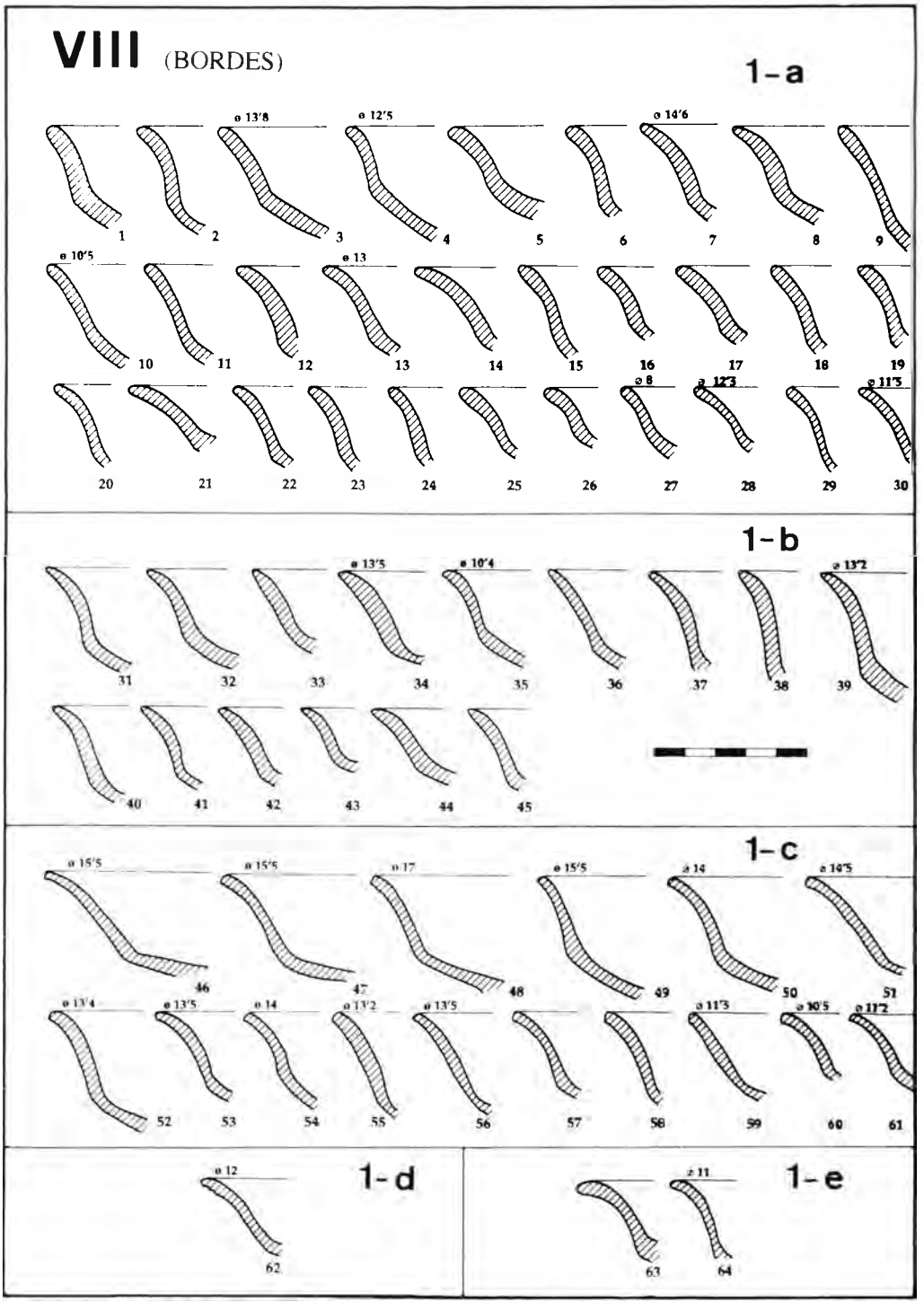


FIGURA 14.—*Tipos de bordes correspondientes a la Forma VIII. (1). Tipo 1: Borde continuo.*

Tipo 2. Borde señalado

Bordes que presentan un engrosamiento, más o menos señalado según las variantes, respecto a la pared.

— **Variante 2-a. Borde engrosado.** ***(Fig. 15, 1-22)***
Generalmente se trata de un simple engrosamiento de la pared por el exterior.

— **Variante 2-b. Borde redondeado.** ***(Fig. 15, 23-30)***
Engrosamiento netamente diferenciado, que rompe con el perfil de la pared de la copa. Sección de tendencia circular.

— **Variante 2-c. Borde triangular.** ***(Fig. 15, 31-34)***
El borde se vuelve hacia el exterior, diferenciándose de la pared. Sección de tendencia triangular.

— **Variante 2-d. Mayores dimensiones.** ***(Fig. 15, 35)***
La forma en sí apenas se distingue de la variante 2-a. La diferenciamos por el considerable grosor de las paredes.

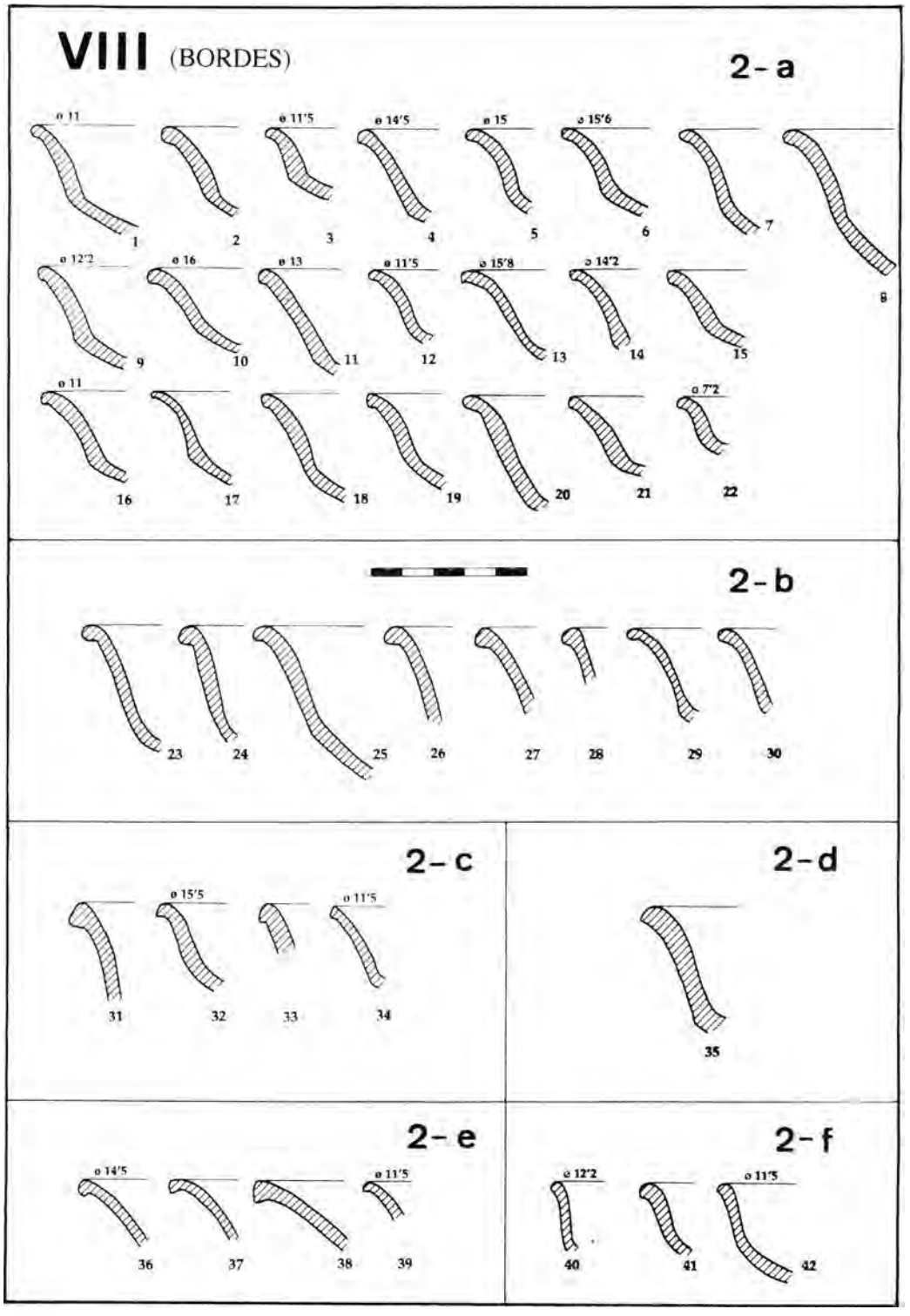


FIGURA 15.—*Tipos de bordes correspondientes a la Forma VIII. (II). Tipo 2: Borde señalado.*

— **Variante 2-e.Tendencia horizontal** ***(Fig. 15, 36-39)***

Bordes que tienden a la horizontal, correspondientes a vasos muy abiertos de paredes exvasadas.

— **Variante 2-f. Tendencia vertical.** ***(Fig. 15, 40-42)***

Caso contrario al anterior, las paredes tienden a la vertical y la forma se cierra relativamente. Este tipo de bordes se corresponde con el Tipo VIII-E.

Este tipo de vaso procede de la evolución de las formas áticas conocidas por "outturned rim bowl" (Sparkes y Talcott 1970: 128 ss.). La forma comienza a fabricarse en Atenas en el último cuarto del siglo V a.C., posible-

mente a imitación de prototipos en madera y se populariza en el siglo IV. Desde sus comienzos se produce barnizado y nunca decorado con figuras rojas y es el hecho de carecer de asas lo que le distingue de otros tipos (*Idem.* 128).

Los ejemplares más antiguos presentan un borde saliente engrosado, que se vuelve al exterior bruscamente, precedido a veces de acanaladuras, cuerpo ancho y poco profundo y pie de anillo. La evolución es pareja a la que sufren otras formas de barniz negro. El perfil de los vasos más antiguos describe una línea continua desde el pie hasta el borde (*Idem.* fig. 8, 778-785). En el siglo IV la pared tiende hacia la doble curva, cambiando de dirección hacia la mitad del vaso e inclinándose cada vez más hacia fuera la parte superior, de manera que el borde se concibe como una prolongación engrosada de la pared más que como un elemento individualizado como sucedía en los ejemplares más antiguos (*Idem.* fig. 8, 802-808; Sánchez 1992a: 235).

El pie tiende a hacerse más alto y, con frecuencia, se decora mediante una uña o acanaladura en la zona de reposo. Hacia el segundo cuarto del siglo IV, el centro del fondo exterior se abulta formando un cono. Esta misma evolución la documentamos en nuestras cerámicas y en otras producciones mediterráneas, caso de los talleres ebusitanos (Guerrero 1984: 46).

Ya en el siglo IV la forma conoció una importante exportación a Occidente, hasta el punto de ser el tipo más representado entre la carga del navío de El Sec. Se han contabilizado sesenta y tres páteras que, según su autor, responden a las formas evolucionadas, de pie alto y fino, propias del segundo cuarto del siglo IV (Cerdá 1987a: 52 y 1987b: 259 ss.). Para otros autores se trataría, por los motivos decorativos que adornan estas piezas, de formas antiguas en un conjunto tardío (Sánchez 1992a: 237 s.). A pesar que la forma aparece con relativa frecuencia entre las importaciones de barniz negro en yacimientos de Levante (Cerdá 1987b: 261 s.) y de Andalucía oriental (Sánchez 1992a: 238 s.), no fue, sin embargo, una forma imitada masivamente por los talleres locales.

Estos ejemplares áticos del siglo IV a.C., son incluidos por Lamboglia en su forma 22 (Lamboglia 1952a: 171 s.). Como señala el autor la forma continúa en el siglo III, en cerámicas propiamente campanas, evolucionando hacia las formas de paredes abiertas, que designa con los números 28 y 29, de perfiles más carenados y dimensiones, generalmente, menores que las de los vasos áticos (Principal 1998a: 77). Para Lamboglia la distinción entre ambas se halla en la forma del borde, la pátera 28 presenta borde saliente, rasgo de antigüedad y la forma 29 borde no señalado, que corresponde a los ejemplares más evolucionados propios del siglo III (1952a: 177 y ss.). En la posterior síntesis de Morel quedan incluidas en el género 2600, vasos sin asas, no profundos, con perfil en curva y contracurva (1981a: 189 ss.).

La sistematización de Lamboglia ha provocado que esta duplicidad terminológica para aludir a un mismo tipo morfológico se haya perpetuado sin mucho sentido en el transcurso de la investigación. Ponsich clasifica las páteras encontradas en Kuass bien como forma 28, bien como 29, sin que sepamos bien cuáles son los criterios que utiliza para ello, pues como él mismo especifica, se trata de variantes de los prototipos presentados en la *Classificazione preliminare*. El resultado es que se añade confusión a una distinción ya de por sí poco clara. Si a ésto unimos que los ejemplares publicados por Ponsich presentan en ambos casos el borde no señalado (1969a: fig. 5 y 6), único criterio con cierta validez, no se entiende el porqué de esta diferenciación. Los vasos del horno de Kuass presentan un perfil más exvasado que los áticos y campanos y se caracterizan por lo esbelto de su perfil y la carena bien marcada (*Idem.* 65 ss.). Ambos ejemplares quedarían incluidos dentro de nuestra variante VIII-C-1.

También es una de las formas más reproducidas entre las cerámicas de la clase Byrsa 401 que aparece en Cartago (Morel 1982a: fig. 12 y 13). En las imitaciones de Ibiza esta forma está siempre ejecutada con una mayor calidad técnica y artística (Fernández y Granados 1980: 5), tal y como también se observa entre los ejemplares gaditanos.

Sin embargo, y contrariamente a lo que vemos que ocurre en el área púnica, se trata de una forma escasamente representada en los talleres occidentales de Rosas (Principal 1998a: 76), donde también se ha advertido, al igual que en la cerámica "tipo Kuass", una falta de sistematización en la talla de los vasos (Sanmartí 1978a: 567) que, aunque los autores creen reflejo de una falta de estandarización, producto de un proceso de elaboración más artesanal (Principal 1998a: 76), bien podría responder también a la diversificación que ya presentaban, en cuanto a talla, las mismas producciones áticas (Cerdá 1987a: 259 ss.).

Al Tipo VIII-B podría corresponder la pequeña copita procedente de Kuass y que Ponsich no incluye, por su aspecto macizo, junto a las formas de mayor tamaño, más estilizadas (1969a: 67; fig. 7, 4), pero cuyo perfil parece que sigue la tónica general de la Forma VIII.

Nuestro Tipo VIII-E es el más parecido al prototipo ático, el resto, más evolucionados, siguen la tónica general de las formas campanienses.

Sparkes y Talcott piensan que esta forma, al menos en origen, fue concebida para contener alimentos sólidos, afirmación a la que llegan al comparar el borde de los primeros ejemplares con los de los platos que producen los mismos alfareros (1970: 128).

Lejos de su lugar de origen las vasijas suelen perder la función para la que fueron concebidas y utilizadas y adquieren un nuevo valor como objeto de prestigio *per se*. En el caso de las páteras su presencia en las necrópo-

lis ibéricas responde no sólo a esta máxima universal, sino que además, sus amplios diámetros y el hecho de hallarse asociadas a crateras, ha llevado a pensar que pudieron utilizarse como tapaderas de éstas (Sánchez 1992a: 238 ss.). Los cuencos de diámetro inferior a 15 cm., menos abundantes en estos contextos, se utilizarían como contenedores de ofrendas.

La evolución de la forma (paredes que se abren, bordes que adelgazan y se vuelven al exterior sin diferenciarse de la paredes, aumento de la profundidad de los vasos respecto a los diámetros de las bocas) y las dimensiones generales de la vasijas (tamaño mucho menor que las áticas, mayor profundidad relativa) nos inclinan a pensar que esta forma fue adquiriendo, con el paso del tiempo, una función distinta a la primitiva. Probablemente, por sus dimensiones y la morfología del borde, fuera concebida con una función de contenedor, que se fue perdiendo a favor de su utilización como copa para beber (Ruiz Mata 1995a: 188), ya con el característico perfil tardío.

2.2.9. Forma IX. Cuenco *(Figs. 16 a 19)*

Formas globulares, en ocasiones de tendencia hemisférica. Borde más o menos reentrante[44], que se incurva en el tercio superior de la pared suavemente, aunque a veces lo hace de forma más brusca y queda marcado al exterior por una carena. Pie anular y macizo, la mayor parte de las veces es ancho y apenas sobresale de la base, que se espesa y abulta al exterior. Las paredes son relativamente gruesas, sobre todo si las comparamos con las de otras formas de similar tamaño. Esta forma puede aparecer decorada en algunos de sus tipos, otros, sin embargo, jamás se estampillan.

La forma engloba tres tipos bien diferenciados unos de otros, que hemos reunido dentro del mismo tipo formal porque comparten la tendencia general hacia el perfil hemisférico. Cada forma presenta, sin embargo, características propias, a veces tan dispares que hemos preferido analizarlas por separado, incluidas las dimensiones.

Tipo IX-A. Cuenco globular. *(Fig. 16)*

Cuenco globular, de relativa profundidad. Borde apenas diferenciado del resto de la pared y fondo de aspecto macizo. Este tipo jamás se estampilla. El cuenco Tipo IX-A cuenta con la peculiaridad de guardar una proporción bastante constante entre sus dimensiones. El diámetro de la base coincide en gran medida con la altura y el diámetro de la boca dobla de forma aproximada esta medida. Aunque se han documentado diámetros de hasta 12'5 cm., estos se sitúan normalmente entre los 8 y los 8'5 cm., el diámetro menor del que tenemos noticia, 6'8 cm., no se dispara tampoco de manera apreciable. Las dimensiones del fondo oscilan entre los 6 cm. y los 3 cm., aunque en la mayoría de los ejemplares estudiados, ésta se sitúa entre los 4 y los 4'5 cm. (media de 4'4 cm.). El diámetro del fondo, como ya hemos señalado, suele coincidir con la altura del vaso, que también fluctúa entre los 4 y los 4'5 cm. (media: 4'3 cm., altura máxima: 5 cm. y altura mínima documentada: 3'1cm.).

Hemos distinguido cuatro variantes. En los tres primeros casos la distinción se ha hecho en función de la tendencia del borde. La cuarta variante responde a criterios morfológicos generales, ya que la forma, aunque enmarcable dentro del tipo IX-A, presenta ciertas peculiaridades formales.

— **Variante IX-A-1. Borde reentrante.** *(Fig. 16, 1-9)*

Variante que sigue con mayor fidelidad las características comunes del tipo (relación entre las dimensiones, forma del pie, tendencia de las paredes). Se trata también de la forma más representada. El rasgo fundamental que la distingue del resto de variantes es la tendencia reentrante del borde.

— **Variante IX-A-2. Borde vertical.** *(Fig. 16, 10-12)*

Similar a la anterior, la hemos diferenciado de ésta por la tendencia recta del borde, en este caso prácticamente vertical.

— **Variante IX-A-3. Perfil carenado.** *(Fig. 16, 13-15)*

La curva que describe el perfil de la pared se torna más anguloso. El borde se flexiona hacia el interior de manera brusca y queda marcado por una carena al exterior.

— **Variante IX-A-4. Perfil esbelto.** *(Fig. 16, 16-23)*

Variante que difiere ligeramente del tipo. La boca se ensancha, sin alcanzar, sin embargo, las dimensiones que presentan los cuencos del Tipo IX-B (en torno a los 9-9'5 cm.). El perfil estilizado de los pies recuerda a los de tipos más esbeltos como las copas (Forma VIII) y sus dimensiones varían, ya que los tenemos o más estrechos (3'6 y 3'8 cm. de los ejemplares 23 y 21 respectivamente) o más anchos (6 cm. del nº 20) que la media del tipo. Los pies, anulares, estrechos y relativamente altos, se adornan frecuentemente mediante acanaladuras en la zona de reposo.

Tipo IX-B. Cuenco ancho y bajo. *(Fig. 17)*

Cuencos de tendencia hemisférica, más anchos y de menor profundidad que los anteriores. El diámetro de la boca oscila entre los 14'2 y los 10'5 cm., situándose la media en 12'2 cm. La altura es más constante, entre 3'7 cm. la máxima y 3'3 cm. la mínima, con media de 3'4 cm.; los fondos también se ensanchan (entre 6'2 y 7'6 cm., estando la media situada en torno a los 6 cm. y

[44] Este es el aspecto que presenta la Forma IX en general, los elementos concretos varían de unos tipos a otros, aunque siempre dentro de los parámetros predefinidos.

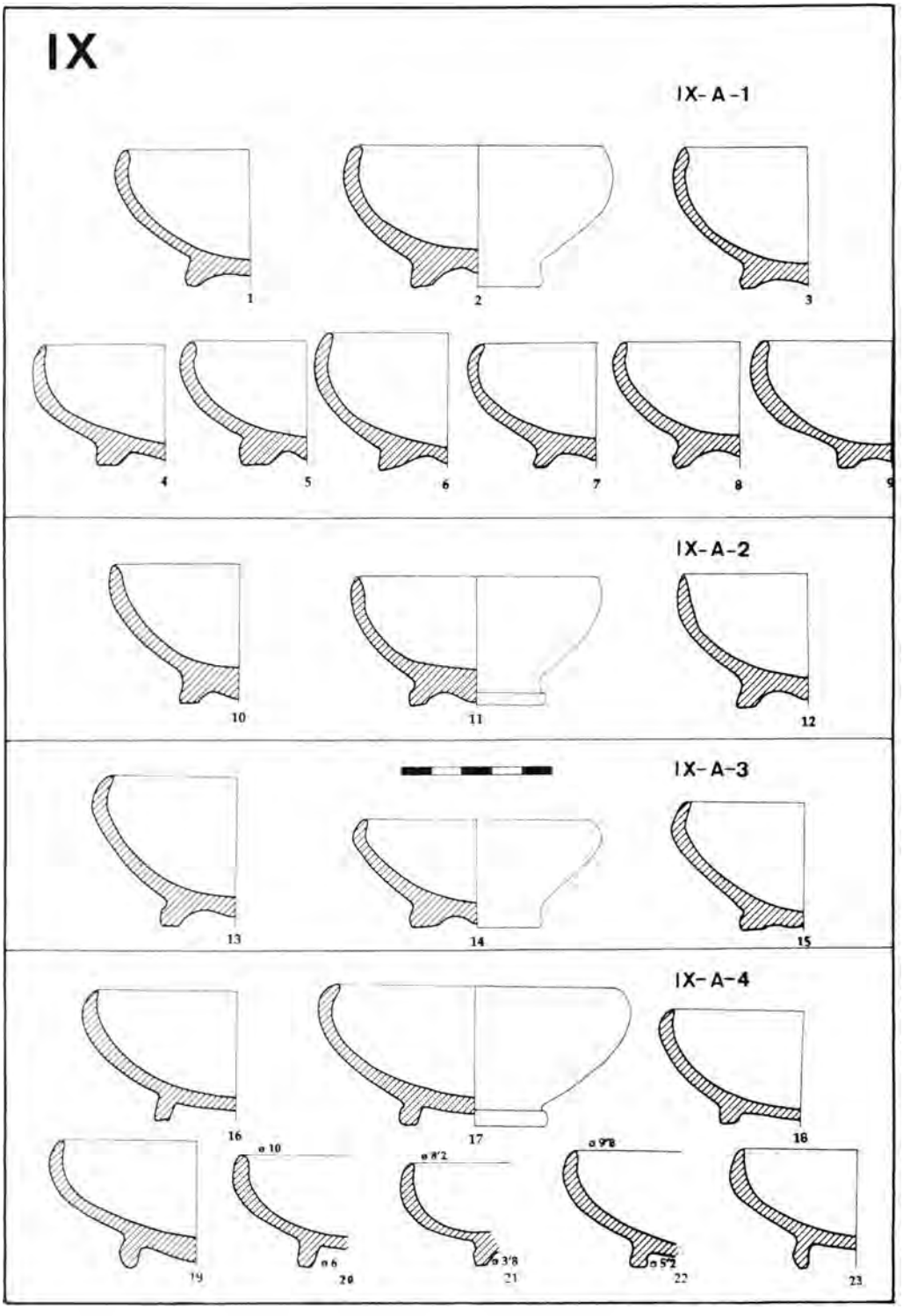


FIGURA 16.—*Tipo IX-A. Cuenco globular.*

medio). De paredes también gruesas los fondos son, no obstante, menos espesos que los del Tipo IX-A y, con frecuencia, y a diferencia de los anteriores, sí es frecuente que los hallemos estampillados.

Las variantes se estructuran en función de la tendencia del borde, único elemento que difiere de manera significativa de unos ejemplares a otros.

— **Variante IX-B-1. Borde reentrante.** ***(Fig. 17, 1-10)***
La pared se inflexiona en su tercio superior, provocando que el borde se vuelva hacia el interior.

— **Variante IX-B-2. Borde carenado.** ***(Fig. 17, 11-17)***
El borde también reentrante, no sigue la tendencia del galbo sino que se quiebra de forma brusca mediante una carena.

— **Variante IX-B-3. Borde vertical.** ***(Fig. 17, 18)***
Borde apuntado y recto, de tendencia vertical.

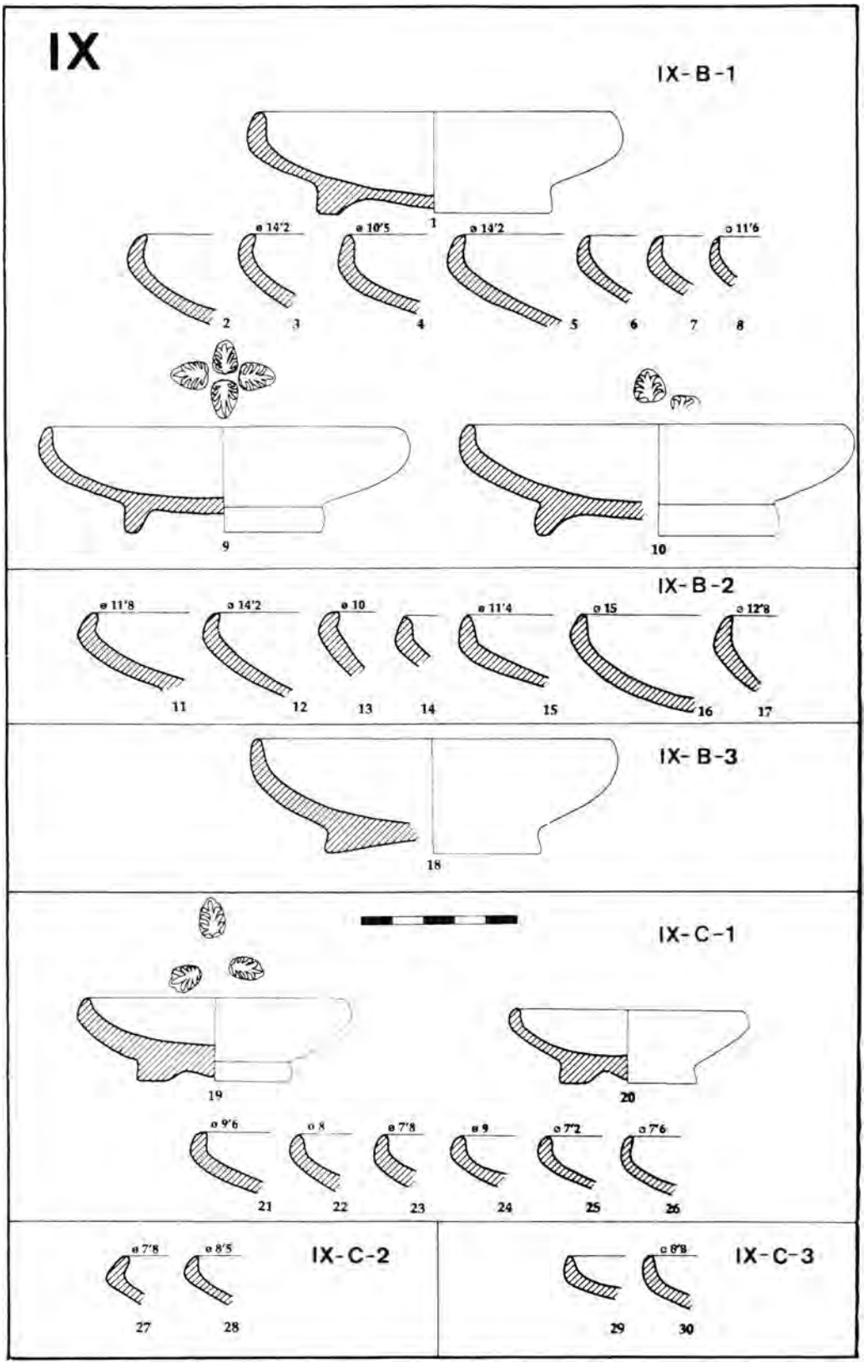


FIGURA 17.—*Tipo IX-B. Cuenco ancho y bajo. Tipo IX-C. Cuenco bajo de pequeño tamaño.*

Tipo IX-C. Cuenco bajo de pequeño tamaño. ***(Fig. 17)***

Forma de menor tamaño, híbrida de las dos anteriores. Se asemeja al Tipo IX-A en la base espesa y maciza, que siempre presenta ancho pie con plano inclinado hacia el interior donde se une con suave curva al cono que se forma por el ensanchamiento de la pared. Su poca profundidad recuerda a la del Tipo IX-B pero, en este caso, el diámetro de la boca es menor en relación a ésta. Como este último tipo, y a diferencia del IX-A, también es frecuente que se estampille.

Diferenciamos tres variantes de acuerdo a la inclinación del borde

— **Variante IX-C-1. Tendencia reentrante.** ***(Fig. 17, 19-26)***

Borde que se inflexiona hacia el interior del vaso.

— **Variante IX-C-2. Carenado.** ***(Fig. 17, 27-28)***

Borde reentrante a partir de una carena que rompe de forma brusca con el perfil del galbo.

— **Variante IX-C-3. Tendencia vertical.** ***(Fig. 17, 29-30)***

Borde de tendencia recta que tiende a la vertical.

Tipos de bordes del tipo IX-A. ***(Figs. 18-19)***

Por la tendencia que siguen las paredes de los bordes fragmentados, podemos distinguir de forma más o menos precisa si éstos pertenecen a un tipo u otro. Los bordes largos, que apenas se diferencian del resto del galbo y cuyas paredes al prolongarlas indican una mayor profundidad de la vasija, se pueden adscribir al Tipo IX-A.

Los bordes que corresponden al Tipo IX-B se distinguen porque suelen ser cortos, de diámetros amplios y si los prolongamos tienden hacia una línea más o menos horizontal.

Si presentan características similares (bordes cortos y paredes de tendencia horizontal) pero diámetros mucho menores podemos incluirlos dentro del Tipo IX-C.

Al considerar la tendencia del borde como el atributo que diferencia las distintas variantes dentro de los Tipos IX-B y IX-C, si nos encontramos con fragmentos que se puedan incluir con seguridad a uno de estos dos tipos, se puede proceder a la adscripción de éste a la variante correspondiente de inmediato.

Pero si nos hallamos ante un borde del Tipo IX-A la cosa cambia. La tipificación sólo es factible en el caso de los ejemplares completos, a partir de los cuales podemos analizar las características que definen las diferentes variantes (dimensiones y proporciones, tipos de bordes y pies, tendencia general del perfil) y proceder a la identificación de las piezas, hecho imposible si lo que tenemos es un único elemento, caso del borde. En el caso del Tipo IX-A, la gran variabilidad morfológica que presentan los bordes dificulta aún más su adscripción a un grupo determinado[45].

Para salvar esta dificultad hemos procedido, como en formas anteriores, a elaborar una clasificación que nos permita ordenar de forma funcional, en aras de la comodidad para la investigación, estos elementos de manera individualizada al resto de la forma.

Tipo 1. Tendencia reentrante. ***(Fig. 18)***

Bordes que se flexionan hacia el interior. Este es el tipo de borde más frecuente según hemos descrito la forma general. Diferenciamos cuatro variantes

— **Variante 1-a. Borde apuntado.** ***(Fig. 18, 1-35)***

El borde se apunta por el interior.

— **Variante 1-b. Borde biselado.** ***(Fig. 18, 36-39)***

Bordes apuntados por el interior, marcados mediante un bisel.

— **Variante 1-c. Borde redondeado.** ***(Fig. 18, 40-49)***

El borde es simplemente una prolongación de la pared, que se redondea en su extremo superior.

— **Variante 1-d. Carenado.** ***(Fig. 18, 50-68)***

El borde se separa de la pared de forma brusca, dando lugar a un perfil de apariencia carenada.

Tipo 2. Tendencia vertical. ***(Fig. 19)***

Aunque lo más común es que el borde se incurve hacia el interior del vaso, en ocasiones, puede presentarse recto o vertical. Se distinguen cuatro variantes dentro de este tipo.

— **Variante 2-a. Borde apuntado.** ***(Fig. 19, 1-30)***

La pared se apunta por el interior en su extremo originando el borde.

— **Variante 2-b. Borde redondeado.** ***(Fig. 19, 31-37)***

El borde, que no se diferencia del resto del galbo, termina de forma redondeada.

— **Variante 2-c. Carenado.** ***(Fig. 19, 38-52)***

El borde se forma tras una inflexión brusca de la pared, que origina una carena. En ocasiones puede ser un efecto producido por el engrosamiento del borde en su parte superior.

— **Variante 2-d. Borde recto.** ***(Fig. 19, 53)***

Variante poco frecuente. El borde no se diferencia de la pared y se alisa en su parte superior de manera que en perfil aparece horizontal.

---

[45] Esta dificultad se hace más palpable en el caso de la Variante IX-A-4, en la que la forma o tendencia del borde no es un elemento que defina la pertenencia o no al grupo. Hecho que se pone de manifiesto en la diversidad que presentan los bordes de los ejemplares que hemos considerado como tales.

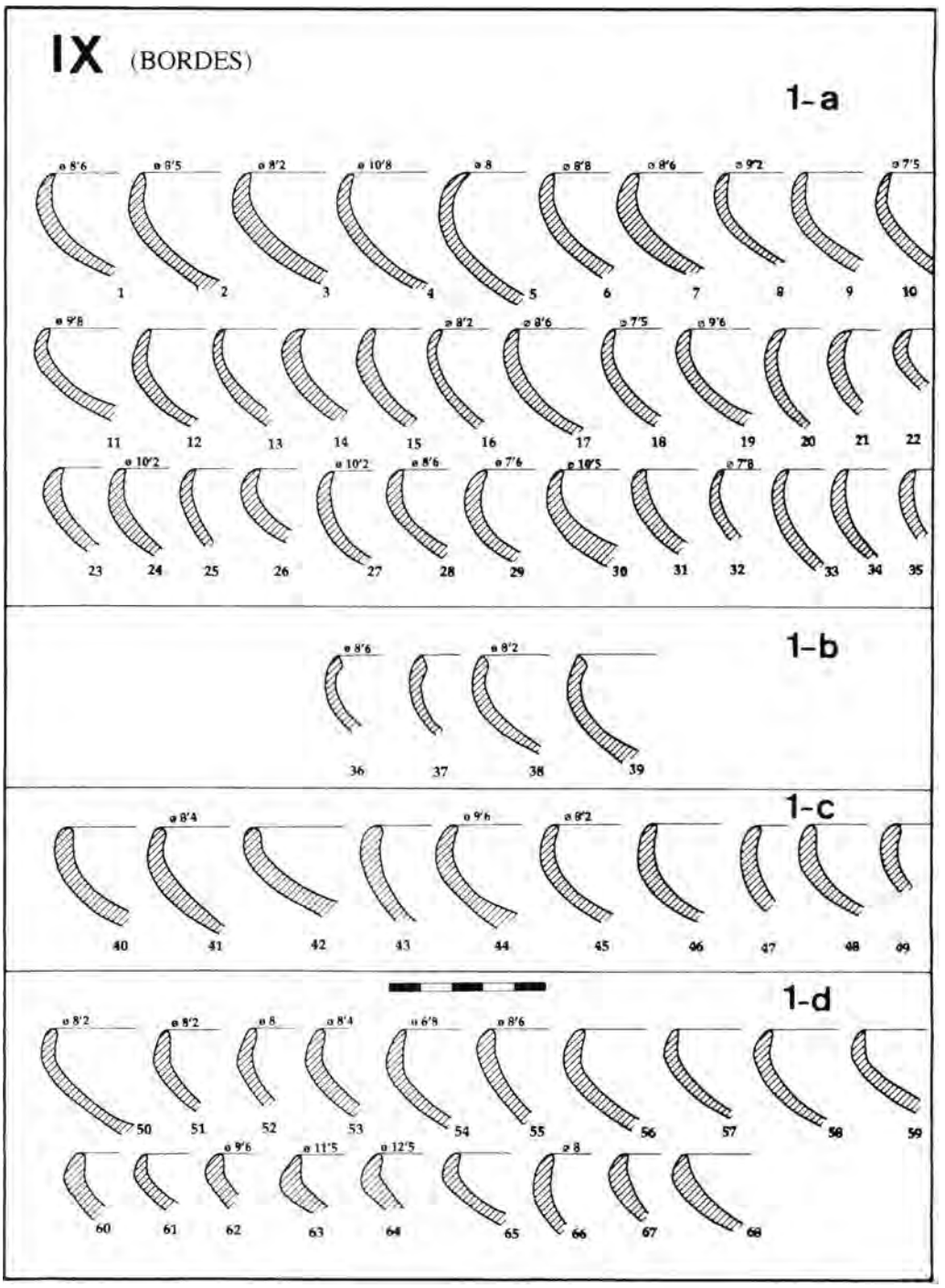


FIGURA 18.—*Tipos de bordes correspondientes al Tipo IX-A. (1). Tipo 1: Tendencia reentrante.*

Tipo 3. Tendencia exvasada

Las paredes también pueden abrirse y los bordes inclinarse hacia el exterior, aunque este tipo es poco frecuente. Se diferencian tres variantes.

— **Variante 3-a. Borde apuntado.** ***(Fig. 19, 54-60)***
Galbo que se apunta hacia el interior formando el borde.

— **Variante 3-b. Borde biselado.** ***(Fig. 19, 61)***
El borde también se apunta por el interior y se marca mediante un bisel.

— **Variante 3-c. Borde recto.** ***(Fig. 19, 62)***
Borde que se alisa por su superficie superior. Engrosado por el interior.

La mayor parte de las tipologías áticas y campanienses al uso consideran cada uno de los tres tipos que nosotros hemos incluido dentro de la Forma IX por separado y los estudian individualmente. Hemos optado por seguir esta distinción en aras de facilitar el seguimiento del origen y de la evolución de cada Tipo.

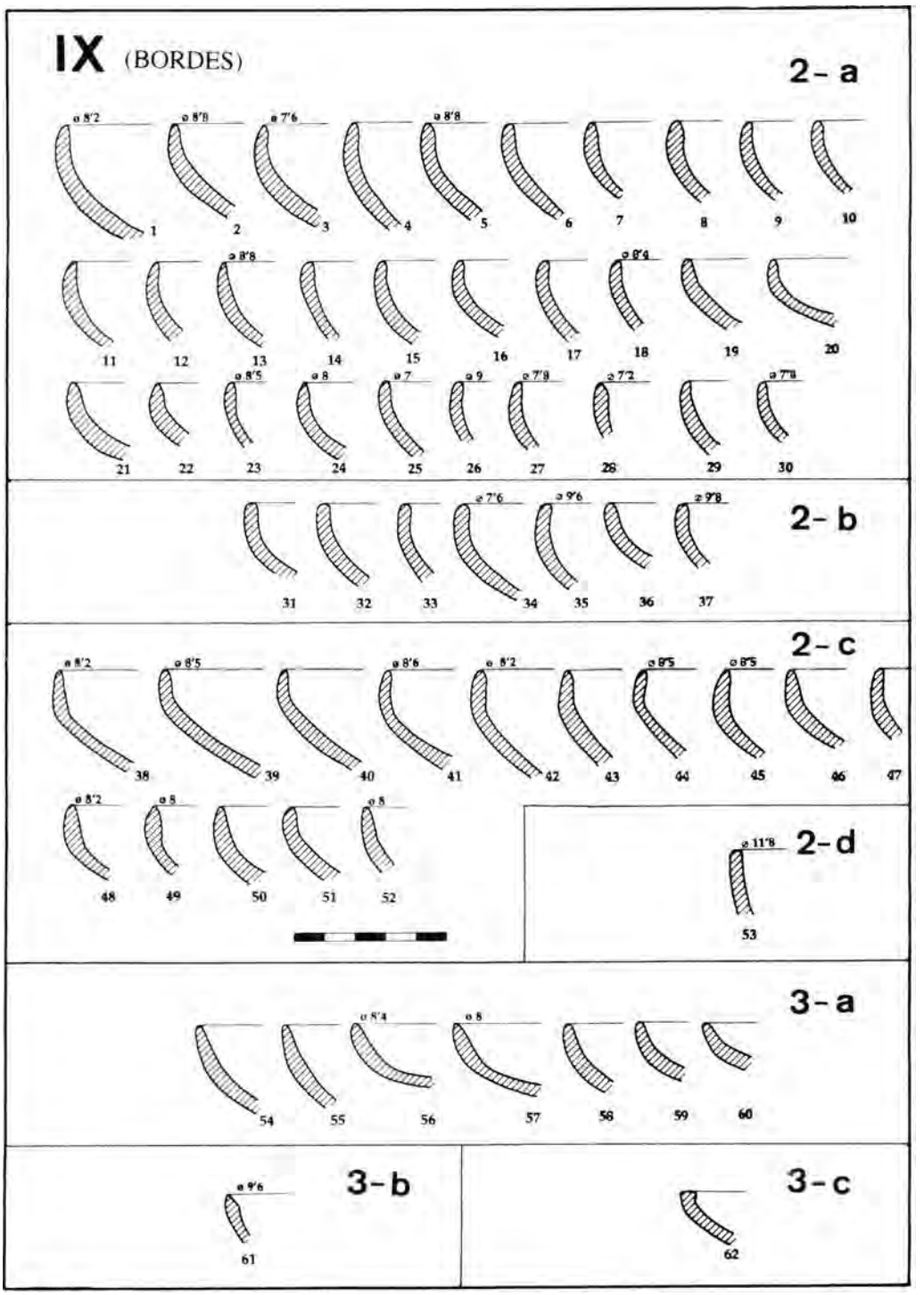


FIGURA 19.—*Tipos de bordes correspondientes al Tipo IX-A. (II). Tipo 2: Tendencia exvasada.*

El Tipo IX-B responde en gran medida a lo que Sparkes y Talcott llaman "incurving rim bowl" (1970: 131 s.) para distinguirlo del "outturned rim bowl" (*Idem.* 128 ss.).

En los siglos VI y V a.C. predominan las formas con un asa, mientras que los "bowl" o formas sin asas, no son frecuentes antes del siglo V. En el periodo helenístico la proporción se invierte y esta forma, en sus dos variantes ("incurving rim" y "outturned rim") sustituye en el mercado a los cuencos provistos de un asa. El cuenco de borde entrante, que es algo posterior al cuenco de borde saliente, aparece en el siglo IV a.C. y perdura durante todo el periodo helenístico. Los autores del Ágora piensan que se trata de una forma emparentada con los cuencos "one-handlers", de los que probablemente provengan. La evolución muestra cómo la forma se torna menos sólida y compacta y el pie se eleva y adelgaza, perdiendo las curvas gruesas. La pared también abandona las curvas llenas de los primeros tiempos y el perfil se suaviza. Frecuentemente aparecen decoradas con palmetas ligadas rodeadas por una ruedecilla.

Entre los ajuares ibéricos, donde no son tan frecuentes como los cuencos de borde vuelto (F.VIII), es probable que las copas figuradas desplazaran a este tipo barnizado (Sánchez 1992a: 242). Tampoco su presencia en el pecio de El Sec es demasiado abundante, a pesar de contar con cuarenta y seis piezas (Cerdá 1987a y 1987b: 244 ss.). En otras zonas, como el Sureste de la Península, la forma contó, sin embargo, con gran éxito y se importó de manera masiva (Sánchez 1992a: 242).

A raíz de la sistematización de Lamboglia, se conoce también por forma L-21 (1952a: 170 s.). El autor la incluye dentro de la campaniense A y la considera como la forma más típica del siglo IV a.C., haciendo hincapié en su origen ático. De los cuatro prototipos publicados en la *Classificazione preliminare*, Morel adjudica una segura procedencia ática al primero y con dudas a los dos siguientes (1980b: 112). El mismo autor, en su síntesis, incluye estas formas en la especie 2770: vasos sin asas, no profundos, anchos, de paredes flexionadas y borde reentrante (*Idem.* 1981a: 220 ss.).

La mayoría de las imitaciones de esta forma son derivaciones áticas directas, aunque con perfiles que podrían considerarse evolucionados (Cerdá 1987b: 244), localizadas sobre todo en el área geográfica púnica (Chelbi 1992: 40 s.), aunque también las encontramos en otros talleres campanienses tempranos como el de las Pequeñas Estampillas o Aleria (Cerdá 1987b: 244).

En Kuass la forma no se documenta como tal, pese a que Ponsich reúna todas las formas de cuenco bajo el epígrafe de forma L-21 y derivados (1969a: 63 ss.; fig. 4).

Los ejemplares gaditanos coinciden en gran medida con las formas analizadas, si bien presentan pies algo menos esbeltos que las formas evolucionadas de la misma época que se incluyen entre las tipologías campanienses.

Los Tipos IX-A y IX-C se corresponden respectivamente con los "saltcellar" y los "small bowl" del Ágora de Atenas (Sparkes y Talcott 1970: 132 s.). La distinción en dos tipos, muy corrientes entre la cerámica ática de barniz negro, se debe a razones meramente tipológicas, pues la forma debió tener un uso igual o similar.

El Tipo IX-A responde en concepto y forma a los "footed saltcellar" del Ágora (*Idem.* 137 s.). Se trata de un vaso de pequeño tamaño, cuerpo globular, de paredes gruesas y borde entrante y apuntado, que nunca se estampilla. Los primeros ejemplares del siglo V a.C., presentan pie de disco[46], que en el siglo IV deriva hacia el típico pie de anillo que con el tiempo se torna cada vez más delgado para, a mediados de siglo, presentar la zona de reposo acanalada. En general, la forma evoluciona de manera paralela al pie, las paredes adelgazan y el perfil gana en esbeltez. Nuestra Variante IX-A-4 es asimilable a estos últimos ejemplares áticos.

En la clasificación de Lamboglia recibe el número 24 (1952a: 173) y también queda incluida dentro de la campaniense A. Forma muy común, de derivación ática, se caracteriza por el pie vertical con uña levantada que, con el tiempo, tiende a hacerse oblicuo. Morel considera ático al primero de los ejemplares presentados por Lamboglia y le añade una letra "a" minúscula, conociéndose la forma a partir de entonces como L-24 a (1980b: 112).

Al estudiar los ejemplares de El Sec, Cerdá encuentra esta forma con el pie ancho en plano inclinado típico de los "broad base small bowl" áticos y la bautiza como forma Sec 24-C (1987a: 53 y 1987b: 308), siguiendo el esquema que propuso Lamboglia y completó Morel. La forma queda incluida posteriormente en la especie 2780 de Morel (1981a: 222 ss.): vasos sin asas, poco profundos, de borde reentrante y no muy anchos.

Esta forma hubo de conocer una amplia difusión en todo el Mediterráneo occidental, si tenemos en cuenta su frecuente aparición en yacimientos del siglo IV y principios del III a.C. Habituales en el Sureste de la Península Ibérica y Norte de Africa (*Idem.* 1994), aparecen en número significativo también en otras zonas (Cerdá 1987b: 308; Sánchez 1992a: 247). En el mundo de las imitaciones los tenemos documentados en el taller de las Pequeñas Estampillas (primera mitad del siglo III) y en cerámica gris ibicenca. La forma se corresponde también con el primero de los ejemplares que Ponsich publica en su avance sobre el horno de Kuass y que engloba dentro de la forma L-21 (1969a: 63 ss.; fig. 4).

Esta forma, tan frecuente entre la producción gaditana, apenas si se encuentra representada en otros talleres occidentales, como los de Rosas. La explicación quizás haya que buscarla en el hecho de que se trata de una forma "antigua", que apenas adoptan los talleres protocampanienses y los escasos ejemplares documentados, que reproducen fielmente las formas áticas, deban fecharse en los momentos iniciales de la producción de los diferentes talleres, en momentos finales del s. IV (Principal 1998a: 75) o en talleres que, como los gaditanos, mantienen durante gran parte del s. III, las formas arcaicas.

Las dimensiones de nuestras imitaciones varían algo de los precedentes analizados. El diámetro del pie permanece invariable, en torno a los 4 cm., pero la altura del vaso y el diámetro de la boca aumentan. Esto provoca que los ejemplares aquí documentados presenten, en general, un tamaño algo mayor.

El Tipo IX-C, se incluye también entre los "small bowl" presentados en el estudio del Ágora de Atenas. Concretamente pertenece a la variante conocida como "broad base" (Sparkes y Talcott 1970: 135).

[46] Pie que nosotros tenemos documentado en un ejemplar del tipo IX-B (*Vid.* Fig. 17, nº 18, perteneciente a la Variante IX-B-3).

La forma aparece en el siglo IV a.C. y perdura durante todo el periodo helenístico. Los ejemplares áticos documentados en la Península Ibérica, muy numerosos, se fechan entre el segundo y tercer cuarto del siglo IV a.C. (Cerdá 1987b: 312; Sánchez 1992a: 246).

Se caracteriza, al igual que el tipo anterior, por lo reducido de sus dimensiones, ya que nunca superan los 10 cm. de diámetro. Son cuencos pequeños, poco profundos, de paredes gruesas y pie ancho, con una amplia zona de reposo que ocupa la mayor parte de la base, que se ensancha formando un espeso cono central. El labio se presenta redondeado y ligeramente entrante. Esta forma se estampilla frecuentemente con una cruz de palmetas que, debido al poco espacio útil con el que se cuenta, suelen aparecer ligadas.

La nomenclatura de esta forma supone uno de los ejemplos que mejor ilustra la complicación terminológica en la que ha terminado por derivar la sistematización preliminar de Lamboglia, en el afán por ir matizando con mayor precisión las distintas formas que, originariamente, se presentan en la *Classificazione preliminare* de una manera un tanto subjetiva o, al menos, ambigua y poco clara. La forma que nos ocupa es la conocida por L-21/25-B. Para Lamboglia este pequeño cuenco compartía rasgos de las dos formas por lo que la consideró un híbrido de ambas (1952a: 174 s.). El pie del ejemplar señalado con la letra B es el que se corresponde con el tipo ático propiamente dicho. Dentro de la tipología de Morel pertenece a la especie 2710: vasos sin asas, poco profundos, de pequeñas dimensiones, con pie relativamente ancho (1981a: 207 ss.).

Las formas áticas se comercializaron por todo Occidente, siendo muy frecuente su hallazgo en yacimientos con cerámica de barniz negro del siglo IV a.C. Se conocen numerosas imitaciones de esta forma que, por lo general, suelen guardar una gran fidelidad con el original.

Entre los talleres locales que manufacturan este tipo de cuenco destaca la producción de la campaniense A "arcaica" de Ischia, fechable hacia comienzos del siglo III y caracterizada por las tres palmetas simétricas que lleva estampilladas (Blanck 1978: 102 s.; Morel 1980b: 102), esquema que adopta también el taller local de las Tres Palmetas Radiales de Rosas (Beltrán 1990: 41) y similar al que presenta nuestro Tipo IX-C (Fig. 17, nº 19). En el Norte de Africa, concretamente procedentes de Kerkouane, Morel también documenta imitaciones de origen púnico, muy fieles a los prototipos áticos, pero recubiertos de un fino barniz rojo (1969b: 504) que, quizás, pudieran ser ejemplares de la cerámica de imitación que venimos denominando como de Kuass aunque, sin embargo, no documentamos entre el material publicado del yacimiento epónimo (Ponsich 1968 y 1969a). Al igual que ocurría con el Tipo IX-A, tampoco se trata de una forma de éxito entre la producción de los talleres de Rosas. Sanmartí no la incluye entre las formas que copian estos talleres y tan sólo recientemente se ha identificado un ejemplar que se puede atribuir sin duda a éstos (Principal 1998a: 74), también con una cronología bastante alta (fines del s. IV o comienzos del III a.C.).

Parece ser que la forma conoció diferentes y variados usos a lo largo de su existencia. Por testimonios literarios sabemos que sirvió como vaso para bebidas calientes que se consumían en pequeñas cantidades y que también se utilizaron como blanco en el juego del *Kottabos*, como contenedores de sal y otros condimentos, botes de pinturas y llamadores de puertas (Sparkes y Talcott 1970: 132).

En el conjunto analizado, la Forma IX es tan numerosa que, con seguridad, se hubo de emplear para los más variados usos. Quizás pudiéramos aventurarnos a suponer que los cuencos poco profundos no contendrían, por su forma misma, líquidos y que los más hondos sí pudieron usarse como vasos para beber, sin excluir que ambos tipos se utilizaran para contener sólidos, bien de uso cotidiano (sal, especias, etc.) o suntuario (ofrendas rituales)[47], ni tampoco otros posibles usos.

2.2.10. Forma X. Bol *(Fig. 20)*

Forma hemisférica, de mayor tamaño que las anteriores, de las que también difiere por la tendencia que sigue la pared del vaso, reentrante en aquellas y mucho más hemisférica, casi un semicírculo, aquí. El perfil se acerca al de las típicas escudillas o cuencos turdetanos, tan frecuentes en esta época (Ruiz Mata 1987a: 306). Se diferencian de éstos por la tendencia del borde, más reentrante y, fundamentalmente, por el pie de anillo, menos indicado que el de otras formas, pero aún así de clara filiación ática frente a los pies apenas señalados que presentan los ejemplares de cerámica común.

El diámetro de la boca oscila entre los 11'6 cm. del ejemplar de menor tamaño y los 17'2 del mayor. La media se sitúa en 13'8 cm., los mismos que presenta el único ejemplar que tenemos completo. La base de éste mide 5'2 cm. y la altura es de 5'4 cm.

No sabemos la frecuencia con la que la forma se estampilla, pero al encontrarse decorado el ejemplar con fondo, al menos podemos afirmar que la Forma X es susceptible a presentar decoración impresa. Parece que en el yacimiento de Kuass los tipos cercanos a nuestra Forma X (Ponsich 1969a: 65, fig. 44, 3) no se estampillan.

[47] Su aparición en contextos funerarios, como las necrópolis de Cádiz y Mesas de Asta, nos permiten argumentar esta hipótesis.

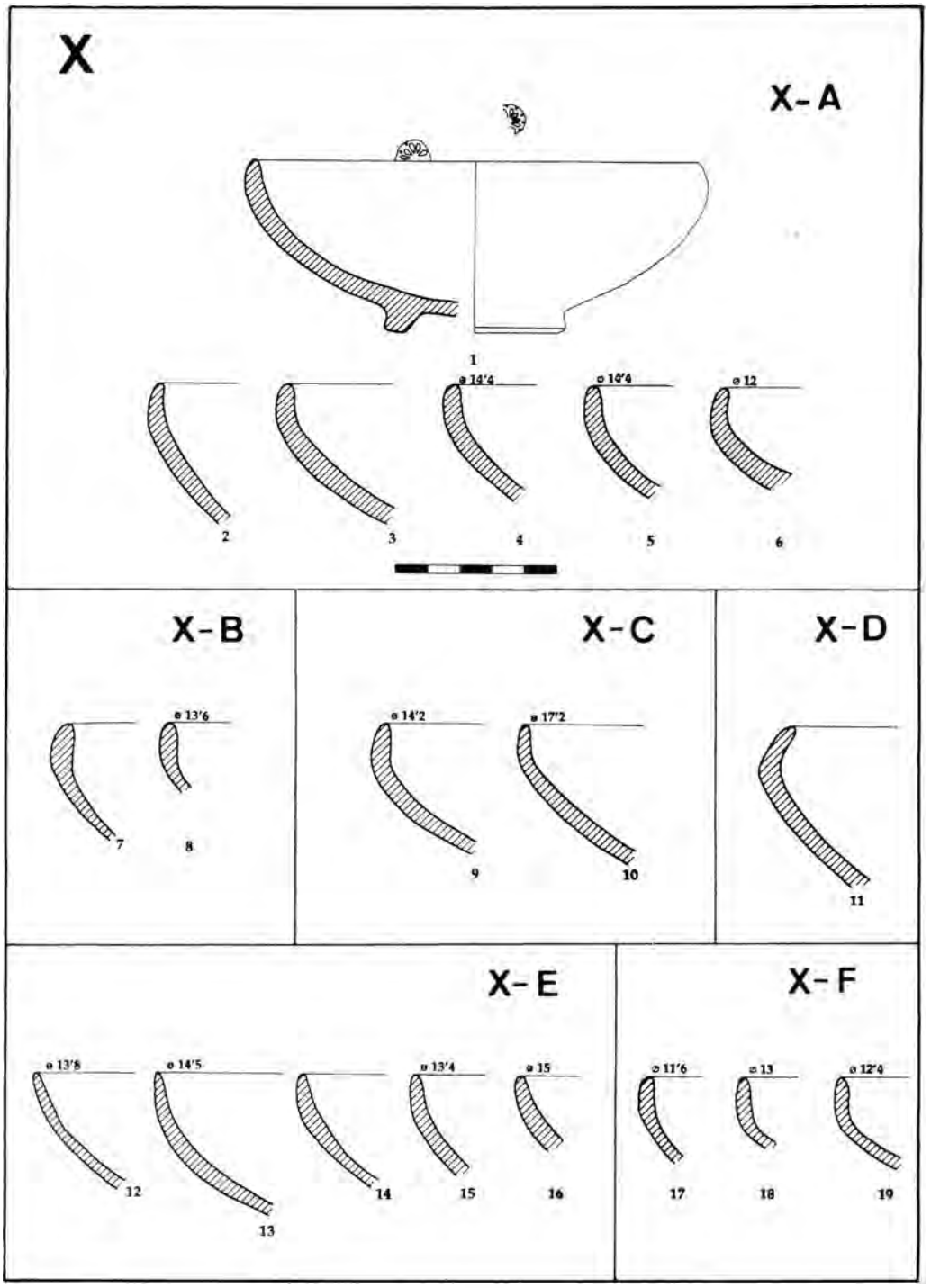


FIGURA 20.—*Forma X. Bol.*

Diferenciamos seis tipos dentro de la Forma X en función del borde y del tamaño, únicos elementos con los que podemos contar al carecer de formas completas.

Tipo X-A. Borde reentrante. ***(Fig. 20, 1-6)***

El tipo más frecuente presenta el borde ligeramente apuntado o redondeado, siempre de tendencia reentrante.

Tipo X-B. Borde engrosado. ***(Fig. 20, 7-8)***

Borde que se engrosa por el interior, apuntado o ligeramente reentrante.

Tipo X-C. Borde apuntado. ***(Fig. 20, 9-10)***

Borde apuntado, de tendencia vertical.

Tipo X-D. Reentrante y carenado. ***(Fig. 20, 11)***

Borde que se inclina hacia el interior a partir de una carena en el tercio superior de la pared.

Tipo X-E. Tendencia exvasada. ***(Fig. 20, 12-16)***

Las paredes se inclinan hacia fuera, el borde se exvasa y la forma adquiere un aspecto, en general, más abierto.

Tipo X-F. Tamaño menor. ***(Fig. 20, 17-19)***

Similares al Tipo X-A en cuanto a características formales pero de tamaño algo más reducido.

Forma típicamente campaniense a diferencia de la mayoría de las que hemos visto hasta ahora, que derivan de la evolución de las formas áticas de barniz negro, sin apenas variaciones notables respecto de los prototipos.

El origen primero de la Forma X, se puede buscar entre los "incurving rim bowl" del Ágora de Atenas (Sparkes y Talcott 1970: 131 s.). Los rasgos generales, la tendencia de la pared y del borde coinciden, aunque no concuerdan ni las dimensiones ni la proporción entre las distintas medidas; ya que, en general, se trata de formas más anchas que éstas y de menor profundidad.

La forma aparece en el siglo IV a.C. y se consagra definitivamente en el III, siglo, junto al posterior, en el que alcanza una gran difusión (Lamboglia 1952a: 177).

Lamboglia recoge en su tipología tres ejemplares que engloba dentro de la forma 27 (*Idem.* 176 s.). El primero de ellos, de borde reentrante, cabe en nuestro Tipo X-D[48], el segundo se asemeja al X-A y el último podemos asimilarlo con nuestro Tipo X-E por la tendencia exvasada de las paredes. Ésta es, probablemente, la secuencia que siga la evolución de la forma, con un progresivo alargamiento del borde y tendencia a la carenación.

La L-27 constituye la forma predominante en el taller de las Pequeñas Estampillas, que comienza su producción en el siglo III a.C. (Morel 1969a: 60). Ante lo original de la forma, que no responde ni a la tradición griega ni a la etrusca, recientemente se ha planteado la posibilidad de que pudiera tratarse de la modificación de un modelo griego —los "incurving rim bowls"— para adecuarlo a los gustos o necesidades de la tradición etrusco-lacial (Principal 1998a: 44).

Ésta es también la forma más imitada en los talleres hispánicos situados en la costa catalana y en vigor entre los siglos III y I a.C.: taller de las Tres Palmetas Radiales de Rosas, taller de *Nikia-Iôn* y taller de las Rosetas Nominales (Beltrán 1990: 41).

Guerrero considera que en la evolución de esta forma hubo de tener gran peso la influencia de la forma 26, que hace su aparición en el Mediterráneo Occidental antes de la difusión de los productos de Ischia (1980: 174; lám. III), aunque en ningún momento se interrumpe la curvatura del perfil.

Del yacimiento de Gotmar (Pollensa, Mallorca) procede un ejemplar completo, de origen itálico (Cerdá1987b: 232; fig. 9-c), de características similares a nuestra forma completa, por sus dimensiones (15 cm. de diámetro de boca, 5 cm. diámetro del pie y 5 cm. de altura), el perfil general de la forma y la decoración (cuatro rosetas dispuestas en cruz de forma irregular).

Probablemente a esta forma correspondan dos de los cuencos que Ponsich incluye dentro de la forma L-21 (1969a: fig. 4, 2-3) y que poco tienen que ver ni con el primero de ellos (*Idem.* fig. 4, 1), que responde a nuestro Tipo IX-A y del que difiere notablemente en cuanto a dimensiones y perfil, ni con los prototipos campanienses (Lamboglia 1952a: 171).

2.2.11. Forma XI. Salero *(Fig. 21)*

Formas abiertas, de pequeño tamaño, que se caracterizan por poseer un borde destacado, de sección triangular. Se pueden presentar estampilladas o bien carentes de decoración. Las dimensiones son relativamente constantes, el diámetro del borde oscila entre 6 y 7 cm. (6'4 cm. de media), los pies de los dos ejemplares completos miden lo mismo, 4 cm. y las alturas son también muy parecidas (2'9 y 2'8 cm.). La forma se divide en dos tipos atendiendo al perfil del borde.

Tipo XI-A

El primero de los tipos se define por el borde, claramente diferenciado, que quiebra al exterior el perfil continuo que seguía la pared. En la zona superior externa, el borde queda surcado por una incisión bien marcada, profunda y estrecha.

— Variante XI-A-1. ***(Fig. 21, 1)***

Borde que rompe con el perfil del galbo aunque no excesivamente prominente. Contamos con un ejemplar completo que nos permite considerar todos los elementos de la forma. El pie es anular, alto y esbelto, con acanaladura en la zona de reposo y

[48] Aunque por la marcada inflexión del borde se podría incluir dentro de la forma L-26, por la tendencia de las paredes, creemos que sería más correcto incluirlo dentro de la L-27, formas más profundas.

fondo engrosado al exterior, formando una especie de cono rematado con un botón. La forma documentada se presenta decorada por cuatro palmetas dispuestas en cruz.

— Variante XI-A-2. ***(Fig. 21, 2)***

Para definir esta variante contamos con un ejemplar incompleto, pero a pesar de faltar el fondo, el borde nos permite incluirlo dentro de este tipo. Lo hemos considerado como una variante diferente a la anterior porque el borde se alarga y separa más del resto de la pared, formando un reborde más señalado que en el caso anterior.

Tipo XI-B. ***(Fig. 21, 3)***

En este tipo el borde no llega a quebrar el perfil de la pared, pero sí se engrosa de forma significativa en sección triangular. Para la tipificación hemos contado también con un ejemplar completo. El pie es anular, aunque sencillo y bajo. La forma no se presenta decorada mediante la impresión de estampillas.

Bajo la Forma XI hemos englobado una serie de ejemplares, poco frecuentes, que presentan un conjunto de características comunes. En primer lugar hemos tenido en cuenta su pequeño tamaño y, en segundo, el perfil del borde. No son muchos datos para intentar hacer, como en casos anteriores, una historia de la forma.

El prototipo más antiguo lo encontramos entre las variantes de los "saltcellars" que presentan Sparkes y Talcott (1970: 138; fig. 9, 956). Para los autores podría ser una variante de los saleritos de paredes cóncavas, pero el paralelo no queda claro. Nuestro Tipo XI-B parece responder, en líneas generales, a esta forma, de idéntico diámetro de boca y base (6 cm. y 4 cm. respectivamente en ambos casos), diferenciándose únicamente en la mayor profundidad del ejemplar ático (3'5 cm. frente a los 2'8 del nuestro).

En cierta medida pueden estar emparentados con la forma 35-A de Lamboglia (1952a: 182), sobre todo en lo referente a la forma general del cuerpo de la vasija y a las dimensiones totales de ésta, ya que el borde de nuestro cuenco no se diferencia del resto del galbo, a diferencia del que publica Lamboglia, largo y curvo, que forma un reborde alrededor de la boca del vaso y que guarda más semejanza con el Tipo XI-A.

En lo que respecta a la forma general del vaso, encontramos también cierto parecido con la serie 1571 de Morel (1981a: 124; fig. 24), cuyo origen se sitúa en Italia del Sur, Sicilia y Cerdeña (Tronchetti 1991: 1273; fig. 2, 6).

La forma XI-A parece responder a prototipos más evolucionados y los paralelos más cercanos hay que buscarlos entre la cerámica campaniense más que entre la ática, aunque el origen del borde pueda encontrarse en los ejemplares más antiguos de los "outturned rim bowl" (Sparkes y Talcott 1970; fig. 8, 777), de sección triangular y curvados hacia el interior. Responde a la especie 2520 de Morel, son vasos sin asas, poco profundos, en los cuales la pared se rompe para formar el borde, que consiste en una especie de burlete externo en forma de collarín (1981a:174 ss.). Se trata de producciones de la segunda mitad del siglo III a.C., de origen itálico en la mayoría de las ocasiones. Con posterioridad a este trabajo, Pérez Ballester publica varios ejemplares procedentes del taller de Pequeñas Estampillas, que responden a la especie de Morel (1987a: fig. 2; 195 y 1467). Se trata de formas originales del Lacio y del área más cercana a Roma (*Idem.* 50), aunque también se han relacionado con las producciones etruscas de fines del III e inicios del II que se concentran en la zona marítima de Etruria (Principal 1998a: 49). En las necrópolis de Cartago es una forma muy representada, procediendo la mayoría de los ejemplares de la Sicilia púnica, aunque no se descartan otros centros de producción de la Península Itálica e incluso de talleres locales (Chelbi 1992: 37).

2.2.12. FORMA XII. VASO PROFUNDO *(FIG. 21, 4)*

Forma cerrada de perfil en doble curva convexa-cóncava. La primera forma una especie de cuello acampanado, que algo más abajo de la mitad del vaso cambia bruscamente de sentido y constituye el cuerpo de la vasija, de aspecto globular. Conservamos el arranque de un asa lateral, de anillo, aplanada y pegada bajo el cuello y sobre el hombro.

Al carecer de fondo, sólo conocemos con absoluta seguridad las dimensiones de la boca (8 cm. de diámetro), sin embargo, la tendencia del galbo a cerrarse indica el inminente comienzo del pie. El diámetro de la base estaría situado en torno a 4 cm. y la altura entre los 6 y los 7 cm. aproximadamente.

El escaso grosor de las paredes nos dan idea de lo delicado de la forma, de pasta muy depurada, bien cocida y compacta y fino barniz glaseado en tonos ocres-amarillentos.

La forma deriva de prototipos helenísticos, concretamente se vincula a la variante "Pheidias shape" de los cubiletes o "mug" de la clasificación de Sparkes y Talcott (1970: 70 ss.). Esta forma gozó de gran popularidad en Atenas en la segunda mitad del siglo V a.C., aunque su origen parece estar en Laconia, pues en Ática no hay antecedentes claros.

La forma toma el nombre de la inscripción que presenta un ejemplar aparecido en las excavaciones de Olimpia. Se identifica por el cuerpo globular, el cuello acampanado y el asa que va desde el borde hasta el comienzo del

cuerpo, pie anular y moldura cóncava en el fondo exterior. En ocasiones, el cuello queda separado mediante un ribete del cuerpo, que puede estar gallonado. Este tipo de vaso lo encontramos también en metal e incluso plata. Según opinión de Shefton, estos vasos imitarían modelos metálicos del imperio aqueménida, popularizándose en Grecia a partir del s. IV (1971: 109 s.; fig. 8A).

Estas primeras formas áticas (Sparkes y Talcott 1970: fig. 3, 201-222) evolucionan hacia formas campanienses en un esquema parecido al que siguen otras formas. Los fondos se estrechan frente a las bases anchas típicas de las formas áticas. La proporción entre el diámetro de la boca y la altura permanecen prácticamente invariables aunque, en conjunto, la forma tiende a hacerse más estrecha. El cuello, relativamente corto en origen (la cuarta parte de la altura total de la vasija por término medio), se alarga hasta constituir prácticamente la mitad del vaso. Para Morel se trata de producciones tardías, nunca anteriores a la Primera Guerra Púnica y de marcado "aire etrusquizante" (Morel 1981a: 349 s.). El ejemplar 5311 b-1, perteneciente al Tipo D de Volterra y fechado en el siglo III, es el que más similitudes presenta con nuestra forma.

En Kuass Ponsich publica un vaso acampanado que califica de "petite cruche de type campanienne A" (1969a: fig. 10) y que, no obstante, considera como producto local, localizado entre la producción del horno III, del siglo III.

También hallamos vasos de este tipo entre las imitaciones ibéricas del sureste peninsular, con cronologías de fines del s. IV y s. III a. C. (Page 1984: 142 ss.)

Tradicionalmente se ha relacionado con el consumo de líquidos, pero también tuvo otras funciones (Sparkes y Talcott 1970: 70). Además de vaso para beber la forma se utilizó como cucharón y recipiente para medir y probar. Por las representaciones iconográficas y las fuentes literarias sabemos de su uso generalizado como vaso de viaje y en el ejército. Para otros autores pudieron tener una función decorativa o usarse como pequeñas cajitas para guardar productos de lujo (Cuadrado 1972a:149).

2.2.13. Forma XIII. Lécane (*Fig. 21, 5*)

Presentamos como Forma XIII a un único ejemplar aislado e incompleto de vaso relativamente profundo. El cuello, recto y de tendencia entrante, se quiebra bruscamente hacia el exterior formando el borde. Éste presenta una concavidad al interior que, presumiblemente, sirva de apoyo para una tapadera.

En principio, la forma parece responder a modelos helenísticos (Sparkes y Talcott 1970: 227 s.; fig. 18, 1962-1970) y púnicos (Guerrero 1995) de ollas y recipientes de cocina que presentan este peculiar borde pero, por su pequeño tamaño (6 cm. de diámetro de la boca) y lo cuidado de su ejecución (paredes muy delgadas, barniz espeso, de buena calidad, que conserva las brillantes tonalidades rojas originales), descartamos por completo la utilización de este ejemplar para actividades relacionadas con la cocina.

Por el contrario apostamos por un uso de tipo suntuario y su posible utilización con funciones similares a la de las píxides (Sparkes y Talcott 1970: 173 s.), como recipientes para contener cosméticos, substancias aromáticas, perfumes o cualquier otro producto de lujo susceptible de ser atesorado en pequeñas cantidades (Richter y Milne 1935: 20). Aunque no responda exactamente al perfil clásico de las lécanes, creemos que es la forma —morfológica y funcionalmente— a la que más se acerca (Sparkes y Talcott 1970: 164; fig. 11, 1258).

La lécane es en el mundo griego un vaso fundamentalmente femenino y su presencia es propia de las áreas fuertemente helenizadas (Sánchez 1992a: 267).

2.2.14. Forma XIV. ¿Soporte? (*Fig. 21, 6*)

Entre los materiales objeto de este estudio hemos hallado una pieza curiosa por las implicaciones culturales que conlleva su presencia en este contexto. Se trata de la mitad inferior de lo que, en principio, pudiera considerarse como un soporte. Lo reducido de sus dimensiones (8'5 cm. de diámetro) no nos llama en exceso la atención si tenemos en cuenta que la vajilla "tipo Kuass" es, en general, de pequeño tamaño. La zona interna no está barnizada.

Los soportes son formas compuestas de dos troncos de cono que se unen por la parte más estrecha. Frecuentes en yacimientos del Bajo Guadalquivir en momentos del Bronce Final (Ruiz Mata 1995b: 269 s.), perduran en época ya colonial adaptándose a los nuevos gustos y técnicas (Martín Ruiz 1995: 117 s.). Los soportes del siglo VII a.C. se fabrican a torno y se nos presentan con las más variadas decoraciones: engobe rojo, en pasta gris e incluso en bronce como los hallados en La Joya (Ruiz Mata 1995b: 276 s.).

Nuestro ejemplar no deja de constituir una excepción en este contexto del siglo III a.C. En todo caso se trata de una pieza arcaizante, que demuestra la continuidad cultural entre dos épocas, puesta en duda en más de una ocasión (Aubet 1986).

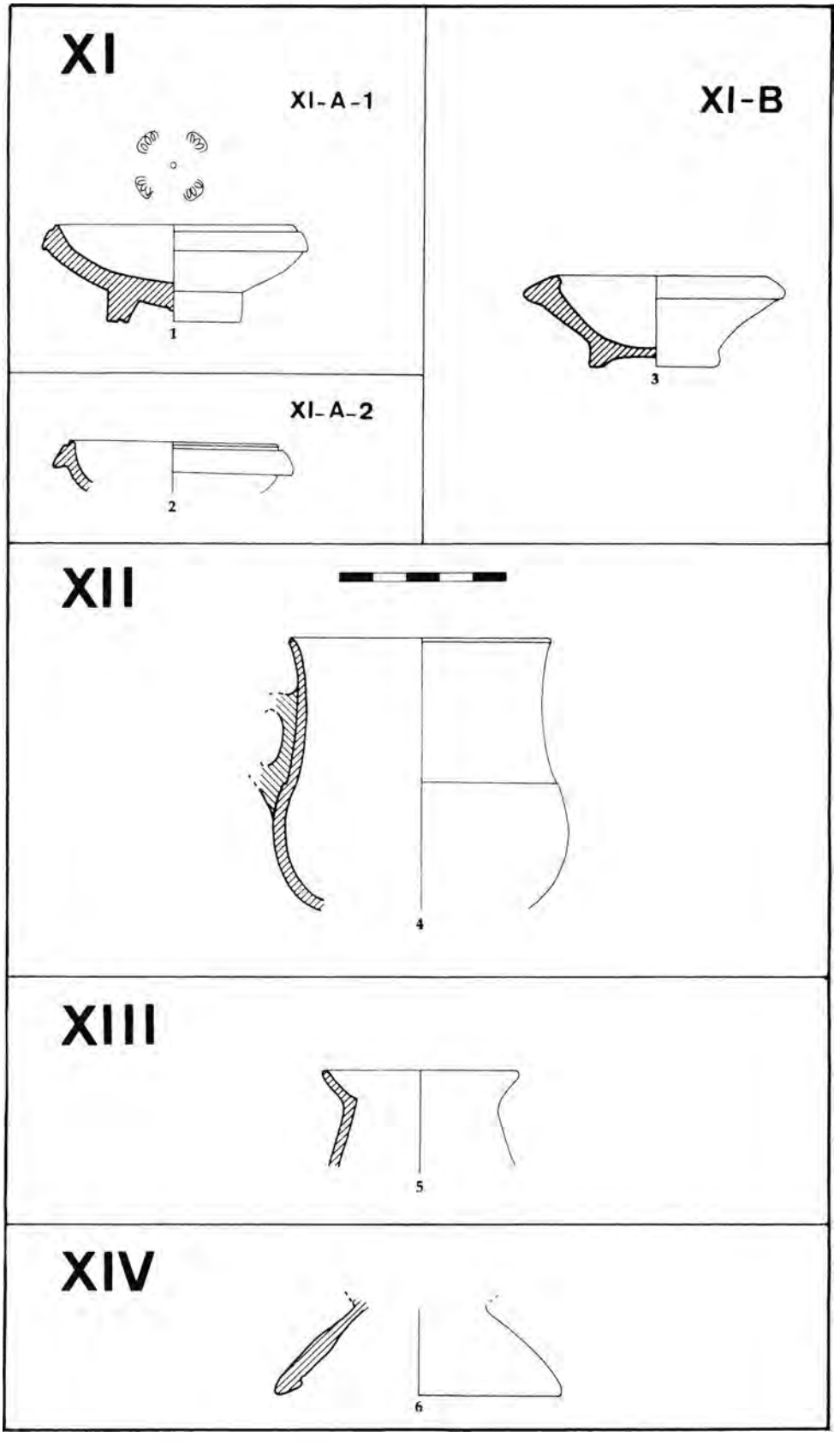


FIGURA 21.—*Forma XI. Salero. Forma XII. Vaso profundo. Forma XIII. Lécane. Forma XIV. ¿Soporte?*

Si tipológicamente esta pieza puede responder a formas de soporte, funcionalmente nos plantea ciertas dudas. Los soportes carecen de sentido entre una vajilla caracterizada, precisamente, por contar con pies desarrollados, que ofrecen a los vasos una estabilidad suficiente. No obstante, este no es argumento suficiente para desechar esta explicación, de la misma manera que tampoco podemos ignorar otras posibles interpretaciones (pie muy desarrollado, algún tipo de recipiente ritual, quemaperfumes, tapadera, etc.).

2.2.15. FORMA XV. FORMAS CERRADAS *(FIGS. 22 Y 23)*

Bajo este epígrafe hemos englobado un conjunto de formas cuyos perfiles difieren bastante entre sí pero que tienen en común una serie de características morfológicas y, sobre todo, funcionales que nos invitan a considerarlas conjuntamente.

Son formas cerradas[49] y profundas, de pequeño tamaño en general, con cuerpo globular, cuello troncocónico y alargado, que se ensancha en su extremo para formar una boca relativamente amplia. Éstas son muy diversas desde un punto de vista tipológico, pero responden a una misma concepción práctica, su utilización para el vertido de líquidos. Para esta misma función suelen ir provistos de asas.

Hemos distinguido los tipos en función, sobre todo, de las diferentes formas de las bocas, ya que se trata del elemento más característico y, por tanto, mejor identificable[50].

Tipo XV-A. Lécitos

En este grupo hemos incluido el ejemplar más completo (únicamente le falta parte de la boca y del asa) que aparece entre el conjunto de nuestros materiales.

Se trata de una pequeña botellita de altura algo superior a los 11 cm. El cuerpo, de aspecto piriforme, alcanza un diámetro máximo de 7 cm., frente a los 4 cm. de la base, formada por un pie anular y bajo; y los 5 cm. del hombro a la altura del collarín que separa el cuerpo del cuello, largo y estrecho (1'9 cm. de diámetro mínimo). En su extremo superior las paredes del cuello se abren dando lugar a una especie de cazoleta que constituye la boca del recipiente, con un diámetro cercano a los 3 cm. Conservamos el arranque inferior del asa, vertical y de sección circular, que se apoya sobre el hombro de la botella. El otro extremo debió nacer del mismo reborde de la vasija, puesto que en el fragmento conservado no queda traza alguna que permitan identificar el origen del asa que, probablemente y por lo anteriormente expuesto, se sobreelevara sobre la altura máxima de la forma.

La factura es cuidada, la pasta muy depurada y el cuerpo presenta una decoración pseudogallonada. Sin embargo, el barniz aparece perdido en la mayor parte de la superficie y, donde se conserva, adopta tonos ocres y negros. La pasta también se nos presenta oscura y quemada.

Proponemos dos variantes dentro del primer tipo, basándonos en la diferencia más acusada con la que hemos podido contar, dado lo reducido del otro fragmento documentado.

— **Variante XV-A-1. Con collarín.** *(Fig. 22, 1)*

A esta variante correspondería el ejemplar anteriormente descrito. El atributo definidor sería la existencia de una especie de fino collarín a la altura del hombro, que separa el cuello de la panza y que no se documenta en el otro ejemplar.

— **Variante XV-A-2. Con acanaladura.** *(Fig. 22, 2)*

El fragmento en sí presenta un gran parecido con el ejemplar anterior, por lo que podría corresponder a una vasija similar. No obstante, sólo contamos con el cuello (1'5 cm. de diámetro en su parte más estrecha), hombro (diámetro máximo de 5 cm. al comienzo del cuerpo) y arranque inferior del asa. Con estos únicos elementos no podemos asegurar que no se corresponda con otro tipo. Lo hemos considerado otra variante porque en lugar de collarín como el ejemplar anterior, en este caso, el hombro queda surcado por una acanaladura bien marcada.

Tipo XV-B. Ungüentario trilobulado. *(Fig. 22, 3)*

Contamos con dos pequeñas bocas trilobuladas (3'2 cm. de longitud de boca en ambos casos y 0'7 cm. y 2'1 cm. respectivamente de diámetro mínimo del cuello) que pertenecen también a estas formas cuya función principal es la de verter algún tipo de substancia líquida y selecta, en pequeñas cantidades.

No sabemos cómo sería el cuerpo de estas pequeñas botellas, quizás se correspondiera con tipos parecidos a los anteriores. En todo caso no debían diferir mucho, dado el uso similar para el que fueron fabricados.

Tipo XV-C. Ungüentario de boca de seta. *(Fig. 22, 4)*

En este caso nos ocurre lo mismo que en el anterior, ya que sólo tenemos un ejemplar fragmentado, por lo que la clasificación ha tenido que hacerse contando únicamente con la forma y dimensiones de boca y cuello e ignorando el aspecto y medidas del resto del cuerpo.

Este tercer tipo de la Forma XV se caracteriza por presentar amplia boca en forma de arandela, originada por la repentina, aunque no brusca, incurvación de las paredes hacia el exterior.

---

[49] Por formas cerradas entendemos *"aquellas que presentan, por encima del diámetro máximo del cuerpo, un diámetro inferior a este último, sin que necesariamente coincida con el diámetro de obertura"* (Principal 1998a: 10).

[50] También contamos con una serie de fondos que pertenecen con casi total seguridad a botellitas, pues sus interiores no se encuentran barnizados y las inclinaciones de las paredes nos muestran una tendencia general a cerrarse y que estudiamos separadamente al final del capítulo.

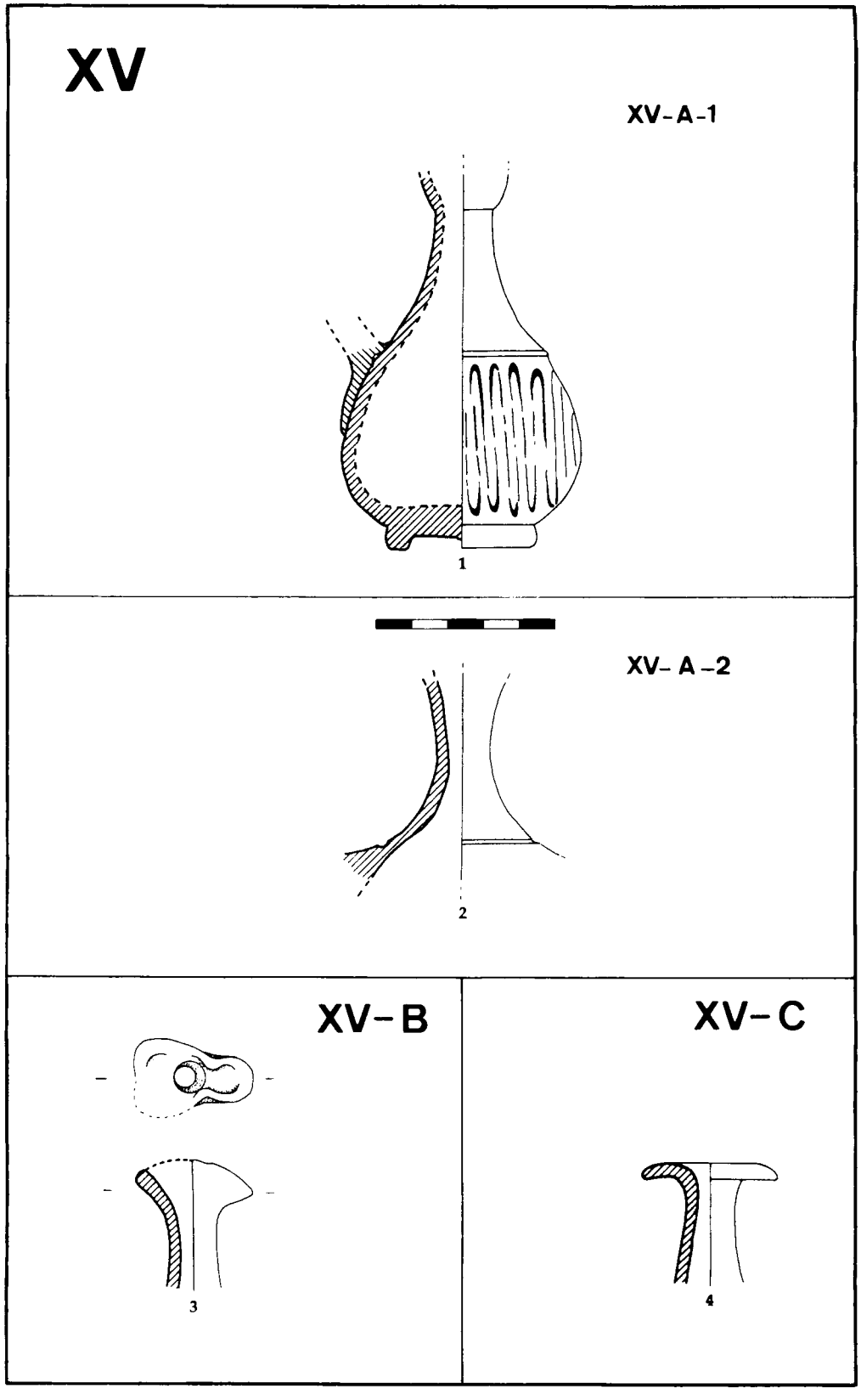


FIGURA 22.—*Forma XV. Formas cerradas.*

Tipo XV-D. Enócoe. ***(Fig. 23)***

Procedente de las excavaciones de la necrópolis gaditana, hallado en un pozo ritual funerario, es este ejemplar de jarro de mayores dimensiones (20 cm. de altura) que los hasta ahora contemplados y que, por sus características formales, creemos debe formar un grupo aparte[51]. El cuerpo, ovoide, se inflexiona en la espalda para dar paso a un cuello troncocónico, estrecho y largo, que termina en una boca trilobulada. Pie bajo, aunque señalado y asa de cinta, moldurada y sobreelevada. En su extremo inferior se decora mediante un aplique que representa un rostro humano, masculino y barbado. El cuerpo se separa de la espalda mediante dos estrechas acanaladuras y presenta decoración de pseudogallones incisos.

Desde la aparición de las primeras cerámicas a torno han existido formas cerradas y selectas, fabricadas *ex profeso* para determinados usos de carácter suntuario. Las raíces de esta forma se hunden tanto en la vajilla griega como en la semita.

Nuestras formas de ungüentarios no responden a ninguno de los tipos catalogados con total exactitud y, sin embargo, reproducen elementos de muchos de ellos y comparten rasgos de ambas tradiciones, siendo una de las formas en la que mejor queda reflejada esta simbiosis estética.

El Tipo XV-A sigue con mayor fidelidad el gusto helenístico al uso. Podríamos definirla como una forma intermedia entre los lécitos aribalísticos[52], los laginos y los frascos de perfumes (Cerdá 1987a y 1987b), pues aunque en rigor no se corresponde a ninguno exactamente, sí advertimos elementos comunes con los tres tipos.

El origen del lécito se remonta hasta el periodo arcaico, aunque no es hasta la segunda mitad del siglo V a.C. cuando la forma se generaliza. Junto a los barnizados, son muy frecuentes entre la vajilla de figuras rojas (Sparkes y Talcott 1970: 150 s.). La variante más parecida a la nuestra es la que Sparkes y Talcott llaman "squat black and plain", se trata de un vaso de cuerpo esférico, pie ancho, cuello estrecho y corto y boca en forma de embudo, con un asa vertical, de sección circular, que nace en el hombro y termina en el cuello (*Idem.* 153: fig. 11, 1123). En ocasiones, presentan una decoración pseudogallonada similar al de nuestro ejemplar (Robinson 1950: 244, nº 409 y 410).

La evolución de la forma sigue el siguiente esquema: en los primeros, el perfil forma una curva continua desde el cuello hasta la base, en el siglo V el hombro se señala, marcando el cuello y los ejemplares de la primera mitad del siglo IV constan de un cuerpo panzudo y ya no se señala el hombro (Richter y Milne 1935: 15), aunque sí mantienen el anillo que separa el cuerpo del cuello sin alteraciones (Sparkes y Talcott 1970: 153).

La forma se populariza bajo la apariencia más evolucionada y se exporta frecuentemente a Occidente. La encontramos sobre todo en las zonas más helenizadas, como Ampurias e Ibiza (Page 1984: 100 s.; Cerdá 1987a: 57; fig. 8, a-b y 1987b: 371 ss.) y son muy escasas entre las comunidades ibéricas (Sánchez 1992a: 260 s.).

Para Morel es la peculiar forma en trompeta de la boca la que define al tipo, que incluye en la serie 5411 (1981a: 360). Precisamente es la boca el elemento que toma el Tipo XV-A de los lécitos.

La otra forma que presenta similitudes formales con nuestro primer tipo, en este caso el perfil del cuerpo, es el frasco de perfumes que Cerdá publica como forma Sec-173[53] (1987a: 56; fig. 5, e y 1987b: 369 s.), los "perfume-pot" del Ágora de Atenas (Sparkes y Talcott 1970: 162 ss.). Presentan el cuerpo piriforme, base ancha, abultado collarín en la parte inferior del cuello y boca muy ancha en forma de embudo (*Idem.* lám. 39, 1201-1203).

Esta forma no es frecuente en Occidente de donde sólo tenemos constancia de la existencia de un ejemplar procedente de Cabecico del Tesoro (García Cano 1982: fig. V, 4). Sí parece que se imitó en el sur de Italia. Morel publica un ejemplar de Ugento, fechado a comienzos del siglo IV a.C. (1981a: lám. 160, 5235b 1), con cuerpo de perfil muy similar al nuestro, también gallonado y con incisión sobre el hombro en lugar de collarín.

La variante "guttus type" de los ascos (Sparkes y Talcott, 1970: 157 s.; fig. 11, 1194), también conocida por forma Cuadrado-70 (1961-62: 268 s.) y laginos (Cerdá 1987a: 54 s. y 1987b: 352 s.) es otra de las formas que adoptan los vasos de perfume en este momento. Entre los materiales del Ágora se conoce como ascos a todos los ungüentarios con asa sobrearqueada o de anillo y boca que permite verter el contenido con excepcional cuidado (Sparkes y Talcott 1970: 157; fig. 11, 1167-1194).

Conforme la forma evoluciona tienen lugar una serie de cambios revolucionarios que alteran la forma básica. El más importante es la colocación de la boca en el centro del cuerpo, sobre un cuello vertical. En ocasiones, el cuerpo aparece gallonado. Los primeros ejemplares, de principios del siglo IV, tienen el cuerpo bulboso y el pie

---

[51] Este ejemplar, muy bien conservado y completo, se expone actualmente en el Museo de Cádiz. A pesar de su procedencia gaditana, por su singularidad, obviamente debíamos incluirlo dentro de nuestro estudio.

[52] Aunque la tendencia generalizada es la de denominar de este modo híbrido a esta forma, algunos autores consideran que es necesario distinguir entre ambas denominaciones. Lécito sería, entonces, el pequeño jarro de un asa, cuello recto y borde exvasado y aríbalo el pequeño botellín, de cuerpo redondo y cuello/borde rectos y con uso casi exclusivo de contener aceites, perfumes y ungüentos (Bats 1988: 55; Principal 1998a: 12).

[53] Siguiendo la terminología iniciada con la clasificación de Lamboglia en 1950 (1952a) y aumentada por numerosos investigadores de forma paralela al avance de la investigación.

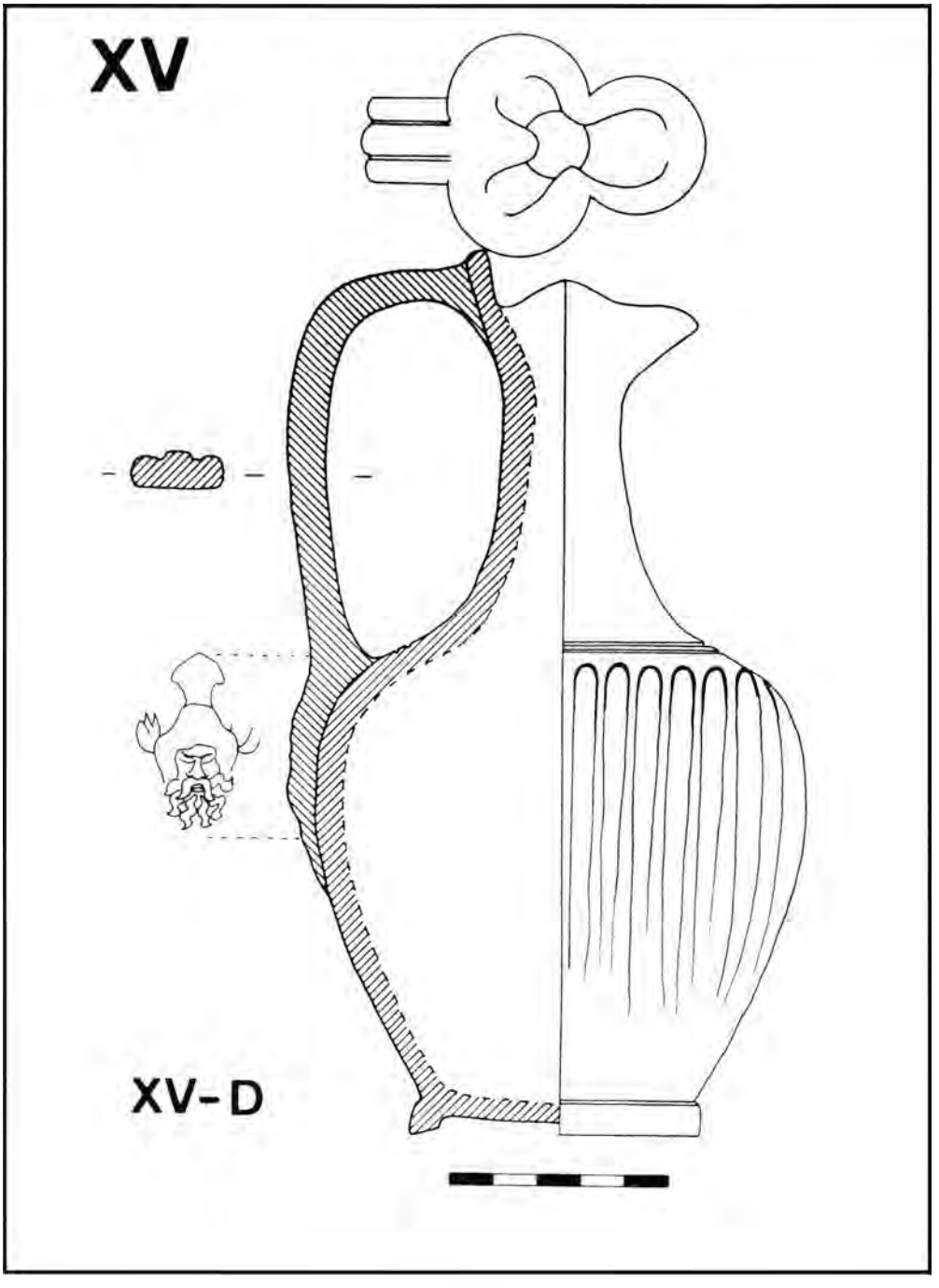


FIGURA 23.—*Tipo XV-D. Enócoe.*

ancho. Con el tiempo éste se torna más pequeño, el cuerpo más estrecho y alto, el cuello también se alarga y la boca se abocina (*Idem.* 157 s.). Puede que nuestro ejemplar responda a un prototipo evolucionado de esta forma.

La forma de "seta" de la boca de los laginos nos obliga también a relacionarlos con nuestro Tipo XV-C, definido concretamente por esa característica.

No obstante, parece más lógico conectar tipológicamente los tipos XV-B (boca trilobulada) y XV-C (boca de "seta") con las propias enócoes fenicias, precedentes locales obvios de las formas que nos ocupan. En el yacimiento de Doña Blanca son muy frecuentes desde los inicios del siglo VIII a.C. (Ruiz Mata y Pérez 1995: 56) y lo mismo sucede en la mayoría de los yacimientos fenicios peninsulares (Martín Ruiz 1995: 101: fig. 78-83). Los jarros de boca de "seta" parecen llegar hasta el siglo VI, mientras que los trilobulados siguen fabricándose, ahora desprovistos de decoración, en el siglo V.

Todas las formas barnizadas que presentamos conviven con ungüentarios fusiformes y globulares de tipología púnica durante la totalidad de su existencia, desde finales del siglo IV hasta el siglo II a.C. (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: fig. 5, 11).

La misma nomenclatura utilizada para definir estos tipos incide en la función para la que fueron concebidos: ungüentarios, ampollas, frascos de perfumes, son términos que señalan su utilización como contenedores de aceites y perfumes. Sus reducidas dimensiones, sus bocas a la manera de surtidores y la presencia de asas indican que se trata de vasos con los que puede verterse pequeñas cantidades de líquido casi gota a gota (Sparkes y Talcott 1970: 157). Las anchas bocas de estos frascos que, en ocasiones, forman amplias cazoletas o embudos, cumplían la función de esparcir el aceite perfumado para así poder probar su aroma.

La utilización de aceites perfumados o ungüentos en los rituales funerarios y como ofrenda al difunto, provocan que su presencia sea masiva en estos contextos (Chelbi 1992: 60). En la Península Ibérica aparecen con frecuencia en las necrópolis de las zonas más helenizadas —Ampurias— o de enraizada tradición fenicio-púnica —Ibiza— (Sánchez 1985: 84) y sólo de forma esporádica entre los ajuares ibéricos, cuyos individuos prefieren enterrarse con vasos áticos relacionados con la bebida y el banquete (*Idem.* 1992a: 260 s.).

La causa principal por la que estos recipientes son escasos entre el material recuperado en el Ágora de Atenas es fundamentalmente su utilización en los rituales funerarios, que parece ser el uso más frecuente (Sparkes y Talcott 1970: 150). En contextos de hábitat la concentración mayor de estos elementos suele estar entre los materiales desechados en las escombreras de talleres y tiendas.

También hay que valorar su uso, aunque proporcionalmente menor, en la vida diaria, fundamentalmente como vaso para contener los perfumes femeninos y el aceite de los atletas (Olmos 1980: 17); tal y como nos muestran las escenas de vida cotidiana que decoran los propios ejemplares de figuras rojas (Sparkes y Talcott 1970: 150).

Por último, la jarra que hemos considerado Tipo XV-D parece, por sus dimensiones, características formales y el contexto en la que se halló[54], responder a otro uso. En principio la hemos definido como enócoe aunque bien pudiera responder también al concepto de olpe (*Idem.* 76). La enócoe o jarra es la forma cerrada más habitual en la Antigüedad clásica, con multitud de usos cotidianos y variantes formales (*Idem.* 58). Sin embargo, en Occidente, los jarros son piezas exóticas dentro de los repertorios de barniz negro, su comercio no es generalizado y su distribución puede considerarse esporádica y no programada (Principal 1998a: 51). Idéntica afirmación cabe al referirnos a la producción de los talleres occidentales, donde las formas cerradas no son demasiado frecuentes. La mayoría de las formas que encontramos proceden de contextos púnicos, ya que son frecuentes en Cartago, Gouraya, Lilibeo e Ibiza (Morel 1980a: 43 ss.).

Los precedentes los encontramos, una vez más, entre las formas áticas del Ágora de Atenas, aunque el ejemplar gaditano responde más exactamente a prototipos del área etrusca.

Entre las jarras pertenecientes al género 5600 (jarras de boca trilobulada), Morel diferencia como especie 5610, las que presentan cuerpo ovoide, espalda marcada y asa muy sobreelevada (1981a: 371). Nuestro ejemplar es muy similar a los que Morel presenta en la serie 5611, de cuello estrecho, casi tubular, espalda muy marcada y pie bajo (*Idem.* 372), salvo por lo sinuoso del asa, que quizás lo asemeje más a la serie 5612 (*Idem.* 373).

En ambos casos se trata de las producciones locales etruscas, del área de Volterra, fechadas entre fines del s. IV y la primera mitad del III, que Montagna Pasquinucci definió como "formas 144 y 146" (1972: 438 ss.). En estos vasos, al igual que sucede en el nuestro, el extremo inferior del asa se remata con un pequeño prótomo humano y, en ocasiones, el cuerpo aparece gallonado (Morel 1981a: lám. 176, 5611d 1, 5611e 1, 5611f 1, 5611g 1; lám. 177, 5611h 1, 5611i 1).

Estas formas, como muchas otras de origen etrusco, debieron fabricarse a partir de prototipos metálicos (*Idem.* 513), ya que detalles como las asas nervadas, los perfiles angulosos, la decoración gallonada y los apliques, contribuyen a sugerir esta apariencia toreútica.

Como ya sugerimos con anterioridad, es posible que por sus mayores dimensiones, la forma de la boca y el asa y el haber aparecido en un contexto ritual, posiblemente relacionado con banquetes y libaciones funerarias (Niveau de Villedary 2001b: fig. 4, 3 y e.p. b), esta jarra fuese utilizada para servir líquidos (¿agua, vino, leche?) y no, como en los casos antes contemplados, para contener aceites o perfumes. En cualquier caso, la función de verter parece fuera de toda duda (Adroher 1993: 119 ss.).

2.2.16. Forma XVI. Lucernas abiertas (*Fig. 24*)

Las lucernas quedan englobadas dentro de las dos últimas formas de las diecisiete en las que hemos estructurado la clasificación.

A pesar de tratarse de un mismo tipo funcional, identificables sin el menor género de dudas y a primera vista gracias a su característica más definitoria, la presencia de una piquera para la mecha, desde el punto de vista

[54] Esta forma debía ser habitual en contextos funerarios, como demuestra la aparición en la ciudad de Cádiz de otro ejemplar, en esta ocasión de peor calidad e incompleto, procedente del desmonte del solar donde se ubicaba la desaparecida iglesia de Santa Catalina (Fierro 1990: 39).

meramente formal, las lucernas se nos presentan bajo dos apariencias totalmente dispares entre ellas y con pocas variaciones dentro de cada tipo.

Hemos considerado en primer lugar, debido a su mayor peso porcentual, los ejemplares que presentan un perfil muy abierto, ancha boca y escasa altura. Las paredes forman una especie de cuenco bajo, que se engrosa en su extremo por el interior y forma el borde. El pie, exclusivo de esta forma cerámica, apenas se indica, constituyendo prácticamente un pie de disco, con la particularidad que presenta un umbo muy señalado en el fondo externo, que se corresponde en el interior con un acusado engrosamiento. A uno de los extremos del cuerpo se adhiere la piquera, cerrada, de estilo helenístico, ancha y corta (1 cm. y medio por 1 cm.). La forma se completa con un asa horizontal de cinta, de sección circular u oval, colocada en el extremo opuesto de la mecha.

Las dimensiones de la boca oscilan entre los 9 cm. de diámetro del ejemplar más pequeño y los 11'7 cm. del mayor, aunque la mayoría de los ejemplares se mueven entre los 9'5 y 10'5 cm., situándose el diámetro medio en 10 cm. La altura media es de 2'8 cm. (entre 2'4 y 3 cm.) y el diámetro de la base en torno a los 5 cm. y medio y los 5 (mínimo, 4'2 y máximo 7).

Ya hemos señalado que la forma se presenta bastante constante en sus dimensiones y en sus elementos formales. Los únicos atributos que varían en cierta medida son los bordes y los fondos. En función de los primeros hemos establecido la clasificación por tipos de esta Forma XVI y ante la imposibilidad de confundir a los segundos con fondos de otras formas, se ha incluido su análisis a continuación, tal y como hicimos en el caso de los platos de pescado (Forma II), el otro tipo que presenta fondos peculiares y exclusivos, de inmediata identificación.

Tipo XVI-A. Labio con pestaña y acanaladura

Borde que se pliega hacia el interior formando una pestaña. Surcado en la parte superior por una acanaladura bien marcada. Se identifican dos variables dentro de este primer tipo.

— **Variante XVI-A-1. Inclinado al interior.** ***(Fig. 24, 1-10)***
La parte superior del borde se inclina hacia el interior.

— **Variante XVI-A-2. Horizontal.** ***(Fig. 24, 11-14)***
El borde se presenta recto, coincidiendo con la horizontal.

Tipo XVI-B. Labio engrosado con acanaladura

El borde se engrosa de manera notable por el interior, pero no destaca en forma de pestaña. Sí presenta acanaladura en su parte superior. Muestra idénticas variables que el tipo anterior.

— **Variante XVI-B-1. Inclinado al interior.** ***(Fig. 24, 15-24)***
La parte superior del borde aparece inclinada hacia el interior.

— **Variante XVI-B-2. Horizontal.** ***(Fig. 24, 25-31)***
Borde recto que coincide con la horizontal.

Tipo XVI-C. Inclinado al exterior

El rasgo que define el tipo es la orientación del borde, en plano inclinado hacia el exterior. En este caso el borde puede contar con pestaña o no de manera indistinta y las variantes se identifican en función de las diferentes formas que adopta la acanaladura superior.

— **Variante XVI-C-1. Con acanaladura.** ***(Fig. 24, 32)***
La acanaladura es similar a la que presentaban anteriores tipos, estrecha, bien marcada y profunda.

— **Variante XVI-C-2. Con surco ancho.** ***(Fig. 24, 33-34)***
La acanaladura de otras variantes es sustituida por un surco ancho.

— **Variante XVI-C-3. Doble acanaladura.** ***(Fig. 24, 35)***
El borde queda surcado por dos acanaladuras concéntricas.

Tipo XVI-D. Sin acanaladura

Parecido al Tipo XVI-B, borde engrosado al interior, pero sin acanaladura sobre el labio. Muestra tres variantes.

— **Variante XVI-D-1. Inclinado al interior.** ***(Fig. 24, 36-41)***
Labio inclinado hacia el interior.

— **Variante XVI-D-2. Horizontal.** ***(Fig. 24, 42-44)***
Borde recto, horizontal.

— **Variante XVI-D-3. Borde señalado al exterior.** ***(Fig. 24, 45)***
Borde de tendencia horizontal, engrosado al interior y saliente por el exterior, contra lo común en esta forma, en la que el borde, generalmente, no queda marcado exteriormente.

Tipos de pies de la Forma XVI

La totalidad de los fondos correspondientes a la Forma XVI muestran una serie de características comunes que facilitan su identificación como tales. Tan sólo difiere de un ejemplar a otro, y sólo ligeramente, el perfil exterior del pie.

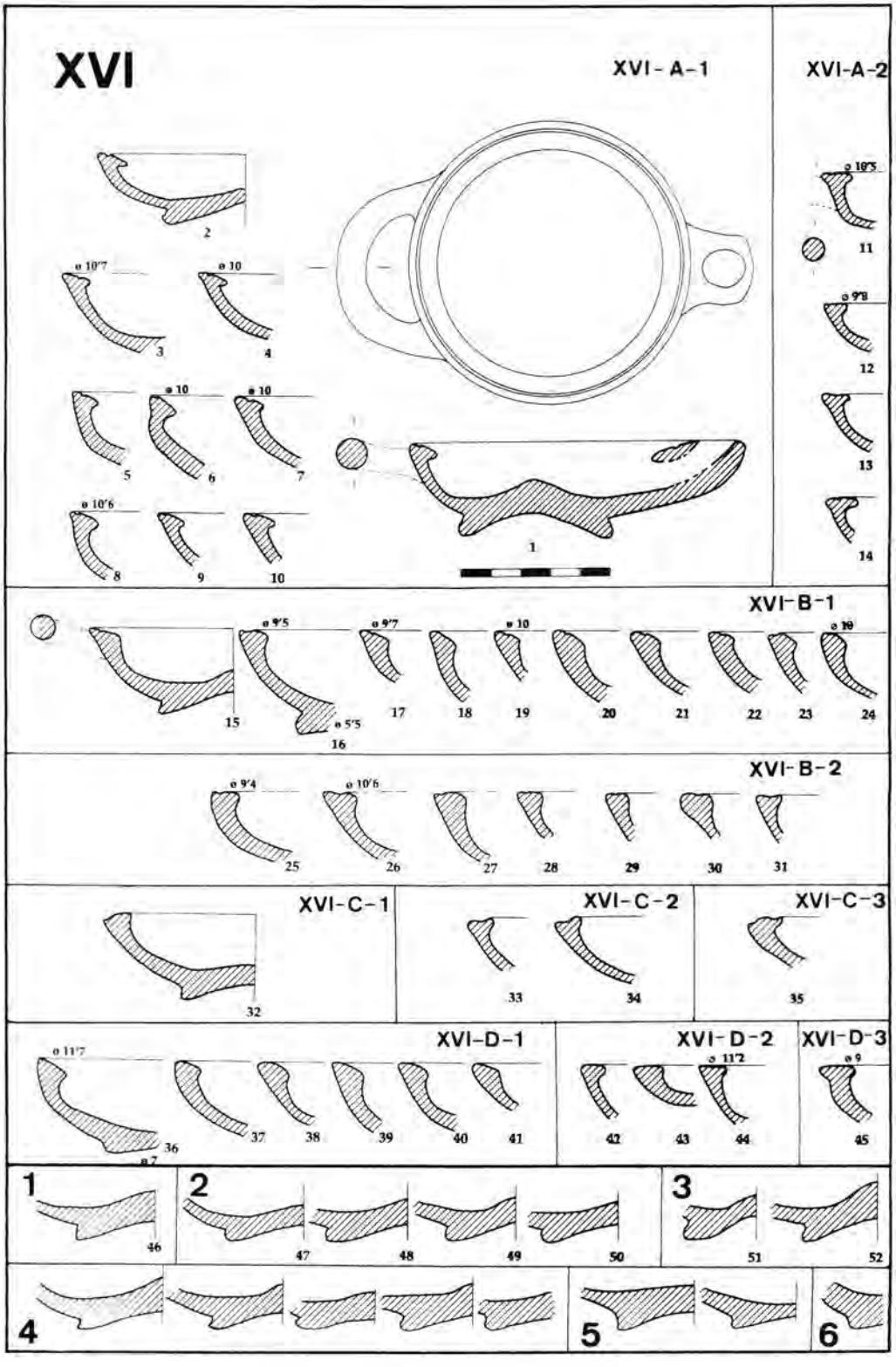


FIGURA 24.—*Forma XVI. Lucernas abiertas.*

Tipo 1. Pie recto. ***(Fig. 24, 46)***

El perfil del pie se presenta recto al exterior.

Tipo 2. Pie redondeado. ***(Fig. 24, 47-50)***

Perfil redondeado, formando una suave y única curva.

Tipo 3. Pie en doble curva redondeado. ***(Fig. 24, 51-52)***

El perfil del pie lo forma una doble curva convexa-cóncava.

Tipo 4. Pie en doble curva biselado. *(Fig. 24, 53-57)*

Pie corto pero formado por una doble curva, convexa-cóncava, muy señalada, de manera que la inflexión queda marcada mediante un bisel.

Tipo 5. Pie biselado. *(Fig. 24, 58-59)*

Perfil recto que cerca de la base se quiebra y forma un bisel.

Tipo 6. Pie entrante. *(Fig. 24, 60)*

Pie simple de tendencia entrante.

Las lucernas abiertas responden a tipos áticos bastante arcaicos, en vigor desde principios del siglo VI a.C. hasta el primer cuarto del siglo V.

Los paralelos formales más cercanos a nuestras formas son los tipos 16-A, 16-B y variantes del Agora de Atenas (Howland 1958: fig. 4, 92-118; lám. 32), fechados entre el 525 y el 480, de origen corintio (*Idem.* 30 ss.) y algunas variantes del tipo 19 (*Idem.* fig. 5, 142, 143 y 147; lám. 33) que Howland data hacia el 520-480 a.C. (*Idem.* 42). Estas cronologías quedan corroboradas en posteriores estudios (Scheibler 1976).

En principio y si tenemos en cuenta que entre los prototipos griegos y nuestras imitaciones rojas dista un periodo de casi tres siglos, puede parecer chocante que en el siglo III a.C. se impongan, con considerable éxito, formas tan lejanas en el tiempo.

El que tengamos constatada la presencia de lucernas áticas de barniz negro de tipología más reciente, que también copian los alfareros locales, nos invita a reflexionar sobre la masiva fabricación de lucernas abiertas y a plantearnos que ésta debe responder al gusto local. En efecto, se puede considerar que esta forma sería resultante de una interpretación algo *sui generis* de las primeras lucernas griegas, más cercanas formalmente a las tradicionales lámparas fenicias, documentadas en toda la zona (Martín Ruiz 1995: 105 ss.). Se adopta el perfil abierto de las lucernas fenicias y se añaden elementos estructurales helenísticos, como los tipos de bordes y pies y la piquera exenta, que sí responden al nuevo gusto impuesto por los mercaderes áticos en época púnica.

2.2.17. Forma XVII. Lucernas cerradas *(Fig. 25)*

En la Forma XVII hemos reunido los diferentes tipos de lucernas cerradas recuperadas del conjunto de materiales "tipo Kuass" estudiados.

De aspecto cerrado y compacto, están formadas por un cuerpo globular, cuyas paredes se curvan en su extremo superior para constituir el borde, que se proyecta hacia el interior, formando una boca de disco relativamente ancha, surcada por una acanaladura que deja únicamente un pequeño orificio central para verter el aceite dentro de la lámpara. El fondo puede ser más o menos macizo al exterior y siempre engrosado al interior, formando un cono. El pie siempre queda marcado por el exterior. La piquera es, en todos los ejemplares, más larga (entre 3 y 4 cm.) y más estrecha que en la forma anterior, por lo que se constituye también en elemento identificador y diferenciador de ambos tipos de lucerna. Con frecuencia carecen de elementos de suspensión pero, en ocasiones, ostentan en los laterales de la pieza uno o más mamelones, que pueden estar o no perforados.

Presentan una longitud total, sumando las dimensiones del cuerpo y de la piquera, de entre 8 y 10 cm. Los diámetros de la boca y base suelen andar parejos, un poco menor el del fondo y, con frecuencia, también coinciden con la altura. Los primeros oscilan entre los 3 cm. y los 5'8 y, normalmente, se sitúan entre los 4 cm. y medio y los 4. Las dimensiones de la base se mueven entre los 3 cm. de la menor y los 4'5 de la mayor, aunque la mayoría ronda los 4 cm. La media de altura de estas vasijas está en 3'6 cm. (entre 3 y 4'1 cm.).

En principio, la forma guarda una gran uniformidad tipológica, no obstante, hemos optado por diferenciar varios tipos, en ocasiones por simples detalles que pueden parecer nimios, pero que facilitan la consulta de este catálogo.

Tipo XVII-A. Pie espeso. *(Fig. 25, 1-3)*

Borde largo y reentrante que se incurva notablemente hacia el interior del cuerpo de la lucerna, surcado al exterior por una acanaladura. Pie macizo.

Tipo XVII-B. Pie fino. *(Fig. 25, 4-7)*

Similar al anterior, borde largo y reentrante surcado por una acanaladura. Se diferencia de éste porque la base externa se halla rehundida, formando un notable umbo.

Tipo XVII-C. Escalón. *(Fig. 25, 8-10)*

El borde de este tercer tipo se diferencia del de los dos anteriores en que se separa del resto del cuerpo mediante un pequeño escalón, que sustituye a modo de decoración a la acanaladura. La base también es característica: pie ancho inclinado hacia el inte-

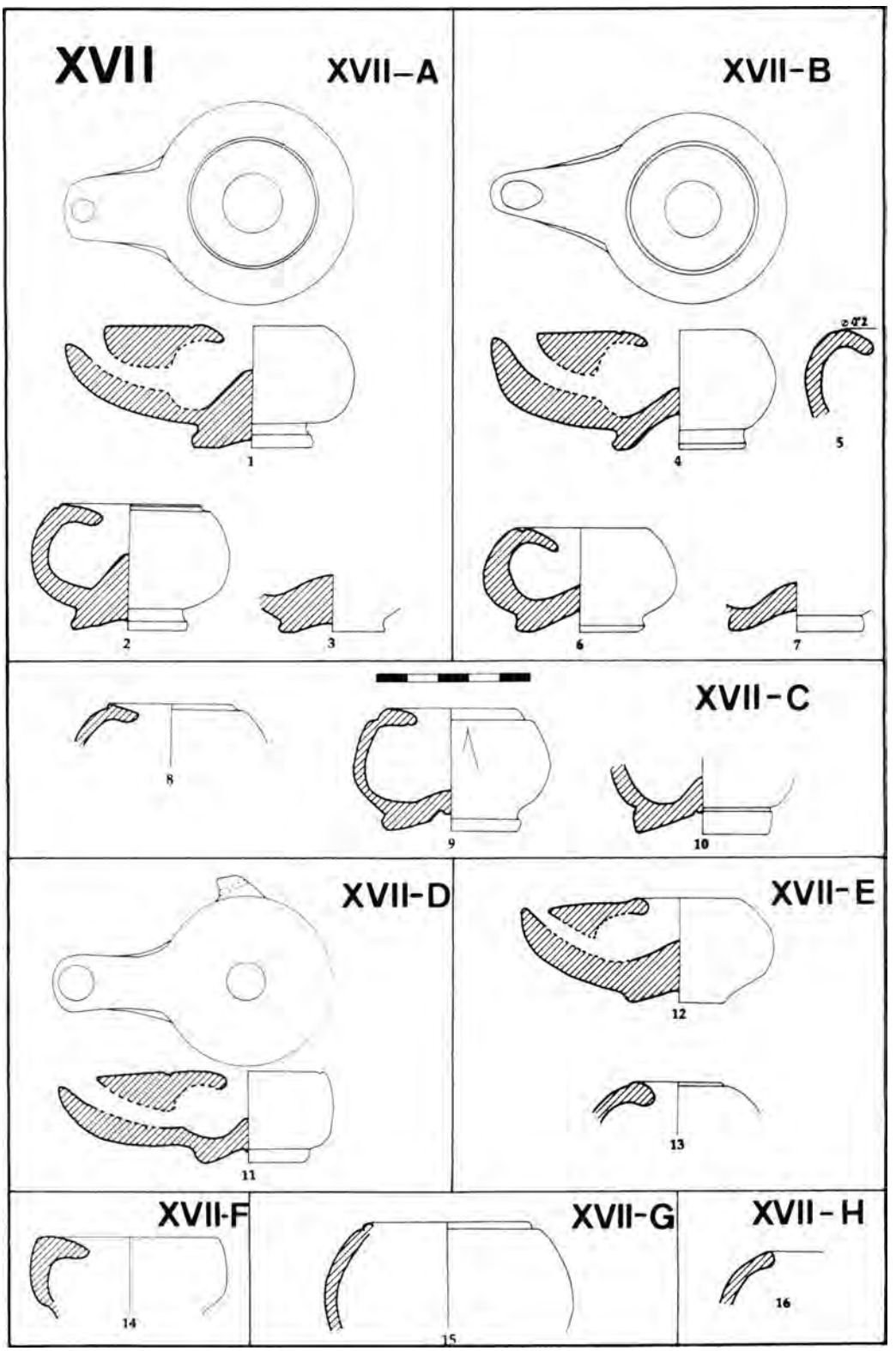


FIGURA 25.—*Forma XVII. Lucernas cerradas.*

rior y pequeño botón central. que recuerda al del Tipo IX-C, pero que no se puede confundir con éste por la marcada elevación central, la tendencia muy cerrada de las paredes y la ausencia de barniz en el interior.

Tipo XVII-D. Elementos de suspensión. ***(Fig. 25, 11)***

Ejemplar de dimensiones algo menores, pero que cabría dentro del Tipo XVII-B si no fuese por la presencia, en uno de sus laterales, de un pequeño mamelón. La presencia de este elemento de suspensión tiene, a nuestro criterio, la entidad suficiente como para constituir un nuevo tipo en sí mismo.

Esta especie de cuerno lateral —en principio perforado para permitir la sustentación— que vemos en algunos tipos áticos, persiste sin perforación en la mayor parte de las lucernas del s. III en Cartago (Deneauve 1969: 45), mientras que en otros lugares como Sicilia, se abandona por completo.

Tipo XVII-E. Labio corto. ***(Fig. 25, 12-13)***

Tipo menos elaborado que los precedentes, presenta labio corto engrosado al interior y pie simple, apenas indicado al exterior.

Tipo XVII-F. Paredes verticales. ***(Fig. 25, 14)***

Cuerpo de tendencia recta frente al perfil globular y curvo de los restantes tipos. El borde no sigue la tendencia de las paredes sino que se inflexiona bruscamente al interior. Ausencia de acanaladuras o escalón.

Tipo XVII-G. Mayor tamaño. ***(Fig. 25, 15)***

Formalmente no es posible relacionar este ejemplar con ninguno de los tipos descritos, ya que está fracturado a la altura del borde. Se ha considerado tipo aparte porque presenta unas dimensiones notablemente superiores a las de la media.

Tipo XVII-H. Sin labio entrante. ***(Fig. 25, 16)***

Borde reentrante, corto, que no se incurva hacia el interior.

Las lucernas de tipo cerrado imitan tipos áticos de cronología más reciente, en coherencia con la época en la que tienen lugar las últimas importaciones griegas, materiales que constituyen los inmediatos prototipos en los que han de basarse los artesanos gaditanos a la hora de definir la nueva estética que se impondrá mediante la vajilla de Kuass.

Fundamentalmente responden a las formas del Agora 23-C (Howland 1958: 59; fig. 8, 228; lám. 36), fechada entre el 400 y el 350 a.C.; 23-D (*Idem.* fig. 8, 236-240; lám. 37), que cronológicamente abarca la práctica totalidad de la segunda mitad del siglo IV a.C. (350-310) (*Idem.* 61); 25-A (*Idem.* 67 s.; fig. 9, 269, 271 y 272; lám. 38), que se data entre el 360 y el 290 a.C.; 25-B (*Idem.* 72, fig. 10, 305, 307, 310 y 311; lám. 38), del 350 al 290 a.C. y 25-D-Prima (*Idem.* 79; fig. 12, 354; lám. 39), en vigor aproximadamente desde el 330 hasta el 290 a.C.

Estas fechas son matizadas en trabajos posteriores (Scheibler 1976), quedando del siguiente modo: el tipo 23-C no varía (400-350 a.C.), se amplía notablemente la perduración del 23-D, ahora desde el 360 al 260 a.C.; se rebaja la cronología del tipo 25-A (400-250 a.C.) y aumenta la perduración del 25-B (350-250 a.C.), que Howland llevaba hasta el 290 únicamente y, por último, la forma 25-D-Prima también se adelanta cronológicamente (330-250 a.C.).

A raíz de los trabajos consultados (Howland 1958; Scheibler 1976) la evolución de la forma parece quedar clara, el perfil se cierra, el cuerpo adopta un aspecto cada vez más macizo y globular y las piqueras tienden a estrecharse y alargarse (Howland 1958: 59). También a través del análisis de las importaciones áticas en la Península Ibérica entre los siglos VI y IV a.C. se adivina este proceso: las formas ganan en robustez, las paredes se hacen más gruesas y los cuerpos más altos y fuertes. El orificio de llenado se reduce, los picos se alargan y estrechan y el hueco para la mecha se aleja cada vez más del cuerpo. Las formas se tornan cada vez más simples y en el siglo IV a.C. desaparecen prácticamente las lucernas de más de un pico (Sánchez 1992a: 263).

En la Península Ibérica son vasos muy raros en contextos ibéricos (*Idem.* 262; Page 1984: 117 s.) y frecuentes en yacimientos griegos y púnicos (Sánchez 1985: 84; Martín Ruiz 1995: 107). A algunos de estos tipos evolucionados del siglo IV a.C., concretamente Howland 25-A y Howland 23-B, corresponden los ejemplares estudiados por Cerdá en El Sec (Cerdá 1987a: 57 s.; fig. 8-9 y 1987b: 377 ss.). Derivación directa de estos últimos son los tipos del s. III que Ricci clasifica como precampanos A (1973: 207 ss.; fig. 23), muy similar a nuestro Tipo XVII-E y B (*Idem.* 209 ss.; fig. 24), similar al XVII-D. Se trata de formas antiguas, de clara tradición ática, que sólo se encuentran en zonas muy helenizadas o de importante comercio —fundamentalmente marítimo— griego (*Idem.* 209).

La presencia o ausencia de lucernas en un yacimiento plantea cuestiones de gran interés. En primer lugar hay que tener en cuenta que se trata de una forma con un uso muy concreto, que en este caso, y a diferencia de otros, no da cabida a ningún tipo de especulación, ya que las lucernas cumplen la función para la que fueron concebidas, la de iluminar.

Por esta causa, su ausencia en determinados contextos como los ibéricos, ha dado origen a diferentes interpretaciones. La explicación más obvia sería que al tratarse, sobre todo, de ámbitos funerarios es lógica la ausencia de un elemento fundamentalmente funcional y propio de contextos de hábitat. Pero aquí se nos plantea un segundo problema, la relativa frecuencia con la que estos recipientes se hallan en las necrópolis púnicas (Molina *et al.* 1982; Sánchez 1985: 84).

Otros investigadores creen que la ausencia de lucernas respondería a un ritmo de vida campesino, establecido en función de la dinámica solar, propio de estas poblaciones. Atendiendo a esta última explicación la lucerna se nos presenta como una especie de termómetro que mide el grado de desarrollo alcanzado por una comunidad.

Frente a esta propuesta, V. Page, que corrobora la ausencia de lucernas entre las comunidades iberas, deduce que el problema de la iluminación debía estar ya resuelto (Page 1984: 118), sumándose a la teoría propuesta por Luzón de la utilización de pequeños cuencos de cerámica común como lámparas (1973: 37). Aunque se plantea el interrogante de porqué no se aceptó el refinamiento estético y funcional de las lucernas griegas, cuando vemos como otras formas se imitan con profusión, lo que no deja de resultar paradójico (Page 1984: 118). Para C. Sánchez la pregunta tiene una respuesta evidente: en el mundo ibérico no se introducen vasos funcionales porque la cerámica griega es para el ibero un valor en sí misma y la considera un objeto de prestigio independientemente de su función originaria (1992a: 264).

En el extremo opuesto nos encontramos con la significativa presencia de lucernas en ambientes púnicos, tanto funerarios como de hábitat (Cabrera 1997: 383). En estos contextos las lámparas griegas conviven con las formas fenicias durante todo el periodo púnico, hasta que en época romana terminan por imponerse las formas helenísticas cerradas.

En el yacimiento del Castillo Doña Blanca este hecho queda constatado por el gran porcentaje de lucernas documentadas. Junto a los dos tipos descritos de lámparas de imitación griega, la gran variedad de lucernas púnicas, tanto cualitativa como cuantitativamente, podría parecernos asombrosa, si no fuese porque la gran riqueza que ofrece el yacimiento desde todos los puntos de vista, limita en gran medida nuestra actual capacidad de asombro.

2.3. DETALLES DE FORMAS Y ATRIBUTOS

Entre el material revisado destaca un importante número de fragmentos de formas, fundamentalmente bases y asas, que no se incluyen en la clasificación previa, ya que no pueden ser adscritos con total seguridad a un tipo formal concreto[55], pero que, sin embargo, aportan datos de excepcional interés para el conjunto de la tipología. "En marge d'une typologie des formes d'ensamble, et parallèlement à elle, l'analyse de certains détails des vases, considérés en eux-mêmes, présente un intérêt peu contestable en théorie comme en pratique. Cette analyse nous permettra en outre de regrouper, et de mieux faire ressortir, des observations précédemment présentées en ordre dispersé" (Morel 1981a: 441).

2.3.1. TIPOS DE FONDOS (*FIGS. 26 A 38*)

La gran variabilidad de los fondos de las piezas, que dificulta enormemente su sistematización, fue ya señalada por Morel en su síntesis sobre la cerámica campaniense: "Les pieds des vases méritent à cet égard une étude d'autant plus attentive que des raison diverses, contingentes aussi bien que fondamentales (difficulté d'en reproduire à petite échelle les détails caractéristiques, souci de ne pas ramifier à le excès la typologie des formes) ont concouru à nous les faire négliger jusqu'ici dès lors qu'ils n'influaient pas, par la plus ou moins grande largeur de leur attache par example, sur les proportions des vases" (*Idem.*).

No obstante, por el gran número de piezas recuperadas y por el hecho de tratarse de la parte del vaso donde se localizan las decoraciones, hemos creído necesario su estudio detallado y, en la medida de lo posible. se han intentado correlacionar con las formas completas.

Hemos procurado prescindir de juicios preconcebidos y restar rigidez a esta ordenación, intentando no perder nunca de vista el objetivo final que nos propusimos al comenzar el estudio, facilitar la tarea al investigador que se ve obligado a enfrentarse con este tipo de cerámica.

En general predominan los pies de perfiles simples, obtenidos por incurvatuara, al igual que lo que sucede entre las piezas de campaniense A y a diferencia de los perfiles complejos, obtenidos mediante el acabado del torno que caracterizarán a los vasos de la campaniense B, de tradición toreútica (*Idem.* 1981b: 95).

Los criterios que hemos utilizado en este intento de sistematización son variados y siempre en función de los atributos que nos puedan servir para identificar los tipos generales a los que podrían corresponder los fondos analizados[56].

1) Comparación con las formas completas.
2) Dimensiones.
3) Tendencia de la pared.
4) Variable presencia-ausencia de estampillas.
5) Características únicas de un tipo determinado (por ejemplo la incisión de los bolsales).

[55] A diferencia de lo que sucede con los fondos de los platos de pescado (F.II) y las lucernas (F.XVI y F. XVII), de cuya filiación con la forma completa no cabe la menor duda.

[56] La adscripción de un tipo de pie a un determinado tipo formal no implica que no se pueda dar en otro. El avance de la investigación será el que marque futuras pautas de revisión. inclusión y corrección de este ensayo tipológico.

En la descripción de los tipos hemos seguido el siguiente esquema: en primer lugar hemos analizado las formas completas que presentan el tipo de pie correspondiente, ya que éstas pueden ser adscritas con total seguridad, orientándonos y marcando la pauta de comportamiento del pie en cuestión. A continuación se presentan, si los hubiera, los ejemplares estampillados. La presencia o ausencia de estampillas es un útil criterio discriminatorio pues, sin apenas riesgos de equivocarnos, podemos excluir *a priori* la pertenencia de bases estampilladas a determinadas formas generales que sabemos que nunca se estampillan. Por último, presentamos un catálogo de las bases sin decoración.

Tipo 1. Pie anular. ***(Figs. 26 a 31)***

Pies anulares, bien desarrollados y marcados, tanto en su cara externa como en la interna. El perfil del pie no se quiebra, sino que se presenta continuo y recto. Puede presentar varias variantes.

— Variante 1-a. Recto y esbelto. ***(Figs. 26-27)***

La primera variante responde a la forma más frecuente. Se trata de pies anulares, esbeltos, que presentan el mismo grosor en todo el perfil. Los encontramos totalmente rectos, coincidiendo con la vertical o con cierta tendencia a exvasarse.

F.I (y otras formas de platos, F.IV y F.VI). ***(Fig. 26, 1-7)***

Este tipo de pie responde al del ejemplar completo de la Forma I o plato moldurado. Por la tendencia de las paredes, muy abiertas, casi coincidiendo con la horizontal y las dimensiones (de hasta 7 y 8'5 cm.) de las bases, hemos considerado que el Tipo 1-a de pies pertenece, entre otras, a las formas abiertas de platos no estampillados F.I, F.IV y F.VI.

F.V. ***(Fig. 26, 8)***

Tenemos un ejemplar de pie anular, recto y esbelto, de amplia base (6'5 cm.) y paredes de tendencia relativamente abierta, por lo que correspondería a una forma de plato. Lo hemos individualizado por la peculiar decoración estampillada que presenta: cuatro palmetas inscritas en un doble círculo inciso. Este tipo de decoración es propio e identificativo de la Forma V (Lamboglia 1952a: 183), según vemos entre los materiales aparecidos en Kuass (Ponsich 1969a: 67; fig. 7).

F.VIII. ***(Fig. 26, 9-13)***

Es entre los ejemplares de la Forma VIII donde la Variante 1-a aparece con mayor frecuencia, con estampillas o sin decorar.

F.VII. ***(Fig. 26, 14-16)***

A pesar de no tratarse de los fondos característicos de los bolsales, que trataremos más adelante, contamos con varios ejemplares pertenecientes a la Forma VII de pies anulares, esbeltos y rectos. Al igual que las copas pueden presentarse con o sin decoración.

F.IX-A-4. ***(Fig. 26, 17)***

Pies anulares, altos y bien diferenciados del resto del cuerpo, son también los que presentan las piezas de la Variante IX-A-4. Se trata de los cuencos de formas estilizadas que responden a los prototipos áticos más evolucionados.

Con estampillas. ***(Fig. 27, 1-20)***

Los fondos fragmentados de la Variante 1-a que presentan decoración estampillada son muy numerosos. Debido a la diversidad morfológica, estilística y técnica de éstas, las estampillas serán tratadas por separado en el capítulo siguiente; no obstante, gracias a su presencia y a otros elementos como son los diámetros y la tendencia que siguen las paredes de los fondos, podemos intentar indicar su pertenencia a una forma concreta. La base de menor tamaño, señalada con el número 13 y que mide 3'6 cm. de diámetro, posiblemente corresponda a un ejemplar de copa de pequeño tamaño del Tipo VIII-B. La mayoría muestra un tamaño medio, entre 5 y 7 cm., y responden a las Formas VII y VIII y, quizás, también a los platitos de la Forma III. Los ejemplares de mayores dimensiones, de hasta 10'5 cm. de diámetro, pertenecerían a formas de platos, aunque al carecer de piezas completas no podemos asegurar a cual en concreto (Formas I, IV, V y VI).

Sin estampillas. ***(Fig. 27, 21-38)***

En menor proporción documentamos pies de este tipo sin decoración. Los fondos aquí analizados apenas sin conservan algo más que el pie, lo que hace posible su adscripción al tipo, pero apenas si permite mayor precisión al no ofrecernos datos de sus diámetros. Los únicos que se conservan miden entre 5 cm. y 5 cm. y medio por lo que, sumado a otros datos como el espesor del fondo y la tendencia del galbo al prolongarse, se puede aventurar su pertenencia a las Formas VII, VIII y a la Variante IX-A-4. Los pies más espesos y gruesos corresponderían a formas de platos no estampilladas (posiblemente Formas, I, IV y VI) y más amplias y anchas, como demuestra el ejemplar número 25, de 7 cm. de diámetro.

— Variante 1-b. Sección triangular. ***(Fig. 28)***

La segunda variante de este primer tipo de pie que estamos considerando, también presenta pie anular, alto y esbelto, con la peculiaridad que se estrecha en la zona de reposo dando lugar a un perfil de apariencia triangular.

F.VIII. ***(Fig. 28, 1-2)***

Entre las formas completas solamente hemos documentado este tipo de pie en dos ejemplares de la Forma VIII, en ambos casos sin estampillar.

Sin estampillas. ***(Fig. 28, 3-10)***

Las bases sin estampillar no son muy numerosas y los diámetros se mueven entre los 6 y los 8'5 cm. El de mayores proporciones, el número 5, posiblemente corresponda a alguna forma de plato y los otros, por dimensiones y tendencia de las paredes, a la ya señalada Forma VIII.

Con estampillas. ***(Fig. 28, 11-35)***

Siguiendo la tónica general, son mucho más abundantes los fragmentos estampillados. En función a sus dimensiones podemos diferenciar tres grupos. Los más pequeños, que se sitúan en torno a los 4 cm., en principio, parecen responder a ejemplares de tamaño reducido como son las copas del Tipo VIII-B. Los que miden entre 5'5 y 6 cm., además de a la

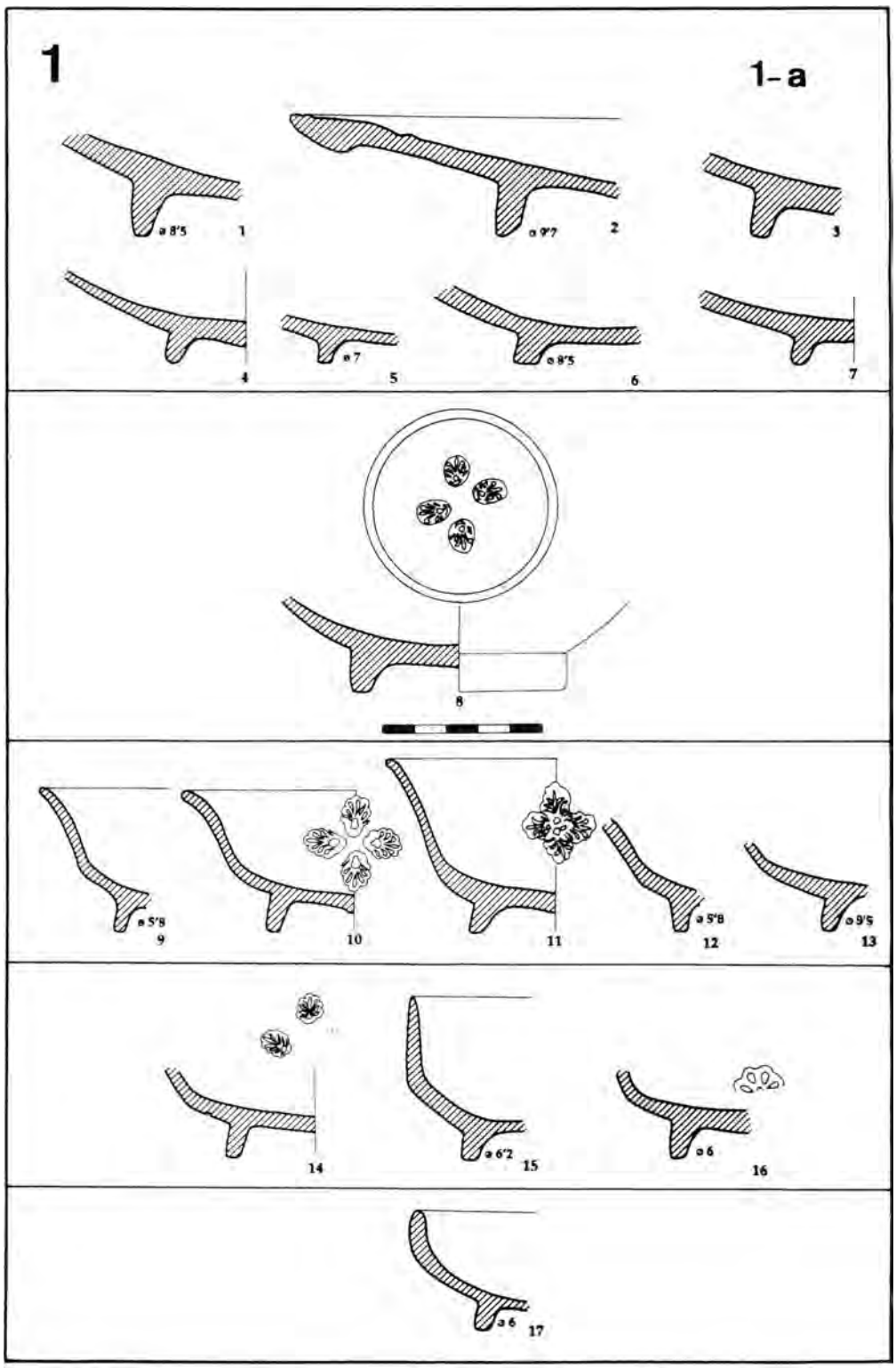


FIGURA 26.—*Tipo 1. Pie anular (I). Variante 1-a. Recto y esbelto (I).*

Forma VIII también pueden pertenecer a la VII y los que presentan mayores diámetros (que oscilan entre los 6'5 y los 7 cm.) a los ejemplares de los tipos más anchos de copas (Forma VIII) y platos[57] (Formas I, III, IV, V y VI).

— **Variante 1-c. Tendencia reentrante.** ***(Fig. 29).***

En este caso el pie se caracteriza por el perfil cóncavo que presenta, como efecto de la tendencia reentrante del pie en su extremo y el perfil redondeado al exterior.

[57] Como ya hemos señalado, la ausencia de ejemplares completos de las Formas I de plato (sólo contamos con una pieza completa con fondo). IV y VI, nos obligan a guardar cierta cautela con las apreciaciones que hacemos y a mantener las conclusiones obtenidas sólo de forma provisional y siempre en el terreno de la especulación. En el caso de la Forma V, los paralelos nos permiten identificar los fondos con mayor fiabilidad, pero tampoco podemos rechazar de antemano otras posibilidades.

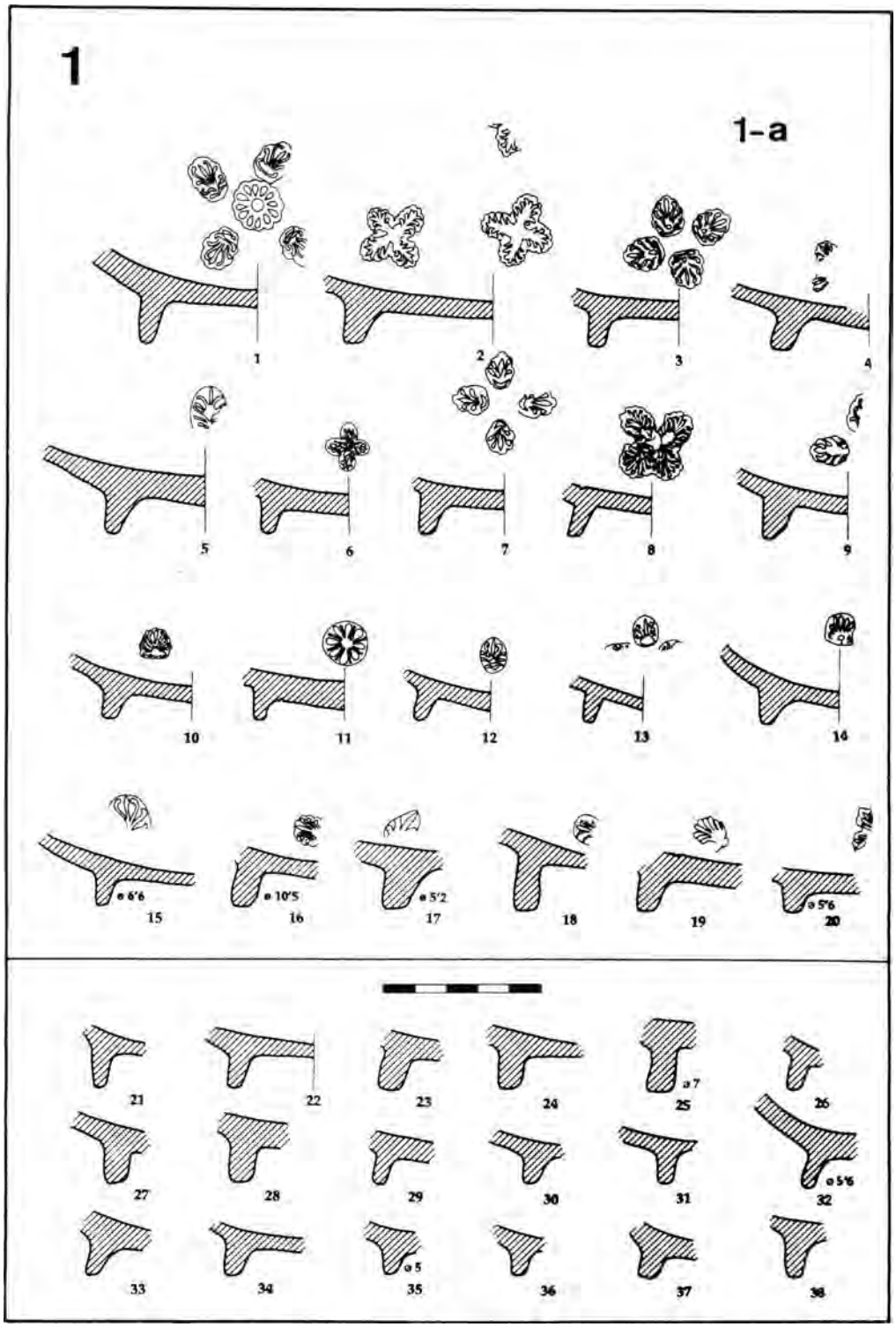


FIGURA 27.—*Tipo 1. Pie anular (I). Variante 1-a. Recto y esbelto (II).*

F.VIII. ***(Fig. 29, 1-3).***

El tipo de pie 1-c lo encontramos, como en otras ocasiones, en vasos de la Forma VIII, con y sin estampillas.

F.IX-A-4. ***(Fig. 29, 4-6).***

Asimismo también lo encontramos entre los cuencos estilizados y de pie más destacado incluidos en la Variante IX-A-4.

Con estampillas. ***(Fig. 29, 7-14).***

Las dimensiones de los fragmentos con los que contamos nos permiten dividirlos en dos grupos. De una parte encontramos fondos de pequeño tamaño, con diámetros que oscilan entre los 4 y los 5 cm., que pueden responder a piezas de las Formas VIII y VII por sus dimensiones, la presencia de decoración y la tendencia de las paredes. Junto a éstos, se distinguen fondos de mayor tamaño, entre 7 y 8 cm., que llegan incluso a superar los 10 cm. de diámetro. La tendencia de las

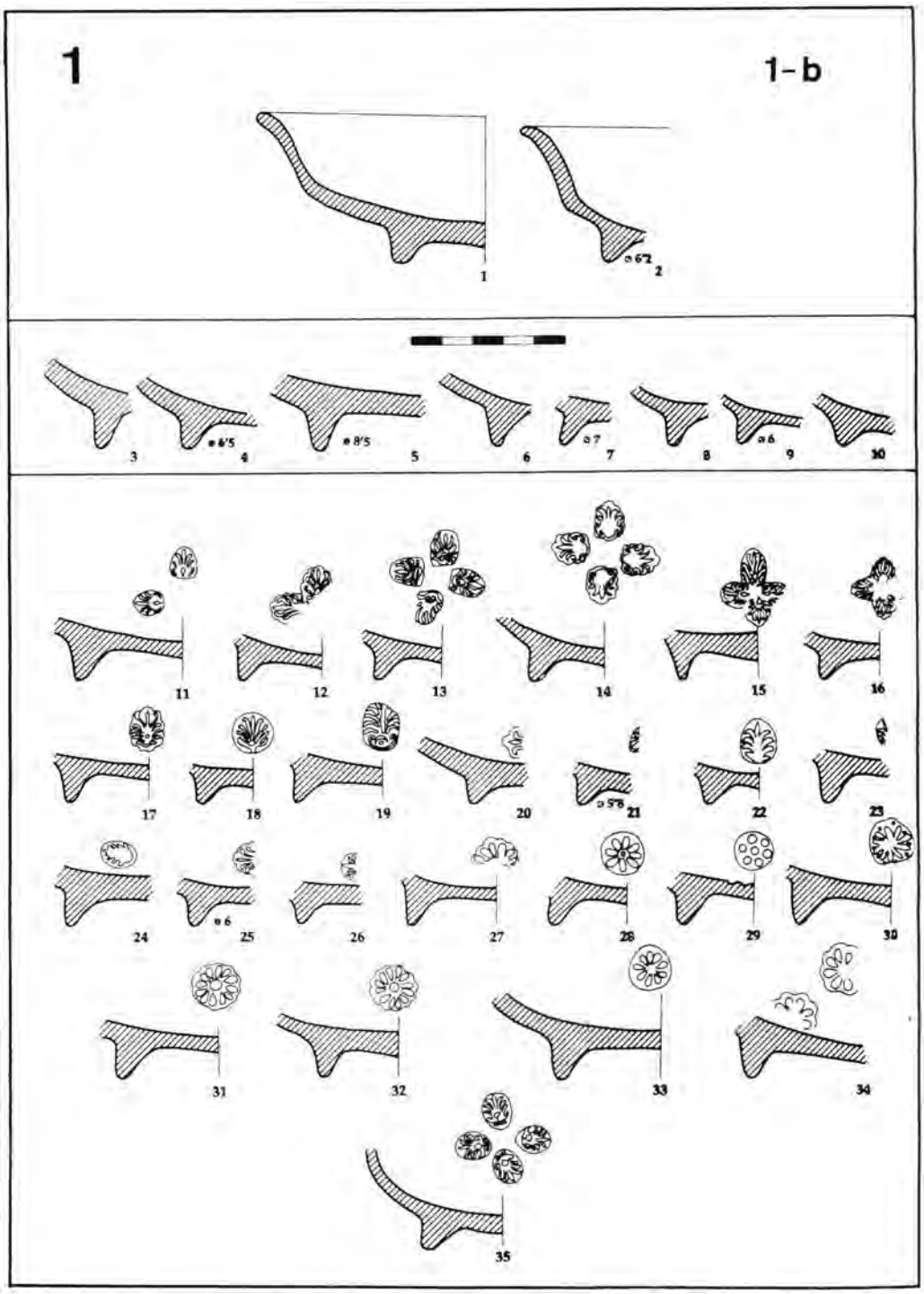


FIGURA 28.—*Tipo 1. Pie anular (II). Variante 1-b. Sección triangular.*

paredes, muy horizontal y lo apreciable de los diámetros, nos inclinan a pensar que, como en casos anteriores, nos hallamos ante fondos que corresponden a platos (Formas I, IV y VI y puede que también a la V).

Sin estampillas. ***(Fig. 29, 15-17).***

Menos frecuente, pero también significativa, es la presencia de fondos anulares reentrantes no estampillados. El ejemplar número 15, con un diámetro en torno a los 5 cm. y paredes que indican una tendencia globular de la vasija, parece responder a formas de la Variante IX-A-4, sin descartar otras. El fragmento número 16, de mayor diámetro (7'6 cm.), puede que responda a alguna de las variantes más anchas de las copas de la Forma VIII y a cualquiera de las formas abiertas de platos.

— Variante 1-d. Separado del cuerpo por una acanaladura. ***(Fig. 30)***

En líneas generales esta variante presenta las mismas características que definen a los fondos del Tipo 1-a. Se trata de pies anulares, altos y esbeltos, de tendencia recta, pero se distinguen de éstos en que se separan del cuerpo por una acanaladura bien marcada que individualiza el pie del resto del vaso. Esta variante es frecuente entre los ejemplares selectos, de ejecución más cuidada y mayor calidad técnica y estilística.

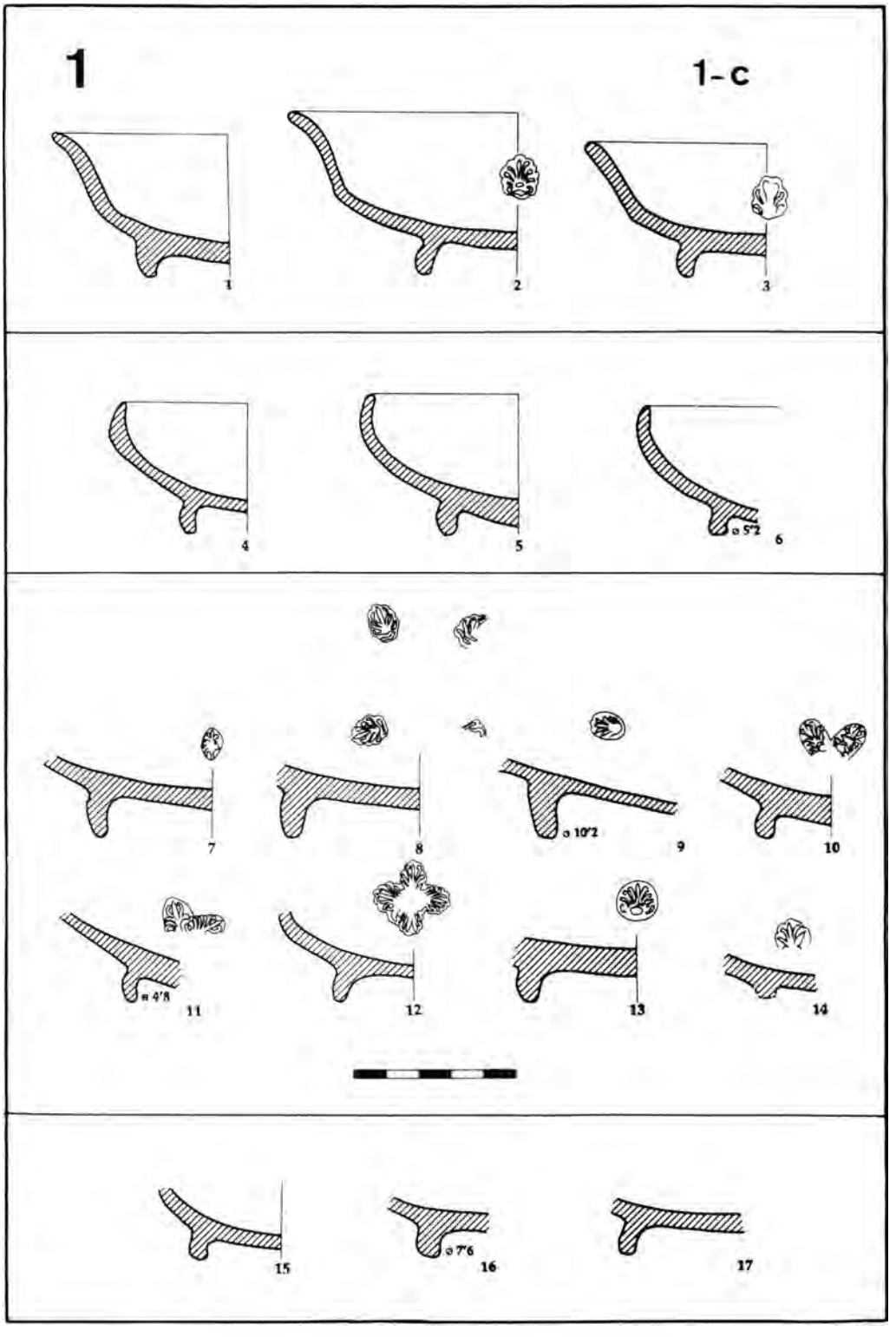


FIGURA 29.—*Tipo 1. Pie anular (III). Variante 1-c. Tendencia reentrante.*

F.VIII. ***(Fig. 30, 1-3)***

Son fondos que también documentamos entre las formas completas de copas (Forma VIII). Aparecen estampilladas y sin decoración.

F.VII. ***(Fig. 30, 4-5)***

Aunque no se trata del pie característico de los bolsales, también los encontramos entre estas formas. Como venimos viendo, pueden aparecer con decoración o sin decorar.

F.III. ***(Fig. 30, 6)***

Al tratarse de fondos de cuidada ejecución suelen ser los que presentan las formas más elegantes y selectas, como es el caso de los platitos de la Forma III.

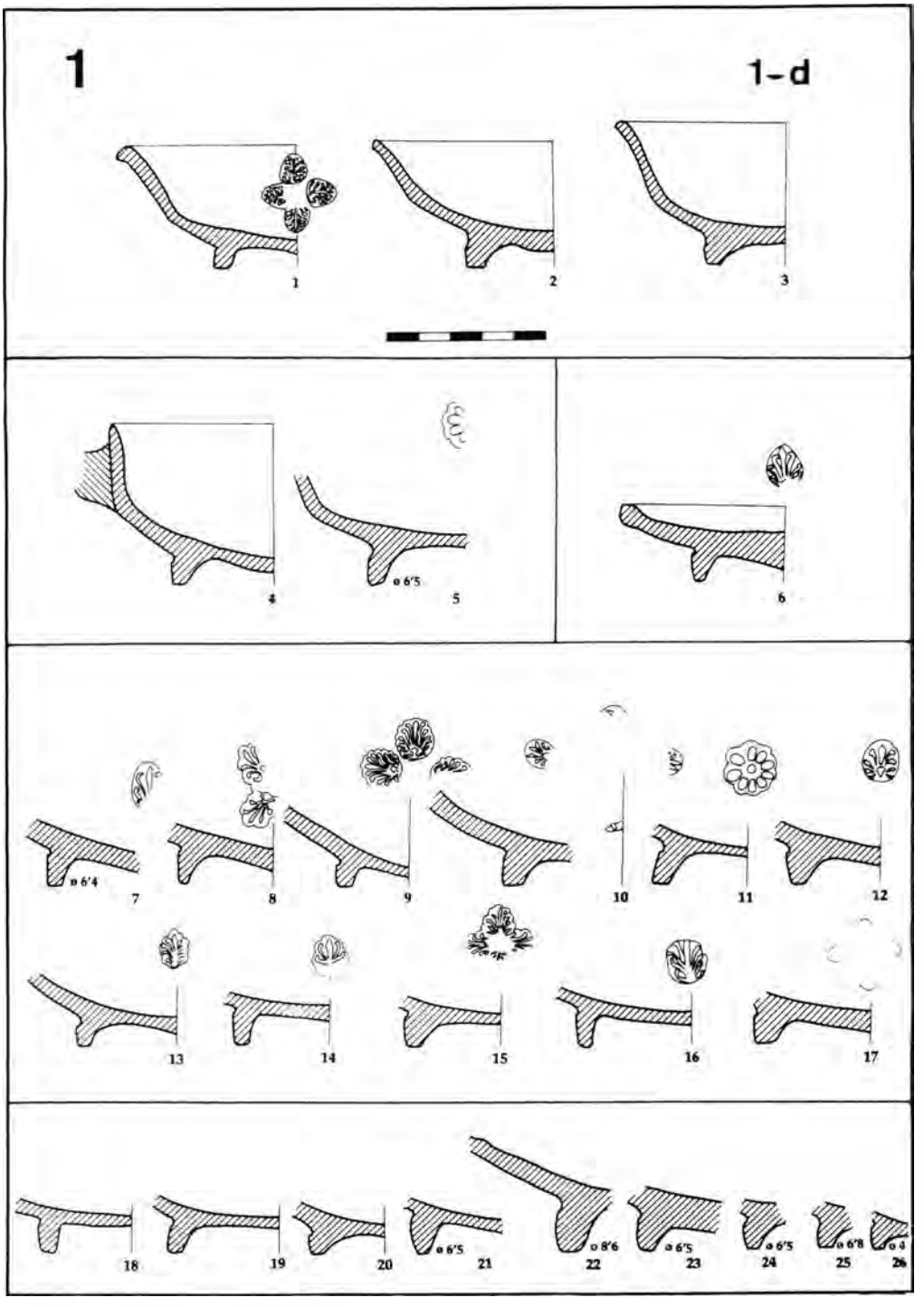


FIGURA 30.—*Tipo 1. Pie anular (IV). Variante 1-d. Separado del cuerpo por una acanaladura.*

Con estampillas. ***(Fig. 30, 7-17)***

Los pies del Tipo 1-d suelen aparecer estampillados y, por las razones ya expuestas, los sellos son en general más elegantes, con motivos más estilizados y de mayor calidad técnica y artística. De diámetros entre los 4'5 y los 7'5 cm., responden a las ya citadas formas de copas (Forma VIII), bolsales (Forma VII) y platitos (Forma III) y, posiblemente, al resto de platos (Formas I, IV, VI y V) y a otras formas como los cuencos del Tipo IX-B, de fondos anchos que, a diferencia del IX-A, sí pueden aparecer estampillados.

Sin estampillas. ***(Fig. 30, 18-26)***

Siguen la tónica general de los anteriores. Las dimensiones oscilan entre los 4'6 y los 8'6 cm. y, con seguridad, responden a las formas ya citadas, mas ciertas formas como el Tipo IX-A, que no se estampillan nunca. La longitud considerable de pared que conserva el fragmento número 22 y la moldura que presenta al interior, sumadas a las dimensiones del fondo (8'6 cm. de diámetro), nos inclinan a adscribirlo, con bastante seguridad, a la Forma I (plato moldurado).

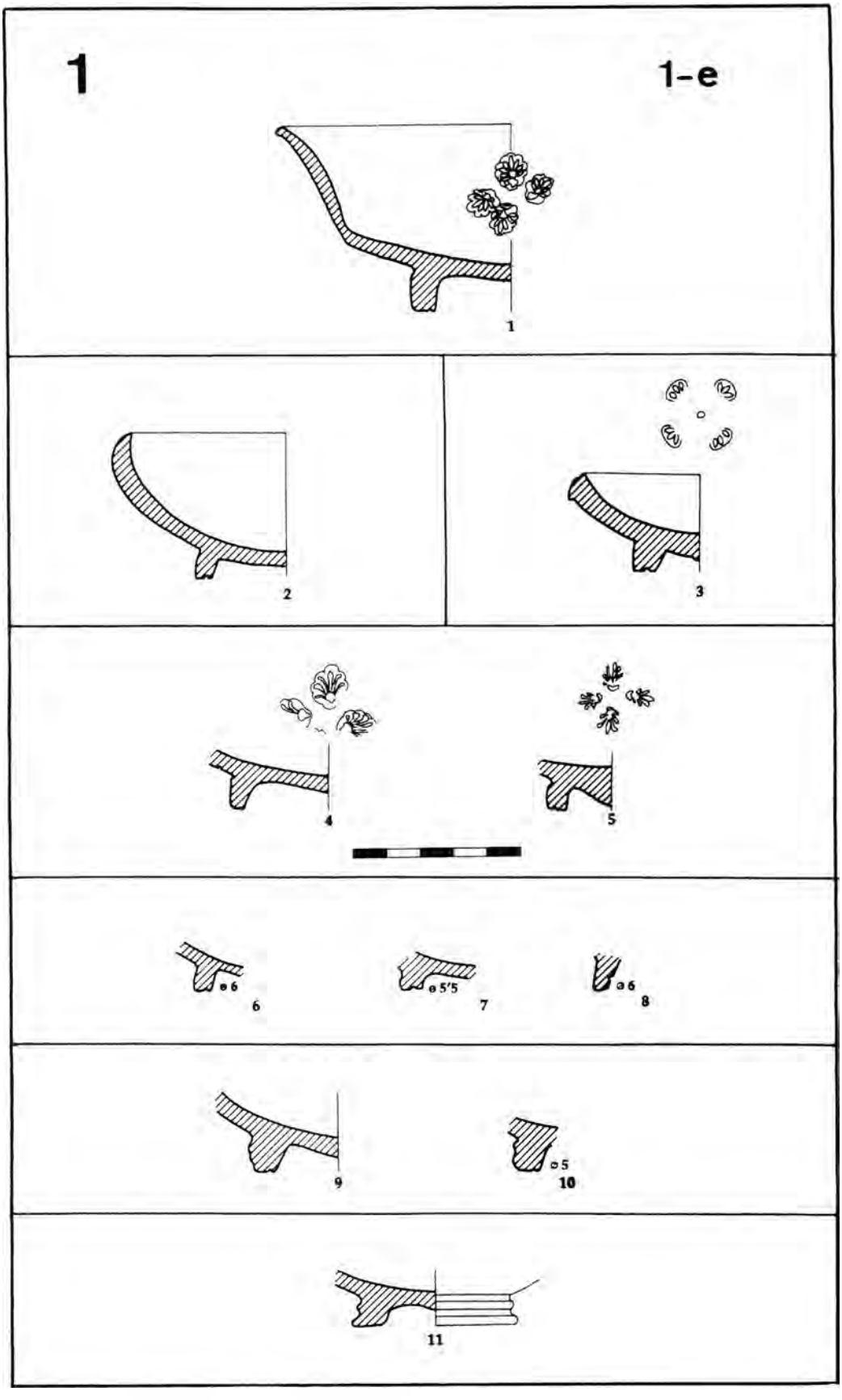


FIGURA 31.—*Tipo 1. Pie anular (V). Variante 1-e. Con uñas y/o molduras.*

— Variante 1-e. Con uñas y/o molduras. ***(Fig. 31)***

La última variante que hemos considerado dentro de este primer tipo de fondos queda definida por la presencia de uñas o molduras situadas, en la mayoría de las ocasiones, en la zona de reposo del vaso. Este elemento se toma prestado de los modelos áticos, que se decoran con frecuencia de este modo (Sparkes y Talcott 1970; Cerdá 1987a y 1987b; Sánchez 1992a).

F.VIII. ***(Fig. 31, 1)***

Como viene siendo habitual, también la Forma VIII se nos presenta con esta variante. Es el caso de la copa nº 1, que muestra un pie del Tipo 1-d pero que al presentar la acanaladura que surca la zona de reposo del vaso, ha sido incluida dentro de esta Variante 1-e.

F.IX-A-4. ***(Fig. 31, 2)***

Como sus más directos precedentes áticos, los cuencos IX-A-4 son una de las formas que, con mayor frecuencia, acanalan la parte inferior del pie.

F.XI-A. ***(Fig. 31, 3)***

También acanalado se nos presenta el único ejemplar completo de vasito del Tipo XI-A.

Con estampillas. ***(Fig. 31, 4-5)***

Los fondos que se estampillan deben pertenecer a ejemplares de copas (Forma VIII), de mayores o menores dimensiones (diámetros: 6 cm. del fragmento nº 4 y 3'5 cm. del nº 5), de bolsales (Forma VII), platitos (Forma III) y algún tipo de cuenco (Tipo IX-B).

Sin estampillas. ***(Fig. 31, 6-8)***

Los fragmentos sin decoración presentan similares dimensiones (entre 5'5 y 6 cm.) y posiblemente respondan a los tipos citados, sin olvidarnos de añadir las formas incluidas en el tipo de cuenco IX-A, que nunca se estampilla.

Con moldura exterior y uña. ***(Fig. 31, 9-10)***

En este epígrafe hemos considerado los pies que además de presentar acanaladura en la zona de reposo, su perfil externo aparece moldurado. No podemos adscribirlos a ninguna de las formas completas de la clasificación ni se puede tampoco rechazar su pertenencia a ninguna de ellas con los datos con los que contamos.

Con moldura exterior, sin uña. ***(Fig. 31, 11)***

En este caso se trata de un fondo con moldura exterior y sin acanaladura bajo el pie. Por sus dimensiones (4'8 cm.), la ausencia de sellos y huellas de decoración y la tendencia hemisférica de las paredes, nos inclinan a incluir este fondo en el Tipo IX-A (cuenco globular).

Tipo 2. Pie de cuenco. ***(Fig. 32 a 35)***

Hemos optado por esta denominación que, aunque no demasiado afortunada, sí es significativa, pues es entre los distintos tipos que integran la Forma IX, donde documentamos con mayor frecuencia las diferentes variantes del pie Tipo 2.

— Variante 2-a. Macizo. ***(Fig. 32)***

Se corresponde con los fondos áticos del Ágora de Atenas que Sparkes y Talcott llamaron "broad base" (1970: 244). Se distinguen fácilmente por la considerable anchura de la zona de reposo, en plano inclinado y que ocupa prácticamente la totalidad de la base. La zona central, muy reducida, forma un cono apreciable al exterior. Los diámetros se sitúan entre los 3'5 y los 5'6 cm. y un término medio de 4'5 cm.

F.IX-A-1 y F.IX-A-3. ***(Fig. 32, 1-5)***

Aunque los fondos de bases anchas son los característicos de las formas áticas de "saltcellar" (*Idem.* 244 s.), entre las imitaciones de los talleres de Kuass es frecuente encontrarlos también en los cuencos globulares del Tipo IX-A, concretamente los hemos documentado en ejemplares de las Variantes IX-A-1, de borde reentrante y IX-A-3, de perfil carenado. Sea cual sea la forma de la base, este tipo nunca se estampilla.

F.IX-C. ***(Fig. 32, 6-7)***

Los pequeños saleritos del Tipo IX-C responden fielmente a los prototipos áticos de los que proceden y conservan, sin excepciones, la base ancha y maciza que caracteriza a los ejemplares griegos. Frecuentemente se estampillan (nº 6) pero también los encontramos sin decoración (nº 7). La pieza número 6 presenta tres palmetas dispuestas simétricamente, esquema frecuente entre ciertas producciones tempranas de campaniense A (Cerdá 1987b: 312; Morel 1980b: 102) e imitaciones púnicas del Norte de Africa o Sicilia Occidental (Cerdá 1987b: 312; Morel 1978: 132).

Con estampillas. ***(Fig. 32, 8-17)***

Ante la presencia de sellos impresos en los fondos internos, podemos asegurar, sin riesgo a equivocarnos, que nos hallamos ante un fondo perteneciente al Tipo IX-C, que se decora la mayor parte de las ocasiones frente a los del Tipo IX-A, nunca estampillados. El motivo más utilizado es el de las cuatro palmetas opuestas diametralmente, separadas o ligadas, sin descartar que de manera puntual se den otros (la nº 11 presenta una única palmeta).

Sin estampillas. ***(Fig. 32, 18-35)***

También es frecuente que nos encontremos fondos de este Tipo 2-a sin estampillar, que pueden pertenecer indistintamente a cualquiera de las dos formas completas que hemos considerado, ya que no se diferencian en cuanto a dimensiones ni perfiles.

— Variante 2-b. Ancho y abierto. ***(Fig. 33)***

Los fondos que hemos considerado que pueden formar parte de esta segunda variante se caracterizan porque presentan el pie anular y corto, diámetro ancho, tendencia de las paredes bastante horizontal y, en ocasiones, decoración. Los diámetros se sitúan entre 8 y 6 cm., predominando los valores cercanos a los 6 cm. y medio.

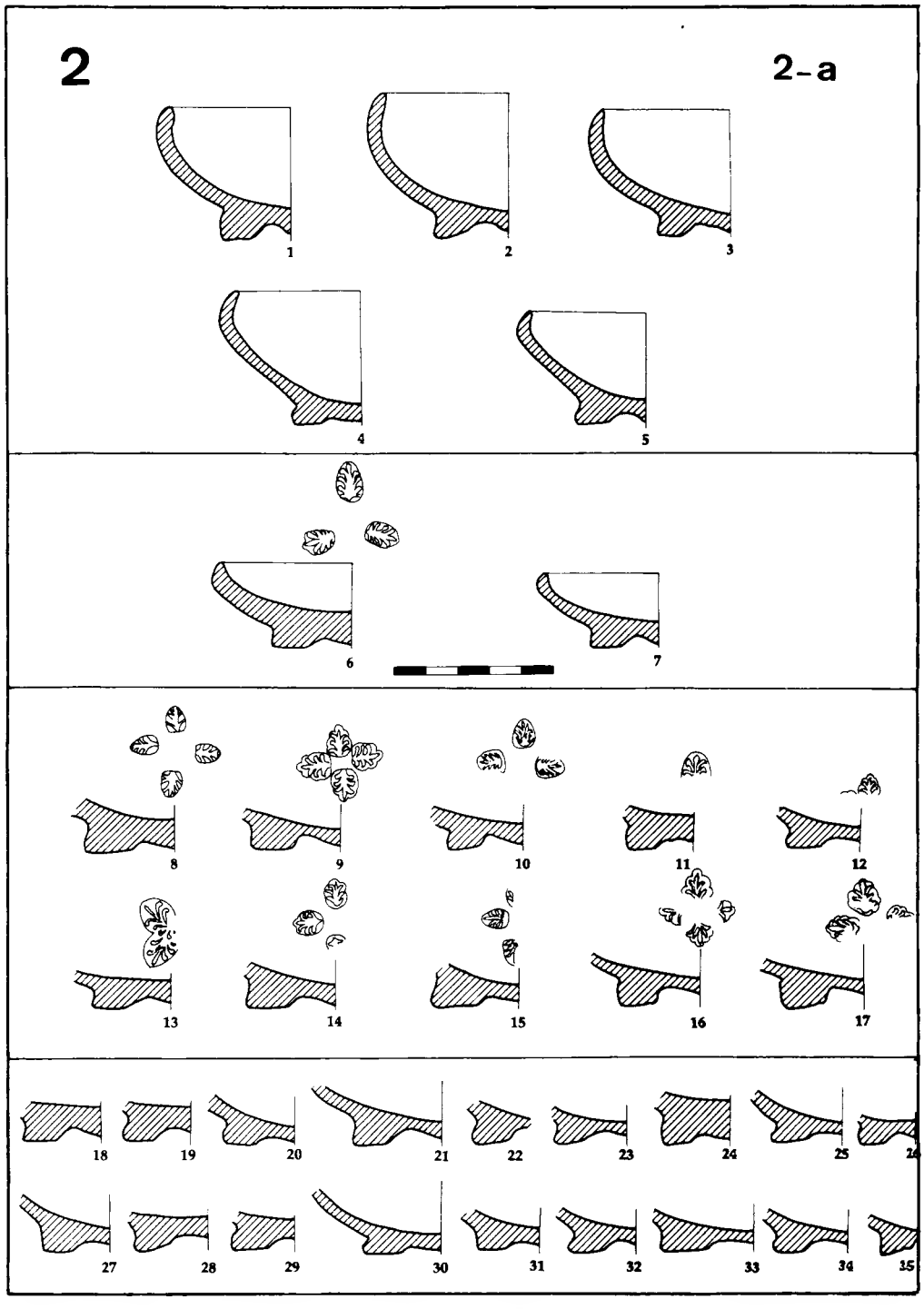


FIGURA 32.—*Tipo 2. Pie de cuenco (I). Variante 2-a. Macizo.*

F.III. ***(Fig. 33, 1)***

Entre las formas completas que presentan este fondo encontramos platitos de la Forma III que, en función de los ejemplares completos con los que contamos, se estampillan siempre o, al menos, en un alto porcentaje.

F.VIII. ***(Fig. 33, 2)***

Algunas piezas de copas de la Forma VIII nos presentan, asimismo, pies del Tipo 2-b, de diámetros no excesivamente considerables (en este caso 6 cm.)

F.IX-B. ***(Fig. 33, 3-5)***

La variante en cuestión ha sido incluida dentro del grupo 2, que hemos definido en principio como pies de cuencos, por tratarse del tipo que presentan, salvo contadas ocasiones, los pies de los cuencos anchos y bajos Tipo IX-B, que pueden estampillarse o no.

Con estampillas. ***(Fig. 33, 6-21)***

Los fondos provistos de decoración estampillada pueden, en principio, pertenecer a cualquiera de las tres formas anteriores (Forma III, Forma VIII y Tipo IX-B) y, posiblemente, a bolsales de la Forma VII, de bases más anchas que la media (nº 13 y nº 18).

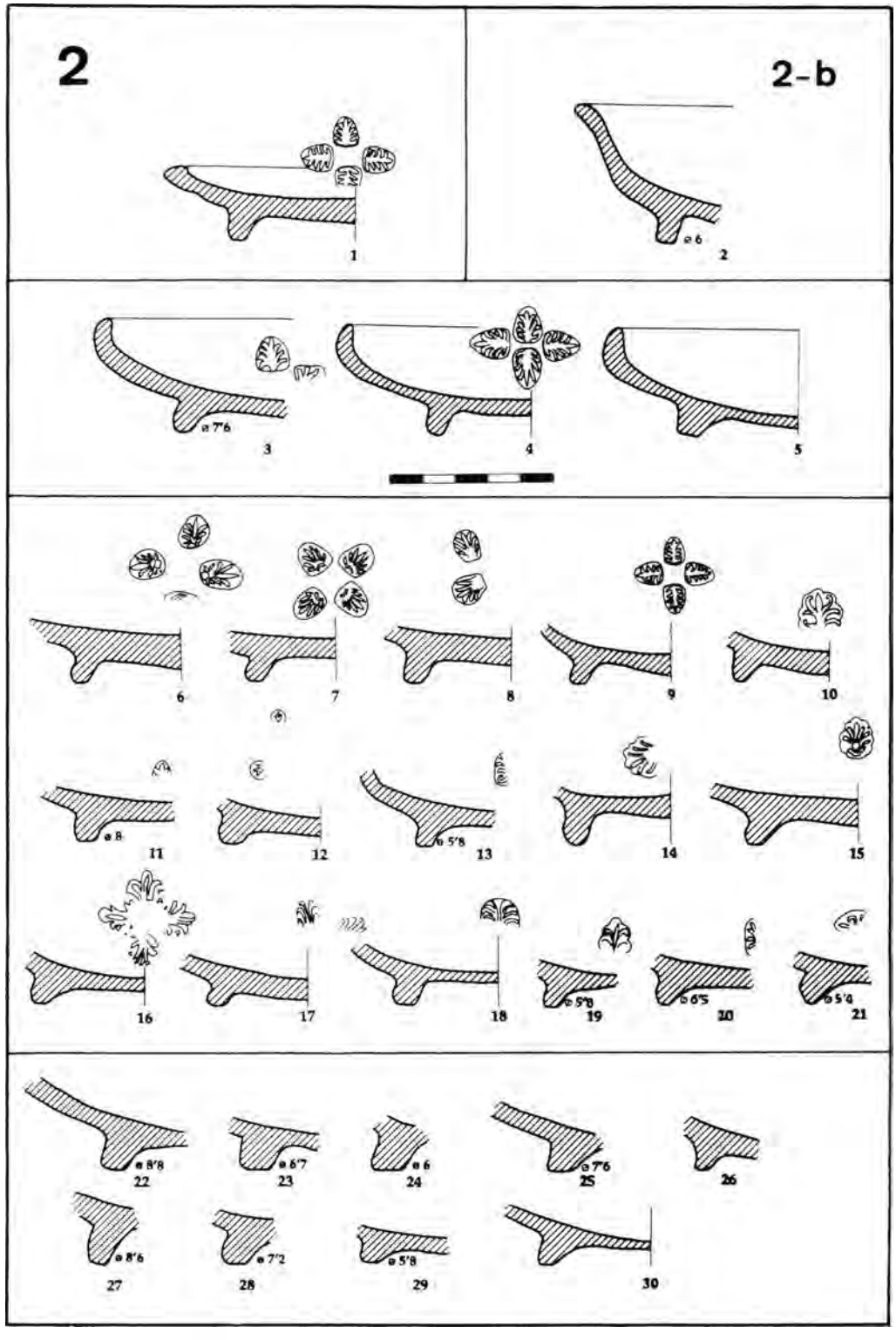


FIGURA 33.—*Tipo 2. Pie de cuenco (II). Variante 2-b. Ancho y abierto.*

Sin estampillas. ***(Fig. 33, 22-30)***

Entre las piezas que hemos considerado que pueden pertenecer a esta variante y que no se estampillan, la variabilidad formal es algo mayor y además de a los tipos ya citados, puedan corresponderse con algún tipo de plato (por las medidas de la base son los tipos que más se pueden parecer).

— Variante 2-c. Pequeño y engrosado al centro. ***(Fig. 34)***

Se trata del fondo por excelencia de la Forma IX-A o cuenco globular, por otra parte una de las formas más frecuentes en la zona. Es un pie anular pero de aspecto macizo, apenas señalado en la base externa, que adquiere un espesor considerable y un engrosamiento más destacado en la parte central. Las dimensiones son muy constantes, siempre en torno a los 4 cm. de diámetro, aunque algunos ejemplares alcanzan tamaños algo mayores (el nº 35 mide 5'6 cm. y el nº 46, 5'5 cm.) o menores (el nº

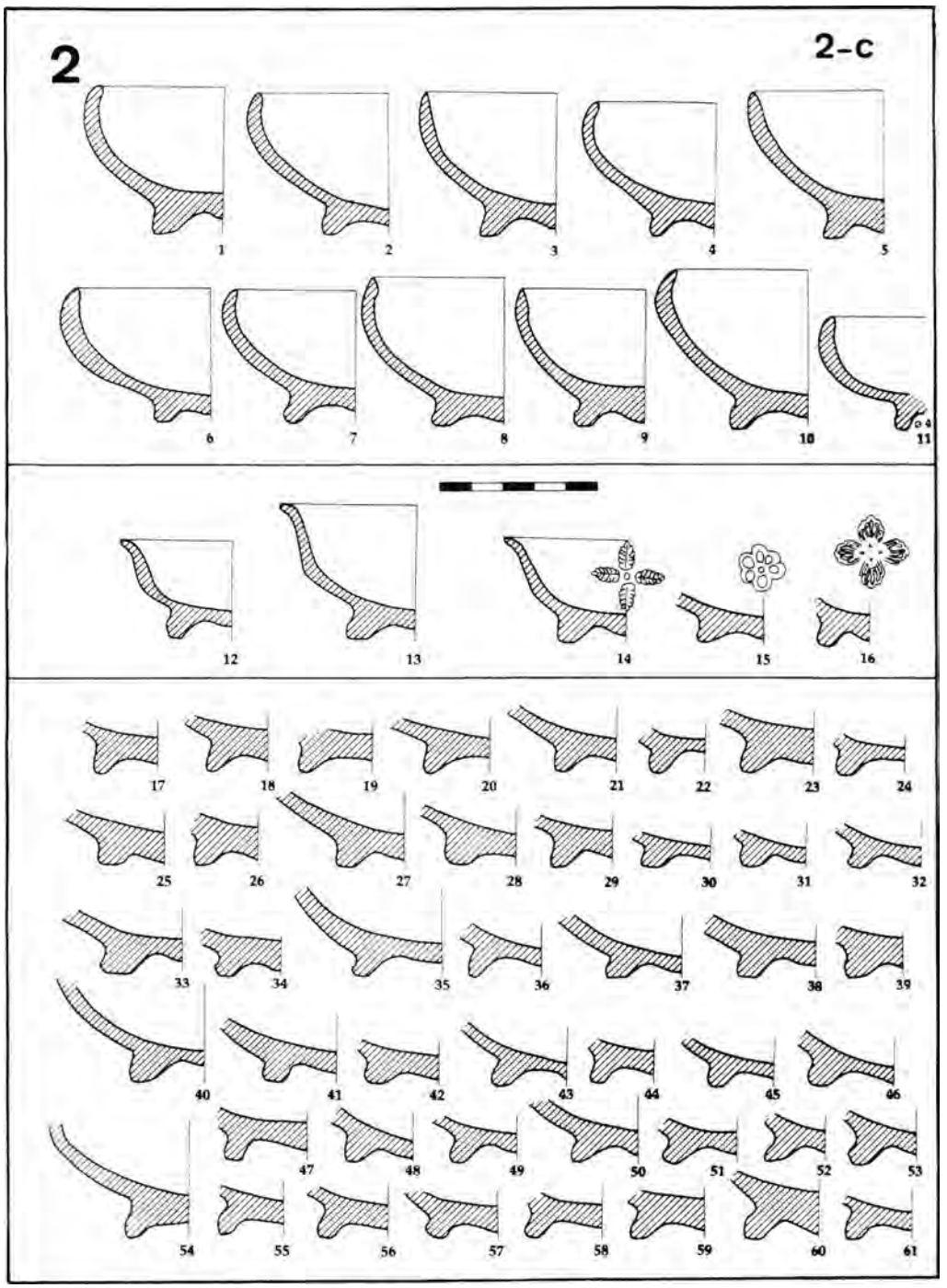


FIGURA 34.—*Tipo 2. Pie de cuenco (III). Variante 2-c. Pequeño y engrosado al centro.*

22 y el nº 16 apenas superan los 3 cm.). Estos fondos, salvo contadas excepciones y siempre cuando pertenecen a otras formas, no se estampillan.

F.IX-A. ***(Fig. 34, 1-11)***

Ya hemos señalado que este fondo es sobre todo característico de las formas de cuenco globular del Tipo que hemos llamado IX-A. La mayoría de éstos, salvo los pertenecientes a la Variante IX-A-4, de bases más esbeltas, presentan fondos del Tipo 2-c, tal y como queda reflejado en la figura 34.

F.VIII. ***(Fig. 34, 12-14)***

No obstante, con relativa frecuencia encontramos otras formas, como las copas de pequeño tamaño del Tipo VIII-B que, debido precisamente a sus menores dimensiones, adoptan este tipo de fondos, cuyo diámetro, en torno a los 4 cm., se acomoda con facilidad al resto de las medidas de estos vasos. Sobre esta forma sí podemos encontrar estampillas.

Con estampillas. ***(Fig. 34, 15-16)***

Contamos con dos fondos de este tipo (nº 15 y nº 16) que presentan decoración estampillada y que podemos adscribir con un alto grado de seguridad al Tipo VIII-B, que, al contrario de lo que sucede en el caso de los cuencos Tipo IX-A, sí se decora.

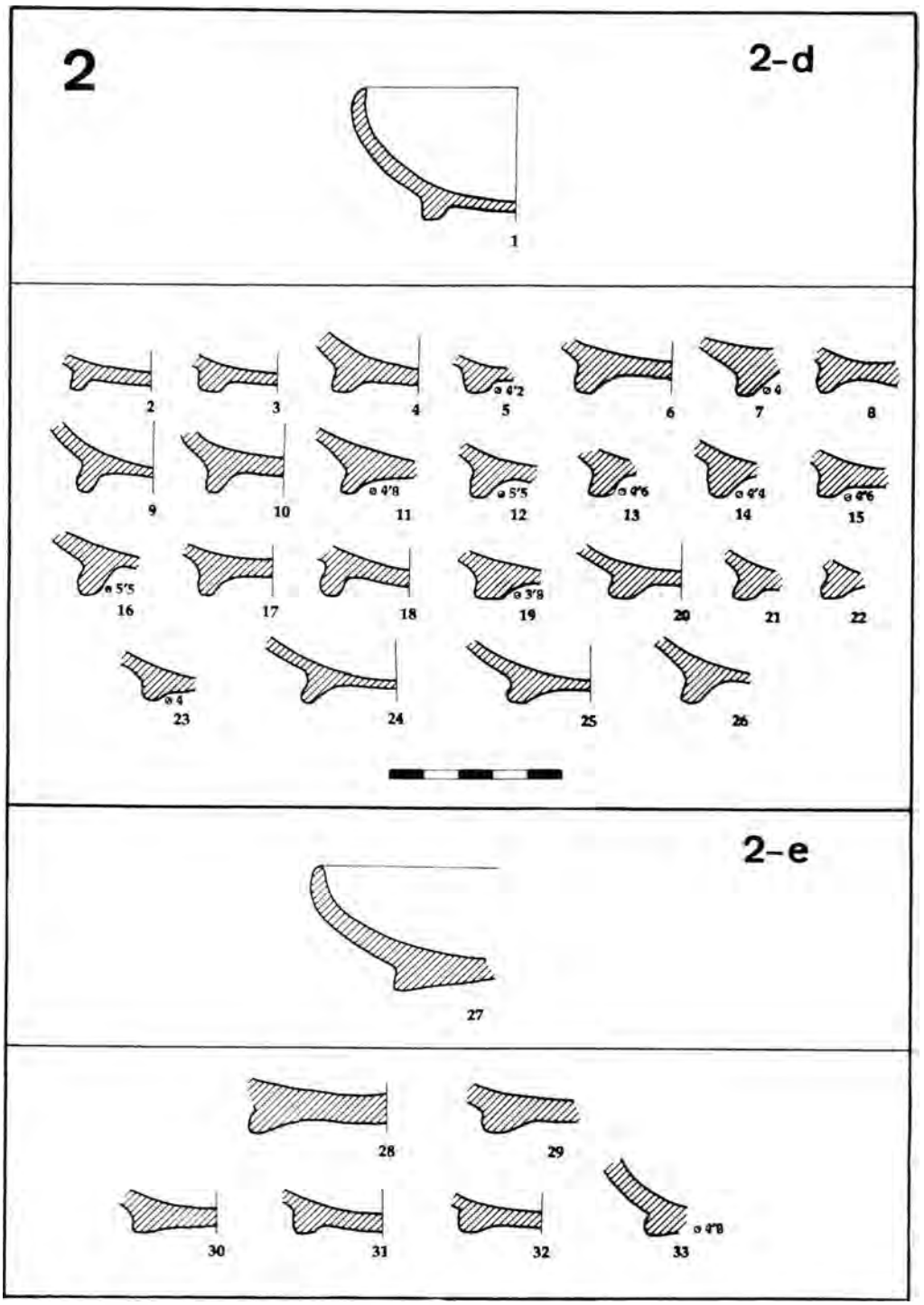


FIGURA 35.—*Tipo 2. Pie de cuenco (IV). Variante 2-d. Medio y más esbelto. Variante 2-e. Apenas señalado.*

Sin estampillas. ***(Fig. 34, 17-61)***

Con mucha más frecuencia aparecen fondos del Tipo 2-c sin estampillar. En líneas generales estos fondos apenas si presentan variaciones de tamaño y forma, y se pueden adscribir al Tipo IX-A, sin excluir que alguno pudiera pertenecer a formas de copas (Tipo VIII-B) que también aparecen sin decoración impresa. La única diferencia digna de destacar radica en la variabilidad de los perfiles exteriores de los pies. Encontramos pies rectos con cierta tendencia redondeada (números 17 a 31), biselados (nº 32-35), separados del cuerpo mediante una acanaladura (36-39), en doble curva convexa-cóncava (41-61), en definitiva, las mismas variantes que venimos distinguiendo entre los fondos de las diferentes formas.

— Variante 2-d. Medio y más esbelto. ***(Fig. 35, 1-26)***

A continuación se ha considerado una serie de fondos, en parte similares a los anteriores pero con las peculiaridades suficientes para formar un grupo aparte. En principio, su pertenencia a las formas de cuenco parece segura por la tendencia del galbo, el diámetro del fondo y las características del pie. Los diámetros son algo mayores que los de los ejemplares del Tipo 2-c y se sitúan en torno a los 4'6 cm. de media. La mayor diferencia respecto al tipo anterior radica en la ausencia de engrosamiento de la pared del fondo, que origina bases de apariencia más ligera. Los pies son anulares y cortos.

F.IX-A-4. ***(Fig. 35, 1)***

Sobre todo documentamos estos fondos en vasos de la Variante IX-A-4, de apariencia más grácil que el resto de las variantes que forman el tipo y diámetros algo mayores, como los 5'2 cm. del ejemplar completo que presentamos. El hecho de carecer de decoración en todos los casos contemplados, contribuye a apoyar la hipótesis de su pertenencia a cuencos globulares de la Variante IX-A-4.

Sin estampillas. ***(Fig. 35, 2-26)***

Es frecuente que nos encontremos con fondos fragmentados que reúnen las características expuestas y que no se decoran. En este momento y con los datos con los que contamos, podemos considerar que pertenecen a ejemplares de la Variante IX-A-4 y, quizás, a otros tipos formales cuyos prototipos hemos considerado al describir el Tipo 5 de fondos y con los que guardan ciertas similitudes.

— Variante 2-e. Apenas señalado (de disco o pseudo-disco). ***(Fig. 35, 27-33)***

En esta última variante se han incluido una serie de fondos, no muy frecuentes, cuya característica principal, que lo define, es la de presentar un fondo apenas señalado, independientemente de sus dimensiones (que oscilan entre los 7'8 cm. del mayor y los 4'8 de los menores). Se trata, prácticamente, de pies de disco, señalados al exterior y con bases rehundidas, similares a los que presentan las lucernas abiertas (Forma XVI), aunque se diferencian de éstas en la ausencia del cono o engrosamiento interior. Entre los materiales áticos son los pies propios de los cuencos o saleritos más antiguos, del siglo V a.C. (Sparkes y Talcott 1970: 137).

F.IX-B-3. ***(Fig. 35, 27)***

Entre las formas completas este fondo aparece en un ejemplar de cuenco ancho, Variante IX-B-3.

Sin estampillas. ***(Fig. 35, 28-33)***

El resto de fragmentos que hemos contabilizado, comparten las características generales y ninguno de ellos está estampillado. En principio, por la tendencia que presentan las paredes, bastante horizontal, pueden pertenecer a estas formas de cuenco, sin excluir otras, quizás exceptuando platos (Formas I, III, IV, V y VI) y copas (Forma VIII), de pies más esbeltos (sobre todo del Tipo 1) y bolsales (Forma VII), cuyos pies suelen ser muy característicos y también bastante destacados (ver Tipo 3).

Tipo 3. Pie de bolsal. ***(Fig. 36)***

Incluimos dentro de nuestro Tipo 3, los pies que Morel denomina "pieds à bourrelet" y describe como "les pieds dont la moitié inférieure, lorsque l'on considère leur profil, est nettement saillante par rapport à la moitié supérieure" (1981a: 449). Lo hemos llamado pie de bolsal, porque se trata de la forma que, con mayor frecuencia, presenta este tipo de pie, de perfil muy saliente, que en el interior muestra una curva continua desde el fondo externo hasta la zona de reposo y en el exterior se une con esta curva en ángulo agudo (Sánchez 1992a: 225; Picazo 1977: 111) y que recuerda en gran medida al de las piezas áticas (Sparkes y Talcott 1970: 107).

Los diámetros oscilan entre 8'4 cm. y 4 cm. y la media se sitúa en 6'3 cm. y reflejan la variabilidad de tamaños con la que se nos presenta esta forma.

— Variante 3-a. Salientes, sin uña. ***(Fig. 36, 1-20)***

Hemos distinguido dos variantes dentro del Tipo 3, quizás no muy significativas desde el punto de vista morfológico, pero creemos que pueden ser operativas a la hora de manejar la tipología. La primera engloba los pies que no presentan uñas en la zona de reposo.

F.VII. ***(Fig. 36, 1-5)***

Como ya hemos señalado la totalidad de formas, completas o que por la tendencia de las paredes, pueden adscribirse con seguridad a la Forma VII, se corresponden con ejemplares de bolsales que, si atendemos a los vasos presentados, se decoran en un porcentaje muy alto (en nuestro caso los cinco ejemplares completos que se han contabilizado están estampillados). Las estampillas pueden variar, pero se ha observado que el motivo más frecuente y casi exclusivo de esta forma es la roseta (nº 3, 4 y 5) y en segundo lugar las cuatro palmetas, de factura esquemática, dispuestas en cruz.

Con estampillas. ***(Fig. 36, 6-9)***

Por el perfil externo del pie y los motivos de la decoración (rosetas y palmetas esquemáticas en cruz) y aunque en ocasiones no podamos prolongar la pared, ni percibir la tendencia que sigue (nº 6, 7 y 8), podemos adscribir casi con seguridad también estos fragmentos a la Forma VII.

Sin estampillas. ***(Fig. 36, 10-20)***

Lo mismo podemos decir respecto a los fragmentos de fondos no decorados. Aunque alguno, como el fondo nº 11, por la tendencia de las paredes podría también pertenecer a otras formas como los cuencos globulares del Tipo IX-A, la mayoría parece pertenecer a la Forma VII.

— Variante 3-b. Salientes y con uñas. ***(Fig. 36, 21-26)***

Esta segunda variante comparte con la anterior los rasgos generales del tipo y se diferencia porque la zona de reposo se encuentra surcada por una acanaladura, que forma una uña.

F.VII. ***(Fig. 36, 21)***

Es también en los bolsales donde este tipo de pie se documenta con mayor frecuencia. En el caso que presentamos el ejemplar también se estampilla (cuatro palmetas esquemáticas, dispuestas en cruz).

F.IX-A-4. ***(Fig. 36, 22)***

De manera excepcional encontramos pies del Tipo 3 en otras formas. En este caso en un cuenco globular de la variante IX-A-4, grupo que como venimos repitiendo se caracteriza por la mayor elegancia de su perfil, respecto al resto de variantes del Tipo IX-A y que nunca se estampilla.

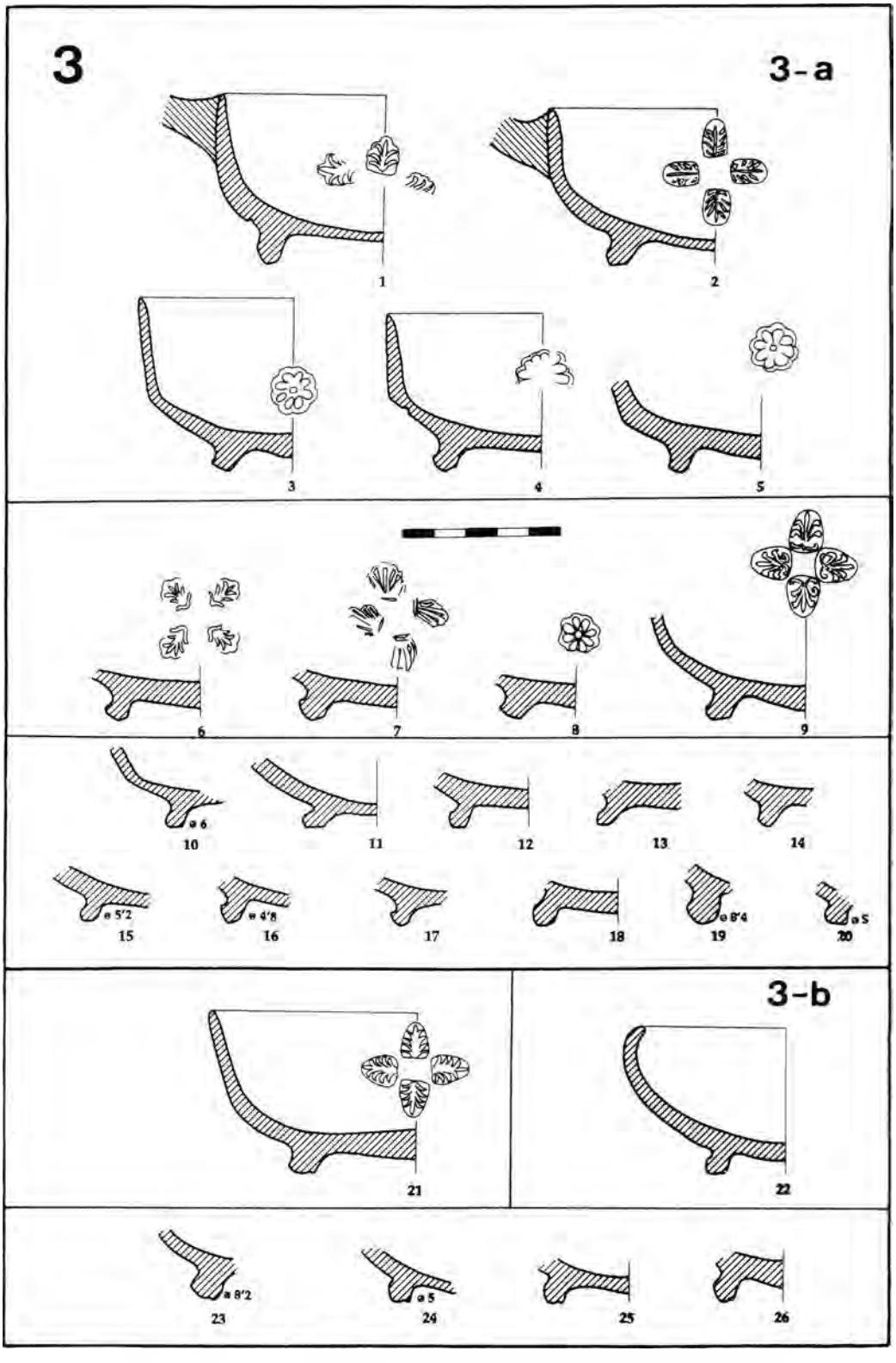


FIGURA 36.—*Tipo 3. Pie de bolsal.*

Sin estampillas. ***(Fig. 36, 23-26).***

Los fondos sin estampillar pueden pertenecer a ambas formas, aunque proporcionalmente deben corresponder mayoritariamente a bolsales.

— Tipo 4. Pie de vaso cerrado. ***(Fig. 37).***

La vajilla "tipo Kuass" se compone sobre todo de formas abiertas, pero también encontramos una serie de recipientes cerrados o de tendencia cerrada, que se identifican rápidamente por la dirección que siguen sus paredes, los diámetros de sus bases, no demasiado amplios, situados en torno a los 4 y 5 cm. (diámetro mayor, 6'2 cm., diámetro menor, 3 cm., media 4'5 cm.) y sus pies

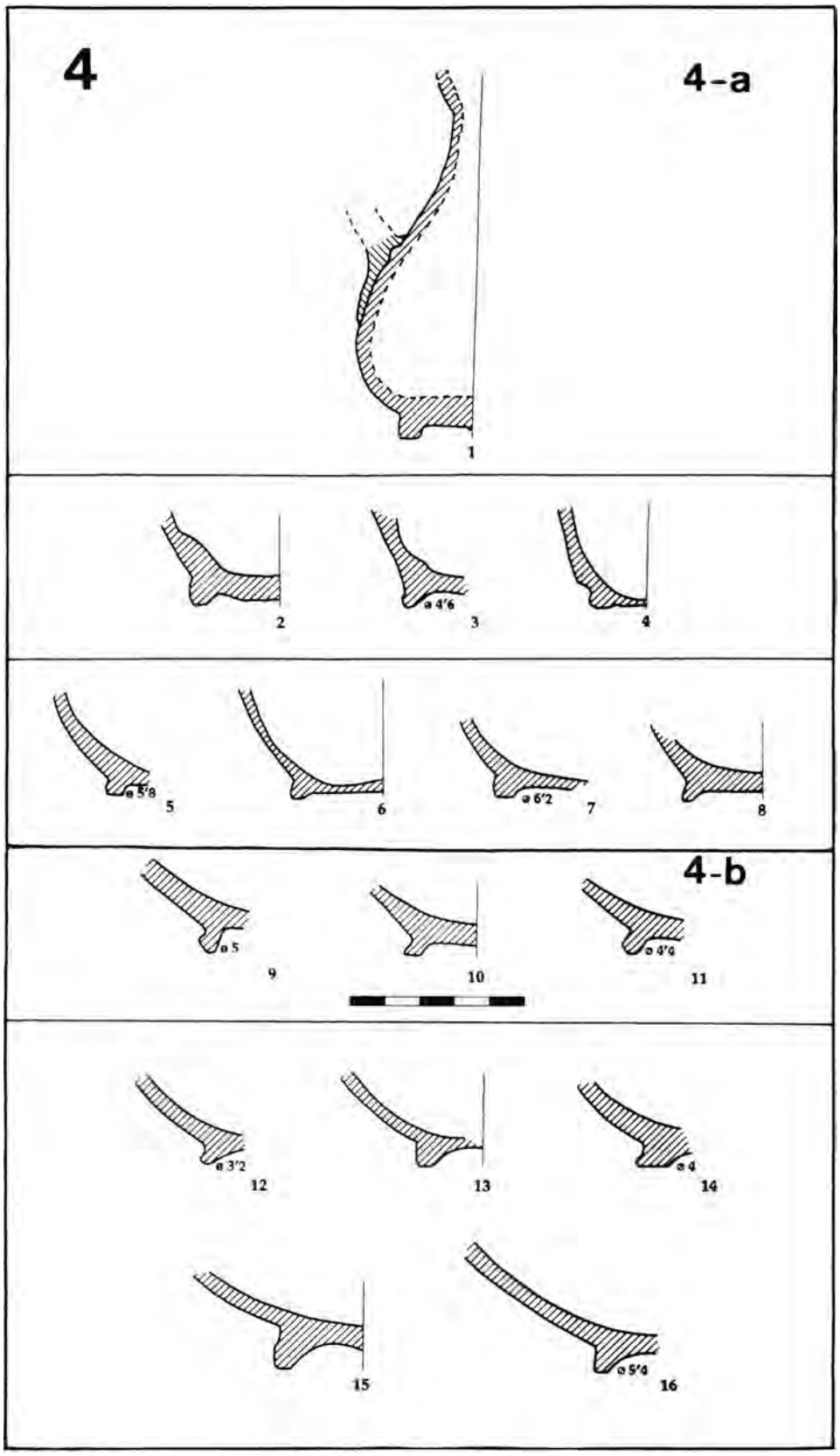


FIGURA 37.—*Tipo 4. Pie de vaso cerrado.*

que, aunque anulares, son bastante cortos. Como es lógico, estas formas no se decoran nunca por el interior, siendo sustituidas las estampillas por otro tipo de decoraciones externas, como es el caso del ejemplar completo del Tipo XV-A, cuyo cuerpo presenta decoración gallonada incisa.

— Variante 4-a. Ungüentarios cerrados (sin esmalte interior). ***(Fig. 37, 1-8)***

Hemos diferenciado dos variantes en función de la presencia o ausencia de barniz en el interior del vaso. Este dato, que va unido al hecho del mayor o menor grado de apertura de las paredes, nos indica si nos encontramos ante vasijas totalmente cerradas o vasos semicerrados, de relativa profundidad en proporción al diámetro de boca y base.

F.XV-A. ***(Fig. 37, 1)***

Entre los ejemplares cerrados destaca, por su calidad técnica y estilística y por ser el único ejemplar de sus características que conservamos casi por completo, el ungüentario que clasificamos como XV-A-1. Al contar con la totalidad del cuerpo de la pieza, ésta nos sirve de referencia para el resto de fondos fragmentados. De esta manera se constata como el cuerpo no se barniza al interior en este tipo de recipientes, la tendencia que siguen las paredes a cerrarse hacia la mitad de la vasija para formar el cuello y las dimensiones, relativamente reducidas, de la base (4 cm. de diámetro).

Muy cerrados y espesos. ***(Fig. 37, 2-4)***

Esta segunda variante engloba una serie de fondos de pies cortos y diámetros reducidos (entre 3 y 5 cm.), en los que la tendencia cerrada de la vasija se advierte claramente sin necesidad de tener que prolongar las paredes. Estas se espesan en su unión con los fondos y contribuyen al aspecto macizo y compacto del conjunto. Las señales del torno y la ausencia de barniz en el interior de los vasos indican una falta de acabado sólo explicable, en el contexto de una vajilla de lujo como la que nos ocupa, por el carácter cerrado de estas formas.

Bastante cerrados y más esbeltos. ***(Fig. 37, 5-8)***

Terminamos los fondos del Tipo 4-a refiriéndonos a un conjunto de fondos, con pies también cortos pero de dimensiones algo mayores (entre 4'6 y 6'2 cm. y una media de 5'4 cm.) y paredes más finas. Los interiores tampoco se barnizan lo que indica que se trata de formas totalmente cerradas. La tendencia de las paredes muestran un cuerpo globular que, posiblemente, se cierre formando un cuello estrecho, por lo que podemos incluir a esta serie de fondos dentro de nuestra Forma XV, sin poder especificar a que tipo en concreto. Este tipo de fondo quizás corresponda también a la Forma XII. El único ejemplar con el que contamos carece de base pero los paralelos documentados (Ponsich 1969a: fig. 10; Morel 1981a: lám. 162, 5311b 1) nos ayudan a inclinarnos por esta hipótesis.

— Variante 4-b. Vasos relativamente cerrados (con esmalte interior). ***(Fig. 37, 5-16)***

En este epígrafe incluimos los fondos cuyas paredes indican una importante tendencia del vaso a cerrarse pero que, al encontrarse barnizados también al interior, no debieron de ser formas totalmente cerradas como las que vimos antes. Las dimensiones de los fondos se sitúan en torno a los 4 cm. - 4 cm. y medio. Hemos diferenciado dos grupos en función del perfil de los pies.

¿Escifos? ***(Fig. 37, 5-11)***

Hemos querido destacar estos tres fondos porque su perfil, tendencia del galbo y silueta del pie, parecen responder a formas que no se han podido identificar con seguridad entre este conjunto cerámico pero de cuya probable existencia parece justo que nos hagamos eco. En efecto, los fragmentos nº 9, 10 y 11, parecen corresponder a formas de escifos, de los que ya hablamos al describir la Variante 2-d de los bordes exvasados de la Forma VII o bolsal.

Carmen Sánchez recoge en su tesis (1992a: 213) la descripción que hacen Sparkes y Talcott sobre la forma en general y el pie en particular, de esta copa de beber de carácter colectivo. Nuestros fragmentos se asemejan a las formas áticas más evolucionadas del siglo IV a.C., con pie de sección cuadrangular, que tiende a hacerse más pequeño, diferenciándose del cuerpo, estrechándose su unión con éste y disminuyendo los diámetros del fondo respecto a los de la boca (Sparkes y Talcott 1970: 85).

Otros. ***(Fig. 37, 12-16)***

El resto de los fragmentos que se han incluido dentro de este Tipo 4 de fondos, parecen indicar una relativa profundidad de las vasijas, aunque la tendencia de las paredes no es excesivamente cerrada. No podemos excluir que pertenezcan también a formas de escifos sobre todo si tenemos en cuenta la relativa libertad de la que hacen gala los artesanos locales al reproducir prototipos áticos. Por la tendencia de las paredes no parece que se correspondan con formas de cuencos (Forma IX) más globulares o boles (Forma X), de tendencia hemisférica y dimensiones mayores.

Tipo 5. Pie corto. ***(Fig. 38, 1-6)***

En este quinto grupo hemos incluido, como en una especie de "cajón de sastre", una serie de formas completas, totalmente dispares entre sí pero que comparten la morfología de la base, anulares pero de pie muy corto que apenas se destaca al interior (y que precisamente por esta razón no hemos incluido entre los pies anulares del Tipo 1, caracterizados por medir lo mismo al exterior y al interior y por su relativa longitud).

F.VIII. ***(Fig. 38, 1)***

Una de estas formas es la copa del Tipo VIII-D, de la que ya dijimos que presentaba diferencias con el resto de los tipos que componen la forma general. Una de estas diferencias radica en el pie, más pequeño, corto y de diámetro menor (5 cm.), frente a los pies altos y esbeltos con los que suelen contar estos vasos.

F.X. ***(Fig. 38, 2)***

También el único ejemplar completo de la Forma X presenta base de pie corto y bajo. El fondo interno se decora mediante la impresión repetida de un mismo motivo, en este caso concreto una roseta.

F.XI-B. ***(Fig. 38, 3)***

Entre las formas de menor tamaño, la base del pequeño cuenco del Tipo XI-B adopta esta misma forma, con pie bajo, apenas señalado y de diámetro estándar: 4 cm.

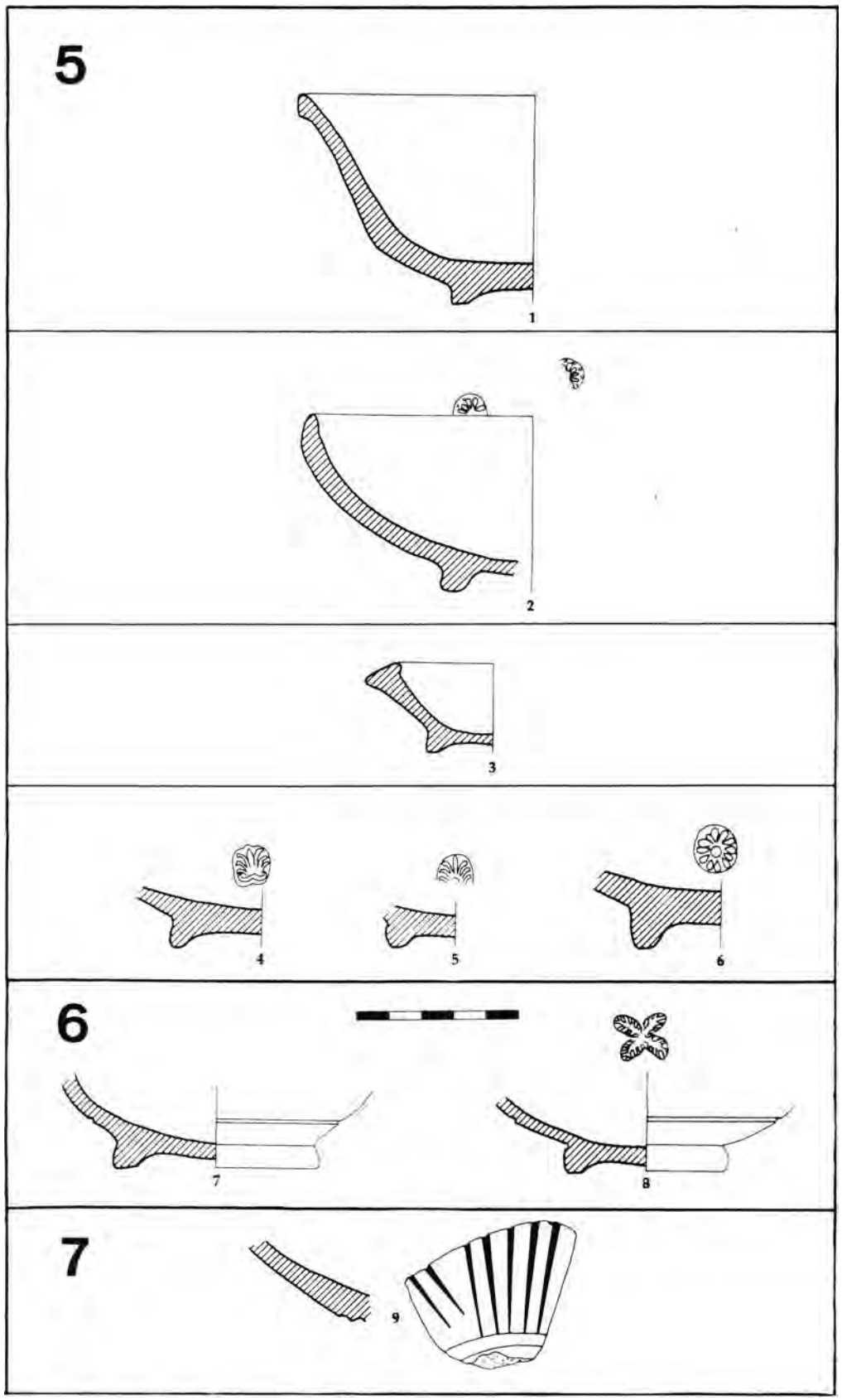


FIGURA 38.—*Tipo 5. Pie corto. Tipo 6. Pie redondeado de bolsal. Tipo 7. Fondo gallonado.*

Con estampillas. *(Fig. 38, 4-6)*

Se han incluido otra serie de fondos fragmentados y estampillados que, por la poca información que ofrecen, se hacen difíciles de incluir en una u otra forma.

Sin estampillas

No hemos reproducido ningún fragmento de este tipo sin estampillar ya que no aportan nuevos datos que ayuden a identificar las formas completas a las que pertenecen o pudieran pertenecer. Se ha incluido este apartado en la clasificación a efectos de contabilización para el estudio estadístico, ya que sí documentamos fragmentos de este tipo entre nuestros materiales.

Tipo 6. Pie redondeado de bolsal. *(Fig. 38, 7-8)*

Nos hemos referido ya en varias ocasiones a la multiplicidad de fondos que puede presentar una misma forma. Este hecho se debe fundamentalmente a la libertad con la que los artesanos interpretan los tipos y a los ensayos y variaciones típicas del eclecticismo formal de los talleres de marcado carácter local, que Morel llama periféricos y entre los que incluye las producciones de Kuass (1992: 220 ss.).

En este sentido hay que entender que formas como los bolsales, que cuentan con un pie exclusivo muy característico (ver Tipo 3), en ocasiones, muestren perfiles diferentes. En este caso se trata de pies cortos de perfil redondeado, que no se señalan mucho al interior, que pueden estar estampillados (nº 7) o no (nº 8) y de los que podemos afirmar con seguridad su adscripción a la Forma VII por la incisión que surca la pared exterior en su tercio inferior, elemento que sólo hemos documentado entre estas formas.

Tipo 7. Fondo gallonado. *(Fig. 38, 9)*

Para terminar con esta ordenación, hemos tenido en cuenta un fragmento de fondo, tan fragmentado que carece incluso de pie, pero que se ha considerado dentro de la clasificación como Tipo por la singular decoración gallonada que presenta al exterior.

Con tan escasos datos, carecemos por completo del menor tipo de información sobre la forma a la que debió pertenecer, aunque sí podemos aventurar que se trataría de una forma selecta, por su delicada y cuidada factura.

2.3.2. Tipos de asas *(Fig. 39)*

Las asas son elementos añadidos a las formas con una finalidad en principio funcional que, a veces, se convierten en importantes elementos decorativos.

A pesar de no ser un elemento frecuente ni que defina en sí mismo a las formas completas, en ocasiones, podemos obtener información útil y complementaria de su análisis: "Les anses sont dans la céramique campanienne des accessoires relativament rares: une minorité seulement des types que nous avons définis en sont pourvus, et ces types, à leur tour, sont souvent parmi les moins répandus" (Morel 1981a: 469).

De las diecisiete formas que componen nuestra tipología sólo podemos afirmar con total seguridad que cinco de ellas poseen o pueden poseer elementos de suspensión. Se trata de la Forma VII (bolsal), Forma XII (vaso profundo), Forma XV (ungüentarios), Forma XVI (lucerna abierta) y Forma XVII (lucerna cerrada). Hemos diferenciado cuatro tipos.

Tipo 1. Asa de cinta-horizontal

Son las asas en las que los dos puntos de unión con el cuerpo de la vasija están situados a la misma altura, en plano horizontal (Morel 1981a: 469). Diferenciamos dos variantes en función de la sección.

— **Variante 1-a. Sección circular.** *(Fig. 39, 1-2)*

Sección circular o subcircular.

— **Variante 1-b. Sección oval.** *(Fig. 39, 3-9)*

La sección presenta forma más alargada, de tendencia oval.

Es el tipo de asa que aparece con mayor frecuencia. En principio puede corresponder o a vasijas de la Forma VII o de la Forma XVI. Si en lugar de con un simple fragmento contamos con el asa completa, o al menos con los arranques, podemos matizar más esta apreciación preliminar. Las asas de los bolsales suelen presentar un perfil característico, muy cerradas en los extremos *(Fig. 9)*, que Morel denomina "asas en oreja" (1981a: 473), mientras que las asas de las lucernas aparecen, tal y como se advierte en el ejemplar completo (nº 1) de la figura 24, más abiertas y de menor diámetro. De forma general también se pueden diferenciar por las secciones, las asas de los bolsales presentan un mayor grosor y tendencia oval y las que pertenecen a lucernas son de menor diámetro y de sección circular. Los ejemplares áticos de lucernas cerradas (Forma XVII), con frecuencia, presentan asas similares (Howland 1958: lám. 38). En nuestro caso no hemos documentado su presencia, pero no hay que descartarla, pues se trata de un elemento de fractura fácil y común, sobre todo si tenemos en cuenta el gran peso que han de soportar (*Idem.* 68).

Como elementos de suspensión que son, las asas cumplen fundamentalmente con la función para la que fueron ideadas. En el caso de las lucernas, el asa permite asir la lámpara con mayor comodidad y seguridad, evitando que la falta de estabilidad provoque el derramamiento del aceite, con incluso riesgo de incendio. Las asas de

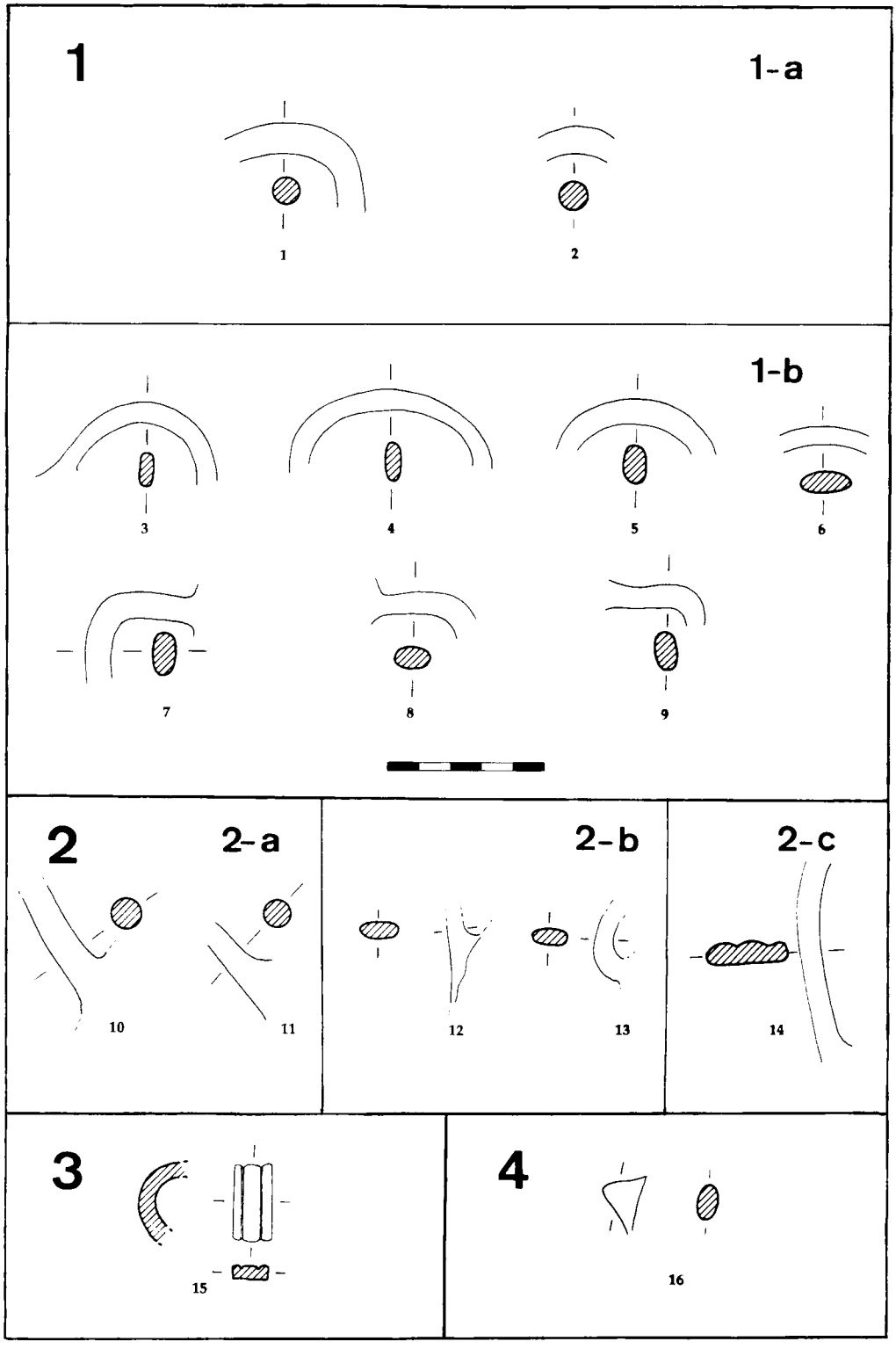


FIGURA 39.—*Tipos de Asas.*

los bolsales facilitan el acto de beber, asegurando su sujeción durante el alzado e inclinación de la copa y el posterior vertido del líquido.

Tipo 2. Asa de cinta-vertical

Asas en las que los puntos de unión al cuerpo están situados en el mismo flanco del vaso, a diferente altura, en un plano vertical (Morel 1981a: 471). También diferenciamos las variantes en función de la sección.

— **Variante 2-a. Sección circular.** ***(Fig. 39, 10-11)***

La sección presenta una forma circular o casi circular.

— **Variante 2-b. Sección oval.** *(Fig. 39, 12-13)*
Asas de aspecto aplanado, sección oval.

— **Variante 2-c. Sección moldurada.** *(Fig. 39, 14)*
Asas planas, que presentan una moldura en la cara externa.

Las asas de implantación vertical corresponden a las botellitas de la Forma XV. Aunque no contamos con ningún ejemplar completo, los arranques de las asas de los ejemplares de los Tipos XV-A *(Fig. 22, 1 y 2)* y XV-D *(Fig. 23)* y la morfología de los prototipos áticos, nos aportan los suficientes indicios como para sostener esta opinión. El extremo inferior del asa se apoyaría sobre el hombro o comienzo del cuerpo de las vasijas y el inicio en el extremo del borde. Conforme a esta hipótesis y al ejemplo del Tipo XV-D, las asas se arquearían notablemente, sobreelevándose por encima de la altura del vaso.

Para Morel, la presencia de un asa vertical es símbolo incuestionable de antigüedad, ya que sólo se documentan en ejemplares anteriores a la Primera Guerra Púnica (*Idem.* 331), este hecho contribuye a dar peso a la hipótesis de un origen ático para nuestras imitaciones, no olvidando el peso de otras producciones protocampanienses tempranas como las localizadas en el área etrusca.

Por su propia morfología y el hecho de documentarse en formas de ungüentarios, estas asas cumplen la función de sostener las vasijas y facilitar su inclinación durante el vertido.

Tipo 3. Asa de anillo. *(Fig. 39, 15)*

Asas de perfil circular, en forma de anillo totalmente cerrado, que se implanta sobre el cuello y/o hombro de la vasija. En este caso se moldura por la cara exterior. Asas que se corresponden con formas típicamente griegas, son poco frecuentes entre los conjuntos campanienses, hecho que le confiere especial significación por la posibilidad de atribuir y datar materiales mediante este elemento (*Idem.* 472).

Este tipo de asa anular lo tenemos documentado en las formas griegas de los "guttus type of askos" (Sparkes y Talcott 1970: fig. 11, 1194; Robinson 1959: 245 ss.; lám. 168) precedente de algunos ejemplares de la Forma XV y en la serie 5311 de Morel (1981a: lám. 162), de similares características que nuestra Forma XII, concretamente el asa del ejemplar 5311b 1 es idéntica a la que aquí reproducimos.

Sabemos con seguridad que la Forma XII presenta un asa de este tipo porque, tanto nuestro ejemplar como el que publica Ponsich procedente del horno III de Kuass (1969a: fig. 10), conservan un segmento anular, fragmentado a la altura de cuello y hombro, pero que deja intuir la forma original.

Tipo 4. Mamelón. *(Fig. 39, 16)*

Por último también tenemos documentados otros tipos de elementos de suspensión, como son los mamelones, menos elaborados y que parecen tener, en la mayoría de las ocasiones, un sentido más estético que funcional.

Pueden aparecer perforados para ser atravesados por cordones, con el fin de colgar el recipiente, tal y como sucede en ciertos tipos de lucernas áticas (Howland 1958: lám. 38) y sus imitaciones locales en barniz rojo (Tipo XVII-D). En ocasiones, estas últimas, subsisten sin perforación, como sucede en Cartago (Deneuve 1969: 45) y en ciertos ejemplares gaditanos.

2.3.3. Correspondencia de los detalles de forma con las formas completas

Tras el análisis pormenorizado de fondos y asas es el momento de intentar relacionar cada tipo con las formas completas a las que pueden pertenecer, bien con total seguridad o con un grado de probabilidad lo suficientemente alto.

Forma I

Los platos moldurados de la Forma I presentan pies anulares simples del Tipo 1-a, según muestra nuestro único ejemplar completo y probablemente otras variantes del Tipo 1, 1-b, 1-c, 1-d y Tipo 2-b. No sabemos si se estampillaron o no.

Forma II

Los característicos pies de los platos de pescado que los hace inconfundibles y exclusivos de la Forma II, se analizan dentro de la forma en cuestión a la que nos remitimos.

Forma III

Estos ejemplares suelen aparecer con decoración estampillada y presentan fondos anulares de los Tipos 1-a, 1-b (?), 1-d, 1-e y del Tipo 2-b.

Forma IV

Al no contar con ningún ejemplar completo no sabemos con total seguridad que fondos eran los que presentaban estas formas. Por otros datos (dimensiones, tendencia de las paredes, etc.) podemos aventurar que se trataría también de pies anulares, 1-a (?), 1-b (?), 1-d (?), 1-e (?) y puede que 2-b (?). Tampoco podemos saber si se decoran o no mediante estampillas.

Forma V

Por los paralelos conocidos sabemos que esta forma se decora mediante un diseño peculiar[58] que contribuye a la adscripción de los fondos fragmentados a la forma completa. Gracias a la decoración podemos afirmar que la Forma V presenta fondos del Tipo 1-a y probablemente 1-b (?), 1-c (?), 1-d (?) y 2-b (?), éstos ya sin decorar.

Forma VI

En lo relativo a la Forma VI reiteramos lo ya dicho para el resto de formas de platos. Los fondos que con más probabilidad pudieron pertenecer a estas formas son los de los Tipos 1-a (?), 1-b (?), 1-c (?), 1-d (?) y 2-b (?).

Forma VII

Los pies típicos de los bolsales son los del Tipo 3 en sus dos variantes, 3-a y 3-b y los descritos en el Tipo 6, pero como ya hemos repetido en más de una ocasión, es en los fondos, precisamente, donde los artesanos se tomaron más libertades al interpretar las formas clásicas y contamos también con bolsales que presentan pies característicos de otras formas, anulares en todas sus variantes: 1-a, 1-b, 1-c, 1-d y 1-e y quizás también del Tipo 2-b. Estos vasos suelen presentarse decorados aunque a veces los tenemos documentados sin decoración.

También pueden, siguiendo fielmente los prototipos, presentar una o dos asas, siempre de la forma que se ha incluido en el Tipo 1-b.

Forma VIII

Normalmente las copas que hemos clasificado dentro de la Forma VIII, presentan fondos esbeltos y estampillados, perteneciendo la mayoría de los pies anulares del Tipo 1 a estas formas: Tipos 1-a, 1-b, 1-c, 1-d, 1-e. En ocasiones y dependiendo de otras circunstancias como son el tamaño o grosor general de las paredes, las copas presentan los fondos menos gráciles que se han incluido dentro del Tipo 2 y que, generalmente, se corresponden con formas de cuencos: 2-b y 2-c, u otros tipos menos destacados, como el Tipo 5.

Forma IX

Dentro de esta forma, cada tipo y variante presentan pies diferentes y muy bien definidos, por lo que hemos optado por individualizarlos a la hora de asignarles los fondos correspondientes.

— Variantes IX-A-1, IX-A-2 y IX-A-3

Fondos que nunca se estampillan, corresponden a los Tipos 2-a, 2-c y 2-e.

— Variante IX-A-4

Pies de aspecto más esbelto que los anteriores, similares a los de las copas pero tampoco aparecen nunca decorados. Tipos 1-a, 1-c, 1-e, 2-d, 2-e y, en menor porcentaje, 3-b y quizás 3-a (?).

— Tipo IX-B

Fondos más anchos y pies algo más destacados que los anteriores, que con frecuencia se estampillan. Se corresponden con los Tipos que hemos denominado 1-d, 1-e, 2-b y 2-e.

— Tipo IX-C

Formas macizas, de pequeño tamaño y con estampillas, que responden fielmente a los prototipos áticos, por lo que las encontramos exclusivamente con fondos del Tipo 2-a.

Forma X

La única forma completa se nos presenta con un fondo del Tipo 5, sin que, en principio, podamos descartar que no presentara otras variantes, quizás del Tipo 1 (?) o Tipo 2 (?).

Forma XI

Las dos formas con fondo cuentan con pies del Tipo 1-e y 5 respectivamente, que sí pueden aparecer estampillados. Al tratarse de una forma poco frecuente apenas si contamos con los datos suficientes para plantear otras hipótesis.

Forma XII

A pesar que nuestro ejemplar carece de fondo, por los paralelos podemos aventurar que las bases que presentarían estas formas deben corresponder al Tipo 4-a (?) y quizás, aunque con menor probabilidad, a algún otra variante del Tipo 4 (?). Asimismo cuentan con asas del Tipo 3.

Forma XIII

Por lo inusual de la forma, de la que no conocemos paralelos exactos y por carecer nuestro ejemplar de fondo, no podemos asignarle, ni tan siquiera aproximadamente, ningún tipo determinado de pie.

---

[58] *Vid.* en el Capítulo 3, dedicado a la decoración, el Tipo V.

Forma XIV

Esta forma de soporte, no puede ser considerada ya que se trata en realidad, de un elemento de sustentación por sí mismo.

Forma XV

Las formas cerradas incluidas dentro de la Forma XV presentan exclusivamente fondos también cerrados del Tipo 4-a y asas de todas las variantes del Tipo 2: 2-a, 2-b, 2-c y quizás también, de acuerdo con los paralelos mediterráneos, del Tipo 3.

Forma XVI

Los fondos de las lucernas abiertas, muy característicos de la forma y, por tanto, de inmediata identificación, se analizaron cuando se trató la forma completa. Estas lucernas presentan siempre en la zona opuesta a la piquera asas del Tipo 1-a.

Forma XVII

Al igual que hemos dicho para la forma anterior, los fondos, exclusivos de la forma, ya han sido analizados. En ocasiones estas lucernas presentan pequeños mamelones del Tipo 4 como elementos de suspensión y puede que quizás también asas del Tipo 1-a (?), como las lucernas áticas, sus más inmediatos precedentes.

Forma indeterminada

No sabemos a ciencia cierta a que forma responde el tipo de fondo que hemos denominado 4-b y en el que hemos creído ver cierta relación con los escifos. Forma de la que, sin embargo, no tenemos constancia de su presencia, pues no hemos recuperado ningún borde que pueda adscribirse con seguridad a esta forma de origen ático.

3

TIPOLOGÍA. II. DECORACIONES Y CARACTERÍSTICAS TÉCNICAS

> "Que duda cabe que en el estudio de unas cerámicas como las campanienses el análisis de sus elementos decorativos, por humildes que a primera vista puedan parecer, puede aportar interesantes y utilísimos indicios a la hora de fecharlas y de encuadrarlas en unos ciclos de producción determinados" (Sanmartí 1978a: 27 s.).

3.1. LA DECORACIÓN EN LAS PRODUCCIONES "TIPO KUASS"

El tema de la decoración de la cerámica que hemos llamado "tipo Kuass" resulta uno de los aspectos fundamentales a la hora de definir e individualizar este conjunto del resto de las producciones barnizadas del momento. Ante la proliferación de talleres mediterráneos en esta primera época (Morel 1980b: 87 ss.), cualquier dato, por nimio que en principio pueda parecer, puede ayudarnos a identificar los diferentes talleres y a definir los rasgos que caracterizan a cada una de estas producciones, en un momento en que las convulsiones políticas rompen, en cierta medida, los circuitos comerciales tradicionales, generando un verdadero mosaico de talleres de carácter local que, erróneamente, la bibliografía especializada ha venido considerando imitaciones de campaniense A cuando, en realidad, se trata de producciones autónomas y contemporáneas a los primeros momentos de ésta (*Idem.* 108; Sanmartí 1981: 171).

La similitud morfológica que presentan la mayor parte de la formas que fabrican todos estos talleres, imitaciones fieles de los vasos áticos o bien formas evolucionadas de estos últimos, hacen prácticamente imposible que éste pueda ser un criterio diferenciador operativo.

Las características técnicas, el análisis de pastas y superficies, parece salvar estas dificultades. Si podemos definir la composición de las arcillas de cada zona, será fácil la adscripción de cada ejemplar a su fábrica de origen. Pero la analítica no siempre es posible, las limitaciones técnicas con las que aún nos vemos obligados a convivir provocan que los análisis de laboratorio sean todavía minoritarios y la simple descripción, aunque sirve de ayuda, no es suficiente para una sistematización definitiva.

En este contexto, otros elementos como los estéticos, que expresan determinadas tendencias y gustos, pueden contribuir a definir áreas de influencia, posibles receptoras de cada tipo de producción y a delimitar cronológicamente la producción de cada taller (Cura y Principal 1994: 178); aunque, en última instancia, debe ser el análisis pormenorizado de las estampillas, de sus motivos, técnicas y disposición, el que finalmente confirme o rechace esta hipótesis.

3.1.1. Los esquemas decorativos

Entre los materiales "tipo Kuass" recuperados de las excavaciones realizadas en el yacimiento del Castillo de Doña Blanca en estos últimos años, se ha contabilizado un gran número de estampillas sobre formas completas y fragmentos de fondos. Esta abundancia[59], muy significativa desde el punto de vista cualitativo, nos ha permitido

[59] Tenemos que tener en cuenta que en el yacimiento de Kuass, como ejemplo paradigmático, tan sólo han aparecido una veintena de sellos decorando este tipo de cerámicas (Niveau de Villedary 2000a, n. 68).

elaborar un breve ensayo clasificatorio, en función, como en los casos anteriores, de facilitar la consulta del catálogo al investigador.

Para ello hemos seguido esquemas utilizados en otros trabajos (Ruiz y Nocete 1981: 355 ss.; Ramón 1995: 245 ss.) que, aunque referidos a tipos cerámicos distintos[60], nos son igualmente útiles a efectos clasificatorios por las similitudes que, salvando las lógicas diferencias, presentan estos *corpora*.

Los criterios que se han barajado son fundamentalmente tres: en primer lugar se ha tenido en cuenta el motivo morfológico en sí, a continuación la existencia o no de la cartela que envuelve el motivo y, en caso afirmativo, la forma que ésta adopta; en último lugar se ha considerado la disposición de los sellos, que aparecen bien aislados o, con frecuencia, agrupados en número variable, según esquemas en general bien definidos.

Los motivos que decoran nuestra producción se limitan a dos[61]: palmetas y rosetas, como resultado de la simplificación de los abigarrados esquemas áticos. La tradicional animadversión púnica a la hora de reproducir escenas humanas o animales provocó que no se imitaran las figuras rojas de los vasos áticos del siglo anterior y que, por el contrario, sí se adoptara sin reservas la vajilla de barniz negro, estampada únicamente con motivos florales y geométricos. Razones de gusto, cultura y religión, combinadas con factores económicos y comerciales, dieron lugar a estos esquemas concretos a partir de los años centrales del s. IV a.C. (Ramón 1990-91: 282). Éstos adoptan formas diferentes que, a veces, guardan pocas similitudes formales entre ellos, pero que nunca son tan diferentes como para no poder ser incluidos dentro de uno de estos dos grandes grupos[62].

Aunque morfológicamente los motivos no difieren mucho entre sí, en ocasiones, dentro de un mismo vaso las estampillas pueden no ser idénticas. La explicación a este fenómeno hay que buscarla en el mismo hecho de la acuñación. Muchos de los elementos formales que componen el motivo pueden o no aparecer, dependiendo de factores externos que intervienen en el momento de la estampación, como son la pericia del artesano, la rapidez con la que se trabaje, el estado de desgaste del cuño, etc.; y, por tanto, su presencia o ausencia es aleatoria, no pudiéndose utilizar como elemento discriminatorio a la hora de plantear la clasificación de los sellos. Hemos optado por sistematizar los motivos en función de elementos estructurales que no dependen tanto de la conservación de la pieza o las circunstancias concretas de la acuñación.

Los motivos decorativos de las producciones que suceden a las cerámicas áticas, a diferencia de lo que ocurre con éstas (Corbett 1955: 172 ss.; Bats 1988: pl. 60, 15-97), suelen presentarse enmarcados dentro de una especie de cartela, aunque a veces, las menos, carece de ella.

Las cartelas adoptan dos formas: pueden ser geométricas, variando en función del motivo que contengan (circulares en el caso de las rosetas, ovaladas o amigdaloides si se trata de palmetas) o bien presentan un contorno festoneado, que se adapta a los pétalos y hojas de los motivos, siendo ésta una característica única que comparten las producciones del horno de Kuass y las recuperadas en los diferentes yacimientos gaditanos[63], lo que lleva a Morel a pensar que se trata de una particularidad exclusiva de las producciones propias del "Círculo del Estrecho" (1992: 222 s.) y a nosotros a considerar la presencia de cartelas que se adaptan al motivo como criterio discriminatorio para poder incluir determinadas piezas aisladas dentro de nuestros conjuntos.

En lo que respecta al tercer elemento considerado, el de la disposición y agrupación de los diferentes motivos, lo más frecuente es que nos encontremos bien una palmeta o roseta aisladas en el centro del fondo interno del vaso o bien conjuntos de cuatro palmetas agrupadas y opuestas, que pueden estar unidas o diferenciadas unas de otras. De forma esporádica aparecen otra serie de agrupaciones, poco frecuentes entre nuestros esquemas decorativos pero documentados en otros lugares del Mediterráneo, este hecho nos habla de un contacto de tipo comercial muy fluido, de manera que las influencias estéticas viajan de una zona a otra de forma habitual, sin que necesariamente impliquen que nos encontremos ante ejemplares importados, ni imitaciones directas de otros talleres.

---

[60] En el primero de los casos citados el estudio se refiere a la cerámica estampillada ibérica y en el segundo, a los sellos que en ocasiones presentan las ánforas púnicas.

[61] A grandes rasgos, se trata de los mismos esquemas formales que decoran la práctica totalidad de las producciones barnizadas, desde las primeras producciones áticas del siglo V a.C. (Sparkes y Talcott 1970: 25 s.; Corbett 1955 172 ss.; Cerdá 1987b: 203 ss.; Robinson 1950: láms. 226-230; Lamboglia 1954: 29 ss.), hasta la campaniense A antigua, de finales del siglo II a.C. (*Idem.* 1952a: 201; Morel 1978: 157; Beltrán 1990: 40), pasando por toda la serie de talleres que cubren la producción cerámica entre ambos periodos: taller de las Pequeñas Estampillas (Morel 1969a: 67 ss.), talleres de las Tres Palmetas Radiales de Rosas y otras producciones catalanas (Sanmartí 1978a), producciones cartaginesas del tipo Byrsa 401 y calenas del tipo Byrsa 661 (Morel 1982a: 54, figs. 12 y 13 y 1986: 47 s.), la producción de Kuass (Ponsich 1968a:16, fig. 5-6 y 1969a: 67 ss.) y las imitaciones ebusitanas (Del Amo 1970: 205), ibéricas (Page 1984: 158 ss., figs. 26-28) y de Provenza (Bats 1988: láms. 60-66). Estas mismas estampillas las encontramos también con cierta frecuencia marcando ánforas de tipología púnica (Ramón 1995: fig. 224, nº 832-833 y 836-840).

[62] Del total de estampillas estudiadas un 84% representan palmetas, un 15% rosetas y solamente en un 1% de los casos encontramos combinados ambos motivos. Dentro de las palmetas un 41 % aparecen de forma aislada y un 59 % se combinan formando diseños diferentes.

[63] Tan sólo entre las primeras imitaciones ebusitanas de tipos áticos, en concreto en el fondo de vasos de la forma L-22, hemos hallado estampillas —rosetas— que presentan cartelas alrededor de cada uno de sus pétalos (Fernández y Granados 1980: fig. 9, 3, lám. I, 3). También debemos señalar la semejanza formal entre nuestras estampillas y las procedentes de Ibiza, lo que contribuye a dar fuerza a la tesis de Morel sobre la existencia de una especie de *koiné* púnica en relación a las producciones de barniz negro (1992: 222).

3.1.1.1. *Tipo I. Palmeta aislada (Fig. 40)*

Podemos definir una palmeta como "la representación de una florescencia vegetal más o menos esquematizada y vista en sección longitudinal" (Pérez Ballester 1987a: 53). Es el tipo que documentamos con más frecuencia. Como hemos dicho (*Vid. supra*), son muchas las circunstancias que provocan una aparente variabilidad morfológica que no es tal. Las palmetas son más o menos esquemáticas, con más o menos elementos y más o menos completas, dependiendo de toda esa serie de factores externos. Este hecho nos obliga a considerar el menor número posible de características morfológicas a la hora de la clasificación y a tener en cuenta solamente un reducido número de rasgos que no se distorsionan.

Las palmetas siguen el modelo clásico que se toma prestado de la arquitectura y de los diseños que decoran los vasos griegos de figuras rojas (Sparkes y Talcott 1970: 22; Bats 1988: 87). Los prototipos áticos, muy estilizados, presentan el siguiente esquema: hoja central de la que parten el resto de las hojas, de número y longitud variable, rectas o incurvadas al exterior o interior, base y volutas que se cierran sobre ésta (Cerdá 1987b: 203 ss.). Entre los vasos griegos, las palmetas no suelen aparecer aisladas, sino ligadas mediante caulículos, formando esquemas decorativos muy complejos que se completan con otros elementos como ovas y círculos concéntricos impresos con ruedecilla, que pueden responder a diferencias cronológicas y locales (Corbett 1955: 172 ss.; Sparkes y Talcott 1970: 25 s.; Cerdá 1987b: 203 ss.). Las palmetas sueltas impresas son también un motivo decorativo que se repite, junto a la roseta, entre la campaniense A (Beltrán 1990: 40) y, en ocasiones, la hallamos sobre objetos de filiación púnico-ebusitana (Astruc 1957) y centromediterránea (Gaudina 1997).

Los sellos gaditanos presentan prácticamente las mismas características que los de Kuass, mal impresos en general, rodeados de una cartela que envuelve al motivo, compuesto de hojas espesas que se incurvan indistintamente al exterior o interior y rodean al tallo central, vertical y ligeramente abultado. En ocasiones, entre los ejemplares de ejecución más cuidada, se diferencian otros elementos, como las volutas o los corazones centrales. Ponsich ya señala que la gran variabilidad de las estampillas responde, sin duda, a la gran cantidad de moldes que utilizaban los artesanos (1969a: 70).

Subtipo I-A. Cartela adaptada al motivo. ***(Fig. 40, 1-18)***

Como ya se ha dicho, las cartelas que presentan perfiles festoneados, que se adaptan a las formas que contienen, son consideradas como propias del área de influencia del "Círculo del Estrecho" (Morel 1992: 222 s.). Este modelo decorativo concreto no suele aparecer con cartelas de esta forma aunque, en ocasiones, los marcos se adaptan a cada una de las hojas de la palmeta y también a la base, mientras que otras apenas si destacan una o varias hojas, normalmente el tallo central, de mayor longitud. En Kuass aparecen con frecuencia, siempre sobre ejemplares de la forma 29 (Ponsich 1969a: 70; fig. 7), con formas que difieren sustancialmente unas de otras, pero no obstante muy parecidas a las de Cádiz nuestras. Las variantes se han considerado teniendo en cuenta uno de los pocos elementos que no corre el riesgo de distorsionarse en la ejecución: la tendencia exvasada o hacia dentro de las hojas superiores, más cercanas al tallo central que, con frecuencia, se distinguen mejor que el resto.

— Variante I-A-1. Hojas exvasadas. ***(Fig. 40, 1-13)***

Los ejemplares analizados comparten las dos características que hemos considerado que definen a esta variante. En primer lugar se inscriben en un marco que rodea el motivo, adaptándose a la forma de las hojas y, a continuación, presentan las hojas que rodean al tallo central exvasadas e incurvadas hacia afuera. A excepción de estos dos rasgos, los motivos difieren notablemente entre sí, junto a ejemplares de ejecución más o menos cuidada, en los que se diferencian todos sus elementos: hoja central y secundarias, corazón y volutas sobre la base, como el nº 1 y el nº 2, hallamos otros muy esquemáticos, en los que los diferentes elementos se funden debido a la deficiente factura —nº 8, 9 y 10—. El número de hojas también varía, oscilando entre las once y las cinco (incluyendo la central).

— Variante I-A-2. Hojas curvadas al interior. ***(Fig. 40, 14-18)***

En líneas generales, los ejemplares que presentan las hojas incurvadas hacia dentro suelen ser de factura más estilizada, cuentan con mayor número de hojas (en torno a nueve u once), la cartela se adapta a todas ellas y con mayor frecuencia se distinguen los elementos secundarios del motivo. Por todo ello su presencia es menor en diseños que, como éste, son más simples.

Subtipo I-B. Cartela geométrica. ***(Fig. 40, 19-45)***

Se trata de la forma que con más frecuencia adoptan las cartelas que contienen estos motivos, similares a las que presentan la mayoría de los sellos de las producciones campanienses de la época (Bats 1988: lám. 60-66). Las palmetas quedan enmarcadas en cartelas que se adaptan a la forma general del motivo, pero no a cada uno de sus elementos como en el caso anterior, presentando formas ovaladas, a menudo apuntadas en su extremo superior, a la altura de la hoja central, de mayor longitud y, con menos frecuencia, circulares o subcirculares. En función de los rasgos que definen a los propios motivos diferenciamos tres variantes.

— Variante I-B-1. Hojas hacia afuera. ***(Fig. 40, 19-36)***

Los ejemplares incluidos en esta primera variante presentan varias características comunes. En primer lugar sus hojas (que varían en número, espesor y definición) se incurvan hacia el exterior y, en segundo, parecen comparten una tendencia hacia el esquematismo, propia de las producciones menos cuidadas. Destacan algunos ejemplares de mejor impresión, ya que se distinguen todos sus elementos formales, aunque de diseños poco elaborados (número reducido de hojas, escasez de elementos secundarios que, prácticamente, se reducen al corazón central). Junto a los escasos ejemplares de ejecución algo más esmerada, encon-

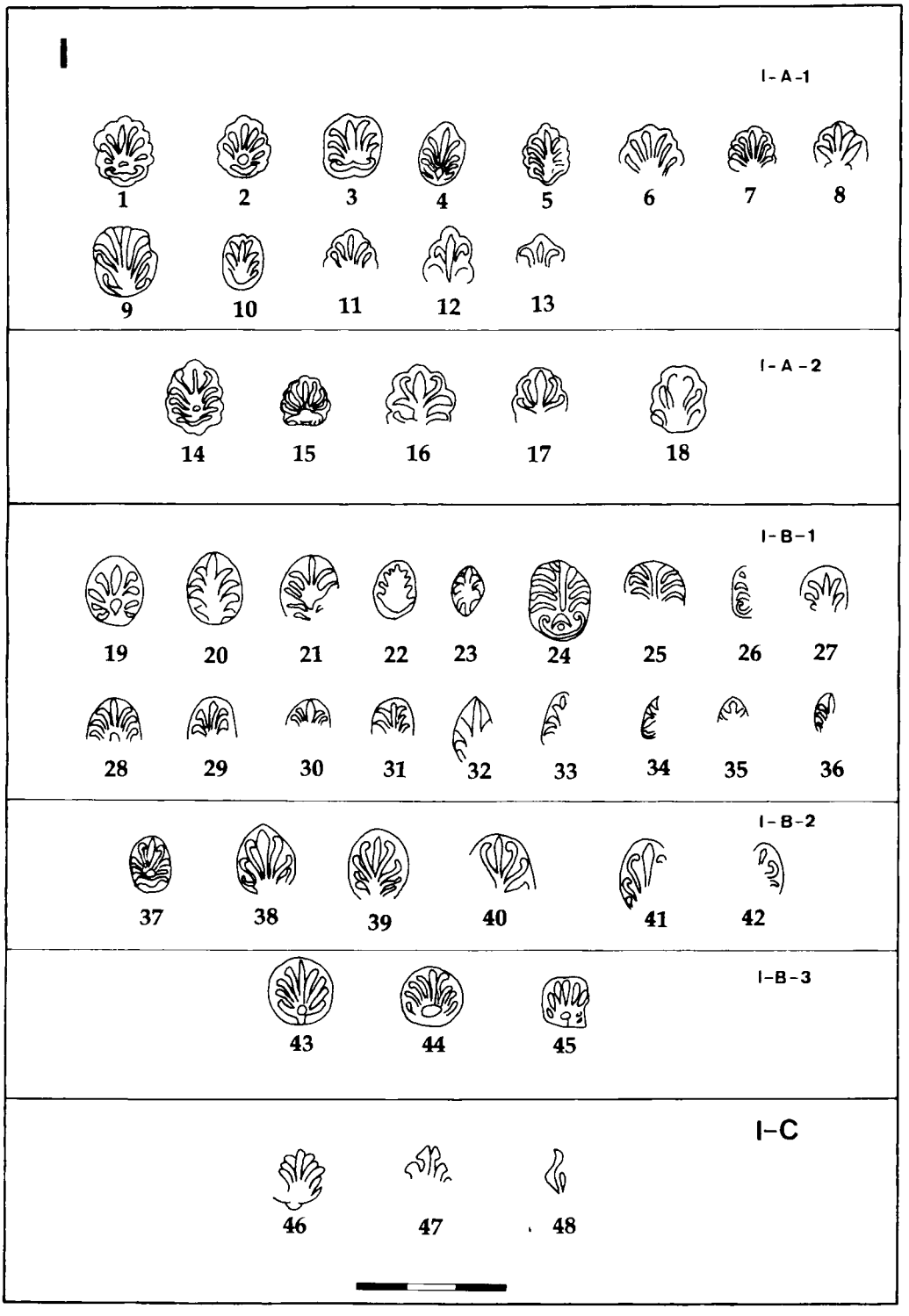


FIGURA 40.—*Tipo I. Palmeta aislada.*

tramos un numeroso grupo de estampillas con motivos poco definidos, en los que los elementos se funden los unos con los otros sin que sea posible su diferenciación, fruto de una deficiente impresión y de la utilización de sellos de baja calidad. Destacan tres ejemplares (nº 24-26) por su peculiar diseño estilizado que tiende al esquematismo y que parece responder a concepciones estéticas diferentes, más relacionadas con el gusto oriental, como vemos en producciones posteriores (Pérez Ballester 1985: 427 s.).

— Variante I-B-2. Hojas vueltas al interior. ***(Fig. 40, 37-42)***

Dado que los sellos en los que las palmetas incurvan sus hojas al interior suelen presentar diseños más cuidados, lógicamente su presencia es menor, aunque muestran una mayor similitud formal. En efecto, todos ellos cuentan con un número de hojas parecido, bien diferenciadas las unas de las otras que, aunque en ocasiones se confundan en su interior, debe tratarse de fallos de la impresión y no de bajo nivel artístico del sello utilizado. También las cartelas de esta variante parecen más cuidadas y se adaptan mejor a los motivos.

— Variante I-B-3. Esquemas radiales. ***(Fig. 40, 43-45)***

Hemos considerado que estos ejemplares pueden constituirse como grupo aparte por las especiales características que presentan. Se trata de palmetas muy esquemáticas cuyas hojas se disponen radialmente en torno a un botón central, dejando libre únicamente la parte inferior, lo que se supone constituye la base del motivo. La cartela adopta formas circulares o subcirculares que contribuyen a potenciar la sensación de estructura radial.

Subtipo I-C. Sin cartela. ***(Fig. 40, 46-48)***

Entre las estampillas que estamos analizando no es frecuente el que hallemos motivos desprovistos de marco, tal y como sucedía en las producciones áticas, sin embargo, excepcionalmente, aparecen palmetas exentas.

3.1.1.2. *Tipo II. Cuatro palmetas opuestas (Figs. 41 y 42)*

La palmeta es un motivo que puede aparecer de manera indistinta bien aislada, decorando el centro del vaso tal y como hemos visto en el tipo anterior o bien agrupadas. Tampoco se trata de un diseño exclusivo de nuestra producción, sino que es compartido por la mayor parte de los talleres mediterráneos.

Al tratarse de la estampación repetida de un mismo motivo con un único sello (Corbett 1955: 173; fig. 1; Ponsich 1969a: 70), es lógico que los motivos no difieran de los anteriormente descritos y que éstos presenten también una gran variabilidad formal, ya que debieron utilizarse las mismas matrices, independientemente de si se realizaba una sola estampación o varias[64].

Dentro del Tipo II hemos incluido las decoraciones compuestas por cuatro palmetas dispuestas en cruz, enfrentadas[65] y separadas, que se diferencian fácilmente unas de otras.

Diferenciamos también tres subtipos en función a la inscripción o no del motivo dentro de un marco y a la forma que presente éste, criterios ya utilizados en la sistematización del tipo anterior.

Subtipo II-A. Cartela adaptada al motivo. ***(Fig. 41, 1-18)***

Esta característica es, como anteriormente ya se ha señalado, privativa de las producciones inscritas dentro de una cierta unidad cultural propia de la zona del "Círculo del Estrecho". Ponsich publica varios fondos fragmentados sobre los que se estampan motivos muy similares a los gaditanos (1969a: fig. 8, nº 1, 3, 6, 7-8).

— Variante II-A-1. Hojas vueltas hacia fuera. ***(Fig. 41, 1-14)***

Los ejemplares con hojas que se vuelven al exterior siguen la tónica general, son algo más numerosos y de calidades algo inferiores, bien desde un punto de vista artístico (calidad del sello original) o desde el punto de vista del grado de ejecución técnica (deficiente estampillado que se advierte en los ejemplares 2, 4 y 8). No obstante, tenemos que matizar esta afirmación, pues la presencia de cartelas que contornean los motivos suele indicar un mayor esmero y cuidado de las estampillas que queda reflejado en algunos de los ejemplares que presentan mayor número de hojas, hasta 11, y en los cuales quedan definidos el resto de elementos estructurales que hemos considerado secundarios (volutas, corazón central, etc.).

— Variante II-A-2. Hojas incurvadas al interior. ***(Fig. 41, 15-17)***

Mucho menos frecuentes son las estampillas cuyas palmetas presentan las hojas curvadas hacia el interior, pese a que estos tipos suelen corresponder a los ejemplares más selectos y su ejecución es, por tanto, más esmerada; aunque en este caso las palmetas se estampillan de manera desordenada y no aparecen todos los elementos que las componen.

— Variante II-A-3. Esquemas radiales. ***(Fig. 41, 18)***

Se ha incluido a la estampilla nº 18, de muy mala calidad artística y técnica, en un grupo aparte ya que el motivo se dispone en un esquema radial, consecuencia probablemente del mismo esquematismo del diseño.

Subtipo II-B. Sin cartela. ***(Fig. 41, 19-21)***

Los diseños cuyos motivos quedan exentos, que no se envuelven en cartelas, son también poco frecuentes. En principio podría considerarse que derivan directamente de los prototipos áticos, pero los diseños, apenas esbozados, nos inclinan a pensar que la ausencia de cartela se deba precisamente a lo esquemático de los propios motivos.

— Variante II-B-1. Hojas exvasadas. ***(Fig. 41, 19-20)***

Contamos con algunos sellos muy esquemáticos (sobre todo el nº 20) fruto de una mala impresión, realizada con punzones de escasa calidad artística y con las hojas vueltas hacia fuera.

— Variante II-B-2. Otros esquemas. ***(Fig. 41, 21)***

Hemos individualizado la estampilla marcada con el número 21, porque los motivos que la forman difieren en cierta medida de los que hemos venido describiendo y recuerdan vagamente a otros, como las hojas que decoran ciertas producciones campanienses.

---

[64] Sí nos gustaría precisar que sobre un mismo vaso los sellos son idénticos y se realizan con el mismo punzón, con las únicas y lógicas diferencias, producto del momento del estampado.

[65] Entre nuestros materiales no hemos hallado ninguna decoración en la que las estampillas se sitúen de otra manera, siendo frecuente en otros talleres, concretamente en el taller de las Pequeñas Estampillas, que las palmetas se dispongan orientadas todas hacia la misma dirección, lo que evita al alfarero tener que girar el vaso en el momento de la decoración (Morel 1969a: 69; fig. 4a).

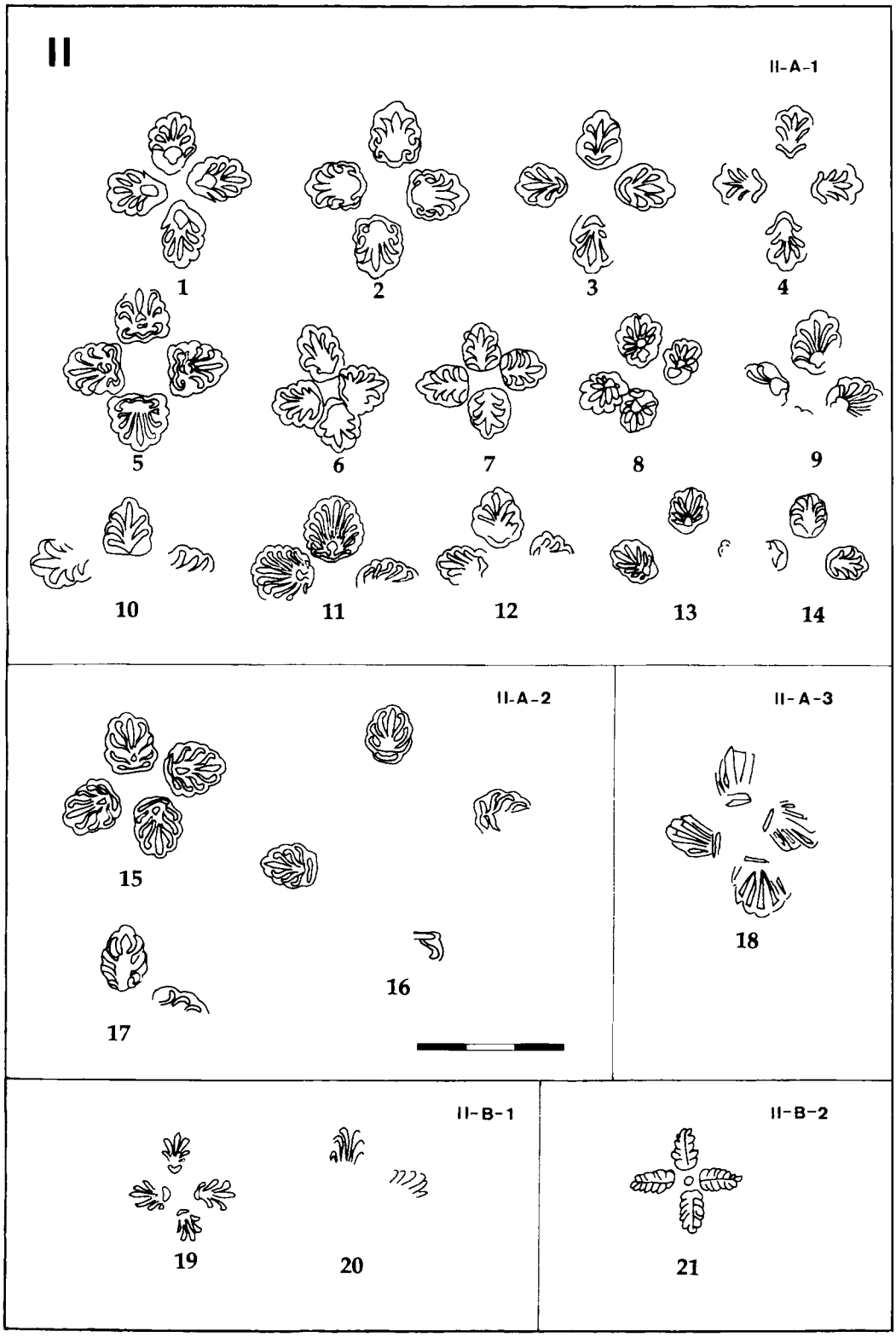


FIGURA 41.—*Tipo II. Cuatro palmetas opuestas (I). Subtipo II-A. Cartela adaptada al motivo. Subtipo II-B. Sin cartela.*

Subtipo II-C. Cartela geométrica. ***(Fig. 42)***

Se trata de una de las decoraciones más frecuentes que presentan los vasos de la mayoría de las producciones campanienses. La tenemos documentada entre las formas del taller de las Pequeñas Estampillas (Morel 1969a: figs. 4 y 5; Bats 1988: lám. 8, nº 230), la campaniense A[66] (Morel 1969a: fig. 4 y 1982a: fig. 2; Bats 1988: láms. 18-23) y en Kuass (Ponsich 1969a: fig. 14, 6). En nuestro caso se trata también de una de las decoraciones más reproducidas, algo más de la mitad de las estampillas pertenecientes a este Tipo II.

Prácticamente siguen el mismo esquema que el Subtipo II-A, con una salvedad ya que los diseños se rodean de un marco que, en lugar de adaptarse al motivo contorneando cada hoja de la palmeta, presenta formas geométricas simples: ovaladas, amigdaloides, triangulares y subtriangulares.

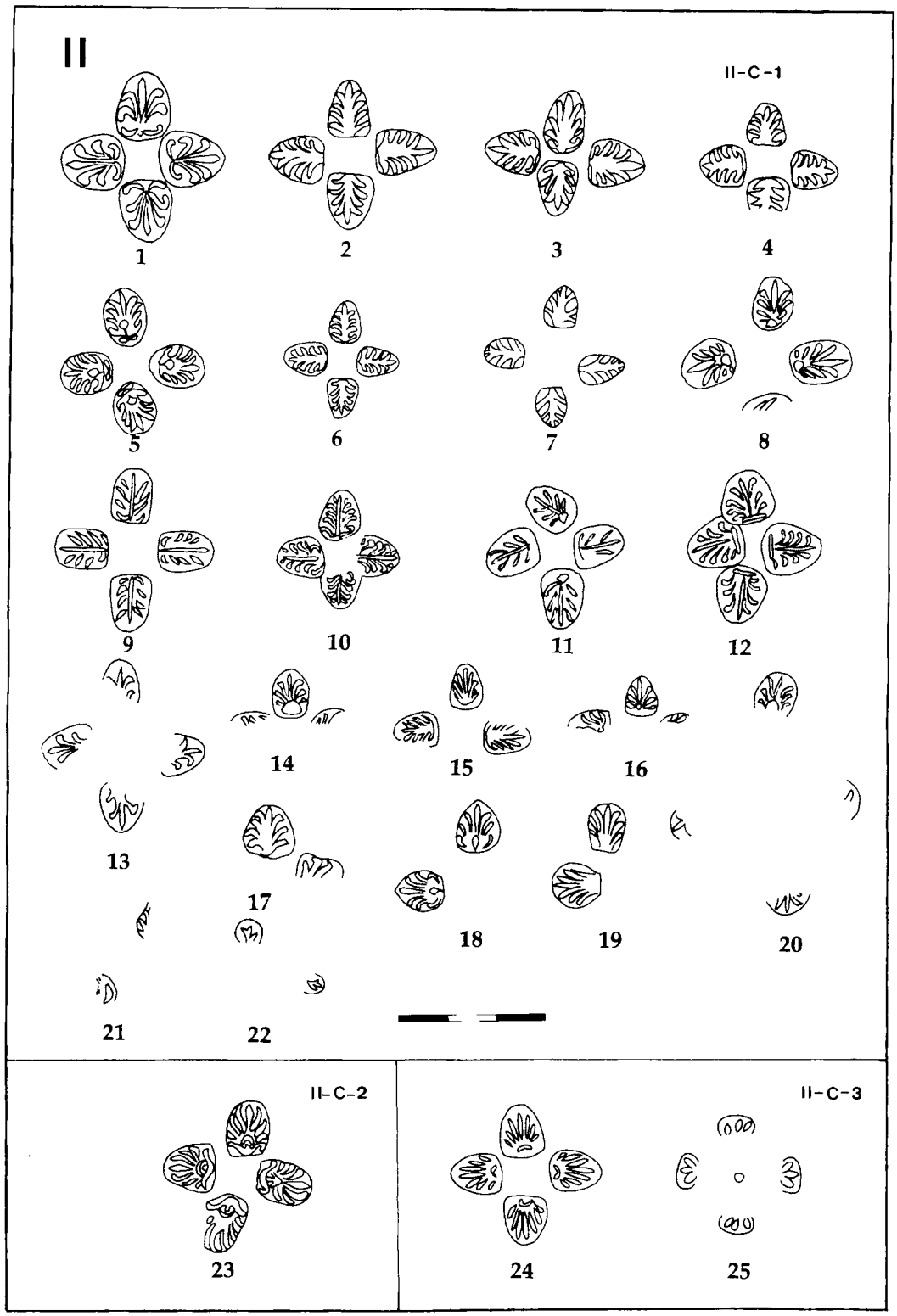


FIGURA 42.—*Tipo II. Cuatro palmetas opuestas (II). Subtipo II-C. Cartela geométrica.*

— Variante II-C-1. Hojas exvasadas. ***(Fig. 42, 1-22)***

En general, las formas que podemos adscribir a la Variante II-C-1, presentan motivos de tendencia esquemática, con un número de hojas no muy amplio, en torno a 7 ó 9, vueltas al exterior, en ocasiones bien delimitadas, que se completan con otros elementos añadidos (volutas, corazón central), más o menos esquemáticos y definidos y en otras de menor valor artístico, con motivos cuyos elementos terminan uniéndose unos con otros, de manera que parecen formar uno sólo, debido a la utilización de cuños defectuosos o gastados y de una impresión demasiado tenue. El poco cuidado de los artesanos a la hora de decorar los vasos se advierte también por la desigual disposición de algunas de las estampillas, que distan mucho de guardar la lógica y esperada simetría. La gran mayoría de los ejemplares incluidos en el Subtipo II-C, pertenecen a esta primera variante.

— Variante II-C-2. Hojas vueltas al interior. ***(Fig. 42, 23)***

Por el contrario, en este caso sólo nos hemos encontrado con una estampilla que cumple los requisitos para ser incluida dentro de esta variante. Este hecho quizás se explique por la regla general que ya hemos señalado al hablar de otros tipos y, según la cual, las estampillas cuyas cartelas no se adaptan al motivo que contienen y adoptan formas geométricas, generalmente, presentan diseños más sencillos, con menos elementos y peor definidos. Esquemas que, generalmente, se corresponden con las palmetas cuyas hojas aparecen abiertas. La estampilla número 23, a pesar que se incluye dentro de esta variante, guarda bastantes semejanzas con los ejemplares de la anterior, ya que aunque sus hojas aparecen diferenciadas unas de otras e incurvadas hacia el tallo central, más espeso, y cuenta con otros elementos como son las volutas y el corazón central, el motivo en sí carece de calidad artística. Las hojas, espesas y poco estilizadas, se reducen a siete y la misma acuñación deja bastante que desear.

— Variante II-C-3. Esquemas radiales. ***(Fig. 42, 24-25)***

La tendencia de estos tipos hacia el esquematismo alcanza el súmmum en las estampillas nº 24 y 25, que adoptan, como sucedía en tipos anteriores, un esquema radial, en el cual las hojas, rectas, se disponen en torno a la base de la palmeta, ocupando la parte superior, de hojas más largas y los laterales, en tamaño decreciente, tal y como se muestra en la estampilla nº 24, más completa que la siguiente. No obstante, estas formas no son demasiado frecuentes.

3.1.1.3. *Tipo III. Cuatro palmetas opuestas y unidas (Fig. 43)*

En ocasiones, el motivo decorativo está formado por cuatro palmetas en cruz y enfrentadas como el Tipo II, pero que se estampillan tan próximas que aparecen unidas y dan la impresión de haberse impreso con un sólo sello (Ponsich 1969a: 70, figs. 7, 2, 4 y 9), a pesar que, como ocurría en el caso anterior, se trata de la aplicación repetida por cuatro veces de una misma matriz con una única palmeta grabada en ella. Contra la opinión expresada por Morel, que cree que los sellos de Kuass puedan estar realizados con un único punzón cruciforme (1992: 221 s.), por nuestro contacto directo con el material y el hecho de que Morel se base únicamente en los dibujos publicados por Ponsich, nos sumamos a las apreciaciones hechas por este último autor en función a los materiales del horno III. Para Morel este tipo de estampilla representa una tendencia muy común entre las producciones púnicas. En Cartago documenta más de cincuenta estampillas[67] de este tipo sobre vasos de la clase Byrsa 401, que también son frecuentes en otras zonas de ascendencia púnica de la costa levantina, africana y Sicilia occidental, que le hacen pensar en una especie de provincia única (1982a: 54, figs. 12 y 13).

Subtipo III-A. Cartela adaptada al motivo. ***(Fig. 43, 1-13)***

Por la cuidada ejecución de los motivos y la estilización de sus elementos, podemos aventurarnos a pensar que estas estampillas decorarían los fondos de los vasos más selectos. En efecto, la mayoría de los sellos, contrariamente a lo observado en tipos menos cuidados, muestran un número considerable de hojas, entre 7 y 11 y presentan también otra serie de elementos secundarios que hemos considerado, tras el análisis de los sellos, signos de mayor calidad artística, que llevan aparejado un mayor esmero técnico a la hora de la aplicación de las estampillas.

Las estampillas del yacimiento de Kuass reproducidas por Ponsich presentan todas ellas cartelas cuyo contorno se adapta a cada hoja de las palmetas (1969a: fig. 7, 2, 4 y 9, fig. 14, 2 y 4).

— Variante III-A-1. Hojas vueltas al exterior. ***(Fig. 43, 1-8)***

Siguiendo la tónica general, las palmetas pueden dividirse en dos grupos según presenten las hojas abiertas o éstas miren hacia la hoja central. También en este tipo son más frecuentes las palmetas cuyas hojas se vuelven al exterior. En esta ocasión los motivos se cuidan más que en otros tipos. En la mayoría de las estampillas se diferencian bastante bien cada uno de sus elementos estructurales (hojas laterales y central y base) y parecen estar ejecutadas con mayor cuidado.

— Variante III-A-2. Hojas curvadas al interior. ***(Fig. 43, 9-13)***

Dado que, en general, se trata de un tipo de esmerada ejecución y alta calidad artística, los porcentajes entre una variante y otra no son tan pronunciados. Por lo general las estampillas presentan una alta calidad, aunque se encuentran un tanto gastadas (¿deficiente estampación?) al interior, lo que impide que podamos apreciar el motivo por completo.

Subtipo III-B. Cartela geométrica. ***(Fig. 43, 14-19)***

Con menor frecuencia este motivo se enmarca en cartelas de formas geométricas, siguiendo esquemas generalizados en todo el mundo púnico (Morel 1992: 221 s.) y, sobre todo, entre las producciones de barniz negro de Cartago (*Idem.* 1982: figs. 12 y 13).

— Variante III-B-1. Hojas incurvadas al interior. ***(Fig. 43, 14-16)***

Contrariamente a lo que hemos venido viendo, en este caso el porcentaje mayor de estampillas corresponde a las palmetas cuyas hojas se vuelven hacia el interior. De factura algo más esquemática que la de las estampillas del Tipo III-A, sin embargo, presentan todos los elementos típicos de estas formas.

— Variante III-B-2. Hojas vueltas al exterior. ***(Fig. 43, 17)***

Variante representada por una única estampilla que comparte la mayor parte de los rasgos que caracterizan a este tipo de sello, de cartela geométrica (en este caso apuntada en su extremo superior para adaptarse a la hoja central) y hojas no muy

---

[66] Aunque en este caso las estampillas se suelen enmarcar dentro de círculos hechos a ruedecilla.

[67] Sin embargo, insistimos en remarcar el hecho de que prácticamente ninguna otra de estas producciones muestren el contorno de la cartela festoneado, tal y como aparecen gran parte de los ejemplares documentados, tanto en Kuass, como en los diferentes yacimientos de la bahía gaditana.

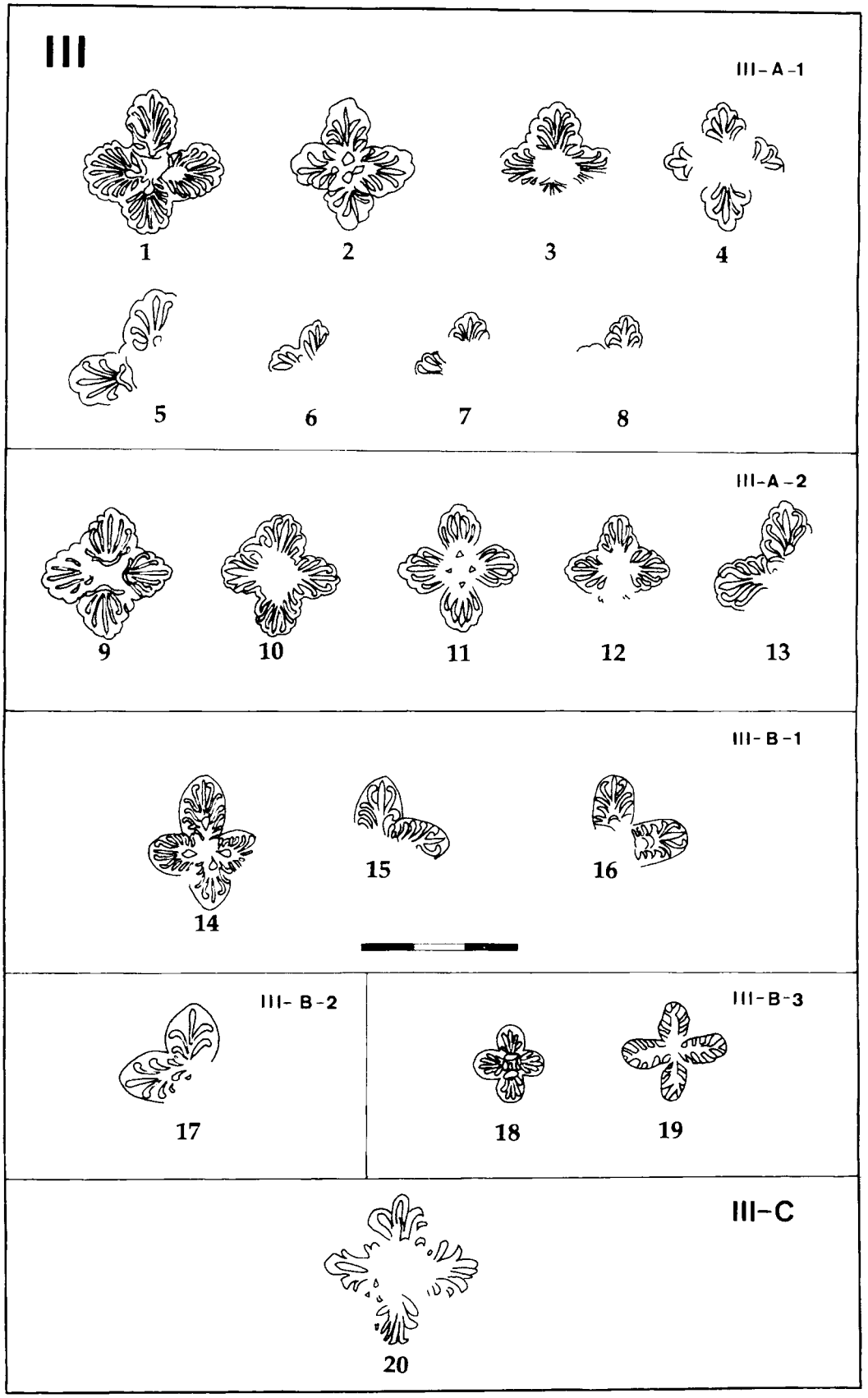


FIGURA 43.—*Tipo III. Cuatro palmetas opuestas y unidas.*

numerosas (siete) y exvasadas. A pesar de su esquematismo, tanto la matriz original como el sello en sí, se caracterizan por una corrección estética y técnica poco frecuente entre estos tipos, generalmente más descuidados.

— Variante III-B-3. Palmetas esquemáticas. ***(Fig. 43, 18-19)***

Las estampillas nº 18 y nº 19 destacan entre el conjunto ya estudiado por su excesivo esquematismo, frecuente entre otras formas y que, sin embargo, ante el alto grado de calidad que alcanzan estas estampillas, aquí se torna extraño. La estampilla nº 18 responde a los esquemas radiales ya comentados, quizás debido a su menor tamaño. Se trata de lo que Ponsich en Kuass llama "quatre palmettes de petit modèle" (1969a: 71; fig. 5; fig.15, 1 y 3), esquema no muy frecuente (sólo identifica cinco ejemplares) que siempre adornan fondos de la forma 29 y de los que destaca su deficiente calidad, ejecución y conservación.

Subtipo III-C. Sin cartela. ***(Fig. 43, 20)***

El único ejemplar documentado podría ser el resultado de una aplicación muy tenue, que ha provocado que los contornos del motivo no queden bien marcados aunque, *a priori*, no se puede descartar que la matriz original careciera de marco.

3.1.1.4. *Tipo IV. Roseta (Fig. 44)*

La roseta, "simplificación de un esquema floral, compuesta de dos o más ejes de simetría" (Pérez Ballester 1987a: 58), constituye el último diseño ampliamente representado entre nuestras cerámicas que responde al otro motivo universal documentado junto a las palmetas, aunque su presencia es mucho menor que la de estas últimas.

Al igual que la palmeta, la roseta es un motivo que se repite entre las decoraciones de todos los talleres mediterráneos de la época. No la encontramos entre las producciones áticas, pero adorna gran parte de los vasos fabricados en el taller de las Pequeñas Estampillas (Morel 1969a: 73; fig. 5, 1-18; fig. 6, 1-3 y 1982a: fig. 1; Bats 1988: lám. 10, nº 304-317; lám. 11, nº 337-345; láms. 60 y 61, nº 303-318 y 337-345; Beltrán 1990: 39), taller de las Tres Palmetas Radiales de Rosas (Morel 1978: 157), cerámica campaniense A antigua (*Idem.* 1978: 157 y 1982a: fig. 3; Bats 1988: lám. 23, nº 703-727, láms. 65 y 66, nº 696-728; Beltrán 1990: 40), producciones del horno III de Kuass (Ponsich 1969a: 71; figs. 9 y 16), imitaciones de Ibiza (Del Amo 1970: fig. 2, 8, 11 y 11a; Astruc 1957), de pasta clara masaliota (Bats 1988: lám. 48, nº 1359-1361; lám. 66, nº 1359 y 1360) e ibéricas (Page 1984: 158 ss.; figs. 26-28). También es un motivo muy repetido entre ciertas ánforas[68] de tipología gaditana —Mañá/Pascual A4—, ya que se trata de un motivo emblemático de la zona de *Gadir*, al menos desde el s. VI a.C., como tenemos documentado en la orfebrería, los sellos de las ánforas y las cerámicas que estamos estudiando (Frutos y Muñoz 1994: 409).

A pesar de su aparente monotonía, las rosetas presentan también interesantes variaciones (Morel 1969a: 73).

Subtipo IV-A. Cartela adaptada al motivo. ***(Fig. 44, 1-14)***

Como es frecuente que ocurra en la zona que nos ocupa, las rosetas también se inscriben la mayor parte de las veces dentro de marcos que se adaptan a los pétalos del motivo, adoptando forma de flor. En función de la presencia de elementos secundarios y de la agrupación o no de más de un motivo, se han diferenciado tres variantes.

— Variante IV-A-1. Con pétalos y punto central. ***(Fig. 44, 1-10)***

Se trata de la variante que constatamos con mayor frecuencia. El motivo está formado por una serie de pétalos, cuyo número y forma varían notablemente de un ejemplar a otro, que rodean a un punto central, a modo de corazón, de tamaño también variable. El número de pétalos oscila entre los seis de los ejemplares nº 1 y 2 y los doce de las rosetas 7, 8 y 9, pasando por los ocho de los nº 3, 4 y 5 y posiblemente también la nº 10, fragmentada, y los nueve de la nº 6. Los pétalos pueden terminar apuntados (nº 2, 3, 5, 7-10) o bien se cortan para adaptarse al círculo central (nº 1 y 6). La estampación presenta una calidad bastante aceptable, pues la mayoría de los motivos quedan perfectamente definidos, diferenciándose sin problemas cada uno de sus elementos (nº 1-3 y 6-10) y sólo en dos casos los pétalos quedan fundidos unos con otros (nº 4-5).

En Kuass, sólo uno de los sellos reproducidos se incluye en esta variante (Ponsich 1969a: fig. 9, 5; fig. 16, 4). Curiosamente, entre los sellos publicados por M. del Amo en su estudio sobre las imitaciones ebusitanas, encontramos una roseta que se inscribe en una cartela con forma de flor. En principio no hay porqué rechazar que pudiera tratarse de una importación de esta zona, pero tampoco podemos descartar un posible origen local[69]. También entre las producciones ibéricas que estudia V. Page del Pozo, las estampillas que representan rosetas muestran el contorno adaptado a los pétalos de la flor. La calidad del sello hace pensar a la autora que se trata de cuños importados (1984: 159) mientras que en las precisiones que al final de la obra hacen a la autora otros investigadores, se plantea la posibilidad de que el cuño fuera obtenido por el mismo alfarero a partir de platos importados (*Idem.* 303).

---

[68] En Oriente las rosetas, que aparecen con relativa frecuencia estampilladas sobre asas de ánforas de los siglos VII y VI a.C., se han interpretado como posibles emblemas de las monarquías (Cahill 1995: 250; n. 27).

[69] La presencia de un sello de este tipo, en principio exclusivo de la zona del Estrecho (Morel 1992: 222 s.), demuestra al menos la existencia de relaciones comerciales bastante fluidas entre ambas zonas, de arraigada tradición semita e importantes puntos de cambio (para una visión más completa ver las *Actas de las VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza. Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos.* Ibiza, 1994), pudiéndonos plantear también la pertenencia de Ibiza, junto a otras zonas mediterráneas, entre las que se incluiría el "Círculo del Estrecho", a una especie de *koiné* púnica, que compartiera gustos estéticos similares.

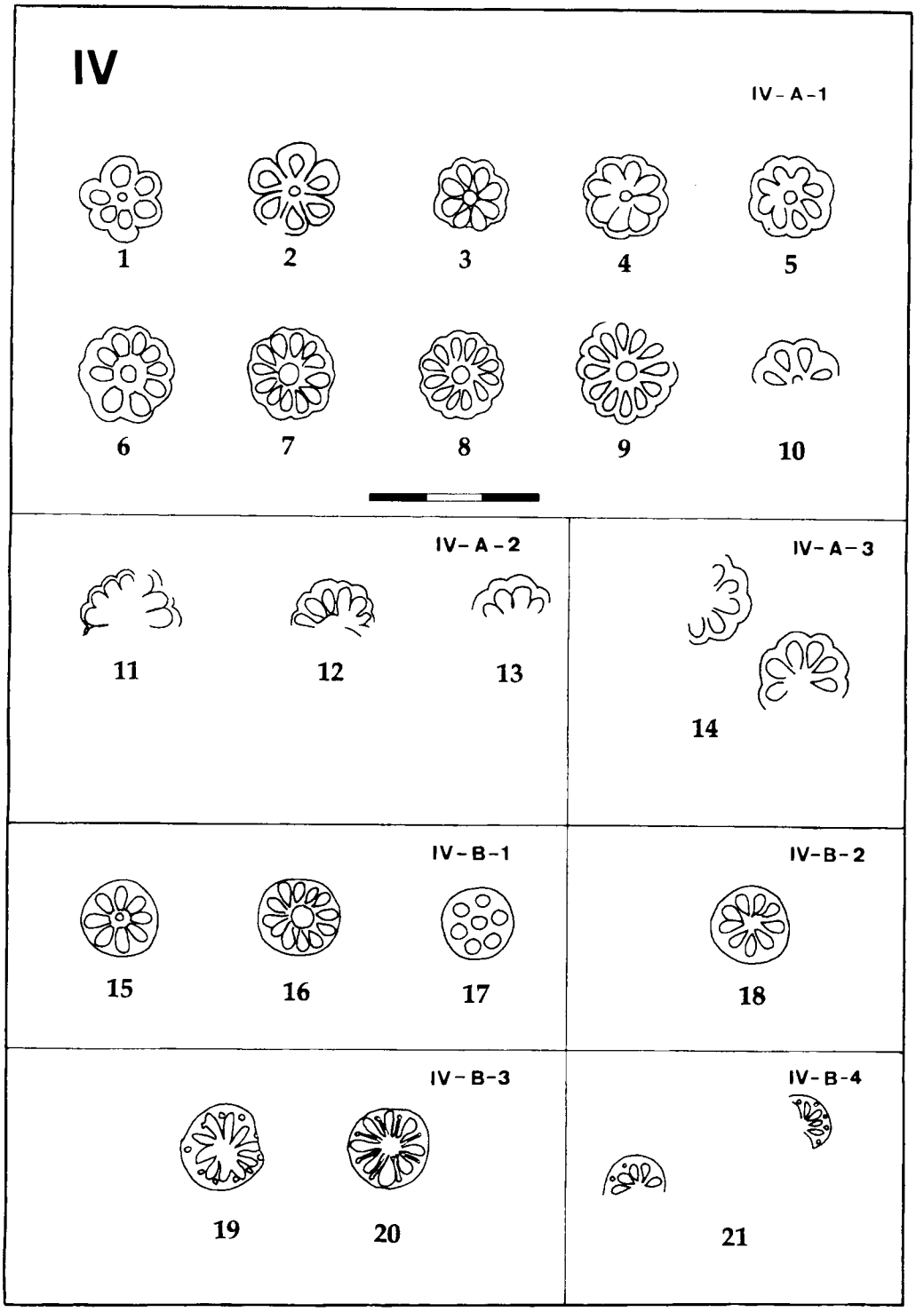


FIGURA 44.—*Tipo IV. Roseta.*

— **Variante IV-A-2. Solamente pétalos.** ***(Fig. 44, 11-13)***

En la segunda variante quedan incluidas las rosetas que se componen únicamente de pétalos. Aunque por la deficiente conservación de los ejemplares considerados, éstos bien podrían corresponder a formas descritas en la variante anterior.

— **Variante IV-A-3. Rosetas asociadas.** ***(Fig. 44, 14)***

En este caso el criterio que se ha tenido en cuenta a la hora de la clasificación es la aparición, en un mismo vaso, de más de una de estas estampillas que, generalmente, aparecen aisladas. Por tratarse de rosetas que carecen de punto central, se demuestra la existencia de estampillas de la Variante IV-A-2, que no había quedado lo suficientemente probada. Probablemente el diseño decorativo hubo de estar formado por cuatro rosetas, siguiendo esquemas de otros talleres[70], de las que sólo se nos han conservado dos al tratarse de un fondo fragmentado.

[70] Se trata de esquemas muy frecuentes, por ejemplo, en el taller de las Pequeñas Estampillas (Morel 1969a: fig. 7 c y d).

Subtipo IV-B. Cartela geométrica. ***(Fig. 44, 15-21)***

Los ejemplares documentados de este segundo subtipo presentan mayores semejanzas con el resto de las rosetas de estampillas campanienses que, como en este caso, quedan inscritas dentro de formas geométricas simples, circulares o de tendencia circular. Las variantes se han diferenciado en virtud a los mismos criterios ya utilizados en el tipo anterior.

— Variante IV-B-1. Con pétalos y punto central. ***(Fig. 44, 15-17)***

Como sucedía en la Variante IV-A-1, los diferentes elementos (pétalos y corazón central), aunque constantes, varían en número, forma y dimensiones. La estampilla nº 15 muestra ocho pétalos que terminan en segmentos circulares para adaptarse al círculo central, muy reducido. La nº 16, por el contrario, cuenta con un mayor número de pétalos, doce, apuntados en su extremo y con un punto central de considerables dimensiones. Encontramos paralelos en Kuass (Ponsich 1969a: fig. 9, 4; fig. 16, 3), en el taller de las Pequeñas Estampillas (Morel 1969a: fig. 5, 1, 2 y 13; fig. 6, 3 y 1982a: fig. 1, e; Bats 1988: lám. 11, 341 y 345; lám. 61, 341 y 345), campaniense A (Morel 1982a: fig. 3, c; Bats 1988: lám. 65, 696-713), imitaciones de Ibiza (Del Amo 1970: 205; fig. 2, nº 1875, 11-11a) y de Massalia (Bats 1988: lám. 66, 1359).

La roseta nº 17 destaca del resto por su extremado esquematismo, quedando reducidos los pétalos prácticamente a puntos de igual forma y dimensión que el central. Estampillas similares las tenemos documentadas en el taller romano de las Pequeñas Estampillas (Morel 1969a: fig. 7, d), aunque este tipo de roseta descuidada es propia de productos ya fechados dentro del s. II a.C. (Prados y Santos 1984: 69).

— Variante IV-B-2. Solamente pétalos. ***(Fig. 44, 18)***

Al contar con un único ejemplo no sabemos con total seguridad si se trata de una roseta formada únicamente por pétalos o si la carencia de otros elementos, como es el punto central, se debe a una deficiente ejecución técnica. Al tratarse de un ejemplar no fragmentado nos inclinamos, aunque con las lógicas reservas, hacia la primera de las hipótesis.

— Variante IV-B-3. Con pétalos y estambres. ***(Fig. 71, 19-20)***

El siguiente esquema responde a un modelo muy frecuente entre los talleres campanienses y se caracteriza por presentar finos bastoncillos a modo de estambres entre los pétalos que forman la flor. En ocasiones, por un exceso de esquematismo, una mala impresión o por el deficiente estado de la matriz original, éstos pueden quedar reducidos a puntos, tal y como vemos en el ejemplar nº 19. Este modelo de roseta completa es propia de la campaniense A antigua y anteriormente la encontramos en el taller de las Tres Palmetas Radiales de Rosas y producciones locales de Tarquinia, Megara y Olbia (Morel 1978: 157). La mayoría de las rosetas halladas en Kuass responden también a este esquema (Ponsich 1969a: fig. 9, nº 1, 6-10; fig. 16, nº 1-2)

— Variante IV-B-4. Rosetas asociadas. ***(Fig. 44, 21)***

Aquí, como sucedía en la Variante IV-A-3, el elemento que define la variante es el hecho de que nos encontremos más de una estampilla impresa en un mismo vaso. En este caso se trata de rosetas que presentan una serie de pequeños puntos situados entre los pétalos y que hemos dicho son el resultado de la excesiva esquematización de los estambres originarios. Sólo se nos conservan dos rosetas fragmentadas del único fondo que incluimos en esta variante, aunque por los paralelos y el hecho de que las encontremos sobre un ejemplar completo de nuestra Forma X (la forma Lamboglia 27) hemos de pensar que originalmente hubo de componerse de cuatro. Este esquema es muy frecuente en el taller de las Pequeñas Estampillas, siempre sobre vasos de la forma L-27, producción casi exclusiva de este taller (Morel 1969a: fig. 7, c; fig. 8, c).

Estos cuatro tipos primeros suponen el 95 % del total de estampillas contabilizadas. El 5 % restante se corresponde con una serie de tipos compuestos, cuya presencia es prácticamente testimonial (una única estampilla por cada tipo), que siguen esquemas diferentes a los ya analizados.

3.1.1.5. *Tipo V. Cuatro palmetas opuestas inscritas en doble círculo (Fig. 45, 1)*

El motivo decorativo en sí está formado por cuatro palmetas dispuestas en cruz y enfrentadas, tal y como vimos en el Tipo II, pero con la peculiaridad que aparecen inscritas dentro de un doble círculo inciso. Se trata de la decoración típica que presentan los platos del Tipo V (plato de la forma L-36). Decoración que, por otra parte, es muy poco frecuente en otros talleres, por ejemplo entre la campaniense A (Sanmartí 1978a: 158).

La relación entre la forma completa y la decoración fue ya advertida por Ponsich en Kuass gracias a la recuperación de un ejemplar completo de estas características (1969a: 67; fig. 7).

En nuestro caso, el hecho de que hallemos un único ejemplar de estampillas de este tipo no debe resultarnos extraño, ya que los platos de borde cóncavo de la Forma V, más abundantes en el siglo II a.C. (Lamboglia 1952a: 183), no son demasiado frecuentes en nuestro conjunto.

3.1.1.6. *Tipo VI. Conjunto de cuatro grupos de palmetas unidas (Fig. 45, 2)*

El siguiente motivo lo encontramos sobre un fondo fragmentado de grandes dimensiones. Originalmente la composición hubo de estar formada por cuatro grupos de palmetas unidas (Tipo III), de las que sólo conservamos dos completas y parte de una tercera.

No hemos encontrado ningún diseño similar en el resto de talleres campanienses. Con toda probabilidad se trate de una fantasía del artesano, que ante el gran espacio con el que contaba, se tomó la libertad de salirse de

los cánones impuestos de manera más o menos tácita y dar rienda suelta a su imaginación aunque, eso sí, con los mismos elementos y punzones con los que debía trabajar habitualmente.

La relativa libertad formal a la hora de decorar los vasos es una de las características que según Morel define a los talleres periféricos (1981a: 516 s.) y que también advirtió Ponsich al estudiar las producciones de Kuass (1969a: 70).

3.1.1.7. *Tipo VII. Cuatro palmetas opuestas y roseta central (Fig. 45, 3)*

Sello que también nos encontramos sobre el fondo de un plato de dimensiones considerables. En realidad se trata de la combinación de dos de los diseños más representados en nuestras decoraciones: cuatro palmetas dispuestas en cruz y enfrentadas, en cuyo centro se estampa una roseta. Los motivos son de buena calidad artística y técnica, con cartelas que se adaptan a las palmetas y roseta, motivos en los cuales se diferencian todos sus elementos. En resumen, presentan todos los rasgos que venimos definiendo desde páginas atrás como exponentes de diseños cuidados, que hubieron de responder a formas selectas.

Este esquema decorativo, que a nosotros nos llama la atención es, sin embargo, muy frecuente entre las imitaciones de cerámica gris y pintura roja de Ibiza (Del Amo 1970: 205; fig. 4, nº 2256, 2212, 1546, 7, 191 y 4; fig. 6), con la diferencia que los ejemplares ebusitanos presentan, sin excepción, cartelas de formas geométricas, en tanto que las nuestras aparecen, como es frecuente en la zona, inscritas dentro de cartelas de contornos festoneados. Aquí cabe reflexionar sobre si nos hallamos ante importaciones de producciones de la isla de Ibiza, hecho poco probable en función de la forma de las cartelas y de las características generales del vaso —forma, pasta y barniz— o si, por el contrario, hemos de pensar que los que "viajaban" eran los diseños, como efecto de las múltiples influencias de ida y vuelta que la fluidez de las relaciones comerciales hubo de generar.

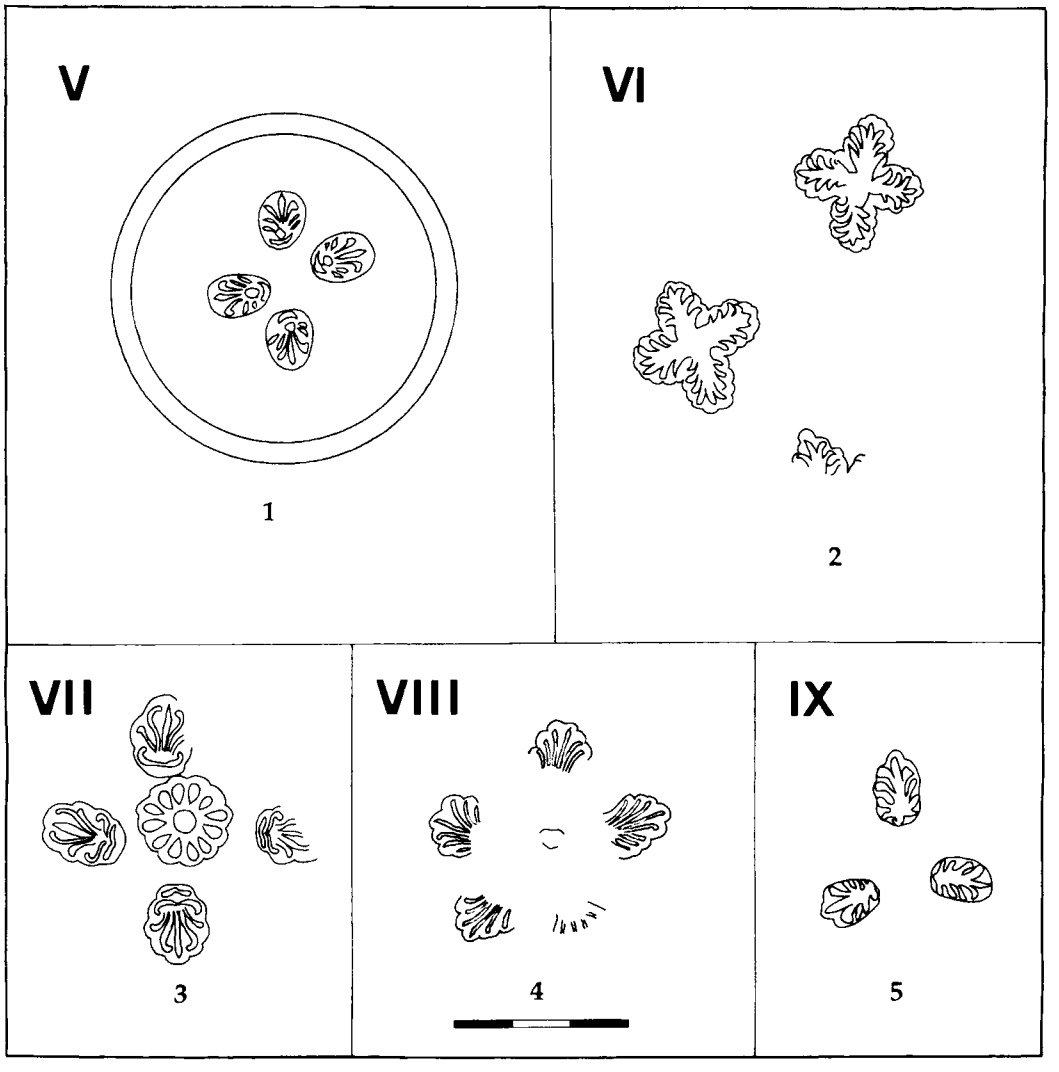


FIGURA 45.—*Tipo V. Cuatro palmetas opuestas inscritas en doble círculo. Tipo VI. Conjunto de cuatro grupos de palmetas unidas. Tipo VII. Cuatro palmetas opuestas y roseta central. Tipo VIII. Cinco palmetas radiales. Tipo IX. Tres palmetas radiales.*

Encontramos este mismo diseño en diversos vasos hallados en la zona levantina (Page 1984: 164 s.; fig. 28), que con toda probabilidad se importan desde Ibiza.

Aunque se trata de una disposición atípica entre el resto de producciones mediterráneas, este esquema se documenta sobre algunos ejemplares de campaniense A de Ischia y es bastante común entre la cerámica de Cales (Pedroni 1990: 168) y de Teano, aunque en este caso las cuatro palmetas dispuestas radialmente se combinan con una estampilla de cabeza de Gorgona central (Nicosia 1976: 52 s.), por lo que, según algunos autores, se podría atribuir a este esquema decorativo un origen italo-campano (Principal 1998a: 133).

3.1.1.8. *Tipo VIII. Cinco palmetas radiales (Fig. 45, 4)*

Este motivo también es único entre nuestro material. Formado por la estampación repetida, esta vez en cinco ocasiones, de palmetas que se disponen de forma radial.

Por el contrario, en Kuass es un esquema decorativo relativamente frecuente (Ponsich 1969a: 70 s.; fig. 8; fig. 15, nº 2, 4 y 6). Hecho explicable si tenemos en cuenta que la mayoría de las ocasiones este motivo se estampilla sobre los fondos de ciertos cuencos de la forma L-21 (*Idem.* 65; fig. 4, nº 2) abundantes en Kuass pero cuya presencia aquí no está constatada.

Morel considera que se trata de un esquema poco habitual entre la cerámica de barniz negro en general, pero bastante corriente en ciertas producciones de barniz negro de origen cartaginés de Cartago, Sicilia occidental y costa levantina (1992: 221).

Un fondo decorado con cinco palmetas, que resultó ser una importación ática tardía (finales del s. IV o principios del III a.C.), se recuperó también en las excavaciones de Olbia (Bats 1988: 132; lám. 3, nº 100), aunque en este caso el esquema varía y no se disponen radialmente sino cuatro en cruz y la quinta en el centro.

Entre algunos materiales adscribibles a la campaniense A, se advierte un esquema similar, pues aunque siguiendo la tónica general, se estampillan únicamente cuatro palmetas y por la disposición que adoptan éstas, parece que fuese a estampillarse una quinta, que nunca aparece (Principal 1998a: 133; lám. 26, 1; lám. 32, 1; lám. 39, 7; lám. 40, 1 y 2).

3.1.1.9. *Tipo IX. Tres palmetas radiales (Fig. 45, 5)*

En último lugar, encontramos tres palmetas dispuestas también de forma radial, de no muy buena calidad (el motivo no está bien definido, las hojas se funden unas con otras y las cartelas tan sólo se adaptan a la hoja central que es de mayor longitud), sobre el fondo de un pequeño cuenco del Tipo IX-C.

Esta forma, de origen ático[71], es muy imitada en los primeros talleres campanienses del siglo III a.C. Entre las producciones de campaniense A arcaica de Ischia (280-220 a.C.), se documenta este tipo de cuenco decorado, como nuestro ejemplar, por medio de tres palmetas (Blanck 1978: 102 s.; Morel 1980b: 102). Esta decoración también se relaciona con producciones del área púnica del Norte de Africa y Sicilia Occidental (Cerdá 1987b: 312) y con el taller hispánico de las Tres Palmetas Radiales de Rosas fechado hacia la primera mitad del siglo III a.C. (Sanmartí 1978a; Beltrán 1990: 41; fig. 20, nº 5-8; Principal 1998a: 113), cuyo mismo nombre nos indica que ésta fue la decoración más frecuente entre sus producciones.

3.1.2. EL PROCESO TÉCNICO

La técnica utilizada en todos los casos contemplados es el estampado, que sustituye, todavía en el siglo V a.C., a las primeras decoraciones incisas sobre vasos áticos de barniz negro (Cerdá 1987b: 203 s.). Técnica que tomaron prestada, junto a los motivos decorativos, la inmensa mayoría de los talleres mediterráneos herederos de la cerámica griega.

En un artículo ya clásico, P.E. Corbett (1955) describe el proceso seguido por los artesanos para decorar los vasos *(Fig. 46)*. Por lo general, todas las estampillas que decoran una vasija están impresas con un mismo y único punzón y las diferencias que a veces apreciamos entre ellas responden más bien a eventualidades del momento de la estampación.

Los sellos se graban en el extremo de un punzón, sobre una superficie ligeramente convexa, que provoca que cada vez que se presiona la matriz sobre el vaso, sobre todo si la estampación es rápida y en serie —pues la mayoría de las veces el proceso tiene lugar sin detener el torno del todo— y dependiendo de la pericia de cada

[71] Para algunos autores, este esquema decorativo sería, sin embargo, de origen posiblemente púnico (Cura y Principal 1994: 176), aunque al tratarse de un motivo relativamente frecuente entre las producciones de barniz negro del s. III, no podemos precisar con certeza su origen (Principal 1998a: 113).

artesano, el punzón no quede siempre en la posición correcta y las estampillas presenten ligeras variaciones. En ocasiones, si el punzón se aplica de forma oblicua (*Idem.* fig. 1), algunos elementos pueden aparecer más marcados, mientras que los opuestos quedan difuminados y apenas si se advierten.

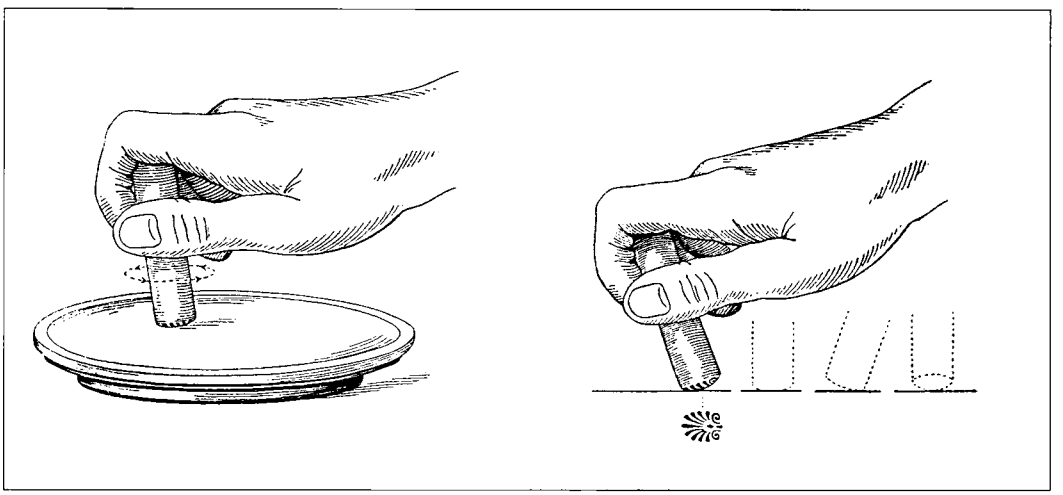


FIGURA 46.—Aplicación de la estampilla mediante el método de rotación. (Según Corbett 1955: 173; fig. 1).

Todas estas consideraciones, relativas a la cerámica ática, son igualmente válidas para las estampillas que encontramos tanto en Kuass como en la bahía de Cádiz.

Los motivos se imprimen siempre en positivo, es decir, los elementos que conforman rosetas y palmetas aparecen rehundidos o huecos[72], a diferencia de lo que se observa frecuentemente entre las producciones de peor calidad (Cerdá 1987b: lám. II, 6a, 6b y 6c; Page 1984: 159; fig. 26, 8).

Sin embargo, nuestros sellos presentan, como hemos venido diciendo, una menor calidad técnica y artística, que responde a varias causas. En primer lugar debemos suponer que los cuños no fueran tan perfectos como los motivos originales griegos que servirían de modelos a nuestros alfareros. También es posible que las matrices fueran tomadas directamente de vasos importados[73].

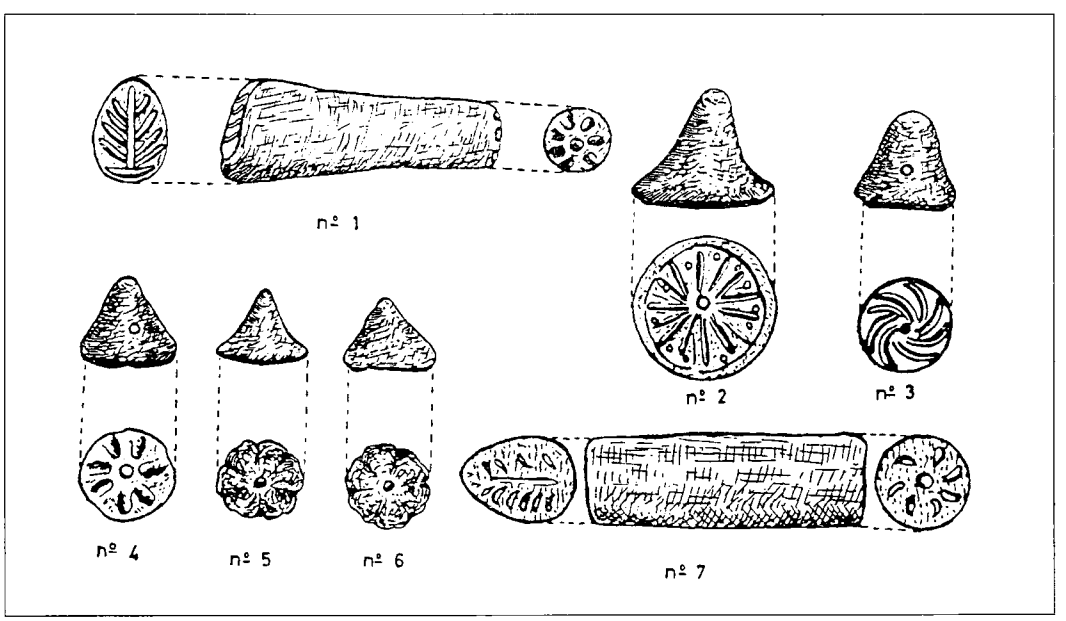


FIGURA 47.—Punzones procedentes de la necrópolis del Puig des Molins. (Según Colominas 1954: 6; fig. 1; Del Amo 1970: 214; fig. 5).

[72] Se ha planteado la necesidad de sistematizar el convencionalismo de representar los motivos positivos o rehundidos en negro y el relieve en blanco para diferenciar visualmente los sellos en positivo de los sellos en negativo (Page 1984: 303), pero en nuestro caso esta ventaja de orden práctico se torna en desventaja, ya que, en ocasiones, las propias estampillas o algunos de sus elementos se montan unos encima de otros y si los rellenáramos por completo no se advertirían cada uno de los trazos.

[73] Hipótesis propuesta en las correcciones hechas a la obra de V. Page (1984: 304) para explicar la presencia de estampillas propias de las vajillas ática y campaniense sobre vasos ibéricos. Éste sería un procedimiento más sencillo para los artesanos ibéricos que la imitación de los cuños y más probable que la existencia de matrices importadas desde estos talleres mediterráneos como, en principio, propone la autora (*Idem.* 158).

Otra de las posibles causas que explican la deficiencia técnica puede ser el desgaste del punzón por una utilización muy repetida de un mismo motivo o la acuñación de las estampillas cuando el barro está ya bastante seco, lo que explica también la escasa profundidad de nuestros sellos y el mismo giro del torno.

El único punzón que hemos localizado procede de las excavaciones de las escombreras de los hornos de Torre Alta[74]. En principio responde al tipo clásico que describe Corbett (1955: fig. 1) y del que se han hallado varios ejemplos en Ibiza *(Fig. 47)*, utilizados, sin lugar a dudas, para la decoración de las imitaciones locales (Colominas 1954: fig. 1; Del Amo 1970: 214 s.; fig. 5; lám. I).

La palmeta que aparece grabada en uno de sus extremos responde a un tipo evolucionado y esquemático —tallo central al que se adosan seis pétalos en cada lado— de no demasiada calidad, encuadrable dentro de nuestro Tipo I-B-1, en concreto al ejemplar número 25.

La aparición de este punzón confirma la fabricación de cerámicas "tipo Kuass" en los hornos de Torre Alta y lo esquemático del diseño representado, la cronología que hemos propuesto[75] para la producción de este alfar.

3.1.3. Relación entre motivos decorativos y formas

Hemos procurado, en la medida de lo posible y tal y como hicimos con ciertos detalles de las formas, correlacionar los motivos estampillados con las formas completas a las que decoran. Para ello hemos analizado, en primer lugar, las estampillas que tenemos documentadas sobre vasos completos, que nos sirven de pauta para hacernos una idea de la tendencia general. Para completar este análisis se ha tenido en cuenta la tipología de los fondos en los que se ha constatado la presencia de sellos y la correlación entre estos pies y las formas completas, según se trató en el capítulo anterior[76]. Si descartamos de entre estas formas las que sabemos con seguridad que no se decoran nunca, nos queda un panorama lo suficientemente significativo, aunque como señalan otros autores "ni el tipo de decoración estampillada ni las dimensiones de las bases son argumentos lo suficientemente seguros cómo para, por el momento, proponer una identificación concreta o adscripción a una forma en particular" (Principal 1998a: 131).

En definitiva, se puede observar que las formas que se decoran en un mayor porcentaje son la VIII (copas) y la VII (bolsales), seguidas de la III (platitos) y la IX (cuencos), en sus Tipos IX-B y IX-C, formas que también aparecen en menor cantidad que las dos primeras. En un porcentaje menor las decoraciones las hallamos en otro tipo de vasos, cuya misma presencia es también más esporádica, como las Formas V, X, XI y puede que algún que otro tipo de plato, aunque no lo tenemos atestiguado.

Respecto a la correlación entre las estampillas y los tipos de pies, los que se decoran en un porcentaje más elevado son los que pertenecen al Tipo 1 en todas sus variantes.

Tras este análisis creemos que existe una relación constante entre decoración, pie y forma completa. Las estampillas son más abundantes entre los pies más esbeltos y delicados y ambos elementos se vinculan a los vasos más selectos y cuidados que, por regla general, se suelen corresponder con las formas relacionadas con la bebida (Ruiz Mata 1995a: 188; fig. 16) como sucedía en el mundo griego (Sparkes y Talcott 1970: 24). Aunque motivos y formas se combinan de manera variada, en ciertos casos podemos seguir la tendencia particular.

Tampoco creemos que las estampillas tengan un valor nominal, que marquen los diferentes talleres o artesanos, pues pensamos, por todo lo expuesto, que su valor es exclusivamente decorativo, estando su presencia en relación directa con la concepción, por parte de fabricantes y usuarios, de determinados vasos como artículos de cierto lujo[77].

3.1.4. Otras decoraciones

Al igual que el resto de las vajillas campanienses, la cerámica de Kuass se decora parcamente y no de forma habitual. Aparte del barniz que los recubre y de las estampillas que encontramos en contadas ocasiones y sobre determinadas formas, hemos advertido otra serie de elementos que contribuyen también a la ornamentación de los vasos.

---

[74] Esta campaña de excavaciones se halla inédita y no hemos podido acceder al material. El punzón que describimos se expone en el Museo Histórico Municipal de San Fernando y nuestro acercamiento a él ha sido sólo visual.

[75] En principio, somos de la opinión de datar la producción de los hornos de Torre Alta, al menos en lo que respecta al material anfórico descrito (García Vargas 1996: 50 s.) y a la vajilla "tipo Kuass", hacia finales del s. III y comienzos del II a.C. (Niveau de Villedary 1999a: 120).

[76] Hemos decidido eliminar, por razones de espacio, el estudio estadístico detallado, tal y como aparece en nuestra Tesis Doctoral (Niveau de Villedary 2001a), a la que remitimos.

[77] Puede observarse que la mayoría de los vasos que presentan decoración estampillada en su interior responden a la categoría de vasos para beber (Ruiz Mata 1995a: 188; fig. 16).

3.1.4.1. *Acanaladuras y molduras*

Bajo este epígrafe se han incluido toda una serie de "accidentes" (surcos, acanaladuras, molduras, etc.) localizados en las superficies de los vasos, cuya presencia o ausencia no modifica ni la forma general ni la posible funcionalidad de los mismos, por lo que les debemos suponer únicamente la función de romper la monotonía de las paredes lisas, es decir, una función estrictamente decorativa. En la mayoría de las formas propuestas hemos advertido la presencia de estos elementos ornamentales.

Forma I

Se trata quizás del ejemplo más claro de cuanto hemos expuesto. En efecto, toda o casi toda la superficie de estos platos muestra una serie de acanaladuras o surcos más o menos anchos que se intercalan con una serie de molduras, que cubren tanto la pared interna como la externa.

Forma II

En los platos de pescado, forma evidentemente funcional, los alfareros apenas si hacen alguna concesión a la fantasía, pero podemos considerar las acanaladuras situadas sobre los bordes y alrededor de las cazoletas de algunos tipos, como elementos en cierta manera ornamentales, sobre todo si tenemos en cuenta que en producciones posteriores más estandarizadas como la campaniense A, estos elementos desaparecen (Morel 1981b: 89). Lo mismo podemos decir de las uñas o acanaladuras que surcan la zona de reposo de los pies.

Forma III

Se trata de una de las formas que más fielmente reproduce los prototipos áticos y frecuentemente conserva la acanaladura bajo el borde externo que identifica a los ejemplares griegos. Como en Grecia, la acanaladura, en principio bien marcada, degenera con el paso del tiempo en un surco amplio aunque de escasa profundidad que, poco a poco, va desapareciendo.

Forma IV

La presencia de una acanaladura que surca el labio por el interior es, precisamente, el elemento que se eligió para distinguir el Tipo IV-A, del Tipo IV-B, sin acanaladura.

Forma VII

En los bolsales es también la presencia de un surco o acanaladura situado en el tercio inferior del vaso, en su pared externa y que varía en anchura y profundidad, el elemento que nos permite distinguir variantes e identificar los pies que pertenecen a esta forma (ver Tipo 6 de pies), ya que se trata de una característica exclusiva de la forma. Asimismo el pie del bolsal suele marcarse en su fondo interno mediante una uña (Tipos de pies 1-e y 3-b).

Forma VIII

En esta forma las decoraciones más frecuentes son las estampillas que decoran los fondos internos de los vasos. Solamente tenemos documentado un ejemplar que presenta dos acanaladuras bajo el labio (ver Tipo de borde 1-d, correspondiente a la Forma VIII). Los pies de las copas sí podemos encontrarlos con uñas y moldurados (Tipo de pie 1-e).

Forma IX

Tan sólo entre los cuencos de la Variante IX-A-4, hemos constatado en alguna ocasión la presencia de uñas en la zona inferior de los pies.

Forma XI

Una de las características que definen al Tipo XI-A y que lo diferencian del XI-B, es la acanaladura que rodea la parte superior del borde al exterior. El ejemplar completo, que corresponde a la Variante XI-A-1, presenta además otra acanaladura bajo el pie.

Forma XV

Hemos considerado que tanto el collarín como la incisión situados sobre el hombro de las Variantes XV-A-1 y XV-A-2 respectivamente, pueden responder a este concepto decorativo.

Forma XVI

Los labios de esta forma se surcan frecuentemente por una o dos acanaladuras de dimensiones variables.

Forma XVII

También las lucernas cerradas se decoran mediante una acanaladura en su parte superior, que rodea la abertura central.

3.1.4.2. *Decoración gallonada*

Tenemos constatada, aunque de manera excepcional, otros tipos de ornamentaciones. Se trata de la decoración pseudogallonada que recubre el cuerpo de los ejemplares completos de los Tipos XV-A *(Fig. 22, 1)* y XV-D *(Fig. 23)* y que también se observa en el fondo interno de una base incompleta, que por esta decoración exclusiva clasificamos como Tipo 7 de fondos *(Fig. 38, 9)*. Se trata de una serie de surcos, que se hacen con un instrumento de punta roma (Vall de Plá 1971: 181), antes de la cocción. En el caso del Tipo XV-D, éstos se continúan hacia abajo a mano alzada y no llegan hasta el extremo inferior del cuerpo.

Su presencia hemos de relacionarla con el carácter selecto de las piezas en cuestión, que por su perfil cerrado no son susceptibles de estampillarse y sí, por el contrario, de presentar este tipo de decoración. Así vemos como las formas áticas de laginos a menudo presentan el cuerpo gallonado (Sparkes y Talcott 1970: 160; Cerdá 1987b: 352), elemento ornamental que recogen las producciones campanienses tempranas, de perfiles similares a nuestra forma (Morel 1981a: fig. 160, 5235b 1).

La aparición de cerámica ática de barniz negro decorada a base de gallones se ha relacionado con la influencia que ejercieron los vasos metálicos del imperio aqueménida sobre los artesanos griegos (Shefton 1971). De forma similar, se considera que esta decoración sobre vasos campanienses se toma directamente de la toreútica etrusca (Pérez Ballester 1986: 28), influenciados a su vez por modelos helenísticos (Risueño y Adroher 1992: 429).

3.1.4.3. *Apliques figurativos (Figs. 48 y 49)*

También hemos de poner en relación con las formas cerradas de enócoes y ungüentarios (F. XV), la presencia de tres pequeños apliques cerámicos de estilo helenístico que representan rostros humanos.

El primero de ellos *(Fig. 48)* se localiza bajo el asa de la enócoe del Tipo XV-D. Se trata de un rostro humano estampado mediante molde sobre una pella de barro aplicada sobre el extremo inferior del asa mediante arcilla diluida (Montagna-Pasquinucci 1972: 438). La falta de cuidado mostrada por el artesano durante la ejecución del proceso se pone de manifiesto en las resquebrajaduras que presenta el prótomo[78] y en la poca definición de los rasgos de éste, que quedan algo desdibujados en medio de la pella. Representa un hombre barbado, posiblemente anciano, de ceño fruncido y expresión severa. Aunque por la deficiente ejecución técnica es difícil de advertir, sobre la cabeza presenta una especie de gorro o tocado alto, con dos pequeños apéndices en los laterales.

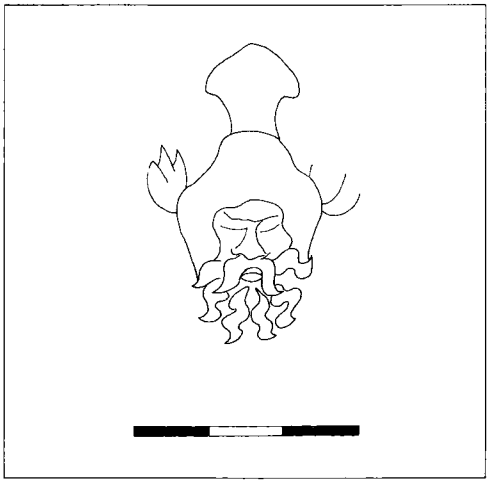


FIGURA 48.—Aplique figurativo bajo el asa de la enócoe del Tipo XV-D procedente de la necrópolis gaditana (Niveau de Villedary 2001b: 101 ss.; fig. 4, 3).

Entre un lote de materiales púnicos y turdetanos descontextualizados procedentes de una terrera del casco antiguo de Cádiz (Fierro 1990: 35), aparece un ejemplar de enócoe similar al descrito, al que le falta la boca y el asa, pero que, sin embargo, conserva el arranque de ésta y el aplique que lo decoraba (*Idem.* 39). La mala calidad de la pieza tan sólo nos permite observar que se trata de la representación de un personaje masculino barbudo, sin que destaquen otros detalles que nos pudieran ofrecer más datos para su identificación.

El último de estos apliques *(Fig. 49)* se incluye en el conjunto de materiales procedentes de las excavaciones del poblado de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca, El Puerto de Santa María, Cádiz), en los que se basa el grueso de este estudio. En esta ocasión lo que nos encontramos es únicamente con el rostro, al parecer desprendido del vaso original al que decoró[79]. De dimensiones idénticas a los anteriores (3 cm.), en este caso se representa a un joven de mirada profunda y rostro serio, tocado con lo que parece un gorro frigio, del que se asoman

[78] Posiblemente pueda explicarse por el contexto en el que se halló: un pozo ritual de la necrópolis púnica de Cádiz (Niveau de Villedary 2001b: 101 ss.). Pensamos que la vajilla utilizada en los rituales funerarios debió fabricarse, al menos en contadas ocasiones, *ex profeso* para tales fines (*Idem.* e.p. b) y, por tanto, la ejecución de los vasos distaba, en muchas ocasiones, de ser perfecta.

[79] Sin embargo, el hecho de que su superficie se encuentre recubierta con el peculiar engobe que caracteriza a nuestra producción, nos permite incluir esta pieza en nuestro estudio sin ningún género de dudas.

algunos mechones de cabello. Este tercer aplique es de ejecución más cuidada que los anteriores[80]. También a molde, posiblemente se recortara el barro sobrante alrededor y se aplicara a continuación al vaso. Aunque obviamente no podemos afirmar con rotundidad a qué forma perteneció originalmente, existe una gran probabilidad de que fuera a algún tipo de enócoe coma las halladas en Cádiz; ya que, aunque entre los materiales de Doña Blanca no tengamos documentada ninguna pieza parecida, sí tenemos la certeza de que hubieron de existir por la documentación de asas del Tipo 2 y de fondos de la Variante 4-a. También la parte posterior de la figura, rehundida, evidencia que debió acoplarse a una superficie curva, como pudieran ser paredes exteriores o asas.

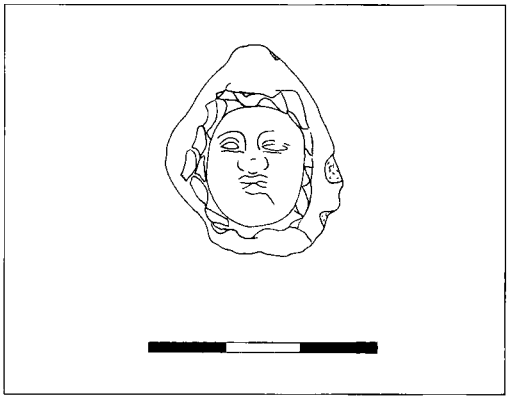


FIGURA 49.—Aplique figurativo procedente del poblado de Las Cumbres. ¿Representación de *Attis*?

Y queremos incidir en esta última afirmación ya que la existencia de otra serie de vasos que presentan decoraciones figuradas muy parecidas a las nuestras en otras producciones, podría inducir a error. En concreto nos referimos a las páteras umbilicadas o fíalas de la especie M-2170 (Morel 1981a: 143 ss.) de origen caleno (Pagenstecher 1909; Aranegui y Gil-Mascarell 1978: 14; Pedroni 1990: 146) y etrusco (Balland 1969: 101 ss.) que, en ocasiones, se han identificado como producciones cartaginesas, concretamente de la clase Byrsa 661 (Morel 1986a: fig. 34) y de los boles M-2151 (Py 1993a: 145). Se trata de vasos decorativos de uso posiblemente ritual que se basan en prototipos metálicos (Morel 1981a: 524) y que se decoran con representaciones figuradas (*Idem.* 143). En varios ejemplos, en los fondos internos de estas copas, encontramos prótomos humanos parecidos a los nuestros (Pagenstecher 1909: lám. 1, 7; lám. 2, a y d; lám. 4, a y b; lám. 12, 93a; Morel 1986a: fig. 34), en concreto el publicado por Morel procedente de Cartago es prácticamente idéntico al segundo de nuestros ejemplares.

No obstante, y aunque sin rechazar *a priori* esta posibilidad, nos inclinamos por considerar, por los motivos expuestos, que nuestros apliques debieron decorar jarras o enócoes, como nos muestra el ejemplar completo expuesto en el Museo de Cádiz, a semejanza de toda la serie de jarras de origen etrusco de las series M-5611 y M-5741 (Morel 1981a: láms. 175 y 188) que, por la similitud formal y decorativa, debieron ser los modelos en los que se basaron los artesanos gaditanos a la hora de fabricar estas jarras.

En cuanto a la iconografía de las representaciones, hemos de destacar una vez más el paralelismo que presentan con los ejemplos itálicos. También entre las producciones de Volterra aparecen los dos tipos descritos para nuestra cerámica: prótomos barbudos (*Idem.* lám. 175, 5611a) que se interpretan como Silenos (*Idem.* 372) y rostros jóvenes (*Idem.* lám. 175, 5611b) o de Sátiros (*Idem.* 372). Aparecen también máscaras femeninas (*Idem.* lám. 176, 5611g) de las que nosotros, por lo reducido del repertorio local, no conocemos ejemplos, pero que bien pudieron también existir.

Debido a los atributos que ambos rostros presentan quizás podamos afinar algo más en una hipotética identificación. Puede que el rostro más joven, por su mayor calidad y definición, que permiten que advirtamos con claridad ciertos atributos, en concreto el gorro frigio, se pueda identificar con *Attis* (VV.AA. 1958: 906 ss.), dios minorasiático de la fecundidad y la fertilidad, igualmente venerado en Grecia, que se asocia a Cibeles y es representado como un adolescente, con túnica ajustada y gorro frigio (VV.AA. 1979: 43 ss.; VV.AA. 1986: 22 ss.), aunque este atributo no es privativo de este personaje sino que es común a otros dioses de origen frigio como Sabacio (Tremoleda 1998).

Para la identificación de los personajes barbados tenemos más dificultades pues, por las circunstancias del estampado, muchos de los atributos han quedado desdibujados. En el primer caso descrito, intuimos que hubo de estar tocado con una especie de gorro alto, pero tampoco podemos estar seguros de ello. Forzando mucho las interpretaciones podríamos asimilarlo a alguna representación del dios Bes, ya que la expresión, el rostro barba-

[80] ¿Hemos de poner este hecho en relación, al igual que hicimos en el caso anterior, con que esta pieza se halló en un contexto de habitación y por lo tanto debemos inferir que tuvo un uso práctico y funcional?

do, el posible tocado de plumas (¿?) y los apéndices laterales, son todos ellos atributos del dios; pero el estilo helenístico de nuestra figura, bastante lejano de la iconografía típica del dios, que conserva siempre rasgos egiptizantes (Padró 1978: 25 y 2000: 644) bastante marcados, no parecen apoyar esta hipótesis. Sin embargo, si a la relación que recientes estudios han advertido entre Bes y Heracles (Gómez Lucas e.p.), personaje íntimamente relacionado con Cádiz desde sus orígenes, sumamos el triunfo de la estética helenística en estos momentos (Ruiz Delgado 1982: 294; Pons 1990), quizás nuestra hipótesis no sea tan descabellada.

3.1.5. MARCAS Y GRAFITOS *(FIG. 50)*

A pesar del numeroso material recuperado en el transcurso de los trabajos, tan sólo hemos podido identificar cuatro ejemplos de grafitos y marcas sobre cerámicas de "estilo Kuass"[81].

La primera de ellas *(Fig. 50, 1)* está situada en el fondo interno de una base fragmentada de plato de pescado (Forma II) y se compone de tres aspas, formadas por dos trazos cada una de ellas, de diferentes dimensiones y orientación. En el centro se sitúa la más grande y a ambos lados, inscritas en los cuadrantes que forma la anterior, hallamos las de menor tamaño.

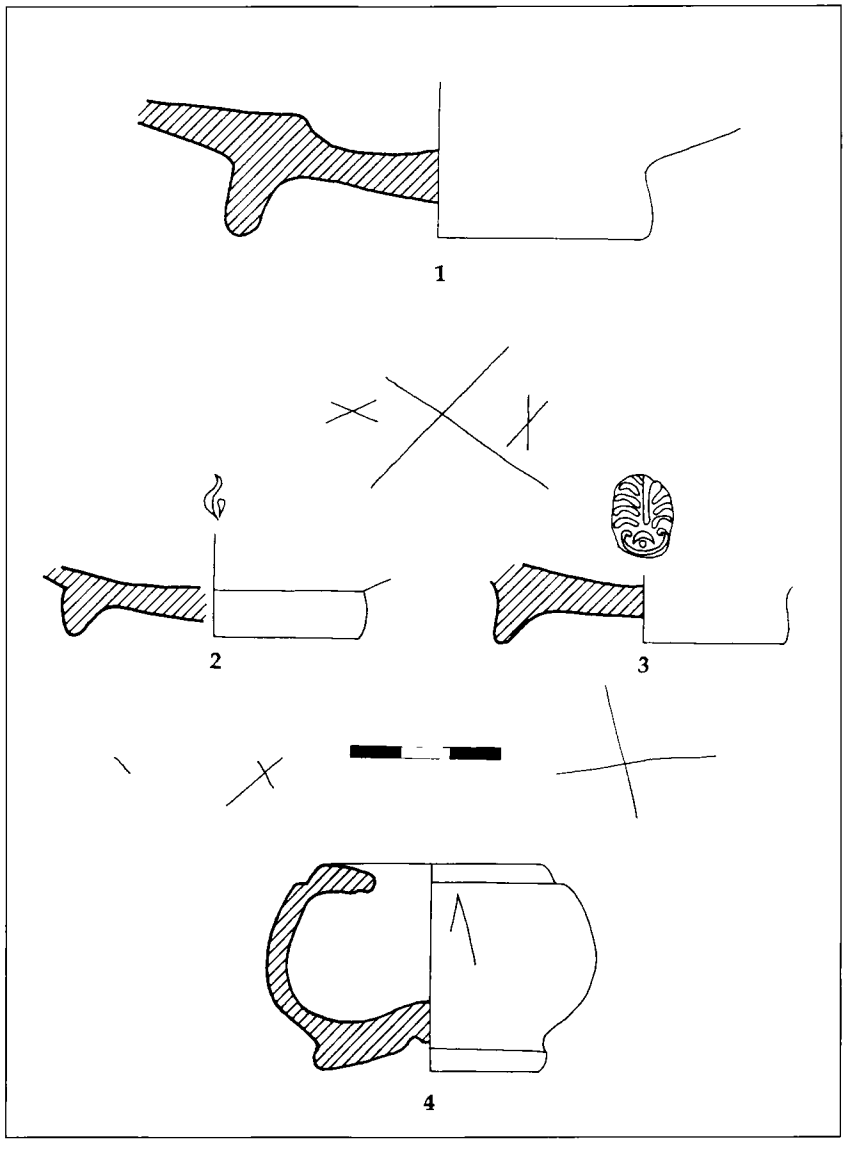


FIGURA 50.—*Marcas y grafitos.*

[81] Actualmente en estudio, al igual que el resto del material epigráfico recuperado en las excavaciones del Castillo de Doña Blanca, por el Dr. Jesús L. Cunchillos Ilarri, Profesor de Investigación del C.S.I.C., a quien queremos agradecer desde estas líneas sus valiosas y desinteresadas aportaciones. Con el objeto de facilitar al investigador la identificación de las piezas en ambas publicaciones, éstas se publicarán bajo las siguientes siglas: TDB 83004 *(Fig. 50, 1)*; TDB 83005 *(Fig. 50, 2)*; TDB 87027 *(Fig. 50, 3)*; TDB 87028 *(Fig. 50, 4)*.

Otras dos marcas se hallaron bajo dos fondos fragmentados y estampillados pertenecientes a los Tipos 2-b y 1-b respectivamente *(Fig. 50, 2 y 3)*. En el ejemplar número 2 se distingue fácilmente un aspa de pequeño tamaño, con un brazo más largo que el otro y otro trazo situado a la misma altura y paralelo al brazo de menor longitud del grafito anterior. En el fondo nº 3, también se localiza un aspa, en este caso única y de mayor tamaño.

Aunque en principio no hay por que rechazar que representen alguna letra del alfabeto fenicio, en concreto la "tau", es más lógico pensar que se trate de simples marcas realizadas por el alfarero con el fin de señalar una vasija de un modo concreto, cuyo significado hoy se nos escapa.

Por último, tenemos localizado otro grafito *(Fig. 50, 4)* sobre el cuerpo de una lucerna cerrada de tipo helenístico (Forma XVII). En esta ocasión sí parece que se trata de un signo semítico, que podríamos interpretar como una "gimel".

Ante lo anecdótico de su presencia, no creemos que estos signos indiquen ningún lugar o taller de procedencia, como ocurre entre los talleres protocampanienses itálicos (Morel 1981b: 85), más bien nos inclinamos por la hipótesis que sean marcas de propiedad (Rölling 1986: 53), que se graban sobre las vasijas una vez cocidas.

3.2. CARACTERÍSTICAS TÉCNICAS DE LA CERÁMICA "TIPO KUASS"

> "Para poder organizar el estudio a partir de una base analítica, deberán tenerse en cuenta la preparación de la pasta arcillosa, el torneado de las vasijas y su cocción posterior. En esta fase debe incluirse, por supuesto, el análisis y conocimiento detallado de la pasta cerámica, en cuanto a sus elementos integrantes, comunes o extraños y la técnica utilizada en su eventual decoración, que, originarán importantes características diferenciadoras, al menos en lo físico, de las distintas familias cerámicas" (Beltrán 1990: 13).

Llegado a este punto debemos volver a insistir, pese al peligro de parecer reiterativos, en la importancia que en producciones como ésta[82] tiene la sistematización rigurosa de sus características técnicas. Sólo mediante la correcta definición de las pastas y los tratamientos superficiales de los diferentes vasos, estaremos en condiciones de aislar los elementos pertenecientes a nuestra producción (Manacorda 1998). De esta manera se hace posible seguir, con más o menos dificultad, pero con un grado de fiabilidad mucho mayor, la dispersión y extensión del conjunto, con las implicaciones económicas-comerciales e históricas que ello conlleva (Morel 1998b); sin contar con las ventajas de orden práctico que reporta a la hora de la clasificación de los materiales arqueológicos. No obstante, y debido a la juventud de esta disciplina, los resultados se deben tomar con cierta reserva aún (Olcese y Picon 1998).

En recientes trabajos se ha demostrado que, en ocasiones, piezas cuya apariencia difiere en pastas y barnices y, por tanto, pueden considerarse como pertenecientes a grupos de talleres diferentes, presentan en realidad los mismos componentes químicos (Sala y Ferrandis 1997). Este hecho nos obliga, según señalan los autores, a ser cautos a la hora de individualizar producciones cerámicas mediante exámenes visuales y la utilidad de los análisis químicos y estadísticos aplicados para estos fines.

En el caso de las cerámicas tradicionalmente llamadas de Kuass, contamos con la ventaja —que, en ocasiones, por la deficiente calidad técnica, se torna en inconveniente— de que sus superficies aparecen tratadas mediante la aplicación de un barniz o engobe que por el peculiar tono que suele adoptar, nos permite diferenciar en una primera aproximación visual los individuos que pertenecen a ella.

No obstante, al tratarse de un taller que aunque con una producción sistematizada y organizada no deja de ser artesanal y de difusión relativamente limitada, la variabilidad es muy grande. Junto a productos de gran calidad técnica, encontramos otros cuya factura deja mucho que desear[83]. Pastas compactas y depuradas y barnices homogéneos y espesos conviven, en un mismo tiempo y lugar, con vasos fabricados con arcillas no del todo libre de impurezas, con desgrasantes visibles y engobes ligeros, que no se suelen conservar o, en el mejor de los casos, aparecen cuarteados, quemados y nunca con un tono uniforme.

Este hecho nos obliga a prestar especial atención a este tema, procurando describir con detalle los distintos tipos de pastas y barnices que hemos documentado en el transcurso de nuestro trabajo, así como los procesos técnicos empleados en la elaboración de los vasos que hayan dejado en éstos huellas apreciables, que contribuyan a su diferenciación.

---

[82] En este caso los atributos formales de nuestros vasos no nos sirven de gran ayuda a la hora de individualizar la producción, debido a la gran similitud formal que guardan todo este tipo de producciones que, en principio, reproducen fielmente los perfiles áticos, para evolucionar, simplificándose, de manera muy parecida en todos los talleres mediterráneos de la época.

[83] Las cerámicas de barniz negro responden a una técnica esmerada y compleja, muy bien conocida en Grecia y las ciudades de la Magna Grecia. Aunque esta moda se difunde a otras zonas como, por ejemplo, el mundo púnico, en éstas no se llega a obtener la calidad del barniz que se intenta imitar (Cura y Principal 1994: 179).

A pesar de la importancia de un primer reconocimiento visual, que si se realiza de forma sistemática aporta, sin lugar a dudas, una significativa información, hoy en día no se concibe un estudio de estas características que no incluya análisis puramente científicos (Morel y Picon 1993). La prueba definitiva que confirme o rechace nuestras hipótesis, debe ser la contrastación analítica de la composición de la materia prima empleada. Sólo mediante el perfecto conocimiento de la naturaleza de las arcillas y pigmentos, estaremos en condiciones de aislar los elementos de nuestro "taller" y sólo así podremos afirmar si se fabricaron en esta zona de la bahía de Cádiz, si por su composición se distinguen de las de Kuass y cual fue la difusión real de estos productos en el espacio.

3.2.1. El proceso técnico de fabricación de la cerámica

Desde la extracción de la arcilla hasta que el producto final sale del horno listo para ser comercializado y usado, tienen lugar una serie de procesos (Curià *et al.* 2000) que podemos dividir en fases bien diferenciadas, aunque no igualmente estudiadas.

Los primeros pasos, que conocemos bien gracias a la Antropología y a la Etnología, pero cuya constatación arqueológica, no siempre fácil, apenas si ha ocupado la atención de la investigación (Beltrán 1990: 17), lo integran la extracción y preparación de la materia prima.

Poseemos algo de más información acerca de los procesos de modelado y torneado de las vasijas —en gran parte debido a la experimentación moderna— y de los tratamientos que éstas reciben antes de la cocción. La totalidad de estas cerámicas se fabricaron a torno. Éste permitía al artesano la realización de numerosas piezas en tiempos relativamente cortos. Primero se levantaban los cuerpos de las vasijas y, a continuación, se le añadían otros elementos, como son las asas (*Idem.* 18). El proceso de secado tenía lugar en tres etapas a lo largo de una semana, con el objeto de evitar que una pérdida de agua demasiado rápida provocara grietas o deformaciones (*Idem.* 19). En este momento tienen lugar también las operaciones de acabado de las cerámicas, se corrigen las pequeñas imperfecciones de las superficies y se decoran. Es ahora cuando nuestras cerámicas recibirían las impresiones de palmetas y rosetas que las caracterizan. En ocasiones, una vez cocidas las vasijas, éstas son decoradas mediante pintura o reciben marcas o señales con vistas, sobre todo, a su comercialización.

La excavación de hornos y alfares ha propiciado que esta última fase sea la mejor conocida del proceso de elaboración de la cerámica. Ya señalábamos en otro lugar la falta de evidencias de estructuras industriales en el Castillo de Doña Blanca. El hecho de que los alfares se situaran normalmente extramuros de las ciudades (*Idem.* 21) explica, en cierto modo, esta ausencia. Tampoco debemos olvidar que, a pesar de lo mucho excavado, gran parte de la ciudad no ha sido todavía sacada a la luz, por lo que no debemos descartar *a priori* la existencia de alfares que produjeran este tipo de cerámica. Esta ausencia se suple en gran medida por la existencia, en la vecina población de San Fernando, de una serie de conjuntos industriales (Perdigones y Muñoz 1988; Frutos y Muñoz 1994 y 1996: 139 ss.; Lagóstena 1996: 112 ss.; García Vargas 1998: 156 ss.; González Toraya *et al.* 2000; Gago *et al.* 2000) en los que ya de forma residual, dada su avanzada cronología —entre finales del s. III y la primera mitad del II a.C.— (García Vargas 1996: 50; Niveau de Villedary 1999a: 120 y e.p. d), sabemos que se fabrica esta clase cerámica. En los alfares de Torre Alta y Pery Junquera se constata, junto a la fabricación masiva de elementos de almacenaje, una significativa producción de pequeños vasos de uso común, entre los que destaca la producción de estas últimas cerámicas de "tipo Kuass" (*Idem.*).

Mediante el análisis de estos hornos y el de los excavados por Ponsich en Kuass, el otro conjunto industrial que sabemos que fabricó materiales de este tipo[84], procuraremos reconstruir el proceso de elaboración de esta clase cerámica.

En relación al yacimiento de ***Kuass*** contamos con la ventaja de disponer de todo un conjunto de hornos excavados y de las dependencias anexas a éstos, pero con la enorme desventaja de lo somero de la publicación. Ponsich apenas si describe las estructuras y no incluye ni un sólo plano de éstas, por lo que tenemos que limitarnos prácticamente a reproducir sus palabras.

Los alfares se articulaban de forma muy similar. En torno a la sala de hornos se disponían una serie de dependencias en las que tenían lugar las labores previas. Ponsich enumera salas "donde se almacenaba la arcilla bruta, donde se modelaba y depuraba, donde la arcilla modelada reposaba cierto tiempo antes de ser torneada, un secadero, un almacén de cerámicas crudas y otro de cerámicas acabadas" (1968: 5).

En Kuass la obtención de materia prima nunca fue problema. Situada junto a lagunas de agua dulce, la abundancia y calidad de las margas permitieron el establecimiento de esta importante industria alfarera (*Idem.* 4). La arcilla bruta se trituraba con muelas soleras de asperón o de lava, que en el s. III se sustituyen por muelas redon-

[84] Desde los trabajos de Ponsich se ha admitido la fabricación de esta clase cerámica en los alfares marroquíes, sin embargo, recientes revisiones ponen en tela de juicio que esto fuese realmente así (Aranegui *et al.* 2000: 21). Este problema será tratado en profundidad en el siguiente capítulo.

das, parecidas a las usadas para triturar el grano (*Idem.* 7, lám. III). La materia prima así preparada debía alcanzar una gran pureza y se almacenaba en depósitos anexos durante varios meses a la espera de ser utilizada. A la depuración manual sucedería, como describe Beltrán para el periodo romano, la adición de agua, que tendría lugar en balsetas o estructuras similares (1990: 17).

A pesar de que el estado de conservación de los hornos es bastante deficiente, sabemos que se fabricaron con un conglomerado de arcilla y paja. La cocción se realizaba mediante la combustión de ramas. Para evitar que, por un enfriamiento demasiado rápido, las vasijas salieran defectuosas, se disponía entre los materiales una serie de grandes guijarros para mantener el calor (Ponsich 1968: 5). Los hornos se cerraban mediante un tapón de lava con un amplio orificio en el centro, que permitía la activación de la combustión por medio de toberas de tierra cocida (*Idem.* 6).

Llama la atención que en la última época de vida del yacimiento los hornos se multipliquen y disminuyan de tamaño. Para Ponsich este hecho evidencia la progresiva industrialización de la producción. De esta forma las diferentes hornadas se escalonan para que el proceso no quede interrumpido en ningún momento (*Idem.*).

Algo mejor documentados tenemos, al menos en lo que respecta a documentación gráfica y descripción, los hornos de ***Torre Alta***, aunque por el contrario, apenas si tenemos datos sobre su funcionamiento.

El yacimiento se encuentra situado al noroeste de la ciudad de San Fernando y fue localizado y dado a conocer en el año 1987, procediéndose a su excavación entre finales de ese año y comienzos del siguiente (Perdigones y Muñoz 1988: 106). Como resultado de esta intervención se documentaron dos estructuras de hornos de época púnica, de forma parecida aunque de diferente tamaño. Ambos están excavados en terreno natural, con planta en forma de "U" y conservan el pasillo de acceso, la cámara de combustión y el pilar central. Los muros están levantados con tapiales, reforzados con adobes y piedras y recubiertos por una capa de arcilla. La cubierta estaría formada por una falsa bóveda y las parrillas aparecieron desplomadas en el interior de las estructuras (*Idem.* 106 ss.).

Por las dimensiones de los hornos y el material aparecido en cada uno de ellos, se ha interpretado que el mayor pudiera estar destinado a la fabricación de envases de gran tamaño —principalmente ánforas—, mientras que en el de menores dimensiones se cocerían los recipientes de pequeño tamaño (Frutos y Muñoz 1994: 398), entre los que se destaca la producción de vasos "tipo Kuass".

Una estructura similar se documentó en la excavación que en 1997 tuvo lugar en la Avenida de ***Pery Junquera***, en las proximidades de donde aparecieron los hornos anteriores (González Toraya *et al.* 2000: lám. 1). Bajo un horno republicano, fechado por los materiales asociados en el s. II a.C., se pudo excavar otro más antiguo, piriforme y con columna central, de adscripción púnica, similar a los descritos *supra*.

Estos hornos de origen sirio-palestino llegaron a Occidente con los fenicios (Sáez, Montero y Toboso e.p.) y los tenemos documentados en la Península Ibérica desde el s. VI a.C. (Ruiz Mata, Niveau de Villedary y Vallejo 1998: 79; Gago *et al.* 2000). A esta tipología responden, junto a los de Torre Alta, Pery Junquera y Camposoto, los hornos de la campiña de Marmolejo (Molinos, Serrano y Coba 1988), del Cerro Macareno (Fernández, Chasco y Oliva 1979; Martín de la Cruz 1976; Ruiz Mata y Córdoba 1999), Alcalá del Júcar (Coll 1992), Pajar de Artillo (Luzón 1973), Cerro del Villar (Barceló *et al.* 1995; Curià *et al.* 2000) y Ronda (Frutos y Muñoz 1994: 396 s.).

Mucho mejor documentados y estudiados están los hornos romanos (Juan 1992). A pesar de las lógicas innovaciones que éstos suponen, el esquema general de su funcionamiento puede resultarnos ilustrativo también en nuestro caso. Las fases fundamentales son tres: la preparación de los materiales, el encendido y calentamiento y el enfriamiento y desalojo del horno (Beltrán 1990: 23). Las piezas se colocaban entre diferentes objetos para impedir el roce entre ellas. En el caso de muchas producciones campanienses y protocampanienses —por ejemplo en los talleres de Rosas—, el apilamiento de las vasijas en el horno provocaba la aparición de un círculo de diferente color en el centro del fondo interno del vaso, aunque no es nuestro caso.

3.2.2. Caracterización de pastas y arcillas

Un material cerámico, tal y como es descrito desde un punto de vista técnico, se define como "una combinación química de óxidos que han reaccionado por efecto de la temperatura" (Pastor 1992: 21).

La mayor parte de la superficie de la tierra está formada por un importante porcentaje de óxidos de silicio y aluminio que combinados con agua forman los materiales arcillosos. Dada la abundancia de materia prima, es lógico suponer que el hombre, desde antiguo, se percatara de los cambios que sufría este elemento tras someterlo al calor. Calor que, por otra parte, podía controlar a su antojo. La arcilla, es decir la combinación de moléculas de óxido de aluminio (alúmina), de moléculas de óxido de silicio (sílice) y de moléculas de agua, posee la pro-

piedad de ser fácilmente moldeable mientras mantiene en su composición esas moléculas de agua. Si antes de que pierda esa capacidad se le ha dado forma, cuando pierde las moléculas de agua de cristalización, el objeto resultante será resistente a la misma y ya no se verá afectado más por ella (*Idem.* 29 s.). Mediante el calentamiento, en la arcilla tienen lugar una serie de procesos químicos que modifican su composición y que también pueden ser controlados en función del resultado final que nos interese.

Para una correcta descripción de las pastas cerámicas debemos tener en cuenta una serie de características de ésta y, en lo posible, intentar comprender las causas o los procesos que las originan. En un artículo de difusión sobre la cerámica campaniense publicado en 1970, Barberá insistía en que había que "describir cuidadosamente la factura, empezando por la calidad y color de la arcilla, su dureza, fractura y torneado, siguiendo con el barniz, con su calidad, tonalidad, espesor y otros accidentes" (1970: 46).

Siguiendo un orden lógico, como puede ser el del mismo proceso de fabricación, tendremos en cuenta las siguientes características:

1) TRATAMIENTO DE LA MATERIA PRIMA: Nos referimos al conjunto de procesos físicos que tienen lugar desde la extracción de las arcillas hasta que éstas están en condiciones de ser utilizadas[85] y que originan diferencias en la:
   a) Calidad de las margas
   b) Grado de depuración y, en su caso,
   c) Naturaleza y tamaño de los desgrasantes

2) MODELADO:
   a) Factura
   b) Torneado de la pieza

3) COCCIÓN: Es decir, las transformaciones químicas que sufre la estructura molecular de la materia prima al ser sometida a una fuente de calor y que queda reflejado en el:
   a) Color (debido a la atmósfera en la que haya tenido lugar la cocción, que puede ser oxidante, reductora, combinación de ambas, irregular)
   b) Consistencia-dureza y fractura (debido al grado de temperatura alcanzado en la combustión)
   c) Posibles defectos y fallos de horno (por una cocción defectuosa)

Debido a las ya citadas semejanzas que hemos observado entre las distintas clases de pastas y a pesar de sus lógicas diferencias, se hace necesario mostrar una visión global, describiendo de una manera general las características de las pastas que documentamos en las cerámicas rojas gaditanas, antes de pasar a sistematizar los diferentes tipos de manera individualizada.

En general se trata de pastas de calidad, bastante depuradas, ya que las paredes finas necesitan una pasta muy depurada y compacta, necesaria para resistir los impactos a los que generalmente están sometidas las piezas de la vajilla (Melchor 1995: 189). Presentan inclusiones calizas y de mica, de muy pequeño tamaño, la mayoría de las ocasiones inapreciables a simple vista; sólo de vez en cuando se incluyen núcleos calizos de mayor tamaño y, excepcionalmente, pequeños nódulos de cuarzo o cuarcita —arena fina de playa—. Si los desgrasantes calizos son finos y se encuentran en la cantidad adecuada, reaccionan y se combinan para formar compuestos estables, que consolidan y mejoran el resultado final y permiten el ajuste entre la pasta y el barniz evitando el cuarteo. Si por el contrario, los nódulos de cal son demasiado gruesos, el óxido queda sin combinarse, aumentan de tamaño y pueden llegar a romper la masa del material en lugares próximos a la superficie, formando pequeños agujeros muy característicos por contener unos nódulos blancos pulverulentos en su interior, que se conocen con el nombre de caliches (Pastor 1992: 32 s.).

Aunque la factura es correcta, no llegan a alcanzar el grado de perfección de las cerámicas áticas. La mayor parte de las piezas conservan las líneas dejadas por el torno en su cara externa o en los fondos internos, siendo el primero un fenómeno especialmente corriente en determinadas formas, como son los platos de pescado (Forma II). Este tipo de técnica de retorneado indica que nos hallamos ante un alto grado de profesionalización de los artesanos.

La cocción se realiza generalmente en atmósferas oxidantes y a temperaturas muy altas y perfeccionadas, que suelen mantenerse uniformes, hasta el punto de provocar, en ocasiones, la vitrificación de las piezas sometidas a estas temperaturas. Las pastas presentan un característico color rojizo-anaranjado, que a veces tira hacia tonos cremas o castaños, que se obtienen mediante reducciones parciales de las atmósferas, generalmente oxidantes. Con este fin se introducen materiales que provoquen humo para bajar la proporción de oxígeno.

[85] No debemos olvidar que en nuestro caso estamos tratando con piezas de pequeño tamaño y carácter de lujo/semilujo, utilizadas en un porcentaje considerable como servicio de mesa y/o suntuario. Las características de las arcillas siempre estarán pues, subordinadas a esta realidad y a pesar de la aparente variabilidad en la calidad y tratamiento de las margas, en comparación a otros materiales —es decir cerámica común de cocina, de almacenaje, etc.—, el grado de calidad alcanzado siempre será considerable.

La mayor parte de las piezas presentan una fractura no muy regular, textura escamosa y no son del todo consistentes. Los vasos de mejor calidad presentan fracturas regulares y limpias y un considerable grado de dureza, son muy resistentes y tienen cierta sonoridad metálica. Por el contrario, las piezas de menor calidad se rayan fácilmente, son muy porosas y suelen presentar coloraciones más oscuras y nunca uniformes, características de una cocción defectuosa, a temperaturas bajas.

Ponsich describe los productos del horno de Kuass de la siguiente manera: "Sa pâte est très fine et bien cuite, d'un marron tirant sur le brun foncé. Le vernis, léger, recouvre uniformément l'intérieur et l'extérieur du vase. La finesse de la glaise explique cette perfection" (1969a: 60).

Distinguimos los siguientes tipos de pastas:

Tipo 1

Arcillas depuradas. Sin desgrasantes visibles a primera vista, que suelen estar formados por pequeños puntos de cal, en ocasiones mica. De factura y torneado correctos, con marcas de torno. Color anaranjado-rojizo típico de la producción, textura escamosa, no del todo compacta. Es la pasta característica de nuestra producción y la que aparece con mayor frecuencia.

Tipo 2

Arcillas muy depuradas y compactas. Sin desgrasantes visibles. Suelen adoptar tonos más rojizos que los anteriores o bien rosados-castaños. Muy resistentes a las fracturas, que son limpias y con sonoridad metálica. Son las pastas que presentan los vasos de mayor calidad, normalmente los más antiguos. La factura es mejor que en el caso anterior y no se advierten señales del torneado.

Tipo 3

Arcillas no del todo depuradas. Presentan importantes inclusiones de cal, mica, arena y, en ocasiones, incluso pequeñas impurezas de origen orgánico, que provocan que la textura sea más suelta, escamosa e incluso harinosa, fáciles de fracturar. El color sigue siendo el típico anaranjado-rojizo, quizás tirando más hacia este último color. El hecho de que esta pasta se documente sobre todo entre los materiales del poblado de Las Cumbres, nos hace pensar que el deterioro se deba más a los procesos postdeposicionales que a la propia calidad del producto, ya que la tierra de la Sierra de San Cristóbal, más ácida, ataca con facilidad pastas y superficies, modificando las estructuras y composiciones originales.

Tipo 4

Pastas de características similares a las descritas para el grupo primero pero con una coloración castaña.

Tipo 5

Pastas "sándwich" que presentan un núcleo de color anaranjado entre filetes grises. Este fenómeno es producto de una mala cocción, en la que no se han cuidado lo suficiente la entrada de aires en la cámara del horno ni la temperatura. En este caso el calentamiento se produce en atmósferas oxidantes, pero el horno se tapa durante el enfriamiento con combustible sin quemar en su interior (Pastor 1992: 35).

Tipo 6

Caso contrario al anterior. Se trata también de pastas tipo "sándwich", pero con el interior gris-negro entre filetes exteriores rojos o rojizos. La aparición de este fenómeno depende de varios factores: la duración de la cocción, el contenido en óxido de hierro del material, el contenido en materia orgánica del material y el tipo de atmósfera de la cocción (*Idem.* 34 s.).

Tipo 7

Pasta defectuosa, producto también de una cocción incorrecta, de color amarilla-verdosa. De textura muy porosa y poca masa. Los desgrasantes siguen siendo los mismos.

Hemos descrito las pastas que aparecen con mayor frecuencia, no obstante, en ocasiones pueden no responder totalmente a estos tipos. También resulta relativamente frecuente el hallazgo de piezas quemadas total o parcialmente. En estos casos, los tonos oscilan del castaño al negro pasando por toda una gama de grises, pero el resto de características permanecen invariables.

La relativa frecuencia con que documentamos elementos quemados nos hace reflexionar sobre el hecho de que se trata de una producción no del todo cuidada, ya que productos, en principio si no defectuosos, sí de baja o media calidad, debían tener una fácil salida al mercado, como nos evidencia la gran cantidad de materiales documentados.

Si admitimos que ciertos vasos no se queman mediante el uso (evidentemente de estas reflexiones quedarían excluidas las lucernas), hemos de considerar que la vajilla de "tipo Kuass" constituiría la vajilla de mesa común en toda esta zona, apenas cuidada, pues no habría dificultades en que fuera rápida y fácilmente reemplazable. Difícilmente entonces podemos admitir que se exportaran desde la otra orilla del Estrecho en cantidades masivas, dadas sus carencias técnicas y estéticas, sobre todo hacia una zona, la de Cádiz, inmersa desde hacia siglos en los circuitos comerciales mediterráneos y que sabía reconocer y apreciar las importaciones de calidad. Para importar en grandes cantidades vasos de una calidad media o baja, es lógico pensar que los gaditanos tuvieran el suficiente grado técnico como para poner en marcha una producción propia, que cubriera una demanda muy arraigada y masiva.

Cabría preguntarnos además si debido a esta diversidad tecnológica, ante lo que nos hallamos es ante la producción de más de un taller, con distinto grado de especialización y cualificación técnica en función del mercado final al que se destinen los productos, más o menos periféricos y por lo tanto más o menos exigentes.

3.2.3. Caracterización de los barnices y tratamientos de las superficies

Como adelantábamos al comenzar este capítulo, la producción gaditana se caracteriza por imitar las cerámicas áticas del s. IV a.C. no sólo en sus formas sino también en el tratamiento de sus superficies, diferenciándose de éstas principalmente en la sustitución del color negro de los pigmentos griegos[86], por tonos rojos, más cercanos al gusto semita tradicional (Guerrero 1980: 171). No obstante, también advertíamos que aunque teóricamente esto sea así, la realidad se nos muestra mucho más compleja. Frecuentemente nos hallamos ante piezas que presentan otros tonos, con coloraciones no del todo uniformes, con parte de sus superficies quemadas, etc. Al igual que hemos hecho con las pastas, procuraremos, en la medida de lo que nos sea posible, enumerar y describir el mayor número de variantes, relacionándolas con las pastas a las que suelen recubrir.

El primer problema con el que nos encontramos es el de la terminología a emplear. Al respecto ya llamaba la atención Cuadrado en el año 1953. Este autor señalaba la confusión generalizada entre los investigadores a la hora de emplear y diferenciar entre los términos engobe, bruñido, pintura, esmalte y barniz, que él define de la siguiente manera:

- Engobe: Baño de pasta arcillosa, que puede ser coloreada, dada al vaso después de moldeado y también sometido a la cocción.
- Alisado (y pulido, lustrado o bruñido): Alisamiento y brillo subsiguiente de la superficie de los vasos, mediante un palillo de hueso o madera o con las manos mojadas cuando el barro está aún fresco.
- Pintura: Color dado a un vaso con pincel, antes o después de la cocción.
- Esmalte: Color y brillo dado a un vaso mediante fina capa de materia silícea vitrificada por la cocción.
- Barniz: Color obtenido mediante una substancia susceptible de adquirir brillo al secarse o con la cocción (Cuadrado 1953: 294).

En nuestro caso no puede hablarse de barniz en sentido estricto, ya que no hay en su base ninguna materia oleosa y tampoco se puede hablar de esmalte, pues no hay fusión vítrea (Beltrán 1990: 19). Los diferentes autores que han tratado el tema se decantan por otros términos. Para Beltrán el mejor término es el de pigmento, "ya que se trata de una capa muy fina de recubrimiento de base muy líquida y gran fluidez, entrando en su composición la arcilla, el óxido de potasio, los coloides y un fijativo que puede ser un acetato u orina, o alguna sustancia equivalente" (*Idem.* 19). J. Blánquez opta por utilizar el término engobe, "adoptamos el término de engobe, y no de barniz, al carecer nuestros ejemplares de la necesaria base oleosa. Esmalte tampoco es, pues no hay proceso de vitrificación. Se trataría más bien, de un engobe o pigmento compuesto de arcilla, óxido de potasio, colorantes y algún tipo de fijativo" (1985: n. 16). Por último, Guerrero cree que "en sentido estricto no puede hablarse de barniz, sino de una barbotina o pintura al agua, de arcilla muy fina mezclada con algún ligante como la resina" (1980: 171 y 1984: 39). Personalmente, utilizaremos el término que mejor se adecue, dependiendo de la clase de tratamiento que estemos describiendo en cada momento.

Esto nos lleva a plantear una segunda dificultad: ¿cuál fue el proceso técnico utilizado para el tratamiento de las superficies de estas cerámicas? La respuesta no es fácil, porque tampoco es única. Mediante el estudio de las casi cinco mil piezas de las que se compone nuestro conjunto, hemos advertido que a pesar de que unas técnicas predominan sobre otras, éstas son muy variadas, aunque siempre se aplican precochura.

En principio, se trataría de pigmentos rojos brillantes con alto contenido de silicatos y de óxido de hierro que se aplican a la totalidad de las superficies de los vasos (interna y externa) mediante pincel, capas muy fluidas de barbotina aplicadas a *posteriori* del retorneo.

El proceso sería el siguiente: primero las piezas se secarían a dureza de cuero, posteriormente se retornean para, a continuación, barnizarlas. La aplicación del barniz se hace fundamentalmente con pincel en el torno, aunque la presencia de piezas que presentan chorreones de barniz en su superficie evidencian que también se utilizó la técnica de la inmersión. Utilizada con mucha menos frecuencia, a diferencia de lo que suele suceder entre el resto de talleres y producciones locales de la época, el tratamiento tiene lugar mediante la inmersión de la pieza y, aun así, la pintura cubre una superficie del vaso bastante considerable. Hay que tener en cuenta que el hecho de que el barniz se aplique a pincel es un rasgo arcaizante, heredado de las producciones áticas (Principal 1998a: 118) que, con el tiempo, se irá abandonando a favor de la inmersión, técnica menos laboriosa (*Idem.* 77).

[86] Aunque, en ocasiones, los artesanos griegos utilizaron también tonalidades rojas para el barniz que recubría sus vasos. Se ha discutido mucho sobre la intencionalidad o no de estos tonos, aunque hoy parece fuera de toda duda (Richter 1951).

Los engobes aplicados a pincel suelen ser los de mejor calidad, espesos y más o menos uniformes. En otras ocasiones, sobre todo entre las piezas barnizadas por inmersión, los engobes, más ligeros y de poca densidad, provocan que en las superficies quedan claros o "aguas". En estos casos, los tonos, más cercanos al castaño, no son del todo uniformes. No sabemos hasta qué punto estas piezas más oscuras son el resultado de una cocción defectuosa o bien se trata de un efecto buscado intencionadamente a fin de aproximarse más a los originales áticos. Si tenemos en cuenta que las piezas que con mayor frecuencia presentan sus superficies castañas son las copas de la Forma VIII, por otra parte las de mayor calidad técnica y estilística, más cuidada factura y perfiles más cercanos a los prototipos helenísticos, no creemos que este hecho responda a un defecto de cocción.

Antes de pasar a la descripción detallada de los engobes, merece la pena hacer una última anotación, en este caso sobre los fallos y accidentes que podemos hallar en los tratamientos de los vasos. Entre nuestra producción no es frecuente que nos encontremos con engobes perfectamente aplicados y conservados. Evidentemente, ésto se debe a una deficiente realización técnica que, creemos, se debe más bien a una producción masiva y poco cuidada que a la falta de cualificación técnica de artesanos y talleres, que queda demostrada en la fabricación de otros productos.

Los fallos que se presentan con mayor frecuencia son las craqueladuras. El barniz se levanta, formando pequeñas escamas, como consecuencia, principalmente, de problemas de ajuste entre los coeficientes de dilatación de la pasta y el engobe (Pastor 1992: 37). Esta falta de adherencia al soporte puede deberse a muchas causas, aunque la mayoría de las veces responde a una alteración química a *posteriori* de la capa pictórica.

Las "nubes" o "aguas" aparecen cuando el barniz no se aplica de forma uniforme en toda la superficie del vaso y quedan zonas más cubiertas y con un barniz más espeso que otras. Si el barniz se ha aplicado por inmersión de la pieza en el pigmento, aparecen los clásicos chorreones, que bajan por las paredes hacia el fondo, quedando la mayor parte de las veces zonas del vaso sin cubrir, normalmente el fondo externo de la pieza. En estos casos también quedan señaladas, en la cara exterior del pie de las vasijas, las huellas dactilares del artesano que realiza la operación

Si la pasta contiene desgrasantes demasiado gruesos o en una cantidad excesiva, durante la cocción éstos se modifican, suelen salir a la superficie y romper la uniformidad de pastas y barnices.

Por último hay que señalar que debido también a la no excesiva calidad de los barnices, en muchas ocasiones y dependiendo sobre todo de los procesos postdeposicionales, éstos no se mantienen. Lo más frecuente es que hallemos piezas que conservan restos de barniz en parte de sus superficies y, por el contrario, lo han perdido por completo en otras, aunque a veces encontramos vasos que no conservan ni tan siquiera huellas del barniz.

En Kuass, los alfareros desecharon ciertos productos imperfectos que presentaban las paredes hinchadas y resquebrajadas como consecuencia de una cocción defectuosa o la utilización de una pasta mediocre (Ponsich 1968: 16). Los materiales recuperados de las escombreras[87] de los hornos de Torre Alta nos hablan en el mismo sentido.

Para la descripción del tratamiento superficial de estas cerámicas deberemos tener en cuenta los siguientes factores:

1) COMPOSICIÓN. En el caso que nos sea posible, es conveniente saber que elementos componen los pigmentos

2) PROCEDIMIENTO empleado en la aplicación del engobe, según hemos descrito anteriormente

3) RESULTADO FINAL. Deberemos describir:
   a) Color y tonalidades (haciendo especial hincapié en la uniformidad o no de éste)
   b) Calidad del barniz
   c) Espesor
   d) Brillo
   e) Superficie del vaso que recubre
   f) Accidentes y fallos

Diferenciamos los siguientes tipos de barnices o engobes:

Tipo 1

Barnices rojos brillantes, de tonalidades cercanas al bermellón. Espesos y de buena calidad, aunque suelen presentar craqueladuras. Se aplican mediante pincel y recubren toda la superficie del vaso. En este primer grupo, el más común, incluimos también los vasos que presentan algunas zonas quemadas, ya que es frecuente que aparezcan de esta manera. Éste sería el efecto resultante de una incorrecta aireación del horno durante la cocción, por lo que se alternan, sin control, atmósferas reductoras y oxidantes, o bien de una escasez de hematites en la composición del pigmento, que provoca que a pesar de realizarse la cocción a fuego oxidante el barniz no adquiera el tono rojo deseado. Normalmente este barniz se corresponde con las pastas que describimos en primer y tercer lugar.

[87] Estos materiales proceden, en su mayor parte, de una segunda intervención que tuvo lugar a lo largo de la primavera de 1995, de la que aún no se ha publicado ningún avance y de la que tenemos noticias gracias a informaciones aparecidas en el Diario de Cádiz en junio y agosto de 1995 y por el material entregado a los participantes en el transcurso de los *XI Encuentros de Arqueología e Historia de San Fernando (Cádiz)*, celebrados en noviembre de 1995.

Tipo 2

Barnices de muy buena calidad. Muestran un color rojo intenso y brillante, mucho más uniformes que los anteriores. Se aplica mediante pincel, de forma generosa y suelen ser espesos —nunca tanto como los áticos— y bien conservados. Apenas si se presentan craquelados o con otro tipo de defectos y cubren totalmente ambas superficies características. Son los barnices característicos de los primeros vasos de nuestra producción, que conviven aún con los barnices negros áticos, a los que imitan fielmente, tipológica y técnicamente. Se corresponden con las pastas del Tipo 2.

Tipo 3

Engobes castaños y/o rojizo-castaños. Generalmente no son muy espesos, aunque cubren toda la superficie del la vasija y también se aplican a pincel. Los vasos que presentan este tipo de engobe tienen pastas del Tipo 4.

Tipo 4

Barnices muy diluidos, pero aplicados de manera irregular, por lo que presentan zonas más espesas que otras, que apenas recubren las superficies y que dejan intuir las huellas del torno y las características de la pasta. Esta especie de barbotina adopta tonos mate o escasamente brillantes que oscilan entre los ocre-amarillentos y los castaños. Frecuentemente, en las zonas bajas presentan chorreones y goterones. Posiblemente se aplicaron por inmersión, aunque suelen cubrir toda la superficie del vaso. Por lo ligero del barniz, éste no se suele cuartear y los defectos más corrientes que presentan son los goterones y aguas a los que anteriormente hemos aludido. Este tipo de barniz suele corresponder también a vasos de pastas castañas del Tipo 4.

Tipo 5

Barnices quemados, de color castaño muy oscuro, casi negros y mates. Si es espeso aparece muy cuarteado y craquelado, formando pequeñas escamas, fáciles de despegar con la uña. Se trataría, en origen, de engobes del Tipo 1 que se han pasado de horno. En estos casos debemos tener especial cuidado pues a menudo pueden confundirse y de hecho así ha ocurrido con producciones campanienses pasadas de horno (Blánquez 1985: 468). Las pastas, oscuras, también aparecen quemadas, independientemente de su calidad y composición.

Tipo 6

Barnices irregulares que presentan diferentes tonos de rojos, desde el bermellón al granate, pasando por el carmín. En ocasiones con reflejos casi violetas, aunque siempre diferentes al típico engobe turdetano. Producto de cocciones irregulares, suelen ser vasos con las pastas amarillo-porosas descritas en último lugar.

Tipo 7

Barnices de mala calidad, prácticamente es pintura. Los tonos siguen siendo rojos, cercanos al coral, aunque no están ausentes los cambios de color. Se caracterizan sobre todo por su deficiente aplicación, ya que se observan los trazos dejados por el pincel. Este recubrimiento, debido a su baja calidad, se pierde con facilidad. Generalmente se corresponden con pastas también deficientes, no muy depuradas, con inclusión de desgrasantes varios que, en ocasiones, alcanzan un tamaño considerable. Se trata de los tratamientos superficiales que corresponden a los materiales de la última etapa de la producción, cuando ésta ya es residual y está siendo paulatinamente desplazada por las campanienses.

En ocasiones, y a pesar que la técnica empleada con más frecuencia es la de la aplicación del engobe mediante pincel, éste puede haberse dado también por inmersión. En estos casos, el fondo interno aparece simplemente bruñido, sin engobe y al exterior presenta los típicos chorreones; no obstante, se cubre una gran parte de la superficie de las vasijas, al menos tres cuartos de la altura total, lo que diferencia a estos materiales de otros talleres que emplean esta misma técnica. Queremos volver a insistir que, sin embargo, se trata de una técnica infrecuente aquí y tan sólo utilizada en los momentos finales de vida del taller gaditano.

4

LA VAJILLA "TIPO KUASS": CARACTERIZACIÓN Y FUNCIONALIDAD

> "Lo que ocurrió durante el s. III al sur de Cartagena es por ahora un misterio en tanto no se estudien los conjuntos de barniz negro que sin duda deben existir en museos y colecciones. De ser cierta nuestra suposición de que el tratado del 348 impidió la llegada de los productos del taller de las pequeñas estampillas y también de *Rhode* al sur de *Mastia Tarseion*, la zona reservada al comercio y a la influencia púnica hubo de alimentarse de unos productos importados o autóctonos que por ahora desconocemos completamente" (Sanmartí 1981: 170).

4.1. INTRODUCCIÓN

> "To each cultural system corresponds a set of ceramic dishes in relationship with alimentary and funeral rites and customs; consumption is, above all, narrowly related to local and regional productions. The choice of vases imported in the frame of inequitable exchanges is, first of all, subordinated to the usual samples and the creation of the producer. Importers and distributors both constitute a link and a screen to consumers" (Bats 1987: 197).

Al describir las formas, decoraciones y características técnicas de esta clase cerámica, hemos podido ir advirtiendo —o quizás fuera más correcto que dijésemos intuyendo— que no estábamos ante imitaciones aisladas, periféricas y marginales como hasta ahora se había venido considerando a estas cerámicas, sino que el estudio detallado de la producción parece confirmar lo que desde un principio veníamos sospechando: que nos hallamos ante la producción planificada de un taller "protocampaniense", parangonable a los que se desarrollan en el resto del Mediterráneo en el mismo periodo cronológico.

La repetición sistemática de un número muy reducido de formas que cubren unas funciones muy determinadas (vajilla de mesa, de iluminación y suntuaria), la evidencia de que en algunos casos las formas barnizadas llegan a sustituir a las de cerámica común, la sospecha de la existencia de un *canon* en cuanto a dimensiones, la vinculación de determinados esquemas decorativos a formas concretas, etc., nos obligan a hacer una recapitulación de lo visto hasta ahora y a ordenar todas estas evidencias, con el fin de demostrar nuestras hipótesis.

Para ello nuestra primera intención es la de caracterizar la vajilla que venimos analizando. Mediante un estudio comparado de formas y dimensiones pretendemos demostrar por una parte que la vajilla gaditana se inspira directamente en la última vajilla ática de barniz negro y, por tanto, desterrar de una vez por todas la creencia, bastante extendida entre la investigación, de que se trata de imitaciones campanienses. En segundo lugar, el mismo análisis de formas y tamaños nos demuestra que nos hallamos ante una producción normalizada y planificada que está produciendo, al igual que los talleres áticos, vasos utilizados mayoritariamente para el consumo de alimentos y, en menor medida, para otros usos: suntuarios y de iluminación; lo que a su vez va a permitirnos un intento de acercamiento al comportamiento de estas sociedades ante determinadas situaciones cotidianas, fundamentalmente la alimentación y las costumbres funerarias.

Llegado a este punto se nos plantea un segundo interrogante: ¿podemos estar seguros de la filiación gaditana de esta producción? Creemos que la misma distribución de la cerámica confirma esta hipótesis como veremos en

capítulos posteriores, pero además contamos con la evidencia material de la fabricación de cerámica barnizada, aunque en un momento avanzado de la producción, en hornos locales.

La identificación de los centros de producción es fundamental para saber si estamos hablando de un taller o de un grupo de talleres, si éstos producen de forma sincrónica, si cada uno está especializado en determinados productos o incluso en diferentes calidades, etc.

Finalmente pensamos que para este momento y lugar, no podemos hablar aún de una producción de tipo industrial —como han propuesto algunos autores (García Alfonso 1998: 26)—, que se introducirá con el modo de producción esclavista y que se generaliza con el desarrollo de los talleres de campaniense A de Ischia. Los talleres gaditanos funcionan de forma artesanal, prueba de ello la encontramos en las diversas calidades de acabados, barnices, decoración, etc. de los vasos y, sin embargo, por la relativa estandarización de la producción no se puede considerar que se trata, como venimos señalando, de imitaciones aisladas fabricadas a partir de los modelos áticos, sino que éstos sirvieron de prototipos para la producción de los talleres locales, que en un primer momento fabricarían vasos que reproducían fielmente los perfiles griegos para progresivamente ir evolucionando de forma paralela al resto de talleres mediterráneos, hacia formas más simples, pies más estrechos, decoraciones más esquemáticas, etc., hasta que, al no poder competir con la campaniense A que llega de manos de las tropas romanas, pervive de forma residual durante la primera mitad del s. II a.C., hasta que termina por desaparecer.

4.2. LA VAJILLA "TIPO KUASS"

El gran número de individuos con el que contamos nos ha posibilitado aproximarnos de manera bastante fiel a la composición de la vajilla de "tipo Kuass". De las casi cinco mil piezas en las que se basa el estudio un 65% (algo más de tres mil fragmentos) pertenecen a formas completas o bien a bordes (50%), fondos (14%) o asas (1%), atribuibles a éstas con un grado bastante alto de fiabilidad[88].

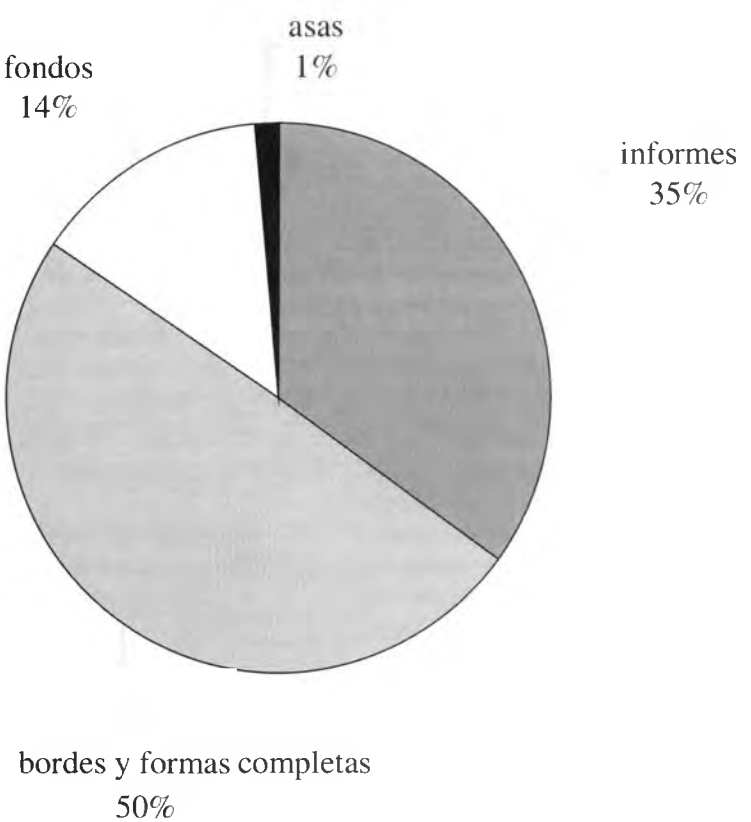
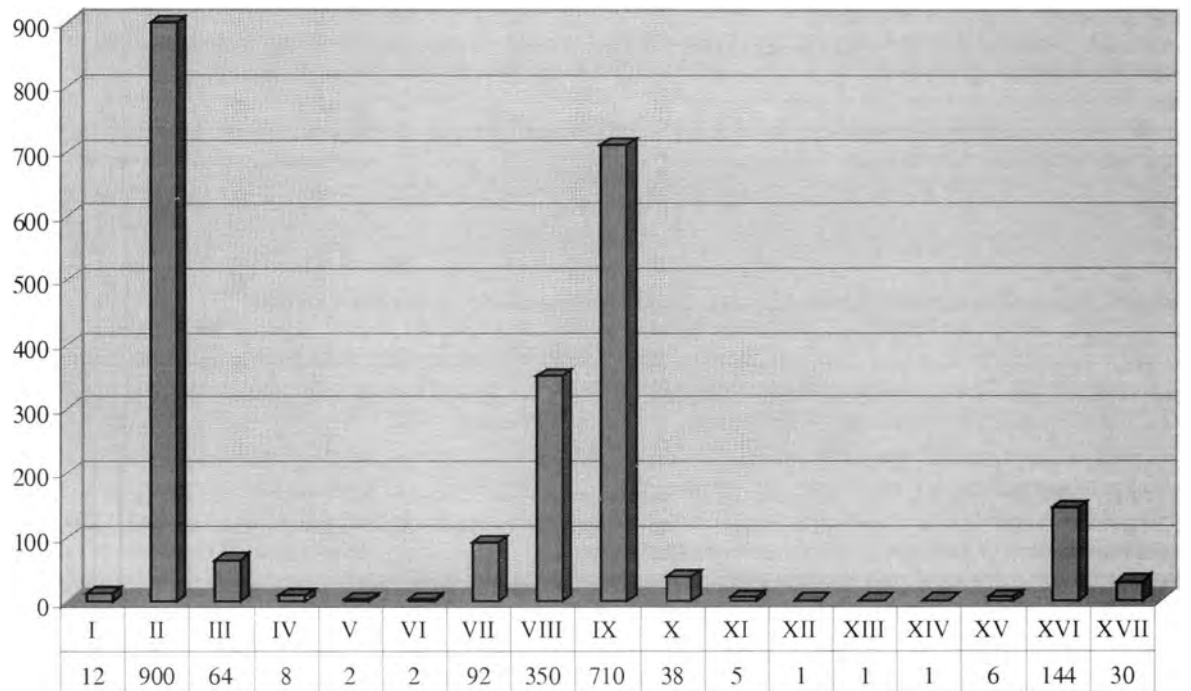


GRÁFICO 1.—*Relación entre informes y formas (bordes, bases y elementos de suspensión).*

[88] Podemos también saber en gran medida a que forma o grupo de formas pertenece el 35% restante de galbos e informes al tratarse de un repertorio formal limitado, que sigue pautas muy concretas; y por las dimensiones reducidas de los vasos, el grado de curvatura de los propios fragmentos nos indica, al menos, si nos encontramos ante formas de platos, de vasos o de formas cerradas.

4.2.1. Las formas

De esos tres mil fragmentos, un 76% corresponden a formas completas o bordes, un 22% a fondos y pies y un 2% a asas o elementos de suspensión. Mediante el análisis pormenorizado de éstos, hemos identificado diecisiete formas, de desigual peso dentro del conjunto de la vajilla[89], que hemos agrupado en platos (Formas I, II, III, IV, V y VI), vasos (Formas VII, VIII, IX y X), formas singulares (Formas XI, XII, XIII y XIV), formas cerradas (Forma XV) y lucernas (Formas XVI y XVII). La desproporción entre los datos es evidente aun a primera vista. Mientras que los platos y vasos suponen más de un 90 % del total de los elementos de la vajilla, los restantes grupos apenas si tienen una representación destacable. Sin embargo, en estos casos, el valor cualitativo de las formas destaca sobre su escaso peso cuantitativo. Asimismo es necesario un segundo nivel de lectura, pues el porcentaje de cada una de las formas que integran los grupos funcionales difiere también de manera significativa.



I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV	XV	XVI	XVII
12	900	64	8	2	2	92	350	710	38	5	1	1	1	6	144	30

Gráfico 2.—*Peso porcentual de las diecisiete formas contempladas.*

Las seis primeras formas de la nueva clasificación las hemos agrupado bajo el apelativo genérico de ***platos***, en función sobre todo de su escasa altura y de la tendencia horizontal de las formas. Hemos contabilizado un total de 988 ejemplares, de los cuales un 92 % —novecientos ejemplares— corresponden a la Forma II o platos de pescado. Le sigue con sesenta y cuatro ejemplares (6%) la Forma III, inspiradas en los «rolled rim plates» áticos (Sparkes y Talcott 1970: 147), mientras que las restantes formas suponen únicamente un 2% del total de los platos. La Forma I con doce ejemplares, deriva posiblemente de los «rilled rim plates» (*Idem.* 146 s.) y debido a su complicada factura —se trata de platos de perfil muy moldurado— no alcanzó el éxito de la anterior, más simple y funcional. Las Formas IV (ocho ejemplares), V (dos) y VI (dos) se hallan escasamente representadas en el yacimiento de Doña Blanca y, sin embargo, su presencia aumenta en contextos del s. II a.C. Esto se explica por el hecho de que se trata de formas más evolucionadas cronológicamente. A medida que avanza el tiempo los perfiles se van simplificando, hecho que se constata en todas las producciones barnizadas mediterráneas, hasta que las nuevas formas campanienses quedan definidas. El caso más significativo es el de nuestra Forma V, que corresponde a la forma campaniense 36 (Lamboglia 1952a: 183 s.). Mientras que en Doña Blanca, sobre un total de cinco mil ejemplares, sólo se han documentado dos bordes atribuibles a ésta, en contextos del s. II la proporción aumenta de manera espectacular, hasta el punto de tratarse de una de las formas de mayor éxito.

Dentro de los ***vasos*** se han considerado una serie de formas cuyo atributo definitorio es su relativa profundidad, característica que los hace adecuados, en principio, para contener líquidos. Dentro de este segundo conjunto se incluyen mil ciento noventa piezas (el 50% del total del conjunto analizado), repartidas en cuatro formas: la Forma VII (8% del total de los vasos, con noventa y dos ejemplares) reproduce fielmente el prototipo ático bau-

[89] El peso porcentual de los platos dentro de la vajilla supone un 42%, mientras que los vasos constituyen el 50% de las formas representadas. las lucernas un 7'5% y, por último, las formas cerradas y singulares apenas suponen un 0'3% y un 0'2 % del total. respectivamente.

tizado como bolsal (Sparkes y Talcott 1970: 107) y junto a la Forma VIII, que hemos llamado genéricamente copas (29%, trescientos cincuenta vasos) y que definimos por la tendencia exvasada del borde, forman el conjunto más cuidado, técnica y estilísticamente, de la producción del taller (Niveau de Villedary 2000a: 183). No obstante, el grupo más numeroso lo forman los vasos incluidos dentro de la Forma IX o cuencos (setecientos diez ejemplares, el 60% del conjunto de los vasos). En principio, agrupamos bajo este apelativo a todos los vasos con bordes de tendencia reentrante, pero conforme íbamos avanzando en la individualización de las formas y aunque optamos por reunirlos dentro de este mismo tipo, hemos individualizado tres subtipos: IX-A (seiscientos siete ejemplares, el 85% respecto al total de vasos incluidos dentro de la forma IX), IX-B (ochenta y cinco ejemplares que suponen un 12%) y IX-C (dieciocho ejemplares, el 3%), que creemos con suficiente personalidad y que derivan respectivamente de los «saltcellars» (Sparkes y Talcott 1970: 134), «incurving rim bowls» (*Idem.* 131 s.) y «small bowls» (*Idem.* 137 s.) del Ágora de Atenas. La Forma X, más evolucionada, responde a los tipos 26 y 27 de la campaniense A, dentro de la clasificación de Nino Lamboglia (1952a: 175 s.) y su escasa representación (los treinta y ocho ejemplares identificados tan sólo suponen un 3% dentro del total de vasos) podemos y debemos explicarla en función de la relativa «antigüedad» de los contextos cronológicos con los que venimos trabajando, que no rebasan los momentos finales de la Segunda Guerra Púnica, mientras que la forma, aunque de origen anterior, no alcanzará éxito hasta la masiva introducción de la campaniense A, en el s. II a.C.

Los dos grupos anteriores constituirían lo que podemos considerar el servicio de mesa. A continuación hemos reunido, bajo el nombre de ***formas "singulares"***, a una serie de vasos muy escasos que, sin embargo, presentan unas características muy definitorias, que nos han obligado a considerarlos, a pesar de su escaso peso porcentual (los ocho ejemplares que incluimos en este grupo tan sólo suponen el 0'2% del total de las formas documentadas), por separado. Dentro de este conjunto se han incluido las Formas XI, XII, XIII y XIV. La Forma XI, la más representada con cinco ejemplares (el 62'5%), responde a diferentes tipos de pequeños cuencos, cuyo origen debemos buscar en algunos subtipos de los «saltcellars» de paredes cóncavas del Ágora (Sparkes y Talcott 1970: 138) y debemos emparentar con las formas 34 y 35-A de Lamboglia (1952a: 182) y la especie 2520 de Morel (1981a: láms. 51 y 52). De las tres formas restantes tan sólo contamos con un ejemplar de cada una (un 12'5%). La Forma XII responde a los «mug» del Agora (Sparkes y Talcott 1970: 72 ss.) y al tipo 5311b 1 de Morel (1981a: 350), documentándose en el yacimiento de Kuass un ejemplar idéntico al nuestro (Ponsich 1969a: fig. 10,1), lo que nos inclina a pensar que no se trata de un ejemplar aislado sino de una forma, si no demasiado frecuente, sí al menos lo suficientemente representada en la producción de este taller. Las Formas XIII y XIV en principio no responden fielmente a formas helenísticas, ni las tenemos documentadas en ninguno de los talleres de barniz negro ni anteriores, ni contemporáneos, ni posteriores. En cualquier caso posiblemente nos hallemos ante interpretaciones barnizadas de elementos ajenos a la tradición de los vasos barnizados, más propios de los repertorios locales. Estas formas, al igual que la siguiente, debieron cumplir alguna función de carácter suntuario.

Bajo la Forma XV hemos reunido las escasas ***formas cerradas*** que se han podido documentar. Se trata de seis ejemplares de ungüentarios o jarritas, que suponen un 0'2% del total de las formas que hemos podido recoger. En estos vasos se combinan las dos tradiciones que confluyen en la zona gaditana, por una parte se reproducen formas áticas pero, por otra, algunos elementos, sobre todo la morfología de las bocas, recuerdan mucho las antiguas producciones fenicias y delatan la naturaleza semita del taller.

Para terminar, en las dos últimas formas se han incluido un mismo tipo funcional que, sin embargo, se fabrica bajo dos morfologías radicalmente diferentes: las ***lucernas***. La Forma XVI recoge el tipo de lucerna abierta, más representada y, por tanto, de mayor éxito (ciento cuarenta y cuatro ejemplares, el 83% del total de las lámparas) y las lucernas cerradas o Forma XVII (treinta ejemplares que suponen un 17%). Para este caso también nos sirve la apreciación anterior, ya que la confluencia de ambas tradiciones se hace aún más patente. Las lucernas abiertas, que tipológicamente se apartan por completo de las formas helenísticas al uso y, sin embargo, recuerdan bastante a las tradicionales lámparas fenicias abiertas y bajas, conviven con las formas helenísticas típicas que, no obstante, parece que no pueden competir con las primeras en una zona en la que la población sigue siendo fundamentalmente de origen semita.

4.2.2. LAS DIMENSIONES[90]

El análisis pormenorizado de las dimensiones de nuestros individuos, nos ha llevado a conclusiones que, en principio, podrían resultar sorprendentes. Aunque a primera vista la cerámica de "tipo Kuass" parece responder a

[90] Para el estudio estadístico completo y el aparato gráfico que lo acompaña, remitimos de nuevo al lector a nuestra Tesis Doctoral (Niveau de Villedary 2001a).

una producción que podríamos considerar un tanto anárquica, por la variabilidad de calidades y matices que presenta, un segundo análisis ofrece resultados diametralmente opuestos, pues no sólo las formas siguen unos cánones fijos, sino que también las dimensiones de los diferentes tipos están estandarizadas. Aún más, al compararlos con los ejemplares griegos, vemos como también la relación entre las diferentes proporciones (diámetro de boca, diametro de base y altura) permanecen invariables respecto a los prototipos aunque, en general, reducen su tamaño[91].

Forma II. Plato de pescado

Las dimensiones de los platos de pescado se mueven en unos parámetros muy parejos. Las bocas, diámetros máximos de estas formas, oscilan entre los 17 cm. del ejemplar de menores dimensiones y los 21'5 cm. del mayor; aunque la mayor parte de ellos se encuentran entre los 19 y los 20 cm. Lo mismo observamos respecto a los fondos, que se encuentran en torno a los 7'5 cm. y los 9, predominando de forma abrumadora los que miden 8 cm. Las alturas oscilan entre los 3 cm. y los 4'5 cm., con un pico en los 3'5.

Esta forma es, quizás, la que reproduce con mayor fidelidad las dimensiones de los prototipos originales, ya que los diámetros de las bocas coinciden en ambas producciones. La salvedad es que, mientras que las bases de los platos áticos son más anchas —rasgo de arcaísmo—, nuestros platos comienzan a reducirla algo, aunque aún de forma poco evidente.

Forma III. Platito bajo

De esta forma, inspirada en los "rolled rim plates" áticos, sólo contamos con tres ejemplares completos, por lo que no son demasiados datos para sacar conclusiones sobre los diámetros de las bases y las alturas. Las primeras oscilan entre los 5'5 cm. y los 7'5 cm. por lo que, en principio, podría parecer que la forma no está demasiado fijada, lectura que varía si comparamos estos datos con los que aportan los ejemplares áticos. A partir de los datos que ofrecen los individuos recuperados de el barco de El Sec[92], observamos que esta disparidad en las dimensiones se da también entre los platos áticos. Por lo tanto, no debemos considerar que nuestra Forma III no esté fijada, sino que, a semejanza de los prototipos áticos, estos platos se fabrican en varios tamaños o tallas. Si a esto sumamos los datos que aportan los diámetros de los bordes, más numerosos, vemos cómo esta diversidad, aunque no demasiado marcada en comparación con los "rolled rim plates" de barniz negro, también se observa entre nuestra producción. Los platos de la Forma III oscilan entre algo menos de 9'5 cm. y los 12 cm. de diámetro máximo, que coincide con la boca, frente a los más de 10 cm. de diferencia entre los ejemplares de talla pequeña y los de talla grande de la cerámica ática. Las alturas, por el contrario, son muy similares y tan sólo oscilan uno o dos milímetros.

Forma VII. Bolsal

Las apreciaciones que hemos hecho en relación a la forma anterior, nos sirven igualmente ahora. En principio, una primera lectura de los datos de los diámetros de las bocas de la Forma VII nos podría indicar que ésta no se trata de una forma demasiado fijada. En una segunda lectura vemos que los diámetros se agrupan en torno a tres tallas: una que podríamos considerar pequeña, la más numerosa (entre 8'5 y 11 cm., con predominio claro de los diámetros en torno a los 10-10'5 cm.), una segunda mediana (entre 13 y 14'5 cm.) y, por último, una grande, representada en nuestro caso por un único ejemplar (16'5 cm.). Estos datos se vuelven a repetir en relación al diámetro de las bases. A la talla pequeña corresponderían los diámetros en torno a los 5 cm., a la mediana las bases de 6-6'5 cm. y a la grande las de 7'5. Las alturas, por el contrario, y como también hemos comentado para el caso anterior, apenas si oscilan medio centímetro unas de otras (entre 5 y 5'4 cm.). Esta diferencia de talla en una misma forma también se da entre la cerámica ática. En el caso estudiado, los bolsales de El Sec parecen pertenecer a dos tallas: una pequeña, la más frecuente, cuyos diámetros oscilan entre los 11 y los 13 cm. y una grande, también prácticamente testimonial, de 17 cm. de diámetro. Diversidad que queda reflejada también en los diámetros de las bases y, en este caso, también en las alturas de los vasos.

Forma VIII. Copa

Esta diversidad de tallas es aún más evidente entre las copas de la Forma VIII. Encontramos vasos de borde exvasado de nuestra Forma VIII, desde 7 cm. hasta 17, sin que en esta ocasión parezca, al menos con los datos que contamos, que se puedan establecer distintos grupos en función de las dimensiones, pues prácticamente se hallan representadas todas, aunque con un pico en torno a los 11-11'5 cm. Las bases oscilan entre los 4 y los 6 cm., predominando éstos últimos, de mayor tamaño. En este caso las alturas sí varían ostensiblemente, llegando a doblar la mayor (6'4 cm.) a la menor (3'3). Curiosamente, esta forma que parece no tener un *canon* fijo desde el punto de vista del tamaño del vaso, es también la que más variaciones formales presenta y la más evolucionada respecto a los prototipos áticos. Éstos, por el contrario, sí presentan de nuevo tres tallas perfectamente normalizadas: una pequeña, la más numerosa (en torno a los 12-15 cm. de diámetro de boca), una media (entre 17 y 20 cm.) y una grande (25-27 cm.). Dimensiones que también quedan reflejadas en los diámetros de las bases y las alturas.

Forma IX. Cuenco

Debido a las diferentes características de los tipos de cuencos considerados dentro de la Forma IX y como venimos haciendo, optamos por analizar cada uno de los tres tipos por separado.

---

[91] Tan sólo se han incluido en este estudio las formas que presentan un número mínimo de individuos y cuyas dimensiones puedan ser medidas. Por lo tanto tendremos muchos más datos sobre los diámetros de las bocas que, por ejemplo, de las alturas ya que para conocerlas es necesario contar con ejemplares completos.

[92] Hemos elegido los materiales de este pecio para comparar la vajilla ática y la gaditana por varias razones: en primer lugar, y a pesar de los problemas de datación y contextualización del pecio, se trata de un contexto más o menos cerrado que, a nuestro modo de ver, representa bastante bien la composición de la vajilla de barniz negro ática de un momento determinado —mediados del s. IV a.C.—; en segundo lugar, al tratarse de lotes cerámicos procedentes, al parecer, no sólo de los mismos talleres (Sánchez 1992a: 292) sino incluso de mismas hornadas, la homogeneidad del grupo debería, en principio, mostrar características similares y, por último, por la abundancia de piezas completas, que nos permiten medir las tres variables que hemos considerado: diámetro de boca, diámetro de base y altura.

Tipo IX-A

Se trata de la forma más abundante entre nuestra producción. Las dimensiones en este caso, sí parecen estar bastante fijadas, aunque dependiendo de las diversas variantes que hemos considerado[93]. Los bordes miden de forma invariable en torno a los 8-8'5 cm., aunque hemos documentado diámetros de incluso 12'5 cm. Las dimensiones del fondo oscilan entre los 6 y los 3 cm. aunque en la mayoría de los ejemplares contemplados se sitúa entre los 4-4'5 cm. La forma guarda una curiosa proporción entre sus dimensiones: la altura y el diámetro de la base suelen coincidir (en torno a los 4 cm. de media) y el diámetro de la boca dobla esta medida (en torno a los 8 cm.). En este caso concreto no es posible la comparación con la cerámica ática ya que los cuencos del Tipo IX-A responden a los prototipos áticos de "footed saltcellar", forma no demasiado frecuente y de la que tan sólo se han recuperado tres ejemplares en el pecio de El Sec, todos ellos de menor tamaño que nuestras formas, que suponemos una evolución de éstas, reinterpretadas por los talleres locales y que, sin embargo, se convierte en la forma de mayor éxito.

Tipo IX-B

La forma, mucho menos frecuente que la anterior, deriva directamente de los "incurving rim bowl" del Ágora, aunque con una serie de particularidades: el tamaño en general se reduce y las bases se estrechan algo. Forzando quizás un poco la interpretación, podemos ver representadas entre nuestros ejemplares las tres tallas normalizadas que presentan los vasos áticos. En nuestro caso el diámetro de los cuencos se encuentra en torno a los 11'5 cm., aunque también contamos con individuos de menor (10-10'5 cm.) y mayor tamaño (14-15 cm.) y bases (entre 6'5 y 7'5 cm.) y alturas (entre 3'2 y 3'6 cm.) bastante uniformes. La principal diferencia entre nuestros ejemplares y los áticos radica en el mayor tamaño de estos últimos. La talla pequeña oscila entre los 11 y los 12'5 cm, aunque también existen ejemplares menores (10 cm.), la media y más numerosa, entre los 13'5 y los 16 cm., con un pico claro entre los 14-14'5 y la grande sobre los 17'5 y los 18'5 cm.; siendo también bastante considerables las diferencias entre los diámetros de las bases y las alturas, hecho lógico ya que los vasos guardan las proporciones de la forma independientemente de la talla en que se fabriquen.

Tipo IX-C

Por último, dentro de la Forma IX, los pequeños cuencos conocidos comúnmente por L-21/25 B gracias a la tipología campaniense, que derivan de los "small bowl broad base" griegos, presentan también ciertas peculiaridades respecto a sus precedentes inmediatos. Al contrario de lo que sucede con otras formas, en este caso la talla de nuestros ejemplares es algo mayor que la de los vasos áticos: mientras que los ejemplares gaditanos miden en torno a los 8 cm. (entre 7 y 9'5 cm.), los griegos tan sólo 6 (entre 5'5 y 6'5 cm.). Sin embargo y como también viene siendo habitual, las bases griegas son más amplias (en torno también a los 6 cm.) que las gaditanas (entre 4 y 5'5 cm.). Tratándose, en ambas producciones, de una de las formas más normalizadas y fijas, tanto en sus dimensiones como en la relación entre éstas y en los rasgos formales y decorativos.

Forma X. Bol

Esta forma, sin embargo, debe analizarse desde otra óptica. Al contrario que todas las anteriores, no se trata de una forma de origen ático, sino campaniense. Es decir, propia y original de ciertos talleres protocampanienses y, por tanto, algo posterior en el tiempo a la griega, aunque el origen haya que buscarlo, como en la inmensa mayoría de las formas de barniz negro, entre la cerámica ática. En el contexto que venimos analizando[94] esta forma no llega a ser demasiado frecuente, hecho explicable por el relativo arcaísmo de nuestra producción, que aun en momentos evolucionados del s. III, sigue conservando un marcado carácter griego; sin rechazar, por otra parte, la influencia que conjuntos más evolucionados puedan tener en el propio desarrollo formal, estilístico y técnico de la producción. Nuestros ejemplares siguen de forma bastante fiel, hasta el punto de que en determinados casos como éste, quizás sí que tengamos que hablar de imitaciones más o menos directas, los perfiles y dimensiones de los boles fabricados por el taller de Pequeñas Estampillas[95]. Para esta comparación hemos utilizado los ejemplos que presenta Morel en su ya clásico trabajo sobre el taller protocampaniense etrusco-lacial. Al igual que éstos, los boles de "tipo Kuass" presentan unos diámetros en torno a los 13'5 y los 14'5 cm., aunque tanto en uno como en otro taller existen ejemplares menores y mayores. Las bases se estrechan en relación a la boca, los ejemplares italianos se sitúan en torno a los 5'5 cm., medida similar a la de nuestro único ejemplar completo (5'2 cm.) e idéntica a la altura media (5'5 cm.) de los ejemplares de Pequeñas Estampillas y muy parecida a la del nuestro (5'4 cm.). Esta correlación de medidas no creemos que sea fruto de la casualidad y, quizás debamos explicarla, como ya hemos señalado (*vid. supra*), en función de imitaciones directas del taller gaditano de algunos de los vasos de éxito en el Mediterráneo.

Forma XVI. Lucerna abierta

Las lucernas abiertas son una forma original de la producción gaditana que debe entenderse en relación a la confluencia de las tradiciones helénica y fenicia en esta zona. Es en esta forma donde quizás pueda explicarse —o entenderse— con mayor claridad la idea que venimos defendiendo a lo largo del trabajo de que nos hallamos ante la producción consciente, planificada y normalizada de un taller protocampaniense. Es en esta forma donde los alfareros uniendo, como decimos, ambas tradiciones, crean una forma singular pero que, lejos de ser única, se generaliza de tal manera que, como veremos a continuación, llega incluso a sustituir en gran medida a las lucernas de cerámica común, imponiéndose en la función de iluminar. El tipo además se fija de tal manera que constituye, de hecho, la forma más normalizada dentro del taller gaditano, con dimensiones casi constantes, que apenas varían milímetros (hecho lógico por otra parte, dado el carácter artesanal de estos talleres) de un ejemplar a otro. Aunque encontramos diámetros de bocas entre 9 y 11'5 cm., éstos constituyen la excepción, ya que la inmensa mayoría presenta un diámetro en torno a los 10 cm. En las bases esta realidad es aún más patente, ya que la mayor parte de los ejemplares conservados se encuentran en torno a los 5 cm. y las alturas medias rondan los 3.

---

[93] *Vid.* Cap. 2.

[94] Recordamos que el presente estudio estadístico y formal se basa en los materiales recuperados del yacimiento del Castillo de Doña Blanca cuyo final, que coincide con la Segunda Guerra Púnica, es anterior al cese de la producción de cerámicas barnizadas locales en la bahía gaditana.

[95] En este caso concreto, la única forma completa de bol que documentamos no sólo reproduce fielmente perfil y tamaño de los prototipos italianos, sino que incluso la decoración sigue un esquema compositivo y estilístico que recuerda más a la decoración de aquellas producciones que a las típicas de la zona.

Forma XVII. Lucerna cerrada

Las lucernas cerradas de tipo helenístico no son tan frecuentes pero, sin embargo, copian de forma fiel a las áticas además de presentar una regularidad en cuanto a dimensiones bastante considerable. Nuestros ejemplares se sitúan en torno a los 4'5 cm. de diámetro de boca por media (entre 3 y 5'5 cm.), entre 3 y 4'5 cm. de diámetro del pie y entre 3 y 4 cm. de altura; mientras que los ejemplares áticos recuperados de El Sec, algo mayores, rondan los 4'5-5 cm. de diámetro de borde, los 4 de base (entre 3'5 y 5 cm.) y las alturas oscilan entre los 3'4 y los 3'8 cm., con algunas excepciones por arriba (4'2 cm.).

4.2.3. La composición de la vajilla *(Fig. 51)*

El análisis de formas y dimensiones nos muestra un repertorio tan regular que, sin duda, podemos afirmar que nos hallamos ante una vajilla fijada.

A grandes rasgos, la vajilla barnizada protocampaniense gaditana conocida por "tipo Kuass", tal y como muestra el estudio estadístico, se utilizó sobre todo como servicio de mesa.

Podemos diferenciar entre las formas de platos (Formas I, II, III, IV, V y VI): abiertas, anchas y bajas, posiblemente utilizadas para el consumo o presentación de alimentos sólidos y las formas de vasos (Formas VII, VIII y XII), más profundas, a propósito para contener líquidos. Junto a ambas hemos considerado otra serie de formas que en ocasiones, al menos las de mayor profundidad, pudieron ser utilizadas para beber, pero que también debieron usarse para contener alimentos sólidos y, sobre todo, semisólidos. Entre estas últimas hemos considerado a las formas de cuencos (Tipos IX-A, IX-B y IX-C y Formas X y XI).

Pero los talleres gaditanos, al igual que los coetáneos, no sólo produjeron elementos utilizados para el consumo directo de alimentos. Entre los repertorios de barniz negro destacan algunos elementos que aunque en menor cantidad, se convirtieron también por su calidad en productos típicos de éstos. En nuestro caso pensamos que además de las formas cerradas que hemos incluido en la Forma XV y que debieron servir para guardar perfumes o ungüentos de algún tipo, también podemos considerar como elementos de tipo suntuario o de tocador, que con casi total seguridad fueron utilizadas también en los ritos funerarios (Niveau de Villedary e.p. b), a las Formas XIII y XIV. Quizás alguna de las formas que hemos incluido dentro de la vajilla de mesa, en concreto las formas de saleritos (Tipo IX-C y Forma XI), pudieron usarse, por su reducido tamaño, también para estos otros fines. Por el mismo carácter suntuario, en cierta manera de lujo, de estos recipientes, su presencia es proporcionalmente bastante escasa lo que nos obliga a no descartar la aparición de nuevas formas en un futuro.

Por último, la presencia de formas claras de lucernas (Formas XVI y XVII) indica que también se utilizó esta técnica para la fabricación del servicio de iluminación.

Recapitulando, podemos afirmar que la vajilla "tipo Kuass" se compone, sobre todo, de elementos utilizados para el servicio de mesa —platos, vasos y otros recipientes—, aunque también se fabricaron de forma minoritaria con esta técnica barnizada otros elementos de carácter suntuario y, sobre todo, lámparas.

4.3. ORIGEN Y FILIACIÓN

Llegados a este punto creemos que es necesario volver a incidir, de nuevo, en el origen de nuestra producción. Por todo lo expuesto hasta ahora, pensamos que no debe ya dudarse que fue la última vajilla ática de barniz negro la que sirvió de prototipo para la producción de este taller local.

El primer argumento que podemos esgrimir es el cronológico. El taller gaditano empieza a funcionar hacia finales del s. IV a.C., en el momento en que las cerámicas de barniz negro griegas comienzan a escasear. Tenemos documentada la producción local asociada a la última ática en contextos estratigráficos fiables como el yacimiento del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez 1995: 74 s.) o *Carteia* (Bendala *et al.* 1994: 90 ss.). No nos parece, por tanto, válida en modo alguno la creencia, bastante extendida aún en la investigación (Beltrán 1990: 42), de que nos hallamos ante imitaciones campanienses, ya que la producción es anterior en el tiempo a la extensión de la cerámica itálica.

En segundo lugar, contamos con otro argumento de peso para defender la filiación griega de nuestras cerámicas: el morfológico. Después de analizar con detalle formas y decoraciones, es evidente que las cerámicas "tipo Kuass" se inspiran directamente en la griegas. Algunas formas como ciertos tipos de cuencos (Tipo IX-C y, sobre todo, IX-B), platos (Forma III), vasos (Forma VII y Tipo VIII-E) y lucernas (Forma XVII) reproducen fielmente los perfiles áticos. Otros, como los platos de pescado (Forma II), los cuencos (Tipo IX-A) y las formas cerradas (Forma XV) se inspiran de forma clara en ellos. La presencia de otros tipos más evolucionados, que podríamos relacionar con formas campanienses, se explica por dos razones: en primer lugar por la propia evolución morfológica, ya que hablamos de una producción de más de un siglo de duración. Lógicamente las primeras formas serán las que más se aproximan a los prototipos originales mientras que conforme avanza el tiempo, éstas evolucionan hacia formas más modernas como también ocurre en el resto de talleres (Forma IV, VI y, sobre todo, V). Y, en segundo

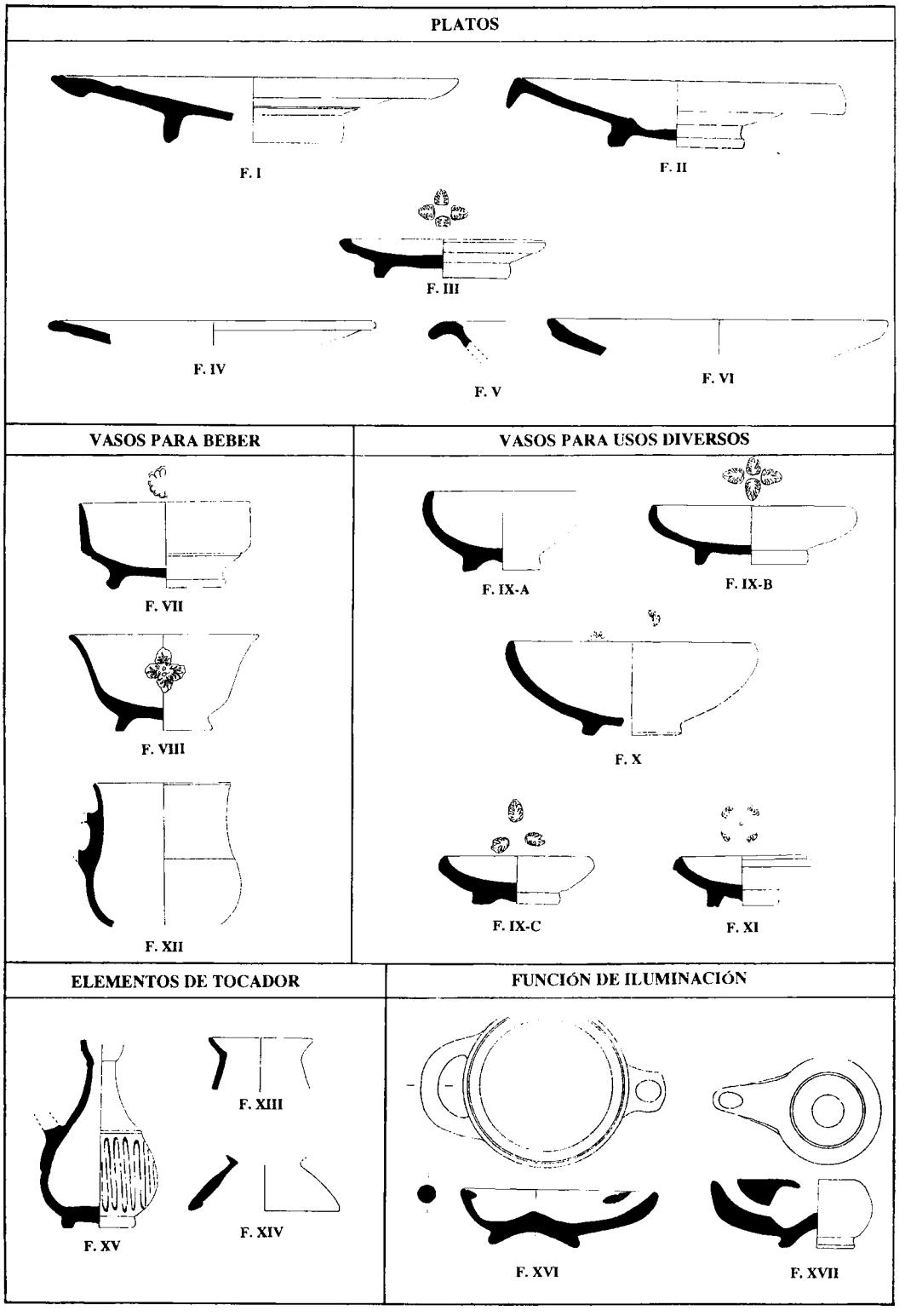


FIGURA 51.—*Caracterización funcional de la vajilla "tipo Kuass".*

lugar, hay que valorar la posibilidad de que nuestros artesanos se inspiren de forma directa en la producción de estos otros talleres mediterráneos, como parece evidenciar la existencia de una serie de piezas que imitan producciones itálicas (Forma X y Tipo XV-D).

También hay que señalar que la vajilla "tipo Kuass" se nos presenta, a semejanza de la ática o de la misma campaniense A, fundamentalmente como una vajilla de inspiración "cerámica" (Morel 1981a: 523). Es decir, se trata de formas simples, con una preponderancia de curvas frente a formas angulosas, las paredes sueles ser espesas y los elementos secundarios (pies y asas) simples, siendo rara la presencia de otro tipo de decoraciones superpuestas. En una producción de este tipo el artesano puede limitarse a utilizar sus manos.

Por el contrario, las vajillas de inspiración "toreútica" (*Idem.)*, en las que el artesano imita en cerámica formas y detalles propios de los vasos metálicos, se caracterizan por la abundancia de formas complejas, de perfiles angulosos, paredes finas, elementos secundarios (pies y asas) muy elaborados y abundantes elementos decorativos superfluos (gallones, apliques figurados, acanaladuras, etc.). Para su elaboración, al artesano le son necesarios una serie de útiles para la definición de los detalles, además de sus manos. Son vajillas de inspiración "toreútica", por ejemplo, las producidas por los talleres del área etrusca, la campaniense B, las producciones de Malacena, Gnathia y Teano, etc., que son las que van a inspirar una serie de formas gaditanas. Podríamos definirla como una tendencia "barroca" frente a la tendencia "clásica" (*Idem.* 527) que representa la anterior.

4.3.1. La vajilla "tipo Kuass" y la vajilla ática

Para comparar el repertorio gaditano con el ático hemos elegido las piezas de barniz negro recuperadas del pecio de El Sec, pese que somos conscientes de los problemas de tal elección[96]. No obstante, por otra serie de circunstancias, nos ha parecido el conjunto más adecuado[97]. En primer lugar porque parece que se trata de un conjunto bastante representativo de lo que debió ser el repertorio ático de mediados del s. IV[98] que llegó a nuestras costas. Hallamos representadas la mayor parte de la vajilla barnizada que luego encontramos en los poblados y necrópolis de Iberia. Por otra parte, se trata de un repertorio bastante funcional, en el que destacan los vasos para beber, platos, lucernas y algún que otro elemento suntuario o ritual. El hecho de que se trate de un contexto cerrado, a pesar de los problemas ya comentados, nos garantiza que se trata de un conjunto más o menos uniforme (Sánchez 1992a: 292) que nos es muy difícil de hallar en los lugares de destino.

Antes de comenzar queremos remarcar, por tanto, las diferencias cronológicas —casi un siglo separa ambos repertorios—, porcentuales —nuestro conjunto es mucho más amplio que el griego—, culturales y contextuales —mientras que el material estudiado por nosotros procede de un contexto de hábitat, las piezas griegas forman parte del cargamento de uno o varios navíos y no podemos conocer con seguridad su destino final: ¿iba dirigido a una población púnica o a una ibérica?, ¿se trata de una vajilla destinada a un uso funcional y cotidiano o, por el contrario, serviría fundamentalmente como servicio en los *simposia* funerarios ibéricos?, ¿se trataba simplemente de la vajilla de uso de la tripulación?, etc.—. Tampoco hay que olvidar que mientras que el conjunto gaditano recuperado del poblado de Doña Blanca, como material procedente de hábitat abarca un periodo cronológico bastante amplio —prácticamente un siglo—, el conjunto ático, resultado de un hundimiento que puede situarse en un momento cronológico concreto no sería, como apunta Morel, representativo de *u*na "faciès de consommation" como puede serlo un yacimiento terrestre (hábitat o necrópolis) (1994: 328). Sin embargo, la "fotografía instantánea de un momento de la exportación" que representaría el pecio sirve mejor a nuestros propósitos, ya que nos interesa caracterizar, no tanto la secuencia cómo, precisamente, ese último momento de las importaciones áticas.

Un primer acercamiento a la composición de ambos conjuntos revela, aunque relativa, la mayor variedad tipológica de la vajilla griega. Mientras que para nuestra cerámica hemos definido diecisiete tipos —algunos de ellos escasamente representados—, Cerdá reconoce veintiuna formas griegas en el pecio mallorquín. No obstante, la distribución de éstos en categorías funcionales es muy similar, ya que en ambos casos hemos podido englobar las formas dentro de tres grupos: servicio de mesa, servicio suntuario y servicio de iluminación.

En los dos conjuntos el ***servicio de mesa*** es el mayoritario, suponiendo, en la práctica, la mayor parte del total de la vajilla. La diferencia más apreciable estriba en el mayor peso de los elementos que hemos llamado suntuarios dentro de la vajilla griega. A la luz de estos datos: ¿podríamos afirmar que la vajilla de "tipo Kuass" lo que hace es reproducir una serie de elementos que cubren unas funciones determinadas y que en un momento concreto dejan de llegar a esta zona, por lo que se hace necesario sustituirlas con una producción propia?

Tras este primer análisis superficial, el mantener tal afirmación puede resultar algo precipitado pero después de un estudio detallado de cada una de las formas que componen ambos conjuntos, se observa cómo los diferentes elementos que forman la vajilla local gaditana suplen, salvando las lógicas diferencias temporales y culturales, las funciones de sus precedentes griegas, lo que, obviamente, no parece fruto de la casualidad sino el resultado de una

---

[96] Problemas de datación, ya que parece unánimemente aceptado que nos encontramos ante más de un barco hundido y problemas de representación, por la recuperación de los materiales a manos de personal no cualificado, sin una metodología científica y por el alto grado de expolio al que ha sido sometido el yacimiento. *Vid.* nota 92 en este mismo capítulo.

[97] Para el mismo fin podríamos haber elegido alguno de los conjuntos de cerámica ática que, cada vez con más frecuencia, conocemos en Andalucía occidental; pero el mejor estudiado, el de el Cerro del Prado, se fecha en el último tercio del s. V a.C. (Cabrera y Perdigones 1996) y el rico material griego de El Castillo de Doña Blanca se halla aún en proceso de estudio y tan sólo conocemos algunos resultados preliminares (Cabrera 1997 y 1998a).

[98] Aunque los autores del estudio fechan el hundimiento del navío en el segundo cuarto del s. IV a.C. (Arribas *et al.* 1987: 653), hoy se admite que este tuvo que tener lugar en el tercer cuarto del siglo —hacia el 350-325 a.C.— (Guerrero 1986: 155).

producción consciente, que busca fabricar determinadas formas que cumplan determinadas funciones, antes cubiertas por la cerámica de importación y que tras el cese del comercio griego es necesario sustituir.

Dentro de lo que hemos considerado servicio de mesa hemos diferenciado entre platos, fundamentalmente recipientes abiertos y bajos, utilizados para el consumo de alimentos sólidos; vasos para beber, profundos, para contener líquidos; vasos varios, que pueden ser utilizados tanto para consumir alimentos sólidos como líquidos, seguramente semisólidos y vasos para servir.

En la vajilla ática los porcentajes se distribuyen de la siguiente manera *(fig. 52)*:

— Los ***platos*** suponen un 21% dentro del servicio de mesa y se hallan representadas tres formas: la mayoritaria es el plato de pescado ("fish plate" o L-23[99]), con 53 ejemplares que suponen un 70%, seguido a distancia por el "rolled rim plate" (forma Jehasse 116), con 20 individuos (27%). La presencia de la última forma, la Morel 109 o "convex-concave profile" es prácticamente testimonial, con 2 ejemplares que suponen un 3% sobre el porcentaje total.

— Dentro de la categoría de ***vasos para beber*** sólo hemos considerado las formas provistas de asas (Sanmartí y Principal 1998b: 81), ya que la vajilla griega de este momento cuenta con el suficiente número de formas con estas características. Sin embargo, y pese a la variabilidad de formas que hallamos, no suponen dentro del conjunto un número demasiado significativo, tan sólo un 16% del servicio de mesa. El porcentaje mayor lo alcanzan los bolsales (41 ejemplares, 74%), mientras que el resto de formas apenas si se hallan representadas: 7 "skyphos" (13%), 4 "kantharos" (7%) y un ejemplar de "calyx-cup", de "moulded rim kantharos" y de "globular kantharos" (que suponen un 2% cada uno dentro del porcentaje total). Observamos que son las formas más modernas las más abundantes. Nos hallamos en un momento en el que las antiguas formas para beber, cántaros y escifos, perviven residualmente y están siendo sustituidas por la nueva forma de éxito: el bolsal (Bats 1988: 57), más resistente, más fácil de apilar y por tanto de transportar (Sanmartí y Principal 1998b: 84) y de enorme éxito entre las poblaciones del Mediterráneo occidental (¿debido precisamente a esta facilidad del transporte?). Esta distribución evidencia una realidad que contribuye a la defensa de nuestra hipótesis sobre el origen de la vajilla gaditana. Si defendemos que las primeras formas locales reproducen sistemáticamente los últimos perfiles áticos no parece obra de la casualidad que sean precisamente los bolsales la única forma específica para beber que fabrican los talleres gaditanos, ignorando las más antiguas.

— En tercer lugar hemos denominado ***vasos de usos varios*** a una serie de recipientes que por su forma —fundamentalmente cuencos o boles— son susceptibles de ser utilizados tanto para contener alimentos sólidos como, en muchas ocasiones, líquidos, aunque posiblemente estuviesen destinados al consumo de alimentos semisólidos e incluso para servir (Sanmartí y Principal 1998b: 81). Dentro de la vajilla ática de El Sec suponen el porcentaje mayor, un 62%, destacando porcentualmente dos formas: los "outturned rim bowls" (63 individuos, 28%) y los "incurving rim bowls" (46 ejemplares, 21%), mas un número bastante importante de fondos que pueden pertenecer a cualquiera de los dos tipos (48 fondos, 22%), en total el 71% del total. Acompañan a estas formas otra serie de pequeños cuencos entre los que destacan los "broad base bowl" o L-21/25-B con 60 ejemplares (26%) y con mucha menor frecuencia otros ("footed saltcellar" o L-24-A: 2 ejemplares, "footed saltcellar with broad base" o forma Sec 24-C representado por un solo individuo y dos fondos indeterminados). Al igual que observamos en los vasos para beber, aquí el peso porcentual de cada forma y su representación dentro del conjunto, tampoco es casual. Predominan dos formas, la L-21 y L-22, típicas de las últimas producciones áticas exportadas a Occidente, más abundante la segunda que la primera, por ser algo anterior. Formas que, como veremos a continuación, copian en un primer momento los artesanos gaditanos. Aquí, y al contrario que entre la cerámica griega, abunda más la forma de cuenco de borde reentrante o L-21, por entonces de mayor éxito en los mercados, mientras que la L-22, aunque también copiada, evoluciona hacia formas más modernas (L-28 y L-29). Respecto a las otras formas se constata un hecho similar: la forma reproducida con mayor fidelidad es el pequeño cuenco de base ancha (L-21/25-B), fenómeno común al resto de talleres mediterráneos, ya que será ésta una de las formas que más perduren en el tiempo sin perder sus rasgos originales —sirva de ejemplo su fabricación por los talleres de campaniense A de Ischia—. Curioso es también el ejemplo del otro pequeño cuenco de El Sec (L-24-A), ya que se trata de una forma de escaso impacto comercial y apenas representado entre los diferentes conjuntos de barniz negro, incluido éste. Y, sin embargo, será ésta la forma de mayor éxito entre las poblaciones púnicas occidentales, hasta el punto de ser la forma más abundante tras el plato de pescado y una de las de mayor distribución.

— Por último, dentro del servicio de mesa, hemos tenido en cuenta una serie de formas empleadas, por sus características morfológicas (son formas cerradas y profundas con asa lateral y pico vertedor), para ***servir*** alimentos, en concreto líquidos. Su presencia apenas es porcentualmente relevante (un 15% sobre el total del servicio de mesa), aunque sí cualitativamente, ya que evidencian una especialización de la vajilla con elementos diferenciados utilizados para funciones específicas. Entre el cargamento de El Sec esta función estaría desempeñada por los dos pequeños olpes bautizados por Cerdá como forma Sec 172-B (1987a: 365 s.). Sin embargo, y como algunos autores han destacado (Rouillard 1991: 84; Quesada 1994: 114), llama la atención la escasez con que estas formas se importan a Iberia, cuando en origen, vasos como las enócoes, forman parte habitualmente de la vajilla elemental.

Por su parte la vajilla "tipo Kuass" se distribuye del siguiente modo *(fig. 51)*:

— En primer lugar observamos como el porcentaje de ***platos*** es mayor en nuestro caso: un 46% frente al 21% del caso anterior. También los tipos representados se duplican, aunque al igual que entre la vajilla ática, la forma más representada corresponde abrumadoramente a la Forma II o platos de pescado (que aquí suponen un 91% del total de platos, con 900 ejemplares

[99] Hemos optado por mantener la denominación que Damián Cerdá (1987a y 1987b) da a las diferentes formas —nombre anglosajón, denominación clásica o tipología campaniense—, con una finalidad práctica, aunque solamente la utilizaremos al referirnos a los ejemplares concretos de El Sec (y siempre entrecomillados) y no a otros, así como tampoco a la denominación genérica de la forma, para la que utilizaremos la traducción normalizada de los apelativos clásicos (Bádenas y Olmos 1988) o nuestro sistema de referencia.

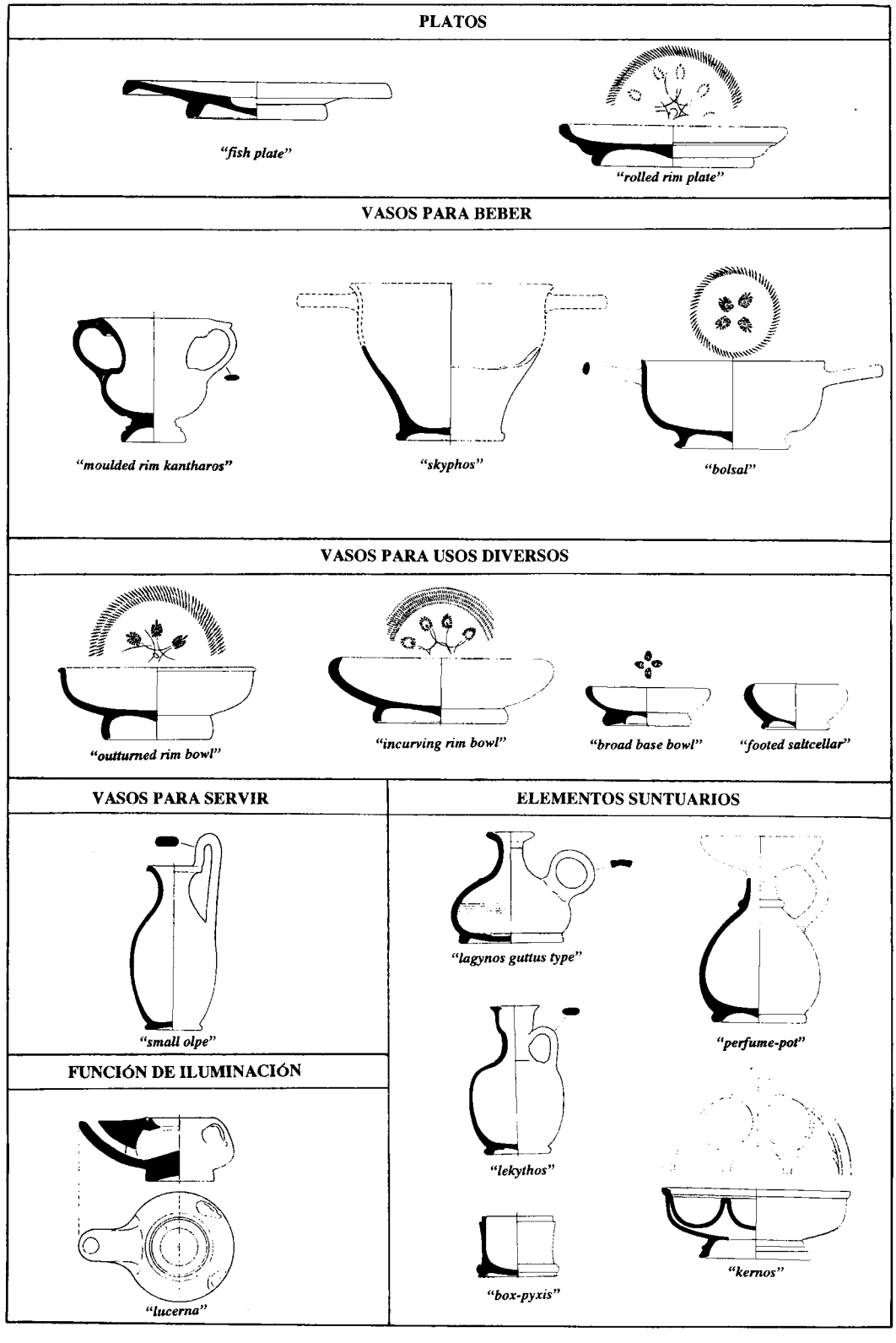


FIGURA 52.—*Caracterización de la vajilla ática de barniz negro de mediados del s. IV a.C. (Elaboración propia a partir de Cerdá 1987a).*

documentados). La segunda forma más representada coincide de nuevo con lo que veíamos en El Sec aunque, en nuestro caso, la Forma III es menos frecuente (64 individuos, 6%) que su prototipo ático (27%). Por el contrario, en lo que respecta al resto de las formas —escasamente representadas por otra parte, hecho a tener en cuenta— el panorama es radicalmente opuesto. Se halla ausente por completo la tercera forma presente entre el cargamento de El Sec: la Morel 109 ("convex-concave profile") y documentamos otras cuatro. La primera de ellas, nuestra Forma I o plato moldurado (12 individuos, que suponen tan sólo algo más de un 1% sobre el conjunto), aunque de raíces áticas, parece beber de influencias de producciones italianas (de la tradición etrusca en concreto, en lo que no es un fenómeno único en nuestra producción, sino que como ire-

mos viendo se repite con cierta frecuencia) y de aire púnico (producciones de Sicilia). Las otras tres formas: Forma IV o plato de borde continuo (8 ejemplares), Forma V o plato de borde cóncavo (2 individuos) y Forma VI (también representada únicamente por dos ejemplares) de escaso peso porcentual dentro del conjunto, pues apenas suponen un 2%, responden a otra realidad, se trata de formas más modernas, resultado bien de la evolución formal lógica en el tiempo o bien producto del contacto directo con los productos de otros talleres mediterráneos. Su escasa representación entre el material analizado tiene una fácil explicación si tenemos en cuenta que se trata de las formas del último momento de la producción y que estamos trabajando con el material procedente de las excavaciones del Castillo de Doña Blanca, yacimiento cuyo término se puede fechar con precisión a fines de la Segunda Guerra Púnica en el 210 a.C. (Ruiz Mata y Pérez 1995: 76).

— Es quizás el caso de los ***vasos considerados para beber*** donde la diferencia entre ambos conjuntos se hace más evidente. Lo primero que llama la atención es la escasez, al contrario de lo que sucede entre la cerámica ática, de formas concebidas específicamente para la bebida, que se definen como tales, además de por una profundidad suficiente, por la presencia de elementos de suspensión. Frente a la relativa amplitud del repertorio ático donde para este momento se documentan al menos seis tipos diferentes, los talleres gaditanos tan sólo fabrican, y no de manera masiva, una forma de vaso con asas: el bolsal (92 ejemplares, 20%). Este hecho posiblemente responda a motivaciones de tipo cronológico y cultural. En primer lugar, como ya señalamos al hablar de la cerámica griega, la misma evolución del repertorio cerámico conlleva que, con el tiempo, las formas tiendan a simplificarse y las formas con asas a desaparecer (Sanmartí y Principal 1998b). Es en estos momentos finales cuando se impone la forma de bolsal frente a las anteriores de cántaros y escifos y como también señalamos anteriormente, se trata de una forma de enorme éxito en el Mediterráneo occidental y particularmente en ambientes culturales púnicos (Morel 1994: 330). La prueba de esta evolución es la existencia dentro de nuestro repertorio, junto a formas clásicas de bolsal, de otras que han perdido los elementos de suspensión. El desarrollo del trabajo nos ha llevado a proponer[100] que junto a los bolsales —es decir a las formas concebidas específicamente para la bebida—, la vajilla gaditana contase con otra forma cerámica que aunque en origen no estuviese destinada al menos exclusivamente a estos fines, con el tiempo se fuera imponiendo como vaso para beber. Nos referimos a la forma que hemos denominado copa (Forma VIII). Estos vasos son el resultado de la evolución de las formas áticas de "outturned rim bowls" que con el tiempo se estrechan y profundizan al mismo tiempo que adoptan un suave perfil en "S" y los bordes adelgazan y se convierten en prolongaciones del cuerpo, facilitando el acto de beber. Razones de orden decorativo y técnico parecen apoyar esta hipótesis. Son las formas de copas las que con mayor frecuencia junto a los bolsales, se decoran mediante la impresión de estampillas (Ruiz Mata 1995a: 188), la factura es más cuidada, las paredes más finas, las pastas más depuradas y el glaseado más fino (Niveau de Villedary 2000a: 183), rasgos que comparten, como decimos, con los bolsales. Dentro del total de vasos que suponemos para la bebida, las copas constituirían el grupo más numeroso con 350 ejemplares contabilizados que suponen el 79% de los vasos. Por último, dentro de esta categoría, hemos incluido el único ejemplar de vaso profundo (Forma XII) procedente de nuestro conjunto[101]. La propia profundidad del vaso junto a la presencia del asa lateral, podría llevarnos a pensar que se trate de un vaso para beber, sin embargo, para algunos autores esta forma, al menos en origen, pudiera cumplir, entre otras, funciones de servir —como cucharón— e incluso como recipiente para medir o probar (Sparkes y Talcott 1970: 70). Dada la escasa representatividad del tipo dentro del conjunto, no nos atrevemos a asegurar que se trate de una forma específica para servir y, por tanto, y aunque no rechazamos que pudiera cumplir tal función, optamos, por cautela, por incluirla dentro de los vasos para beber.

— Para terminar con el servicio de mesa de la vajilla gaditana y siguiendo el mismo esquema utilizado para la cerámica ática, hemos englobado bajo la denominación de ***vasos de usos varios*** a una serie de formas que podrían utilizarse tanto para el consumo de alimentos sólidos, líquidos y semisólidos, como para servir —a modo de fuentes— e incluso para contener pequeñas cantidades de productos de lujo, fundamentalmente especias. La variedad y las formas son similares a la observada en la vajilla griega, diferenciándose de ésta fundamentalmente en los porcentajes en los que estas formas se hallan presentes. La forma más frecuente con diferencia es la de cuenco globular (Forma IX-A), con 607 ejemplares (81%). Esta forma sería la que se correspondería, a grandes rasgos (con algunas diferencias respecto al prototipo, ya que por ejemplo aumenta algo la talla), con las formas áticas L-24-A y Sec 24-C, escasamente representadas, por el contrario, en el pecio de El Sec, aunque algo más frecuentes entre los conjuntos de barniz negro griego en la Península Ibérica (Morel 1994: 339; n. 12), sobre todo entre las últimas importaciones (Cabrera 1998a: 478). A continuación, le seguirían los cuencos bajos y anchos de la Forma IX-B, que reproducen con bastante fidelidad a los "incurving rim bowls" áticos, pero cuya presencia va disminuyendo conforme pasa el tiempo (contabilizamos 85 ejemplares, el 11% del total). Esta forma, con el tiempo, será sustituida por los boles (Forma X), de mayor talla, típicos de los talleres protocampanienses del Golfo de Rosas e Italia pero que, en estos momentos (último cuarto del s. III), no llegan a imponerse todavía en el repertorio gaditano, formalmente muy conservador (38 individuos con un peso del 5%). Como saleros, es decir como pequeños contenedores de productos de lujo que se sirvan en cantidades reducidas, podríamos interpretar las dos últimas formas contempladas aquí: el pequeño cuenco de la Forma IX-C, que reproduce fielmente los "broad base bowls" y los saleros de la Forma XI, reinterpretaciones de vasos áticos, que guardan similitudes formales con las producciones de otros talleres de la época. El escaso peso de ambas formas apoyaría esta interpretación (18 ejemplares y un 2% y 5 individuos, 1% respectivamente). La mayor diferencia respecto a la vajilla ática supone la casi total desaparición de la forma L-22 como tal y su sustitución por la forma evolucionada que, como hemos señalado, pasaría a cumplir un uso casi específico relacionado con la bebida.

— Posiblemente sí que fuera utilizado como ***vaso para servir***, el ejemplar de enócoe que hemos caracterizado como Tipo XV-D. Pero por su hallazgo en un contexto diferente, ritual y funerario, preferimos hablar de él en el epígrafe siguiente.

En comparación con el servicio de mesa, mayoritario como hemos visto en ambas producciones, los elementos que pueden ser considerados como ***suntuarios o de tocador***, son bastante escasos. Aun así, entre el carga-

[100] Esta idea ya ha sido lanzada por Diego Ruiz Mata a la luz de las evidencias que el material "tipo Kuass" del yacimiento del Castillo de Doña Blanca ofrece (1995a: 188, fig. 16).

[101] Recordemos que Ponsich publica un ejemplar idéntico en cuanto a formas y dimensiones procedente de sus excavaciones en el horno III de Kuass (1969a: fig. 10).

mento de El Sec suponen un 7% del total frente al 1% de la vajilla gaditana. También la variedad es mayor entre la cerámica ática aunque, cualitativamente, la composición es similar.

En ambos conjuntos destacan las formas cerradas de ungüentarios y botellitas en sus diferentes variantes. Se trata de nuestra Forma XV (6 individuos, 74% sobre el total de elementos que podemos considerar suntuarios) y de los "lekhitos" (25 ejemplares, 84%), "lagynos" y "perfume-pot" de El Sec (1 individuo cada uno, 3% del total) que, como vimos en el capítulo dedicado a la tipología, sirven de prototipos para nuestra Forma XV, híbrida, en su mayoría, de todos estos modelos áticos.

A continuación incluimos en este conjunto a las formas de "box-pyxis" áticas (un ejemplar, 3%) y nuestra Forma XIII (un individuo, 13% del total), definida como lécane a falta de una denominación más precisa. En el caso griego se trataría de pequeñas cajitas de uso femenino para contener cosméticos (Sparkes y Talcott 1970: 173), explicación que también resulta válida para nuestro caso, sin descartar otras.

Podemos también incluir dentro de esta categoría de servicio suntuario a nuestra Forma XIV, posible soporte o pie alto sin que, con los datos que contamos, podamos concretar algo más.

Y, por último, se incluye el "kernos", recipiente ritual que aparece en el Sec, del que por su singularidad tan sólo tenemos noticias de este ejemplar y, por tanto, no lo encontramos reproducido entre el material "tipo Kuass"[102].

Similar peso que el servicio suntuario dentro del conjunto total de la vajilla tiene el ***servicio de iluminación***, un 7% en ambos casos. La diferencia radica en la creación de un tipo exclusivo de lámpara, como resultado de la convergencia de distintas tradiciones técnicas y culturales, por parte de los talleres gaditanos, la Forma XVI o lámpara abierta que convive, aunque imponiéndose (144 individuos, 83% del total de lámparas), con la forma tradicional de lucerna cerrada helenística (Forma XVII: 30 ejemplares, 17%) que es la que documentamos en El Sec (29 ejemplares).

Pero la similitud entre ambos repertorios no queda aquí, en la configuración de la vajilla. Si comparamos forma a forma con su prototipo los resultados resultan asimismo elocuentes.

— El ***plato de pescado (F.II)*** "tipo Kuass" reproduce con bastante fidelidad al ático "fish plate", no sólo en cuanto a la forma en general sino también en cuanto a las dimensiones. En ambos casos los diámetros medios oscilan entre los 18'5 cm. y los 20 cm. La diferencia mayor radica en los diámetros de las bases, más estrechas las gaditanas, siguiendo la tónica general en la evolución de las formas barnizadas y en la mayor profundidad de las formas más antiguas. De ello sacamos una conclusión evidente, la reproducción de forma y talla, al menos en este caso concreto.

— El caso del ***platito bajo (F.III)*** es, por el contrario, diferente. Mientras que la talla de los prototipos griegos de "rolled rim plate" parece no estar fijada, pues encontramos diámetros que oscilan entre los 12'5 y los 22'5 cm., es decir que la misma forma se presenta en varios tamaños, en nuestro caso ésta se limita a la de menores dimensiones —en torno a los 10-11 cm.—, talla, por otra parte, sensiblemente inferior a la de los más pequeños ejemplares griegos, fenómeno que nos lleva a pensar que en esta caso la forma no debió usarse con la misma función que los modelos áticos. Y, sin embargo, llama poderosamente la atención cómo los primeros perfiles locales copian con total precisión las características de los prototipos, no sólo el perfil general del plato, sino toda la serie de elementos complementarios, en su mayor parte decorativos, que caracterizan a la forma griega —surcos, acanaladuras, pies esbeltos, decoración estampillada, etc.—.

— El caso del ***bolsal (F.VII)*** presenta similitudes con los dos anteriores. Esta forma aparece también con dos tallas diferenciadas en el caso griego: una en torno a los 11'5-12'5 cm. de diámetro y otra sensiblemente superior, en torno a los 17, aunque se trata de un elemento aislado. Esta duplicación de tamaños para una misma forma es reproducida por los talleres locales aunque, en esta ocasión, encontramos bolsales de tres tallas: una pequeña, la más abundante, en torno a los 10 cm.; otra mediana —13'5 cm.— y una última grande —16'5 cm.—. Una vez más resulta sorprendente comprobar que no sólo se copian los perfiles sino también las dimensiones de los diferentes vasos, hasta el punto que cuando una forma presenta en origen tallas diferenciadas, también encontramos éstas en los talleres locales y, una vez más, vemos que, aun respetando esta diferenciación de tallas, la forma gaditana, en general, reduce su tamaño respecto a la griega.

— El siguiente es, sin embargo, un caso especial, pues la ***copa*** "tipo Kuass" ***(F.VIII)***, no responde exactamente al prototipo griego de "outturned rim bowl", sino que es el resultado de la evolución formal de estas primeras formas. En principio, y tal y como hemos visto para los bolsales, la forma ática se nos presenta en tres tallas diferenciadas que parecen estar estandarizadas: una pequeña, la más abundante —entre 13 y 15 cm.—, una mediana —20 cm.— y una grande —en torno a los 26 cm.— Por el contrario, en el caso de la copa "tipo Kuass", aunque también parece fabricarse en tres tamaños, éstos no están tan definidos y de nuevo sigue la tónica general de reducir, en general, los tamaños de los vasos griegos. Sí resulta curioso que en nuestro caso la talla más frecuente sea la mediana-mayor, entre los 11 y los 16 cm. más o menos, que se correspondería con la talla menor ática, que es la más frecuente.

— Curiosamente los ***cuencos globulares (F.IX-A)*** se comportan de forma inversa. Se trata de una forma relativamente escasa entre los repertorios de barniz negro que, sin embargo, alcanza un éxito extraordinario aquí, hasta el punto de constituir una de las formas más fabricadas. Además, y contrariamente a la tendencia general observada hasta ahora, en este caso los vasos locales son los que aumentan de tamaño —en torno a los 8 cm. de diámetro— respecto a los griegos L-24-A y Sec 24-C, más pequeños —entre 6 y 7 cm.—.

[102] Aunque sin olvidar que estamos hablando de contextos de habitación en los que la ausencia de cernos quedaría explicada por la funcionalidad ritual de esta forma.

— De nuevo vemos en el caso de los ***cuencos bajos y anchos (F.IX-B)***, que cómo una de las últimas formas griegas, los "incurving rim bowls", es reproducida por los artesanos locales con un alto grado de similitud respecto a los prototipos, respetando el perfil general del vaso, la presencia de decoración impresa en el fondo interno y la variabilidad de tamaños. También en esta ocasión son tres las tallas en las que se fabrican los vasos griegos: pequeña —sobre los 11-12 cm.—, media —14-15 cm.— y grande —sobre 18 cm.—, las mismas que presentan los cuencos "tipo Kuass", aunque de nuevo reduciendo algo las medidas: talla pequeña —sobre 10 cm.—, mediana —sobre los 14-15 cm.— y grande —en torno a los 18 cm.—. En los dos casos la más frecuente es la mediana.

— Los ***pequeños cuencos (F.IX-C)*** se presentan como una de las formas que guardan más el *canon* en cuanto al perfil general, características formales, esquemas decorativos y dimensiones, de los diferentes repertorios de barniz negro mediterráneos. El caso griego, como prototipo, es paradigmático: de los 63 ejemplares documentados en El Sec, 49 presentan un diámetro de 6 cm., 5 de 5'5 y 9 de 6'5. En el caso gaditano sucede algo parecido a lo que veíamos respecto a las F.IX-A, pues son nuestros ejemplares los que presentan un tamaño mayor que los áticos, entre los 7'5 y los 8'5 cm. de media.

— En último lugar, las ***lucernas cerradas (F.XVII)*** sí copian con una precisión total, formas y dimensiones griegas, quizás debido a que entre nuestra producción no se trata de una forma de mucho éxito, papel reservado a la forma original gaditana de lámpara abierta, por lo que en los casos en los que se fabrican, el artesano se limita a copiar los modelos griegos.

Recapitulando, podemos afirmar que son numerosos, o al menos significativos, los casos en los que los artesanos locales copian no sólo perfiles, sino también dimensiones de las formas griegas y en el caso en que los tamaños no se corresponden, sí observamos en cambio que se respetan las diferentes tallas en los que estos vasos se fabrican y la relación entre las dimensiones (diámetro de borde, pie y altura).

Hemos podido comprobar de qué manera los elementos locales reproducen con un grado de fiabilidad bastante alto no sólo las formas en cuanto a tales sino también la función a las que están destinadas. Todos los servicios prestados por la vajilla ática (al menos la que se importa a Iberia en este último momento) queda cubierta más tarde por la producción local, en muchas ocasiones respetando casi por completo la forma original (platos de pescado, bolsales, lucernas cerradas, cuencos de las Formas IX-A y IX-C), en otros casos reinterpretandola (copas, platos de la Forma III, ungüentarios y formas cerradas), pero siempre respetando la idea y la función para la que la forma fue concebida (lucernas abiertas, Forma XIII) y, casi con toda seguridad, el uso originario que se le dio.

Esta coincidencia no nos parece fruto de la casualidad, sino que responde a una idea preconcebida, los artesanos gaditanos tenían muy claro cuales eran las formas (tanto desde el punto de vista formal como funcional) que querían —que "necesitaban"— reproducir. Se hacía necesario suplir con productos locales estas formas (y cuando decimos formas queremos decir también usos) que ya no llegaban y que se seguían demandando para la vida cotidiana.

Después de este análisis creemos lo suficientemente probado el origen ático, por el que nos pronunciamos, de la producción gaditana de cerámica barnizada que hemos llamado "tipo Kuass".

4.3.2. La vajilla "tipo Kuass" y las vajillas campanienses

No obstante, y pese al probado origen ático de la cerámica de "tipo Kuass", ésta no fue ajena ni al paso del tiempo ni a las sucesivas influencias de otros repertorios, aunque guardó hasta su desaparición un innegable aire griego, que le convierte en una producción conservadora, de marcado arcaísmo.

4.3.2.1. *Los talleres protocampanienses contemporáneos*

Algunas de estas influencias provienen de las producciones barnizadas que se desarrollan de forma paralela en el resto del Mediterráneo. Quizás el ejemplo más claro sea el de la Forma X. En principio se trata de una forma ajena al repertorio griego clásico que supone una innovación tipológica de los talleres protocampanienses, en concreto de los ***talleres de Pequeñas Estampillas***. Aunque en principio podríamos suponer que el bol de la Forma X se trata de una innovación lógica por la propia evolución formal de la cerámica, que tiene lugar en los talleres gaditanos independientemente de las influencias exteriores, encontramos razones suficientes para sostener que, por el contrario, la aparición de esta forma en la bahía de Cádiz responde a un conocimiento directo de la producción del taller de Pequeñas Estampillas. En primer lugar, porque se trata de una forma extraña a la vajilla griega, fuente directa de inspiración de la gaditana, en segundo lugar porque la función que cumpliría esta forma se haya cubierta ya por la existencia de otras (fundamentalmente el cuenco de la Forma IX-A) por lo que su aparición —entendida como innovación formal— no creemos que tenga sentido. En tercer lugar, por razones cronológicas, ya que se trata de una forma tardía que, como tal, aparece en contextos tardíos, de ahí su escasa presencia en el yacimiento de Doña Blanca. Y por último, porque nuestro ejemplar completo resulta una copia casi perfecta de los productos del taller romano en cuanto a forma, dimensiones y esquemas decorativos y pen-

samos, por tanto, que para su fabricación —y quizás para la adopción de la nueva forma dentro del repertorio de "tipo Kuass"— los artesanos locales hubieron de tener contacto directo con la producción de este taller[103]. Otras variantes de esta forma, en concreto la X-D, se asemejan más a la forma L-26, típica de los talleres de la costa catalana. En este caso, sin embargo, no contamos con evidencia materiales del comercio de estas producciones con Cádiz, bastante improbable si tenemos en cuenta que la distribución de la producción de los talleres de Rosas se circunscribe, en la práctica, al área catalana (Principal 1998a: 117) y que la inflexión de la pared de nuestro Tipo X-D, no tiene necesariamente que responder a la imitación directa de las formas catalanas.

Contamos también con evidencias suficientes para suponer que existió una estrecha relación entre las producciones gaditanas y las de la ***zona etrusca***. El ejemplo más claro lo constituye la jarra de la Forma XV-D, que resulta una copia casi perfecta de producciones locales etruscas, en concreto de la zona de Volterra, fabricadas a partir de prototipos metálicos (Morel 1981a: 371 ss.). La reproducción de detalles tales como la decoración pseudogallonada, el aplique figurativo bajo el asa, el apéndice sobre el asa sobreelevada, etc., nos inclina a pensar que se trata de una imitación o copia directa y consciente del modelo y no un cúmulo de coincidencias fortuitas.

Aunque no de forma tan clara, advertimos este cierto "aire etrusquizante" en algunas otras formas. Es el caso de los platos moldurados de la Forma I, que aunque puedan resultar formas evolucionadas de los "thickened edge plate" y "rilled rim plate" áticos (Sparkes y Talcott 1970: fig. 9 y 10) recuerdan más a ciertas producciones del sur de Etruria y Lacio —serie 1114 de Morel (1981a: 80)— que entroncan con la tradición de las pateras "Genucilia" (Pérez Ballester 1986: 28). La complicación del perfil de estos platos evidencian, asimismo, el peso de la inspiración toreútica, tan característica de las producciones etruscas.

Otras formas relacionadas con producciones etruscas son la XI-A y la XII. En el primer caso se trata de una forma de pequeño salero que se relaciona con producciones laciales (*Idem.* 1987a: 50) y de la zona marítima de Etruria de fines del s. III e inicios del II (Principal 1998a: 49) y el segundo, aunque de prototipos áticos (Sparkes y Talcott 1970: 70 ss.), relacionados con vasos metálicos aqueménidas (Shefton 1971: 109 s.), se asemeja también a los ejemplares del Tipo D de Volterra, fechados en el s. III a.C. (Morel 1981a: 349 s.).

Esta relación no es más que la continuación de los antiguos contactos —al menos desde un punto de vista material y técnico—, que se vienen documentando en esta zona, al menos desde los siglos VI y V a.C. Valga como ejemplo la documentación de cántaros de "bucchero nero" etrusco en los alfares de Camposoto (San Fernando, Cádiz)[104], que servirían, según todos los indicios, de modelos a los artesanos locales para sus imitaciones (Gago *et al.* 2000: 42).

La relación con producciones del ***área punicizante*** se puede entrever también en la formación de la Forma I, que entronca con la producción de platos en talleres locales de Palermo de comienzos del s. III a.C. Estos platos, además de perfiles muy similares a los gaditanos, presentan las superficies cubiertas con barnices de tonos anaranjados, rojos y marrones (Morel 1981a: 82), en consonancia con las producciones del mundo púnico.

Por último, hallamos influencias de otros talleres protocampanienses en los esquema decorativos de algunos de nuestros vasos. El diseño que combina cuatro palmetas dispuestas radialmente con roseta central es muy frecuente entre la pseudocampaniense de ***Ibiza*** (Del Amo 1970: 205) pero, por su documentación entre las producciones de Cales (Pedroni 1990: 168) y Teano, cronológicamente anteriores, se le puede atribuir un origen ***italocampano*** (Principal 1998: 133) más acorde con las vías de influencia que estamos viendo para nuestra cerámica —producciones ítalas en su mayoría—. Esta impresión se confirma por la existencia de un curioso plato, fallo de horno, recuperado en las escombreras de los alfares de Torre Alta, que presenta toda su superficie cubierta por un abigarrado esquema decorativo compuesto a base de dobles líneas incisas concéntricas a la que se adosan palmetas y ovas dispuestas alternativamente. En principio, y a falta de un estudio detallado, ya que el acercamiento a la pieza ha sido tan sólo visual[105], recuerda a ciertas decoraciones itálicas, en concreto parece una interpretación local de composiciones de ***Teano*** (Pérez Ballester 1986: fig. 8, 26).

4.3.2.2. *La campaniense A*

La gaditana es, en general, una producción que hunde profundamente sus raíces en la última cerámica griega de barniz negro pero, como también venimos repitiendo a lo largo del trabajo, se trata de un taller de más de un siglo de duración y las formas por él fabricadas evolucionan y reciben hasta momentos finales influencias de

[103] Aunque nosotros no tenemos conocimiento directo de la aparición de ningún producto de este taller en la zona, éstos sí debieron llegar, aunque en número reducido. Morel señala la existencia de un bol de Pequeñas Estampillas en el Museo de Cádiz (1969a: 101) de procedencia desconocida, que Juan José Ventura recoge y reproduce en su Tesis (1990: 412; lám. 250, 1029).

[104] La pieza citada se halla expuesta en el Museo Histórico Municipal de la ciudad de San Fernando. A su director Antonio Sáez agradecemos la información.

[105] Se trata de un plato expuesto en el Museo Histórico Municipal de San Fernando, donde hemos podido verlo, procedente de la segunda campaña de excavaciones (1995) de los alfares púnicos de Torre Alta, situados en la misma población. La excavación se halla inédita y los materiales sin estudiar. Lamentablemente no nos ha sido facilitado el acceso a éstos, por lo que poco más podemos añadir.

otras producciones, adaptándose a la moda imperante en cada momento. La introducción de la campaniense A en la bahía gaditana parece, según las últimas investigaciones[106], ser anterior a la llegada de las tropas romanas, por lo que la influencia de ésta sobre los artesanos locales debieron ser anteriores al dominio de Roma.

La introducción de formas típicamente campanienses como el plato L-36 —documentado en Doña Blanca—, provocó la adopción por parte del taller local de esta nueva forma, que quedó así, tímidamente primero y después como forma casi exclusiva de la producción local[107], tardía y residual, incluida en el repertorio gaditano.

Junto al plato de borde cóncavo (F. V), también parecen responder a influencias campanienses los platos de las Formas IV y V, al menos y si no a ninguna forma concreta, sí en tanto en cuanto suponen una simplificación general del perfil de las piezas. Aunque quizás haya que considerarlas, como veremos a continuación, versiones barnizadas de los típicos platos fenicios de engobe rojo, de gran éxito en los ambientes de tradición feno-púnica.

También recuerda en cierto modo a las formas L-34 y L-35-A, pequeños cuencos carenados hacia la mitad de la altura, la Forma XI-B, aunque seguramente se trate de la evolución lógica hacia formas campanienses de los antiguos perfiles helenísticos.

Por último, creemos que también debemos de poner en relación con una temprana influencia de la campaniense A en nuestras cerámicas, la existencia de un pequeño cuenco (F. IX-C) con decoración de tres palmetas radiales, pues aunque esta decoración es común a varios talleres protocampanienses —Tres Palmetas Radiales y área púnica del norte de Africa (Cura y Principal 1994: 176)—, es entre la producción de campaniense A arcaica (280-220 a.C.) de Ischia donde, con mayor frecuencia, esta decoración se encuentra asociada a formas de cuencos del tipo L-21/25-B (Blanck 1978: 102 s.; Morel 1980b: 102) y, recientemente, se ha admitido que, contra lo que se venía pensando en un principio, estas formas debieron exportarse en una cantidad apreciable, en pleno s. III a.C. (Morel 1998a: 246 ss.).

Esta tímida adopción por parte del taller gaditano de ciertos gustos impuestos por la nueva vajilla campaniense parece constituir, en realidad, más que una evolución formal y estilística, un intento algo desesperado de adaptarse a la nueva situación. Ante la llegada masiva de cerámica campaniense, se modifica el gusto del consumidor que ahora demanda las nuevas formas, por lo que los artesanos locales introducen en su repertorio las formas de mayor éxito a fin de mantener al menos determinada cuota de un mercado que se les está yendo de las manos.

4.3.3. La vajilla "tipo Kuass" y los repertorios locales de cerámica común

Pero no son únicamente los repertorios de barniz negro los que configuran la composición de la vajilla barnizada gaditana, ya que aunque en menor medida, también la cerámica común contribuye a su fijación.

Este es un fenómeno que advertimos sobre todo en dos formas: las lucernas abiertas (F.XVI) y los cuencos globulares (F.IX-A). Respecto a las lucernas, como ya se ha señalado, resulta un caso curioso de hibridación. En la configuración de esta forma convergen las tradiciones helenística y fenicia, creando un tipo mixto con elementos formales áticos arcaicos —los que más se adaptan a la forma buscada— y semitas. La forma general del vaso, abierta, típica de las lámparas fenicias, se adapta a los perfiles griegos más antiguos, a los que se añaden elementos formales helenísticos —asa, piquera y pie exentos—, creando este nuevo y original tipo, que se convierte en una de las formas de más éxito de este taller y, por ende, la que mejor guarda el *canon*.

El caso de los cuencos globulares es parecido. Seguramente son el resultado de la adaptación de las formas comunes de cuencos al perfil helenístico al que más se asemejaba, el de la forma ática L-24-A, más pequeña, que nunca se decora y no demasiado frecuente pero que, aumentando las dimensiones, venía a sustituir a la perfección a las formas más groseras de cuencos locales por estos otros más a la moda, barnizados y provistos de pie, según el gusto impuesto por las importaciones áticas.

Otras formas, como los ya comentados platos F.IV y F.VI o las formas suntuarias F.XIII y F. XIV, también pueden haber surgido por influencias del repertorio local. Platos fenicios, soportes y vajilla de cocina púnica pueden haber influido de alguna manera en la configuración de estos tipos, aunque, por su escaso peso porcentual dentro del conjunto, no podemos afirmar nada a ciencia cierta, ni en uno ni en otro sentido.

Con frecuencia se ha señalado también la influencia que los platos de pescado fenicios hubieron de tener en la configuración de la forma clásica barnizada (Del Amo 1970: 211; Guerrero 1980: 169; Morel 1995: 274). Sin dejar de aceptar ésta, se trata sin embargo de un problema que no compete tratar aquí, pues nuestra intención en el presente epígrafe es comprobar hasta qué punto determinadas formas de cerámica común del momento partici-

[106] Frente a lo que tradicionalmente se pensaba (Ventura 2000: 186), se han podido documentar ejemplares de campaniense de tipo A en las excavaciones de El Castillo de Doña Blanca, cuya vida finaliza al término de la Segunda Guerra Púnica. Hemos podido dibujar parte de este material, aún inédito, que nos confirma la existencia de un comercio romano temprano que otros materiales, fundamentalmente ánforas, comenzaban a evidenciar (Domínguez Pérez 1999).

[107] Esta diferenciación queda comprobada estratigráficamente: mientras que en Doña Blanca se trata de una forma minoritaria, en contextos del s. II de *Carteia* y de la ciudad de Cádiz, se trata de la forma más representada. Agradecemos a Diego Ruiz Mata, Juan Blánquez Pérez y Francisco J. Blanco Jiménez, el habernos permitido el acceso al estudio de los materiales inéditos procedentes de sus excavaciones.

paron en la fijación definitiva de las formas de la vajilla barnizada local y no de problemas generales a nivel mediterráneo.

4.4. USO Y FUNCIÓN

Al describir las formas de la vajilla hemos ido adelantando algunos de los posibles usos a los que estarían destinadas cada una de ellas.

El análisis de la vajilla nos ha llevado a considerar que se utilizarían fundamentalmente para tres funciones esenciales. La mayor parte de los elementos componen lo que se ha venido denominando servicio de mesa, es decir, que estarían destinados a la presentación y consumo de alimentos. En segundo lugar, nos encontramos con otra serie de vasos de uso suntuario, posiblemente de tocador y, en ocasiones, ritual y para terminar, contamos con dos formas específicas fabricadas *ex profeso* como servicio de iluminación.

Se trata, pues, de una vajilla en principio fabricada para un uso práctico y como veremos a continuación, cotidiano, destinado a la población púnica del círculo del Estrecho.

Esta realidad es consecuencia directa, una vez más, del alto grado de adopción de la vajilla griega por parte de las comunidades púnicas y turdetanas del sur de Iberia, que lejos de considerar a los vasos griegos como bienes de lujo o prestigio, que operan como factor de desigualdad social tal y como ocurre entre las poblaciones ibéricas, incorporan a sus actividades cotidianas las nuevas formas, que conviven, eso sí, como vajilla de cierto lujo, con los repertorios locales.

Todos los autores que han analizado las importaciones griegas a la Península Ibérica coinciden en señalar la preferencia abrumadora del barniz negro sobre las figuras rojas en los yacimientos semitas situados en la costa. Este hecho se ha relacionado con la tradición anicónica del mundo púnico y por la misma naturaleza funcional de la demanda (destacan las formas abiertas, sobre todo cuencos y platos de pescado, relacionadas con las costumbres alimentarias y la abundancia de lucernas), en oposición a la demanda de tipo ritual o de lujo documentada entre las poblaciones ibéricas; aunque tampoco hay que olvidar que la mayoría de la cerámica griega se localiza en ambientes púnicos en zonas de hábitats, frente a la concentración de hallazgos en las necrópolis ibéricas. El fenómeno es tan evidente que incluso se ha llegado a plantear la posibilidad de que los talleres atenienses fabricasen determinadas formas exclusivamente para el mundo púnico, que demandaba esta serie de vasos (Morel 1995: 274).

Dependiendo del lugar en los que hallamos las piezas, varía la función de éstas o el uso final para el que fueron destinadas. A grandes rasgos podemos distinguir dos tipos de contextos: los de habitación y los funerarios (Risueño y Adroher 1990: 378). Además, en el primero de ellos no es lo mismo encontrar las piezas en basureros —es decir ya usadas y por tanto amortizadas—, *in situ* —de donde podemos obtener más información, al constituir un reflejo perfecto, una "instantánea", de las actividades cotidianas de la población, aunque no es frecuente, sólo si produce un abandono repentino— o en almacenes o centros de distribución —antes de su uso, nos da información sobre los mecanismos de redistribución, oferta-demanda, etc.—.

En contextos funerarios tampoco tienen la misma significación las piezas depositadas en el interior de las tumbas como ajuar (que sí pueden suponer un bien de prestigio) que las que aparecen fuera de ellas, resultado de la celebración de una serie de rituales secundarios asociados a la muerte (banquetes, *simposia*, libaciones, etc.) (Bats 1987: 203 s.) y a las que, por lo tanto, sí se les ha dado un uso, aunque de carácter ritual[108], funcional.

A estos dos contextos podemos añadir un tercero: el industrial, el lugar donde las piezas son fabricadas aunque, en este caso, no nos aporta información alguna sobre la utilización de la vajilla.

Debemos también distinguir entre uso y función. Por función entendemos la manera en que el tipo cerámico se adapta o acomoda, así como el papel que le es reservado en un sistema cultural determinado, mientras que el uso es la manera en que se emplea y como finalmente se aprovecha (Principal 1998a: 8). Por lo tanto, el uso y la función no tienen por qué coincidir siempre; es decir, que aunque una determinada forma, en origen, se fabrique para una función concreta, su uso final no tiene por qué ser el mismo, por ejemplo las crateras griegas, en principio destinadas a mezclar el vino y que en ambientes ibéricos se utilizan como urnas cinerarias; o incluso una misma pieza puede tener a lo largo de su vida útil varios usos. Es el caso de las ánforas, que se fabrican como recipientes para transportar determinados contenidos de un lado a otro y que al llegar al lugar de destino pueden servir como recipientes de almacenamiento doméstico. En otras formas, sin embargo, uso y función, caso de las lucernas, habitualmente debieron coincidir.

[108] No obstante, conviene señalar que en estos contextos de naturaleza ritual, el carácter de la vajilla no se halla tan definido y a un probado uso funcional se añade , con frecuencia, un más que posible significado simbólico (Melchor 1995: 185).

4.4.1. El uso funcional de la vajilla en contextos de habitación

A falta de estudios microespaciales más concretos, nos circunscribiremos a los datos que nos aportan los materiales de los yacimientos del Castillo de Doña Blanca y Las Cumbres[109].

La mayoría de estos fragmentos se localizan en fosas o basureros, dato que, como señalábamos, nos indica que se trata de elementos que han sido ya desechados y, por tanto, utilizados. Tan sólo en el poblado de Las Cumbres, donde alguna de sus habitaciones se excavaron hasta el nivel de habitación, han aparecido formas completas de cerámica barnizada *in situ* junto a otros elementos de cerámica común y ánforas (Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999: 126 s.; figs. 2 y 3), en contextos que, aunque en principio han sido definidos como industriales por la presencia de piletas (Niveau de Villedary y Ruiz Mata e.p.), seguramente sirvieron también como viviendas (Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999: 127).

Por tanto la interpretación de la funcionalidad de la vajilla tendrá que ser definida, junto al presupuesto de que al hallarse en contextos de habitación hubieron de tener un uso práctico y real, por las características morfológicas y tipométricas de los distintos elementos.

Desde hace unos años comienzan a ser frecuentes los trabajos que se enfrentan a los conjuntos cerámicos desde una óptica diferente a la tradicional. Junto a los estudios tipológicos y decorativos nos encontramos cada vez con mayor frecuencia, otros en los que el objetivo principal es la definición de la funcionalidad de los conjuntos cerámicos.

De esta manera las diferentes categorías cerámicas se definen por su función y no por su forma. Podemos reconocer los siguientes tipos funcionales: cerámica de almacenamiento, de cocina, de servicio de mesa, de transporte, etc. (Melchor 1995: 189). En el caso concreto que nos ocupa, la vajilla puede definirse como "de servicio" y vendría definida por las siguientes características: está compuesta por una serie de formas ilimitadas, pero de fácil acceso, en ocasiones provistas de asas, con bases planas para garantizar la estabilidad, de pastas finas, con las superficies frecuentemente tratadas y decoradas. Aparecen en habitaciones, entre contenedores, depósitos especiales y enterramientos. La frecuencia con la que aparecen es alta, pues el uso y el reemplazamiento son frecuentes. Cuando aparecen marcas de uso, se corresponden con un servicio individual o de grupos.

4.4.1.1. *Servicio de mesa*

Al hablar de alimentación hay que hacer mención obligada a los trabajos de M. Bats sobre la vajilla de Olbia de Provenza (1987 y 1988). El estudio, pionero en este campo, analiza las formas cerámicas presentes en este yacimiento según unos criterios que combinan las características formales con su utilidad práctica, relacionada con los asuntos culinarios y siguiendo unas pautas basadas en consideraciones etnológicas (Principal 1998a: 18).

El hecho de alimentarse comporta una serie de fases que se suceden las unas a las otras: producción, distribución y consumición (Bats 1988: 19). Dentro de esta última hay que distinguir, además, entre las fases de preparación de los alimentos ("dans la cuisine") y la de consumición propiamente dicha ("à table"). Además de una intermedia, que vendría dada por la presentación y servicio de los alimentos. En nuestro caso concreto, son estas dos últimas las que nos interesan: la presentación de los alimentos en la mesa y el consumo propiamente dicho.

Las reducidas dimensiones de la vajilla gaditana nos llevan a considerar que en el ambiente cultural en el que nos estamos moviendo, el consumo debió ser individual y no colectivo (Bats 1988: 52). Además y por el mismo motivo, la vajilla "tipo Kuass" debió utilizarse para el consumo en sí y no para la presentación de los alimentos en la mesa, salvo en determinados casos muy concretos de productos —fundamentalmente especias y condimentos—, que se presentan en pequeñas cantidades. Distinguiremos entonces entre los recipientes que se utilizan para los alimentos sólidos, de los que se usan para contener líquidos y aquellos susceptibles de ser usados para ambos fines; además de los que posiblemente fueron utilizados para servir o presentar los alimentos en la mesa, tanto sólidos como líquidos.

El primer problema con el que nos encontramos es el de la nomenclatura. Hemos optado por seguir las definiciones propuestas por Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón (1983), que son la utilizadas por Bats en su estudio (1988: 24 ss.), adaptadas al castellano (Principal 1998a: 9 ss.).

En principio, según estos trabajos, la vajilla puede dividirse en dos grandes categorías: formas abiertas y formas cerradas.

Platos

Llamamos platos a los recipientes abiertos[110], de paredes fuertemente exvasadas, empleado para consumir los alimentos, generalmente sólidos o semisólidos, tanto individual como colectivamente o para servirlos (Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón 1983: 10;

[109] Como ya hemos señalado, el grueso del estudio se basa en los cerca de cinco mil fragmentos recuperados en las excavaciones de ambos yacimientos. El peso de este conjunto nos parece lo suficientemente contundente como para tratar de esbozar, a partir de estos datos, el diferente uso que se le dio a cada forma en concreto y a la totalidad de la vajilla gaditana "tipo Kuass" en general.

[110] Formas abiertas son aquellas que no presentan un estrechamiento del diámetro del borde y cuyo diámetro máximo coincide normalmente con el de la abertura.

Bats 1988: 24; Principal 1998a: 9). Hemos considerado platos a las Formas I, II, III, IV, V y VI ya que como se ha indicado, por lo reducido de su tamaño, debieron ser usadas para el consumo individual de alimentos. Los platitos de la Forma III pudieron utilizarse también para presentar condimentos en la mesa. Tampoco descartamos, *a priori*, que algunas formas de plato pudiesen hacer también las funciones de fuente, aunque no debió ser lo habitual[111], cumpliendo estas funciones otros elementos de la vajilla común (Ruiz Mata 1987a; Niveau de Villedary 1999a: 122). El caso de la Forma II, plato de pescado, resulta paradigmático al tratarse de uno de los pocos tipos formales al que podemos atribuir una funcionalidad concreta. De su éxito (es una forma que fabrican todos los talleres de barniz negro a lo largo del tiempo y conoce numerosas imitaciones locales), cabe suponer un alto consumo de pescado tanto fresco como sobre todo en conserva en todo el Mediterráneo. En la parte superior del recipiente se dejaba un ancho espacio circular plano donde se depositaba el pescado para su ingestión y en el centro un orificio profundo donde debía depositarse la salsa o *garum* (Almagro Gorbea 1991: 122).

Vasos

Hemos considerado vasos a las formas abiertas utilizadas para beber. Morfológicamente se suele considerar que un recipiente se utiliza para este fin cuando es lo suficientemente hondo para contener líquidos y presenta un pie que garantiza la estabilidad. Dentro de las clasificaciones al uso, a los vasos para beber se les denomina copas —cuenco o plato hondo con pie, estén o no provistos de asas—, boles o tazas (Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón 1983: 11 ss.; Bats 1988: 24; Principal 1998a: 9 s.), dependiendo de sus diferentes dimensiones o de la relación entre éstas y de la tendencia del perfil, aunque la frontera entre las diferentes formas resulta muy vaga y, en ocasiones, casi imperceptible (Principal 1998a: 11). Para nosotros pueden ser considerados vasos la Forma VII o bolsal sin ningún lugar a dudas, muy posiblemente la Forma VIII o copa y quizás la Forma XII, que también pudiera haberse utilizado para servir. Los vasos con asas, en nuestro caso el bolsal (F.VII), en principio, se relacionan estrechamente con el consumo del vino (*Idem.* 12), aunque no podemos estar seguros de que entre la población púnica el uso hubiese seguido siendo el mismo que en los contextos originales.

Varios

Bajo este epígrafe englobamos al resto de las formas utilizadas para el servicio de mesa y que, en principio, pueden ser utilizadas para más de un fin. La vajilla "tipo Kuass" reproduce formas de boles —recipientes abiertos de paredes poco exvasadas (Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón 1983: 13.; Bats 1988: 24; Principal 1998a: 9 s.)— para consumir individualmente alimentos líquidos o semisólidos. En nuestra tipología se correspondería con la Forma X. Otras formas, en concreto la Forma IX de cuencos en sus Tipos IX-A y IX-B, pudieron también utilizarse para consumir distintos tipos de alimentos y bebidas, aunque por dimensiones y forma posiblemente se destinaran al consumo de semisólidos. En este caso se corresponden con las formas de boles pequeños en la clasificación de Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón —recipiente abierto de paredes poco exvasadas, contorno aproximadamente semiesférico, con pie diferenciado, generalmente sin asa y diámetro menor a 11 cm.; en contraposición al bol, cuyas dimensiones oscilan entre los 11 y los 18 cm. (Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón 1983: 13.; Bats 1988: 24; Principal 1998a: 9 s.)—. De nuevo, como sucedía en el caso de las formas utilizadas para beber, la frontera entre las diferentes denominaciones tampoco queda demasiado clara (Principal 1998a: 11). Las Formas IX-C y XI, responden a la definición de pequeñas copas o copitas —recipientes abiertos, de paredes fuertemente exvasadas y diámetro menor a 11 cm. (Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón 1983: 13.; Bats 1988: 24; Principal 1998a: 9 s.)—. En estos casos, posiblemente, se utilizaran para presentar y servir condimentos en la mesa. Para J. Principal se trataría, en realidad, "de pequeños vasitos subsidiarios de aquello que sería propiamente el recipiente donde se consumen las comidas, pero relacionados directamente con él: vajilla complementaria que se usaría para la consumición de líquidos, o más presumiblemente para contener y servir algún tipo de acompañamiento, como podrían ser salsas, especias, condimentos variados, etc." (1998a: 12). En concreto, se ha propuesto que el pequeño cuenco derivado de la forma L-21/25-B (nuestro Tipo IX-C) se trata, en realidad, de una unidad de medida fija (recordemos que se trata de una de las formas más normalizada en cuanto a dimensiones), destinada a contener vinagre, miel o aceitunas (Bats 1988: 53). Por último, y dentro del servicio de mesa, podemos suponer, por los indicios documentados (algunos de los tipos y variantes de la Forma XV), que existiera algún tipo de forma cerrada —las que por encima del diámetro máximo del cuerpo, presentan un diámetro inferior a éste, sin que necesariamente coincida con el diámetro de abertura— de botella —recipiente cerrado, provisto de cuello, de altura mayor a 12 cm. y cuyo diámetro mínimo es inferior o igual al tercio del diámetro máximo (Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón 1983: 18.; Bats 1988: 25; Principal 1998a: 10)— o jarro —recipiente cerrado, con o sin cuello, con asa, a menudo con pico vertedor (Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón 1983: 18.; Bats 1988: 25; Principal 1998a: 10); formas que se utilizan para contener, verter y servir líquidos, fundamentalmente agua y vino (Bats 1988: 55). También se consideran vasos para servir las formas de gobeletes (Adroher y López Marcos 1996a: 55), entre las que se pueden incluir la Forma XII.

4.4.1.2. *Servicio suntuario*

Además del llamado servicio de mesa, aunque en una proporción considerablemente menor, la vajilla "tipo Kuass" cuenta con otra serie de vasos que por paralelos con el mundo griego y romano, pensamos que debieron cumplir una función eminentemente suntuaria. En general se trata de pequeñas formas cerradas que se utilizarían como contenedores de productos exóticos o de lujo, utilizados bien como parte del ajuar femenino o bien en actividades de tipo ritual.

— Contamos con diversos tipos de ***ungüentarios, botellitas y frascos*** (Forma XV), que se emplearon fundamentalmente para contener los aceites y perfumes empleados en los ritos funerarios (Sparkes y Talcott 1970: 150), aunque también hay que

[111] Se considera fuente al recipiente abierto, de similares características que el plato pero con un diámetro mayor a 24 cm. (Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón 1983: 10).

valorar su uso (proporcionalmente menor) en la vida diaria, como vaso para contener los perfumes femeninos y los aceites de los atletas (Olmos 1980: 17).

— Cuando describimos el tipo, ya adelantábamos que quizás la Forma XIII, a la que a falta de una denominación más precisa llamamos ***lécane***, podría tratarse de una de estas pequeñas cajitas de uso femenino (Olmos 1985: 12), con un uso similar al de las píxides (Sparkes y Talcott 1970: 173 s.), para contener cosméticos, substancias aromáticas, perfumes o cualquier otro producto de lujo susceptible de ser atesorado en pequeñas cantidades (Richter y Milne 1935: 20).

— Respecto a la Forma XIV, desconocemos su forma completa y también su funcionalidad. En el capítulo dedicado a la Tipología nos decantamos por considerarla una especie de soporte, aunque también apuntábamos la posibilidad de que pudiera tratarse de la parte inferior de un ***quemaperfumes*** o de cualquier otro tipo de vaso o recipiente ritual fuera cual fuera la denominación que le diésemos. Existen paralelos en el mundo ibérico, itálico y etrusco de píxides formadas por una caja sobre un pie (Olmos 1985: 13) e incluso podemos relacionar esta forma con la ática de lebeta nupcial, variante de las píxidas con pie y vaso vinculado en el mundo griego al ritual de la boda (*Idem.*). La opción menos descabellada, a pesar de que nos debemos mover en el terreno de la especulación, es la de su interpretación como quemaperfumes, si tenemos en cuenta que nos desenvolvemos en un mundo que, aunque inmerso de lleno en la *koiné* cultural helenística que se vive en el Mediterráneo en estos momentos, conserva muy enraizadamente las tradiciones de origen semita, entre las que la quema de perfumes y hierbas aromáticas se documenta desde antiguo y es adoptada por las comunidades indígenas desde los primeros momentos de contactos.

4.4.1.3. *Servicio de iluminación*

En el caso de las lucernas, forma, función y uso, van irremediablemente unidas. Se trata, pues, de una forma concebida específicamente para una función concreta, la de iluminar y ese es el uso que se les debió dar.

— Son muchas ya las veces que hemos repetido que los talleres gaditanos fabricaron dos tipos de ***lámparas***: unas ***abiertas***, creación propia de los artesanos que adaptaron la idea griega al gusto local (Forma XVI) y otras ***cerradas*** (Forma XVII) que reproducen fielmente los prototipos áticos del momento. Ambas, sin embargo, responden a una misma concepción funcional: cazoleta en la que se recoge el aceite y mecha donde se enciende la llama. A estos elementos funcionales básicos, se añaden otros formales de carácter secundario: tipo de pie, elementos de suspensión, etc., e incluso decorativo. La abundancia de lucernas debe reflejar una situación anterior, es decir la relativa presencia de lucernas áticas de barniz negro en el mundo púnico peninsular (Cabrera 1997: 383).

— La ausencia de un vaso relacionado con las lucernas como es el ***guttus***[112], lo que en principio podría llamarnos la atención por la abundancia de éstas, se ha explicado porque se cree que éste era utilizado para llevar y echar aceite en las lucernas abiertas y que, por tanto, su uso decae cuando comienza a utilizarse la lucerna cerrada y desaparece por completo en el s. II a.C. cuando esta forma se impone (Mezquiriz 1954: 170). Ahora bien, si ésto fuera así los artesanos gaditanos habrían reproducido la forma, ya que aquí, precisamente, las lucernas abiertas son las más numerosas y, sin embargo, no sucede así. Aún suponiendo que futuros hallazgos deparen algún que otro ejemplar de esta forma[113], por el escaso peso dentro del conjunto, tendríamos que interpretarlos como piezas aisladas, un tanto exóticas, producto, una vez más (como otras tantas de las formas gaditanas) de un fenómeno directo de imitación o un capricho del artesano, pero nunca como una forma consagrada como tal. La explicación debe ser entonces de orden cultural, se trata de una forma de escaso éxito entre la población gaditana, cuya función original quedaría cubierta por otras formas barnizadas o de cerámica común.

4.4.2. El uso ritual de la vajilla en contextos funerarios

Podemos trazar las líneas generales del comportamiento de la vajilla "tipo Kuass" en un contexto ritual, gracias al importante conjunto de materiales recuperado en la necrópolis gaditana. Hoy por hoy, el solar de la moderna ciudad de Cádiz se nos presenta como una inmensa necrópolis que ha aportado una ingente cantidad de materiales y de información sobre la distribución de las diferentes necrópolis feno-púnicas y, lo que es más importante, sobre toda la serie de ritos secundarios que se celebraron alrededor de la muerte (Niveau de Villedary 2001b: 136).

En concreto, para este análisis nos basaremos en el rico conjunto que ofrecen una serie de pozos rituales vinculados a la necrópolis del s. III a.C., que han aportado, junto a numeroso material anfórico, cerámica fina y cerámica común, un importante número de vasos completos barnizados de "tipo Kuass" (*Idem.* e.p., b).

---

[112] Denominamos *guttus* al vaso estrecho con cuello diferenciado y asa, utilizado para contener algún tipo de aceite, perfume o ungüento y destinado tanto al uso doméstico como al cultual (Sparkes 1991: 82; Principal 1998a: 14).

[113] Quizás podríamos interpretar como *guttus* una curiosa forma procedente de las escombreras de Torre Alta, expuesta en el Museo Histórico Municipal de San Fernando, semejante al tipo M-8121a de Morel (1981a: 421, pl. 208). Se trata de un *guttus* —vaso casi cerrado, provisto de un vertedor estrecho y de un asa vertical—, sin orificio de rellenado en el fondo del vaso y provisto de cuello. El ejemplar que presenta Morel procede del pecio del Grand Congloué 1 (Benoit 1961a: pl. VI, c). Se trata de una forma que no es demasiado frecuente (Sanmartí y Principal 1998a: 212), tan sólo existe un paralelo procedente del pecio de Ses Lloses-Lazareto (*Idem.* 195 s., fig. 3), por lo que hay que tener precaución al relacionarla con nuestro vaso aunque determinados detalles (vertedor en forma de cabeza de león, decoración pintada, presencia de cuello, etc.) relacionan ambas producciones, de cronología similar —hacia fines del s. III a.C.—.

En general, se trata de las mismas formas que hemos descrito y sistematizado a partir de los materiales del Castillo de Doña Blanca, aunque hemos encontrado algunas diferencias entre ambos conjuntos, sin duda relacionados con el diferente uso de la vajilla en dos contextos claramente diferenciados. En primer lugar, la vajilla presente en estos contextos rituales denota un arcaísmo, en cuanto a las formas, muy pronunciado, incluso para una producción que ya de por sí puede definirse como tal, pero que creemos que puede explicarse por el conservadurismo que caracteriza a todo lo relacionado con la superestructura ideológica y religiosa de una sociedad. En segundo lugar, también encontramos variación en cuanto a la proporción en que documentamos cada tipo (*Idem.* gráfico 4); en tercer lugar es curioso comprobar que las formas que aparecen con más frecuencia son, precisamente, las más cuidadas, decoradas en su mayoría y, por el contrario, otras como los cuencos globulares de la Forma IX-A, los más frecuentes en contextos de habitación, apenas si se encuentran representados en estos conjuntos de tipo ritual; y, por último, parece que se trata de conjuntos muy uniformes en cuanto a formas, dimensiones y decoraciones, hasta el punto de que creemos que, posiblemente, sean materiales fabricados en serie *ex profeso* para estas ceremonias.

El que estén presentes la mayor parte de las formas documentadas nos indica que la vajilla se está utilizando para sus tres funciones básicas: la alimentación y bebida, las actividades de tipo suntuario y la iluminación. El uso de las formas que hemos visto relacionadas con la alimentación, en este contexto deben explicarse por la celebración de banquetes rituales en honor al difunto y los dioses (Ramos 1990: 115) —documentación de diferentes formas de platos, cuencos y vasos—, libaciones u ofrecimientos a los difuntos de líquido con un carácter refrescante y vivificador (*Idem.* 116) —enócoes— y ofrecimiento de ofrendas alimenticias —¿pequeñas formas de cuencos y platitos?—.

Las formas cerradas de pequeños ungüentarios, botellitas y cajitas deben ponerse en relación con la preparación del difunto para la inhumación, por una parte, y con la quema ritual de perfumes, por otra (*Idem.* 117); mientras que la presencia de lucernas, por su parte, tiene un papel claramente apotropáico, no por la luz en sí misma, sino por el calor de la llama, sus movimientos y el color rojo vivificante con el que el fuego envuelve al difunto (*Idem.* 93).

No tenemos documentado ningún ejemplar de barniz gaditano en el interior de las sepulturas. El ajuar en las tumbas gaditanas se reduce, en la práctica, a algún que otro ungüentario y objetos de adorno personal, por lo que podemos concluir entonces que la vajilla "tipo Kuass" en la necrópolis no es considerada como un bien de prestigio sino que tiene, al igual que en los poblados, un uso funcional, teñido eso sí, de un marcado carácter religioso y ritual.

4.5. LA PRODUCCIÓN

Adelantábamos al comienzo del capítulo que la evidencia material de la fabricación de cerámica barnizada (aunque en un momento avanzado) en hornos locales, nos aporta las últimas pruebas que necesitábamos para asegurar que se trata de una producción gaditana. Dando un paso más, queremos demostrar que se trata de una producción planificada. Se está fabricando una vajilla muy determinada, con formas específicas, que responden a una demanda concreta y real de la población de la zona, que lejos de ser imitaciones directas de la vajilla ática, su prototipo directo como ya hemos demostrado, resulta una adaptación de ésta al gusto y las necesidades locales, —dentro de un fenómeno generalizado, como hemos visto, en todo el Mediterráneo occidental—, que se fija con el tiempo a partir ya de la propia evolución interna.

4.5.1. El concepto de "imitación"

Como han señalado algunos autores, el término "imitación" no sólo encierra cierta ambigüedad en sí mismo, en tanto en cuanto una imitación implica siempre una clara voluntad de copiar el prototipo que sirve como modelo; sino que, además, se ha usado con demasiada frecuencia para designar tan sólo una cierta semejanza, producto de un gusto general, en una época determinada (Guerrero 1980: 169).

En concreto, respecto al tema que nos ocupa, con frecuencia se ha abusado del término en relación con los conjuntos de barniz negro. En realidad y, como hemos visto, la inmensa mayoría de las producciones barnizadas mediterráneas derivan de las mismas formas áticas de barniz negro (Adroher y López Marcos 1996a: 30). En ciertos casos, los tipos se reproducen sin apenas variación a lo largo del tiempo por los sucesivos talleres, en otros, éstos se realizan con una gran libertad de ejecución o son producto de la propia evolución o de las influencias de elementos provenientes de otras tradiciones. Tenemos que hablar entonces, no tanto de imitaciones, como de producciones inmersas en esta *koiné* cultural mediterránea, a la que tantas veces se alude para época helenística (Olmos 1990: 42).

¿Cuando podemos entonces hablar de "imitación"? En principio, compartimos la opinión de considerar imitaciones sólo a los productos que cronológicamente son posteriores a los originales y que técnicamente poseen propie-

dades que lo relacionen con éstos (Risueño y Adroher 1990: 382; Adroher y López Marcos 1996a: 27). En este caso concreto, además, sólo vamos a considerar "imitaciones" a los elementos que cumplan los siguientes requisitos: en primer lugar que aparezcan de forma aislada y puntual[114], en segundo lugar que se adapten fielmente a los prototipos originales[115] (Page 1984: 48), en tercer lugar que los modelos sean elementos exógenos, ajenos a la tradición y a los repertorios locales y, por último, que se trate de copias a nivel tanto formal como funcional[116].

En un principio y según estas premisas, en la fase inicial de la producción podríamos considerar a los primeros ejemplares que fabrican los talleres gaditanos imitaciones áticas, ya que técnicamente se relacionan con los productos áticos de barniz negro, son cronológicamente posteriores, reproducen los perfiles originales fielmente, aparecen de forma aislada, responden a modelos importados y sustituyen a los originales desde un punto de vista funcional. Sin embargo, dado que nos hallamos en un estadio inicial de la producción, en el que las formas aún se están fijando y que éstas lo harán precisamente a partir de estos prototipos griegos, no creemos oportuno considerar estas piezas como imitaciones, aunque técnicamente lo sean, sino como "copias" (Adroher y López Marcos 1996a: 30).

Es evidente que nuestra idea de "imitación" diverge de lo que algunos autores han considerado para otras zonas, fundamentalmente el área ibérica (Page 1984; Olmos 1990), donde no se contempla, por ejemplo, que la funcionalidad del elemento imitado haya de ser la misma que para el original, (es más lo que se advierte es precisamente el fenómeno contrario) o se admite que en una imitación el artesano puede tener la opción de introducir elementos personales (Ventura 1985b: 130), es decir, se limita a copiar una forma ideal (Risueño y Adroher 1990: 383), mientras que nosotros, para nuestros talleres y en relación a la producción de cerámicas gaditanas barnizadas "tipo Kuass", hemos considerado que eso entraría en el campo de las influencias y las tendencias.

Sin embargo, tenemos que tener en cuenta que estamos hablando de una zona geográficamente periférica y que, por tanto, los modelos y técnicas llegan de una manera que podemos considerar un tanto desvirtuada. Morel reserva el término de "imitación-influencia" para las imitaciones de estas zonas, que diferencia de la "imitación-falsificación" que sería la propia de las oficinas italianas, de técnica muy afirmada, cuyos productos plagian de tal manera a los originales que su distinción se hace difícil (1981a: 515). Siguiendo el esquema planteado por Morel, la producción gaditana se incluiría dentro de la corriente general de imitaciones de la campaniense por los talleres periféricos, donde los vasos de barniz rojo que copian las formas de barniz negro son frecuentes en el mundo púnico (*Idem.* 516 s.). Con la salvedad y aunque en líneas generales este esquema sea válido, de que la producción gaditana, como ya hemos demostrado, por su origen temprano y por morfología, deriva directamente de la ática.

Dentro de la producción gaditana consideramos que son imitaciones una serie de elementos que reproducen ciertas formas ajenas a la tradición, tanto local, como ática. Se trata en general de piezas exóticas y de lujo, con frecuencia innovaciones formales de otros talleres que no se conocen en la zona (Morel 1981a: 519), que en otros lugares, como por ejemplo Cataluña, sí se importan (Principal 1998a: 51) y que aquí y quizás por la tradición de imitación que existe entre las poblaciones de origen semita, se reproducen en arcillas y barnices locales. Ésta puede ser también la explicación de que no encontremos prácticamente ninguna pieza barnizada procedente de otros talleres. A diferencia de lo que ocurre en otras zonas de carácter púnico como Cartagena (Ruiz Valderas 1999 y e.p.) o la propia Cartago (Morel 1998a: 244 ss.), donde la presencia de barniz negro de las diferentes oficinas mediterráneas es muy frecuente y variada, la zona gaditana se caracteriza por todo lo contrario[117]. La explicación no se debe buscar en una hipotética exclusión del área del círculo del Estrecho de los circuitos comerciales mediterráneos, lo que está fuera de toda duda. De hecho, estas producciones sí que debieron importarse aunque fuese de forma puntual o, al menos, nos consta que los artesanos tienen un contacto directo con ellas, ya que son capaces de copiarlas incluso en sus más mínimos detalles. Simplemente pensamos que, en determinado momento, posiblemente bien entrado el s. III, la estética puesta de moda por el taller de barniz rojo "tipo Kuass", ha calado tanto en el gusto local, que la producción gaditana copa el mercado autóctono de tal manera que no deja hueco a estas otras producciones (Ventura 1990: 1157). El mercado local demanda piezas locales de barniz rojo, al gusto púnico, a un coste casi con seguridad sensiblemente inferior (Risueño y Adroher 1990: 382) y con la ventaja de ser piezas de fácil repuesto.

Por tanto, sólo catalogamos como imitaciones las siguientes piezas:

— la enócoe o jarra que constituye el **Tipo XV-D**, cuyos prototipos hay que buscarlos entre las producciones locales etruscas del área de Volterra (Montagna-Pasquinucci 1972: 438 ss., fig. 12-13) y que se corresponde con las series M-5611 y M-5612 (Morel 1981a: 372 s.).

— el bol completo de la **Forma X**, que copia el perfil, dimensiones y decoración de los típicos boles de la forma L-27 del taller romano-lacial de Pequeñas Estampillas y, por último,

[114] Aunque los hayamos incluido dentro de nuestra tipología.
[115] Y no aquellos ejemplos que indudablemente reflejan un modelo genérico mediterráneo o griego o aquellos otros que sirven de inspiración.
[116] Dado el alto grado de asimilación de las formas y vajilla helenística en esta zona, que creemos participa plenamente de esta *koiné* cultural.
[117] Aunque no se hallan totalmente ausentes, las importaciones de barniz negro protocampaniense sí son excepcionales.

— el pequeño cuenco del **Tipo IX-C** imitación de las formas de L-21/25-B decoradas con tres palmetas, propias de la campaniense A arcaica.

Como apunta Morel: "C'est plus simplement à un phénomène de mode que correspondent les influences exercées en Italie même par quelques grands ateliers de poterie. Il ne s'agit pas, pour les artisans qui en imitent les vases, de s'initier à un répertoire typologique fondamentalement nouveau, mais simplement de copier, par curiosité, par conformisme ou par opportunisme, des formes en vogue. Les grandes fabriques italiennes ont joui à cet égard d'un prestige très inégal" (1981a: 520).

Por otra parte, también documentamos la situación inversa, imitaciones de formas "tipo Kuass" en cerámica común. Este fenómeno es muy frecuente en algunas formas de la cerámica púnico-gaditana, en concreto en el caso de los platos de pescado (Niveau de Villedary 1999c: 63), como consecuencia posiblemente de la tan aludida convergencia de tradiciones —fenicia y griega— en la configuración final de la forma (Ruiz Mata 1987a: 304; fig. 1, 11) y en su posterior éxito en toda el área cultural púnica.

El caso más claro de imitaciones en cerámica común de formas "tipo Kuass" lo constituyen un conjunto de bolsales y platos de pescado procedentes de lo que, en principio, parece ser los restos de una especie de banquete ritual o depósito de ofrendas de carácter periférico y de pequeñas dimensiones[118]. Los materiales, que aparecen bastante completos[119], reproducen a la perfección los perfiles, dimensiones, detalles de formas y decoraciones de la producción gaditana. Podríamos también preguntarnos si, en realidad, no son copias de cerámicas áticas, ya que, por ejemplo en el caso de los bolsales, parecen ser reproducciones perfectas de las formas más antiguas[120]. Sin embargo, el esquema decorativo del único ejemplar que conserva el fondo, nos remite de nuevo a las producciones posteriores locales que hemos llamado "tipo Kuass". Este conjunto nos muestra, una vez más, hasta qué punto está arraigada esta producción entre la población local que a falta de originales, copia los tipos y los utiliza en determinadas ceremonias en las que por su carácter ritual o sacro (Niveau de Villedary e.p., b), se emplean tradicionalmente producciones de mayor calidad (*Idem.* 2001b).

Por el contrario, en determinados ambientes púnicos, caso de Ibiza, sí que podemos hablar de un fenómeno de imitación a gran escala. En determinado momento —a partir del tercer o cuarto decenio del siglo IV a.C.— se asiste a una relativa ruptura en los gustos formales de las vajillas púnicas locales (Ramón 1990-91: 280). Se multiplican de forma extraordinaria los modelos que pretenden asimilarse a los perfiles divulgados por ciertas formas áticas de barniz negro. En concreto en Ibiza el caso del plato de pescado "constituye un fenómeno de brutal y fulminante sustitución de un modelo púnico bien conocido, por esta morfología de corte griego" (*Idem.*). Para Ramón no se puede hablar de ninguna manera de influencias o evolución, pues en pocos decenios la forma clásica de plato de pescado púnico es sustituida por la ática, en masa y sin solución de continuidad. E igual fenómeno observa en el caso de otras formas de barniz negro (pateras L-22), ánforas (PE-22), etc. Esta ruptura no es tan evidente en el caso de la vajilla púnica-gaditana donde, como hemos visto, en la mayoría de los casos, más bien podemos hablar de una evolución o de un fenómeno de influencias mutuas en la formación de los tipos (Ruiz Mata 1987a: 304; Niveau de Villedary 1999a: 122 s.) que de simples fenómenos de imitación.

4.5.2. El concepto de "taller" y "clase cerámica"

En contraposición al concepto de "imitación", con el que hemos hecho referencia a una serie de piezas aisladas, ajenas a la tradición y al repertorio local y que reproducen formas de otros talleres, con el concepto de "taller" queremos definir el conjunto planificado y consciente de la producción local. No se trata de formas aisladas, sino que el conjunto de éstas forma una vajilla que desempeña unas funciones concretas. No aparecen como simples objetos decorativos, sino que cada tipo formal representa en sí mismo también un tipo funcional, destinado a un uso particular, a una necesidad diaria que es necesario cubrir. La producción del taller desde este punto de vista constituiría una "clase cerámica", entendida, según los trabajos del equipo de Lattes y los presupuestos que Morel plantea en su monografía (1981a: 22) como "las producciones de un taller o grupo de talleres cerámicos regionalmente relacionados entre sí que conservan una serie de características técnicas muy próximas" (Adroher y López Marcos 1996b: 43).

---

[118] Los materiales descritos a continuación aparecieron en una especie de pequeña fosa, rellena de arena y asociados a restos de pescado y a otros materiales —ampollitas, terracotas, hueso trabajado, *lopades* y *chytrai*—, en las excavaciones que tienen lugar desde hace varios años en la llamada "Casa del Obispo" junto a la Catedral de Cádiz. Tanto los materiales como la excavación se hallan actualmente en espera de su publicación, por lo que queremos hacer llegar nuestro agradecimiento a sus directores José Mª. Gener y Juan Miguel Pajuelo, por permitirnos utilizar estos datos, aún inéditos.

[119] Se trata de tres bolsales, uno completo al que sólo le faltan las asas, otro al que le falta el fondo y un tercero que conserva la parte superior, y de dos platos de pescado, uno completo y otro al que le falta el pie.

[120] Forma bastante ancha en relación a la altura, perfil general del vaso, detalles como el pie característico de estas formas, con uña en la zona de reposo, acanaladura, etc.

Podemos considerar, pues, que la cerámica "tipo Kuass" sería la producción de un grupo de talleres situados en el área gaditana, que surtirían de productos barnizados a toda la zona. Pero ¿cómo se organiza esta producción?:

4.5.2.1. *La organización sistemática y planificada de la producción*

A grandes rasgos, se trata de una producción de tipo artesanal, no demasiado estandarizada y, por supuesto, aún lejos de sufrir una industrialización semejante a la documentada para la campaniense A, aunque ello no supone una producción anárquica o sin control.

Hemos visto que en un principio se adaptan las formas griegas sin apenas variaciones y que, con el tiempo, éstas se modifican hasta crear un repertorio propio, no sólo desde el punto de vista morfológico, sino también desde el punto de vista de la composición de la misma vajilla. En realidad, podemos considerar que se trata de una adopción estética para necesidades funcionales que ya existían y que antes de este cambio —repetimos, más estético y formal que funcional— quedaban cubiertas por otros repertorios, fundamentalmente locales y, en algunos casos por las importaciones de barniz negro. Debemos entonces presuponer que los artesanos tenían una idea previa, no sólo de la forma ideal que debían modelar (Principal 1998a: 8), sino también de cuáles de estas formas era necesario reproducir y cuáles no. Este repertorio, evidentemente, no sería el mismo desde el principio sino que se iría fijando con el tiempo. En los primeros momentos posiblemente se fabricasen formas que después, al no tener el éxito esperado en el mercado o con el tiempo irse diluyendo el recuerdo del original griego que las generó, desaparecerían, perviviendo las formas de mayor éxito, que se irían modificando para adaptarse a las necesidades de la población o a los usos que ésta le daba.

Con esta afirmación planteamos otro problema: ¿es la demanda la que condiciona la producción?, o por el contrario ¿es la oferta la que condiciona al comprador? Pensamos que en líneas generales, al tratarse de una vajilla de difusión restringida, que se localiza en una zona bastante delimitada, y dadosu carácter funcional —se le da usos muy concretos y reales—, es la demanda la que condiciona la oferta (Morel 1986b: 351; Beltrán 1990: 32) sin descartar alguna excepción de carácter puntual. El mismo origen del taller puede explicarse por la necesidad que había de dar respuesta a una demanda, hasta entonces cubierta por las importaciones áticas (Principal 1998a: 157).

4.5.2.2. *¿Taller o grupo de talleres? La identificación de los centros de producción*

La evidencia de la existencia de más de un horno que fabrica esta clase cerámica, nos ha llevado a plantearnos la posibilidad de contemplar, como ocurre con la producción italiana de Pequeñas Estampillas (Morel 1998a: 243), que nos hallemos en vez de ante un "taller" ante un "grupo de talleres" (Pérez Ballester 1986: 28 ss.). Con la utilización de este término se abre la posibilidad de individualizar nuevos grupos cerámicos, de características técnicas ligeramente distintas (Adroher y López Marcos 1995: 27), pero incluidas dentro de la producción general. También como ocurre en el caso de los "Talleres de Rosas", las diferencias técnicas, de arcillas, recubrimientos y, en definitiva, de calidades, nos plantean la existencia no sólo de oficinas distintas sino incluso de procesos de producción diferenciados (Principal 1998a: 71 ss.). Al menos por lo que conocemos hasta el momento, la producción de cerámica "tipo Kuass" fue subsidiaria de la fabricación de ánforas (Ponsich 1968: 8; Frutos y Muñoz 1994: 398) destinadas al envasado de salazones y conservas de pescado.

Tenemos evidencias de su fabricación, en principio, a ambas orillas del estrecho.

Norte de Africa: Kuass (Arcila, Marruecos)

Fue en este enclave industrial, cercano a la ciudad de Arcila en Marruecos, donde M. Ponsich identificó y aisló por vez primera esta clase cerámica (1969a). Las excavaciones llevadas a cabo durante el otoño de 1966, revelaron la existencia en el sitio de un poblamiento anterior a la ocupación romana, ya conocida (Ponsich y Tarradell 1965: 38 ss.). Entre los restos arquitectónicos documentados destacan una serie de estructuras industriales articuladas en varias dependencias, que constituyen un auténtico barrio alfarero cuya cronología abarca un amplio periodo (s. VI al I a.C.). De forma paralela a la actividad principal de estos hornos, orientada desde su origen a la fabricación masiva de ánforas para salazones, se desarrolla una industria de cerámica para uso doméstico con la finalidad de satisfacer las necesidades locales (Ponsich 1968: 8) y de surtir a los mercados cercanos. Entre la producción del horno III, en el nivel superior al que aparecen las cerámicas áticas de barniz negro y asociadas a ánforas púnicas del s. III a.C. y a cerámica ibérica, se documenta este tipo de cerámica que, por su peculiaridad, ya llamó la atención de su excavador que les destinó gran parte de las páginas dedicadas al yacimiento (Niveau de Villedary 2000a: 179). Como el resto de los talleres, el horno III estaba formado por una sala de horno y varias habitaciones articuladas en torno a ésta, utilizadas como anexos y vivienda de los artesanos (Ponsich 1968: 5 s.).

No obstante, recientes revisiones[121] han cuestionado algunas de las conclusiones a las que había llegado Ponsich y que, desde entonces, eran admitidas por la comunidad científica sin discusión, pese al tiempo transcurrido desde esos primeros trabajos. En primer lugar y aunque contamos con fallos de hornos que prueban la existencia de producción alfarera en el sitio, a excepción del denominado por Ponsich horno II, "resulta difícil atribuir las estructuras halladas, sin riesgo de error, a las de un taller de fabricación cerámica" (Aranegui *et al.* 2000: 18). En segundo lugar, los autores del trabajo recalcan que "en lo que respecta al contexto arqueológico interno de Kuass, conviene precisar que el inventario de los materiales hace hincapié en que el conjunto de elementos, salvo raras excepciones, está descontextualizado" (*Idem.*) y, en último lugar, y por lo que respecta a las cerámicas barnizadas, se dice textualmente que "su fabricación por los alfareros de este taller no es del todo segura[122]" (*Idem.* 21).

De todo ello sacamos varias conclusiones: que la producción de cerámicas barnizadas en Kuass no está probada y, por tanto, su atribución al taller africano debe sostenerse con precaución; que, sin embargo sí tenemos constancia de producción alfarera en el sitio (fallos de hornos de envases anfóricos) y que, por tanto, estos talleres bien pudieron fabricar también cerámica de tipo doméstico, aunque ponemos en duda la capacidad del complejo industrial de Kuass para surtir a toda el área gaditana (Niveau de Villedary e.p., c). Posiblemente el horno de Kuass, si es que llegó en algún momento a fabricar cerámicas barnizadas, fuese uno de tantos alfares que diseminados por todo el espacio culturalmente dependiente de *Gadir*, fabricasen el repertorio cerámico propio del Círculo del Estrecho. En todo caso, la similitud de materiales, nos reafirma, una vez más, la unidad cultural de ambas orillas (*Idem.* 1998).

Bahía de Cádiz: los alfares de San Fernando

Más recientemente, con posterioridad a los trabajos de Ponsich en Kuass, se han empezado a documentar una serie de conjuntos industriales a esta orilla del estrecho —situados en su mayor parte en el término municipal de la actual ciudad de San Fernando, población de la bahía gaditana—, en los que tenemos evidencias en unos e indicios en otros, de la fabricación de cerámica barnizada "tipo Kuass".

Entre 1987 y 1988 se excavaron mediante procedimiento de urgencia (Perdigones y Muñoz 1988), dos hornos en la zona denominada ***Torre Alta***, en una pequeña elevación del terreno colindante con la calle Benjamín López, en lo que antiguamente sería una inflexión de la línea de costa que situaba el alfar casi a pie de playa, mirando hacia el interior de la bahía y próximo a una cantera de arcilla (Lagóstena 1996: 112). La producción de estos hornos es principalmente anfórica, destinada a abastecer, como veíamos en el caso de Kuass, a las diferentes factorías de salazón de la zona (Frutos y Muñoz 1996: 134). Aunque en principio sus excavadores fechan la producción entre finales del s. IV a.C. y el s. II a.C. (Perdigones y Muñoz 1988: 109), el estudio pormenorizado de las ánforas (García Vargas 1998: 158) y la tipología evolucionada de las formas barnizadas (Frutos y Muñoz 1994: 398) inclinan a elevar su datación hasta un momento avanzado del s. III a.C.-transición al II a.C. (García Vargas 1996: 50 s.; Niveau de Villedary 1999a: 120 y e.p., c). Con posterioridad, han tenido lugar una segunda[123] y tercera intervención[124] en una zona próxima a la rotonda de Benjamín López[125], que han sacado a la luz una zona de escombreras y otros dos hornos respectivamente[126]. Una de estas escombreras apareció colmatada por recipientes de pequeño tamaño entre los que se destaca "la presencia de imitaciones en *barniz rojo,* en cuanto a forma y decoración de algunos tipos de cerámicas romanas y griegas"[127].

Por lo tanto, tampoco tenemos constancia expresa de la fabricación de cerámicas "tipo Kuass" en los hornos de Torre Alta, tan sólo de su presencia en escombreras que, en principio, se pueden vincular a los alfares, aunque también se han relacionado con unas "posibles piletas de salazón que inducen a pensar en la idea de una factoría de salazón"[128]. La presencia de algún que otro fallo de horno[129] sí contribuye por el contrario, a dar peso a la hipótesis de que los alfares de Torre Alta fabricasen esta clase cerámica, así como la aparición en las escombreras de un punzón utilizado para estampillar los fondos de algunas de las formas. Aun así, sólo tenemos constatada la producción en sus últimos momentos y no durante el periodo álgido de ésta. El material procedente de las escombreras excavadas en 1995 —copas de la Forma VIII, platitos de la Forma III, platos de pescado de la Forma II y un plato completo de la Forma V, idéntico al documentado por Ponsich en Kuass (1969a: fig. 7, 1)— puede fecharse hacia finales del s. III por los paralelos de Kuass y Doña Blanca; mientras que los procedentes de las primeras intervenciones de 1987-88, parecen ser algo posteriores, centrados ya en el s. II —L-36 y L-5-B (García Vargas 1998: 158)— y asociados ya a las primeras imitaciones locales de campaniense A en pastas grises —Formas L-27, L-31, L-36 y L-5-B (Frutos y Muñoz 1994: 398). Los materiales de superficie, expuestos igualmente en dicho Museo, confirman esta datación de momentos finales del s. III a.C.

En una zona próxima a la anterior, en la ***Avda. Pery Junquera***, se localizó en 1997 un importante complejo industrial cerámico y conservero de amplia cronología (fines del s. III a.C.-primera mitad s. I d.C.). Del conjunto de doce hornos documentados, se han excavado tres que pertenecen a dos fases culturales claramente definidas (González Toraya *et al.* 2000): una primera fase, púnica, a la que corresponden once hornos de diferentes tamaños y tipologías y los restos de una posible factoría de salazones muy arrasada y una segunda fase romana, donde se distinguen un nivel republicano representado por un horno y un segundo nivel altoimperial, formado por una factoría de salazones y unas termas. Entre el material[130] asociado a la fase púnica —finales del s. III-primera mitad

---

[121] Fruto de la colaboración entre *L'Institut National des Sciencies de l'Archéologie et du Patrimoine* (INSAP) de Rabat y del equipo español de investigación de Lixus, que desde 1994 han retomado la investigación del yacimiento y sus materiales y cuyos resultados preliminares han sido dados a conocer recientemente (Aranegui *et al.* 2000 y 2001).

[122] Opinión de la que nos ha hecho partícipe, en más de una ocasión durante las largas charlas que hemos mantenido, Mohamed Kbiri Alaoui, encargado de revisar este material.

[123] Llevada a cabo en el mes de junio de 1995 y dirigida por Vicente Castañeda y Aurora Higueras-Milena.

[124] Entre los meses de junio y julio de 1997 bajo la dirección de Vicente Castañeda y Nuria Herrero.

[125] Al encontrarse ambas intervenciones inéditas sólo contamos con la información difundida por la prensa local.

[126] Al parecer estos hornos presentan unas características morfológicas y cronológicas (ss. III-II a.C.) similares a los anteriores, aunque se ha apuntado la posibilidad de que, a diferencia de éstos, se destinaran a la producción de materiales no anfóricos (Sáez, Montero y Toboso e.p.).

[127] Texto mecanografiado que se adjuntó a la documentación entregada en los *XI Encuentros de Historia y Arqueología de San Fernando*, celebrados en 1995.

[128] *Idem.*

[129] Recordamos que este material inédito se halla en proceso de estudio y no nos ha sido permitido el acceso a él. Tan sólo podemos sacar conclusiones, a todas luces sujetas a revisión, a partir del escaso material publicado y del expuesto en el Museo Histórico Municipal de San Fernando. Entre estas piezas destaca un curioso plato, posible imitación de producciones itálicas de Teano que sí parece estallado y por tanto desechado.

[130] El material se halla actualmente en fase de estudio. Agradecemos a sus excavadores, Beatriz González Toraya y Lázaro Lagóstena, las facilidades dadas para acceder a este material.

del II a.C.—, se ha podido documentar la presencia de formas evolucionadas de cerámica "tipo Kuass", correspondientes a esta última fase de vida del taller gaditano: sobre todo platos de pescado (F.II), copas (F.VIII) y algunos platos de la F.V, reinterpretación de la forma campaniense L-36, típica entre el repertorio campaniense importado en los momentos iniciales de la presencia romana. En una segunda fase, y asociadas a la fase de colmatación del horno republicano, se empiezan a documentar imitaciones locales de cerámicas campanienses en pastas grises y barniz negro —L-5, L-27, L-6-, L-36— (*Idem.*), que conviven con unas ya residuales producciones de barniz rojo —L-23 y L-27—. Esta fase se fecharía hacia mediados del s. II a.C. Como sucedía para las producciones de Torre Alta, tampoco aquí tenemos constancia de la fabricación de cerámicas "tipo Kuass", aunque sí sabemos con certeza, por la presencia de algunos fragmentos con fallos de cocción, que las imitaciones de campaniense A fueron producidas en este horno.

Por último, también en el término municipal de San Fernando, en 1998 se localizó en ***Camposoto*** otra zona industrial y alfarera que ha aportado interesantes datos para la documentación del comienzo, hacia los siglos VI y V a.C., de esta actividad en la bahía (Gago *et al.* 2000). Aunque cronológicamente anteriores a la etapa que nos atañe, este conjunto es de vital importancia a la hora de trazar la secuencia de las producciones gaditanas y nos habla de la especialización alfarera e industrial de la orilla oriental de la bahía (San Fernando y Puerto Real) desde momentos tempranos. Especialización que, como hemos visto, tendrá continuidad hasta momentos romanos (Lagóstena 1996; García Vargas 1998).

El que sólo tengamos documentada la producción de cerámica barnizada "tipo Kuass" en la bahía de Cádiz en sus momentos finales (fines del s. III y primera mitad del II a.C.), no es óbice, sino todo lo contrario, para que podamos asegurar con cierta base que esta clase cerámica se fabricó en la Bahía de Cádiz. Aunque no tengamos la certeza absoluta, ya que los fallos no son demasiado numerosos, ni los materiales aparecen asociados directamente a los hornos, la tradición alfarera de San Fernando, con hornos documentados como hemos visto desde los siglos VI y V a.C. (Gago *et al.* 2000) y los indicios con los que contamos —la presencia de un punzón utilizado para aplicar las estampillas, el numeroso material depositado en las escombreras[131], la existencia de hornos de pequeñas dimensiones que seguramente se destinaron a la cocción de las piezas de menor tamaño—, junto con otros factores, como la variedad de formas documentadas y la amplia distribución de la vajilla cerámica en toda la zona de la bahía, nos parecen datos más que suficientes para proponer que se trata de una producción cerámica local.

4.5.3. El modo de producción

El desconocimiento sobre los procesos de producción y la organización de los talleres es una realidad que podemos hacer extensiva a la totalidad de los talleres protocampanienses y campanienses (Adroher y Risueño 1991: 8; Principal 1998a: 155).

Al igual que para los talleres de Rosas o de campaniense A, en este caso se conocen los centros productores, se han localizado y excavado hornos y depósitos-vertederos, pero tampoco se han realizado estudios concretos sobre esta clase cerámica ni se han publicado de manera minuciosa los resultados (*Idem.*).

En principio, nuestra producción se puede incluir entre las producciones de tipo artesanal, de grupo reducido, típicas de los talleres de barniz negros anteriores a la Segunda Guerra Púnica, que cumplen los siguientes requisitos (Morel 1981b: 83 ss.): son producciones de calidad, aunque la cocción poco controlada, provoca una enorme variabilidad en la calidad final de las piezas (*Idem.* 94), de difusión restringida, el volumen de fabricación no es demasiado grande, se observa cierta variabilidad en las formas de los vasos (poca tendencia aún a la estandarización), coexisten formas cerradas o semicerradas y la decoración, compleja, deja un gran margen a la "fantasía" de cada alfarero.

En el caso de los talleres protocampanienses nos encontramos ante producciones poco o nada estandarizadas donde "no sólo la libertad de interpretación del alfarero juega un importante papel, sino que también existe un trabajo manual, en el cual se presentan altos índices de cambio de las condiciones artesanales: existencia de alfareros en proceso de aprendizaje que pueden alterar elementos morfométricos, tipológicos o técnicos, imperfecta utilización de arcillas o instrumentos, mal control del grado de cocción (...), la variabilidad por tanto es una circunstancia controlable sólo hasta cierto punto" (Adroher y Risueño 1991: 8).

En líneas generales, los talleres protocampanienses no itálicos se desarrollan dentro de estructuras productivas previas al desarrollo del modo de producción esclavista, incluidas en sistemas productivos de bajo rendimiento (Morel 1981b: 83), con escasa tendencia a la comercialización (Adroher y Risueño 1991: 11). Por el contrario, las producciones de difusión universal, primero la ática y después la campaniense A, son producciones de intención claramente exportadora y, por tanto, de carácter industrial. En este tipo de producciones el artesanado libre no tiene cabida como demuestran la escasa variación formal y decorativa. Tenemos constancia de la plena introducción del modo de producción esclavista en Atenas desde el s. V a.C. y en Etruria, Lacio y Campania desde el III (*Idem.* 9).

---

[131] Otros autores han resaltado que la localización de vertederos es, por las características especiales de estos depósitos, suficiente en muchas ocasiones para asegurar la existencia de hornos en las cercanías, aunque éstos no se hayan localizado (Lagóstena 1996: 28).

Los diferentes autores están de acuerdo en que para este tipo de producciones hay que hablar, no ya de explotación o producción familiar, sino de tipo artesanal (Bats 1987: 208; Adroher y Risueño 1991: 11). El paso de una a otra se da en el momento en que se hace necesaria una infraestructura demasiado compleja para ser completamente sostenida bajo una estructura familiar (Adroher y Risueño 1991: 11). Dentro de la producción artesanal se pueden diferenciar dos fases: en un primer momento, lo que nos encontramos es ante una "producción artesanal de tipo elemental" (Bats 1987: 208), que más tarde dará lugar a una "producción artesanal especializada" (*Idem.* 209). La producción artesanal elemental se caracteriza por la existencia de talleres situados en las periferias de las villas, que cuentan ya con un artesanado especializado y que abastecen a toda la zona próxima. Cuando estos talleres producen un sólo tipo de cerámica, que pueden ser de carácter utilitario o finas, de difusión más amplia, se da el salto cualitativo que permite hablar de una producción artesanal especializada. La existencia de estos talleres que funcionan con una mano de obra artesanal puede considerarse como un preludio al uso de mano de obra fundamentalmente esclava (Morel 1983c), dentro de un modo de producción diferente que comienza a introducirse —al menos en los talleres itálicos— hacia finales del s. III a.C.

En nuestro caso concreto y dentro del modelo propuesto por Bats, posiblemente nos encontremos ante una producción de tipo artesanal elemental. No se trata de una producción de tipo familiar porque los alfares se organizan fuera de los centros de habitación, a cierta distancia de los núcleos de población principales —en el caso de la bahía de Cádiz: Doña Blanca y Cádiz capital— y con una infraestructura que excede el carácter familiar —talleres compuestos por varios hornos, etc.—. Tampoco se trata de una producción artesanal especializada, pues no debemos olvidar que en todos los casos de alfares documentados, la fabricación de cerámica fina se nos presenta como una actividad subsidiaria de la producción principal: esto es, la fabricación de ánforas para el envasado de salazones y otros productos agropecuarios, con vistas, en este caso, a su comercialización. Aunque se ha apuntado la posibilidad de que los hornos de menores dimensiones se destinaran a la cocción de las piezas de pequeño tamaño —vajilla de uso doméstico— mientras que los de mayores dimensiones se utilizarían para la fabricación de los envases anfóricos (Frutos y Muñoz 1994: 398), no creemos que esto sea una señal de especialización, sino, más bien, de una producción racionalizada con vistas a un mayor rendimiento, ya que al multiplicarse el número de hornos y éstos adaptar su tamaño al de cada tipo cerámico concreto, se posibilita la existencia de varias hornadas al mismo tiempo (Ponsich 1968: 6) y, con ello, un aumento de la productividad.

Aunque poseemos pocos datos para intentar esbozar el modo social de producción en nuestros hornos, los hallazgos monetales parecen abogar por unas formas de producción basadas, al igual que en los talleres de Rosas (Principal 1998a: 157), en mano de obra en régimen de libertad, al menos en lo referente a las producciones de salazones y la producción anfórica relacionada con ésta (Chaves, García Vargas y Ferrer 1998: 1312). Este modo de producción en la zona de Cádiz continúa durante la República. Para estos primeros momentos romanos la producción de vajilla fina, como hemos visto, sigue siendo subsidiaria de la anfórica. Este hecho nos habla no sólo a favor de la existencia de un modo de producción artesanal no demasiado especializado sino también en contra de la especialización y la división del trabajo que se predican como característica de las producciones esclavistas para estos momentos (López Castro 1995: 120 s.; García Alfonso 1998: 26) y que, creemos, que no se documentan aún en los talleres gaditanos, ejemplo de que estandarización y modo de producción esclavista no tienen por que ser sinónimos (García Vargas y Ferrer e.p.).

4.6. CONCLUSIONES: LA CERÁMICA "TIPO KUASS" O LA VAJILLA GADITANA BARNIZADA

Por todo lo expuesto hasta ahora pensamos que queda lo suficientemente probado que cuando hablamos de vajilla "tipo Kuass", en realidad, de lo que estamos hablando es de la vajilla helenística característica del área gaditana en el periodo cronológico que va desde la desaparición de las importaciones áticas hasta que la campaniense A copa el mercado.

Se trata, como hemos intentado demostrar, de una producción local, planificada, artesanal, que alcanza tanto éxito entre la población que termina por convertirse en la vajilla de mesa característica del área del Estrecho, todo ello en un contexto mediterráneo en el que lo que proliferan son las producciones propias de barniz negro, que cada zona produce y consume.

4.6.1. La cerámica "tipo Kuass": producción artesanal

A pesar de su éxito, del volumen de la producción y de la amplia difusión de la vajilla, la gaditana es, como también hemos intentado demostrar, una producción de tipo local, que puede definirse como artesanal, en contraposición a la industrialización de las producciones anteriores —cerámica ática— y posteriores —campaniense A—.

Las siguientes características, referidas al taller de Pequeñas Estampillas (Principal 1998a: 43), pero que también son aplicables en nuestro caso, nos indican que nos hallamos ante un modo de producción artesanal:

— Cierta complejidad en las decoraciones que denotan el interés del artesano por su trabajo y/o una relación directa con el comprador (Morel 1981b: 84 ss.).
— La variabilidad en la producción, que podría responder al trabajo de diversos talleres, pero también a la falta de dominio o control sobre los procesos de fabricación (sobre todo en la cocción) derivada de la elaboración artesanal (Bats 1976: 77).

Este carácter artesanal se plasma en la gran variedad (Principal 1998a: 8), que aun dentro de unos parámetros, caracteriza a la producción, como resultado de la libertad de ejecución de los artesanos, dentro de un modo de producción no demasiado estandarizado y, en ningún caso, industrializado.

Aunque también podría haber sucedido que como consecuencia del relativo éxito de esta producción cerámica, puedan haber surgido imitaciones fuera del círculo de los núcleos originales[132]. A pesar de no contar con pruebas fehacientes que lo demuestren, tenemos la intuición, compartida por el resto de los colegas que trabajan este mundo del barniz negro, que hubo de existir una serie de talleres de ámbito más reducido y no tan organizados, situados fundamentalmente en toda la costa mediterránea, desde Algeciras a Almería (Adroher 1987-88; García Alfonso 1998: 33), que produjeron estos tipos de cerámica barnizada relacionados con los talleres gaditanos, dado el carácter fenicio de estas poblaciones (Gran-Aymerich 1995), las relaciones que mantuvieron con Cádiz (Arteaga 1994) y las diferencias que hemos advertido en las facies cerámicas de esta zona, no sólo en el caso de la vajilla barnizada —formas y sobre todo calidades— sino también en los repertorios locales de cerámica común[133]. Estas relaciones culturales y económicas apoyarían la idea de la existencia de otros focos productivos que no pueden incluirse estrictamente dentro del grupo de los talleres gaditanos pero que debieron surgir muy relacionados con la producción gaditana, con el fin de surtir a sus propias áreas de productos parecidos.

4.6.2. La vajilla "tipo Kuass": vajilla de uso cotidiano

¿Hasta qué punto podemos asegurar que la vajilla "tipo Kuass" es, como ocurría con la ática, una vajilla de lujo o semilujo?, o ¿por el contrario pensamos que nos encontramos ante un repertorio de uso bastante frecuente y qué por tanto en este caso no podemos hablar de vajillas de lujo?

Lo que observamos a partir de la desaparición de la cerámica griega es un doble fenómeno. Por una parte una modificación en la demanda de la sociedad, generada por el cambio estético que supuso la introducción de la vajilla ática. Ahora se demandan estas nuevas formas de corte helenístico y de superficies barnizadas que, en su momento, se constituyó como vajilla de lujo, al tratarse de un producto exógeno, que aunque comercializado en cantidades apreciables, no dejó nunca de ser un bien de lujo o al menos de semilujo. Y, por otra, y creemos que aquí radica una de las particularidades de esta producción, lo que se observa es una cierta "popularización" de la vajilla helenística producida en talleres locales, que debido a la frecuencia con que se fabrican y difunden a partir de ahora, ya no podemos considerar de lujo y, quizás tampoco de semilujo sino de uso bastante común entre la población (Nieto 1988: 389), como demuestran los siguientes puntos.

4.6.2.1. *Contextos arqueológicos*

La cerámica que llamamos de "tipo Kuass" es extraordinariamente frecuente en la mayoría de los contextos cronológicos del s. III y primera mitad del II a.C. que hemos analizado, por lo que consideramos que su uso hubo de ser corriente y cotidiano.

En ambientes de habitación aparece con frecuencia junto a otras piezas de cerámica común (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000) en ámbitos que hemos definido como domésticos (Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999: 126 s.), presumiblemente con una finalidad funcional, su uso como vajilla de mesa y, sobre todo, en fosas y basureros, amortizados después de su vida útil.

En contextos industriales su presencia, aunque numerosa, se debe poner también en relación más con actividades de tipo doméstico (Niveau de Villedary y Ruiz Mata, e.p.) que con los procesos de fabricación, pues a pesar de que suelen aparecer en vertederos, la vinculación de éstos a los hornos no queda del todo clara —no hay demasiados fallos de hornos— y bien podrían ser los basureros de las viviendas de los artesanos, integradas normalmente dentro de los complejos industriales (Ponsich 1968: 5 s.).

---

[132] Desarrollaremos esta idea al hablar de la dispersión de la producción.

[133] Que hemos podido comprobar personalmente en los casos de Morro de Mezquitilla (Málaga) y Villaricos (Almería), antigua *Baria*, gracias a la amabilidad de Karin Mansel y José Luis López Castro.

Dentro del mundo funerario también son muy abundantes (Niveau de Villedary 2001b y e.p., b). Al igual que en los casos anteriores, en la necrópolis gaditana también aparecen sobre todo en fosas y pozos rituales (*Idem.*), que se rellenan con los materiales procedentes de la celebración de ritos funerarios secundarios: banquetes, libaciones, sacrificios, presentación de ofrendas, quema de perfumes, etc. (Ramos 1990).

4.6.2.2. *Calidad técnica y artística de los vasos*

Aunque en principio esta producción, técnica y estéticamente, derive de la cerámica ática de barniz negro, basta un simple examen visual para percatarse de la diferencia entre ambas. Mientras que la vajilla griega se nos aparece, aun a simple vista, como una producción cuidada y uniforme, la vajilla "tipo Kuass" se caracteriza exactamente por lo contrario. Hace falta una segunda lectura, tras el análisis detallado de formas, dimensiones y esquemas decorativos, para darnos cuenta de la homogeneidad de la producción. Pues la utilización de arcillas de muy diversas calidades, la variabilidad de barnices y coloraciones, la, en definitiva, no excesiva calidad aparente, es debida fundamentalmente al carácter de cotidianeidad de la vajilla y no a una supuesta falta de cualificación de los artesanos. Pensamos que se está produciendo una vajilla de uso común, compuesta de piezas de utilización frecuente, que se repondrían sin problemas.

4.6.2.3. *Amortización de las piezas*

Partimos de la base de que estamos hablando de cerámicas funcionales y que va a ser el uso que se les dé el que va a determinar el tiempo de vida de las piezas y no su valor *per se*, como objeto de arte o elemento de prestigio (Lamboglia 1972a). Son diversos los factores que influyen en el proceso de amortización de una pieza: la frecuencia del uso, el porcentaje de ruptura en uso, los sistemas de reutilización o desecho, la relación pérdida-recuperación y los patrones de enterramientos deliberados (Risueño y Adroher 1990: 375).

Evidentemente, existirán diferencias dependiendo de la zona concreta a la que nos refiramos. En el caso de la bahía de Cádiz, que hemos considerado centro productor y consumidor, el tiempo de amortización debió ser, en principio, corto, pues las posibilidades de poder renovar las existencias rápidamente se acrecientan por la proximidad de los hornos y la probada capacidad de los talleres para surtir las necesidades del mercado. Lo mismo ocurriría en las zonas comunicadas de manera regular.

Tan sólo en ambientes rituales podríamos, en principio, hablar de una mayor perduración de la vajilla cerámica, ya que para contextos cronológicos bien definidos por otra serie de elementos (producciones anfóricas, etc.) aparecen asociadas piezas de "tipo Kuass" que, morfológica y estéticamente, fecharíamos con anterioridad. Sin embargo, creemos que este fenómeno se debe, más que a una amortización más lenta, al tradicional conservadurismo típico de este tipo de ambientes y actividades, que provoca que se estén fabricando y utilizando tipos "antiguos", en este caso más "puros" desde el punto de vista formal y estético griego (Niveau de Villedary e.p. b), que ya no se usan en la vida diaria y están, en cierto modo, "pasados de moda".

4.6.2.4. *La sustitución de los vasos de cerámica común por las formas "tipo Kuass"*

Si como hemos visto algunas formas de cerámica común pudieron ser fundamentales a la hora de la fijación del repertorio barnizado propio, el éxito alcanzado por éste provoca a su vez el fenómeno inverso: la sustitución en la vida diaria de ciertas formas de cerámica común por sus correspondientes barnizadas. Fenómeno que, evidentemente, tan sólo puede responder a la generalización de esta clase cerámica y a su adopción en la vida diaria.

El caso más evidente es el de las lucernas abiertas que hemos definido como Forma XVI. En el momento en que la presencia de cerámica "tipo Kuass" se generaliza observamos cómo desaparecen casi por completo las formas de lámparas en cerámica común y que las que encontramos suponen, más que formas estandarizadas, fantasías de alfarero[134].

Lo mismo ocurre con los cuencos del Tipo IX-A. En los yacimientos en los que la presencia de la vajilla de "tipo Kuass" es frecuente, estas formas barnizadas y con pie exento, dominan por completo a aquellas fabricadas en cerámica común, que tan frecuentes son en los yacimientos turdetanos del bajo Guadalquivir.

---

[134] Hemos podido llegar a estas apreciaciones tras el estudio detallado, aún en curso, del material del poblado de la Sierra de San Cristóbal, vinculado al Castillo de Doña Blanca, que se ocupa durante parte del s. III a.C. Un avance en Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000. Tenemos constancia además de que los llamados cuencos-lucerna (Luzón 1973: 37), no se utilizan aquí con esa funcionalidad, pues apenas si se documentan unos pocos ejemplares y los que aparecen no presentan trazas de fuego.

El fenómeno no es tan evidente en el caso del plato de pescado (Forma II). El éxito de la forma, en la que convergen las tradiciones semita y helenística, provoca que las formas de "Kuass", aunque mayoritarias, convivan con los platos de pescado turdetanos pintados y con imitaciones de perfiles helenísticos en cerámica común (Ruiz Mata 1987a: fig. 1, 11).

4.6.3. La cerámica "tipo Kuass": Vajilla helenística gaditana del s. III

Para concluir este capítulo en el que hemos intentado acercarnos a la cerámica "tipo Kuass" no desde el punto de vista de la pieza aislada, sino considerando a ésta como parte de un todo, no queremos terminar sin volver a recalcar el hecho de que nos encontramos ante una vajilla completa, con formas definidas, morfológica y funcionalmente (Pascual 1998: 87), en función de los usos que se da a cada una de ellas. Valga como ejemplo la siguiente reflexión: "Así, no hemos de olvidar que nos encontramos en lo referente a las vajillas finas, ante servicios de mesa, compensados entre sí y mantenidos en sus proporciones y dimensiones a lo largo del tiempo, de tal forma que evidencian unos hábitos de consumo ciertamente estables en los usos familiares de la mesa (...) la existencia de tipos estandarizados y su aparición y desaparición en determinados momentos nos habla claramente de usos culinarios o de mesa, ciertamente concretos, cuya introducción en las sociedad de consumo se debía a muy diversas circunstancias" (Beltrán 1990: 35 s.).

Las palabras de Beltrán confirman lo ya dicho: la vajilla "tipo Kuass" puede, a nuestro entender, considerarse como la vajilla tipo helenística y gaditana del s. III a.C. Vajilla tipo porque sigue, salvando las lógicas diferencias culturales, la composición típica del resto de vajillas finas mediterráneas, desde la ática, de la que como hemos visto, proviene directamente, hasta las vajillas contemporáneas: talleres de Rosas, campaniense A antigua, etc., y gaditana porque a la luz de las evidencias —distribución de la producción, existencia de alfares, etc.— ya no cabe dudar de este origen.

5

FASES Y EVOLUCIÓN DE LA PRODUCCIÓN

> "Les céramiques archaïques ou classiques sont mieux datées que les céramiques hellénistiques, pour lesquelles l'approximation atteint parfois un siècle. Et pourtant, la distinction entre le IIIe et le IIe siècle, et à l'intérieur de ces siècles, est particulièrement importante pour l'Espagne: c'est alors qu'interviennent des événements tels que le renforcement de l'Etat barcide, la deuxième guerre punique, la conquête romaine (...)" (Morel 1998a: 243).

5.1. INTRODUCCIÓN

Si como hemos demostrado, consideramos a la cerámica "tipo Kuass" como la producción de un taller protocampaniense, con esta afirmación ya estamos acotando el arco cronológico de ésta. Recordemos que se consideran protocampanienses, siguiendo la definición de Adroher y López Marcos, "a todas aquellas cerámicas de barniz negro que se desarrollaron en el Mediterráneo Occidental a caballo entre las últimas importaciones áticas de barniz negro y la monopolización de los mercados del Oeste por parte de la Campaniense A" y que "cronológicamente este paréntesis cubriría desde el último cuarto del s. IV hasta el último cuarto del s. III" (1995: 24).

En principio, pues, estamos hablando de un periodo de vida para el taller de poco más de un siglo, centrado fundamentalmente en el s. III a.C., pero cuyo origen hemos de situar a fines de la centuria anterior y cuyo final, como trataremos de precisar a la luz de las evidencias de los vestigios materiales —fundamentalmente de los que nos ofrecen los hornos—, se sitúa hacia mediados del s. II a.C., aunque ya como pervivencia residual. Se trata, como muy acertadamente se ha puesto de relieve en un reciente trabajo, de "dues problemàtiques cabdals: la primera, com poder establir cronològicament els inicis de les diferents produccions regionals; i la segona, com valorar el seu moment final o, dit d'altra manera, detarminar el moment de l'arribada quantitativa de les ceràmiques de la Campania A, i a partir d'aquestes l'inici d'un procés de renovació" (Cura-Morera 2000: 116).

El marco cronológico en el que se desenvuelve la producción queda suficientemente claro expuesto desde estos presupuestos generales dentro del contexto mediterráneo en el que se desarrolla. Pero ahora se nos plantea un segundo interrogante, que no es privativo de nuestra producción sino que, como muestran las palabras de J. Principal, podemos hacer extensivo al resto de talleres protocampanienses: "Aunque la definición de cada una de las producciones cerámicas ya revista, de por sí, cierta dificultad, acotar su arco cronológico aún agrava un poco más su estudio y análisis. Conocemos y sabemos identificar las producciones del s. III a.C. de manera bastante satisfactoria, pero la cronología continúa siendo un gran cajón de sastre donde se mezclan, superponen e intercalan las dataciones, sin que en ningún caso se tenga suficientemente clara la existencia de periodizaciones en relación con las secuencias de actividad de los alfares y talleres. La pregunta sería: ¿Existen evidencias para poder sentar las bases de hipótesis sobre periodizaciones, sobre unas diferencias cronológicas reales entre oficinas y entre la producción de un mismo taller durante y a lo largo del s. III a.C.?" (1998a: 18).

En nuestro caso concreto trataremos de esbozar, a través de las estratigrafías contrastadas y de la evolución morfológica de los elementos de la vajilla (Cura y Principal 1994: 178; Principal 1998: 19; Pascual 1998), un ensayo de periodización de la producción de estos talleres.

Somos conscientes de los problemas —que hay que sumar a las dificultades comunes a la hora de datar los conjuntos de barniz negro de esta época (Morel 1998a: 243)— a los que vamos a tener que hacer frente con esta intención. En primer lugar, se trata de un periodo cronológico corto, por lo que el intento de acotar dentro de él distintas etapas resulta, en muchos sentidos, complicado. En segundo lugar, aunque la evolución morfológica de cada uno de los tipos esté, en cierto modo y en líneas generales, definida, así como las formas con las que se va sustituyendo a otras, no es frecuente encontrarnos ante ensayos de periodizaciones de producciones concretas, a excepción de las propuestas para la campaniense A (Morel 1980b: 102) y más recientemente para la producción de los talleres calenos (Pedroni 1986, 1990 y 2001) y los de Rosas (Principal 1998a: 93 s.), por lo que hemos de partir prácticamente de cero y basarnos en muchos casos más en intuiciones que en datos contrastados. Y, por último, no podemos olvidar que, aun así, el intento de periodización resultante será, a todas luces, más "ideal" que "real" y quizás sólo aplicable en su totalidad a las zonas más próximas de los centros productores, donde la cerámica circularía con una frecuencia muy alta, con tiempos de amortización relativamente cortos, que permitirían que el consumo reflejara esta secuencia ideal (Adroher 1990: 83).

Con esta última reflexión se introduce una nueva variable que hay que tener en cuenta a la hora de fijar tiempos: la diferenciación entre cronología de producción y cronología de amortización (Principal 1998a: 19). La diferencia entre ambas sería el periodo de vida activa —el que estaría en utilización— del vaso. Cuantas más posibilidades de reponer las piezas deterioradas o pasadas de moda haya, más rápida será la amortización final, que coincide con la formación del nivel estratigráfico (*Idem.*) y menor será la diferencia entre ambas cronologías. En este caso tendremos mayores posibilidades de afinar tiempos más cortos y concretos, con un margen de error menor.

Hay que tener en cuenta que la diferencia entre cronología de producción y cronología de amortización varía según los contextos. En ambientes industriales ambas coinciden, las piezas defectuosas se desechan inmediatamente después de su fabricación al no ser válidas para su comercialización. Por tanto, las piezas que encontremos en los basureros y vertederos de alfares son las que nos ofrecen la cronología más precisa. En contextos de habitación, sobre todo en los que como estamos viendo la vajilla de "tipo Kuass" es de uso habitual, la diferencia entre ambas cronologías tampoco será muy grande. El uso frecuente y la posibilidad de repuesto fácil, facilitan el recambio periódico de las piezas deterioradas[135]. Esta diferencia puede ser algo mayor en ámbitos funerarios o cultuales, donde la amortización final de las piezas tiene lugar después de un periodo de duración variable en el que éstas se almacenarían en depósitos provisionales[136].

Nuestro objetivo, será, por una parte, intentar acotar con la mayor precisión posible el tiempo de vida de los talleres, fijando su inicio y su final y, por otra, tratar de determinar la secuencia evolutiva de la producción, a fin de establecer las diferentes fases de ésta. Si podemos cumplir con estos objetivos, la cerámica "tipo Kuass" se nos convierte en un importante fósil guía a la hora de fechar los contextos estratigráficos comprendidos entre el s. IV y el II a.C. (Roldán *et al.* 1998: 158), periodo que, tradicionalmente, se ha caracterizado precisamente por esta indefinición a la hora de delimitarlo cronológicamente, a consecuencia, precisamente, de esta ausencia de importaciones, que dejaba un vacío entre la cerámica ática y la campaniense A (Arteaga 1976-78: 23 y 1981: 118; Recio 1990: 8 s.). En las zonas donde los talleres locales de barniz negro se sistematizaron en un estadio relativamente temprano de la investigación, como sucede con las producciones de *Rhode* (Sanmartí 1978), el problema de la indefinición de este siglo y medio, quedó también resuelto (*Idem.* 1981: 169 s.); mientras que para el sur de la Península, donde la presencia de producciones protocampanienses propias nunca ha llamado la atención de la investigación y no se le han dedicado estudios de conjunto (Adroher y López Marcos 1995: 39 s.), todavía hoy podemos encontrarnos con conjuntos cerámicos que se fechan en ese "fondo de saco" que constituye el espacio cronológico comprendido entre los siglos IV y II a.C. (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: n. 10).

5.2. PERIODIZACIÓN

A grandes rasgos hemos diferenciado, como sucede en otros talleres, tres fases en la producción de los talleres gaditanos, a la que podríamos añadir una cuarta como epílogo.

La primera de estas fases viene definida por el comienzo de la producción local con formas que, en la práctica, reproducen los últimos perfiles áticos. Cronológicamente se puede situar entre finales del s. IV y los comienzos del III a.C.

---

[135] A este respecto, resulta significativo el comprobar que en ningún caso encontramos evidencias de reparaciones, lañas o cualquier otro indicio que nos lleve a pensar en que estas piezas se reparan.

[136] Esto es lo que ocurre con el material de los pozos rituales de la necrópolis púnico-gaditana, donde los elementos de la vajilla que se utiliza en la celebración de banquetes en honor del difunto y los dioses (Niveau de Villedary e.p. b) y que, por tanto, se inutiliza para su uso en la vida corriente, aparecen muy fragmentados, rodados e incompletos, por lo que suponemos que antes de su amortización final en estos depósitos, hubieron de estar almacenados en algún que otro sitio y que al acumularse se procedía a retirarlos definitivamente de la circulación (*Idem.* 2001b).

A ésta le sigue una segunda en la que se iría, poco a poco, definiendo el repertorio propio. Algunas formas desaparecen, aunque la mayoría evolucionan hasta que se fijan los perfiles, dimensiones y decoraciones más características de la vajilla. Esta segunda fase, que coincide con el momento de máximo apogeo de la producción, al igual que ocurre en el resto de talleres mediterráneos protocampanienses, abarcaría la práctica totalidad del s. III a.C.

La última etapa en la producción de nuestros talleres se caracteriza por la simplificación del repertorio propio por una parte —desaparecen muchas de las formas y las que perduran evolucionan hacia perfiles más simples, los esquemas decorativos tienden a la esquematización, etc.— y la adopción de nuevas formas por otra. Este último fenómeno debe ponerse en relación con la llegada, cada vez mayor, de campaniense A (Morel 1998a: 246), que introduce nuevas formas y provoca un cambio en el gusto del consumidor. Esta tercera fase cubriría los últimos decenios del s. III y buena parte de la primera mitad del s. II a.C., hasta que la producción cada vez más escasa, de menor calidad y más residual, termina por desaparecer ante el empuje de las vajillas itálicas.

Todavía podríamos considerar una cuarta y última fase, que vendría definida por la continuidad en el funcionamiento de los alfares gaditanos, dedicados ahora a la fabricación de imitaciones de los productos campanienses desde dos vertientes. En primer lugar observamos cómo se copian formas de campaniense A en pastas grises y con barnices también oscuros, en una clara ruptura con lo que hemos visto hasta ahora, pues independientemente de la calidad, que indudablemente varía con el tiempo, tanto pastas como barnices habían seguido manteniendo el tono rojo que caracteriza a la producción. Aunque, por otra parte, esta tradición de reproducir formas de barniz negro sustituyendo éste por el de color rojo, tan arraigada entre las poblaciones de origen semita (*Idem.* 1981a: 517), continúa con la fabricación de vasos cuyos perfiles y decoraciones nos remiten respectivamente a las producciones de campaniense A (*Idem.* 95) y campaniense B y B-oïdes (Pérez Ballester 1986: 36), pero que conservan ciertos rasgos que recuerdan la anterior producción protocampaniense local, dándonos idea del éxito que hubo de alcanzar en su momento la producción gaditana.

5.2.1. El comienzo de la producción (finales del s. IV-comienzos del s. III a.C.)

> "Tradicionalmente se acepta que el periodo inicial de actividad de unas oficinas cerámicas se caracteriza por la falta de una fijación de los repertorios formales y decorativos, los cuales se irán equilibrando progresivamente, en base a las posibilidades de la producción y la demanda" (Principal 1998a: 197).

Esta primera fase vendría caracterizada por el comienzo de la producción local. Partimos de la base que al igual que sucedía en gran parte del Mediterráneo occidental, las importaciones de figuras rojas primero y de barniz negro después, alcanzaron tal éxito entre las poblaciones locales, que habrían ido transformando los gustos de ésta. En un momento determinado, que se fecha en torno al último cuarto del s. IV a.C., la oferta ática desciende progresivamente hasta suspenderse por completo, favoreciendo en todas estas zonas la aparición de talleres locales que en un primer momento imitan formas, decoraciones y técnicas áticas, productos con los que aún están conviviendo para, poco a poco, ir fijando sus propios repertorios cerámicos.

5.2.1.1. *Las formas: imitaciones áticas*

Los talleres locales hubieron de comenzar su producción, con casi total seguridad, reproduciendo las formas áticas aún en circulación. En este primer momento estaríamos hablando todavía de imitaciones que se empiezan a fabricar al escasear las formas importadas. ¿Por qué y en qué momento se comenzó a sustituir el barniz negro por el barniz rojo? Suponemos que la tradición local que desde el engobe rojo fenicio a la pintura rojo-vinosa turdetana había conservado el gusto por recubrir las superficies con estas tonalidades, aplica esta misma medida a la vajilla de corte helenístico, siguiendo la tónica general del mundo púnico; pero no podemos asegurar en qué momento esto tiene lugar. Por los indicios suponemos que ocurriría desde un primer momento, aunque quizás alguno de los vasos de barniz negro de los últimos momentos del s. IV, que por características técnicas se alejan de la producción de los talleres áticos, fuesen producciones, no de talleres suditálicos tal y como se viene sosteniendo recientemente, sino productos locales. Sin embargo, nos parece más plausible la primera explicación y, probablemente, los artesanos locales recubriesen las superficies de sus productos de barnices rojos desde el mismo comienzo de la producción.

Las formas que documentamos en esta primera fase son pues, las que más se acercan a los perfiles griegos, incluso podríamos decir que nos hallamos ante un repertorio fuertemente "helénico" (Principal 1998a: 93).

Los platos moldurados de la Forma I aparecen desde este primer momento, todavía con perfiles muy angulosos y complicados, a imitación de los prototipos, posiblemente siciliotas (Morel 1981a: 82; pl. 1, 1116a 1), que tenemos documentados en Doña Blanca[137].

Los platos de pescado (Forma II), la forma más frecuente de la vajilla, se comienzan a fabricar desde el mismo inicio de la producción. Esta forma, de indudable éxito entre las poblaciones púnicas costeras (Adroher y López Marcos 1989: 384 s.; García i Martín 1999: 165), se convierte de hecho en una de las últimas importaciones documentadas en la bahía de Cádiz cuando el repertorio ático se reduce ostensiblemente (Cabrera 1998a: 478).

Los pequeños platos que hemos englobado bajo la Forma III también comienzan a fabricarse ahora. Si bien el perfil general de las piezas copian a sus precedentes, no podemos decir lo mismo de las dimensiones ya que, como vimos en su momento, la talla se reduce. Estas primeras piezas generalmente también se decoran.

En los bolsales (Forma VII) es en una de las formas en las que mejor se advierte la evolución formal seguida por la producción desde los primeros elementos imitados hasta la fijación de los tipos propios. En los inicios la forma copia a la griega en sus más mínimos detalles: forma del cuerpo, acanaladura bajo éste, pie característico con uña en la zona de reposo, decoración en el fondo interno, etc. Se trata como vimos, de una forma típica de barniz negro destinada a la bebida, que sustituye en el mercado a otras formas de copas anteriores y que alcanza gran éxito en el mundo púnico.

La copa de borde saliente (Forma VIII) comienza a fabricarse, aunque en número reducido, a imitación de los "outturned rim bowls" áticos (L-22) pero enseguida evoluciona hacia formas más abiertas (L-28 y L-29), aunque igualmente cuidadas y decoradas. Se trata de uno de los ejemplos más claros de adaptación del prototipo a la estética y los usos locales.

Por el contrario, el cuenco de borde reentrante (Forma IX-B) derivado de los "incurving rim bowls" (L-21), conoce en este primer momento algo más de éxito y la forma perdura, con leves modificaciones, hasta la siguiente etapa.

Los pequeños cuencos-saleros (L-24), forma exportada en último lugar por los talleres áticos (Cabrera 1998a: 478), se adopta con ciertos cambios, en cuestión sobre todo de talla, que aumenta, dando lugar a nuestro Tipo IX-A. Al igual que sus precedentes áticos, estos vasos nunca se estampillan.

Una forma que perdura en el tiempo sin apenas modificaciones es la de los saleritos (Forma IX-C) derivados del "small bowl broad base", que conserva sus rasgos característicos: pie y capacidad, desde los momentos iniciales hasta bien entrado el s. III a.C.

También hemos visto cómo las formas cerradas (Forma XV) se inspiran directamente en los tipos griegos y aunque no reproduzcan ninguno de ellos con exactitud, sí se crean formas con características de unos y de otros, dando lugar a piezas híbridas de las originales áticas.

Y, por último, las lucernas cerradas de tipo helenístico (Forma XVII), sí copian con bastante exactitud los modelos griegos, aunque como también venimos repitiendo, se trata de un tipo de relativo éxito, al convivir con una forma, las lucernas abiertas de la Forma XVI, culturalmente más cercana al carácter semita de la población.

En definitiva, las formas que se copian y con las que se inicia la producción del taller gaditano, son las que forman el elenco tipológico característico de la última fase de importaciones áticas: platos de pescado, "rolled rim plates", copas de las formas L-21 (borde reentrante), L-22 (borde saliente), L-21/25-B, L-24, bolsales, lucernas de tipo helenístico y algunas formas cerradas, a las que podemos añadir algunas formas de origen itálico como los platos moldurados (F.I). No queremos terminar sin volver a recalcar que son precisamente las formas griegas que llegan en último lugar, los platos de pescado y los cuencos-saleros L-24 (Cabrera 1998a: 478), las que luego tendrán más éxito, por lo que creemos que la conexión entre ambas producciones queda, una vez más, demostrada.

5.2.1.2. *Las estratigrafías*

Aunque las mismas formas evidencian que se trata de una producción temprana que imita los últimos tipos áticos, los contextos estratigráficos analizados prueban que sin ningún lugar a dudas, ésta comienza cuando los productos griegos aún están en circulación.

La presencia en los mismos estratos de cerámicas áticas de barniz negro y de "tipo Kuass" y su asociación con conjuntos anfóricos bien contrastados (García Vargas 1998; Cabrera 1998b; Niveau de Villedary 1999b y e.p. b) nos permiten afinar la cronología de estos primeros momentos de vida del taller gaditano.

[137] Se trata del borde de un plato de este tipo de perfil idéntico al publicado por Morel. Este ejemplar, procedente de las excavaciones del casco urbano de Palermo, se encuentra actualmente en el Museo de la ciudad. La cronología propuesta por Morel para el ejemplar siciliota, sobre el 300 ± 30, concuerda también con el contexto estratigráfico en el que se encuentra el gaditano.

El Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)

El yacimiento portuense es por una serie de razones el que sirve mejor, una vez más, a nuestros propósitos. En primer lugar, el sitio se nos presenta como el enclave más importante desde el punto de vista poblacional de la bahía (Ruiz Mata 1999a y 1999b) y, por tanto, refleja muy bien lo que hubo de suponer el consumo de vajillas finas barnizadas, tanto ática primero, como local "tipo Kuass" a continuación. Por otra parte, la gran superficie excavada (*Idem.* 1993a) y el hecho de que estratigráficamente estemos hablando del último periodo de habitación del poblado, contribuyen a que tengamos no sólo un gran cantidad de material, sino que éste aparezca contextualizado.

Aunque la presencia de material es muy numerosa en toda la superficie del yacimiento *(Fig. 53)*, para nuestros propósitos —demostrar que en un primer momento cerámica ática y cerámica "tipo Kuass" conviven, que por tanto, la segunda desciende de la primera y precisar cronológicamente dicho momento—, nos circunscribimos a una serie de cortes en los que se aprecia con claridad este fenómeno.

A partir del 350 a.C. las importaciones griegas se reducen ostensiblemente pero no se interrumpen como se había dicho tradicionalmente, ya que entre el 350 y el 310 a.C. encontramos aún algunos vasos de barniz negro, aunque con un repertorio tipológico muy reducido, siendo a partir de los últimos años del s. IV, cuando sí se interrumpen totalmente las importaciones en el yacimiento (Cabrera 1998a: 478).

Para estos momentos la información más precisa proviene del sector excavado en las campañas de 1982 y 1983 en la zona sureste del poblado, donde se ha exhumado parte de un barrio de los siglos IV y III a.C. —en torno a 900 metros cuadrados— (Ruiz Mata y Pérez 1995: 105). En un corte practicado en la calle principal se advierte que en poco más de cien años, se han producido hasta cinco renovaciones en el pavimento de la misma. Este suelo formado por arcilla, piedrecillas y fragmentos de cerámicas de pequeño tamaño (Barrionuevo y Ruiz Mata e.p.), nos permite distinguir, gracias a sus sucesivos niveles que marcan y sellan tiempos de ocupación muy cortos, la secuencia de utilización de las diferentes vajillas. El primer pavimento, por los materiales que lo forman, se puede fechar en la primera mitad del s. III a.C.[138]. En este último nivel ya sólo encontramos cerámica gaditana "tipo Kuass"[139], junto a ánforas (Niveau de Villedary 1999b) y al resto del repertorio típico del momento (Ruiz Mata 1987a; Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000); por el contrario, en el segundo pavimento, datado a finales del s. IV o muy comienzos del III, aparecen juntas ambas clases cerámicas, señalando el momento en que se comienzan a producir los productos locales, que en un estrato inferior ya no aparecen.

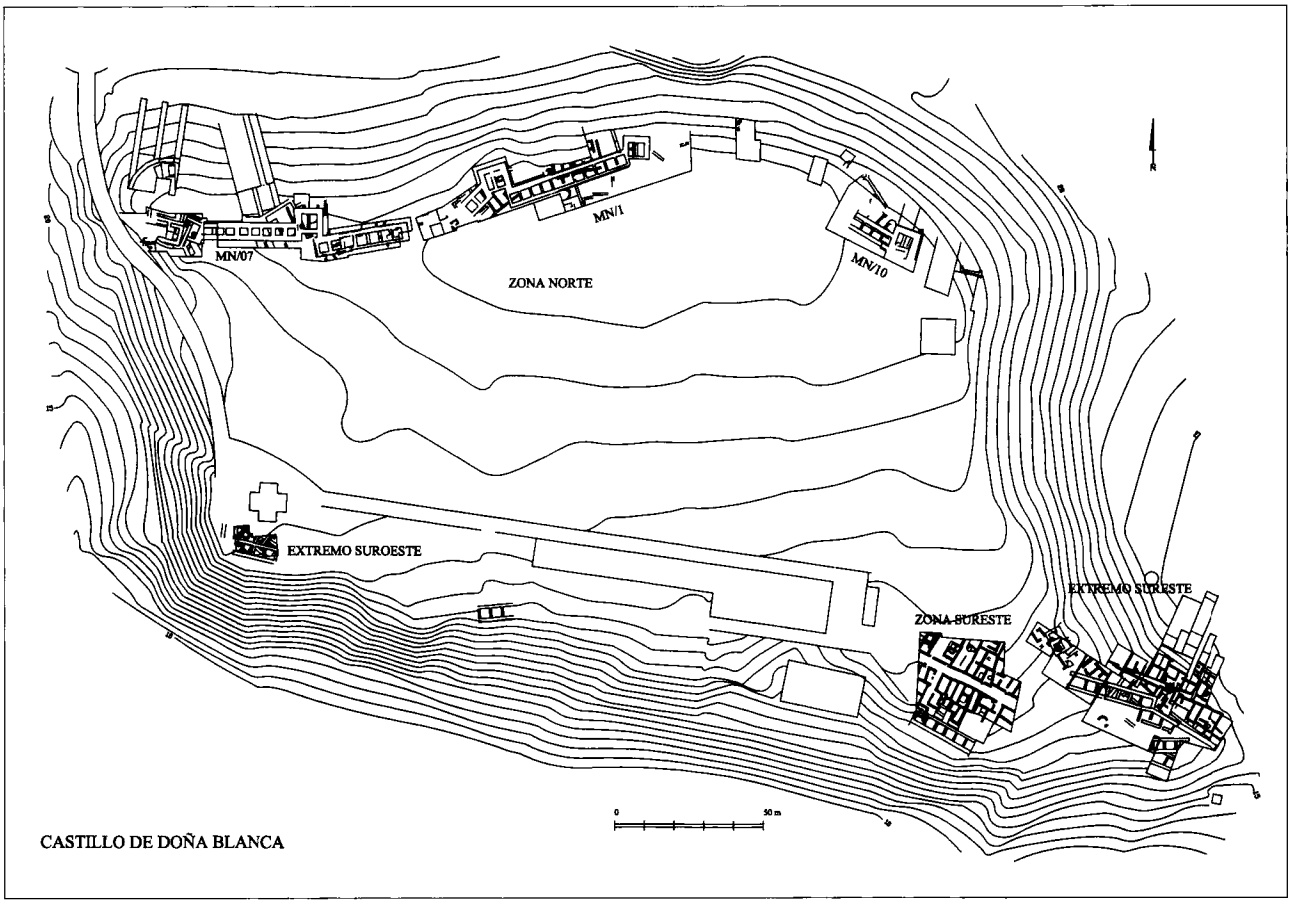


FIGURA 53.—*Topografía del poblado del Castillo de Doña Blanca con la situación de los diferentes sectores. (Elaboración de F.J. Barrionuevo).*

[138] Aunque sabemos a ciencia cierta que el final del poblado tiene lugar hacia finales del s. III, en momentos relacionados con los acontecimientos bélicos de la Segunda Guerra Púnica, en este sector el nivel superior se encuentra muy arrasado por las labores agrícolas y sólo a partir de una fecha anterior (en torno a mediados/inicios del s. III) encontramos niveles intactos.

[139] Se trata de vasos que morfológicamente son aún muy similares a los griegos, antigüedad, como vemos, contrastada estratigráficamente.

Tanto el repertorio griego como el de "tipo Kuass", muestran las formas típicas que hemos definido para el final de una producción y el comienzo de otra —bolsales, platos de pescado, copas L-22, cuencos L-24 y L-21, lucernas (Cabrera 1998a: 478)—. E igualmente podemos decir de las decoraciones. Las producciones griegas que vemos asociadas a las de "tipo Kuass" con frecuencia presentan decoraciones a base de palmetas impresas rodeadas de triple banda de estrías, el esquema decorativo propio de los últimos momentos (Vall de Plá 1971: 175); también los materiales anfóricos ofrecen dataciones similares (Cabrera 1998b).

Esta primera fase de la producción está asimismo bien documentada en la zona norte del poblado. Durante la campaña del 89 se excavó el tramo norte de la muralla más reciente, de los siglos IV y III, con el fin de delimitar su perímetro (Ruiz Mata y Pérez 1995: 101). Esta última fase de muralla implica un trazado que destruye parte de las estructuras de la fase anterior (Ruiz Mata 1990: 293). Los materiales arqueológicos que colmatan las estructuras previas cortadas, indican cronologías de entre fines del s. IV y primera mitad del III a.C. (Barrionuevo, Ruiz Mata y Pérez 1999: 119), destacando la presencia de cerámicas "tipo Kuass" y monedas de esta cronología (Alfaro y Marcos 1990: 395). La estratigrafía exterior de la muralla también ha proporcionado una secuencia en la que a estratos con cerámica griega, le siguen otros en que ambas producciones aparecen asociadas, para acabar con niveles en los que la cerámica "tipo Kuass" ha sustituido ya a la ática por completo (Ruiz Mata 1990: 303).

Estas pueden ser quizás, las estratigrafías más claras para documentar los comienzos del taller gaditano y su relación con la cerámica griega, pero no son las únicas. En el extremo sureste, en la vertiente norte de la muralla más moderna, y sobre el "barrio fenicio" del s. VIII, se superponen varios estratos de vertederos que contienen un rico material cerámico (Ruiz Mata, Barrionuevo y Pérez 1991: 26). En estos basureros también podemos seguir la secuencia ya comentada, así como en los cortes practicados en 1986 con el fin de unir el sector sudeste con la zona conocida como "espigón" (Ruiz Mata 1986) y en las primeras intervenciones de la esquina sudoeste del poblado, junto a la Torre que da nombre al yacimiento (*Idem.* 1994a: 4).

La necrópolis gaditana

En la zona de la necrópolis púnica de Cádiz la utilización de la cerámica "tipo Kuass" es también muy frecuente en toda la serie de ritos secundarios que rodean a la muerte (Ramos 1990).

El material aparece amortizado en pozos de carácter sagrado y en ocasiones en fosas, estructuras muy numerosas en toda la necrópolis (Niveau de Villedary 2001b y e.p. b; Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a y b).

Las formas de la vajilla indican que hubo de ser utilizada sobre todo en la práctica de banquetes funerarios que se celebrarían en honor al difunto y a los dioses. Generalmente los materiales aparecen muy rodados y fragmentados, por lo que suponemos que antes de ser enterrados en estas estructuras, hubieron de almacenarse en algún otro lugar (*Idem.*) y no podemos considerarlos contextos cronológicos fiables, ya que materiales de diferentes momentos[140] se entremezclan la mayor parte de las veces al procederse al relleno de los pozos en un único vertido. Sin embargo, en 1981 el Museo de Cádiz excavó una de estas estructuras, de más de doce metros de profundidad, en el que cercano al nivel freático se halló un depósito formado por materiales cerámicos completos y reconstruibles (Ramírez 1982: 165). Entre estos materiales se cita la presencia de cerámica de "tipo Kuass", de la clase Byrsa 401, cerámica común y ánforas gaditanas derivadas de las MPA4, Mañá D variante 1a de Solier, Macareno D y otros tipos centromediterráneos (Ventura 1990: 1160). La cronología del conjunto, por la morfología de las ánforas (Ramón 1986-89: 232 s. y 1995: 85) y de la vajilla fina debe situarse hacia fines del s. IV y comienzos del III a.C. (Niveau de Villedary 2001b: 103). Cronología que nos sirve para demostrar, una vez más, como los talleres gaditanos comienzan a funcionar en un momento relativamente temprano y la plena inclusión de la producción local en la dinámica mediterránea protocampaniense. Esta última reflexión viene a colación, no sólo por la presencia de cerámica de la clase Byrsa 401, sino también porque es en este pozo en el que se halló la enócoe que hemos definido como nuestro Tipo XV-D, cuyos prototipos inmediatos se sitúan entre las producciones de aire etrusquizante de Volterra.

***Carteia* (San Roque, Cádiz)**

Algo más alejado del núcleo de la bahía de Cádiz, que hemos considerado principal centro productor y consumidor, en la bahía de Algeciras, en la ciudad púnica de *Carteia*, volvemos a encontrarnos el mismo fenómeno que hemos descrito para los niveles de fines del s. IV y comienzos del III a.C. en Doña Blanca y la necrópolis de Cádiz.

Los trabajos llevados a cabo desde 1995 en la ladera sur de la plataforma del foro —denominado por sus excavadores Sector B— han proporcionado nuevos datos para el conocimiento de la fase fundacional de la ciudad (Roldán y Bendala 1996: 20). La limpieza e interpretación de los muros de este Sector B, junto con la secuencia estratigráfica, permiten diferenciar dos momentos constructivos dentro del periodo púnico (Roldán *et al.* 1998: 152).

El momento más antiguo —fase I— se ha podido identificar con la primera ocupación de la ciudad. Esta primera fase fue arrasada relativamente pronto y de manera voluntaria, para proceder a una ambiciosa remodelación urbana. La fase de monumentalización de la ciudad constituye la fase II de la ciudad púnica que, sin embargo, conserva prácticamente la misma orientación que la primera, sirviendo los muros anteriores como cimentación de las nuevas edificaciones (*Idem.* 153). Los materiales cerámicos y, en concreto, los de barniz negro aparecidos en las limpiezas y sondeos de este sector, han posibilitado la datación de las diferentes fases y por tanto, el establecimiento de la secuencia estratigráfica del momento púnico de la ciudad de manera muy precisa.

En relación con la fase I o fase fundacional, han aparecido cerámicas griegas de barniz negro que datan este momento en torno al primero o comienzos del segundo cuarto del s. IV a.C. (Bendala *et al.* 1994: 90, fig. 7, 8-10). A continuación, en la fase II, junto a materiales de barniz negro de notable antigüedad y procedencia ática y suditálica (*Idem.* fig. 7) aparecen ya asociados algunos fragmentos de cerámica "tipo Kuass" (*Idem.* fig. 6, 6-9). Esta asociación de materiales ofrece una fecha sobre la segunda mitad del s. IV o muy principios del III a.C. (Roldán *et al.* 1998: 161). La cronología de ambas clases cerámicas —barniz negro ático y "tipo Kuass"— evidencian la perduración de esta segunda fase, en la que desaparecen las primeras y se generalizan las segundas, hasta entroncar, sin solución de continuidad, con la fase republicana —fase III— a mediados del s. II a.C. y "ponen de manifiesto la oportuna diferenciación, en dos fases, del periodo púnico de Carteia" (*Idem*). La presencia de cerámicas "tipo Kuass" en los contextos que estamos viendo, con cronologías propias de finales del s. IV y sobre todo del III, apuntan además, un término *ante quem* para la construcción del acceso monumental que caracteriza a la fase II de la ciudad púnica (*Idem.* 162).

[140] De todas formas hay que precisar que estamos refiriéndonos a periodos cronológicos cortos, centrados en el s. III a.C.

5.2.2. El apogeo de la producción (s. III a.C.)

> "Así pues, de un periodo inicial de experimentación se iría fijando y simplificando la producción, reduciendo el repertorio formal y el esquema decorativo" (Principal 1998a: 107).
>
> "Si en un primer momento la producción parece reducida, a mediados del s. III a.C., se habría ya consolidado plenamente, con una producción bien definida y con diversas oficinas activas" (*Idem.* 119).

La etapa inicial que hemos considerado de tanteo, posiblemente durara aún mientras las últimas cerámicas áticas que habían llegado a la bahía de Cádiz siguieran en circulación. En el caso de estas últimas importaciones, el tiempo de amortización sería algo mayor que lo había sido con anterioridad (Adroher y López Marcos 1992: 13), perdurando quizás, como sucede en otros contextos (Cura-Morera 2000: 116), hasta comienzos del s. III a.C.

Cuando las cerámicas áticas terminan por desaparecer por completo y la producción propia alcanza niveles de fabricación y distribución lo suficientemente significativos, podemos empezar ya a hablar de una segunda fase en la producción del taller. Esta segunda etapa se caracteriza por la sustitución total en el mercado de la vajilla griega por la de "tipo Kuass" y por la fijación del repertorio formal y decorativo característico, y prácticamente abarca, al igual que en el resto del Mediterráneo, la totalidad del s. III a.C.

5.2.2.1. *Las formas: fijación de un repertorio propio*

Durante la etapa anterior hemos visto como los artesanos gaditanos se limitan, en la práctica, a reproducir los perfiles de los vasos áticos que están viendo. Ahora asistimos a un doble fenómeno: por una parte vemos cómo las formas propiamente griegas evolucionan, poco a poco, hacia perfiles más simples, más angulosos, bases más estrechas, decoraciones más esquemáticas, etc. que, como venimos repitiendo, es una característica común a todos los talleres protocampanienses; y, por otra, cómo, en la configuración de la vajilla, se están potenciando ciertas formas frente a otras. En este momento es también cuando observamos que producciones de otros talleres protocampanienses influyen de una manera u otra en la formación del repertorio propio gaditano: Pequeñas Estampillas en la Forma X, producciones etruscas en el Tipo XV-D, etc.

Aunque los platos de las Formas I y III se siguen documentando durante toda esta fase, la presencia del plato de pescado (Forma II) es abrumadora, hasta el punto de constituirse en la forma más numerosa con diferencia. En este momento el éxito de la forma barnizada es tal que, como dijimos en su momento, se impone a los mismos tipos en cerámica común. La forma recuerda mucho a la griega, aunque ahora el borde siempre acaba en una pestaña bastante señalada y colgante y las bases se estrechan. Aunque con excepciones, tanto la parte superior del borde como la zona alrededor de la cazoleta, se decoran mediante acanaladuras. Tanto por su presencia como por su distribución, podemos afirmar que nos hallamos ante la forma característica de la producción gaditana.

Al plato de pescado le siguen en éxito los cuencos que hemos englobado dentro del Tipo IX-A. Este tipo constituye, junto a las lucernas abiertas, la creación propia más característica del taller gaditano. Se trata de una forma que, en principio, se puede derivar de una de las últimas áticas importadas, los pequeños saleritos L-24. Sin embargo, en él concurren una serie de rasgos originales que lo apartan de cualquier otra producción de barniz negro. Ya propusimos en su momento que en la formación de este vaso quizás tuviese mucho que ver la forma correspondiente de cerámica común a la que, al igual que pasa con los platos de pescado, sustituye en la vajilla de estos momentos.

El resto de formas que se comienzan a producir a imitación de las griegas, también van perdiendo sus rasgos arcaizantes y adquiriendo perfiles y características propias. Quizás el caso más elocuente sea el de las copas (Forma VIII) que, como ya hemos adelantado, muy pronto deja de fabricarse de acuerdo a los perfiles áticos y copian el típico perfil campaniense en doble curva y borde saliente, posiblemente como resultado de su adopción como vaso para la bebida. También el bolsal (Forma VII) pierde algunas de los rasgos griegos clásicos y la forma de "tipo Kuass" se caracteriza por la ausencia, en algunos casos, de asas, la pérdida de la acanaladura bajo el cuerpo, del perfil globular de éste y de los pies característicos.

Quizás en estos momentos también haya que situar la fabricación de algunas de las formas singulares contempladas en nuestra tipología, concretamente de la Forma XIII y la Forma XIV, para las que hemos propuesto un origen influenciado por ciertas formas típicas locales más cercanas a éstas que a las tipologías de barniz negro; pues es ahora cuando la vajilla barnizada "tipo Kuass" alcanza un éxito tal y se adopta de tal modo por la población, que llega a sustituir en la vida cotidiana a otras vajillas comunes. Lo mismo podemos decir en relación a las lucernas abiertas (Forma XVI).

5.2.2.2. *Las estratigrafías*

Al tratarse del momento de máximo apogeo de la producción y también el de mayor duración, esta segunda etapa es la que mejor documentada tenemos estratigráficamente.

Los contextos vienen definidos por la ausencia de otros elementos de barniz negro, tanto áticos y campanienses como contemporáneos, ya que la vajilla local cubre las necesidades del mercado por completo y son muy pocos y de carácter exótico, los elementos importados de barniz negro que llegan en estos momentos.

La reciente sistematización de las formas anfóricas locales correspondientes a esta centuria y la abundancia de formas centromediterráneas bien datadas, contribuyen a caracterizar estos contextos, tradicionalmente poco definidos.

El Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)

La segunda etapa de la producción del taller gaditano "tipo Kuass" se corresponde con el último nivel de ocupación del Castillo de Doña Blanca. Al tratarse del último estrato de la secuencia, este momento está bien documentado en todas las áreas excavadas, aunque nos hemos limitado a aquellas con asociaciones más claras.

Sabemos que con la construcción de la muralla del s. III a.C. se anularon parte de las viviendas, haciendo más reducida el área habitada al interior de la misma, no existiendo, además, una fase urbana vinculada claramente a esta muralla sino que, en general, se mantiene la estructura de la ciudad del s. IV (Barrionuevo y Ruiz Mata e.p.). Por lo tanto y en líneas generales, los niveles vinculados a la última fase de la muralla nos darán una cronología de segunda mitad del s. III, mientras que las viviendas que queden cortadas por ésta, no irán más allá de mediados de siglo. En las áreas urbanas que no se vieran afectadas por la remodelación defensiva, exceptuando aquellas zonas en los que los niveles superiores se hallen arrasados por las labores agrícolas modernas[141], tendremos presentes ambos niveles.

El momento de destrucción de la ciudad lo tenemos bien documentado en la zona denominada "espigón", que comprende una lengua de tierra en la esquina sureste del poblado, próxima al puerto de la ciudad y que se corresponde a las estructuras defensivas de éste (Ruiz Mata 1986: 361 ss.). En sentido longitudinal al espigón se ha excavado un amplio tramo de la muralla del último periodo[142], al que se adosan tres casamatas, habitaciones amplias que debieron utilizarse como almacenes (*Idem.* 363 s.). En la esquina noreste del denominado "Almacén 1", junto a uno de los muros, apareció un tesorillo compuesto por 56 monedas de bronce, *shekels* acuñados posiblemente por Cartago durante la Segunda Guerra Púnica (Alfaro y Marcos 1994: 231) en talleres móviles de tipo militar (Alfaro 2000b: 431). Las monedas aparecieron pegadas unas a otras con aspecto de cilindro metálico y con manchas de materia orgánica a su alrededor, por lo que originariamente debieron estar metidas en una especie de saquito de cuero o tela. Este saquito es el testimonio de la precipitada huida de su poseedor, probablemente un soldado, ante los acontecimientos que acabaron con la vida del yacimiento (Alfaro y Marcos 1995: 396). Gracias a la precisa cronología de estas monedas, datadas entre el 221 y el 210 a.C. (*Idem.* 1994: 237 y 1995: 402; Alfaro 2000b: 431), podemos fechar el momento de destrucción del yacimiento hacia el 206, asociado a niveles de incendio, a la destrucción de varios tramos de la muralla y al hallazgo de bolas de catapultas que nos hablan de un posible asedio (Ruiz Mata 1988: 46 s.). El contexto arqueológico donde apareció el tesorillo, con ánforas grecoitálicas, centromediterráneas del tipo Merlin-Drappier 3 (Martín Camino y Roldán 1994: 474) y cerámicas de "tipo Kuass", se nos muestra, pues, como un referente cronológico muy fiable para estos momentos finales del s. III a.C.

El s. III se encuentra también bien representado en la vertiente norte de dicho corte (Ruiz Mata 1987b: 380), en los estratos de basureros que cubrieron sucesivamente el barrio fenicio del s. VIII a.C. abandonado en la siguiente centuria. Estos niveles han proporcionado una gran cantidad de material, pudiéndose diferenciar entre los niveles más antiguos, en los que todavía está presente la cerámica griega, de los más recientes, donde ésta, ausente, se sustituye completamente por las producciones locales.

En la campaña de 1989 se procedió a la excavación de un frente amplio en la zona norte del yacimiento a fin de delimitar la planimetría y el trazado de la muralla del s. III (*Idem.* 1990: 291). Como resultado de la intervención se exhumaron más de 200 metros de ésta y se practicaron cortes estratigráficos en varios de los tramos, que han ofrecido, de nuevo, una secuencia en la que es posible establecer una diferenciación en función de la correlación entre los binomios presencia-ausencia de cerámica griega y "tipo Kuass" y de los conjuntos anfóricos.

Conviene señalar también que en el yacimiento tenemos documentada la presencia de campaniense A, lo que a nivel cronológico, ya que el final del poblado como hemos visto no ofrece lugar a dudas, es de gran interés. Estamos asistiendo a la constatación de la introducción de esta clase cerámica ya desde la segunda mitad del s. III a.C., como las últimas investigaciones sostienen (Morel 1998a: 246 ss.), fruto de su inclusión en los circuitos comerciales y no de la penetración de las tropas romanas, al menos para estos momentos iniciales. Las formas representadas en Doña Blanca son las L-23, L-36, L-68b y algunas cerradas, lo que coincide con las primeras formas exportadas desde Ischia, todavía dentro del s. III (Principal 1998a: 140; Sanmartí y Principal 1998a: 208 ss.; Morel 1998a: 247).

Poblado de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz)

En íntima conexión con el último periodo de vida de la ciudad, en el punto más alto de la sierra de San Cristóbal, se localiza el poblado de Las Cumbres (Ruiz Mata y Pérez 1995: 50). Tras un pequeño corte practicado en 1985, en 1991 se procedió a la excavación en extensión del mismo (Ruiz Mata, Barrionuevo y Pérez 1991). De las tres hectáreas que se calcula que ocuparía, se han excavado 1.500 metros cuadrados y 38 habitaciones que corresponden a una ínsula casi completa, que limita al norte por una calle y al sur por un gran espacio abierto con restos de estructuras industriales (Ruiz Mata 1995a: 201 s.).

---

[141] Conviene llamar la atención sobre este hecho, que provoca que en muchas ocasiones los materiales de los niveles más modernos, entre ellos las cerámicas de "tipo Kuass", aparezcan entremezclados con el estrato de *humus* superficial, sin que podamos hablar por tanto de contextos intactos.

[142] Aunque en principio la última muralla de la ciudad se fechó en el s. IV, posteriormente su datación se ha rebajado hasta mediados del s. III a.C., poniéndose su construcción en relación con la Segunda Guerra Púnica (Barrionuevo, Ruiz Mata y Pérez 1999: 119).

La gran ventaja que ofrece el yacimiento, sumado a la amplitud de lo excavado y a la gran cantidad de material recuperado, es que presenta un solo nivel de habitación. Aunque en principio sus comienzos se fecharon hacia finales del s. IV (Ruiz Mata 1995a:196), la ausencia de cerámica ática, la tipología avanzada del resto de los materiales (Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999; Niveau de Villedary 1999b; Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000) y las monedas documentadas, que corresponden a una circulación típica de la Segunda Guerra Púnica (Alfaro 2000b: 430), nos inclinan a fechar el poblado en la segunda mitad del s. III a.C. En un contexto que hemos definido como típico de esos momentos, entre las formas de "Kuass" documentadas destacan los platos de pescado (F.II) y los cuencos (F.IX-A) que hemos considerado las típicas de esta etapa. El resto del repertorio muestra asimismo una simplificación de las formas y una progresiva rarificación de las decoraciones que contribuyen a apoyar la cronología propuesta.

Los yacimientos de la campiña: el Cerro Naranja (Jerez de la Frontera, Cádiz)

Ya hemos dicho que en esta segunda etapa, que es cuando se generaliza la producción, la distribución y el uso de la vajilla "tipo Kuass" es muy frecuente en la inmensa mayoría de los yacimientos que presentan niveles de ocupación que se puedan fechar durante el s. III a.C. Como ejemplo de otros muchos de similares características en el entorno de la bahía de Cádiz, presentamos esta villa rural ya que, al igual que sucedía con el poblado de Las Cumbres, cuenta con un sólo nivel de ocupación que es, además, exactamente el mismo momento que veíamos en aquel. El yacimiento, situado sobre la cima de un pequeño cerro, cercano a Jerez de la Frontera, con una extensión de 1.300 metros cuadrados, fue excavado de urgencia a finales de 1985 (González 1985) y se ha interpretado como un centro industrial destinado a la fabricación de aceite (Ruiz Mata 1995a: 192; González y Ruiz Mata 1999: 110). La mayoría de los materiales se hallaron en el interior de las habitaciones, en gran parte *in situ* y, aunque bastante fragmentados, completos, por lo que en muchos casos ha podido procederse a su reconstrucción (González 1987: 35). Entre éstos destacan las ánforas occidentales de tipología tardía conocidas por "Tiñosa" y "Carmona" (Rodero 1991a y 1995) y todo el elenco tipológico de cerámica pintada y común turdetana típico de este momento (Ruiz Mata 1987a; Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000). Respecto a la cerámica "tipo Kuass" tenemos representada la mayor parte de la vajilla[143], aunque los elementos más abundantes son, una vez más, como corresponde al momento del que estamos hablando: los platos de pescado (F.II) y los cuencos (F.IX-A). Esta datación de segunda mitad del s. III, se confirma por la presencia de otros materiales entre los que destacamos algunas formas de campaniense A y jarritas de gris ampuritana (Aranegui 1985; Barberá, Nolla y Mata 1993) que, posiblemente, haya de poner en relación con la penetración de tropas romanas en el marco de los enfrentamientos bélicos de la Segunda Guerra Púnica.

5.2.3. El final de la producción (finales del s. III-primera mitad del s. II a.C.)

> "El momento final de la actividad se debería situar a lo largo del último cuarto del siglo, a partir de la Segunda Guerra Púnica, y con la entrada de la campaniense A en los mercados, que hundiría y ahogaría la producción definitivamente" (Principal 1998a: 119).

Al igual que los talleres de Rosas, los gaditanos a causa de su estructuración nuclearizada, eminentemente artesanal, no podrían afrontar el reto de un suministro a gran escala al por mayor como el de la campaniense A y la producción decae en el último cuarto del s. III (Principal 1998a: 157). Aquí, por una serie de factores, pervive algo más. El carácter periférico del Círculo del Estrecho en relación al Mediterráneo, la introducción masiva, algo más tardía, de la campaniense A, el gusto púnico por los recubrimientos rojos, la tendencia de las zonas de origen púnico a la imitación, que provoca que los talleres se adapten a las nuevas modas y gustos y produzcan ahora formas campanienses con barnices negros y pastas grises; provocan que la vida del taller, como tal, se prolongue hasta mediados del s. II a.C.

Para el análisis de esta etapa, y aunque no la tenemos representada en Doña Blanca, yacimiento del que provienen la inmensa mayoría de los materiales objeto del presente estudio, contamos, sin embargo, con la ventaja de la documentación de su fabricación en los alfares y centros de producción.

5.2.3.1. *Las formas: simplificación del repertorio propio y adopción de elementos campanienses*

Este momento se caracteriza por dos fenómenos: por un lado la simplificación del repertorio, tanto desde el punto de vista morfológico, técnico y decorativo, como desde el de las formas fabricadas, que se reducen; y por otro, porque se comienzan a fabricar nuevas formas, ajenas a la tradición propia del taller, a imitación de las típicas de la campaniense A.

Hemos visto que hacia mediados del s. III a.C. y según nos muestran las estratigrafías del Castillo de Doña Blanca, comienzan a llegar a la bahía de Cádiz algunas formas de campaniense A. Los primeros tipos documentados —platos L-36 y vasos L-68b— (Morel 1998b: 11) influyen en mayor o menor medida en la creación de nuevos tipos por parte de los artesanos locales.

---

[143] Aunque en los primeros avances publicados sobre el yacimiento tan sólo se reconocieron las dos formas (González 1985: 95 y 1987: 39) más abundantes (F.II y F.IX-A), posteriormente hemos podido revisar el material y hemos reconocido otras (F.VII, F.VIII, y F.IX-B). Agradecemos a Rosalía González Rodríguez directora del Museo Arqueológico Municipal de Jerez y de las excavaciones y a Francisco J. Barrionuevo Contreras, técnico del mismo, las facilidades dadas para poder estudiar el material, así como su inestimable ayuda.

El caso más evidente es el de la Forma V, plato de borde cóncavo, que en la práctica supone una copia de la forma L-36 campaniense. En Doña Blanca, los hallazgos de esta forma en campaniense A son relativamente numerosos, mientras que por el contrario, las formas locales son aún muy escasas. Estamos asistiendo al momento en el que la forma comienza a copiarse y, por tanto, se incorpora al repertorio local, en un momento indeterminado de finales del s. III a.C. En momentos posteriores, a comienzos de la centuria siguiente, la forma se generaliza de tal manera que prácticamente se encuentra representada, como veremos a continuación, en la mayoría de los contextos fechados en el s. II a.C., llegándose a plantear que incluso hubiera podido sustituir a la forma clásica de plato de pescado (Sanmartí y Principal 1998a: 209).

Aunque no de forma tan clara, también los saleros de la Forma XI recuerdan los tipos campanienses L-34 y L-35a y posiblemente se inspiren en ellos, y los platos de las Formas IV y VI parecen interpretaciones locales de los perfiles más simples y evolucionados propios de la campaniense.

En estos momentos, el elenco tipológico se reduce prácticamente a las formas locales de mayor éxito: los platos de pescado y los cuencos de borde reentrante, aunque éstos van siendo poco a poco sustituidos por los boles de la Forma X.

Otras formas, como los platitos (F.III) y los bolsales (F.VIII), evolucionan hacia formas que salvo por el perfil general del vaso, poco tienen que ver con los prototipos o los primeros ejemplares.

Sin embargo, las copas (F.VIII) permanecen invariables, posiblemente debido a que es una de las formas que antes sufre esta evolución formal.

Resumiendo, ante lo que nos encontramos es ante una progresiva estandarización de la producción (Principal 1998a: 156) que, como hemos visto en el capítulo anterior, no tiene por qué suponer ni la industrialización a gran escala de la producción, ni mucho menos la introducción del modo de producción esclavista (García Vargas y Ferrer e.p.), que para estos momentos sólo tenemos documentado en algunas oficinas italianas (Adroher y Risueño 1991: 11).

5.2.3.2. *Las estratigrafías*

La vida del Castillo de Doña Blanca acaba al término de la Segunda Guerra Púnica, entre la segunda y tercera fase de la producción de los talleres de "tipo Kuass", pero tenemos documentado el final de la producción en otros yacimientos del entorno, entre los que destacamos los alfares en los que se fabricaron.

Torre Alta y Pery Junquera (San Fernando, Cádiz)

El complejo industrial de ***Torre Alta*** ha sido objeto de varias intervenciones arqueológicas de urgencia desde su descubrimiento en 1987 que han dado como resultado la excavación de dos grupos de hornos y una zona de escombreras, aunque tan sólo se han publicado, y de manera preliminar, los resultados de la primera de ellas (Perdigones y Muñoz 1988; Frutos y Muñoz 1994 y 1996). Por los materiales expuestos en el Museo Histórico Municipal de San Fernando y los datos publicados, advertimos al menos dos fases en la producción de estos alfares, ambas incluidas en este momento final del taller.

Los materiales procedentes de la escombrera excavada en 1995[144] parecen ser anteriores a los hallados junto a los hornos y pueden ser fechados a finales del s. III. Entre las formas que son habituales desde momentos anteriores —platos de pescado (F.II), pequeños platitos (F.III) y copas (F.VIII)— encontramos otras como un plato completo de borde cóncavo (F.V), con la estampilla rodeada de un doble círculo concéntrico, decoración habitual en esta forma y dos curiosas imitaciones de formas itálicas: un plato inspirado en decoraciones típicas de la cerámica de Teano (Pérez Ballester 1986: fig. 8, 26) y un *guttus* que recuerda a ciertas producciones de campaniense A antigua (Sanmartí y Principal 1998a: 212). Esta última pieza no puede, por tanto, ser anterior al cambio de siglo, momento en el que se fechan los pecios del Grand Congloué 1 —205 a.C.— y Ses Lloses-Lazareto —también de fines del s. III a.C.—, de donde proceden los prototipos. Otro elemento que contribuye a apoyar esta datación de finales del s. III para los materiales de la escombrera, es el diseño, muy esquemático y evolucionado, de la palmeta representada en el punzón utilizado para estampillar los vasos, expuesto en la misma vitrina.

Algo posteriores son los materiales procedentes de la excavación del primer grupo de hornos[145]. Ni la estratigrafía del horno 1, ni la tipología anfórica (García Vargas 1996: 51 y 1998: 158), ni la cerámica fina, autorizan a suponer el comienzo del funcionamiento de los hornos antes de fines del s. III ni más allá de la primera mitad del s. II a.C. (*Idem.* 1996: 50). La documentación de estas formas relativamente tardías: L-27, L-31, L-36 y L-55 (Frutos y Muñoz 1994: 398), que se fabrican tanto en barniz rojo como en pastas grises (García Vargas 1998: 158), son producto de otro momento y otras circunstancias. La introducción cada vez mayor de campaniense A y su éxito en los mercados gaditanos, provocó este intento de "reconversión" de la producción local en la primera mitad del s. II, introduciendo nuevas formas por una parte y nuevas técnicas por otra, aunque sin embargo, pronto se vio que no podían competir con las producciones que llegaban de Italia y los talleres dejan de funcionar a partir de la segunda mitad de la centuria.

Para terminar, tan sólo citar que los materiales recogidos en superficie y expuestos igualmente en dicho museo, por morfología y esquemas decorativos —bases amplias decoradas con cinco sellos muy esquemáticos—, apoyan una fecha de finales del s. III y primera mitad del II a.C. para la producción, en cuanto a cerámica "tipo Kuass" se refiere, de dichos alfares.

---

[144] Excavación inédita dirigida por Vicente Castañeda Fernández y Aurora Higueras-Milena.

[145] Un segundo conjunto formado también por dos hornos, se excavó en 1997, permaneciendo igualmente inéditos los resultados de dicha intervención, que tan sólo conocemos por las breves notas publicadas en la prensa local.

Respecto al conjunto de ***Pery Junquera*** excavado en 1997 (González Toraya *et al.* 2000), también tenemos documentados dos momentos: uno que los excavadores han considerado "púnico", que se puede fechar hacia finales del s. III-comienzos del II a.C., en el que de nuevo encontramos representado todo el elenco tipológico propio de estos momentos[146] y una segunda etapa republicana en la que se documenta el comienzo de la fabricación por parte de los talleres locales de copias o imitaciones de formas y tratamientos de la campaniense A, que conviven con los materiales, cada vez más residuales, de barniz rojo y que podemos fechar, en función de los envases anfóricos, de la estratigrafía y de la tipología campaniense, hacia el segundo cuarto del s. II a.C. (*Idem.*).

Kuass (Arcila, Marruecos)

El caso del complejo industrial marroquí es muy parecido al de Torre Alta. Aquí también tenemos documentada únicamente la última etapa de la producción, presentando ambos yacimientos una facies cultural idéntica. El mismo Ponsich no termina de aclararse con la datación del horno III, de donde proceden los elementos barnizados. Mientras que en una primera publicación propone una fecha del s. III a.C. (1968: 4), al año siguiente la eleva hasta el s. II (*Idem.* 1969a: 61). Por los materiales publicados, prácticamente la totalidad de los recuperados (Aranegui *et al.* 2000: 19), nos sumamos a la segunda propuesta. La presencia de platos de la Forma V de tipología y decoración idénticas a los de Torre Alta (Ponsich 1969a: fig. 7), la significativa presencia de boles de la Forma X (*Idem.* 1968: lám. XI, 1-2), frente a los más "clásicos" de la Forma IX-A, la abundancia de esquemas decorativos compuestos por cinco palmetas (*Idem.* 1969a: fig. 8) etc., nos obligan a considerar que nos hallamos ante lo que hemos considerado la etapa final de la producción.

Necrópolis de Cádiz

Este contexto típico de la primera mitad del s. II a.C., donde aparecen asociadas las últimas producciones de "tipo Kuass" junto a gran cantidad de campaniense A, lo tenemos documentado en numerosos puntos de la bahía. En la necrópolis púnica de Cádiz los primeros momentos republicanos se caracterizan por una continuidad muy marcada respecto a los momentos anteriores. Es pues, dentro de ese mundo de la celebración de ofrendas y banquetes rituales y de la amortización final de la vajilla utilizada en pozos o fosas (Niveau de Villedary 2001b), desde donde tenemos que explicar la existencia, en la excavación de urgencia llevada a cabo a comienzos del año 2000 en una de las parcelas de los antiguos Cuarteles de Varela[147], de grandes bolsadas de material, que aparecen junto y sobre las tumbas de estos primeros momentos romanos, aunque, repetimos, culturalmente podemos seguir hablando de púnicos. En estos momentos las producciones "tipo Kuass" se reducen, en la práctica, a unas pocas formas, destacando las derivadas de la campaniense L-36 (nuestra Forma V). Se trata de escasos fragmentos, de muy mala calidad, que conviven de forma residual con un gran número de platos L-36 de campaniense A que, por el contrario, destacan por su variedad y calidad.

C/ Durango (El Puerto de Santa María, Cádiz)

Si interesante es comprobar la rápida adopción en contextos funerarios, culturalmente más conservadores, de la vajilla campaniense y la sustitución de la local por ésta, asimismo resulta significativo ver cómo se introduce, también rápidamente, en los contextos de habitación. La documentación en los propios alfares de una producción que imitaba formas y técnicas campanienses desde momentos muy tempranos, presagiaba la intensa y rápida sustitución de una producción por otra en el mercado.

En 1987, en el curso de una intervención urbana en el número 50 de la calle Durango en el casco urbano de El Puerto de Santa María, se localizó un foso con restos cerámicos que han podido ser fechados con precisión en la primera mitad del s. II a.C. (Ruiz Gil 1995: 19). Entre ánforas rodias (Joncheray y Vanderpijl 1976: lám. 5, 52) con paralelos en el pecio del Grand Congloué 1 (Benoit 1961a: lám. 1, 1), grecoitálicas, púnicas centromediterráneas del tipo Mañá-D y C-2a, PE-17 ebusitanas (Ramón 1991: 110 ss.), locales de tipología evolucionada —MPA4 y E-2— (Niveau de Villedary 1999b: lám. 1, 1-2), cerámica púnica de cocina (Guerrero 1995), cálatos ibéricos, etc., es decir, un repertorio "típico" de la primera mitad del s. II a.C. (Aquilué, García Roselló y Guitart 2000: 389), encontramos de nuevo la asociación entre las últimas producciones gaditanas, representada por formas evolucionadas (F.II, F. V, F.VIII), de muy mala calidad técnica y campaniense A muy abundante, de gran calidad y tipológicamente variada (L-5, L-23, L-27, L-36, *guttus*, etc.).

Este corte muestra el desplazamiento de la población, tantas veces sugerido, desde Doña Blanca, río abajo, hasta el casco urbano de la actual ciudad de El Puerto de Santa María, debido tanto a causas bélicas como naturales (Ruiz Mata y Pérez 1995: 75).

5.2.4. PERVIVENCIAS POSTERIORES (DESDE MEDIADOS DEL S. II A.C.)

No nos cabe duda de que la gran producción de estos talleres, al menos en el entorno de la bahía de Cádiz[148], centro neurálgico de producción, distribución y consumo de esta clase cerámica, acaba hacia mediados del s. II a.C., tras un último periodo en el que los productos locales conviven de forma residual con las importaciones de campaniense A. Y sin embargo, el gran éxito de estas producciones provocó que aunque en menor medida y de forma aislada, los talleres cerámicos gaditanos siguiesen fabricando formas campanienses, más evolucionadas, en ocasiones de superficies rojas de acuerdo con el gusto local (Boube 1985-86: 155) y en otras, negras o grises según la moda imperante (Ventura 1985b: 128).

---

[146] Agradecemos a sus excavadores tanto el acceso al material como a los resultados preliminares de las investigaciones, aún sin publicar.

[147] Debido a lo reciente de esta intervención dirigida por Francisco J. Blanco Jiménez, hemos podido observar el material *in situ*, en su contexto original y posteriormente en el proceso de selección y clasificación, gracias a la continua disponibilidad de su excavador.

[148] Parece que en ciertas zonas, en concreto del Marruecos atlántico, la producción y consumo de esta clase cerámica, pervive hasta el s. I a.C. e incluso hasta nuestra era (Aranegui 2001), pero pensamos que este hecho es debido al carácter periférico y, en cierto modo marginal, de estos territorios respecto al centro del "Círculo del Estrecho" que debemos situar en Cádiz. Idénticas reflexiones podemos hacer respecto al comportamiento de ciertas zonas del valle del Guadalquivir. *Vid.* Capítulo 6.

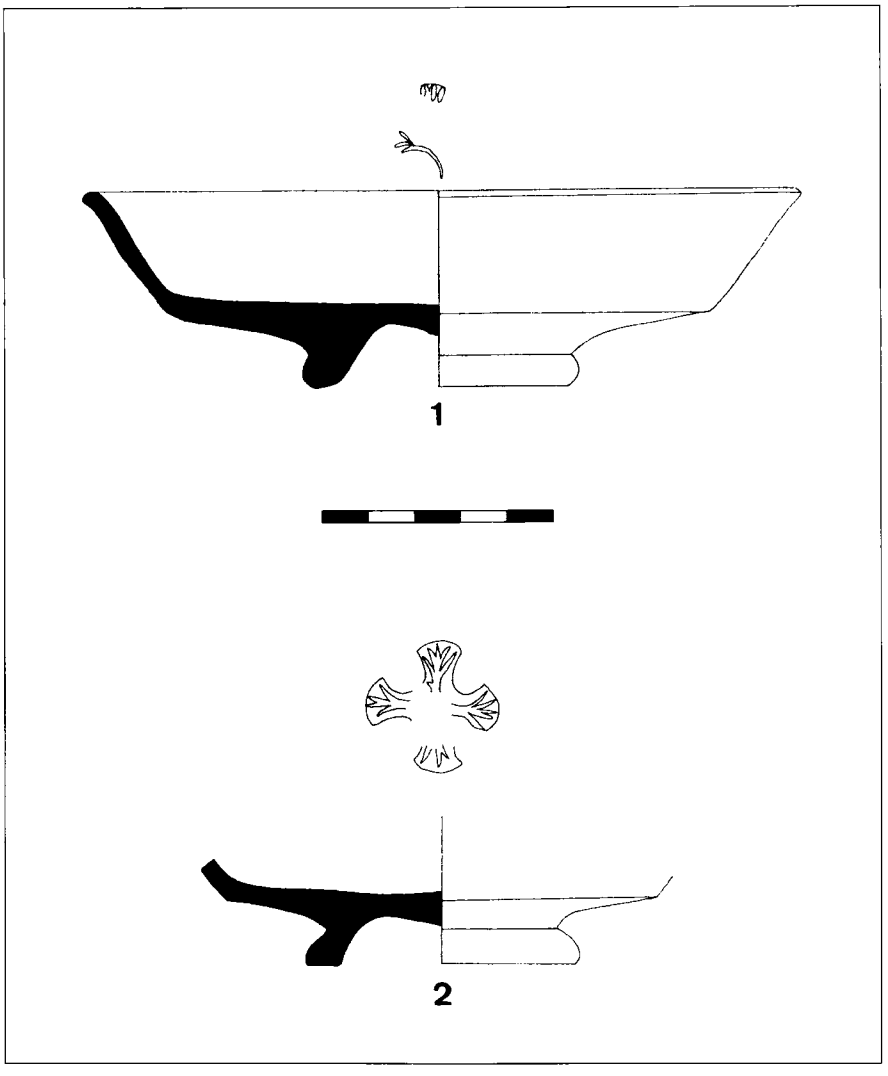


FIGURA 54.—*Producciones tardías barnizadas en rojo.*

Generalmente se trata de formas de copas típicas de la campaniense B (Adroher y López Marcos 1996a: 25 s.), de las primeras cerámicas aretinas de barniz negro (Goudineau 1968) y de ciertas producciones del área etrusca (por ejemplo Cosa) que se pueden englobar dentro de la especie 2650 de Morel (1981a: 201 s.) y que se caracterizan por el resalte cóncavo que presentan en la parte interna del pie que se desarrolla desde el plano de reposo hacia la pared interna de aquel (Goudineau 1968: 239 s.) y de la serie 1231, producciones de aire púnico del extremo occidente fechadas, al igual que las anteriores, entre los siglos II y I a.C. El fondo interno de estas formas aparece con frecuencia decorado con motivos losángicos impresos (Ventura 2000: fig. 21), con palmetas terminales en cada brazo, decoración típica de algunas producciones de campaniense B e imitaciones (Beltrán 1990: 40), en uso entre finales del s. II a.C. y la primera mitad del I (Boube 1985-86: 155).

En nuestra zona de estudio hemos podido documentar estas producciones entre los materiales de dos excavaciones de urgencia, una en el número 12 de la calle Santo Domingo en El Puerto de Santa María (Cádiz) (Ruiz Gil *et. al.* 1999: 16; Ruiz Gil 1999: 48 ss.) de donde procede un ejemplar casi completo (*Fig. 54, 1*), con la decoración perdida en parte, y la segunda en Cádiz, en los antiguos Cuarteles de Varela, en plena zona de necrópolis púnica, donde documentamos un fondo (*Fig. 54, 2*) muy parecido al anterior, con decoración de *losange*, entre los materiales de relleno de uno de los pozos del solar (Miranda y Pineda 1999: 210). En ambos casos se trata de contextos estratigráficos revueltos, por lo que sólo podemos aventurar la cronología de estas piezas tipológicamente.

Producciones similares se han identificado en el valle del Guadalquivir (Ventura 1985b: 128 y 2000: 185 s.), Bolonia, *Carteia* (Boube 1985-86: 158) y en el norte de Africa (*Idem.* 155 ss., pl. XVIII, 5), en todos los casos con cronologías que oscilan entre la segunda mitad-finales del s. II y el s. I a.C. y de origen posiblemente sudpeninsular.

Desde un punto de vista cultural estas producciones nos plantean algunos interrogantes: ¿nos hallamos ante producciones propias que podemos considerar "presigillatas"?, ¿se trata de las precursoras, con formas helenísticas, de la posterior producción de aretinas rojas?, ¿son formas autóctonas que preconizan con su tratamiento superfi-

cial, producto de muchos siglos de tradición, la cerámica que se impondrá en momentos posteriores? No nos cabe duda del interés de responder a tales cuestiones, pero pensamos que además de no contar con los suficientes datos materiales, se escapa al objetivo del trabajo, aunque queremos apuntar esta posible vía de estudio.

5.3. LA EVOLUCIÓN EN LA PRODUCCIÓN DEL TALLER

En el epígrafe anterior hemos intentado trazar, contextualizándolas, las diferentes fases de la evolución del taller gaditano; sin embargo, como ya advertimos en la introducción, se trata de un esquema "ideal" que no tiene por qué cumplirse siempre. Nos encontramos con situaciones en las que antiguas formas perduran más en el tiempo y las hallamos asociadas a materiales que en principio, puedan parecernos más modernos, es lo que sucede, por ejemplo, en los contextos funerarios. Por otra parte, y en según que lugares, estas etapas pueden tener duraciones diferentes. En las zonas más alejadas de los centros productivos lo normal será que la producción se introduzca cuando la vajilla ya está consolidada —en lo que hemos considerado segunda fase de la producción del taller— y que por tanto, la etapa inicial de tanteos tan sólo se documente en el entorno más próximo a los centros de fabricación.

Sí podemos, también en líneas generales, intentar determinar el momento en que se introduce cada una de las formas y la evolución general de éstas.

En primer lugar tenemos una serie de formas documentadas desde los primeros momentos de la producción. Estas formas derivan sobre todo de las formas áticas de barniz negro tardías y en algunos casos de ciertos elementos de producciones italianas. En principio, dentro de este grupo incluimos a nuestras formas F.I (plato moldurado), F.II (plato de pescado), F.III (platito), F.VII (bolsal), F.VIII (copa), F.IX-A, F.IX-B y F.IX-C (cuencos).

— La Forma I, que hemos denominado por su perfil accidentado, ***plato moldurado*** *(Fig. 55)*, es el único tipo cuya presencia está documentada desde estos primeros momentos que no deriva directamente de la cerámica ática de barniz negro. Sus prototipos, como hemos tenido ocasión de analizar, hay que buscarlos entre ciertas producciones del área etrusca por un lado y por otra, en algunos platos siciliotas de producción local de los que además tenemos constancia de su presencia en la bahía de Cádiz, en concreto en el yacimiento de Doña Blanca.

Esta forma en un primer momento conservaría los rasgos típicos de las producciones originales, es decir, la superficie surcada por numerosos "accidentes": pequeños listeles, molduras, surcos y acanaladuras más o menos profundas, que se combinan para formar una decoración en cierta medida abigarrada y que confieren a las piezas una apariencia metálica fruto de la tradición toreútica de la que nacen. La evolución de la forma se advierte en varios aspectos: la bases se van estrechando —fenómeno común, por otra parte, a todas las formas helenísticas—, el fondo exterior pierde la característica moldura, los elementos decorativos, aunque aún se advierten en ambas superficies, se reducen, el perfil general se suaviza y los bordes adquieren una morfología suavemente almendrada, en contraposición a los anteriores, más angulosos.

— El ***plato de pescado*** (Forma II) es una forma que se mantiene bastante constante a través del tiempo *(Fig. 56)*. Donde mejor se advierte la evolución es, una vez más, en el progresivo estrechamiento de las bases. Con el tiempo el borde se va alargando y combando y, en ocasiones, pierde la característica acanaladura sobre éste, adquiere mayor profundidad, algo de amplitud y, por tanto, aumenta su capacidad (Bats 1988: fig. 9, 3-4). Los pies de estos platos pueden ser muy variados y no es posible seguir detalladamente su evolución, aunque elementos como la acanaladura bajo la zona de reposo es un rasgo arcaizante, heredado de las formas áticas, que se pierde con el tiempo. En la evolución de los platos de pescado vemos como la forma general se va acercando al perfil típico campaniense: ya no vemos la acanaladura, las formas se abren, los labios se alargan y curvan, etc. (Morel 1981b: 89).

— Por el contrario, los ***platitos*** de la Forma III *(Fig. 57)* sí sufren un cambio importante. Los primeros ejemplares guardan fielmente las proporciones áticas —en su talla pequeña— y calcan sus perfiles. Se trata de pequeños platos de bases anchas, con frecuencia con acanaladuras bajo la zona de reposo, borde engrosado, limitado al exterior por una línea incisa y al interior por una leve protuberancia y que siempre aparecen decorados mediante estampillas estilizadas de ejecución cuidada. Poco a poco, a la vez que se estrechan las bases, se pierden estos rasgos originales que distinguían a las primeras producciones y aunque el perfil sigue siendo el mismo, en general la forma se simplifica e igual ocurre con los esquemas decorativos, hasta que en una última fase, se termina eliminando por completo todos estos atributos secundarios y acercándose, como ocurre entre otras producciones locales de ámbito púnico (Tronchetti 1991: fig. 2, 14), a perfiles campanienses —L-55—.

— El caso del ***bolsal*** (Forma VII) es similar al anterior *(Fig. 58)*. También las primeras formas resultan copias casi perfectas de los prototipos griegos y también sufre una evolución evidente hasta llegar a los últimos ejemplares. Este vaso para beber, que surge en los talleres griegos como una forma exclusiva de barniz negro (Sánchez 1992a: 223), constituye un tipo claramente definido, con elementos propios y una evolución individualizada. Se compone de un cuerpo profundo, de paredes rectas, dos asas horizontales que arrancan debajo del borde y un pie elaborado y muy característico. Se trata de un pie saliente que en el interior muestra una curva continua desde el fondo externo hasta la zona de reposo y en el exterior la unión con esta curva forma un ángulo agudo. El pie se une al cuerpo mediante una curva, también característica, que sirve de separación entre la recta superior del cuerpo y el pie propiamente dicho y que queda marcada mediante una acanaladura. Los primeros ejemplares reflejan las características de los tipos áticos evolucionados, de la segunda mitad del s. IV a.C.: la pared se

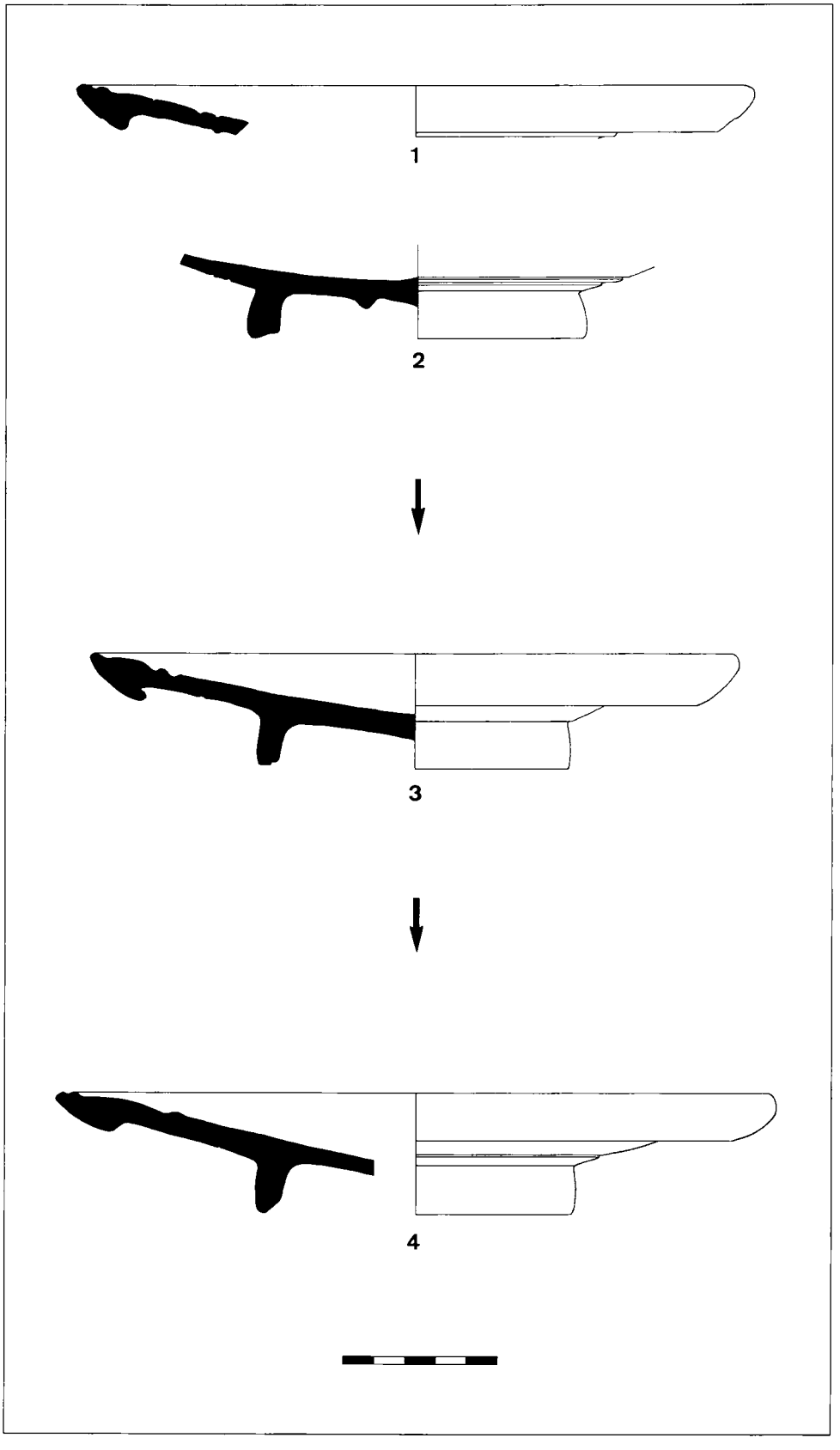


FIGURA 55.—*Evolución de la Forma I. Plato moldurado.*

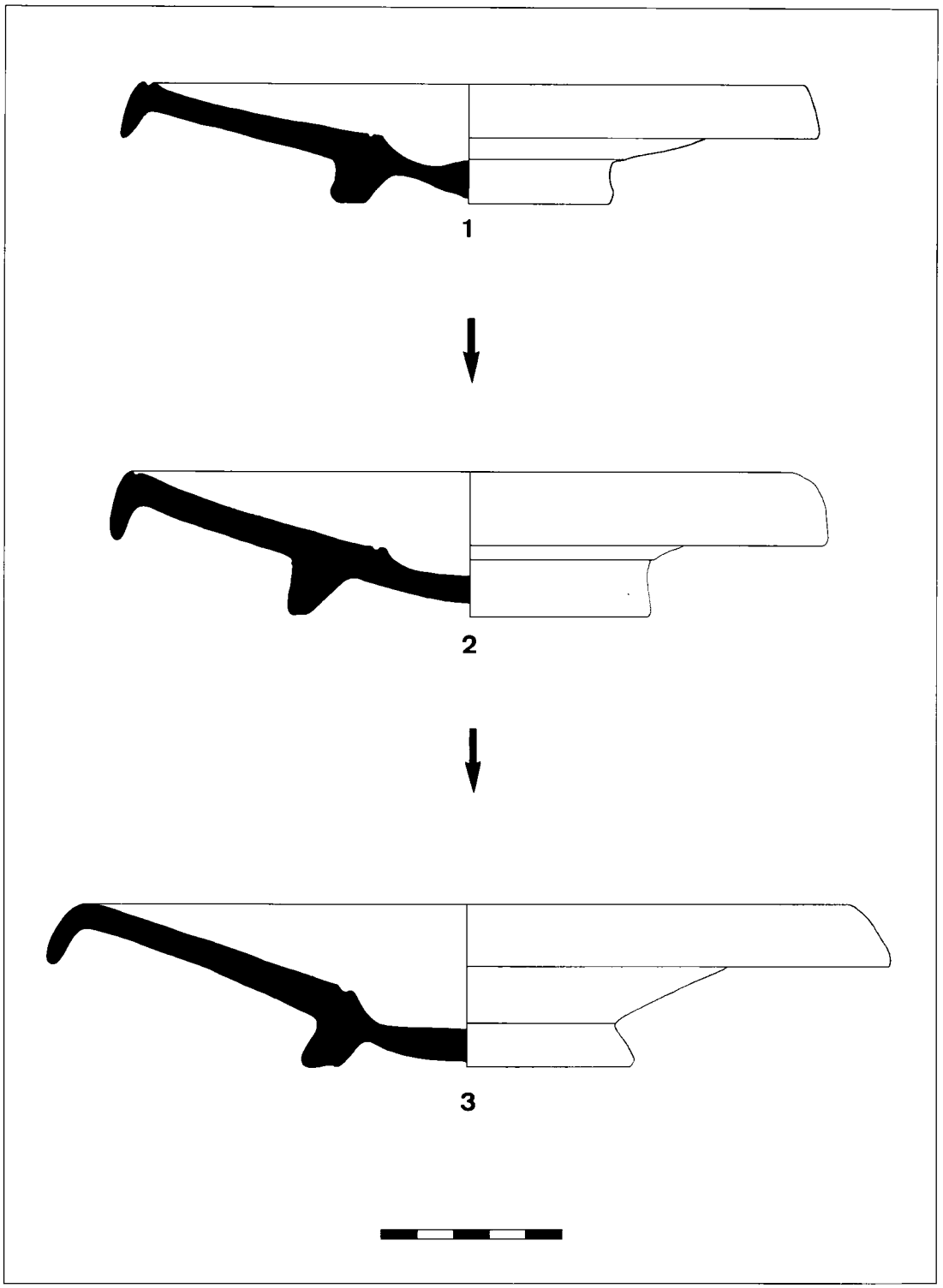


FIGURA 56.—*Evolución de la Forma II. Plato de pescado.*

curva y el borde se gira hacia fuera, las asas se elevan y sus extremos se juntan, aparece la acanaladura bajo la zona de reposo del pie y el fondo interno se abulta formando una especie de cono. En estos primeros ejemplares los diseños decorativos, muy estilizados, se ejecutan cuidadosamente. Con el tiempo la curva del cuerpo se va perdiendo y las formas amplias y redondeadas van dejando paso a perfiles angulosos, que quiebran el contorno de las piezas. También terminan por desaparecer elementos tan característicos como las asas, la acanaladura bajo el cuerpo, la decoración estampillada y aunque perdura algo más, el típico pie.

— En las ***copas*** de la Forma VIII *(Fig. 59)* es quizás donde mejor vemos como se pasa de la forma ática a la campaniense. La evolución, tan clara en este caso, quizás se deba a que se trata, en el caso de la copa griega ("outturned rim bowl" o L-22), de una forma de relativa antigüedad dentro de los conjuntos de barniz negro que estamos manejando. Es decir, que era ya un

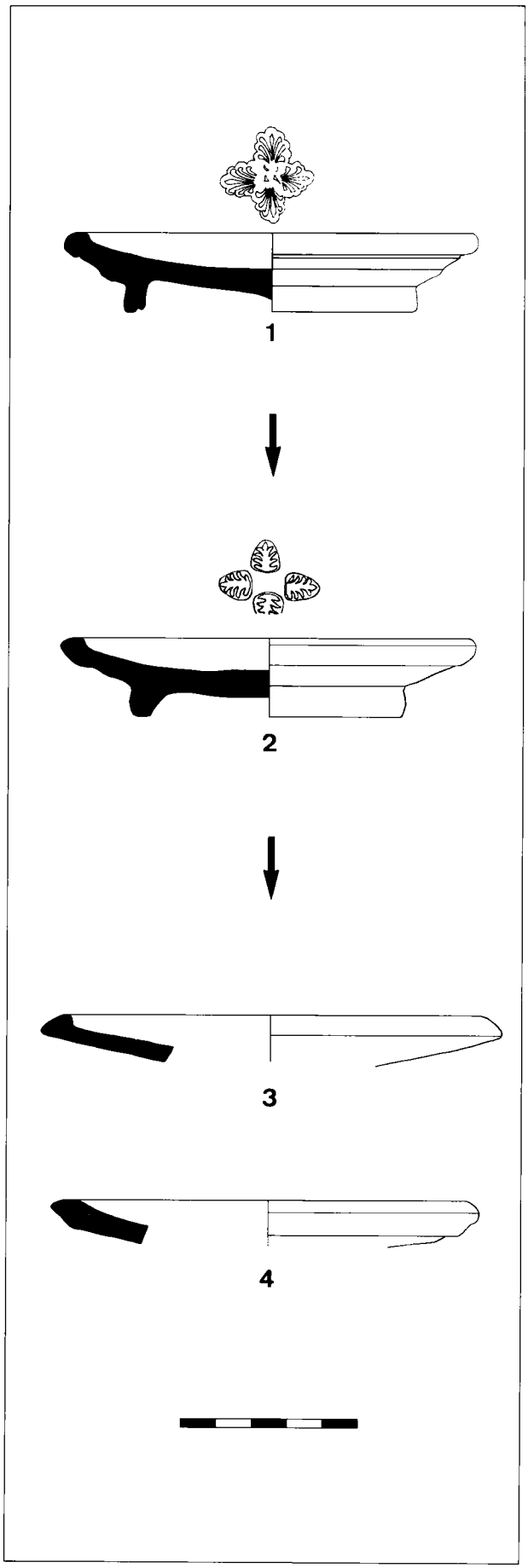


FIGURA 57.—*Evolución de la Forma III. Platito bajo.*

tipo pasado de moda cuando los talleres locales comienzan su producción. De la antigua forma ancha y poco profunda, con paredes que describen una línea continua desde el pie hasta el borde engrosado, se pasa al perfil en doble curva, la parte superior se exvasa cada vez más y el borde, que pierde el engrosamiento, termina por ser una prolongación de la pared. En estas formas, ya de perfiles campanienses (L-28), los pies tienden a elevarse, casi siempre se separan del cuerpo y con frecuencia presentan una acanaladura en la zona de reposo que pervive hasta prácticamente los momentos finales. Se trata de una forma que casi siempre aparece decorada, aunque con el tiempo también los esquemas decorativos se simplifiquen y tiendan a una mayor esquematización.

— Hemos dividido a los ***cuencos*** de la Forma IX en tres tipos, de los que también podemos seguir su evolución por separado. El ***Tipo IX-A*** *(Fig. 60)*, supone una reinterpretación local de los saleros áticos de la forma L-24. Ésta es una de las pocas formas de barniz negro que se exportan en los momentos finales, cuando apenas la vajilla ática llega a nuestras costas. Como última producción la tenemos bien documentada en los niveles de finales del s. IV a.C. en el Castillo de Doña Blanca, junto a los primeros productos locales de barniz rojo, todavía con pies esbeltos y cuerpos anchos. Poco a poco, el perfil general del vaso, sus dimensiones y las características esenciales, se irán definiendo y fijando, hasta el punto que supone una de las formas más canónicas de nuestra producción. De los primeros ejemplares, de perfil más elegante, se pasa a estos otros, de aspecto compacto y pies robustos. Con el tiempo el perfil de los vasos tiende a quebrarse y de nuevo la talla se reduce, a semejanza de las formas que se están imponiendo en el Mediterráneo (L-34).

— La ***Forma IX-B*** *(Fig. 61)* en principio imita de forma fiel a los "incurving rim bowl" áticos, formas relativamente anchas, con surcos bajo el pie y decoración cuidada, para con el tiempo, ir perdiendo algunos de estos atributos, estrechando la base, abriendo la boca y, en general, perdiendo la elegancia de las primeras formas, evolución que ya habían iniciado las formas áticas (Cuadrado 1963: 40).

— Tampoco varían demasiado con el tiempo los pequeños cuencos de nuestro ***Tipo IX-C*** *(Fig. 62)*, lo que en principio confirmaría la idea de que se trata de una unidad de medida. Aunque la forma siempre conserva, hasta los momentos finales del taller, el característico pie ancho que la define, sí observamos, a nivel general, cierta evolución: la forma gana en robustez, se pierde la acanaladura bajo el pie, las decoraciones se esquematizan, etc. En un momento determinado de finales del s. III a.C. vemos en esta forma la influencia ejercida por las primeras campanienses A que se comercializan. En nuestro caso documentamos un ejemplar decorado con tres palmetas radiales, siguiendo esquemas propios de los productos de Ischia.

Éstas son, de forma breve, las formas de la vajilla "tipo Kuass" en las que podemos seguir, en cierto modo, su evolución en el tiempo. Junto a ellas nos encontramos con una serie de formas que aparecen en un momento determinado, fruto de las influencias de

otros talleres protocampanienses y, sobre todo, de las formas antiguas de campaniense A. Entre éstas podemos citar las formas de ***platos*** de borde continuo (***Forma IV***), la ***Forma VI*** y sobre todo los platos de borde cóncavo de la ***Forma V***, los ***saleritos*** de la Forma XI y los ***boles*** de la Forma X *(Fig. 63)*. De todas estas formas nos es difícil seguir la evolución, ya que aparecen de forma más tardía y se hallan escasamente representadas en los contextos que mejor conocemos.

Y por último, contamos con otro conjunto de formas que por su escasa presencia o por lo canónico de las formas, no podemos saber si evolucionaron o no a lo largo de tiempo ni en su caso, establecer esa secuencia. Se trata del ***vaso profundo*** de la Forma XII, las ***Formas XIII y XIV***, las botellitas, jarras y ungüentarios (***Forma XV***) y los dos tipos de ***lucernas***: abiertas (Forma XVI) y cerradas (Forma XVII).

Pero no sólo en las formas se advierte la evolución de la producción del taller gaditano. Ésta también es evidente en la decoración y en los tratamientos superficiales de las piezas.

Las primeras estampillas reproducen con estilo cuidado los más mínimos detalles de los motivos originales, inspirados también en los áticos y la impresión suele ser asimismo esmerada. Con el tiempo, no sólo asistimos a una simplificación y esquematización de los motivos, sino también de los mismos esquemas (es menos frecuente, por ejemplo, que nos encontremos estampillas formadas por cuatro palmetas ligadas) y de la aplicación de éstos. La decoración a base de una sola palmeta empieza a sustituir a diseños más complejos (Principal 1998a: 89).

Y ya hemos dicho que, a lo largo del proceso evolutivo, los elementos ornamentales superficiales —acanaladuras, listeles, molduras, etc.—, cuya presencia denota por sí misma antigüedad (*Idem.* 77) tienden a desaparecer.

Respecto a las técnicas y calidad de los barnizados, éstas también varían con el tiempo. En principio nos encontramos con barnices espesos, aplicados a pincel como los griegos, que cubren la totalidad de la superficies de los vasos (incluidos los fondos y zonas de reposo de los pies). El horneado también se cuida, puesto que las coloraciones finales resultan uniformes, aunque debido a lo espeso de la capa de barniz aplicada, éste se suele cuartear y explotar. Conforme avanza la producción, el acabado de las piezas se cuida menos. Junto a vasos con coloraciones uniformes, los menos, la mayoría presenta varias tonalidades, frecuentemente con zonas quemadas. También las técnicas de aplicado varían, poco a poco se impone la técnica del sumergido, a modo de otros talleres mediterráneos, provocando la aparición de chorreones y aguas en las superficies y, en ocasiones, de las huellas dactilares del artesano sobre la cara externa del pie, por donde se agarra la pieza. No obs-

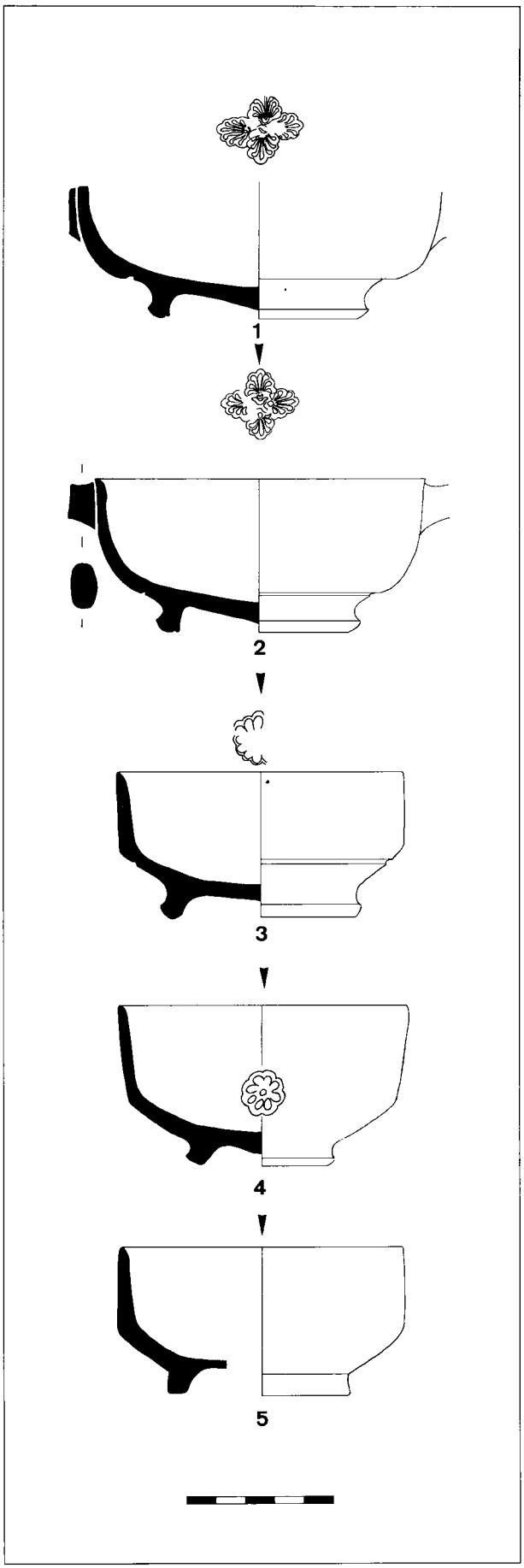


FIGURA 58.—*Evolución de la Forma VII. Bolsal.*

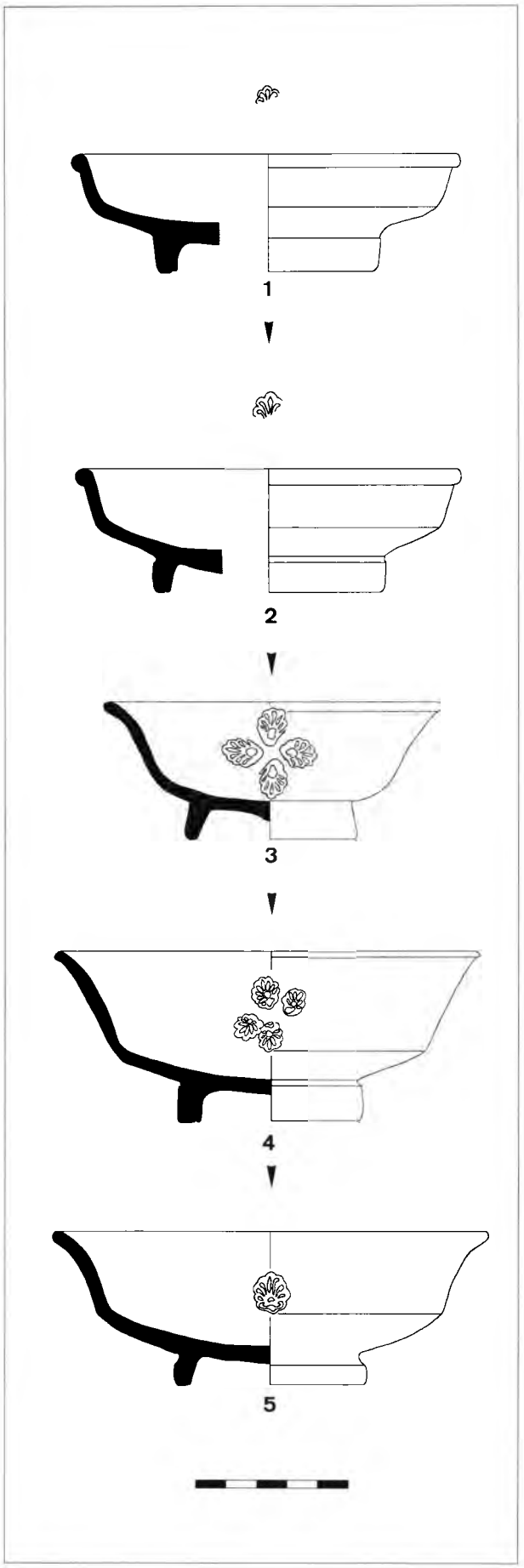


FIGURA 59.—*Evolución de la Forma VIII. Copa.*

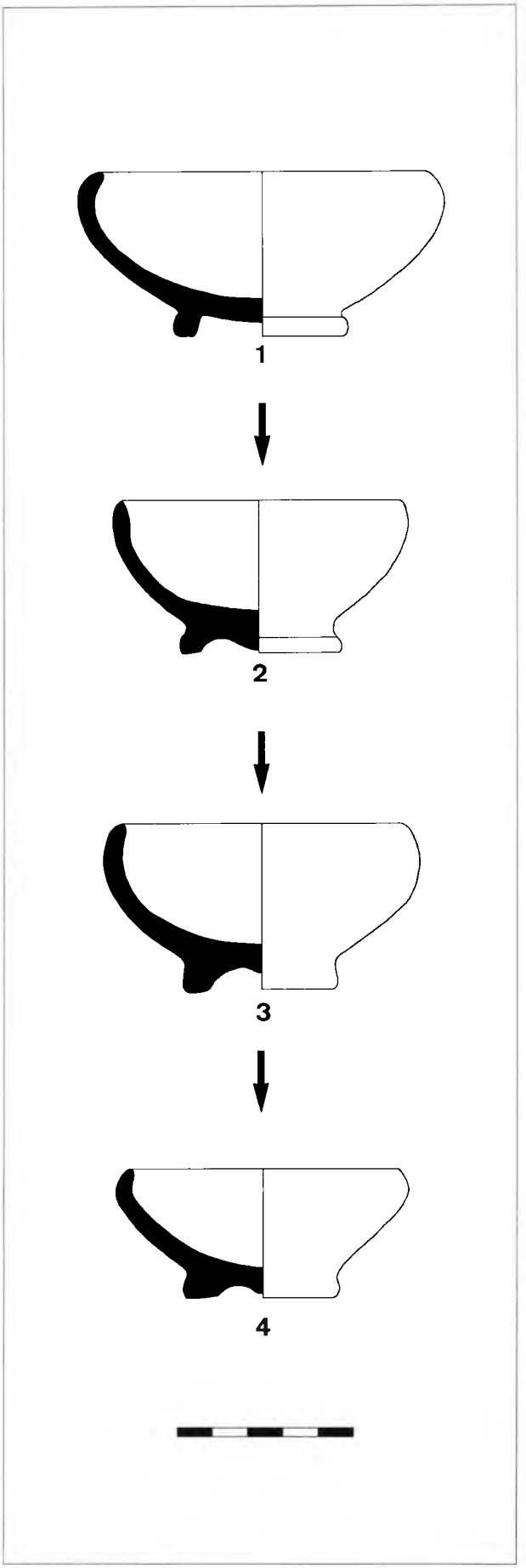


FIGURA 60.—*Evolución del Tipo IX-A. Cuenco globular.*

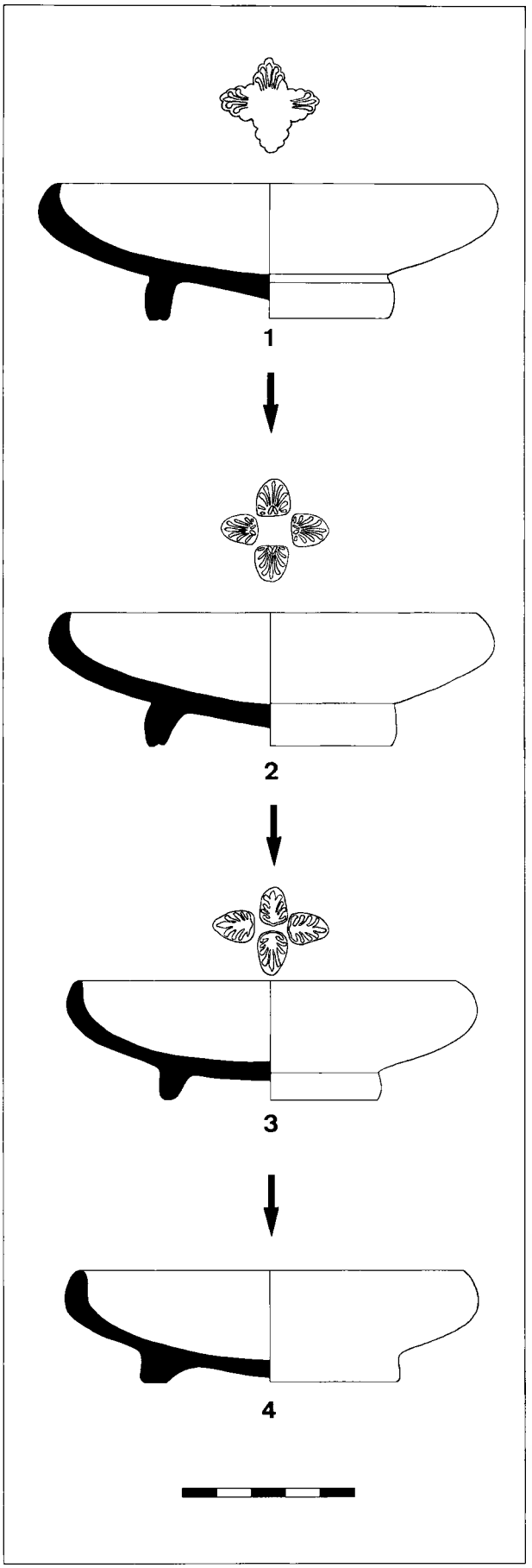


FIGURA 61.—*Evolución del Tipo IX-B. Cuenco ancho y bajo.*

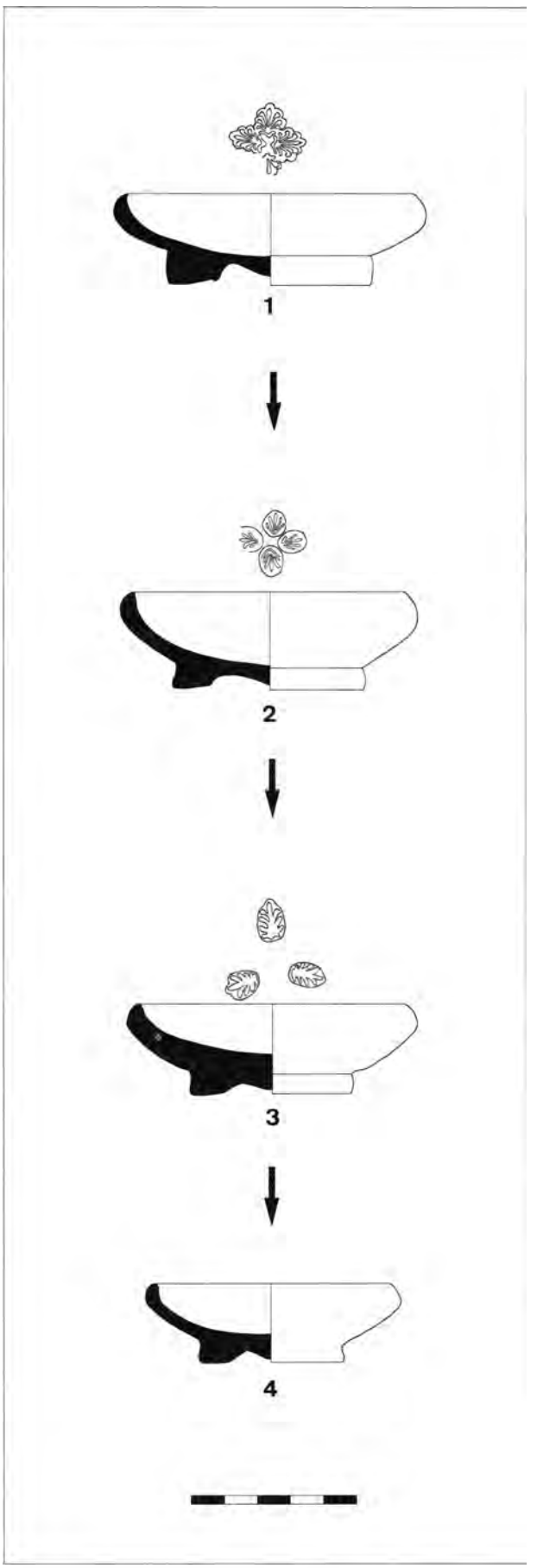


FIGURA 62.—*Evolución del Tipo IX-C. Cuenco bajo de pequeño tamaño.*

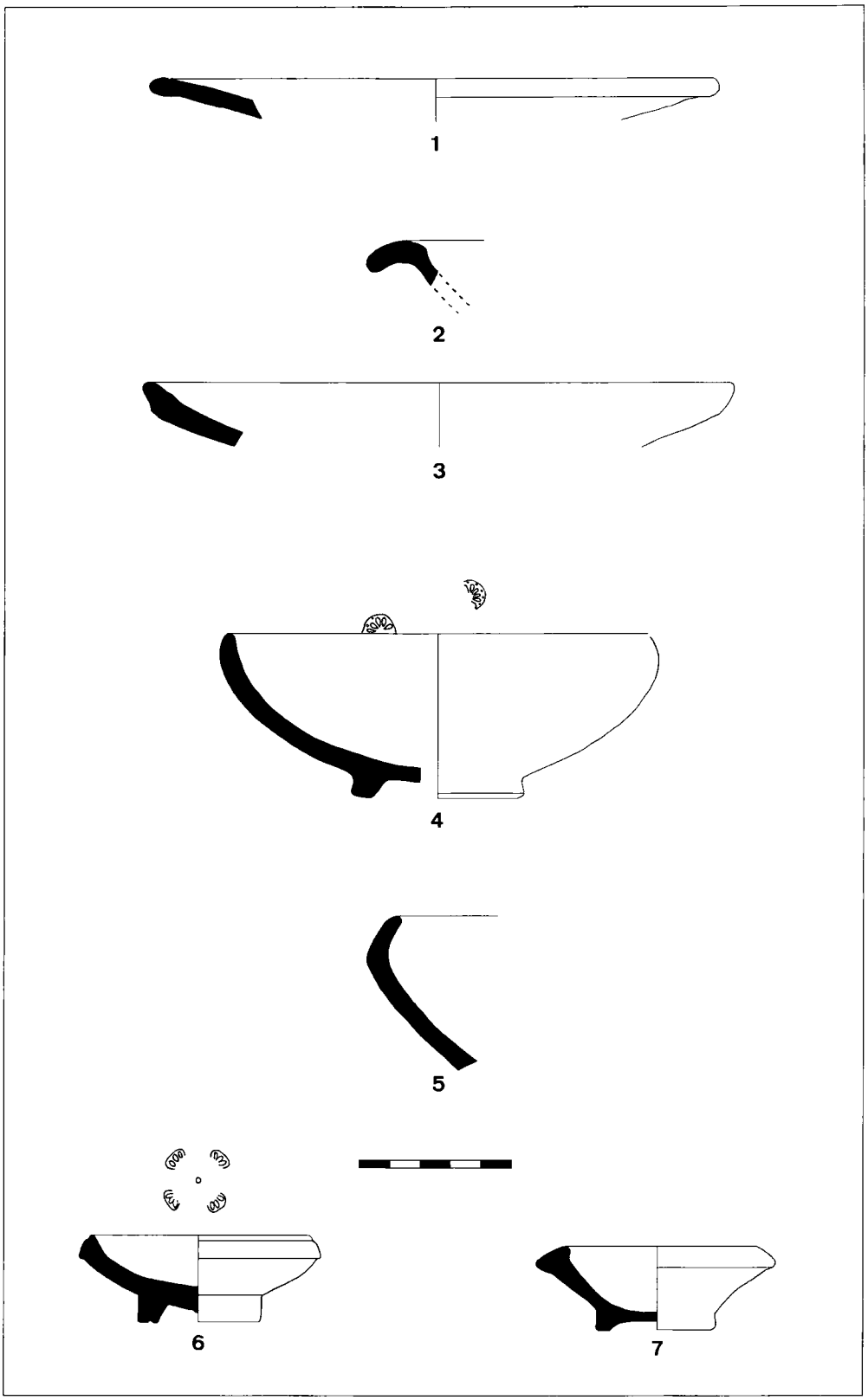


FIGURA 63.—*Relación de formas de introducción tardía. 1: Forma IV. Plato de borde simple. 2: Forma V. Plato de borde cóncavo. 3: Forma VI. Plato (otro). 4-5: Forma X. Bol 6-7: Forma XI. Salero.*

tante, la producción gaditana, de rasgos arcaizantes como venimos repitiendo, y a diferencia de otros talleres protocampanienses, suele cubrir por completo la superficie de los vasos y sólo muy al final de ésta el fondo externo de las piezas queda, en ocasiones, sin barnizar.

Como conclusión podemos afirmar que, en general, los perfiles se simplifican con el tiempo y pierden la elegancia propia de las primeras formas. En algunos casos se tornan más angulosos y en otros, más suaves. Se acentúa la profundidad de los vasos, se estrechan las bases y se simplifican los pies (*Idem.* 131), se pierden los elementos secundarios, casi siempre ornamentales, y los atributos propios de cada forma, las decoraciones se esquematizan y los tratamientos superficiales se deterioran.

Asistimos a lo que Bats ha considerado una "democratización"[149] de la vajilla (1988: 76). De la multiplicación de formas áticas, cada una con su función específica, se camina hacia una vajilla en la que platos y boles adquieren una especial preponderancia desde un punto de vista multifuncional (Morel 1981a: 503 ss.; Principal 1998a: 16). Ambos tipos terminan cumpliendo en la vajilla campaniense, las funciones que antes cubrían un gran número de formas.

El taller gaditano "tipo Kuass" se hallaría en ese estadio intermedio cubierto por las vajillas protocampanienses, en el que el repertorio tipológico ya se ha reducido respecto a su precedente ático, pero en el que todavía, sobre todo en los primeros momentos —primera mitad del s. III a.C.—, existen un determinado número de formas que, en ocasiones, se utilizan para un mismo uso.

5.4. LA PRODUCCIÓN GADITANA "TIPO KUASS": TALLER PROTOCAMPANIENSE

La primera y más evidente conclusión a la que llegamos después de delimitar el periodo durante el cual tiene vigencia la producción de estos talleres es que nos encontramos ante lo que la investigación ha definido, en función sobre todo de criterios de tipo cronológico (Morel 1978: 152; Adroher y López Marcos 1995: 24), como "talleres protocampanienses", que además comparten una serie de características respecto a la organización de las oficinas y la estructuración de la producción (Morel 1980b: 87 s.; Pérez Ballester 1986: 27 s.) que también se pueden aplicar a los gaditanos. Con esta afirmación se llena, en lo que respecta a las producciones locales de barniz negro situadas al sur de la Península Ibérica, un vacío del que los diferentes autores se venían haciendo eco desde hacía tiempo (Sanmartí 1981: 170; Adroher y López Marcos 1995: 39 s.) y que como se sospechaba, era más de investigación que real (Ventura 2000: 184 ss.).

Después de este análisis creemos que no sólo tenemos constatada la producción protocampaniense del sur peninsular —organizada en torno a Cádiz—, sino que además, es posible distinguir varias etapas en la evolución de la producción de los talleres gaditanos. Etapas que vienen señaladas por la fabricación, en cada una de ellas, de unas formas características y por una difusión también variable, en función del volumen de la producción, menor en un primer momento considerado de tanteo y hacia el final de la producción cuando se convierte en residual y mayor en el periodo de apogeo, centrado en el s. III a.C.

Pero además de distinguir entre estas tres etapas, universales en la producción de cualquier taller, creemos que contamos con los suficientes datos —morfológicos, estratigráficos, contextuales, etc.— como para matizar más esta periodización e intentar diferenciar varios momentos dentro del propio s. III a.C., en función sobre todo de la asociación con el material anfórico, más sistematizado y de los escasos materiales de barniz negro mediterráneo o, en su defecto, por las influencias que éstos ejercen sobre nuestra producción. Así, en estos momentos iniciales de la investigación podremos al menos distinguir entre la primera y la segunda mitad del s. III y teniendo en cuenta que gracias a los acontecimientos políticos y bélicos de esta centuria y a la universalización del uso de la moneda, existen conjuntos fechados con mucha precisión, quizás podamos afinar aún más, de forma parecida a como últimamente se viene trabajando sobre otros conjuntos locales de barniz negro (Cura y Principal 1994: 178: Principal 1998a: 18 s.; Ramón *et al.* 1998).

Como conclusión podemos afirmar que según los objetivos iniciales que nos planteamos al comienzo del capítulo, al ser posible establecer la secuencia evolutiva y fijar tiempos históricos lo más concretos posibles, la cerámica "tipo Kuass" se convierte en un importante fósil guía para los contextos de esta época, hasta ahora poco definidos.

[149] Aunque quizás sea más correcto hablar de "popularización".

6

DISTRIBUCIÓN DE LA CERÁMICA "TIPO KUASS"

> "Respecto a otras categorías relacionables con el mundo de las cerámicas helenísticas de barniz negro dentro del ámbito, tradición o idiosincrasia púnicos, quisiéramos tocar sucintamente el tema de una heterogénea serie de cerámicas no de barniz negro, pero que guardan diverso tipo de afinidad con ellas y que parecen ser consecuencia, en diverso grado, de la influencia de cerámicas griegas y helenísticas en el ámbito cerámico del mundo de tradición fenicio-púnica (...). Respecto a la distribución geográfica, se observa una localización fundamentalmente en el hinterland costero de las provincias de Huelva, Cádiz y Málaga (...) también parece esbozarse una antena hacia el interior del Guadalquivir" (Ventura 2000: 184 s.).

6.1. INTRODUCCIÓN

Consideramos, y como tal hemos venido defendiendo la idea, que la cerámica conocida como de "tipo Kuass" es la vajilla helenística barnizada propia del área gaditana durante el periodo comprendido entre la desaparición de la vajilla griega y la introducción masiva de la campaniense A. Y pensamos que es precisamente la distribución de la producción uno de los principales argumentos que podemos esgrimir a la hora de defender el origen gaditano del taller (Niveau de Villedary 1998: 24).

Como hemos visto, contamos con evidencias de la producción de esta clase cerámica, en los alfares de la bahía de Cádiz, pero los resultados de las investigaciones, aún preliminares, lo escaso de lo publicado sobre los materiales de hornos y escombreras y la falta de trabajos en el campo de la caracterización físico-química de las arcilla; tan sólo nos permiten, por el momento, afirmar que además de en el norte de Africa, las cerámicas de "tipo Kuass" también se fabricaron a esta orilla del Estrecho (*Idem.* 2001c).

¿Por qué hablamos entonces de cerámicas gaditanas? En primer lugar debemos hacer una precisión, y es que cuando hablamos de gaditanas, nos referimos al término en su sentido más amplio, es decir, que de lo que hablamos es de producciones gaditanas o de la zona que culturalmente se puede considerar vinculada a *Gadir* (*Idem.* 1998).

Partimos de la base que en este momento, tras la crisis de los talleres atenienses (Descat 1987), no existe en el Mediterráneo ningún centro con la suficiente capacidad de fabricación y distribución para surtir a toda la cuenca mediterránea de vajillas barnizadas de tipo helenístico y que, como consecuencia de ello, son las respectivas áreas culturales las que en determinado momento —fundamentalmente en torno a finales del s. IV y comienzos del III a.C.— comienzan a imitar las formas y tratamientos de la cerámica ática (Morel 1978: 149), a la que añaden elementos propios de sus respectivos repertorios cerámicos (*Idem.* 1980b: 87), dando lugar a una serie de producciones de vajillas barnizadas, de menor alcance geográfico (*Idem.* 88) —ya que la distribución se restringe fundamentalmente a los territorios más cercanos— y personalidad propia, que surtirán a sus respectivas áreas de vajilla de mesa hasta la introducción de la campaniense A (Pérez Ballester 1986: 28).

La hipótesis que planteamos es entonces que la cerámica de "tipo Kuass", cuyo análisis formal y funcional nos ha permitido comprobar que se trata de una vajilla plenamente configurada, con unos usos muy determinados

(servicio de mesa, usos suntuarios o de tocador y de iluminación), es la vajilla barnizada, de tipo helenístico, propia del área gaditana (Adroher y López Marcos 1995: 39).

Al definir, o intentar definir, qué entendemos por "área gaditana", nos encontramos ante otro problema[150]. Siguiendo los planteamientos de Tarradell (Niveau de Villedary 1998 y 2001c) consideramos que ésta sería lo que este investigador llamó "Círculo del Estrecho"[151] (1960: 61), a pesar de que los límites de tal entidad no están aún suficientemente definidos (Ferrer 1996: 129; Niveau de Villedary 2000b), y que hay que distinguir entre área cultural y área geopolítica (Ferrer 1998: 37 s.). Se trataría de aplicar al área gaditana el modelo definido por Tréziny (1987) para el área de influencia de la Marsella griega, modelo que ha sido adaptado con éxito en otras zonas (Principal 1998a: 178 ss.). Según éste, la "zona de influencia" que en sentido amplio podemos atribuir a una colonia comercial o un emporio productor/distribuidor, vendría definida por el área en la que circulan los productos típicos de la ciudad (en nuestro caso la cerámica "tipo Kuass") y su moneda (Alfaro 1988; 122 ss.), así como donde se aprovisiona para su subsistencia (Ruiz Mata 1997: 348 ss.), dando pie al desarrollo artesanal (Frutos y Muñoz 1996) y activando el comercio (Niveau de Villedary y Vallejo 2000). Se trataría exclusivamente de la zona de interés económico, excluyendo, de antemano, cualquier tipo de presencia o control militar y político (Tréziny 1987: 7).

A grandes rasgos y *a priori* podemos considerar como "área gaditana", o al menos área de influencia directa gaditana, el suroeste de la Península Ibérica —desde el Algarve hasta al menos el estrecho de Gibraltar— y la costa atlántica marroquí; aunque, como veremos, la cerámica de "tipo Kuass" se distribuye prácticamente por toda el área cultural púnica de la Península Ibérica (Ferrer 1998: 38 ss.): costa mediterránea y atlántica desde Almería hasta el Algarve y algunos territorios ribereños del *Lacus Ligustinus*.

El mismo estudio de la distribución de la vajilla desde un punto de vista cualitativo —formas representadas y variedad de éstas— y cuantitativo —número real de piezas—, resulta de gran ayuda en el intento de delimitar estas áreas, aunque debemos ser prudentes ya que estamos trabajando con un único factor (Principal 1998a: 179).

La zona donde la cerámica de "tipo Kuass" se fabrica, se distribuye y se usa cotidianamente, donde la encontramos habitualmente y con frecuencia en todos los contextos —industriales, de habitación, rituales, funerarios, basureros, etc.—, donde documentamos la vajilla completa y le suponemos un uso funcional y no simbólico, donde las piezas se amortizan y reponen rápidamente, donde documentamos la producción en todas sus etapas: esa zona será, en principio, la que consideraremos, a tenor de los presupuestos anteriormente expuestos, "área gaditana" desde el punto de vista cultural. Esta zona quedaría restringida, en la práctica, a las poblaciones de la bahía gaditana, con alguna prolongación hacia el interior[152] —campiña jerezana— y hacia la desembocadura del Guadalquivir. Ésta es el área que podríamos considerar, siguiendo el esquema que propone E. Ferrer (*Idem*. 44 ss.), el territorio controlado políticamente por *Gadir*.

En un segundo nivel, partiendo de este área nuclear nos encontramos con una segunda zona a la que gráficamente denominaremos a partir de ahora "primer círculo de distribución de la vajilla" y que comprendería la bahía de Algeciras, la costa atlántica sudpeninsular (Huelva y Algarve) y la costa marroquí. En esta zona la vajilla "tipo Kuass" sigue siendo muy abundante, cubre la demanda de vajillas barnizadas[153] y documentamos la mayor parte de las formas de la vajilla pero, sin embargo, no llega a sustituir a la vajilla de cerámica común, por lo que no pierde ese cierto carácter de "lujo" propio de las vajillas barnizadas y sólo la encontramos en contextos relativamente tardíos (a partir de la segunda mitad del s. III a.C.). Se trataría de una zona integrada plenamente en el área cultural púnico-gaditana, según la delimitación de "áreas de influencias" propuesta (Tréziny 1987: 7; Principal 1998a: 178), pero de la que, sin embargo, desconocemos hasta qué punto dependió políticamente de la metrópolis gadirita (Chaves, García Vargas y Ferrer 1998: 1308).

El siguiente círculo abarcaría el resto del territorio cultural púnico del sur de la Península Ibérica y las penetraciones hacia el interior por las grandes vías fluviales. Hablamos, a grandes rasgos, de las comunidades púnicas de la costa mediterránea andaluza, desde el estrecho de Gibraltar hasta Almería. Estas poblaciones, descendientes de los antiguos pobladores fenicios, dependerían de sus respectivos centros políticos y económicos, aunque estarían, en mayor o menor medida, influenciados, en función de su posición geográfica, por los dos grandes centros púnicos del sur peninsular: *Gadir* y *Baria* (Ferrer 1998: 44 ss.), entre los que posiblemente oscilarían políticamente. En este segundo círculo, junto a la cerámica gaditana, aparecen otros repertorios barnizados, bien foráneos —itálicos, ebusitanos, de los talleres de Rosas, etc.—, bien locales. Se importan solamente determinadas formas,

---

[150] Queremos aclarar que a lo largo de nuestro discurso no entraremos en ningún tipo de consideración étnica (Escacena 1992), sino que nos limitaremos a intentar definir el área del alcance, fundamentalmente cultural y económico, de *Gadir*.

[151] "(...) este hecho es que en el extremo Occidente el papel básico en la colonización fenicio-púnica lo juegan las tierras meridionales ibéricas., concretamente el litoral andaluz, y que la metrópolis de este conjunto fue *Gadir* (Cádiz), en realidad la *capital* fenicia del extremo Occidente tanto por el lado europeo como por el africano. De aquí que nosotros consideremos preferible llamar a este mundo fenicio occidental con el nombre de *círculo del estrecho*, evitando las diferenciaciones entre expansión fenicia en Marruecos y expansión fenicia en España o Sur de Portugal" (Tarradell 1960: 61).

[152] No hay que olvidar que en estos momentos toda la zona del antiguo estuario del Guadalete se considera litoral.

[153] No aparecen otros repertorios barnizados, en todo caso productos fabricados en hornos locales que al estar más alejados del centro productor principal, son de menor calidad.

—¿en función de la demanda?—, no suele aparecer la vajilla completa y el abanico cronológico que cubren se reduce, salvo algunas excepciones, prácticamente a finales del s. III y comienzos del II a.C.

En estas dos últimas áreas, la distribución de las cerámicas barnizadas gaditanas "tipo Kuass", se haría mediante lo que algunos investigadores (Gracia 1995: 326 s.; Principal 1998a: 176 s.) han denominado "circuito interno"[154] frente a los "circuitos externos"[155] o grandes circuitos comerciales a nivel mediterráneo. Es decir que a lo que asistimos en estos momentos, como venimos diciendo, es a una cierta tendencia, generalizada en todo el Mediterráneo, a la "regionalización" de los intercambios, observable a partir de la distribución de las vajillas barnizadas —en nuestro caso la cerámica "tipo Kuass"—. Proliferan las producciones de ámbito local y regional y la tendencia a la comercialización ultramarina es mínima (Principal 1998a: 176).

Todavía encontramos cerámica de "tipo Kuass" en otros puntos del Mediterráneo occidental, aunque en estos últimos casos la aparición de elementos de vajilla "tipo Kuass" responde a una dinámica diferente (Niveau de Villedary 1999a: 119 s.). Se trata de zonas a las que éstos llegan vía comercial, acompañando como elementos subsidiarios a los productos gaditanos, la mayor parte de las veces, seguramente, de forma casual. Son elementos puntuales y aislados que deben, como decimos, analizarse desde esta otra óptica del "circuito externo" o comercio a gran escala y a grandes distancias, ultramarino y dependiente de los grandes centros.

De este primer acercamiento se deduce que el ámbito de difusión de la cerámica "tipo Kuass", tanto en las zonas en las que está atestiguado su uso, como en aquellas a las que llega por vía comercial, es fundamentalmente costero, sin apenas penetraciones hacia el interior, salvo en lugares muy puntuales, siempre grandes centros redistribuidores situados en las principales rutas fluviales que conectan la costa con el interior. La explicación a este hecho posiblemente debamos buscarla en la situación que observamos en la segunda mitad del s. IV a.C. en esta zona, ya que el área en la que se documenta la vajilla de "tipo Kuass" coincide prácticamente con el área púnica en la que en esta centuria documentamos un uso doméstico de la vajilla ática de barniz negro en la vida diaria, como bien de consumo y no de prestigio, como sucede entre las comunidades ibéricas (Cabrera 1997: 383). La estética y las formas griegas de uso cotidiano, como decimos, debieron calar hondo entre las poblaciones púnicas sudpeninsulares, y una vez que las importaciones comienzan a escasear, no dudan en copiar formas y decoraciones en un primer momento para, en una segunda etapa, poner en marcha una producción de envergadura y alcance considerables.

De los hechos debemos deducir que posiblemente Cádiz fuese la única entidad con la capacidad necesaria para poner en marcha una producción (y la consecuente distribución) de estas características o, al menos, la única con las condiciones propicias para hacerlo[156] —necesidad de surtirse de unos productos que ya no llegan, los de barniz negro—.

La dinámica económica y comercial del s. III a.C., de acusada tendencia autárquica, provoca que las poblaciones más alejadas de los centros productores, caso de Cádiz respecto a los talleres protocampanienses itálicos y del nordeste peninsular, no participen en estos reducidos circuitos comerciales, restringidos a las áreas más próximas (Morel 1980b: 88). Este cese en la oferta no se acompaña de un cambio en la demanda de la población que sigue exigiendo vajillas barnizadas de corte helenístico. Creemos, e intentaremos demostrar a lo largo de este capítulo, que es éste uno de los principales motivos que explica el auge y el alcance del taller gaditano, que se vio en la necesidad de surtir a la población de una serie de productos, anteriormente cubiertos por las importaciones.

---

[154] El circuito interno sería el que "corresponde al comercio de redistribución desarrollado en el área de influencia de las colonias. Se articula en base a la existencia de centros económicos de segundo nivel, enclaves comerciales, coloniales o costeros indígenas en los que se realiza, o de los que parte, el intercambio/redistribución de materiales hacia los núcleos indígenas del hinterland con el objetivo de controlar la producción y mantener el flujo de excedentes hacia los centros de primer nivel" (Gracia 1995: 327).

[155] Con circuito externo nos referimos a la "estructura general del comercio mediterráneo. Distribución de productos manufacturados procedentes de diversas zonas e intercambio por excedentes de producción agrícola. Se centraliza en los centros económicos de primer nivel de la zona" (Gracia 1995: 326 s.), en nuestro caso, *Gadir*.

[156] En el caso de otras ciudades púnicas de relevancia, como por ejemplo *Baria* y la fundación bárcida de *Qart Hadasht*, la ausencia de una producción local de cerámicas helenísticas barnizadas se explicaría, no por la carencia de capacidad técnica para ello, sino por la ausencia de una necesidad real de sustituir la vajilla ática por producciones propias; en el primer caso, porque la situación geoestratégica de Villaricos, cruce de las principales vías comerciales que unen el Mediterráneo occidental de oeste a este y de norte a sur y viceversa, le facilitaría la adquisición de todos los productos, que en mayor o menor medida circularían por el Mediterráneo en el s. III a.C. —barniz negro suditálico, producciones de Rosas, del taller de Pequeñas Estampillas, "tipo Kuass" etc.— por lo que nunca se vio en la necesidad de desarrollar una producción propia de la entidad de la gaditana, sin que con ello descartemos la fabricación local de elementos aislados, de hecho probada, en general de menor calidad. El caso de Cartagena, al tratarse de una fundación *ex novo*, que surge en un momento dado con una funcionalidad y unas características predefinidas y muy determinadas, y con un periodo de vida muy corto, resulta si cabe aún más paradigmático. Aunque la mayoría del elenco tipológico documentado en la ciudad púnica es de filiación cartaginesa (Martín Camino y Roldán 1991), respecto al barniz negro la dinámica es similar a la observada para Villaricos, documentándose productos de la mayor parte de los talleres protocampanienses mediterráneos (Martín Camino 1998; Ruiz Valderas 1999) incluido el gaditano (*Idem.* e.p.).

6.2. EL CENTRO DE LA PRODUCCIÓN: LA BAHÍA DE CÁDIZ

Desde el comienzo de nuestro trabajo venimos defendiendo el origen gaditano de las cerámicas de "tipo Kuass" y proponiendo que el centro de la producción debe situarse en el entorno de la bahía de Cádiz, principal núcleo poblacional, económico y político desde el comienzo de la colonización fenicia en Occidente.

No vamos a entrar en el tradicional debate sobre la antigüedad de la fundación —tema sobre el que los investigadores parecen al fin haber alcanzado el consenso—, ni en el más reciente de la ubicación del primitivo asentamiento[157]. En lo que nos interesa incidir, al hilo de nuestro trabajo, es en la especial configuración geográfica de la bahía en la Antigüedad y las implicaciones que ésta conlleva en el plano poblacional y político.

Hay que partir de la base de la profunda transformación que en los últimos dos mil años, desde que las fuentes literarias clásicas lo describieran como un archipiélago[158], ha sufrido este espacio geográfico. Cambios físicos y geomorfológicos que han analizado diferentes investigadores desde Gavala y Laborde (1992 (1959)) hasta los más recientes trabajos del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid (Arteaga *et al.* 1985) y del equipo del Centro de Arqueología Subacuática de Andalucía (Alonso *et al.* 1999), pasando por los de F. Ponce Cordones[159] (1983), R. Corzo Sánchez (1980), J.R. Ramírez Delgado (1982), L. Menanteau y L. Clemente (1977), J.L. Escacena Carrasco (1985) y un largo *etcétera* de investigadores que han formulado diferentes teorías sobre la modificación de la costa por la acción combinada de diversos agentes naturales que durante el Holoceno cegaron la bahía y soldaron el antiguo archipiélago, mediante procesos combinados de sedimentación aluvial, fluvial y eólica, erosión marina, movimientos tectónicos, etc. (Vallejo y Niveau de Villedary e.p.).

Si sobre la profunda transformación física del espacio y el trazado de la antigua línea de costa parece haber cierta unanimidad, no ocurre lo mismo sobre la identificación de las diferentes islas que citan los textos y la ubicación en ellas de la ciudad de *Gadir*[160] (Ramírez 1982; Ponce 1983; Corzo 1983; Escacena 1985; Alvarez 1993; Muñoz 1995-96; Ruiz Mata 1999a y 1999b), máxime cuando hasta ahora la arqueología no ha confirmado ninguna de las ubicaciones propuestas. Las últimas hipótesis, planteadas recientemente por D. Ruiz Mata, proponen una revisión de las tesis tradicionales. En un primer momento y con cierta cautela ante "el peso de la tradición histórica y la precaución que es precisa para tratar este tema" este investigador defiende "la posibilidad de la coexistencia de una población dual, en la isla —Cádiz— y en tierra firme —Castillo de Doña Blanca—, con funciones religiosas, políticas y económicas diferenciadas, siendo el templo de Melqart un hito espacial, además de una referencia territorial y política, que marcaba la frontera del Estado fenicio occidental" (1999b: 291), para más adelante sostener que la primitiva fundación tiria se asentó en lo que hoy es el yacimiento del Castillo de Doña Blanca[161] (*Idem.* 303) y proponer una nueva lectura del antiguo poblamiento de la bahía gaditana, afirmando que "el problema no es tanto toponímico —ecuación Castillo de Doña Blanca/*Gadir*—, como funcional, geoestratégico, político, cultural, productivo y comercial (...) tratar de *Gadir* no es sólo un problema preciso de localización, sino de interpretación funcional e ideológica de un espacio más amplio" (*Idem.* 304).

Desde estos planteamientos, tendríamos que considerar a la antigua ciudad de *Gadir* (*Idem.* 1998: 434) como parte de un asentamiento polinuclear[162] en torno a las distintas islas de la Bahía de Cádiz. Mientras que el núcleo urbano propiamente dicho se encontraría en tierra firme —Castillo de Doña Blanca—, en las islas hallaríamos construcciones de tipo cultual con funciones posiblemente administrativas y en otras zonas —actuales términos municipales de San Fernando y Puerto Real—, la actividad principal sería la productiva.

Esta situación, que Ruiz Mata describe para momentos arcaicos —s. VIII y VII a.C.—, varía con el paso del tiempo y a partir de los siglos VI y V se habitan de forma permanente no sólo la isla de Cádiz, sino los restantes lugares de la bahía —fundamentalmente San Fernando, Puerto Real y El Puerto de Santa María—, que se consolidan como zonas productivas y áreas de habitación de Cádiz (*Idem.* 1999b: 311).

A partir del s. VI a.C. y tras un breve paréntesis —lo que tradicionalmente se ha llamado "crisis del s. VI"[163]—, volvemos a encontrar a *Gadir* como el principal centro económico del suroeste peninsular en un nuevo

---

[157] Al respecto, y como panorama general de la situación del debate científico en la actualidad, *vid.* Muñoz 1995-96 con un resumen de las posiciones tradicionales y Ruiz Mata 1998a, 1999a y 1999b, con abundante bibliografía, revisión historiográfica y nuevos planteamientos; en contra Muñoz 1999.

[158] Un análisis de las fuentes literarias clásicas que describen la topografía gaditana en Ramírez 1982 y una revisión actualizada de éstas en Ruiz Mata 1999a: 17 ss. y 1999b: 282 ss.

[159] *Vid. Diario de Cádiz* del 12 de diciembre de 1976.

[160] A este respecto, *vid.* Ferrer 1995: 340 ss.

[161] Desde el comienzo de las excavaciones de este tell, situado en las proximidades de El Puerto de Santa María, junto a la antigua desembocadura del río Guadalete, su excavador ha defendido la importancia de este enclave fenicio, plenamente urbano desde su fundación en el s. VIII a.C., para comprender la implantación semita en la bahía gaditana, dado su enorme potencial arqueológico y por su situación frente a la ciudad de Cádiz en la que, por una serie de causas, había sido hasta el momento imposible obtener cualquier tipo de vestigio sobre la legendaria fundación tiria (Ruiz Mata 1993a: 41 ss.).

[162] Se trata de hacer un ejercicio de abstracción intelectual, sacudiéndonos actuales prejuicios de tipo localista para entender en toda su dimensión la realidad de la antigua ciudad a la que los propios griegos denominaban en su forma plural: *Ta Gadeira.*

[163] Sobre la hipótesis tradicional y las nuevas interpretaciones *vid.* Wagner 1983; Alvar 1991 y 1993; Alvar, Martínez Maza y Romero 1992 y 1995; Fernández Jurado, Rufete y García Sanz 1997; Niveau de Villedary 1998 y 2001c.

orden económico tras la pérdida de los mercados orientales y la reorientación de la producción y el comercio hacia el Mediterráneo central y norte de Africa (*Idem.* 1997: 327; Niveau de Villedary y Vallejo 2000: 324). Las bases económicas descansan ahora, en vez de en los metales, en los productos agrícolas y pesqueros y sus derivados industriales (López Castro 1993b: 353; Ruiz Mata, Córdoba y Pérez 1998: 389). El cambio de estrategias económicas conlleva una mayor ocupación y conocimiento del territorio y provoca una nueva articulación del espacio en función del binomio campo-ciudad (Niveau de Villedary y Ruiz Mata e.p.). Aunque desaparecen ciertos yacimientos (Belén y Escacena 1992; Escacena 1993), surgen ahora, por la reciente especialización que requiere la nueva realidad económica (Ruiz Mata, Córdoba y Pérez 1998: 389), numerosos enclaves de pequeño tamaño. Por su ubicación y funcionalidad responden a dos modelos (Niveau de Villedary y Ruiz Mata e.p.), que perduran en época republicana (Lagóstena 1994: 31 s.): por una parte yacimientos situados en las proximidades de la costa, vinculados a la pesca y a la elaboración de salazones (Vallejo, Córdoba y Niveau de Villedary 1999) y por otra, una serie de villas, en íntima conexión con el campo y las labores agrícolas, en las que tenemos documentados los procesos de transformación de los productos de la vid y el olivo en vino (Ruiz Mata 1995a; Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999) y aceite (González 1985 y 1987) respectivamente. La industria alfarera se desarrolla de manera subsidiaria a estas otras actividades (Frutos y Muñoz 1994 y 1996) y se instala en la proximidad de éstas, en lugares de fácil comunicación (Lagóstena 1996: 15).

Hemos intentado aproximarnos, de forma muy sucinta, a la formación y evolución de la estructura económica y política de la bahía y su entorno más inmediato, los estuarios del Guadalquivir y Guadalete. Queremos destacar que en los momentos que nos interesan —desde fines del s. IV hasta la primera mitad del s. II a.C.—, nos hallamos ante un territorio muy antropizado, densamente poblado y políticamente estructurado (Ruiz Mata y Vallejo 1997; Niveau de Villedary 1998).

¿Qué podemos decir respecto al comportamiento de la vajilla "tipo Kuass" en esta primera zona, que hemos considerado nuclear? Se trata, como hemos señalado, del área que políticamente debía depender de *Gadir* o en todo caso del territorio que podemos considerar bajo la influencia directa, cultural y política, de la metrópolis occidental y, como tal, centro nuclear. Es donde la producción se documenta con mayor amplitud cronológica, desde los primeros momentos hasta su progresiva desaparición, donde la calidad y variedad de los productos es mayor, técnica, formal y estilísticamente, donde aparecen todas y cada una de las formas que consideramos que componen el repertorio tipo del taller gaditano, donde se encuentran situados los mayores complejos productivos, donde los elementos aparecen con regularidad en todos los contextos —de habitación, rituales, funerarios, industriales— y donde, por último, su éxito es tal, que en algunos casos incluso llegan a sustituir a las formas correspondientes de cerámica común.

Tras el estudio de las características que presenta la distribución de la cerámica "tipo Kuass" en la bahía de Cádiz, nos reafirmamos en nuestra hipótesis de considerar esta clase cerámica como la producción de cerámicas helenísticas propia de Cádiz y, por extensión, de su área de influencia cultural.

6.2.1. El Castillo de Doña Blanca y el poblado de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz)

El grueso del material estudiado procede de estos dos yacimientos, situados en el actual término municipal de El Puerto de Santa María.

El Castillo de Doña Blanca (CDB) se asienta al pie de la Sierra de San Cristóbal sobre la antigua línea de costa (Ruiz Mata y Pérez 1995: 18), en un paisaje muy transformado en la actualidad desde el punto de vista geográfico y medioambiental (Gavala 1992 (1959); Borja 1995: 80 ss.). El poblado se sitúa en las estribaciones de la sierra, junto a una ensenada que debió servir como puerto. Como señalan sus excavadores, la proximidad al estuario del Guadalete, que bordeaba en su margen izquierda aquel extremo de la sierra y su situación en la antigua línea de costa, justifican la elección topográfica del lugar para el establecimiento de la ciudad fenicia (Ruiz Mata y Pérez 1995: 18). Se trata de una situación privilegiada para una población portuaria, protegida por la Sierra de San Cristóbal de los vientos de levante hacia el norte y abierta hacia una amplia marisma —antiguamente mar— hacia las islas de Cádiz y San Fernando (Ruiz Mata 1999b: 303 s.).

Por otra parte, la Sierra de San Cristóbal constituye un excelente parapeto entre la costa y la campiña, al tiempo que ofrece unas condiciones inmejorables de visibilidad hacia ambos medios —campiña al norte y mar abierto al sur— y constituyen una fuente de recursos básicos como el agua, la madera y la piedra calcarenita para las construcciones. El río Guadalete, como vía de penetración hacia el interior, posibilita las comunicaciones con la campiña y sierra y, por tanto, el acceso a los recursos agropecuarios de estos medios (Ruiz Mata y Pérez 1995: 16 ss.), sin olvidar su importancia como vía de comercio (Gutiérrez *et al.* 2000).

En su conformación actual, el yacimiento se nos presenta como un montículo artificial, de tendencia rectangular —originado por las fortificaciones de los diferentes momentos—, posee de este a oeste en torno a 340 metros de longitud, por algo más de 200 en su eje norte-sur. La altura sobre el actual nivel del mar es de 31 metros, con 9 metros de potencia estratigráfica, desde la primera mitad del s. VIII hasta finales del III a.C. (Ruiz Mata y Pérez 1995: 19).

Por su parte el poblado de Las Cumbres se halla situado en la zona más alta del extremo oriental de la sierra de San Cristóbal, asentado directamente sobre el primitivo núcleo de poblamiento del Bronce Final y supone una ampliación en ese lugar de la última fase de la ciudad (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 895).

Los trabajos arqueológicos en el yacimiento del ***Castillo de Doña Blanca (CDB)*** *(Fig. 53)* que comienzan en el año 1979 y se prolongan hasta 1991 —con una pequeña excavación entre los meses de diciembre de 1994 y enero de 1995 (Ruiz Mata y Pérez 1995: 40)—, se enmarcan en un proyecto de investigación más amplio que bajo la denominación de *La colonización fenicia en la bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)* y dirigido por D. Ruiz Mata se planteaba como objetivos iniciales, entre otros, el precisar la secuencia cultural y la extensión del yacimiento, analizar el urbanismo y los sistemas defensivos de las diferentes épocas, datar el momento de abandono, etc. (Ruiz Mata 1993a: 490 s.). Todo ello enfocado, como objetivo prioritario, al mejor conocimiento de la temprana implantación fenicia en la zona, la mítica fundación tiria de *Gadir*, que la literatura clásica ha transmitido y que la arqueología hasta el momento no había podido corroborar. Sin embargo, el avance de la misma investigación ha provocado que de la interpretación inicial de considerar al yacimiento como poblado indígena rápidamente aculturado (Ruiz Mata y Pérez 1995: 52 s.), se haya pasado a sostener el origen fenicio de la ciudad desde su fundación (Ruiz Mata 1988: 42), que se propone contemporánea a *Gadir* o con muy pocos años de diferencia (*Idem.* 1993a: 492) para, en la actualidad, defender que la primitiva fundación fenicia se realiza, no en el solar de la actual ciudad de Cádiz, como tradicionalmente se ha aceptado, sino en el yacimiento del Castillo de Doña Blanca (*Idem.* 1998: 434, 1999a y 1999b), "centro de partida para la creación del ámbito fenicio occidental, con una estrategia de asentamientos afincados por el interior peninsular y el Atlántico" (*Idem.* 1998: 434).

Como ya hemos señalado en varias ocasiones, de estos dos yacimientos: el Castillo de Doña Blanca (CDB) y el poblado de Las Cumbres (PSC), procede la mayor parte del material en el que se ha basado el presente estudio y que nos ha servido de base para la sistematización tipológica de las formas, decoraciones y características técnicas de la producción. Asimismo, su procedencia de contextos estratigráficos fiables y su asociación al resto del repertorio material, han posibilitado su adscripción cronológica con un alto grado de precisión que nos ha permitido fijar las etapas en la evolución de la producción.

A partir de los hallazgos del yacimiento, con el desarrollo de las investigaciones cada vez más numerosos, se empezó a plantear por vez primera que estas cerámicas, que en los primeros años de trabajo ya se habían identificado con los materiales que Ponsich describía en Kuass (*Idem.* 1986a: 111 y 1987a: 314) no fueran importaciones del norte de Africa, sino que se tratara de producciones locales gaditanas (Ruiz Mata y Pérez 1995: 74 s.; Ruiz Mata 1995a: 188) y con el fin de demostrarlo, se procedió a su estudio monográfico (Niveau de Villedary 2000a: n. 1).

La secuencia estratigráfica del CDB abarca un amplio y continuado periodo cronológico desde su fundación, en la primera mitad del s. VIII, hasta finales del s. III a.C., cuando por causas tanto naturales como bélicas (Ruiz Mata 1988: 46 s.) se abandona (Ruiz Mata y Pérez 1995: 75 s.). A nosotros nos interesa la última etapa de vida del yacimiento desde finales del s. IV a.C., momento en el que comienza la producción, hasta su término a fines de la centuria siguiente. El hecho de que se trate del último estrato y, por tanto, el más superficial, nos proporciona ciertas ventajas, pero también algunos inconvenientes. Por un lado conocemos mejor el trazado urbano y defensivo de este último periodo y los materiales asociados a él, que nos han proporcionado un volumen de información considerable; por otra, al tratarse del estrato más superficial es también el que más deterioro ha sufrido por causas naturales (erosión y factores ambientales), históricas (ocupación almohade y medieval) y humanas (explotación agropecuaria del terreno, utilización de los restos arquitectónicos como cantera, etc.) (Ruiz Mata 2001: 267). Aunque la superficie excavada es amplia (Ruiz Mata y Pérez 40 ss.), por las razones antes expuestas, apenas si se han podido documentar materiales *in situ*. La mayor parte los hallamos amortizados en basureros, entremezclados con diversos materiales de las fosas medievales, en las fosas de cimentación del último trazado de la muralla y en remociones de pavimentos, o descontextualizados en los estratos superficiales, de ahí que aventurarse a hacer interpretaciones de tipo funcional de los espacios en función de las formas documentadas se nos antoja arriesgado, por lo que nos limitaremos a ofrecer una visión general de la presencia de estas cerámicas en el yacimiento.

A pesar de todo ello, la información que nos ofrecen los materiales es notable. En primer lugar, por su abundante presencia, hecho en el que venimos insistiendo y que nos revela la frecuencia de uso de esta clase cerámi-

ca en contextos de habitación, es decir, su normal utilización en la vida cotidiana y que nos ha permitido su caracterización tipológica. En segundo lugar, su presencia en los potentes estratos de basureros que se acumulan extramuros sobre el llamado "barrio fenicio" que se abandona a fines del s. VIII a.C., nos ha permitido distinguir las diferentes etapas de la vida del taller, comprobar cómo, en un primer momento, acompañan aún a las cerámicas áticas y la evolución estilística y formal del taller a lo largo del s. III a.C.; en definitiva sentar las bases de la cronología de estas producciones, en sus etapas inicial y plena. En tercer lugar su presencia en las fosas de cimentación de la última muralla, colmatando las estructuras previas cortadas, han permitido datar con gran precisión la cronología de ésta (Barrionuevo, Ruiz Mata y Pérez 1999: 119).

— En general podemos decir que la presencia de cerámica "tipo Kuass" es frecuente en todos los niveles de fines del s.IV-comienzos del III a.C., entre los que destacamos los niveles de construcción de la ***zona norte de la tercera fase de muralla*** (Ruiz Mata y Pérez 1995: 101) y el grupo de ***viviendas que se excavó en las campañas de 1982 y 1983*** en el área sureste del yacimiento (*Idem.* 105) y en los del s. III a.C., sobre todo los estratos asociados a la última muralla, de la que tenemos constatado su trazado en todo el yacimiento (Barrionuevo, Ruiz Mata y Pérez 1999) y en los niveles de basurero del extremo sureste (Ruiz Mata 1987b: 380).

— Precisamente en el extremo sureste, en la zona denominada ***espigón***, en relación al sistema defensivo del puerto de la ciudad (*Idem.* 1986: 361 ss.) y en los niveles que indican el final del yacimiento (*Idem.* 1988: 46 s.), hallamos el que puede ser el contexto más claro a la hora de definir los diferentes usos de la vajilla "tipo Kuass". Allí, una de las casamatas de la muralla, el denominado "Almacén 1", ofreció una serie de materiales *in situ*, de enorme valor cronológico[164], entre los que se encuentran cerámicas de "tipo Kuass". Una vez puesto en relieve la importancia del conjunto a la hora de fechar el fin del poblado y de la relación de este final con los acontecimientos bélicos que rodean a la Segunda Guerra Púnica, lo que ahora nos interesa es analizar el contexto en sí. Tanto las estructuras —las casamatas son estructuras defensivas, relacionadas con la muralla, usadas también como almacenes (Barrionuevo, Ruiz Mata y Pérez 1999: 116)—, como otra serie de datos —niveles de incendio y catapultas, tesorillo perdido en una quizás precipitada huida, la naturaleza del mismo numerario, la presencia de ánforas y otros contenedores, etc.— nos indican que nos hallamos en un contexto de guerra y/o asedio. En lo que a nosotros respecta, —el análisis y función de la vajilla "tipo Kuass"—, el que hallemos cerámica de esta clase en este contexto bélico nos ofrece datos de enorme interés, pues nos está indicando que la vajilla de "tipo Kuass" no es una vajilla de lujo, ni quizás de semilujo, sino de uso bastante común, en este caso utilizada también vajilla de mesa del ejército.

Contemporáneo a la última fase de la ciudad del CDB, el poblado de ***Las Cumbres (PSC)***, situado en la zona más alta del extremo oriental de la Sierra de San Cristóbal (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000), nos ofrece información de vital importancia para el conocimiento del comportamiento de la cerámica "tipo Kuass" en determinados contextos. Tras un pequeño corte abierto en 1985 (Ruiz Mata y Pérez 1995: 42), en la campaña de 1991 (Ruiz Mata 1994a: 7) se procedió a la excavación en extensión del poblado del que se han exhumado cerca de 1500 metros cuadrados de lo que prácticamente constituye una ínsula completa, con 38 habitaciones, limitada al norte por una calle y al sur por un gran espacio abierto.

El poblado de Las Cumbres nos ofrece una serie de ventajas respecto al CDB al contar con un solo nivel de ocupación[165] y una amplia superficie excavada —la mayor parte de las estructuras hasta el nivel de suelo— y encontrarse gran parte del material *in situ*[166], por lo que es posible intentar un análisis contextual y funcional del espacio[167]. Sin embargo, también tenemos que tener en cuenta los problemas que plantea a la investigación. En primer lugar, el de la funcionalidad del yacimiento pues en el actual momento de las investigaciones, no sabemos a ciencia cierta ni el origen ni la función del asentamiento.

Aunque en un primer momento su origen se explicó como una ampliación del poblamiento del CDB (Ruiz Mata y Pérez 1995: 105; Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 895) hacia la única zona posible de expansión (Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999: 128), esta interpretación no resulta plausible si tenemos en cuenta que por esas mismas fechas, la última remodelación de la muralla corta, en algunos de los tramos de su recorrido, casas y habitaciones del momento anterior (Barrionuevo, Ruiz Mata y Pérez 1999: 119). El retranqueo no tendría sentido si hubiese una necesidad real de espacio debido al crecimiento demográfico, por lo que deben ser otras las causas de por una parte el traspaso de población a la zona alta de la sierra y, por otra, la reducción del espacio habitable en la ciudad. Con toda seguridad ambos fenómenos deben estar relacionados y sean las dos caras

[164] En el capítulo anterior se expuso con detalle este conjunto de materiales entre los que destacaba, por su valor cronológico, que permite fechar el final del poblado, el hallazgo de un tesorillo compuesto por 56 *shekels* cartagineses (Alfaro y Marcos 1994 y 1995). Los materiales asociados —ánforas grecoitálicas, centromediterráneas y cerámicas de "tipo Kuass"— confirman la datación de finales de Segunda Guerra Púnica para este contexto en concreto y para el final del poblado en general.

[165] Aunque sabemos que aquí se asentaba el poblamiento indígena del Bronce Final prefenicio —s. IX a.C.— (Ruiz Mata y Pérez 1995: 52), anterior a la fundación del CDB, el lugar no se vuelve a habitar de forma permanente hasta estos momentos.

[166] El final del poblado se fecha hacia finales del s. III a.C., posiblemente en relación con el abandono del CDB, aunque el registro arqueológico no parece indicar un fin violento —ausencia de niveles de incendio e indicios de lucha, etc.—, éste debió ser repentino y precipitado, dado el general buen estado de conservación del material, en gran parte *in situ* (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 897).

[167] Queremos agradecer a Diego Ruiz Mata, director de las excavaciones, el habernos permitido hacernos cargo del estudio del material del yacimiento y a Francisco J. Barrionuevo, técnico arqueólogo que dirigió las excavaciones de 1991, el acceso a toda la información de la misma, así como su ayuda y permanente disponibilidad a la hora de resolver nuestras dudas y contestar a nuestras preguntas.

de una misma moneda: el reflejo de la situación política que se vivía en la bahía de Cádiz a mediados del s. III[168], en relación al desembarco de los Bárcidas y a todo el juego de intereses políticos y bélicos que giraron en torno al desarrollo de la Segunda Guerra Púnica en la Bética.

Otro de los problemas a los que hemos hecho alusión es el de la funcionalidad del yacimiento. Según consideremos su origen, variará la interpretación funcional que de él hagamos. En principio y por una serie de razones —existencia de lagares, de otras estructuras industriales y de almacenes (Ruiz Mata 1995a: 197) y la similitud que presenta con otras villas industriales de la zona que surgen en este momento (Niveau de Villedary y Ruiz Mata e.p.)—, podemos considerar que se trata de un asentamiento de tipo industrial dedicado, en principio, a la elaboración del vino (Ruiz Mata 1995a: 196). Pero si consideramos que su origen estuvo relacionado con la Segunda Guerra Púnica y con la remodelación territorial previa a ésta, quizás debamos interpretarlo como un bastión militar —¿cartaginés o gaditano?— o quizás sea el resultado de un traslado de población civil tras la ocupación militar del CDB.

Sea cual sea la explicación y funcionalidad primera del asentamiento, que en el estado actual de las investigaciones desconocemos, en el aspecto concreto que nos ocupa, el de la cerámica de "tipo Kuass" y al tratarse de un momento cronológico muy determinado de finales del s. III a.C., el repertorio es más reducido que el que veíamos en el CDB, ya que tenemos que tener en cuenta que representa tan sólo una de las fases del taller[169]. No obstante, el análisis de una serie de contextos en los que la cerámica aparece, nos completa la información ofrecida por el CDB.

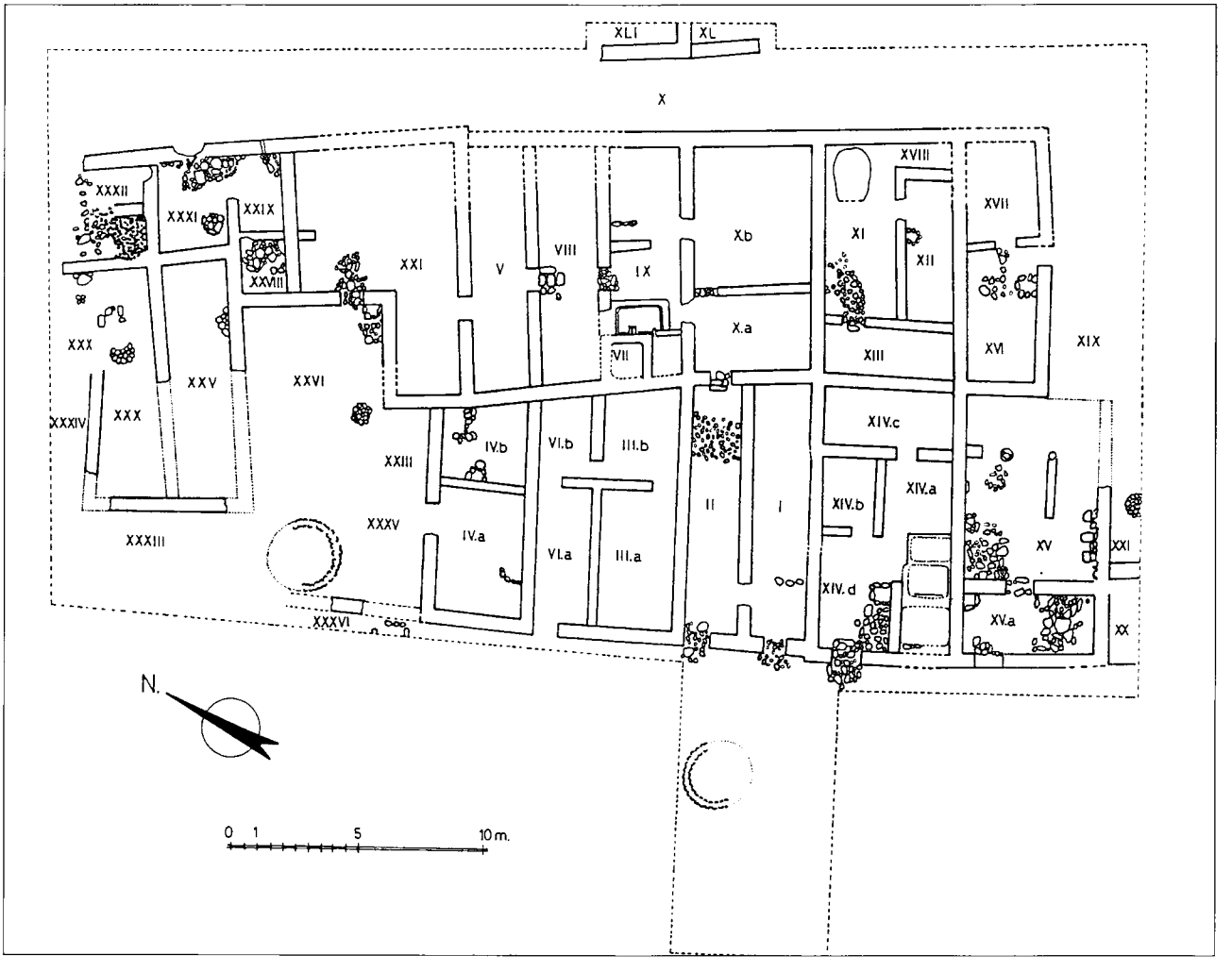


FIGURA 64.—*Poblado de Las Cumbres —s. III a.C.— Viviendas, almacenes y zonas industriales (Elaboración F.J. Barrionuevo).*

[168] Aunque en principio el yacimiento se había venido fechando desde fines del s. IV a.C. (Ruiz Mata 1995a: 202), el estudio pormenorizado de los materiales (Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999; Niveau de Villedary 1999b; Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000) y su comparación con otros contextos similares (Ramón *et al.* 1998), nos inclinan a elevar la datación a la segunda mitad del s. III a.C.

[169] *Vid.* Cap. 5.

— En principio y como propone D. Ruiz Mata, consideraremos que la funcionalidad principal del yacimiento es la industrial (1995a: 196 ss.). Entre las estructuras excavadas destacan dos conjuntos de piletas, situadas en el interior de las viviendas, sobre el suelo, que se han interpretado como ***lagares*** (*Idem.* 198). Estas habitaciones se comunican con otras estancias consideradas ***almacenes***, por su tipología (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 895) y los materiales que se encuentran en ellas —fundamentalmente contenedores: ánforas y grandes lebrillos—. Sin embargo, el análisis de las habitaciones en las que se encuentran los lagares y los materiales, parece indicar que éstas, además de a un uso industrial, se dedicaron a viviendas, siendo frecuente la vajilla de cocina y mesa, incluida entre esta última la de "tipo Kuass" (Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999: 126, fig. 2), volviéndose a notar cómo su aparición en contextos en absoluto "lujosos" y la frecuencia con que aparece, lo cotidiano y normalizado de su uso en el ámbito gaditano del s. III a.C., en concreto de las dos formas, los platos de pescado (Forma II) y los cuencos (Forma IX-A), que el transcurso del trabajo ha revelado, como las más frecuentes.

— Otra interpretación haya que dar quizás al conjunto de materiales que aparecieron colmatando una de estas viviendas o estancias, en concreto la formada por las ***habitaciones XI, XII, XIII y XVIII*** *(Fig. 64).* Al describir la estancia, ésta se nos presenta, en cierto modo y utilizando la terminología al uso, como "singular"[170]. En primer lugar y aunque las habitaciones que la forman se encuentran comunicadas entre ellas, no presentan ningún vano abierto al exterior, ni a la calle, ni a las habitaciones colindantes, por lo que hemos de inferir que se accedía a ella por el techo. En segundo lugar, en una de las esquinas de la habitación XI, se excavó una fosa con ocho niveles de relleno, un metro de diámetro y casi dos metros de profundidad (Barrionuevo 1991: 12). Curiosamente los niveles inferiores aparecen limpios de material, mientras que los superiores aparecen colmatados por restos fragmentados y amontonados, como si estuvieran en desuso, al igual que el resto de la habitación. Obviamente este foso, que en un principio consideramos que se trataba de un basurero (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 895), a la luz de los datos que están arrojando los estudios sobre estructuras similares en la necrópolis púnica gaditana (Niveau de Villedary 2001b), debe interpretarse como un depósito donde se amortizaban, una vez fragmentados y por tanto inutilizados para su uso profano, los elementos utilizados en ritos de tipo sacro (Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a). Como también sucede en los pozos gaditanos, los primeros niveles aparecen estériles o con algún tipo de señal de sacralización o apertura del espacio, que en muchas ocasiones simplemente se señala con un relleno de tierra o arena de aporte generalmente foráneo —fluvial— (Niveau de Villedary e.p. b). Si para la necrópolis no tenemos duda de la celebración de rituales funerarios secundarios —banquetes, libaciones, sacrificios, ofrendas, etc.— (*Idem.* e.p. b), en este contexto, industrial y de habitación, la interpretación de este "depósito", responde, sin duda, a otras ceremonias. Quizás nos encontremos ante el depósito fundacional del poblado, lo que apoyaría nuestra tesis del traslado de población desde el CDB por causas estratégicas. La contrastación de esta última hipótesis vendría dada por las características del material[171], que indica la posible celebración de un banquete colectivo: numerosa presencia de ánforas —locales e importadas—, jarras, botellas, copas y cuencos, y restos alimenticios —malacofauna, huesos de animales[172], etc.—. Entre este abundante material destaca la presencia, bastante numerosa, de cerámica de "tipo Kuass" y curiosamente y como venimos señalando a lo largo del trabajo, aquí aparecen las formas más cuidadas desde un punto de vista técnico y estilístico, las que tipológicamente se encuadran en las Formas VII y VIII, bolsales y copas, y que funcionalmente hemos definido como vasos destinados fundamentalmente a la bebida.

No queremos terminar sin hacer una breve mención a la aparición de un cuenco de la Forma IX-B, en los estratos superficiales del Túmulo 1 de la ***necrópolis de Las Cumbres*** (Ruiz Mata y Pérez 1988 y 1989).

— La necrópolis se extiende por la falda meridional de la Sierra de San Cristóbal, al norte de la ciudad y ocupa más de 100 Ha. Los enterramientos se disponen agrupados sobre elevaciones naturales o montículos, que pudieron estar jalonados por arroyos o riachuelos (*Idem.* 1988: 38). La única estructura funeraria excavada hasta ahora, durante las campañas de 1984 y 1985, es la que se ha denominado ***Túmulo 1***. Un túmulo es una necrópolis o círculo funerario, que acoge a un número de individuos incinerados, vinculados por parentesco. Antes de proceder a su clausura definitiva, estas estructuras se mantienen abiertas durante un cierto tiempo, que en este caso particular debió ser entre 80/90 años, a lo largo del s. VIII (*Idem.* 1995: 115). La metodología empleada en su excavación y el posterior estudio de los materiales hallados en la estructura tumular (Córdoba y Ruiz Mata 2000), han revelado la celebración de distintos tipos de rituales realizados a través del tiempo, una vez cubiertos los enterramientos, e incluso la existencia de otros enterramientos, más tardíos, que se colocaron entre el material de relleno de la estructura tumular (*Idem.* 760). En principio y hasta que no se lleve a cabo el estudio con más profundidad, podemos suponer que el cuenco "tipo Kuass" de nuestra Forma IX-B estampillado, que apareció entre este relleno, fragmentado y quemado, debió utilizarse, tal y como queda demostrado para momentos anteriores en el propio túmulo (*Idem.* 762) y para esa misma época en la necrópolis gaditana (Niveau de Villedary e.p. b; Niveau de Villedary y Ferrer e.p. b), en alguna ceremonia ritual funeraria relacionada con el fuego, —ya que aparece quemada— y con el agua u otro tipo de líquido (Ramos 1990: 116) —por tipología y paralelos—.

La cerámica "tipo Kuass", como hemos podido comprobar, es de uso generalizado y cotidiano entre los pobladores del CDB y por extensión del poblado de Las Cumbres, como demuestra su aparición en todo tipo de contextos, el gran número de ejemplares documentado y la variedad tipológica, formal y estilística del repertorio que, en la práctica, representa todo el espectro vascular que hemos definido para esta clase cerámica.

---

[170] *Vid.* por ejemplo VV.AA. 1997; Almagro-Gorbea y Moneo 1999.

[171] Material actualmente en estudio, aunque podemos adelantar que el conjunto se caracteriza por su variedad formal, la calidad de los elementos que lo componen, la abundancia de elementos exóticos e importaciones, etc.

[172] Según describe su excavador en la correspondiente memoria, podría haber en total restos de uno o dos individuos a lo sumo, seguramente bóvidos, y algún otro animal de menor envergadura. En cuanto al material malacológico destacan las grandes bolsadas de caracoles —de diferentes especies— que aparecen en el relleno del foso (Barrionuevo 1991: 16 s.).

6.2.2. La necrópolis gaditana

Si para el análisis del comportamiento de la vajilla en los contextos de habitación, el Castillo de Doña Blanca y el poblado de Las Cumbres, son yacimientos claves, a la hora de analizar cuál es éste en un medio funerario y ritual, la necrópolis púnica de *Gadir* nos aporta la información complementaria.

Tras más de un siglo de trabajos arqueológicos la ciudad de Cádiz no ha proporcionado vestigio alguno de habitación[173] mientras que la necrópolis ha ido extendiendo sus límites, no sólo por la isla mayor (Córdoba 1999), sino incluso a la menor (Ruiz Mata 1999b: 297), que tradicionalmente se ha considerado como el lugar donde se debió ubicar el primitivo asentamiento. Debates aparte, lo cierto es que hasta el momento, el solar de Cádiz se ha mostrado como un rico cementerio (Ferrer 1995: 320) en el que, al menos, desde el s. VI a.C. (Perdigones, Muñoz y Pisano 1991) se superponen las necrópolis de las diferentes épocas.

En el s. III a.C., periodo que a nosotros nos interesa, asistimos a un doble fenómeno. Por una parte se observa un importante incremento en la extensión y densidad de la necrópolis de este momento. Las tumbas que podemos adscribir a este siglo se multiplican de forma espectacular, sin que sepamos a ciencia cierta, aunque *a priori* parece la explicación más plausible, si este aumento demográfico debe ponerse en relación con el desembarco de los Bárcidas en Iberia y sea, por tanto, el reflejo de la nueva realidad histórica. Como consecuencia de lo anterior, observamos que a partir de este momento la necrópolis se compartimenta y parcela (Miranda y Pineda 1999), alternando las áreas donde se agrupan las tumbas con otras zonas libres de enterramientos, en principio dedicadas a otros usos que deben ponerse en relación, como los recientes trabajos están demostrando, con la práctica de actividades de tipo ritual (Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a y b). En estas últimas zonas se constata la existencia de una serie de estructuras con indicios de celebración de rituales entre las que, por la información que nos aportan, destacamos los pozos y fosas rellenos de materiales cerámicos y restos alimenticios (Niveau de Villedary 2001b), que deben ser interpretados como *bothroi*, en los que se depositan fragmentados, los restos de estas ceremonias para preservarlos de ulteriores usos profanos.

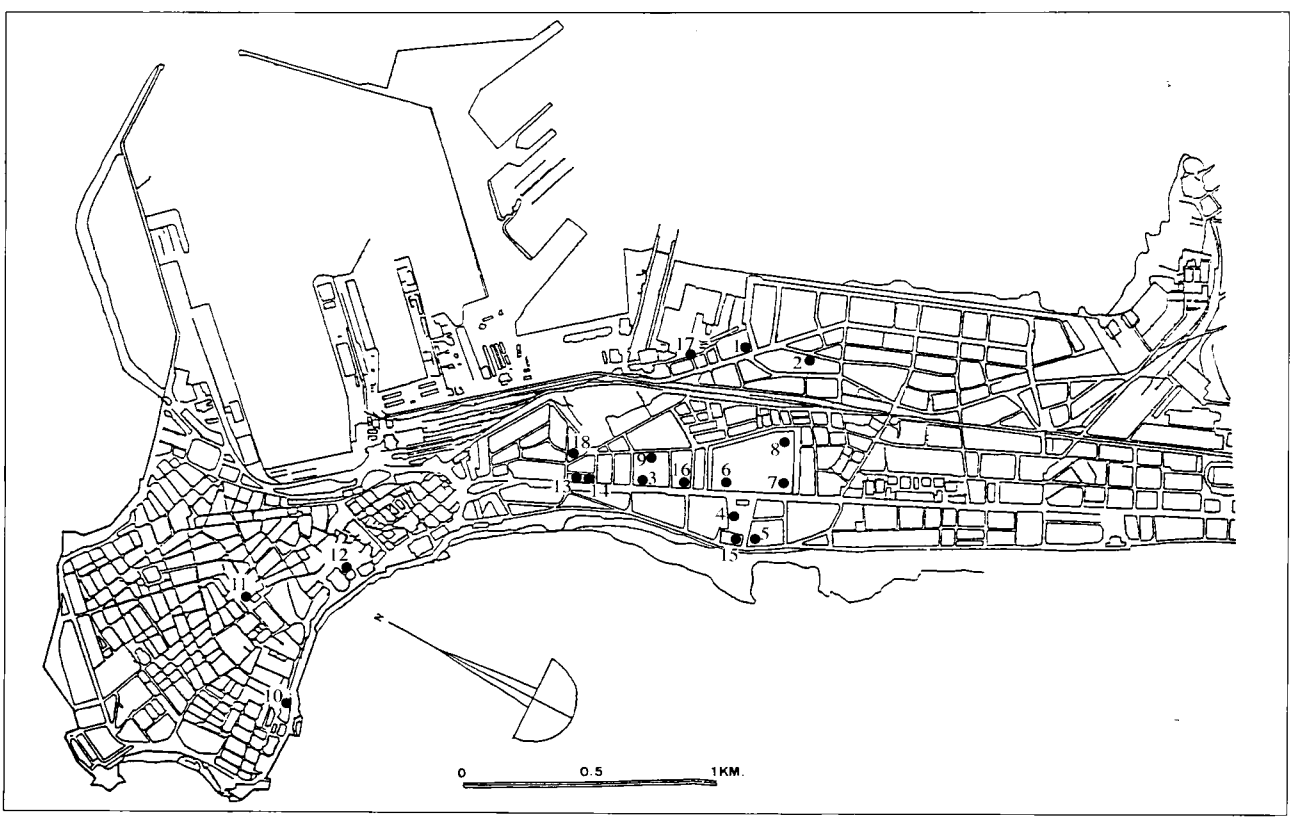


FIGURA 65.—*Plano de la ciudad de Cádiz con la localización de los puntos citados en el texto donde ha aparecido cerámica "tipo Kuass". 1: "Casa del Pino". 2: "Playa de los Números". 3: Avda. López Pinto (1981). 4: Pl. Asdrúbal (Sector H). 5: Pl. Asdrúbal e/ Amílcar Barca. 6: Cuarteles de Varela (1996). 7: Cuarteles de Varela (1999). 8: Cuarteles de Varela (2000). 9: c/ Brunete. 10: Convento Capuchinos. 11: Teatro Andalucía. 12: Casa del Obispo. 13: c/ General Ricardos. 14: c/ General Ricardos e/ Juan Ramón Jiménez. 15: Pl. Asdrúbal (Sectores E y F). 16: Avda. Andalucía e/ Ciudad de Santander. 17: c/ Enrique Calvo. 18: c/ Acacias.*

[173] El último estado de la cuestión sobre el conocimiento de la ciudad antigua a través de la Arqueología en: Lavado *et al.* 2000; Muñoz y Perdigones 2000; VV.AA. 2002.

Ante la parquedad de los ajuares de las tumbas gaditanas, que en su mayor parte se reducen a joyas u objetos personales y amuletos de carácter apotropáico (Corzo 1992: 281) a los que en momentos más recientes se añaden ungüentarios, son los materiales procedentes de estos depósitos los que nos ilustran sobre la composición de la vajilla púnico-gaditana del s. III a.C. (Niveau de Villedary 1999b y e.p. b) y del uso de ésta en contextos rituales y funerarios.

— Las primeras noticias que tenemos de la aparición de estas cerámicas proceden de las excavaciones de principios del siglo XX. En 1923 Cervera publica el hallazgo, en la huerta conocida como ***Casa del Pino***[174], de "una zona de más de medio metro, que denominamos *cerámica* por la gran cantidad que contenía de restos de esta clase" (1922-23: 4), entre los restos ibéricos cita la presencia de una clase cerámica con palmetas estampilladas en su interior (*Idem.* lám. II-B), y también señala que se han encontrado materiales similares en la ***Playa de los Números***, zona de necrópolis como demuestran los importantes conjuntos hipogéicos exhumados (*Idem.* 10 ss.). Por la descripción podemos suponer que se trata de una de tantas fosas que en esos momentos proliferan por la necrópolis, y por la lámina comprobamos que se trata de un cuenco de la Forma IX-B, con una estampilla cruciforme del tipo que frecuentemente documentamos en la necrópolis de Cádiz.

Aunque los hallazgos deben ser frecuentes, las publicaciones de esos momentos, parcas en la publicación de datos concretos y de estudios de materiales, no nos ofrecen más información y tenemos que esperar hasta prácticamente la década de los 80 para obtener nuevos datos *(Fig. 65).*

— Entre las numerosas excavaciones llevadas a cabo en esos años por el Museo de Cádiz, destacamos la de un solar en la ***Avenida de López Pinto*** (actual Avda. de Andalucía) en el que en 1981 se excavó un pozo circular, de un metro aproximado de diámetro y unos doce metros de profundidad (Ramírez 1982: 165). En el nivel inferior, cercano a la capa freática, se halló un depósito formado por materiales cerámicos completos y reconstruibles, entre los que se cita (Ventura 1990: 1160) la presencia de cerámica "tipo Kuass" junto a otras pateras de barniz negro mediterráneas —clase Byrsa 401—, cerámica común y ánforas gaditanas derivadas de las MPA4, Mañá D1a, Macareno D y otros tipos centromediterráneos (Ramón 1986-89: 232 s. y 1995: 85). Entre el material de este depósito, expuesto en el Museo de Cádiz, se encuentra la enócoe que hemos definido como Tipo XV-D (Niveau de Villedary 2001b: fig. 4; Ventura 1990: 1192; fig. 123), junto al resto de formas frecuentes en estos contextos (Niveau de Villedary 2001b y e.p. b): platos de pescado —Forma II (Ventura 1990: 1173; fig. 113, a)—, platitos de la Forma III (*Idem.* 1186; fig. 119, d), bolsales —Forma VII (*Idem.* 1200; fig. 128, c)—, copas —Forma VIII (*Idem.* 1179 s.; fig. 116, a; fig. 117, a y fig. 118, a)—, cuencos del Tipo IX-B (*Idem.* 1167; fig. 112, b) y algunas bases estampilladas (*Idem.* 1197 ss.; fig. 124, c y e; fig. 125, c; fig. 126, a, b y c; fig. 128, a y b).

A partir de este momento los hallazgos se han ido multiplicando y las cerámicas "tipo Kuass"reconociendo como tales.

— La zona de la ***Plaza de Asdrúbal***, de reciente urbanización, es la que ha proporcionado más hallazgos. Destaca la excavación en 1989 del denominado ***Sector H*** (Muñoz 1989). En una zona en la que prácticamente no se documentan enterramientos —tan sólo siete en comparación con los sesenta y cinco que se exhumaron en el solar contiguo— y en la que éstos aparecen agrupados en el extremo noreste del solar, se localizaron siete pozos de diversas tipologías, y rellenos de material de diferentes épocas (*Idem.*; Niveau de Villedary 2001b: 107 ss.). En el segundo nivel del pozo C, datado entre la segunda mitad del s. III y comienzos del II a.C., se documenta la presencia de cerámicas "tipo Kuass" junto a ánforas de tipología púnica y cerámica común (Muñoz 1989: 92; fig. 12, B). Algo anterior, posiblemente entre finales del s. IV y la primera mitad del III a.C., es el relleno del pozo E, en el que junto a cerámica "tipo Kuass" perviven aún elementos de barniz negro, ánforas gaditanas MPA4 de esos momentos y otros elementos (*Idem.* 93, fig. 15).

Recientemente se han llevado a cabo dos nuevas intervenciones en solares cercanos al anterior (Niveau de Villedary 2001b: 111 ss.), en los se ha localizado estructuras de este tipo con materiales "tipo Kuass" en su relleno.

— El primero de ellos se sitúa en la ***Plaza de Asdrúbal e/ Amílcar Barca*** y durante los trabajos que se llevaron a cabo en los años 1997 y 1998 (Blanco 1998) se localizaron cuatro pozos, tres rellenos en época púnica y otro con restos imperiales (Niveau de Villedary 2001b: 115). El pozo 1 puede fecharse entre los siglos III y principios del II a.C. Junto a la cerámica "tipo Kuass" ha proporcionado distintos tipos de ánforas gaditanas —MPA4 evolucionadas, C-2, E-1, E-2 e imitaciones de grecoitálicas—, cerámica común (*Idem.* fig. 11), fragmentos de un pebetero de cabeza femenina, algunas piezas de metal y restos alimenticios —malacofauna y huesos de mamíferos— (Niveau de Villedary e.p. b). El segundo de los pozos presenta también un relleno homogéneo con abundante material cerámico, aunque en este caso los materiales nos ofrecen una datación algo posterior. A las formas locales similares a las documentadas en el pozo anterior, que se repiten —ánforas, cerámica común y vajilla "tipo Kuass" (*Idem.* 2001b: fig. 12)—, hay que sumar la presencia de un gran número de campaniense A[175] e imitaciones locales (Blanco 1998: 65).

— Parecido a los anteriores, en cuanto a estructura y relleno, es el pozo que apareció en uno de los solares de los antiguos ***Cuarteles de Varela*** durante los trabajos arqueológicos de 1999 (Miranda y Pineda 1999; Niveau de Villedary 1999c y 2001b: 116 ss.). Responde a la tipología típica de estas estructuras: excavado a partir del nivel de prearcillas, de planta circular,

[174] En la actualidad esta zona, en la antigua línea de costa, se halla cegada y ganada al mar para la ciudad (Córdoba 1999: 344).

[175] Contra lo que han propuesto otros investigadores (Corzo 1992: 274), la presencia de cerámica de tipo campaniense A es muy frecuente en la necrópolis gaditana, destacando, no sólo por su número, sino también por la variedad tipológica y la gran calidad de las mismas.

entre metro y metro y medio de diámetro, factura cuidada y regular, con un primer tramo careado y el resto, hasta alcanzar el nivel freático, excavado en la roca (Niveau de Villedary 2001b; Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a). De este hallazgo procede un total de veinticinco mil fragmentos cerámicos fechados en el s. III a.C. entre los que la presencia de cerámica "tipo Kuass" es muy numerosa y las formas y decoraciones variadas (Niveau de Villedary 1999c y e.p. b).

En otras ocasiones, en lugar de en pozos, la vajilla utilizada en los ritos fúnebres se depositó en grandes fosas que se distribuyen por el espacio de la necrópolis. Este tipo de hallazgo ha debido ser frecuente desde el comienzo de las excavaciones en la ciudad de Cádiz, como nos prueba el hallado por Cervera (*vid. supra*) pero, sin embargo, apenas si se ha hecho alusión a ellos en las memorias e informes de excavación y la mayor parte de los datos los hemos obtenido gracias a la información personal de sus excavadores.

Estructuras de este tipo con cerámicas "tipo Kuass" en su interior las documentamos en la mayor parte de los solares excavados en lo que fueron los antiguos ***Cuarteles de Varela***, todos inéditos.

— La primera de las intervenciones en los antiguos ***Cuarteles de Varela*** tuvo lugar en ***1996***, dirigidas por M.L. Lavado, con la colaboración de F.J. Sibón y L. Cobos. Procedentes de uno de estos depósitos hemos podido ver la presencia de distintos fondos estampillados[176] de piezas que por la tipología de los diseños decorativos —cartelas amigdaloides, rosetas, etc.— y la mala calidad de barnices y pastas, parecen pertenecer a un momento avanzado de la producción, en un momento indeterminado de la primera mitad del s. II a.C.

— En la excavación realizada en el transcurso de ***1999*** por la empresa ***Reshef, S.L.*** en un solar contiguo al anterior, además de los pozos descritos (*vid. supra*), se exhumaron nueve de estas estructuras que se describen como *"las unidades espacialmente más extensas y frecuentes dentro de la excavación"* (Miranda y Pineda 1999: 154). Están formadas por hoyos de distintos tamaños y profundidades y forma variada pero, en todos los casos, se hallan colmatadas con una elevada cantidad de fragmentos cerámicos, fechables desde la segunda mitad del s. III hasta finales del II a.C. Al igual que sucedía en los pozos, junto a los fragmentos cerámicos en estas fosas se depositan numerosos fragmentos óseos —sobre todo ovicápridos y bóvidos—, así como espinas de grandes túnidos y escómbridos, por lo que los mismos excavadores los suponen restos procedentes de productos consumidos durante los banquetes funerarios[177] (*Idem.*). Entre los materiales más antiguos encontramos ánforas locales MPA4 evolucionadas, centromediterráneas y grecoitálicas, cerámica de cocina —morteros y ollas—, cerámica "tipo Kuass" —platos de pescado y cuencos—, otras formas de barniz negro, ungüentarios, jarras, etc. (*Idem.* 155).

— Por último, durante los meses iniciales del año ***2000*** se excavó en la zona otro solar, —trabajos dirigidos por F.J. Blanco[178]— en el que también aparecieron grandes bolsadas de materiales adscribibles a la primera mitad del s. II a.C. —ánforas, cerámica común y vajilla fina de mesa, campaniense A y últimas producciones "tipo "Kuass"—.

— En el número 2 de la ***c/ Brunete*** se localizaron, en un sector de la necrópolis púnica de fines del s. III, dos fosas, una de ellas interpretada como los deshechos de algún banquete funerario y la otra, de gran tamaño, rellena de todo tipo de materiales, entre los que se nombran "ánforas, platos de pescado y cuencos, otros tipos de cerámica común, algunos fragmentos de barniz negro con decoración de palmetas, aryballos, cerámica pintada a banda, junto a huesos de bóvidos y équidos, conchas de almejas, cañaíllas, navajas, huesos y espinas de cazón, etc."[179].

En otros casos las cerámicas han aparecido formando parte de terreras utilizadas en época moderna para nivelar el terreno natural, posiblemente procedentes del desmonte de una de estas fosas que abundan en la necrópolis.

— Es el caso del conjunto de materiales que se recuperó en 1983 (Fierro 1990: 35) del solar que ocupara el ***Convento Capuchino***, intramuros de la ciudad[180]. Los materiales, muy deteriorados, correspondían a muy variadas épocas, desde los propios del momento de fundación del Convento hasta los más antiguos, púnicos y romanos. Respecto al material "tipo Kuass" se publican copas, lucernas de tipo helenístico y una enócoe con aplique figurativo. Elementos, todos ellos, propios del ambiente funerario en el que nos estamos moviendo.

Contamos también con otra serie de evidencias procedentes de dos recientes excavaciones en el casco antiguo de la ciudad, que nos hablan del probable carácter, si no funerario, sí al menos ritual de la isla gaditana.

— En la excavación del ***Teatro Andalucía*** entre 1994 y 1995, junto al borde del antiguo canal Bahía-Caleta (Cobos, Muñoz y Perdigones 1995-96: 115), se localizaron, entre otros restos de época romana, lo que en una de las publicaciones se describe

---

[176] Agradecemos a sus excavadores el habernos permitido acceder a estos materiales inéditos.

[177] "Estimamos por tanto que estas fosas se hallarían vinculadas a prácticas de liturgia funeraria consistentes en banquetes en homenaje del difunto en los que posteriormente se arrojaban a una fosa los vasos cerámicos utilizados rotos ritualmente, así como los restos de los elementos consumidos en la ceremonia". Además aclaran su interpretación mediante un ejemplo: "(...) es el Area 1 de la Cuadrícula J2 en la que aparecieron fragmentados varios grandes platos de cerámica campaniense A, mezclados con restos de reses y pescados" (Miranda y Pineda 1999: 154).

[178] Intervención inédita.

[179] Información obtenida del folleto divulgativo "Arqueología Urbana" editado por la Delegación Provincial de Cultura de Cádiz en 1996, con motivo de la celebración de las Jornadas Anuales de Patrimonio.

[180] Que en esta ocasión estemos hablando de un solar intramuros, es un dato interesante a la hora de tener en cuenta la auténtica extensión de la necrópolis, y su prolongación, según los datos de las recientes intervenciones, al solar que tradicionalmente se había venido considerando que hubo de ocupar el núcleo habitacional.

como "una serie de fosas excavadas en un nivel de arcilla roja, delimitada por piedras ostioneras, donde aparecen fragmentos de ánforas, platos de pescado, etc.[181]" (Lavado *el al.* 2000: 870) y en otra como "una distribución de fogatas de época púnica" (Cobos, Muñoz y Perdigones 1995-96: 117) que, en otro momento, se especifica que pertenecen al s. III a.C. (*Idem.* 118). La ubicación de una necrópolis republicana en el lugar (*Idem.*) y las características de estas estructuras, con evidencias de combustión, consumo y depósito (Frutos y Muñoz 1996: 139), nos inclinan a interpretarlas como prácticas de tipo ritual, tan frecuentes, como hemos visto, en el ámbito de la necrópolis púnico-gaditana.

— Otra excavación que está aportando datos de especial interés para el conocimiento del asentamiento primitivo de *Gadir* es la que desde hace varios años tiene lugar en la ***Casa del Obispo*** dirigida por J.M. Gener y J.M. Pajuelo[182]. En un contexto que también puede definirse como ritual, en una especie de fosa rellena de arena de playa, aparecieron, entre otros elementos de carácter suntuario —cabeza de ascos zoomorfo, boca de ampolla, paleta de ungüentario en hueso trabajado, cerámica pintada, *lopas*, pequeña ampollita, aplique de terracota, etc.— y restos de espinas de pescado, dos platos de pescado y tres bolsales bastante completos. Lo curioso de éstos es que pese a presentar perfiles totalmente clásicos, más evidentes en el caso de los bolsales —pie típico, acanaladura bajo la panza, decoración estampillada—, se trata de copias perfectas en cerámica común —pastas amarillentas y tratamiento superficial a base de un ligero engobe de la misma pasta (Niveau de Villedary 1999c)— de sus homónimas barnizadas, pero no, como cabría esperar, de los vasos griegos, sino que son copias fabricadas a partir de modelos "tipo Kuass", como demuestran el perfil general de los platos y sobre todo el diseño y estilo de la estampilla que decora el fondo del bolsal que apareció completo. Por el contexto y los materiales, hemos de inferir que se trata de un depósito de tipo sacro, diferente a los hasta ahora descritos, quizás relacionado con algún tipo de culto que por ahora se nos escapa.

En relación a este último yacimiento, quizás debamos traer a colación, unos recientes hallazgos[183], en la zona de extramuros de la ciudad, en un área de necrópolis romana, bajo la que no hallamos enterramientos de épocas anteriores pero sí indicios de la práctica de rituales.

— En este solar, ubicado en la ***c/ General Ricardos***, en las proximidades de dos muros paralelos que se fechan, por el material arqueológico procedente de las fosas de cimentación —ánfora gaditana de tipo "Carmona"—, en el s. III a.C., sobre el estrato dunar típico de la zona (Sibón 1993-94: 83), se individualiza un sector que presenta una tonalidad más oscura, producto de la descomposición orgánica, con pequeños trozos de carbones —que indican que ha habido combustión—, restos de moluscos —conchas y navajas— y material cerámico muy fragmentado. Entre este material hemos podido identificar numerosos fragmentos de pebeteros en forma de cabeza femenina (Marín 1987), junto a campaniense A antigua y cerámica de "tipo Kuass" (Forma I, Forma II, Forma III, Forma VII, Forma IX-B, Forma IX-C, Tipo XV-B y algunos fondos estampillados). El conjunto material, muy homogéneo, se fecha a finales del s. III o principios del II a.C. y responde a la práctica de actividades rituales, que aunque se nos escapan, debieron estar relacionadas con la quema de perfumes y la celebración de banquetes funerarios o presentación de ofrendas, siempre eso sí, dentro de un ambiente funerario (Niveau de Villedary y Ferrer e.p. b).

— Algo similar, aunque en este caso no se menciona la presencia de cerámica "tipo Kuass", documentamos en un solar continuo a éste, haciendo esquina a la ***calle Juan Ramón Jiménez*** donde en 1992 aparecieron los cinco grandes bustos de terracota (Alvarez y Corzo 1993-94), posiblemente deshechos del taller local (Ferrer 1995-96: 64) ubicado allí (Giles y Sampietro 1993-94). En lo que su excavador denomina estrato V y que describe como "compuesto por arena de color castaño rojizo que ofrece materiales diversos. Un fragmento de terracota femenina, cerámica campaniense, común, fragmentos de una urna ibérica pintada a bandas rojas, cerámica pompeyana y cerámica púnica del s. III a.C. y una moneda de Gades de mediados del s. II" (Sibón 1993: 84). Quizás lo que se describe como cerámica pompeyana, sea cerámica "tipo Kuass", más acorde con el contexto cronológico del depósito y que muchas veces se confunde con ésta.

A la luz de los datos que nos están aportando las excavaciones más recientes, quizás tengamos que replantearnos algunos supuestos tradicionalmente admitidos, como es la existencia de pequeñas ***factorías de salazones*** en el solar de Cádiz (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988: 488 ss.; Frutos y Muñoz 1996: 136 s.; Muñoz y Frutos 1999: 202 s.). Desde hace unos años se viene defendiendo la existencia de esas factorías por una serie de datos, la mayor parte de las veces fragmentarios —existencia de pavimentos, muros y piletas, siempre en muy mal estado de conservación y entremezclados con la necrópolis— e indirectos —fosas de deshechos de estas factorías—[184]. Los trabajos más recientes plantean la posibilidad de que estas estructuras —pozos, piletas, etc.— tuvieran una funcionalidad ritual, en relación con la necrópolis y con las prácticas funerarias realizadas en ella (Niveau de Villedary 2001b: 96; Niveau de Villedary y Ferrer e.p. b); por lo que las fosas, anteriormente interpretadas como basureros de los establecimientos industriales, ante la similitud que presentan con las últimas exhumadas, deban reinterpretarse, al igual que éstas, como depósitos o *bothroi* de estas actividades[185].

---

[181] Entre los materiales se encuentran cerámicas "tipo Kuass" según nos confirma el director de las excavaciones, Luis Cobos Rodríguez.

[182] A los que agradecemos el habernos permitido estudiar este material.

[183] Agradecemos a Ignacio Córdoba Alonso, arqueólogo director de la excavación, la información y el acceso al material.

[184] Así al describir los hallazgos de la pretendida factoría de la Plaza de Asdrúbal (zona como hemos visto de gran densidad de la necrópolis púnica de esos mismos momentos), se dice textualmente: "No se pudo determinar ni la extensión ni el número de dependencias de la factoría ya que las estructuras localizadas correspondieron a zonas de vertidos de desechos y a algún que otro pavimento muy deteriorado" (Muñoz y Frutos 1999: 202).

[185] Las fosas, por situación —zona de necrópolis— , forma y relleno no parecen diferir unas de otras. Las fosas de la Plaza de Asdrúbal contenían "(...) tanto fragmentos de contenedores y vajilla relacionada con esta actividad (ánforas, platos con engobe rojo, etc.) como útiles para la pesca (anzuelos, agujas) así como abundante material malacológico y restos de peces" (Muñoz y Frutos 1999: 202 s.), lo que describe a la perfección los restos

La presencia —y por tanto la utilización— de la cerámica "tipo Kuass" en estas factorías, debe entenderse entonces en el mismo sentido religioso-ritual-funerario que venimos analizando hasta ahora para la ciudad de Cádiz. Tenemos constancia de la presencia de cerámica "tipo Kuass" en dos de las tres factorías contempladas.

— En los Sectores E y F de la ***Plaza de Asdrúbal*** (Perdigones y Muñoz 1985) se documentan "fragmentos de pateras que por su forma, barniz y tipo de estampillas se vienen considerando procedentes de los talleres de Kouass" (Perdigones *et al.* 1985: 46), junto a ánforas locales —MPA4 evolucionadas, Pellicer B, C y D, Muñoz E-1 y E-2— y centromediterráneas del tipo Mañá D (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988: 488) en el s. III a.C. y cerámicas campanienses (Ventura 1990: 381) y ánforas Mañá C-2b y E-2 en el s. II a.C. (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988: 489). Procedentes del Sector E, excavación realizada por el Museo de Cádiz en 1982[186], Ventura recoge en su Tesis Doctoral una serie de ejemplares asociados al estrato IV, nivel extendido por todo el solar, que cubría las tumbas del s. V a.C. y que aportó un material cerámico fragmentario muy abundante, tanto de vajilla como de ánforas (1990: 380). No cabe duda que nos hallamos ante otra de estas zonas, libres de enterramientos entre el s. III y el II a.C., donde se amortiza el material utilizado en rituales funerarios. Se cita la presencia, una vez más, de las formas más comunes en la necrópolis: platos de pescado —Forma II (*Idem.* 1173; fig. 113, b)—, platos de la Forma III (*Idem.* 1185; fig. 119, b y c), bolsales —Forma VII (*Idem.* 1189; fig. 121, a y b)—, cuencos del Tipo IX-B (*Idem.* 1166; fig. 111, a) y fondos estampillados (*Idem.* 1196 ss.; fig. 124, a y d; fig. 125, a y b; fig. 131, a; fig. 132, a y c).

— En la del solar situado en la confluencia de la ***Avda. de Andalucía con la c/ Ciudad de Santander***, próxima a la anterior, en fosas y lo que se describe como "pavimentos de piedras y cerámicas localizados a lo largo de la superficie excavada" (Frutos y Muñoz 1996: 137), aparecen en contextos de los siglos III y II a.C., lo que se denominan "fragmentos de pateras de barniz negro-rojo" (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988: 490), asociados a todo el conjunto de materiales cerámicos, restos alimenticios y otros elementos que venimos viendo.

— Por último[187], en el informe sobre las excavaciones de urgencia realizadas con motivo de la instalación de la nueva red de alcantarillado de extramuros entre 1985 y 1986 (Perdigones *et al.* 1985), se cita la aparición de esta clase cerámica en la calle ***Enrique Calvo***, cerca de las antiguas excavaciones de F. Cervera, donde en el interior de una pileta aparecieron platitos, copas, cuencos y platos de pescado "tipo Kuass", junto a otros restos cerámicos —cerámica de cocina, urnas, ánforas locales e importadas— (*Idem.* fig. 2) y espinas de pescado (*Idem.* 40).

El número de yacimientos y solares en los que se ha hallado cerámica "tipo Kuass" en el casco urbano de Cádiz es, sin duda, mucho mayor que el presentado, sin embargo, la falta de memorias definitivas de las excavaciones provoca que el material no publicado en los informes preliminares, como es habitual que suceda salvo casos muy específicos, no llegue a conocerse nunca.

— A modo de ejemplo traemos a colación el caso de uno de tantos solares, el situado en el número ***23 de la c/ Acacias***, excavado en 1998[188] y que ha proporcionado ejemplos de esta cerámica. En este caso, tal y como sucede en muchos de los solares excavados, descontextualizados, lo que nos da idea de la frecuencia y normalidad del uso de esta cerámica en el ambiente funerario que estamos analizando.

Aunque el número de pozos y fosas diseminados por toda la necrópolis es como hemos visto, muy numeroso, nos limitaremos a exponer los resultados del análisis de los rellenos de dos de estos pozos[189], de los que hemos hecho un estudio sistemático[190] (Niveau de Villedary e.p. b). El hecho de que ambos conjuntos sean idénticos en cuanto a la composición estadística de sus materiales y a la presencia y ausencia de determinadas formas, nos parece suficiente garantía para extrapolar estos datos a otros conjuntos de similar cronología —segunda mitad del s. III—.

Lo primero que nos llama la atención es el peso porcentual que en el total del material cerámico, más de la mitad, ocupan la cerámicas que podemos considerar finas y entre las que incluimos las de "tipo Kuass", en relación a la cerámica de "cocina" y las ánforas, también presentes pero en un porcentaje significativamente menor. ¿Cómo interpretamos este dato? Una vez analizadas todas y cada una de las formas, observamos que abundan los

---

de un banquete funerario, de la celebración de los cuales hay, además, restos explícitos en ese mismo solar: "El relleno de la fosa proporcionó abundantes fragmentos cerámicos y en su superficie aparecieron manchas de incineraciones conteniendo restos de alimentos consumidos consistentes en huesos de suidos, vértebras de atunes y caparazones de muergos. Ello hay que interpretarlo con toda seguridad como *banquetes fúnebres* realizados sobre la superficie de la fosa al finalizar su colmatación y sobre la cual se arrojaron además fragmentados los vasos utilizados en el ritual funerario" (Perdigones y Muñoz 1985: 61). Idénticas reflexiones se pueden hacer respecto a las otras factorías consideradas como tales.

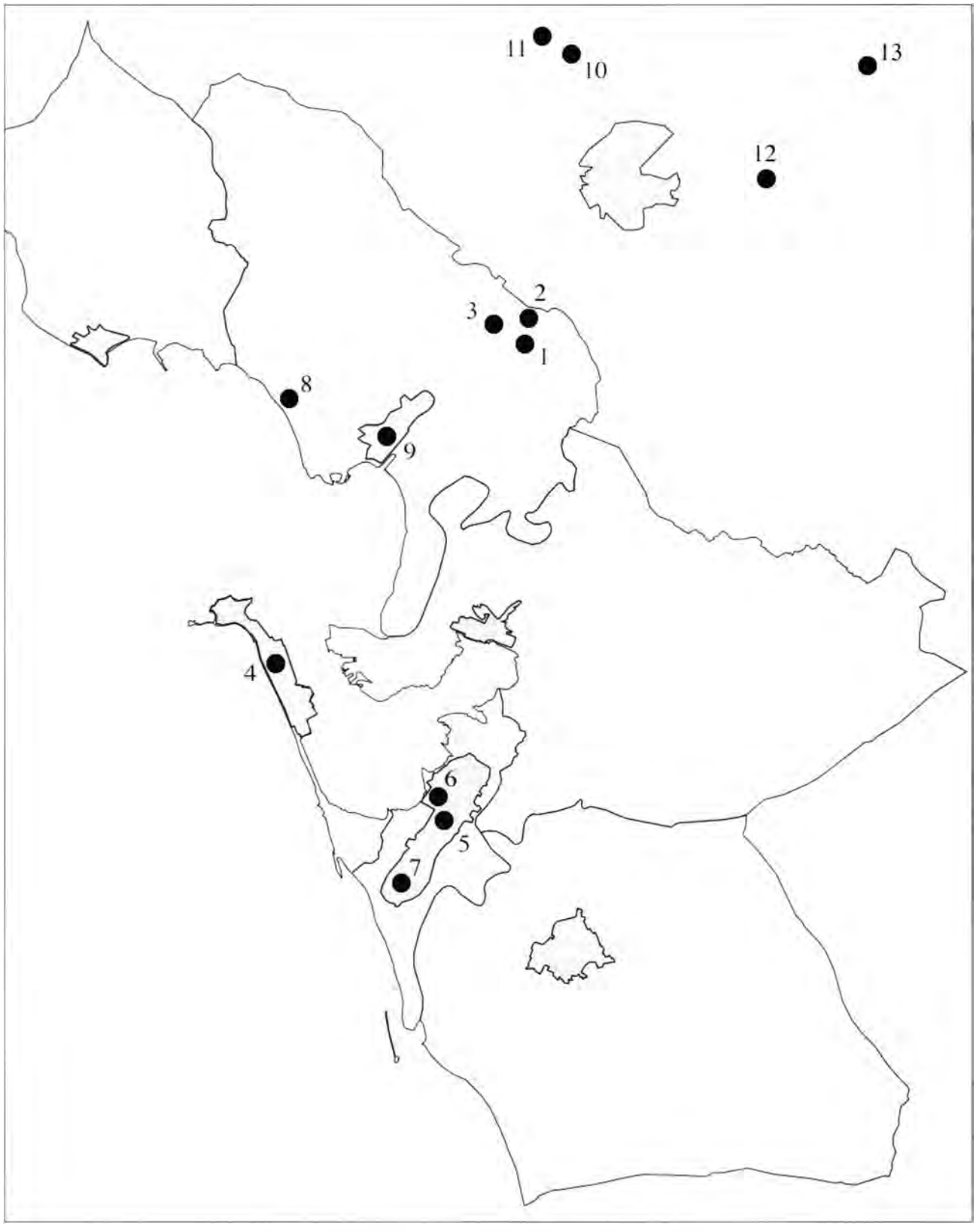
[186] Excavación inédita de la que tenemos referencias indirectas por otros trabajos.

[187] No sabemos cual es la razón por la que este hallazgo, interpretado como pileta de salazón en el informe (Perdigones *et al.* 1985: 40), no es incluido dentro de las factorías gaditanas.

[188] Agradecemos a su excavador, Ignacio Córdoba Alonso el acceso a los materiales y a la información de la intervención.

[189] El primero de ellos apareció en el transcurso de las excavaciones practicadas en el solar ocupado por los antiguos Cuarteles de Varela (Miranda y Pineda 1999: 71) concretamente en la cuadrícula E/F 3, siglas con las que se denomina. El segundo, situado en un solar cercano al anterior, en la esquina de la Plaza de Asdrúbal con la c/ Amílcar Barca, es el denominado pozo 1 (cuadrícula A-5) por sus excavadores (Blanco 1998).

[190] Queremos agradecer a Pilar Pineda y Jesús M. Miranda, directores de la excavación de los Cuarteles de Varela y a Francisco J. Blanco, director de las excavaciones, y Francisco Sibón, técnico arqueólogo de las excavaciones del solar de la Plaza de Asdrúbal esquina a la c/ Amílcar Barca, el habernos permitido acceder no sólo a los materiales procedentes de ambas intervenciones sino también a todo el material gráfico y la información disponibles.



MAPA 1.—DISTRIBUCIÓN DE LA VAJILLA EN LA BAHÍA DE CÁDIZ (I).

1.—Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). 2.—Poblado de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz). 3.—Necrópolis de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz). 4.—Necrópolis púnica de Gadir (Cádiz, casco urbano). 5.—Alfares de Torre Alta (San Fernando, Cádiz). 6.—Hornos de Pery Junquera (San Fernando, Cádiz). 7.—"Necrópolis Ursiniana" (Cerro de Los Mártires, San Fernando, Cádiz). 8.—Factorías de salazones (El Puerto de Santa María-Rota, Cádiz). 9.—Casco urbano de El Puerto de Santa María (Cádiz). 10.—Mesas de Asta —hábitat— (Jerez de la Frontera, Cádiz). 11.—Mesas de Asta —necrópolis— (Jerez de la Frontera, Cádiz). 12.—Cerro Naranja (Los Garciagos, Jerez de la Frontera, Cádiz). 13.—La Calerilla (Cortijo de la Torre, Jerez de la Frontera, Cádiz).

elementos correspondientes al servicio de mesa, es decir todo tipo de cuencos, platos, fuentes y jarras utilizados, pensamos, en banquetes de tipo funerario que a la luz de los datos aportados por los contenedores y la cerámica, de cocina, debieron prepararse allí mismo. Resulta pues, muy significativo, que del total de la cerámica casi un 17% de las formas documentadas pertenezca a diferentes formas de la vajilla "tipo Kuass". Ésto, unido como veremos más adelante, a la calidad de las piezas, nos indica que al menos en la necrópolis, es decir, cuando de lo que estamos hablando es de un uso ritual, la vajilla "tipo Kuass" tenía una consideración, en cierta medida, de vajilla, si no de lujo, si al menos de semilujo. ¿En qué nos basamos para sostener tal afirmación? En primer lugar, como hemos dicho, en la mayor calidad, si no técnica[191], sí desde el punto de vista artístico de las piezas. En la elaboración de éstas se cuidan más los detalles secundarios y las decoraciones, con el fin de crear piezas lo más parecidas posibles a sus precedentes áticas. Ésta es quizás la principal diferencia que advertimos respecto a las cerámicas que encontramos en contextos de habitación. En general, se trata de elementos de marcados rasgos arcaizantes, tanto en los perfiles generales de las piezas, como en sus detalles. A este respecto resultan ilustrativos los casos de las copas (Forma VIII) y los bolsales (Forma VII). En el primero de los casos es curioso observar cómo la mayoría de los ejemplares adopta el perfil clásico de la forma L-22 ("outturned rim bowls"), tipo apenas documentado entre los niveles de habitación en donde se sustituye por la forma más evolucionada de L-28. En el caso de los bolsales tanto el perfil como los atributos exclusivos de esta forma: tipo de pie, acanaladura bajo el cuerpo, forma y disposición de las asas, etc., intentan mantener el *canon* clásico. Y lo mismo podemos decir de las formas restantes, ya que encontramos una mayor presencia de platos moldurados de la Forma I, infrecuentes en otros contextos, de platitos de la Forma III, de cuencos IX-B y IX-C, de formas cerradas, etc., siempre guardando la mayor semejanza posible con los prototipos áticos. Dándose también el caso contrario, es decir, que tipos frecuentes en zonas de hábitat, no aparecen en estos contextos rituales-funerarios, destacando la ausencia total de dos de las formas más representativas: los cuencos de la Forma IX-A, el tipo más abundante en los poblados, y las lucernas abiertas (Forma XVI) aquí sustituidas por completo por las de tipo helenístico (Forma XVII). En el tema de las decoraciones también se observa el mismo fenómeno, pues predominan las composiciones más complejas, de mayor calidad.

En los pozos de momentos algo anteriores (Blanco 1998; Niveau de Villedary 2001b: 116), como el pozo 3 —cuadro H-3— de la Plaza de Asdrúbal e/ Amílcar Barca, fechado a finales del s. IV y comienzos del III a.C. (Blanco 1998), a la cerámica "tipo Kuass" la acompaña vajilla ática de barniz negro, mientras que en los más recientes —pozo 2, C-6/C-7—, en torno a la primera mitad del s. II a.C., advertimos, por una parte la evolución y simplificación de las formas "tipo Kuass" y por otra la introducción cada vez mayor, de elementos campanienses e imitaciones locales.

— Este último fenómeno está muy bien documentado en una reciente excavación (*vid. supra*), emplazada también en uno de los solares antiguamente ocupados por los ***Cuarteles de Varela***[192]. En este solar se han exhumado grandes bolsadas de materiales con una cronología de la primera mitad del s. II a.C., en donde asociadas a una gran cantidad de formas de campaniense A, de muy buena calidad, hallamos producciones "tipo Kuass" ya residuales, en un número escaso, de muy mala calidad y que reproducen formas típicas de los primeros barnices negros itálicos —sobre todo vemos platos de la Forma L-36, nuestra Forma V—.

6.2.3. Los alfares: Torre Alta y Pery Junquera (San Fernando, Cádiz)

Un uso tan extendido como el que constatamos en contextos tanto de habitación como funerarios implica una producción de considerable envergadura, que a la luz de la abundancia de hallazgos hemos de suponer que debía localizarse en el propio entorno de la bahía de Cádiz.

Desde que a comienzos del siglo XX se documentaran los primeros hornos en el ***Cerro de los Mártires*** gracias a los trabajos de P. Quintero (1932), son numerosos los complejos industriales que conocemos en la margen oriental de la bahía de Cádiz, en las actuales poblaciones de San Fernando y Puerto Real, con un amplio marco cronológico que nos permite seguir la evolución alfarera en la bahía desde el s. VI a.C. (Gago *et al.* 2000) hasta época tardoimperial (García Vargas 1998).

La producción principal de estos alfares se centra en la fabricación de ánforas, destinadas fundamentalmente al envasado y transporte de las famosas salazones y conservas de pescado gaditanas (Frutos y Muñoz 1996; Muñoz y Frutos 1999). Este aspecto, el de la fabricación de envases, es el que hasta el momento ha llamado en mayor medida la atención de la investigación, dando lugar a numerosos trabajos en los que se sistematizan las producciones de época púnica (Frutos y Muñoz 1994 y 1996) y romana (Lagóstena 1994 y 1996; García Vargas 1996 y 1998).

[191] Hay que recordar que en muchas ocasiones, la cerámica utilizada para la celebración de estas ceremonias funerarias, que se fabrica *ex profeso* para este fin, es de menor calidad, puesto que una vez utilizada, el ritual impone la fractura intencionada de la vajilla que no debe volver a ser utilizada.

[192] Agradecemos la información a su excavador, Francisco J. Blanco.

La proliferación de trabajos en los últimos años no ha llevado parejo, sin embargo, el estudio de otra serie de conjuntos vasculares que, junto a las ánforas, documentamos en estos complejos industriales, entre los que la cerámica "tipo Kuass" representa un importante porcentaje.

El primero de estos conjuntos se encuentra al noroeste de la ciudad de San Fernando, en la zona denominada ***Torre Alta***. El yacimiento se dio a conocer en 1987 por el "Grupo de Arqueología Municipal" que realizó una recogida de materiales de superficies consistentes en fragmentos de ánforas de tipología púnica con fallos de cocción (Perdigones y Muñoz 1988: 106) y algunas cerámicas comunes y de "tipo Kuass"[193].

— La primera intervención tuvo lugar entre los meses de diciembre de ***1987*** y enero de ***1988***, con el objetivo de delimitar espacial y culturalmente el yacimiento. Aunque se observaron otras estructuras, fueron dos los hornos exhumados (Frutos y Muñoz 1994: 394 s). De características similares, tan sólo se diferencian en las dimensiones, ambos están excavados en el terreno natural, presentan planta en forma de "U" y conservan el pasillo de acceso, la cámara de combustión y el pilar central. Los muros se levantan con tapiales, reforzados con adobes y piedras y recubiertos por una capa de arcilla. La cubierta estaría formada por una falsa cúpula y las parrillas aparecieron desplomadas en el interior de las estructuras. A pesar de recuperarse otras formas cerámicas, el grueso del material lo constituyen las ánforas. Por los tipos hallados —MPA4 evolucionadas, Muñoz E-2, A-5, Mañá C e imitaciones locales de grecoitálicas (Frutos y Muñoz 1994: 398 ss. y 1996: fig. 11— podemos considerar que estuvieron en funcionamiento hacia finales del s. III y el II a.C. (Niveau de Villedary e.p. d)[194]. Entre el resto del material se cita la presencia de "otros vasos menores (cuencos de diversos tipos, platos, ollas, tapaderas, tazas, lebrillos, jarras...)", entre los que destacan "cuatro formas locales de la cerámica de barniz negro tipo campaniense A (formas 27, 31, 36 y 55 de Beltrán)" (Frutos y Muñoz 1994: 398). Creemos que estas piezas deben fecharse en un momento cercano a la mitad del s. II a.C. (Sanmartí y Principal 1998), mientras que las procedentes de las prospecciones superficiales son algo anteriores —finales del s. III-comienzos del s. II a.C.—

Con posterioridad se han llevado a cabo en el yacimiento una segunda y tercera intervención, inéditas, de resultados parecidos (Sáez, Montero y Toboso e.p.).

— La primera de ellas, que tuvo lugar en el año ***1995*** bajo la dirección de V. Castañeda y A. Higueras-Milena, sacó a la luz una zona de escombreras colmatadas por diversos materiales que se describen como "imitaciones en barniz rojo, en cuanto a forma y decoración de algunos tipos de cerámicas romanas y griegas"[195] en las que, sin duda, debemos reconocer a la producción de cerámicas barnizadas púnico-gaditanas.

De estas excavaciones, aún en estudio, no se ha publicado ningún avance, por lo que debemos limitarnos para nuestro estudio al material expuesto en el Museo de San Fernando. En la Sala 2 se exponen una serie de materiales procedentes de las escombreras excavadas en 1995 que, por una parte, demuestra la fabricación de esta clase cerámica en la bahía de Cádiz y, por otra, confirma la nueva datación propuesta.

Entre las piezas expuestas destacamos la presencia de un punzón con una palmeta en uno de sus extremos, utilizada para la decoración que caracteriza a algunos vasos, así como un plato, posible imitación itálica, estallado como consecuencia de un fallo de la cocción. Ambas piezas demuestran que los hornos de Torre Alta fabricaron cerámicas "tipo Kuass". Sin embargo, y aunque con estos indicios quede probada la fabricación, tan sólo tenemos constatados los últimos momentos de la producción, hacia finales del s. III y comienzos del II a.C. Entre estos materiales están representadas las Formas II —platos de pescado—, III —platitos—, V —platos de borde vuelto— y VIII —copas—. Además de las ya citadas imitaciones de producciones itálicas —plato y *guttus*—.

Entre los materiales procedentes de la prospección superficial, de idéntica cronología, se identifican cuencos de los Tipos IX-A, IX-B, estos últimos con decoración estampillada en su interior y diversos fondos, que por sus dimensiones y diseño decorativo —a base de cinco estampillas dispuestas radialmente—, deben corresponder a las copas de mayor tamaño de la Forma VIII y los boles de la Forma X.

Junto a producciones tardías de "tipo Kuass" en los hornos de Torre Alta tenemos también constatada la fabricación de imitaciones en pasta gris de las primeras importaciones romanas de campaniense A, que demuestran que los gustos están cambiando. Junto a elementos residuales "tipo Kuass" que se pueden incluir en las Formas IV, V y VI (García Vargas 1998: 158), se fabrican platos (L-36 y L-5 B) y vasos (L-27 y L-31) de acuerdo a la nueva estética (Frutos y Muñoz 1994: 398).

— Cercano al anterior, en la ***Avenida Pery Junquera***, se ha excavado otro conjunto alfarero, en funcionamiento desde finales del s. III a.C. hasta la primera mitad del I d.C. (González Toraya *et al.* 2000). Entre el material asociado a la fase púnica

[193] En la actualidad expuestas en la Sala I del Museo Histórico Municipal de San Fernando.

[194] Aunque en principio sus excavadores fechan la producción entre finales del s. IV a.C. y II a.C. (Perdigones y Muñoz 1988: 109), el estudio pormenorizado de las ánforas (García Vargas 1998: 158) y la tipología evolucionada de las formas barnizadas (Frutos y Muñoz 1994: 398) inclinan a elevar su datación hasta un momento avanzado del s. III a.C.-transición al II a.C. (García Vargas 1996: 50 s.; Niveau de Villedary 1999a: 120).

[195] Texto mecanografiado entregado en los *XI Encuentros de Historia y Arqueología de San Fernando.*

—finales del s. III-primera mitad del s. II a.C.— se ha podido documentar la presencia de formas evolucionadas de cerámica "tipo Kuass"[196], correspondientes a esta última fase de vida del taller gaditano: platos de pescado —Forma II—, platos de borde vuelto —Forma V—, copas —Forma VIII—, etc.

En una segunda fase, hacia mediados del s. II a.C., que se asocia a la fase de colmatación del horno republicano (González Toraya *et al.* 1998) se empiezan a documentar, al igual que en Torre Alta, imitaciones locales de las primeras cerámicas campanienses (Sanmartí y Principal 1998) en pastas grises y barniz negro —L-5, L-27, L-6, L-36— que conviven con unas ya residuales producciones de barniz rojo, reducidas a los platos de pescado (Forma II), los platos de borde reentrante (Forma V) y las formas de cuencos típicas del momento (Forma X).

— En 1998, se localizó en ***Camposoto*** otra zona industrial y alfarera[197] que ha aportado interesantes datos para la documentación del comienzo, hacia los siglos VI y V a.C., de esta actividad en la bahía (Gago *et al.* 2000). Aunque el conjunto exhumado es cronológicamente anterior a la etapa que nos concierne, la presencia de fosas rellenas de materiales adscribibles al s. III a.C. superpuestas a estas primeras estructuras (*Idem.* 42) nos indica que la actividad industrial hubo de proseguir en el tiempo.

— En esta misma zona, en el Cerro de los Mártires, a comienzos de siglo, P. Quintero excavó una zona de enterramientos que llamó ***"necrópolis ursiniana"*** (1932: 20). En la correspondiente memoria se cita la presencia de "muchos fragmentos cerámicos de época púnica" (*Idem.* 22 s.), y en las ilustraciones junto a la máscara negroide hallada en el lugar, se reproduce una lucerna cerrada de perfil helenístico "tipo Kuass (*Idem.* lám. IX).

Los datos con los que contamos hasta el momento nos indican que los complejos industriales situados en la bahía de Cádiz estaban totalmente capacitados y preparados para generar el volumen de producción que la población de la bahía consumía en su vida cotidiana y en la práctica ritual y funeraria, e incluso para producir un excedente que surtiera de estos elementos, muy demandados por la población, a otros lugares.

En los hornos de San Fernando tenemos documentadas, —a pesar de que sólo contamos con información de finales del s. III y primera mitad del II a.C. y por tanto nos faltan los alfares de los momentos de mayor producción—, la mayor parte de las formas de la vajilla, así como una serie de piezas excepcionales, que podemos considerar "caprichos" o "ensayos" de alfareros y que denotan el enorme dinamismo del taller gaditano a la hora de reproducir las nuevas formas y decoraciones que se están imponiendo en el Mediterráneo.

6.2.4. Las factorías de salazones. (El Puerto de Santa María-Rota, Cádiz)

La intensa producción alfarera constatada en la bahía de Cádiz está íntimamente ligada a la actividad salazonera (Frutos y Muñoz 1996; Muñoz y Frutos 1999). Las costas atlánticas que circundan la bahía de Cádiz se nos han ido revelando, en el transcurso de la investigación, como uno de los núcleos de mayor concentración de instalaciones dedicadas a estas actividades (Ruiz Mata, Córdoba y Pérez 1998: 393).

Los comediógrafos griegos nos han transmitido la calidad y fama que las salazones gaditanas tuvieron en la Antigüedad[198], que hicieron de los productos gaditanos la principal manufactura exportada por la colonia fenicia occidental, que a partir de la reestructuración económica del s. VI (Ruiz Mata, Córdoba y Pérez 1998), sentó sus bases económicas en la elaboración y comercialización de estos productos (Niveau de Villedary y Vallejo 2000: 331), con los que *Gadir* se incluyó de pleno en los circuitos mediterráneos de los siglos V y IV a.C. (Cabrera 1994: 96; López Castro 1995: 63).

Al hablar de la necrópolis gaditana (*vid. supra*), ya manifestamos nuestras dudas sobre la identificación de determinados restos con actividades de tipo pesquero e industrial y proponíamos que estos indicios debían responder, más bien, a la práctica de determinadas actividades rituales y funerarias, bien constatadas por otra parte, en toda el área funeraria (Niveau de Villedary 2001b; Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a).

En el caso de la factoría republicana del Teatro Andalucía (Cobos, Muñoz y Perdigones 1995-96), no creemos que haya indicios suficientes para remontar a finales del s. VII a.C. el comienzo de la producción gaditana de salazones (Frutos y Muñoz 1996: 145), ya que el registro material indica, para esa época, tan sólo el consumo de pescado (Cobos, Muñoz y Perdigones 1995-96: 117; Frutos y Muñoz 1996: 139).

Descartadas entonces las factorías gaditanas, centraremos nuestra atención en la más de una veintena de establecimientos de este tipo que se ha localizado en la costa portuense como resultado de las prospecciones —a causa del intenso crecimiento urbanístico de la zona—, que en los años 80 llevaron a cabo primero el Museo

[196] Agradecemos a sus excavadores el habernos permitido analizar el material, actualmente en estudio.
[197] Existen antecedentes de hallazgos de restos funerarios e industriales en la zona. Al respecto *vid.* Gago *et al.* 2000: 38 s.
[198] A este respecto resulta ilustrativo un reciente trabajo, donde se ponen en relación los datos literarios con las evidencias arqueológicas que ofrecen las ciudades griegas (López Castro 1997a).

Municipal de El Puerto de Santa María y a partir de 1984, José Antonio Ruiz Gil (Ruiz Gil 1986, 1987 y 1991; Ruiz Gil y Ruiz Fernández 1987).

— Los primeros y más completos datos, proceden de la excavación de una de estas factorías, la conocida por ***Las Redes*** que aunque se localizó en 1976, no se excavó, por parte de un equipo del Museo de Cádiz y mediante el procedimiento de urgencia, hasta 1980 (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988: 491). La factoría, hoy destruida, se ubicaba en la playa de Fuentebravía, en el tramo de costa que transcurre entre las poblaciones de El Puerto de Santa María y Rota. Se asienta sobre una duna muerta de forma circular, cubierta por pinos y matorral de monte bajo, con una altitud de 44 metros sobre el nivel del mar actual (Frutos y Muñoz 1996: 135). Se documentaron cuatro fases de ocupación: tres pertenecientes a la ocupación protohistórica y una última fechada en el s. XVII (Frutos, Chic y Berriatúa 1988: 296). La primera, que se fecha entre el 430 y el 325 a.C., constituye el periodo de máximo apogeo de la factoría, cuando la superficie ocupada —en torno a 200 metros cuadrados— y el volumen de materiales hallado —46 % del total— es mayor. La segunda fase en la que según sus excavadores comienza el declive de la factoría, se sitúa entre el 325 y el 275 a.C. Una crisis que se hace patente en la tercera fase —275-200 a.C.— con una progresiva disminución de las dependencias y el material y, por tanto, de la actividad de este centro (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988: 492).

La factoría presenta una planta casi cuadrada, que sufrió diversas remociones a lo largo de su existencia, siempre aprovechando los muros y construcciones anteriores. Presenta cinco dependencias que se articulan del siguiente modo: la número 1, se dedicaría a la transformación industrial del pescado, la 2 a su almacenamiento y limpieza, la 3 debía ser la entrada de la fábrica, por la que se introducirían las ánforas y se expediría el producto final envasado, la 4 se destinaría al almacenamiento de los útiles de pesca y la 5, con sus piletas bien conservadas, estaría destinada a la maceración del pescado (Frutos y Muñoz 1996: 135 s.).

El material estudiado se reduce prácticamente a los envases anfóricos (Frutos, Chic y Berriatúa 1988; Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988) y a alguna mención sobre la presencia de barniz negro ático (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988: 497) y producciones locales "tipo Kuass" (Frutos, Chic y Berriatúa 1988: 298). Se cita la presencia de las formas L-21a (Forma IX-A, cuenco simple de borde reentrante), L-22 (Forma VIII, copa de borde exvasado), L-42B (Forma VII, bolsal) y de platos de pescado (Forma II).

Por la cronología que los excavadores proponen para el funcionamiento de la factoría, la mayoría de estas formas deben ser piezas áticas fechadas en el s. IV a.C., aunque a la vista de la tipología anfórica, quizás haya que elevar algo la cronología. Pensamos que durante el s. III a.C., a la luz del material documentado, conjuntos típicos de momentos de la Segunda Guerra Púnica (Ramón *et al.* 1998; Niveau de Villedary 1999b), la factoría se hallaría todavía en pleno rendimiento y que su declive se prolonga hasta un momento indeterminado del s. II a.C. por la presencia de ánforas del tipo Maña C2a —T-7.4.2.1.—, bien fechadas en el Mediterráneo central y occidental en la primera mitad del s. II a.C. (Ramón 1995: 209 s.) y Muñoz E-2 —T-9.1.1.1.—, de idéntica cronología (*Idem.* 227).

— De forma contemporánea a esta primera factoría publicada, se han localizado cerca de una treintena de puntos que, en un principio, por las características similares que presentaban con Las Redes —principalmente material cerámico hallado en superficie—, se interpretaron como ***factorías de salazones*** (Ruiz Gil 1986; Ruiz Gil y Ruiz Fernández 1987) y que los posteriores sondeos (Ruiz Gil 1987: 10 s.), han reducido a algo más de veinte; debiéndose además hacer una distinción entre los asentamientos con estructuras edilicias y aquellos otros al aire libre que únicamente presentan suelos formados a base de conglomerados de cerámicas (*Idem.* 1986: 101). Es decir entre las factorías de carácter permanente y aquellos otros establecimientos o pesquerías de ocupación estacional o unifuncionales (Ferrer 1995: 457). Frente a las grandes factorías romanas (Ponsich y Tarradell 1965; Ponsich 1988; Molina y Jiménez 1983; Jiménez 1986; Cobos, Muñoz y Perdigones 1995-96), las de época púnica son de dimensiones reducidas, ya que no abarcan más de 500 metros cuadrados, distribuyéndose de manera más o menos uniforme por toda la costa, con una distancia media de entre 150 y 350 metros entre ellas, en lugares relativamente altos —unos 25 metros sobre el nivel del mar, en una zona eminentemente llana—, lo que se ha interpretado por la necesidad de otear el mar para avizorar la llegada de los bancos de atunes (Ruiz Gil 1986: 101).

Los resultados de los diferentes sondeos rebajan la fecha de inicio de las industrias pesquera y salazonera gaditanas hasta el s. VI a.C., aunque estas cronologías no se documentan nunca en relación con estructuras arquitectónicas sino con restos de fogatas, peces y moluscos[199] y por el material cerámico, por lo que debemos ser cautos. Respecto al material asociado a estos establecimientos (Ruiz Gil 1991), son muy parecidos a los documentados en otros yacimientos de la bahía de similar cronología. Al igual que en Las Redes, los restos más abundantes son los anfóricos, documentándose todo el espectro de producciones locales gaditanas de cronología de los siglos V-II a.C. (Muñoz 1985; Frutos y Muñoz 1996), así como las importaciones más frecuentes griegas y centromediterráneas. Entre la cerámica común se describen todo tipo de cerámica de cocina —lebrillos, morteros, ollas, tapaderas—, y de vajilla de mesa —cuencos, pateras, cerámica pintada, etc.—, típicos repertorios púnicos (Niveau de Villedary e.p. b) y turdetanos (Ruiz Mata 1987; Ruiz Mata y Pérez 1995; Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999; Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000) de la zona. Como en Las Redes, también se señala la existencia de cerámica ática de barniz negro —copas "Cástulo" y bolsales (Ruiz Gil 1991: 1212)— y en este caso sí se especifica la presencia de un buen número de piezas pertenecientes al repertorio helenístico local. Entre las formas de "tipo Kuass" documentadas contamos con platos de pescado (Forma II), copas (Forma VIII), cuencos (Forma IX-A), formas cerradas (Forma XV), lucernas de tipo helenístico (Forma XVII) y diversos pies decorados con las típicas palmetas[200] (*Idem.* 1212 s.).

— Recientemente se ha procedido a la excavación de uno de estos enclaves, el conocido como ***Puerto 19***, mediante dos actuaciones de urgencia que tuvieron lugar en los años de 1996 y 1997 (Gutiérrez 2000: 13 y e.p.). Los trabajos han sacado a la

[199] Igual, por ejemplo, que veíamos en los primeros momentos de ocupación del Teatro Andalucía en la ciudad de Cádiz (Cobos, Muñoz y Perdigones 1995-96: 117; Frutos y Muñoz 1996: 139).

[200] Agradecemos a Juan Ignacio Gómez González el habernos facilitado información complementaria sobre la presencia, número y formas de la cerámica "tipo Kuass" procedente de estos yacimientos, materiales incluidos en su Tesis de Licenciatura.

luz una factoría de características similares a la documentada en Las Redes, asentada sobre la duna natural, que ha llegado hasta nosotros en muy mal estado de conservación. A pesar del arrasamiento sistemático del lugar, sus excavadores distinguen dos partes bien diferenciadas (*Idem.* 2000: fig. 1): la célula de producción propiamente dicha, compuesta por piletas, almacenes y otras dependencias, y la zona de habitación de los trabajadores (*Idem.* 18). Junto a las estructuras edilicias, en las vertientes sur y este del yacimiento, se documentan grandes fosas que contienen los materiales de desecho de la factoría y los posibles restos de un horno (*Idem.* 20). A pesar del mal estado de conservación de las estructuras, se han podido distinguir, al menos, cuatro etapas en el funcionamiento de la factoría: una Fase I, datada en el s. VI a.C., previa a las estructuras edilicias conservadas, que viene definida por la existencia de estructuras de combustión y fondos de cabaña. Sobre ésta, la Fase II, correspondería a la construcción y uso del núcleo originario de la factoría durante los siglos V y IV a.C. Durante la Fase III, se asiste a la remodelación y reestructuración funcional del centro de producción, que posiblemente reduce su extensión, según sus excavadores anunciando su decadencia (*Idem.* 21). Esta fase se fecha hacia los siglos IV-III a.C. En la última etapa —Fase IV—, a fines del s. III o principios del II a.C., se produce finalmente el abandono de la factoría. Entre los materiales recuperado adscribibles a los siglos IV-II a.C., destacan los envases anfóricos locales: tipos MPA4 evolucionados, "Carmona", "Tiñosa" y turdetanas (*Idem.* 22; figs. 4-7), importaciones mediterráneas (*Idem.* 23), siendo muy numerosos los elementos de la vajilla de mesa, bien en cerámica común, bien importaciones de barniz negro —primero áticas y después campanienses— y las producciones helenísticas locales del "tipo Kuass". Estas últimas se describen como "producciones púnico-gaditanas de barniz rojo anaranjado o rojizo o rojizo marronáceo" (*Idem.* 24) y entre las formas documentadas (*Idem.* 24 s.; fig. 12) aparecen las más típicas de platos de pescado —Forma II—, bolsales —Forma VII—, cuencos —Tipo IX-A— y copas —Forma VIII—, estas últimas con frecuencia estampilladas, y algunas formas cerradas —Forma XV—.

El progresivo poblamiento de toda esta zona, primero hacia la costa y después hacia el actual ***casco urbano de El Puerto de Santa María***, se ha puesto en relación con el paulatino cegamiento del antiguo cauce del Guadalete (Ruiz Mata y Pérez 1995: 75) que poco a poco dejaría de ser navegable en su zona más alta, por lo que los puertos se vieron en la necesidad de trasladarse hacia su emplazamiento actual en la ciudad de El Puerto de Santa María (Ruiz Gil *et al.* 1999: 22 s.).

Pero es sobre todo a partir del siglo II a.C., cuando la población se traslada definitivamente hasta lo que será el Puerto de Menesteo o *Portus Gaditanus* (Chic 1983; Pérez, Ruiz Gil y López Amador 1989; Giles *et al.* 1997: 14). No podemos dejar de poner en relación este hecho con los acontecimientos bélicos de finales del s. III, el abandono del Castillo de Doña Blanca, hasta ahora el núcleo poblacional más importante de la zona, y la introducción de contingentes romanos que supondrán un reordenamiento de las estructuras económicas y políticas de la bahía (Lagóstena 1994: 33).

A partir del s. II a.C. tenemos documentados numerosos complejos alfareros, de los cuales un buen número de ellos están ya en funcionamiento durante esta centuria produciendo, no sólo ánforas destinadas al envasado de salazones —Mañá C2—, sino también otras, como las Dressel 1, que sabemos se utilizaron exclusivamente para el transporte de vinos (*Idem.* 28). De ello deducimos la continuidad de las industrias salazoneras en época republicana (*Idem.* 1996: 128), no advirtiéndose una ruptura clara entre el periodo púnico y el romano y la creciente especialización en la producción, iniciada, como veremos al hablar de las villas rústicas, en momentos anteriores.

Pese al conocimiento que tenemos de la actividad industrial de estos momentos, desconocemos prácticamente casi todo respecto al hábitat y al resto de materiales asociados a los yacimientos. Hay que tener en cuenta que las actuaciones, de urgencia, se han tenido que constreñir a los límites que la misma naturaleza de la arqueología urbana impone.

No obstante, son varios los solares en los que se ha podido documentar la presencia de cerámica de "tipo Kuass" que por los antecedentes expuestos, no pensamos que deba fecharse con anterioridad a la primera mitad del s. II a.C.

— Durante la excavación que prosiguió al desmonte de la ***Plaza Isaac Peral***, con motivo de la construcción de un aparcamiento subterráneo en 1994, se hallaron en el ángulo sureste de la misma y descontextualizados, algunos fragmentos de galbos y bordes de copas de barniz rojo "tipo Kuass", que lo único que prueban es la presencia de algún asentamiento situado en las cercanías en el s. II a.C. (Giles *et al.* 1997: 88), quizás el alfar republicano situado en la c/ Javier de Burgos (Lagóstena 1994: 12 s.).

— Ese mismo año, en un sondeo practicado en el número 12 de la ***c/ Santo Domingo*** (Ruiz Gil *et al.* 1999: 16), en el nivel 5, formado por arenas arcillo-limosas, directamente sobre el freático, aparecen cerámicas "tipo Kuass" junto a ánforas Mañá C2 y Dressel 1, datables en el s. II a.C.

— Pero los datos más interesantes, por la asociación de materiales que presenta, proceden de la excavación del solar número 50 de la ***c/ Durango*** (Ruiz Mata 1994b: 46). En 1987, en el curso de una intervención urbana, se localizó un foso con restos cerámicos que se han fechado en la primera mitad del s. II a.C. (Ruiz Gil 1995: 19). Entre ánforas rodias (Joncheray y Vanderpijl 1976: lám. 5, 52) con paralelos en el pecio del Grand Congloué 1 (Benoit 1961a: lám. 1, 1), púnicas centromediterráneas del tipo Mañá-D y C-2a, PE-17 ebusitanas (Ramón 1991: 110 ss.), locales de tipología evolucionada —MPA4 y E-2, cerámica púnica de cocina (Guerrero 1995), cerámica ibérica pintada, cálatos, etc.; encontramos de nuevo la asociación entre las últimas producciones gaditanas barnizadas "tipo Kuass", representada por formas evolucionadas —platos de pescado (F.II), platos de borde cóncavo (F. V), cuencos (F. IX-A), copas (F.VIII) y boles (F. X)—, de muy mala calidad técnica, y campaniense A, muy abundante, de gran calidad y tipológicamente variada (L-5, L-23, L-27, L-36, *guttus*, etc.).

La presencia de cerámica "tipo Kuass" en los contextos que hemos analizado, factorías de salazones de época púnica —s. V-III a.C.— y complejos alfareros-industriales de época republicana —s. II a.C.—, evidencian en primer lugar que, como venimos defendiendo, se trata de una producción ampliamente difundida en la bahía de Cádiz, sea cual sea el contexto analizado, y en segundo, que la explotación de estas unidades tenía que ser de carácter familiar o, en todo caso, y por la presencia de vajilla de mesa, que los trabajadores habitaban en estos establecimientos.

6.2.5. La campiña

Como venimos repitiendo a lo largo de este capítulo, a partir del s. VI a.C. asistimos a una reestructuración de las bases económicas de estas sociedades (Ruiz Mata 1997; Delgado *et al.* 2000) que desde estos momentos se sustentan principalmente en la explotación racionalizada e intensiva de los recursos naturales para su posterior transformación industrial (Ruiz Mata, Córdoba y Pérez 1998; Niveau de Villedary y Ruiz Mata e.p.), con vistas a la comercialización de estos productos a gran escala (Niveau de Villedary y Vallejo 2000: 331) y en ocasiones, como vimos que sucede con las salazones, a grandes distancias.

A pesar de que son estos últimos productos, los derivados industriales de la pesca, los máximos responsables de la inclusión en estos siglos de la metrópolis occidental en los grandes circuitos mediterráneos, no son, sin embargo, los únicos. Existen, como veremos, suficientes evidencias para afirmar que mientras la costa se especializó en la industria pesquera y salazonera, los territorios interiores, fundamentalmente los situados en la campiña, explotaron los recursos agropecuarios propios de la economía mediterránea (López Castro 1997b).

Los proyectos de prospección sistemática que tienen lugar desde los años ochenta en la provincia de Cádiz (González *et al.* 1993; Giles *et al.* 1993; Ruiz Mata y Vallejo 1997: 27 s.) han propiciado que conozcamos bastante bien la dinámica poblacional de las diferentes zonas desde tiempos prehistóricos. Nos referimos en concreto al área comprendida entre los cursos de los ríos Guadalquivir y Guadalete, zona de marismas y campiñas, por una parte (Ramos y González 1990; González *et al.* 1992 y 1993; Barrionuevo, Aguilar y González 1994), y el curso medio y alto del Guadalete y la penetración hacia la sierra, por otra (Giles *et al.* 1993).

Ocupando los ángulos noroeste y sudoeste, en lo que fueron los antiguos estuarios marinos de los ríos Guadalquivir y Guadalete se encuentran las marismas (González y Ruiz Mata 1999: 20). Componen un medio de colinas y cerros de pendientes poco acusadas bordeados por canales de marea colmatadas por depósitos holocenos. Este reborde marismeño formaba en la Antigüedad una costa viva en la que se abrían escotaduras laterales navegables, los esteros, que permitían la penetración de las aguas hacia el interior. Debieron ofrecer importantes recursos marinos y servir de vías de comunicación, lo que explica la densidad de yacimientos localizados en las inmediaciones (Ramos y González 1990; González *et al.* 1993).

No obstante, es la campiña, situada entre las marismas y la sierra, la unidad geográfica que tradicionalmente mejor ha caracterizado la comarca jerezana (González y Ruiz Mata 1999: 21). El paisaje está formado por llanuras suavemente onduladas, sobre las que se elevan algunas lomas y cerros, ligeramente hendidos por el cauce de los arroyos, con suelos terciarios destinados al cultivo de viñedos. El río Guadalete, principal arteria fluvial de la provincia de Cádiz, separa la campiña en dos zonas bien diferenciadas: la septentrional, dedicada a la explotación agrícola de la vid y la meridional, de orientación ganadera.

El cambio de estructura económica conlleva también el reordenamiento de la estructura poblacional. Los grandes centros urbanos indígenas se consolidan como resultado de un fenómeno generalizado de concentración de la población (Barrionuevo, Aguilar y González 1994: 33; Ruiz Mata, Niveau de Villedary y Vallejo 1998: 69 ss.), con una clara tendencia a la nuclearización y surgen, como satélites económicos de aquéllas, una serie de pequeños asentamientos dedicados a la explotación selectiva de determinados recursos (González *et al.* 1992: 72; González y Ruiz Mata 1999: 97). Desde el punto de vista sociopolítico nos encontramos ante la desmembración de la unidad que supuso Tartessos y el nacimiento de las ciudades-estado, conectadas por intereses comerciales, que refuerzan su autonomía bajo régulos locales (Ruiz Mata 1997: 349). Es también probable que en los siglos IV y III a.C. surja una clase propietaria e industrial —en régimen de patronazgo y clientela— como parecen evidenciar las villas de campo (Ruiz Mata, Niveau de Villedary y Vallejo 1998: 71).

En la zona concreta que nos ocupa ahora, se asiste a un proceso, rastreable al menos desde el Bronce Final, de concentración de la población en el área nuclear de ***Mesas de Asta***, como centro económico-político y organizador del territorio (González, Barrionuevo y Aguilar 1995: 222), posición que se verá reforzada a partir de fines del s. VI a.C. (*Idem.* 2000: 789).

Mesas de Asta: poblado y necrópolis (Jerez de La Frontera, Cádiz)

Las Mesas de Asta están constituidas por una serie de elevaciones, cuya cota más alta se alza a 81 metros sobre el nivel del mar, situadas al noroeste de Jerez, bordeando las marismas de su mismo nombre (Esteve 1971). Conocida desde antiguo la riqueza arqueológica del lugar, identificado con la *Hasta Regia* romana[201], en el sitio tuvieron lugar cuatro campañas de excavaciones dirigidas por M. Esteve en 1942-43 (1945), 1945-46 (1950), 1949-50 y 1955-56 (1962). La mayor parte de los restos arqueológicos conocidos proceden de la mesa más elevada, el antiguo olivar del Rosario, donde Esteve situó el ***asentamiento turdetano y romano*** (González, Barrionuevo y Aguilar 1995: 216).

A pesar de la publicación de la memorias y de algún trabajo de síntesis (Esteve 1942, 1969 y 1971), los trabajos de Esteve muestran una secuencia muy general y adolecen de estratigrafías que permitan conocer las distintas fases de su desarrollo y cronología. Esta información sobre las estructuras y elementos urbanos y defensivos que expliquen las características de la ciudad, sus técnicas constructivas, sus diferentes zonas funcionales y su traducción en términos socioeconómicos (González y Ruiz Mata 1999: 102).

Respecto a la cultura material, el propio Esteve reconoce la potencia de la ocupación prerromana y señala que "en algunos lugares puede individualizarse un estrato en el que predomina la cerámica a torno, de tipo ibero andaluz, con decoración de bandas pintadas, círculos concéntricos, líneas ondulantes, etc." (1971: 14), describiendo la cerámica turdetana propia del momento y la zona, que vemos en todos los yacimientos situados en las inmediaciones (González 1985; Ruiz Mata 1987a; Ruiz Mata y Pérez 1995; Ruiz Mata y Niveau de Villedary 2000). Un elenco cerámico que por comparación con los de estos otros asentamientos, mejor datados, se puede fechar desde el s. V a.C. hasta época romana. Entre este material, Esteve señala "la presencia de abundante cerámica campaniense estampillada y cerámica griega precampana" (1971: 15) como efectivamente comprobamos en las láminas que acompañan a las respectivas memorias (*Idem.* 1945: lám. XIII y lám. XIV, fig. 1 y 1950: lám. XVII y lám. XX).

Revisiones posteriores, primero del propio Ponsich, una vez identificada la producción en el norte de Africa (1969a: 63 ss.) y después de los técnicos del Museo de Jerez (González y Ruiz Mata 1999: 102) y de la que suscribe, han podido comprobar también la existencia en el yacimiento de cerámica local de "tipo Kuass". Entre las formas expuestas en el entonces Museo de Jerez, M. Ponsich, cita la presencia de platos de pescado de la Forma II "(...) provenant d'Asta Regia, un plat semblable exposé dans la vitrine VI du Musée de Jerez présente toutes les caractéristiques des productions locales" (1969a: 63) y de cuencos de la Forma IX-A "(...) une exacte réproduction de ce typefigure au Musée de Jerez dans la vitrine IV, provenant d'Asta Regia" (*Idem.* 65). También Ventura en su Tesis Doctoral defendida en 1990, incluye un plato de pescado completo y un fondo estampillado (1990: 1175; fig. 115, c) procedentes de las excavaciones de Esteve en 1942-43. Por nuestra parte, hemos reconocido algún plato de pescado (Forma II) y fondos estampillados, seguramente procedentes de copas de la Forma VIII, entre el material campaniense que publica Esteve (1945: lám. XIV, fig. 1) y hemos podido aislar, entre el material procedente de las antiguas excavaciones[202], otros cinco ejemplares de bordes de cuencos de la Forma IX-A, con las pastas y barnices típicos de la producción.

— Con posterioridad, dentro del marco del proyecto de investigación del Museo Arqueológico de Jerez[203], se ha podido identificar, junto al asentamiento, la ***necrópolis*** correspondiente a la ciudad (González *et al.* 1992: 72 ss.; González, Barrionuevo y Aguilar 1995: 217). La necrópolis, que se sitúa en las elevaciones de la parte oeste, a espaldas del núcleo principal de hábitat, separada por un curso de agua, fue descubierta durante las prospecciones de 1992. A causa del cambio de propietario del terreno, las tierras se araron por vez primera, dejando al descubierto numerosas manchas y estructuras, correspondientes a posibles tumbas y gran cantidad de restos arqueológicos que debieron formar parte de los ajuares y que se fechan entre la Edad del Cobre y época tardorromana (*Idem.* 1997: 249 s.). Al menos doscientas tumbas pueden fecharse con seguridad en época turdetana, entre finales del s. VI-principios del V y fines del III a.C. Se trata de incineraciones simples, en hoyos, aunque los mampuestos dispersos por la zona, hacen pensar en algunos tipos más elaborados (González y Ruiz Mata 1999: 107). Aunque la disposición espacial no es totalmente regular, sí observamos una tendencia a la ordenación. Las tumbas más antiguas se localizan, de forma dispersa, en los cerros más meridionales (Rosario 4 y Rosario 3), mientras que a partir de finales del s. V a.C., se concentran en áreas concretas de las elevaciones situadas al norte (Rosario 3-2, Rosario 2 y Rosario 1) que también ocuparán la necrópolis romana (*Idem.* 1997: 251).

De este momento se han hallado además dos fosas de grandes dimensiones, que se diferencian del resto de estructuras documentadas, con abundantes restos de animales y material cerámico (González, Barrionuevo y Aguilar 1997: 252). Como los propios autores señalan, al no haberse excavado es difícil interpretar su función, aunque apuntan que quizás se trate de "*silicernia* con finalidades rituales, como sugieren los restos de animales, productos de banquetes funerarios, y las cerámicas, probablemente rotas en el ritual" (González y Ruiz Mata 1999: 103).

Entre los ajuares de las tumbas se cita todo el elenco material de época turdetana, idéntico al descrito para el poblado (*vid. supra*) y para otros yacimientos de la zona, siendo el más representativo los del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata 1987; Ruiz Mata y Pérez 1995) y el vecino poblado de Las Cumbres (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000), con repertorios cerámicos bien fechados. A partir del s. III a.C.[204] comienzan a detectarse cerámicas "tipo Kuass": platos, cuencos, copas y lucernas (González, Barrionuevo y Aguilar 1995: 253), acompañadas de urnas, cuencos, platos y ánforas. Sin embargo, la presencia de éstas desciende respecto a momentos anteriores, documentándose casi exclusivamente el tipo conocido como "Tiñosa" (Rodero 1991a y 1995), la

---

[201] Incluso Schulten propuso el lugar como emplazamiento del reino de Tartessos (1940-41).

[202] Agradecemos desde estas líneas a Rosalía González Rodríguez, directora del Museo Arqueológico Municipal de Jerez de la Frontera y a Francisco J. Barrionuevo Contreras, técnico del mismo, el habernos permitido el acceso a los materiales procedentes de las antiguas excavaciones de Esteve en las Mesas de Asta, así como su inestimable ayuda a la hora de localizar el material.

[203] Aprobado por la Dirección General de Bienes Culturales de la Junta de Andalucía, denominado: *Paleogeografía humana del extremo noroccidental de Cádiz*, dirigido por Rosalía González Rodríguez, Francisco J. Barrionuevo Contreras, Laureano Aguilar Moya y Diego Ruiz Mata (González *et al.* 1993).

[204] Aunque los autores las fechan desde la segunda mitad del s. IV a.C., creemos que la presencia de cerámica "tipo Kuass" en la necrópolis y poblado de Mesas de Asta debe elevarse al menos hasta la primera mitad del s. III a.C. El transcurso de la investigación está revelando una tendencia, bastante generalizada, a retrotraer los materiales cerámicos al menos cincuenta años, producto, pensamos, de la tendencia inconsciente que la mayoría tenemos hacia la búsqueda de una mayor antigüedad, producto de la tradición historicista-anticuarista que ha prevalecido durante mucho tiempo en la investigación arqueológica, agudizada en la zona de Cádiz ante la "obsesión" de hallar la ciudad antigua de los textos, en lo que parece una carrera por encontrar los restos de mayor antigüedad.

forma más frecuente en la campiña (Niveau de Villedary 1999b: 134). Por el contrario, aumentan de forma considerable los vasos, casi siempre carentes de decoración, aunque también se documentan las típicas urnas con baquetón, pintadas a bandas y algunas importaciones ibéricas. El mayor porcentaje corresponde a los vasos de pequeño tamaño y perfil helenístico, los cuencos de bordes simples y los platos de pescado pintados a bandas, cuencos-tapaderas, cuencos-lucerna y urnitas globulares pintadas.

Entre la cerámica "tipo Kuass"[205], los materiales de más calidad proceden de las tumbas de mayor antigüedad, del cerro Rosario 3. Se trata de los cuatro fragmentos publicados, que forman parte del ajuar de dos tumbas. En la primera de ellas, junto a diversas cerámicas pintadas turdetanas (urna de baquetón y platos de pescado), ánforas de tipo Tiñosa y una espada de antenas tipo "Alcaçer do Sal" (González y Ruiz Mata 1999: 105), se depositaron un plato de pescado (Forma II), un cuenco de la Forma IX-A y una copa de la Forma VIII, estampillada con cuatro palmetas, de las que se conservan dos (González, Barrionuevo y Aguilar 1997: lám. 3). La riqueza del ajuar de este enterramiento queda constatada, además de por la excepcionalidad de algunos de los objetos, por la destacable calidad de los barnices de las piezas de "tipo Kuass". En la segunda de las tumbas (*Idem.* lám. 4), aparece un fondo de plato de pescado "tipo Kuass" (Forma II), con un vaso de perfil acampanado, algunas urnas pintadas turdetanas y otra, posible importación del Alto Guadalquivir, estampillada a la altura del hombro (Ruiz y Nocete 1981). El resto del material estudiado procede del Cerro Rosario 1, de cronología algo posterior, asociado a materiales típicos del s. III a.C., entre los que abundan las urnitas globulares pintadas (González, Barrionuevo y Aguilar 1997: lám. 4, 31) y los platos de pescado decorados a bandas (*Idem.* lám. 3, 23). Entre las piezas de "tipo Kuass" destacan los platos de pescado (Forma II), de los que hemos contabilizado catorce ejemplares, uno de ellos completo, de talla ordinaria y otro, una miniatura, de reducidas dimensiones; seguidos por los cuencos de los Tipos IX-A —seis ejemplares—, IX-B —un ejemplar— y IX-C —dos ejemplares—; bolsales —Forma VII, dos ejemplares—, una copa de la Forma VIII, un bol de la Forma X, una forma cerrada (Forma XV), una lucerna abierta (Forma XVI), otra de tipo helenístico (Forma XVII) y algunos fondos.

De esta primera aproximación, podemos sacar varias conclusiones. En primer lugar, la calidad técnica de las piezas representadas, de barnices excelentes aunque, curiosamente, y a diferencia de lo que veíamos en la necrópolis púnica de Cádiz, aquí se hallan representadas formas que habitualmente encontramos en contextos domésticos, prevaleciendo los platos de pescado (Forma II) y los cuencos (Forma IX-A); y en segundo lugar la variedad de formas representadas, que prácticamente cubren todo el espectro vascular de la producción, incluidos tipos que, en principio, como las lucernas abiertas o los cuencos del Tipo IX-A, que no son formas típicas funerarias, según muestra el registro gaditano.

En el entorno del asentamiento principal de Mesas de Asta, como resultado de los recientes trabajos, se han detectado diversos núcleos de menor entidad o ***villas rurales***, directamente relacionados con el mismo (Ramos y González 1990; González, Ruiz Mata y Aguilar 1991; González *et al.* 1993; González, Barrionuevo y Aguilar 1995) y caracterizados por ocupar posiciones estratégicas desde el punto de vista del control visual y de las vías de comunicación (González, Barrionuevo y Aguilar 1997: 248). Se trata de pequeños núcleos abastecedores de productos agrícolas, que los grandes asentamientos debieron tener diseminados en toda la campiña (González 1987: 40) y en los que el periodo turdetano está documentado a través de una amplia gama de recipientes a torno (urnas, platos, cuencos), con una gran variedad de motivos geométricos pintados, ánforas, cerámicas griegas, de "tipo Kuass", y otros elementos, cuyas características permiten hablar de una ocupación ininterrumpida en el lugar desde fines del s. V a.C. hasta época romana (*Idem.* 249).

Cerro Naranja (Jerez de La Frontera, Cádiz)

La única de estas villas excavada es la que se localiza en el Cerro Naranja, en la finca de Los Garciagos, a 11 Km. al este de la ciudad de Jerez. El asentamiento ocupa un cerro de pequeñas dimensiones, a 57 metros sobre el nivel del mar y se halla situado estratégicamente, ya que controla una gran llanura aluvial cerca de los Llanos de Caulina (González 1985: 90). Su hallazgo tuvo lugar en 1984 en el curso de unas prospecciones para la construcción del Circuito Automovilístico Permanente de Jerez, detectándose la presencia de estructuras y numerosos fragmentos cerámicos y procediéndose a la excavación por vía de urgencia al año siguiente, tras tener conocimiento de la inminente construcción de un edificio por parte del propietario. El yacimiento, que se reduce a la meseta superior del cerro, ocupa unos 1.300 metros cuadrados de extensión con un único nivel de ocupación y supone un asentamiento perfectamente planificado desde el punto de vista espacial, en el que todas las dependencias forman parte de un solo conjunto (*Idem.* 1987: 33 s.), que se rodea por un muro de un metro de espesor, construido por grandes bloques exteriores que se rellenan de pequeñas piedras trabadas con argamasa de arena. En torno a una zona central, de unos 400 metros cuadrados, pavimentada con pequeños guijarros trabados con argamasa de cal, que debía constituir un patio abierto de uso común, se distribuyen las construcciones del establecimiento. El resto de las dependencias, habitaciones rectangulares utilizadas como viviendas y almacenes en las zonas sur y norte, se articula en torno a este espacio central. En la parte este se localizaron dos estructuras de siete metros de largo por casi dos metros de ancho y uno y medio de profundidad. Se trata de dos depósitos subterráneos, con paredes de mampostería recubiertas de un revoco de gran calidad a base de cal y arena, que los impermeabiliza. La calidad del enfoscado conduce a pensar que estos depósitos, que estarían cubiertos, se destinarían, según su excavadora a contener algún tipo de líquido (*Idem.* 35), que posteriormente se ha supuesto que debía ser aceite (Ruiz Mata 1995a: 192), dada la semejanza de las estructuras del yacimiento con ciertas almazaras actuales (González 1987: 40). Vinculada probablemente a estos depósitos, en el patio encontramos una estructura circular, de tres metros de diámetro, compuesta por un muro de mampostería, relleno de piedras y fragmentos cerámicos, que se ha interpretado como la base de una posible prensa de aceite o molino (*Idem.* 1985:93).

[205] Material que hemos estudiado directamente.

Aunque en un principio se propuso un periodo de vida para el yacimiento de final del s. IV-comienzos del III a.C. (*Idem.* 95), hoy podemos, gracias al análisis detallado de los materiales, adelantar la cronología a la segunda mitad del s. III a.C. perdurando quizás hasta comienzos del II a.C. (*Idem.* 1987: 39). La mayor parte de los materiales fue recogido sobre los pavimentos de las habitaciones, en ocasiones completos, aunque muy fragmentados. Los recipientes más abundantes son, con diferencia, las ánforas, aunque su tipología no es muy variada, limitándose prácticamente a las formas conocidas por "Tiñosa" y "Carmona" (Rodero 1995), T-8.1.1.2. y T-8.2.1.1. en la clasificación de Ramón (1995). Son ánforas que se conocían desde hacia tiempo en el Bajo Guadalquivir (Pellicer 1978) y que recientemente, desde la aparición de dos ejemplares completos en este yacimiento, se consideran producciones de la zona de Cádiz (Rodero 1991a). El hecho de que no se documente ninguna importación se ha puesto en relación con el carácter, no de centro de comercio, sino productor y distribuidor del yacimiento (González y Ruiz Mata 1999: 112) y el que sólo se constaten estos dos tipos anfóricos, posiblemente fabricados en el lugar, debe explicarse por la especialización de la propia producción. El resto de los materiales es, una vez más, el típico repertorio turdetano[206] que encontramos en el resto de yacimientos del s. III a.C.: lebrillos, morteros, ollas, cuencos, pateras, cerámica pintada (platos de pescado, urnas de baquetón...), etc.

La observación directa de las cerámicas "tipo Kuass" del yacimiento[207], nos ha permitido ampliar el elenco formal representado, que en los informes preliminares (González 1985: 95) se reducía a dos únicas formas: los platos de pescado (Forma II) y los cuencos de borde reentrante (Forma IX-A), que, por otra parte, son las más frecuentes en contextos de habitación, tal y como estamos pudiendo comprobar a lo largo del trabajo. Los platos de pescado (Forma II) y los cuencos (Tipo IX-A) se muestran, con veintiséis y diecisiete ejemplares respectivamente, como las formas más representadas, pero también se ha detectado la presencia de alguna forma estampillada, como bolsales (Forma VII, un ejemplar), copas (Forma VIII, tres ejemplares) y cuencos de la Forma IX-B (un ejemplar), más cuidadas, técnica y estilísticamente.

Junto a la vajilla helenística local, llama la atención la presencia de abundantes fragmentos de barniz negro indeterminado, posiblemente de origen suditálico, junto a la primeras importaciones de campaniense A, que cronológicamente, por las formas documentadas (platos de la forma L-36, cuencos L-27 con estampillas de rosetas esquemáticas, etc.), las mismas que veíamos en los últimos niveles de Doña Blanca, podemos situar hacia finales del s. III o principios del II a.C., por los paralelos de los pecios del Grand Congloué 1 y Ses Lloses-Lazareto (Sanmartí y Principal 1998a) y la primera ocupación romana de Ampurias (Aquilué *et al.* 2000). Este elenco cerámico, unido a la presencia de al menos cuatro ejemplares de jarras bitroncocónicas de cerámica gris ampuritana (Aranegui 1985; Barberá, Nolla y Mata 1993: 32 ss., lám. 10), parece responder al servicio de mesa de la tropa romana, que penetra desde el noroeste peninsular, en el contexto todavía de luchas de la Segunda Guerra Púnica.

— Traemos el yacimiento de ***La Calerilla***[208] situado en el Cortijo de la Torre (Jerez de la Frontera), al pie de la Sierra de Gibalbín, como ejemplo de una de las tantas villas turdetanas diseminadas por la campiña que conocemos para estos momentos gracias a las prospecciones de los últimos años (González *et al.* 1993). Por los datos con los que contamos, este enclave hubo de tener, en principio, mayor tamaño que el Cerro Naranja y quizás, por los materiales documentados, una posición jerárquica por encima de éste. Aunque las ánforas más numerosas siguen siendo las tipo "Tiñosa" (T-8.1.1.2.), son también muy abundantes las "Carmona" (T-8.2.1.1.), y a diferencia del Cerro Naranja, aparecen otros envases, algunas formas típicas del bajo Guadalquivir, las iberopúnicas de Pellicer, y otras formas evolucionadas de las MPA4 gaditanas (T-12.1.1.1. y T-12.1.1.2.) el envase salazonero por excelencia, cuya presencia podría indicarnos que en este caso el asentamiento sí desempeñaría ciertas funciones de redistribución, sin que podamos concretar más. El resto del material, de muy buena calidad y en ocasiones bastante completo, es similar a los ya descritos (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000).

En cuanto a la cerámica "tipo Kuass", el material es más variado que en el Cerro Naranja y de mejor calidad, siempre dentro de las características que hemos descrito para nuestras producciones. Las formas más abundantes siguen siendo los platos de pescado (Forma II) y los cuencos (Forma IX-A), seguidas por las copas (Forma VIII), las lucernas abiertas (Forma XVI), los pequeños platos de la Forma III y los pequeños cuencos de la Forma IX-C, formas, estas tres últimas, que no documentábamos en el yacimiento anterior. La calidad técnica y formal de las piezas, se acompaña de la presencia de importaciones de barniz negro, platos de pescado de borde ancho y corto, de origen posiblemente itálico (¿campaniense?).

El interés del yacimiento, a tenor del material recogido en superficie, es manifiesto, aunque serán las futuras intervenciones las que deberán confirmar estas apreciaciones.

Por su parte, las prospecciones desarrolladas por el Grupo de Investigación dirigido por F. Giles Pacheco[209] en la ***cuenca media del Guadalete***, han permitido que empecemos a conocer mejor el modelo de poblamiento en el límite de la campiña con la sierra, así como los procesos históricos de estas comunidades y sus relaciones e influencias con la población oriental de la bahía. El principal hecho a destacar es el papel que el río Guadalete ha desempeñado a lo largo de toda la Prehistoria Reciente como vía de penetración natural desde la bahía de Cádiz hacia la sierra y, a partir de allí, a través de la serranía de Ronda y de la ciudad de *Acinipo* hacia las ciudades de la costa malagueña (Gutiérrez 1999: 26 s.). Esta vía natural posibilitó el temprano intercambio comercial entre los fenicios asentados en *Gadir* y las poblaciones indígenas del interior (Gutiérrez *et al.* 2000) y la proliferación en su curso de todo un sistema jerarquizado de asentamientos, heredado del Bronce Final y potenciado en momentos orientalizantes (Gutiérrez 1999: 33). En época turdetana, y como parte del fenómeno generalizado al que asistimos en estos momentos, la organización del territorio de la cuenca media del Guadalete parece sufrir una

---

[206] Debemos, pues, descartar de una vez por todas la idea, ciertamente extendida en la bibliografía, de considerar este yacimiento producto de la colonización norteafricana: de la propia Cartago (Frutos 1991: 120) o libiofenicia (López Castro 1992b: 57 s.).

[207] *Vid.* nota 205.

[208] Queremos reiterar nuestro agradecimiento, mostrado en notas anteriores, hacia la dirección y los técnicos del Museo de Jerez, por permitirnos estudiar el material de yacimientos que, como éste, están aún inéditos.

[209] *Prospecciones Arqueológicas Superficiales en la cuenca del río Guadalete (Cádiz)*, proyecto desarrollado entre los años 1989 y 1994, con aprobación y subvención de la Junta de Andalucía (Giles *et al.* 1993).

serie de cambios, que se traducen en la desaparición de los asentamientos de menor tamaño del periodo anterior, la fortificación de los *oppida* de tamaño medio, la ampliación y remodelación urbanística de algunos de éstos y la aparición de asentamientos que funcionalmente podemos considerar atalayas. En definitiva, observamos el mismo proceso que hemos analizado para la campiña: la atomización del modelo anterior (*Idem.* 34).

La falta de datos concretos sobre los materiales de estos yacimientos, nos impide conocer hasta qué punto las cerámicas "tipo Kuass", una de cuyas características principales, como estamos viendo, es su distribución casi exclusivamente costera, se introdujo y aceptó por las comunidades situadas más al interior. Sí parece que en general, la cultura material recibe más influencias de la de las poblaciones iberas de la Alta Andalucía que de las turdetanas del bajo Guadalquivir. A tales efectos se ha citado la presencia de escultura zoomorfa y de ciertos vasos —cálatos y toneles[210] (Perdigones y Guerrero 1985: 30; fig. 4; Gutiérrez 1999: 30)— poco frecuentes en contextos turdetanos.

— La estratigrafía más completa, la resultante de las excavaciones del yacimiento de ***Torrevieja*** (Gutiérrez 1999), a pesar de haber documentado un nivel de ocupación perteneciente al s. III a.C. y del hallazgo de cerámicas griegas de barniz negro y figuras rojas, fechadas entre el último cuarto del s. V y la primera mitad del IV a.C. (*Idem.* 30); no ha ofrecido, sin embargo, en lo que nosotros conocemos, ejemplares adscribibles a los talleres locales gaditanos del s. III a.C. O bien la presencia de estos materiales no ha sido mencionada en los trabajos publicados o la explicación más plausible es que la cerámica ática, por su carácter de lujo, se comercializara hacia el interior y que, sin embargo, las más comunes cerámicas "tipo Kuass", producciones ya no foráneas, por lo que pierden su valor desde el punto de vista del indígena, sino locales, no interesaran ya a estas comunidades al carecer del valor simbólico, de prestigio, que las cerámicas griegas tenían por su propia condición de importaciones.

— En el yacimiento de ***Esperilla*** (Espera, Cádiz), situado algo más periférico respecto al eje principal, el río Guadalete, aunque al igual que el yacimiento anterior, incluido dentro de los asentamientos de mediano tamaño, (Gutiérrez *et al.* 2000: 799); hemos tenido acceso a parte del material superficial, gracias a la amabilidad de M. Garrucho. El material pertenece a la última fase de ocupación del yacimiento, en momentos republicanos. Junto a campaniense A se ha podido constatar la presencia de imitaciones locales de muy deficiente calidad, con barnices en tonalidades rojizas y castañas, producto, no de una intencionalidad clara, como vemos para las producciones protocampanienses, sino de una carencia técnica.

Hoy por hoy, en el estado actual de las investigaciones y ante el desconocimiento casi total de la cultura material, no estamos en condiciones de apostar ni por la presencia ni por la ausencia de cerámicas barnizadas "tipo Kuass" en el interior, aunque lo más probable es que aunque no tuvieran una gran difusión ni un uso cotidiano, como sí se documenta entre las poblaciones costeras, algunas de estas formas sí llegaran río arriba hasta estas comunidades, sobre todo en los asentamientos de primer rango situados en el cauce principal del río y destinadas a las elites aristocráticas.

6.2.6. La desembocadura del Guadalquivir

Si para la penetración hacia el interior de la campiña y la sierra gaditana, el río Guadalete es la arteria clave, el Guadalquivir, navegable en la Antigüedad hasta Córdoba, se presenta como la vía principal de acceso hacia el interior de Andalucía y así lo demuestra la temprana e intensa fase orientalizante que documentamos en toda la zona del Bajo Guadalquivir (Aubet 1989; VV.AA. 1995a; Wagner y Alvar 1989).

El paisaje que presentaba la desembocadura del río durante el primer milenio es muy diferente al actual. Desde hace unos años se lleva a cabo un proyecto de investigación, en la línea de anteriores trabajos (Gavala 1992 (1959), Menanteau y Clemente 1977; Menanteau 1978; Díaz del Olmo 1989; Borja 1995), con la finalidad de reconstruir la línea de costa en la bahía holocena del Guadalquivir y estudiar las transformaciones ocurridas tanto por causas naturales como antrópicas, incidiendo en el proceso formativo de las actuales marismas en el curso bajo y desembocadura del mismo (Arteaga y Roos 1992; Schulz *et al.* 1992; Arteaga, Schulz y Roos 1995). Estos trabajos han mostrado que desde la terminación oriental de la antigua bahía holocena, cerca de Sanlúcar de Barrameda, en la desembocadura actual, hasta aproximadamente Las Cabezas de San Juan, la primitiva línea costera transcurre muy cerca de la cota actual de diez metros (Arteaga y Roos 1992: 331). En este tramo el declive de los suelos pleistocenos es tan empinado que forma acantilados, perceptibles aún hoy, que nos indican de forma muy aproximada el reborde de la bahía antigua (Schulz *et al.* 1992: 325).

De forma paralela a estos necesarios estudios paleogeográficos, desde el punto de vista arqueológico se han venido desarrollando diversas labores de campo, encaminadas al mejor conocimiento de la dinámica poblacional de la zona. A las prospecciones llevadas a cabo en el término municipal de Jerez (Ramos y González 1990;

[210] Sin embargo, estas dos formas típicas ibéricas han aparecido también entre el material de las excavaciones del poblado de Las Cumbres (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 897).

González, Ruiz Mata y Aguilar 1991; González *et al.* 1993), hay que sumar las realizadas en la zona más meridional del antiguo estuario, que comprende los términos actuales de Trebujena y Sanlúcar de Barrameda (Lavado 1987).

En esta zona, la antigua línea de costa que marca el acantilado muerto presenta numerosos entrantes y salientes, los esteros, que permiten la navegación hacia bastante al interior (*Idem.* 1991: 977). Para el emplazamiento de los grandes yacimientos se eligen lugares estratégicos, en las márgenes de los esteros o en el fondo de los mismos, en lomas de altura media, que van descendiendo conforme nos acercamos a la desembocadura (*Idem.* 1991: 977). Se trata de tierras muy fértiles, propicias para la agricultura, a lo que hay que sumar los recursos marinos que ofrecen los esteros. El poblamiento, intenso desde el Calcolítico, se intensifica durante el Bronce Final, conociendo un rico periodo orientalizante como muestran algunos yacimientos, posibles asentamientos redistribuidores, centros de comercio que unen la costa con el interior (*Idem.* 2000). A partir del s. V a.C. se observa un fenómeno de concentración, los pequeños núcleos desaparecen y son los grandes yacimientos de época anterior, los que se benefician de este reordenamiento poblacional.

Al proceder la mayoría de la información de prospecciones superficiales, son pocos los datos disponibles sobre aspectos como el urbanismo. Sí sabemos que las cerámicas son las típicas del periodo, entre las que se cita la presencia de platos de pescado, cuencos y urnas (*Idem.* 1987: 132).

Ébora (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)

En uno de estos enclaves, situado en el Cortijo de Ébora, tuvo lugar el hallazgo casual en 1958, con motivo de la roturación de unas tierras, del tesoro del mismo nombre (Carriazo 1970: 3 s.), que propició que al año siguiente se practicara en el lugar una excavación que corrió a cargo de J. de M. Carriazo. No obstante, hay que tener en cuenta que los trabajos se subordinaron al principal objetivo de la excavación, el recuperar otras piezas pertenecientes al tesoro. Objetivo que se vio cumplido desde un principio (*Idem.* 31 ss.) y que ha relegado el estudio y publicación de otros aspectos como el urbanismo o la cultura material. Tampoco se han publicado los resultados de la intervención arqueológica que tuvo lugar en 1982[211].

Los materiales se describen de forma vaga, se menciona la presencia junto a "muros que nunca habían sido removidos por las labores" (*Idem.* 31 ss.) de cerámicas turdetanas mezcladas con materiales romanos. Al mismo tiempo que tenía lugar la excavación se procedió a la prospección de la zona, que da como resultado la aparición "por todas partes de fragmentos de cerámica pintada, con líneas marrones y franjas rojas, o bien completamente pintados de un rojo rosáceo" (*Idem.*).

De las publicaciones de Carriazo se deduce la presencia de la mayor parte del elenco cerámico turdetano, que cubre una cronología aproximada del s. V a.C. —por los fragmentos de figuras rojas— hasta época romana. Se menciona la presencia, sin más especificaciones, de ánforas de tipología púnica y junto a ellas, otros fragmentos cerámicos que Carriazo considera "imitaciones locales de campaniense" (*Idem.* 71; *Idem.* 1980: 388), y que nosotros pensamos que deben corresponder a cerámicas "tipo Kuass" por varias razones: 1) por la cronología, que nos viene dada por el resto del material cerámico y que nos muestra el repertorio tipo del s. III a.C. (*Idem.* 1970: lám. XVII) que acompaña a nuestra producción en los yacimientos cercanos, 2) por la presencia constatada de cerámica "tipo Kuass" en yacimientos cercanos como La Algaida (*vid. infra*) y Mesas de Asta y 3) porque en el momento en que Carriazo excavó el cortijo, no se conocían aún, no sólo la producción norteafricana, sino ni tan siquiera el resto de talleres locales del s. III a.C., por lo que difícilmente se podían clasificar estos fragmentos como producciones barnizadas propias de la zona gaditana durante ese periodo. Posteriores revisiones, al no haber sido publicadas, contribuyen únicamente a confirmar la presencia de materiales orientalizantes y turdetanos en el yacimiento (Lavado 1991: 979).

Respecto a la interpretación de este asentamiento, quizás nos encontremos, por la naturaleza del material (tesoro, abundancia de cerámica pintada y otros elementos rituales o de lujo como el delfín que serviría de asa a un gran caldero de bronce, el hueso trabajado, etc.) ante un enclave de tipo religioso o votivo, como el vecino santuario de La Algaida. De lo que no cabe duda, tanto por la riqueza de los hallazgos, como por la relativa frecuencia con que aparece en las referencias literarias de los escritores grecorromanos (Castro y Silva e.p.), es de la importancia de este enclave en la Antigüedad.

El santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)

El yacimiento de La Algaida, conocido desde antiguo debido a los múltiples hallazgos que en él se han realizado, se localiza en el parque natural de La Algaida y Marismas de Bonanza (Cobos 1991: 80), en el lugar conocido como "El Tesorillo". Los cambios experimentados en la desembocadura del Guadalquivir durante los dos últimos milenios hacen irreconocible el paraje originario donde se ubicó el santuario (Ferrer 1995: 150). Del análisis de las dunas fósiles y de los niveles de aluvión del pinar se deduce que todo este área, hoy unida a la orilla oriental del río, formó en su día parte del Coto de Doñana, es decir de la orilla occidental, y que el cauce principal de la desembocadura corría al este de La Algaida (Menanteau 1978: 62). Con posterioridad se formó un brazo que terminó por convertirse en la arteria principal, mientras que el progresivo cegamiento del istmo de Bonanza dejó en seco a la ciudad de Ébora y al propio santuario de La Algaida (Corzo 1991: 400). Así pues, el yacimiento debió asentarse sobre una península de escasa altura, cercana al lugar de contacto entre el *Lacus Ligustinus* y el Océano (Ferrer 1995: 150).

Las primera noticias sobre el yacimiento proceden de un estudioso local, P. Barbadillo que tras prospectar la zona, escribe un pequeño librito en el que identifica el asentamiento con Tartessos (1951: 132). Posteriormente, al iniciarse la construcción de un camino forestal, se descubren restos constructivos y se procede a la excavación del lugar, trabajos que corrieron a cargo de M. Esteve y que dieron como resultado la documentación de lo que entonces se creyó una factoría de salazón romana (1952: 131) y

[211] La reanudación de los trabajos en la zona donde ya excavara Carriazo, sólo ha contribuido a confirmar la existencia de una secuencia estratigráfica que abarca desde los primeros momentos turdetanos —s. VI a.C.— hasta momentos ibero-romanos —en torno al s. II a.C.—, según se desprende de la breve nota publicada en la memoria de las Actuaciones del año 1982, patrocinadas y subvencionadas por el Ministerio de Cultura, antes del traspaso de las competencias a las Comunidades Autónomas (VV.AA 1983: 59).

que recientes revisiones identifican con una pequeña fábrica de reparación naval y dos embarcaderos (Corzo 1991: 401). A partir de entonces son numerosas las noticias sobre hallazgos fortuitos —u obra de expoliadores (*Idem.* 1995: 86)— en el pinar, hasta que en 1978 comienza la primera de una serie de seis campañas de excavaciones que hasta 1984 dirige R. Corzo, a la sazón director del Museo Arqueológico de Cádiz, que han exhumado las tres cuartas partes del yacimiento y recuperado más de quince mil piezas (*Idem.* 1991: 399).

La secuencia estratigráfica del yacimiento es uniforme y muy simple. El yacimiento se ubica sobre una duna de aluvión natural, con una altura no superior al metro del actual nivel del mar. El siguiente estrato, en torno a los ochenta centímetros de espesor, está formado por arena oscurecida por las cenizas y la materia orgánica y es en el que se localizan las construcciones y los materiales de época prerromana (Ferrer 1995: 151). Se trata de pequeños edificios formados sobre zócalos de guijarros con paredes de tapial fabricados a base de cajones rectangulares de escasa altura, rematados con cubiertas vegetales. Estas construcciones son habitaciones de unos tres metros de lado, a veces aisladas y otras unidas en grupos de dos o tres piezas, que se distribuyen alrededor de una amplia explanada. Al no estar pavimentados, los restos de los exvotos se fueron acumulando y mezclando con la arena, hasta el punto de que constituyen un único nivel arqueológico, a pesar de la amplitud cronológica que cubren los materiales —s. VI al s. II a.C.—. En la zona próxima al antiguo cauce del río, se localizó un pozo (Corzo 1991: 402). Se trata, en definitiva, de un área sagrada a cielo abierto —*temenos*—, con un pequeño pozo lustral, rodeado de habitaciones —capillas o *cellae*— que tendrían la función de "tesoros" o depósitos de las ofrendas que se utilizarían en estas ceremonias (Oliver 1997: 506).

Respecto a los materiales, ya hemos indicado que éstos son muy numerosos. Los más abundantes son los recipientes cerámicos, seguidos por las terracotas, aunque también se documenta la presencia de numerosos objetos de metal, hueso y otros materiales, fundamentalmente joyas, elementos de adorno y vestido, monedas, etc. (Blanco y Corzo 1983). La accidentada historia de la investigación de este yacimiento ha provocado que la memoria nunca vea la luz (Corzo 1991: n. 3) y solo se hayan publicado algunos conjuntos de materiales aislados, como las fíbulas (Storch 1989), la glíptica (López de la Orden 1990) y el numerario (Corzo 1995; López y Blanco 2000).

Entre las ofrendas más antiguas, datadas entre la segunda mitad del s. VI y el V a.C., se citan una serie de piezas en bronce (garra de felino, efebo recostado, brazo masculino, pies calzados) consideradas etruscas (*Idem.*) o de talleres sudpeninsulares de aire estrusquizante y helénico (Ferrer 1995: 154). Las fíbulas, muy numerosas, pueden haberse depositado como ofrendas por sí mismas, como está demostrado que sucede en otros santuarios mediterráneos e ibéricos, o como soporte de las auténticas ofrendas, amuletos o ricos paños (*Idem.*). Aunque se han hallado algunas más antiguas (Storch 1989: 211 ss.), la mayoría pertenece a tipos recientes —anular hispánica—, de similares características técnicas y formales, procedentes con toda seguridad de un mismo taller, que hubo de estar situado en las cercanías. De talleres locales debía proceder también el amplio conjunto de anillos (Blanco y Corzo 1983: 128), chatones, la mayoría de bronce, decorados o lisos, aunque también se encuentran en plata. El repertorio de objetos que podemos considerar de adorno personal se completa con amuletos de carácter apotropáico —en pasta, hueso y bronce— de forma fálica, *patecos*, e incluso vértebras de peces y moluscos, escarabeos, cuentas de collar —cornalinas, pasta vítrea, vidrio—, de formas geométricas y figuradas, pendientes, alfileres, y algunos objetos de tocador y maquillaje —agujas, cuchillas, espátulas y pinzas de bronce—; producciones que estilísticamente se encuadran entre los siglos IV y III a.C. (*Idem.*). Las monedas, de las que se han hallado 125 ejemplares, proceden en su mayor parte de la ceca gaditana (Corzo 1995: 86), posiblemente con un uso de carácter votivo (López y Blanco 2000: 490 s.), al igual que el de otros elementos premonetales documentados en el yacimiento como ciertas varillas de plata (*Idem.* 488). Entre los elementos relacionados de forma directa con el culto a divinidades más concretas, podemos considerar las láminas rectangulares de plata con representación de ojos troquelados, motivo denominado habitualmente como "los ojos de Astarté" (Ferrer 1995: 156), muy frecuentes en algunos contextos sacros peninsulares (Beirão *et al.* 1985: 84 ss. y 1985-86: 217, fig. 3). A estas representaciones se les atribuye una función salutífera, similar a la del grupo de terracotas curótrofas —figuras femeninas ataviadas con túnica y velo, con un niño entre los brazos—, que acompañan a los bustos femeninos con función de pebetero, también muy numerosos (Blanco y Corzo 1983: 125 s.; Marín 1987: 51).

Posiblemente, a la luz de las evidencias materiales y literarias (Blanco y Corzo 1983: 123), el santuario estuviera dedicado en origen a Astarté en su advocación marina (Marín 1987: 58), para a partir de los siglos IV o III a.C. producirse un sincretismo con Tanit, divinidad, como muestran la naturaleza de las ofrendas, con un mayor número de advocaciones —a la de guía de navegantes se le sumarían las de protectora de la naturaleza, salutífera, maternal, etc.— (Ferrer 1995: 163 ss.).

No obstante, los materiales más numerosos que se depositaron en el santuario son los cerámicos, bien como ofrendas por sí mismos, sobre todo los de pequeño tamaño (*Idem.* 157), bien como recipientes para contener éstas. El repertorio vascular representa las típicas formas turdetanas[212] ya analizadas (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000), destacando los llamados cuencos-lucerna (Ferrer 1995: fig. 56 y fig. 57), los platos de pescado (*Idem.* fig. 57-59), pequeños platitos llanos (*Idem.* fig. 59), cuencos simples (*Idem.* fig. 59 y fig. 60), pateras y fuentes (*Idem.* fig. 61), lebrillos (*Idem.* fig. 62), morteros (*Idem.*), vasos caliciformes (*Idem.* fig. 61), urnas (*Idem.* fig. 62 y fig. 63), ollas (*Idem.* fig. 65), botellas (*Idem.* fig. 66), vasos globulares (*Idem.* fig. 65) y algunas ánforas, no demasiado numerosas, de tipología local (*Idem.* fig. 67) —MPA4, E-2, turdetanas (Niveau de Villedary 1999b: 134)—, centromediterráneas —Mañá C1 y C2— e itálicas —Dressel 1 antigua— (Ferrer 1995: 160; fig. 68) y algunos ejemplares de pequeño tamaño (*Idem.* fig. 68), de carácter votivo (López y García 1985).

Entre este material destaca un número de piezas indeterminado de cerámica tipo "Kuass" y de barniz negro campaniense (Ferrer 1995: 69), sin que podamos diferenciarlas cronológicamente por las características del depósito. Se ha llamado la atención sobre el carácter fundamentalmente abierto de los vasos representados que, en principio, se ha puesto en relación con la adecuación de las formas al tipo de ofrenda realizado (Ferrer 1995: 160 s.) y que nosotros creemos que tiene más que ver con la composición típica de la vajilla, en la que predominan de manera abrumadora las formas abiertas de tipo cuenco. Entre el material reproducido recono-

[212] Para otros autores se trata de un repertorio típicamente púnico-gaditano, parangonable a los documentados en otros yacimientos del entorno, como Doña Blanca, Cerro Naranja, Mesas de Asta y Lebrija (Ferrer 1995: 161). Sin embargo, creemos que es necesario hacer una distinción, ya que la cerámica que encontramos, en este mismo contexto cronológico en la ciudad de Cádiz (Niveau de Villedary e.p. b) difiere sustancialmente de los repertorios descritos (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000). Por lo tanto, proponemos la utilización del término "turdetano" para referirnos a estos conjuntos materiales y reservar el de "púnico-gaditano" para la cerámica aparecida en la necrópolis de Cádiz, con características particulares, que la diferencian por una parte de la vajilla turdetana (ausencia de elementos pintados y de algunas formas típicas) y, por otra, de los repertorios púnicos centromediterráneos clásicos, con los que guardan, sin embargo, cierto "aire de familia".

cemos cuencos de borde reentrante del Tipo IX-A, algunos de los característicos fondos de los cuencos de pequeño tamaño pertenecientes al Tipo IX-C y otros estampillados, posiblemente y por las características de los pies y la tendencia general de los materiales presentes en el yacimiento, correspondientes a los cuencos, más anchos y bajos, del Tipo IX-B. Estos materiales, por las formas generales y algunos detalles —simplificación de los pies y de los diseños decorativos—, deben situarse cronológicamente en los últimos momentos de vida del yacimiento[213], en la segunda mitad del s. III a.C., con posibles perduraciones en el II que por otro lado creemos es, por el resto de materiales analizados, el momento de mayor auge del santuario.

6.3. LA DISTRIBUCIÓN EN EL "CÍRCULO DEL ESTRECHO": EL PRIMER CÍRCULO DE DISTRIBUCIÓN DE LA VAJILLA

Una vez que salimos del área nuclear —como hemos considerado a la bahía de Cádiz, con cierta prolongación hacia el antiguo estuario del Guadalete y la actual desembocadura del Guadalquivir, en lo que pensamos debía constituir el territorio controlado por *Gadir* directamente, desde un punto de vista económico y quizás político (Ferrer 1998: 44 ss.)—, nos encontramos ante una serie de territorios que culturalmente incluimos en el área gaditana por una serie de factores que nos indican la existencia de cierta unidad desde el punto de vista cultural —sobre todo en lo relativo a la cultura material, la cerámica, tipos y leyendas monetales, estructura económica, etc. (Niveau de Villedary 1998 y 2001c)—. En esta segunda zona hemos incluido la franja atlántica del litoral gaditano, desde San Fernando —tomando como hito geográfico el templo de Melqart por sus connotaciones fronterizas (Ruiz Mata 1999b: 310)— hasta Tarifa y la bahía de Algeciras, por el este. Hacia el oeste se incluye la costa onubense y Algarve portugués y hacia el sur la costa marroquí, fundamentalmente en su vertiente atlántica[214], sin descartar la mediterránea. Políticamente este territorio dependería posiblemente de sus respectivos centros: *Carteia*, *Onoba*, *Lixus*, etc. (Ferrer 1998: 42), sin que podamos precisar hasta que punto estuvieron subordinados a *Gadir* (Arteaga 1994: 42).

En esta zona seguimos documentando la vajilla completa, aunque no es tan numerosa. La vajilla "tipo Kuass" cubre la demanda de vajilla helenística, ya que no aparecen otros repertorios barnizados (en todo caso, producciones fabricadas seguramente en la zona[215], en ocasiones de menor calidad, al estar más alejadas del centro productor principal o tratarse de elementos aislados de otros talleres) y empezamos a documentarla fundamentalmente, excepto en los grandes centros urbanos, a partir de la segunda mitad del s. III a.C.

6.3.1. La banda atlántica

En este epígrafe incluimos las campiñas del suroeste de la provincia de Cádiz y la costa litoral atlántica, que se corresponden con los términos actuales de San Fernando, Chiclana, Conil, Vejer, Barbate y Tarifa (Borja 1995: 76). Contemplamos, como ya hemos señalado, el templo de Melqart como hito fronterizo, que marcaría el límite espacial e ideológico del territorio bajo el poder directo de *Gadir* (Ruiz Mata 1999a: 70), puerta y barrera hacia el centro neurálgico de la bahía de Cádiz y desembocaduras del Guadalete y Guadalquivir (*Idem.* 68). Por su parte, el límite este lo hemos situado en la bahía de Algeciras, territorio controlado por *Carteia*, junto al peñón de Calpe, que debemos considerar una unidad por sí misma, por las connotaciones geoestratégicas de su emplazamiento y el devenir histórico de la ciudad, que nos han sido transmitidas por las fuentes literarias.

Se trata de una zona con paisajes del tipo alineaciones areniscosas y calcáreas agrestes, de techo plano, con piedemontes más o menos desarrollados y campiñas acolinadas con cerros individualizados, que se resuelven en litorales alternantes y desembocaduras en marismas (Ramos *et al.* 1993: 356). Sin embargo, desconocemos en gran medida los datos acerca de la caracterización geomorfológica y la evolución cuaternaria de este sector —evolución de la llanura aluvial del río Barbate, por ejemplo (*Idem.* 354 s.)—.

En relación al proceso de ocupación prehistórico, es a partir de la Edad del Cobre cuando se asiste a una intensa antropización del medio (*Idem.* 1994: 26 s.); asociada a la intensificación de la economía de producción —agricultura intensiva del cereal y ganadería mixta— que provoca la acentuación de los procesos de deforestación y aluvionamiento (*Idem.* 1993: 358). Junto al aumento de la presión demográfica, se constata el progresivo control del territorio en función de un mayor y mejor aprovechamiento de los recursos, que se traduce en la jerarquización espacial de la zona, en principio periférica-litoral en función del centro, situado al interior en la

[213] El reciente análisis del numerario hallado durante las excavaciones han llevado a plantear la posibilidad de una perduración en el uso del santuario, o al menos en su frecuentación como lugar sagrado, hasta al menos la segunda mitad del s. II d.C. (López y Blanco 2000: 488).

[214] Si en algo está de acuerdo la mayoría de los investigadores al intentar definir lo que entendemos por "Círculo del Estrecho" es en la vocación atlántica de esta entidad geoeconómica y política, a cuya cabeza se sitúa *Gadir* (Tarradell 1965: 281; Ponsich 1975: 663; Arteaga 1994: 25; Millán 1998: 14; Chaves, García Vargas y Ferrer 1998: 1307; Niveau de Villedary 2001c).

[215] Prueba de la existencia de la producción de esta cerámica en otros alfares, es la documentación de la fabricación en los hornos de Kuass en Marruecos.

campiña (*Idem.* 1992: 56), que mantiene estrechas relaciones culturales y económicas con otras áreas de la Baja Andalucía —cursos del Guadalquivir y Guadalete y sus respectivas marismas y campiñas— (*Idem.* 1993: 353).

La ocupación protohistórica, sin embargo, apenas si se conoce, pues la mayor parte de los trabajos, llevados a cabo en el marco de un Proyecto de Investigación, se han limitado a momentos prehistóricos (*Idem.* 1992, 1993 y 1994). Ahora bien, recientemente ha tenido lugar una campaña de prospecciones sistemáticas en el término municipal de ***Vejer de la Frontera***, centradas en época histórica, cuyos resultados que permanecen aún inéditos[216], nos muestran un territorio, en esos momentos costero, que por los numerosos hallazgos de ánforas de tipología púnico-gaditana, podemos suponer estrechamente vinculado a Cádiz al menos desde el punto de vista económico.

En 1990, se practicó una excavación de urgencia en la ***Iglesia del Convento de las Monjas Concepcionistas*** (Molina 1991), en lo que hasta ahora supone la única secuencia estratigráfica con niveles de estos momentos en la zona.

— El Convento ***de las Monjas Concepcionistas*** se ubica en la zona más alta del Conjunto Histórico Monumental de Vejer, entre el Alcázar y la muralla y la excavación se planteó como paso previo a la restauración del edificio. Dada su situación privilegiada, pues se halla protegido por un escarpe natural que dificulta su acceso y convierte el lugar en inexpugnable, y a los antecedentes, ya que en años anteriores al practicar unas catas junto a la muralla actual, se halló material revuelto del Bronce Final, ibérico y romano; se procedió a la realización de una serie de sondeos, para determinar las fases cronológicas anteriores a la construcción, a mediados del s. XVI, del Convento (*Idem.* 94). El resultado es la documentación de una secuencia ininterrumpida desde el Bronce Final-orientalizante hasta época moderna (*Idem.* 95). Los niveles que su excavadora denomina "ibéricos" y que con más propiedad debemos llamar "turdetanos", aparecen en toda el área excavada, localizándose varias estructuras de habitación de características constructivas similares, cuya cronología abarca un periodo que oscila entre la segunda mitad del s. IV a.C. —Estructura 1— hasta un momento indeterminado fechado entre fines del s. III o comienzos del II a.C. —Estructuras 3 y 5—[217]. Las viviendas son, de planta cuadrangular y conservan únicamente dos muros unidos en ángulo, formados por zócalo de piedras sobre el que se levanta la pared de adobe; el suelo se compone de una lechada de cal y arena. En dos de estas habitaciones hallamos restos de hogares, de tendencia circular, formados por piedras medianas, junto a uno de ellos aparece una moleta.

Los materiales asociados a las estructuras contribuyen a apoyar la hipótesis de que se trata de estructuras de habitación o viviendas. En la de cronología más antigua, cortada por una de las más recientes una vez inutilizada, junto a algunos restos óseos de ovicápridos y suidos, aparecen ánforas del tipo "Carmona" e iberopúnicas o turdetanas, ollas de cuello estrangulado y borde saliente, urnas de varias formas y tamaños, destacando las decoradas con bandas rojas y negras o motivos semicirculares y las que presentan un baquetón a la altura del hombro, lebrillos, morteros, cuencos, cuencos-lucerna, platos de pescado de tipo turdetano, en ocasiones pintados y un fragmento del fondo y pie de una cílica ática de figuras rojas, a nuestro parecer, visto el resto del conjunto, intrusiva o residual, y que es la pieza en la que se han basado los excavadores para establecer la cronología —primera mitad del s. IV a.C. (*Idem.* 100) que, por el resto de materiales, no creemos que pueda retrotraerse más allá de la primera mitad del s. III[218].

Más interesante para nuestro estudio resultan los conjuntos materiales recuperados de las estructuras 3 y 5. De la primera se cita la presencia de ánforas gaditanas de tipo "Carmona" y turdetanas, ollas de cuello estrangulado y borde saliente ligeramente engrosado, urnas de cuello estrangulado, labio saliente en doble bisel, con decoración rojo-vinosa y negra, algunas con baquetón, cuencos de casquete esférico y cuencos-lucerna con indicios de utilización. Se trata de un material perfectamente adscribible, por paralelos, a la segunda mitad del s. III a.C., aunque se fechen, sin que sepamos los criterios seguidos, entre los siglos II y I a.C. (*Idem.* 99), ya que no se cita la presencia de ningún material más moderno. En la estructura 5 además del mismo material descrito para las anteriores —ollas de borde engrosado, urnas pintadas, cuencos y páteras—, se localizó un fragmento de cerámica "tipo Kuass", un "fondo de plato de pescado con pintura roja al interior y al exterior de su superficie; de tradición ática" (*Idem.*, lám. VII, 8). La cronología es similar, quizás algo anterior, ya que se encuentra en una cota más baja a la de la estructura descrita *supra*.

Los resultados de esta excavación ofrecen un enorme interés a la hora de valorar la temprana ocupación del cerro de Vejer así como el dinamismo de estas comunidades, que desde momentos tempranos adoptan las novedades técnicas —urbanismo ortogonal (Ruiz Mata, Niveau de Villedary y Vallejo 1998: 69)— y materiales —cerámicas (Molina 1991: lám. VIII)— aportadas por las poblaciones orientales asentadas en la bahía de Cádiz. La amplia secuencia nos indica, asimismo, la ocupación constante a lo largo del tiempo de un asentamiento de cuyo peso se están haciendo eco recientes trabajos[219] y que hoy se tiende a identificar, por la evolución del topónimo avalado por la arqueología, con la *Baesippo*[220] que citan P. Mela (II, 96) y el Itinerario de Antonino (Roldán 1975; 57).

---

[216] Agradecemos a Eduardo Ferrer Albelda y Mercedes Oria Segura, directores de la misma, la información facilitada.

[217] Nos parece a todas luces excesiva la datación propuesta por los excavadores para estas dos últimas habitaciones, entre los siglos II-I a.C., dado el material asociado a las estructuras que tipológicamente pertenece al repertorio turdetano típico de fines del s. III a.C.

[218] El hecho de que este estructura quede cortada por una posterior, nos indica una mayor antigüedad relativa respecto a ésta. También ciertos elementos materiales, como los filetes rojos que decoran los bordes de algunos cuencos (Molina 1991: 100), que ya no aparecen entre el material de la segunda mitad del s. III a.C. (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000) y que, sin embargo, son propios de momentos algo anteriores. Aunque anteriormente atribuimos esta distinción (Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999: 127), siguiendo a otros autores, a factores geográficos (Ruiz Mata 1987: 306) o simplemente tipológicos (García Vargas, Mora y Ferrer 1989: 223), el estudio del material nos ha hecho variar de opinión y hoy pensamos que la presencia o no de decoración responde a factores cronológicos. Un fenómeno similar se observa en Huelva (Rufete 1996: 276).

[219] *Vid.* nota 216.

[220] Tradicionalmente identificada con Barbate (García y Bellido 1987 (1947): 52; Tovar 1974: 65; Pellicer, Menanteau y Rouillard 1977: 223; López Castro 1992a: 60).

6.3.2. La bahía de Algeciras

Hemos considerado oportuno tratar la bahía de Algeciras como un bloque ya que pensamos que se trata de una unidad geográfica e histórica. En primer lugar por su situación estratégica, controlando un paso tan fundamental como es el Estrecho de Gibraltar, en segundo por tratarse de una zona homogénea desde el punto de vista geográfico (Roldán *et al.* 1998: 231), con un poblamiento importante e ininterrumpido desde época fenicia (Muñoz y Baliña 1985; Castiñeira y Campos 1994) y, por último, por la presencia al fondo de la misma en la desembocadura del río Guadarranque, de la ciudad de *Carteia*, núcleo urbano sobre el que debió gravitar, como uno de los principales ejes del "Círculo del Estrecho", el resto de asentamientos cercanos.

***Carteia* (San Roque, Cádiz)**

La ciudad de *Carteia* se presenta como un importante centro urbano, de cuya existencia se hacen eco las fuentes literarias grecorromanas, que destacan su posición estratégica y el papel que desempeñó en los acontecimientos bélicos que rodearon a la Segunda Guerra Púnica (Castro y Silva e.p.). Su posterior abandono como núcleo urbano permanente ha facilitado que su recuerdo, avivado por las ruinas monumentales de la ciudad imperial, perviviese en la memoria colectiva (Roldán *et al.* 1998: 57 ss.) hasta que las sucesivas campañas de excavación, que bajo diversos equipos (Roldán y Bendala 1996: 17 ss.) han tenido lugar a lo largo del s. XX han permitido que conozcamos mejor la ciudad romana imperial y quizás lo que es más importante —al menos para nosotros— la constatación de la existencia bajo aquella, de la ciudad púnica de las fuentes, en algunos casos identificada con Tartessos (Woods 1969) y más recientemente, en una cuestión aún no resuelta (Ferrer y de la Bandera 1997), con *Mastia* (García Moreno 1990, Silgo 1992: 369 s.).

Hoy se admite que la fundación de *Carteia* tuvo lugar hacia mediados del s. IV a.C., como consecuencia del traslado de la población desde el primitivo asentamiento del Cerro del Prado (Pellicer, Menanteau y Rouillard 1977; Ulreich *et al.* 1990), situado junto a la antigua desembocadura del río Guadarranque, hasta la ubicación actual. Tradicionalmente este traslado se había explicado por el progresivo empantanamiento del antiguo estuario del Guadarranque (Pellicer, Menanteau y Rouillard 1977: 230; Cabrera y Perdigones 1996: 158), aunque gracias a los más recientes trabajos (Roldán y Bendala 1996) que han sacado a la luz una fase púnica caracterizada por la monumentalidad en el planteamiento del trazado urbano, parece que no debemos hablar de un traslado forzoso, sino de un cambio de ubicación premeditado hacia un nuevo emplazamiento que permitía un aumento considerable de las dimensiones de la ciudad, acorde con su progresivo enriquecimiento, que a su vez, debió verse favorecido por su privilegiada posición (Roldán *et al.* 1998: 234).

Cuando en 1994 se puso en marcha un nuevo Proyecto de Investigación[221] en el yacimiento, entre los objetivos propuestos se encontraba el determinar la secuencia urbanística y constructiva de los niveles púnicos infrapuestos al foro de la ciudad romana, cuya existencia se intuía (Bendala, Blánquez y Roldán 2000: 745) desde las excavaciones de los años sesenta (Woods, Collantes de Terán y Fernández Chicarro 1967) y setenta (Presedo *et al.* 1982; Presedo y Caballos 1988).

Desde el inicio de los trabajos se documentaron estructuras y niveles púnicos en las dos zonas donde comenzaron las actuaciones: el sondeo practicado bajo el templo principal del foro —Sector A— y en la ladera suroccidental de la acrópolis —Sector B—, en la que había indicios de una interesante superposición de fases constructivas bien definidas (Bendala *et al.* 1994: 87). Este último sondeo consistió en la ampliación y profundización de un sector excavado en los años setenta y ha dado como resultado la comprobación de la superposición de cuatro fases constructivas principales (Bendala, Blánquez y Roldán 2000: 746), frente a las dos que en su momento propuso Presedo (Roldán *et al.* 1998: 150): un Nivel A, más antiguo, de época ibérica asociado a cerámicas campanienses, sobre el que diferenció un Nivel B, de época romana con *sigillatas* hispánicas (Presedo *et al.* 1982: 46 ss.).

La limpieza e interpretación de los muros del Sector B excavados por Presedo, junto con la secuencia estratigráfica recientemente establecida, han permitido diferenciar dos momentos constructivos dentro del periodo púnico, extensibles probablemente, al resto de la ciudad (Roldán *et al.* 1998: 152). El primero de ellos está constituido por dos muros en esquina, de los que tan sólo se conservan los cimientos, que tienden a configurar habitaciones rectangulares enlosadas (*Idem.* 153). De notable regularidad y potencia, se levantan con piedras de pequeño tamaño trabadas con tierra y se insertan en el suelo natural (Bendala *et al.* 1994: 87). Estas estructuras suponen el testimonio de la primera ocupación de la ciudad (Bendala, Blánquez y Roldán 2000: 746).

Ahora bien, esta primera fase pronto quedó amortizada por una segunda, que aunque básicamente mantiene la orientación de la primera, supone una monumentalización de la ciudad, producto de una ambiciosa y voluntaria (Roldán *et al.* 1998: 153) remodelación urbana. De esta segunda fase destacan dos magníficos muros que conservan más de un metro de altura, oblicuos entre sí, que delimitan lo que seguramente es una calle de tres metros de anchura que conducía en rampa hacia la parte alta y principal de la ciudad (Bendala, Blánquez y Roldán 2000: 746). Los paramentos que miran a la calle son de gran calidad, de sillares de mediano y pequeño tamaño, engatillados y almohadillados (Prados 1999: 34). En relación a estos muros se construyeron otros dos, de menor grosor, que delimitan otras estancias de menor tamaño y funcionalidad desconocida (Bendala *et al.* 1994: 88). El conjunto supone un acceso al sector alto de la ciudad púnica de notable monumentalidad que posteriormente quedaría amortizado en época romana-republicana, durante la segunda mitad del s. II a.C. (Bendala, Blánquez y Roldán 2000: 747), momento en que se remodeló por completo el trazado urbano de esta zona.

Entre los materiales que se asocian a la primera fase de la ciudad púnica destacan algunos fragmentos de cerámica ática de barniz negro —L-21— (Bendala *et al.* 1994: 90, fig. 7, 8-10), que han permitido la datación de esta fase a mediados del s. IV[222], mientras que la segunda fase púnica quedaría datada en un momento temprano del s. III o muy finales del IV a.C., por la presencia de cerámica de barniz negro, algunos fragmentos de posible procedencia suditálica (Roldán *et al.* 1998: 161) y por cerámicas gaditanas de "tipo Kuass" (Bendala *et al.* 1994: 90, fig. 6, 6-9).

---

[221] *Estudio histórico-arqueológico de la ciudad púnicorromana de Carteia*, aprobado y subvencionado por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, bajo la dirección de Lourdes Roldán Gómez y Manuel Bendala Galán.

[222] *Vid.* Cap. 5.

Otro corte estratigráfico, practicado en 1997, ha permitido identificar la muralla de casamatas de la ciudad, similar a la documentada en el Castillo de Doña Blanca (Barrionuevo, Ruiz Mata y Pérez 1999) y los materiales aparecidos en las fosas de cimentación de la misma han contribuido a corroborar la cronología propuesta para su fundación, hacia mediados del s. IV a.C. (Roldán *et al.* 1998: 156 ss.).

Por último, en pleno centro de lo que posteriormente fue el foro republicano, donde se ubicó el templo romano (Bendala *et al.* 1994: 95 ss.), se ha realizado un corte estratigráfico que ha documentado restos de carácter religioso también en época púnica (Roldán *et al.* 1998: 166). De los trabajos se deduce que la cimentación del *podium* romano rompió en gran medida un posible altar púnico de planta rectangular, construido con barro y acabado mediante un revestimiento hidráulico de *opus signinum* (*Idem.* 167) que se construye sobre uno primero, que se corresponde con la primera fase constructiva de la ciudad, anterior a la monumentalización. La importancia de este hallazgo, además de constatar la perduración del carácter sagrado del espacio a través de los distintos momentos de vida del yacimiento, radica en la documentación de lo que puede ser el acto votivo fundacional de la ciudad púnica (Blánquez, Bendala y Roldán e.p.). Bajo los altares prerromanos encontramos lo que sus excavadores han interpretado como un depósito votivo (*Idem.*), opinión que suscribimos dado los paralelos que presenta con algunos rituales documentados en la necrópolis púnica de Cádiz (Niveau de Villedary 2001b: 128). La fosa fundacional contenía un ánfora gaditana MPA4 evolucionada, fracturada y quemada. El espacio se sacraliza (*Idem.* 131; Córdoba 1999: 344) rellenando el doble hueco con una arena amarillenta, distinta a la local (Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a), posteriormente se procede al sellado, que se realiza mediante la colocación de conchas y piedras y sobre él se construyen, sucesivamente, los dos altares[223]. Estas ánforas pueden haberse utilizado en ritos de libación, encargados de abrir el espacio sagrado (Niveau de Villedary 2001b: 128) como parece desprenderse de los hallazgos del tofet arcaico de Cartago (Lancel 1994: 38 s.).

En lo relativo a la cerámica "tipo Kuass" su presencia es constante y notable. Ya en las memorias de las primeras campañas de excavación, aun sin reconocerse como tales, los autores describen, y en ocasiones dibujan, materiales de esta clase. Entre la cerámica campaniense publicada en la memoria de la campaña de 1965 (Woods, Collantes de Terán y Fernández Chicarro 1967), centrada en la parte norte de la muralla, donde se identificó un nivel prerromano (Roldán y Bendala 1996: 18 s.), algunas de las piezas corresponden a cerámicas "tipo Kuass", ya sea por sus características técnicas —se describen como de "pastas rojas" (*Idem.* 80, núm. 302)— ya por los diseños decorativos —las palmetas y rosetas descritas parecen las propias de la producción (*Idem.* núm. 276, 289-291, 293, 302)—: platos de pescado —Forma II— (*Idem.* núm. 278), platos de borde cóncavo —Forma V— (*Idem.* núm. 291, fig. 42, 561)[224] y ciertas formas estampilladas (*Idem.* fig. 56, 889; fig. 62, 888 y 861; fig. 41, 560; fig. 42, 578) como copas —Forma VIII— (*Idem.*, fig. 42, 562) y cuencos del Tipo IX-B (*Idem.*, fig. 41, 559) sin que podamos rechazar que alguno de estos fondos estampillados pertenezcan a formas, como los bolsales —Forma VII—, platos de la Forma III, etc., que, con frecuencia, también se decoran mediante estampillas.

En las excavaciones realizadas por la Universidad de Sevilla en los años setenta en el sector del Foro, también aparecen materiales "tipo Kuass" tal y como se desprende de los dibujos publicados en la correspondiente memoria (Presedo *et al.* 1982). Entre ellos vemos platos de pescado completos —Forma II— (*Idem.* 195, fig. 118, 3), algunos fondos (*Idem.* fig. 118, 1-2) y bordes (*Idem.* fig. 123, 5) de esta misma forma y una base característica de los cuencos del Tipo IX-C, estampillada con cuatro palmetas (*Idem.* fig. 123, 6). Estas piezas se describen como "de color rojizo y pasta roja con inclusiones de mica" (*Idem.* 195 y 203) y en el caso de los platos de pescado incluso se plantea la posibilidad de que se traten de "imitaciones indígenas de los platos áticos de barniz negro" (*Idem.* 195).

Más recientemente, además del material publicado por el equipo de investigación actual procedente del perfil estratigráfico de los muros púnicos y del estrato de amortización de la calle del Sector B entre el que se citan platos de pescado de la Forma II (Bendala *et al.* 1994: 93), lucernas abiertas de nuestra Forma XVI (*Idem.* fig. 6, 6), bolsales —Forma VII— (*Idem.* fig. 6, 8) y algunos fondos que posiblemente correspondan a copas —Forma VIII— (*Idem.* fig. 6, 9); hemos podido estudiar directamente el resto del material gracias a las facilidades dadas por los directores y el resto del equipo de investigación del "Proyecto *Carteia*" en nuestras dos visitas al yacimiento.

En la primera de ellas, realizada en agosto de 1996 pudimos comprobar personalmente, según nos mostró J. Blánquez encargado de los sondeos en el Sector B, la asociación en el nivel de cimentación de los muros púnicos de cerámicas áticas de barniz negro y cerámicas de "tipo Kuass", de muy buenas calidades —Formas II y IX-A y fondos estampillados—, por una parte, y por otra la perduración en los primeros momentos republicanos de producciones locales, de peor calidad y formas más evolucionadas —Forma V—, que habían aparecido en el Sector A del Foro, junto con elementos campanienses de tipo A, según nos comunicaron M. Bendala y L. Roldán, encargados de la excavación de esta zona. El momento de auge de la producción, al igual que en la bahía de Cádiz, debe situarse en pleno s. III, asociado aquí a otras producciones mediterráneas, no identificadas pero, en todo caso, minoritarias respecto a la local.

La segunda de nuestras visitas tuvo lugar en agosto de 1999 —al finalizar, según es preceptivo, la primera fase del proyecto, que había comenzado en 1994—, con el fin de comprobar *in situ*, la totalidad del material recuperado en las actuaciones de estos años[225]. El material que nos interesa procede fundamentalmente del denominado Sector B, donde se han practicado seis cortes estratigráficos. El material del corte C-1, el único espacio intramuros excavado de época púnica y el que presenta una estratigrafía más clara, es muy significativo. Al final de la Fase II, que viene marcada por el nivel de arrasamiento republicano, durante la segunda mitad del s. II a.C. (Bendala, Blánquez y Roldán 2000: 747), documentamos platos de pescado —Forma II— de borde largo y colgante. Entre ellos se puede distinguir, por la variedad de calidades y características técnicas que muestran, entre la producción de varios hornos o talleres, posiblemente alguno situado en las cercanías, sin que en el estado actual de las investigaciones y hasta que no se realicen análisis de pastas y arcillas, podamos afirmarlo con rotundidad. El resto de formas documentadas también son las características de esta última fase de producción de los talleres gaditanos: boles de la Forma X, platos de la Forma V y fondos más amplios y simples. La Fase II, o fase monumental de la ciudad púnica, se refleja estratigráficamente en el nivel de uso del suelo de

[223] Información personal de Juan Blánquez Pérez, a quien agradecemos los datos que nos ha facilitado sobre este sondeo, aún inédito.

[224] El peculiar diseño decorativo que presentan estos platos (*Vid.* Cap. 3), permite identificar la forma sin ningún tipo de dudas.

[225] Agradecemos de nuevo a todo el equipo la acogida que nos dispensaron, especialmente a Juan Blánquez Pérez y a Susana González Reyero por su meticulosidad y paciencia a la hora de ofrecernos todos los datos que nos podían interesar y de contestar a nuestras preguntas.

la calle. Durante este periodo junto a la cerámica "tipo Kuass" conviven otras producciones de barniz negro de probable origen suditálico, entre éstas algunas formas —L-36— de campaniense A antigua de buena calidad. Se sigue documentando gran número de platos de pescados —Forma II—, algunos bolsales —Forma VII— y grandes cuencos abiertos o boles —Forma X—. Se trata también de un repertorio evolucionado, que tipológicamente debemos encuadrar a finales del s. III a.C. y que se acompaña de ánforas de tipología gaditana —MPA4 evolucionadas— y cerámica turdetana pintada. El inicio de la Fase II —monumentalización de la ciudad— coincide con el arrasamiento de la Fase I, fundacional. De este nivel —fosas de cimentación de los nuevos muros— procede el fragmento de borde y piquera de lucerna abierta —Forma XVI— publicada en los informes preliminares (Bendala *et al.* 1994: 93, fig. 6, 6; Bendala, Blánquez y Roldán 2000: 747, fig. 6, 3).

En el interior de las casamatas —corte C-5— la remoción de la Fase I para levantar la Fase II ha provocado que el material aparezca mezclado y la estratigrafía no sea tan clara como en los cortes anteriores. En todo caso se trata de formas evolucionadas, más grandes y abiertas, con pies que tienden a estrecharse. Sin embargo, bajo los muros, a nivel de la primera fase de muralla, entre la Fase I y II, también encontramos cerámica "tipo Kuass": platos de pescado —Forma II—, el asa de un bolsal —Forma VII— (Bendala *et al.* 1994: 93, fig. 6, 8; Bendala, Blánquez y Roldán 2000: 747, fig. 6, 4), cuencos de la Forma IX-A; junto a otros materiales de barniz negro —L-23, L-36, L-27 y lucernas helenísticas—, ánforas del tipo MPA4 evolucionadas y cerámica pintada de filiación turdetana.

Por último, en el Sector A, en los niveles púnicos bajo el templo romano, asociado a las estructuras murarias de fundación/sacralización del espacio, hallamos platos de pescado —Forma II— y cuencos del Tipo IX-B, y en el corte C-6, intramuros, platos de pescado —Forma II— y cuencos del tipo IX-A.

Concluyendo respecto a la cerámica "tipo Kuass" del yacimiento, podemos afirmar que su presencia es, como hemos venido viendo, muy elocuente. En primer lugar estamos ante la prueba palpable de cómo esta producción se constituye en un fósil detector fundamental para estos momentos, tradicionalmente poco definidos, en lo que era uno de los objetivos básicos que nos habíamos marcado al comienzo de este trabajo. En el yacimiento de *Carteia*, la presencia de cerámica "tipo Kuass" en determinados contextos —fundamentalmente en las fosas de cimentación de los muros—, acompañados de otros materiales cronológicamente bien datados, como la cerámica ática de barniz negro, ha servido de base para sentar la cronología de la fundación de la ciudad púnica y para delimitar cada una de las dos fases de ésta. Por otra parte, su temprana presencia, pues aparece en contextos de fines del s. IV o comienzos del III a.C. y la variedad de formas representadas (*vid. supra*), son datos a sumar al valorar el auténtico peso de la ciudad púnica de *Carteia* dentro de ese espacio geoeconómico que hemos llamado "Círculo del Estrecho", del que *Carteia* debió ser eje fundamental por su situación estratégica junto al Estrecho, que le debió conferir en determinados momentos cierto carácter de antepuerto de *Gadir*.

— En relación también a la ciudad púnica de *Carteia*, de donde debía proceder, se ha publicado un plato de pescado —Forma II— (García Alfonso 1998), actualmente en el Museo Municipal de Algeciras, que apareció de forma casual durante la construcción de las instalaciones de la empresa *Acerinox*, entre las ***desembocaduras de los ríos Guadarranque y Palmones***, en el actual término municipal de Los Barrios, lo que ha llevado a pensar que esta pieza pudiera proceder de alguna factoría de salazones situada en esta zona o de una zona de necrópolis (*Idem.* 34), siempre, eso sí, en relación a la ciudad púnica de *Carteia*.

Cueva de Gorham (Peñón de Gibraltar, Cádiz)

Emplazada en la parte oriental del peñón de Gibraltar, Gorham es una de las siete cuevas que encontramos en la base del acantilado (López de la Orden 1995: 119). Actualmente sólo se puede acceder por mar o a través de una estrecha escalera que salva el desnivel desde la carretera situada sobre el acantilado. La galería es larga y estrecha, con bóveda apuntada y queda dividida en dos por una columna estalagmítica que impide el acceso de la luz natural hasta el fondo. En la entrada encontramos otra estalagmita que vista desde el mar, por su morfología, asemeja el aspecto de una mujer con manto, por lo que se piensa que en la Antigüedad pudo tomarse como representación de la divinidad (Belén y Pérez 2000: 531) y conferir una mayor sacralidad al lugar (Aparicio 1997: 346) que la que ya tenía por su situación topográfica —dentro de la clasificación, como cueva sagrada, de los *locra sacra libera* (Oliver 1997: 503 ss.)—, geográfica —punto de referencia para la navegación (Ferrer 1998: 50)— y simbólica —puertas hacia el océano en el fin de la *ecúmene* (Pérez Vilatela 1995: 165)—.

La cueva se conoce desde 1907 (Finlayson 1994: 4) cuando el Mayor Gorham, a quien debe su nombre, exploró la parte trasera. Sin embargo, los primeros trabajos arqueológicos no tienen lugar hasta mediados de los años cuarenta, cuando los ingenieros militares Alexander y Monke realizan varios sondeos cuyos resultados no se publican y que afectaron sólo al nivel superior. En 1948 comienzan los trabajos que hasta 1954 dirigió J. d'A. Waechter y que han proporcionado una potente secuencia que abarca desde el Musteriense hasta época púnica (1951), así como la mayor parte del material recuperado en la cueva (Belén y Pérez 2000: 532). Con posterioridad han tenido lugar varias campañas más de excavaciones que tampoco han visto la luz (*Idem.* 532 s.).

Del nivel más superficial —nivel A—, compuesto por una mezcla de arena y excrementos de murciélago, de sólo 4 centímetros de espesor en la parte central de la cueva, pero que alcanza los 24 centímetros junto a las paredes (Waechter 1951: 85); procede la totalidad del material protohistórico, entre el que se cita la presencia de gran cantidad de cerámica, escarabeos, vidrio, huesos y conchas marinas (*Idem.*), correspondientes a un periodo cronológico que oscila entre el s. VII a.C. para las piezas más antiguas y el s. III-II a.C. para las más modernas (Belén y Pérez 2000: 532; Belén 2000: 59), aunque aparecen mezclados en el mismo estrato (Culican 1972: 126), sin que sea posible separar el material por niveles, ni reconocer su contexto original (Belén y Pérez 2000: 532), circunstancia que se ha esgrimido en la interpretación dada al depósito, que posiblemente se trate de un *bothros* o fosa ritual de uso continuado (Ferrer 1995: 557).

El interés de los excavadores se centró en el periodo prehistórico de la cueva, por lo que el material protohistórico, salvo el caso de los escarabeos, primero estudiados por Culican (1972) y más recientemente por M. D. López de la Orden (1990 y 1995), y algunos breves apuntes sobre otros materiales —cerámica, terracotas, vidrio y metal (Culican 1972)—; el material del lugar ha permanecido inédito hasta que a partir de 1992, en el marco de un Proyecto de Investigación más amplio sobre santuarios marinos prerromanos del Estrecho, se ha procedido al estudio de este material, del que recientemente se ha publicado un avance (Belén y Pérez 2000). Se han estudiado casi novecientos fragmentos, procedentes de las distintas campañas de excavación realizadas a lo largo del s. XX en la cueva. Aunque la mayor parte del material se inscribe en momentos púnicos, el uso del santuario, por la presencia de algunos materiales más antiguos, podría haber comenzado en el s. VII a.C. (*Idem.* 532).

El repertorio es, en general, de producción occidental, aunque se encuentran algunas importaciones áticas (*Idem.* fig. 3, 1-6). Predominan las formas abiertas, cuencos en forma de casquete esférico (*Idem.* fig. 4), con engobes de la misma pasta o decorados con bandas de tonalidades rojas (*Idem.* fig. 4, 8-11), cuencos de borde reentrante (*Idem.* fig. 3, 12; fig. 4, 5), utilizados como lucernas, platos de pescado pintados (*Idem.* fig. 5, 5, 7, 9 y 10), cazuelas carenadas a la altura del hombro (*Idem.* fig. 5, 3), lebrillos (*Idem.* fig. 7, 5), fuentes-mortero (*Idem.* fig. 7, 6-8) y algunas formas cerradas (*Idem.* fig. 6), mucho más escasas —ollas, urnas, jarritas, ampollas, ungüentarios (*Idem.* fig. 7, 1-3)—, destacando la poca presencia de material anfórico (*Idem.* fig. 6, 13 y 14). En este contexto tipológico no es extraña la existencia de cerámica "tipo Kuass" (*Idem.* 532 s.), presente en sus Formas II —platos de pescado (*Idem.* 533; fig. 5, 8, 11 y 12)—, IX-A —cuencos simples sin decoración (*Idem.* fig. 3, 10)—, IX-B —cuencos decorados (*Idem.* fig. 3, 7)— y X —boles de mayor tamaño, con o sin decoración (*Idem.* fig. 3, 9 y 11)— y algunos fondos con las típicas estampillas a base de cuatro palmetas enfrentadas (*Idem.* fig. 3, 8).

Todos estos materiales testimonian las ofrendas y otros actos cultuales realizados en el santuario, junto a los escarabeos, amuletos, fíbulas, collares, anillos y otros objetos de carácter personal, parecidos a los que se depositan en otros lugares de carácter sacro (Blanco y Corzo 1983), algunos elementos como las ampollas, los anforiscos de vidrio y los ungüentarios, contenedores de esencias y perfumes, se debieron utilizar en el transcurso de rituales concretos. Otras piezas se han puesto en relación con la práctica de libaciones y comidas rituales (Belén y Pérez 2000: 534), que como demuestran los restos de hogueras, huesos y conchas, pudieron realizarse en la galería exterior, mientras que la interior se destinaría al depósito de los exvotos. La presencia de lucernas (*Idem.* fig. 6, 4) y cuencos con restos de combustión indican la existencia, asimismo, de ofrendas luminosas (Ferrer 1998: 51).

Respecto a la divinidad que se veneró en el lugar no hay unanimidad. En principio podemos pensar que hubo de estar relacionada con la protección a los navegantes (Pérez 1994:138 s.), por lo que en algún momento se propuso que se tratase de algún *Genius Loci* (Culican 1972), que incluso se ha identificado con Bes (López de la Orden 1995: 121), dios egipcio de carácter apotropáico, incorporado en un momento temprano al panteón fenicio-púnico; aunque la hipótesis más probable es que se trate de Tanit (Aubet 1986: 616), diosa protectora de la navegación, cuyo culto, extendido en época púnica (Ferrer 1998: 53), se practica frecuentemente en cuevas en Ibiza, Villaricos y Cádiz (Belén y Pérez 2000: 534).

6.3.3. La costa onubense

Si hacia el este la cerámica "tipo Kuass" es aún muy abundante hasta el peñón de Gibraltar, límite —más teórico que real, dadas sus connotaciones geográficas y simbólicas— del que hemos considerado primer círculo de distribución de la vajilla, hacia el oeste, ésta llega hasta el Cabo de San Vicente[226].

Llama la atención el escaso interés que se le ha prestado al periodo turdetano en Huelva. Este vacío de investigación se explica, en cierto modo, por la riqueza del periodo tartésico anterior, aunque esta situación parece que se está subsanando actualmente o, al menos, se es consciente de esta carencia y de la necesidad de ponerle remedio (Rufete 1996: 294; Campos, Guerrero y Pérez Macías 1999: 459). Con este objetivo a partir de 1990 se puso en marcha un Proyecto de Investigación[227] formado por un equipo multidisciplinar de la Universidad de Huelva, que en esta última década ha realizado un importante trabajo de prospección, no sólo sobre el terreno (Campos *et al.* 1993: 785), sino también bibliográfico (Campos, Guerrero y Pérez Macías 1999: 459 s.), con el fin de conocer mejor este periodo histórico en la zona de la Tierra Llana de Huelva, que comprende la zona litoral y prelitoral entre la desembocadura de los ríos Guadalquivir y Guadiana, es decir la zona en la que *a priori*, por su condición costera, pensamos, de acuerdo a nuestras hipótesis, que debe llegar la cerámica "tipo Kuass".

Como resultado de estas investigaciones se advierte que la estructura del poblamiento se perpetúa desde el Bronce Final y durante el periodo orientalizante se consolidan los tres núcleos poblacionales que podemos considerar hegemónicos: Huelva, Niebla y Aznalcóllar-Tejada la Vieja, dotados de una estructura plenamente urbana, territorios jerarquizados y control de los recursos y del comercio con los fenicios (*Idem.* 462 s.).

La situación parece sufrir un cambio hacia finales del s. VI a.C. que tradicionalmente se ha relacionado con los acontecimientos políticos de Oriente, pero cuyas causas estructurales hay que buscarlas en la propia dinámica interna del mundo tartésico (Fernández Jurado 1987; Fernández Jurado, Rufete y García Sanz 1997). Sin embargo, tras este breve receso, hacia mediados del s. V a.C. la situación parece recuperarse. Se mantiene la estructura poblacional anterior (Campos, Guerrero y Pérez Macías 1999: 463) pero las bases económicas se fundamentan ahora, no en la explotación minero-metalúrgica como antaño, sino en la agrícola, ganadera y pesquera (Fernández Jurado 1987: 325), productos que van a permitir que Huelva quede de nuevo incluida en los circuitos comerciales mediterráneos, como se refleja en las numerosas importaciones griegas que llegan (Cabrera 1997: 377), aunque ahora bajo la influencia directa de *Gadir* (Fernández Jurado 1987: 319). En el s. IV a.C. asistimos a una mayor ocupación del territorio, provocada por la intensificación en la explotación de los recursos naturales. Desde esta óptica hay que explicar la aparición en estos momentos de numerosos asentamientos, tanto en las zonas de campiña, como en la banda costera, que dependerán en gran medida de los grandes centros (Campos, Guerrero y Pérez Macías 1999: 464). Esta tendencia a la concentración se acusa aún más en el s. III a.C., en el que

[226] Tenemos que aclarar que dividimos el litoral meridional atlántico en costa onubense y costa portuguesa por un criterio de operatividad, sin que con ello estemos haciendo una distinción real entre las dos zonas.

[227] Proyecto que bajo la denominación de *Dinámica de asentamientos y evolución de sistemas naturales. La secuencia holocena del litoral y prelitoral entre el Guadiana y el Guadalquivir*, dirige Juan M. Campos Carrasco (Campos *et al.* 1993).

parece producirse una nueva reordenación del territorio, desapareciendo los asentamientos de menor tamaño (*Idem.*). Sin embargo, una vez vista la cerámica de estos yacimientos, nuestra opinión es que esto no ocurre hasta la centuria siguiente, ya que la cultura material de muchos de ellos, por ejemplo La Tiñosa (*vid. infra*), nos obliga a retrasar su final hasta finales de siglo o incluso la primera mitad del s. II a.C. El presunto vacío de poblamiento entre fines del s. IV y el s. II a.C., momento en que se empiezan a documentar pequeños asentamientos fortificados protegiendo los caminos hacia las minas (*Idem.*), no sería tal, sino un espejismo de la investigación, provocado por la tendencia general a rebajar las cronologías.

Casco urbano de la ciudad de Huelva

Huelva, que había desempeñado el papel de centro metalúrgico y núcleo comercial de primer orden en época tartésica (Ruiz Mata 1989), pierde éste en el periodo posterior.

La ría y los cabezos son los dos elementos que definen la geografía de la ciudad (Rufete y García Sanz 1995: 7). En el primer milenio, la desembocadura de los actuales ríos Tinto y Odiel formaba una amplia bahía que se fue poco a poco cerrando por la formación de una barra litoral (Fernández Jurado 1988-89: 34 ss.). Por su parte, los cabezos son formaciones sedimentarias marinas de época Terciaria y naturaleza arenosa-limosa, a las que durante el cuaternario se les superpone una capa más compacta cuarcítica (Rufete y García Sanz 1995: 8). Estos cabezos, ninguno de los cuales supera los sesenta metros de altitud, han sufrido grandes transformaciones a lo largo del tiempo, por causas tanto naturales como antrópicas.

En la Ría de Huelva, la secuencia ocupacional se inicia desde un momento temprano del Neolítico, revitalizándose en el momento clásico del Bronce Final, cuando comienza una nueva fase económica asociada al aprovechamiento de recursos cuyo origen, en principio, es ajeno a la misma. La metalurgia y su posterior comercialización determinarán, a partir de estos momentos, el auge de la ciudad y su área (Campos *et al.* 1993: 788). La ciudad de Huelva se nos presenta como un conjunto urbano no ordenado, adecuado a la difícil topografía y sin amurallar (Fernández Jurado 1987: 316). El hábitat protohistórico se situó en las vaguadas existentes entre los cabezos de cornisa: San Pedro, Cementerio Viejo (hoy desaparecido), Molino de Viento (actualmente muy modificado) y Esperanza (*Idem.* 1988-89: 43).

En un principio la investigación arqueológica estuvo centrada en la excavación de la necrópolis de La Joya y en el intento de localizar el hábitat correspondiente a la misma en el cabezo de la Esperanza. Tras los resultados negativos, los esfuerzos se trasladaron al vecino cabezo de San Pedro, que fue objeto de varias campañas de excavaciones en la década de los setenta[228]. A partir de 1980 los trabajos se han centrado, en el marco de un amplio programa de excavaciones sistemáticas (Fernández Jurado, Rufete y García Sanz 1993), en la parte baja de la ciudad[229]. Tantas décadas de trabajos arqueológicos han generado una cantidad importante de información sobre este periodo que recientemente ha sido reunida y sistematizada en una Tesis Doctoral (Rufete 1996). Del análisis de estos momentos se desprende que "el paso de la etapa tartésica a la turdetana se produce sin traumas, lenta y progresivamente" aunque se percibe "un claro matiz degenerativo en ese continuismo" (*Idem.* 296), que se explica por la pérdida de la favorable situación económica anterior, propiciada por la producción de la plata (*Idem.* 297). En primer lugar asistimos a una reducción del perímetro urbano, zonas que podemos considerar marginales, se abandonan en el s. V a.C. En otras, este fenómeno queda reflejado en la secuencia estratigráfica, pues bajo los estratos romanos hallamos directamente niveles tartésicos. La zona del centro de la ciudad, sin embargo, continúa habitándose (*Idem.* 296 s.). A comienzos del s. IV se observa un cambio: irrumpen nuevas formas de la vajilla[230] coincidiendo con un periodo de desarrollo económico, aumenta la actividad constructiva y se ocupan nuevas áreas para, en la centuria siguiente, asistir de nuevo a un receso. El espacio habitado se limita a una pequeña zona próxima al Cabezo de San Pedro (*Idem.* 305), fundamentalmente en las zonas bajas, lo que se ha puesto en relación con usos portuarios y quizás de mercado (Campos, Guerrero y Pérez Macías 1999: 461).

De los cortes estratigráficos que nos ofrecen información de este periodo, tres son los que nos interesan, ya que son los que, en principio, han proporcionado materiales gaditanos de "tipo Kuass". Los dos primeros corresponden a dos de los cortes que en los años setenta se practicaron en el cabezo de San Pedro: los niveles superficiales del corte M —nivel II— (Belén, Fernández-Miranda y Garrido 1977) y del corte de la calle Onésimo Redondo (Del Amo y Belén 1981), ambos en la ladera oriental del mismo; y el nivel V de la excavación de Puerto 12 (Rufete 1996: 159 ss.). Se trata del periodo que P. Rufete considera, en su Tesis Doctoral "Turdetano IV" y fecha en el s. III a.C. (1996: 275). Estratigráficamente son niveles poco densos, muy erosionados y sin evidencias de niveles constructivos. Las formas cerámicas se caracterizan por la continuidad con las formas anteriores —cuencos hemiesféricos, platos de pescado, urnas de baquetón—, tan sólo se advierten diferencias en la aparición de algunos envases anfóricos —T-8.2.1.1. y T-8.1.1.2. de Ramón (1995)— propios de estas cronologías, en la desaparición de las importaciones griegas y su sustitución por las formas barnizadas gaditanas de "tipo Kuass" (Rufete 1996: 277 s.).

El ***Corte M*** se efectuó en la zona más baja de la ladera oriental del ***Cabezo de San Pedro***, junto a la calle Onésimo Redondo, y puso al descubierto trece niveles arqueológicos que se traducen en el establecimiento de seis etapas culturales. Los autores identifican el Nivel II, del que proceden las cerámicas "tipo Kuass", con el inicio de la romanización y lo sitúan entre los siglos II y I a.C., sin embargo, posteriores revisiones disienten de esa cronología, pues parece que los niveles excavados son el resultado de arrastres de zonas más elevadas (Fernández Jurado 1988-89: 77) y que la cronología se ha ampliado para explicar una secuencia ideal en la ocupación protohistórica que, sin embargo, no se corresponde con la realidad (*Idem.* 78). P. Rufete fecha el material entre finales del s. IV y el s. III a.C. (1996: 48), cronología que a nuestro entender, se puede adelantar a un momento avanzado del s. III, posiblemente a la segunda mitad del mismo, a tenor de la tipología cerámica.

Otros materiales proceden de un sondeo —***Sondeo Z***— realizado en la zona este de la cuadrícula, que no aportó, sin embargo, ninguna información desde el punto de vista cronoestratigráfico (Belén, Fernández-Miranda y Garrido 1977: 49 ss.). De esta proce-

---

[228] Una síntesis crítica de los diferentes trabajos en Fernández Jurado 1988-89. Para el análisis concreto de los materiales y estructuras asociados a los últimos niveles, *vid.* Rufete 1996.

[229] Labor que desde 1982 realiza la Sección de Arqueología dependiente de la Diputación Provincial de Huelva.

[230] Se trata del repertorio típico turdetano que ya definió Diego Ruiz Mata en 1985 (1987) y que encontramos en todos los yacimientos de la zona de influencia de Cádiz: Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez 1995: 73 ss.; fig. 26 y 27), Las Cumbres (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000), Cerro Naranja (González 1985), La Algaida (Ferrer 1995: 157 ss.; fig. 56-69), etc.

dencia conocemos la existencia de un fondo decorado con una roseta central, compuesta por cinco pétalos, separados por estambres y con punto central (Ventura 1990: 1210; fig. 131, c), que pertenece, por el tipo característico de pie y el inicio de un asa, a un bolsal de perfil evolucionado.

Junto a ánforas de procedencia local: Pellicer D o iberoturdetanas (Rufete 1996: lám. VIII, 1) y de tipo "Tiñosa" o T-8.1.1.2. (*Idem.* lám. VIII, 3), se documentan otras formas algo más tardías como las Muñoz E-2 (*Idem.* lám. VIII, 2), algunas importaciones grecoitálicas (*Idem.* lám. VIII, 6) y cerámica común como morteros (*Idem.* lám. VIII, 5). De este mismo Nivel II, procede la cerámica "tipo Kuass" recuperada del corte. Además de la que P. Rufete identifica como tales en su Tesis —un fondo de plato de pescado de la Forma II (*Idem.* lám. VIII, 7), una base de cuenco simple del Tipo IX-A (*Idem.* lám. VIII, 11) y dos bases de copas de la Forma VIII (*Idem.* lám. VIII, 10 y 12), una de ellas estampillada con una roseta (*Idem.* lám. VIII, 10)—, hemos podido reconocer entre el material publicado en la memoria original algunos fragmentos más, correspondientes a platos de pescado de la Forma II (Belén, Fernández-Miranda y Garrido 1977: fig. 6, 10 y fig. 14, 12) y tres bordes de cuencos del Tipo IX-A (*Idem.* fig. 6, 1; fig. 17, 6 y fig. 24, 7). La presencia de copas de la Forma VIII, también queda confirmada por la existencia de dos bordes (*Idem.* fig. 15, 9 y fig. 24, 6) y algunos fondos más (*Idem.* fig. 14, 1 y fig. 17, 5). Además hemos podido comprobar la presencia de otras formas: bolsales —Forma VII (*Idem.* fig. 14, 3 y fig. 13, 10) cuencos del Tipo IX-C (*Idem.* fig. 14, 11) y lucernas abiertas de la Forma XVI (*Idem.* fig. 13, 9).

También en la ladera oriental del ***Cabezo de San Pedro***, aprovechando el derribo de casas antiguas en la calle ***Onésimo Redondo*** se procedió en 1972 a realizar el estudio de los niveles arqueológicos que las máquinas habían dejado al descubierto en la ladera (Del Amo y Belén 1981: 60). Se definieron siete niveles fechados entre los siglos VII y II a.C. Como ocurría con el corte anterior, parece que nos encontramos ante una zona de vertedero o escombrera (*Idem.* 142), por lo que otros autores amplían esta consideración a la totalidad de la ladera oriental del Cabezo de San Pedro y advierten sobre el peligro de utilizar los resultados, arbitrarios y desordenados, de estas estratigrafías, producto de los arrastres de dicha ladera (Fernández Jurado 1988-89: 79). Las cerámicas "tipo Kuass" se hallaron en los dos niveles superiores: el VI y el VII. Del Nivel VI, procede un fondo estampillado con cuatro palmetas enfrentadas, muy esquemáticas (Del Amo y Belén 1981: 102, fig. 19, 13; Rufete 1996: 58, lám. XXX, 13) que posiblemente corresponda a una copa de la Forma VIII, sin descartar que se tratara de un bolsal (Forma VII), pues ambas formas las tenemos documentadas en el casco urbano de Huelva. Del último nivel, el VII, dividido a su vez en tres estratos —VIIa, VIIb y VIIc— (Del Amo y Belén 1981: 104), proceden otros fragmentos de estas cerámicas que pertenecen a un borde de plato de pescado de la Forma II (*Idem.* 110, fig. 23, 8), un borde de copa de la Forma VIII (*Idem.* 112, fig. 23, 1) y varias lucernas abiertas de la Forma XVI (*Idem.* 107 y 112, fig. 23, 8; fig. 25, 15, 16a y 36; fig. 21, 1). Además, se cita la presencia de un borde de cuenco del Tipo IX-A[231] (*Idem.* 116), algún fondo más y varios platos de pescado de idénticas características técnicas que los ya descritos, que no se reproducen en la Memoria (*Idem.*). Los niveles VI y VIIa se han datado entre el s. III y comienzos del II a.C. (Rufete 1996: 61), ya que en el nivel V aparece cerámica ática de barniz negro y en el nivel VII aparecen ya ejemplares de campaniense A. Esta cronología pensamos que debe extenderse a la totalidad de los estratos del nivel VII, pues los elementos clasificados como campanienses, en concreto un fragmento de borde de copa exvasada —Forma VIII—, que se identifica como tal[232], en realidad corresponderían a una típica copa del taller gaditano, que si recordamos, se trata de una forma en la que normalmente el barniz presenta estas tonalidades castañas o incluso grises, que provocan que frecuentemente se confundan con producciones campanienses de mala calidad o imitaciones locales de éstas.

De la ***ladera occidental del Cabezo de San Pedro*** (Fernández Jurado 1988-89: 74 ss.), sin que sepamos exactamente de qué campaña o nivel, procede un cuenco del Tipo IX-A que Ventura recoge en el apéndice que dedica en su Tesis Doctoral a las cerámicas "tipo Kuass" (1990: 1165; fig. 109, b).

Documentamos también cerámica "tipo Kuass" en el Nivel V de la excavación inédita que se realizó entre finales de 1989 y principios de 1990 en ***Puerto 12***, y que P. Rufete recoge en su Tesis (1996: 206 ss.). Junto a ánforas iberopúnicas (*Idem.* lám. CXXXVI, 3, 5 y 6), MPA4 evolucionadas (*Idem.* lám. CXXXVI, 2), "Tiñosa" (*Idem.* lám. CXXXVI, 2 y 4) y "Carmona" (*Idem.* lám. CXXXVI, 7 y 8) y otras cerámicas del momento —platos de pescado, cuencos hemisféricos (*Idem.* lám. CXXXIX) y lebrillos (*Idem.* lám. CXXXVI, 9-13), se incluye una base, muy fragmentada, (*Idem.* 208; lám. CXXXIX, 2), que por su perfil moldurado podría corresponder a un bolsal —Forma VII—.

Y por último, y aunque no se reproducen gráficamente, en un libro de reciente aparición se cita la presencia de cerámicas "tipo Kuass" en las excavaciones urbanas de ***La Piterilla*** y calles ***Tres de Agosto*** y ***de La Fuente*** (Gómez y Campos 2001: 66).

Llama la atención la variedad formal de las cerámicas "tipo Kuass" aparecidas en Huelva, repertorio que no se limita a las formas más comunes de platos de pescado y cuencos simples, sino que abarca prácticamente todo el elenco de la vajilla. Esta apreciación cobra más valor si tenemos en cuenta que los cortes estratigráficos con niveles de estos momentos son muy escasos y poco definidos (Rufete 1996: 275), por lo que en un futuro el número de ejemplares podría incrementarse notablemente.

A pesar de que los investigadores que trabajan en Huelva piensan que estos momentos son de recesión (*Idem.* 305), los datos que nos aportan las cerámicas "tipo Kuass" desmienten dicha impresión. El repertorio representado, muy rico y variado, propio del periodo de auge de la producción de pleno s. III a.C., es típico de zonas dinámicas, con relaciones fluidas y constantes con la bahía de Cádiz, o con la suficiente entidad para emprender producciones propias a semejanza de las gaditanas.

La cerámica "tipo Kuass" hallada en la antigua *Onoba* nos recuerda a la que encontramos en la también ciudad de *Carteia*, por lo que desde nuestra modesta aportación reivindicamos el papel que esta ciudad debió des-

---

[231] Una pieza completa de este Tipo es recogida en el apéndice que Juan José Ventura añade sobre las cerámicas "tipo Kuass" en su Tesis, aunque no especifica de qué nivel procede (Ventura 1990: 1165; fig. 109, c).

[232] La pieza en cuestión se describe como "fragmento de cuenco semiesférico, con borde simple, exvasado; pasta ocre, con mica y cuarzita de desgrasantes. Sobre las dos caras, restos de barniz negro de calidad muy deficiente. Parece tratarse de una burda imitación de la Forma L-28 de Campaniense A" (Del Amo y Belén 1978: 110).

empeñar en los momentos previos a la Segunda Guerra Púnica. Después de ésta, la situación debió cambiar y las relaciones con *Gadir* dejaron de ser tan fluidas como en el periodo anterior, pues ya no se documentan las formas típicas de este último periodo, quizás sustituidas ya por la moda campaniense.

Niebla (Huelva)

La ciudad de Niebla se encuentra situada entre la ribera baja del Tinto, la campiña oriental y los arenales del Condado, lo que le permite participar de los recursos de los tres medios. Existen evidencias de ocupación continuada en la zona desde finales del Neolítico, aunque es a partir del Bronce Final cuando el núcleo urbano de Niebla se convierte en un nudo primordial de comunicaciones —paso hacia la sierra y hacia Sevilla— (Campos *et al.* 1993: 788), cuyo auge debe ponerse en relación con el control de la ruta de salida del mineral desde la sierra hasta el puerto de Huelva (Ruiz Mata 1989: 242; Belén y Escacena 1993: 142).

La ciudad, que se levanta sobre un cerro geológico sobre el que se superponen más de siete metros de depósitos artificiales, a orillas del Tinto (Belén y Escacena 1990: 172), ha sido objeto del interés de la investigación arqueológica desde muy temprano, con la creación en su seno de la llamada "Escuela Anglo-Hispano-Americana de Arqueología", que patrocinó a comienzos del s. XX las primeras excavaciones practicadas en el sitio (Droop 1925; Davies 1934).

Con posterioridad, entre los años 1978 y 1982, tuvieron lugar varias campañas de excavación junto a la ***Puerta de Sevilla*** en la muralla árabe, de las que sólo se han publicado los resultados de la Cata 8 (Belén y Escacena 1990). Más recientemente, a partir de 1994, las actuaciones se enmarcan dentro de un Proyecto integral de Arqueología Urbana auspiciado por la Junta de Andalucía (Campos, Rodrigo y Gómez Toscano 1996). De los resultados de estas investigaciones se desprende que el inicio del poblamiento se puede remontar al Bronce Final prefenicio (Campos y Gómez Toscano 1995: 145), anterior al Orientalizante —s. VII a.C.— que se proponía a partir de las excavaciones de la Puerta de Sevilla (Belén y Escacena 1993: 142) y que el hábitat turdetano, posiblemente amurallado, estaría reducido al perímetro de la cota de 40 metros, en la zona más alta del actual casco urbano (Campos, Guerrero y Pérez Macías 1999: 461).

Algunos de los fragmentos cerámicos incluidos en la publicación de la Cata 8 (Belén y Escacena 1990 y 1993), nos parecían, por los dibujos, descripciones y contextos cronológicos, que podían pertenecer a la producción gaditana de cerámicas barnizadas. En principio los materiales que nos interesan proceden de los niveles V y VI, interpretado el primero como un paquete de relleno y nivelación (*Idem.* 1993: 148) por la construcción de un nuevo edificio —en concreto el muro nº 5 (*Idem.* 1990: 210 s.)—, y el segundo como los niveles de abandono de la habitación anterior —la delimitada por los muros 18, 21 y 25 (*Idem.* 211)—. Las propias características de la cata (*Idem.* 1990: 187), con numerosos niveles y estructuras que se suceden desde momentos protohistóricos hasta época medieval, unidas a las superposiciones de estructuras, reutilizadas en muchos casos, estratos de nivelaciones, etc., dificultan enormemente la interpretación de la secuencia estratigráfica y su correlación crono-cultural (Belén 1995: 359). A nuestro entender, los estratos V y VI, que los autores fechan en el s. II a.C. (Belén y Escacena 1990: 230 s. y 1993: 148) y entre la segunda mitad del IV y comienzos del II a.C. (*Idem.* 1990: 230) o durante la segunda mitad del s. III (*Idem.* 1993: 150) respectivamente, no se corresponden, si atendemos al material cerámico documentado, con las dataciones propuestas. En el nivel V, lo que estamos viendo es un conjunto muy heterogéneo de materiales de diferente cronología, entre el que se citan materiales tan dispares como cerámica a mano del Bronce Final, cerámicas grises y cerámica a torno pintada turdetana (*Idem.* 1993: 148). La fecha propuesta de mediados del s. II vendría dada por dos muestras radiocarbónicas de restos orgánicos procedentes de los adobes del derrumbe de los muros 18 y 21, que sellarían el nivel (*Idem.*). Sin embargo, a nuestro entender, el material publicado más moderno de esta fase, se corresponde a una facies muy clara de mediados del s. III a.C. por la presencia de urnas pintadas con baquetón (*Idem.* 1990: 218, lám. VIII, 15), pequeñas urnitas globulares recubiertas de engobe rojo-vinoso (*Idem.* 217 s., lám. VIII, 8), ánforas iberopúnicas o turdetanas (*Idem.* 218, lám. IX, 16 y 17) y del tipo "Tiñosa" (*Idem.* 218, lám. IX13 y 14, 8), entre otros materiales; por lo que todo intento de llevar la cronología a mediados de la siguiente centuria, nos parece forzar las interpretaciones, al menos en lo que respecta al material cerámico. En este mismo nivel, algunas de las piezas recuperadas, sobre todo ciertos ejemplares de platos de pescado —Forma II— (*Idem.* 217, lám. VIII, 3), por morfología y características de pastas y barnices, podrían corresponder a cerámicas gaditanas de "tipo Kuass". El nivel siguiente se fecharía tanto por la presencia de un fragmento de una cílica ática de figuras rojas (*Idem.* 222, lám. XIV, 12) como por el resto del repertorio vascular (*Idem.* 1993, fig. 3), entre la segunda mitad del s. IV y comienzos del s. III a.C., pero nunca en la segunda mitad del s. III a.C. (*Idem.* 150).

Si la excavación realizada en las inmediaciones de la Puerta de Sevilla apenas nos proporciona datos fiables para la constatación de la existencia de cerámica "tipo Kuass" en Niebla —posiblemente porque los momentos en los que ésta llega masivamente, es decir a partir sobre todo de la segunda mitad del siglo III a.C., no se hallan representados en la secuencia estratigráfica de la Cata 8—; recientes intervenciones inéditas, confirman nuestras hipótesis: que en Niebla como gran centro desde momentos anteriores y aún en época turdetana, y según los datos que la propia ciudad de Huelva nos ha suministrado, se debía documentar la presencia de cerámicas gaditanas.

En los niveles correspondientes al s. III a.C. de la excavación de urgencia practicada en la ***Puerta del Desembarcadero*** en 1996, cercana al lugar donde en los años veinte excavara Droop, se ha podido identificar[233] dos platos de pescado de la Forma II, sin acanaladura, al igual que el procedente de las excavaciones de la Puerta de Sevilla; dos copas del Tipo IX-A, las dos formas más representadas en los contextos de habitación y algunas formas más selectas, caso de un cuenco del Tipo IX-B, con un barniz de gran calidad y un salerito correspondiente a nuestra Variante XI-A-2, cuya presencia sólo teníamos documentada, hasta el momento, en la bahía de Cádiz, concretamente en el yacimiento de Doña Blanca.

Toda la zona costera atlántica, como sucedía en el entorno gaditano, se puebla a partir de estos momentos de pequeños ***enclaves pesqueros***.

— En algunos de ellos, relacionados seguramente con los centros urbanos cercanos de los que dependerían, como la factoría de ***Aljaraque***, en la margen derecha del Odiel, el poblamiento se remonta al s. VII a.C. (Blázquez, Luzón y Ruiz Mata 1969-70: 326).

[233] Agradecemos a Olga Guerrero Chamero, de la Universidad de Huelva, el que nos haya permitido observar personalmente, y en algún caso reproducir gráficamente, este material inédito.

Aunque sus excavadores fechan el final de la factoría hacia el s. II e incluso I a.C. (*Idem.* 326 s.), posteriores revisiones del material remontan la cronología de abandono, ante la ausencia de materiales fechables en los siglos III y II a.C., hasta el s. IV a.C. (Campos, Guerrero, Pérez Macías 1999: 460), opinión que compartimos plenamente. Por lo tanto, la factoría se abandonaría en momentos anteriores a la llegada de cerámicas "tipo Kuass".

— Por el contrario, el enclave situado en el cabezo de ***La Tiñosa*** (Belén y Fernández-Miranda 1978), en el término municipal de Lepe, muy próximo a la desembocadura del río Piedras, presenta un único nivel de ocupación que, a tenor de los materiales, debemos situar en torno al s. IV a.C. (Campos, Guerrero, Pérez Macías 1999: 460). Este último enclave, más reciente, respondería al modelo que ya hemos visto para la bahía de Cádiz: pequeños asentamientos que surgen hacia el s. IV a.C. dentro de la dinámica general de mayor ocupación del territorio en función de la potenciación de la explotación de los recursos naturales, en este caso basados en la pesca y el marisqueo. Según los datos proporcionados por la excavación, se trataría de una de las tantas factorías pesqueras que aprovechaban los recursos marinos del entorno. La existencia de estructuras de habitación en la zona alta podría indicar que las posibles instalaciones industriales —que no se han localizado—, se encontraran al pie del cabezo, en la antigua línea de playa (*Idem.*) y que se abandonaran al colmatarse el antiguo estuario y perder su condición litoral (Belén y Fernández-Miranda 1978: 198).

En el yacimiento, conocido con anterioridad por el hallazgo de materiales en superficie, se llevaron a cabo durante los años 1977 y 1978 dos campañas de excavaciones, en las que se abrieron cuatro catas (*Idem.* 202 ss.). El material recuperado es, como se ha señalado, muy homogéneo. La presencia de un vaso de cerámica ática (*Idem.* 209, fig. 8, 32 y 34) y de dos fragmentos campanienses (*Idem.* 209, fig. 8, 33 y 35), determinarían, en principio, los términos *post* y *ante quem* para la vida del yacimiento, que los autores fechan entre el s. IV y comienzos del II a.C. (*Idem.* 281), con un periodo de apogeo en el s. III a.C., pues aunque para otros investigadores en esos momentos la factoría ya debía haberse abandonado (Ramón 1995: 88 s.; Campos, Guerrero, Pérez Macías 1999: 464 s.), algunas de las formas cerámicas representadas, entre ellas las ánforas "Tiñosa" (Belén y Fernández-Miranda 1978, fig. 10) y "Carmona" (*Idem.* fig. 9, 12 y 13), típicas del repertorio del s. III, junto a algunas formas turdetanas, también documentadas en el yacimiento (*Idem.* fig. 12, 2, 4 y 5) y otras formas, derivadas de las T-8.2.1.1. (*Idem.* fig. 12, 1), pero más tardías —fechadas hacia finales del s. III y comienzos del II a.C. en los hornos de Torre Alta donde se fabrican (Frutos y Muñoz 1996: 143)—, sí indican que la vida del yacimiento se prolongó, al menos, hasta un momento indeterminado del s. III a.C.

Uno de los argumentos utilizados para defender el abandono del yacimiento a finales del s. IV, la ausencia de material de barniz negro de adscripción fiable —a excepción del fragmento ático, en el que se basa dicha datación—, no se puede hoy en día sostener por la identificación de cerámicas gaditanas de "tipo Kuass" entre el material. Esta producción, como venimos defendiendo, sustituye en el sur peninsular a la vajilla ática anterior y cubre la demanda de vajillas barnizadas en la zona, especialmente durante el s. III a.C. Aunque sabemos que el comienzo de la producción es anterior —hacia finales del s. IV—, en momentos tempranos sólo la encontramos en el centro neurálgico gaditano, nunca en asentamientos de las características de La Tiñosa —asentamiento de pequeñas dimensiones, relativamente apartado del centro productor y periférico dentro de la jerarquización del territorio onubense—. La cerámica "tipo Kuass" documentada en La Tiñosa, que se limita a las dos formas más representadas que, por otra parte, son las más funcionales: los platos de pescado de la Forma II (Belén y Fernández-Miranda 1978: fig. 7, 8; fig. 11, 19 y fig. 16, 15 y 16) y los cuencos simples del Tipo IX-A (*Idem.* fig. 7, 10 y fig. 33, 26), responde perfectamente a una facies cultural de segunda mitad del s. III a.C. en yacimientos de similares características.

6.3.4. PORTUGAL

De los resultados de la investigación sobre la expansión fenicia en Occidente en las dos últimas décadas, uno de los más sorprendentes quizás haya sido la constatación de que dicha presencia llegó mucho más lejos de lo que en un primer momento se pensaba[234] (un resumen en Aubet 1994: 251 ss.).

Los recientes descubrimientos arqueológicos en la zona centro y sur de Portugal han puesto de manifiesto la importancia de la fachada atlántica de la Península Ibérica para la política comercial de *Gadir* en el s. VII a.C., cuya esfera de influencia en esos momentos (Aubet 1994: 265; Niveau de Villedary y Vallejo 2000, n. 11) se extiende por toda la costa portuguesa hasta la desembocadura del Mondego (Frankenstein 1997), por el Marruecos atlántico hasta Mogador (López Pardo 1992) y hacia el este llega a la costa levantina (González Prats y García Menárguez 2000) e Ibiza (Costa y Fernández 1997: 395 s.) e incluso penetra hasta el interior del Valle del Ebro (Asensio *et al.* 2000).

La expansión comercial hacia el Atlántico, al margen de la política expansionista de la metrópoli oriental, viene condicionada por el control de la ruta atlántica del estaño (Wagner 1983: 32) que desde estos momentos estará en manos de los comerciantes gaditanos, bien directamente (Millán 1998: 68 ss.) bien mediante intermediarios indígenas, utilizando toda la estructura económica que tenemos bien constatada desde el Bronce Final (Ruiz-Gálvez 1998).

La consecuencia inmediata es que a partir del s. VIII a.C. se empieza a documentar un contacto fluido entre los fenicios de Cádiz y las comunidades indígenas que organizadas alrededor de grandes poblados fortificados,

---

[234] Valga como ejemplo las palabras del Profesor H. Schubart hace veinte años, cuando al repasar los asentamientos e indicios fenicios del sur de la Península Ibérica, afirma que: "Comenzando los estudios por el oeste de la costa meridional de la Península, constatamos en primer lugar que hasta ahora no se conoce la existencia al occidente de Cádiz de ningún asentamiento de carácter puramente fenicio" (1982: 71 s.), aunque añade, como si de una premonición se tratase, la siguiente reflexión: "(...) pero faltan hasta ahora en el Algarve, en la costa meridional de Portugal, donde futuras investigaciones, todavía aumentarán, con mayores probabilidades los paralelos" (*Idem.* 73).

situados estratégicamente en los estuarios de los principales ríos atlánticos, controlaban las vías de comunicación hacia las ricas tierras minerometalúrgicas interiores y el comercio a larga distancia con otras regiones atlánticas europeas[235].

Así la presencia fenicia se documenta de norte a sur en la desembocadura del Mondego, en el asentamiento de Figueira da Foz de Santa Olaia (Sousa 1993; Frankenstein 1997) y Conímbriga (Correia 1993), curso bajo —Santarém (Arruda 1993; Diogo 1993)— y desembocadura del Tajo —Lisboa (Amaro 1993) y Almada (Barros, Cardoso y Sabrosa 1993)—, desembocadura del Sado —Alcácer do Sal, Setúbal y la factoría fenicia de Abul (Mayet y Tavares 1993), y al sur en Silves (Gomes 1993), Castro Marim (Arruda 1997: 113 s.) y la que parece ser la segunda factoría documentada en tierras portuguesas: Tavira (Correia 2001: 60).

A partir del s. VI a.C., la situación parece cambiar. Como consecuencia de la reestructuración económica y política de estos momentos, el área que *Gadir* controla de forma directa se repliega (Niveau de Villedary y Vallejo 2000: 316). Quizás el ejemplo más claro lo tengamos en la isla de Ibiza, ahora bajo la órbita cartaginesa (Costa 1994). Por su parte en el Atlántico sur se abandona la factoría extrema de Mogador. Sin embargo, en la costa portuguesa, el comercio gaditano sigue siendo muy importante, como demuestran los frecuentes hallazgos de ánforas procedentes del "Círculo del Estrecho" (Diogo 1993), que ahora llegan hasta Galicia (Suárez y Fariña 1990; Ramón 1995: 95).

Tradicionalmente se sostenía que el sustrato orientalizante documentado en momentos anteriores deja paso, en la II Edad del Hierro, al celta; pero los trabajos en curso en estos yacimientos están demostrando la existencia de una continuidad cultural entre ambas etapas que se refleja en el registro material y el gran peso que tiene, aún en estos momentos, la influencia mediterránea, mediatizada a través de Cádiz (Arruda 1993: 203 ss.); pudiendo por tanto diferenciarse entre una "II Idade do Ferro orientalizante" y una "II Idade do Ferro continental" (*Idem.* 207), ligada esta última a las poblaciones del interior, influidas por las comunidades meseteñas de origen indoeuropeo (Rodríguez Díaz 1990: 152).

Pese a estas influencias, pensamos que en estos momentos tan sólo la zona más meridional, reducida prácticamente al Algarve, con alguna penetración hacia el Bajo Alentejo, es la que podemos considerar integrada plenamente en esa entidad geocultural que es el "Círculo del Estrecho". Esta unidad viene dada, en primer lugar, por su propia situación geográfica, litoral y aislada del resto del territorio portugués por la sierra, que ha provocado que desde siempre exista la conciencia de pertenecer, en cierto modo, y como una prolongación, al espacio geográfico pero sobre todo, cultural, que es el Mediterráneo (*Idem.* 1998a: 21).

Aunque las fuentes literarias no son demasiado prolijas al respecto, gracias a los cada vez más frecuentes trabajos arqueológicos y a otros datos como los que nos aporta la numismática (Chaves y García Vargas 1991; *Idem.* 1994), contamos con información suficiente para tratar de esbozar un panorama general del Algarve en época púnica. El primer dato a tener en cuenta es la existencia, durante el primer milenio, de una serie de núcleos poblacionales con características urbanas, situados en la costa, en las desembocaduras de ríos navegables (*Idem.* 1998b: 23), situación que les permitía, por una parte, un fluido contacto con el mundo mediterráneo y por otra, la unión, vía fluvial, con los territorios y poblaciones del interior. Se trata de comunidades que viven fundamentalmente de las actividades pesqueras e industriales derivadas de éstas (Millán 1998: 164 s.; Chaves y García Vargas 1991: 145) y del comercio —siempre a través de Cádiz (Arruda 1998b: 28)—, como nos muestran las numerosas importaciones griegas (*Idem.* 1997; Arruda, Barros y Lopes 1998), que evidencian una facies idéntica a la documentada para las comunidades púnicas de la baja Andalucía (Cabrera 1997: 382 ss.).

Conocemos por los escritores clásicos, el Itinerario de Antonino y la información que nos ofrecen las cecas (Chaves y García Vargas 1994), una serie de topónimos: *Lacobriga*, *Portus Hannibalis*, *Ossonoba*, *Balsa*, *Baesuris*, etc., de no siempre fácil identificación con los sitios actuales (Arruda 1998b). Aunque comúnmente se ha reconocido la actual ciudad de Lagos como *Lacobriga*, hoy en día se piensa que ésta hubo de estar situada en el yacimiento de Monte Molião (*Idem.* 23 s.). Tampoco está demostrada la localización de *Portus Hannibalis* en la actual Portimão. La identificación arqueológica de la *Baesuris* del Itinerario de Antonino con la actual villa de Castro Marim, en cambio, sí está probada por la presencia de acuñaciones con la leyenda BAE (*Idem.* 1997: 111 s.). La ciudad de *Balsa* se suele localizar en el puerto de Tavira, en donde recientes trabajos están sacando a la luz la importancia de la ciudad prerromana. La antigua *Ossonoba* se emplaza en la actual ciudad de Faro y *Cilpes* pudo, seguramente, estar situada en el yacimiento de Cerro da Rocha Branca, en Silves. Por último, *Mirtilis* e *Ipses*, conocidas por sus emisiones monetales (Chaves y García Vargas 1994: 380 y 383), se pueden identificar con Mértola y Vila Velha de Alvor respectivamente. Todos estos enclaves se ocuparon en momentos prerromanos, aunque la escasez de trabajos arqueológicos y en algún caso la falta de publicaciones de éstos, no nos permiten, salvo excepciones, como el caso de Castro Marim (Arruda 1997, 1998b: 24 s., 2000 y e.p.), caracterizar la facies púnica de estos yacimientos, aproximarnos a los aspectos urbanísticos y conocer su cultura material.

[235] Un panorama reciente del Bronce Final en Portugal en VV.AA. 1995c. Para la presencia fenicia en territorio portugués sigue siendo fundamental VV.AA. 1993, una síntesis más reciente en VV.AA. 1996b.

A priori y con los escasos datos con los que contamos, debemos suponer que ésta fuera muy similar a la documentada en los yacimientos de la bahía de Cádiz y Bajo Guadalquivir, no sólo en lo que respecta a las ánforas y las importaciones de vajilla fina —cerámica griega y cerámica "tipo Kuass"— (*Idem.* 2000), sino también en cuanto a las formas de cerámica común (*Idem.* e.p.), entre las que encontramos urnas (*Idem.* 1997: fig. 7, 1; fig. 8; Gomes 1993: fig. 14, 3), cuencos hemisféricos (Arruda 1997: fig. 7, 4 y 5), lebrillos (Gomes 1993: fig. 14, 1 y 2), etc.

La cerámica "tipo Kuass", por los indicios que tenemos, hubo de tener un uso frecuente en estos contextos y pensamos que si su presencia no se documenta en todos los yacimientos nombrados, se debe más a un vacío de la investigación que a una situación real. Sólo nos cabe esperar que futuros trabajos y, sobre todo, la publicación de los que están en curso lo llenen.

Castro Marim (*Baesuris*)

El Castillo medieval de Castro Marim se encuentra hoy en día situado sobre una colina circular de 42 metros de altura, sobre la margen derecha del río Guadiana, próximo a su desembocadura, aunque hasta el s. XVI era una península unida a tierra por su parte occidental mediante un estrecho istmo (Arruda 2000: 727). Desde el punto de vista estratégico supone una situación inmejorable (*Idem.* 1998b: 24), ya que permite una buena defensa del sitio a la vez que el control de un amplio territorio.

Aunque la riqueza arqueológica del sitio era conocida desde finales del s. XIX, los trabajos arqueológicos no se inician en Castro Marim hasta 1983, en el marco de un Programa de Investigación más amplio de la Universidad de Lisboa, cuyo objetivo principal es el estudio del papel del Guadiana en la antropización del espacio del Algarve y su evolución (*Idem.* 1997; 111). Hasta 1989 se han realizado seis campañas de excavaciones[236]. Estos primeros trabajos se encaminaron a la obtención de la evolución diacrónica del asentamiento. Los hallazgos superficiales, tanto en el interior como extramuros del recinto amurallado del castillo y en las laderas del cerro, hacían prever una ocupación ininterrumpida desde el Bronce Final hasta época romana, que se ha visto confirmada por las secuencias estratigráficas obtenidas.

Situado en lo que se podría considerar un área periférica de Tartessos, en esta zona se advierte el impacto orientalizante desde mediados del s. VIII a.C. (*Idem.* 2000: 727) y aparece con profusión todo el elenco cerámico propio de estos siglos: cerámicas de engobe rojo, *pithoi*, trípodes, cerámica gris, ánforas R-1, etc. (*Idem.* e.p.). A partir del s. V a. C., se advierten algunos cambios a nivel urbanístico. La ciudad se dota de una espesa muralla, construida a finales del siglo y se edifican nuevas habitaciones de mayores dimensiones que las precedentes. A partir de esta fase se documenta la presencia de un gran número de importaciones áticas (*Idem.* 1997), dentro de una corriente comercial que se extiende a la mayor parte del territorio portugués (*Idem.* 1994).

Las diversas publicaciones que tratan el tema proponen para esta etapa una cronología basada principalmente en el factor presencia-ausencia de determinados *ítems* (*Idem.* 2000: 729). Así el s. V a. C. se ha relacionado con la presencia de cerámica ática de figuras rojas (Cabrera y Perdigones 1996; Cabrera 1997: 374 ss.), la primera mitad del s. IV, en función de unas formas determinadas de barniz negro, como son las copas Cástulo (Sánchez 1992b; Gracia 1994; Shefton 1996) y la segunda mitad del siglo por las formas de la vajilla típica de la última facies de importación ática a Occidente (Cabrera 1997: 378 ss.). Siguiendo este esquema el momento en que las cerámicas áticas son sustituidas por las producciones locales de "tipo Kuass" es fechado en principio por A.M. Arruda a finales del s. IV y comienzos del III a.C. (2000: 728), cronología, a nuestro entender, excesivamente alta que posteriormente la autora amplía a la totalidad del s. III, aunque manteniendo la fecha de inicio (*Idem.* 1997: 139 y e.p.).

Por las formas documentadas (*vid. infra*) y los materiales a ellas asociados, en particular las ánforas[237] (*Idem.* 2000: fig. 2-4), no pensamos que exista motivo alguno para no fechar este momento en pleno siglo III y más concretamente en su segunda mitad. Momento más acorde, según estamos viendo, con la exportación de cerámica desde la bahía de Cádiz o, en su defecto, para la puesta en funcionamiento de los respectivos talleres de cada zona. Ni aun suponiendo que se trate de productos que vienen del norte de Africa (*Idem.* 1997: 139 y 2000: 728), ni en el caso más probable de que sean ejemplares de la bahía de Cádiz[238] (*Idem.* e.p.; Niveau de Villedary 2000a: 192, n. 53), podemos admitir una fecha tan alta para su presencia en el Algarve.

A.M. Arruda considera pertenecientes a esta clase cerámica varios ejemplares, tres de ellos completos, de platos de pescado —Forma II (Arruda 1997: 114 s.; fig. 6 y 2000: 728; fig. 2)— y un número indeterminado de cuencos (*Idem.* e.p.) que ella considera de la forma L-27 (*Idem.* 1997: 114; fig. 7 y 2000: 728; fig. 2), de los que dos de los dibujados pertenecen a nuestros cuencos del Tipo IX-A. En lo que respecta a los platos de pescado, por tipología y características técnicas, estamos de acuerdo con dicha clasificación, sin embargo en el segundo de los casos disentimos de la autora, en primer lugar al considerar a los dos últimos ejemplares que presenta pertenecientes a esta clase cerámica, ya que se trata de formas típicas de la vajilla común púnico-gaditana (Niveau de Villedary e.p. b) y turdetana (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 897; fig. 5, 7-9) y en ningún caso responden a morfologías helenísticas[239], muy definidas, como hemos visto, a lo largo de los siglos (Morel 1981a); y en segundo lugar, en clasificar a los dos primeros cuencos como formas L-27, pues además de no corresponderse morfológicamente con éstas, el uso de dicha nomenclatura induce, inconscientemente, a otros errores tanto de tipo cronológico, pues estas formas son posteriores y en nuestra producción sólo se fabrican en un momento tardío, como culturales, ya que no evolucionan a partir de las formas áticas sino de las protocampanienses del golfo de Rosas y talleres laciales, dentro de una dinámica diferente.

Concluyendo podemos afirmar que, si tal y como parece comprobado (Arruda 1997: 141), se trata de un yacimiento en íntima conexión con la zona gaditana, al que las cerámicas áticas llegarían a través del Guadiana, por vía marítima o continental, pero con

[236] Campañas que en la actualidad se han reanudado, de lo que hemos tenido conocimiento por su excavadora, la Prof. Ana Margarida Arruda de la Universidad de Lisboa.

[237] Sabemos, por las indicaciones de su excavadora (*vid.* nota 88), que estos materiales se hallan en un nivel muy similar a La Tiñosa (Arruda e.p.), cuya cronología, como hemos propuesto (*vid. supra*), debe adelantarse, al menos, hasta finales del s. III a.C.

[238] Queremos agradecer a la Dra. Arruda el que durante la celebración en 1998 de un Coloquio en Madrid, nos invitara a estudiar directamente las piezas de sus excavaciones en Castro Marim, lo que hemos tenido oportunidad de hacer en el transcurso de dos estancias en Lisboa, la primera en diciembre de 1998 y la segunda en octubre de 2000. Reiteramos nuestra gratitud por su hospitalidad y amistad.

[239] Se trata de dos típicas formas de cuencos hemisféricos, con el pie ligeramente indicado y borde simple.

muchas probabilidades desde Cádiz, el gran centro distribuidor al mediodía peninsular (*Idem.* e.p.); no es extraño que una vez que dejan de llegar los productos áticos, si Cádiz era el centro abastecedor de Castro Marim, llevase sus productos en sustitución de los griegos. La significativa presencia de cerámica "tipo Kuass" en este enclave nos lleva a considerar que, en efecto, éste debía ser un centro de primer orden, receptor de los productos gaditanos que redistribuiría hacia el interior, vía fluvial, como parece indicar la presencia de cerámica gaditana en Mértola (*vid. infra*). Por otra parte las formas documentadas, platos de pescado y cuencos simples, nos indica el carácter utilitario de estas importaciones, las más frecuentes en contextos de habitación, de probado uso doméstico. Por tanto, parece que en Castro Marim, la cerámica "tipo Kuass", aunque también aparezcan en proporciones similares otros productos locales —platos de pescado pintados de tipo turdetano y cuencos de casquete hemisférico— hubo de tener un uso cotidiano y habitual.

Faro (*Ossonoba*)

Ya hemos señalado que en la actualidad no se alberga ninguna duda sobre la identificación de la antigua *Ossonoba* con la actual población de Faro, que se sitúa sobre la pequeña colina, hoy rodeada por la muralla medieval, que cerca al barrio del Sé. Durante el primer milenio, esta colina sería, con muchas probabilidades, una isla localizada en un ambiente de marismas, con buenos puertos y fondeaderos, en lo que estamos viendo representa el patrón de asentamiento típico de una ciudad marítima de clara vocación comercial (*Idem.* 1998b: 26). Desgraciadamente es muy poco lo que se conoce sobre la ocupación prerromana de sitio.

Sí sabemos de la aparición, hace tiempo, de un conjunto de cerámicas en el Largo da Sé, hoy depositadas en el Museo Lapidar Infante D. Henrique, entre las que A.M. Arruda reconoce y cita la presencia de dos platos de pescado (*Idem.* 1997: 139) —Forma II— de cerámica "tipo Kuass" "tipologicamente idênticos a outros recolhidos no Castelo de Castro Marim (...) são as chamadas cerâmicas de Kouass" (*Idem.* 1998b: 26). En excavaciones recientes llevadas a cabo en el edificio de la Polícia Judiciária de la ciudad parece que han aparecido cerámicas griegas encuadrables en la primera mitad del s. IV a.C., lo que vendría a probar la inclusión, desde esos momentos, de la ciudad en las rutas comerciales occidentales (*Idem.* 1998b: 26).

Cerro da Rocha Branca (Silves)

El sitio arqueológico, que viene siendo identificado como la antigua *Cilpes*, hoy totalmente destruido (*Idem*), fue objeto de excavaciones arqueológicas en la década de los ochenta (Gomes, Gomes y Beirão 1986; Gomes 1993). Se trata de una pequeña elevación alargada, situada a un kilómetro al oeste de la ciudad de Silves, que antiguamente debía ser una península sobre la margen derecha del río Arade. Las investigaciones han revelado la existencia de un poblado fortificado, cuya ocupación se remonta a los siglos VII o VI a.C. y se prolonga durante toda la Edad del Hierro y época romana.

En el s. IV a.C. se importan cerámicas griegas de figuras rojas y barniz negro (*Idem.* 80), similares a las documentadas en Castro Marim (Arruda 1994: 141). De esta centuria y la siguiente, lo que sus excavadores llaman "Periodo Ibérico", procede la mayor parte del material recuperado, entre el que destaca la presencia de ánforas de tipología sudpeninsular: Tipos B, C, D y E de Pellicer (Gomes 1993: 80; fig. 15), es decir iberopúnicas o turdetanas y T-8.2.1.1., y "cerâmicas de *verniz vermelho* de tipo tardio ou *ibero-tartéssico* (taças e *pratos de peixe*, formas 21 e 23 de Lamboglia" (*Idem.*) que por la descripción podemos considerar que en realidad se trata, como otros investigadores también han reconocido (Arruda e.p.), de ejemplares de cerámica "tipo Kuass". Una vez más, documentamos las mismas formas en los mismos contextos: platos de pescado de la Forma II y cuencos simples del Tipo IX-A.

Mértola

El yacimiento de Mértola, la antigua *Mirtilis* (Chaves y García Vargas 1994: 380) que Estrabón considera ciudad túrdula (Arruda 1994: 148, n. 18), se encuentra sobre un cerro que domina la margen izquierda del Guadiana, a un kilómetro y medio de la actual ciudad y pertenece a la región que se extiende por los Picos de Aroche, frontera natural entre el Algarve y el Alentejo (Pérez Macías y Vieira 1994: 149). Desde 1979 se llevan a cabo trabajos arqueológicos en el Castillo, que centrados en épocas Visigótica y Musulmana, no han proporcionado hasta ahora niveles prerromanos claros (Arruda 1994: 148, n. 18). El material protohistórico procede en su mayor parte de los niveles revueltos de estas excavaciones (Arruda, Barros y Lopes 1998: 124 s.) o de las prospecciones superficiales llevadas a cabo en el marco de un Proyecto de colaboración hispano-portugés (Pérez Macías y Vieira 1994: 149). Hasta el momento sólo se han publicado las cerámicas griegas aparecidas en distintos contextos del entorno de la ciudad (Arruda, Barros y Lopes 1998) y varios conjuntos de materiales de la Segunda Edad del Hierro, procedentes de prospecciones superficiales (Pérez Macías y Vieira 1994: 155, fig. 4) y de los niveles más antiguos de los diferentes cortes y excavaciones que se han practicado en el perímetro de la ciudad (Rego, Guerrero y Gómez 1996: 125; fig. 1, 5). Entre estos materiales, según la información que nos han facilitado miembros del equipo[240], es frecuente la documentación de cerámica "tipo Kuass". En concreto tenemos representadas las formas de cuencos simples del Tipo IX-A (*Idem.* 125, 7-10) y los platos de pescado —Forma II— (*Idem.* 126, 14-15). La llegada de cerámicas "tipo Kuass" a Mértola, al igual que la de cerámicas áticas, debe ponerse en relación con el papel redistribuidor de Castro Marim hacia el interior, a través de la vía fluvial que representa el río Guadiana. Asimismo la presencia de ambas clases cerámicas nos ofrece una idea aproximada de la importancia en época protohistórica del enclave, que posiblemente controlara la zona minera de su entorno (Chaves y García Vargas 1994: 387) y la comercialización del mineral hacia la costa.

***Mirobriga* (Santiago do Cacém)**

Por último, tenemos documentada la presencia de cerámica "tipo Kuass" en el yacimiento de *Miróbriga*, en Santiago do Cacém. En 1979 se dio a conocer un conjunto de materiales de la II Edad del Hierro (Soares y Tavares 1979). El material, procedente de las excavaciones de los años sesenta, se encontraba almacenado en muy malas condiciones en el archivo de la capilla de San Brás, en *Miróbriga*, cuando en 1973, el Grupo de Trabajos de Arqueología del Gabinete del Área de Sines procedió a su estudio.

---

[240] Agradecemos la información a Francisco Gómez Toscano, de la Universidad de Huelva.

El conjunto tiene una especial relevancia porque, por una parte, demuestra la ocupación prerromana del sitio, iniciada posiblemente hacia el s. VI o el V a.C. y, por otra, revela las influencias cruzadas que en estos momentos se observan en la cultura material de muchas comunidades, marcadas culturalmente por un fuerte componente continental —cerámica con decoración plástica y estampillada—, que se enriquece con elementos provenientes del mediodía peninsular —ánforas y cerámica pintada a bandas—. Entre estos últimos materiales se reconoce la presencia de un plato de pescado —Forma II— completo de cerámica gaditana "tipo Kuass" (*Idem.* 173, lám. VI, 57).

6.3.5. La costa africana noroccidental

Los inicios de la investigación arqueológica en el Norte de Africa van ligados a los de la colonización fenicia en Occidente. Desde un primer momento, cuando aún primaba el modelo comercial en la explicación sobre la expansión hacia Occidente, la costa marroquí se incluyó en este análisis, quizás en un intento de las potencias colonialistas europeas de legitimar una situación ya en esos momentos anacrónica (López Pardo 1993: 437).

Hasta la década de los sesenta, el Servicio de Arqueología del Protectorado Español en Marruecos, con base en Tetuán (Tarradell 1954a: 5), llevó a cabo trabajos, de los que se encargaron los diferentes directores que se fueron sucediendo en el cargo, en diversos yacimientos (López Pardo 1993: 437): *Lixus* (Tarradell 1954a: 12 ss.; Ponsich 1981: 4 s.; Aranegui *et al.* 1992: 8 s.), Tamuda (Tarradell 1954a: 18 ss.), Melilla (*Idem.* 9 s.), Mogador (Cintas 1954), Banasa (Girard 1984), Kuass (Ponsich 1967, 1968 y 1969b) y algunos asentamientos de la costa mediterránea —Sidi Abdselam del Behar y Kudia Tebmain (Tarradell 1954a: 10 s.)—, así como prospecciones por diversas zonas (*Idem.* 1966; Luquet 1964 y 1966; Ponsich 1964 y 1966). Gracias a los resultados de todos estos trabajos se comienza a esbozar, de manera incipiente aún, el panorama general de la protohistoria del territorio marroquí, que se plasma en la aparición de varios trabajos de síntesis (Cintas 1954; Tarradell 1954a y 1960; Ponsich 1970; Luquet 1973-75), de desigual incidencia (López Pardo 1990a: 8 s. y 1993: 437).

Esta fructífera labor queda interrumpida con la restitución al Reino de Marruecos de la zona norte del Protectorado Español (Aranegui *et al.* 1992: 7; López Pardo 1993: 439). A partir de entonces las investigaciones, bajo la dirección de investigadores marroquíes, se orientan hacia el estudio de las comunidades locales, dejando a un lado las cuestiones relacionadas con la colonización fenicia, dentro de una política cultural encaminada, con cierta lógica en la situación histórica en la que tiene lugar, a potenciar la historia propia frente a la impuesta por los pueblos colonizadores (*Idem.* 440).

Más recientemente, restituida la política de colaboración de Marruecos con España y Francia, asistimos, por una parte, a la reanudación de las labores de campo (Akerraz *et al.* 1981-82; Aranegui *et al.* 1992), que continúan hasta la actualidad (Aranegui *et al.* 2000 y 2001) y por otra, en el plano interpretativo, a la aparición tanto de estudios globalizadores desde los nuevos modelos explicativos (López Pardo 1987, 1993 y 1996a), como de trabajos que revisan desde el estado actual de conocimientos, los resultados que a nivel de cronologías y caracterización material se recogían en las antiguas publicaciones (Kbiri 2000; López Pardo 1990a y 1990b).

El esquema clásico otorgaba un carácter comercial exclusivo a la colonización, que en un primer momento se articuló sobre un modelo a base de ciudades —entre la que se encontraba en un rango prioritario la fundación arcaica de *Lixus* (*Idem.* 2000)—, factorías —temporales o estacionales— y mercados, categorías a las que posteriormente se añadió la de escala náutica (*Idem.* 1996: 251 s.). Pronto se hizo patente la inoperatividad de este esquema teórico a la hora de su aplicación práctica y en la actualidad, superados estos modelos, se tiende a integrar los datos con los que contamos en modelos explicativos más complejos (*Idem.* 254).

La Arqueología ha confirmado la alta cronología de la fundación de *Lixus* (Aranegui *et al.* 1992: 11 s. y 2001), que las fuentes literarias equiparan a la de *Gadir* (*Estr.* XVII, 3, 2), después de un tiempo en que el carácter arcaico y oriental del origen de la ciudad se negó sistemáticamente y se incluyó en el proceso expansionista del círculo fenicio occidental a cuya cabeza hemos de situar a Cádiz (Frutos 1991: 126; Millán 1998: 77 ss.). Hoy, fuera de toda duda el carácter urbano de *Lixus*, se puede considerar a la ciudad como el gran centro regional de la fachada atlántica africana (López Pardo 1996a: 254).

Hay que esperar hasta mediados del s. VII a.C. para documentar nuevas fundaciones fenicias. En la costa atlántica, pese a haber sido ampliamente prospectada (Ponsich 1964), la información es muy parca y no son demasiados los yacimientos de los que podemos tener certeza de su existencia en estos momentos (López Pardo 1996a: 257 ss.). Nuestro conocimiento se reduce, prácticamente, a la documentación de algunos fondeaderos, necrópolis y de la factoría "extrema" de Essaouira en el islote de Mogador. La costa mediterránea del Estrecho y Rif, abrupta y de difícil acceso desde tierra (Tarradell 1966: 426), ha proporcionado hasta el momento indicios de habitación en momentos tempranos en Sidi Abdselam el Behar (López Pardo 1996a: 267 s.; Tarradell 1960: 92) y tan sólo algunos vestigios que indican la frecuentación de la ruta marítima desde tiempos arcaicos (López Pardo 1996a: 266) y el intercambio de productos con los indígenas (*Idem.* 268). En el Oranesado destacan los establecimiento de Rachgoun, al menos desde el s. VII a.C., que su excavador consideró escala náutica gaditana

(Vuillemot 1955), aunque recientes revisiones lo reinterpretan como una factoría comercial (López Pardo 1996a: 272) y el yacimiento, de difícil clasificación funcional, de Les Andalouses (Vuillemot 1965).

Tras una fase inicial caracterizada por la implantación en el extremo Occidente hasta mediados del s. VIII a.C. de unos escasos pero grandes núcleos de habitación con clara vocación mercantil (López Pardo 1996a: 275), que en Marruecos se reduce a la fundación de *Lixus* y una segunda, que viene marcada por una implantación colonial amplia, seguramente desde Cádiz (Arteaga 1994: 35), en lugares estratégicos para la penetración hacia las comunidades indígenas del interior como son las desembocaduras de los ríos (López Pardo 1996a: 275); se iniciaría a partir del s. VI a.C., una tercera, en la que se constata, al igual que en la Península Ibérica, la fundación de poblados especializados en la pesca y en la elaboración de salazones (*Idem.* 277). Entre los más antiguos, de fines del s. VI a.C., hay que citar a Kuass (Ponsich 1967) en la costa atlántica y a Mersa Madakh en el Oranesado (Vuillemot 1954). Algo más tardíos, pero siguiendo el mismo esquema, son los yacimientos de Kudia Tebmain, Ksar Seguir y Benzú (López Pardo 1996a: 277).

No entraremos en la supuesta colonización púnica de las islas Canarias por pescadores gaditanos o lixitas en el s. III a.C., que desde varios foros se viene defendiendo últimamente en función de una serie de datos literarios y materiales (Jorge 1992-93; Balbín *et al.* 2000), al no aportar información para nuestro estudio.

No es casualidad que la famosa teoría del "Círculo del Estrecho" fuera planteada, precisamente, por un profundo conocedor de la realidad histórica y arqueológica de Marruecos como M. Tarradell (Niveau de Villedary 1998: 21 s.). A pesar del estado preliminar de los estudios, desde un primer momento fue obvia la existencia de una unidad cultural entre ambas orillas, expresada, entre otros elementos, por la similitud de la cultura material (*Idem.* 2001c). Una unidad que con el paso del tiempo, el avance de la investigación y la contrastación sistemática de los datos, se ha ido confirmando. Desde los vasos "à chardon" y demás elementos del ajuar de las tumbas indígenas de Tánger (López Pardo 1990a: 27 ss.), hasta las características técnicas y formales del barniz rojo que encontramos en *Lixus* (Aranegui *et al.* 1992: 11; López Pardo 2000: 825), Mogador (López Pardo 1996b), Kuass (Ponsich 1968: 14) y tantos yacimientos; a las producciones posteriores de los hornos de Kuass (*Idem.* 9 ss.; López Pardo 1990a: 17 ss.) y Banasa (Girard 1984; López Pardo 1990a: 14 ss.) que imitan formas ibéricas y griegas y a la constatación de la fabricación en el alfar de Kuass de ánforas de tipología gaditana (Ponsich 1968: 9 ss.; López Pardo 1990b).

Tampoco son ajenas las importaciones de cerámica griega (Villard 1960; Rouillard 1992), que sigue unas pautas parecidas a las que veíamos en el sur de la Península Ibérica (Morel 1992). Documentamos cerámica griega: ánforas y vajilla de figuras negras, figuras rojas y barniz negro, entre otros sitios, en Mogador, *Lixus*, Banasa y Kuass.

En este contexto, la fabricación y distribución de la cerámica "tipo Kuass" en Marruecos responde al mismo fenómeno que hemos visto en la Península Ibérica: cubrir la demanda de un tipo determinado de productos, las vajillas finas de mesa, antes cubierta por las áticas.

Tenemos documentada la fabricación de esta clase cerámica en los alfares de Kuass. Posiblemente éste fuera el alfar encargado de distribuir los productos a las zonas cercanas, principalmente a *Lixus*, como quizás los hornos de Torre Alta fueran los encargados de surtir de estos productos a las poblaciones de la bahía de Cádiz; pero tampoco podemos descartar que el avance de la investigación nos depare la aparición de nuevos complejos industriales.

En el estado actual de la investigación, la relación de yacimientos en los que tenemos documentada la presencia de cerámica "tipo Kuass" es la que sigue, sin que, como venimos repitiendo para otras zonas, descartemos su aparición en otros lugares.

En ***La vertiente atlántica***, la ***zona de Tánger*** es una región perfectamente delimitada y aislada del resto de Marruecos con sólo dos salidas al mar: la bahía de Tánger y el flanco oeste, aunque sin abrigos naturales para fondear (López Pardo: 1986: 10 ss.). Sin embargo, la implantación humana es relativamente densa y aunque no hay evidencias de que *Tingi* sea una fundación fenicia, a partir del s. VII a.C. (Ponsich 1970 y 1988: 44) e incluso antes (López Pardo 1990a: 24 ss.), se advierten los primeros contactos coloniales. El origen de la ciudad responde ya a otra situación histórica (*Idem.* 1986: 14), posiblemente debamos situarlo, por las evidencias materiales, en época púnica —s. V a.C.— pero por el momento no tenemos constancia de la existencia de cerámicas de "tipo Kuass" en la zona.

Más hacia el sur nos encontramos con la ***región de Zilil***, compuesta por un conjunto de tierras bajas, llanuras y colinas de forma semicircular, cuyo territorio surcan tres ríos que configuran, de manera determinante, el patrón de asentamiento de las comunidades que lo habitan (*Idem.* 39). El valle asimétrico del Uadi Kebir limita el poblamiento y las posibilidades de explotación agrícola en la margen izquierda del mismo. En su curso medio encontramos la población de Dchar Jdid, la antigua *Zilil*. La segunda concentración la hallamos en torno al Uadi

Garifa, valle simétrico que permite el poblamiento en sus dos márgenes, aunque la máxima concentración poblacional se encuentra en la desembocadura. El espacio comprendido entre Kuass, en la desembocadura del Garifa y el yacimiento de Dchar Jdid, se jalona de explotaciones agrícolas que ponen en relación ambos núcleos.

Kouass (Arcila)

El yacimiento de Kuass, sobre cuya situación e investigaciones no insistiremos más, muestra los vestigios más antiguos del poblamiento histórico de la comarca, pues su origen se remonta al menos hasta el s. V a.C. —e incluso puede que sea algo anterior— y desempeñó un importante papel en el camino de penetración hacia el interior y de salida, a través de su puerto, de los productos agrícolas para su comercialización.

Junto a la producción principal de envases anfóricos del conjunto alfarero documentado en el sitio, hallamos una producción menor de vasos destinados a un uso doméstico, que guardan múltiples similitudes formales y decorativas con los materiales peninsulares (Ponsich 1968: 9). Entre ellos, en el Horno III, cuya producción cronológicamente corresponde a un momento final del s. III a.C. (Niveau de Villedary e.p. d), Ponsich identificó por vez primera esta producción. Entre las formas que se pudieron recuperar encontramos las que en nuestra clasificación hemos catalogado como platos de pescado o Forma II (Ponsich 1969a: 63; fig. 3 y 4), platitos de la Forma III (*Idem.* 67; fig. 8, 10), platos de borde cóncavo de la Forma V (*Idem.* 67; fig. 7), bolsales de la Forma VII (*Idem.* 67; fig. 7; fig. 8, 9), distintas copas encuadrables en la Forma VIII (*Idem.* 65 ss.; fig.5-7 y fig. 9, 1), cuencos del Tipo IX-A (*Idem.* 63 ss.; fig. 4, 1) y IX-C (*Idem.* fig. 8, 7), boles de la Forma X (*Idem.* 63 ss.; fig. 4, 2 y 3; fig. 8), vasos de la Forma XII (*Idem.* fig. 10, 1; Aranegui *et al.* 2000: 19) y un buen número de fondos estampillados con diseños formados por una, cuatro o cinco palmetas (Ponsich 1969a: 70; fig. 7, b; fig. 8, b, fig. 8, a) o bien por una única roseta (*Idem.* 71; fig. 9).

Es de destacar tanto el variado repertorio formal documentado en Kuass, prácticamente la mayor parte de las formas, al menos las más frecuentes en este momento, como la similitud formal, estilística y técnica[241] de los ejemplares marroquíes con los peninsulares, lo que con frecuencia se ha esgrimido a la hora de defender el origen norteafricano de la producción y su presencia en territorio ibérico como resultado del fluido comercio peninsular con el Norte de Africa en estos momentos. Como intentamos demostrar, la presencia de cerámica "tipo Kuass" en ambas orillas, hoy en día, no puede explicarse desde estos presupuestos meramente mercantilistas, sino dentro de un esquema más complejo que explique esta unidad cultural y material en el seno de esa entidad que hemos considerado que es el "Círculo del Estrecho" (Niveau de Villedary 1998: 24).

***Zilil* (Dchar Jdid)**

A poca distancia del yacimiento de Kuass y muy relacionado con él, se encuentra el asentamiento de Dchar Jdid, hoy identificado con el *Zilil* de las fuentes clásicas. Ponsich ya intuyó el origen prerromano del sitio (1964: 272) que durante años se identificó con la estación romana de *Ad Mercuri*, hasta que las excavaciones que desde 1977 a 1980 se practicaron en el yacimiento (Akerraz *et al.* 1981-82) han podido identificarlo, sin ningún lugar a dudas por la aparición de varias inscripciones, con *Zilil* (López Pardo 1990a: 21).

Bajo la ciudad púnico-mauritana (Nivel II Mauritano), abandonada en el tercer cuarto del s. I a.C. (Akerraz *et al.* 1981-82: 199 s.), en el sector de la "Ciudadela" se advierte un primer nivel de poblamiento (Nivel I). De este momento se han exhumado dos habitaciones rectangulares y comunicadas que debían formar parte de una misma vivienda. En este nivel, junto a algunas urnas pintadas de tradición ibero-púnica, similares a las documentadas en Kuass y Banasa (*Idem.* 201) y ánforas MPA4 evolucionadas —tipo f de Muñoz (1985) y II-III de Ponsich (López Pardo 1990b)—, aparece lo que los autores describen como "une céramique à vernis rouge brillant. Il s'agit de plats de forme ouverte, à levre retombante et fond plat ou pied en anneau, identique à ceux du four I bis de Kouass" (Akerraz *et al.* 1981-82: 201; lám. XVIII, 80.2614). Descripción y dibujo no dejan lugar a dudas, se trata de un plato de pescado —Forma II— de "tipo Kuass". Respecto a la controversia sobre la cronología de este nivel, que los excavadores fechan a la baja en el s. II a.C., y López Pardo a la alta en el s. IV a.C. (López Pardo 1990a: 23), en un momento algo anterior al horno III de Kuass; nosotros nos decantamos por una solución intermedia y creemos que aunque anterior al horno III, se debe situar en pleno s. III a.C., por la tipología de los materiales, tanto del plato de pescado, que para nosotros no cabe duda que se trata de una producción "tipo Kuass" como por el ánfora, pues esta variante es típica de esta centuria y no de la anterior (Niveau de Villedary 1999b: 133 s.; lám. 1, 1 y 2).

Suiar

Quizás desde este último núcleo llegara la cerámica "tipo Kuass" al asentamiento de Suiar, en el curso alto del Kebir, a catorce kilómetros en línea recta desde Dchar Jdid (López Pardo 1986: 46). Este campamento bajoimperial, construido sobre otro del Alto Imperio, hubo de tener, sin duda, un origen anterior, como demuestra el hallazgo de "céramique variée de la Campanienne à l'estampée rouge" (Ponsich 1964: 274; Jodin y Ponsich 1960: 290; fig. 2; lám. III) sin que podamos precisar más.

Lixus

La región de *Lixus* se halla delimitada al sur por el río Loukos, que forma amplios meandros en su último tramo, que inundan estacionalmente grandes extensiones de tierra, haciéndolas inservibles para la agricultura (López Pardo 1986: 46). La ciudad se asienta sobre una colina solitaria al borde del río, a seis kilómetros de la costa, lo que supone una magnífica situación desde el punto de vista defensivo (Tarradell 1954a: 12). El asentamiento prerromano se caracteriza por su aislamiento del interior y su carácter autárquico, que se debe explicar por su origen colonial y el carácter comercial de sus primeros momentos de vida, que más tarde se diversifica mediante una intensa explotación agrícola, pesquera y salazonera.

La fase prerromana de la ciudad engloba cuatro etapas bien diferenciadas (Aranegui *et al.* 1992: 9), la más reciente, datada hacia finales del s. II y comienzos del I a.C., se caracteriza por la presencia de cerámica campaniense B y de lo que se han denominado

[241] Queremos agradecer desde estas líneas a Mohamed Kbiri Alaoui, que actualmente se encarga de la revisión de los materiales de las antiguas excavaciones de Ponsich, el que nos haya facilitado muestras de pastas y barnices de los ejemplares norteafricanos, que nos han permitido un primer acercamiento visual, al que evidentemente deberán suceder análisis físico-químicos que permitan su correcta caracterización.

"presigillatas" y que quizás debamos interpretar como cerámica tipo "Kuass" de carácter tardío[242]; sobre ésta, una segunda fase, asociada a campaniense A, se data en el s. III a.C. En la tercera etapa, fechada en el s. IV a.C., el material importado es barniz negro ático. Las fases más antiguas están bien atestiguadas en los sondeos que en los años sesenta realizó Tarradell (*Idem.* 11).

A partir del s. III se asiste a un reordenamiento urbanístico, cuyo mayor exponente es la muralla de aparejo ciclópeo que se levanta en estos momentos (Aranegui *et al.* 2000: 14 ss.) y las numerosas habitaciones, viviendas, almacenes y calles, que hoy en día todavía podemos admirar en un excelente estado de conservación (Aranegui 2001).

Los primeros materiales "tipo Kuass" de *Lixus* que conocemos son los que proceden de las excavaciones que desde 1957 llevaron a cabo en el ***Foro de la ciudad romana*** M. Ponsich y M. Tarradell (Ponsich 1981). Los hallazgos se enmarcan en la segunda etapa del yacimiento, calificada de púnico-mauritana (*Idem.* 3), el momento como ya hemos señalado, de gran expansión cultural y económico de *Lixus*. La mayoría de ellos procede de la estructura localizada durante la campaña de 1962-63 bajo la zona oeste del ***Templo F*** (*Idem.* 65 ss.; fig. 14). Se trata de una especie de "cisterna" cuadrada, de nueve metros y medio de lado por tres de profundidad, construida con bloques de gran aparejo recubiertos, al igual que el suelo, de un fino mortero que se divide en tres compartimentos. Esta estructura, que como decimos apareció bajo el área sagrada, ha proporcionado un abundante material que cubre un largo periodo cronológico, desde el s. VII o VI a.C. hasta los reinados de Juba II y Ptolomeo. Entre los hallazgos se destaca la presencia de "numerosos fragmentos de cerámica campaniense con decoración de palmetas de imitación local, probablemente originarios de Kuass" (*Idem.* 74), sin que a tenor de este breve comentario podamos saber qué formas son las que aparecen. Deducimos por la descripción y las láminas publicadas (*Idem.* lám. XXVII), la presencia de, al menos, algunos ejemplares de copas —Forma VIII—. Creemos que esta estructura debe interpretarse como un *bothros*, relacionado con el templo, que indica la perduración del carácter sacro del lugar y la pervivencia del culto y de las ofrendas, tal y como muestran los numerosos ejemplos documentados desde época ugarítica en Oriente y en todo el Mediterráneo central y occidental (Niveau de Villedary 2001b: 132). En contextos similares, los pozos gaditanos, la presencia de esta cerámica, en su condición de vajilla de mesa utilizada posiblemente en rituales funerarios, aquí de tipo sacro o religioso, es, como hemos visto, habitual (*Idem.* e.p. b). En los sondeos practicados bajo el ***templo G*** (Ponsich 1981: 87), en el nivel de ocupación más antiguo, se cita la aparición de abundantes fragmentos de ánforas del s. III, del tipo MPA4, cerámica iberopúnica pintada y campaniense de imitación "tipo Kuass" (*Idem.* 88). Como vemos, una facies idéntica al del resto de yacimientos de la zona.

Recientemente acaba de publicarse la primera de las memorias de las actuaciones hispano-marroquíes que bajo la dirección de C. Aranegui, tienen lugar en el yacimiento desde 1999 (Aranegui 2001). Los trabajos han ido orientados en esta primera fase de las actuaciones a revisar los antiguos cortes practicados por Tarradell y al estudio de los materiales de las antiguas excavaciones en el sitio. Procedentes del ***Sondeo del Algarrobo*** se han reconocido cuencos del Tipo IX-C (*Idem.* fig. 11, 507 y 14, 602) y platos de pescado —Forma II— (*Idem.* fig. 6, 240 y 11, 511), de cocciones oxidantes y engobes de escasa calidad, rojizos con manchas más oscuras (*Idem.* 94). En la campaña de 1999 se decide, con el objetivo de documentar las fases que no quedaban claras en los cortes antiguos, abrir un nuevo sondeo que se denomina ***Sondeo del Olivo.*** En esta nueva intervención se comprueba la disminución del perímetro de la ciudad en momentos púnicos, ya que sobre los niveles más profundos de los siglos VIII-VII, lo que de nuevo se documenta son las tres fases púnico-mauritanas ya conocidas. Del nivel Púnico-Mauritano I fechado en el s. II a.C. proceden algunos fragmentos de cerámica "tipo Kuass", formas evolucionadas —boles de la Forma X, platos de la Forma V, bolsales simples (*Idem.* 142 ss.)— que aparecen junto a campaniense A. La cerámica "tipo Kuass" sigue documentándose, aunque en menor proporción, en el Púnico-Mauritano II. Se trata de formas evolucionadas que se copian de la campaniense A e incluso de la B (*Idem.* 149), en una facies similar a la descrita para los alfares de Pery Junquera en San Fernando (Cádiz) y que residualmente continúan hasta el Púnico-Mauritano III incluso hasta mediados del s. I d.C. (*Idem.* 175).

Más hacia al sur no tenemos constancia de la aparición de cerámica "tipo Kuass", aunque quizás esté presente en yacimientos dinámicos y de peso como ***Banasa***, enclave situado en el curso medio del Sebú, cuyos alfares fabricaron cerámicas pintadas similares a las de Kuass y más tarde imitaciones locales de campanienses (Girard 1984: 93). Otros importantes enclaves del periodo posterior púnico-mauritano, como ***Volubilis***, parece que fueron fundados en momentos anteriores —s. III a.C.—, al menos los datos epigráficos (Jodin 1987: 293 s.) y la documentación de algunas formas cerámicas campanienses —boles L-27—, posiblemente de los talleres de Kuass (Aranegui 2001: 144), apuntan en esta dirección.

La costa mediterránea, desde Tánger hasta la península de Ceuta, es elevada y rocosa, con algunas pequeñas calas que sirven de abrigo a los navegantes (Villaverde y López Pardo 1995: 456) y pequeños y estrechos valles de difícil comunicación con el interior. Los establecimientos antiguos se reducen a pequeños puertos de pesca de época cartaginesa y sobre todo romana (Cintas 1954; López Pardo 1986: 26). Hoy en día, a la luz de las recientes intervenciones y de la revisión de todos los datos materiales, no parece que pueda sostenerse un origen púnico para la ciudad romana de *Septem Fratres*, la actual Ceuta (Bernal 2000: 1144). Es en el valle del río Martil donde encontramos los primeros núcleos de población junto a la costa (Tarradell 1954a) que ofrecen materiales al menos desde el s. IV a.C. (López Pardo 1986: 28 ss.): Sidi Abdselam del Behar y Kudia Tebmain (Tarradell 1954a: 9) y algo posteriores los de Kitzan (Gozálbes 1978) y Tamuda (Tarradell 1954a: 18 ss. y 1960: 85).

Sidi Abdselam del Behar

El yacimiento, situado en un estuario fósil del río Martil, fue descubierto por Tarradell en los años cincuenta como resultado de las prospecciones que llevó a cabo en gran parte del territorio del Protectorado Español sobre Marruecos (1954a: 10). Parece que se

[242] Según nos ha comunicado Helena Bonet Rosado, miembro del equipo de investigación que actualmente trabaja en *Lixus*, las cerámicas "tipo Kuass" tienen una gran perduración en los yacimientos marroquíes, encontrándose incluso hasta en niveles del s. I d.C. (Aranegui 2001).

trata de una ciudad de mediana extensión, emplazada sobre una pequeña colina o tell artificial, a unos dos kilómetros al este de la actual desembocadura del río Martil. Durante los trabajos —se practicaron cuatro sondeos— se pudieron diferenciar dos etapas. La más antigua, que sólo aparece en el sondeo realizado en la colina (López Pardo 1990a: 37) bajo la ciudad púnico-mauritana, se reconoce por su cerámica —"barniz rojo y vulgar" (Tarradell 1954: 10)—, ya que apenas si aparecieron restos constructivos. Para Tarradell se trata de una pequeña factoría púnica de finales del s. IV o comienzos del III a.C. (*Idem.*), aunque bajo este nivel, recientes revisiones parece que han podido constatar la presencia de un nivel más antiguo, fechado hacia el s. VI a.C. (López Pardo 1990a: 39). Por su parte el nivel prerromano más reciente, detectado en los cuatro sondeos practicados, ha proporcionado ánforas púnicas del Tipo Mañá C2, no anteriores a la primera mitad del s. II a.C. (Ramón 1995: 209 s.), cerámica ibérica (cálatos) y las cerámica pseudocampaniense de color rojo (López Pardo 1990a: 37). Creemos que este estrato debe fecharse en el s. II a.C. y no debe extrañarnos la presencia de cerámica "tipo Kuass" en estos contextos cronológicos, pues aunque "normalmente domina el panorama arqueológico del s. III a.C. en la zona del Estrecho" (*Idem.* 39), perdura, como estamos viendo, hasta mediados del s. II a.C. y quizás algo más en los yacimientos norteafricanos[243].

Kudia Tebmain (Emsá)

Cercano al anterior, situado en la pequeña ensenada que forma el estuario hoy colmatado del río Emsá y a dos kilómetros de su actual desembocadura, se encuentra el pequeño montículo de Kudia Tebmain (López Pardo 1990a: 39), en el que Tarradell localizó un asentamiento prerromano de características similares al de Sidi Abdselam del Behar (1954a: 10 s. y 1960: 79 ss.), que debió abandonarse a finales del s. III a.C., ya que no se encuentran restos de época púnico-mauritana (*Idem.* 1954a: 11). En 1952 se practicó en el sito un pequeño sondeo en el curso del cual se exhumaron ocho habitaciones de planta rectangular y aspecto tosco, delimitadas por un muro, posiblemente una muralla, que cerraba la plataforma de la colina (*Idem.* 1960: 81 s.). Las cerámicas halladas en el interior de las estructuras evidencian un único nivel de habitación. Éstos se reducen a cerámica a torno, bien cocida y sin decoración. La mayor parte de los fragmentos corresponden a ánforas entre las que se distinguen varios ejemplares de MPA4 evolucionadas (*Idem.* 84; fig. 11), típicas del s. III y frecuentes en el resto de yacimientos marroquíes, incluidos los alfares de Kuass donde con toda seguridad se fabricaron. Junto a éstas vemos cerámicas ibéricas estampilladas (*Idem.* fig. 13), una lucerna de tipo helenístico (*Idem.* fig. 14) y una fíbula de tipo La Tene I o II (*Idem.*). Aunque Tarradell no menciona expresamente la presencia de cerámica "tipo Kuass" (*Idem.* 1954a: 11), publica un fondo estampillado con cuatro palmetas (*Idem.* 1960: fig. 13) que estilísticamente no nos cabe duda de que pertenece a nuestra producción (López Pardo 1990a: 39), aunque él la confunde con "un fragmento del fondo de un plato campaniense A" (1960: 84). Asimismo podemos suponer que pertenezcan a producciones "tipo Kuass" el plato de pescado —Forma II— y el bol —Forma X—, de la figura 12, que se describen como "plato y cuenco de cerámica corriente, probables imitaciones de tipos bien conocidos en el mundo helenístico, pero sin barniz ni decoración de ninguna clase" (*Idem.* 82; fig. 12). Al tratarse de las formas más habituales de contextos que podemos considerar domésticos, no debemos descartar que sean cerámicas "tipo Kuass" que hayan perdido, como es frecuente entre las formas más comunes, el barniz.

Tarradell fecha el abandono del poblado hacia el s. II que relaciona con la consolidación de la vecina población de Sidi Abdselam del Behar y la fundación de la ciudad de Tamuda (*Idem.* 85). La funcionalidad de este pequeño yacimiento nos es desconocida. En un principio Tarradell relacionó el asentamiento con una pequeña estación marítima, para barcos de pequeño calado (*Idem.*) y, más recientemente, su existencia se ha puesto en relación con la pesca y la industria de la salazón (López Pardo 1990a: 41), de forma similar, cronológica y espacialmente, que toda la suerte de pequeños establecimientos que surgen en la costa atlántica peninsular (Vallejo, Córdoba y Niveau de Villedary 1999).

***Russadir* (Melilla)**

En 1986 F. López Pardo señalaba que "la región del Rif, por su propio carácter inhóspito, es prácticamente desconocido a nivel arqueológico y obliga a considerar que la implantación colonial en este territorio hubo de ser insignificante a pesar de que Estrabón nos dice que la costa estuvo jalonada de ciudades" (1986: 33). Posteriores trabajos han confirmado esta suposición hasta el punto de comprobar que en toda la costa atlántica, desde Tetuán hasta Melilla, se detecta una ausencia casi total de restos púnicos (Gozálbes 1987: 101). Los hallazgos se reducen a las zonas menos abruptas, en las desembocaduras de los ríos, aunque de todo el litoral, *Russadir*, la actual Melilla, es el único establecimiento nombrado insistentemente en las fuentes literarias (Gutiérrez 1997: 390 s.) y con restos arqueológicos de cierta importancia. Su fundación y posterior desarrollo hubieron de estar unidos a su condición de puerto y escala para la navegación en la ruta que unía la Península Ibérica y el norte de Africa (Gozálbes 1987: 114 s.). Aunque algunos indicios, como el hallazgo de miles de monedas, la mayor parte de procedencia cartaginesa, fechadas en momentos de la Segunda Guerra Púnica en el dragado del puerto de la ciudad (Alfaro 1993a; Barrio 1985: 12 ss.) y la constatación de que la ciudad acuñó, aunque en momentos tardíos, moneda púnica (Gozálbes 1987: 109; Alfaro 1993a: 9; Barrio 1985: 12), podrían remontar su origen al menos al s. III a.C.; la mayor parte de los hallazgos nos hablan de un establecimiento neopúnico, fechado en el s. I a.C.

Los hallazgos se reducen, prácticamente, a las excavaciones que a comienzos del s. XX, tuvieron lugar en la ***necrópolis del Cerro de San Lorenzo*** (Tarradell 1954b; Fernández de Castro 1987). La excavación, realizada entre los años 1904 y 1916, sacó a la luz una zona de necrópolis, de época neopúnica, fechable entre los siglos II y I a.C. A la premura y dificultades con que se llevaron a cabo los trabajos, condicionados por el desarrollo urbanístico de la zona (Tarradell 1954a: 9), que han supuesto la total desaparición del cerro (Fernández de Castro 1987: 128), hemos de sumar el momento temprano de este hallazgo; por lo que parte de los materiales, depositados en el Museo Municipal de Melilla, se encuentran hoy en día en paradero desconocido. En todos los casos se trata de inhumaciones sobre lecho de arena, cubiertas por ánforas del tipo Mañá C2. Los ajuares se describen como "monótonos y pobres" (Tarradell 1954a: 9), en su mayoría cerámicos —ungüentarios, pequeñas jarritas, lucernas y cuencos o copas (Fernández de Castro 1987: 132 s. Y 136)—, aunque también se documenta alguna joya (*Idem.* 133). La vajilla de mesa atestiguada es en opinión de algunos investigadores, "la imitación de la campaniense, el tipo absolutamente predominante en la Mauritania de los siglos II y I a.C. que hoy se sabe se fabricaron en Kuass" (Gozálbes 1987: 115). En caso de que esto fuera así, se trataría de una producción tardía y residual, pero dada la mayor perduración de estas cerámicas en el Africa noroccidental y de la constatación de su fabricación en momentos avanzados en los hornos de Kuass; se trata de una opción totalmente factible.

[243] *Vid.* nota 242.

Los restantes hallazgos de carácter fortuito que han tenido lugar en diversos puntos de la ciudad, siempre han proporcionado restos de época romana (Fernández de Castro 1987: 134 s.), aunque hay noticias de hallazgos prerromanos, también enterramientos, en el ***Cerro de Santiago*** (Posac 1987: 124).

El Oranesado

El conjunto de asentamientos oraneses formaba parte, como en su día puso de manifiesto G. Vuillemot (1965) y en la actualidad corroboran otros investigadores (López Pardo 1996a: 269), de la misma área cultural que los asentamientos hispanos, marroquíes y portugueses, es decir que desde el comienzo de las investigaciones se le incluye de lleno en el "Círculo del Estrecho". Al contrario que en la costa rifeña, los asentamientos fenicio-púnicos son muy abundantes en la de Argelia. El reconocimiento de estos asentamientos se debe a la labor del arqueólogo G. Vuillemot que consciente de que el vacío poblacional existente entre las ciudades de Gouraya y Melilla se debía a la falta de investigación, procedió, para subsanar esta carencia, con la ayuda de las estaciones consignadas en el Itinerario de Antonino y los enclaves citados en los periplos, a la prospección sistemática del terreno. Estas investigaciones dieron como resultado la localización de una treintena de sitios con restos arqueológicos (1965: 15 ss.; fig. 1). Aunque la mayoría proporcionó únicamente restos de época romana, algunos de estos enclaves, Rachgoun (*Idem.* 36 ss.; fig. 6), Mersa Madakh (*Idem.* 27 s.) y Les Andalouses (*Idem.* 24 ss.), muestran un rico pasado prerromano.

En la necrópolis púnica de ***Les Andalouses*** se advierte, en las urnas cinerarias y los ajuares, la mezcla de influencias que estas poblaciones, a medio camino entre la órbita cartaginesa y el "Círculo del Estrecho", recibieron a lo largo de su historia. La mayoría de las ánforas recuperadas de las excavaciones presentan las tipologías púnicas-cartaginesas al uso (*Idem.* 178 s.; fig. 69): Mañá C 2, Mañá D y demás tipos frecuentes de los siglos III-I a.C. Entre las urnas cinerarias hallamos formas típicas de la cerámica púnica centromediterránea (Cintas 1950), otras de filiación ebusitana (Tarradell y Font 1977; Fernández y Costa 1995) e incluso ibéricas (Aranegui y Plá 1981: 110; Vuillemot 1965: 184 ss.; fig. 71). El resto de ajuares se compone de olpes y enócoes, ungüentarios, cerámica campaniense e imitaciones de ésta. Bajo este apelativo, y dado el carácter temprano de la obra de Vuillemot, cuando aún los estudios de barniz negro se encontraban en un estadio preliminar, —recordemos que hasta 1952 no se publica la *Classificazione* de N. Lamboglia—, se incluyen ejemplares de campaniense A (*Idem.* fig. 75), imitaciones en pasta gris (*Idem.* fig. 76) e imitaciones en barniz rojo (*Idem.* fig. 77). La mayoría de éstas responden a formas recientes, propias de la campaniense A e incluso B y su existencia debe ponerse en relación con el "monde punicisant" definido por Morel (1978: 153). Se trata de producciones caracterizadas por el eclecticismo propio de las producciones periféricas (*Idem.* 1992: 231), las mismas formas se fabrican en barniz negro, pastas grises, barniz rojo e incluso aparecen desprovistas de cualquier tipo de recubrimiento. Pero entre las imitaciones recubiertas de barniz rojo, existen determinadas formas, en concreto los platos de pescado y alguna forma más, cuyas características morfológicas y técnicas se aproximan bastante a las producciones que estamos considerando de "tipo Kuass". En la tumba XXXIX (Vuillemot 1965: 358), cuya urna cineraria es curiosamente de tipología ibérica, el ajuar se compone de tres vasos barnizados: una forma 26 en barniz negro y un plato de pescado —Forma II— y un plato de borde curvo —Forma V— recubiertos de barniz rojo. Si estos individuos pueden o no considerarse ejemplares del "Círculo del Estrecho", son producto de talleres intermedios periféricos, o se trata de imitaciones aisladas y marginales, es una pregunta para la que en el estado actual de la investigación, hasta que no se publiquen los repertorios vasculares de todos estos yacimientos, no hay una fácil respuesta, respuesta que además puede que no sea única.

6.4. LA DISTRIBUCIÓN DE LA VAJILLA MÁS ALLÁ DEL "CÍRCULO DEL ESTRECHO": EL SEGUNDO CÍRCULO

Por una serie de razones de tipo económico (López Pardo 1995; Gozálbes 1995a) y material (Niveau de Villedary 1998 y 2001c), hemos considerado que las zonas hasta ahora contempladas, que se comportan de manera similar, forman una unidad cultural (Ponsich 1975). Nuestra intención ha sido intentar demostrar que la distribución de la cerámica "tipo Kuass" se nos presenta, por su valor de fósil guía, cronológico y espacial (Niveau de Villedary 2000a: 179), como un elemento fundamental a la hora de delimitar el área que podemos incluir dentro del "Círculo del Estrecho", hablando siempre, recordémoslo, desde un punto de vista cultural, ni político (Ferrer 1998: 37 s.) ni étnico (Escacena 1992).

Los trabajos más recientes (Arteaga 1994 y 2001; Millán 1998; Niveau de Villedary 1998 y 2001c), deudores todos ellos de la obra de Tarradell, recalcan sobre todo la vocación atlántica que caracteriza al círculo gaditano desde sus orígenes, fundamentada en un primer momento en el control de las rutas metalíferas y de otros productos de lujo, dentro de una economía de tipo colonial; y en las actividades pesqueras y su transformación industrial, ya con posterioridad, una vez desligado su destino del de la metrópoli oriental.

Es precisamente este mirar hacia el Atlántico, en un mundo que por esencia es mediterráneo, el que permite a *Gadir* mantener a lo largo de los siglos una independencia económica que se traduce en una cierta autonomía política. En este esquema, no es de extrañar el que sean los territorios más occidentales los que, en mayor medida, reflejen cultural y materialmente esta unidad de la que hablamos. Sin embargo, la influencia gaditana aún se deja sentir más allá de estos teóricos límites que, como venimos recordando, no pueden considerarse ni rígidos, ni estables a través del tiempo (Ferrer 1998: 44). En concreto, nos estamos refiriendo al área que culturalmente podemos considerar púnica[244] aunque no gaditana (*Idem.* 37 s.), aunque en cierta medida sigue estando influida, cultural y materialmente, por ésta (*Idem.* 1996: 131), en función, sobre todo, del factor de proximidad geográfica.

[244] Respecto a la acepción del término "púnico" nos sumamos a la definición que recientemente ha propuesto Oswaldo Arteaga Matute (2001: 221 s.), que desprovee al término de su carga ideológica, potenciando su valor cronológico, frente a las posturas que defienden otros autores que no lo consideran adecuado para definir a las poblaciones no cartaginesas (López Castro 1993a: 345 s.).

Desde el punto de vista político, estas comunidades dependerían de sus respectivos centros: púnicos por una parte, herederos de los fenicios occidentales, en la costa: *Malaka*, *Abdera*, *Sexi*, *Baria*, etc. y por otra, iberos y turdetanos en el interior.

Desde la perspectiva de la distribución y uso de vajilla barnizadas, el comportamiento de estas zonas difiere sustancialmente de las que hasta ahora hemos visto. Se trata de zonas que o bien tienen cubierto el abastecimiento de vajilla de mesa por comercio, mediante la producción de otros talleres: itálicos, del golfo de Rosas o de Ibiza[245], o bien éstas aparecen de forma aislada y no llegan nunca a sustituir a las vajillas comunes de tradición local, ni aun con carácter de lujo.

En el primer caso nos encontramos con centros púnicos de importancia, caso de Villaricos, que por su posición geográfica, situada estratégicamente en un importante cruce de rutas comerciales, se ve abastecida con relativa facilidad y frecuencia de los productos de estos talleres. En el segundo de los casos, nos referimos fundamentalmente a poblaciones del interior, en las que la vajilla ática nunca dejó de tener un valor como bien de prestigio y no se impuso su uso en la vida cotidiana, por lo que una vez que ésta desaparece, no hay necesidad de reemplazarla. En ambos casos, la aparición de cerámicas "tipo Kuass" tiene su explicación en la relativa permeabilidad, de la que nos venimos haciendo eco, existente entre todas estas áreas.

La presencia de cerámicas "tipo Kuass" en esta zona, que hemos definido como "un segundo círculo" en la distribución de estos productos, se caracteriza, en primer lugar, por la relativa proximidad geográfica, pues se trata, en todos los casos, de zonas limítrofes con las del "Círculo del Estrecho". En segundo lugar, por no ser exclusiva, ya que con frecuencia aparece acompañada de productos barnizados de otros talleres, realidad que se hace más patente cuanto más nos alejamos del centro productor principal. En tercer lugar, por la relativa proliferación de imitaciones, toda vez que se intuye la presencia de una serie de talleres intermedios, no definidos, que fabrican vajillas barnizadas de calidad menor, pero siempre mediatizados por la producción gaditana a la que imitan o en la que se inspiran. En último lugar, por la que parece una demanda selectiva de ciertas formas, ya que no es frecuente que encontremos la vajilla completa, y la ausencia de determinadas formas se repite en todos los casos documentados.

Dentro de este segundo círculo hemos incluido las poblaciones del tramo medio-final del Valle el Guadalquivir, hoy interiores, pero en la Antigüedad bañadas por el *Lacus Ligustinus* y las ciudades púnicas situadas en toda la costa mediterránea peninsular, desde Gibraltar hasta Villaricos. En las páginas siguientes analizaremos la dinámica de distribución de las cerámicas "tipo Kuass" en cada una de ellas, el comportamiento de la vajilla y la respuesta de estas poblaciones ante la producción gaditana.

6.4.1. La cuestión de los talleres intermedios

Conforme nos alejamos del centro productor y consumidor principal, empezamos a documentar la aparición de determinadas piezas que rigurosamente no podemos incluir entre nuestra producción (Ventura 2000: 185 s.), pues ya sea por las características de las pastas y recubrimientos, ya por el estilo de las estampillas que las decoran, o incluso por las propias formas; no entran en ninguna de las categorías que hemos definido para la producción gaditana.

A falta de un estudio más riguroso, entendemos que estos individuos son el resultado de: 1) la copia o imitación[246] aislada de vasos fabricados por los talleres gaditanos, pues aunque de menor calidad técnica y artística, guardan una cierta semejanza, un más o menos lejano "aire de familia", con los productos gaditanos, ó 2) una producción de mayor envergadura, hasta cierto punto planificada, pero de alcance exclusivamente local, reducido a un territorio muy limitado, posiblemente sólo a los alrededores del alfar.

En el primero de los casos estaríamos hablando de ejemplares fabricados a partir, única y exclusivamente, de modelos gaditanos, mientras que en el segundo la producción o bien nace a imitación de la gaditana, intentando reproducir las mismas formas, decoraciones y recubrimientos que ésta o bien puede surgir, al igual que la misma producción gaditana u otras tantas protocampanienses, gracias a un impulso propio, ante la necesidad de cubrir la demanda de la vajilla ática, pero que no llega a cuajar por diversos motivos —falta de capacitación técnica, demanda insuficiente o cubierta por los productos de otros talleres, etc.—.

Las imitaciones aisladas son más frecuentes en el interior, en zonas donde la vajilla helenística como tal nunca gozó de éxito, es decir, donde no creemos que se utilizara cotidianamente en la vida doméstica. Posiblemente respondan a la propia iniciativa del alfarero, dentro del margen de libertad de ejecución que deja el modo de producción artesanal característico de estos momentos.

---

[245] No se trata de producciones contemporáneas cronológicamente por lo que hay que tener cuidado al definir las diferentes facies de importación de cada yacimiento, ya que responden a momentos históricos y fases comerciales diferenciadas. Al respecto resultan de gran utilidad las Actas del Coloquio que sobre esta problemática se han publicado recientemente (Ramón *et al.* 1998).

[246] Sobre el concepto de "imitación", *vid.* Cap. 4.

Por otra parte, algunos indicios evidencian la existencia de una serie de talleres no tan organizados y de ámbito más reducido que debieron situarse a lo largo de toda la costa mediterránea en relación a los centros púnicos (Adroher 1987-88; García Alfonso 1998: 33). Las relaciones culturales y económicas que estos centros mantuvieron con Cádiz contribuyen a dar peso a la hipótesis de que surgen muy relacionados con la producción gaditana, para surtir a sus respectivas zonas de productos parecidos, con un menor coste desde todos los puntos de vista.

Con estas reflexiones, en cierto modo preliminares y superficiales, tan sólo queremos llamar la atención sobre este tema y dejar apuntada, como posible línea de investigación que abordar en un futuro, la necesidad de aislar, delimitar y definir cuanto mayor número de producciones sea posible, con el fin de contribuir a la caracterización de la facies de este momento, aprovechando la existencia de un *ítem*, las cerámicas helenísticas barnizadas locales, que se nos está mostrando como un elemento fundamental a la hora de estudiar el periodo cronológico comprendido entre finales del s. IV y la primera mitad del II a.C., tradicionalmente indefinido, mal caracterizado y en ocasiones, hasta obviado.

6.4.2. La penetración hacia el interior: el valle del Guadalquivir

No creemos que sea necesario insistir en la importancia del río Guadalquivir como vía fundamental en la penetración, por mor del comercio fenicio, de las influencias orientalizantes hacia el interior de Andalucía, más aún cuando en esos momentos sabemos que era navegable al menos hasta Córdoba (Plinio, *Nat. Hist.*, III, 11). Partiendo del supuesto que es el río el principal eje que vertebra toda la comarca (Escacena 1983: 40), lo que nos interesa ahora destacar es hasta qué punto la cerámica "tipo Kuass" penetró hacia tierras interiores, es decir, hasta qué punto las comunidades turdetanas del interior adoptaron en su vida diaria el uso de vajillas de corte helenístico, o si, como sospechamos, la distribución de ésta es fundamentalmente costera y asociada a las poblaciones púnicas (herederas de las fenicias occidentales) y que como mucho alcanza a las comunidades turdetanas del interior más conectadas con éstas, las que se localizan en el estuario del río o en las proximidades de éste, que algunos autores incluyen dentro del área cultural púnica (Ferrer 1998: 39 s.).

La ribera del *Lacus Ligustinus*

Bajo este apelativo se conoce desde que fuera acuñado por Schulten (Arteaga, Schulz y Roos 1995: 99), a la amplia bahía interior que durante el primer milenio constituyó el actual tramo bajo del río Guadalquivir. Desde los tiempos del Humanismo (Caro y Tomasetti 1997) han sido numerosos los estudiosos que percatándose de la extraordinaria evolución que hubo de sufrir este paisaje, se han ocupado del tema. Todos los trabajos posteriores (una síntesis de éstos en Arteaga, Schulz y Roos 1995: 99 ss.) son deudores de la obra del ingeniero J. Gavala y Laborde (1992 (1959)) que cotejando sus conocimientos técnicos sobre el terreno con los datos que Avieno aporta en la *Ora Marítima*, trazó lo que hubo de ser la antigua línea de costa holocena.

Para situarnos en toda su dimensión en la problemática que plantea el intento de caracterización paleogeográfica del antiguo estuario del Guadalete, hay que hacer una distinción temporal entre lo que hubo de ser una bahía abierta, el *Sinus Tartesius* del Periplo en el que se basa Avieno, que alcanza su máximo en la transgresión flandriense hacia el 6.000 a.C. (Caro y Tomasetti 1997: 7) y la posterior laguna interior —*Lacus Licustinus*— en que se había convertido aquella hacia el s. IV a.C., cuando Avieno escribió su obra, por la formación de barreras dunares que cerraron su entrada unida a la progresiva colmatación del estuario por los aportes aluvionales del río (Caro 1991: 12 s.). Es este último paisaje, en el que se desenvuelven las comunidades de la segunda mitad del primer milenio, el que ahora nos interesa. La costa correspondiente a la margen izquierda de las actuales marismas presenta en momentos turdetanos un perímetro muy irregular, festoneado, con importantes entrantes navegables hacia tierra firme, los esteros, y extensas zonas inundables (Arteaga, Schulz y Roos 1995: 117), en cuyos márgenes se constatan tempranos establecimientos humanos, que a menudo alcanzan una amplia perduración cronológica (Caro y Tomasetti 1997: 7). En la actualidad, los trabajos que se están realizando, o se han realizado recientemente en este ámbito geográfico, pueden encuadrarse en el marco de varios proyectos de investigación. Por una parte el ya mencionado Proyecto Geoarqueológico de las ***marismas del Guadalquivir*** (Schulz *et al.* 1992; Arteaga y Roos 1992; Arteaga, Schulz y Roos 1995), fruto de la colaboración entre arqueólogos, geólogos y geógrafos de varias instituciones europeas, que se basa en los presupuestos de la Geoarqueología como disciplina científica e interdisciplinar (Arteaga, Schulz y Roos 1992: 107 ss.) y con unos objetivos muy concretos: reconstruir, "no solamente desde la perspectiva geomorfológica, sino también desde la perspectiva arqueológica que concierne a la reconstrucción del proceso histórico, para intentar esclarecer la relación dinámica y dialéctica entre el proceso natural holoceno y el impacto antrópico; que en el tiempo y en el espacio han coadyuvado a la formación del paisaje marismeño que hemos heredado" (Arteaga, Schulz y Roos 1995: 109 s.).

Junto a este proyecto, de carácter más global, nos interesa destacar los trabajos que se vienen realizando tanto en la zona de Lebrija como en la del "Estrecho de Coria" y que están aportado datos de interés para nuestro estudio. La investigación en la ciudad y término de ***Lebrija*** se debe fundamentalmente a la labor de A. Caro Bellido (1985, 1986-87, 1991 y 1995; Caro, Acosta y Escacena 1986; Caro, Acosta y Tomasetti 1994; Caro y Tomasetti 1997). La organización del territorio sigue el modelo que ya vimos para la zona de marismas más meridional, claramente jerarquizado, se advierte la existencia de un núcleo principal, el Cerro del Castillo (Caro, Acosta y Escacena 1986; Caro 1986-87: lám. II), bajo la actual Lebrija, —que presenta una secuencia ininterrumpida desde momentos epipaleolíticos hasta épocas medieval y moderna (Caro 1991: 24 s.)—, junto a otros de carácter secundario, poblados de relativa entidad ubicados en los cerros costeros que con frecuencia conocen un poblamiento continuado desde el tránsito Neolítico Final/Cobre Inicial (*Idem.* 1995: 344). El impacto colonial, fechado por la presencia de cerámicas de barniz rojo, se produjo en el núcleo urbano de Lebrija hacia mediados del s. VIII a.C. En torno al s. VI, quizás como reflejo de la nueva situa-

ción, la ciudad se fortifica (*Idem.* 1991: 196). Sobre el periodo turdetano apenas si tenemos información, pues a pesar de que el sondeo de la calle Alcazaba, en la ladera sureste del Cerro del Castillo, dio como resultado la documentación de al menos cuatro niveles considerados ibéricos (Caro, Acosta y Escacena 1986: 173 s.), apenas si se ha publicado algo sobre ellos aparte de estas breves menciones a la secuencia estratigráfica y cultural (Caro 1991: 24; Cuadro 1), lo que no nos permite saber si entre los materiales recuperados se han documentado cerámicas de "tipo Kuass". ¿Por qué hemos incluido entonces a la antigua *Nabrissa* en la relación de yacimientos en los que tenemos constatada la aparición de esta clase cerámica? Por la sencilla razón de que estamos casi seguros de que una vez que se revisen y publiquen los materiales correspondientes a los niveles del s. III a.C., aparecerán por 1) la importancia de este núcleo poblacional durante todos los periodos históricos, 2) la presencia en yacimientos contiguos de similares características geográficas y económicas como Mesas y Las Cabezas y 3) la relativa cercanía al núcleo productor.

Algo más hacia el norte en las actuales poblaciones de Coria del Río, La Puebla del Río y Dos Hermanas, en el marco del denominado Proyecto Estuario dirigido por J.L. Escacena, se lleva a cabo desde 1993[247] una serie de trabajos arqueológicos encaminados a la ordenación cronológica de la secuencia cultural de la antigua desembocadura del Guadalquivir. Esta zona constituyó durante casi todo el Holoceno un fondo de bahía y la entrada al antiguo estuario del Guadalquivir, delimitado por lo que se ha llamado "Estrecho de Coria" (Arteaga, Schulz y Roos 1995: 109; Escacena e Izquierdo 1994: 161), controlado durante la Protohistoria por la ciudad de *Caura*, situada en la orilla derecha del estuario y la de *Orippo* (Torre de los Herberos, Dos Hermanas) en la opuesta (Escacena, Belén e Izquierdo 1996: 16). Durante estos últimos años se ha llevado a cabo una serie de actuaciones en el Cerro de San Juan (Escacena e Izquierdo 1994 y 2001; Escacena, Belén e Izquierdo 1996) enclavado en pleno casco urbano de ***Coria del Río***. En este cabezo, dominando la entrada hacia el Aljarafe, con inmejorables condiciones estratégicas (Escacena e Izquierdo 2001: 123 s.), es donde se establece durante el primer milenio el asentamiento humano de *Caura*, que conoce una ocupación prácticamente ininterrumpida desde el Neolítico hasta la actualidad (*Idem.* 126 s.). Los resultados más espectaculares proceden del llamado periodo orientalizante, momento en que se documentan las primeras estructuras edilicias, entre las que destaca un santuario en el que se han detectado al menos cinco remodelaciones (*Idem.* 128 ss.) y que desconocemos si perduró en momentos más recientes, ya que la parte superior del cerro fue rebajada en casi dos metros en los años sesenta (*Idem.* 129). El periodo turdetano nos es más desconocido, sí sabemos que la llamada "crisis del s. VI" no debió afectar demasiado a las poblaciones situadas en la ribera del Guadalquivir y los esteros, que reorientaron sus bases económicas hacia la potenciación de la explotación de los recursos marinos, ya explotados desde época prehistórica (Escacena, Rodríguez de Zuloaga y Ladrón de Guevara 1996) y el comercio fluvial (Escacena, Belén e Izquierdo 1996: 24), y conocieron un extraordinario florecimiento en época romana. De estos momentos se conoce la existencia de un buen número de cerámicas pintadas turdetanas (Escacena 1983: 68; fig. 8). Aunque el material procedente de estos trabajos se encuentra aún en fase de estudio, sabemos por sus excavadores[248] que han aparecido algunos fragmentos de cerámicas de "tipo Kuass", aunque procedentes de niveles revueltos y por tanto descontextualizados.

Más recientemente, durante el otoño del año 2001, ha tenido lugar una intervención arqueológica de urgencia[249] en ***Las Cabezas de San Juan,*** población situada en la margen izquierda del *Lacus Ligustinus*, entre Lebrija y Los Palacios y Villafranca. Entre los materiales[250] revueltos procedentes de la fosa de cimentación de un muro del s. III d.C., han aparecido fondos estampillados con cuatro palmetas enfrentadas —que podrían corresponder a cuencos del Tipo IX-B, algunos platos de pescado —Forma II— y cuencos simples —Forma IX-A— de cerámica "tipo Kuass", las formas típicas de los contextos domésticos, y otras formas menos frecuentes, como las lucernas abiertas de la Forma XVI. La presencia de estos materiales nos permite ampliar, al menos hasta el estuario del Guadalquivir, la distribución y uso utilitario de la vajilla.

Avanzando por el curso del río, el primer asentamiento de importancia que encontramos es la actual ciudad de Sevilla, asentada sobre suaves llanuras de inundación y con excelentes condiciones naturales de ocupación y uso del suelo (Campos, Vera y Moreno 1988: 9).

Casco urbano de Sevilla

El primitivo asentamiento se ubica sobre un promontorio en la orilla izquierda del río y queda enmarcado a modo de islote por éste y por el arroyo Tagarete. Se trata, como venimos viendo, de un lugar estratégico al borde del Guadalquivir, que mira hacia las marismas (*Idem.* 10) y que supone el lugar de máxima penetración posible para las grandes naves (Blanco 1979: 89 s.; Escacena 1983: 55 s.).

La primera estratigrafía practicada en el casco urbano se remonta al año 1944, cuando el profesor F. Collantes realiza una excavación en la calle ***Cuesta del Rosario***, en uno de los sectores más antiguos y de cota más elevada de la ciudad (Ventura 1985: 41), de la que sólo se publica una breve reseña (Collantes 1977: 61 ss.), aunque posteriormente ha sido objeto de revisión y publicación (Vera 1987). La importancia de esta estratigrafía radica en que supuso la constatación arqueológica de la existencia de una ciudad prerromana que, por algunos indicios, puede remontarse hasta momentos calcolíticos (Escacena 1983: 48). La secuencia se estableció en base a ocho niveles, el más antiguo de los cuales debe fecharse en el s. IV a.C. (Vera 1987: 46; fig. 5; Campos, Vera y Moreno 1988: 10), aunque es el Nivel II, datado hacia el s. III a.C. (Vera 1987: 46), el que ofrece mayor número de materiales cerámicos (*Idem.* fig. 6) asociados a las primeras estructuras edilicias conservadas y a un tesorillo compuesto por cuatro monedas de plata cartaginesas y cinco lingotes, ocultado en un vasito (Fernández-Chicarro 1950) en un estrato inmediatamente anterior al nivel de incendio que se ha considerado el Nivel III. Sobre éste, el Nivel IV aún ofrece un buen número de fragmentos de cerámica ibérica (Vera 1987: 46; fig. 7) asociada a las primeras importaciones campanienses de tipo A (Ventura 1985) de la facies documentada en

[247] *Proyecto Estuario: Secuencia cultural y Análisis del poblamiento durante el Holoceno en la Antigua Desembocadura del Guadalquivir*, aprobado por la Junta de Andalucía, para el sexenio comprendido entre 1993 y 1998 (Escacena e Izquierdo 1994: 161).

[248] Información personal de Rocío Izquierdo de Montes y José Luis Escacena Carrasco, a quien agradecemos que nos hayan facilitado estos datos no publicados.

[249] Dirigida por José Beltrán, Rocío Izquierdo de Montes y José María González Parrilla.

[250] Dato inédito facilitado por Rocío Izquierdo de Montes, a quién le agradecemos la información.

los silos ampuritanos (Aquilué *et al.* 2000: 32 ss.) y en pecios como el Grand Congloué 1 y L'Estartit (Sanmartí y Principal 1998), que fechan el nivel a comienzos del s. II a.C. Aunque en los siguientes niveles la cerámica ibérica continúa presente, las importaciones masivas de campaniense A y B van marcando los sucesivos niveles republicanos e imperiales (Vera 1987: 50 ss.; figs. 8-10). Ventura recoge en su Tesis una base de plato de pescado —Forma II— inédita (1990: 1174; fig. 114, b). Por la descripción se enmarca a la perfección en la producción gaditana: "barniz rojo anaranjado, enteramente barnizada, pasta de color anaranjado oscuro con partículas blanquecinas" (*Idem.*), aunque al no contar con más referencia que la procedencia genérica de la excavación de Cuesta del Rosario, no podemos añadir nada sobre el contexto exacto, nivel del hallazgo y materiales asociados. Lo mismo podemos decir de una base estampillada de barniz rojo que posiblemente pertenezca a una copa —Forma VIII—, que Ventura recoge de la Tesis de Licenciatura de M. Vera, y que este último clasifica como "presigillata" (*Idem.* 1199; fig. 127, c). No sabemos si Ventura, en un trabajo anterior sobre la cerámica campaniense de la Cuesta del Rosario, al hablar de imitaciones locales, incluye dentro de éstas a producciones de "tipo Kuass", en concreto cuando nombra la presencia de "dos bases del mismo tipo de pateras con barnices poco sólidos de tonalidades marronáceas heterogéneas" (1985: 54), posiblemente pertenecientes a cuencos, aunque no podemos estar seguros; o se refiere exclusivamente a imitaciones posteriores de formas campanienses A y B, en pastas grises, producciones similares a las que hemos visto que fabrican los alfares de la bahía de Cádiz a partir del s. II a.C. (Frutos y Muñoz 1994: 398).

Hasta 1983 no se realiza otra intervención arqueológica en el casco urbano de Sevilla que proporcione restos prerromanos. Las excavaciones en el número 7 de la calle ***Argote de Molina*** ofrecieron a sus responsables la oportunidad de excavar en extensión y concluir un sondeo de casi nueve metros hasta el suelo base (Campos 1986; Campos, Vera y Moreno 1988: 123) que ofreció una periodización cultural desde el Ibérico Inicial —fines del s. V a.C.— hasta época tardorromana —mediados del s. V d.C.— sin solución de continuidad (*Idem.* 10). En el nivel 25, aparece un plato de pescado —Forma II—, (Campos 1986: 73; fig. 73, nº 1390; Ventura 1990: 1174; fig. 114, f).

Posteriores sondeos en las calles ***San Isidoro*** (Campos, Vera y Moreno 1988: 11 ss.) y ***Fabiola*** en 1987 (*Idem.* 124), aunque han contribuido a ampliar la secuencia histórico-cultural del primitivo asentamiento de *Spal* desde momentos del Bronce Final orientalizante y han terminado de corroborar los datos de las antiguas excavaciones, no han aportado más hallazgos, al menos publicados, de cerámica "tipo Kuass".

Itálica (Santiponce, Sevilla)

La ciudad de Itálica, debido a sus restos monumentales, ha despertado el interés de la investigación desde momentos tempranos, aunque habrá que esperar hasta la década de los setenta para contar con estratigrafías, fundamentalmente las de Pajar de Artillo (Luzón 1973), Cerro de Los Palacios (Bendala 1982a) y "Casa de Venus" (Pellicer, Hurtado y de la Bandera 1982), que reflejen los momentos iniciales de la ciudad.

Sobre el origen de Itálica contamos con la noticia transmitida por Apiano (*Iber.*, 38) de la fundación de la ciudad por Escipión tras la batalla de *Ilipa* en el año 206 a.C. Esta referencia literaria ha condicionado de tal modo la investigación que en ocasiones, caso de las excavaciones del Pajar de Artillo, se ha forzado la lectura estratigráfica para adecuarla a estas fechas, negando las evidencias que ofrecía el registro material (Luzón 1973: 10). Siguiendo a otros investigadores (Escacena 1987: 285 ss.; Ruiz Mata 1998b: 193 ss.), nos sumamos a la defensa de la existencia de un núcleo de población prerromano anterior a la fundación de Escipión que al menos, con los datos que han aportado estos tres cortes estratigráficos, hay que remontar al s. IV a.C.

Aunque existen indicios de población del Bronce Final y Orientalizante en el vecino Cerro de Las Cabezas (Escacena 1983: 52 s. y 1989: 446 s.), el núcleo primitivo de asentamiento turdetano se halla bajo el actual pueblo de Santiponce, en la parte suroriental del solar de Itálica, sobre dos colinas: el Cerro de San Antonio y el Cerro de los Palacios. La primera excavación tuvo lugar en el primero de ellos, en el sitio denominado ***Pajar de Artillo***, el mismo lugar donde a finales del s. XIX, había aparecido un tesorillo (Luzón 1973: 7 s.). La potente estratigrafía resultante de los trabajos ha ofrecido, al menos, cuatro momentos de ocupación a través de nueve niveles arqueológicos. Los principales argumentos a la hora de negar la fecha propuesta por su excavador que siguiendo a Apiano, sitúa la primera fase a finales del s. III a.C., son la ausencia de cerámica campaniense en los primeros niveles, ya que ésta no aparece hasta la tercera fase de ocupación (Escacena 1987: 286), que Escacena fecha a mediados del s. II a.C., pero que ante los nuevos datos que la investigación está ofreciendo sobre la temprana introducción de esta clase cerámica en el sur peninsular, podemos adelantar hasta la primera mitad del siglo; y el propio repertorio vascular, que muestra en todas sus formas, la tipología típica turdetana de los siglos IV y III a.C., con abundancia de cerámica pintada, lebrillos, cuencos hemiesféricos, ollas, morteros, fuentes, cuencos-lucerna, etc. El tercer periodo de ocupación, el que se superpone al alfar, es el que por los materiales asociados debemos situar posiblemente, aunque para Luzón pertenece al s. I a.C. (Luzón 1973: 25), en la segunda mitad del s. III a.C. Entre la cerámica de estos niveles, que es prácticamente idéntica a la que documentamos en el poblado de Las Cumbres[251], Luzón cita la presencia de cerámica de barniz negro campaniense y de *"imitaciones de menor calidad"* (*Idem.* 53; lám. LXI) que relaciona con las producciones de los hornos de Kuass (*Idem.* n. 80). Además de este bolsal completo —Forma VII—, estampillado con una palmeta, que también recoge Ventura en su trabajo[252] (1990: 1189; fig. 122, b) y del plato de pescado[253] que Ponsich cita en uno de sus artículos (1969a: 63), hemos reconocido como elementos pertenecientes a esta producción en la memoria de la excavación las siguientes formas: platos de pescado —Forma II— (Luzón 1973: lám. XXXIX, e y f; lám. LVII, G), copas de la Forma VIII (*Idem.* XXIII, b), cuencos de los Tipos IX-A (*Idem.* lám. III, n y o) y quizás IX-B (*Idem.* lám. II, g).

Posteriores sondeos han ofrecido idénticos resultados estratigráficos que este primer corte. La estratigrafía del corte de la ***Casa de Venus*** (Pellicer, Hurtado y de la Bandera 1982), muy cercana a la anterior, abarca una secuencia desde el s. IV a.C. hasta época

[251] Conjunto que estamos considerando paradigmático por su homogeneidad, ya que pertenece a un único nivel de ocupación, y por su amplitud numérica, que nos ha permitido caracterizar la mayor parte del repertorio tipológico de estos momentos (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000; Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999).

[252] Pieza que se describe como de "barniz consistente, de color rojizo, con alguna tendencia a ennegrecerse o acastañarse en algunas zonas; en algunos puntos la superficie del barniz se halla cuarteada. Pasta escasamente apreciable, aparentemente de color beige" (Ventura 1990: 1189).

[253] "(...) présente, comme celui du Musée de Séville (vitrine VIII, 5), provenant d'Italica, toutes les caractéristiques des productions locales" (Ponsich 1969a: 63).

imperial. En el estrato II, que los autores fechan entre la primera mitad del s. III y principios del II a.C., entre la cerámica típica del momento (*Idem.* fig. 7-9), aparecen ciertos elementos que se describen como "presigillatas" y "cerámica italogriega con la forma de plato de pescado" (*Idem.* 18) que sin duda podemos incluir dentro de las producciones helenísticas gaditanas. Sobre éste, en el estrato III, de primera mitad del s. II a.C., ésta sigue apareciendo, asociada ya a las primeras importaciones campanienses (*Idem.* 16 ss.).

Una tercera intervención, en el ***Cerro de Los Palacios*** (Bendala 1982a), ha proporcionado cronologías aún más bajas (Escacena 1987: 288), al hallarse en el estrato inferior del ***Sondeo de Trajano*** diversos fragmentos de figuras rojas áticas (Bendala 1982a: fig. 29, 3). En la capa 7, junto a ánforas iberopúnicas y tipo "Carmona" (*Idem.* fig. 3, 7-9) y barniz negro campaniense (*Idem.* fig. 3; 16-18), aparece citada de nuevo la presencia de cerámica "presigillata", en este caso concreto un cuenco simple del Tipo IX-A (*Idem.* fig. 3, 15).

Para terminar, ha aparecido cerámica "tipo Kuass", un fondo de plato de pescado, de barniz rojo oscuro de escasa consistencia (Ventura 1990: 1174; fig. 114, a), en el estrato 2 del sondeo realizado en la calle ***Las Musas***, solar situado en las proximidades del Pajar de Artillo excavado en 1984 (*Idem.* 305), mezclado con material campaniense (*Idem.* 307), pero con las características propias de las producciones helenísticas gaditanas —barniz rojo, ranura sobre el borde y en torno a la cazoleta central, etc. (*Idem.* 320 s.)—.

Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla)

El Cerro Macareno está situado en la base de la terraza baja del Guadalquivir, a nueve kilómetros al noreste de Sevilla, en el término municipal de La Rinconada y forma un tell artificial de 300 metros de extensión y una cota máxima de diez (Pellicer, Escacena y Bendala 1983: 18). Aunque en la actualidad el yacimiento se sitúa a unos dos kilómetros al este del río Guadalquivir, en la Antigüedad éste debió discurrir en uno de sus meandros por el arroyo Almonaza, que actualmente pasa junto al yacimiento. El yacimiento, conocido desde 1971, ha sido objeto de varias campañas de excavaciones (Martín de la Cruz 1976; Fernández, Chasco y Oliva 1979; Pellicer, Escacena y Bendala 1983; Ruiz Mata y Córdoba 1999) cuyos resultados no han salido todos a la luz[254].

La estratigrafía más completa es la que ofrece el llamado ***Corte A***, practicado en 1976 (Escacena 1987: 281), que ha aportado una potencia estratigráfica de siete metros y medio y 26 niveles (Pellicer, Escacena y Bendala 1983: 18 ss.) que culturalmente cubren un periodo de tiempo ininterrumpido desde el s. VIII (Escacena 1987: 281) hasta el s. I a.C. (*Idem.* 1989: 445).

Los autores aíslan una serie de piezas, que denominan "presigillatas", término poco adecuado ya que induce a errores de tipo cronológico y cultural (Ventura 1990: 1158), y describen como las caracterizadas por su "perfecta factura y cocción, y por su barniz rojo anaranjado o coralino" (Pellicer, Escacena y Bendala 1983: 97). La cerámica considerada "presigillata" aparece en los niveles 5-3, desde finales del s. III hasta mediados del II a.C., fecha que concuerda con el periodo de máxima distribución de las producciones gaditanas "tipo Kuass" fuera del área nuclear de producción y consumo. Se incluyen en este grupo varios fondos (*Idem.* 97; fig. 106, 7-10; Pellicer 1982: 384; fig. 8, 7-10). El primero de ellos (Pellicer, Escacena y Bendala 1983: 97; fig. 25, 1961), procedente del nivel 5, pertenece a un bolsal o Forma VII; el segundo (*Idem.* 97; fig. 23, 2014), podría pertenecer a un cuenco del Tipo IX-B o con mayores probabilidades, ya que aparece en el nivel 4, más tardío (fechado por sus excavadores en torno a la primera mitad del s. III a.C.), a alguna forma de bol —Forma X— o plato. Los dos últimos ejemplares (*Idem.* 97; fig. 21, 2048 y 484) son fondos amplios que pueden pertenecer a copas —Forma VIII— el primero de ellos y a algún plato el segundo. En el mismo nivel que estos dos últimos, el 3, que los autores fechan a mediados del s. II a.C., observamos la presencia de un borde correspondiente a una forma de bolsal —Forma VII— (*Idem.* fig. 21, 2055) y un borde de plato de pescado —Forma II— (*Idem.* fig. 21, 2057). Otros ejemplares de esta misma forma, se documentan en los niveles 5 (*Idem.* fig. 25, 1962) y 6 (*Idem.* fig. 27, 1857 y 1853); aunque los platos de pescado de tradición ática están presentes desde el nivel 7 al 1, desde mediados del s. III a.C. hasta la romanización, en los últimos niveles, son de fabricación local y sin tratamiento alguno (*Idem.* 93; fig. 17, 193; fig. 29, 1785).

La penetración de la cerámica "tipo Kuass" hacia el interior se limita, como hemos visto, a los núcleos más cercanos a la desembocadura del Guadalquivir (Ventura 2000: 185 s,), es decir, que se trata de yacimientos, no debemos olvidarlo, que en la Antigüedad tenían un carácter totalmente costero (Belén 2001: 13).

Río arriba no tenemos constancia de su aparición[255], pero lo que sí se observa es la presencia, en niveles relativamente tardíos, de ciertos ejemplares, todos con similares características, una deficiente calidad y estampillas groseras, que aunque fundamentalmente se localizan en los yacimientos situados en el estuario del río, conocen cierta penetración hacia el interior. ¿Nos encontramos ante producciones locales que podrían considerarse ***"imitaciones turdetanas"*** de elementos aislados de la vajilla helenística?

— En el primer corte publicado de las excavaciones practicadas en el ***Cerro Macareno***, sus excavadores publican como "presigillatas" y consideran cerámica importada (Fernández, Chasco y Oliva 1979: 57), dos fondos estampillados (*Idem.* fig. 36: 401-10 y 500-42) que describen como "pie de copa campaniense roja, bien decantada, no exenta de inclusiones de tamaño notable, que han provocado la exfoliación de la pared. Color ocre fuerte, cubierta por completo de pintura roja, de intensidad variable. Impresas en el fondo cuatro palmetas en bajo relieve en forma de cruz respectivamente" (*Idem.* 58) y "fragmento de copa campaniense roja, parecida a la anterior; aunque ésta debía llevar en el fondo como única impresión una hoja grande grabada en hueco relieve" (*Idem.*) respectivamente. En ambos casos se trata de fragmentos hallados en superficie por lo que no podemos conocer a ciencia cierta su adscripción cronológica, aunque tras su examen visual y por la descripción que de ellas hacen los autores (*vid. supra*)

[254] Sobre la "accidentada" vida del yacimiento y la historia de las investigaciones y de los trabajos arqueológicos, *vid.* Pellicer, Escacena y Bendala 1983: 15 ss.

[255] Al menos su presencia no se explicita en las respectivas memorias de excavación de estos yacimientos. Hemos revisado los resultados publicados, sin niveles claros del s. III a.C. (Escacena 1989: 445 ss.), de Carmona (Pellicer y Amores 1985), Montemolín (Chaves y de la Bandera 1984; García Vargas, Mora y Ferrer 1989), Cortijo de Vico (Chaves y de la Bandera 1985), Setefilla (Aubet *et al.* 1983; Escacena 1979-80), Alhonoz (López Palomo 1979 y 1981), Colina de los Quemados (Luzón y Ruiz Mata 1973), etc., con resultados negativos.

podemos aproximarnos a ésta. Se trata de fondos, aunque con pies helenísticos desarrollados, macizos y amplios, propios de una producción de momentos avanzados. Tampoco las características técnicas se cuidan, las pastas con frecuencia presentan desgrasantes de gran tamaño que afectan al barniz, que no suele ser uniforme, ni en su aplicación ni en su coloración. Pero quizás el rasgo que más defina a estos ejemplares y que nos ayuda a su identificación sea la decoración. En todos los casos contemplados se trata de motivos de grandes dimensiones que intentan reproducir las típicas palmetas que decoran los vasos barnizados desde las producciones áticas, aunque éstas son muy esquemáticas y de escasa calidad artística. Por los datos con los que contamos podemos deducir que se trata de ejemplares tardíos, posiblemente fabricados por artesanos locales (Ventura 1990: 342; Belén y Lineros 2001, n. 56) a imitación de las piezas producidas por los talleres gaditanos, en las que por decoración y tratamiento, parecen inspirarse. El hecho de que sean varios los ejemplares procedentes de diferentes yacimientos que podemos incluir en este grupo, nos permite contemplar la posibilidad de que nos hallemos ante la producción de un taller local, que surte a una zona concreta —en este caso en torno al curso bajo del Guadalquivir— de estos productos, que por su escasa calidad y lo restringido de su distribución, podemos considerar secundario respecto a los talleres principales, situados en la bahía de Cádiz —Torre Alta y Pery Junquera— y norte de Africa — Kuass—.

Sabemos de la existencia de fondos similares a los del Cerro Macareno en Itálica y Carmona. En ambos casos se trata de materiales inéditos, que conocemos gracias a sus excavadores.

— El ejemplar procedente de ***Carmona***[256], algo más esbelto que los del Macareno, presenta grandes similitudes con éstos en cuanto a las características de pasta y recubrimiento y en el diseño decorativo. La pieza en cuestión procede de las excavaciones que en 1999, llevó a cabo J.M. Román en un solar frente a la Iglesia de San Felipe (Belén y Lineros 2001), donde bajo un potente nivel de rellenos del s. II, se descubrieron tres estancias excavadas en la roca, con entradas independientes pero comunicadas por el interior. El nivel de sellado de estas estructuras se fecha en época republicana (¿s. II a.C.?) por la presencia de cerámicas campanienses. Se trata de un fondo de algo más de cinco centímetros de diámetro, con las líneas del torno muy señaladas como es frecuente entre la cerámica "tipo Kuass", el barniz se aplica mediante pincel, en las zonas más profundas que coinciden con los surcos dejados por el torno, éste se acumula y se craquela y quema durante la cocción, adquiriendo un tono castaño-rojizo oscuro. Por el contrario en las zonas más altas apenas si cubre la pieza y el color resultante es más claro. La pasta es castaña e incluye pequeños nódulos de cal, que explotan el barniz al salir a la superficie y algunos elementos ferruginosos. El fondo interno se decora mediante una única estampilla de gran tamaño que representa una palmeta esquemática, aunque en este caso, a diferencia de las del Macareno, la cartela que enmarca el motivo se adapta a las hojas de ésta, siguiendo una tradición estilística, como ya observara Morel (1992: 222 s.), propia de las producciones del "Círculo del Estrecho"; otro motivo más a la hora de incluir los productos de este taller local dentro de una producción gaditana, más amplia (Niveau de Villedary 2000a: 188, n. 34). La presencia en Carmona de cerámica de influjo gaditano no debe extrañarnos ya que son conocidas las intensas relaciones comerciales que el asentamiento estableció desde momentos tempranos con los fenicios de *Gadir*, influencias que perduran entre la población de *Carmo* hasta bien entrada la época romana (Bendala 1982b). Este enclave, situado a algo más de treinta kilómetros al norte de Sevilla, sobre un elevado promontorio que domina toda la llanura aluvial del Guadalquivir (Belén *et al.* 1997: 11), constituyó una ciudadela fortificada que ejercía un férreo control sobre todo el territorio circundante, punto estratégico de las rutas comerciales y de las vías de comunicación del bajo Guadalquivir (Belén 2001: 7).

— Los ejemplares de ***Itálica***, de características similares a las descritas, provienen como en el Cerro Macareno de hallazgos superficiales, por lo que tampoco tenemos argumentos concluyentes a la hora de fecharlos.

No obstante somos de la opinión de que todas estas piezas deben situarse en momentos avanzados, en torno al s. II a.C. incluso es posible que, debido al carácter marginal de la producción, pervivan algo más de tiempo entre los elementos campanienses itálicos, que las producciones gaditanas "tipo Kuass" propiamente dichas.

6.4.3. La costa mediterránea sudpeninsular

El tramo costero comprendido entre el peñón de Gibraltar y Villaricos se nos presenta jalonado de un elevado número de asentamientos fenicios de pequeño tamaño, que siguen un patrón de comportamiento similar (Aubet 1994: 261 ss.) y que en principio forman un conjunto homogéneo y diferenciado de las colonias fenicias más occidentales.

Prácticamente ausentes en las referencias literarias (Castro y Silva e.p.), su descubrimiento es relativamente reciente. Es a partir del hallazgo casual de la necrópolis "Laurita" en Almuñécar y, sobre todo, de los posteriores trabajos del Instituto Arqueológico Alemán en la costa de Málaga, cuando podemos decir que da comienzo la investigación sobre la presencia fenicia en la Península Ibérica (un resumen en López Castro 1992a: 24 ss.). Panorama que queda trazado, en sus líneas generales, a comienzos de los años ochenta (Schubart 1982) y que poco a poco, con el desarrollo de las investigaciones, se ha ido completando (una visión actual en Aubet 1994: 261 ss.).

En la actualidad, sabemos que estos asentamientos se fundaron de forma escalonada a lo largo de los siglos VIII y VII a.C. por lo que responden a diferentes fases y en ocasiones también a distintos agentes, de la expan-

[256] Se trata de una pieza que nos fue mostrada por la profesora de la Universidad de Sevilla María Belén Deamós, directora del Proyecto de Investigación Urbana de la ciudad de Carmona (Belén *et al.* 1997).

sión colonial en Occidente (Arteaga 1987). Sin embargo, presentan un patrón de asentamiento definido y muy homogéneo que ha facilitado su identificación (Arteaga *et al.* 1985; Arteaga, Schulz y Roos 1995: 108): se ubican en promontorios costeros de escasa elevación, emplazados en pequeñas penínsulas en las desembocaduras de los ríos, situados a cortas distancias unos de otros, formando lo que se ha venido a considerar un auténtico "litoral fenicio" (*Idem.* 266). Este patrón de asentamiento no se puede explicar hoy en día, ante la proliferación de los yacimientos documentados, en función de la necesidad de escalas náuticas para la navegación. Si bien es cierto que la dificultad en el paso del Estrecho obligaba, en ciertas situaciones estacionales, al refugio de las naves en el litoral mediterráneo (Ruiz de Arbulo 1990: 108 s.; Dies Cusí 1994: 327), esta necesidad no explica por sí sola la proliferación de asentamientos en toda la franja litoral. Parece más plausible que estos núcleos, que surgen en lugares estratégicos para el control del territorio, en las desembocaduras de los ríos, vías de comunicación naturales y en estos momentos prácticamente únicas hacia el interior; se localicen en estos lugares precisamente en función de esta facilidad en las comunicaciones, que permite, por una parte, la apertura hacia los potenciales mercados indígenas y, por otra, la explotación económica del medio. Asumamos o descartemos la posibilidad de una colonización agrícola (Alvar y Wagner 1988; Wagner y Alvar 1989), lo cierto es que vemos a estas comunidades orientales totalmente imbricadas en el medio (Aubet 1994: 268 s.).

La "crisis del s. VI a.C." afecta de desigual manera a los asentamientos mediterráneos: mientras que algunos desaparecen, —en ocasiones en momentos tempranos como ocurre en Chorreras (*Idem.* 273 s.), otros como Toscanos (Arteaga y Schulz 1997: 120) a lo largo del s. VI—, en otros casos a lo que se asiste es a un traslado de población y a la fundación de nuevos enclaves —caso de Málaga respecto al Cerro del Villar (Aubet 1994: 276) o el Cerro del Mar respecto a Toscanos (Arteaga 1981: 123)—, mientras que algunos centros, como Morro de Mezquitilla, continúan habitados ininterrumpidamente hasta época romana (Marzoli 2000: 1631 s.).

A partir de estos momentos, la situación es parangonable a la que ya hemos descrito y analizado en los casos anteriores: aumento demográfico, concentración del poblamiento en grandes núcleos, con frecuencia fortificados, en función del control de los recursos agropecuarios y de las vías de comunicación, con vistas a la comercialización de esta producción excedentaria (Recio 1990a: 5).

Respecto al comportamiento de la cerámica de "tipo Kuass" en estos yacimientos, el problema es complejo y la respuesta múltiple. Mientras que en algunos de ellos, tomando como paradigmáticos los casos de Morro de Mezquitilla y *Malaka*, la cerámica gaditana es abundante, variada y de buena calidad; en otros, en ocasiones cercanos, como Cerro del Mar, la situación es radicalmente opuesta, ya que no tenemos constatada la presencia de producciones barnizadas del s. III a.C. Si bien la situación puede responder a un vacío de investigación, a la falta de niveles estratigráficos de esta época (Arteaga 1985: 205) o a la no identificación de éstos ante la tradicional falta de fósiles-guía para fechar estos momentos (Recio 1990a: 8 s.); la respuesta quizás debamos buscarla en otros derroteros. Posiblemente lo que haya que plantearse es hasta qué punto y sobre todo, hasta qué lugar concreto, llegaría la influencia gaditana, qué zonas se deben incluir y cuáles no a la hora de delimitar el espacio que se engloba bajo el "Círculo del Estrecho". El problema es complejo, pues pasa por definir qué entendemos por "Círculo del Estrecho" y qué tipo de variables son las que estamos barajando a la hora de definirlo: ¿económicas?, ¿políticas?, ¿culturales? El asunto requiere un análisis exhaustivo que se escapa de los objetivos concretos de nuestro trabajo por lo que nos limitaremos a intentar concretar hasta dónde llega la influencia gaditana desde un punto de vista material, sirviéndonos de la distribución de la vajilla "tipo Kuass" (Niveau de Villedary 1998: 22 ss.; fig. 6 y 2001c: 341 ss.).

6.4.3.1. *La costa de Málaga*

Para estos momentos avanzados la información que tenemos sobre los yacimientos de Málaga no es demasiado abundante. La causa hemos de buscarla, una vez más, en las prioridades de una investigación orientada a la búsqueda y análisis de los inicios de la presencia fenicia (López Castro 1994: 519; Ferrer 1996: 113), a la que hay que sumar la falta de sistematización del registro material de este periodo y consecuentemente su no identificación (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 893 s.).

En la costa encontramos una serie de núcleos localizados en las desembocaduras de los ríos, algunos de ellos, como ya hemos visto, documentados desde época arcaica, otros surgidos tras la reestructuración del s. VI. Tradicionalmente se distingue entre la población asentada en la costa, considerada fenicio-púnica de origen semita, y las comunidades interiores a las que de forma genérica se denominan ibéricas (Recio 1990a). Entre estas últimas se incluye una serie de centros situados en los cursos medios de los ríos, de tamaño considerable, fortificados, que controlan estas vías fluviales (Perdiguero 1984-85), que desde los primeros momentos de la presencia fenicia vivieron en estrecho contacto con éstos y que por lo tanto, tras siglos de convivencia hemos de presuponer que en gran medida compartirían modos de vida y rasgos culturales, hasta el punto de ser difíciles de individualizar, aunque no creemos que la solución esté en considerarlos iberopúnicos (Recio 1990a: fig. 1), término que lejos de

aclarar la situación, lo que provoca es una mayor confusión. Sin que sepamos además, cuales son los criterios utilizados en tal discriminación.

Tampoco son demasiado numerosos los yacimientos de los que existe información publicada sobre el registro material y su asociación estratigráfica y en la mayoría de los casos nos debemos conformar con simples referencias a la existencia de niveles de estos momentos por lo que, necesariamente, los datos que aportamos en este estudio deberán ser confrontados y ampliados en un futuro, conforme comencemos a conocer los conjuntos cerámicos procedentes de los estratos prerromanos más modernos de todas estas excavaciones.

***Salduba* (El Torreón, Estepona, Málaga)**

El primer lugar donde tenemos constancia de la aparición de cerámica gaditana "tipo Kuass" al este del estrecho es en el yacimiento de El Torreón, situado en el término municipal de Estepona, en la margen oriental del río Guadalmansa, a unos 400 metros al interior de la actual línea de costa (Bravo 1991-92: 80). El yacimiento, para el que se ha propuesto un origen fenicio (Soto 1988: 3; Bravo 1991-92; Martín Ruiz 1995: 96; Ferrer 1995: 559), se conoce sólo por materiales recogidos de superficie, publicados en una breve reseña de una revista local (Soto 1988) y se ha identificado con la *Salduba* de Mela (II, 94), Plinio (III, 24) y Ptolomeo (*Idem.* 3 s.).

Parece que a principios del s. XX en el sitio tuvo lugar el hallazgo de algunas esculturas zoomorfas en piedra, de las que sólo se tienen referencias imprecisas (*Idem.* 4), al parecer procedentes de una necrópolis. El material recogido muestra una gran amplitud cronológica, desde el s. VII a.C. hasta el II d.C. (Bravo 1991-92: 80 s.), momento en el que el asentamiento se debió abandonar (Martín Ruiz 1995: 96). Destaca la presencia de numerosos fragmentos de cerámica ibérica pintada y cálatos (Soto 1988: 4 s.; lám. I y III, 1) y entre ésta el autor incluye una serie de piezas que por las descripciones, dibujos y fotografías, no nos cabe la menor duda de que se trata de ejemplares de cerámica "tipo Kuass". En primer lugar se recoge "parte de un plato con peana, de pasta color ocre y labio vuelto (...) que tiene una altura de 50 mm. y un diámetro de boca de 185 mm." (*Idem.* 5; lám. III, 2). A continuación se describen "una base de plato de 60 mm. de diámetro, con la impronta del alfarero, en el centro de su concavidad, compuesta por cuatro palmetas que están colocadas en forma de cruz de brazos uniformes" y "tres bases más del tipo atazonado con las mismas marcas" (*Idem.* 5; lám. IV). Resulta evidente que se están describiendo platos de pescado —Forma II— y copas de la Forma VIII, decoradas con estampillas. La descripción del tratamiento de las piezas es también elocuente: "el barniz se conserva bastante uniforme en su concavidad, presentando zonas pálidas en su parte externa" (*Idem.* 5) y se hace mención a la facilidad con que éste, de color rojo, desaparece al intentar lavar las piezas.

Por último, una pieza parecida a las anteriores, también estampillada, pero de "color gris claro" (*Idem.*), podría corresponder a la producción de alguno de los talleres locales de menor alcance, que aunque no hemos aislado, intuimos debieron estar en funcionamiento en estos momentos en todo el litoral mediterráneo (*vid. infra*).

Cerro de la Tortuga (Teatinos, Málaga)

El yacimiento del Cerro de la Tortuga está situado junto a Málaga ciudad, en la desembocadura del río Guadalhorce, principal vía que comunica la costa malagueña con el interior (Recio 1990a: 5). Se trata de un cerro de 174 metros de altitud, hoy separado de la costa por tres kilómetros de fértil vega, pero que en aquellos momentos debió situarse junto al mar. Este asentamiento fue descubierto de forma casual en 1959 por un grupo de estudiosos que al percatarse de la enorme cantidad de cerámica que se encontraba en superficie, junto con restos de construcciones (Muñoz Gambero 1964: 166), llevaron a cabo una serie de sondeos en la cima del cerro. Pese a lo sucinto de los resultados publicados, queda patente la importancia del asentamiento, que sus excavadores consideran ibero-púnico, terminología confusa que aún hoy recogen algunos investigadores (Recio 1990a: fig. 1) y que pensamos se debe desterrar, ya que se trata de asentamientos que perfectamente pueden considerarse púnicos (Ferrer 1998: fig. 1). El asentamiento, a grandes rasgos, se fecha entre los siglos IV y II a.C. (Recio 1990b: 22). Aunque en un principio sus excavadores lo consideraron un poblado (Muñoz Gambero 1964), con posterioridad se ha reconocido su carácter sacro, que en ulteriores publicaciones se interpreta ya como "santuario", "templo" e incluso "templo-necrópolis" (*Idem.* 1996 y 2001). Interpretación que desde la primeras notas publicadas parecía la más factible por la existencia de una serie de evidencias, estructuras y materiales, que indican, por paralelismos con la propia ciudad de Cádiz, que allí debieron tener lugar una serie de actividades de tipo ritual[257]. ¿Cuáles son estos indicios?: 1) La situación del yacimiento, en la zona superior del cerro, en lo que parece una acrópolis (*Idem.* 1996223 s.), 2) La presencia de una serie de estructuras, que son descritas como silos (Muñoz Gambero 1964: 171 s.), y que por factura y relleno, guardan enormes similitudes con los pozos utilizados como depósitos sacros en la necrópolis de Cádiz (Niveau de Villedary 2001b; Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a y b), 3) Lo que parecen ser huellas de la realización de algún tipo de prácticas religiosas como presentación de ofrendas (Muñoz Gambero 1964: 166), fuegos rituales (*Idem.* 167), celebración de banquetes (*Idem.*), sacrificios de cánidos (*Idem.* 172), etc., 4) La naturaleza de los materiales, algunos de ellos de clara significación religiosa, como la campanilla de bronce hallada durante las primeras prospecciones (*Idem.* 166), el pebetero de cabeza de Deméter-Tanit (Recio 1990b: 16), la epigrafía (Muñoz Gambero 1996: 227 y 2001: 328) y el resto representando el espectro vascular típico de estos contextos (Niveau de Villedary e.p. b): ánforas gaditanas MPA4, cerámica ibérica importada[258], elementos de la vajilla de mesa, etc. (*Idem.* 166 ss.; lám. II y IV y 2001b). Por otro lado, en un trabajo posterior al describir los contextos donde aparecen ciertos materiales, se hace referencia a su procedencia funeraria, en concreto formando parte del ajuar de tumbas de incineración (López Malax-Echevarría 1973: 389 s.). Si leemos con atención observaremos que lo que se cree una tumba[259], posiblemente sean los restos de un banquete u otro tipo de

[257] Se trata de meras suposiciones ya que el material publicado, confuso y nada explícito, no permite elaborar una teoría más desarrollada.

[258] Recordamos que también en la habitación XII del poblado de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz), en lo que hemos considerado que debía responder a un espacio de significado sacro o ritual, aparecen importaciones de cerámica ibérica entre la que destacan los cálatos.

[259] Textualmente el hallazgo se describe de la siguiente manera: "Tanto el plato como el resto de los materiales que lo acompañan se encontraron al lado de un encachado de piedras de pequeño tamaño, que conservaron cenizas obtenidas muy probablemente entre los restos producidos por la cremación del cadáver, y depositados en este lugar" (López Malax-Echevarría 1973: 392).

ceremonia similar[260]. También los materiales que aparecen asociados a estos restos contribuyen a apoyar nuestra hipótesis, en concreto los que podemos calificar de servicio de mesa o vajilla que, en la mayor parte de las ocasiones, se trata de cerámica helenística de tipo gaditano.

Desde el momento en que se localizó el yacimiento, se empezaron a documentar ciertos ejemplares cerámicos, que se describen como "precampanienses" (*Idem.* 168), "cerámica con pintura en rojo muy perdida" (Muñoz Gambero 1964: 166), o simplemente "barniz rojo" (*Idem.* 167) que en ocasiones, cuando la superficie adopta tonos más oscuros, se relacionan con las producciones áticas o campanienses, aunque siempre recalcando que se trata de fragmentos "*atípicos*" respecto a las producciones universales (*Idem.* 166 y 171). Cerámicas que en las publicaciones posteriores se reconocen ya como "tipo Kuass" (*Idem.* 2001: 332 y 334) y que aparecen, en todas sus formas (*Idem.*), tanto en superficie (*Idem.* 1964: 166 y 171) como en la mayoría de las estructuras excavadas (*Idem.* 169). Tenemos la seguridad de la aparición de al menos cuatro platos de pescado completos —Forma II— (López Malax-Echevarría 1973: 392), a los que seguramente haya que añadir otras formas, posiblemente copas o cuencos, dado el contexto en que documentamos esta cerámica y a la repetida mención de la aparición de fragmentos de cerámica con las características descritas (*vid. supra*).

Malaka

Frente al yacimiento anterior, en la bahía del mismo nombre, entre los cauces de los ríos Guadalmedina y Guadalhorce, se asienta bajo la población actual la antigua fundación fenicio-púnica de *Malaka*, cuyo origen hay que poner en relación con el abandono del vecino yacimiento del Cerro del Villar (Aubet 1994: 278). La coincidencia cronológica entre ambos hechos nos induce a pensar que hubo de producirse un trasvase poblacional (*Idem.* 1997: 199) desde el antiguo asentamiento hasta la nueva ubicación de la ciudad, que irrumpe con fuerza a mediados del s. VI a.C. en el panorama fenicio occidental, convirtiéndose en uno de los centros de comercio más importantes del sur de la península, como demuestran las importantes importaciones griegas y etruscas que recibe (Gran-Aymerich 1988b; Recio 1990b). Este protagonismo le viene dado por su emplazamiento (Gran-Aymerich 1988a: 578), pues se trata de un puerto de magníficas condiciones, situado estratégicamente en la ruta que cruza el estrecho hacia *Gadir* y en la desembocadura del Guadalhorce, principal vía de penetración hacia la serranía de Ronda y el valle el Guadalquivir.

Aunque desde finales del s. XIX se venían produciendo hallazgos casuales bajo el casco histórico de la ciudad (Martín Ruiz 1995: 66), los trabajos sistemáticos (un resumen en Recio 1990b: 17 ss.) no comienzan hasta la década de los setenta, cuando primero Niemeyer (Martín Ruiz 1995: 66) y después Isserlin inician las excavaciones en el área del teatro romano —descubierto en 1951— y la Alcazaba (Isserlin 1975), trabajos que con posterioridad se desarrollarían bajo la dirección de J. Gran-Aymerich en el marco de un proyecto sistemático de excavación, durante el periodo comprendido entre 1981 y 1987 (Alexandropoulos y Gran-Aymerich 1987; Gran-Aymerich 1991). La publicación de los resultados de los trabajos realizados en el área del Teatro Romano-Alcazaba han supuesto el punto de partida para conocer la secuencia crono-cultural y el desarrollo urbanístico de la ciudad prerromana, completada con algunos trabajos puntuales, como el sondeo realizado en el Colegio de San Agustín (Recio 1990b) y más recientemente por los resultados de las excavaciones de urgencia, reguladas por el P.G.O.U. de la ciudad (*Idem.* 28) que han ido poco a poco completando el panorama arqueológico de ésta. Existen indicios de ocupación prehistórica —del Neolítico al Bronce—, en el barrio de San Telmo (*Idem.* 11 ss.), por el contrario, en la zona este de la ciudad los datos referidos a los primeros momentos fenicios son muy escasos y fragmentarios (Arteaga 1987: 213 s.) y, en ocasiones, de dudosa cronología (Recio 1990b: 13 ss.). Lo cierto es que a pesar de que la grafía del nombre de la ciudad —MLK—, pudiera indicar un origen fenicio (Martín Ruiz 1995: 66), —supuesto sobre el que no hay unanimidad entre los especialistas (Recio 1990b: 12 s.)—, los primeros niveles claros de ocupación no se documentan hasta el s. VI a.C. Para estos momentos la ocupación parece que es simultánea en la zona más alta de la ciudad, en la colina de la Alcazaba, que constituiría la acrópolis, y en la zona próxima al mar, en lo que podríamos considerar el barrio portuario, en la elevación de la calle San Agustín. En este esquema se ha visto un modelo de urbanismo axial, cuyo eje principal correría paralelo al litoral primitivo (Gran-Aymerich 1988a: 581).

Las excavaciones de los años ochenta en el sector del ***Teatro Romano***, se extienden sobre una superficie de 180 metros cuadrados y han ofrecido una potencia estratigráfica cercana a los tres metros. La secuencia estratigráfica permite diferenciar tres fases en la ocupación más antigua de la ciudad (*Idem.* 1991: 12): una primera "fenicio-púnica" (inicios del s. VI a mediados del s. V a.C.), una fase II "púnica" (s. V a finales del III a.C.) y una fase III "púnico-romana" (de fines del s. III a la primera mitad del I a.C.). El registro material presenta, según su excavador, una enorme similitud con la cerámica de los establecimientos fenicio-púnicos de toda el área del estrecho, en especial con el de algunos yacimientos norteafricanos y con el aparecido en las excavaciones de Doña Blanca (*Idem.* 1988a: 587 s.), lo que permitiría incluir a *Malaka*, con todo derecho, dentro del "Círculo del Estrecho".

En relación a las cerámicas "tipo Kuass" éstas aparecen de forma abundante y variada en las fases II y III, en ocasiones se reconocen como tales (*Idem.* 1991: 96) y otras aparecen publicadas entre la cerámica pintada o el material campaniense. La amplitud de las fases consideradas no nos permite conocer con exactitud en qué momento concreto comienzan a aparecer las producciones locales, si conviven aún con la vajilla ática, si las documentamos desde un momento temprano como parece evidenciar el repertorio tipológico, o si su uso es algo posterior, centrado en pleno s. III, etc. La división entre las fases II y III, hacia el final de la Segunda Guerra Púnica, por el contrario, sí nos permite comprobar que el uso de la vajilla "tipo Kuass" se prolonga hasta bien entrado el s. II a.C. Es importante resaltar que junto a la cerámica de tipo gaditano, aparecen otros repertorios barnizados protocampanienses, en concreto del taller romano-lacial de Pequeñas Estampillas, fenómeno que no advertíamos para Cádiz y su zona de influencia más inmediata. Parece evidente que más allá del Estrecho, tanto en la costa peninsular como en la norteafricana, estos productos, fuera cual fuera la razón, no llegan y que, sin embargo, aunque por lo que se conoce en pequeñas cantidades, sí lo hacen a las ciudades de la costa mediterránea (Pérez Ballester 1987: 70 ss.). En la fase II se reconoce la presencia de fondos de copas de la Forma VIII (Gran-Aymerich 1991: fig. 55, 3-4) y bolsales —Forma VII— (*Idem.* fig. 55, 1-2), pertenecientes a formas que por ciertos elementos arcaizantes como la acanaladura en la zona de reposo (*Idem.* 80; fig. 55, 1-4), sabemos que se inspiran directamente en las áticas y que, por lo tanto, deben corresponder a un momento temprano de la producción. De esta fase temprana

[260] Obsérvese la similitud entre los restos descritos (*vid. supra*, nota 259) y los hallados en las excavaciones de la necrópolis de Cádiz (Niveau de Villedary 2001b: 127).

también proceden algunas formas de lucernas de tipo helenístico —Forma XVII— (*Idem.* 80 y 87; fig. 65, 10-11) y la piquera de una abierta —Forma XVI (*Idem.* fig. 65, 8)— y un asa horizontal que pertenece a un bolsal (*Idem.* 80; fig. 55, 5). A pesar del evidente arcaísmo de las formas, no creemos que se puedan fechar a comienzos del s. IV como propone su excavador (*Idem.* 80 s.); más bien nos inclinamos por situarlas a finales del s. IV y con más probabilidades a comienzos del III a.C. Durante la fase III, "púnico-romana", que comienza a partir de fines del s. III a.C., advertimos cómo se generaliza el uso de la vajilla "tipo Kuass", ocupando un porcentaje mayor entre el total del material recuperado que en la fase anterior (*Idem.* 88) y documentándose la mayor parte de las formas que contemplamos en nuestra clasificación. Entre el material publicado aparecen platos de pescado —Forma II— (*Idem.* 88; fig. 66, 8, 9, 11 y 18; Ventura 1990: 1174; fig. 113, d), platitos de la Forma III (Ventura 1990: 1185; fig. 119, a), platos de la Forma V (Gran-Aymerich 1991: fig. 66, 10), bolsales —Forma VII— (*Idem.* 88; fig. 66, 7), copas de la Forma VIII (*Idem.* fig. 66, 4-6; Ventura 1990: 1179; fig. 116, b), cuencos de los Tipos IX-A (Gran-Aymerich 1991: fig. 66, 1), IX-B (Ventura 1990: 1167; fig. 112, c) y IX-C (Gran-Aymerich 1991: fig. 66, 2), boles de la Forma X (*Idem.* 97), ungüentarios —Forma XV— (*Idem.* 88; fig. 66, 20) y posiblemente lucernas abiertas —Forma XVI— (*Idem.* fig. 66, 3), además de algunos fondos lisos (*Idem.* fig. 66,19, 21-22) y otros decorados mediante motivos compuestos por cuatro palmetas unidas, según el esquema típico que suelen presentar las producciones gaditanas (*Idem.* fig. 75, 9, 18 y 19; Ventura 1990: 1199; fig. 127, a; fig. 129, c, e y f), cuatro palmeta separadas (Ventura 1990: 1200; fig. 129, a, b y d) o incluso cinco, dispuestas radialmente (*Idem.* 1198; fig. 125, d).

La cerámica gaditana "tipo Kuass" aparece normalmente en los contextos del s. III de la ciudad. A modo de ejemplo citaremos un conjunto, procedente de una de las ***excavaciones de urgencia*** practicadas recientemente en la ciudad, en concreto las actuaciones que durante los años 1998 y 2000[261] se han llevado a cabo en el futuro Museo Picasso, emplazado en el ***Palacio de Buenavista***, en la calle San Agustín. Allí, junto a ánforas de tipología gaditana MPA4 evolucionadas y cuencos-lucerna de cerámica común, se ha documentado un ungüentario barnizado y un fondo estampillado[262].

Se trata, como estamos viendo, de uno de los conjuntos más importantes contemplados hasta ahora, de la variedad y calidad de los encontrados en la bahía de Cádiz, Huelva capital y *Carteia*, es decir en los centros urbanos de mayor alcance y proyección en esos momentos. No nos extraña entonces que desde un centro costero de primera magnitud como Málaga las cerámicas "tipo Kuass" se distribuyan al interior, remontando los cauces fluviales hasta centros interiores redistribuidores caso de *Aratispi*.

***Aratispi* (Cerro de Cauche el Viejo, Antequera, Málaga)**

El yacimiento, que se encuentra situado en el término municipal de Antequera y ocupa prácticamente toda la superficie del Cerro de Cauche el Viejo (Perdiguero 1984-85: 107), conoció una intensa ocupación desde época prehistórica debido posiblemente a su inmejorable situación geográfica, que permite las comunicaciones entre la costa y las tierras interiores a través de los cauces de los ríos y de los pasos naturales de las sierras (*Idem.* 2001: 145). En los momentos que a nosotros nos interesan el asentamiento se nos muestra como un gran bastión amurallado, en relación quizás con la política desarrollada en la Península por los cartagineses (*Idem.* 151). La cultura material muestra una facies similar a la de los yacimientos costeros que estrictamente se pueden considerar "púnicos": ánforas gaditanas MPA4, importaciones griegas y, por supuesto, cerámicas gaditanas "tipo Kuass" (*Idem.*). En concreto se cita la presencia de un ejemplar de plato de pescado —F. II— que forma parte del ajuar de una tumba de incineración situada al pie exterior de la muralla defensiva del poblado (*Idem.*).

Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)

El asentamiento de Morro de Mezquitilla se encuentra situado al este de la desembocadura del río Algarrobo a unos 35 kilómetros de Málaga, emplazado sobre una colina de unos 32 metros de altitud sobre el nivel del mar, en lo que fue una antigua bahía. Las investigaciones han corrido a cargo del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid desde 1967, cuando tuvieron lugar las primeras prospecciones en el sitio. A estos primeros trabajos ha seguido una serie de campañas de excavaciones desarrolladas durante los años 1976, 1981 y 1982 (Schubart 1984 y 1997: 13; Marzoli 2000: 1631). La secuencia estratigráfica muestra, como también se constata en el yacimiento de Doña Blanca, que la población fenicia se asienta en el lugar, del que desconocemos su nombre antiguo, a principios del s. VIII a.C. (Acquaro, Aubet y Fantar 1993: 161), sobre un primer nivel de habitación calcolítico (Fase A) que aparece, sin solución de continuidad, en todos los cortes (Schubart 1997: 15). Los estratos que ocupan el periodo cronológico comprendido entre los siglos VIII y V a.C., se engloban en una segunda fase, considerada "fenicia", que se denomina con la letra B, subdividida a su vez en seis subfases (*Idem.* 16 ss.). Sobre un primer momento constructivo, fechado en el s. VIII, del que se han documentado restos de tres edificios separados por una calle e indicios de metalurgia (Marzoli 2000: 1631), en el s. VII se vuelve a construir, cambiando la orientación de calles y edificios y las técnicas constructivas. Todavía se observan dos remodelaciones más, la primera correspondiente aún a esta fase B, fechada hacia los siglos VI o V y una última, de los siglos IV-I a.C., que constituye la fase C "púnica-romana" y "republicana" (Martín Ruiz 1995: 80). Aunque en las publicaciones se ha puesto más énfasis, como viene siendo habitual, en la relación de los momentos más antiguos de ocupación (Schubart 1997), de esta última fase conocemos la existencia de un edificio con una especie de acera en su exterior y una calle que lo separaba de los restos de otra edificación. A partir de un núcleo más antiguo al que se irían adosando nuevas construcciones, se dividió en dos naves mayores y otra más estrecha, excavándose también un sótano y un pilón para el agua. Esta vivienda, que parece que fue destruida por un incendio, perdura hasta los siglos III ó II a.C. (Martín Ruiz 1995: 81).

Idéntico es el caso de los materiales de este último momento que prácticamente desconocemos y de los que tan sólo recientemente se ha publicado un avance sobre las ánforas (Marzoli 2000). Los resultados nos muestran una economía floreciente para estos momentos, fundamentada, tras la reestructuración económica del s. VI, en la industria de la pesca y salazón y en íntima conexión con el mundo gaditano (*Idem.* 1637). Estos datos, a pesar de la escasez de materiales publicados, hacían presumir la

[261] Dirigidas por José Mayorga Mayorga y otros.

[262] Información que agradecemos a José Suárez Padilla, quien amablemente nos mostró este material en noviembre de 1998.

presencia de vajilla de mesa gaditana en el yacimiento, constatada mediante la publicación de un típico plato de pescado que se incluye erróneamente entre una serie de platos de engobe rojo fenicio en el *Catálogo Monumental de los Fenicios en Andalucía* (Martín Ruiz 1995: 126; fig. 112), editado con motivo de la celebración en Cádiz del *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* en 1995. Con posterioridad hemos tenido la oportunidad de realizar una visita de trabajo al yacimiento, donde gracias a la amabilidad de sus excavadores[263], pudimos estudiar toda la cerámica "tipo Kuass", procedente en su mayor parte de las campañas de 1981 y 1982.

Entre el material estudiado[264] hemos reconocido platos de pescado —Forma II—: una forma completa, ocho bordes o labios y un fondo. Dos ejemplares de pequeños platos de la Forma III, uno completo y otro al que le falta únicamente la base. La existencia de bolsales —Forma VII— está constatada por la presencia de un fondo exclusivo de esta forma. La copa —Forma VIII— es la forma más ampliamente representada. Entre los ejemplares completos, los bordes y los fondos estampillados —que por decoración, forma y dimensiones deben pertenecer a esta forma—, hallamos 13 ó 14 ejemplares. Sin embargo, la presencia de cuencos no es tan numerosa como *a priori* cabría esperar, ya que solamente contabilizamos cuatro ejemplares a los que les falta la base y un fondo pertenecientes al Tipo IX-A y un fondo estampillado típico y un posible borde del Tipo IX-C. Por último, se ha podido comprobar la existencia de lucernas helenísticas —Forma XVII—, de las que contamos con dos ejemplares: un cuerpo del tipo que presenta mamelón y una piquera. La mayoría de los fondos aparecen decorados mediante los típicos diseños de la producción, que la caracterizan e individualizan de otros talleres: palmetas de muy buena calidad estilística, frecuentemente ligadas y en otras ocasiones enfrentadas y separadas, festoneadas, o diseños más simples y esquemáticos, con una única palmeta impresa en el fondo interno del vaso, que parecen pertenecer, tanto por la decoración como por la forma, a producciones más evolucionadas. Tampoco encontramos razones para no incluir, tras la observación visual de pastas y barnices, a estas piezas dentro de la producción del taller gaditano. El análisis del conjunto recuperado de las excavaciones de Morro, al tener la certeza de que estamos hablando del total del material exhumado y haber tenido la posibilidad de ver los materiales asociados, nos permite hacer una serie de valoraciones, con más seguridad que para otros conjuntos: 1) En primer lugar hay que destacar que, en términos relativos, suponen un tanto por ciento bastante reducido respecto al total del material de la cerámica fina que podemos considerar de mesa e incluso con respecto a las producciones barnizadas; sobre todo si lo comparamos con lo que sucede en el área de Cádiz. 2) En segundo lugar hay que señalar que esta cerámica típica del "Círculo del Estrecho" aparece aquí asociada a otras importaciones de barniz negro, entre las que hemos podido reconocer un buen número de materiales de "pseudocampaniense" ebusitana y de otros talleres mediterráneos; es decir que al contrario de lo que sucede en la zona de Cádiz, aquí el uso de la vajilla "tipo Kuass" no es exclusivo. 3) En tercer lugar tenemos que señalar el gran número de platos de pescado, copas y cuencos fabricados en cerámica común local[265] que encontramos en estos niveles. La existencia de esta vajilla local cubre en gran medida la demanda de vajillas finas de mesa, por lo que las importaciones aquí si podrían tener un carácter de lujo o semilujo que no veíamos para la bahía de Cádiz, donde la vajilla barnizada llega a sustituir a los repertorios locales de cerámica común. Aquí la vajilla "tipo Kuass", junto al resto de importaciones barnizadas, sustituiría en el registro a la vajilla ática con su mismo sentido, es decir, como vajilla exótica. Por el contrario, en lo que hemos considerado área nuclear, las formas más usuales de la vajilla —los platos de pescado y los cuencos—, en su mayor parte son producciones de tipo helenístico, barnizadas, y en comparación, el porcentaje de otros tipos de platos, como los turdetanos pintados o los de engobe claro, resulta insignificante. Lo mismo se puede decir de los pequeños cuencos, los llamados cuencos-lucerna, tan frecuentes en la mayoría de yacimientos turdetanos y que, no obstante, en el área gaditana se sustituyen por los cuencos del Tipo IX-A. En Morro, sin embargo, la presencia de platos de pescado y cuencos en cerámica común es muy numerosa. Se presentan en diferentes calidades, desde las más groseras hasta piezas de cuidada ejecución, con engobes y tratamientos exteriores que siguen en mayor o menos medida el *canon* helenístico. Debemos suponer, por tanto, que la vajilla de mesa queda cubierta con estas producciones de cerámica local; siendo así, resulta lógico que el grueso de la cerámica "tipo Kuass" hallada en el yacimiento corresponda a otro tipo de formas como, por ejemplo, las copas o los platitos de la Forma III, de mayor calidad formal y estilística, que no cubre la producción local, de ahí el alto número de estampillas encontradas en relación al total de individuos analizados. La presencia del resto de las formas importadas —platos de pescado, cuencos y lucernas— tiene también su explicación, ya que se trata de las formas características que se difunden a los sitios púnicos desde momentos anteriores (Cabrera 1997: 383).

Como hemos tenido ocasión de comprobar, en los yacimientos púnicos de la costa malagueña los elementos de la vajilla "tipo Kuass" aparecen acompañados de piezas procedentes de otros talleres protocampanienses, aunque la suma de todos estos repertorios helenísticos representa, en conjunto, un porcentaje relativamente reducido dentro del total de la cerámica fina o vajilla de mesa. De forma paralela observamos cómo estas funciones las desempeñan en estos yacimientos ciertas formas que sustituyen funcional, y con mayor o menor fortuna, también formalmente, a los recipientes helenísticos clásicos.

Si en las zonas del interior de los valles del Guadalquivir y Guadalete intuíamos por una serie de indicios, aún escasos y fragmentarios, que debía existir algún tipo de ***taller local*** que imitara en pastas groseras, formas simples y macizas y esquemas decorativos esquemáticos y de escaso estilo artístico, la producción gaditana "tipo Kuass"; en los yacimientos del litoral mediterráneo creemos, por ciertas evidencias, que se puede individualizar, aún de manera provisional, otra producción comarcal o local, que se caracteriza por la imitación en pastas grises, sin tratamientos superficiales, de formas helenísticas y, en algunos casos, de decoraciones que a todas luces reproducen los esquemas de la cerámica gaditana.

---

[263] Visita realizada durante el mes de octubre de 1998 gracias a la invitación de Karin Mansel, miembro del Instituto Arqueológico Alemán y encargada del estudio del material de los niveles más recientes. Durante nuestra estancia en la ciudad de Málaga donde se encuentran depositados, pudimos analizar los materiales y sus contextos. Desde estas líneas agradecemos a esta investigadora su invitación y hospitalidad durante nuestra estancia.

[264] Sobre un total de treinta y nueve ejemplares, entre formas completas y fragmentos.

[265] Estas piezas presentan, según nos informa Karin Mansel, a quien agradecemos la información, las pastas típicas de la zona.

Hemos podido identificar piezas de estas características en los ya mencionados yacimientos de El Torreón (Estepona), en las excavaciones del Teatro Romano en Málaga capital y en los niveles de la fase C de Morro de Mezquitilla y además en el Cerro del Mar, donde por lo que sabemos no se documentan piezas de "tipo Kuass".

— En el yacimiento de ***El Torreón*** (Estepona, Málaga), se menciona la aparición de una base similar a las descritas como de "tipo Kuass", es decir barnizadas de rojo, también estampillada, pero de "color gris claro" (Soto 1988: 5; lám. IV).

— Por su parte, Ventura recoge en su Tesis Doctoral un fondo hallado en las excavaciones de ***Málaga***, también en pasta gris, decorado mediante una sola estampilla en el centro de la pieza (Ventura 1990: 1196).

— También en ***Morro de Mezquitilla*** tuvimos la ocasión de comprobar personalmente la abundancia con que aparecen formas de platos de pescado y cuencos en pastas grises. Una vez más, el argumento de mayor peso a la hora de hacer derivar esta producción comarcal de la gaditana lo encontramos en los diseños decorativos. En el caso de Morro contamos con una base que posiblemente corresponda a una forma de copa, decorada mediante cuatro palmetas enfrentadas y separadas, de contorno festoneado y cuidada ejecución, que en nada se diferencian de las contempladas en la bahía de Cádiz o en el alfar de Kuass.

— Por último, esta producción está atestiguada en el yacimiento de ***Cerro del Mar*** (Vélez-Málaga), situado en una elevación de unos cincuenta metros sobre el nivel del mar, junto a la desembocadura del Vélez. La vida de este yacimiento comienza posiblemente hacia el s. VI a.C. (Martín Ruiz 1995: 76) cuando se abandona la factoría de Toscanos, situada al otro lado del río (Acquaro, Aubet y Fantar 1993: 166). En las primeras excavaciones llevadas a cabo por el Instituto Arqueológico Alemán dentro del programa de excavaciones de Toscanos, ya se detectaron niveles y materiales del s. III a.C. (Arteaga 1981: 120), que posteriormente han quedado comprobados en el curso de los trabajos que desde 1976 viene desarrollando O. Arteaga en el yacimiento (*Idem.* 1985: 197). En virtud de estos hallazgos se establecieron en un primer momento tres fases de ocupación: la más antigua se fechó hacia el s. IV a.C. por la presencia de cerámica griega (*Idem.* 124), sobre ésta, una segunda se data en el III y la última entre el s. II y el I a.C. En posteriores campañas se ha podido remontar la fecha de comienzo del yacimiento al menos al s. V y muy posiblemente al VI a.C. (Martín Ruiz 1995: 76 s.). Según expone su excavador, las últimas importaciones griegas llegan a mediados del s. IV a.C. y ya no aparece otro tipo de vajilla helenística en Cerro del Mar hasta la llegada de campaniense A tardía, que aparece asociada ya a campaniense de tipo B (Arteaga 1981: 129), quedando un vacío cronológico entre ambos estratos, ya que no se documenta ninguna otra clase de vajilla protocampaniense. Sin embargo, sí se reconoce la existencia de una producción local de relativo peso, de al menos formas de platos de pescado (*Idem.* n. 62), considerados imitaciones de los tipos helenísticos (*Idem.* 1985: n. 37), sin ningún tratamiento superficial y que van a sustituir en la vajilla a las anteriores formas de platos de engobe rojo fenicios (*Idem.* 1981: 129).

6.4.3.2. *La costa granadina*

La costa de Granada sigue a efectos de poblamiento y de patrón de asentamiento, las mismas pautas que hemos visto para la costa malagueña (Aubet 1994: 265 ss.; Arteaga *et al.* 1985: 120). A pesar de la importancia de los centros fenicio-púnicos que encontramos en este tramo del litoral mediterráneo, no tenemos constancia cierta de que en ninguno de ellos haya aparecido algún ejemplar de "tipo Kuass". De cualquier manera, hemos optado por incluir esta zona dentro de nuestro análisis ya que pensamos que por una parte, hay muchas posibilidades de que la presencia de cerámicas gaditanas no se haya reconocido como tal y se hayan confundido con materiales campanienses de poca calidad o producción local, o simplemente no se hayan publicado, en tanto que, por otra, puede que la ausencia de niveles claros del s. III a.C. en algunos de los yacimientos contemplados, sea la responsable de la ausencia de hallazgos.

***Sexi* (Almuñécar, Granada)**

La ciudad se sitúa en lo alto de un promontorio costero, el Cerro de San Miguel, que domina como un cabo el antiguo delta de los ríos Verde y Seco, hoy anegado (Arteaga *et al.* 1985: 120), bajo lo que hoy es la actual población de Almuñécar. A ambos lados se sitúan las necrópolis arcaica del Cerro de San Cristóbal o "Laurita" y las más recientes de Velilla y Puente de Noy. Se trata de uno de los yacimientos fenicios de mayor peso dentro de la colonización fenicia del mediodía peninsular, situado en el epicentro del tramo costero comprendido entre Almería y Málaga (Acquaro, Aubet y Fantar 1993: 156). Citada con profusión por las fuentes literarias (Castro y Silva e.p.), aparece en éstas como *Sexi*, *Seks* o *Ex* (Pastor 1992: 231; Martín Ruiz 1995: 85). Estrabón la cita como el primer punto de contacto de los fenicios en la Península (Estr. III, 5, 5) y alaba la calidad y fama de sus salazones (Estr. III, 4, 3), de la que hallazgos como el de la factoría de El Majuelo (Molina y Jiménez Contreras 1983) dan buena prueba. Las actuaciones arqueológicas se han sucedido en la ciudad desde el descubrimiento y excavación de la necrópolis arcaica del Cerro de San Cristóbal (López Castro 1992a: 24), ofreciendo una amplia secuencia desde el s. VIII hasta época romana, de niveles de habitación, industriales y funerarios.

Los niveles más claros correspondientes al s. III a.C., son los que ofrece la necrópolis púnica de ***Puente de Noy***, excavada por F. Molina en los años 1979-81, 1983 y 1986 (Molina, Ruiz y Huertas 1982). El cementerio se sitúa en la mitad occidental del actual casco urbano, en la ladera de una colina de suave pendiente que en la Antigüedad hubo de estar bañada por el mar (Martín Ruiz 1995: 89). Se han excavado cerca de 160 sepulturas, la mayoría saqueadas desde antiguo, que presentan una gran diversidad de ritos y estructuras. A partir del s. III a.C. se impone el ritual de incineración. Pese a que se han documentado un buen número de sepulturas correspondientes a los siglos III y II a.C., no hemos podido distinguir, entre los ajuares, ningún ejemplar de cerámica "tipo Kuass"[266], a pesar de que es frecuente la presencia, entre éstos, de cerámica campaniense (Molina, Ruiz y Huertas 1982: 209;

[266] Agradecemos a José Luis López Castro, que en su día estudió los materiales procedentes de todas las campañas de excavación de la necrópolis, que nos haya confirmado la ausencia de cerámicas gaditanas "tipo Kuass" en Puente de Noy.

Molina y Durán 1983). No obstante, entre los materiales clasificados como campanienses, algunas formas, sobre todo por sus descripciones, no parecen corresponder a piezas de origen itálico, sino a algún tipo de producción local (Adroher y López Marcos 2000: 152) que, ante la parquedad de la información de la que disponemos, no estamos en condiciones de asegurar si se trata de imitaciones campanienses o anteriores, procedentes de la zona de Cádiz o de cualquier otro taller intermedio situado en algún punto del litoral mediterráneo. Sí sabemos que en algún caso las superficies se recubrían, siguiendo la costumbre de los talleres del área púnica, de engobes rojos o rojizos, como en el caso de una lucerna helenística procedente de la tumba 4 de la zona B (Molina, Ruiz y Huertas 1982: 45; fig. 17, 4).

También en la fábrica de salazones romana de ***El Majuelo*** (Molina y Jiménez 1983) se han hallado evidencias de un uso anterior (Martín Ruiz 1995: 85). Durante la campaña de 1984 apareció una gran cantidad de cerámicas púnicas, ibéricas y campanienses, que aunque no aparecen asociadas a estructuras constructivas, apuntan la posibilidad de una fase púnica en el funcionamiento de la factoría (Molina, Huertas y López Castro 1983: 275). En el corte E`-IV, bajo las piletas de salazón romanas, se efectuó un sondeo que ha ofrecido la documentación de cuatro niveles de ocupación. Sobre los niveles más antiguos, el IV y el III, en los que aparecen cerámicas griegas (*Idem.* 282), el nivel II podría corresponder a niveles del s. III, quizás avanzado. En él se cita la presencia de campaniense, cálatos y cerámica y ánforas púnicas (*Idem.* 281). El nivel más reciente, el I, ofrece cerámica campaniense, sigillata itálica y sudgálica, ánforas romanas republicanas y púnicas Mañá C, es decir, un elenco cerámico plenamente republicano. En el estudio de materiales no se menciona la presencia de imitaciones de campaniense que pudiesen corresponder a ejemplares de "tipo Kuass". Si bien esto pudiera responder al momento en cuestión en que estas investigaciones tuvieron lugar, cuando aún era poco lo conocido sobre la presencia en la Península Ibérica de las cerámicas que Ponsich había reconocido en Kuass; las formas documentadas —platos de las formas L-36 (*Idem.* fig. 3, 6) y L-6 (*Idem.* fig. 3, 7)—, indican que se trata de producciones posteriores, plenamente campanienses. Sin embargo, pensamos que el periodo comprendido entre finales del s. IV y comienzos del II, debe quedar cubierto con algún tipo de producción de corte helenístico, máxime cuando observamos entre las piezas publicadas formas de platos de pescado y cuencos (*Idem.* fig. 4 y 5) que derivan de las formas griegas. Si estos ejemplares pertenecen o no a los talleres gaditanos o si se trata de producciones locales o importaciones de otros lugares, es algo que sólo un estudio particularizado de los materiales podrá dilucidar. Lo que sí creemos que estamos en condiciones de afirmar, a la luz de las evidencias, es que la población sexitana del s. III hubo de surtirse, de una manera o de otra, de vajilla de tipo helenístico.

Otras actuaciones han tenido lugar durante los años 1983 y 1986 en diversos puntos del ***casco urbano de la ciudad***. De ellas se han localizado niveles del s. III a.C. en la calle Real, Castillo de San Miguel y Palacio del Corregidor (Martín Ruiz 1995: 85). Aunque en ninguna de ellas tenemos constancia de la aparición de cerámicas "tipo Kuass", en las excavaciones de la ***calle Real*** se distingue, dentro de la campaniense A, una serie de vasos (Molina, Rodríguez y Buendía 1983: 141 s.; fig. 9, 12-15) que aunque en principio responden, según sus excavadores, a la tipología de este grupo cerámico, los barnices marrones y las pastas, entre crema y marrón, de secciones muy granulosas, inducen a pensar que se trata de imitaciones locales.

***Selambina* (Salobreña, Granada)**

El yacimiento se asienta sobre una península rocosa conocida como "El Peñón", antiguamente de carácter insular, que controla una ensenada en la margen derecha de la desembocadura del Guadalfeo (Martín Ruiz 1995: 91). Aunque siempre se sospechó la existencia de un antiguo asentamiento fenicio-púnico bajo la actual población de Salobreña, la constatación arqueológica de la *Salambina* o *Selambina* que los autores grecolatinos incluyen entre los asentamientos semitas de la costa mediterránea (Ferrer 1995: 335), es relativamente reciente.

Los trabajos se reducen a la realización de una actuación de urgencia en ***El Peñón*** en 1992 (Arteaga *et al.* 1992) ante la destrucción sistemática de la que estaba siendo objeto el sitio (*Idem.* 27 ss.). Estas excavaciones han puesto de relieve la existencia de un santuario de época púnica tardía, que estuvo en funcionamiento durante el s. II y la primera mitad del I a.C. (*Idem.* 21), aunque posiblemente fuese erigido en un lugar de amplia tradición religiosa (Ferrer 1995: 340). El santuario debió estar dedicado a alguna divinidad protectora de la navegación, quizás Tanit (Arteaga *et al.* 1992: 61), siguiendo un modelo ampliamente difundido (Pérez 1994). Los cuatro cortes estratigráficos realizados en el yacimiento han proporcionado una ingente cantidad de materiales (Arteaga *et al.* 1992: 43), procedentes en su mayor parte de los niveles correspondientes al templo púnicorromano, ya que la construcción de éste debió remover los estratos fenicio-púnicos más antiguos, cuyos materiales —entre los que se mencionan ánforas, cerámicas pintadas y lucernas, fechadas a partir del s. VI a.C. (*Idem.* 45)— aparecen sin contexto estratigráfico claro. La cerámica del horizonte púnico de los siglos IV y III a.C., que aparece mezclada con el material imperial, es muy escasa y se reduce a producciones de tipo local de pastas grises, pintadas o de cocina; sin que se pueda, ante la ausencia de materiales publicados (Ferrer 1995: 337), concretar más. Sobre este horizonte, en el s. II a.C. se construye un edificio cuadrangular que sus excavadores interpretan como un templo (Arteaga *et al.* 1992: 59), muy destruido y saqueado por los clandestinos, a pesar de lo cual ha ofrecido un rico conjunto de exvotos. Entre los numerosos pebeteros, terracotas y quemaperfumes, objetos propios de culto en los santuarios púnicos (Ferrer 1998: 50 s.), también es muy abundante la presencia de otros recipientes cerámicos, contenedores de las ofrendas u ofrendas por sí mismos en algunas ocasiones. Se menciona la presencia de cálatos, vasos caliciformes, ungüentarios, lucernas, ánforas romanas y púnicas, etc. (Arteaga *et al.* 1992: 60 s.). Pero sobre todo abunda la vajilla de mesa, en este caso concreto importaciones de campaniense A —formas L-28/29, L-30, L-31, L-33 y L-36— y B (*Idem.*) e imitaciones púnicas de formas de la campaniense A. Entre estas últimas destacan, siempre según sus excavadores, las formas L-21 y L-23, es decir, las formas clásicas de cuencos y de platos de pescado, las que como hemos tenido ocasión de comprobar resultan las más difundidas entre las producciones gaditanas. También se reconocen reproducciones de las formas L-26, L-27, L-29, L-31, L-33 y L-36 (*Idem.*). Con esto no queremos afirmar que las imitaciones aparecidas en El Peñón sean cerámicas gaditanas, sino recalcar de nuevo la similitud del horizonte de imitaciones y/o producciones locales que observamos en el s. III a.C. para el sur de la Península Ibérica.

Por su parte, las prospecciones geofísicas que desde la década de los ochenta tienen lugar en la costa con el objetivo de delimitar el antiguo litoral (Arteaga *et al.* 1985), han proporcionado evidencias de poblamiento en ***tierra firme*** en la que sería la costa de época fenicio-púnica (*Idem.* 1992: 57), que se ha puesto en relación con las dependencias portuarias de la antigua *Selambina* (*Idem.* 58), cuyo núcleo de habitación principal debió situarse bajo la actual ciudad de Salobreña aunque, y reproducimos las palabras de

su excavador, "la oscuridad arqueológica de este periodo se repite en los observados hasta ahora en la tierra firme, donde si bien no faltan evidencias púnicas del s. IV-III a.C., no resultan por sí solas suficientes para llenar de significación histórica el tiempo correspondiente a la Selambina prerromana" (*Idem.* 57).

Baños de Alhama (Granada)

Sobre la presencia de cerámica "tipo Kuass" en este yacimiento, situado algo hacia el interior, sólo contamos con la escueta referencia que aparece en un trabajo de reciente publicación, al hallazgo de un fragmento de fondo de plato de pescado —Forma II— (Adroher y López Marcos 2000: 158; lám. 2, 2).

6.4.3.3. *El litoral almeriense occidental*

Hemos optado por dividir el litoral almeriense en dos zonas. En la primera incluimos los yacimientos más occidentales: Adra y Ciavieja y en la segunda los situados en la zona más oriental, donde la costa se incurva hacia levante. Nuestra intención es individualizar de los asentamientos que hemos visto hasta ahora, situados a lo largo de la costa mediterránea de Málaga, Granada y Almería, los que se ubican en torno a la depresión de Vera, es decir, los que de una forma más patente dependerían de *Baria*, el centro púnico más importante del sureste peninsular hasta la fundación de Cartagena, que tradicionalmente se ha considerado vinculado directamente a Cartago (Ferrer 1998: 46).

Intentaremos demostrar que a través de la cultura material, y más concretamente de las producciones occidentales "tipo Kuass", se puede delimitar las áreas de influencia de los diferentes centros púnicos y tratar de dibujar el mapa de relaciones entre éstos, en un momento, el s. III a.C., de cambios y convulsiones. Creemos por tanto, que los yacimientos más occidentales de la provincia de Almería fluctuarían, al igual que los malagueños y granadinos, dependiendo del momento, entre los dos grandes centros púnicos sudpeninsulares: Cádiz y Villaricos (*Idem.* 40 ss.).

***Abdera* (Cerro de Montecristo, Adra, Almería)**

La identificación de la antigua *Abdera* con la actual población de Adra (Suárez *et al.* 1986: 18) parece hoy fuera de toda duda tras la realización, en las décadas de los setenta y ochenta, de una serie de actuaciones arqueológicas que han permitido localizar los restos de la antigua población fenicio-púnica y romana en el actual Cerro de Montecristo (Martín Ruiz 1995: 91). El Cerro de Montecristo es una elevación natural que se erige 50 metros por encima del nivel del mar, situado al este de la actual población de Adra, junto al antiguo curso del río del mismo nombre desviado a fines del s. XIX (Suárez *et al.* 1986: 16). Durante los años 1970 y 1971 se llevaron a cabo cuatro campañas de excavaciones dirigidas por M. Fernández-Miranda y L. Caballero Zoreda (1975). Los trabajos se localizan en tres zonas —la primera situada en la parte alta del cerro, la segunda cerca del espolón y la última en la parte baja— que dieron como resultado la documentación de diversas estructuras de habitación púnicas, en las zonas 1 y 2, y los restos de una factoría de salazón romana, en la 3. La secuencia estratigráfica obtenida en estos primeros trabajos abarca un período cronológico comprendido entre mediados del s. IV a.C. y época tardorromana, que sería completada años después, cuando a raíz del progresivo deterioro del cerro, se planteó una excavación de urgencia que tuvo lugar en 1986 (Suárez *et al.* 1986) y que ha permitido la ampliación de la secuencia hasta el s. VIII a.C. (López Castro *et al.* 1991: 984). Correlacionando las estratigrafías de ambas intervenciones se ha podido establecer una secuencia constructiva compuesta por cuatro fases (Martín Ruiz 1995: 92): las dos primeras de época arcaica —de la segunda mitad del s. VIII y el s. VII a.C. respectivamente—, una tercera fase centrada en la primera mitad del s. VI y una cuarta que, tras un vacío de siglo y medio, se sitúa hacia el s. IV a.C. A éstas podríamos añadir una quinta, considerada "tardo-púnica" (Suárez *et al.* 1986: 18), que sus excavadores fechan entre los siglos II y I a.C.

A la vista de los resultados estratigráficos obtenidos en el Cerro de Montecristo vemos que, de nuevo, el período correspondiente al s. III a.C., ante la ausencia de importaciones que lo fechen, queda diluido en esa especie de horquilla —s.IV-s.II— en la que tradicionalmente se ha incluido la ultima fase púnica. A pesar de ello, contamos con una serie de indicios que nos permiten no sólo reconocer la presencia de este otro tipo de producciones que cubre el espacio cronológico comprendido entre las últimas cerámicas griegas y las primeras campanienses, sino también documentar este período tradicionalmente indefinido, al revelarse estas producciones locales como el fósil-guía fundamental para esta centuria. El estudio individualizado de la cerámica de barniz negro procedente de los antiguos trabajos (Adroher y López Marcos 1989: 382 s.; Adroher 1989-90) ha permitido definir un horizonte de importaciones de vajilla fina donde se observa que la cerámica ática no llega a tener en su momento demasiado peso dentro del conjunto vascular (Adroher 1989-90: 276) y que por el contrario, existe una temprana relación comercial con el territorio itálico, que se refleja en el amplio conjunto de campaniense A recuperado (Adroher y López Marcos 1989: 383). Las imitaciones y las producciones de tipo púnico tampoco tienen, a juicio de Adroher, especial relevancia. Las primeras prácticamente se limitan a reproducir formas más evolucionadas de campaniense B (*Idem.*) y entre las segundas, tan sólo podemos incluir a ciencia cierta ciertos ejemplares que por formas, decoraciones y características técnicas pertenecen a producciones de "tipo Kuass" (*Idem.*), principal taller abastecedor de vajilla barnizada de los centros púnicos sudpeninsulares en estos momentos (Adroher 1989-90: 281). Nos referimos en concreto a una forma de cuenco L-21/25B, nuestro Tipo IX-C, procedente del nivel VI del corte M.E. de la zona 1 de las excavaciones de los años setenta (Fernández-Miranda y Caballero 1975: 118; fig. 58, 10; Adroher 1989-90: 283; Adroher y López Marcos 1989: 383; fig. 1, 5 y 2000: 158; lám. 2, 3), que sus excavadores describen como "un fondo casi completo de cerámica precampaniense que aparece con las superficies de color rojo por un defecto de cocción y que en su parte interna presenta un motivo estampado a base de cuatro palmetas opuestas dos a dos unidas por su parte inferior en el centro de la pieza" (Fernández-Miranda y Caballero 1975: 118) y que posteriormente es considerado "un pequeño cuenco lucerna L-21/25B, imitado en cerámica de barniz rojizo, muy posiblemente relacionado con la producción púnica de Kouass" (Adroher 1989-90: 283). Además de este ejemplar, el más caracte-

rístico, en el nivel IV de la zona 2 aparecieron ciertos elementos, considerados imitaciones, de platos de pescado —Forma II— (Fernández-Miranda y Caballero 1975: 145; fig. 74, 80) y de cuencos del tipo IX-A (*Idem.* fig. 74, 248) que podrían pertenecer bien a la producción del taller gaditano, bien a cualquiera de los talleres locales que siguiendo el modelo de éste debieron estar en funcionamiento durante esta centuria en el mediodía peninsular. El plato de pescado, recordemos, es una de las formas más difundidas entre los asentamientos semitas, por lo que no debe extrañarnos su fabricación en estos ambientes (Adroher 1989-90: 283), como tampoco la presencia de cuencos, la otra forma de mayor difusión de la producción gaditana. La presencia de esta cerámica fecha, según sus excavadores, los niveles en los que aparecen en los siglos IV-III a.C., fecha que a nuestro juicio, podría situarse con más precisión, por las formas documentadas y el perfil arcaico de las piezas, en algún momento de la primera mitad del s. III a.C. A un momento más tardío de la producción (¿primera mitad del s. II a.C.?) podrían corresponder los materiales procedentes de la urgencia practicada en 1986, que aparecieron en los niveles tardo-púnicos más recientes y son calificados de "presigillatas" (Suárez *et al.* 1986: 18).

Ciavieja (El Ejido, Almería)

En el término municipal de El Ejido, a la entrada del actual núcleo urbano, se asienta, en el paraje denominado Ciavieja, este asentamiento, conocido a partir de dos excavaciones de urgencia practicadas en los años 1985 (Suárez *et al.* 1985) y 1986 (*Idem.* 1986). Sobre una amplia secuencia prehistórica que abarca desde el Neolítico Final-transición Calcolítico hasta el Bronce Pleno (*Idem.* 20 ss.), el yacimiento se ocupa de nuevo a comienzos del s. V a.C., momento en el que se documentan dos fases constructivas de época púnica, muy arrasadas debido a la intensiva utilización del cerro como cantera para la extracción de tierras (Carrilero y López Castro 1994: 253). Los materiales recogidos son, aunque escasos, significativos. Entre las cerámicas más representativas aparecen una serie de fragmentos griegos de figuras rojas, barniz negro y sobrepintadas de estilo "Saint Valentin" que permiten fechar el inicio del poblamiento hacia la primera mitad o mediados del s. V a.C. (*Idem.* 256). Entre las cerámicas comunes destacan las pintadas de tipo ibérico, las ánforas de tipología púnica (*Idem.* 259 ss; fig. 6, 1) y diversos recipientes de aparición constante en estos contextos, como son los cuencos hemisféricos, los vasos caliciformes, de perfil en "S", etc. (*Idem.* 259; fig. 5). Entre la vajilla de mesa aparecen platos de pescado de perfil helenístico (*Idem.* fig. 6, 3, Suárez *et al.* 1985: 17; fig. 11, 1) y pequeños cuencos con pie marcado y borde entrante (Carrilero y López Castro 1994: fig. 6, 4), aunque en la publicación no queda claro si los autores las identifican con producciones locales sin barnizar o si las relacionan con las fabricadas en Kuass (*Idem.* 259). En cualquier caso, la adopción de perfiles helenísticos nos está indicando la plena inclusión del asentamiento documentado en Ciavieja en el mismo mundo cultural púnico del que venimos hablando[267].

El Cerro del Castillo (Abla, Almería)

Conocemos procedente de este yacimiento un fragmento de plato de pescado, depositado en el Museo de Almería y recientemente publicado, sin que podamos añadir nada sobre el contexto en que apareció (Adroher y López Marcos 2000: 158; lám. 2, 1).

6.4.4. La Depresión de Vera

Limitada al norte por las Sierras de Almagrera y Almagro y al sur por la de Cabrera, la Depresión de Vera es una vega holocénica que se extiende, como han demostrado los trabajos paleogeográficos realizados por el Instituto Arqueológico Alemán (Arteaga *et al.* 1985: 118 ss.), al menos cinco kilómetros arriba de la actual línea de costa. Las desembocaduras de los ríos que la surcan, el Almanzora, el Antas y el Agua, formaban durante la Prehistoria Reciente y Protohistoria amplios estuarios navegables, que en el caso del Almanzora llegaban hasta el macizo de Herrerías (López Castro 1991a: 80), situado a 3 kilómetros de la desembocadura del río. Es este río el que vertebra el poblamiento de la región y constituye uno de los principales ejes de comunicación entre la Alta Andalucía y el sureste peninsular (Chapa, Pereira y Madrigal 1993: 417 ss.; Chávez *et al.* 2000a: 1488; López Castro 2000c: 27).

Hasta hace pocos años se creía que en esta zona existía un vacío poblacional en época protohistórica, difícil de explicar ante las excelentes condiciones de habitabilidad y explotación que ofrecía el territorio (López Castro 2000d), por lo que se sospechaba que éste debía responder más bien a la falta de investigación. En efecto, recientes trabajos de prospección que se engloban dentro de un proyecto de investigación más amplio (Camalich *et al.* 1993) han revelado la existencia de cerca de cincuenta emplazamientos de época fenicio-púnica (Chávez *et al.* 2000a: 1487). En época púnica la ocupación se manifiesta a lo largo de las ramblas, el curso bajo y la desembocadura de los tres ríos, aunque la mayoría se sitúa en la zona de costa antigua o muy próxima a ella (*Idem.* 1489); aunque se advierte una continuidad poblacional respecto a momentos anteriores, el modelo de poblamiento púnico se nos muestra más complejo de lo que tradicionalmente se ha considerado, pues el desarrollo de las investigaciones está revelando que éste no es exclusivamente costero y que hubo una importante penetración hacia el interior (*Idem.* 1491).

***Baria* (Villaricos, Cuevas de Almanzora, Almería)**

El yacimiento de Villaricos está situado en el término municipal de Cuevas de Almanzora, en la zona nororiental de la provincia de Almería, en el extremo noreste de la Depresión de Vera, junto a la desembocadura del río Almanzora, a orillas del mar Mediterrá-

[267] Aunque en un primer momento este yacimiento se puso en relación con una hipotética colonización agrícola cartaginesa relacionada con los "libiofenicios" de las fuentes literarias (López Castro 1992a: 58; Carrilero y López Castro 1994: 264 ss.), hoy esta explicación parece descartada (López Castro 2000d).

neo (López Castro 2000c: 27). La importancia económica y política de la antigua *Baria* obedeció a sus posibilidades de explotación minera (López Castro 1991a: 81) —plata, cobre, plomo, oro y cinabrio—, agrícola (*Idem.* e.p. a) y pesquera, y a la posición estratégica de su puerto (Acquaro, Aubet y Fantar 1993: 153), que por una parte domina las principales vías de penetración hacia las fértiles vegas de aluvión del interior, la zona minera y las poblaciones de la Alta Andalucía (Chapa, Pereira y Madrigal 1993: 417) y por otra, debido a su privilegiada situación geográfica, se convierte en cruce de caminos de las principales rutas mediterráneas.

Tradicionalmente su origen se había vinculado a la expansión territorial cartaginesa (Aubet 1986: 619), pero hoy en día parece fuera de toda duda que se trate de una fundación fenicia, que surge en el marco de la diáspora general de expansión hacia Occidente a la que asistimos a lo largo del s. VIII a.C. (López Castro 1991a: 80). La *Baria* de las fuentes literarias[268] sería otro más de tantos asentamientos que durante estos siglos surgen en las desembocaduras de los principales ríos del sur peninsular, siguiendo el patrón de asentamiento clásico (*Idem.* e.p. a). Sí parece, sin embargo, que la ciudad mantuvo un estrecho contacto a lo largo de toda su historia con Cartago (Ferrer 1998: 46). Lazos que se han explicado en relación al potencial minero de la zona y al interés de Cartago por el control de esta explotación (*Idem.* 1996: 132) y que explican, según algunos autores, que *Baria* fuese la única ciudad fenicia del sur peninsular que opuso resistencia a Escipión y, por consiguiente, tomada por la fuerza (López Castro 1991a: 84 y 2000a: 56).

El conjunto de Villaricos comprende una zona de hábitat, otra de necrópolis y dos posibles santuarios; sin embargo, no todas las zonas se conocen igual, mientras que la necrópolis ha sido extensamente excavada (Siret 1906; Astruc 1951; Almagro-Gorbea 1984 y 1986), los trabajos en el asentamiento se reducen a actuaciones puntuales (Alcaraz 1988 y 1989; López Castro 2000c) y de los santuarios tan solo tenemos indicios de su existencia (Almagro-Gorbea 1983; López Castro 2000a: 56 ss. y e.p. b).

El comienzo de las excavaciones en la ***necrópolis*** en el año 1890 supone en la práctica el inicio de la investigación arqueológica fenicio-púnica en nuestro país (López Castro 1992a: 15). Entre los años 1890 y 1914, el ingeniero de minas belga Luis Siret y su capataz Pedro Flores excavaron más de dos mil tumbas de inhumación e incineración, datadas entre los siglos VII a.C. y VI d.C., de las que sólo se han publicado avances generales (Siret 1906; Astruc 1951), aunque en la actualidad está en marcha un proyecto de revisión y estudio de los materiales y la documentación procedentes de estas primeras excavaciones que se encuentran depositados en el MAN (Rodero *et al.* 1996: 373 s. y 2000: 1723). A estos trabajos siguieron, en la década de los setenta, una serie de campañas dirigidas por María José Almagro-Gorbea que excavó 39 tumbas de incineración fechadas entre los siglos III a.C. y I d.C. y cinco hipogeos de cámara, cuatro de los cuales ya habían sido excavados con anterioridad por Siret (1984 y 1986), además de revisar algunos de los enterramientos excavados en su día por el ingeniero. En la correspondiente memoria, la investigadora publica tres pequeños cuencos pertenecientes a los ajuares de los hipogeos nº 4 y nº 5[269] que pueden tratarse de producciones de "tipo Kuass". El primero de ellos (*Idem.* 1984: 77; fig. 40, 6) es descrito como un pequeño cuenco imitación de la forma campaniense L-34, fabricado en barro rojizo y recubierto de barniz rojo negruzco por algunas partes y por otras negro mate. Se trata de una forma asimilable a la Variante IX-A-3 que aunque no es demasiado frecuente entre la producción gaditana, sí la tenemos constatada. Del hipogeo nº 5 proceden otros dos ejemplares de cuencos del Tipo IX-A (*Idem.* 95; fig. 48, 2 y 4), de similares características técnicas. Por su parte, la revisión de los ajuares de las tumbas excavadas por Siret, ha proporcionado nuevos hallazgos. En concreto entre el material procedente del hipogeo nº 223 se destaca, junto a otras imitaciones en cerámica común (Rodero *et al.* 1996: 381; fig. 10, 10-14), la presencia de dos pequeños cuencos de la forma L-21/25 B, asimilables a nuestro Tipo IX-C, que los propios autores describen como "decorados con barniz de rojo de Kouass" (*Idem.* fig. 10, 15 y 16). Uno de ellos presenta en su base un grafito, al parecer en lengua ibérica meridional (*Idem.* 381).

Respecto a la zona de habitación, Siret también llevó a cabo algunas excavaciones en la ***ciudad***, que él llamó "acrópolis", aunque los resultados no fueron nunca publicados y sólo se conservan referencias muy generales (López Castro 2000c: 29). Sabemos por las fuentes literarias que la ciudad se encontraba, al menos en el s. III a.C., fortificada y delimitada por dos fosos defensivos (*Idem.* 1991a: 83). La extensión y estructuración de cuadrícula reticular de la ciudad fenicio-púnica se ha podido determinar en gran medida gracias a las campañas de prospección geofísicas desarrolladas en los años 1990 y 1992 (*Idem.* 2000c: 33). Siret también excavó algunas edificaciones y una cisterna que hoy se interpreta como un depósito votivo relacionado con el templo urbano dedicado a Venus, posiblemente la Astarté fenicia que mencionan los autores clásicos (*Idem.* 2000a: 56 ss. y e.p. b). De los primeros momentos romanos conocemos también restos de actividades industriales relacionadas con la metalurgia —escorias y productos del tratamiento y fundición de minerales de plomo y plata— y las salazones —piletas con restos de escamas y espinas de pescado en su interior—, que posteriores trabajos han podido confirmar (*Idem.* 2000c: 29). Desde las excavaciones de Siret el sitio ha sufrido un continuo deterioro por causa del desarrollo urbanístico y de la actividad de los expoliadores, que ha planteado la necesidad de elaborar un plan de choque para proteger la integridad del yacimiento (*Idem.* 31). A tal efecto se han llevado a cabo campañas de prospección geofísica e intervenciones arqueológicas con el fin de delimitar la extensión del yacimiento y, por consiguiente, de la zona a proteger.

Tras dos intervenciones que en 1984 y 1986 actuaron sobre el yacimiento romano, en 1987[270] se excavaron ocho cortes en el límite suroccidental del casco urbano de la actual Villaricos. El único que se excavó en profundidad, el 8, ha ofrecido una amplia secuencia estratigráfica que se inicia en el s. VII a.C. y perdura hasta el II. Son precisamente estos primeros momentos republicanos los mejores representados. En los cortes 2, 3 y 4 se conservan, aunque muy destruidos, restos de estructuras y viviendas de esta cronología (*Idem.*). Durante los años 1988 y 1989, tuvieron lugar otras dos intervenciones de urgencia dirigidas por Francisco Alcaraz (1988 y 1989) junto a la playa de Villaricos. Allí, bajo la factoría de salazones romana, se documentó una ocupación púnica de los siglos IV-II a.C. (López Castro 1991a: 84). Las actuaciones desarrolladas a lo largo de 1993 se dirigieron fundamentalmente a completar la secuencia cronoestratigráfica obtenida en los anteriores trabajos y a la realización de sondeos para comprobar si las anomalías magnéticas registradas durante las prospecciones geofísicas realmente se correspondían con estructuras enterradas. Con estos objetivos, además de continuarse con la excavación de los cortes 3 y 21 de campañas anteriores, se abrió un nuevo corte, el número 30, en la zona más oriental del yacimiento, en el área donde se extendió la ciudad fenicia, que ha ofrecido una secuencia

[268] Sobre la identificación del yacimiento de Villaricos con *Baria vid.* López Castro 2000c: 27.

[269] Numeración de M.J. Almagro-Gorbea, el nº 4 se corresponde con el hipogeo nº 556 de la numeración de Siret, mientras que el nº 5 es el excavado por Almagro-Gorbea (1984).

[270] Dirigida por José Luis López Castro y Trinidad Escoriza Mateu (López Castro 2000c: 31).

estratigráfica similar a la del corte 8, además de documentarse, por vez primera, estructuras constructivas de época arcaica (*Idem.* 2000c: 34). Por otra parte se procedió a excavar en la zona denominada por Siret "acrópolis" —corte 22—, donde se documentó un gran edificio rectangular que se ha interpretado, por la presencia de escorias de mineral y fragmentos de crisoles, como un taller dedicado a la metalurgia del hierro y plomo, que estuvo en funcionamiento durante la práctica totalidad del s. II a.C. (*Idem.* 35).

Todas estas actuaciones han posibilitado el establecimiento de una secuencia histórica dividida en cinco fases, de las cuales tres corresponden a época fenicio-púnica (*Idem.* 2000c: 36 s. y e.p. a): Una fase Fenicia Colonial —Villaricos I: 800-500 a.C.—, una Fase Fenicia II Media —Villaricos II: 500-300 a.C.— y una Fase Fenicia III Tardía —Villaricos III: 200-1 a.C.—. Para nuestro análisis nos interesan estas dos últimas, caracterizada la primera por la formación y consolidación de *Baria* como entidad urbana y ciudadana y la segunda por la entrada de lleno de la zona, tras la rendición incondicional de la ciudad a Escipión, en la órbita romana. En los niveles pertenecientes a ambos períodos[271] hemos podido documentar cerámicas "tipo Kuass", imitaciones locales en cerámica común y otra serie de elementos que en el estado actual de las investigaciones no podemos asegurar con certeza cuál es su lugar de producción, aunque intuimos y creemos que podemos adelantar sin correr el riesgo de equivocarnos, que debe tratarse de una producción de carácter comarcal, de cierto peso, centrada en el sureste peninsular como bien han señalado algunos autores (Adroher 1987-88a: 200 s.) y vinculada a *Baria*, que se puede incluir dentro de las producciones del mundo púnico que definió Morel (Niveau de Villedary e.p. c) aunque mediatizada, como veremos, por la influencia que la producción gaditana ejerció en toda el área cultural púnica occidental.

Los cortes 2, 3 y 4 de la campaña de 1987, apenas si han ofrecido materiales "tipo Kuass". Recordemos que se trata de estructuras constructivas, posiblemente viviendas, que se han fechado del s. II a.C. en adelante (López Castro 2000c: 31). La vajilla fina se compone principalmente de elementos de barniz negro campaniense A y B y se comienzan a documentar sigillatas, aunque aún son muy frecuentes los envases anfóricos que presentan las típicas pastas y acabados de Cartago. Sólo se ha documentado un fragmento de cuenco, asimilable posiblemente a la Forma X, procedente del corte 4. En el corte 8, practicado también en la campaña de 1987, en los niveles superiores de la secuencia estratigráfica y asociada a ánforas gaditanas de comienzos del s. II a.C. —tipos Muñoz A-5 y E-2 (Frutos y Muñoz 1996: fig. 12), Ramón T-8.2.1.1. y T-9.1.1.1. respectivamente—, apareció un borde de plato de pescado —Forma II—.

En 1988, con motivo de un proyecto de obras, se desmontó una amplia superficie colindante con la zona excavada en la campaña anterior, que puso de manifiesto la existencia de restos arqueológicos en el lugar (López Castro 2000c: 31). La campaña de 1988 (Alcaraz 1988), en concreto el corte 3 situado junto a la playa, ha ofrecido un potente nivel del s. II a.C. asociado a restos edilicios de gran envergadura (*Idem.* 1989: fig. 1; López Castro 2000c: 31 s.) y un importante conjunto de materiales (Alcaraz 1988: 26). La cerámica "tipo Kuass" aparece en una proporción considerable junto a campaniense A antigua (Sanmartí y Principal 1998a) de muy buena calidad y a otro tipo de imitaciones de carácter más localizado y menor calidad[272] (Adroher 1987-88a: 200 s.). Entre las ánforas hemos podido distinguir ejemplares de T-8.2.1.1., algunas con las típicas pastas de la bahía de Cádiz (Ramón 1995: 226), mientras que otras parecen ser producciones locales de la zona de Villaricos y del tipo Merlin-Drappier-3 o T-3.2.1.2., fabricadas en Cartago. Entre la cerámica "tipo Kuass" destacan los platos de pescado —Forma II—, las copas —Forma VIII— y los cuencos —Tipo IX-A— además de algunas bases, que nunca aparecen estampilladas[273].

La excavación de este corte se continuó en la campaña de 1993 (López Castro 2000c: 34). La mayor parte de los materiales documentados procede de los estratos 12 y 13[274], formados al arrojar escombros y basuras fuera de la estructura mencionada (*vid. supra*), posiblemente relacionada con actividades de producción —restos de escoria de mineral— e intercambio —abundancia de ánforas—, situada en un área próxima al mar y en uso desde al menos el s. IV a.C. Las cerámicas "tipo Kuass" se encuentran bien representadas, documentándose las siguientes formas: platos de la Forma V, bolsales —Forma VII[275]—, copas de la Forma VIII, cuencos de los Tipos IX-A y IX-C[276], boles de la Forma X, una forma cerrada, indeterminada —Forma XV— y algunos fondos. En los estratos inferiores, asociados a una posible estructura hidráulica, fechados en un momento más antiguo, se han documentado platos de la Forma V y boles de la X. Junto a las formas "tipo Kuass", aparece un buen número de campaniense A de buena calidad, con pastas, acabados y decoraciones propias de la producción de Ischia (Pérez Ballester 1986: 34): platos de pescado —L-23—, platos de la forma L-36, L-27, L-28, lucernas y diversos fragmentos de *guttus,* y un numeroso conjunto material que podemos englobar bajo la definición de "imitaciones locales", algunas de ellas pertenecientes a la "pseudocampaniense" ebusitana (Del Amo 1970; Guerrero 1984: 38 ss.), que a continuación pasamos a describir. Por una parte se observa una importante producción, posiblemente local, de vajilla de mesa que reproduce formas helenísticas sin ningún tipo de barniz, fenómeno también frecuente en los demás yacimientos púnicos de la costa meridional (*vid. supra*). Documentamos un buen número de fondos de nuestros Tipos 1-a y 2-c que se corresponden, a rasgos generales, con las formas de copas —F. VIII— y cuencos —T. IX-A—, una imitación perfecta, en cuanto a perfil y dimensio-

---

[271] Materiales que tuvimos la ocasión de estudiar en enero de 1999. Queremos agradecer a José Luis López Castro, director de las excavaciones de urgencia y de las campañas de prospecciones llevadas a cabo en el territorio de la antigua *Baria*, que nos haya facilitado el acceso a los resultados, aún inéditos, de estas intervenciones, así como al estudio de los materiales "tipo Kuass" y sus contextos. A esto debemos añadir su permanente disponibilidad a la hora de resolver las dudas que a lo largo del desarrollo del trabajo se nos han ido presentando.

[272] Se trata, en general, de ejemplares de cuencos, fabricados en pastas amarillentas y barnices de tono grisáceo, en todo caso de apariencia mate, desprovistos de brillo.

[273] Este dato resulta revelador, si comparamos por ejemplo la facies de distribución de cerámica "tipo Kuass" de Morro de Mezquitilla o *Malaka*, donde abundaban las formas cuidadas, selectas y decoradas, con la de Villaricos, donde ésta se caracteriza por la no excesiva calidad técnica y estilística de los ejemplares documentados. La razón de este fenómeno puede ser simplemente de tipo cronológico, mientras que en los yacimientos malagueños la vajilla se corresponde con una facies de pleno s. III a.C., en Villaricos vemos que la mayoría de los contextos en los que aparece cerámica "tipo Kuass" se fechan en el s. II a.C., momento en que la producción comienza a declinar. Por otra parte esta diferencia podría responder a distintos mecanismos de adquisición de la vajilla. La cerámica documentada en los asentamientos de la costa malagueña parece responder a una demanda concreta de formas selectas y cuidadas, mientras que en Villaricos, en estos momentos en los que el servicio de mesa se cubre con las producciones itálicas, la presencia de cerámica "tipo Kuass" puede responder al tipo de comercio que se ha denominado "secundario", que sería el que acompañaría a los productos alimentarios —cuyo reflejo arqueológico sería la constatación de envases anfóricos de tipo gaditano, muy frecuentes como estamos viendo—. Volveremos sobre este particular al hablar de la distribución de la cerámica gaditana en el resto del Mediterráneo.

[274] Información personal de su excavador.

[275] En todos los casos se trata de formas evolucionadas, de perfil quebrado y borde recto y apuntado, aunque en ocasiones se conserva la característica línea incisa en el tercio inferior de vaso.

[276] Por lo que estamos observando, los pequeños cuencos pertenecientes a la forma 21/25 B de Lamboglia asimilables a nuestro Tipo IX-C que se documentan en toda la zona del sureste, presentan casi siempre bordes de tendencia vertical, que apenas se incurvan hacia el interior como, en principio, es típico en la forma. Esta característica quizás nos permita individualizar una producción, muy localizada en torno a éste área y esta forma, como han propuesto otros investigadores (Adroher 1988-89a).

nes, del Tipo IX-C y algunos bordes de platos de pescado —Forma II—. Junto a ellas hay otra serie de piezas de diversas calidades y características, en este caso barnizadas, entre la que hemos distinguido al menos la producción de tres talleres[277]. El primero de ellos se caracteriza por presentar pastas beige o castañas claras, fina aunque con bastantes desgrasantes —sobre todo nódulos de cal de pequeño tamaño y mica dorada[278]— y algunas impurezas. El barniz es de mala calidad, aplicado por inmersión, de tonos parduscos e incluso grises, mate, sin brillo alguno y bastante fino, limitándose prácticamente su aplicación al interior de la pieza, mientras que el exterior apenas se cubre mediante chorreones que descienden por los laterales. La segunda producción se caracteriza también por los tonos beiges y castaño claro de sus pastas, aunque en esta ocasión las superficies se recubren de barnices en tonos rojo-anaranjados, que aunque similares, no parecen pertenecer a la producción de Ibiza. Y por último, tenemos representadas una serie de piezas con pastas "tipo sándwich" —núcleo castaño oscuro o negro, entre filetes rojos— típicas, a juicio de Morel, de las producciones del mundo púnico (1992: 218), sin que podamos precisar más.

Las actuaciones en el corte 30, próximo al mar en la zona suroriental del asentamiento, proporcionaron durante esta misma campaña de 1993, algunos fragmentos "tipo Kuass", en concreto un plato de pescado —Forma II— y un plato de la Forma V, procedentes del estrato 4, el inmediatamente inferior a la capa superficial que queda sellada en el s. XIX por una capa de escoria mineral.

Por último, para finalizar las actuaciones de esta campaña de 1993, se programó la apertura de un corte —el 22—, en la colina que Siret llamó ***acrópolis***, a los pies del posible ***templo*** dedicado a Astarté (López Castro e.p.). Se trata de un área no ocupada con anterioridad que dio como resultado la documentación de un taller metalúrgico en funcionamiento durante la primera mitad del s. II a.C., que no fue excavado. La cerámica "tipo Kuass" aparece en los niveles de funcionamiento del taller —copas de la Forma VIII y boles de la Forma X— junto a numerosos ejemplares de campaniense A y de ánforas grecoitálicas y cartaginesas Mañá C2 y gris ampuritana[279] y en los estratos sobre el derrumbe que sella el abandono de éste en la segunda mitad de la centuria. En este nivel se documentó una forma completa de cuenco del Tipo IX-C, de características idénticas a las ya descritas (*vid.* n. 128).

El río Almanzora se nos muestra, como ya hemos señalado, la principal vía de penetración desde Villaricos hacia el interior (López Castro, San Martín y Escoriza 1988-89: 159). A lo largo de su curso nos encontramos con una serie de asentamientos que jalonan la ruta y en los que la documentación arqueológica refleja, cada vez con mayor claridad, las intensas relaciones que los asentamientos bastetanos de las depresiones granadinas mantuvieron con las poblaciones semitas asentadas en la costa desde el s. VIII a.C. (Aguayo y Salvatierra 1987: 230) y que se incrementan a partir de la formación de los estados ibéricos.

Aunque tradicionalmente han sido las necrópolis las más estudiadas, las últimas investigaciones están permitiendo, poco a poco, que conozcamos mejor la articulación del territorio, los patrones de asentamiento y las relaciones entre los asentamientos y su entorno (*Idem.* 229).

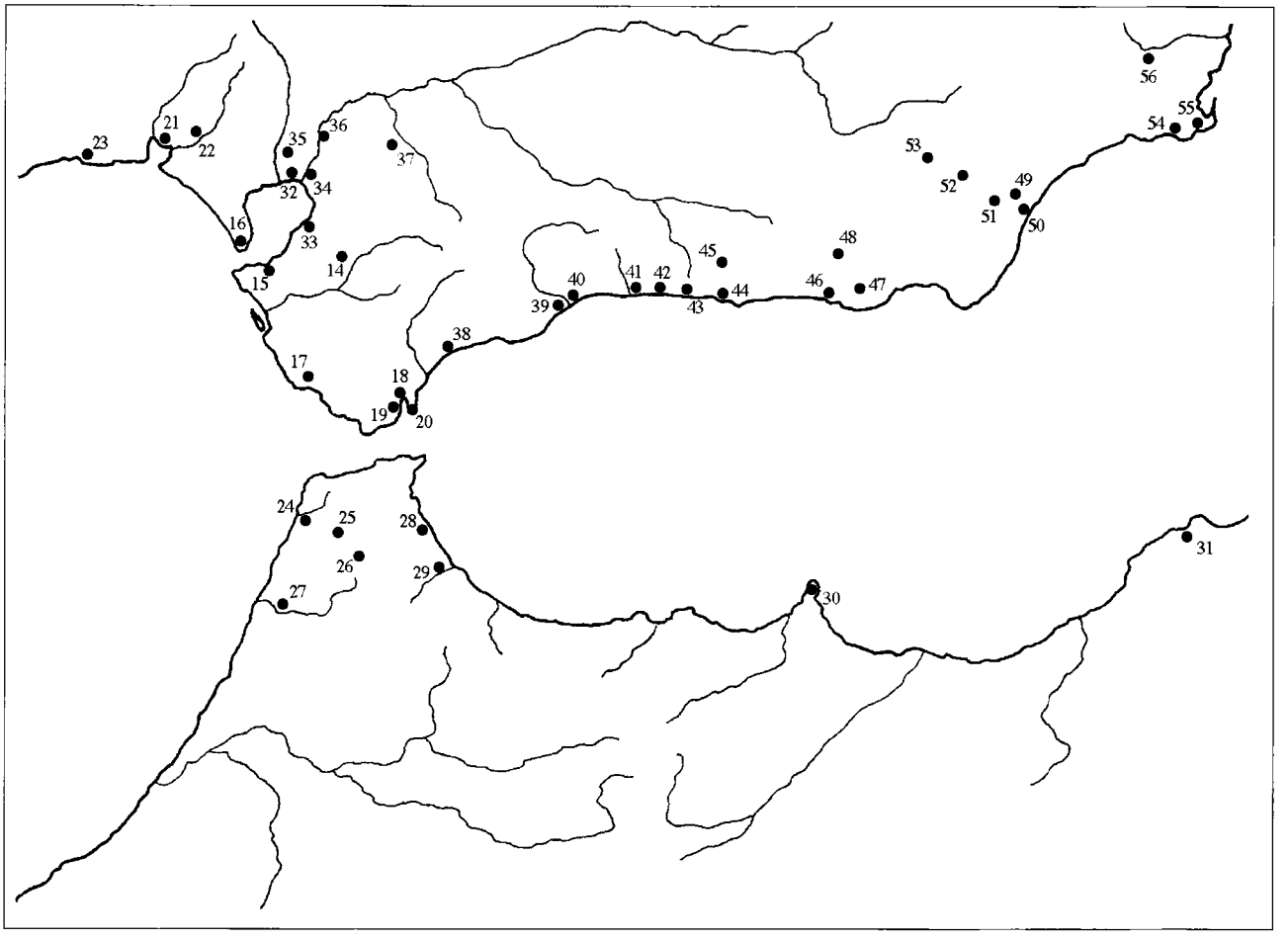
Para algunos investigadores el sureste peninsular se articularía en tres espacios interrelacionados entre sí, que dan lugar a tres tipos de asentamientos relacionados a su vez con tres tipos de explotación. Cada una de ellas tiene una base económica distinta, si bien dependen para su funcionamiento de una íntima interconexión entre ellas (Adroher 1988-89b: 190). Cada área se define por los elementos geográficos que la caracterizan: la costa, las depresiones intrabéticas y la zona norte. En la primera nos encontramos con asentamientos de gran envergadura, caso de Villaricos, con una economía basada, aunque no exclusivamente[280], en las relaciones de importación-exportación, dentro de un esquema generalizado de puertos de tipo medio situados en el Mediterráneo occidental, que actúan como "focos culturales" (*Idem.* 191) que hacen penetrar hacia el interior los influjos de las distintas potencias que dominan la economía de la zona según el momento —púnicos o romanos—. Sin embargo, no hay que sobredimensionar el papel de estos centros costeros, ya que, en definitiva, se trata de puertos volcados al mar, sin excesiva relación con el interior (Chapa, Pereira y Madrigal 1993: 418). La segunda de las áreas comprende la zona de las hoyas de Granada, Guadix y Baza. Los asentamientos tipo no suelen ser de dimensiones relativamente grandes (Aguayo y Salvatierra 1987: 235) y los sistemas de explotación son fundamentalmente agrícolas. Tanto desde la depresión de Guadix como desde la de Baza se puede alcanzar la costa mediante salidas naturales hasta la altura de *Baria*: la primera utilizando los pasillos de Fiñana y Tabernas y la segunda por la cuenca del Almanzora, si bien tampoco hay que descartar la elección de la ruta septentrional que la conectaría con *Carthago Nova*. La zona norte, ya en la provincia de Jaén, se relaciona geográfica y económicamente con Sierra Morena. El poblamiento se articula en torno a grandes ciudades que controlan, no sólo la explotación de los recursos mineros de Sierra Morena, sino también su transporte hacia los puertos de comercio. Según este modelo, la zona queda dividida en tres partes: una de explotación, otra de paso y una última de canalización final de los productos (Adroher 1988-89b: 192). Para nuestro análisis nos interesan, sobre todo, las dos primeras. Ya hemos señalado que la distribución de la cerámica "tipo Kuass" y de la producción de toda la serie de talleres locales más o menos vinculados a ella,

[277] Obviamente se trata de una clasificación provisional, fruto única y exclusivamente, del contacto directo que tuvimos con estos materiales durante nuestro estudio (*vid.* nota 271) y como tal debe ser sometida a revisión tras el estudio concreto de estos materiales. Hay que tener también en cuenta que las características del terreno, muy salubre, ha provocado que en muchas ocasiones la cerámica llegue a nosotros bastante alterada.

[278] La presencia de esta clase de desgrasante que no se documenta en la zona gaditana nos aporta la prueba definitiva a la hora de considerar a los individuos que presentan esta característica como productos de un taller local de la zona.

[279] Se trata de un nivel muy uniforme, datado a principios del s. II a.C., similar al documentado en contextos fechados históricamente como los silos del *praesidium* de Ampurias (Aquilué *et al.* 2000: 32 ss.), la zona norte del Foro de Sagunto (Aranegui 1984), el pecio del Grand Congloué 1, la ciudad de *Corduba*, etc. (Sanmartí y Principal 1998a).

[280] López Castro ha dado a conocer recientemente distintos análisis carpológicos que hablan de la importancia de la agricultura en la economía de Villaricos (López Castro 2000d).



MAPA 2.—DISTRIBUCIÓN DE LA VAJILLA EN EL CÍRCULO DEL ESTRECHO (II). (* con dudas).

14.—Esperilla (Espera, Cádiz). 15.—Ébora (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz). 16.—La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz). 17.—Convento de las Monjas Concepcionistas (Vejer de la Frontera, Cádiz). 18.*—Carteia *(San Roque, Cádiz). 19.—Desembocadura de los ríos Palmones y Guadarranque (Los Barrios, Cádiz). 20.—Gorham's Cave (Peñón de Gibraltar, Cádiz). 21.—Casco urbano de Huelva. 22.—Niebla (Huelva). 23.—La Tiñosa (Lepe, Huelva). 24.—Kuass (Arcila, Marruecos). 25.*—Zilil *(Dchar Jdid, Marruecos). 26.—Suiar (Marruecos). 27.*—Lixus *(Larache, Marruecos). 28.—Sidi Abdselam del Behar (Marruecos). 29.—Kudia Tebmain (Emsá, Marruecos). 30.*—Russadir *(Melilla). 31.—Les Andalouses (Orán, Argelia)*. 32.*—Caura *(Coria del Río, Sevilla). 33.—Las Cabezas de San Juan (Sevilla). 34.*—Spal *(Sevilla, casco urbano). 35.—Itálica (Santiponce, Sevilla). 36.—Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla). 37.*—Carmo *(Carmona, Sevilla)*. 38.*—Salduba *(El Torreón, Estepona, Málaga). 39.—Cerro de la Tortuga (Teatinos, Málaga). 40.*—Malaka *(Málaga, casco urbano). 41.—Cerro del Mar (Vélez-Málaga, Málaga)*. 42.—Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga). 43.*—Sexi *(Almuñécar, Granada)*. 44.*—Selambina *(El Peñón, Salobreña, Granada)*. 45.—Baños de Alhama (Granada). 46.*—Abdera *(Cerro de Montecristo, Adra, Almería). 47.—Ciavieja (El Ejido, Almería)*. 48.—El Cerro del Castillo (Abla, Almería). 49.*—Baria *—necrópolis— (Villaricos, Cuevas de Almanzora, Almería). 50.*—Baria *—hábitat— (Villaricos, Cuevas de Almanzora, Almería). 51.—Cabecico de Parra (Cuevas de Almanzora, Almería). 52.*—Tagilit *(Muela del Ajo, Tíjola, Almería)*. 53.—Cerro del Santuario (Baza, Granada). 54.*—Qart Hadasht *(Cartagena, Murcia). 55.—Los Nietos (La Loma de El Escorial, Cartagena, Murcia)*. 56.—Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia).*

es eminentemente de carácter costero y sólo en contadas ocasiones se comprueba su existencia en yacimientos del interior, limitándose en este caso a una presencia de carácter puntual y siempre en relación con centros redistribuidores asentados en las principales rutas, fundamentalmente fluviales.

Frente al enfoque tradicional que explicaba la expansión fenicia en función de causas estrictamente comerciales, hoy con los nuevos datos con los que contamos y ante la proliferación de los asentamientos conocidos, se impone un modelo explicativo menos rígido y simplista, en el que la economía de tipo colonial va dejando paso a una estructuración más compleja del territorio, que se nos presenta estructurado y jerarquizado.

Las recientes investigaciones arqueológicas, paleogeográficas y medioambientales en la Depresión de Vera han posibilitado un acercamiento bastante aproximado a lo que hubo de ser el poblamiento de la zona a lo largo del Primer Milenio (López Castro 2000d). Podemos situar la llegada de los colonos fenicios, siempre por indicios indirectos, hacia la segunda mitad del s. VIII a.C. (López Castro, San Martín y Escoriza 1988-89: 158). Durante el que podemos considerar primer periodo colonial, comprendido entre los siglos VIII y VI a.C., el poblamiento fenicio se concentra en el litoral (López Castro 2000d), mientras que las poblaciones autóctonas parecen reaccionar ante la presencia fenicia concentrándose en asentamientos situados en las proximidades de Herrerías, junto a los

recursos mineros. Éstos, poco a poco, se abandonan y la población se retira a las zonas próximas a las estribaciones montañosas y a las cabeceras de los ríos. Paralelamente asistimos al crecimiento de *Baria* y a la proliferación de pequeños asentamientos relacionados directamente con la ciudad, que surgen en la desembocadura del Antas (Chávez *et al.* 2000b) y del Almanzora (López Castro, San Martín y Escoriza 1988 y 1988-89). La importancia de estos enclaves radica en que constituyen la prueba de la complejidad de la organización del territorio, estructurado en grandes centros en torno a los cuales gravitan una serie de enclaves de segundo y tercer orden.

Cabecico de Parra (Cuevas de Almanzora, Almería)

El yacimiento de Cabecico de Parra, situado en el término municipal de Cuevas de Almanzora se asienta sobre una pequeña elevación en la margen oriental del río Almanzora, dentro de lo que fue la antigua bahía (Martín Ruiz 1995: 95). El sitio, ya conocido por Siret, que había hallado restos de huevos de avestruz, fue objeto de una intervención de urgencia en el año 1987 (López Castro, San Martín y Escoriza 1988: 7) con los objetivos de delimitar su extensión, determinar el potencial arqueológico y el estado de conservación del yacimiento y establecer la secuencia histórica de éste (*Idem.* 1988-89: 160). Los ocho cortes excavados a lo largo del cerro (*Idem.* fig. 2) han ofrecido una prolongada secuencia que se inicia en el s. VII a.C. y se prolonga, al parecer sin solución de continuidad, hasta época tardorromana.

Las fases púnica y tardopúnica no han sido identificadas estratigráficamente aunque se puede suponer una continuidad poblacional de los momentos anteriores por el hallazgo de una serie de materiales en los estratos de relleno del corte 4 y sobre el suelo natural de los cortes 1 y 3 (*Idem.* 1988: 10). De los niveles de estos siglos, posiblemente destruidos por las edificaciones romanas, se han recuperado cerámica ibérica —un fragmento del borde de un cálatos pintado (*Idem.* 1988-89: fig. 7, q)—, ática —borde de una lucerna de barniz negro (*Idem.* fig. 7, n)—, campaniense —fondo de bol decorado con una roseta impresa (*Idem.* fig. 7, o)— y el borde de un plato de pescado "tipo Kuass" (*Idem.* fig. 7, p), materiales muy significativos desde el punto de vista cronológico que evidencian una posible ocupación del lugar en los siglos IV y III a.C.

***Tagilit* (Muela del Ajo, Tíjola, Almería)**

Para este momento se ha propugnado un cierto repliegue de las poblaciones autóctonas, que ahora se concentran en las estribaciones montañosas y las cabeceras de los ríos (López Castro 2000d), aunque en la cuenca alta del Almanzora se conoce la existencia de *oppida* iberos de medio tamaño, como la ***Cerrá de Tíjola*** o la ***Muela del Ajo*** (Pellicer y Acosta 1974), quizás subordinados a los grandes centros de la Alta Andalucía y Sureste. Sobre la identificación cultural de estos yacimientos no existe unanimidad (Martín Ruiz 1995: 95), mientras que para unos se trata de yacimientos ibéricos (López Castro 2000d, *vid. supra*), otros lo consideran de filiación púnica (Pellicer y Acosta 1974: 161; Ferrer 1995: 736 ss. ; Chávez *et al.* 2000a: 1490), aunque quizás haya que decantarse por la opción intermedia. Como propone C. Alfaro, en el caso de la Muela del Ajo podríamos encontrarnos ante un asentamiento púnico —*Tagilit*— que en los siglos III y II a.C. acuña moneda con iconografía y caracteres púnicos, aunque conservaría un elevado número de indígenas (1991-93: 146 y 1993b: 242). De lo que no cabe duda a la luz de las evidencias es que, como vienen señalando algunos investigadores (López Castro 2000d; Chávez *et al.* 2000a: 1491), el fenómeno colonizador no es exclusivamente litoral, como tradicionalmente se ha propugnado, sino que también se documenta una importante penetración hacia el interior.

Desde el punto de vista del registro material no es mucho lo que conocemos. Tan sólo se han publicado algunos materiales procedentes de las prospecciones superficiales llevadas a cabo en 1974 en el término de Tíjola (Pellicer y Acosta 1974). Los materiales de época púnica abundan, además de en el ya citado de Muela del Ajo, en el yacimiento de ***La Cerrá I***, que ocupa el cerro situado más al noroeste del asentamiento, a 200 metros sobre el río Bacares. Entre los materiales recogidos se citan fragmentos de ánforas púnicas, cerámica pintada y algunos fragmentos de pateras consideradas campanienses, que a nuestro juicio, por la descripción que de ellas se hace —"barniz negro de tendencia marrón" (*Idem.* 159) y los perfiles presentados (*Idem.* 170, 8, 9 y 12), podrían corresponde a producciones barnizadas locales.

Cerro del Santuario (Baza, Granada)

Si para los yacimientos anteriores no contamos con pruebas evidentes de la existencia de cerámicas barnizadas de los talleres de Cádiz, la presencia de ésta más allá nos permite presuponer, con ciertas garantías, que efectivamente debió penetrar cauce arriba hasta las depresiones intrabéticas. Conocemos procedentes de la necrópolis del Cerro del Santuario de Baza (Presedo 1982), dos piezas que podrían pertenecer a las producciones "tipo Kuass", una con casi total seguridad, la otra posiblemente debamos vincularla al denominado "taller de los pequeños cuencos de la forma 21/25 B" (Adroher 1987-88). La cronología de la necrópolis no parece ser un tema zanjado, revisiones posteriores a las excavaciones (Adroher y López Marcos 1992) han permitido fijar unos límites más precisos para la utilización de ésta. En función de las cerámicas de importación, se propone una fecha de finales del s. V a.C. para el comienzo de ésta, una fase de apogeo durante la primera mitad del s. IV y el final, que quedaría marcado por la desaparición de las importaciones áticas y la ausencia de elementos "protocampanienses" que caracterizan la facies de importaciones de la centuria siguiente, hacia finales del s. IV a.C. (*Idem.* 12 s.). Los autores sospechan, sin embargo, que posiblemente habría que bajar la cronología final de uso de la necrópolis hasta el primer cuarto del s. III a.C., aunque por la ausencia de datos materiales, prefieren mantener la fecha dada (*Idem.* 13). La aparición de los dos ejemplares de los que hablamos, permitiría revisar esta datación pero la ausencia de contextos claros para ambas (Conde 1992: 90; Adroher y López Marcos 1992: 195), ya que no proceden de ninguna tumba, nos obliga a tener cautela. Hablamos de un plato de pescado —Forma II— incluido en el catálogo de la colección privada Durán/Vall-Llosera que la autora publica como cerámica griega. La fotografía y la descripción —"rojo, con el borde algo quemado, que difiere totalmente del resto de materiales" (Conde 1992: 90, nº 33)—, nos permiten asegurar, con ciertas garantías, que nos hallamos ante una típico producto, por forma, tamaño y tratamiento, de los talleres gaditanos. En el caso del cuenco de la forma L-21/25 B, Adroher, que estudia directamente la pieza[281] (1987-88a), la relaciona con cierto gusto local desarrollado gracias al comercio ático, que favorece este tipo de imitaciones. No hay que olvidar que se trata de una forma frecuente entre las importaciones

[281] Queremos agradecer a Andrés M. Adroher que nos facilitara fotografías en color de este cuenco procedente de Baza y depositado en el Museo local (1988-89a: 198; lám. I).

griegas de esos momentos en las necrópolis de la Alta Andalucía (Sánchez 1992a: 244 s.) y entre el cargamento de El Sec (Cerdá 1987a: 311 ss.). Asimismo la pone en relación con ciertas piezas similares que procedentes de Sagunto y El Amarejo publicó en 1985 J. Blánquez (1985, *vid. infra*), que las vinculaba a producciones del área fenicio-púnica (*Idem.* 471), en concreto con las norteafricanas de Kuass (*Idem.* 472). Adroher por su parte prefiere considerarlas "una fabricación relacionable con el Sureste de la Península Ibérica, imitando unos cuencos muy comunes en yacimientos del s. IV, y relacionándose, tal vez, con las producciones de cuencos lucernas ibéricos" (1988-89a: 200). A nuestro juicio ambos autores tienen parte de razón y posiblemente nos encontremos ante una producción local del Sureste, que surge mediatizada por las influencias de las producciones de tipo helenístico gaditanas que se difunden, con muchas probabilidades, desde Villaricos (Chapa, Pereira y Madrigal 1993). Respecto a la datación de la pieza, Adroher propone, y estamos totalmente de acuerdo, una cronología alrededor del tercer cuarto del s. III a.C. (1988-89a: 201).

6.5. EL HALLAZGO DE ELEMENTOS PUNTUALES: EL COMERCIO GADITANO EN EL MEDITERRÁNEO

Más allá de Villaricos[282], de lo que podemos considerar el área fenicio-púnica clásica (Ferrer 1998: 39 s.), encontramos una serie de puntos en los que también se han documentado nuestras cerámicas y que, sin embargo, debemos analizar desde otra óptica (Niveau de Villedary 1999a: 119 s.). En estas áreas, la presencia de cerámica gaditana "tipo Kuass" es simplemente testimonial y su aparición responde, como decimos, a una dinámica diferente. Son zonas a las que los elementos de la vajilla llegan vía comercial, acompañando a los productos gaditanos como elementos subsidiarios, seguramente la mayor parte de las veces de forma casual. Se trata, en definitiva, de elementos puntuales y aislados.

No creemos que haga falta insistir en la importancia y el peso del comercio dentro de la economía gaditana desde su fundación (Aubet 1994: 241 ss.). Después de una primera época de economía básicamente colonial, la ciudad de Cádiz, ya desvinculada de la metrópolis, participa activamente en los circuitos comerciales mediterráneos fundamentalmente con un producto: las salazones y salsas de pescado (López Castro 1995a: 63 ss.; Frutos y Muñoz 1996). Como es habitual en estos momentos entre los cargamentos de los mercantes, formados principalmente por los envases contenedores de los productos que se comercializan, hallamos otros vasos, que bien forman parte de la vajilla de uso de la tripulación o se incluyen como lotes secundarios para su venta (Nieto 1988). Sea de una forma u otra, lo cierto es que siguiendo esta pista ha sido posible documentar la presencia de piezas (en este caso aisladas y no formando parte de la vajilla habitual) de cerámica de tipo «Kuass» fuera del área de uso estricto de ésta, frecuentemente acompañando a ánforas de tipología gaditana y como resultado del comercio de la metrópolis atlántica con estas poblaciones o en estos lugares.

6.5.1. SURESTE PENINSULAR[283]

Dos son las características fundamentales que definen el poblamiento en esta zona: su articulación hacia el interior a lo largo del río Segura (Lillo 1999: 11) y sus afluentes y la escasez de hallazgos ibéricos en la costa (Muñoz Amilibia 1987: 171) que por el contrario, según todos los indicios, debió conocer una importante ocupación, o al menos frecuentación, semita (Martín Camino 1994: 298). Con los datos que tenemos debemos presumir la importancia del emporio situado en Mazarrón entre los siglos VIII-VI a.C., según muestran los hallazgos (Roldán *et al.* 1994; Negueruela *et al.* 2000). Los cargamentos de los buques excavados testimonian la posible explotación de plomo (Negueruela *et al.* 2000: 1674), así como el peso y frecuencia del comercio de metales entre Oriente y Occidente en estos primeros momentos. Sin embargo a partir del s. VI a.C., dentro de lo que se ha considerado un fenómeno generalizado (Martín Camino 1994: 304 s.), este enclave entra en crisis y desaparece. Durante época púnica apenas se habita, hasta el punto que tan sólo un 2% del material procedente de las prospecciones subacuáticas[284], pertenece a esta fase.

---

[282] Hemos optado por no incluir a *Qart Hadasht* por tratarse de una fundación tardía que responde a una casuística particular, en un momento histórico determinado.

[283] Llegados a esta zona nos limitaremos a enumerar y describir los yacimientos en los cuales tenemos constancia cierta de la aparición de cerámicas "tipo Kuass" o bien dudas fundadas, descartadas o confirmadas en el curso del trabajo, de la existencia de las mismas y a analizar las circunstancias por las que debieron llegar a ellos. Nuestro análisis se fundamenta sobre todo en la experiencia directa que de los conjuntos materiales y sus procedencias pudimos recabar en una breve estancia de investigación en la comunidad murciana entre mayo y junio de 1999. Este trabajo no hubiese sido posible sin la colaboración y ayuda de un gran número de investigadores que desinteresada y amablemente compartieron su tiempo, trabajo e ideas con nosotros: gracias a Miguel Martín Camino por abrirme las puertas del Museo de Cartagena, el acceso a sus fondos, en especial a los materiales procedentes de las urgencias realizadas en los últimos años en el casco urbano de Cartagena, y a su biblioteca; a Elena Ruiz Valderas por compartir sus conocimientos sobre las cerámicas de barniz negro y por mostrarnos parte de los materiales de su Tesis Doctoral, entonces en elaboración; a Carlos García Cano por mostrarnos los materiales e información de sus excavaciones en Los Nietos; a José Miguel García Cano, director del Museo Arqueológico de Murcia, que nos mostró el material procedente de las excavaciones de la necrópolis del Cabecico del Tesoro en Verdolay y nos proporcionó bibliografía sobre Murcia; a Virginia Page del Pozo que tan cordialmente nos recibió en el Museo monográfico de El Cigarralejo en Mula y nos facilitó el acceso a los materiales que nos interesaban; a Milagrosa Ros Sala por sus consejos e informaciones; a Iván Negueruela por recibirnos en el Museo de Arqueología Submarina y por las clarificadoras ideas que nos aportó; y por último a Cristina Correa Cifuentes y a Alicia Fernández Díaz, a las dos gracias por su hospitalidad y amistad. A todos ellos, de nuevo, nuestro más sincero agradecimiento por hacernos tan grata y fructífera nuestra estancia en su tierra.

Por el contrario, el poblamiento interior ibérico[285] que se concentra, como ya hemos señalado, a lo largo del río Segura —principal arteria de comunicación en la época—, del altiplano de Jumilla-Yecla y más esporádicamente a lo largo del valle del Guadalentín, es muy rico (Lillo 1981; *Idem.* 1999; Muñoz Amilibia 1987; García López, Buendía y Llinares 1989), documentándose importantes conjuntos poblacionales de primer orden, formados por poblados, necrópolis y santuarios como los de El Cigarralejo en Mula[286] (Cuadrado 1987: 594 s.), Coimbra del Barranco Ancho en Jumilla (Molina, Molina y Nordstrom 1976; García Cano 1987: 19 ss.) y Cabecico del Tesoro en Verdolay (García Cano, García Cano y Ruiz Valderas 1989: 19). Debemos presuponer que el puerto principal de entrada y salida de estos momentos se situaría en Guardamar del Segura, según muestran los yacimientos de Cabeza Lucero y El Molar en la provincia de Alicante (Olcina *et al.* 1998: 44), en la desembocadura del río (García Cano 1982: 272), existiendo otro en La Manga o en sus alrededores que quizás, por la calidad y número de las importaciones documentadas, se localice en Los Nietos (García Cano y Ruiz Valderas 1995-96; García Cano 1995a y 1995b), dada además la escasez que documentamos de yacimientos púnicos desde aquí hasta Villaricos (Martín Camino 1994: 306).

En este panorama, la fundación bárcida de *Qart Hadasht* se nos presenta como un elemento ajeno, exógeno e impuesto. Se concibe como una gran ciudad monumental, trazada al estilo helenístico (*Idem.* 317 ss.) y destinada a convertirse en una gran capital desde todos los puntos de vista, también desde el marítimo-portuario (Ramallo *et al.* 1992: 105). Sin embargo, y por las circunstancias históricas que todos conocemos, tiene una corta vida, de apenas veinte años, como ciudad cartaginesa, tras la cual que se integra rápidamente en la órbita romana.

6.5.1.1. *Contextos ibéricos*

La cerámica ática se debía distribuir a través de tres rutas: una principal, la que sigue el curso del Segura y enlaza con la Alta Andalucía (García Cano 1982: 272 s.; Olcina *et al.* 1998: 44), y dos secundarias, una meridional que parte de Villaricos y una septentrional que desde Alicante enlaza, a través de Murcia, con los yacimientos albaceteños (García Cano 1982: 273 s.).

La vajilla griega, a pesar de la ampliación de su uso, sigue teniendo entre las poblaciones iberas un sentido diferenciador. Se sigue considerando bien de prestigio que marca desigualdad, riqueza y poder (Cabrera 1999: 360), y como tal se atesora hasta que se amortiza de forma suntuaria en las necrópolis. Por lo tanto el fenómeno de las imitaciones (*vid.* Page 1984) también debe ser analizado desde una óptica diferente que la contemplada para el mundo de la Baja Andalucía y la Turdetania, donde la vajilla ática se utiliza de un modo funcional (Cabrera 1997: 382 ss.). De esta manera vajillas de imitación de las llamadas "protocampanienses", que derivan de la vajilla de barniz negro ático, el repertorio más funcional de los que se importan, no son las que más éxito tienen entre estas poblaciones. Aún así no es infrecuente la aparición en contextos ibéricos de todas estas producciones típicas del s. III a.C. (Cuadrado 1978b; García Cano 1995b) incluyendo ciertos elementos de "barniz rojo con formas de la campaniense A"[287] (Lillo 1981: 403).

Los Nietos (La Loma de El Escorial, Cartagena, Murcia)

El conjunto ibérico de Los Nietos se localiza en la ribera meridional del Mar Menor, en las inmediaciones de la pequeña población del mismo nombre. El poblado está situado junto a la margen izquierda de la desembocadura de la rambla Carrasquilla junto al litoral, en gran parte destruida por la urbanización del terreno (García Cano 1995b: 493) y la necrópolis a unos quinientos metros al oeste, algo más alejada de la línea de costa, sobre una colina de suave relieve. Los trabajos de urgencias realizados la última década en ambos contextos (*Idem.* 1990: 161 y 1995a: 259) han permitido definir tres fases sucesivas de ocupación entre el s. V y finales del s. III o principios del II a.C. (García Cano y Ruiz Valderas 1995-96: 129 s.).

La última fase de habitación del ***poblado*** —Fase I— abarca la práctica totalidad del s. III a.C. y termina tras la conquista romana. De esta fase su excavador ha señalado el predominio comercial púnico y el paralelismo que presenta, en cuanto a importaciones, con la Cartagena bárcida, relación significativa que implica que los contactos entre ambos núcleos hubieron de ser estrechos y fluidos (*Idem.*). Las construcciones de este último momento son las que presentan un mayor deterioro, por lo que sólo se han podido

---

[284] Información personal de Iván Negueruela.

[285] En el que por razones obvias no entraremos, remitiéndonos a las obras reseñadas.

[286] En trabajos anteriores incluimos el conjunto de El Cigarralejo dentro del grupo de asentamientos en los que se documentan cerámica "tipo Kuass" por la presencia de un fondo de plato de pescado que se describe como de "pasta y barniz rojo, que recubre la totalidad de la pieza, excepto el fondo externo, que presenta chorreones de barniz" (Cuadrado 1978a: 23 s.; fig. 1, 1). Durante una visita al Museo Monográfico de El Cigarralejo en Mula, y gracias a la amabilidad de su directora, Virginia Page del Pozo, a quien desde estas líneas agradecemos su ayuda, sólo pudimos comprobar la existencia de producciones de tipo ebusitano, recogidas en superficie, en concreto varios platos de pescado, por lo que en principio y por prudencia, hemos optado por no incluir el yacimiento en el mapa de distribución de estas cerámicas, sin descartar futuros hallazgos.

[287] Queremos destacar la lucidez interpretativa que el autor demuestra al plantear la situación, tanto más si tenemos en cuenta el momento en que se redacta la obra. Así al hablar de las cerámicas de barniz rojo de la zona murciana afirma que "las cerámicas de barniz rojo halladas pertenecen a una fase de producción que podemos encuadrar de mediados del s. IV a finales del III a.C., etapa que abarca la época en que las importaciones de piezas de barniz negro se restringe en el área. La confusión la originan las series de variantes en texturas y tipología que inducen a pensar en talleres locales que copian modelos importados. Su época final y desaparición parece estar en el tránsito del s. III al II a.C., con importación masiva de campaniense A" (Lillo 1981: 404).

documentar dos estancias que se apoyan sobre construcciones anteriores, algunos restos de cimentaciones muy mal conservadas, parte de las fortificaciones y lo que parece corresponder a un complejo industrial relacionado con actividades metalúrgicas localizado extramuros del poblado (García Cano 1995b: 493; García Cano y Ruiz Valderas 1995-96: 130 ss.). Entre los materiales documentados, junto a la cerámica pintada y común ibérica, destacan por una parte las importaciones púnicas —cerámica común y de cocina y envases anfóricos, entre las que se han individualizado producciones de Ibiza, Cartago y el "Círculo del Estrecho"[288]— y por otra los elementos de barniz negro. La cerámica de barniz negro destaca sobre todo por su variedad, ya que son múltiples las producciones que se han podido documentar en los niveles del s. III a.C. (García Cano 1995b), en una facies, repetimos, similar a la que presenta la ciudad de Cartagena (Ruiz Valderas 1999) y que sustituye a un también rico horizonte de importaciones áticas (García Cano 1995a: 261 s.). Entre las producciones itálicas tenemos representadas las de Pequeñas Estampillas (*Idem.* 1995b: 493 s.; fig. 1, 1) y el horizonte más antiguo de campaniense A (*Idem.* 495 s.; fig. 2, 1 y 4-6), además de producciones peninsulares —talleres de Rosas (*Idem.* 494 s.; fig. 1, 2-10)— y del área púnica, procedentes de Ibiza (*Idem.* 496 s.; fig. 2, 7-10) y del Mediterráneo Central. Entre estas piezas se incluye un fondo que su excavador relaciona con las producciones norteafricanas de filiación púnica (*Idem.* 497; fig. 2, 11), que dada la abundancia de importaciones gaditanas en el yacimiento (García Cano y Ruiz Valderas 1995-96: 143 ss.; fig. 7, 1-3 y fig. 8), bien pudiéramos incluir en nuestra producción, aunque por la descripción —"arcilla muy pálida, amarillenta, porosa, muy depurada; en el exterior barniz rojo brillante, tacto suave, se desprende con mucha facilidad; el fondo externo en reserva" (García Cano 1995b: 497)— quizás se corresponda, con más probabilidades, a la producción de alguno de estos talleres sudpeninsulares de filiación púnica que a semejanza del gaditano, fabrican estos productos.

En la ***necrópolis*** se diferencian, a su vez, al menos dos fases de ocupación: una antigua —segunda mitad del s. V-mediados del s. IV a.C.— y una más moderna —s. III y primeros años del II a.C.— caracterizada por un horizonte de enterramientos en urna en fosa ovalada, que cubren la mayor parte de los enterramientos anteriores (*Idem.* 493). Destaca, por una parte, la sencillez de las sepulturas y, por otra, la de los ajuares, en muchas ocasiones ausentes y en otras reducidos a algún objeto de adorno personal o armamento y a la urna cineraria con su tapadera (*Idem.* 1990: 169). Esta pobreza de los ajuares se ha puesto en relación, más que con una presunta penuria económica, con la práctica de ritos austeros (*Idem.*), ya que el registro del poblado, como veíamos, muestra a través de la abundancia de importaciones y cerámicas de calidad, todo lo contrario. Como consecuencia directa de esta pobreza de ajuares, el elenco de vajilla fina documentada en ésta es mucho más reducido que el recuperado en las excavaciones del poblado. Aún así, fuera de las sepulturas se han podido recoger un buen número de fragmentos de barniz negro, sobre todo de procedencia ática, aunque también se han reconocido producciones de Tres Palmetas Radiales de Rosas y campaniense A antigua (*Idem.* 170). Entre las descripciones de los materiales de las excavaciones practicadas por M. Linarejos queremos destacar un fragmento de cuenco de borde entrante (1990: 116; fig. 95, 37) que por la descripción —"fragmento de cuenco de borde entrante, de barniz rojo. Pasta muy depurada de color anaranjado, con desgrasantes finos. La superficie, tanto interior como exterior, está cubierta de barniz rojo" (*Idem.* 116)— y el dibujo que se acompaña, creemos que puede incluirse entre las producciones gaditanas, pues posiblemente estemos ante un cuenco del Tipo IX-C, forma frecuente, como estamos viendo, en las necrópolis del sureste peninsular (Adroher 1987-88a).

Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)

En la margen derecha del Segura, a unos cinco kilómetros al sur de Murcia, en las estribaciones de la sierra de Carrascoy, se sitúa el gran conjunto ibérico de "El Verdolay" que comprende la necrópolis del Cabecico del Tesoro, el poblado de Santa Catalina del Monte y el Santuario de la Luz (Muñoz Amilibia 1987: 172).

Las noticias más antiguas sobre el complejo arqueológico datan del s. XVIII aunque las excavaciones no se inician hasta comienzos del XX. Por una serie de circunstancias y contratiempos, motivadas primero por la Guerra Civil y después por el *boom* constructivo del último tercio del s. XX, tanto el poblado como el santuario están prácticamente destruidos y esquilmados por la acción de los clandestinos, y tan sólo la ***necrópolis***, excavada sistemáticamente en los años cuarenta por G. Nieto, se ha salvado de esta destrucción (García Cano, García Cano y Ruiz Valderas 1989: 118). Desgraciadamente nunca se ha publicado la memoria de conjunto de la necrópolis, de la que sólo se han estudiado conjuntos aislados de materiales procedentes del yacimiento, entre ellos la cerámica de barniz negro: griega (García Cano 1982) y de los talleres del III y II a.C. (García Cano, García Cano y Ruiz Valderas 1989). La secuencia de las importaciones de vajilla fina en la necrópolis de Cabecico del Tesoro, muy bien definida (*Idem.* 153 ss.), muestra de forma gráfica las distintas etapas que desde un punto de vista comercial e histórico, se suceden entre los siglos V y II a.C. Desde el s. V llegan a este enclave cerámicas áticas de barniz negro y de figuras rojas, importaciones que se incrementan durante la siguiente centuria. Las formas son las clásicas que aparecen entre el cargamento de El Sec: pateras L-21, L-22 y L-21/25 B, escifos, bolsales y algunas formas cerradas que, poco a poco, se van extinguiendo para dejar paso a las producciones protocampanienses occidentales, muy bien documentadas entre los materiales de la necrópolis. En Cabecico del Tesoro se han podido reconocer productos de los talleres que cubren la primera mitad del s. III, sobre todo de los talleres de Rosas y Pequeñas Estampillas, aunque también se documentan, en menor cantidad, ejemplares de procedencia suditálica —Teano y Sicilia—. A partir de mediados de siglo el panorama cambia al entrar en juego los productos del "área púnica" entre los que se incluyen las producciones "cartaginesas" de la clase Byrsa 401 y 661, que hoy sabemos proceden de Cales, la "pseudocampaniense" ebusitana, producciones de "tipo Kuass", sobre las que volveremos a continuación, y otros productos itálicos, sobre todo de la zona de Etruria. Desde finales de siglo comienzan a hacer su aparición las primeras campanienses de tipo A, producidas en Ischia y que preludian cual va a ser, a partir de estos momentos, la vajilla al uso.

Entre las producciones consideradas de tipo púnico, los autores citan la presencia de tres platos de pescado (*Idem.* 134; fig. 9, 7, 9 y 10) cuyo origen, según apuntan, quizás haya que buscarlo entre los productos salidos de los alfares de Kuass. Gracias a la amabilidad de J. M. García Cano, director del Museo de Murcia, donde se hallan depositados los materiales, tuvimos la oportunidad de observar directamente estas tres piezas y confirmar la filiación, pues por forma, pastas —ocre claro granulosas, micáceas, con

[288] Curiosamente, como ya hemos señalado en otros trabajos (*vid.* Niveau de Villedary y Vallejo 2000: 332, n. 52), se observa que a partir de determinado momento —fundamentalmente durante los últimos años del s. III y la primera mitad del II a.C.—, las ánforas gaditanas del tipo Ramón T-8.2.1.1., que en contextos levantinos se conocen por Ribera G (1982: 118 s.), parecen sustituir en los mercados del Levante peninsular a las tradicionales formas gaditanas de MPA4. Por tanto no es extraño que en los yacimientos donde tenemos documentada la presencia de estos tipos anfóricos —Villaricos, Los Nietos, Cartagena, Alicante, La Serreta, Ampurias, etc. (*vid. infra*)—, documentemos también cerámica de mesa "tipo Kuass", como un testimonio más del tráfico comercial gaditano.

partículas blancas y negras y fracturas regulares— y tratamientos —barniz rojo amarronado, en algunas zonas negro, con huellas digitales en torno al pie, etc.—, se engloban perfectamente dentro de la producción gaditana de "tipo Kuass".

Bolbax (Cieza, Murcia)

El poblado se sitúa sobre una alta colina, en un recodo del río Segura a tres kilómetros al sur de Cieza, vía obligada de penetración hacia el Alto Segura y de allí a la zona del Alto Guadalquivir. El sitio, por su posición estratégica, se habita ininterrumpidamente desde mediados del III milenio hasta época musulmana según muestra el material recogido en superficie, ya que no se han practicado excavaciones arqueológicas (Lillo 1981: 249 s.). La ocupación hasta finales del siglo III a.C. viene señalada por la aparición de "cerámicas de barniz rojo y precampanienses" (*Idem.* 250). Entre los materiales publicados distinguimos dos cuencos que por características morfológicas y técnicas, pertenecen a esta categoría cerámica. El primero de ellos es un ejemplar idéntico[289] a los de nuestro Tipo IX-A (*Idem.* 258; fig. V, 4) mientras que el segundo, que se describe como "escudilla de barniz rojo. Pasta fina con desgrasante silíceo. Cocción reductora y color gris, barniz rojo siena con brillo céreo en exterior e interior. La base exterior en reserva" (*Idem.* fig. V, 7), posiblemente sea una imitación de origen local. La aparición de cerámica "tipo Kuass" o imitaciones afines en este poblado nos sirve, una vez más, para defender nuestra hipótesis de que ésta llega a los puertos mediterráneos acompañando a los productos gaditanos que se comercializan y que a partir de la costa se distribuyen, siempre en pequeñas cantidades y unas formas determinadas, hacia el interior, encontrándola en los enclaves de mayor peso a lo largo de las rutas fluviales.

6.5.1.2. Qart Hadasht *(Cartagena, Murcia)*

Tradicionalmente, desde que Schulten lo propusiera (1972 (1945): 136), se ha venido identificando a Cartagena con la *urbs massiena* de Avieno (*Or. Mar.* v. 449-453) y la *Mastia Tarseion* citada en el tratado romano-cartaginés del 348 a.C. (Polibio III, 22-24). Hoy en día y a pesar de que los hallazgos prebárcidas bajo el suelo de la ciudad son cada vez más numerosos, esta ecuación ha sido puesta en duda por diversos investigadores, que mediante la crítica textual (García Moreno 1990; Silgo 1992: 369 s.; Ferrer y de la Bandera 1997) o la lectura del registro arqueológico (Martín Camino 1993: 46), han demostrado lo poco probable de esta identificación.

Si atendemos a la ausencia de hallazgos arqueológicos adscribibles a la primera mitad del primer milenio, el campo de Cartagena ocupa en el contexto de la colonización fenicia arcaica un papel histórico marginal frente a otras zonas de la región de Murcia (*Idem.* 2000: 11) y es sólo a partir del s. V y sobre todo del IV a.C., cuando la ocupación de la región adquiere una cierta entidad (*Idem.* 1993: 47 s.). En estos momentos se asiste a la fundación, que se ha considerado sincrónica, *ex novo* y en relación al momento de máxima expansión de la cultura ibérica del sureste (*Idem.* 48), de los dos grandes centros que encontramos en la comarca: el conjunto de Los Nietos y el propio núcleo de Cartagena, que debieron surgir en relación a la explotación de los ricos recursos mineros de la región con vistas a su comercialización.

De lo que no cabe duda es de las excepcionales condiciones naturales que la topografía antigua de Cartagena ofrece para el establecimiento humano (Polibio, X, 10). La actual bahía de Cartagena es el resultado de la colmatación de la antigua ría que penetraba profundamente hacia tierra adentro (Ramallo *et al.* 1992: 105 ss.; fig. 1 y 2). Rodeada al interior por el estero o laguna Almarjal y al exterior por la bahía abierta al Mediterráneo por una estrecha bocana protegida por la isla de Escombreras, el solar sobre el que se asienta la ciudad se presenta como una península formada por cinco colinas —Castillo de la Concepción, Cerro del Molinete, Monte Sacro, San José y Despeñaperros—.

— Los materiales que ofrecen una cronología más alta, algunos fragmentos de figuras rojas de mediados o finales del s. V a.C. (Martín Camino 1993: 48), los hallamos en contextos relativamente distantes entre sí, lo que en principio parece indicar que el asentamiento hubo de tener unas dimensiones importantes (Ramallo *et al.* 1992: 109). Algo más numerosos son los elementos que podemos datar en las siguientes centurias. Al s. IV-III a.C. pertenecen ciertas producciones ibéricas típicas del área murciana caracterizadas por el engobe blanco que las recubre (Lillo 1981: 343), procedentes del ***Cerro del Molinete*** y de las excavaciones del ***Anfiteatro***, y algunas producciones de barniz negro de talleres en funcionamiento entre finales del s. IV y la primera mitad del III: producciones de Gnathia, *West Slop*, Teano, Pequeñas Estampillas, talleres de Rosas y *Nikia-Iôn*, Byrsa 401 e Ibiza (Martín Camino 1994: 48; Ruiz Valderas 1999: 33 s.; Aquilué, García Roselló y Guitart 2000: 385).

— De la fase prebárcida conocemos algunas estructuras de habitación ibéricas en la zona más alta del ***Cerro del Molinete***. Se trata de edificios domésticos fabricados de adobes y piedras medianas sin desbastar, con interesantes conjuntos cerámicos de los siglos IV y III a.C. En este época también se habitan las vertientes meridionales del Cerro de ***San José*** y la ladera septentrional del ***Cerro del Castillo de la Concepción*** (Ramallo *et al.* 1992: 109). En definitiva, estamos ante una ocupación que muestra "un carácter cultural plenamente ibérico", en el que se destaca la amplitud del espacio ocupado, con características similares a los del entorno, en especial al cercano de Los Nietos (*Idem.* 109 s.).

La fundación cartaginesa se sitúa en un momento, aún impreciso, entre el 230 y el 221 a.C. (*Idem.* 110; Ruiz Valderas 1999: 35; Martín Camino 2000). Los cada vez más frecuentes hallazgos en los alrededores de la ciudad

[289] "Cuenco de barniz rojo. Pasta fina con desgrasante silíceo. Cocción neutra y pasta color crema. Barniz rojo-amarronado. Base exterior cóncava con centro umbilicado en cono. Pie en anillo simple, pared curva simple de sección decreciente y borde hacia adentro redondeado" (Lillo 1981: 258).

de nuevos asentamientos ibéricos, que al igual que Los Nietos muestran un horizonte de importaciones entre el último cuarto del s. V y la conquista romana, caso del yacimiento de La Mota en la Sierra de la Atalaya (García Cano *et al.* 1999), están arrojando nueva luz sobre las motivaciones de los cartagineses en la elección del lugar (Martín Camino 1994: 316), que hoy en día se tiende a interpretar más como una "reordenación" y "agrupamiento" del espacio a partir del núcleo de habitación previo, que como una fundación *ex novo* en un lugar poco habitado (Ramallo *et al.* 1992: 110).

— Sabemos por la descripción de Polibio y por los testimonios arqueológicos, que el recinto de la ciudad nueva se encontraba amurallado. La excavación de urgencia en el ***patio del colegio de la Milagrosa,*** situado en la ladera meridional del Monte de San José, en el antiguo emplazamiento del istmo, ha sacado a la luz más de treinta metros del trazado de las defensas de la ciudad (Martín Camino 1994: 317 s.). Se trata de una ***muralla*** de corte helenístico, del tipo conocido de casamatas, bien documentada en contextos similares en el resto del Mediterráneo púnico (*Idem.* 2000: 16 s.), destacando en la Península las del Castillo de Doña Blanca (Barrionuevo, Ruiz Mata y Pérez 1999) y *Carteia* (Prados 1999: 34).

— También los trabajos arqueológicos de los últimos años han posibilitado la identificación de los ***elementos urbanos*** que cita Polibio en las actuales elevaciones de la ciudad (Ramallo *et al.* 1992: 110 s.; fig. 2 y 3). De esta manera la ***acrópolis***, por las condiciones naturales de defensa y altura que presenta, debía situarse en el Cerro del Castillo de la Concepción, donde también se ubicaría el templo dedicado a *Asclepios*, posible sincretismo de *Eshmun*. En el Cerro del Molinete estarían, aunque no se han documentado restos de carácter monumental (Roldán y de Miquel 1996), los palacios levantados por Asdrúbal y el Monte de Cronos de Polibio, posiblemente en referencia al Baal-Hammón cartaginés, se identifica con el actual Monte Sacro.

— Respecto a la ***arquitectura doméstica***, los hallazgos más destacados corresponden a los restos de un conjunto de estructuras formado por varias estancias, algunas utilizadas posiblemente como almacenes durante el asedio de la ciudad por Escipión, que se han excavado en la calle Serreta (Martín Camino y Roldán 1991). A las faldas del Monte de La Concepción, en la plaza de San Ginés (Martín Camino 1998), se han exhumado parte de una vivienda y de una calle y en un solar cercano, en la Plaza de la Condesa de Peralta, también se documentan restos de un muro que debió pertenecer a otra vivienda (Ramallo *et al.* 1992: 111).

Los hallazgos de cerámica "tipo Kuass" de Cartagena[290] pertenecen, en todos los casos conocidos, a este momento histórico. Sólo en los contextos de época bárcida (Martín Camino 1998: 20; Aquilué, García Roselló y Guitart 2000: 385) hallamos producciones gaditanas asociadas a un amplio repertorio de vajillas barnizadas (Ruiz Valderas 1999: 38), en el que se incluyen prácticamente la totalidad de los productos de los talleres de barniz negro que están en funcionamiento en estos momentos: cerámica de Cales (*Idem.* 1994 y 1999: 35 s.), campaniense A antigua (*Idem.* 1999: 37 s.), pseudocampaniense ebusitana (Martín Camino 1998: 13 s.; Ruiz Valderas e.p.), Byrsa 401 (Aquilué, García Roselló y Guitart 2000: 385), producciones centromediterráneas de aire púnico (Martín Camino 1998: 14 ss.), etc., en lo que se nos muestra como una facies de importaciones similar a la que presenta Cartago para estos mismos momentos (*Idem.* 1999: 38).

— Tenemos constatada la presencia de cerámicas "tipo Kuass" en tres de los solares que presentan niveles claros del último tercio del s. III a.C.: en la ***calle Serreta***, la Plaza de San Ginés y la calle Saura. Entre los materiales que las acompañan son muy numerosas las importaciones del "Círculo del Estrecho", especialmente los envases anfóricos, sobre todo los tipos evolucionados de MPA4 (T-12.1.1.1.), T-8.2.1.1., T-9.1.1.1. e iberopúnicas.

— Los materiales de ***San Ginés***, en la ladera meridional del Monte de la Concepción, proceden de un enorme vertedero excavado en 1990 que ha proporcionado un considerable volumen de material (Martín Camino 1998). En el depósito se hayan estratificados materiales de muy diversa clase y procedencia: cerámica ibérica, gaditana, púnico-ebusitana, grises de la costa catalana, púnica centromediterránea —cerámica común, barniz negro y ánforas—, grecoitálica, etc. Entre ellos, sus excavadores han identificado varios platos de pescado —Forma II— que asimilan a las producciones de Kuass (*Idem.* 13; fig. IX, 6 y 9), un bol de la Forma X (*Idem.* fig. IX) y un fondo estampillado[291] —posiblemente una copa de la Forma VIII— con cuatro palmetas ligadas, cuyo contorno, festoneado, resulta un dato fundamental a la hora de incluir con total seguridad a esta pieza dentro de la producción de lo talleres gaditanos (*Idem.* fig. IX, 10).

— De la ***calle Saura***, donde en 1987 tuvo lugar una excavación de urgencia, aún inédita (*Idem.* 25; n. 20), procede un pequeño fondo estampillado con una única palmeta impresa[292].

Llama la atención la relativa escasez con que aparecen cerámicas gaditanas "tipo Kuass" en Cartagena (Ruiz Valderas e.p.; Aquilué, García Roselló y Guitart 2000: 385), tanto más cuando como estamos viendo, son muy numerosas las importaciones de barniz negro de la mayoría de los talleres mediterráneos en general y del área púnica —Ibiza, Cartago e islas— en particular. Si a esto unimos que el tráfico comercial con el área del "Círculo del Estrecho" hubo de ser frecuente, dado el volumen y variedad de los envases anfóricos documentados, esta ausencia debe responder a una falta expresa de interés de los talleres gaditanos por exportar sus productos que desde su

[290] Agradecemos a Elena Ruiz Valderas que nos haya permitido ver e incluir en nuestro trabajo estos materiales inéditos, pertenecientes a su Tesis Doctoral y a Miguel Martín Camino, director del Museo de Cartagena donde se hallan depositados, el habernos facilitado el acceso a los mismos.

[291] Agradecemos a Elena Ruiz Valderas el que nos haya facilitado el dibujo de esta pieza.

[292] *Idem.*

origen son concebidos para surtir a las poblaciones cercanas de una vajilla determinada que ésta demanda. En el caso de Cartagena[293], la necesidad de vajillas helenísticas queda cubierta con relativa facilidad por la producción de toda esta serie de talleres mediterráneos, cuyos productos, de mayor calidad, arriban con facilidad a su puerto, por lo que la cerámica gaditana, de calidades más mediocres y que no nace con afán comercial, apenas llega.

6.5.2. Costa levantina

Hacia Levante, conforme nos alejamos del área meridional, los hallazgos de cerámica "tipo Kuass" se van espaciando. Tradicionalmente se ha considerado que esta zona, que se incluye dentro del área de influencia de Roma, se surte sobre todo de productos barnizados procedentes de la Península Itálica y área noroccidental de Iberia: talleres de Rosas (Bonet y Mata 1998), campaniense A antigua (*Idem.*), Pequeñas Estampillas (Sanmartí 1973; Pérez Ballester 1987: 70 ss.) y de ciertas producciones propias, muy concretas (Aranegui y Gil Mascarell 1978; Sanmartí 1981: 168; García Cano, García Cano y Ruiz Valderas 1989: 125 s.). Las producciones púnicas se limitarían, prácticamente, a los productos ebusitanos (Del Amo 1970: 218 s.; Bonet y Mata 1988: 16 ss.).

El desarrollo de las investigaciones ha posibilitado que poco a poco se vayan reconociendo los productos de otros talleres, itálicos en algunos casos (Escrivá, Marín y Ribera 1992) y del área púnica en otros (Bonet y Mata 1988: 21 y 1998; Sala 1998a). Aunque cuantitativamente no son demasiado numerosos, los hallazgos de cerámica gaditana "tipo Kuass" se han multiplicado en los últimos tiempos. Y es sobre todo el análisis de los yacimientos en los que se han podido documentar el que nos aporta una información de gran importancia, en la medida en que la distribución geográfica de estos hallazgos permite seguir la ruta por la que penetran los productos del "Círculo del Estrecho" y contribuye por una parte, a la caracterización del comercio gaditano —envases, productos finales, etc.— y por otra, a la evaluación del peso real de este comercio en unos momentos y lugares muy concretos e históricamente significativos.

6.5.2.1. *La provincia de Alicante: La Contestania ibérica*

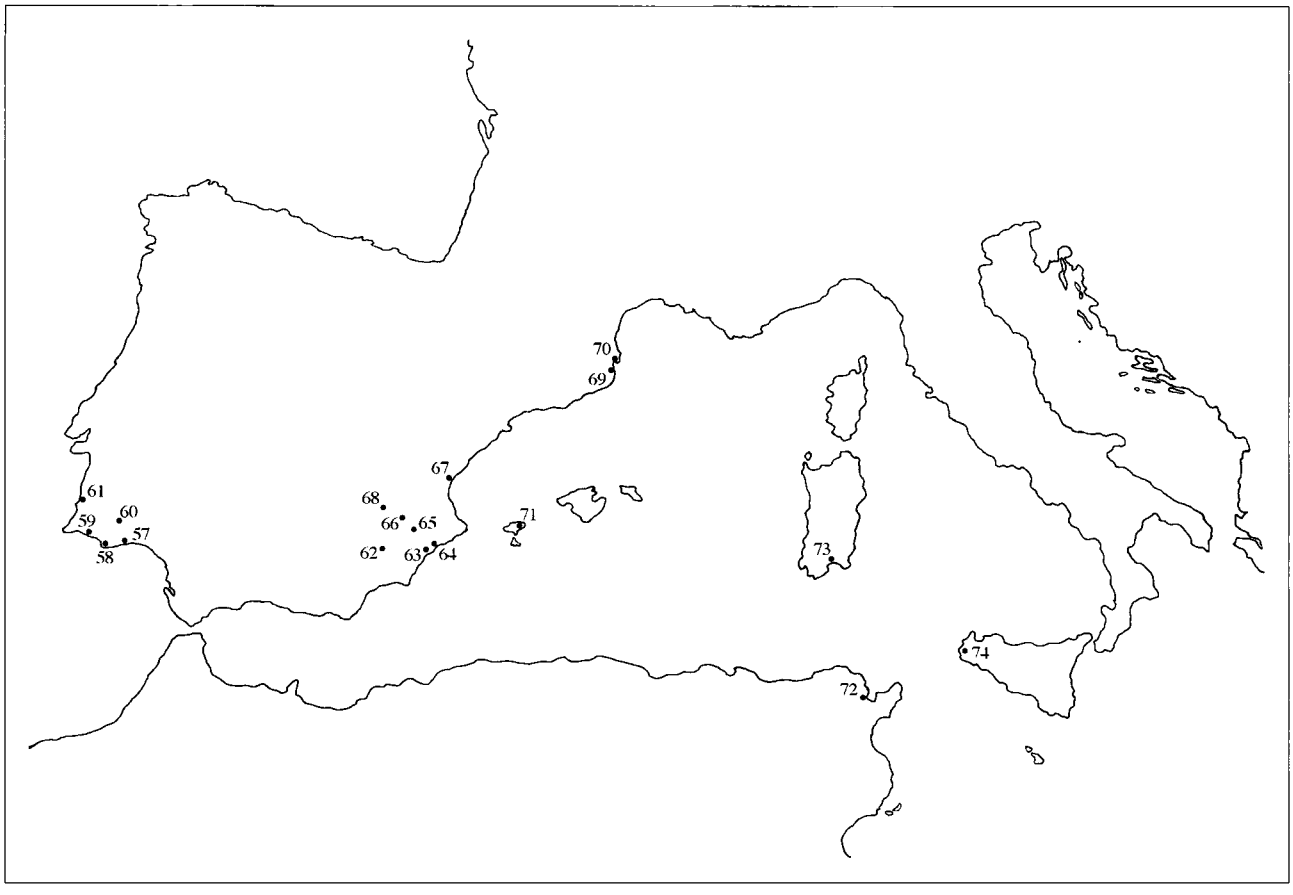
Hasta hace relativamente poco tiempo, la dificultad que a nivel metodológico —ausencia de importaciones claras para esos momentos—, existía para fechar con precisión los niveles del s. III a.C., había provocado un aparente vacío de contextos que se pudieran datar con seguridad en esta centuria (Sala 1998a: 29). Este problema parece hoy en día subsanado gracias a la revisión de las antiguas excavaciones y de los materiales depositados en los Museos. Aunque todavía no son demasiado numerosos, en relación sobre todo a la alta densidad del poblamiento contestano (Llobregat 1972), al menos contamos con media docena de casos en los que con seguridad, se ha podido definir la facies correspondiente al s. III a.C. De entre ellos —La Serreta, La Escuera, el Tossal de Manises y su necrópolis La Albufereta, El Campello y La Alcudia— hemos podido reconocer cerámica gaditana "tipo Kuass"[294], como veremos a continuación, en tres de ellos, por lo que no descartamos que los futuros trabajos y las revisiones de las antiguas excavaciones nos deparen más hallazgos. Aún así, y limitándonos a los datos con los que contamos en estos momentos, el análisis de esta distribución resulta sumamente interesante, ya que se ha podido comprobar la presencia de esta clase cerámica, lo que supone, en cierta medida, la confirmación del comercio gaditano; tanto en la ***franja litoral*** como en el interior, adonde llegarían a través del río Vinalopó, principal vía de comunicación entre ambas comarcas (Abad 1987: 157; Olcina *et al.* 1998: 44).

— A la luz de los datos que están aportando los trabajos más recientes (Olcina y Pérez 1998), posiblemente la cerámica gaditana se distribuyera a partir del importante puerto del ***Tossal de Manises*** (Ribera y Fernández 2000: 1707), la romana *Lucentum*, bajo la actual ciudad de Alicante. Hoy sabemos, aunque apenas nos quedan rastros de ella salvo algunos materiales descontextualizados, que la ciudad ibera debió fundarse hacia el s. V a.C., durante el Ibérico Pleno (*Idem.* 35). La ciudad sufre sucesivas remodelaciones, primero en momentos de la Segunda Guerra Púnica (Sala 1998b: 42), cuando se la dota de una potente fortificación de estilo helenístico y posteriormente romana (Olcina y Pérez 1998: 41 s.), tras la victoria de los ejércitos de Escipión. Aunque no tenemos constancia de la presencia de cerámica gaditana "tipo Kuass" en la ciudad, pensamos sin embargo, que ésta debió llegar, si tenemos en cuenta la profusión con que aparecen ánforas del "Círculo del Estrecho", es decir del volumen del comercio gaditano, y que las tenemos documentadas entre los ajuares de la vecina necrópolis de La Albufereta.

— La necrópolis, que se sitúa en la playa de ***La Albufereta*** a los pies del Cerro del Tossal, fue descubierta en los años treinta a raíz de la construcción de una carretera. Durante esa década tienen lugar varias campañas de excavación dirigidas por J. Lafuente

[293] Debido a la corta vida de la fundación cartaginesa como ciudad púnica, no podemos saber si llegado el caso ésta hubiese puesto en marcha una producción propia de vajillas helenísticas o si la facilidad con las que podía obtenerlas vía comercial, no lo hubiese hecho necesario. En cualquier caso nos movemos tan sólo en el terreno de la especulación.

[294] Tuvimos ocasión de estudiar directamente estos materiales, depositados en los Museos de Alicante y Alcoy, durante una visita realizada a la provincia de Alicante en el mes de abril de 1999.



MAPA 3.—DISTRIBUCIÓN DE LA VAJILLA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL (III). (* con dudas).

57.—Baesuris *(Castro Marim, Portugal). 58.*—Ossonoba *(Faro, Portugal). 59.*—Cilpes *(Cerro da Rocha Branca, Silves, Portugal). 60.*—Mirtilis *(Mértola, Portugal). 61.*—Miróbriga *(Santiago do Cacém, Portugal). 62.—Bolbax (Cieza, Murcia)*. 63.—Tossal de Manises/La Albufereta (Alicante). 64.—La Illeta dels Banyets (Campello, Alicante). 65.—La Serreta (Alcoy, Alicante). 66.—La Covalta (Albaida, Valencia)*. 67.—Sagunto (Valencia). 68.—El Amarejo (Bonete, Albacete). 69.*—Emporion *(L'Escala, Girona). 70.*—Rhode *(Rosas, Girona)*. 71.*—Ebussus *(Ibiza, Baleares)*. 72.—Cartago (Byrsa, Túnez)*. 73.*—Karalis *(Cagliari, Cerdeña)*. 74.—Lilibeo (Marsala, Sicilia)*.*

y F. Figueras (Sala 1998a: 37). Se conocen cerca de cuatrocientas tumbas de incineración correspondientes a los siglos IV y III a.C. que con frecuencia se acompañan de un rico ajuar formado, en la mayoría de las ocasiones, por vasos griegos y del resto de talleres mediterráneos (Rubio 1986). A pesar de los problemas que presenta este yacimiento —excavaciones antiguas, material mezclado, restauraciones erróneas, etc.—, la riqueza y variedad de los materiales, sobre todo los del s. III a.C., entre los que encontramos producciones de Teano, de la Magna Grecia, de Rosas, etc., destacando por su abundancia y variedad los productos del área púnica, entre la que se han reconocido vasos de Sicilia, Ibiza, Cartago y "Círculo del Estrecho" (Sala 1998b: 41 s.); nos hablan de la importancia del puerto del Tossal en estos momentos, sin duda uno de los centros del área ibérica contestana en la época, como refleja la facies de importación de su necrópolis (*Idem.* 41). Respecto a la presencia de cerámica "tipo Kuass", en un trabajo publicado hace algo más de una década, las autoras al plantearse el estudio de las imitaciones de las formas helenísticas de los siglos III a I a.C. (Bonet y Mata 1988), ya apuntaban que junto a imitaciones de carácter local y a productos de los talleres ebusitanos, se encontraban una serie de piezas que diferían por completo de aquellas y las relacionaban, aunque con la precaución de quien no conoce directamente estas producciones, con los talleres norteafricanos de Kuass (*Idem.* 18 y 28). Entre estas piezas se citaban un plato de pescado procedente de La Albufereta (*Idem.* 18; fig. 8, 7) que se describe como "rojo anaranjado" cuyo perfil "se aparta bastante de los originales campanienses e ibicencos" y sin embargo recuerda a los de Kuass (*Idem.*). Con motivo de la ya citada visita a la provincia de Alicante, tuvimos ocasión de observar directamente esta pieza[295] y de confirmar la opinión de H. Bonet y C. Mata. Junto a este plato y procedentes asimismo de la antiguas excavaciones en la necrópolis de La Albufereta, encontramos una serie de piezas recubiertas también de barnices rojos, de las que, sin embargo, no nos atrevemos a asegurar su procedencia gaditana y bien pudieran pertenecer a cualquiera de las producciones locales de aire púnico que, como venimos apuntando a lo largo del trabajo, hubieron de proliferar por toda la costa peninsular. Destacamos la presencia de dos platos completos de nuestra Forma III, uno completamente quemado y el otro recubierto de un fino glaseado, con aguas, de tono castaño[296]. Estos materiales aparecen junto a urnas ibéricas —las que contuvieron las cenizas del difunto—, cálatos, pebeteros o quemaperfumes de Deméter/Tanit y barniz negro variado (Sala 1998a: 38 s.).

[295] Expuesta en la Vitrina nº 12 de la Necrópolis de La Albufereta del Museo Provincial de Alicante. Agradecemos a su Director, Manuel Olcina Doménech, que nos permitiera el acceso a dichos fondos, dado que en el momento de nuestra visita —abril de 1999— el Museo estaba en pleno proceso de remodelación y traslado.

[296] Se trata de un ejemplar muy parecido, aunque desprovisto de decoración, al que procedente de las escombreras de los hornos de Torre Alta, se expone en el Museo Histórico de San Fernando (*Vid. supra*).

— El segundo de los yacimientos que traemos a colación, el de la ***Illeta dels Banyets***, está situado en el término municipal de Campello, en lo que hoy se nos muestra tras una serie de transformaciones debidas tanto a causas físicas como humanas, como un promontorio estrecho y largo, unido a la costa mediante una lengua de tierra (Olcina y García 1997). Después de una serie de trabajos dirigidos en los años treinta por F. Figueras (*Idem.* 25 ss.), en el periodo comprendido entre 1974 y 1986 tienen lugar en el yacimiento una serie de campañas arqueológicas auspiciadas por el Museo Arqueológico de Alicante, de la mano de su director E. Llobregat (*Idem.* 29 ss.), que sacan a la luz lo que se ha interpretado como un centro comercial o *emporion* de época ibérica (Llobregat 1997; Álvarez 1997: 163 ss.). El urbanismo, en principio condicionado por el espacio disponible, se articula de forma regular, siguiendo un esquema axial, en torno a una gran calle principal de la que parten viales secundarios. A ambos lados se sitúan los edificios que Llobregat llamó Templo A —edificio de planta cuadrangular, tripartito, que se ha interpretado como un edificio cultual— y Templo B —recinto sacro a cielo abierto o *témenos*— (Olcina y García 1997: 32 ss), y lo que se conoce como "Almacén del Templo A" (Álvarez 1997). El conjunto, sobre cuyo significado y funcionalidad no existe unanimidad entre los investigadores[297], se fecha generalmente, por los materiales que se asocian a las estructuras, hacia el s. IV-primera mitad del III a.C. (Olcina y García 1997: 32; Álvarez 1997: 161; Gusi 1997: 181; Sala 1998b: 38 ss.; Moneo y Almagro-Gorbea 2000: 44).

Del registro material destaca, por su volumen y variedad formal, el importante conjunto de cerámica ática, sobre todo de barniz negro (Garcia i Martín 1997), que se ha comparado con el cargamento de El Sec (Sala 1998b: 38). Vajilla que en los últimos momentos de vida del yacimiento se sustituye, como viene siendo habitual, por los productos de otros talleres mediterráneos. En este caso concreto tenemos documentada, entre los materiales del "Almacén del Templo A", el único espacio publicado en detalle, la producción romano lacial de Pequeñas Estampillas (Álvarez 1997: 145; fig. 6, 14-16; Sala 1998b: 41), importaciones habituales durante la primera mitad del s. III a.C. Estudios aún en marcha sobre otras estructuras —Templo B— han permitido reconocer diversas piezas de Pequeñas Estampillas, Tres Palmetas Radiales de Rosas, otras de origen centroitálico y se destaca "el numeroso grupo de las imitaciones púnicas con una gran variedad de formas, pastas y barnices" (Sala 1998b: 41), del que aunque se desconoce su origen concreto se señala que "sería de gran interés determinar su procedencia" (*Idem.*).

El comercio con la zona de Cádiz está atestiguado a través de la presencia en el "Almacén del Templo A" de ánforas MPA4 y Ramón T-8.2.1.1. (Álvarez 1997: 146 ss.; fig. 7, 2 y 3; Sala 1998b: 41; fig. 7; Ribera y Fernández 1706) y de la presencia de cerámica "tipo Kuass" que aunque no numerosa sí es, por el contexto —enclave de funcionalidad comercial— y cronología —primera mitad del s. III a.C.— en los que la encontramos, significativa. Entre los materiales expuestos en las vitrinas del Museo de Alicante[298] hemos localizado un cuenco del Tipo IX-A, que tanto por forma como por pasta y barniz, se engloba perfectamente dentro de nuestra producción. Menos certeza tenemos con otras dos piezas: un plato de pescado —Forma II— y un cuenco del Tipo IX-C. Se trata sin embargo de formas que por las especiales condiciones del lugar (Garcia i Martín 1997: 178), no están demasiado bien conservadas, presentando importantes concreciones salinas, que posiblemente hayan alterado la composición originaria. Por último, gracias a la revisión de los materiales de las excavaciones, depositados en el almacén de la calle Fortuny, hemos podido localizar dos bordes más de cuencos del Tipo IX-A.

En definitiva, nos volvemos a encontrar ante las formas más comunes dentro de la vajilla, por una parte, el plato de pescado y el cuenco simple y, por otra, el tipo —el cuenco IX-C—, que como estamos viendo, más se repite en la zona del sureste.

El poblamiento ibérico en la provincia de Alicante debe entenderse en función de las diferentes comarcas naturales que son las que articulan el territorio. A grandes rasgos podemos distinguir dos amplias unidades, una zona sur llana y una septentrional montañosa (Grau 1998: 310). La máxima densidad poblacional de la provincia de Alicante la encontramos en la Hoya de Alcoy (Abad 1987: 165), actuales comarcas de L'Alcoià i el Comtat, en lo que se considera el centro de la Contestania.

Hoy no se discute la estrecha relación que en el Ibérico Pleno hubo de haber entre el Tossal de Manises —puerto de entrada y salida— y La Serreta (Sala 1998a: 46; Olcina *et al.* 1998: 42), que ejercería como capital de la región (Grau 1998: 318) en el s. III a.C. una vez abandonado el vecino asentamiento del Puig d'Alcoi (*Idem.* 317 s.), en un momento en el que se asiste a una nueva ordenación del territorio (Olcina *et al.* 1998: 43 s.) en función, por una parte, de la intensificación de la explotación de los recursos agropecuarios —poblados en llano— y, por otra, del mayor control de las vías de comunicación —asentamientos a media altura que complementan a los grandes centros— (Grau 1998: 318).

La penetración al interior: La Serreta (Alcoy, Alicante)

El yacimiento de La Serreta, descubierto en 1917, ha sido objeto de numerosas campañas arqueológicas a lo largo de todo un siglo (Olcina *et al.* 1998: 35). Desde los primeros trabajos de los años veinte, a cargo de C. Visedo, las excavaciones se han sucedido casi ininterrumpidamente, en los años cuarenta y cincuenta bajo la dirección de este mismo investigador y con posterioridad, a finales de los sesenta, de la mano de M. Tarradell. En la actualidad un equipo formado por investigadores de los Museos de Alicante y Alcoy (*Idem.*) ha retomado las investigaciones en el sitio, abriendo nuevos cortes en el poblado, excavando la necrópolis (Cortell *et al.* 1992) y procediendo al estudio y revisión de los materiales de las primeras intervenciones (Sala 1998b: 30; Grau 1996).

El asentamiento se sitúa sobre un cerro, ocupando una posición central en la comarca de l'Alcoià-Comtat, centro neurálgico de la Contestania de las fuentes clásicas (Olcina *et al.* 1998: 37), en una posición estratégica inmejorable, ya que visualmente domina toda la región, así como las vías de comunicación. Aunque tenemos constancia de su existencia en el s. IV a.C., por materiales descontextualizados, entre ellos cerámica ática (García y Grau 1997: 121 s.) y por los enterramientos excavados, la mayoría de ellos

[297] Un resumen de las diferentes posturas al respecto en Moneo y Almagro-Gorbea 2000: 43 ss.

[298] *Vid.* nota 295. Agradecimiento que hacemos extensible a Ignacio Grau i Mira, que amablemente nos acogió y guió durante nuestra estancia.

pertenecientes a esta centuria (Cortell *et al.* 1992); no se ha hallado ninguna estructura o nivel intacto de esos momentos. Según todos los indicios, el poblamiento debía estar situado en las zonas más altas del cerro, que con posterioridad quedaría arrasado por la profunda remodelación a la que asistimos durante el siglo siguiente (Olcina *et al.* 1998: 37). En el s. III a.C. el poblamiento se extiende también por las laderas del cerro, ocupando prácticamente todo el espacio disponible por lo que se opta, para la construcción de las viviendas, por un sistema de aterrazamiento. A fines de la centuria se levanta una nueva fortificación de acceso al poblado que se abandona en un corto espacio de tiempo. Aunque este hecho, sin duda, se ha de poner en relación con un momento de inestabilidad política, en el estado actual de las investigaciones sus excavadores dudan si relacionarlo con los conflictos bélicos de la Segunda Guerra Púnica o con los primeros momentos de dominación romana (*Idem.* 41). Lo que sí es cierto es que el poblado se abandona precipitadamente en los primeros años del s. II a.C. y que gracias a ello, contamos con algunos conjuntos materiales, recuperados prácticamente *in situ*, de gran valor para nuestro trabajo (Sala 1998b: 30 ss.).

El estudio de la vajilla helenística del s. III a.C., ha evidenciado el importante lugar que entre ésta ocupan las distintas producciones púnicas (Olcina y Sala 2000: 116 s.), de las que se han llegado a diferenciar tres posibles talleres, de acuerdo con las características de pastas y acabados que presentan (Sala 1998b: 30). Entre las formas más imitadas se citan las más típicas: platos de pescado —L-23—, boles —L-27— y el pequeño cuenco de la forma L-21/25B. Una de estas producciones es descrita de la siguiente manera "barniz de coloración heterogénea rojizo-castaño-negro, fino y agrietado" (*Idem.*) y aunque la autora descarte, además de su procedencia ebusitana, un posible origen en los talleres de Kuass[299], creemos que esta descripción responde a la perfección a las producciones del "Círculo del Estrecho" que estamos viendo. Hipótesis que cobra peso si tenemos en cuenta varios hechos: 1) que nos encontramos ante una facies de importaciones idéntica a la que observábamos en la necrópolis de La Albufereta (Olcina *et al.* 1998: 42), desde cuyo puerto —Tossal de Manises— posiblemente se introduzcan las importaciones hacia el interior. Se constata la presencia de producciones púnicas (ebusitanas, de la clase Byrsa 401 y de otros talleres indeterminados), talleres de Rosas, Pequeñas Estampillas, Cales, campaniense A antigua y algunos talleres locales levantinos (forma L-42C de Covalta), etc. (Grau 1996: 84 s.; Olcina *et al.* 1998: 42; Sala 1998b: 32). 2) Por la presencia de importaciones, en este caso envases anfóricos del tipo Ramón T-8.2.1.1. (Grau 1996: 86 s.; fig. 1, 2-3; Sala 1998b: 35; fig. 2, 6 y 9), que con toda seguridad provienen de la zona del Estrecho, con lo que queda probado el tráfico comercial, o al menos el intercambio entre la zona de Cádiz y las comarcas interiores de la Contestania, por lo que en principio, no resultaría extraña la presencia de vajilla fina gaditana en el yacimiento de La Serreta y 3) por la presencia de determinadas piezas que posiblemente pertenezcan a nuestra producción[300]. Entre éstas citamos un plato de pescado —Forma II—, descrito por los autores como "imitación púnica de barniz rojo" (Olcina *et al.* 1998: 38; fig. 2, 11), algún cuenco o bol —posiblemente de la Forma X— y con menos certeza una lucerna helenística del Tipo D de Ricci (Grau 1996: 86; fig. 1, 5) hallada, como la pieza anterior (*Idem.* 84), junto a campaniense A antigua, ánforas gaditanas y cerámica ibérica decorada de los estilos de Elche-Archena y Oliva-Llíria, en lo que se ha considerado un posible lugar de culto de carácter privado (*Idem.* 115).

La Covalta (Albaida, Valencia). Importaciones e imitaciones

El poblado de La Covalta se halla situado en la provincia de Valencia, al norte de la Contestania, en el límite de ésta con la región de los edetanos; ocupa una superficie de hectárea y media y fue excavado prácticamente en su totalidad a principios del s. XX (Llobregat 1972: 41 ss.).

El conjunto de barniz negro del yacimiento fue objeto de un estudio monográfico a comienzos de los setenta (Vall de Plá 1971) y ya entonces, pese al momento temprano en el que fue realizado, su autora se percató de que de las ciento cincuenta y siete piezas recuperadas del yacimiento, un porcentaje cercano al 35 %, que fechaba entre la primera mitad y mediados del s. III a.C., no presentaba las características, en cuanto a pastas y barnices, de las producciones áticas y campaniense A. Entre las producciones que describe esta autora se pueden identificar cerámicas ebusitanas de pastas grises y de barnices rojos, productos de los talleres de Rosas, producciones locales levantinas como la de la forma L-42c, definida por Sanmartí (1981: 168) precisamente a partir de los ejemplares de Covalta, etc. (Vall de Plá 1971: 47 ss.). El avance de la investigación[301] ha terminado por validar, una a una, las apreciaciones iniciales de este trabajo, y recientes revisiones de los materiales han confirmado la presencia de estas producciones del s. III a.C. (Bonet y Mata 1998: 68; fig. 12 y 13). H. Bonet y C. Mata citan además dos ejemplares (*Idem.* 68; fig. 12, 4; fig. 13, 2): un borde de una forma L-40 y un fondo decorado con una roseta que, aunque relacionan con producciones emparentadas con el círculo de Kuass, nosotros sin embargo no creemos que pertenezcan a la producción de los talleres del "Círculo del Estrecho", ni por descripción —"barniz marrón con goterones y pasta beige"— ni por formas[302], ni por cronología[303]. El que tampoco se hallen ánforas de tipología gaditana (*Idem.*) refuerza nuestra idea de que estas cerámicas no provienen del "Círculo de Kuass", como proponen las autoras. Quizás haya que poner en relación esta pieza con un posible taller situado en algún punto del litoral levantino que fabricase esta forma desde finales del s. IV, a imitación de los originales áticos, según proponen C. y J.M. García Cano y E. Ruiz Valderas, dada la uniformidad que presentan los ejemplares aparecidos en el área valenciana (1989: 125 s.).

6.5.2.2. *El territorio edetano: Valencia*

Como hemos ido adelantando, cuanto más hacia el norte avanzamos, menos frecuentes son los hallazgos de cerámicas del "Círculo del Estrecho" y menos seguridad tenemos de que las piezas que aparecen con las superficies recubiertas de engobes o barnices rojos puedan ser incluidas con total seguridad dentro del conjunto que

[299] Para ello se basa únicamente en las descripciones de Ponsich (Sala 1998b: 30).

[300] Desde estas líneas queremos agradecer a nuestro colega y amigo Ignacio Grau i Mira su inestimable ayuda a la hora de identificar los materiales que nos interesaban, depositados en el Museo de Alcoy, además de su hospitalidad durante el tiempo que permanecimos en Alicante.

[301] Sobre todo a partir de la sistematización de las producciones de Rosas (Sanmartí 1978a) e Ibiza (Del Amo 1970).

[302] Pues la L-40 no se encuentra representada entre las formas de la cerámica "tipo Kuass".

[303] La fecha de destrucción del poblado, mediados del s. III a.C. (Bonet y Mata 1998: 68) nos parece demasiado temprana como para que en un lugar tan alejado del centro productor y fuera del circuito externo comercial mediterráneo (Gracia 1995: 326 s.; Principal 1998a: 174), lleguen unas cerámicas que, en estos momentos, nunca se fabricarían con una calidad tan deficiente como la que parece desprenderse de la descripción de las piezas.

estamos analizando. La cercanía de *Ebusus*, donde sabemos que existe una producción local de vajillas helenísticas de tonos rojos, debe influir en gran medida, cuando no surtir directamente, a las comunidades ibéricas levantinas y ya hemos venido señalando que a lo largo de toda la costa meridional y, sobre todo, en el sureste peninsular, parecen existir toda una serie de producciones menores, aún por definir y por delimitar su alcance real.

Por otro lado es característica común a todo el territorio valenciano la perduración de la vajilla ática y como la otra cara de la misma moneda, causa o efecto de ello, la escasez con que se documentan en todo el territorio de Edeta/Llíria importaciones de barniz negro del s. III a.C. (Bonet y Mata 1998: 54). Este hecho es explicado por la perduración de las vajillas consideradas de lujo (*Idem.* 69). Los últimos elementos áticos se amortizarían más lentamente y prácticamente son sustituidos por los primeros elementos campanienses, que como la investigación está demostrando, se comienzan a importar desde finales del s. III (Sanmartí y Principal 1998a); no dejando, en la práctica, hueco real para la aceptación de otros repertorios, los considerados "protocampanienses", que cubren la producción de vajillas helenísticas barnizadas, durante el s. III a.C.

A pesar de todo ello, una serie de indicios, si no certezas, parece evidenciar la llegada de determinados elementos de marcado cariz gaditano, que encontramos sobre todo en ciertos lugares cuyo carácter comercial está ampliamente atestiguado, arqueológica y textualmente, como es el caso de Sagunto.

Sagunto: Puerto de llegada

Los hallazgos submarinos no han proporcionado demasiados restos pertenecientes a estos momentos (Bertó 1991; Bonet y Mata 1998: 49 ss.) y se limitan prácticamente a envases de tipología ebusitana —P/17 y 18— y centromediterránea —Mañá C2—, que aparecen junto a elementos grecoitálicos y romanos, fechados ya en el s. II a.C., sin que tengamos noticia alguna de la aparición de ánforas gaditanas (Ribera y Fernández 2000).

A pesar de la importancia económica e histórica de la ciudad de *Arse*[304], posiblemente uno de los principales puertos comerciales del momento (Ribera y Fernández 2000: 1707), no contamos con demasiada información sobre el período prerromano. Los únicos contextos que han ofrecido materiales de los siglos IV y sobre todo III, son niveles que aparecen revueltos por las construcciones posteriores (Bonet y Mata 1998: 50) lo que, sin embargo, es válido para nuestro objetivo, ya que entre éstos se ha documentado un importante número de importaciones.

Destacan las excavaciones realizadas en el ***foro republicano*** (Aranegui 1995) y en una de las ***torres*** situada en la ***vertiente septentrional del castillo*** (Pascual y Aranegui 1993), que han aportado significativos niveles de relleno con materiales procedentes de momentos anteriores: cerámica ática y producciones del s. III a.C. (Cales, talleres de Rosas, Pequeñas Estampillas, etc.), aunque ambas construcciones se fechan, por la presencia de materiales más modernos, una vez concluida la Segunda Guerra Púnica (Bonet y Mata 1998: 50 ss; fig. 2 y 3). También se han recuperado fragmentos de cerámica ática en el relleno de la ***cisterna del foro*** (*Idem.* 53) en un contexto cronológico algo posterior (Aranegui 1984). Por último, y antes de pasar a analizar las posibles importaciones gaditanas localizadas en el sitio, hay que traer a colación las intervenciones realizadas en el puerto antiguo de Sagunto, el ***Grau Vell*** (Aranegui 1982 y 1991; Aranegui *et al.* 1985; Barrachina *et al.* 1985), en funcionamiento, según los materiales aparecidos, al menos desde el s. V a.C. (Pascual 1991a), con estructuras documentadas desde el IV (Hernández 1991: 61). Destacan por su número las importaciones del s. III: ánforas Mañá D, monedas púnicas (Bonet y Mata 1998: 54) y barniz negro de Pequeñas Estampillas, Rosas, Gnathia, campaniense A antigua, etc. (Pascual 1991b; Bonet y Mata 1998: 53; fig. 3,17-20), asociados a una importante fase constructiva bien documentada (Hernández 1991: 61 s.; Bonet y Mata 1998: 54).

Respecto a las imitaciones púnicas, la primera vez que se dieron a conocer materiales de este tipo fue a comienzos de los años ochenta cuando al proceder a la reordenación, catalogación e inventariado de los ***fondos antiguos*** depositados en el ***Museo de Sagunto*** (Blánquez 1981 y 1982), J. Blánquez aísla dos fondos de pequeños cuencos de la forma 21/25B (*Idem.* 465; fig. 2, 4 y 5; lám. III, c), inventariadas con las siglas Calabozo-82, en referencia a las excavaciones realizadas por González Simancas desde 1921 hasta 1935, sin que conozcamos exactamente su localización (*Idem.* 1985: 464); similares a otros ejemplares aparecidos en El Amarejo (Albacete) (Broncano y Blánquez 1985: 266 ss.; Blánquez 1985: 464; fig. 2, 2-3; lám. 2; lám 3, a y b). Las piezas, descritas como de pastas rojizas-anaranjadas, con desgrasantes muy finos, recubiertas por un engobe rojo (*Idem.* 464) dado por inmersión, que en ocasiones no presenta coloraciones uniformes (pueden ser pardas o encontrarse quemadas) (*Idem.* 468); son puestas en relación por su autor, desde un primer momento, con las producciones púnicas del Norte de Africa, tanto de su parte occidental —Kuass—, como del área de Cartago y de Ibiza, lugares en los que se documenta la presencia y fabricación de estas imitaciones de superficies rojas (*Idem.* 471 s.). Aunque no de forma clara, parece que finalmente el autor se decanta por considerarlas originarias de los talleres de Kuass[305]. J. Blánquez justifica la presencia de este tipo de piezas en Sagunto "por su propia situación geográfica: punto de inflexión de la Vía Heraklea e importante foco colonial" (1985: 472). A partir de aquí se distribuiría hacia el interior a través de este mismo camino, como demuestran los hallazgos de El Amarejo, en la provincia de Albacete (Broncano y Blánquez 1985; Broncano 1989), situado junto a la Vía y en el que no sólo se han documentado cerámicas de "tipo Kuass" (Broncano y Blánquez 1985: 266; Blánquez 1985) sino también otras importaciones mediterráneas como ciertos ejemplares procedentes del taller de Pequeñas Estampillas (*Idem.* n. 39; Blánquez y Martínez 1983).

Con posterioridad a este trabajo se han podido reconocer, procedentes de las nuevas excavaciones realizadas tanto en el castillo y casco urbano de Sagunto como en el Grau Vell (Pascual 1998: 99 s.), hasta cerca de un centenar de fragmentos de estas características (*Idem.* 1998: 87 ss.), muchos de ellos contextualizados, que han permitido ampliar tanto cronológica como morfológicamente esta producción, diferenciándose claramente dos conjuntos (*Idem.* 102): uno más antiguo, procedente de contextos del s. III a.C.

---

[304] Se trata de la única población de la Edetania que sabemos que acuña moneda (Bernabeu, Bonet y Mata 1987: 139) lo que le confiere, posiblemente, el rango de ciudad (*Idem.* 141) y una cierta primacía económica y, tal vez, política en la región.

[305] Al menos eso se desprende cuando, al hablar de las cerámicas "tipo Kuass" aparecidas en *Carteia*, las relaciona directamente con las halladas y publicadas en Sagunto y El Amarejo (Roldán *et al.* 1998: 161).

integrado por formas de filiación ática, entre las que se destacan el citado cuenco L-21/25B (la forma más representada con diferencia), el plato de pescado —L-23— y la copa de la forma L-22/l-28.; mientras que el repertorio más reciente, típico del s. II a.C., estaría formado por formas L-6, L-26, L-27, L-31 y L-55 y sería de carácter residual, ya que en la práctica supone tan sólo un 8% del conjunto analizado (*Idem.* 102 s.). A diferencia de Blánquez que la consideraba originaria del norte de Africa, en concreto de los talleres de Kuass, se propone una procedencia, bien local, bien regional de una zona cercana (*Idem.* 88); aunque se apunta que el origen puede estar relacionado con influencias exteriores que, intensas y continuas en el tiempo, pudieran haber desembocado en el nacimiento de esta pequeña producción local (*Idem.*).

Con el hándicap de no haber podido ver personalmente las piezas en cuestión, no nos atrevemos *a priori* a decantarnos por ninguna de las dos teorías, y aunque las descripciones detalladas que Blánquez hace de las piezas no difieren en ningún sentido de las que podemos encontrar en la zona de Cádiz, la abundancia de materiales que se han podido reunir, la cercanía de Ibiza y la sospecha de la existencia de ciertas producciones locales, que debieron estar ubicadas en alguna zona del sureste peninsular (Adroher 1988-87a: 200 s.) y que surtirían, aunque en pequeñas cantidades y siempre formas muy determinadas, a Levante de estos productos; nos invitan a tener cautela sobre la adscripción cultural de estos ejemplares.

Como hemos visto (*vid. supra*), J. Blánquez relaciona los materiales estudiados por él en Sagunto (Blánquez 1981 y 1982) con ciertos ejemplares recuperados en las excavaciones efectuadas en El Amarejo (Bonete, Albacete)[306] (*Idem.* 1985). Piezas que se introducirían desde Sagunto siguiendo la Vía *Heraklea* (*Idem.* 472 y 1990; Blánquez y Martínez 1983: 234 s.).

La penetración a la meseta: El Amarejo (Bonete, Albacete)

El poblado ibérico de El Amarejo se sitúa sobre la cima y laderas del cerro del mismo nombre en el término municipal de Bonete en la provincia de Albacete (Broncano y Blánquez 1985: 15 ss.). Típico ejemplo de cerro-testigo, situado en el reborde del área oriental de la submeseta sur, se comienza a excavar en 1978 y presenta un único nivel de habitación (*Idem.* 31) muy uniforme del s. III a.C. e inicios del II (Blánquez 1985: 463).

Junto a algunos fragmentos residuales de cerámicas áticas, fechados en el s. IV que se interpretan como pertenecientes a una posible fase más antigua no documentada (Broncano y Blánquez 1985: 262), la mayoría de los fragmentos de barniz negro corresponden a producciones del s. III a.C.: tres cuencos (L-25) correspondientes al taller de Pequeñas Estampillas, pertenecientes al nivel de pavimentación del Departamento 4, y por tanto, algo anteriores al contexto general del poblado (Blánquez y Martínez 1983: 230), y campaniense A antigua (L-27, L-28, L-34) de los momentos de incendio y abandono de este mismo departamento hacia finales del s. III-principios del II (Broncano y Blánquez 1985: 266). De este mismo Departamento 4, además de en el 3, proceden los ejemplares de engobe rojo publicados por Blánquez (1985: 464; fig. 1; fig. 2, 1-3; lám. II; lám. III a y b; Broncano y Blánquez 1985: 266 ss.). Se trata de tres cuencos de la forma L-21/25B —nuestro Tipo IX-C— y dos copas de la forma L-22 —Forma VIII de la cerámica "tipo Kuass"—, para cuya descripción nos remitimos a lo ya expuesto cuando hablamos de los ejemplares saguntinos (*vid. supra*).

El hallazgo de producciones mediterráneas del s. III —talleres de Pequeñas Estampillas y púnicos— en el sudeste de la meseta, región en cierto modo marginal respecto a las áreas costeras, es explicado, por una parte, por el hecho de que sea una punto de paso de la vía Heraklea, que une el valle del Guadalquivir y la zona minera de Cástulo con el Levante y, por otra, por los acontecimientos político-militares del momento que provocan que a partir de la Primera Guerra Púnica, una buena parte del sudeste peninsular, entre la que se incluye el sudeste de la meseta, quede bajo el dominio de los cartagineses (Broncano y Blánquez 1985: 23 ss.).

6.5.3. LAS COLONIAS GRIEGAS DEL NORDESTE PENINSULAR Y SU *HINTERLAND*

Más allá de Sagunto no volvemos a tener noticias de la aparición de cerámica gaditana hasta llegar a Ampurias. Esta ausencia es explicable teniendo en cuenta varios factores: 1) que a la falta de elementos de la vajilla hay que sumar la ausencia de envases anfóricos típicos del "Círculo del Estrecho" (Ribera y Fernández 2000), de lo que se infiere el escaso o nulo peso del comercio gaditano en esta zona y 2) que en la franja litoral comprendida entre el norte de la provincia de Valencia y la desembocadura del Ebro, apenas si tenemos documentada la facies de importación de vajilla de mesa barnizada del s. III (Oliver y Gusi 1998; Gracia, García y Munilla 1998).

En los ***yacimientos castellonenses*** se pasa prácticamente del uso de la cerámica ática a la campaniense A, siendo muy escasos los ejemplares de otros talleres del s. III., quizás debido también a la falta de contextos claros para esta centuria, pues la mayoría de los asentamientos perdura al menos hasta comienzos de la siguiente (Oliver y Gusi 1998: 81). Sólo de forma tardía, se constata la presencia de barniz negro púnico, que en la práctica se reduce a la documentación de pseudocampaniense ebusitana (Arasa 2000: 88).

Idéntica situación parece documentarse en la ***zona del Montsià***, al sur del Ebro, donde para los siglos III y II se advierte una escasez de importaciones tanto de vajilla de barniz negro como productos (Aquilué, García Roselló y Guitart 2000) y envases púnicos (Gracia, García y Munilla 1998: 94). Sin embargo, y a pesar de la escasez de elementos barnizados, esta zona se incluye, como muestra la distribución de los productos de los talleres de Rosas, dentro de la zona de influencia comercial de Ampurias (Principal 1998a: 96 ss.; Gracia, García y Munilla 1998: 94 s.).

[306] A los que, además de a un examen visual, las somete a análisis por difracción de rayos X, obteniéndose resultados parecidos para ambos conjuntos (Blánquez 1985: 469; lám. IV).

Para otras comarcas, como la ***Cataluña occidental*** —correspondiente a grandes rasgos con la cuenca del Segre (Cura y Principal 1998: 97)— y la ***costa central catalana*** (Sanmartí *et al.* 1998), en las que los trabajos de campo son numerosos y que han sido objeto de estudios exhaustivos, y en muchas ocasiones monográficos (Principal 1998a); la facies de importaciones del s. III-comienzos del II a.C. está mucho mejor definida, así como la dinámica de distribución y comercialización de la vajilla de tipo helenístico que para esta zona se compone fundamentalmente de los productos locales-occidentales de los talleres de Rosas (Cura y Principal 1998: 108 s.; Sanmartí *et al.* 1998: 124) y otros elementos itálicos y púnicos que se distribuyen a través de Ampurias.

Debemos insistir en que a pesar de que se trata de una zona estudiada en profundidad, la ausencia de productos gaditanos, tanto vasculares como anfóricos, es prácticamente total[307].

La situación cambia al llegar al ***Golfo de Rosas***. Es evidente que la causa principal por la que encontramos materiales del "Círculo del Estrecho" en esta zona es la localización en el golfo de las colonias griegas de *Emporion* y *Rhode*, que hubieron de mantener un estrecho contacto comercial con *Gadir* en los siglos V y IV (Cabrera 1994), que posiblemente, tal y como muestra el registro material, se prolongue en el III a.C.

En los últimos tiempos se venía otorgando un peso, quizás excesivo, al papel de Ampurias como intermediaria del comercio gaditano con Grecia. Se ha defendido que desde el s. V a.C. la colonia peninsular había centralizado la llegada de productos griegos a la Península y canalizado la comercialización de éstos hacia Andalucía (*Idem.* 1995: 149). Los agentes púnicos de Villaricos, Cádiz e Ibiza habrían actuado de intermediarios en la distribución final de las mercancías griegas (*Idem.* 1997: 383 y 1998a: 479) situación que se mantiene durante la centuria siguiente. En la actualidad, sin embargo, cada vez cobra mayor peso la hipótesis, avalada por los hallazgos arqueológicos y sostenida por gran parte de la investigación, de la existencia de un comercio directo Cádiz-Ática (Murillo 1994: 165; López Castro 1997: 103; Millán 1998: 97) siguiendo la ruta de las islas y la Magna Grecia, sin restar importancia tampoco al que pudiera haber tenido lugar a través de Cartago (Niveau de Villedary y Vallejo 2000: 330; n. 42).

Independientemente de la auténtica dimensión de las relaciones comerciales entre Ampurias y Cádiz, lo cierto es que tanto *Emporion* como *Rhode* han de ser estudiadas como centros comerciales y no como colonias de poblamiento (Ruiz de Arbulo 1984: 116). Aún no queda claro su origen, funcionalidad y desarrollo. Lo primero que llama la atención es la proximidad de estos dos asentamientos, las dos únicas colonias griegas constatadas en la Península Ibérica. El análisis detallado de las condiciones naturales de los asentamientos (Ruiz de Arbulo 1984 y 1992), en relación a su condición de puertos de escala de las travesías mediterráneas, de sus posibilidades concretas como refugios náuticos y de los medios reales de comunicación con las tierras interiores, ha llevado a las siguientes conclusiones: 1) en primer lugar, que no existen datos materiales para sostener la pretendida antigüedad de *Rhode*, la mítica colonia de los rodios, pues los materiales procedentes de ambos yacimientos aportan cronologías similares de inicios del s. VI a.C. (*Idem.* 1992: 61), nunca anteriores. 2) En segundo lugar, y a pesar de su proximidad geográfica, se trata de dos entidades independientes, como demuestra que acuñen sus propias emisiones monetales con tipos y leyendas diferenciadas (*Idem.* 62). 3) A pesar de esta autonomía, la trayectoria de ambas colonias corre paralela hasta que en un momento indeterminado de la segunda mitad del s. III, y sin que se conozcan las causas, el yacimiento de *Rhode* desaparece (*Idem.*). 4) Funcionalmente ambas colonias se complementan, frente a las mejores condiciones portuarias de *Rhode*, Ampurias se sitúa en el punto a partir del cual las comunicaciones con el interior son más fáciles —a través de los cursos fluviales, en un terreno de marismas que de otra manera resulta difícil de atravesar— (*Idem.* 1984) y 5). Por último, y aunque no conocemos exactamente los mecanismos de esta integración, cada vez parece más evidente la imbricación de las colonias griegas en su entorno más inmediato. En este sentido, los campos de silos localizados en el Ampurdán, aunque no se duda de su carácter indígena, se tienden a interpretar en relación con el comercio de grano hacia el Mediterráneo a través de Ampurias (Adroher, Pons y Ruiz de Arbulo 1993), sin rechazar, hipótesis que cada día cobra mayor fuerza, que la explotación minerometalúrgica fuera una de las causas primeras de la presencia griega en las costas del Ampurdán (Ruiz de Arbulo 1984: 124 ss.). También la cultura material e incluso otros aspectos como el urbanismo y la arquitectura defensiva, reflejan el estrecho contacto de las poblaciones *indiketas* con las colonias situadas en la costa (Ramón *et al.* 1998: 129 ss.). Por la propia disposición espacial de éstas, formando una especie de cinturón que rodea la marisma ampurdanesa (Pena 1992: 66), se ha apuntado la posibilidad de que estos *oppida*, en cierto modo, delimitaran el territorio colonial, en el sentido clásico de la *chora* (Ruiz de Arbulo 1992).

— Hoy sabemos que la colonia de ***Rhode*** estaba situada bajo la actual Ciudadela de Rosas, en la zona del Golfo del mismo nombre, que reunía mejores condiciones como fondeadero (*Idem.* 1984: 121). A una primera serie de excavaciones, desarrolladas a

[307] Agradecemos a nuestro colega y amigo Jordi Principal Ponce, profundo conocedor de esta problemática, sus informaciones y apreciaciones sobre la ausencia de material "tipo Kuass" en la Cataluña central y meridional.

lo largo de los años setenta, que dieron como resultado la constatación de la fabricación local de cerámicas protocampanienses al hallarse los hornos (Sanmartí 1978a); le han seguido recientemente una serie de campañas (Puig *et al.* 1994-95), localizadas en la colina de Santa María, donde se ha documentado la ocupación más antigua —siglos IV y III a.C.—, que han sacado a la luz un tramo de la muralla del tercer cuarto del s. III, en relación a la defensa del puerto y barrio industrial, en el contexto de la Segunda Guerra Púnica (Puig 1998).

Entre los materiales exhumados en el relleno del foso de la fortificación destaca la cerámica fina de mesa, entre la cual, el conjunto de mayor peso corresponde a las producciones locales de la propia Rosas (*Idem.* 143). A pesar de ello la autora señala la existencia de un grupo de formas, fundamentalmente copas y cuencos, que por sus características no parecen pertenecer a las producciones catalanas, destacándose el color rojo, intencionado o no, que presentan las superficies. A pesar de que podríamos considerar que pudiesen ser producciones gaditanas, ya que sabemos con seguridad, pues las hemos documentado en la vecina Ampurias, que llegan hasta la zona; otra serie de indicios, fundamentalmente la ausencia de envases anfóricos gaditanos y la abundancia de ánforas ebusitanas, nos invitan a ser cautos, tanto más cuando no hemos podido ver personalmente dichas piezas.

— Por el contrario, hemos podido constatar la relativa presencia de cerámica barnizada gaditana en ***Emporion***. El primer dato sobre la existencia de nuestra producción en la antigua colonia griega nos la aporta, en su ya clásico artículo, el propio Ponsich (1969a: 63), que cita la existencia de un plato de pescado similar a los hallados en el yacimiento norteafricano, procedente de las antiguas excavaciones en el sitio (Del Castillo 1943: fig. 41). A pesar de la parquedad de los datos publicados, en este caso podemos afirmar, sin riesgo a equivocarnos, la existencia de cerámica barnizada gaditana, que hemos podido comprobar personalmente en el transcurso de dos visitas. En nuestra primera estancia en el yacimiento en 1996[308], E. Sanmartí y M. Santos nos mostraron fragmentos de vasos que por pastas y barnices ya nos parecieron que debían pertenecer, sin duda alguna, a nuestro taller. Con el fin de completar la información, una vez que nuestras investigaciones estaban más avanzadas, realizamos en julio de 1999 una segunda visita al conjunto arqueológico[309]. Entre los materiales procedentes de los contextos de la segunda mitad del s. III a.C. de la *Neápolis*, en concreto en los niveles bajo el templo de Serapis (Marcet y Sanmartí 1990: 91 ss.) y en el relleno del *proteikísma* de la muralla griega (Sanmartí *et al.* 1986: 143 ss.); hemos podido estudiar un conjunto que aunque no demasiado amplio desde el punto de vista numérico, sí es bastante significativo, dadas las formas documentadas. Entre éstas hemos distinguido platos de pescado —Forma II—, bolsales —Forma VII—, cuencos de los tipos IX-A y IX-B y algunos fondos más estilizados que posiblemente, aunque no están estampillados, pertenezcan a copas de la Forma VIII. Estos materiales aparecen acompañados de un gran número de piezas barnizadas, pertenecientes sobre todo a los talleres locales de Rosas, aunque también están presentes las producciones etrusco-laciales de Pequeñas Estampillas, campaniense A antigua, imitaciones ebusitanas en pastas grises, etc. (Aquilué *et al.* 2000: 386). La relativa frecuencia[310] con que aparece la cerámica gaditana en el yacimiento ampuritano no debe, *a priori*, extrañarnos si tenemos en cuenta el fluido tráfico comercial que hubo entre la ciudad griega y el "Círculo del Estrecho", que se refleja en las numerosas ánforas de tipología y pastas gaditanas que también se distribuyen por el *hinterland* ampuritano (Ramón *et al.* 1998: 150), donde por el contrario, no hemos documentado vajilla de mesa gaditana.

6.5.4. Ibiza e Islas Baleares

No tenemos la certeza de que la cerámica de mesa gaditana llegara al resto del Mediterráneo, aunque contamos con ciertos indicios que parecen indicar que, si bien en casos muy contados, esto pudo suceder.

Por su condición de producción de difusión regional, que no surge con vistas a su comercialización sino para surtir de determinados *ítems* domésticos utilizados en la vida diaria a la población local del "Círculo del Estrecho"; no debe extrañarnos que la cerámica "tipo Kuass" apenas si se encuentre representada en los conjuntos vasculares helenísticos fuera del área estricta de su uso y distribución. Y allí donde llega, pensamos que es más resultado de circunstancias fortuitas que de una empresa comercial planificada (*vid. infra*, punto 6.6).

Si en Ampurias, aunque en número escaso, éstas sí están presentes, es un hecho que creemos que hay que explicar por la fluidez del tráfico comercial entre la colonia griega y la bahía de Cádiz (Cabrera 1994) y no, volvemos a insistir, por una voluntad expresa de exportar esta vajilla.

Por la misma razón, la cerámica gaditana debería estar presente, al menos, en el resto de los emporios comerciales más importantes de estos momentos, en particular en el área cultural púnica aunque, repetimos, en ningún caso (Ibiza, Cartago y Túnez, Sicilia y Cerdeña) tenemos la certeza absoluta de la documentación de cerámica gaditana de mesa en estos lugares.

Hoy en día se admite de forma unánime que la isla de Ibiza[311] conoce una primera fase colonial fenicia (Costa y Fernández 2000), anterior a la fundación cartaginesa que recogen las fuentes literarias (Diodoro Sículo V, 16, 2-3), que debe ponerse en relación con la expansión comercial y colonial de los fenicios occidentales del "Círculo del Estrecho" (Arteaga 1994: 35). Esta situación cambia en un momento determinado del s. VI a.C.,

---

[308] Queremos agradecer al equipo de Ampurias que nos ofreciera la oportunidad de asistir becada en el mes de julio de 1996 a la *50 edición de los Cursos de Arqueología de Ampurias*, y de poder ver los materiales depositados en los fondos del Museo. Hacemos extensible nuestro agradecimiento a nuestros compañeros y amigos.

[309] Queremos dar las gracias a Xavier Aquilué, actual director del Conjunto de Empúries, que nos otorgó el permiso para poder ver los mencionados materiales y a Joaquim Tremoleda y Pere Castanyer por mostrarnos tanto las cerámicas "tipo Kuass" como los materiales asociados, también por la información que nos facilitaron sobre los contextos donde éstos aparecieron, aún sin publicar.

[310] Sobre todo si tenemos en cuenta que los contextos excavados que se puedan datar en la segunda mitad del s. III a.C. son muy escasos.

[311] Un resumen actualizado y bien documentado sobre el proceso histórico seguido por la isla en Costa y Fernández 1997.

cuando por una serie de factores, tanto de índole externa (Costa y Fernández 1997: 409) —repliegue del área de acción gaditana, ascenso de Cartago, etc.— como interna —la propia dinámica evolutiva de las comunidades asentadas en la isla, crecimiento demográfico, mayor ocupación y explotación del medio, evolución de una economía comercial de tipo colonial a una economía productiva, etc.—, asistimos a una transformación de las estructuras socioproductivas por una parte y, por otra, a la entrada de lleno de la isla en la esfera de influencia de Cartago (Costa 1994).

— Entre otros rasgos, en los que obviamente no podemos entrar, esta época se caracteriza por una mayor ocupación del territorio, es ahora cuando además de a un crecimiento espectacular del núcleo urbano situado en la bahía de ***Ibiza***, asistimos a la ocupación del territorio interior, que se explota intensivamente con una clara intencionalidad excedentaria para la comercialización de los productos agrarios (Ramón 1994; Benito *et al.* 2000; Gómez Bellard 2000). A partir de entonces Ibiza, a su tradicional papel de puerto de comercio redistribuidor y escala náutica, va a sumar el de centro productor y exportador.

Arqueológicamente este hecho viene definido por la proliferación de producciones locales. El hallazgo de un cada vez más numeroso conjunto de alfares situados en los barrios periféricos del núcleo urbano (Ramón 1990-91 y 1997) se ha venido a sumar a la información que ya teníamos sobre el volumen y peso de la actividad industrial alfarera en Ibiza, conocida a partir de la sistematización de los diferentes conjuntos cerámicos que se producen en la isla —envases anfóricos (Ramón 1981 y 1995), cerámica común (Tarradell y Font 1977; Rodero 1980; Fernández y Costa 1995) y vajilla de mesa de tipo helenístico (Del Amo 1970; Guerrero 1980)—. Este dinamismo alfarero lleva a los ebusitanos a crear, por una parte, una producción propia de rasgos característicos y, por otra, a copiar, imitar o interpretar toda una serie de vasos y envases[312], formas en origen de procedencia foránea que los ebusitanos adoptan y adaptan. Desde esta óptica se debe entender la imitación desde momentos tempranos de las formas de la vajilla ática de barniz negro por los artesanos locales (Fernández y Granados 1980), que como al resto del Mediterráneo, llegan a Ibiza en cantidades considerables (Cerdá 1987a y 1987b; Sánchez 1985). A la imitación de los tipos griegos más arcaicos, le sucede una producción más reciente, calificada como de "imitación campaniense" (Del Amo 1970) o más correctamente "pseudocampaniense" (Guerrero 1980: 169), inspirada en las formas más evolucionadas que otros talleres —Pequeñas Estampillas, talleres de Rosas, campaniense A, etc.— están imponiendo y que aquí encontramos en dos versiones: con pastas y engobes grises[313] (Del Amo 1970: 204 ss.) o de superficies rojas (*Idem.* 220 ss.). El horizonte de vajilla de mesa de estos siglos, sobre todo del III, debió cubrirse por las producciones locales. Aunque se ha reconocido la existencia de productos de otros talleres —sobre todo de los talleres de Rosas y de campaniense A antigua—, la escasa frecuencia con que la vajilla de barniz negro aparece entre los ajuares funerarios en este momento, ha provocado que la información que tenemos sobre el horizonte de importaciones del s. III no sea lo bastante explícita (Ramón 1998: 162).

Con tan escasos datos no parece posible sostener con certeza la llegada de productos gaditanos a Ibiza. Tan sólo en algunos casos, en concreto procedentes de la necrópolis del ***Puig des Molins*** y expuestos en la vitrina 5 del Museo Monográfico del sitio, J. H. Fernández contempla la posibilidad de que alguno de los platos de pescado que se muestran "procedan de otros puntos en donde se fabricaban también estas cerámicas de imitación, como es el caso de Kuass en Marruecos, u otros talleres del norte de Africa" (Fernández 1983: 135)[314].

— Por su parte, en las otras islas (***Mallorca y Menorca***), ni en los contextos coloniales ni en los indígenas talayóticos ha aparecido ningún fragmento de vajilla barnizada que pudiera adscribirse a las producciones gaditanas. En estos ambientes la vajilla de mesa queda cubierta casi exclusivamente por las producciones ebusitanas y sólo de forma esporádica aparecen otros elementos (Guerrero 1998).

6.5.5. El Mediterráneo Central: Cartago, Cerdeña y Sicilia

En relación al Mediterráneo central, la información que tenemos es aún más escasa y vaga y en el estado actual del conocimiento, no estamos en condiciones de asegurar que la cerámica gaditana llegara a los enclaves púnicos centromediterráneos[315]. La serie de vasos que en su día pensamos que pudiese pertenecer a la producción gaditana, posiblemente sean productos locales, semejantes en barnices, formas y decoraciones a las nuestras ya que, cómo señaló Morel, parece existir una corriente estética "púnica" de la que participan todos estos centros (1979: 1576).

— En ***Cartago***, después de descartar definitivamente, como la investigación ha ido revelando (Pedroni 1986, 1990 y 2001; Escrivá, Marín y Ribera 1992), que las producciones del tipo Byrsa 401 y Byrsa 661 fueran norteafricanas (Morel 1982a y 1986a), el panorama ha variado ostensiblemente (Aquilué, García Roselló y Guitart 2000). La facies cerámica de la ciudad cartaginesa se nos presenta similar al resto de los centros de comercio de primer orden, —y sin embargo diferente (Morel 1992) al que veíamos para la

[312] Es, por ejemplo, el caso de toda la serie de ánforas de la "clase 2", que imitan formas características del mundo griego y romano (Ramón 1981: 115 ss.).

[313] Por las formas documentadas (Del Amo 1970: figs.), las producciones ebusitanas descritas por Del Amo parecen ser más avanzadas en el tiempo que las gaditanas. Un fenómeno parecido, aunque de menores dimensiones, hemos podido atestiguar en la zona de Cádiz, cuando, ante el empuje de la vajilla campaniense, los talleres comienzan a sustituir las antiguas formas y tratamientos por los nuevos elementos que se imponen, sin alcanzar nunca la envergadura de la producción de Ibiza.

[314] Contra nuestro deseo no nos ha sido posible ver personalmente estos materiales, por lo que poco más podemos añadir, salvo agradecer a Jordi Fernández su atención y sus apreciaciones, que esperamos poder confirmar o rechazar en una futura visita a la isla de Ibiza.

[315] Aunque en trabajos anteriores, y dado el carácter preliminar de los mismos, hemos defendido la existencia de cerámica "tipo Kuass" en Cartago y sus alrededores y en las islas de Sicilia y Cerdeña (Niveau de Villedary 2000a: 193; fig. 6), hoy ante las dudas razonables de la adscripción cultural de los ejemplares en cuestión, preferimos ser cautos.

parte noroccidental del continente africano—, inmersos de lleno en el circuito comercial que conecta el Mediterráneo central. A un primer horizonte de importaciones áticas (Chelbi 1982 y 1992), le sigue otro, en el que tenemos documentadas prácticamente la mayoría de las producciones helenísticas del momento[316]. Con Cartago ocurre un fenómeno bastante frecuente entre los grandes centros históricos y arqueológicos. Su emplazamiento es conocido desde siempre y los trabajos arqueológicos empiezan en una etapa temprana, la mayor parte de las veces de la mano de las potencias colonialistas. Esta situación, en principio ventajosa, suele resultar un hándicap para la investigación, pues al volumen de materiales y estructuras exhumadas sin una metodología científica adecuada, hay que sumar la falta de datos estratigráficos y contextuales, la existencia de equipos que trabajan de forma paralela en el tiempo pero con criterios diversos, etc. El resultado es que de Cartago hay mucho excavado pero poco publicado. Se echa en falta un trabajo intermedio entre las memorias puntuales de cada una de las misiones, demasiado específicas, y las obras de síntesis generales (Lancel 1994), demasiado parcas en cuanto a datos materiales.

Conocemos la aparición, con relativa frecuencia, de formas helenísticas recubiertas de barnices rojos (Fantar 1972: 349 s.; fig. 20, 26-28; Chelbi 1972: 368 s. Fig. 1, 1; Lancel 1982: 257; fig. 330, 4) pero repetimos que, sin un acercamiento al menos visual a estas piezas, no nos atrevemos a definirnos respecto a su filiación.

En el caso de las islas, la situación es diferente. Aunque al igual que en el caso de Cartago en un momento preliminar de nuestra investigación sostuvimos la presencia de cerámicas gaditanas "tipo Kuass" tanto en Sicilia como en Cerdeña, con posterioridad el conocimiento directo de las producciones de ambos sitios nos ha hecho variar de opinión[317].

— La vajilla helenística de ***Sicilia*** sigue guardando con el paso del tiempo un marcado carácter griego y aunque la producción local está bien documentada (Di Stefano 1992, 1996 y 2000), las características de éstas difieren notablemente de las gaditanas (*Idem.* 1993: 44 s.; láms. 9 y 10).

— En ***Cerdeña***, por el contrario, existe una producción local, también bien documentada (Tronchetti 1991; Del Vais 1997; Sanciu 1998; Campanella 1999; Salvi 2000), que guarda un parecido asombroso con los productos del "Círculo del Estrecho", hasta el punto de confundir ambas. Sin embargo, no hay que dudar de su origen local, ya que se trata de una producción bien constatada, documentada en la mayor parte de los sitios púnicos con esta cronología: Cagliari (Tronchetti 1991), Tharros (Del Vais 1997), Olbia (Sanciu 1998), Monte Sirai (Campanella 1999), etc.

6.6. LA DISTRIBUCIÓN DE LA CERÁMICA "TIPO KUASS" COMO ÍNDICE DE PRODUCCIÓN, USO Y COMERCIO

A lo largo de este capítulo nuestra intención ha sido presentar de manera ordenada y, en cierto modo elaborada, los diferentes lugares donde habíamos podido reconocer la presencia de cerámicas gaditanas de "tipo Kuass".

Como se ha podido comprobar, se puede diferenciar claramente entre distintas zonas. Creemos haber demostrado, en primer lugar, que el centro productor principal se debe localizar en la bahía de Cádiz, ya que en los yacimientos de este área, además de tener documentados los hornos, es donde aparecen con más frecuencia y con una variedad —morfológica, decorativa y técnica— mayor. Defendemos que a partir del análisis de la distribución de la vajilla podemos delimitar en cierta medida el territorio que culturalmente podemos considerar "gaditano" o, como la bibliografía prefiere denominar, del "Círculo del Estrecho". Es el área que hemos definido como nuclear desde el punto de vista tanto de la producción, como del consumo. Este último punto nos invita a reflexionar, de nuevo, sobre el carácter local, con clara voluntad consumista y no comercial, de esta cerámica. Se fabrica para su utilización y éste es un uso cotidiano y práctico, documentado en contextos domésticos de habitación y formando parte del elenco ritual. Es, en definitiva, como hemos tenido ocasión de comprobar a lo largo del trabajo, la vajilla de mesa característica del "Círculo del Estrecho".

Partimos de la base que tenemos que hablar no de un taller exclusivo, sino de un conjunto de talleres que fabrican esta clase cerámica. Estos talleres se distribuirían a lo largo de todo el "Círculo del Estrecho" como evidencian los que tenemos documentados, encargados de surtir a ambas orillas del Estrecho. Las investigaciones futuras son las que tendrán que dilucidar si los exhumados son los conjuntos alfareros de mayor envergadura o si tan sólo nos hallamos ante la punta del iceberg.

¿Cómo debemos entonces explicar la presencia de cerámicas "tipo Kuass" fuera del área estricta de su fabricación?

Si analizamos detenidamente dónde y cómo se distribuye la vajilla gaditana más allá de su zona exacta de utilización, llegamos a las siguientes conclusiones:

---

[316] Desde estas líneas queremos agradecer al Dr. Enric Sanmartí, que durante nuestra estancia en Ampurias nos permitiese ver parte del material, dibujado por él, procedente de las excavaciones de Cartago.

[317] Hemos podido comprobar directamente durante un viaje a la isla de Sicilia en octubre de 2000, los materiales procedentes de *Mozia* y sobre todo de las necrópolis de *Panormo* (Palermo) y *Lilibeo* (Marsala), sin que, al menos entre el material expuesto en los Museos, hayamos podido reconocer ninguna pieza gaditana. Respecto a las producciones locales sardas, queremos agradecer a nuestra colega Lorenza Campanella, que las conoce bien (Campanella 1999), la información que amablemente nos facilitó.

- Se trata de una distribución estrictamente costera. Su presencia está bien atestiguada a lo largo de toda la costa meridional ibérica, desde el Algarve hasta el suroeste —incluyendo las poblaciones ribereñas del *Lacus Ligustinus*— y el litoral noroccidental africano.

- En el caso de los escasos ejemplares hallados en yacimientos situados en el interior, se trata siempre de importantes centros redistribuidores conectados generalmente vía fluvial con la costa y los puertos de mayor peso.

- Fuera de la bahía de Cádiz, el mayor volumen de elementos de la vajilla gaditana, también los de mayor calidad, lo encontramos en el resto de centros urbanos púnicos occidentales: *Carteia*, Málaga, *Lixus*, Villaricos, etc. y en un centro de comercio no púnico, pero con una importante historia de relaciones comerciales con *Gadir*, como es Ampurias. A ellos es donde posiblemente estuviesen destinadas estas partidas, cuya distribución debe entenderse mediante mecanismos comerciales. A partir de estos centros, en algunas ocasiones muy puntuales y ya mediante agentes locales, alguna de estas piezas pudo llegar a poblaciones cercanas de menor rango jerárquico, dependientes de estos centros, bien costeras, o bien, como hemos apuntado, interiores, situadas en las márgenes de los ríos.

- En los casos antes citados creemos que la llegada de estos productos está planificada. Es decir, que por una serie de indicios (formas muy específicas, ejemplares más cuidados, etc.), pensamos que la vajilla, o parte de ella, bien porque la demanda así lo requiriese, bien porque los comerciantes gaditanos, de forma similar a lo que vemos que sucede en el resto del Mediterráneo, completasen sus cargamentos mediante partidas de vajilla fina de mesa (Nieto 1988); tiene la condición en estos casos de producto comerciable, es decir, de mercancía.

Resumiendo, y para concluir, podemos afirmar que la vajilla gaditana surge como producto local para su utilización por parte de las poblaciones del "Círculo del Estrecho" y que sólo en contadas ocasiones se distribuye, vía comercial, acompañando a los auténticos productos gaditanos que sí son objeto de comercio (sobre todo las salazones). De ahí que se hayan podido documentar en gran parte de los puertos de comercio del Mediterráneo occidental, siempre, repetimos, como elementos aislados.

Siguiendo la terminología utilizada por otros autores (Gracia 1995: 326 ss.; Principal 1998a: 174 ss), nos hallamos ante un producto que sólo se distribuye a través de un "circuito interno" frente al "circuito externo" que se corresponde con la estructura general del comercio mediterráneo.

7

LA CERÁMICA "TIPO KUASS" O LA VAJILLA HELENÍSTICA GADITANA. RECAPITULACIÓN Y CONCLUSIONES

"(...) Parece que surgen posiblemente en el siglo IV a.C., imitando o inspirándose en la cerámica ática, y habrá que ver si estas cerámicas evolucionan durante época helenística y llegan hasta época romana. Podría haber caracterizado en el campo de la cerámica una respuesta y alternativa en esta zona de tradición y contextos púnicos a las producciones de barniz negro de los siglos IV y III a.C." (J. J. Ventura en Aquilué, García Roselló y Guitart 2000: 385).

7.1. HASTA EL MOMENTO...

A la luz de las evidencias, esta pregunta que a modo de reflexión planteaba un reconocido especialista en una Reunión Científica celebrada no hace demasiado, queda tras el estudio monográfico de esta producción, definitivamente contestada. Traemos a colación la referida frase por una serie de cuestiones. En primer lugar para recalcar nuevamente cómo hasta momentos muy recientes —la mencionada reunión tuvo lugar en el verano de 1998 y se publica dos años después (Aquilué, García Roselló y Guitart 2000)—, todo lo que rodeaba a estas producciones se movía entre la intuición y la especulación. Hecho aún más destacable si tenemos en cuenta que el tema monográfico de dicha Reunión era precisamente presentar un estado de la cuestión sobre el conocimiento de las producciones de barniz negro y que en ella se dan cita los más reconocidos especialistas, nacionales y extranjeros, en el tema. Es más, estas palabras salen de la boca de J.J. Ventura, el único investigador que hasta el momento, se había acercado al estudio de las cerámicas "tipo Kuass" peninsulares, aunque de manera tangencial, en su Tesis Doctoral (1990).

Hoy, después del presente estudio, podemos al fin afirmar con rotundidad, parafraseando a Ventura, que las cerámicas "tipo Kuass" surgen en el s. IV a.C., imitando o inspirándose en la cerámica ática, que evolucionan durante época helenística y llegan hasta época romana y que representan en el campo de la cerámica, una respuesta y alternativa en esta zona de tradición y contextos púnicos, a las producciones de barniz negro de los siglos IV y III a.C.

A modo de conclusión, mediante una serie de preguntas retóricas que intentaremos contestar de forma breve y clara, recapitularemos lo expuesto en los capítulos precedentes.

7.2. ¿QUÉ?

La cerámica "tipo Kuass" es, en definitiva, una vajilla de inspiración helenística, en sus formas, tipo de decoración y recubrimiento de sus superficies.

Se fabrican formas de pequeño y mediano tamaño, propias de una vajilla, sobre todo, de mesa, aunque determinados recipientes parecen cumplir funciones de tipo suntuario y ritual y otros —las lámparas— se correspon-

den con un servicio de iluminación. Las formas, normalmente, se inspiran directamente en las griegas, a veces reinterpretándolas y en ocasiones, tan sólo inspirándose en ellas.

Respecto a la decoración y tratamiento exterior de los vasos, nuestra producción, a semejanza de lo que ocurre en el resto del Mediterráneo, simplifica, por una parte, los abigarrados esquemas áticos, limitándose a utilizar un corto, pero muy significativo, repertorio decorativo, siempre en función de los dos elementos clásicos: las palmetas y las rosetas, en sus diversas combinaciones. Y por otra parte, aunque se mantiene la idea general del acabado de las piezas mediante un baño de barniz, se sustituye el típico color negro que caracterizaba a las producciones áticas, por un glaseado de menor calidad y que oscila entre las tonalidades rojas y las castañas.

7.3. ¿QUIÉNES?

El estudio detallado de la distribución de la cerámica y de los centros donde se fabricaron, nos indican que estas cerámicas se producen por y para los habitantes del "Círculo del Estrecho". Es decir, se trata de una producción local gaditana fabricada y distribuida en la zona de influencia de *Gadir*, sobre todo en los centros urbanos y costeros o lo que es lo mismo, hablamos de una producción púnico-occidental.

7.4. ¿DÓNDE?

La pregunta anterior contesta, en cierto modo, también a ésta. Se trata de una producción cerámica que surge en torno a *Gadir* y toda la zona que puede considerarse bajo la influencia de ésta, como aglutinadora de los intereses occidentales. En cierto modo, la cerámica "tipo Kuass" es un índice bastante significativo a la hora de intentar demostrar la unidad cultural del Extremo Occidente púnico en estos momentos tardíos.

Hallamos cerámica "tipo Kuass" en la bahía de Cádiz, que hemos considerado centro productor y consumidor principal, como demuestra la densidad de hallazgos y en la mayor parte de ciudades y yacimientos costeros, desde el Algarve hasta Villaricos y costa noroccidental de Africa, aunque hemos distinguido diferentes "círculos" en función de una serie de factores como son la cercanía-lejanía respecto a los centros productores, la distribución selectiva de las formas, la utilización exclusiva de la vajilla, etc.

7.5. ¿CUÁNDO?

Cuando hablamos de cerámica "tipo Kuass" hablamos de una producción "protocampaniense". Al usar el término desde un punto de vista estrictamente cronológico, ya estamos acotando el espacio de tiempo en el que la producción está vigente. Nos referimos al periodo cronológico comprendido entre la paulatina desaparición de las importaciones áticas —hecho que comúnmente se admite que tuvo lugar en el último cuarto del s. IV a.C.— y la introducción masiva de campaniense A, que podemos situar hacia la primera mitad del s. II a.C.

El periodo de tiempo comprendido entre ambos hechos, es decir desde fines del s. IV hasta mediados del II, es el espacio temporal en el que la producción y uso de cerámica "tipo Kuass" se encuentra en vigor, pudiéndose distinguir entre una etapa inicial de tanteos, otra central que se corresponde con el momento álgido de la producción y que debemos situar en el s. III a.C., concretamente en su segunda mitad y una final de decadencia.

7.6. ¿POR QUÉ?

Esta sea, quizás, por lo que de subjetivo conlleva la misma pregunta, la cuestión más difícil de responder.

En principio, podemos suponer que la cerámica gaditana "tipo Kuass" surge ante la "necesidad" de sustituir en el mercado a la ática que deja de llegar, pero un hecho necesariamente no implica el otro. Tal sea mejor pensar que el taller gaditano se desarrolló gradualmente, quizás por la tendencia a la imitación que caracteriza a las zonas de raigambre púnica, no tanto por una necesidad como tal sino por el paulatino cambio estético que tiene lugar en todo el Mediterráneo.

7.7. ¿PARA QUÉ?

El estudio detallado de las formas documentadas, de sus dimensiones y del porcentaje en el que aparecen cada una de ellas, unido al análisis de los posibles usos de éstas, parecen indicar que la cerámica "tipo Kuass" forma

una vajilla plenamente configurada, en función de unos usos predeterminados y muy concretos. En general se trata de una vajilla "de servicio", en la que la mayoría de las formas corresponden a un "servicio de mesa", individual y bastante completo, con vasos, platos, recipientes para usos varios y otros para servir. Aunque ésta es la función mayoritaria, también encontramos otros vasos que cumplen funciones de tipo suntuario y por último, lámparas que cubren el servicio de iluminación.

La vajilla "tipo Kuass", por su generalización, creemos que deja de tener la condición de vajilla de lujo que tenía su más inmediata precedente, la ática. Su aparición en la mayoría de los contextos analizados nos muestra el grado de "popularización" que alcanzó, aunque siempre conserva un carácter de vajilla en cierto modo suntuosa, cómo indica su utilización en contextos rituales y/o cultuales, lugares en los que aparece en mayor proporción y siempre en sus formas más selectas y facturas más cuidadas.

7.8. ¿Y AHORA?

Al comienzo de nuestro estudio y como punto de partida, nos planteamos una serie de cuestiones iniciales que el desarrollo del trabajo debía ir validando o, en su caso, descartando.

Partíamos de la base (*vid.* Introducción) que la cerámica "tipo Kuass" era el resultado de la producción consciente y planificada de un taller "protocampaniense" cuyo centro, tanto productor como consumidor, debíamos situar, por una serie de indicios, en la bahía de Cádiz. La producción de este taller cubriría la demanda de vajillas helenísticas barnizadas en toda la zona de influencia de Gadir, lo que tradicionalmente se ha considerado el "Círculo del Estrecho", de forma similar a lo que ocurre en gran parte del Mediterráneo, donde surgen durante el s. III a.C. una serie de producciones más localizadas, cuya difusión queda restringida casi exclusivamente a las regiones más cercanas a los centros productores.

En principio, y si nuestra hipótesis era correcta, la cerámica "tipo Kuass" se nos revelaba como un índice para definir:

— En primer lugar los contextos del s. III a.C. Como producto de un taller "protocampaniense", su presencia, en principio, señala aquellos niveles en los que por una parte ya no aparece la cerámica ática, es decir posteriores a finales del s. IV a.C. y, por otra, los anteriores a la introducción masiva de la campaniense A, entre comienzos y mediados del s. II a.C.

— En segundo lugar, si como pensábamos, las cerámicas de "tipo Kuass" constituyen la vajilla gaditana barnizada de esos momentos, en un contexto, como venimos repitiendo, en el que cada círculo cultural se surte de sus propios productos; la presencia de estos elementos, nos marca la zona que culturalmente depende de *Gadir*. Es decir que nos sirve como elemento definidor para delimitar el alcance real de esa entidad geoeconómica que se conoce por "Círculo del Estrecho".

— Y por último, el análisis de los elementos que llegan a determinados puntos (puertos de comercio y centros redistribuidores) de forma puntual, acompañando siempre a otros productos, como revela su asociación a envases anfóricos de tipología gaditana; nos ayudan a caracterizar la estructura del comercio gaditano en esta época, hasta ahora poco definido.

En definitiva, la cerámica de "tipo Kuass" se nos ha revelado en el transcurso del trabajo como un fósil-guía para los contextos, tradicionalmente indefinidos, del s. III a.C., como elemento definidor del área cultural del "Círculo del Estrecho" y como testigo material del comercio gaditano; constituyendo el presente trabajo, por tanto, el punto de partida para profundizar en estas cuestiones de orden cultural, económico-comercial e histórico-político.

ABREVIATURAS UTILIZADAS

A.A.: Antiquités Africaines.
A.A.A.: Anuario Arqueológico de Andalucía.
A.A.H.: Acta Arqueológica Hispana.
Al.A.H.: Almuñécar, Arqueología e Historia.
An.Ar.An.: Annals of Archaeology and Anthropology.
Arse.B.C.A.S.: Arse. Boletín del Centro Arqueológico Saguntino.
A.B.S.A.: Annual of the British School at Athens.
A.E.A.: Archivo Español de Arqueología.
A.H.: Archivo Hispalense.
A.I.C.A.: Annali dell'Instituti di Correspondencia Archeologica.
A.J.A.: American Journal of Archaeology.
A.J.B.A.: Australian Journal of Biblical Archaeology.
A.L.: Archéologie en Languedoc.
A.N.: Acta Numismática.
A.N.R.W.: Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt.
A.O.: Aula Orientalis.
A.P.A.U.M.: Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia.
A.P.L.: Archivo de Prehistoria Levantina.
A.UCA: Anales de la Universidad de Cádiz.
B.A.A.: Bulletin d'Archéologie Algerienne.
B.A.C.T.H.S.: Bulletin Archéologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques.
B.A.E.A.A.: Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología.
B.A.H.: Bibliotheca Archaeologica Hispana.
B.A.M.: Bulletin d'Archéologie Marocaine.
B.A.R. InterSeries: British Archaeological Reports. International Series.
B.E.F.A.R.: Bibliothéque des Écoles Françaises d'Athenes et de Rome.
B.M.C.: Boletín del Museo de Cádiz.
B.M.Z.: Boletín del Museo de Zaragoza.
C.A.M.: Cuadernos de Arqueología Marítima.
C.A.P.: Congreso de Arqueología Peninsular.
C.E.A.: Cahiers des Études Anciennes.
C.E.D.A.C.: Centre d'Études et Documentation Archéologique de la Conservation de Carthage.
C.E.F.R.: Collection de l'École Française de Rome.
C.H.: Cahiers d'Histoire.
C.I.A.S.: Congreso Internacional de Arqueología Submarina.
C.I.E.F.P.: Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos.
C.I.E.G.: Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar.
C.I.E.P.P.: Congrés International des'Études Pheniciens et Puniques.
C.I.S.F.P.: Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici.
C.P.A.C.: Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense.
C.P.A.U.A.M.: Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid.
C.P.U.G.: Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada.
C.S.M.G.: Convegno di Studi sulla Magna Grecia.
D.A.: Dialoghi di Archeologia.
D.H.A.: Dialogues d'Histoire Ancienne.
E.A.: Extremadura Arqueológica.
E.A.A.: Estudios de Arqueología Alavesa.
E.A.E.: Excavaciones Arqueológicas en España.
E.O.: Estudos Orientais.
E.T.F., Se. I, Preh. y Arq.: Espacio, Tiempo y Forma. Serie I, Prehistoria y Arqueología.
E.T.F., Se. II, H^a.A.: Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua.
F.I.: Florentia Iliberritana.
G.A.: Gazette Archéologique.
H.16: Historia 16.
H.An.: Hispania Antiqua.
H. Ar.: Huelva Arqueológica.
I.A.: Informació Arqueològica.
Inm. C.: Inmersión y Ciencia.
Inf. y Mem.: Informes y Memorias.
I.E.J.: Israel Exploration Journal.
J.E.H.: Journal of Economic History.
J.R.A.: Journal of Roman Archaeology.
J.R.S.: Journal of Roman Studies.
M.A.H.: Mélanges d'Archeologie et d'Histoire.
M.B.: Madrider Beiträge.
M.C.V.: Mélanges de la Casa de Velázquez.
M.E.F.R.A.: Mélanges de l'École Française de Roma. Antiquité.
M.H.A.: Memorias de Historia Antigua.
M.J.S.E.A.: Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.
M.M.: Madrider Mitteilungen.
N.A.H.: Noticiario Arqueológico Hispánico.
N.H.: Numario Hispánico.
N.S.A.: Notizie degli Scavi di Antichità.
O.A.P.: O Arqueólogo Português.
O.J.A.: Oxford Journal of Archaeology.
P.P.S.: Proceedings of the Prehistoric Society.
R.A.: Revista de Arqueología.
R.A.N.: Revue Archéologique de Narbonnaise.
R.A.P.: Revista d'Arqueologia de Ponent.
R.C.R.F.: Rei Cretariae Romanae Fautorum
R.E.A.: Revue des Études Anciennes.
R.E.I.: Revista de Estudios Ibéricos.
R.H.P.: Revista de Historia de El Puerto.
R.M.: Römischen Mitteilungen.
R.M.A.: Recerques del Museu d'Alcoi.
R.S.F.: Rivista di Studi Fenici.
R.S.L.: Rivista di Studi Liguri.
Sagvntvm (P.L.A.V.): Sagvntvm. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia.
Se.A.: Setúbal Arqueológica.
Si.A.: Sicilia Archeologica.
Stu.P.: Studia Phoenicia.
S.E.A.P.: Studi di Egittologia e di Antichità Puniche.
S.I.P.P.: Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular.
T. d'A.: Tribuna d'Arqueologia.
T.M.A.I.: Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza.
T.P.: Trabajos de Prehistoria.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD CASAL, L. (1987): «El poblamiento ibérico en la provincia de Alicante» en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985).* Jaén. (157-169).

ACQUARO, E. (2000): «Los fenicios y púnicos en Cerdeña» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (71-81).

— , AUBET, M.E. y FANTAR, M.H. (1993): *Insediamenti fenici e punici nel Mediterráneo Occidentale. Le pays de Cartaghe-Italie-España.* Roma.

ADROHER AUROUX, A.M. (1987-88a): «Disgresiones sobre la forma de barniz negro 21-25 B y sus imitaciones. El caso de Baza (Granada)». *C.P.U.G.,* 12-13. (195-203).

— (1987-88b): «Cerámica de barniz negro en el Sureste: Bases para un análisis geoeconómico». *C.P.U.G.,* 12-13. (185-194).

— (1989-90): «Sobre las cerámicas de barniz negro procedentes de las antiguas excavaciones del Cerro de Montecristo (Adra, Almería)». *C.P.U.G.,* 14-15. (273-286).

— (1990): «Análisis cronológico del yacimiento ibérico de Puig Castellet (Lloret de Mar) a partir de las cerámicas de barniz negro». *Cypsela,* VIII. (79-85).

— (1992): «La cerámica ática de barniz negro en la Alta Andalucía. Estado de la cuestión» en *In Memoriam J. Cabrera Moreno.* Granada. (9-22).

— (1993): «Céramique attique à vernis noir» en *Lattara.* 6. Lattes. (117-131).

— (1998): «Materiales de los siglos III y II a.n.e. en Lattes (Hérault, Francia)» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània,* 4. Barcelona. (217-241).

— y LÓPEZ MARCOS, A. (1989): «Informe del estudio de cerámicas de barniz negro en el Museo Provincial de Almería. 1989.». *A.A.A.,* II. (382-389).

— (1992): «Reinterpretación cronológica de la necrópolis ibérica del Cerro del Santuario (Baza, Granada)». *F.I.,* 3. (9-37).

— (1995): «Las cerámicas de barniz negro. I. Cerámicas áticas y protocampanienses». *F.I.,* 6. (11-53).

— (1996a): «Las cerámicas de barniz negro. II. Cerámicas campanienses». *F.I.,* 7. (11-37).

— (1996b): «Material del siglo IV a.n.e. en Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà, Girona): el silo 27». *Cypsela,* XI. (41-58).

— (2000): «Contextos de barniz negro en la Alta Andalucía entre los siglos II y I a.C.» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998).* Mataró. (149-176).

— , PONS I BRUN, E. y RUIZ DE ARBULO, J. (1993): «El yacimiento de Más Castellar de Pontós y el comercio del cereal ibérico en la zona de Emporion y Rhode (ss. IV-II a.C.)». *A.E.A.,* 66. (31-70).

— y RISUEÑO OLARTE, B. (1991): «Los modos de producción en el artesanado de la antigüedad a través de los talleres cerámicos». *F.I.,* 2. (7-20).

AGUAYO DE HOYOS, P. y SALVATIERRA CUENCA, V. (1987): «El poblamiento ibérico en las altiplanicies granadinas» en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985).* Jaén. (229-238).

AKERRAZ, A., EL KHATIB-BOUJIBAR, N., HESNARD, A., KERMOVANT, A., LENOIR, E. y LENOIR, M. (1981-82): «Fouilles de Dchar Jdid, 1977-1980». *B.A.M.,* 14. (169-244).

ALARCÃO, J. DE (1973): *Portugal Romano.* Lisboa.

ALCARAZ HERNÁNDEZ, F.M. (1988): «Excavación de urgencia en Villaricos. Cuevas de Almanzora, Almería 1988». *A.A.A.,* III. (26-29).

— (1989): «Excavación arqueológica de urgencia en Villaricos. Cuevas de Almanzora. Almería 1989». *A.A.A.,* III. (30-32).

ALEXANDROPOULOS, J. y GRAN-AYMERICH, J.M.J. (1987): «Fouilles à Malaga et recherches phenico-puniques dans la region du detroit de Gibraltar». *M.C.V.,* XXIII. (523-529).

ALFARO ARREGUI, M. y BRONCANO, S. (1993): «Estadio actual de las excavaciones arqueológicas en El Amarejo» en *Jornadas de Arqueología Albacetense en la U.A.M.* Madrid. (129-144).

ALFARO ASINS, C. (1988): *Las monedas de Gadir/Gades.* Madrid.

— (1991-93): «Tagilit, nueva ceca púnica en la provincia de Almería». *A.N.,* 21-23. (133-146).

— (1993a): «Lote de monedas cartaginesas procedentes del dragado del puerto de Melilla». *Numisma,* XLII, 232. (9-46).

— (1993b): «Una nueva ciudad púnica en Hispania: TGLT_RES PUBLICA TAGILITANA; Tíjola, Almería». *A.E.A.,* 66. (229-243).

— (2000a): «Economía y circulación monetaria en la Segunda Guerra Púnica» en *La Segunda Guerra Púnica en Iberia. XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 1998). T.M.A.I.*, 44. Eivissa. (117-127).
— (2000b): «Observaciones sobre producción y circulación del numerario de Gadir» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (427-431).
— y MARCOS ALONSO, C. (1994): «Tesorillo de monedas cartaginesa hallado en la Torre de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)». *A.E.A.*, 67. (229-244).
— (1995): «Avance sobre la circulación monetaria en la Torre de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)» en *Actas del II C.I.E.G. (Ceuta, 1990).* II. Madrid. (391-402).
ALMAGRO BASCH, M. (1953): *Las necrópolis de Ampurias.* Barcelona.
ALMAGRO-GORBEA, M. (1964-65): «Nueva forma de cerámica campaniense procedente de Córdoba». *Ampurias,* XXVI-XXVII. (258-260).
— , DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. y LÓPEZ AMBITE, F. (1990): «Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica». *M.M.*, 31. (251-308).
— y MONEO, T. (1999): *Santuarios urbanos en el mundo ibérico. B.A.H.*, 4. Madrid.
ALMAGRO-GORBEA, M.J. (1983): «Un depósito votivo de terracotas de Villaricos» en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch.* T. II. Madrid. (291-307).
— (1984): *La Necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-78. E.A.E.,* 129. Madrid.
— (1986): «Excavaciones en la necrópolis púnica de Villaricos» en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984) (Cuevas de Almanzora, 1984).* Sevilla. (625-637).
— (1991): «La alimentación de la antigua Baria en época romana y prerromana» en *Alimenta. Estudios en Homenaje al Dr. Michel Ponsich. Gerión, Anejos* III. Madrid. (119-128).
ALONSO VILLALOBOS, C. (1986): «Aproximación al estudio de las relaciones entre la Bética y Mauritania Tingitana durante el reinado de Claudio» en *España y el Norte de Africa. Bases históricas de una relación fundamental. Actas del I Congreso Hispano-Africano de las Culturas Mediterráneas (Melilla, 1984).* Granada. (207-213).
— , GALLARDO, M., MARTÍ, J., GRACIA, F.J. y ALZAGA, M. (1999): «La sismotectónica de época histórica y su influencia en la bahía de Cádiz» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997).* Vol. 4. Murcia. (651-659).
ALVAR EZQUERRA, J. (1991): «La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo» en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza, Ibiza, 1990. T.M.A.I.*, 25. Ibiza. (19-27).
— (1993): «El ocaso de Tartesso» en *Los enigmas de Tartesso.* Madrid. (187-200).
— , MARTÍNEZ MAZA, C. y ROMERO, M. (1992): «La (supuesta) participación de Cartago en el fin de Tartesso». *Habis,* 23. (39-52).
— (1995): «Cartago versus Tartesso. Un problema histórico y un debate historiográfico» *en Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* I. Túnez. (60-70).
— y WAGNER, C.G. (1988): «La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica». *Gerión,* 6. (169-185).
ÁLVAREZ GARCÍA, N. (1997): «El almacén del templo A: Aproximación a espacios constructivos especializados y su significación socioeconómica» en OLCINA DOMÉNECH, M. (ed.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y Epoca Ibérica.* Alicante. (133-174).
ÁLVAREZ ROJAS, A. (1993): «Sobre la localización del Cádiz fenicio». *B.M.C.*, V. (17-30).
— y CORZO SÁNCHEZ, R. (1993-94): «Cinco nuevas terracotas gaditanas». *B.M.C.*, VI. (67-82).
AMARO, C. (1993): «Vestígios materiais orientalizantes do claustro da Sé de Lisboa» en *Os Fenicios no Território Português. E.O.*, IV. Lisboa. (183-192).
AMO DE LA HERA, M. DEL (1970): «La cerámica campaniense de importación y las imitaciones campanienses en Ibiza». *T.P.*, 27. (201-256).
— y BELÉN DEAMOS, M. (1981): «Estudio de un corte estratigráfico en el Cabezo de San Pedro». *H.Ar.*, V. (57-144).
APARICIO PÉREZ, J. (1997): «El culto en cuevas y la religiosidad protohistórica». *C.P.A.C.*, 18. (345-358).
APPADURAI, A. (1986): «Introduction: Commodities and the politics of value» en APPADURAI, A., *The social life if things: Commodities in cultural perspectives.* Cambridge. (3-63).
AUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.) (2000): *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998).* Mataró.
— , CASTANYER MASOLIVER, P., SANTOS RETOLAZA, M. y TREMOLEDA TRILLA, J. (2000): «Les ceràmiques de vernís negre dels segles II i I a.C. a Empúries, L'Escala, Alt Empordà» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998).* Mataró. (31-58).
ARANEGUI GASCÓ, C. (1978): «Avance a la problemática de las imitaciones en cerámica de barniz negro del Peñón de Ifac». *A.L.*, 1. (17-20).
— (1982): *Excavaciones en el Grau Vell (Sagunto, Valencia) (Campañas de 1974 y 1975). T.V. del S.I.P.*, 72. Valencia.
— (1984): «La cisterna del flanco septentrional del foro de Saguntum». *Sagvntvm (P.L.A.V.),* 18. (195-203).
— (1985): «Las jarritas bicónicas grises de tipo ampuritano» en *Ceràmiques grecques i helenístiques a la Península Ibèrica. Taula Rodona amb motiv del 75° Aniversari de les excavacions d'Empúries (Empúries, 1983).* Barcelona. (101-113).
— (1991): «Puerto de Arse-Saguntum» en *Saguntum y el Mar.* Valencia. (57-60).
— (1995): «Un ánfora de TR.LOISIO en Sagunto (Valencia)». *E.A.*, V. (247-263).
— (1996): «Los platos de peces y el Más Allá» en *Homenaje al Profesor M. Fernández-Miranda. Complutum Extra,* 6, I. (401-414).
— (Coord. Cient.) (2001): *LIxus. Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana. Anotaciones sobre su ocupación medieval. Sagvntvm. (P.L.A.V.),* Extra nº 4. Valencia.
— , BELÉN DEAMOS, M., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y HERNÁNDEZ, E. (1992): «La recherche archéologique espagnole à Lixus: Bilan et perspectives» en *Lixus. Actes du Colloque. (Larache, 1989). C.E.F.R.*, 166. París-Roma. (5-15).

— , CHINER, P., HERNANDEZ, E., LOPEZ PIÑOL, M. y MANTILLA, A. (1985): «El Grau Vell de Sagunt, Campaña de 1984». *Sagvntvm (P.L.A.V.)*, 19. (200-223).

— y GIL MASCARELL, M. (1978): «Vasos plásticos y cerámicas con decoración en relieve de barniz negro». *A.L.*, 1. (13-16).

— y PÉREZ BALLESTER, J. (1990): «Imitaciones de formas clásicas en cerámica ibérica, siglos V al III a.C.» en *Atti del XXVIII° C.S.M.G. (Taranto, 1989)*. Tarento. (217-146).

— y PLÁ BALLESTER, E. (1981): «La cerámica ibérica» en *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica*. Madrid. (73-114).

— , TARRADELL-FONT, N., KBIRI ALAOUI, M. y CARUANA, I. (2000): «Arquitectura, cerámica y monedas de época púnica-mauritana». *R.A.*, 228. (14-24).

ARASA, F. (2000): «La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C. a les comarques septentrionals del litoral valencià» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998)*. Mataró. (85-90).

ARCE, J. (1989): «Estrabón sobre la Bética» en GONZÁLEZ, J. (ed.)., *Estudios sobre Urso*. Sevilla. (213-222).

ARRIBAS, A., TRÍAS, M.G., CERDÁ, D. y HOZ, J. DE (1987): *El Barco de El Sec (Costa de Calviá, Mallorca). Estudio de los materiales*. Mallorca.

ARRUDA, A.M. (1993): «A ocupação da Idade do Ferro da Alcáçova de Santarém no contexto da expanção fenícia para a fachada atlântica peninsular» en *Os Fenícios no território Português. E.O.*, IV. Lisboa. (193-214).

— (1994): «Panorama das importações gregas em Portugal» en CABRERA, P., OLMOS, R. y SANMARTÍ, E. (eds.), *Iberos y Griegos: Lecturas desde la diversidad (Ampurias, 1991). H.Ar.*, XIII, 1. Huelva. (129-154).

— (1997): *As cerâmicas áticas do Castelo de Castro Marim, no quadro das exportaçoes gregas para a Península Ibérica*. Lisboa.

— (1998a): «O Algarve no quadro geocultural do Mediterrâneo antigo» en *O Algarve. Da Antiguidade aos nossos dias*. Lisboa. (21-22).

— (1998b): «O Algarve nos séculos V e IV a.C.» en *O Algarve. Da Antiguidade aos nossos dias*. Lisboa. (23-31).

— (2000): «As cerâmicas de importação do Castelo de Castro Marim: No âmbito do comércio ocidental dos séculos V a III a.C.» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995)*. II. Cádiz. (727-735).

— (e.p.): «Importações púnicas no Algarve: Cronologia e significado» en *Colóquio Os Púnicos no Extremo Ocidente (Lisboa, 2000)*.

— , BARROS, P. y LOPES, V. (1998): «Cerâmicas áticas de Mértola». *Conimbriga*, 37. (121-149).

ARTEAGA MATUTE, O. (1976-78): «Problemática general de la iberización en Andalucía Oriental y en el sudeste de la Península» en *Actas del Simposium Internacional el Origens del Mon Iberic. Ampurias*, 38-40. Barcelona. (23-60).

— (1981): «Las influencias púnicas. Anotaciones acerca de la dinámica histórica del poblamiento fenicio-púnico en Occidente a la luz de las excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar» en *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica (Madrid, 1979)*. Madrid. (117-153).

— (1985): «Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Mar (Campaña de 1982). Una aportación preliminar al estudio estratigráfico de las ánforas púnicas y romanas del yacimiento». *N.A.H.*, 23. (195-233).

— (1987): «Perspectivas espacio-temporales de la colonización fenicia occidental. Ensayo de aproximación» en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985)*. Jaén. (205-228).

— (1990): «La formación del mundo púnico» en *Desde la Prehistoria hasta la conquista romana (siglo III a.C.). Historia de España*, 1. Barcelona. (456-469).

— (1994): «La liga púnico-gaditana. Aproximación a una visión histórica occidental, para su contrastación con el desarrollo de la hegemonía cartaginesa en el mundo Mediterráneo» en *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza. (Ibiza, 1993). T.M.A.I.*, 33. Ibiza. (23-57).

— (1995): «Paradigmas historicistas de la civilización occidental. Los fenicios en las costas mediterráneas de Andalucía». *Spal*, 4. (131-171).

— (1997): «Socioeconomía y sociopolítica del Iberismo en la Alta Andalucía» en FERNÁNDEZ JURADO, J., RUFETE TOMICO, P. y GARCÍA SANZ, C. (eds.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a. C.). Huelva, 1994. H.Ar.*, XIV. Huelva. (95-136).

— (2001): «La emergencia de la «polis» en el mundo púnico occidental» en VV.AA., *Protohistoria de la Península Ibérica*. Ariel Prehistoria. Barcelona. (217-281).

— , HOFFMANN, G., SCHUBART, H. y SCHULZ, H.D. (1985): «Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre los cambios de la línea costera en el litoral de la Andalucía Mediterránea. Informe preliminar». *A.A.A.*, III. (117-122).

— , NAVAS RODRÍGUEZ, J., RAMOS MUÑOZ, J.F. y ROOS, A.-M. (1992): *Excavación de urgencia en el Peñón de Salobreña (Granada)*. Salobreña.

— y ROOS, A.M. (1992): «El proyecto geoarqueológico de las marismas del Guadalquivir. Perspectivas arqueológicas de la campaña de 1992». *A.A.A.*, II. (329-339).

— y SCHULZ, H.D. (1997): «El puerto fenicio de Toscanos» en AUBET, M.E. (ed.), *Los Fenicios en Málaga*. Málaga. (87-154).

— , SCHULZ, H.D. y ROOS, A.-M. (1995): «El problema del «Lacus Ligustinus». Investigaciones geoarqueológicas en torno a las marismas del Bajo Guadalquivir» en *Tartessos. 25 años después (1968-1993). Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez, 1993). Biblioteca de Urbanismo y Cultura*, 14. Jerez de la Frontera. (99-135).

ASENSIO, D., BELARTE, C., SANMARTÍ J. y SANTACANA, J. (2000): «Las cerámicas fenicias y de tipo fenicio del yacimiento del Barranc de Gàfolos (Ginestar, Ribera d'Ebre, Tarragona)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995)*. IV. Cádiz. (1733-1745).

ASTRUC, M. (1951): *La necrópolis de Villaricos. Inf. y Mem.*, 25. Madrid.

— (1957): «Empreintes et reliefs de terre cuite d'Ibiza». *A.E.A.*, 30, 2. (139-191).

AUBET SEMMLER, M.E. (1986): «La Necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular» en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984) (Cuevas de Almanzora, 1984)*. Sevilla. (612-624).

— (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente. Edición ampliada y puesta al día.* Barcelona.
— , SERNA, M.R., ESCACENA CARRASCO, J.L. y RUIZ DELGADO, M.M. (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979. E.A.E.*, 122. Madrid.
— (eds.) (1989): *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir.* Sabadell.
— (eds.) (1997): *Los Fenicios en Málaga.* Málaga.
BÁDENAS, P. y OLMOS, R. (1988): «La nomenclatura de los vasos griegos en castellano. Propuestas de uso y normalización». *A.E.A.*, 61. (61-79).
BALBÍN BEHRMANN, R. DE, BUENO RAMIREZ, P., GONZÁLEZ ANTÓN, R. y ARCO AGUILAR, M. C. DE (2000): «Una propuesta sobre la colonización púnica de las Islas Canarias» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* II. Cádiz. (737-744).
BALFET, H., FAUVET-BARTHELOT, M.F. y MONZÓN, S. (1983): *Pour la normalisations de la descriptions des poteries.* París.
BALLAND, A. (1969): «Céramique étrusco-campanienne à vernis noir» en *Fouilles de l'École Française de Rome à Bolsena. M.E.F.R.A.*, suppl. 6. Poggio Moscini, T. III, fasc. 1. París.
BARBADILLO DELGADO, P. (1951): *En busca de Tartessos. Los descubrimientos de la Algaida.* Sanlúcar de Barrameda.
BARBERÁ I FARRÁS, J. (1959): «Hallazgo submarino de un pecio con cargamento de cerámica campaniense». *Zephyrus,* X. (173-175).
— (1963): «El impacto comercial itálico» en Problemas de la Prehistoria y de la Arqueología catalanas. *II Symposium de Prehistoria Peninsular (Ampurias, 1962).* Barcelona. (165-171).
— (1968): «La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar (Colección Rubio de la Serna)». *Ampurias,* XXX. (97-150).
— (1969-70): «La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar (Excavación 1968-69)». *Ampurias,* XXXI-XXXII. (169-189).
— (1970): «La cerámica campaniense». *I.A.*, 2. (38-46).
— (1975): «El cargamento de cerámica barnizada de negro del pecio de isla Pedrosa (L'Estartit, Gerona)». *Inm.C.*, 8-9, 11. (79-85).
— , NOLLA I BRUFAU, J.M. y MATA I ENRICH, E. (1993): *La ceràmica grisa emporitana. Cuadernos de Arqueología,* 6. Barcelona.
BARCELÓ, J.A., DELGADO, A., FERNÁNDEZ, A. y PÁRRAGA, M. (1995): «El área de producción alfarera del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)». *R.S.F.*, XXIII, 2. (147-182).
BARCELÓ, P. (1988): *Karthago und die Iberische Halbinsel vor den Barkiden.* Bonn.
— (1989): «Beobachtungen zur entstehung der barkidischen herrschaft in Hispanien» en LIPIŃSKI, E. y DÉVIJVER, H., *Punic Wars. Stu.P.*, X. Leuven. (167-184).
— (1991): «Etruscos y fenicios: Colaboración y conflicto.» en REMESAL, J. y MUSSO, O. (coords.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica (Barcelona, 1990).* Barcelona. (24-33).
— (1994): «Relaciones entre los Bárquidas y Roma antes del inicio de la segunda Guerra Púnica» en GONZÁLEZ BLANCO, A., CUNCHILLOS ILARRI, J.L. y MOLINA MARTOS, M., *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura. Coloquios de Cartagena I. (Cartagena, 1990).* Murcia. (17-31).
— (2000): «El impacto de la España cartaginesa en la política romana anterior a la Segunda Guerra Púnica» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (117-121).
BARRACHINA, A., HERNANDEZ, E., LOPEZ PIÑOL, M., MANTILLA, A. y VENTO, E. (1984): «Excavaciones en el Grau Vell de Sagunt. 1983». *Sagvntvm (P.L.A.V.),* 18. (205-228).
BARRIO Y FERNÁNDEZ DE LUCA, C.A. (1985): «Protohistoria melillense: Fenicios y cartagineses». *Aldaba,* 5. (11-21).
BARRIONUEVO CONTRERAS, F. (1991): *Informe de la campaña de excavaciones de 1991. Poblado púnico de la Sierra de San Cristóbal.* Informe Inédito depositado en la Delegación Provincial de Cultura. Cádiz.
— , AGUILAR MOYA, L. y GONZÁLEZ RODRIGUEZ, R. (1994): «Prospección arqueológica superficial del extremo noroccidental de la provincia de Cádiz. Campaña 1994». *A.A.A.*, II. (33-36).
— y RUIZ MATA, D. (e.p.): «Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)» en *II Encontro de Arqueología do Sudoeste da Peninsula Iberica (Faro, 1996).*
— y PÉREZ PÉREZ, C.J. (1999): «Fortificaciones de casernas del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997).* Vol. 3. Murcia. (115-123).
BARROS, L., CARDOSO, J.L. y SABROSA, A. (1993): «Fenícios na margem sul do Tejo - Economia e integração cultural no povoado do Almaraz-Almada» en *Os Fenicios no Território Português. E.O.,* IV. Lisboa. (143-181).
BARTHELEMY, M. (2000): «El comercio fluvial en la península ibérica» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (291-297).
BARTOLONI, P. y TRONCHETTI, C. (1981): *La necropoli di Nora.* Roma.
BATS, M. (1976): «La céramique à vernis noir d'Olbia en Ligurie: Vases de l'atelier des petites estampilles». *R.A.N.*, 9. (63-80).
— (1987): «Consommation, production et distribution de la vaiselle cerámique» en *Simposio Internacional Grecs et Ibères au IVe siècle a.J.C. R.E.A.,* LXXXIX, 3-4. (197-216).
— (1988): *Vaisselle et alimentation à Olbia de Provence (v. 350 - v. 50 av. J.-C.). Modeles culturels et catégories céramiques». R.A.N., suppl.* 18. Paris.
BEAZLEY, J.D. (1947): *Etruscan Vase-Painting.* Oxford.
BEIRÃO, C. DE M., TAVARES DA SILVA, C., SOARES, J., GOMES, M.V. y GOMES, R.V. (1985): «Depósito votivo da II Idade do Ferro de Garvão. Notícia da primeira campanha de escavações». *O.A.P.*, Série IV, vol. III. (45-135).
— (1985-86): «Um depósito votivo da II Idade do Ferro no sul de Portugal, e as sus relações com as culturas da meseta». *Veleia,* 2-3. (207-221).
BELÉN DEAMOS, M. (1995): «El yacimiento tartésico de Niebla (Huelva)» en *Tartessos. 25 años después (1968-1993). Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez, 1993). Biblioteca de Urbanismo y Cultura,* 14. Jerez de la Frontera. (359-379).
— (2000): «Itinerarios arqueológicos por la Geografía Sagrada del Extremo Occidente» en COSTA, B. y FERNAN-

DEZ, J.H. (eds.), *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas. XV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 1999). T.M.A.I.*, 46. Eivissa. (57-102).

— (2001): «Arquitectura religiosa orientalizante en el Bajo Guadalquivir» en RUIZ MATA, D. y CELESTINO PÉREZ, S. (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica.* Madrid. (1-16).

— , ANGLADA, R., ESCACENA CARRASCO, J.L., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I. (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo.* Sevilla.

— y ESCACENA CARRASCO, J.L. (1990): «Niebla (Huelva). Excavaciones junto a la Puerta de Sevilla (1978-1982). La cata 8». *H.Ar.*, XII. (167-305).

— (1992): «Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental» en ALMAGRO-GORBEA, M. y RUÍZ ZAPATERO, G. (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3. Madrid. (65-87).

— (1993): «Influencia fenicia en la arquitectura antigua de Niebla (Huelva)». *T.P.*, 50. (139-158).

— (1997): «Economía y sociedad en la Turdetania de los siglos V-IV a.C.» en FERNÁNDEZ JURADO, J., RUFETE TOMICO, P. y GARCÍA SANZ, C. (eds.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a. C.) (Huelva, 1994). H.Ar.*, XIV. Huelva. (137-160).

— y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1978): «La Tiñosa (Lepe, Huelva)». *H.Ar.*, IV. (197-287).

— (1979): *El fondeadero de Cales Coves (Alayor, Menorca). E.A.E.*, 101. Madrid.

— y GARRIDO, J.P. (1977): *Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y La Esperanza. H.Ar.*, III. Huelva.

— y LINEROS, R. (2001): «15 años de Arqueología en Carmona» en CABALLOS RUFINO, A. (ed.) *Actas del II Congreso de Historia de Carmona. Carmona Romana (Carmona, 1999).* Carmona. (109-133).

— y PÉREZ LÓPEZ, I. (2000): «Gorham's Cave, un santuario en el Estrecho. Avance del estudio de los materiales cerámicos» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* II. Cádiz. (531-542).

BELTRÁN, M. (1990): *Guía de la cerámica romana.* Zaragoza.

BENDALA GALÁN, M. (1982a): *Excavaciones en el Cerro de los Palacios, Itálica. E.A.E.*, 121. Madrid.

— (1982b): «La perduración púnica en los tiempos romanos. El caso de Carmo» en *Primeras Jornadas arqueológicas sobre colonizaciones orientales (Huelva, 1980). H.Ar.*, VI. Huelva. (193-203).

— (1987): «Los cartagineses en España» en *Historia General de España y América. De la Protohistoria a la conquista romana.* I, 2. Madrid. (115-170).

— (1988): «Cádiz: La ciudad antigua» en *Actas del I Congreso Internacional del Estrecho de Gibraltar (Ceuta, 1987).* I. Madrid. (55-70).

— (1994): «El influjo cartaginés en el interior de Andalucía» en *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza. Ibiza, 1993. T.M.A.I.*, 33. Ibiza. (59-74).

— , BLÁNQUEZ PÉREZ, J. y ROLDÁN GÓMEZ, L. (2000): «Nuevas aportaciones sobre la ciudad púnica de Carteia (San Roque, Cádiz)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* II. Cádiz. (745-758).

— , ROLDÁN GÓMEZ, L., BLÁNQUEZ PÉREZ, J. y MARTÍNEZ LILLO, S. (1994): «Proyecto Carteia: Primeros resultados». *C.P.A.U.A.M.*, 21. (81-116).

BENITO, N., COSTA, B., FERNÁNDEZ, J.H., GARIJO, B. y MEZQUIDA, A. (2000): «Ibiza púnica: La colonización agrícola. Algunos planteamientos para su estudio» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (305-312).

BENOIT, F. (1961a): *Fouilles sous-marines. L'épave du grand Congloué à Marseille.* XIVe supplément à Gallia. París.

— (1961b): «Archéologie sous-marine (à propos des fouilles du Grand Congloué)». *R.S.L.*, XXVII, 1-4. (135-138).

BERNABEU, J., BONET, H. y MATA, C. (1987): «La formación de la cultura turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca» en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985).* Jaén. (137-156).

BERNAL CASASOLA, D. (2000): «Hallazgos arqueológicos y estado de la cuestión sobre la presencia de fenicio-púnicos en Ceuta» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* III. Cádiz. (1137-1151).

— y DAURA TORBA, A. (1995): «Anforiscos púnicos inéditos del Museo Arqueológico de Ceuta» en *Actas del II C.I.E.G. (Ceuta, 1990).* 2. Madrid. (129-137).

BERTÓ MARTÍ, E. (1991): «El yacimiento subacuático» en *Saguntum y el Mar.* Valencia. (69-78).

BIANCHINI, S., CIBECCHINI, F. y PASQUINUCCI, M. (2000): «Aspetti e problemi della ceramica a vernice nera del II-I sec. a.C. nell'Etruria nord-occidentale» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998).* Mataró. (7-17).

BIMSON, M. (1956): «The technique of greek black and Terra Sigillata red». *A.J.A.*, 36. (200-205).

BLANCK, H. (1978): «Der Schiffsfund von der Secca di Capistello bei Lipari». *R.M.*, 85, 2. (91-111).

BLANCO FREIJEIRO, A. (1979): *Historia de Sevilla. La ciudad antigua (De la Prehistoria a los visigodos). Historia de Sevilla*, I. Sevilla.

— y CORZO SÁNCHEZ, R. (1983): «Monte Algaida. Un santuario púnico en la desembocadura del Guadalquivir». *H.16*, 87. (123-128).

BLANCO JIMÉNEZ, F.J. (1998): *Memoria de las excavaciones efectuadas en el solar ubicado en la Plaza de Asdrúbal esquina con el Paseo Marítimo durante 1997/98.* Memoria Inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura. Cádiz.

BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (1981): «Museo de Sagunto. Remodelación de fondos e instalaciones». *R.A.*, 15. (64-66).

— (1982): «Ordenación de los fondos del Museo Arqueológico de Sagunto». *Arse. B.C.A.S.*, 17. (54-60).

— (1985): «Un nuevo material cerámico de engobe rojo» en *VI C.I.A.S. (Cartagena, 1982).* Madrid. (463-474).

— (1990): «La vía Heraklea y el camino de Aníbal. Nuevas interpretaciones de su trazado en las tierras del interior» en *Simposio sobre la red viaria en la Hispania Romana (Tarazona, 1987).* Zaragoza. (65-76).

— (1994a): «El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la meseta» en CABRERA, P., OLMOS, R. y SANMARTÍ, E. (eds.), *Iberos y Griegos: Lecturas desde la diversidad (Ampurias, 1991). H.Ar.*, XIII, 1. Huelva. (319-354).

— (1994b): «El mundo funerario ibérico en la fachada oriental de la Península ibérica y Andalucía. Los componentes indígena y foráneo» en VAQUERIZO GIL, D., *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica.* Córdoba. (321-370).
— (1995a): «El vino en los rituales funerarios ibéricos» en CELESTINO PÉREZ, S. (ed.), *Arqueología del Vino. Los orígenes del vino en Occidente.* Jerez de la Frontera. (213-240).
— (ed.) (1995b): *El mundo ibérico: Una nueva imagen en los albores del año 2.000.* Toledo.
— (1997): «Mundo funerario ibérico en la Alta Andalucía» en FERNÁNDEZ JURADO, J., RUFETE TOMICO, P. y GARCÍA SANZ, C. (eds.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a. C.) (Huelva, 1994). H.Ar.*, XIV. Huelva. (205-243).
— , BENDALA GALÁN, M. y ROLDÁN GÓMEZ, L. (e.p.): «El espacio religioso de la ciudad púnica de Carteia (San Roque, Cádiz)» en *II Congreso Internacional de Mundo Púnico (Cartagena, 2000).*
— y MARTÍNEZ DÍAZ, B. (1983): «Cerámicas inéditas procedentes del taller de pequeñas estampillas» en *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch.* II. Madrid. (229-235).
BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M. (1961): «Las relaciones entre Hispania y el Norte de Africa durante el gobierno Bárquida y la conquista romana (237-19 a. J.C.)». *Saitibi*, XI. (21-43).
— (1981): «El mundo ibérico en los siglos inmediatos al cambio de era» en *La Baja Época de la Cultura Ibérica.* Madrid. (17-29).
— (1989): «Die metallgewinnung in den Bergwerken der Iberischen Halbinsel in Barkidischer zeit» en LIPIŃSKI, E. y DÉVIJVER, H., *Punic Wars. Stu.P.*, X. Leuven. (157-166).
— (1992): *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente.* Madrid.
— (1995): «El legado cartaginés a la Hispania romana» en *Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* I. Túnez. (149-164).
— , ALVAR EZQUERRA, J. y WAGNER, C.G. (1999): *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo.* Madrid.
— y GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M.P. (1991): «Los bárquidas en la Península Ibérica» en *Atti del II C.I.S.F.P. (Roma, 1987).* I. Roma. (27-50).
— , LUZÓN, J.M., GÓMEZ, F. y CLAUSS, K. (1970): «Las cerámicas del Cabezo de San Pedro». *H.Ar.*, I. (7-19).
— , LUZÓN NOGUÉ, J.M. y RUIZ MATA, D. (1969-70): «La factoría púnica de Aljaraque en la provincia de Huelva». *N.A.H.*, XIII-XIV. (304-331).
— y RUIZ MATA, D. (1979): Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1977 en *E.A.E.*, 102. Madrid.
BONDÌ, S.F. (2000): «Nuove acquisizioni storiche e archeologiche sulla Sicilia fenicia e punica» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (83-89).
BONET ROSADO, H. (1995): «Lugares de culto y ritos de influencia púnica en la Edetania y Contestania» en *Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* I. Túnez. (175-186).
— y MATA PARREÑO, C. (1981): *El poblado ibérico del Puntal dels Llops (El Colmenar) (Olocau, Valencia). T.V. del S.I.P.* Valencia.
— (1988): «Imitaciones de cerámica campaniense en la Edetania y Contestania». *A.E.A.*, 61. (5-38).
— (1998): «Las cerámicas de importación durante los siglos III y principios del II a.C. en Valencia» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània*, 4. Barcelona. (49-72).
BORJA BARRERA, F. (1995): «Paleogeografía de las costas atlánticas de Andalucía durante el Holoceno medio-superior. Prehistoria reciente, protohistoria y fases históricas» en *Tartessos. 25 años después (1968-1993). Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez, 1993). Biblioteca de Urbanismo y Cultura*, 14. Jerez de la Frontera. (73-97).
BOUBE, J. (1985-86): «Introduction à l'étude de la céramique à vernis noir de Sala». *B.A.M.*, 16. (121-190).
BRAUDEL, F. (1998): *Memorias del Mediterráneo. Prehistoria y Antigüedad.* Madrid.
BRAVO JIMÉNEZ, S. (1991-92): «Un nuevo asentamiento feno-púnico en la costa malagueña». *Mainake*, XIII-XIV. (79-88).
BRONCANO RODRÍGUEZ, S. y BLÁNQUEZ PÉREZ, J.J. (1985): *El Amarejo (Bonete, Albacete). E.A.E.*, 139. Madrid.
BRUMFIEL, E.M. y EARLE, T.K. (1987): «Specialization, exchange and complex societies: An introduction» en BRUMFIEL, E.M. y EARLE, T.K., *Specialization, exchange and complex societies.* Cambridge. (1-9).
BRUN, P.D. (1930): «Note sur quelques sépultures gallo-grecques des environs de Saint-Remy-de-Provence (Bouches-du-Rhône)». *Provincia*, X. (26-52).
BRUNEAU, P. (1965): *Les Lampes. Délos*, 26. Atenas-París.
— (1980): «Les lampes et l'histoire économique et sociale de la Grèce» en *Céramiques hellenistiques et romaines. Centre de Recherche d'Histoire Ancienne.* París. (19-54).
BUNNENS, G. (1983): «La distinction entre phéniciens et puniques chez les auteurs classiques» en *Atti del I C.I.S.F.P. (Roma, 1979).* I. Roma. (233-238).
CABRERA BONET, P. (1987): «Consideraciones en torno a la cerámica ática de fines del s. V en Extremadura». *Oretum*, III. (215-221).
— (1988-89): «El comercio foceo en Huelva: Cronología y fisonomía» en FERNÁNDEZ JURADO, J., *Tartessos y Huelva. H.Ar.*, X-XI, 3. Huelva. (41-100).
— (1991): *Grecia, Italia Meridional y Etruria. Catálogos del Museo Arqueológico Nacional.* Madrid.
— (1994): «Cádiz y el comercio de productos griegos en Andalucía Occidental durante los siglos V y IV a.C.». *T.P.*, 51, 2. (89-101).
— (1995): «La comercialización del vino griego en la Hispania Prerromana» en CELESTINO PÉREZ, S. (ed.), *Arqueología del Vino. Los orígenes del vino en Occidente.* Jerez de la Frontera. (139-156).
— (1997): «La presencia griega en Andalucía (siglos VI al IV a.C.)» en FERNÁNDEZ JURADO, J., RUFETE TOMICO, P. y GARCÍA SANZ, C. (eds.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a. C.) (Huelva, 1994). H.Ar.*, XIV. Huelva. (367-390).
— (1998a): «El comercio turdetano a través de las cerámicas griegas» en RUIZ MATA, D., *La colonización fenicia en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca. Puerto de Santa María.* Memoria Inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura. Cádiz. (473-481).

— (1998b): «Greek trade in Iberia: The extent of interaction». *O.J.A.*, 17, 2. (191-206).
— (1998c): «Las ánforas griegas y el comercio mediterráneo» en RUIZ MATA, D., *La colonización fenicia en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca. Puerto de Santa María.* Memoria Inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura. Cádiz. (326-372).
— (1999): «Comercio, intercambios, esferas de interacción. El comercio griego en la Península ibérica» en *Céramique et Peinture grecques. Modes d'emploi. Rencontres de L'École du Louvre.* Paris. (357-363).
— (2000): «Cádiz y Ampurias: Relaciones económicas y de intercambio. Siglos V y IV a.C.» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (313-317).
— y PERDIGONES MORENO, L. (1996): «Importaciones áticas del s. V a.C. del Cerro del Prado (Algeciras, Cádiz)». *T.P.*, 53, 2. (157-165).
— y SÁNCHEZ FERNANDEZ, C. (1994): «Importaciones griegas en el sur de la meseta» en CABRERA, P., OLMOS, R. y SANMARTÍ, E. (eds.), *Iberos y Griegos: Lecturas desde la diversidad (Ampurias, 1991). H.Ar.*, XIII, 1. Huelva. (357-376).
CAHILL, J.M. (1995): «Rosette Stamp seal Impressions from Ancient Judah». *I.E.J.*, 45, 4. (230-252).
CAMALICH MASSIEU, M.D., MARTÍN SOCAS, D., MEDEROS MARTÍN, A., GONZÁLEZ QUINTERO, P., DIAZ CANTÓN, A. y LÓPEZ SALMERÓN, J.L. (1993): «La Edad del Cobre en la cuenca del Bajo Almanzora» en *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía (1985-1992). Proyectos.* Huelva. (317-327).
CAMPANELLA, L. (1999): *Ceramica punica di età ellenistica da Monte Sirai. Collezione di Studi Fenici*, 39. Roma.
CAMPO, M. (1983): «Las relaciones de Ebusus con el exterior a través de los hallazgos monetarios (siglos III-I a.C.)» en *Atti del I C.I.S.F.P., (Roma, 1979).* I. Roma. (145-156).
CAMPOS CARRASCO, J. (1986): *Excavaciones arqueológicas en la ciudad de Sevilla. El origen prerromano y la Hispalis romana.* Sevilla.
— , BORJA BARRERA, F., GÓMEZ TOSCANO, F., CASTIÑEIRA SÁNCHEZ, J. y GARCÍA RINCÓN, J.M. (1993): «Dinámica de asentamientos y evolución de sistemas naturales. La secuencia holocena del litoral y pre-litoral entre el Guadiana y el Guadalquivir. Ocupación y territorio en la Tierra Llana de Huelva» en *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía (1985-1992). Proyectos.* Huelva. (779-798).
— y GÓMEZ TOSCANO, F. (1995): «El territorio onubense durante el Bronce Final» en *Tartessos. 25 años después (1968-1993). Actas del Congreso Conmemorativo del V S.I.P.P. (Jerez, 1993). Biblioteca de Urbanismo y Cultura,* 14. Jerez de la Frontera. (137-158).
— , GUERRERO CHAMERO, O. y PÉREZ MACÍAS, J.A. (1999): «La ocupación turdetana de la tierra llana de Huelva» en BALBÍN, R. DE y BUENO, P. (eds.), *II C.A.P. (Zamora, 1996).* III. Primer milenio y metodología. Alcalá de Henares. (459-466).
— , RODRIGO, J.M. y GÓMEZ TOSCANO, F. (1996): *Arqueología Urbana en el conjunto Histórico de Niebla (Huelva): Carta de Riesgo.* Sevilla.
— , VERA, M. y MORENO, M.T. (1988): *Protohistoria de la ciudad de Sevilla. El corte estratigráfico San Isidoro 85-6. Monografías de Arqueología Andaluza,* 1. Sevilla.
CARO BELLIDO, A. (1985): «Conobaria. Contribución al estudio en torno a su localización». *M.C.V.*, XXI. (9-18).
— (1986-87): «Nabrissa (Lebrija, Sevilla). Los orígenes del núcleo urbano». *A.UCA*, III-IV. (55-70).
— (1991): *Lebrija. La ciudad y su entorno I (Prehistoria y Protohistoria).* Lebrija.
— (1995): «Contribución a la Protohistoria del Bajo Guadalquivir. El área de Lebrija (Sevilla)» en *Tartessos. 25 años después (1968-1993). Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez, 1993). Biblioteca de Urbanismo y Cultura,* 14. Jerez de la Frontera. (333-352).
— , ACOSTA MARTINEZ, P. y ESCACENA CARRASCO, J.L. (1986): «Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la calle Alcazaba (Lebrija-Sevilla)». *A.A.A.*, II. (168-174).
— , ACOSTA MARTÍNEZ, P. y TOMASETTI GUERRA, J.M. (1994): «Informe preliminar sobre el estudio de materiales del solar de la calle Alcazaba de Lebrija (Sevilla)». *A.A.A.*, II. (186-199).
— y TOMASSETTI GUERRA, J.M. (1997): *Antonio de Nebrija y la Bética (sobre arqueología y paleogeografía del Bajo Guadalquivir).* Cádiz.
CARRIAZO, J. DE M. (1970): *El Tesoro y las primeras excavaciones de Ébora. E.A.E.*, 69. Madrid.
— (1980): *Protohistoria de Sevilla.* Sevilla.
CARRILERO MILLÁN, M. y LÓPEZ CASTRO, J.L. (1994): «Ciavieja: Un asentamiento de época púnica en el poniente almeriense» en GONZÁLEZ BLANCO, A., CUNCHILLOS ILARRI, J.L. y MOLINA MARTOS, M. (eds.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura. Coloquios de Cartagena I. (Cartagena, 1990).* Murcia. (251-268).
CASSOLA, F. (1983): «Tendenze filopuniche in Roma» en *Atti del I C.I.S.F.P. (Roma, 1979).* I. Roma. (35-59).
CASTANYER, P., SANMARTÍ, E. y TREMOLEDA, J. (1993a): «Atelier des petites estampilles» en *Lattara.* 6. Lattes. (525-526).
— (1993b): «Céramique punique à vernis noir» en *Lattara.* 6. Lattes. (539-541).
— (1993c): «Céramiques à vernis noir de Roses» en *Lattara.* 6. Lattes. (542-544).
CASTILLO YURRITA, A. DEL (1943): «La cerámica ibérica de Ampurias: Cerámica del Sudeste». *A.E.A.*, 16. (1-48).
CASTIÑEIRA SÁNCHEZ, J. y CAMPOS CARRASCO, J. (1994): «Evolución de la estrategia territorial del Estrecho de Gibraltar durante la Antigüedad» en *Gibraltar during the Quaternary. AEQUA Monografías,* 2. Sevilla. (143-150).
CASTRO MARTINEZ, P.V. y GONZÁLEZ MARCEN, P. (1989): «El concepto de Frontera: Implicaciones teóricas de la noción de territorio político» en *Fronteras. Arqueología Espacial,* 13. Teruel. (7-18).
CASTRO PÁEZ, E. y SILVA SÁNCHEZ, T. (e.p.): «Lo centros urbanos del Círculo del Estrecho al final de la II Guerra Púnica. Una aproximación a través de los textos» en *II Congreso Español de Estudios de Próximo Oriente (Cádiz-El Puerto de Santa María, 2001).*
CAVEN, B. (1980): *The Punic Wars.* London.
CEDERNA, A. (1951): «Carsoli (Samnium). Scoperta di un deposito votivo del III secolo av. C. (Prima campagna di scavo)». *N.S.A.*, 5, 7-12. (169-224).
CERDÁ, D. (1978): «Una nau cartaginesa a Cabrera». *Fonaments. Prehistoria i Mon Antic als Països Catalans,* 1. (89-05).

— (1987a): «La cerámica ática de barniz negro» en ARRIBAS, A., TRÍAS, M.G., CERDÁ, D. y HOZ, J. DE, *El Barco de El Sec (Costa de Calviá, Mallorca). Estudio de los materiales.* Mallorca. (197-385).
— (1987b): «El Sec: La cerámica ática de barniz negro y las ánforas» *en Simposio Internacional Grecs et Ibères au IVe siècle a.J.C. R.E.A.*, LXXXIX, 3-4. (51-92).
CERVERA, F. (1922-23): *Excavaciones en extramuros de Cádiz. M.J.S.E.A.*, 57. Madrid.
CHAMPION, T.C. (1989): «Introduction» en CHAMPION, T.C., *Centre and Periphery. Comparative Studies in Archaeology.* London. (1-21).
CHAPA BRUNET, T., PEREIRA SIESO, J. y MADRIGAL BELINCHÓN, J. (1993): «Mundo ibérico y mundo púnico en la Alta Andalucía» en *I Congreso de Arqueología Peninsular. Actas II. Trabalhos de Antropología e Etnologia,* 33, 3-4. Oporto. (411-426).
CHAVES TRISTÁN, F. (1990a): «Los hallazgos numismáticos y el desarrollo de la Segunda Guerra Púnica en el sur de la Península Ibérica». *Latomus*, XLIX, 3. (613-622).
— (1990b): «Relaciones entre la Magna Grecia y la Península Ibérica a través de la Numismática» en *La Magna Grecia e il lontano Occidente. Atti del XXIX° C.S.M.G. (Taranto, 1989).* Tarento. (460-481).
— y BANDERA ROMERO, M.L. DE LA (1984): *Avance sobre el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla). B.AR.InterSeries,* 193. Oxford.
— (1985): «Excavación arqueológica en el Cortijo de Vico (Marchena, Sevilla)». *A.A.A.*, III. (372-379).
— y GARCÍA VARGAS, E. (1991): «Reflexiones en torno al área comercial de Gades. Estudio numismático y económico» en *Alimenta. Homenaje a Michel Ponsich. Anejos de Gerión.* Madrid. (139-168).
— (1994): «Gadir y el comercio atlántico a través de las cecas occidentales de la ulterior» en *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana.* Huelva. (375-392).
— , GARCÍA VARGAS, E. y FERRER ALBELDA, E. (1998): «Datos relativos a la pervivencia del denominado «Círculo del Estrecho» en época republicana» en *L'Africa Romana. Atti del XII Convegno di Studio (Olbia, 1996).* Sassari. (1307-1320).
CHÁVEZ ÁLVAREZ, M.E., MARTÍN SOCAS, D., CAMALICH MASSIEU, M.D., GONZÁLEZ QUINTERO, P. y PÉREZ REYES, V. (2000a): «El poblamiento protohistórico en la depresión de Vera y cuenca baja del río Almanzora (Almería, España)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1487-1496).
— (2000b): «El yacimiento de El Pajarraco y la problemática del poblamiento púnico en la depresión de Vera (Almería, España)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1497-1509).
CHELBI, F. (1972): «Céramique à vernis noir de La Rabta». *Latomus,* XXXI. (368-378).
— (1982): «Les vases à vernis noir des necropoles carthaginoises de la fin du Ve siècle à la fin de la deuxième Guerre Punique» *en Actes du Colloque sur la Céramique Antique (Cartago, 1980). C.E.D.A.C.*, Dossier, 1. Túnez. (23-41).
— (1992): *Céramique à vernis noir du Carthage.* Túnez.
CHIC GARCÍA, G. (1978): «La actuación político militar cartaginesa en la Península Ibérica entre los años 237 y 218». *Habis,* IX. (233-242).
— (1983): «Portus Gaditanus». *Gades,* 11. (105-111).
CINTAS, P. (1949): *Fouilles Puniques à Tipasa.* Argel.
— (1950): *Céramique Punique.* París.
— (1954): *Contribution à l'étude de l'expansion carthaginoise au Maroc. Publications de l'Institut de Hautes Etudes Marocains,* LVI. París.
— (1970): *Manuel d'archéologie punique.* París.
COARELLI, F., TORELLI, M. y UROZ SÁEZ, J. (eds.) (1992): Conquista Romana y modos de intervención en la organización urbana y territorial. *Ier Congreso Histórico-Arqueológico Hispano-Italiano. (Elche, 1989). D.A.*, 1-2. Terza Serie —anno 10.
COBOS RODRIGUEZ, L.M. (1991): «Informe de los trabajos realizados en el yacimiento de Monte Algaida. (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)». *A.A.A.*, III. (80-82).
— , MUÑOZ VICENTE, A. y PERDIGONES MORENO, L. (1995-96): «Intervención arqueológica en el solar del antiguo teatro Andalucía de Cádiz: La factoría de salazones y la representación gráfica del Faro de Gades». *B.M.C.*, VII. (115-121).
COLL CONESA, J. (1992): «El horno ibérico de Alcalá del Júcar: Reflexiones sobre los orígenes de la cocción cerámica en hornos de tiro directo y doble cámara en la Península Ibérica» en *Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días (Alicante, 1990).* Alicante. (51-63).
COLLANTES DE TERÁN, F. (1977): *Contribución al estudio de la topografía sevillana en la Antigüedad y en la Edad Media.* Sevilla.
COLOMINAS, J. (1954): «Sepultura de un alfarero-vaciador en la Necrópolis del Puig dels Molins (Ibiza)» en *Actas del I Congreso Arqueológico del Marruecos Español.* Tetuán. (192-197).
CONDE BERDÓS, M.J. (1992): *Arte ibérico. Colección arqueológica Durán/Vall-llosera.* Barcelona.
CONTRERAS CORTÉS, F. (1984): «Clasificación y tipología en Arqueología. El camino hacia la cuantificación». *C.P.U.G.*, 9. (327-385).
CORBETT, P.E. (1955): «Palmette stamps from an attic black-glazed workshop». *Hesperia,* XXIV. (172-186).
CÓRDOBA ALONSO, I. (1999): «Nuevos datos para el conocimiento de la extensión de la necrópolis fenicia de Cádiz» en *XXV C.N.A. (Valencia, 1999).* Valencia. (342-347).
— y RUIZ MATA, D. (2000): «Sobre la construcción de la estructura tumular del Túmulo 1 de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* II. Cádiz. (759-770).
CORREIA, V.H. (1993): «Os materiais pré-romanos de Conímbriga e a presença fenícia no Baixo Mondego» en *Os Fenicios no Território Português. E.O.*, IV. Lisboa. (229-283).
— (2001): «Arquitectura oriental e orientalizante em território português: Uma revisao» en RUIZ MATA, D. y CELESTINO PÉREZ, S. (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica.* Madrid. (57-67).
CORTELL PÉREZ, E., JUAN MOLTO, J., LLOBREGAT CONESA, E.A., REIG SEGUÍ, C., SALA SELLÉS, F. y SEGURA MARTÍ, J.M. (1992): «La necrópolis ibérica de La Serreta: Resumen de la campaña de 1987» *en Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique Plá Ballester. T.V. del S.I.P.*, 89. Valencia. (83-116).
CORZO SÁNCHEZ, R. (1975): «La Segunda Guerra Púnica en la Bética». *Habis,* VI. (213-240).
— (1980): «Paleotopografía de la Bahía gaditana». *Gades,* 5. (5-14).

— (1983): «Cádiz y la arqueología fenicia». *Anales de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz,* 1. (5-79).
— (1989): «Las importaciones griegas» en *Historia del Arte en Andalucía. La Antigüedad.* I. Sevilla. (128).
— (1991): «Piezas etruscas del Santuario de la Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)» en REMESAL, J. y MUSSO, O. (coords.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica (Barcelona, 1990).* Barcelona. (399-407).
— (1992): «Topografía y ritual en la necrópolis de Cádiz». *Spal,* 1. (263-292).
— (1995): «Comunicaciones y áreas de influencia en las cecas de Hispania Ulterior» en *La moneda hispánica. Ciudad y territorio. Anejos de A.E.A.,* XVI. Madrid. (81-90).
COSTA, B. (1994): «Ebesos, colonia de los cartagineses. Algunas consideraciones sobre la formación de la sociedad púnico-ebusitana» en *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza (Ibiza, 1993). T.M.A.I.,* 33. Ibiza. (75-143).
— (2000): «'Ybsm (Ibiza) en la Segunda Guerra Púnica» en *La Segunda Guerra Púnica en Iberia. XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 1998). T.M.A.I.,* 44. Eivissa. (63-115).
— y FERNÁNDEZ, J.H. (1991): «Introducción» en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza (Ibiza, 1990). T.M.A.I.,* 25. Ibiza. (11-18).
— (1995): «La secuencia cronológica de la Necrópolis del Puig des Molins (Eivissa): Las fases fenicio-púnicas» en *Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* I. Túnez. (296-310).
— (1997): «Ebussus Phoenissa et Poena. La isla de Ibiza en época fenicio-púnica». *E.T.F., Se. I, Preh. y Arq.,* 10. (391-445).
— (2000): «El establecimiento de los fenicios en Ibiza: Algunas cuestiones actualmente en debate» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (91-101).
CUADRADO, E. (1953): «Materiales ibéricos: Cerámica roja de procedencia incierta». *Zephyrus,* IV. (265-310).
— (1961-62): «Nuevas formas occidentales de la cerámica precampana» en *Homenaje al Profesor Cayetano de Mergelina.* Murcia. (257-269).
— (1963): «Cerámica ática de barniz negro de la Necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia)». *A.P.L.,* X. (97-164).
— (1972a): «Tipología de la cerámica fina ibérica de «El Cigarralejo». Mula (Murcia)». *T.P.,* 29. (125-187).
— (1972b): «Las necrópolis peninsulares en la Baja Época de la Cultura Ibérica» en *La Baja Época de la Cultura Ibérica.* Madrid. (51-69).
— (1978a): «Cerámica campaniense de El Cigarralejo». *B.A.E.A.A.,* 91. (23-30).
— (1978b): «Cerámica campaniense del taller de las Pequeñas Estampillas en Cigarralejo (Mula, Murcia)». *B.A.E.A.A.,* 91. (31-32).
— (1985): «El comercio marítimo con los íberos del Suroeste según los datos arqueológicos de El Cigarralejo» en *VI C.I.A.S. (Cartagena, 1982).* Madrid. (483-486).
— (1987): *La Necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia). Bibliotheca Praehistorica Hispana,* XXIII. Madrid.
CULICAN, W. (1972): «Phoenician Remains from Gibraltar». *A.J.B.A.,* 2, 1. (110 -145).
CUNLIFFE, B.W. (1993): «Core-periphery relationships: Iberia and the Mediterranean» en CUNLIFFE, B.W., *Centre y periphery in the Hellenistic World.* (53-85).
CURA-MORERA, M. (2000): «Sobre les produccions relacionables amb la ceràmica de Gnatia localitzades al jaciment prerromà del Molí d'Espigol de Tornabous (Lleida) i la problemàtica de les ceràmiques de vernís negre a finals del segle III a.C.» *Sagvntvm (P.L.A.V.),* 32. (115-122).
— y PRINCIPAL I PONCE, J. (1994): «La producció de les tres palmetes radials amb roseta central o "3 + 1"». *C.P.A.C., 16.* (173-188).
— (1998): «Ceràmiques de vernís negre i contextos ceràmics d'importació del segle III a.C. a la catalunya occidental» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània,* 4. Barcelona. (97-110).
CURIÀ, E., DELGADO, A., FERNÁNDEZ, A. y PÁRRAGA, M. (2000): «La organización de la producción de cerámica en un centro colonial fenicio: El taller alfarero del siglo VI a.n.e. del Cerro del Villar» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1475-1485).
D'ORIANO, R. (1990): «La Sardagne sulle rotte dell'Occidente. II. L'Età storica (VIII-I sec. a.C.)» en *Atti del XXIX° C.S.M.G. (Taranto, 1989).* Tarento. (134-161).
DAVIES, O. (1934): «Excavations at Niebla». *An.Ar.An.,* XXI, 1-2. (29-36).
DEL VAIS, C. (1997): «La ceramica a vernice nera non attica». *R.S.F.,* XXV, Suppl. (97-120).
DELGADO HERVÁS, A., FERNÁNDEZ CANTOS, A. y RUIZ MARTÍNEZ, A. (2000): «Las transformaciones del s. VI a.n.e. en Andalucía: Una visión desde las relaciones entre fenicios e indígenas» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1781-1787).
DELGADO, M. (1971): «Cerámica campaniense em Portugal» en *Actas do II Congresso Nacional de Arqueología (Coimbra, 1970).* II. Coimbra. (403-420).
— (1976): «Céramiques campaniennes et de type campanien» en *À propos des céramiques de Conimbriga.* París. (84-88).
DENEAUVE, J. (1969): *Lampes de Carthage.* París.
DESCAT, R. (1987): «L'économie d'une cité grecque au IVe siècle avant J.C.: L'exemple athénien» en *Simposio Internacional Grecs et Ibères au IVe siècle a.J.C. R.E.A.,* LXXXIX, 3-4. (239-252).
DI STEFANO, C.A. (1973): «Nuove scoperte archeologiche a Marsala. Le fortificazioni puniche di Lilibeo». *Si.A.,* 21-22. (71-80).
— (1979): «Testimonianze Archeologiche Lilibitane del IV sec. a.C.» en BRETICHNEIDER, G. (ed.), *Miscellanea in onore di Eugenio Manni.* III. Roma. (785-799).
— (1992): «Ceramica a vernice nera del IV e III sec. a.C. da Lilibeo: Una breve nota» *en Atti de la Giornate Internazionali di Studi su l'area Elima (Gibellina, 1991).* I. Pisa-Gibellina. (257-263).
— (1993): *Lilibeo punica.* Roma.
— (1996): «Ceramiche a vernice nera dalla necropoli punica di Palermo» en ACQUARO, E., *Alle soglie della Classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati.* Vol. II. Archeologia e Arte. Pisa-Roma. (679-696).

— (2000): «Ceramiche a v.n. dei centri punici della Sicilia occidentale» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* III. Cádiz. (1297-1307).

DÍAZ DEL OLMO, F. (1989): «Paleogeografía tartésica» en AUBET, M.E. (coord.), *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir.* Sabadell. (13-23).

DÍAZ TEJERA, A. (1997): «Polibio 3, 24, 1. El Segundo Tratado entre Roma y Cartago. Problemas de interpretación y textuales» en PRESEDO, F.J., GUINEA, P., CORTÉS, J.M. y URÍAS, R. (eds.), *Xaipe. II Reunión de historiadores del Mundo Griego Antiguo (Sevilla, 1995). Homenaje al profesor Fernando Gascó.* Sevilla. (261-268).

DIES CUSÍ, E. (1994): «Aspectos técnicos de las rutas comerciales fenicias en el Mediterráneo occidental (siglos IX-VII a.C.)». *A.P.L.*, 21. (311-336).

DIOGO, A.M.D. (1993): «Ânforas pré-romanas dos Chões de Alpompé (Santarém)» en *Os Fenícios no Territorio Português. E.O.*, IV. Lisboa. (215-227).

DOMERGUE, C. (1969): «Céramique de Calés dans les antiques mines d'argent de Carthagene». *A.E.A.*, 42. (159-165).

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1986): «La campaña de Aníbal contra los vacceos: Sus objetivos y su relación con el inicio de la Segunda Guerra Púnica». *Latomus,* XLV, 2. (241-258).

— (1986): «Los libiofenicios y la interpretación del significado de su presencia en el sur peninsular» en *España y el Norte de Africa. Bases históricas de una relación fundamental. Actas del I Congreso Hispano-Africano de las Culturas Mediterráneas (Melilla, 1984).* Granada. (129-138).

— (1988): «Algunas observaciones en torno al «comercio continental griego» en la meseta meridional» en *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha.* T. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas. 2. Toledo. (327-334).

— (1991): «El enfrentamiento etrusco-foceo en Alalia y su repercusión en el comercio con la Península Ibérica» en REMESAL, J. y MUSSO, O. (coords.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica.* Barcelona. (239-273).

— (1992): «La economía de la España Ibérica en el marco del Mediterráneo. Bases y circuitos comerciales» en VAQUERIZO, D., *Religiosidad y vida cotidiana en la España Ibérica. Seminarios Fons Mellaria, 1991.* Córdoba. (81-207).

— (1993a): «La colonización y el comercio griego en la Península Ibérica.». *H.An.*, XVII. (469-486).

— (1993b): «Mecanismos, rutas y agentes comerciales en las relaciones económicas entre griegos e indígenas en el interior peninsular» en *Economia y Societat a la prehistòria i Món Antic. Estudis d'Historia Economica,* 1993.1. Barcelona. (39-74).

— (1995a): «De nuevo sobre los «libiofenicios»: Un problema histórico y numismático» *en La moneda hispánica. Ciudad y territorio. Anejos a A.E.A.*, XIV. Madrid. (111-116).

— (1995b): «Libios, libiofenicios, blastofenicios: Elementos púnicos y africanos en la Iberia Bárquida y sus supervivencias». *Gerión,* 13. (223-239).

— (1996): *Los Griegos en La Península Ibérica. Cuadernos de Historia,* 18. Madrid.

DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C. (1999): «Anforas grecoitálicas en la Península Ibérica. (Nuevas interpretaciones del comercio romano en Hispania)» en CELESTINO, S. (ed.). *II Simposio Arqueología del Vino. El vino en la Antigüedad Romana (Jerez, 1996). Universidad Autónoma de Madrid. Varia,* 4. Madrid. (233-240).

DRESSEL, E. (1880): «La suppellettile dell'antichissima necropoli esquilina. Parte seconda: le stoviglie letterate». *A.I.C.A.*, 52. (265-342).

DROOP, J.P. (1925): «Excavations at Niebla in the province of Huelva, Spain». *An.Ar.An.*, XII, 3-4. (175-206).

ESCACENA CARRASCO, J.L. (1979-80): «Cerámica ibérica de Setefilla (Sevilla)». *Pyrenae,* 15-16. (181-210).

— (1983): «Problemas en torno a los orígenes del urbanismo a orillas del Guadalquivir». *Gades,* 11. (39-83).

— (1985): «Gadir». *A.O.*, 3. (149-175).

— (1987): «El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir» en RUIZ, A. y MOLINOS, M. (eds.) en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985).* Jaén. (273-297).

— (1989): «Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida» en AUBET, M.E. (coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir.* Sabadell. (433-476).

— (1992): «Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana». *Spal,* 1. (321-343).

— (1993): «De la muerte de Tartessos. Evidencias en el registro poblacional». *Spal,* 2. (183-218).

— , BELÉN DEAMOS, M. e IZQUIERDO DE MONTES, R. (1996): «Caura protohistórica». *R.A.*, 184. (16-25).

— e IZQUIERDO DE MONTES, R. (1994): «Proyecto Estuario. Intervención arqueológica de 1994». *A.A.A.*, II. (161-166).

— (2001): «Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un «barrio fenicio» de la Caura tartésica» en RUIZ MATA, D. y CELESTINO PÉREZ, S. (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica.* Madrid. (123-157).

— , RODRÍGUEZ DE ZULOAGA MONTESINOS, M. y LADRÓN DE GUEVARA SÁNCHEZ, I. (1996): *Guadalquivir salobre. Elaboración prehistórica de sal marina en la antiguas bocas del río.* Sevilla.

ESCRIVÁ TORRES, V., MARÍN JORDÁ, C. y RIBERA I LACOMBA, A. (1992): «Unas producciones minoritarias de barniz negro en Valentia durante el s. II a. J.C.» en *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique Plá Ballester. T.V. del S.I.P.*, 89. Valencia. (443-468).

ESTEVE GUERRERO, M. (1942): «Las Excavaciones de Asta Regia». *A.E.A.*, 15. (245-247).

— (1945): *Excavaciones en Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez). Campaña 1942-43. A.A.H.*, III. Madrid.

— (1950): *Excavaciones en Asta Regia (1945-1946). Inf. y Mem.*, 22. Madrid.

— (1952): «Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). Fábrica de salazón romana en la Algaida». *N.A.H.*, I, 1-3. (126-133).

— (1962): *Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez). Campañas de 1949-50 y 1955-56. Publicaciones del Centro de Estudios Jerezanos,* 2ª Serie, 19. Jerez de la Frontera.

— (1969): «Asta Regia: Una ciudad tartésica» en Tartessos y sus problemas en Actas del *V S.I.P.P. (Jerez de La Frontera, 1968).* Barcelona. (111-118).

— (1971): *Historia de unas ruinas (Mesas de Asta, Jerez). Instituto de Estudios Gaditanos. Serie Argantonio,* 1. Jerez.

ETIÈNNE, R. (1970): «A propos du garum sociorum». *Latomus,* XXIX, 2. (297-313).

FANTAR, M. (1972): «La tombe de la Rabta. Un nuveau document pour la connaisance de Tunès». *Latomus,* XXXI. (349-367).

FERNÁNDEZ DE CASTRO Y PEDRERA, R. (1987): «La necrópolis púnica y romana de Melilla». *Aldaba,* 9. (127-136).

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., CHASCO VILA, R. y OLIVA ALONSO, D. (1979): «Excavaciones en El Cerro Macareno. La Rinconada, Sevilla (Cortes E-F-G. Campaña, 1974)». *N.A.H.,* 7. (7-93).

FERNÁNDEZ, J.H. (1983): *Guía del Puig des Molins. T.M.A.I.,* 10. Ibiza.

— y COSTA, B. (1995): «La cerámica común púnico-ebusitana: Las formas principales y su cronología» en *Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* II. Túnez. (10-25).

— (2000): «La investigación fenicio-púnica en Ibiza a principios de los años noventa» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1519-1526).

— y GRANADOS, J.O. (1980): *Cerámica de imitación ática del Museo Arqueológico de Ibiza. T.M.A.I.,* 2. Ibiza.

FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): «El poblamiento ibérico en Huelva» en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985).* Jaén. (315-326).

— (1988-89): *Tartessos y Huelva. H.Ar.,* X-XI. Huelva.

— , RUFETE TOMICO, P. y GARCÍA SANZ, C. (1993): «Análisis y definición de la cultura tartésica según Tejada la Vieja (Escacena) y Huelva. Síntesis de resultados» en *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía (1985-1992). Proyectos.* Huelva. (497-499).

— (eds.) (1997): *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a.C.). Actas de las Jornadas celebradas en el Foro Iberoamericano de La Rábida (Palos de la Frontera, Huelva, 1994). H.Ar.,* XIV. Huelva.

FERNÁNDEZ URIEL, P. (1995): «La púrpura en el Mediterráneo Occidental» en *Actas del II C.I.E.G. (Ceuta, 1990).* II. Madrid. (309-327).

FERNÁNDEZ-CHICARRO, C. (1950): «El tesoro de la Cuesta del Rosario, de Sevilla». *N.H.,* I, 1-2.

FERNÁNDEZ-IZQUIERDO, A. (1982): «Estudio del tráfico marítimo en la costa de Castellón. A través de la Arqueología Submarina». *Sagvntvm (P.L.A.V.),* 17. (113-129).

FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. y BELÉN, M. (1977): *Arqueología Submarina en Menorca.* Madrid.

— y CABALLERO ZOREDA, L. (1975): *Abdera. Excavaciones en el Cerro de Montecristo (Adra, Almería). E.A.E.,* 85. Madrid.

— y RODERO RIAZA, A. (1995): «El Círculo del Estrecho veinte años después» en *Actas del II C.I.E.G. (Ceuta, 1990).* II. Madrid. (3-20).

— (1995): «Presencia púnica en la isla de Menorca» en *Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* II. Túnez. (26-38).

FERRER ALBELDA, E. (1995): *Los púnicos en Iberia: Análisis historiográfico y arqueológico de la presencia púnica en el sur de la península ibérica.* Tesis Doctoral Inédita. Universidad de Sevilla.

— (1995-96): «Anotaciones sobre el taller cerámico de Gadir». *B.M.C.,* VII. (63-76).

— (1996a): *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la Historia de España.* Sevilla.

— (1996b): «Los púnicos de Iberia y la historiografía grecolatina». *Spal,* 5. (115-131).

— (1998): «Suplemento al mapa paleoetnológico de la Península Ibérica: Los púnicos de Iberia». *R.S.F.,* XXVI, 1. (31-54).

— y BANDERA ROMERO, M.L. DE LA (1997): «La localización de Mastia: Un aspecto problemático de los conocimientos geográficos griegos sobre Iberia» en PRESEDO, F.J., GUINEA, P., CORTÉS, J.M. y URÍAS, R. (eds.), *Xaipe. II Reunión de historiadores del Mundo Griego Antiguo (Sevilla, 1995). Homenaje al profesor Fernando Gascó.* Sevilla. (65-72).

FEVRIER, P.-A. (1956): «Une campagne de fouilles à Utique (1957). Rapport preliminaire». *Karthago,* 7. (139-168).

FIERRO CUBIELLA, J.A. (1990): «Cerámica turdetana en Cádiz». *R.A.,* 114. (34-40).

FINLAYSON, C. (1994): «History of the Gibraltar excavations» en *Gibraltar during the Quaternary. AEQUA Monografías,* 2. Sevilla. (2-4).

FINLEY, M.I. (1986): *Historia Antigua. Problemas metodológicos.* Barcelona.

FORTI, L. (1965): *La ceramica di Gnathia.* Nápoles.

FRANKENSTEIN, S. (1997): *Arqueología del colonialismo. El impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania.* Barcelona.

FRONTINI, P. y GRASSI, M.T. (eds.) (1998): *Atti del Seminario internazionale di Studio Indagini archeometriche relative alla ceramica a vernice nera: nuovi dati sulla provenienza e la diffusione (Milan, 1996).* Como.

FRUTOS REYES, G. DE (1981-82): «La crisis del Sudoeste durante la época bárcida (237-206 a.C.): La causa del paso de Gadir a la órbita romana». *B.M.C.,* III. (47-50).

— (1984): «Relaciones Norte de Africa-Sur de Hispania desde el s. VIII a.C. hasta las Guerras Púnicas» en *Cádiz en su Historia. III Jornadas de Historia de Cádiz.* Cádiz. (115-123).

— (1987): *Las relaciones entre el Norte de Africa y el Sur de Hispania desde la colonización fenicia a la decadencia de Cartago.* Tesis Doctoral microfichada. Universidad de Cádiz.

— (1987-88): «Sobre la fecha de la fundación de Cartago y sus primeras proyecciones por el Occidente». *Habis,* 18-19. (215-230).

— (1991): *Cartago y la política colonial. Los casos norteafricano e hispano.* Écija.

— y MUÑOZ VICENTE, A. (1994): «Hornos púnicos de Torre Alta (San Fernando, Cádiz)» en *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana.* Huelva. (393-414).

— (1996): «La industria pesquera y conservera púnico-gaditana: Balance de la investigación. Nuevas perspectivas». *Spal,* 5. (133-165).

GAGO VIDAL, M.H., CLAVAÍN GONZÁLEZ, I., MUÑOZ VICENTE, A., PERDIGONES MORENO, L. y FRUTOS REYES, G. DE (2000): «El complejo industrial de salazones gaditano de Camposoto, San Fernando (Cádiz): Estudio preliminar». *Habis,* 31. (37-61).

GAMURRINI, G.F. (1879): «Les vases étrusco-campaniens». *G.A.,* 5. (38-50).

GARCIA ALFONSO, E. (1998): «Un plato de pescado con engobe rojo en el Museo Municipal de Algeciras. Notas sobre esta forma cerámica en el sur peninsular». *Caetaria,* 2. (25-36).

GARCÍA CANO, C. (1990): «Notas sobre la necrópolis ibérica de Los Nietos». *Verdolay,* 2. (161-171).

— (1995a): «El Departamento B de la Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena)». *Verdolay,* 7. (259-269).

— (1995b): «Contextos del s. III a. C. en el conjunto ibérico de Los Nietos (Cartagena): La cerámica de barniz negro» en *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995).* Elche. (493-502).

— , GARCÍA CANO, J.M. y RUIZ VALDERAS, E. (1989): «Las cerámicas campanienses de la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)». *Verdolay*, 1. (117-187).

— , GUILLERMO MARTÍNEZ, M., MURCIA MUÑOZ, A.J., y MADRID BALANZA, M.J. (1999): «Aportación al estudio del poblamiento del s. IV a.C. en el entorno de Cartagena: El yacimiento de La Mota (Sierra de la Atalaya)» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997)*. Vol. 3. Murcia. (243-252).

— y RUIZ VALDERAS, E. (1995-96): «El poblado ibérico de La Loma del Escorial (Los Nietos) durante el s. III a.C.». *A.P.A.U.M.*, 11-12. (129-149).

GARCÍA CANO, J.M. (1979-80): «Cerámica ática de Galera (Granada) en el Museo Arqueológico Provincial de Murcia». *Pyrenae*, 15-16. (229-240).

— (1982): *Las cerámicas griegas de la región de Murcia.* Murcia.

— (1985): «Cerámicas áticas de figuras rojas en el S.E. peninsular» en *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica.* Barcelona. (59-70).

— (1997): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales.* Murcia.

— y PAGE DEL POZO, V. (1990): «La necrópolis ibérica de Archena. Revisión de los materiales y nuevos hallazgos». *Verdolalay*, 2. (109-147).

GARCÍA I MARTÍN, J.M. (1997): «Les ceràmiques gregues» en OLCINA DOMÉNECH, M. (ed.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y Epoca Ibérica.* Alicante. (175-205).

GARCÍA I MARTÍN, J.M. (1999): «Algunas observaciones sobre los platos de pescado áticos en la Península Ibérica» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997)*. Vol. 3. Murcia. (161-168).

— y GRAU I MIRA, I. (1997): «Les ceràmiques gregues als jaciments ibèrics de L'Alcoià i el Comtat». *R.M.A.*, 6. (119-130).

GARCÍA LÓPEZ, M., BUENDÍA NOGUERA, M. y LLINARES BENEYTO, J. (1989): «Aportación a la Carta arqueológica de Murcia. El índice de yacimientos». *Verdolay*, 1. (7-47).

GARCÍA MORENO, L.A. (1990): «Mastienos y Bastetanos: Un problema de la etnología hispana prerromana». *Polis*, 2. (53-65).

— (1992): «Ciudades Béticas de estirpe púnica. (Un ensayo postmarxista)» en *Conquista Romana y modos de intervención en la organización urbana y territorial. D.A.*, Terza Serie. Anno 10. 1-2. (119-127).

GARCÍA ROSELLÓ, J., PUJOL DEL HORNO, J. y ZAMORA MORENO, M.D. (2000): «Las cerámicas de barniz negro de los siglos II-I a.C. en la zona central de la costa layetana: Los ejemplos de Burriac, Iluro y sus territorios» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998).* Mataró. (59-69).

GARCÍA VARGAS, E. (1996): «La producción anfórica en la bahía de Cádiz durante la República como índice de romanización». *Habis*, 27. (49-62).

— (1998): *La producción de ánforas en la Bahía de Cádiz en época romana (siglos II a.C.-IV d.C.).* Écija.

— y FERRER ALBELDA, E. (e.p.): «Las salazones de pescado en la Gadir púnica: Estructuras de producción» en *European Association of Archaeologist. Third Annual Meeting (Ravenna, 1997).*

— , MORA, M. y FERRER ALBELDA, E. (1989): «Estudios sobre cerámicas ibéricas andaluzas: Montemolín (Marchena, Sevilla)». *Habis*, 20. (217-243).

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1986 (1945)): *España y los españoles hace dos mil años. Según la Geografía de Estrabón.* Madrid.

— (1987 (1947)): *La España del siglo Primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio).* Madrid.

GARCÍA-BELLIDO, M.P. (1985-86): «Leyendas e imágenes púnicas en las monedas Libiofenices». *Veleia*, 2-3. (499-519).

— (1994): «Las relaciones económicas entre Massalia, Emporion y Gades a través de la moneda» en CABRERA, P., OLMOS, R. y SANMARTÍ, E. (eds.), *Iberos y Griegos: Lecturas desde la diversidad (Ampurias, 1991). H.Ar.*, XIII, 2. Huelva. (115-149).

GARCÍA-GELABERT PÉREZ, M.P. (1993): «Indigenismo y romanización en Turdetania durante la República». *E.T.F., Se. II, Hª.A.*, 6. (99-132).

GARNSEY, P., HOPKINS, K. y WHITTAKER, C.R. (eds.) (1983): *Trade in Ancient Economy.* London.

GAUDINA, E. (1997): «Bracieri e bacini decorati». *Tharros XXIV. R.S.F.*, XXV. (57-63).

GAVALA Y LABORDE, J. (1992 (1959)): *Geología de la costa y bahía de Cádiz. El poema Ora Marítima de Avieno.* Cádiz.

GILES PACHECO, F., GUTIÉRREZ LÓPEZ, J.M., LAGÓSTENA BARRIOS, L., LÓPEZ AMADOR, J.J., LUCAS ALMEIDA, J.M. DE, PÉREZ FERNÁNDEZ, E. y RUIZ GIL, J.A. (1997): *Aportaciones al proceso histórico de la ciudad de El Puerto de Santa María. La intervención arqueológica en la Plaza de Isaac Peral.* El Puerto de Santa María.

— , GUTIÉRREZ LÓPEZ, J.M., MATA ALMONTE, E., SANTIAGO PÉREZ, A. y GRACIA PRIETO, F.J. (1993): «Prospecciones arqueológicas y análisis geocronológicos y sedimentológicos en la cuenca del río Guadalete. Secuencia fluvial y paleolítica del río Guadalete (Cádiz). Resultados de la investigaciones hasta 1993» en *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía (1985-1992). Proyectos.* Huelva. (211-227).

— y SAMPIETRO ALLEMAN, D. (1993-94): «Análisis de las terracotas púnicas y sedimentos vírgenes de «paleosuelos rojos» hallados en la excavación arqueológica de la calle Juan Ramón Jiménez de Cádiz». *B.M.C.*, VI. (89-91).

GIRARD, S. (1984): «Banasa préromaine. Un état de la question». *A.A.*, 20. (11-93).

GIUSTOLISI, V. (1975): *La navi romana di Terrasini. E la aventure di Amilcare sul Monte Herkte. Sicilia Archeologica che scompare*, 3. Palermo.

GOMES, M.V. (1993): «O estabelecimento fenício-púnico do Cerro da Rocha Branca (Silves)» en *Os Fenicios no Território Português. E.O.*, IV. Lisboa. (73-107).

— , GOMES, R.V. y BEIRÃO, C. DE M. (1986): «O Cerro da Rocha Branca (Silves). Resultados preliminares de três campanhas de escavações» en *Actas do IV Congreso do Algarve.* I. Silves. (77-83).

GÓMEZ BELLARD, C. (1982): «El fondeadero de Es Caná (Santa Eulalia del Río, Ibiza)». *Sagvntvm (P.L.A.V.)*, 17. (91-112).

— (1989): «L'île d'Ibiza à l'époque des guerres puniques» en LIPIONSKI, E. y DÉVIJVER, H., *Punic Wars. Stu.P.*, X. Leuven. (85-97).

— (1991): «La expansión cartaginesa en Sicilia y Cerdeña» en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza (Ibiza, 1990). T.M.A.I.*, 25. Ibiza. (47-57).
— (1993): «Relaciones comerciales en las islas Baleares entre los siglos VII y II a.C.». *C.A.M.*, 2. (159-174).
— (2000): «Avance del estudio de un paisaje rural púnico y romano: Es Cubells-Cala d'Hort (Ibiza)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (353-362).
GÓMEZ LUCAS, D. (e.p.): «Bes y Heracles. Estudio de una relación» en *II Congreso Internacional de Mundo Púnico (Cartagena 2000).*
GONZÁLEZ PRATS, A. (1998): «La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-97». *R.S.F.*, XXVI. (199-208).
— y GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (2000): «El conjunto fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1527-1537).
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1985): «Excavaciones de urgencia en el Cerro Naranja (Jerez de la Frontera, Cádiz), 1985». *A.A.A.*, III. (90-96).
— (1987): «Notas sobre las excavaciones de urgencia realizadas en el yacimiento prerromano de «Cerro Naranja» (Finca de los Garciagos, Jerez de la Frontera, Cádiz)» en *Cádiz en su Historia. VI Jornadas de Historia de Cádiz.* Cádiz. (27-44).
— , BARRIONUEVO CONTRERAS, F. y AGUILAR MOYA, L. (1995): «Mesas de Asta, un centro indígena tartésico en los esteros del Guadalquivir» en *Tartessos. 25 años después (1968-1993). Actas del Congreso Conmemorativo del V S.I.P.P. (Jerez, 1993). Biblioteca de Urbanismo y Cultura,* 14. Jerez de la Frontera. (215-237).
— (1997): «Notas sobre el mundo funerario en la Baja Andalucía durante el período turdetano» en FERNÁNDEZ JURADO, J., RUFETE TOMICO, P. y GARCÍA SANZ, C. (eds.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a.C.) (Huelva, 1994). H.Ar.*, XIV. Huelva. (245-268).
— (2000): «Presencia fenicia en el territorio tartésico de los esteros del Guadalquivir» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* II. Cádiz. (785-794).
— , BARRIONUEVO CONTRERAS, F., AGUILAR MOYA, L. y RUIZ MATA, D. (1992): «Prospección arqueológica superficial en el entorno de la marisma de Mesas (Jerez de la Frontera, Cádiz)». *A.A.A.*, II. (71-77).
— (1993): «Paleogeografía humana del extremo noroccidental de Cádiz. Los procesos culturales desde el Neolítico hasta época medieval» en *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía (1985-1992). Proyectos.* Huelva. (799-807).
— y RUIZ MATA, D. (1999): «Prehistoria e Historia Antigua de Jerez» en CARO, D. (ed.), *Historia de Jerez de la Frontera. Tomo I. De los orígenes a época medieval.* Cádiz. (15-188).
— , RUIZ MATA, D. y AGUILAR MOYA, L. (1991): «Prospección arqueológica superficial en la margen izquierda de la marisma de «El Bujón» (T.M. de Jerez de la Frontera, Cádiz)». *A.A.A.*, II. (83-92).
GONZÁLEZ TORAYA, B., TORRES QUIRÓS, J., LAGÓSTENA BARRIOS, L. y PRIETO REINA, O. (2000): «Los inicios de la producción anfórica en la Bahía gaditana en época republicana: La intervención de urgencia en Avda. Pery Junquera (San Fernando, Cádiz)» en *Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano. (Sevilla-Écija, 1998).* Vol. I. Écija. (175-185).
GOUDINEAU, C. (1968): *Fouilles de l'Ecole Française de Roma à Bolsena (Poggio Moscini) 1962-1967.* Tome IV: *La céramique aretine lisse. M.E.F.R.*, Suppl. 6. Paris.
GOZÁLBES CRAVIOTO, E. (1978): «Kitzan, poblado púnico-mauritano en las inmediaciones de Tetuán (Marruecos)». *A.A.*, 12. (15-19).
— (1987): «Economía de la ciudad antigua de Rusadir». *Aldaba,* 9. (97-120).
— (1995a): «Aproximación al estudio del comercio entre Hispania y Mauritania Tingitana» en *Actas del II C.I.E.G. (Ceuta, 1990).* 2. Madrid. (179-195).
— (1995b): «Comercio y proyección económica de las ciudades de la Hispania meridional romana (siglos II a.C.-I a.C.)». *F.I.*, 6. (229-243).
GRACIA ALONSO, F. (1994): «Las Copas de Cástulo en la Península Ibérica. Problemática y ensayo de clasificación» en CABRERA, P., OLMOS, R. y SANMARTÍ, E. (eds.), *Iberos y Griegos: Lecturas desde la diversidad (Ampurias, 1991). H.Ar.*, XIII, 1. Huelva. (175-200).
— (1995): «Comercio del vino y estructuras de intercambio en el N.E. de la Península Ibérica y Languedoc-Rosellón entre los siglos VII-V a.C.» en CELESTINO PÉREZ, S. (ed.), *Arqueología del Vino. Los orígenes del vino en Occidente.* Jerez de la Frontera. (297-331).
— y MUNILLA CABRILLANA, G. (1997): *Protohistòria. Pobles i cultures a la Mediterrània entre els segles XIV i II a.C.* Barcelona.
— , GARCÍA, D. y MUNILLA, G. (1998): «Las facies cerámicas de importación durante el siglo III y primera mitad del siglo II a.C. en la región sur de la desembocadura del Ebro» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània,* 4. Barcelona. (83-95).
GRAN-AYMERICH, J.M.J. (1972): «Situles orientalisantes du VIIe siècle en Étrurie». *M.E.F.R.*, 84, 1. (7-59).
— (1988a): «Málaga fenicio-púnica y el Estrecho de Gibraltar» en *Actas del I C.I.E.G. (Ceuta, 1987).* I. Madrid. (577-591).
— (1988b): «Cerámicas griegas y etruscas de Málaga. Excavaciones de 1980 a 1986». *A.E.A.*, 61. (201-225).
— (1991): *Malaga phénicienne et puniche. Recherches franco-espagnoles 1981-1988.* París.
— (1995): «La Méditerranée et les sites princiers de l'Europe Occidentale. Recherches en cours dans le «Cercle» du Détroit de Gibraltar» et dans l'Isthme Gaulois» en *Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* II. Túnez. (97-101).
GRAU I MIRA, I. (1996): «Estudio de las excavaciones antiguas de 1953 y 1956 en el Poblado Ibérico de la Serreta». *R.M.A.*, V. (83-119).
— (1998): «Aproximación al territorio de época ibérica plena (ss. IV-II a.C.) en la región centro meridional del País Valenciano» en *Arqueología del Paisaje. Arqueología Espacial,* 19-20. Teruel. (309-321).
— y MORATALLA JÁVEGA, J. (1998): *El poblamiento de época ibérica en el Alto Vinalopó.* Villena.
GRAU I SEGÚ, M., GUITART I DURÁN, J., PERA I ISERN, J. y JIMÉNEZ I FERNÁNDEZ, M.C. (2000): «La ceràmica de

vernís negre de Baetulo (Badalona, El Barcelonès» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998).* Mataró. (71-84).

GUERIN, P., BONET, H. y MATA, C. (1989): «La deuxième Guerre Punique dans l'Est Ibérique à travers les donées archéologiques» en LIPIŃSKI, E. y DEVIJVER, H.(eds.), *Punic Wars. Stu.P.*, X. Leuven. (193-204).

GUERRERO AYUSO, V.M. (1980): «Las cerámicas pseudocampanienses ebusitanas en Mallorca». *A.L.*, 3. (169-194).

— (1984): *Asentamiento púnico de Na Guardis. E.A.E.*, 133. Madrid.

— (1986): «Una aportación al estudio de las ánforas púnicas Mañá C». *Archaeonáutica*, 6. (147-186).

— (1989): «Majorque et les guerres puniques. Donées archéologiques» en LIPIŃSKI, E. y DEVIJVER, H. (eds.), *Punic Wars. Stu.P.*, X. Leuven. (99-114).

— (1991): «Naturaleza y función de los asentamientos púnicos en Mallorca» en *Atti del II C.I.S.F.P. (Roma, 1987).* III. Roma. (923-930).

— (1995): «La vajilla púnica de usos culinarios». *R.S.F.*, XXIII, 1. (61-99).

— (1998): «Las importaciones cerámicas en la protohistoria de Mallorca» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània*, 4. Barcelona. (175-191).

— (1999): «Elementos de la vajilla de mesa púnica en Baleares» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997).* T. 3. Murcia. (177-190).

— (2000): «Organización del espacio en la factoría púnica de «Na Guardis» (Mallorca)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1539-1554).

— y CALVO TRÍAS, M. (e.p.): «Indígenas y colonos. Intercambios aristocráticos y comercio empórico en la protohistoria balear» en *II Congreso Español de Estudios de Próximo Oriente (Cádiz-El Puerto de Santa María, 2001).*

—, MIRÓ, J. y RAMÓN, J. (1989): «L'Epave de Binisafuller (Minorque). Un bateau de commerce punique de IIIe siècle av. J.-C.» en LIPIŃSKI, E. y DEVIJVER, H. (eds.), *Punic Wars. Stu.P.*, X. Leuven. (115-125).

— (1991): «El pecio de Binisafúller (Menorca), un mercante púnico del s. III a.C.». *Meloussa*, 2. (9-30).

GÜNTER, L.M. (1995): «L'aristocratie des grands négotiants à Carthague et sa politique d'outre-mer aux Vie et Ve siècles av. J.-C.» en *Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* II. Túnez. (128-132).

GUSI I JENER, F. (1997): «Lugares sagrados, divinidades, cultos y rituales en el levante de Iberia». *C.P.A.C.*, 18. (171-209).

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, R. (1997): «Russadir. Visión actualizada». *E.T.F., Se. II, Hª.A.*, 10. (387-402).

GUTIÉRREZ LÓPEZ, J.M. (1999): «Tartésicos y turdetanos en el interior de Cádiz. Torrevieja (Villamartín), un yacimiento en la cuenca media del Guadalete». *R.A.*, 217. (26-35).

— (2000): «Aportaciones a la producción de salazones de Gadir: La factoría púnico-gaditana 'Puerto 19'». *R.H.P.*, 24. (11-46).

— (e.p.): «La factoría «puerto 19» (El Puerto de Santa María, Cádiz) y la producción de salazones de Gadir» en *XVI Encuentros de Historia y Arqueología. Las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la bahía de Cádiz (San Fernando, 2000).*

— RUIZ GIL, J.A., GILES, F., BUENO, P., LÓPEZ AMADOR, J.J. y AGUILERA, L. (2000): «El río Guadalete (Cádiz) como vía de comunicación en épocas fenicia y púnica en Andalucía Occidental» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* II. Cádiz. (795-806).

HERNÁNDEZ HERVÁS, E. (1991): «El Grau Vell. Puerto Histórico. Estructuras y fases de ocupación» en *Saguntum y el Mar.* Valencia. (61-63).

HOLWERDA, J.H. (1936): *Het laat-griecksche en romeinsche gebruiksaardewerk uit het middellandsche zeegebied in het Rijksmuseum van Oudheden te Leiden.* La Haya.

HOWLAND, R.H. (1958): *Greek Lamps and their survivals. The Athenian Agora*, IV. Princeton.

HUSS, W. (1989): *Los cartagineses.* Madrid.

ISSERLIN, B.S.J. (1975): «Informe sobre las excavaciones arqueológicas en Málaga 1974». *Jábega*, XII. (6-11).

JÁUREGUI, J.J. DE (1954): «Sobre unas posibles medidas de sal púnicas encontradas en exploración submarina en San Pedro del Pinatar» en *Actas del I Congreso Arqueológico del Marruecos Español.* Tetuán. (277-281).

JEHASSE, J. y L. (1973): *La Nécropole préromain d'Aleria (1960-1968). Supplément a Gallia*, XXVe. París.

JIMÉNEZ COBO, M. (1993): «Comunicaciones entre el Alto Guadalquivir y el Mediterráneo en la época romana». *E.T.F., Se. II, Hª.A.*, 6. (349-378).

JIMÉNEZ CONTRERAS, S. (1986): «La industria del pescado en la Antigüedad». *R.A.*, 68. (20-34).

JODIN, A. (1987): *Volubilis Regiae Iubae. Contribution à l'etude des civilisations du Maroc antique préclaudien.* París.

— y PONSICH, M. (1960): «La céramique estampée du Maroc Romain». *B.A.M.*, IV. (287-318).

JONCHERAY, J.-P. (1976): *Essai de classification des amphores découvertes lors de fouilles sous-marines.* Frejus.

JORGE GODOY, S. (1992-93): «Los cartagineses y la problemática del poblamiento de Canarias». *Tabona*, VIII, 1. (229-236).

JUAN TOVAR, L.C. (1992): «Alfares y hornos de la Antigüedad en la Península Ibérica: Algunas observaciones en torno a su estudio» *en Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días (Alicante, 1990).* Alicante. (65-85).

JUNYENT, E. (1974): «Cerámica barnizada de negro del poblado ibérico de Margalef en Torregrossa, Lérida» en *Miscelánea arqueológica, XXV Aniversario de los cursos de Ampurias (1947-1971).* I. Barcelona. (379-395).

KBIRI ALAOUI, M. (2000): «À propos de la chronologie de la nécropole rurale d'Aïn Dalia Lekbira (région de Tanger, Maroc)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* III. Cádiz. (1185-1195).

KEAY, S.J. (1992): «The «Romanisation» of Turdetania». *O.J.A.*, 11, 3. (275-315).

LAGÓSTENA BARRIOS, L. (1994): «Alfarerías romanas de El Puerto de Santa María. Un modelo de transición económica del ámbito cultural púnico al romano en la bahía gaditana». *R.H.P.*, 13. (9-41).

— (1996): *Alfarería romana en la Bahía de Cádiz.* Cádiz.

LAKE, A.K. (1934-35): «Campana supellex. The pottery deposit at Minturnae». *Bolletino dell'Associazione Internazional degli Studi Mediterranei*, 5, 4-5. (97-114).

LAMBOGLIA, N. (1950): *Gli scavi di Albintimilium e la cronología della ceramica romana (Parte prima: campagna di scavo 1938-1940).* Bordiguera.
— (1952a): «Per una classificazione preliminare della ceramica campana» en *I Congreso di Studi Liguri (Bordiguera, 1950).* Bordiguera. (139-206).
— (1952b): «La nave romana di Albenga». *R.S.L.*, XVIII, 1-2. (131-236).
— (1952c): «Apuntes sobre cronología cerámica». *Caesaraugusta,* 3. (73-90).
— (1954): «La cerámica «precampana» della Bastida». *A.P.L.*, V. (105-139).
— (1955): «Sulla cronologia delle anfore romane di età repubblicana (II-I secolo a.C.). *R.S.L.*, XXI, 3-4. (241-270).
— (1960): «Polemiche campane». *R.S.L.*, XXVI, 1-4. (292-304).
— (1961): «Problemi tecnici e cronologi dello scavo sottomarino al Grand Congloué».*R.S.L.*, XXVII, 1-4. (138-154).
— (1964a): «La campagna 1963 sul relitto di Punta Scaletta all'isola di Giannutri (relazione preliminare)». *R.S.L.*, XXX, 1-4. (229-257).
— (1964b): «Il primo saggio di scavo sulla nave romana di Albenga». *R.S.L.*, XXX, 1-4. (219-228).
— (1972): «La cerámica come mezzo e la ceramica come fine» en *Atti del Convegno Internazionale di Studi sui problemi della ceramica romana di Ravenna, della Valle Padana e dell'alto Adriatico (Ravenna, 1969).* Bolonia. (37-41).
LANCEL, S. (1968): «Tipasitana III: La nécropole préromaine occidentale de Tipasa. Rapport préliminaire (campagnes de 1966 et 1967)». *B.A.A.*, III. (85-166).
— (ed.) (1979): *Byrsa I. Mission archéologique française à Carthage. Rapports préliminaires des fouilles 1974-1976. C.E.F.R.*, 41. Roma.
— (ed.) (1982): *Byrsa II. Mission archéologique française à Carthage. Rapports préliminaires des fouilles 1977-1978 (niveaux et vestiges puniques). C.E.F.R.*, 41. Roma.
— (1987): «La céramique punique d'époque hellénistique» en LÉVÊQUE, P. y MOREL, J.-P. (eds.), *Céramiques Hellénistiques et Romaines. Centre de Recherche d'Histoire Ancienne,* 70. París. (99-137).
— (1994): *Cartago.* Ed. Crítica. Barcelona.
LAVADO FLORIDO, M.L. (1987): «Carta arqueológica de la margen izquierda de la desembocadura del Guadalquivir: Sanlúcar (Norte) y Trebujena». *A.A.A.*, III. (126-133).
— (1991): «Panorama del período orientalizante en la desembocadura del Guadalquivir» en *Atti del II C.I.S.F.P. (Roma, 1987).* III. Roma. (977-980).
— (2000): «El comercio a través del Guadalquivir en época antigua: El yacimiento de Las Monjas (Trebujena-Cádiz)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (385-393).
— , MOLINA CARRIÓN, M., COBOS RODRÍGUEZ, L.M., BLANCO JIMÉNEZ, F. y SIBÓN OLANO, F.J. (2000): «El asentamiento antiguo de Cádiz a través de las últimas excavaciones arqueológicas» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* II. Cádiz. (869-879).
LEVÊQUE, P. y MOREL, J.-P. (eds.) (1987): *Céramiques hellénistiques et romaines,* II. París.
LILLO CARPIO, P.A. (1981): *El poblamiento Ibérico en Murcia.* Murcia.
— (1999): «El horizonte cultural ibérico en la cuenca del Segura» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997).* Vol. 3. Murcia. (9-17).
LINAREJOS CRUZ PÉREZ, M. (1990): *Necrópolis ibérica de Los Nietos (Cartagena, Murcia). E.A.E.*, 158. Madrid.
LLANOS, A. y VEGAS, J.I. (1974): «Ensayo de un método para el estudio y clasificación tipológica de la cerámica». *E.A.A.*, 6. (265-313).
LLOBREGAT, E. (1972): *Contestania Ibérica.* Alicante.
— (1997): «L'Illeta dels Banyets (El Campello, Camp d'Alacant). ¿Fou un empòrion?» en OLCINA DOMÉNECH, M. (ed.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y Epoca Ibérica.* Alicante. (13-20).
LOMAS SALMONTE, F.J. y SÁNCHEZ SAUS, R. (1991): *Entre la leyenda y el olvido. Epocas Antigua y Media. Historia de Cádiz,* I. Cádiz.
LÓPEZ CASTRO, J.L. (1991a): «Cartago y la Península Ibérica: ¿Imperialismo o hegemonía?» en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza (Ibiza, 1990). T.M.A.I.*, 25. Ibiza. (73-84).
— (1991b): «El imperialismo cartaginés y las ciudades fenicias de la Península ibérica entre los siglos VI-III a.C.» *S.E.A.P.*, 9. (87-107).
— (1991c): «El foedus de Gadir del 206 a.C.: Una revisión». *F.I.*, 2. (269-280).
— (1992a): «La colonización fenicia en la Península Ibérica: 100 años de investigación» en *Actas del Seminario La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación (Almería, 1990).* Almería. (11-79).
— (1992b): «Los libiofenicios: Una colonización agrícola cartaginesa en el Sur de la Península Ibérica». *R.S.F.*, XX, 1. (47-65).
— (1992c): «Pompeyo Trogo (Justino XLIV, 5, 1-4) y el Imperialismo cartaginés en la Península Ibérica» en *In Memoriam J. Cabrera Infante.* Granada. (219-235).
— (1993a): «Fenicios y cartagineses en el Extremo Occidente: Algunas cuestiones terminológicas y de periodización» en *Homenaje a Elena Pezzi.* Granada. (343-348).
— (1993b): «La producción fenicia occidental de salazón de pescado» en *II Congreso Peninsular de Historia Antigua (Coimbra, 1990).* Coimbra. (353-362).
— (1993c): «Los fenicios y la transmisión cultural en el Mediterráneo Antiguo» en MUÑOZ, F.A. (ed.), *La confluencia de culturas en el Mediterráneo.* Granada. (97-107).
— (1994a): «Cartago y la Península Ibérica en la Historiografía española reciente (1980-1992)». *H.An.*, XVIII. (519-532).
— (1994b): «Las ciudades fenicias del sur de la Península Ibérica y la conquista romana» *en Actas del II Congreso de Historia de Andalucía (Córdoba, 1991).* Córdoba. (251-258).
— (1995a): *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana.* Barcelona.
— (1995b): «Las acuñaciones fenicias hispanas: Aspectos históricos y económicos» en *La moneda hispánica. Ciudad y territorio. Anejos a Archivo Español de Arqueología,* XIV. Madrid. (97-104).
— (1996): «Fenicios y cartagineses en la obra de Adolf Schulten: Una aproximación historiográfica». *Gerión,* 14. (289-331).

— (1997a): «Los fenicios occidentales y Grecia» en PRESEDO, F.J., GUINEA, P., CORTÉS, J.M. y URIAS, R. (eds.), *Xaipe. II Reunión de historiadores del Mundo Griego Antiguo. Homenaje al profesor Fernando Gascó (Sevilla, 1995).* Sevilla. (95-105).
— (1997b): «El trigo, la vid y el olivo: La tríada mediterránea entre fenicios y cartagineses» en SAN MARTÍN, C. y RAMOS, M. (eds.)., *Con pan, aceite y vino. La tríada mediterránea a través de la Historia.* Catálogo de la Exposición. Granada. (34-52).
— (1998): «Familia, poder y culto a Melqart gaditano». *Arys,* 1. (93-108).
— (2000a): «Las ciudades fenicias occidentales durante la Segunda Guerra Romano-cartaginesa» en *La Segunda Guerra Púnica en Iberia. XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 1998). T.M.A.I.,* 44. Eivissa. (51-61).
— (2000b): «Roma y los fenicios occidentales. Un modelo de integración política y económica» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (395-400).
— (2000c): «Villaricos, cien años de excavaciones arqueológicas». *Axarquía,* 5. (27-38).
— (2000d): «Fenicios e Iberos en la depresión de Vera: Territorio y recursos» en *II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios. Fenicios y Territorio (Guardamar de Segura, 1999).* Alicante. (99-119).
— (e.p.): «Un santuario rural en Baria (Villaricos, Almería)» en *II Congreso Internacional de Mundo Púnico (Cartagena, 2000).*
— , CARRILERO, M., SUÁREZ, A., AGUAYO, P., SAN MARTÍN, C. y GARCÍA LÓPEZ, J.L. (1991): «La colonización fenicia en Abdera: Nuevas aportaciones» en *Atti del C.I.S.F.P. (Roma, 1987).* III. Roma. (981-989).
— , SAN MARTÍN MONTILLA, C. y ESCORIZA MATEU, T. (1987-88): «La colonización fenicia en el estuario del Almanzora. El asentamiento de Cabecico de Parra en Almizaraque (Cuevas de Almanzora, Almería)». *C.P.U.G.,* 12-13. (157-169).
— (1988): «Memoria de la excavación de urgencia en Cabecico de Parra de Almizaraque (Cuevas de Almanzora, Almería)». *A.A.A.,* III. (7-11).
LÓPEZ DE LA ORDEN, M.D. (1990): *La glíptica de la Antigüedad en Andalucía.* Cádiz.
— (1995): «Los escarabeos de Gorham's Cave: Su iconografía» en *Actas del II C.I.E.G. (Ceuta, 1990).* 2. Madrid. (119-127).
— y BLANCO JIMÉNEZ, F.J. (2000): «Las monedas de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (487-508).
— y GARCÍA RIVERA, C. (1985): «Anforas púnicas de La Caleta, Cádiz» en *Actas del VI Congreso Internacional de Arqueología Submarina (Cartagena, 1982).* Madrid. (393-397).
LÓPEZ MELERO, R. (1997): *Filipo, Alejandro y el mundo helenístico. Cuadernos de Historia,* 27. Madrid.
LÓPEZ PALOMO, L.A. (1979): *La cultura ibérica del valle medio del Genil.* Córdoba.
— (1981): «Alhonoz: (Excavaciones de 1973 a 1978)». *N.A.H.,* 11. (33-187).
LÓPEZ PARDO, F. (1986): «Mauretania Tingitana: Tendencias en sus relaciones interprovinciales» en *España y el Norte de Africa. Bases históricas de una relación fundamental. Actas del I Congreso Hispano-Africano de las Culturas Mediterráneas (Melilla, 1984).* Granada. (185-194).
— (1987): *Mauritania Tingitana: De mercado colonial púnico a provincia periférica romana.* Tesis Doctoral reprografiada. Universidad Complutense. Madrid.
— (1988): «Apuntes sobre la intervención hispana en el desarrollo de las estructuras económicas coloniales en Mauritania Tingitana» en *Actas del I C.I.E.G. (Ceuta, 1987).* I. Madrid. (741-748).
— (1990a): «Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica». *A.E.A.,* 63. (7-41).
— (1990b): «Nota sobre las ánforas II y III de Kuass (Marruecos). Algunas precisiones a la documentación arqueológica». *A.A.,* 26. (13-23).
— (1991): «El periplo de Hannon y la expansión cartaginesa en el Africa occidental» en *La caída de Tiro y el auge de Cartago. V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza (Ibiza, 1990). T.M.A.I.,* 25. Ibiza. (59-71).
— (1992): «Mogador «factoría extrema» y la cuestión del comercio fenicio en la costa atlántica africana» en *Actes du Ve Colloque International d'Histoire et Archeologie de l'Afrique du Nord (Avignon, 1990).* París. (277-296).
— (1993): «La colonización fenicio-púnica en el Africa noroccidental». *H.An.,* XVII.
— (1995): «Aportaciones a la expansión fenicia en el Marruecos atlántico: Alimentos para el comercio» en *Actas del II C.I.E.G. (Ceuta, 1990).* 2. Madrid. (99-110).
— (1996a): «Los enclaves fenicios en el Africa noroccidental: Del modelo de las escalas náuticas al de colonización con implicaciones productivas». *Gerión,* 14. (251-288).
— (1996b): «Informe preliminar sobre el estudio del material cerámico de la factoría fenicia de Essaouira (antigua Mogador)». *Homenaje al Profesor M. Fernández-Miranda. Complutum Extra,* 6, I. (359-367).
— (2000): «La fundación de Lixus» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* II. Cádiz. (819-826).
— y GONZÁLEZ WAGNER, C. (1993): «Bibliografía más reciente (1988-1992) sobre el «período orientalizante» en la Península Ibérica y colonizaciones prerromanas en el extremo occidente». *Tempus,* 3. (33-47).
LÓPEZ-MALAX ECHEVARRÍA, A. (1973): «Una comunicación sobre la cerámica de barniz rojo» en *XII C.N.A. (Jaén 1971).* Zaragoza. (389-394).
LUQUET, A. (1964): «Contribution à l'Atlas archéologique du Maroc: Région de Volubilis». *B.A.M.,* 5. (291-300).
— (1966): «Contribution à l'Atlas archéologique du Maroc: Région de Rharb». *B.A.M.,* 6. (365-375).
— (1973-75): «Contribution à l'Atlas archéologique du Maroc: Le Maroc Punique».*B.A.M.,* 9. (237-293).
LUZÓN NOGUÉ, J.M. (1973): Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo (Campaña 1970). *E.A.E.,* 78. Madrid.
— y RUIZ MATA, D. (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados.* Córdoba.
MALUQUER DE MOTES, J. (1985): «En torno al comercio protohistórico terrestre y marítimo griego en el Sudeste» en *Actas del VI C.I.A.S. (Cartagena, 1982).* Madrid. (475-482).
MANACORDA, D. (1998): «Archeologia e Archeometria: Una prospettiva comune» en FRONTINI, P. y GRASSI, M.T. (eds.), *Atti del Seminario internazionale di Studio Indagini archeometriche relative alla ceramica a vernice nera: nuovi dati sulla provenienza e la diffusione (Milan, 1996).* Como. (189-194).

MANGANARO, G. (1994): «Massalia-Sardegna-Sicilia: La rotta commerciale in epoca ellenistica» en *Le ravitaillement en blé de Rome et des centres urbains des débuts de la République jusq'au Haut Empire. Actes du colloque international (Nápoles, 1991). Collection du Centre Jean Bèrard,* 11. Nápoles-Roma. (261-265).

MAR, R. y RUIZ DE ARBULO, J. (1993): *Ampurias Romana. Historia, Arquitectura y Arqueología.* Sabadell..

MARCET, R. y SANMARTÍ-GREGÓ, E. (1990): *Ampurias.* Barcelona.

MARÍN CEBALLOS, M.C. (1987): «¿Tanit en España?». *Lucentum,* VI. (43-79).

— (1994): «Reflexiones en torno al papel económico-político del templo fenicio» en MANGAS, J. y ALVAR, J. (eds.), *Homenaje a J.M. Blázquez.* II. Madrid. (349-362).

— y LOMAS, F.J. (1992): «Cádiz fenicio-púnico y romano» en *Conquista Romana y modos de intervención en la organización urbana y territorial. D.A.,* Terza Serie. Anno 10. 1-2. (129-154).

MARÍN JORDÁ, C. y RIBERA I LACOMBA, A. (2000): «Las cerámicas de barniz negro de Valentia» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998).* Mataró. (91-105).

MARTÍN CAMINO, M. (1993): «Carthago Nova» en *Leyenda y Arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica. Ciclo de Conferencias.* Vol. I. Madrid. (45-59).

— (1994): «Colonización fenicia y presencia púnica en Murcia» en GONZÁLEZ BLANCO, A., CUNCHILLOS ILARRI, J.L. y MOLINA MARTOS, M. (eds.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura. Coloquios de Cartagena, I, (Cartagena,1990).* Murcia. (293-324).

— (1996): «Relaciones entre la Cartagena prebárquida y la Magna Grecia y Sicilia antes de la Primera Guerra Púnica. Consideraciones a partir de algunas marcas en ánforas». *C.A.M.,* 4. (11-37).

— (1998): «Un contexto cerámico de finales del s. III a.C.: El vertedero púnico de la Plaza de San Ginés (Cartagena)» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània,* 4. Barcelona. (9-28).

— (2000): «Cartagena durante época bárquida: Precedentes y estado de la cuestión» en *La Segunda Guerra Púnica en Iberia. XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 1998). T.M.A.I.,* 44. Eivissa. (9-25).

— y ROLDÁN BERNAL, B. (1991): «Púnicos en Cartagena». *R.A.,* 124. (18-24).

— (1994): «Un tipo de ánfora púnica centromediterránea en occidente durante época bárcida: Merlin/Drappier-3» en GONZÁLEZ BLANCO, A., CUNCHILLOS ILARRI, J.L. y MOLINA MARTOS, M. (eds.), *El Mundo Púnico. Historia, Sociedad y Cultura.* Murcia. (465-475).

— (2000): «Cerámica de cocina de importación en la Cartagena púnica: los morteros y grandes platos. Siglo III a.C.» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1615-1623).

MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1976): «El Corte F del Cerro Macareno, La Rinconada (Sevilla)». *C.P.A.U.A.M.,* 3. (9-31).

MARTÍN RUIZ, J.A. (1995): *Catálogo documental de los fenicios en Andalucía.* Sevilla.

MARZOLI, D. (2000): «Anforas púnicas de Morro de Mezquitilla (Málaga)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1631-1644).

MATA PARREÑO, C. (1995): «Las influencias del mundo fenicio-púnico en los orígenes y desarrollo de la cultura ibérica» en *Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* Túnez. (225-244).

— (2000): «La Segunda Guerra Púnica y su incidencia en los pueblos indígenas de la costa mediterránea peninsular» en *La Segunda Guerra Púnica en Iberia. XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 1998). T.M.A.I.,* 44. Eivissa. (27-49).

MAYET, F. y TAVARES DA SILVA, C. (1993): «Presença Fenícia no Baixo Sado» en *Os Fenícios no Território Português. E.O.,* IV. Lisboa. (127-142).

MEIJER, F. y VAN NIJF, O. (1992): *Trade, Transport and Society in the Ancient World. A Sourcebook.* London-New York.

MELCHOR MONTSERRAT, J.M. (1995): «Aspectos funcionales de la cerámica ibérica» *en I Congreso de Arqueología Peninsular. Actas V. Trabalhos de Antropología e Etnologia,* 35, 1. Oporto. (183-193).

MELUCCO VACCARO, A. (1970): «La ceramica etrusca e ceramiche ellenistiche varia» en *Pyrgi. Scavi del santuario etrusco (1959-1967). Notizie degli Scavi di Antichità,* XXIV, suppl. II. Roma. (468-504).

MENANTEAU, L. (1978): «Les anciens étiers de rive gauche des Marismas du Guadalquivir». *M.C.V.,* XIV. (35-72).

— y CLEMENTE, L. (1977): «Variaciones de la influencia marina y su incidencia en la transformación del paisaje aluvial del delta del Guadalquivir durante los dos últimos milenios» en *II Reunión Nacional del Grupo Español de Trabajo del Cuaternario.* Madrid. (167-176).

MEZQUIRIZ, M.A. (1954): «La cerámica de importación en San Miguel de Liria». *A.P.L.,* V. (159-176).

MILDENBERG, L. (1989): «Punic coinage on the eve of the first war against Rome. A reconsideration» en LIPIŃSKI, E. y DEVIJVER, H. (eds.), *Punic Wars. Stu.P.,* X. Leuven. (5-14).

MILLÁN LEÓN, J. (1998): *Gades y las navegaciones oceánicas en la Antigüedad (1000 a.C.-500 d.C.).* Écija.

MINGAZZINI, P. (1938): «Il santuario della dea Marica alle foci del Garigliano». *Monumenti Antichi publicatti p.c. dell'Academia dei Lincei. Milano. Hoepli,* 37, col. 693-983.

MIRA GUARDIOLA, M.A. (2000): *Cartago contra Roma. Las guerras púnicas.* Madrid.

MIRANDA ARIZ, J.M. y PINEDA REINA, P. (1999): *Memoria de la Intervención Arqueológica de Urgencia Edificio «Puerto Varela» (Avda. de Andalucía s/n. Cádiz).* Memoria Inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura. Cádiz.

MIRÓ, J. (1985): «El litoral catalán: Navegación, materiales arqueológicos submarinos e interpretación comercial en época antigua» en *VI C.I.A.S. (Cartagena, 1982).* Madrid. (455-461).

MOLINA CARRIÓN, M. (1991): «Informe de la excavación de urgencia en la Iglesia de las Monjas Concepcionistas (Vejer de la Frontera, Cádiz)». *A.A.A.,* III. (94-103).

MOLINA FAJARDO, F. y BANNOUR, A. (2000): «Almuñécar a la luz de los nuevos hallazgos fenicios» *en Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1645-1663).

— y DURÁN SUÁREZ, J. (1983): «Tipología de la cerámica campaniense en Puente de Noy». *Al.A.H.*, 1. (169-177).
— , HUERTAS JIMENEZ, C. y LÓPEZ CASTRO, J.L. (1983): «Hallazgos púnicos en el Majuelo» en *Al.A.H.*, II. Granada. (275-289).
— y JIMÉNEZ CONTRERAS, S. (1983): «La factoría de salazones el Majuelo» en MOLINA FAJARDO, F., *Al.A.H.* Granada. (279-290).
— , RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, A. y BUENDÍA MORENO, A. (1983): «Excavaciones en el casco antiguo de Almuñécar» en *Al.A.H.*, II. Granada. (121-185).
— , RUIZ FERNÁNDEZ, A. y HUERTAS JIMÉNEZ, C. (1982): *Almuñécar en la Antigüedad. La Necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy.* Granada.
MOLINA GARCÍA, J., MOLINA GUNDE, M. DE LA C. y NORDSTROM, S. (1976): *Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla-Murcia). T.V. del S.I.P.* Valencia.
MOLINOS, M., SERRANO, J.L. y COBA, B. (1988): «Excavaciones arqueológicas en el asentamiento de «La Campiña». Marmolejo, Jaén». *A.A.A.*, III. (197-203).
MONTAGNA-PASQUINUCCI, M. (1972): «La ceramica a vernice nera del Museo Guarnacci di Volterra». *M.E.F.R.A.*, 84, 1. (269-498).
MOREL, J.-P. (1963): «Notes sur céramiques étrusco-campanienne: Vases à vernis noir de Sardaigne et d'Arezzo». *M.E.F.R.A.*, 75. (7-58).
— (1965a): *Céramique à vernis noir du Forum romain et du Palatin. M.E.F.R.A., suppl.* nº 3. París.
— (1965b): «Céramique à vernis noir de Pompéi». *R.C.R.F.*, Acta VII. (81-103).
— (1968): «Céramique à vernis noir du Maroc». *A.A.*, 2. (55-76).
— (1969a): «Etudes de la céramique campanienne, I: L'atelier des petites estampilles». *M.E.F.R.A.*, 81. (59-117).
— (1969b): «Kerkouane, ville punique du Cap Bon: Remarques archéologiques et historiques». *M.A.H.*, 81. (473-518).
— (1976): «Aspects de l'artisanat dans la Grande Grèce Romaine» en La Magna Grecia nell'età romana. *Atti del VXº C.S.M.G (Taranto, 1975).* Nápoles. (263-324).
— (1978): «A propos des céramiques campanienne de France et d'Espagne». *A.L.*, 1. (149-168).
— (1979): «La Sicile dans les courants commerciaux de la Mediterranée sud-occidentale, d'aprés la céramique de vernis noir» en BRETICHNEIDER, G. (ed.), *Miscellanea in onore di Eugenio Manni.* V. Roma. (1563-1582).
— (1980a): «Les vases à vernis noir et à figures rouges d'Afrique avant la deuxième Guerre Punique et le problème des exportations de grande-Grèce». *A.A.*, 15. (29-75).
— (1980b): «La céramique campanienne: Acquis et problemes» en *Céramiques hellenistiques et romaines. Centre de Recherche d'Histoire Ancienne*, 36. (85-122).
— (1981a): *Céramique Campanienne: Les Formes. B.E.F.A.R.*, 244. París.
— (1981b): «La produzione della ceramica campana: Aspetti economici e sociali» en *Società romana e produzione schiavistica II. Merci, mercati e scambi nel Mediterraneo.* (81-97).
— (1982a): «La céramique à vernis noir de Carthage-Byrsa: nouvelles données et éléments de comparaison» en *Actes du Colloque sur la céramique antique. (Cartago, 1980). C.E.D.A.C. Cartaghe Dossiers*, 1. (43-76).
— (1982b): «La céramique comme indice du commerce antique (réalités et interprétations)» en GARNSEY, P. y WHITTAKER, C.R. (eds.), *VIII International Economic Congress (Budapest, 1982)* B. 12. *Trade in slapes in Antiquity (Greeke and Rome).* (71-79).
— (1983a): «Les importations de céramiques grecques el italiennes dans le monde punique (Ve-Ier siècles): Revision du matériel et nouveaux documents» en *Atti del I C.I.S.F.P. (Roma, 1979).* III. Roma. (731-740).
— (1983b): «Greek Colonization in Italy and in the West (Problems of Evidence and Interpretation)» en HACKENS, T., HOLLOWAY, N.D. y HOLLOWAY, R.R. (eds.), *Crossroads of the Mediterranean. Papers delivered at the International Conference held at Brown University, 1981.* Louvain-La Neuve-Providence (Rhode Island). (123-161).
— (1983c): «Les producteurs de biens artisanaux en Italie à la fin de la république» en *Les «Bourgeoisies» municipales italiennes aux II et I siècles av. J.-C.* París-Nápoles. (21-39).
— (1983d): «Les relations économiques dans l'Occident Grec» en *Modes de contact et processus de transformation dans les sociétés anciennes. Actes du Colloque de Cortone, 1981. C.E.F.R.*, 67. Pisa-Roma. (549-580).
— (1986a): «La céramique à vernis noir de Carthage, sa diffusion, son influence». *C.E.A.*, XVIII. (26-55).
— (1986b): «Remarques sur l'art e l'artisanat de Naples antique» en *Atti del XXV C.S.M.G. (Tarento, 1985).* Tarento. (305-356).
— (1988): «Artisanat et colonisation dans l'Italie Romaine aux IV e et IIIe siècles av. J.-C.». *D.A.*, 6, 2. (49-63).
— (1989): «Observation sur l'artisanat dans le Salento à l'époque hellénistique et romaine» en *Salento porta d'Italia. Atti del Convegno Internazionale (Lecce, 1986).* Lecce. (111-119).
— (1990a): «Les céramiques de l'époque hellénistique en Italie: Hellénisme et anhellénisme» en *Akten des XIII Internationalen Kongresses für Klassiche Archäologie (Berlín, 1988).* Mainz am Rhein. (161-171).
— (1990b): «Nouvelles données sur le commerce de Carthage punique, entre le VIIe siècle et le IIe siècle avant J.-C.» en *113 Congrés National des Sociétés Savantes. 4e Colloque International sur l'histoire et l'archeologie dell'Africa du Nord (Estrasburgo, 1988).* París. (67-100).
— (1992): «La céramique à vernis noir du Maroc: Une révision» *en Lixus. Actes du Colloque (Larache, 1989). C.E.F.R.*, 166. París. (217-233).
— (1994): «La céramique attique à vernis noir en Ibérie et à Carthage: une comparaison» en CABRERA, P., OLMOS, R. y SANMARTÍ, E. (eds.), *Iberos y Griegos: Lecturas desde la diversidad (Ampurias, 1991). H.Ar.*, XIII, 2. Huelva. (323-344).
— (1995): «Carthage, Marseille, Athénes, Alexandrie (notes sur le commerce de Carthage avec quelques métropoles méditerranéennes)» en *Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* II. Túnez. (264-281).
— (1998a): «Les importations de céramiques du IIIe siècle et de la première moitié du IIe siècle: quelques remarques à propos de l'Iberie» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània*, 4. Barcelona. (243-249).

— (1998b): «L'étude des céramiques à vernis noir, entre archéologie et archéometrie» en FRONTINI, P. y GRASSI, M.T. (eds.), *Atti del Seminario internazionale di Studio Indagini archeometriche relative alla ceramica a vernice nera: nuovi dati sulla provenienza e la diffusione (Milan, 1996).* Como. (9-22).

— (2000): «Quelques remarques sur l'economie phénico-punique dans ses aspects agraires» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* I. Cádiz. (411-423).

— y PICON, M. (1993): «Les céramiques étrusco-campaniennes: Recherches en Laboratoire» en OLCESE, G., *Ceramica romana e archeometria: Lo stato degli studi.* Florencia. (23-46).

MOSCATI, S. (dir.) (1988): *Los Fenicios.* Milán.

MOURET, F. (1927): *Corpus Vasorum Antiquorum. France,* fasc. 6, *Collection Mouret (fouilles d'Ensérune).* París.

MOUTINHO DE ALARÇÃO, A. (1976): «Céramiques à engobe rouge non grésé» *en A propos des céramiques de Conimbriga.* París. (9-21).

MUÑIZ COELLO, J. (1974): «Málaga y la colonización púnica en el sudeste peninsular». *Habis,* 5. (109-129).

— (2001): «Cerro de la Tortuga, Málaga. El comercio en el templo ibero-púnico del Cerro de la Tortuga a través de la cerámica» en WULFF ALONSO, F., CRUZ ANDREOTTI, G. y MARTÍNEZ MAZA, C. (eds.), *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (siglo VIII a.C. - año 711 d.C.). Actas del II Congreso de Historia Antigua de Málaga.* Málaga. (327-348).

MUÑOZ AMILIBIA, A.M. (1987): «El poblamiento ibérico en Murcia» en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985).* Jaén. (171-183).

— (1995-96): «Sobre el comercio cartaginés en España». *Pyrenae,* 4. (129-140).

MUÑOZ, F.A., GONZÁLEZ, C. y ROLDÁN, J.M. (1985): *Roma contra Cartago. Cuadernos de Historia 16,* 12. Madrid.

MUÑOZ GAMBERO, J.M. (1964): «Poblado *ibero-púnico del Cerro de la Tortuga. Teatinos (Málaga)*» en *VIII C.N.A. (Sevilla-Málaga, 1963).* Zaragoza. (163-183).

— (1996): «El Cerro de la Tortuga» en WULFF ALONSO, F. y CRUZ ANDREOTTI, G. (eds.), *Historia Antigua de Málaga.* Málaga. (221-239).

— (2001): «Cerro de la Tortuga, Málaga. El comercio en el templo ibero-púnico del Cerro de la Tortuga a través de la cerámica» en WULFF ALONSO, F., CRUZ ANDREOTTI, G. y MARTÍNEZ MAZA, C. (eds.), *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (siglo VIII a.C. - año 711 d.C.). Actas del II Congreso de Historia Antigua de Málaga.* Málaga. (327-348).

MUÑOZ VICENTE, A. (1985): «Las ánforas prerromanas de Cádiz (Informe preliminar)». *A.A.A.,* II. (471-476).

— (1986): «Avance sobre el estudio de los ungüentarios helenísticos de Cádiz. 1986». *A.A.A.,* II. (520-525).

— (1989): «Excavaciones arqueológicas de urgencia en la necrópolis de Cádiz: Área de la Plaza de Asdrúbal. Sector H». *A.A.A.,* III. (87-97).

— (1995-96): «Secuencia histórica del asentamiento fenicio-púnico de Cádiz: Un análisis crono-espacial tras quince años de investigación arqueológica». *B.M.C.,* VII. (77-105).

— (1999): «Gadir en el Castillo de Doña Blanca: Análisis crítico de una hipótesis». *R.H.P.,* 23. (55-64).

— y BALIÑA, R. (1985): «Informe preliminar de las prospecciones arqueológicas del litoral gaditano: De Getares a Tarifa, 1985». *A.A.A.,* II. (161-168).

— , FRUTOS REYES, G. DE y BERRIATÚA HERNÁNDEZ, N. (1988): «Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la Bahía de Cádiz» en *Actas del I C.I.E.G. (Ceuta, 1987),* I. Madrid. (487-508).

— y FRUTOS REYES, G. DE (1999): «La industria pesquera y conservera púnico-gaditana: Balance de la investigación. Nuevas perspectivas» en BALBÍN, R. DE y BUENO, P. (eds.), *II C.A.P. (Zamora, 1996).* III. Primer milenio y metodología. Alcalá de Henares. (201-212).

— y PERDIGONES MORENO, L. (2000): «Estado actual de la arqueología fenicio-púnica en la ciudad de Cádiz» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* II. Cádiz. (881-891).

MURILLO REDONDO, J.F. (1994): «Griegos e indígenas en la Península Ibérica. Testimonios materiales» en VAQUERIZO GIL, D. (ed.), *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica.* Córdoba. (147-190).

NAVARRO, J. (2000): «La época de los Barca en la Península Ibérica: Problemas y metodología en la investigación» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1665-1670).

NEGUERUELA, I., PINEDO, J., GÓMEZ, M., MIÑANO, A., ARELLANO, I. y BARBA, J.S. (2000): «Descubrimiento de dos barcos fenicios en Mazarrón (Murcia)» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1671-1679).

NENCI, G. (1958): «Le relazioni con Marsiglia nella politica estera romana (Dalle orogini alla prima guerra punica)». *R.S.L.,* XXIV, 1-2. (24-97).

NICOLET, C. (1984): «Las Guerras Púnicas» en *Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-27 a. de J.C.).* Barcelona. (467-497).

NICOSIA, A. (1976): *Ceramica a vernice nera delle stipe di Mèfete (Aquinum nel territorio di Castrocielo-Frosinone).* Pontecorvo.

NIEMEYER, H.G. (1990): «The greeks and the far west. Towards a revaluation of the archaeological record from Spain» en *La Magna Grecia e il lontano Occidente. Atti del XXIX° C.S.M.G. (Taranto, 1989).* Tarento. (29-53).

NIETO, J. (1988): «Cargamento principal y cargamento secundario» en *Navires et commerces de la Méditerranée Antique. Hommage à Jean Rougé. C.H.,* 33, 3-4. (379-395).

NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A.M. (1998): «El sur de la península y el norte de Africa durante los siglos IV y III a.C.» en GALÁN, J.M., CUNCHILLOS, J.-L. y ZAMORA, J.-A. (eds.), *El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente. I Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo (Madrid, 1997).* Madrid. (1-50).

— (1999a): «La cerámica «tipo Kuass». Avance a la sistematización del taller gaditano». *Spal,* 8. (115-134).

— (1999b): «Anforas turdetanas, mediterráneas y púnicas del s. III del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997).* Vol. 3. Murcia. (133-140).

— (1999c): «El pozo. Los materiales» en PINEDA REINA, P. y MIRANDA ARIZ, J.M., *Memoria científica de la intervención Edificio «Puerto Varela», Avda. de Andalucía s/n. Cádiz.* Memoria Inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura. Cádiz.

— (2000a): «La producción de cerámicas rojas de tradición griega en la zona de Cádiz. Las cerámicas de tipo «Kuass»: Una nueva perspectiva». *M.M.,* 41. (178-196).

— (2000b): «La cerámica roja gaditana de tradición griega (tipo «Kuass»). Estado de la cuestión» en *3º C.A.P. (Vila Real, 1999).* (373-388).
— (2001a): *Las cerámicas gaditanas barnizadas de «tipo Kuass». Tipología, producción y distribución.* Tesis Doctoral Inédita. Universidad de Cádiz.
— (2001b): «Pozos púnicos en la necrópolis de Cádiz: Evidencias de prácticas rituales funerarias». *R.S.F.*, XXIX, 1. (89-136).
— (2001c): «El espacio geopolítico gaditano en época púnica. Revisión y puesta al día del concepto de «Círculo del Estrecho». *Gerión*, 19. (313-354).
— (e.p. a): «Las cerámicas de tipo «Kouass»: Hacia la sistematización de la producción de cerámicas rojas de tradición griega en la zona de Cádiz» en *II Encontro de Arqueología do Sudoeste da Peninsula Iberica (Faro, 1996).*
— (e.p. b): «La cerámica púnico-gaditana del s. III a.C. El uso de la vajilla en el ámbito funerario y ritual de la necrópolis» en *II Congreso Internacional de Mundo Púnico (Cartagena, 2000).*
— (e.p. c): «Un nuevo taller «protocampaniense» del área punicizante. La cerámica gaditana «tipo Kuass»» en *V C.I.S.F.P. (Marsala-Palermo, 2000).*
— (e.p. d): «Evidencias de la producción de cerámicas barnizadas «tipo Kuass» en la bahía de Cádiz» en *XVI Encuentros de Historia y Arqueología. Las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la bahía de Cádiz (San Fernando, 2000).*
— y FERRER ALBELDA, E. (e.p. a): «Anotaciones al culto funerario de Gadir: Los pozos rituales» en *V C.I.S.F.P. (Marsala-Palermo, 2000).*
— (e.p. b): «La pervivencia de rituales orientales en la necrópolis púnica de Cádiz» en *II Congreso Español de Estudios de Próximo Oriente. Oriente y Occidente. De las primeras sociedades productoras a comienzos de la romanización (Cádiz-El Puerto de Santa María, 2001).*
— y RUIZ MATA, D. (2000): «El poblado de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca): Urbanismo y materiales del s. III a.C.» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* II. Cádiz. (893-903).
— (e.p.): «Estructuras industriales turdetanas del siglo III a.n.e. en el entorno de la Bahía de Cádiz» en *XI Encuentros de Historia y Arqueología «El Urbanismo como fenómeno histórico y social. De la Aldea Neolítica a la Ciudad Romana» (San Fernando, 1995).*
— y VALLEJO SÁNCHEZ, J.I. (2000): «Evolución y estructura del comercio gaditano en época púnica. Un avance a partir de la documentación arqueológica. I. (ss. VI-IV a.n.e.)» en FERNÁNDEZ URIEL, P., GONZÁLEZ WAGNER, C. y LÓPEZ PARDO, F. (eds.), *Intercambio y Comercio Preclásico en el mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP (Madrid, 1998). Madrid.* (313-338).
OLCESE, G. y PICON, M. (1998): «Ceramiche a vernice nera in Italia e analisi di laboratorio: Fondamenti teorici e problemi aperti» en FRONTINI, P. y GRASSI, M.T. (eds.), *Atti del Seminario internazionale di Studio Indagini archeometriche relative alla ceramica a vernice nera: nuovi dati sulla provenienza e la diffusione (Milan, 1996).* Como. (31-37).
OLCINA DOMÉNECH, M. (ed.) (1997): *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y Epoca Ibérica.* Alicante.
OLCINA DOMÉNECH, M. y GARCIA I MARTÍN, J.M. (1997): «Síntesi arqueològica» en OLCINA DOMÉNECH, M. (ed.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). Estudios de la Edad del Bronce y Epoca Ibérica.* Alicante. (21-46).
— , GRAU MIRA, I., SALA SELLÉS, F., MOLTO GISBERT, S., REIG SEGUÍ, C. y SEGURA MARTÍ, J.M. (1998): «Nuevas aportaciones a la evolución de la ciudad ibérica: El ejemplo de La Serreta» en *Actas del Congreso Internacional Los Iberos. Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad Ibérica (Barcelona, 1998).* Barcelona. (35-46).
— y PÉREZ JIMÉNEZ, R. (1998): *La ciudad Ibero-romana de Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante). Introducción a la investigación del yacimiento arqueológico y su recuperación como espacio público.* Alicante.
— y SALA SELLÉS, F. (2000): «Las cerámicas de barniz negro en el área sur alicantina» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998).* Mataró. (107-127).
OLIVER FOIX, A. (1989): «Evidence of the Second Punic War in Iberian Settlements South of the Ebro» en LIPIŃSKI, E. y DEVIJVER, H. (eds.), *Punic Wars. Stu.P.*, X. Leuven. (205-211).
— (1995): «La presencia púnica en los asentamientos ibéricos: Una aproximación a su problemática» en *Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* Túnez. (264-281).
— (1997): «La problemática de los lugares sacros ibéricos en la historiografía arqueológica». *C.P.A.C.*, 18. (495-516).
— y GUSI I JENER, F. (1998): «La distribució de les ceràmiques d'importació als segles III/II als centres de poblament ibèric de les terres de Castelló» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània*, 4. Barcelona. (73-82).
OLMOS ROMERA, R. (1978): *Cerámica griega. Guías del Museo Arqueológico Nacional*, 1. Madrid.
— (1980): *Las lécitos áticas de fondo blanco del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de los vasos griegos del Museo Arqueológico Nacional*, 1. Madrid.
— (1984): «La cerámica de importación griega en el mundo ibérico» en *La cultura ibérica. Homenaje a Domingo Fletcher Valls.* Varia III. Valencia. (225-247).
— (1985): «Nuevos enfoques para el estudio de la cerámica y de los bronces griegos de España: una primera aproximación al problema de la helenización» en *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica.* Barcelona. (7-17).
— (1990): «Imitaciones, producción y sociedad: Algunas consideraciones en torno a la cerámica ibérica». *Verdolay. Revista del Museo de Murcia*, 2. (39-44).
PADRÓ I PARCERISA, J. (1978): «El déu Bes: Introducció al seu estudi». *Fonaments. Prehistoria i Mon Antic als Països Catalans*, 1. (19-41).
— (2000): «El culto a Bes en el Mediterráneo occidental» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* II. Cádiz. (643-645).
PAGE DEL POZO, V. (1984): *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia.* Madrid.

— (1985): «Imitaciones ibéricas de crateras y copas áticas en la provincia de Murcia» en *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica.* Barcelona. (71-81).
— (1995): «Las imitaciones ibéricas de las cerámicas griegas» en BLÁNQUEZ PÉREZ, J. (ed.), *El mundo Ibérico: Una nueva imagen en los albores del año 2.000.* Toledo. (144-151).
PAGENSTECHER, R. (1909): *Die Calenische Reliefkeramik. Jahrbuch des Kaiserlich Deutschen Archäologischen Instituts. Eränzungsheft,* VIII. Berlin.
PASCUAL BUYÉ, I. (1991a): «Los primeros contactos con el mundo mediterráneo» en *Saguntum y el Mar.* Valencia. (88-92).
— (1991b): «La cerámica de barniz negro» en *Saguntum y el Mar.* Valencia. (93-97).
— (1998): «Producciones helenísticas de engobe rojo en Sagunto». *R.A.P.,* 8. (87-106).
— y ARANEGUI GASCÓ, C. (1993): «Una torre defensiva de época republicana en el Castell de Sagunt». *Sagvntvm (P.L.A.V.),* 26. (189-203).
PASCUAL GUASCH, R. (1971-72): «Arqueología Submarina en Andalucía (Almería y Granada)». *Ampurias,* 33-34. (321-334).
PASTOR MORENO, A. (1992): «La cocción de los materiales cerámicos» *en Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días (Alicante, 1990).* Alicante. (19-38).
PASTOR MUÑOZ, M. (1992): «Municipium Firmum Iulium Sexi» en *Conquista Romana y modos de intervención en la organización urbana y territorial. D.A., Terza Serie. Anno 10. 1-2. (231-250).*
PEDRONI, L. (1986): *Ceramica a vernice nera da Cales.* Nápoles.
— (1990): *Ceramica a vernice nera da Cales 2.* Nápoles.
— (1992): «Il grupo degli stampigli erculei nella ceramica a vernice nera di Cales». *M.E.F.R.A.,* 104, 2. (573-595).
— (2000): «Produzione e diffusione della ceramica calena «media»: Problemi e ipotes di lavoro» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998).* Mataró. (345-361).
— (2001): *Ceramica calena a vernice nera. Produzione e diffusione.* Cittá di Castello.
PELLICER CATALÁN, M. (1978): «Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir, según el Cerro Macareno (Sevilla)». *Habis,* 9. (365-400).
— (1982): «Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir: Evolución y cronología según el Cerro Macareno (Sevilla)» en *Pöenizier im Westen (Köln, 1979). M.B.,* 8. Mainz am Rhein. (371-403).
— (1995): «Distribución y función de los asentamientos fenicios en Iberia» en *Actes du III C.I.E.P.P. (Túnez, 1991).* II. Túnez. (297-310).
— y ACOSTA MARTÍNEZ, P. *(1974): «Prospecciones arqueológicas en el Alto Valle del Almanzora (Almería)». Zephyrus,* XXV. (155-176).
— y AMORES, F. (1985): «Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B». *N.A.H.,* 22. (55-189).
— , ESCACENA CARRASCO, J.L. y BENDALA GALÁN, M. (1983): *El Cerro Macareno. E.A.E.,* 124. Madrid.
— , HURTADO, V. y BANDERA, M.L. DE LA (1982): «Corte estratigráfico en la Casa de Venus en Itálica)». *E.A.E.,* 121. (11-28).
— y SCHÜLE, W. (1962): El Cerro del Real (Galera, Granada). *E.A.E.,* 12. Madrid.
— (1966): *El Cerro del Real (Galera, Granada). El corte estratigráfico IX. E.A.E.,* 52. Madrid.
— , MENANTEAU, L. y ROUILLARD, P. (1977): «Para una metodología de localización de colonias fenicias en las costas ibéricas: El Cerro del Prado». *Habis,* 8. (217-251).
PENA, M.J. (1992): «Emporiae» en *Conquista Romana y modos de intervención en la organización urbana y territorial. D.A.,* Terza Serie. Anno 10. 1-2. (65-78).
PERDIGONES MORENO, L. y GUERRERO MISA, L.J. (1985): «Excavaciones de urgencia en el Peñón Gordo (Benaocaz, Cádiz), 1985». *A.A.A.,* III. (29-33).
— y MUÑOZ VICENTE, A. (1985): «Excavaciones de urgencia en un solar de la Plaza de Asdrúbal (Cádiz) en 1985». *A.A.A.,* III. (58-62).
— (1987): «Excavaciones arqueológicas de urgencia en las obras de alcantarillado de extramuros de Cádiz». *A.A.A.,* III. (91-94).
— (1988): «Excavaciones arqueológicas de urgencia en los hornos púnicos de Torre Alta. San Fernando, Cádiz». *A.A.A.,* III. (106-112).
— , MUÑOZ VICENTE, A., BLANCO JIMÉNEZ, F. y ALONSO DE LA SIERRA, L. (1985): «Excavaciones de urgencia en el alcantarillado de extramuros de Cádiz en 1985». *A.A.A.,* III. (40-52).
— , MUÑOZ VICENTE, A. y TROYA PANDURO, A. (1986): «Excavaciones de urgencia en un solar de la calle Ciudad de Santander esquina Avenida de Andalucía (Cádiz)». *A.A.A.,* III. (41-44).
PERDIGUERO LÓPEZ, M. (1984-85): «Aristipi. Consideraciones sobre los sondeos estratigráficos previos. Una aproximación histórica». *Mainake,* VI-VII. (105-120).
— (2001): «Aproximación al fenómeno comercial en el interior de la provincia de Málaga. El caso de *Aratispi* (Antequera, Málaga)» en WULFF ALONSO, F., CRUZ ANDREOTTI, G. y MARTÍNEZ MAZA, C. (eds.), *Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga (siglo VIII a.C. - año 711 d.C.). Actas del II Congreso de Historia Antigua de Málaga.* Málaga. (143-162).
PEREIRA, J. y SÁNCHEZ, C. (1985): «Imitaciones ibéricas de vasos áticos en Andalucía» en *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica.* Barcelona. (87-100).
PÉREZ BALLESTER, J. (1985): «Cerámicas de aire orientalizante en Mazarrón (Murcia): Sigillata y pseudo-campaniense» en *Actas del VI C.I.A.S. (Cartagena, 1982).* Madrid. (425-433).
— (1986): «Las cerámicas de barniz negro «campanienses»: Estado de la cuestión». *Boletín del M.A.N.,* IV. (27-45).
— (1987): «El taller de las pequeñas estampillas: Revisión y precisiones a la luz de las cerámicas de barniz negro de Gabii (Latium). Los últimos hallazgos en el Levante y Sureste español». *A.E.A.,* 60. (43-72).
— (1987): «La colonización griega» en *Historia General de España y América. De la Protohistoria a la conquista romana.* I, 2. Madrid. (93-114).
— (1994): «La cuestión de las importaciones itálicas al sur del Ebro anteriores a las Guerras Púnicas. a propósito de un vaso de Gnathia procedente de Ibiza». *Sagvntvm (P.L.A.V.),* 27. (189-196).

— (2000): «Cerámicas de barniz negro de los niveles republicanos del anfiteatro (Cartagena)» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998).* Mataró. (129-141).

PÉREZ CAÑAMARES, E. y NOVOA PORTELA, F. (1988): «Geoestrategia y geopolítica en el análisis de la confrontación de los estados de Roma y Cartago durante la Segunda Guerra Púnica» en *Actas del I C.I.E.G. (Ceuta, 1987).* I. Madrid. (509-516).

PÉREZ FERNÁNDEZ, E., RUIZ GIL, J.A. y LÓPEZ AMADOR, J.J. (1989): «El *Portus Gaditanus*. Estación aduanera de la Bética». *R.A.*, 104. (29-38).

PÉREZ LÓPEZ, I. (1994): «Santuarios costeros de Andalucía» en *Gibraltar during the Quaternary. AEQUA Monografías*, 2. Sevilla. (137-142).

— (1999): *Los santuarios de la Baetica en la Antigüedad: Los santuarios de las costas.* Universidad de Cádiz.

PÉREZ MACÍAS, J.A. y VIEIRA REGO, M.L. (1994): «Um povoado calcolítico, perto de Mértola» en *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana.* Huelva. (149-164).

PÉREZ VILATELA, L. (1995): «Los nombres del mar más allá de las Columnas de Hércules en la Antigüedad» en *Actas del II C.I.E.G. (Ceuta, 1990).* 2. Madrid. (165-177).

PICAZO, M. (1977): *La cerámica ática de Ullastret.* Barcelona.

PLÁ BALLESTER, E. (1980): Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). *T.V. del S.I.P.*, 68. Valencia.

PLÁCIDO SUÁREZ, D. (1993): *Introducción al mundo Antiguo: Problemas teóricos y metodológicos. Historia Universal Antigua*, 1. Madrid.

— , ALVAR EZQUERRA, J. y GONZÁLEZ WAGNER, C. (1991): *La formación de los Estados en el Mediterráneo Occidental. Historia Universal Antigua*, 10. Madrid.

PLANTALAMOR MASSANET, L. (2000): «Datos arqueológicos sobre Trepucó y Mahón durante la II Guerra Púnica» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995).* IV. Cádiz. (1681-1691).

POLANYI, K. (1963): «Port of trade in early societies». *J.E.H.*, 23. (38-45).

POLANYI, K. (1978): «La economía como actividad institucionalizada» en POLANYI, K., ARENSBERG, C.M. y PEARSON, H.W. (eds.), *Comercio y mercado en los Imperios Antiguos.* Barcelona. (289-315).

PONCE CORDONES, F. (1983): «Consideraciones en torno a la ubicación del Cádiz fenicio». *A.UCA*, II. (99-122).

PONS, E. (1994-95): «El jaciment protohistòric de Mas Castellar-Pontós (campanyes 1990-1994): Un establiment rural especialitzat». *T. d'A.*, 1994-1995. (81-92).

PONS MELLADO, E. (1990): «Terracotas egipcias de época greco-romana». *R.A.*, 114. (24-33).

PONSICH, M. (1964): «Contribution à l'Atlas archéologique du Maroc: Région de Tanger». *B.A.M.*, 5. (253-290).

— (1966): «Contribution à l'Atlas archéologique du Maroc: Région de Lixus». *B.A.M.*, 6. (377-423).

— (1967): «Kouass, port antique et carrefur des voies de la Tingitane». *B.A.M.*, 7. (369-405).

— (1968): «Alfarerías de época fenicia y púnico-mauritana en Kuass (Arcila, Marruecos)». *P.L.A.V.*, 4. (3-25).

— (1969-70): «Note préliminaire sur l'industrie de la céramique préromaine en Tingitane (Kouass, région d'Arcila)». *Karthago*, XV. (75-97).

— (1969a): «Les céramiques d'imitation: La campanienne de Kouass. Région d'Arcila-Maroc». *A.E.A.*, 42. (56-80).

— (1969b): «Fours de potiers puniques en Mauretanie Tingitane» en *X C.N.A. (Mahón, 1967).* Zaragoza. (270-279).

— (1969c): «Nouvel aspect de l'industrie preromaine en Tingitane». *B.A.C.T.H.S.*, 4. (225-235).

— (1970): *Recherches archeologiques à Tanger et dans sa région. Centre National de la Recherche Scientifique.* París.

— (1975): «Perennité des relations dans le circuit du Détroit de Gibraltar» en *A.N.R.W.*, II, 3. Berlín-Nueva York. (655-684).

— (1981): *Lixus. Le quartier des temples.* Rabat.

— (1982): «Territoires utiles du Maroc punique» en *Phöenizier im Westen (Köln, 1979). M.B.*, 8. Mainz am Rhein. (429-444).

— (1988a): *Aceite de oliva y salazones de pescado. Factores geo-económicos de Bética y Tingitania.* Madrid.

— (1988b): «Implantation rural du Maroc phenicien». *D.H.A.*, 132. (84-87).

— (1988c): «Origenes et temoignages de l'Histoire antique de Tanger» en *Actas del I C.I.E.G. (Ceuta, 1987).* I. Madrid. (39-54).

— y TARRADELL, M. (1965): *Garum et industries antiques de salaison dans la Méditerranée Occidentale. Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques, XXXVI.* París.

POSAC MON, C. (1987): «Las perspectivas arqueológicas de Melilla». *Aldaba*, 9. (121-126).

PRADOS MARTÍNEZ, F. (1999): «El almohadillado de sillares». *R.A.*, 222. (30-39).

— (2000): «La Arqueología Púnica. El descubrimiento de una cultura y el nacimiento de una disciplina científica» en *Actas do 3º C.A.P.* Volume I, «Arqueologia peninsular. História, Teoria e Prática». Oporto. (301-308).

PRADOS TORREIRA, L. y SANTOS VELASCO, J.A. (1984): «La colección de cerámica campaniense de Ibiza en el Museo Arqueológico Nacional». *Lucentum*, III. (67-77).

PRESEDO VELO, F. (1982): *La necrópolis de Baza. E.A.E.*, 119. Madrid.

— y CABALLOS RUFINO, A. (1988): «La ciudad de Carteia: Estado de la cuestión y primeros resultados de la campaña de 1985» *en Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua.* II. Santiago de Compostela. (509-519).

— , MUÑIZ COELLO, J., SANTERO SATURNINO, J.M. y CHAVES TRISTÁN, F. (1982): *Carteia I. E.A.E.*, 120. Madrid.

PRINCIPAL-PONCE, J. (1998a): *Las importaciones de vajilla fina de barniz negro en la Cataluña Sur y Occidental durante el siglo III a.C. Comercio y dinámica de adquisición en las sociedades indígenas. B.AR.InterSeries*, 729. Oxford.

— (1998b): «Tarraco, las cerámicas del Grupo Hercúleo y el comercio romano-itálico anterior a la Segunda Guerra Púnica». *J.R.A.*, 11. (233-244).

— (2000): «Panorama de la vajilla ática durante el siglo IV a.C. en la Cataluña Occidental» en *Actes du Colloque La céramique attique du IVe siècle en Méditerranée occidentale (Arles, 1995). Collection du Centre Jean Bérard*, 19. Napoles. (217-224).

PUCCI, G. (1983): «La ceramica campana: Della tipologia alla storio». *Opus*, II. (273-290).

PUIG I GRIESSENBERGER, A.M. (1998): «Aproximació cronològica a la muralla de Rhode. Una defensa en el limit est del nucli de Santa María». *Empúries*, 51. (139-164).

— , CARRASCAL, C., PUJOL, M., TEIXIDOR, M. y VIEYRA, G. (1994-95): «Resultats de les darreres campanyes d'excavació a la Ciutadella de Roses (Alt Empordà)». *T. d'A.*, 1994-1995. (123-132).

PY, M. (1978): «Une production Massaliète de céramique pseudo-attique à vernis noir». *R.S.L.*, XLIV, 1-4. (175-198).

— (1993a): «Céramique à reliefs d'applique de Calès et productions apparentées» en *Lattara*. 6. Lattes. (144-145).

— (1993b): «Campanienne A» en *Lattara*. 6. Lattes. (146-150).

— (1993c): «Campanienne B» en *Lattara*. 6. Lattes. (151-152).

— (1993d): «Campanienne C» en *Lattara*. 6. Lattes. (153-154).

— (1993e): «Céramique dérivée de la campanienne A» en *Lattara*. 6. Lattes. (398-399).

— (1993f): «Céramique pseudo-attique massaliète» en *Lattara*. 6. Lattes. (536-538).

QUESADA SANZ, F. (1994): «Vino, aristócratas, tumbas y guerreros en la cultura ibérica (ss. V-II a.C.)». *Verdolay*, 6. (99-124).

QUINTERO ATAURI, P. (1926): *Excavaciones en extramuros de Cádiz. M.J.S.E.A.*, 76. Madrid.

— (1932): *Excavaciones de Cádiz. M.J.S.E.A.*, 117. Madrid.

RAMALLO ASENSIO, S. (1999): «Cartagena en la Antigüedad: Estado de la cuestión. Una revisión quince años después» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997)*. Vol. 4. Murcia. (11-21).

— , ROS, M.M., MÁS, J., MARTÍN, M. y PÉREZ, J. (1992): «Carthago Nova» en *Conquista romana y modos de intervención en la organización urbana y territorial. D.A.*, Terza Serie. Anno 10, nº 1-2. (105-118).

RAMÍREZ DELGADO, J.R. (1982): *Los primitivos núcleos de asentamiento en la ciudad de Cádiz*. Cádiz.

RAMÓN TORRES, J. (1986-89): «El tipo B en la clasificación de ánforas púnicas de José Mª Mañá». *Empúries*, 48-50, II. (226-237).

— (1990-91): «Barrio industrial de la ciudad púnica de Ibiza: El taller AE-20». *C.P.A.C.*, 15. (247-285).

— (1991): *Las ánforas púnicas de Ibiza. T.M.A.I.*, 23. Ibiza.

— (1994): *El pozo púnico del «Hort d'en Xim (Eivissa). T.M.A.I.*, 32. Ibiza.

— (1995): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Col.lecció Instrumenta, 2. Barcelona.

— (1997): *FE-13. Un taller alfarero de época púnica en Ses Figueretes (Eivissa). T.M.A.I.*, 39. Ibiza.

— (1998): «La facies cerámica de importación en Eivissa durante el siglo III» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània*, 4. Barcelona. (157-173).

— , SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.) (1998): *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània*, 4. Barcelona.

RAMOS MUÑOZ, J., BORJA BARRERA, F., SÁEZ ESPLIGARES, A., CASTAÑEDA FERNÁNDEZ, V., CEPILLO GALVÍN, J. y PÉREZ RODRÍGUEZ, M. (1993): «La ocupación prehistórica de la campiña litoral y banda atlántica de Cádiz. Informe de la campaña de prospecciones arqueológicas de 1992 en San Fernando» *en Investigaciones Arqueológicas en Andalucía (1985-1992). Proyectos*. Huelva. (353-366).

— , CASTAÑEDA FERNÁNDEZ, V. y PÉREZ RODRÍGUEZ, M. (1992): «Informe de la campaña de prospecciones de 1992 en San Fernando (Cádiz). Su enmarque en el comienzo del proyecto de Investigación «La ocupación prehistórica de la campiña litoral y banda atlántica de Cádiz»». *A.A.A.*, II. (41-62).

— , CASTAÑEDA FERNÁNDEZ, V., PÉREZ RODRÍGUEZ, M., LAZARICH GONZÁLEZ, M. y MONTAÑÉS CABALLERO, M. (1994): «Estado actual del conocimiento del proyecto de Investigación «La ocupación prehistórica de la campiña litoral y banda atlántica de Cádiz». Balance tras la tercera campaña de prospecciones. 1994. Conil de la Frontera». *A.A.A.*, II. (23-32).

— y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1990): «Prospección arqueológica superficial en el término municipal de Jerez de la Frontera, Cádiz. Campaña, 1990». *A.A.A.*, II. (64-75).

RAMOS SAINZ, M.L. (1990): *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica*. Madrid.

RECIO RUIZ, A. (1990a): «El poblamiento ibérico en la provincia de Málaga II. Plenitud y baja época». *Jábega*, 70. (3-11).

— (1990b): *La cerámica fenicio-púnica, griega y etrusca del sondeo de San Agustín (Málaga). Monografías del Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga*, 3. Málaga.

REGO, M., GUERRERO, O. y GÓMEZ, F. (1996): «Mértola: Una ciudad mediterránea en el contexto de la Edad del Hierro del Bajo Guadiana» en *Actas de las Primeras Jornadas transfronterizas sobre la contienda hispano-portuguesa. Biblioteca de Estudios Arochenos*, 1. Aroche. (119-132).

RIBERA LACOMBA, A. (1982): *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas)*. Valencia.

— y FERNÁNDEZ, A. (2000): «Las ánforas del mundo fenicio-púnico en el País Valenciano» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995)*. IV. Cádiz. (1699-1711).

RICCI, M. (1973): «Per una cronología delle lucerne tardo-republicane».*R.S.L.*, 39, 2-4. (168-234).

RICHTER, G.M.A. (1951): «Accidental and intentional red glaze on Athenian vases». *A.B.S.A.*, 46. (143-159).

— y MILNE, M. (1935): *Shapes and names of Athenian Vases*. Nueva York.

RIPOLL LÓPEZ, S. (1988): «El atún en las monedas antiguas del Estrecho y su simbolismo económico y religioso» en *Actas del I C.I.E.G. (Ceuta, 1987)*. I. Madrid. (481-486).

RISUEÑO OLARTE, B. y ADROHER AUROUX, A.M. (1990): «La cerámica de importación en el registro arqueológico». *F.I.*, 1. (373-387).

— (1992): «Los moldes y su función arqueológica en las producciones cerámicas de la Antigüedad clásica» en *In Memoriam J. Cabrera Moreno*. Granada. (429-435).

ROBINSON, D.M. (1950): *Excavations at Olynthus*. Part XII. Vases found in 1934 and 1938. Oxford.

RODERO RIAZA, A. (1980): *Colección de cerámica púnica de Ibiza en el Museo Arqueológico Nacional*. Madrid.

— (1985): «La ciudad de Cartagena en época púnica». *A.O.*, 3. (217-225).

— (1991a): «Las ánforas del Mediterráneo Occidental en Andalucía». *T.P.*, 48. (275-298).

— (1991b): «El fondeadero de Cales Coves (Alayor, Menorca, España). Avance de las campañas 1986-1987» en *Atti del II C.I.S.F.P. (Roma, 1987)*. III. Roma. (1183-1196).

— (1995): *Las ánforas prerromanas de Andalucía Occidental. Epigrafía e Antichità*, 13. Faenza.

— , PEREA CAVEA, A., CHAPA BRUNET, T., PEREIRA SIESO, J., MADRIGAL BELINCHÓN, A. y PÉREZ-DIE, M.C. (1996): «La Necrópolis de Villaricos (Almería)» en *Homenaje a M. Fernández-Miranda. Complutum Extra*, 6 (I). Madrid. (373-383).

— , CHAPA BRUNET, T., MADRIGAL BELINCHÓN, A., PEREA CAVEA, A., PEREIRA SIESO, J. y PÉREZ-DIE, M.C. (2000): «La necrópolis de Villaricos (Almería)» *en Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995)*. IV. Cádiz. (1723-1729).

RODRIGUEZ DÍAZ, A. (1990): «Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda edad del Hierro en Extremadura» en *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2. Mérida. (127-162).

— (1994): «Algunas reflexiones sobre el fin de Tartessos en la cuenca media del Guadiana: La crisis del cuatrocientos y el desarrollo de la Beturia». *C.P.A.U.A.M.*, 21. (9-34).

RODRÍGUEZ FERRER, E. (1988): «El templo de Hércules-Melkart. Un modelo de explotación económica y prestigio político» en *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua (Santiago de Compostela, 1986)*. Santiago de Compostela. (101-110).

ROLDÁN BERNAL, B. y MARTÍN CAMINO, M. (1988): «Arqueología urbana en Cartagena». *R.A.*, 84. (29-33).

— y MIQUEL, L.E. DE (1996): «Excavaciones en el Cerro del Molinete (Cartagena)». *R.A.*, 184. (56-57).

— (1999): «Excavaciones en el templo capitolino de Carthago-Nova» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997)*. Vol. 4. Murcia. (57-65).

— , PERERA RODRÍGUEZ, J., SANTOS, J., FRUTOS, B. y PINEDO REYES, J. (1994): «El fondeadero de la playa de la isla. Avance preliminar» en GONZÁLEZ BLANCO, A., CUNCHILLOS ILARRI, J.L. y MOLINA MARTOS, M. (eds.), *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura. Coloquios de Cartagena I (Cartagena, 1990)*. Murcia. (503-516).

ROLDÁN GÓMEZ, L. y BENDALA GALÁN, M. (1996): «Carteia. Ciudad púnica y romana». *R.A.*, 183. (16-25).

— , BENDALA GALÁN, M., BLÁNQUEZ PÉREZ, J. y MARTÍNEZ LILLO, S. (1998): *Carteia*. Madrid.

ROLDÁN HERVÁS, J.M. (1975): *Itineraria Hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica. Anejo de Hispania Antiqva*. Madrid.

— (1995): *La República Romana. Historia de Roma*, Tomo I. Madrid.

— (1997): «Romanos y cartagineses en la Península Ibérica. La Segunda Guerra Púnica» en *La Guerra en la Antigüedad*. Madrid. (271-279).

RÖLLING, W. (1986): «Contribución de las inscripciones fenicio-púnicas al estudio de la protohistoria de España» en OLMO, G. DEL y AUBET, M.E. (coord.), *Los Fenicios en la Península Ibérica*. T. II. Sabadell. (51-58).

ROMUALDI, A. (1991): «Populonia in età ellenistica» en REMESAL, J. y MUSSO, O. (coords.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica (Barcelona, 1990)*. Barcelona. (77-81).

— (1992): «La ceramica a vernice nera» en ROMUALDI, A., *Atti del Seminario Populonia in età ellenistica. I. Materiali dalle necropoli, (Firenze, 1986)*. Firenze. (110-151).

ROSTOVTZEFF, M. (1967): *Historia social y económica del mundo helenístico*. I. Madrid.

ROUGE, J. (1966): *Recherches sur l'organisation du commerce maritime en Méditerranée sous l'Empire Romain*. París.

ROUILLARD, P. (1979): *Investigaciones sobre la muralla ibérica de Sagunto (Valencia). T.V. del S.I.P.*, 62. Valencia.

— (1990): «Peninsule Ibèrique-Pheniciens et puniques III. Publications 1983-1987». *Karthago*, XXII. (69-81).

— (1991): *Les grecs et la Peninsule Ibèrique du VIII au IVe siècle a.J.C.* París.

— (1992): «Le commerce grec du Ve et du IVe siècle av. J.C. dans les régions de Lixus et Gadès» en *Lixus. Actes du Colloque (Larache, 1989). Collection de l'École Française de Rome*, 166. París-Roma. (207-215).

ROWLANDS, M. (1987): «Centre and Periphery: A review of a concept» en ROWLANDS, M., LARSEN, M.T. y KRISTIANSEN, K., *Centre and Periphery in the Ancient World*. Cambridge. (1-11).

RUBIO GOMIS, F. (1986): *La Necrópolis Ibérica de la Albufereta de Alicante (Valencia, España). Academia de Cultura Valenciana. Sección de Prehistoria y Arqueología. Serie Arqueológica*, 11. Valencia.

RUFETE TOMICO, P. (1996): *El Final de Tartessos y el mundo Ibero-turdetano de Huelva*. Tesis Doctoral Inédita. Universidad de Sevilla.

— y GARCÍA SANZ, C. (1995): *Huelva en época tartésica*. Huelva.

RUIZ DE ARBULO BAYONA, J. (1984): «Emporion y Rhode. Dos asentamientos portuarios en el golfo de Roses» en *Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos. Del Bronce Final a Época Ibérica. Arqueología Espacial*, 4. Teruel. (115-140).

— (1990): «Rutas marítimas y colonizaciones en la Península Ibérica. Una aproximación náutica a algunos problemas». *Itálica. Cuadernos de Trabajo de la Escuela Española de Historia y Arqueología*, 18. (79-115).

— (1992): «Emporion. Ciudad y territorio (s. VI-I a.C.). Algunas reflexiones preliminares». *R.A.P.*, 2. (59-74).

RUIZ DELGADO, M.M. (1982): «Notas sobre terracotas helenísticas» en *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*. Madrid. (293-300).

RUIZ GIL, J.A. (1986): «Sondeos Arqueológicos de urgencia para la delimitación de las factorías de salazones púnico-gaditanas de El Puerto de Santa María, Cádiz». *A.A.A.*, III. (101-105).

— (1987): *Las factorías de salazones púnicas de El Puerto de Santa María, Cádiz*. Tesis de Licenciatura inédita. Universidad Autónoma de Madrid.

— (1991): «Cronología de las factorías de salazones púnicas de Cádiz» en *Atti del II C.I.S.F.P. (Roma, 1987)*. III. Roma. (1211-1214).

— (1995): «La segunda guerra púnica en la bahía de Cádiz. Precisiones desde el Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)». *R.H.P.*, 14. (11-21).

— (1999): *Arqueología de la bahía de Cádiz durante la Edad Moderna*. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Huelva.

— , GILES PACHECO, F., LÓPEZ AMADOR, J.J. y LAGÓSTENA BARRIOS, L. (1999): «Geoarqueología en la desembocadura del río Guadalete. Aportaciones cronoestratigráficas en la ciudad de El Puerto de Santa María». *R.H.P.*, 23. (11-29).

— y LÓPEZ AMADOR, J.J. (2000): «Sobre el origen prehistórico de la industria pesquera gaditana». *R.A.*, 232. (24-33).

— y RUIZ FERNÁNDEZ, J.A. (1987): «Excavaciones de urgencia en El Puerto de Santa María, Cádiz». *R.A.*, 74. (5-12).

RUIZ MATA, D. (1986a): «Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, prov. Cádiz). Stratigraphische untersuchung einer orientalisierenden ansiedlung». *M.M.*, 27. (87-115).

— (1986b): «Informe sobre las excavaciones sistemáticas realizadas en el yacimiento del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)». *A.A.A.*, II. (360-365).

— (1987a): «La formación de la cultura turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca» en *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985).* Jaén. (299-314).

— (1987b): «Informe sobre la campaña de excavaciones de 1987 realizada en el Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)». *A.A.A.*, II. (380-384).

— (1988): «El Castillo de Doña Blanca. Yacimiento clave de la protohistoria peninsular». *R.A.*, 85. (36-48).

— (1989): «Huelva: Un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronze Final» en AUBET, M.E. (coord.), *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir.* Sabadell. (209-243).

— (1990): «La colonización fenicia en la bahía de Cádiz a través del castillo de Doña Blanca». *A.A.A.*, II. (291-303).

— (1993a): «Proyecto: La colonización fenicia en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca» en *Investigaciones arqueológica en Andalucía (1985-1992). Proyectos.* Huelva. (489-496).

— (1993b): «Los fenicios de época arcaica —siglos VIII/VII a.C.— en la bahía de Cádiz. Estado de la cuestión» en *Os Fenícios no Território Português. E.O.*, IV. Lisboa. (23-72).

— (1994a): «El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca. Introducción al yacimiento» en ROSELLÓ, E. y MORALES, A., *Castillo de Doña Blanca. Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz, Spain (750-500 B.C.). B.A.R. InterSeries,* 593. Oxford. (1-19).

— (1994b): «La secuencia prehistórica reciente de la zona occidental gaditana, según las recientes investigaciones» en *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana.* Huelva. (279-328).

— (1994c): «Territorio y proceso histórico en el término de El Puerto de Santa María (aproximadamente desde el 3.000 hasta el siglo III a.n.e.)». *R.H.P.*, 12. (9-50).

— (1995a): «El vino en época prerromana en Andalucía occidental» en CELESTINO PÉREZ, S. (ed.), *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente.* Jerez de la Frontera. (157-212).

— (1995b): «Las cerámicas del Bronce Final. Un soporte tipológico para delimitar el tiempo y el espacio tartésico» en *Actas del Congreso Conmemorativo del V S.I.P.P. Tartessos: 25 años después (1968-1993) (Jerez, 1993).* Jerez de la Frontera. (265-313).

— (1997): «Fenicios, tartesios y turdetanos» en FERNÁNDEZ JURADO, J., RUFETE TOMICO, P. y GARCÍA SANZ, C. (eds.), *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a. C.) (Huelva, 1994). H.Ar.*, XIV. Huelva. (325-365).

— (1998a): «Fenicios en el sur peninsular: Sucinta reseña historiográfica y propuesta de objetivos de investigación en los albores del año 2000». *Arbor*, CLXI, 635-636. (413-439).

— (1998b): «Turdetanos: Origen, territorio y delimitacion del tiempo histórico». *R.E.I.*, 3. (153-221).

— (1999a): «Visión actual de la fundación de Gadir en la Bahía gaditana. El Castillo de Doña Blanca en el Puerto de Santa María y la ciudad de Cádiz. Contrastación textual y arqueológica». *R.H.P.*, 21. (11-88).

— (1999b): «La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: Contrastación textual y arqueológica». *Complutum,* 10. (279-317).

— (1999c): «Siempre resulta positivo precisar los datos, si son necesarios para explicar la Historia». *R.H.P.*, 23. (65-75).

— (2001): «Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)» en RUIZ MATA, D. y CELESTINO PÉREZ, S. (eds.), *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica.* Madrid. (261-274).

— , BARRIONUEVO CONTRERAS, F. y PÉREZ PÉREZ, C.J. (1991): *Resultados de las excavaciones sistemáticas realizadas en 1991 en el castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz).* Informe inédito depositado en la Delegación de Cultura de Cádiz.

— y CÓRDOBA ALONSO, I. (1999): «Los hornos turdetanos del Cerro Macareno. Cortes H.I y H.II» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997).* T. 3. Murcia. (95-105).

— , CÓRDOBA ALONSO, I. y PÉREZ PÉREZ, C.J. (1998): «Vinos, aceites y salazones en la Turdetania» *en Actas del Congreso Internacional «Los Iberos: Príncipes de Occidente» (Barcelona, 1998).* Barcelona. (387-397).

— y NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A.M. (1999): «La zona industrial de Las Cumbres y la cerámica del s. III a.n.e. (Castillo de Doña Blanca, El Puerto de Santa María, Cádiz)» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997).* T. 3. Murcia. (125-131).

— , NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A.M. y VALLEJO SÁNCHEZ, J.I. (1998): «La ciudad tartésica-turdetana» en *Actas del Congreso Internacional: Los Iberos. Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la Sociedad Ibérica (Barcelona, 1998).* Barcelona. (65-82).

— y PÉREZ PÉREZ, C.J. (1988): «La necrópolis tumular de Las Cumbres (Puerto de Santa María). Túmulo 1». *R.A.*, 87. (36-47).

— (1989): «El Túmulo 1 de la Necrópolis de «Las Cumbres» (Puerto de Santa María, Cádiz)» en *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir.* Sabadell. (287-295).

— (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). Biblioteca de Temas Portuenses,* 5. El Puerto de Santa María, Cádiz.

— y VALLEJO SÁNCHEZ, J.I. (1997): «Conceptos de espacio y sociedades para la aplicación a la Arqueología de Andalucía Occidental». *R.H.P.*, 19. (11-37).

RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS, M. (1993): *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico.* Barcelona.

— y NOCETE CALVO, F. (1981): «Un modelo sincrónico para el análisis de la producción de cerámica ibérica estampillada del Alto Guadalquivir». *C.P.U.G.*, 6. (355-383).

RUIZ VALDERAS, E. (1994): «Las cerámicas de barniz negro de Cales en la primera mitad del siglo II a.C., en el Cerro del Molinete (Cartagena)». *R.A.P.*, 4. (47-65).

— (1999): «Las cerámicas campanienses del s. III a.C. en Cartagena: El cerro del Molinete» en *XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997).* 4. Murcia. (33-42).

— (2000): «La cerámica campaniense de Cartagena» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998).* Mataró. (143-144).

— (e.p.): «Producciones del área púnica en Cartago Nova: La vajilla de mesa» en *II Congreso Internacional de Mundo Púnico (Cartagena, 2000).*

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental.* Barcelona.

RYBERG, I.S. (1940): *An archeological record of Rome from the VIIth century to de second century B.C.* Londres-Filadelfia.

SÁEZ ROMERO, A.M., MONTERO FERNÁNDEZ, R. y TOBOSO SUÁREZ, E.J. (e.p.): «Un antecedente centro-mediterráneo al complejo alfarero púnico de Torre Alta (San Fernando, Cádiz)» en *XVI Encuentros de Historia y Arqueología. Las industrias alfareras y conserveras fenicio-púnicas de la bahía de Cádiz (San Fernando, 2000).*

SALA SELLÉS, F. (1998a): «La necrópolis de La Albufereta» en OLCINA DOMÉNECH, M. y PÉREZ JIMÉNEZ, R., *La ciudad Ibero-romana de Lucentum (El Tossal de Manises, Alicante). Introducción a la investigación del yacimiento arqueológico y su recuperación como espacio público.* Alicante. (37-39).

— (1998b): «Los problemas de caracterización del s. III a.C. en los yacimientos de la Contestania» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània,* 4. Barcelona. (29-48).

— y FERRANDIS BALLESTER, E. (1997): «Los vasos campanienses de la Tienda del Alfarero de la Alcudia (Elche, Alicante). Método analítico para determinar su procedencia». *Complutum,* 8. (223-231).

SALVI, D. (2000): «Tumba su tumba: Indagini di scavo condotte a Tuvixeddu nel 1997. Relazione preliminare». *R.S.F.,* XXVIII, 1. (57-78).

SAN MARTÍN MORO, P.A. (1985): «Nuevas aportaciones al plano arqueológico de Cartagena». *B.M.Z.,* 4. (131-149).

SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (1985): «Algunas observaciones sobre la cerámica ática de Ibiza» en *Ceràmiques gregues i helenistiques a la Península Ibèrica.* Barcelona. (83-85).

— (1992a): *El comercio de productos griegos en Andalucía Oriental en los siglos V y IV a.C.: Estudio tipológico e iconográfico de la cerámica.* Tesis Doctoral reprografiada. Universidad Complutense de Madrid.

— (1992b): «Las copas tipo Cástulo en la Península Ibérica». *T.P.,* 49. (327-333).

— (1994): «El comercio de vasos áticos en Andalucía oriental en el s. IV a.C. El "Taller del Pintor del Tirso Negro"» en CABRERA, P., OLMOS, R. y SANMARTÍ, E. (eds.), *Iberos y Griegos: Lecturas desde la diversidad (Ampurias, 1991). H.Ar.,* XIII, 1. Huelva. (202-216).

SANCIU, A. (1998): «Ceramica a vernice nera e imitazioni». *R.S.F.,* XXVI, 1. (57-79).

SANMARTÍ-GREGÓ, E. (1973): «El taller de las pequeñas estampillas en la Península Ibérica». *Ampurias,* 35. (135-173).

— (1975): «Las cerámicas finas de importación de los poblados prerromanos del Bajo Aragón (Comarca de Matarranyas)». *C.P.A.C.,* 2. (87-132).

— (1978a): *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode.* Barcelona.

— (1978b): «L'atelier des patères à trois palmettes radiales et quelques productions connexes» en *Journées d'etudes de Montpellier sur la céramique campanienne. A.L.,* 1. (21-36).

— (1981): «Las cerámicas de barniz negro y su función delimitadora de los horizontes ibéricos tardíos (siglos III-I a.C.)» en *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica.* Madrid. (163-179).

— (1988): «Datación de la muralla griega meridional de Ampurias y caracterización de la facies cerámica de la ciudad en la primera mitad del siglo IV a. de J.-C.». *R.E.A.,* XC, 1-2. (99-137).

— (1990): «Emporion, port gréc à vocation iberique» en *La Magna Grecia i el Lontano Occidente. Atti del XXIX° C.S.M.G. (Taranto, 1989).* Tarento. (389-410).

— (1992): «Nuevos datos sobre Emporion» en CHAVES TRISTÁN, F. (ed.), *Griegos en Occidente.* Sevilla. (173-194).

— , CASTANYER, P., TREMOLEDA, J. y BARBERÁ, J. (1986): «Las estructuras griegas de los siglos V y IV a. J.-C., halladas en el sector sur de la Neápolis de Ampurias (campaña de excavaciones del año 1986)». *C.P.A.C.,* 12. (141-184).

— , CASTANYER, P., TREMOLEDA, J. y SANTOS, M. (1995): «Amphores grecques et trafics commerciaux en Méditerranée occidentale au IVe s. av. J.-C. Nouvelles données issues d'Emporion» en *Sur les pas des Grecs en Occident. Collection Etudes Massaliètes,* 4. (31-47).

— y PRINCIPAL-PONCE, J. (1998a): «Cronología y evolución tipológica de la Campaniense A del s. II a.C.: Las evidencias de los pecios y de algunos yacimientos históricamente fechados» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània,* 4. Barcelona. (193-215).

— (1998b): «Del Vas al Calix o de la «democratització» dels estris de beure (de la producció de Roses a la Campaniana A)» en *Actes del II Col.loqui Internacional D'Arqueología Romana. El vi a l'Antiguitat. Economía, producció y comerç al Mediterrani Occidental (Badalona, 1998). Monografias Badalonines,* 14. Barcelona. (81-86).

— (1998c): «Vi per a Hispania. Consideracions entorn del comerç romanoitàlic a les darreries del segle III-començ del II a.C.» en *Actes del II Col.loqui Internacional D'Arqueología Romana. El vi a l'Antiguitat. Economía, producció y comerç al Mediterrani Occidental (Badalona, 1998). Monografias Badalonines,* 14. Barcelona. (75-182).

— , PRINCIPAL, J., TRÍAS, M.G. y ORFILA, M. (1996): *Les ceràmiques de vernís negre de Pollentia.* Barcelona.

— y SOLIER, Y. (1978): «Les patères à trois palmettes sur guillochures. Note sur un nouveaux groupe de potiers pseudo-campaniens». *R.A.N.,* 11. (117-134).

SANMARTÍ, J., GARCÍA, J., ASENSIO, D. y PRINCIPAL, J. (1998): «Les fàcies ceràmiques d'importació del segle III a.C. i la primera meitat del segle II a.C. a la costa central de Catalunya» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a*

la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània, 4. Barcelona. (111-128).

SANTOS VELASCO, J.A. (1983): «La denominada necrópolis ibérica de Orán en el Museo Arqueológico Nacional». *T.P.,* 40. (309-352).

— (1994): «Importaciones de barniz negro en la cuenca media del Segura» en CABRERA, P., OLMOS, R. y SANMARTÍ, E. (eds.), *Iberos y Griegos: Lecturas desde la diversidad (Ampurias,1991). H.Ar.,* XIII, 1. Huelva. (241-261).

SCARDIGLI, B. (1991): *I Tratatti Romano-Cartaginesi.* Pisa.

SCHEIBLER, I. (1976): *Griechische Lampen.* Berlín.

SCHEPENS, G. (1989): «Polybius on the Punic Wars. The problem of objectivity in History» en LIPIŃSKI, E. y DEVIJVER, H. (eds.), *Punic Wars. Stu.P.,* X. Leuven. (317-327).

SCHUBART, H. (1982): «La perduración púnica en los tiempos romanos. El caso de Carmo» en *Primeras Jornadas arqueológicas sobre colonizaciones orientales (Huelva, 1980). H.Ar.,* VI. Huelva. (71-99).

— (1984): «Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1981 en el Morro de Mezquitilla, cerca de la desembocadura del río Algarrobo». *N.A.H.,* 19. (85-101).

— (1997): «El asentamiento fenicio del s. VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo)» en AUBET, M.E. (ed.), *Los Fenicios en Málaga.* Málaga. (13-45).

— y NIEMEYER, H. (1976): *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo. E.A.E.,* 90. Madrid.

SCHULTEN, A. (1972 (1945)): *Tartessos.* Madrid.

SCHULZ, H.D., FELIS, T., HAGEDORN, C., VON LÜHTRE, R., REINERS, C., SANDER, H., SCHNEIDER, R., SCHUBERT, J. y SCHULZ, H. (1992): «La línea costera holocena en el curso bajo del río Guadalquivir entre Sevilla y su desembocadura en el Atlántico. Informe preliminar sobre los trabajos de campo realizados en octubre y noviembre de 1992». *A.A.A.,* II. (323-327).

SHEFTON, B.B. (1971): «Persian gold and Attic black glaze: Achaemenid influences on Attic pottery of the 5th. and 4th. centuries B.C.» en *Actes du IXe Congrès International d'Archéologie Classique (Damas, 1969). Annales Archéologique Arabes Syriennes,* 21. Damas. (109-11).

— (1982): «Greeks and greek imports in the south of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence» en *Pöenizier im Westen (Köln, 1979). M.B.,* 8. Mainz am Rhein. (337-368).

— (1996): «The Castulo Cup: An attic shape in black glaze of special significance in Sicily» en *I vasi attici ed altre ceramiche coeve in Sicilia.* Catania. (85-98).

SIBÓN OLANO, F.J. (1993): «Informe de la excavación del solar de la calle Juan Ramón Jiménez». *B.M.C.,* VI. (83-88).

SILGO GAUCHE, L. (1992): «Los límites étnicos de la Turdetania» *en Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a Enrique Plá Ballester. T.V. del S.I.P.,* 89. Valencia. (365-372).

SILLIÈRES, P. (1977): «Le camino de Anibal». *M.C.V.,* XIII. (31-83).

SILVA, C.T. DA, SOARES, J., BEIRÃO, C. DE M., DIAS, L.F. y SOARES, A.C. (1980-81): «Excavações arqueológicas no Castelo de Alcácer do Sal (Campanha de 1979)». *Se.A.,* VI-VII. (149-218).

SIRET, L. (1906): *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes.* Madrid.

SOARES, J. (1978): «Nótula sobre cerâmica campaniense do Castelo de Alcácer do Sal». *Se.A.,* IV. (133-143).

— y TAVARES DA SILVA, C. (1979): «Cerâmica pré-romana de Miróbriga (Santiago do Cacém)». *Se.A.,* V. (159-184).

SOLIER, Y. (1969): «Note sur les potiers pseudo-campaniens Nikias et Iôn». *R.A.N.,* 2. (29-48).

— y SANMARTÍ, E. (1978): «Note sur l'atelier pseudo-campanien des rosettes nominales» en *Journées d'études de Montpellier sur la céramique campanienne. A.L.,* 1. (37-42).

SOTO JIMÉNEZ Y ARANAZ, L. (1988): «La Salduba de la Bética (II)». *Jábega,* 59. (3-11).

SOUSA PEREIRA, M.I. (1993): «Figueira da Foz. Santa Olaia» en *Os Fenicios no Território Português. E.O.,* IV. Lisboa. (285-304).

SPARKES, B.A. (1991): *Greek Pottery. An Introduction.* Manchester.

— (1996): *The red and the black. Studies in Greek Pottery.* London & New York.

— y TALCOTT, L. (1970): *Black and Plain Pottery of the 6th, 5th and 4th Centuries B.C. The Athenian Agora,* XII. Princeton.

STORCH DE GRACIA, J. (1989): *La fíbula en la Hispania Antigua: Las fíbulas protohistóricas del Suroeste peninsular.* Madrid.

SUÁREZ MÁRQUEZ, A., CARRILERO MILLÁN, M., GARCÍA LÓPEZ, J.L. y BRAVO, A. (1985): «Memoria de la excavación de urgencia realizada en el yacimiento de Ciavieja (El Ejido, Almería)». *A.A.A.,* III. (14-21).

— , CARRILERO MILLÁN, M., MELLADO, C. y SAN MARTÍN, C. (1986): «Memoria de la excavación de urgencia realizada en Ciavieja, El Ejido (Almería)». *A.A.A.,* III. (20-23).

— , LÓPEZ CASTRO, J.L., GARCÍA LÓPEZ, J.L., SAN MARTÍN MONTILLA, C., AGUAYO DE HOYOS, P. y CARRILERO MILLÁN, M. (1986): «Memoria de la excavación de urgencia efectuada en el Cerro de Montecristo. Adra (Almeria)». *A.A.A.,* III. (16-19).

SUÁREZ OTERO, J. y FARIÑA BUSTO, F. (1990): «A Lanzada (Sanxenxo, Pontevedra), definición e interpretación de un yacimiento castreño atípico. Apuntes para un estudio de los intercambios protohistóricos en la costa atlántica peninsular». *M.M.,* 31. (309-337).

TALCOTT, L. (1935): «Attic black-glaze stamped ware and other pottery from a fifth century well». *Hesperia,* 4. (477-523).

TARRADELL, M. (1952): «Sobre el presente de la Arqueología Púnica». *Zephyrus,* III. (151-174).

— (1953): *Guía arqueológica del Marruecos español.* Tetuán.

— (1954a): *Las actividades arqueológicas en el protectorado español de Marruecos.* Madrid.

— (1954b): «La necrópolis púnico-mauritana del Cerro de San Lorenzo en Melilla» en *Actas del I Congreso Arqueológico del Marruecos Español (Tetuán, 1953).* Tetuán. (253-266).

— (1957): «El poblamiento antiguo del valle del río Martin». *Tamuda,* 5. (247-274).

— (1960): *Marruecos púnico.* Tetuán.

— (1966): «Contribution à l'Atlas archaeologique du Maroc: Région de Tétouan».*B.A.M.,* 6. (425-443).

— (1967): «Los fenicios en Occidente. Nuevas perspectivas» en HARDEN, D., *Los Fenicios*. Barcelona. (277-314).

— y FONT, M. (1977): *Eivissa Cartaginesa*. Barcelona.

TAYLOR, D.M. (1957): *Cosa: Black-glaze pottery. Memoirs of the American Academy in Rome*, XXV. Roma.

THOMPSON, H.A. (1934): «Two centuries of hellenistic pottery». *Hesperia*, 3. (309-480).

THUILLIER, J.-P. (1982): «Les sondages dans le secteur nord-est de l'îlot C» en *Byrsa II. Rapports préliminaires sur les fouilles 1977-1978. Niveaux et vestiges puniques de la mission archéologique française à Carthague. C.E.F.R.*, 41. Roma. (249-260).

TORE, G. y STIGLITZ, A. (2000): «Interazioni territoriali tra fenici e indigeni in Sardegna. Urbanizzazione e territorio: Spazio rurale e spazio urbano» *en Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995). IV.* Cádiz. (1909-1918).

TOVAR, A. (1974): *Iberische Landeskunde. I. Baetica*. Baden-Baden.

TREMOLEDA TRILLA, J. (1998): «El culto a Sabacio en Hispania». *R.A.*, 202. (32-40).

TREZINY, H. (1987): «Cité et territoire: Quelques problèmes» en BATS, M. y TREZINY, H., *Actes de la Teble-Ronde Le territoire de Marseille grecque (Aix-en-Provence, 1985). Études Massaliètes*, 1. (7-15).

TRÍAS, G. (1963): «El impacto comercial y cultural griego en Cataluña» en *Problemas de la Prehistoria y de la Arqueología Catalanas. II S.I.P.P.* Barcelona. (145-161).

TRONCHETTI, C. (1989): «La ceramica attica nelle necropoli puniche di IV se. a.C. della Sardegna meridionale» en *Riti funerari e di olocausto nella Sardegna fenicia e punica. Atti dell'incontro di studio (Sant'Antioco, 1986). Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le provincie de Cagliari e Oristani*, 6. Cagliari. (83-88).

— (1991): «La ceramica a vernice nera di Cagliari nel IV e III sec. a.C.: Importazioni e produzioni locali» en *Atti del II C.I.S.F.P. (Roma, 1987)*. III. Roma. (1271-1278).

— (2000): «Importazioni e imitazioni nella Sardegna fenicia» en BARTOLONI, P. y CAMPANELLA, L. (eds.), *La ceramica fenicia di Sardegna. Dati, problematiche, confronti. Atti del Primo Congresso Internazionale Sulcitano (Sant'Antioco, 1997). Collezione di Studi Fenici*, 40. Roma. (347-353).

ULLASTRET, Equipo (1998): «Les fàcies ceràmiques d'importació de l'Empordà durant el segle III i la primera meitat del segle II a.C. a través dels jaciments de Pontós i Ullastret» en RAMÓN TORRES, J., SANMARTÍ-GREGÓ, E., ASENSIO VILARÓ, D. y PRINCIPAL PONCE, J. (eds.), *Les fàcies ceràmiques d'importació a la costa ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C i la primera meitat del segle II a.C. ArqueoMediterrània*, 4. Barcelona. (129-156).

ULREICH, H., NEGRETE, M.A., PUCH, E. y PERDIGONES, L. (1990): «Cerro del Prado. Die Ausgrabungen 1989 im Schulthang der phönirischen Ansiedlung am der Gudarranque-Mündung». *M.M.*, 31. (194-250).

VALL DE PLÁ, M.A. (1971): *El poblado ibérico de Covalta (Albaida, Valencia). I. El poblado, las excavaciones y las cerámicas de barniz negro. T.V. del S.I.P.*, 41. Valencia.

VALLEJO SÁNCHEZ, J.I. (1998): «La Arqueología Urbana en Cádiz desde 1985» en FERNÁNDEZ ALLES, J.J., RODRÍGUEZ GÓMEZ, F.J. y FERNÁNDEZ ALLES, M.T., *Cádiz ante el siglo XXI*. Cádiz. (129-142).

— , CÓRDOBA ALONSO, I. y NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A.M. (1999): «Factorías de salazones en la bahía gaditana: Economía y organización espacial» *en XXIV C.N.A. (Cartagena, 1997)*. T. 3. Murcia. (107-114).

— y NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A.M. (e.p.): «El poblamiento antiguo en la bahía de Cádiz. Una aproximación desde la Arqueología» en *I Encuentros de Historia y Medio Ambiente (Andújar, 1999)*.

VAN DOMMELEN, P. (2000): «Insediamento rurale in età punica nella Sardegna centro-occidentale» en *Actas del IV C.I.E.F.P. (Cádiz, 1995)*. III. Cádiz. (1419-1428).

VÁZQUEZ HOYS, A.M. (1995): «El comercio entre Hispania y Mauritania y el templo de Hércules-Melkart en Gades en época de Iuba II y Ptolomeo» en *Actas del IIC.I.E.G. (Ceuta, 1990)*. 2. Madrid. (329-342).

VENTURA MARTÍNEZ, J.J. (1985a): «La cerámica campaniense de la «Cuesta del Rosario» (Sevilla)». *A.E.A.*, 58. (41-68).

— (1985b): «La cerámica campaniense «C» y seudocampaniense de pasta gris en la provincia de Sevilla». *Lvcentum*, IV. (125-132).

— (1990): *La Cerámica Campaniense en Andalucía Occidental*. Tesis Doctoral Inédita. Universidad de Sevilla.

— (2000): «La cerámica de barniz negro de los siglos II-I a.C. en Andalucía Occidental» en AQUILUÉ ABADÍAS, X., GARCÍA ROSELLÓ, J. y GUITART DURÁN, J. (coord.), *Actas de la Taula Rodona: La ceràmica de vernís negre dels segles II i I a.C: Centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica (Empúries, 1998)*. Mataró. (177-215).

VERA REINA, M. (1987): «Aportación al conocimiento de la Sevilla Antigua. Revisión de la excavación de Cuesta del Rosario». *A.H.*, 215. (37-60).

VILLALBA I VARNEDA, P. (1995): «Columnae Herculis - Columnae Bacchi» en *Actas del II C.I.E.G. (Ceuta, 1990)*. 2. Madrid. (149-164).

VILLARD, F. (1960): «Céramique grecque du Maroc». *B.A.M.*, 4. (2-26).

VILLAVERDE VEGA, N. y LÓPEZ PARDO, F. (1995): «Una nueva factoría de salazones en «Septem Fratres» (Ceuta). El origen de la localidad y la problemática de la industria de salazones en el Estrecho durante el Bajo Imperio» en *Actas del II C.I.E.G. (Ceuta, 1990)*. 2. Madrid. (455-472).

VUILLEMOT, G. (1954): «Fouilles puniques à Mersa Madakh». *Lybica*, II. (299-342).

— (1955): «La nécropole punique du phare dans l'Ile Rachgoun (Oran)». *Lybica*, III, 1. (7-76).

— (1965): *Reconnaissances aux échelles puniques d'Oranie*. Autun.

VV.AA. (1954): *Actas del I Congreso Arqueológico del Marruecos Español (Tetuán, 1953)*. Tetuán.

VV.AA. (1958): *Enciclopedia dell'Arte Antica. I (A-BAR)*.

VV.AA. (1979): *Las Religiones en el Mundo Mediterráneo y en el Oriente Próximo. I. Formación de las Religiones Universales y de Salvación. Historia de las Religiones Universales*. S. XXI, 5.

VV.AA. (1983): *Arqueología 82. Memoria de las actuaciones programadas en el año 1982*. Madrid.

VV.AA. (1986): *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae (LIMC)*. III-1. Artamis Vertag Zürich und München.

VV.AA. (1987): *Arqueología Submarina en Menorca.* Madrid.

VV.AA. (1990): *La Magna Grecia e il Lontano Occidente. Atti del XXIX° C.S.M.G. (Taranto, 1989).* Tarento.

VV.AA. (1991): *Saguntum y el Mar.* Valencia.

VV.AA. (1993): *Os Fenícios no Território Português. E.O.,* IV. Lisboa.

VV.AA. (1995a): *Tartessos. 25 años después (1968-1993). Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Biblioteca de Urbanismo y Cultura,* 14. Jerez de la Frontera.

VV.AA. (1995b): *VI Colloque International L'Afrique du Nord Antique et Médievale. Productions et exportations africaines. Actualites archéologiques.* Aix-en-Provence.

VV.AA. (1995c): *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de poder.* Lisboa.

VV.AA. (1996a): *Nuestro Patrimonio Histórico. Arqueología Urbana. Cádiz.* Cádiz.

VV.AA. (1996b): *De Ulisses a Viriato. O Primeiro Milénio a.C.* Lisboa.

VV.AA. (1997): *Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico. C.P.A.C.,* 18. Castellón.

VV.AA. (1999): *Castiglioncello. La necropoli ritrovata. Cento anni di scoperte e scavi (1896-1997).* Pisa.

VV.AA. (2000): *La Segunda Guerra Púnica en Iberia. XIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 1998). T.M.A.I.,* 44. Eivissa.

VV.AA. (2002): *Cádiz al fin del milenio. Cinco años de arqueología en la ciudad (1995-2000). Catálogo de la exposición.* Cádiz.

WAECHTER, P.D. (1951): «Excavations at Gorham's Cave, Gibraltar. Preliminary report for the seasons 1948 and 1950". *P.P.S.,* XVII, 1. (83-92).

WAGNER, C.G. (1983): *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos.* Tesis Doctoral reprografiada. Universidad Complutense. Madrid.

— (1984): «El comercio púnico en el Mediterráneo a la luz de una nueva interpretación de los tratados concluídos entre Cartago y Roma». *M.H.A.,* VI. (211-224).

— (1986): «Cartago y Occidente. Una revisión crítica de la evidencia literaria y arqueológica» en *In Memoriam Agustín Díaz Toledo.* Almería. (437-460).

— (1989): «The Carthaginians in Ancient Spain from Administrative trade to territorial annexation» en LIPIŃSKI, E. y DEVIJVER, H. (eds.), *Punic Wars. Stu.P.,* X. Leuven. (145-156).

— (1994): «El auge de Cartago (s.VI-IV) y su manifestación en la Península Ibérica» en *Cartago, Gadir, Ebusus y la influencia púnica en los territorios hispanos. VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica de Ibiza (Ibiza, 1993). T.M.A.I.,* 33. Ibiza. (7-22).

— (1995): «Precios, ganancias, mercados e Historia Antigua» *en Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a Fernando Gascó. Tomo II. Kolaios,* 4. (797-821).

— (1996): «Elementos cronológicos y consideraciones históricas para una periodización de la presencia fenicia en la Península Ibérica» en ACQUARO, E., *Alle soglie della Classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati. Vol. I. Storia e Culture.* Pisa-Roma. (423-440).

— (1999): «Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica». *Gerión,* 17. (263-294).

— y ALVAR, J. (1989): «Fenicios en Occidente: La colonización agrícola». *R.S.F.,* XVII, 1. (61-102).

WHITTAKER, C.R. (1978): «Carthaginian Imperialism in the fifth and fourth centuries» en GARNSEY y WHITTAKER, *Imperialism in the Ancient World.* Cambridge. (59-91).

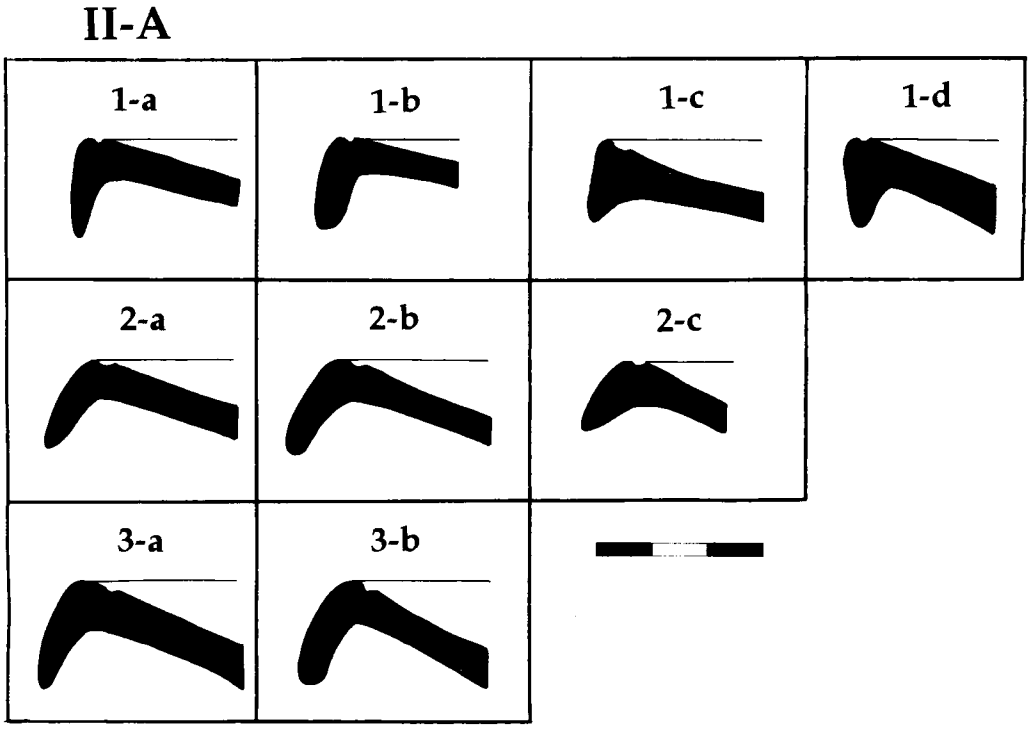
WOODS, D.E. (1969): «Carteia and Tartessos» *en Tartessos y sus problemas. V S.I.P.P. (Jerez de la Frontera, 1968).* Barcelona. (251-256).

— , COLLANTES DE TERÁN, F. y FERNÁNDEZ CHICARRO, C. (1967): *Carteia. E.A.E.,* 58. Madrid.

WOOLLEY, C.L. (1911): «Some potters' marks from Cales». *J.R.S.,* I, 2. (199-205).

APÉNDICE I

DETALLES DE FORMAS Y ATRIBUTOS



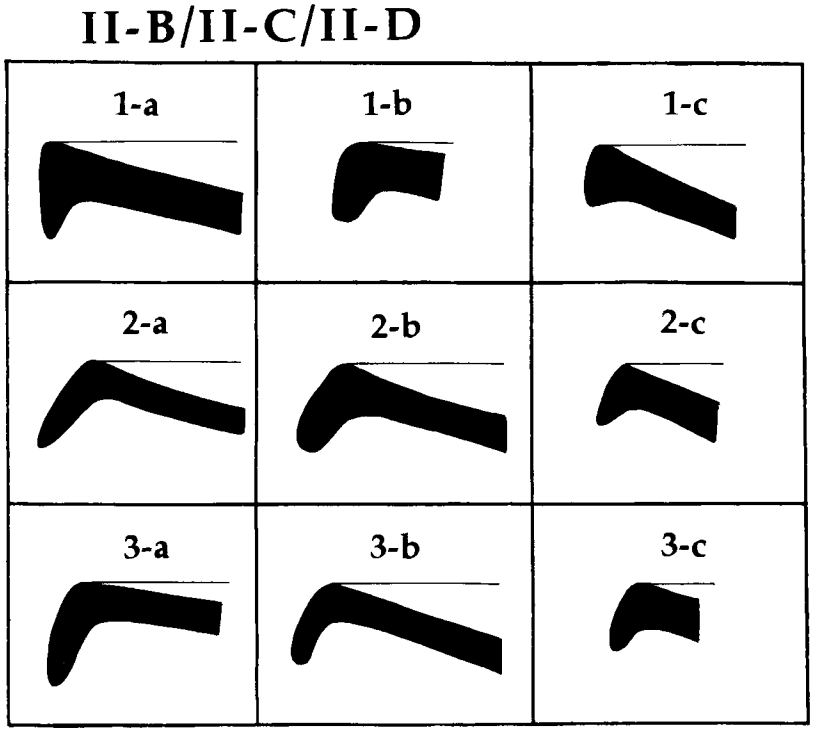


FIGURA 66.—*Tipos de bordes de la Forma II. Plato de pescado.*

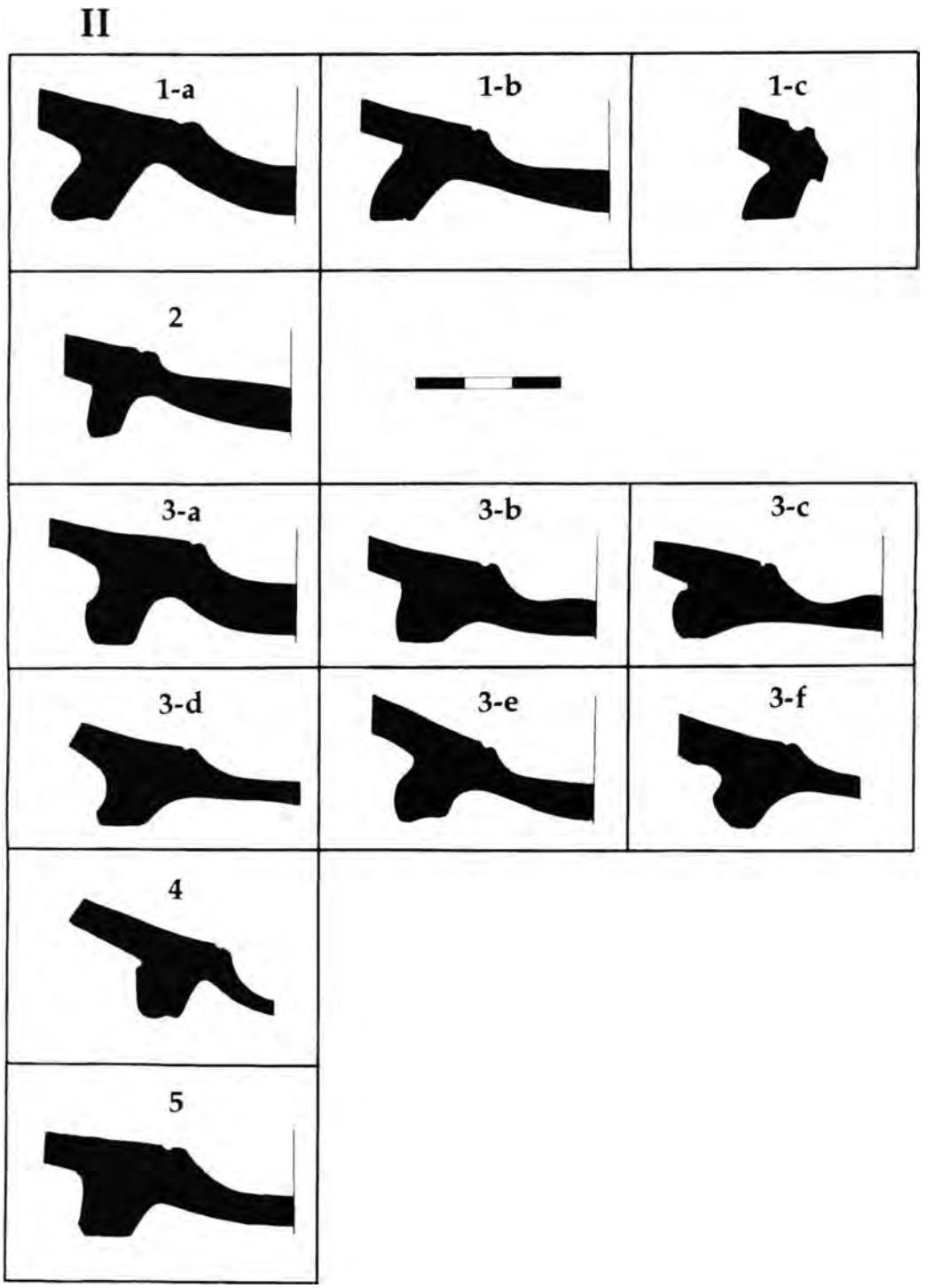


FIGURA 67.—*Tipos de fondos de la Forma II. Plato de pescado.*

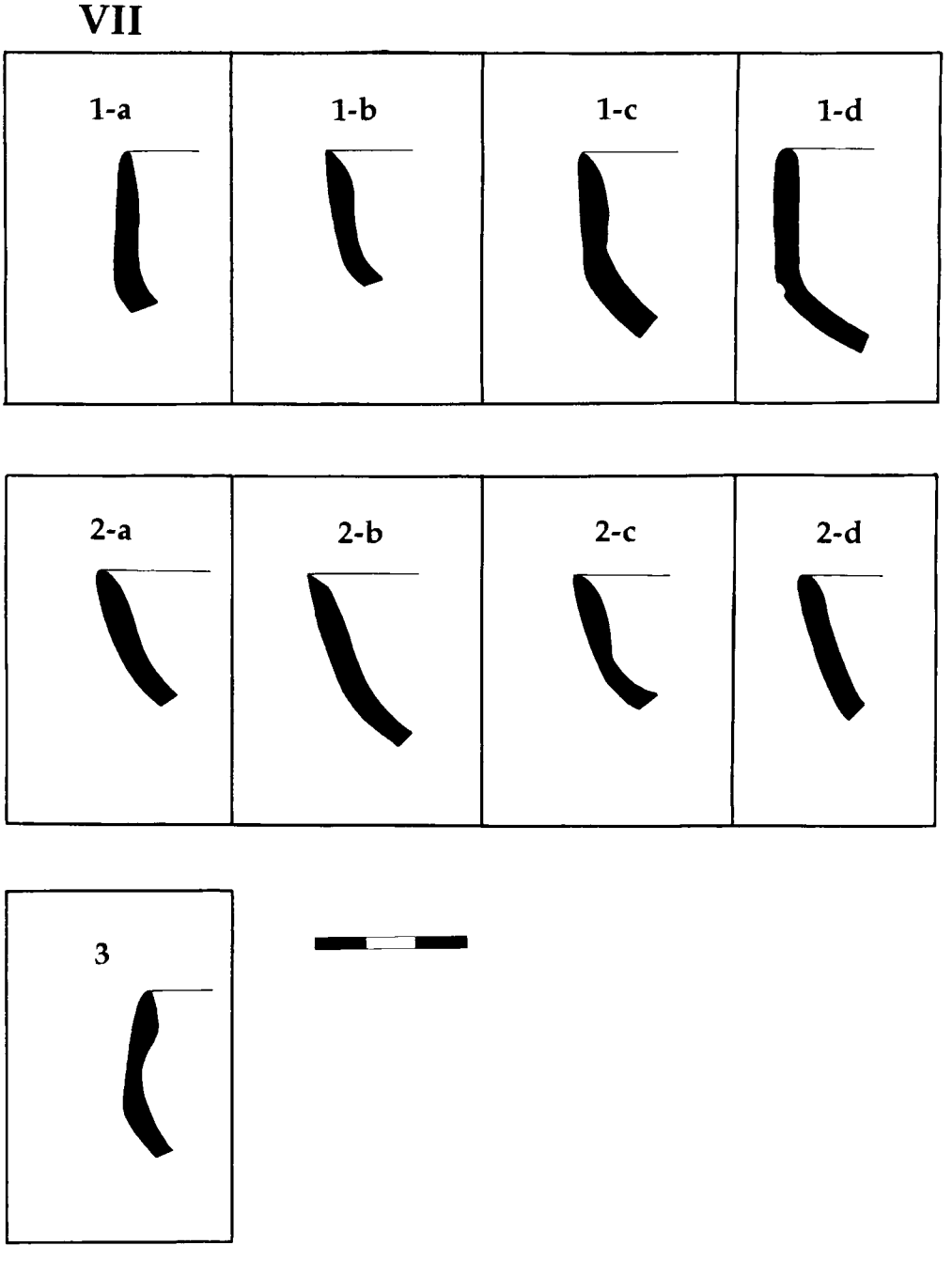


FIGURA 68.—*Tipos de bordes de la Forma VII. Bolsal.*

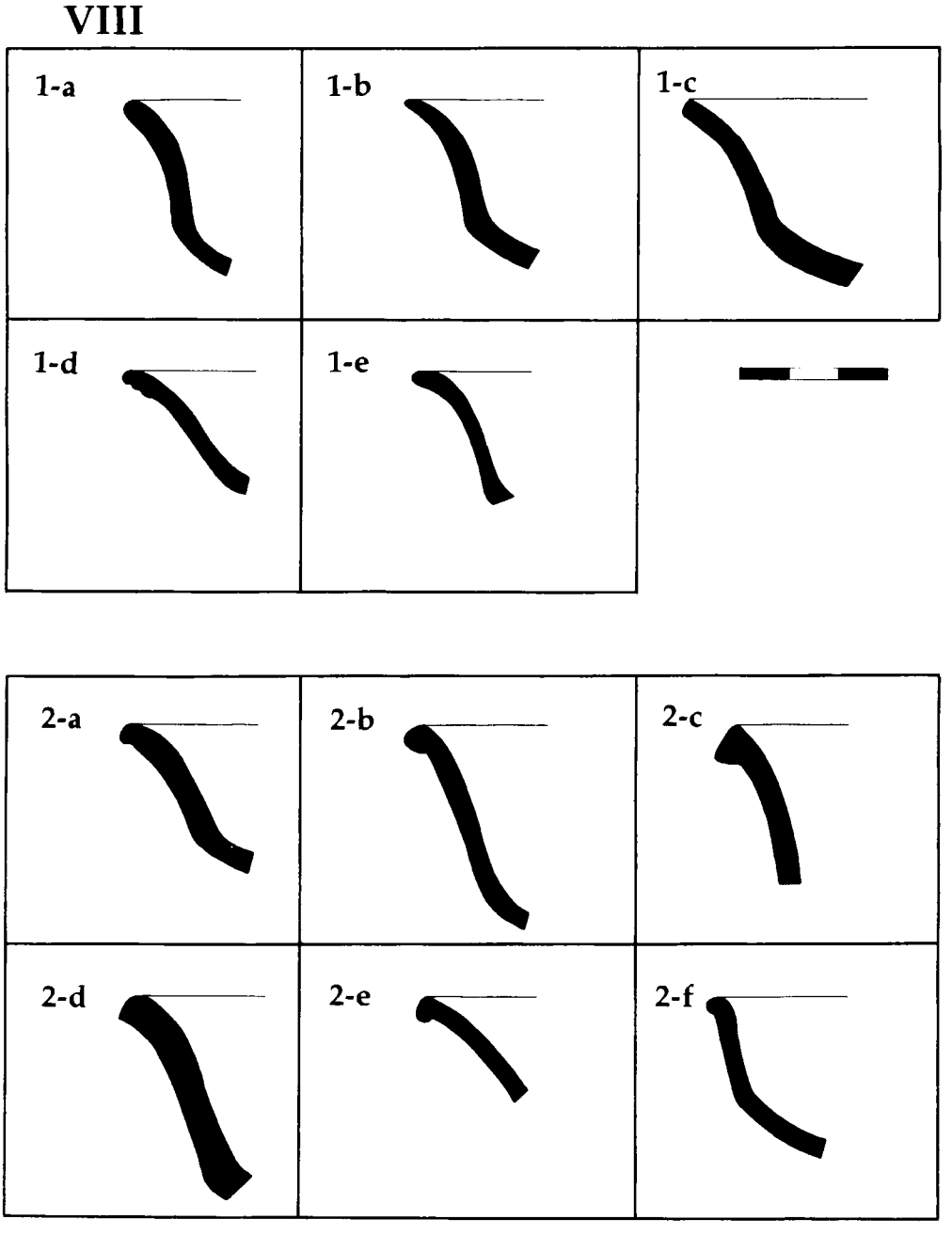


FIGURA 69.—*Tipos de bordes de la Forma VIII. Copa.*

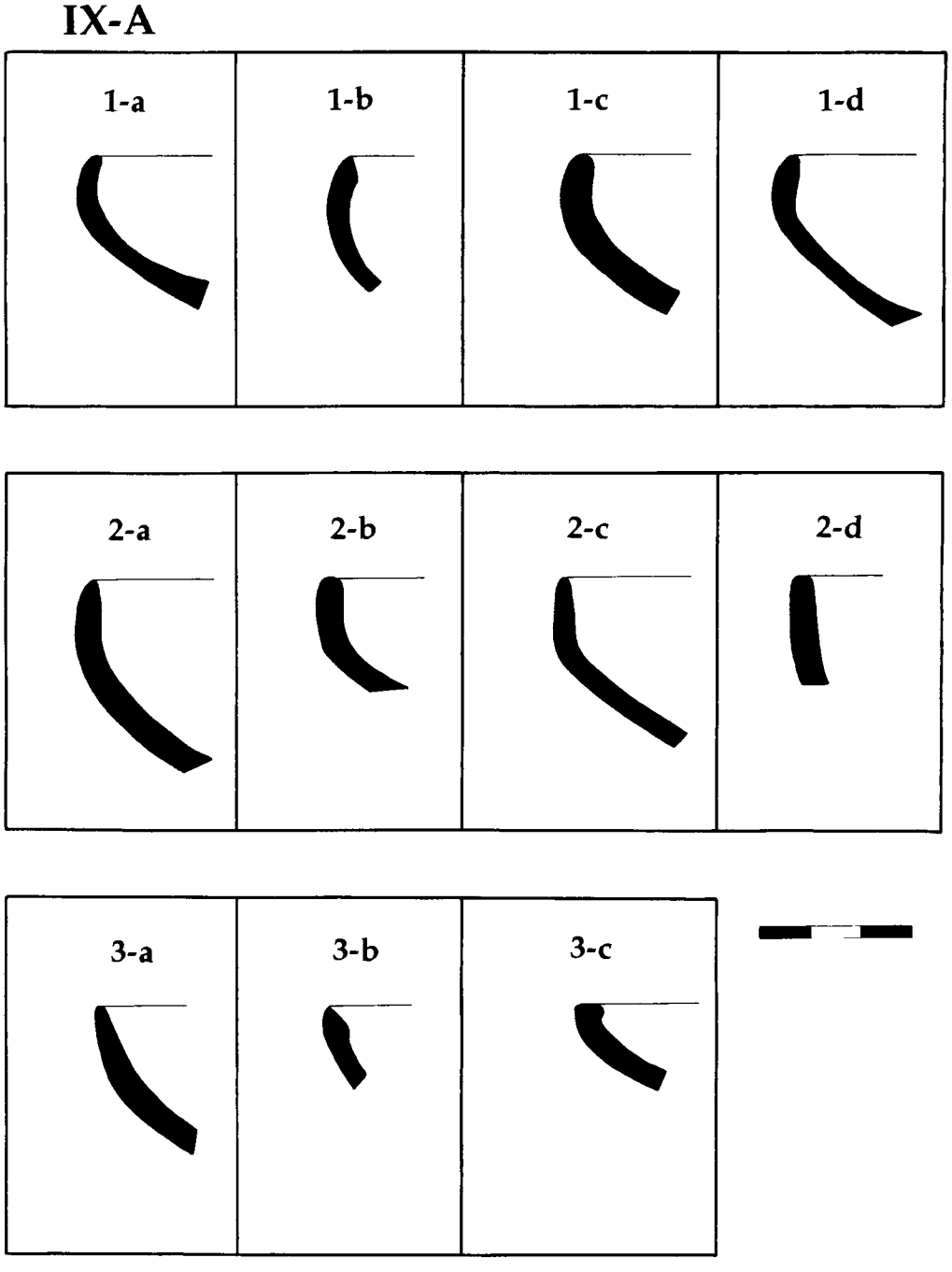


FIGURA 70.—*Tipos de bordes del Tipo IX-A. Cuenco globular.*

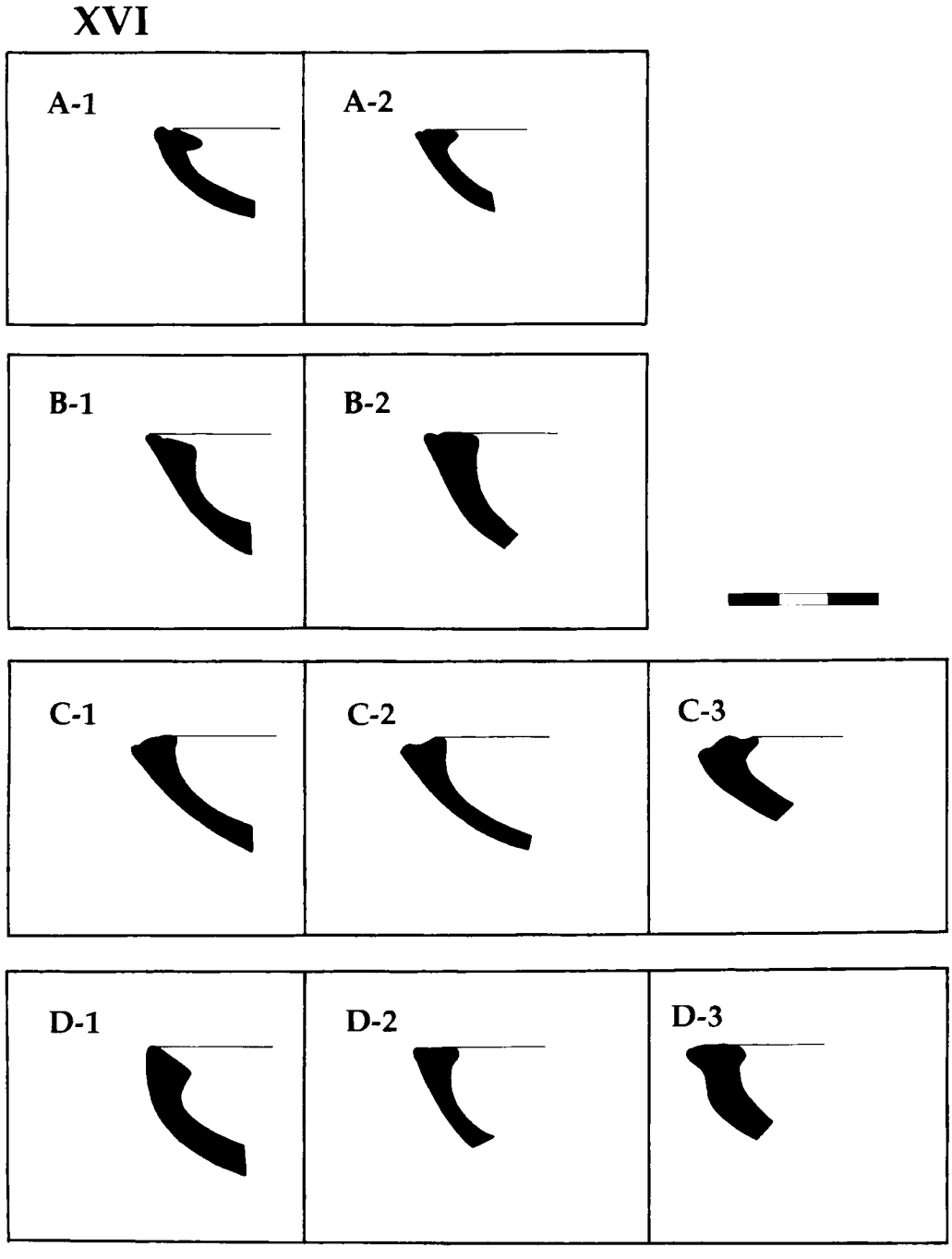


FIGURA 71.—*Tipos de bordes de la Forma XVI. Lucerna abierta.*

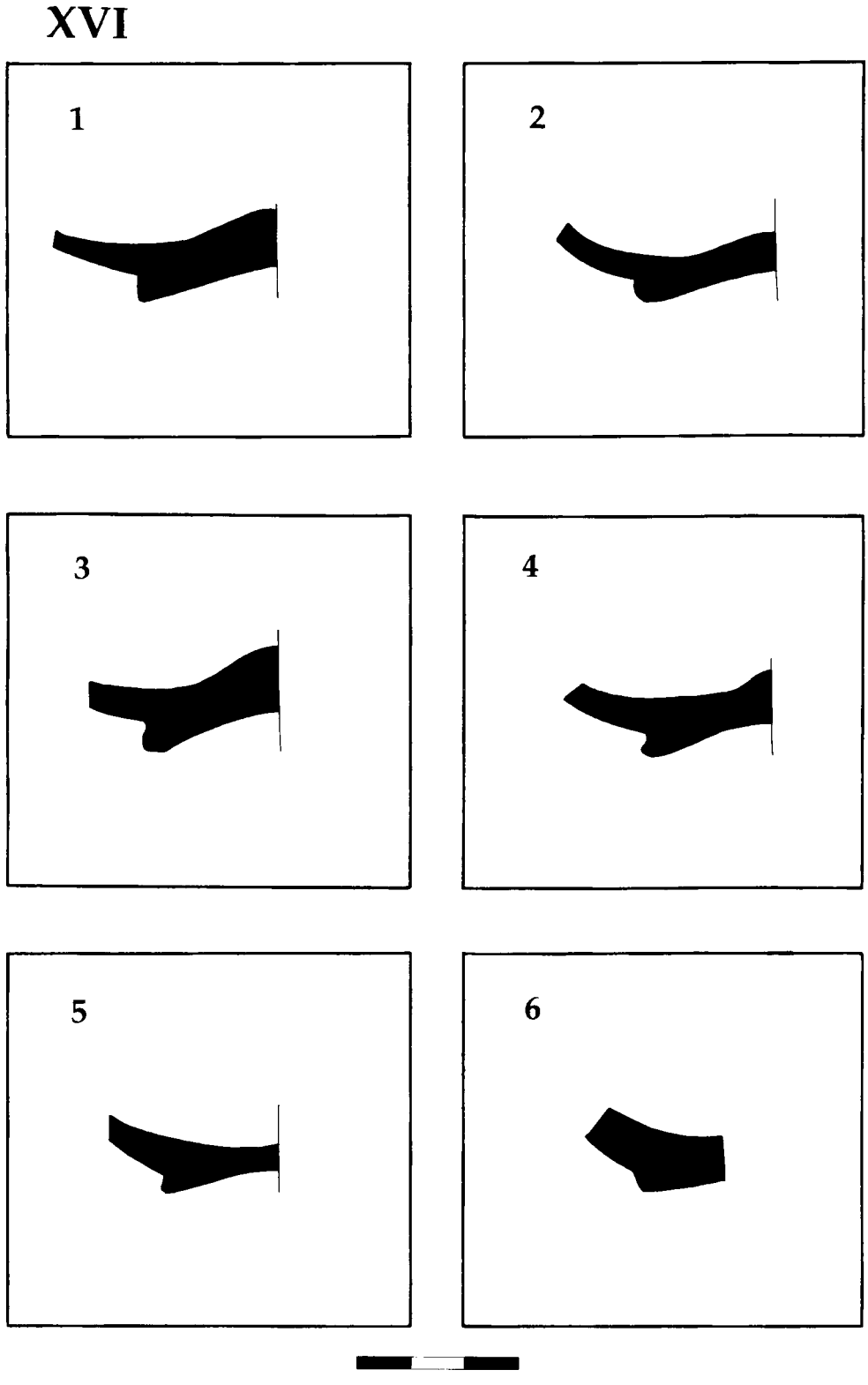


FIGURA 72.—*Tipos de bases de la Forma XVI. Lucerna abierta.*

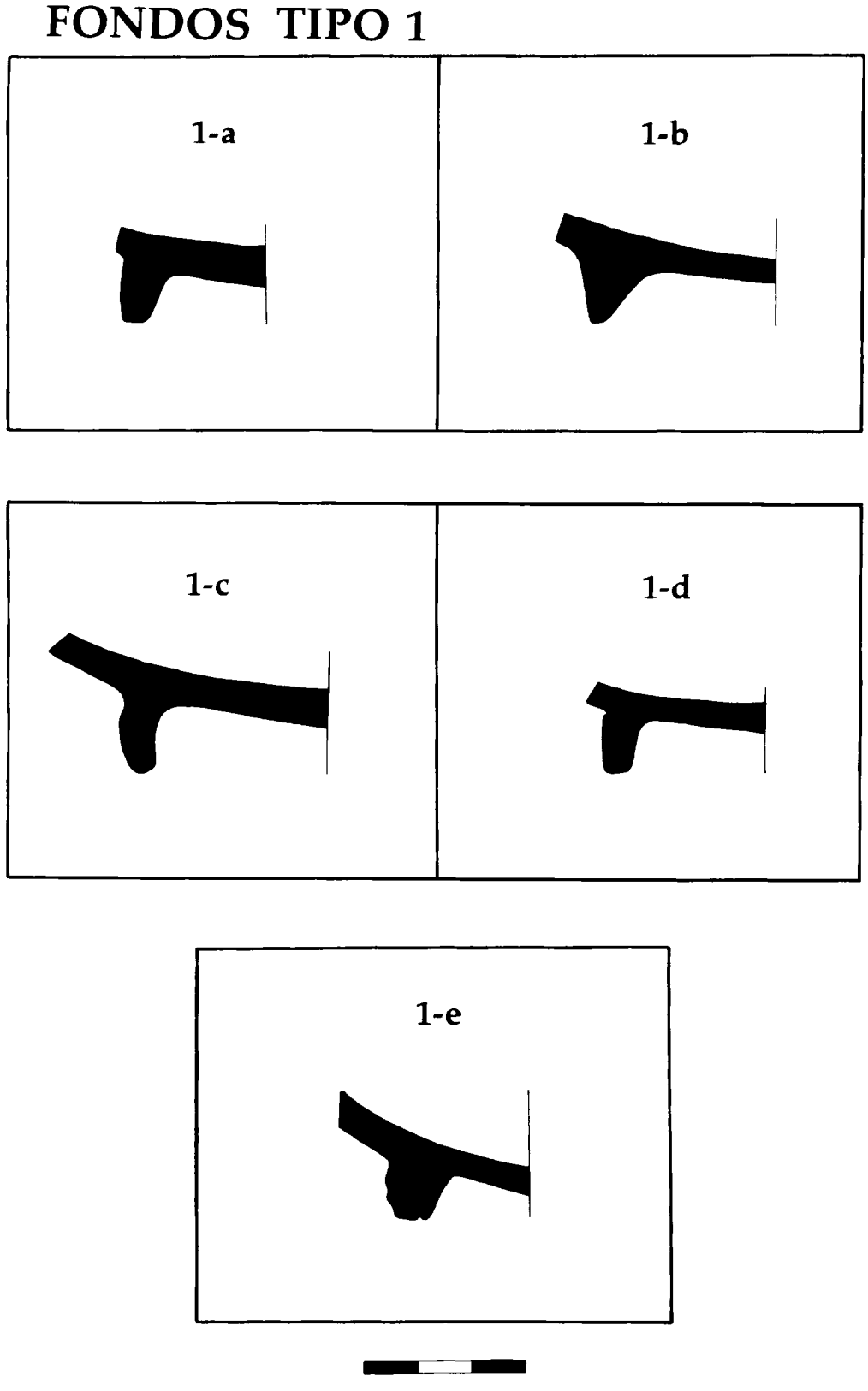


FIGURA 73.—*Fondos del Tipo 1. Pie anular.*

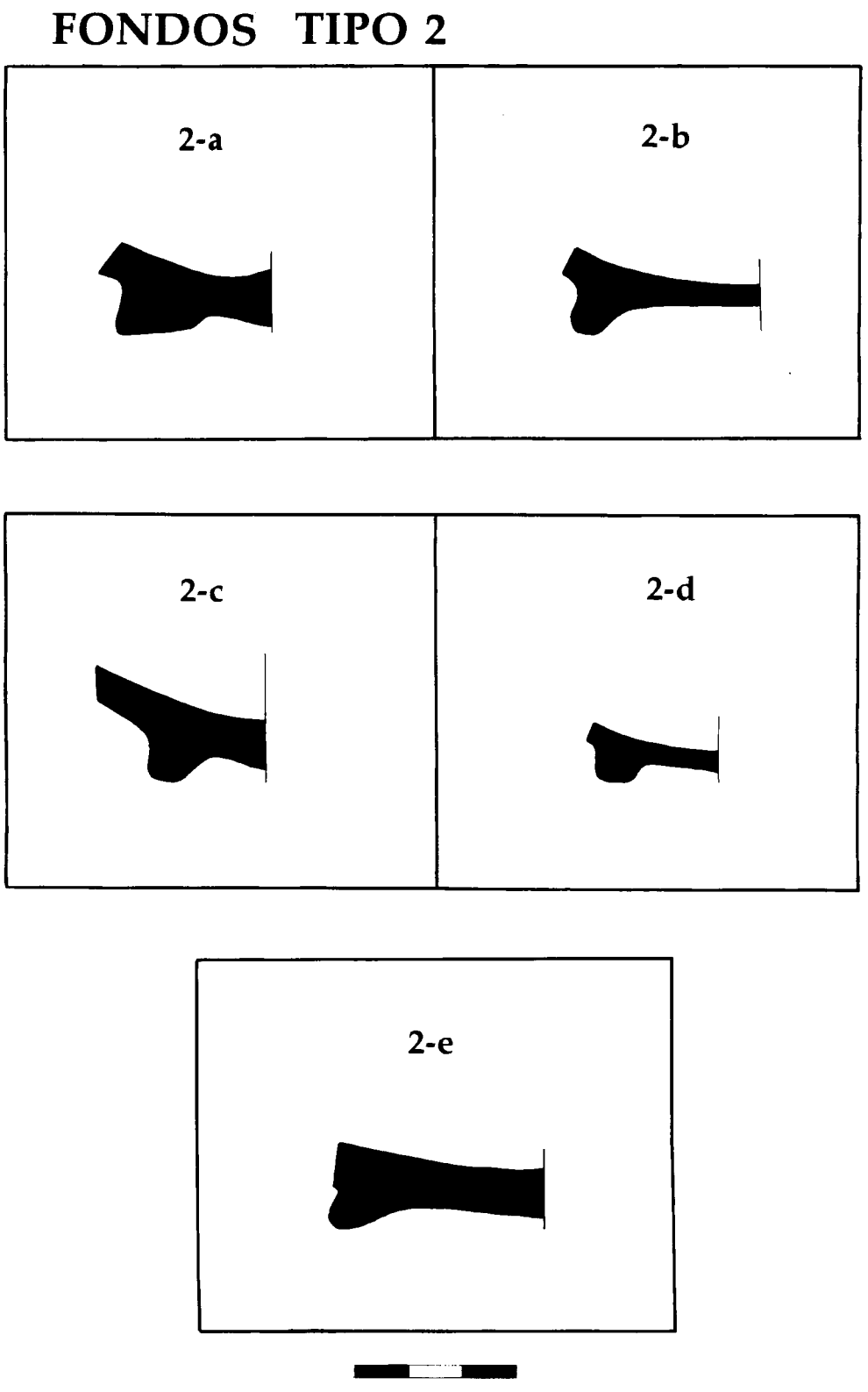


FIGURA 74.—*Fondos del Tipo 2. Pie "de cuenco".*

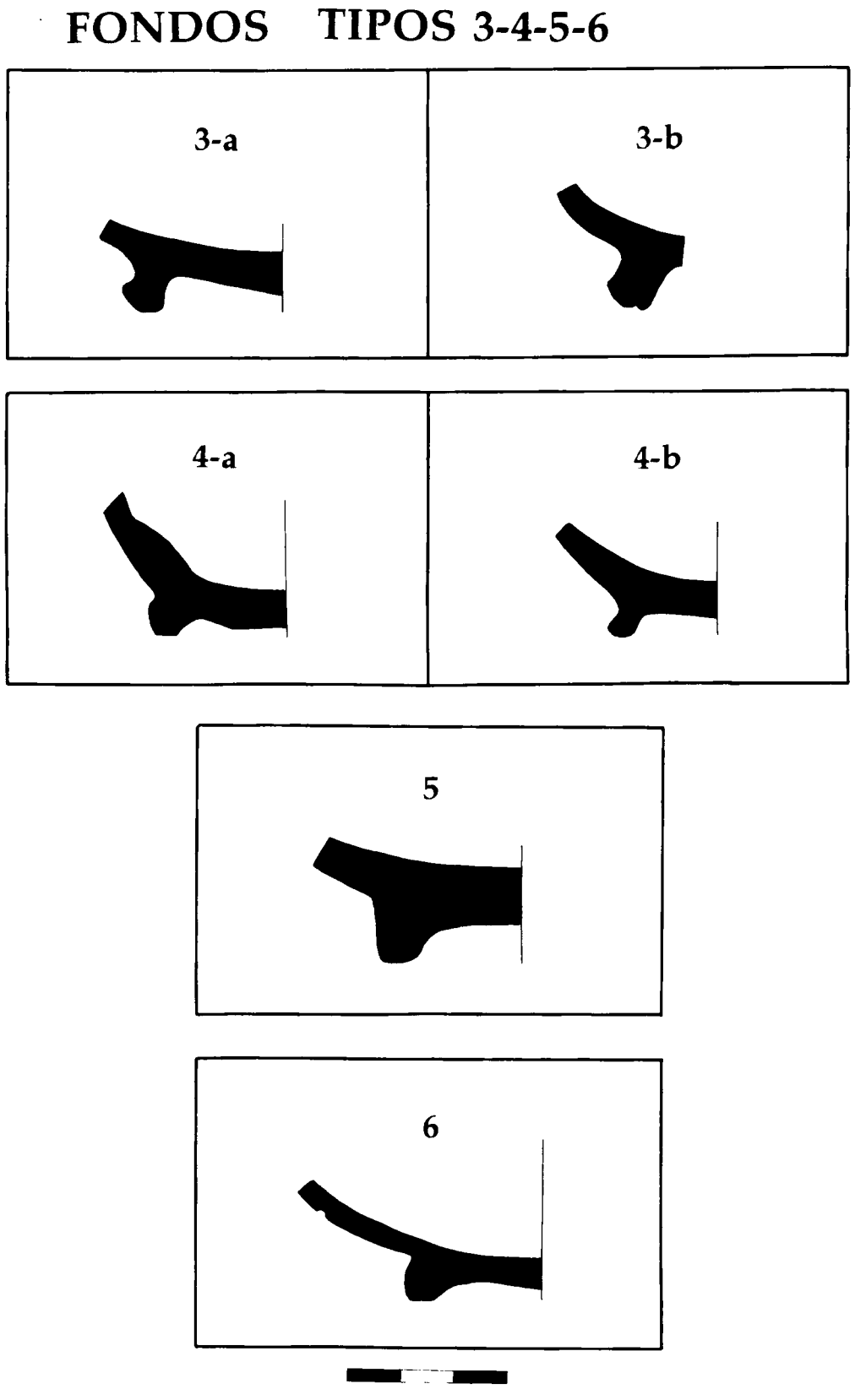


FIGURA 75.—*Fondos del Tipo 3. Pie "de bolsal". Tipo 4. Pie de "vaso cerrado". Tipo 5. Pie corto. Tipo 6. Pie redondeado de bolsal.*

APÉNDICE II

LÁMINAS

LÁMINA I.—*Fondo decorado con palmeta central. La superficie presenta una coloración desigual y se advierten las líneas del torno y algunos desgrasantes que afloran a la superficie.*

LÁMINA II.—*Fondo decorado con palmeta central, con barniz rojo típico, algo estallado y pasta rojiza anaranjada.*

LÁMINA III.—*Fondo decorado con palmeta central. La superficie presenta una coloración desigual y se advierten las líneas del torno y el barniz algo cuarteado.*

LÁMINA IV.—*Fondo decorado con cuatro palmetas enfrentadas. Barniz rojo, uniforme, de bastante calidad y pasta rojizo-anaranjada típica de la producción.*

LÁMINA V.—Fondo decorado con cuatro palmetas enfrentadas y ligadas. La superficie presenta una coloración desigual y se advierten las líneas del torno

LÁMINA VI.—Fondo decorado con roseta central. Barniz rojo y uniforme y pasta rojizo-anaranjada típica de la producción

LÁMINA VII.—*Fondo decorado con roseta central. Barniz rojo, espeso, cubriente y algo quemado. Se advierten las líneas del torno y el barniz algo cuarteado y estallado.*

LÁMINA VIII.—*Aplique figurativo (¿Attis?) procedente del poblado de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz).*

LÁMINA IX.—*Ejemplo de engobe claro con chorreones hacia la zona del pie.*

LÁMINA X.—*Ejemplo de barniz espeso, quemado, cuarteado y estallado.*

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Páginas

ÍNDICE DE FIGURAS

FIGURA 1.—Forma I. Plato moldurado 45
FIGURA 2.—Forma II. Plato de pescado 47
FIGURA 3.—Tipos de bordes correspondientes al Tipo II-A. Con acanaladura 50
FIGURA 4.—Tipos de bordes de los Tipos II-B, II-C y II-D. Sin acanaladura 51
FIGURA 5.—Tipos de pies correspondientes a la Forma II. (I) 53
FIGURA 6.—Tipos de pies correspondientes a la Forma II. (II) 54
FIGURA 7.—Forma III. Platito bajo 56
FIGURA 8.—Forma IV. Plato de borde simple. Forma V. Plato de borde cóncavo. Forma VI. Plato 58
FIGURA 9.—Forma VII. Bolsal. (I) 61
FIGURA 10.—Forma VII. Bolsal. (II) 62
FIGURA 11.—Tipos de bordes correspondientes a la Forma VII 63
FIGURA 12.—Forma VIII. Copa. (I) 65
FIGURA 13.—Forma VIII. Copa. (II) 66
FIGURA 14.—Tipos de bordes correspondientes a la Forma VIII. (I). Tipo 1: Borde continuo 68
FIGURA 15.—Tipos de bordes correspondientes a la Forma VIII. (II). Tipo 2: Borde señalado 69
FIGURA 16.—Tipo IX-A. Cuenco globular 72
FIGURA 17.—Tipo IX-B. Cuenco ancho y bajo. Tipo IX-C. Cuenco bajo de pequeño tamaño 73
FIGURA 18.—Tipos de bordes correspondientes al Tipo IX-A. (I). Tipo 1: Tendencia reentrante 75
FIGURA 19.—Tipos de bordes correspondientes al Tipo IX-A. (II). Tipo 2: Tendencia exvasada 76
FIGURA 20.—Forma X. Bol 79
FIGURA 21.—Forma XI. Salero. Forma XII. Vaso profundo. Forma XIII. Lécane. Forma XIV. ¿Soporte? 83
FIGURA 22.—Forma XV. Formas cerradas 85
FIGURA 23.—Tipo XV-D. Enócoe 87
FIGURA 24.—Forma XVI. Lucernas abiertas 90
FIGURA 25.—Forma XVII. Lucernas cerradas 92
FIGURA 26.—Tipo 1. Pie anular (I). Variante 1-a. Recto y esbelto (I) 96
FIGURA 27.—Tipo 1. Pie anular (I). Variante 1-a. Recto y esbelto (II) 97
FIGURA 28.—Tipo 1. Pie anular (II). Variante 1-b. Sección triangular 98
FIGURA 29.—Tipo 1. Pie anular (III). Variante 1-c. Tendencia reentrante 99
FIGURA 30.—Tipo 1. Pie anular (IV). Variante 1-d. Separado del cuerpo por una acanaladura 100
FIGURA 31.—Tipo 1. Pie anular (V). Variante 1-e. Con uñas y/o molduras 101
FIGURA 32.—Tipo 2. Pie de cuenco (I). Variante 2-a. Macizo 103
FIGURA 33.—Tipo 2. Pie de cuenco (II). Variante 2-b. Ancho y abierto 104
FIGURA 34.—Tipo 2. Pie de cuenco (III). Variante 2-c. Pequeño y engrosado al centro 105
FIGURA 35.—Tipo 2. Pie de cuenco (IV). Variante 2-d. Medio y más esbelto. Variante 2-e. Apenas señalado 106
FIGURA 36.—Tipo 3. Pie de bolsal 108

Páginas

FIGURA 37.—Tipo 4. Pie de vaso cerrado ... 109
FIGURA 38.—Tipo 5. Pie corto. Tipo 6. Pie redondeado de bolsal. Tipo 7. Fondo gallonado ... 111
FIGURA 39.—Tipos de Asas ... 113
FIGURA 40.—Tipo I. Palmeta aislada ... 120
FIGURA 41.—Tipo II. Cuatro palmetas opuestas (I). Subtipo II-A. Cartela adaptada al motivo. Subtipo II-B. Sin cartela ... 122
FIGURA 42.—Tipo II. Cuatro palmetas opuestas (II). Subtipo II-C. Cartela geométrica ... 123
FIGURA 43.—Tipo III. Cuatro palmetas opuestas y unidas ... 125
FIGURA 44.—Tipo IV. Roseta ... 127
FIGURA 45.—Tipo V. Cuatro palmetas opuestas inscritas en doble círculo. Tipo VI. Conjunto de cuatro grupos de palmetas unidas. Tipo VII. Cuatro palmetas opuestas y roseta central. Tipo VIII. Cinco palmetas radiales. Tipo IX. Tres palmetas radiales ... 129
FIGURA 46.—Aplicación de la estampilla mediante el método de rotación. (Según Corbett 1955: 173; fig. 1) ... 131
FIGURA 47.—Punzones procedentes de la necrópolis del Puig des Molins. (Según Colominas 1954: 6; fig. 1; Del Amo 1970: 214; fig. 5) ... 131
FIGURA 48.—Aplique figurativo bajo el asa de la enócoe del Tipo XV-D procedente de la necrópolis gaditana (Niveau de Villedary 2001b: 101 ss.; fig. 4, 3) ... 134
FIGURA 49.—Aplique figurativo procedente del poblado de Las Cumbres. ¿Representación de *Attis*? ... 135
FIGURA 50.—Marcas y grafitos ... 136
FIGURA 51.—Caracterización funcional de la vajilla "tipo Kuass" ... 152
FIGURA 52.—Caracterización de la vajilla ática de barniz negro de mediados del s. IV a.C. (Elaboración propia a partir de Cerdá 1987a) ... 155
FIGURA 53.—Topografía del poblado del Castillo de Doña Blanca con la situación de los diferentes sectores. (Elaboración de F.J. Barrionuevo) ... 179
FIGURA 54.—Producciones tardías barnizadas en rojo ... 186
FIGURA 55.—Evolución de la Forma I. Plato moldurado ... 188
FIGURA 56.—Evolución de la Forma II. Plato de pescado ... 189
FIGURA 57.—Evolución de la Forma III. Platito bajo ... 190
FIGURA 58.—Evolución de la Forma VII. Bolsal ... 191
FIGURA 59.—Evolución de la Forma VIII. Copa ... 192
FIGURA 60.—Evolución del Tipo IX-A. Cuenco globular ... 192
FIGURA 61.—Evolución del Tipo IX-B. Cuenco ancho y bajo ... 193
FIGURA 62.—Evolución del Tipo IX-C. Cuenco bajo de pequeño tamaño ... 193
FIGURA 63.—Relación de formas de introducción tardía. 1: Forma IV. Plato de borde simple. 2: Forma V. Plato de borde cóncavo. 3: Forma VI. Plato (otro). 4-5: Forma X. Bol 6-7: Forma XI. Salero ... 194
FIGURA 64.—Poblado de Las Cumbres —s. III a.C.— Viviendas, almacenes y zonas industriales (Elaboración F.J. Barrionuevo) ... 204
FIGURA 65.—Plano de la ciudad de Cádiz con la localización de los puntos citados en el texto donde ha aparecido cerámica "tipo Kuass". 1: "Casa del Pino". 2: "Playa de los Números". 3: Avda. López Pinto (1981). 4: Pl. Asdrúbal (Sector H). 5: Pl. Asdrúbal e/ Amílcar Barca. 6: Cuarteles de Varela (1996). 7: Cuarteles de Varela (1999). 8: Cuarteles de Varela (2000). 9: c/ Brunete. 10: Convento Capuchinos. 11: Teatro Andalucía. 12: Casa del Obispo. 13: c/ General Ricardos. 14: c/ General Ricardos e/ Juan Ramón Jiménez. 15: Pl. Asdrúbal (Sectores E y F). 16: Avda. Andalucía e/ Ciudad de Santander. 17: c/ Enrique Calvo. 18: c/ Acacias ... 206
FIGURA 66.—Tipos de bordes de la Forma II. Plato de pescado ... 315
FIGURA 67.—Tipos de fondos de la Forma II. Plato de pescado ... 316
FIGURA 68.—Tipos de bordes de la Forma VII. Bolsal ... 317
FIGURA 69.—Tipos de bordes de la Forma VIII. Copa ... 318
FIGURA 70.—Tipos de bordes del Tipo IX-A. Cuenco globular ... 319
FIGURA 71.—Tipos de bordes de la Forma XVI. Lucerna abierta ... 320
FIGURA 72.—Tipos de bases de la Forma XVI. Lucerna abierta ... 321
FIGURA 73.—Fondos del Tipo 1. Pie anular ... 322
FIGURA 74.—Fondos del Tipo 2. Pie "de cuenco" ... 323
FIGURA 75.—Fondos del Tipo 3. Pie "de bolsal". Tipo 4. Pie de "vaso cerrado". Tipo 5. Pie corto. Tipo 6. Pie redondeado de bolsal ... 324

Páginas

ÍNDICE DE GRÁFICOS

GRÁFICO I.—Relación entre informes y formas (bordes, bases y elementos de suspensión) 146
GRÁFICO II.—Peso porcentual de las diecisiete formas contempladas 147

ÍNDICE DE MAPAS

MAPA 1.—Distribución de la vajilla en la Bahía de Cádiz. (I) 211
MAPA 2.—Distribución de la vajilla en el Círculo del Estrecho. (II) 261
MAPA 3.—Distribución de la vajilla en el Mediterráneo occidental. (III) 269

ÍNDICE DE LÁMINAS

LÁMINA I.—Fondo decorado con palmeta central. La superficie presenta una coloración desigual y se advierten las líneas del torno y algunos desgrasantes que afloran a la superficie 327
LÁMINA II.—Fondo decorado con palmeta central, con barniz rojo típico, algo estallado y pasta rojiza anaranjada 327
LÁMINA III.—Fondo decorado con palmeta central. La superficie presenta una coloración desigual y se advierten las líneas del torno y el barniz algo cuarteado 328
LÁMINA IV.—Fondo decorado con cuatro palmetas enfrentadas. Barniz rojo, uniforme, de bastante calidad y pasta rojizo-anaranjada típica de la producción 328
LÁMINA V.—Fondo decorado con cuatro palmetas enfrentadas y ligadas. La superficie presenta una coloración desigual y se advierten las líneas del torno 329
LÁMINA VI.—Fondo decorado con roseta central. Barniz rojo y uniforme y pasta rojizo-anaranjada típica de la producción 329
LÁMINA VII.—Fondo decorado con roseta central. Barniz rojo, espeso, cubriente y algo quemado. Se advierten las líneas del torno y el barniz algo cuarteado y estallado 330
LÁMINA VIII.—Aplique figurativo *(¿Attis?)* procedente del poblado de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz) 330
LÁMINA IX.—Ejemplo de engobe claro con chorreones hacia la zona del pie 331
LÁMINA X.—Ejemplo de barniz espeso, quemado, cuarteado y estallado 331

Este libro se terminó de imprimir el día 21 de noviembre de
2003, Festividad de la Presentación de Madrid, en
los Talleres de Imprenta Taravilla,
Mesón de Paños, 6.
28013 Madrid

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 21

STUDIA HISPANO-PHOENICIA 4

ISBN 84 - 95983 - 28 - 1